Una vida que teme a Dios
(Meditaciones sobre Proverbios)

Pastor James Kim,
aspirando a vivir la vida del sabio

Índice

Introducción

Los proverbios de Salomón (1:1-7)

Jóvenes que temen a Dios (1:8-19)

Aquellos que no se deleitan en temer a Dios (1:20-33)

Busquemos la sabiduría (2:1-9)

Los beneficios de la sabiduría (2:10-22)

La sabiduría que deleita nuestras almas (2:10)

La persona sabia (1) (3:1-10)

La persona sabia (2) (3:1-10)

No te apoyes en tu propio entendimiento (3:5)

Confiemos en Dios y no nos apoyemos en nuestro propio entendimiento (3:5-6)

El hijo sabio (3:11-26)

Relaciones sabias (3:27-35)

La sabiduría es suprema (4:1-9)

El camino de la sabiduría (4:10-19)

¡Prestemos atención a la Palabra de Dios! (4:20-27)

Guardando el corazón del cristiano (4:23)

¿Por qué debemos atender a la sabiduría de Dios? (5:1-14)

¿Por qué la gente se involucra en relaciones adúlteras? (5:8)

Pensamientos temerosos sobre nuestros hijos (5:11-14)

¡Lleva bendición a tu esposa! (5:15-23)

«Líbrate» (6:1-5)

Una persona peor que una hormiga (6:6-11)

«La persona vil y malvada» (6:12-15)

A los ojos de Dios… (6:12-14)

Los siete males que Dios aborrece (6:16-19)

No codicies en tu corazón la belleza de la adúltera (6:20-35)

Vi a un joven falto de juicio. (7:1-27)

«Debes adquirir entendimiento» (8:1-11)

El que tiene discernimiento y escucha la voz de la sabiduría (8:1)

El poder de la sabiduría (8:12-21)

¡Atiende la instrucción de la sabiduría! (8:22-36)

¡Deja la insensatez y sigue el camino del entendimiento! (9:1-18)

El hijo sabio y el hijo necio (Capítulo 10)

Los que agradan a Dios (Capítulo 11)

Quien guarda su alma = Quien ama a su prójimo (11:17)

¡Sé alguien que gana almas! (1) (11:30)

¡Sé alguien que gana almas! (2) (11:30)

La raíz de los justos (Capítulo 12)

La luz de los justos (Capítulo 13)

La mujer sabia que edifica su casa (14:1-9)

La tristeza y la alegría del corazón (14:10-35)

La lengua de los sabios (15:1-7)

Lo que Dios aborrece y lo que Dios ama (15:8-33)

«Encomienda tus obras al Señor» (16:1-3)

Los planes del corazón (16:1-3)

Dios, quien hizo todas las cosas para su propio propósito (16:4-9)

Un buen rey que agrada a Dios (16:10-15)

El camino de los rectos (16:16-24)

Cosas que nos impulsan (16:25-30)

Personas dignas de respeto (16:31-33)

Un hogar armonioso (17:1, 9, 10, 13, 14)

¿Cómo debemos criar a nuestros hijos? (17:2, 6, 7, 17, 21, 25)

Dios, quien refina el corazón (17:3, 4, 5, 7, 8, 20, 23)

Los impíos, inclinados solo a la rebelión (17:11-13)

Lo que Dios aborrece; lo que no es bueno ante los ojos de Dios (17:15, 26)

El cristiano entendido (17:27-28)

Aquellos que rechazan la verdadera sabiduría (18:1-3)

La boca del entendido y la boca del necio (18:4, 6-8)

El echar suertes y el juicio (18:5, 17-19)

La pereza y el orgullo (18:9, 12)

El rico y el justo (18:10-11)

El espíritu humano y las dádivas (18:14, 16)

Boca, oídos y corazón (18:15, 20-21)

Esposa y amigo (18:22, 24)

La riqueza y las pruebas del pobre (18:23, 19:1, 4, 7, 17)

«Por causa de la insensatez humana» (19:2-3, 5)

Personas que deseamos (19:6, 22)

Debemos amar nuestra propia alma; debemos guardar nuestra propia alma. (19:8, 16)

El hijo necio (19:10, 13-14, 18, 26-27)

No debemos llegar a ser tal clase de persona. (19:19, 25, 28, 29)

El gobernante ideal (19:12, 20:2)

No revelemos nuestra insensatez a través del alcohol. (20:1)

El insensato y el entendido (20:3-7)

El rey en el tribunal (20:8-12)

La vida justa de un cristiano (1) (20:13-18)

La vida justa de un cristiano (2) (20:19-25)

«El rey sabio» (20:26-30)

La hermosura de los ancianos son sus canas. (20:29)

Nuestros corazones (21:1-4)

Un corazón que agrada a Dios (21:3)

El camino del gran pecador (21:5-8)

Los sabios que aceptan la instrucción (21:9-20)

La victoria pertenece al Señor (21:21-31)

El rico sabio (22:1-16)

Quien guarda su alma (22:5)

Enseña a los niños el camino que deben seguir (22:6)

¿Estoy realmente criando a mis hijos correctamente? (22:6)

Debemos escuchar las palabras de los sabios (22:17-29)

«No codicies sus manjares» (23:1-8)

Cuatro lecciones (23:9-14)

Un hijo que realmente alegra el corazón de sus padres (1) (23:15-23)

¡No envidies! (23:17)

Un hijo que realmente alegra el corazón de sus padres (2) (23:24-35)

Los sabios son fuertes. (24:1-9)

Cosas que debemos hacer (24:10-20)

Cuando estamos desanimados (24:10)

«Me levantaré en el nombre de Jesús» (24:15-16)

¿Cómo es un ciudadano que teme a Dios? (24:21-26)

Observa y atiende la instrucción. (24:27-34)

Ante Dios (25:1-7)

Cuando hay una disputa con el prójimo (25:8-10)

Palabras apropiadas para la ocasión (25:11-15)

Debemos ejercer dominio propio (25:16-28)

El necio (26:1-12)

El necio necesita vara (26:3, 11)

Características del perezoso (26:13-16)

Cinco tipos de personas que debemos evitar (26:17-22)

El hipócrita... (26:23-28)

Jactancia, alabanza, ira, celos y reprensión (27:1-6)

Cosas que alegran el corazón humano (27:7-10)

Un cristiano sabio que agrada al corazón del Señor (27:11-14)

¿Qué clase de personas debemos ser? (27:15-19)

Cómo afilarse mutuamente (27:17)

Mi persistente insensatez (27:20-27)

Lo que comprenden quienes buscan a Dios (28:1-7)

Quien siempre teme a Dios (28:8-14)

No debemos llegar a ser esa clase de persona (28:15-20)

Realidades que debemos conocer (28:21-28)

Quien anhela la sabiduría (29:1-5)

La persona sabia y justa (29:6-11)

No debemos dejar las cosas sin control (29:12-21)

El cristiano que actúa imprudentemente (29:18)

Quien confía en Dios (29:22-27)

Quien aprende sabiduría (30:1-9)

No debemos hacer esto (30:10-17)

Aquel cuyo corazón no es puro (30:12)

¿La vida más sabia? (30:18-33)

Tres lecciones que una madre enseñó a su hijo (31:1-9)

La mujer virtuosa (31:10-31)

Conclusión

Introducción

«El temor del Señor es el principio del conocimiento, pero los necios desprecian la sabiduría y la instrucción... Engañoso es el encanto y pasajera la belleza; pero la mujer que teme al Señor es digna de alabanza» (Proverbios 1:7; 31:30).

Hace unos catorce años, Dios comenzó a revelarme cada vez más mi propia necedad y falta de sabiduría a través de su Palabra, despertando en mí la convicción de que ya no podía seguir viviendo una vida tan insensata. En consecuencia, decidí buscar la «sabiduría» de Dios —aferrándome a la promesa de Santiago 1:5: «Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, debe pedírsela a Dios, quien da generosamente a todos sin reprochar nada, y le será dada»— y meditar en los «libros de sabiduría» de la Biblia. El primer libro que elegí fue el de los Salmos. Tras meditar en los Salmos durante unos cuatro años (del 21 de septiembre de 2005 al 30 de septiembre de 2009), pasé a meditar en el libro de Eclesiastés (del 7 de octubre de 2009 al 22 de diciembre de 2010). Luego, a partir del 5 de enero de 2011, comencé a predicar sobre el libro de Proverbios en nuestras reuniones de oración de los miércoles, concluyendo finalmente la serie la semana pasada, el 9 de octubre de 2019. Doy gracias a Dios por la gracia que me concedió para meditar, predicar y reflexionar sobre el libro de Proverbios durante un periodo tan prolongado: más de ocho años. También expreso mi gratitud a los miembros de la congregación que escucharon fielmente estos sermones sobre Proverbios a lo largo de tantos años. He titulado esta colección de meditaciones sobre Proverbios «Una vida que teme a Dios», con la esperanza de que, si el Señor lo permite, algún día pueda publicarse como libro. Elegí este título porque el concepto del «temor del SEÑOR» (1:7) y la imagen de «la mujer que teme al SEÑOR» (31:30) aparecen en el capítulo inicial (1:7)

y en el capítulo final (31:30), respectivamente. Al meditar en estos dos versículos, llegué a comprender que «el temor de Dios» es el tema central de todo el libro de Proverbios. De hecho, creo que el temor de Dios es la esencia misma de la sabiduría (Prov. 1:7; 9:10; 15:33; cf. Job 28:28; Sal. 111:10). Es mi oración que el Señor utilice esta colección de meditaciones como una herramienta para otorgar la sabiduría necesaria —para vivir una vida que teme a Dios— a todos los hermanos y hermanas que tengan acceso a ella.

«He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas» (Mateo 10:16).

Aspirando a vivir una vida que teme a Dios,

Un mensaje del pastor James Kim
(13 de octubre de 2019 — con un corazón que anhela la sabiduría que Dios provee)

Los proverbios de Salomón

[Proverbios 1:1–7]

Al recibir el nuevo año 2011, reflexioné sobre qué pasaje de las Escrituras meditar durante nuestras reuniones semanales de oración de los miércoles y, finalmente, elegí el Libro de los Proverbios. Seleccioné Proverbios de entre los sesenta y seis libros de la Biblia porque, en los últimos seis años, ya hemos meditado sobre los «Libros de Sabiduría» del Antiguo Testamento —específicamente Salmos (durante unos cuatro años y medio) y Eclesiastés (durante cerca de un año y dos meses)— y deseaba continuar nuestra meditación sobre la literatura sapiencial. Alguien podría preguntarse por qué deberíamos seguir meditando en estos «Libros de Sabiduría». Tengo al menos dos razones: en primer lugar, siento una necesidad personal de sabiduría porque yo mismo soy insensato. Otra razón es que deseo que todos los miembros de nuestra familia eclesiástica lleguen a ser sabios. Quiero que seamos creyentes sabios que reconozcan que los tiempos son malos y que aprovechen al máximo cada oportunidad. Además, quiero que todos entendamos la voluntad del Señor y vivamos conforme a ella (Efesios 5:15–17). Por lo tanto, al celebrar nuestra primera reunión de oración de los miércoles de 2011, quisiera comenzar a meditar junto a ustedes en el Libro de los Proverbios, un libro de sabiduría.

Antes de adentrarnos en el Libro de los Proverbios, hay dos puntos sobre el libro mismo que debemos abordar:

(1) ¿Qué son los «Proverbios»?

En una ocasión encontré una descripción de «Proverbios» en el sitio web de una iglesia que decía: La palabra «Proverbios» proviene del término hebreo *mashal*, que significa «comparación». Dado que la forma verbal de esta palabra significa «gobernar» o «reinar», el término «Proverbios» implica palabras que gobiernan y controlan la conducta humana. Cabe destacar que la palabra hebrea *mashal* se tradujo como *jam-eon* (Proverbios). Puesto que el carácter *jam* (箴) significa «aguja», se podría traducir al coreano puro como «palabras penetrantes». «Los proverbios son "palabras penetrantes" que nos ofrecen no solo "consejo y reprensión", sino también "sabiduría y discernimiento"» (Internet). Me parece una interpretación interesante. Sin embargo, considero que la explicación del pastor John MacArthur es más acertada: «Los proverbios son dichos breves y concisos que expresan verdades y sabiduría atemporales. Captan la atención y llevan al lector a reflexionar sobre cómo aplicar los principios divinos a las situaciones de la vida (p. ej., 2:12)» (MacArthur).

(2) Otro punto que debemos abordar es la autoría de Proverbios.

Al examinar el texto de hoy, Proverbios 1:1, la Biblia declara: «Los proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel». En otras palabras, el autor de Proverbios es el rey Salomón. 1 Reyes 4:32 registra que el rey Salomón, dotado de sabiduría por Dios, compuso tres mil proverbios. No obstante, debemos tener presente que el rey Salomón no escribió la totalidad del libro de Proverbios. Dicho de otro modo, existen otros autores además del rey Salomón. Por ejemplo, el inicio de la sección que abarca Proverbios 24:23–34 hace referencia a «las palabras de los sabios»; el término «los sabios» es aquí un sustantivo en plural, lo que indica la existencia de personas sabias distintas al rey Salomón. Por consiguiente, algunas partes de Proverbios fueron escritas por autores diferentes al rey Salomón (Park Yun-sun). Estos sabios [se asocian con] el capítulo 30 de Proverbios... No está claro si «Agur hijo de Jaqué» (v. 1) —quien escribió los versículos 1 al 33— y el «rey Lemuel» —autor del célebre pasaje de Proverbios 31:1–31— eran personas distintas de los otros «sabios» mencionados. Lo importante es que, si bien el libro de Proverbios fue escrito en gran medida por Salomón (hijo de David y rey de Israel), ciertas secciones fueron

redactadas por otros sabios. En resumen, debemos recordar que Proverbios —un libro de sabiduría— fue obra de sabios, ya fuera el rey Salomón u otros.

Entonces, ¿por qué escribieron el libro de Proverbios? ¿Cuál fue el propósito del rey Salomón al escribirlo? Podemos hallar la respuesta en el pasaje de hoy: el prólogo de Proverbios (1:1–7). En este prólogo descubrimos el doble propósito del libro (vv. 2–6) y el versículo temático que resume la obra en su totalidad (v. 7). En primer lugar, ¿cuál es este doble propósito? El pasaje expone dos puntos principales:

Primero, el propósito de Proverbios es cultivar la habilidad de vivir una vida piadosa mediante la sabiduría y la instrucción (MacArthur).

Observemos la primera parte de Proverbios 1:2: «para adquirir sabiduría y disciplina…». Aquí, la palabra hebrea para «sabiduría» significa etimológicamente firmeza o estabilidad; se refiere a un conocimiento que sirve como axioma respecto a la existencia y esencia de las cosas. Por su parte, «instrucción» significa disciplina (Park Yun-sun). En otras palabras, Proverbios nos ofrece instrucción sobre cómo actuar con sabiduría, rectitud, justicia y honestidad. Veamos el versículo 3: «…para recibir instrucción en conducta sabia, rectitud, justicia y honestidad». A través de Proverbios, debemos recibir sabiduría espiritual de parte de Dios. Al hacerlo, somos capaces de conducirnos con rectitud, equidad y honestidad delante de Dios (Park Yun-sun). Es decir, mediante la sabiduría que Dios imparte en Proverbios, debemos aprender no solo los principios divinos para una vida piadosa, sino también las habilidades prácticas para aplicar dichos principios a nuestra existencia cotidiana. Además, al obedecer la autoridad de la Palabra de Dios, nuestra fe debe quedar firmemente establecida sobre la roca. Proverbios también otorga «prudencia a los simples, y conocimiento y discreción a los jóvenes» (versículo 4). ¿Qué significa esto? Significa que Proverbios no solo hace prudentes a los simples —aquellos que se dejan llevar fácilmente—, sino que también imparte conocimiento y discreción a los jóvenes. Quienes carecen de convicción y son fácilmente influenciables resultan vulnerables a presiones externas

provenientes de diversas direcciones. Por tanto, es esencial enseñarles la sabiduría de Dios (los Proverbios) para que puedan discernir correctamente entre el bien y el mal y mantenerse firmes. En cuanto a los jóvenes, su falta de experiencia a menudo los lleva a actuar precipitadamente y sin la debida cautela. Por ello, necesitan recibir la sabiduría de Dios y mantenerse firmes, como personas maduras (Park Yun-sun).

En segundo lugar, el propósito de Proverbios es desarrollar el discernimiento (MacArthur).

Observemos la segunda parte de Proverbios 1:2 en el texto de hoy: «...para discernir las palabras de inteligencia». Aquí, la «inteligencia» se refiere a la capacidad de distinguir entre el bien y el mal (Park Yun-sun). Los tiempos finales en los que vivimos se caracterizan por una pérdida o ausencia de la capacidad de distinguir el bien del mal. No logramos discernir qué es bueno y qué es malo. La semana pasada, durante el culto conjunto de Año Nuevo, aprendimos que para vivir una vida de gratitud en todo, debemos examinarlo todo, retener lo bueno y abstenernos de toda especie de mal (1 Tesalonicenses 5:21–22). Sin embargo, el problema radica en que hemos perdido la capacidad de discernir entre el bien y el mal, lo que a veces nos lleva a abrazar el mal y rechazar el bien. Esta es la obra de Satanás. Satanás hace que confundamos el bien y el mal. En consecuencia, nos lleva a rechazar lo bueno y a elegir lo malo. Miremos el libro de Génesis. Cuando la serpiente tentó a la mujer, afirmó que comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal no resultaría en la muerte; más bien, dijo que el día que lo comiera, sus ojos se abrirían y llegaría a ser como Dios, conociendo el bien y el mal (Génesis 3:4–5). Satanás, quien nos induce a pecar confundiendo el bien y el mal, sigue esforzándose por engañarnos —tal como tentó a Eva— para que desobedezcamos los mandamientos de Dios y cometamos el mal. ¿Cuál es el problema? El problema es que, al igual que Eva, carecemos de este discernimiento. Así como Eva, al carecer de discernimiento respecto al bien y al mal, sucumbió a la tentación de la serpiente y pecó desobedeciendo la palabra de Dios, nosotros también —faltándonos el discernimiento para distinguir entre el bien y el mal— a menudo elegimos el mal sobre el bien, cometiendo pecado contra Dios. ¿Qué debemos hacer? ¿Cómo podemos adquirir

discernimiento, distinguir entre el bien y el mal, y llevar una vida justa de fe que abrace el bien y rechace el mal? Miremos el texto de hoy, Proverbios 1:5: «Oiga el sabio, y aumente el saber, y el entendido adquiera consejo». Debemos escuchar la sabia palabra de Dios. Debemos escuchar y aumentar nuestro conocimiento. ¿Por qué debemos hacerlo? Porque ese conocimiento nos hace más sabios y perspicaces, guiándonos así. ¿Cómo nos guía el conocimiento adquirido al escuchar la Palabra de Dios? Lo hace agudizando nuestra mente (MacArthur). Observemos el versículo 6: «Para entender proverbio y sentencia, palabras de sabios y sus enigmas». Cuanto más meditamos en los proverbios y llegamos a comprenderlos, más aguda se vuelve nuestra mente y más sabios nos hacemos. En consecuencia, adquirimos el discernimiento espiritual para distinguir entre el bien y el mal, lo que nos permite elegir el bien y rechazar el mal.

Los sabios escuchan la Palabra de Dios, mientras que los necios la desprecian. Como a los necios les desagrada escuchar la Palabra de Dios, dan la espalda al Dios santo que habla. En cambio, los sabios anhelan escuchar la Palabra de Dios y, además, obedecerla. Debemos contarnos entre los sabios que escuchan la Palabra de Dios y la obedecen. De este modo, debemos llegar a ser más sabios y perspicaces; poseyendo discernimiento espiritual, debemos distinguir entre el bien y el mal, eligiendo el bien y rechazando el mal.

Por último, al examinar el texto de hoy —Proverbios 1:7—, encontramos al rey Salomón, autor de Proverbios, presentando un versículo clave que resume todo el libro: «El temor del SEÑOR es el principio del conocimiento; los necios desprecian la sabiduría y la instrucción».

La lección fundamental de este versículo es que «el temor de Dios es el fundamento del conocimiento (y de la sabiduría)». Tras exhortarnos en el versículo 5 a escuchar la palabra de Dios y a acrecentar nuestro aprendizaje, Salomón nos enseña en el versículo 7 que el «principio del conocimiento» —es decir, su prerrequisito, punto de partida o fundamento— es el temor de Dios. ¿Qué significa, entonces, «temer a Dios»? El Dr. Park Yun-sun lo define así: «"Temer al SEÑOR" se refiere a la fe de creer en el SEÑOR durante la época del Antiguo

Testamento. No significa meramente un sentimiento de terror hacia Dios, sino más bien un respeto reverente acompañado de amor» (Park Yun-sun). Sin embargo, encuentro aún más convincente la definición del pastor MacArthur: «El temor del Señor es un estado mental en el que las propias actitudes, voluntad, sentimientos, acciones y metas se intercambian por los de Dios» (MacArthur). Esta definición resuena en mí porque refleja fielmente el corazón y la mentalidad que Dios infundió en mí durante mi año sabático el año pasado. En aquel entonces, el corazón que Dios puso en mí albergaba el deseo de ver lo que Él ve, oír lo que Él oye y sentir lo que Él siente. Creo que temer a Dios significa, en última instancia, pasar yo a un segundo plano para dejar que solo el Señor sea visible. En otras palabras, quien teme a Dios centra todo en el Señor en lugar de en sí mismo. Tal persona busca únicamente la voluntad del Señor, nunca la propia. Al abrazar el corazón del Señor y emular sus pensamientos, sentimientos, actitudes, voluntad y acciones, vive una vida dedicada a cumplir su voluntad. Si poseemos esta clase de corazón reverente hacia Dios, no elegiremos el mal ni nos acercaremos a él; de hecho, seremos incapaces de hacerlo. Por el contrario, rechazaremos el mal y abrazaremos lo que es bueno. En cambio, los necios desprecian la sabiduría y la instrucción, apartándose del bien y acercándose al mal. ¿Por qué sucede esto? Esto se debe a que los necios carecen del temor de Dios en su mentalidad. Al no comprender las actitudes, la voluntad, los sentimientos, las acciones y los propósitos de Dios, carecen de la capacidad para elegir lo que es bueno. En consecuencia, inevitablemente eligen el mal, persiguiendo actitudes, intenciones, sentimientos, propósitos y obras perversas. En resumen, el necio dice en su corazón: «No hay Dios» (Salmo 14:1). Al vivir bajo la premisa de que Dios no existe, se ven impulsados a concebir y cometer el mal.

Quisiera concluir esta reflexión. Hoy, al reunirnos para la oración de los miércoles en la primera semana de 2011, hemos meditado en Proverbios 1:1-7, el pasaje introductorio del Libro de los Proverbios, un libro de sabiduría. Al meditar en los Proverbios de Salomón durante nuestras reuniones semanales de oración de los miércoles, debemos tener presente el doble propósito del libro y su tema central. El doble propósito de Proverbios es

cultivar el arte de vivir piadosamente y desarrollar el discernimiento mediante la sabiduría y la instrucción. El versículo clave que resume este tema es Proverbios 1:7: «El temor del Señor es el principio del conocimiento; los necios desprecian la sabiduría y la instrucción». Debemos continuar nuestra meditación sobre Proverbios teniendo firmemente presentes estos dos puntos. Es mi oración que, al hacerlo, cumplamos el propósito de Proverbios y nos consolidemos como cristianos piadosos que verdaderamente temen al Señor y poseen discernimiento espiritual.

Jóvenes que temen a Dios

[Proverbios 1:8-19]

Es probable que haya visto las noticias sobre el tiroteo masivo ocurrido el sábado pasado (8 de enero de 2011) en un centro comercial de Tucson, Arizona. Al seguir esas noticias, me interesó especialmente la historia de Christina Green, una niña de 9 años conocida como la "niña gemela del 11 de septiembre". Un día, mientras veía las noticias en televisión, apareció una entrevista con los padres de Christina, así que presté atención con interés. Vi al padre de la niña con los ojos llenos de lágrimas al pensar en su amada hija, quien había nacido el 11 de septiembre de 2001 —el día de los ataques terroristas del 11-S— y había muerto tras recibir un disparo. Sin embargo, hace unos dos días, quedé verdaderamente atónito al ver una noticia en internet que informaba que una iglesia bautista de Kansas estaba causando revuelo al anunciar una protesta durante el funeral de la pequeña Christina. Esta misma iglesia bautista había causado un gran escándalo hace unos años en el funeral de un soldado caído en combate, exhibiendo pancartas con mensajes como "Dios lo ha maldecido". Ahora, se informa que pretenden provocar un disturbio similar en el funeral de una niña de 9 años llamada Christina. Encontré un reporte de CNN que indicaba que la Legislatura del Estado de Arizona incluso aprobó una ley para prohibir que otros manifestantes se acercaran a menos de 300 pies (unos 90 metros) del lugar del funeral. Es una situación verdaderamente absurda. Al conocer esta noticia, siento que en la época que vivimos, tanto creyentes como no creyentes están siendo manipulados por las tentaciones de Satanás. Aunque Satanás utiliza muchas tentaciones, creo que pueden resumirse en dos categorías principales: la "confusión" y la "ilusión". En particular, creo que Satanás engaña

a las personas con ilusiones seductoras, sumiéndolas en un estado de confusión espiritual, mental y emocional, llevándolas así a pecar contra Dios.

Viviendo en tiempos así, ¿cómo podemos resistir las tentaciones de Satanás y llevar una vida de fe que sea recta y agradable a los ojos de Dios? Como aprendimos la semana pasada durante la reunión de oración del miércoles, basándonos en Proverbios 1:1–7, debemos temer a Dios (v. 7), aprender las destrezas de una vida piadosa (v. 2a, vv. 3–4) y desarrollar discernimiento espiritual (v. 2b, vv. 5–6) para vivir sabiamente en estos tiempos malos. En esta era de maldad, debemos recibir sabiduría de Dios (Santiago 1:5–6) y, movidos por el temor de Dios, aprovechar bien el tiempo, discernir la voluntad del Señor y vivir conforme a ella (Efesios 5:15–17). ¿Qué significa temer a Dios? Es un estado mental en el que nuestras actitudes, voluntades, sentimientos, acciones y propósitos son completamente sustituidos por las actitudes, voluntades, sentimientos, acciones y propósitos de Dios (MacArthur). Por tanto, quien teme a Dios centra todo en el Señor, nunca en sí mismo. Quienes temen a Dios nunca buscan su propia voluntad, sino únicamente la voluntad del Señor. Al abrazar el corazón del Señor y emular sus pensamientos, sentimientos, actitudes, voluntad y acciones, viven una vida dedicada exclusivamente a cumplir la voluntad del Señor. ¿No es esta la clase de vida que tú y yo deberíamos vivir? Hoy, centrándome en Proverbios 1:8–19, quisiera explorar tres lecciones sobre la conducta de los jóvenes cristianos que temen a Dios, bajo el título «Jóvenes que temen a Dios». Mi oración es que todos prestemos atención al consejo que el rey Salomón —autor de Proverbios— ofrece a nuestra juventud; que, al obedecer la Palabra de Dios y glorificarle, experimentemos la gracia de ser exaltados y utilizados por Dios.

En primer lugar, los jóvenes que temen a Dios obedecen a sus padres.

Observemos Proverbios 1:8 en el pasaje de hoy: «Hijo mío, escucha la instrucción de tu padre y no abandones la enseñanza de tu madre». En el contexto de la crianza de los hijos entre los judíos, los padres tienen el deber de enseñar a sus hijos la ley de Dios (la Torá). Este

es un requisito esencial para llegar a ser miembro de la comunidad israelita. De hecho, según un pastor, los niños judíos deben memorizar la Torá (los cinco libros de Moisés) durante tres horas al día, comenzando a los cuatro años de edad. ¿Dónde se origina, entonces, esta filosofía educativa judía fundamental —centrada en Dios—? Comienza con el «Shemá». Observemos Deuteronomio 6:4-7: «¡Escucha, oh Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es! Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón. Las enseñarás diligentemente a tus hijos, y hablarás de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes». Se dice que la palabra «Shemá» es la primera lección espiritual que un niño judío encuentra en la vida. Los niños judíos comienzan a aprender esta palabra al lado de su madre, incluso antes de poder articular bien los sonidos. Además, se dice que en el momento de la muerte —en sus últimas palabras a la familia y a quienes los rodean— pronuncian instintivamente el «Shemá» como una especie de testamento final. Las madres judías también hacen que sus hijos reciten el «Shemá» antes de dormir; la razón de esto es asegurar que, si llegaran a fallecer mientras duermen, el «Shemá» sirva como su declaración final.

Nosotros, como padres, debemos enseñar diligentemente la Palabra de Dios a nuestros hijos. Para ello, primero debemos amar al único Dios verdadero, escuchar Su Palabra y grabarla profundamente en las tablas de nuestros propios corazones. Solo entonces podremos enseñar diligentemente la Palabra de Dios a nuestros hijos y grabarla también profundamente en sus corazones. Debemos sembrar la Palabra de la verdad de Dios en los corazones de nuestros hijos con tanta firmeza que nunca se aparten de ella. Sin embargo, ¿cuál es el problema? Una de las cuestiones es que la Palabra de Dios no está profundamente grabada en los corazones de nosotros, los padres. En otras palabras, deberíamos hacer nuestra esa Palabra aprendiéndola y obedeciéndola diligentemente (Salmo 119:56), pero estamos fallando en hacerlo. La causa raíz de esto es la desobediencia. Aunque escuchemos y aprendamos diligentemente la Palabra de Dios, a menudo no la ponemos en práctica; en consecuencia, la Palabra que hemos aprendido no llega a ser

verdaderamente nuestra. Más bien, parece que lo que nosotros, como padres, realmente valoramos y perseguimos es la riqueza material, en lugar de guardar la Palabra de Dios. Cuando intentamos enseñar la Palabra de Dios a nuestros hijos encontrándonos en tal estado espiritual, la verdad de dicha Palabra no logra echar raíces en las tablas de sus corazones. Me preocupa, por el contrario, que la Palabra que enseñamos se esté sembrando meramente en sus mentes y no en sus corazones. Creo que la mejor manera en que los padres pueden sembrar profundamente la Palabra de Dios en los corazones de sus hijos es mediante el ejemplo. Cuando los padres llevan una vida fiel que ejemplifica la obediencia a la Palabra de Dios, sus hijos seguirán ese ejemplo y vivirán también una vida de obediencia. Al hacerlo, la Palabra de Dios llegará a ser no solo nuestra posesión, sino también la de nuestros hijos (versículo 56).

Los jóvenes deben temer a Dios (Proverbios 1:7) y obedecer la Palabra de Dios que escuchan y aprenden de sus padres creyentes. ¿Por qué deberían hacerlo? Observemos Proverbios 1:9: «Son un adorno de gracia para tu cabeza y un collar para tu cuello». La razón por la que los jóvenes deben escuchar y obedecer la Palabra de Dios a través de sus padres es que tal obediencia sirve como un «adorno de gracia» y un «collar para el cuello»; esto significa que obedecer la Palabra trae gloria y honor a los jóvenes. Dios glorifica a quienes obedecen Su Palabra (Park Yun-sun). Dios exaltó a Daniel por su obediencia y elevó a José para que fuera primer ministro de Egipto. Dios enaltece a los jóvenes que obedecen Su Palabra y los utiliza como Sus instrumentos preciados. Por lo tanto, los jóvenes deben aprender la Palabra de Dios a través de sus padres, obedecerla y nunca apartarse de ella.

En segundo lugar, los jóvenes que temen a Dios no siguen las seducciones de los impíos.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 1:10: «Hijo mío, si los pecadores quisieren engañarte, no cedas ante ellos». ¿Cómo seducen, entonces, los impíos (pecadores) a los jóvenes? Lo hacen mediante un engaño que promete una felicidad falsa. ¿En qué consiste esta felicidad falsa? Veamos el versículo 13: «Hallaremos toda clase de riquezas preciosas y llenaremos

nuestras casas de botín». La felicidad falsa que prometen estos pecadores impíos es la mentira de que uno puede poseer riquezas materiales u otros bienes valiosos. Al seducir a los jóvenes con tales mentiras, los impíos los presionan para que participen en hacer daño a una persona inocente sin causa alguna (versículo 11), y para que lo hagan con gran crueldad (versículo 12). Luego proponen apoderarse de todas las posesiones de la persona inocente y repartirse el botín entre ellos (versículo 14) (Park Yun-sun). Mientras meditaba en este pasaje, vinieron a mi mente dos historias bíblicas.

(1) La primera historia que me vino a la mente fue la de Nabot, que se encuentra en el capítulo 21 de 1 Reyes.
Nabot era un israelita que vivía en Samaria; poseía un excelente viñedo situado justo al lado del palacio del malvado rey Acab. Cuando el codicioso Acab deseó el viñedo de Nabot y quiso adquirir la tierra para sí, Nabot se negó a venderlo, declarando que era una herencia de sus antepasados. Fue su esposa, Jezabel, quien se acercó a Acab mientras este cavilaba sobre el asunto. Ella ideó un plan, acusando falsamente a Nabot de maldecir a Dios y al rey; tras hacer que lo apedrearan hasta la muerte ante los ancianos y nobles, se apoderó de su viñedo. ¡Qué acto tan cruel fue aquel!

(2) La segunda historia bíblica que me viene a la mente es el relato de José que se encuentra en Génesis 37, el cual leímos durante el servicio de oración matutina de ayer.

La Biblia nos dice que los hermanos de José —quienes lo odiaban y envidiaban— lo vieron acercarse a lo lejos mientras pastoreaban sus rebaños en Dotán, y conspiraron para matarlo (versículo 18). Conspiraron para matar a su hermano José, arrojarlo a un pozo y afirmar que una "fiera" lo había devorado (versículo 20). Luego, sin que su hermano mayor Rubén lo supiera, vendieron a José a unos comerciantes ismaelitas (versículo 28); después, tomaron la túnica de José, la empaparon en la sangre de un macho cabrío sacrificado (versículo 31) y presentaron la túnica de diversos colores a su padre, Jacob (versículo 32). Al verla, su padre Jacob rechazó todo consuelo de sus otros hijos, diciendo: "Descenderé enlutado al sepulcro

por causa de mi hijo" (versículo 35). ¿Cómo pudieron mentir tan cruelmente a su propio padre? El maligno Diablo —Satanás— está engañando actualmente a nuestros jóvenes con la promesa de una felicidad falsa. Así como Eva fue tentada cuando miró el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, Satanás está ahora seduciendo a nuestra juventud con una felicidad engañosa que parece agradable a la vista, apetecible y deseable para alcanzar sabiduría (3:5–6). El mundo pecaminoso en el que vivimos hoy fomenta el amor al dinero y a uno mismo en los corazones de los jóvenes creyentes, esclavizándolos al materialismo y a la codicia egoísta. Satanás y sus siervos —pecadores malvados— ciegan a nuestros jóvenes creyentes respecto a la felicidad eterna, haciendo que descuiden lo eterno y persigan constantemente placeres mundanos y pasajeros. Por lo tanto, los jóvenes cristianos deben escuchar la palabra de verdad de Dios a través de sus padres y obedecerla. Deben mantenerse firmes en la fe, velando y orando para no caer en las tentaciones de Satanás y de los malvados. Siguiendo el ejemplo de Jesús, deben rechazar tales tentaciones usando la espada del Espíritu: la Palabra de Dios. Nunca debemos entregar nuestros corazones a estas tentaciones.

En tercer lugar, los jóvenes que temen a Dios no se juntan con los malvados.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 1:15: "Hijo mío, no andes en camino con ellos; aparta tu pie de sus veredas". Meditar en este versículo trajo a mi mente las conocidas palabras del Salmo 1:1–2: «Bienaventurado el varón que no anda en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley del Señor está su delicia, y en su ley medita de día y de noche». Relacionar este pasaje con Proverbios 1:8–19 ofrece lecciones valiosas sobre cómo deben vivir los jóvenes cristianos:

(1) No debemos seguir el consejo de los impíos. Observemos el Salmo 1:1: «Bienaventurado el varón que no anda en consejo de malos…». Como ya hemos meditado al analizar Proverbios 1:10, no debemos seguir a los impíos, ni siquiera cuando intentan seducirnos.

Tanto el Salmo 1:1 como Proverbios 1:10 ofrecen la misma lección: no debemos seguir el consejo de los impíos.

(2) Al hacer esto, no nos detendremos en el camino de los pecadores.

Observemos el Salmo 1:1: «Bienaventurado el varón que no anda en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores...». Si seguimos el consejo de los impíos, terminaremos recorriendo el camino de los pecadores junto a ellos. En otras palabras, si cedemos a la seducción de los impíos, acabaremos participando en sus actos pecaminosos (Park Yun-sun). Por tanto, no debemos siquiera detenernos en el camino de los pecadores; no debemos asociarnos en absoluto con los impíos.

(3) Al hacer esto, no nos sentaremos en la silla de los soberbios.

Observemos el Salmo 1:1: «Bienaventurado el varón que no anda en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado». En última instancia, Satanás nos lleva a seguir el consejo de los impíos y a detenernos en el camino de los pecadores, haciendo que finalmente nos sentemos en la silla de los soberbios. Como consecuencia, en nuestra soberbia, desobedecemos la Palabra de Dios y pecamos contra Él. Esto es precisamente lo que Satanás busca. Por ello, los jóvenes no deben asociarse en absoluto con los impíos ni mantener comunión con ellos. En nuestra juventud, existe la tendencia a relacionarnos impulsivamente con muchas personas y a hacer numerosos amigos. Es, verdaderamente, una etapa que exige un gran discernimiento.

¿Por qué, entonces, no debemos relacionarnos con los impíos? La razón es que los pies de los impíos se apresuran hacia el mal (Proverbios 1:16). En otras palabras, no debemos andar con ellos porque se apresuran con afán a cometer actos malvados. No pecan por necesidad; más bien, se deleitan en el mal y lo cometen sin vacilar. Están tan endurecidos en la maldad que se han convertido, en cierto sentido, en la encarnación misma del pecado. Por

consiguiente, quien se relaciona con tales personas no puede contener sus malas acciones; al contrario, se ve arrastrado hacia ese mismo mal (Park Yun-sun). Por tanto, no debemos tener comunión ni andar con los impíos; debemos evitarlos por completo. Así como las aves huyen cuando ven que se tiende una red (versículo 17), nosotros también debemos huir cuando los impíos despliegan ante nosotros las redes de la tentación. Nunca debemos permitir que nos atrapen en las trampas de los impíos como aves insensatas.

Quisiera concluir esta reflexión. Hoy hemos aprendido tres lecciones sobre cómo deben vivir los jóvenes cristianos que temen a Dios: (1) obedecen las palabras de sus padres (versículo 8); (2) no siguen las seducciones de los impíos (versículo 10); y (3) no andan con los impíos (versículo 15). Es mi oración que nosotros y nuestros hijos lleguemos a ser cristianos que temen a Dios y obedecen Su Palabra, disfrutando así de la bendición de ser exaltados y glorificados por Él.

Aquellos que no se deleitan en temer a Dios

[Proverbios 1:20–33]

Recuerdo algo que mi esposa me dijo una vez: "Dado que el mundo se vuelve cada vez más malvado, la iglesia debe llegar a ser verdaderamente la iglesia. Por lo tanto, la iglesia debe hacer brillar su luz en este mundo perverso". Sin embargo, a veces me pregunto si la iglesia, debido a sus propias malas obras, ha llegado a amar más las tinieblas que la luz (Juan 3:19). Afligida por discordias, peleas, conflictos y divisiones, la iglesia de hoy está enferma, llena de heridas y dolor. Temo que, en lugar de proclamar el amor de Jesús y el Evangelio, estemos proclamando nuestra propia insensatez (Proverbios 12:23). Sin duda, la iglesia es la iglesia de Dios (1 Corintios 1:2) y la unidad es una de sus características distintivas; no obstante, resulta difícil ver esa clase de iglesia hoy en día. Ya sea que observemos las iglesias en Corea o las iglesias de inmigrantes aquí en los Estados Unidos, a menudo parecen ser iglesias de hombres más que iglesias de Dios. Aunque claramente pertenecen a Dios, parecen haber degenerado en iglesias que pertenecen a las personas. ¿Qué debemos hacer? Debemos temer a Dios, arrepentirnos de nuestros pecados, apartarnos de ellos y obedecer Su Palabra. Solo entonces habrá esperanza para nuestra iglesia. Solo entonces dejaremos de ser una iglesia de hombres para convertirnos en la iglesia del Señor —una iglesia establecida por Él (Mateo 16:18)— capaz de irradiar al mundo la fragancia de Jesucristo.

En las dos últimas reuniones de oración de los miércoles, meditamos en Proverbios 1:8–10 bajo el tema "Jóvenes que temen a Dios". Al hacerlo, aprendimos tres lecciones sobre las características de los jóvenes que temen a Dios: (1) obedecen a sus padres (v. 8), (2) no siguen las seducciones de los malvados (v. 10) y (3) no se asocian con los malvados (v. 15).

Hoy quisiera meditar en Proverbios 1:20–33 bajo el título: "Aquellos que no se deleitan en temer a Dios". Observemos el versículo 29: "Por cuanto aborrecieron el conocimiento, y no escogieron el temor del Señor". Al centrarme en este versículo, deseo reflexionar sobre la naturaleza de aquellos que no se deleitan en temer a Dios y las consecuencias que enfrentan, para que podamos recibir las enseñanzas que Dios tiene para nosotros.

¿Qué clase de personas son aquellas que no se deleitan en temer a Dios?

En primer lugar, quienes no se deleitan en temer a Dios aman la insensatez, se complacen en la arrogancia y aborrecen el conocimiento.

Veamos Proverbios 1:22: "¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza, y los burladores se deleitarán en su burla, y los insensatos aborrecerán el conocimiento?". Aquí, el rey Salomón, autor de Proverbios, habla de tres tipos de personas que necesitan sabiduría. No son otros que los "simples", los "burladores" y los "insensatos". ¿Quiénes son los simples? Son personas que carecen de discernimiento y de convicciones firmes, lo que las hace dejarse arrastrar fácilmente por movimientos malignos. Los simples mencionados en el versículo 22 del pasaje de hoy son aquellos ya atrapados en el pecado que han llegado a amar su propia insensatez. Los burladores son individuos extremadamente malvados que desprecian la sabiduría de Dios; los insensatos —a diferencia de los simples— están endurecidos en el mal y carecen de sentido moral (Park Yun-sun). Tales personas no se deleitan en el temor de Dios; por el contrario, aman la insensatez, se complacen en la arrogancia y aborrecen el conocimiento. Así, el rey Salomón exhorta fervientemente a estas personas simples, arrogantes e insensatas, preguntándoles cuánto tiempo más seguirán amando la insensatez, deleitándose en la arrogancia y aborreciendo el conocimiento (versículo 22).

Una de las razones por las que nuestra iglesia no logra irradiar la luz de Jesús es precisamente porque carece del conocimiento de Dios (Oseas 4:6). Esto se debe a que

nuestros pastores han rechazado el conocimiento de Dios y han olvidado sus mandamientos (versículo 6). En consecuencia, la iglesia ha sufrido una hambruna de escuchar la Palabra de Dios (Amós 8:11). Como resultado, ya no nos deleitamos en temer a Dios. Amamos la insensatez, nos complacemos en la arrogancia y aborrecemos el conocimiento. Nos hemos convertido en insensatos que desprecian la sabiduría y la instrucción (Proverbios 1:7). Así, nos apartamos de las instrucciones y los decretos de Dios (versículo 8), caemos presa de las seducciones de los impíos (versículo 10) y pecamos contra Dios. Y cometemos estos pecados habitualmente... Tras haber pecado, nuestros corazones se han endurecido; en consecuencia, no solo dejamos de temer a Dios, sino que nos hemos vuelto incapaces de hacerlo. Nos hemos convertido así en personas insensatas que ni temen a Dios ni son capaces de hacerlo, careciendo incluso del remordimiento necesario para lamentar nuestras transgresiones. ¿Cuál es la razón de esto? Se debe a que nuestros corazones han sido endurecidos por el pecado (Park Yun-sun). Debemos guardarnos del endurecimiento de nuestros corazones. Debemos esforzarnos por evitar convertirnos en individuos insensatos cuyos corazones se han vuelto tan duros que no sienten remordimiento alguno por sus pecados. ¿Cómo es esto posible? Es posible mediante el amor a la sabiduría. Debemos aborrecer la insensatez y amar el conocimiento. Al hacerlo, podemos evitar el endurecimiento de nuestros corazones y, por consiguiente, abstenernos de pecar contra Dios. Por tanto, debemos prestar atención a la palabra de Dios y adquirir sabiduría e instrucción (versículo 2). Cuando hacemos esto —actuando con sabiduría, rectitud, justicia y honestidad (versículo 3)—, seremos capaces de glorificar a Dios y hacer brillar la luz de Jesús en este mundo.

En segundo lugar, aquellos que no se deleitan en el temor de Dios desprecian la instrucción y se niegan a aceptar la reprensión.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 1:25: «Desatendieron todo mi consejo y no quisieron aceptar mi reprensión». Quienes no se deleitan en el temor de Dios —que odian el conocimiento y aman la insensatez— no prestan atención a la voz de los sabios. En otras

palabras, los necios que no se deleitan en el temor de Dios hacen oídos sordos a la voz de la sabiduría. Aunque la sabiduría clama en las calles, alza su voz en las plazas públicas, grita en las esquinas concurridas y habla a las puertas de la ciudad (versículos 20-21), ellos se niegan a escuchar (versículo 24). Aunque Dios les dice: «Escuchen mi reprensión y vuélvanse» (versículo 23), estas personas insensatas —que no se deleitan en el temor de Dios— se niegan a escuchar y no muestran interés alguno (versículo 24). Por el contrario, desprecian toda la instrucción de Dios (versículo 25). En última instancia, al rechazar la instrucción y la reprensión de Dios, los necios exponen su propia insensatez ante todos, revelando cuán necios, estúpidos y arrogantes son en realidad. ¿Por qué tales personas insensatas se niegan a aceptar la instrucción y la reprensión de Dios? Porque odian el conocimiento y no se deleitan en el temor de Dios (versículo 29). Por eso la Biblia dice: «No hables al necio, pues despreciará la sabiduría de tus palabras» (23:9). En cambio, los sabios que temen a Dios escuchan Su instrucción, aumentan su aprendizaje y obtienen sabios consejos (1:5). ¿Y la razón de esto? Porque aman el conocimiento. Los sabios que temen a Dios atienden Su consejo y aceptan la instrucción; mediante esto, aumentan en conocimiento (21:11) y se vuelven aún más sabios (19:20).

Un oído que escucha es algo hermoso. Un oído que escucha la voz de Dios es una bendición. Además, un oído que escucha incluso la reprensión de alguien que nos ama con el amor de Dios es verdaderamente precioso. Debemos escuchar las enseñanzas y las reprensiones de Dios. En particular, creyendo que «como pendiente de oro y joyel de oro fino es el que reprende al sabio que tiene oído dócil» (25:12), debemos prestar mucha atención a las reprensiones de los sabios que temen a Dios. A través de esto, oro para que tú y yo aumentemos en conocimiento, crezcamos en sabiduría y seamos usados como instrumentos preciosos de Dios.

En tercer lugar, aquellos que no se deleitan en temer a Dios retrocederán.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 1:32: «Porque el desvío de los simples los matará, y la complacencia de los necios los destruirá». ¿Qué significa esto? Significa que las personas necias que no se deleitan en temer a Dios dan la espalda al amor de Dios y se apartan de Él (Park Yun-sun). Si nos aferramos a la necedad, nos complacemos en la arrogancia y odiamos o despreciamos recibir conocimiento, instrucción y reprensión, nuestra fe inevitablemente retrocederá. En última instancia, esto significa dar la espalda a Dios y abandonarlo. Tal retroceso espiritual terminará por matarnos y destruirnos. Por lo tanto, debemos prestar atención a las palabras de Josué 23:12-13: «Si os apartáis y os unís a los restos de estas naciones que han quedado entre vosotros —casándoos y relacionándoos con ellas—, sabed con certeza que el SEÑOR vuestro Dios ya no las expulsará de delante de vosotros. Al contrario, se convertirán en lazo y trampa para vosotros, en azote para vuestros costados y en espinas para vuestros ojos, hasta que finalmente perezcáis en esta buena tierra que el SEÑOR vuestro Dios os ha dado». Al transmitir esta advertencia al pueblo de Israel, Josué dijo: «Por tanto, esforzaos mucho en amar al SEÑOR vuestro Dios» (v. 11).

¿Cuál es, entonces, el destino de aquellos que no se deleitan en temer a Dios?

(1) El desastre sobreviene como una tormenta.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 1:27: «Cuando el terror venga como una tormenta y la calamidad llegue como un torbellino; cuando la angustia y el dolor se apoderen de vosotros». ¿Qué significa esto? Significa que el juicio de Dios cae sobre los necios: aquellos que no temen a Dios, que desprecian e ignoran Su consejo y reprensión, y que odian el conocimiento. Dios ejecuta el juicio. Él juzga a los necios que no le temen, que aborrecen el conocimiento y que se niegan a aceptar el consejo y la reprensión. La Biblia afirma que Él hace caer sobre ellos el desastre como una tormenta, sumiendo a estas personas insensatas en el pavor, la angustia y el dolor de tal calamidad (v. 27). Sin embargo, ¿cuál es un juicio de Dios aún más aterrador? Creo que es, precisamente, la burla de Dios. Observe el versículo 26: «Yo me reiré cuando el desastre los alcance; me burlaré cuando el terror se

apodere de ustedes». ¿Puede imaginarlo? No ser objeto de burla por parte de las personas (Salmos 44:13; 119:51), sino ser objeto de burla por parte de Dios; ¿puede imaginar eso?

(2) Dios aparta Su rostro de ellos.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 1:28: «Entonces me llamarán, pero no responderé; me buscarán, pero no me hallarán». Hay momentos en que, tras haber despreciado insensatamente la instrucción de Dios y rechazado Su reprensión, finalmente nos enfrentamos al desastre y clamamos a Dios en medio del dolor y el sufrimiento. En esos instantes de angustia y pesar, suplicamos a Dios que nos rescate de tal sufrimiento y calamidad. Sin embargo, a veces sentimos que no llega respuesta alguna a nuestra oración. Esto sucede porque Dios está apartando Su rostro de nosotros. En otras palabras, cuando afrontamos el desastre a causa de nuestros pecados, hay ocasiones en que Dios guarda silencio en lugar de responder a nuestras oraciones; esto ocurre porque Él aparta Su rostro de nosotros. ¿Por qué aparta Dios Su rostro de nosotros? La razón es que nosotros fuimos quienes primero apartamos el rostro de Dios. Quizás se pregunte: «¿Pero cuándo nos apartamos de Dios?». Según Proverbios 1, los insensatos y soberbios rechazaron el conocimiento (v. 22), se apartaron del temor de Dios (vv. 7–9) y menospreciaron la instrucción (v. 25) y la reprensión (v. 23) divinas (MacArthur). Al igual que el pueblo de Israel —que, a pesar de los constantes llamados y mensajes de Dios a través del profeta Jeremías, se negó a escuchar, volvió la espalda, desobedeció Su palabra y pecó—, nosotros también a menudo damos la espalda al Dios que nos habla con insistencia, eligiendo en su lugar seguir nuestro propio camino. Este es precisamente el pecado de apartarse de Dios. Por tanto, aunque enfrentemos el juicio de Dios por nuestros pecados y seamos abandonados por Él en medio de la calamidad, no tenemos motivos para quejarnos. ¿Puede imaginar lo que significa ser abandonado por Dios? ¿Podría realmente soportar que Dios apartara Su rostro de usted?

(3) La tercera consecuencia es que uno come del fruto de sus propias obras.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 1:31: «Por tanto, comerán del fruto de su propio camino y se saciarán de sus propios consejos». Este es precisamente el juicio final de Dios. La Biblia afirma aquí que Dios hará que aquellos que no se deleitan en temerle coman el fruto de sus propias acciones; esto significa que, al juzgar a los necios, arrogantes e insensatos —aquellos que no hallan placer en temer a Dios—, Él simplemente los deja a merced de las consecuencias de sus pecados (MacArthur). Podemos citar Romanos 1:24–28 como ejemplo. Allí, la Biblia dice que Dios «los entregó a la impureza, en los deseos de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos» (v. 24), «los entregó a pasiones vergonzosas» (v. 26) y «los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen» (v. 28). Creo que este es un juicio verdaderamente aterrador por parte de Dios. Considero que es un juicio mucho más terrible que cualquier calamidad el hecho de que Dios simplemente nos deje, a ti y a mí, vivir según nuestros instintos pecaminosos. La razón es que, cuando enfrentamos un desastre y clamamos a Él, existe la posibilidad de que Dios —aunque inicialmente se aparte— tenga misericordia de nosotros y nos libre de nuestros pecados y calamidades; sin embargo, si Dios simplemente nos abandona a nuestros instintos pecaminosos, perdemos toda oportunidad de ser rescatados del pecado. En Ezequiel 11:21, Dios nos habla diciendo: «Pero en cuanto a aquellos cuyo corazón va tras sus cosas detestables y sus abominaciones, haré recaer sus obras sobre sus propias cabezas...». Nuestro Dios es un Dios que nos retribuye conforme a nuestras obras. Si nos negamos a temer a Dios, aborrecemos el conocimiento y rechazamos Su consejo y Su reprensión, Él nos dejará enfrentar las consecuencias de nuestra propia maldad.

¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos arrepentirnos. Debemos arrepentirnos de nuestros pecados. Debemos arrepentirnos del pecado de no deleitarnos en el temor de Dios. Debemos arrepentirnos del pecado de aborrecer el conocimiento y negarnos a atender el consejo y la reprensión de Dios. Además, debemos dar frutos dignos de tal arrepentimiento (Lucas 3:8). Debemos deleitarnos en temer a Dios. Debemos amar el conocimiento de Dios, escuchar Su consejo y aceptar humildemente Su reprensión. En el pasaje de hoy, Proverbios

1:33, Dios nos promete: «Pero quien me escuche vivirá seguro y tranquilo, sin temor a la desgracia». Oro para que todos lleguemos a ser personas que se deleitan en temer a Dios y en atender a Su palabra, viviendo en la paz que Él nos brinda, libres del temor a la desgracia.

Busquemos la sabiduría.

[Proverbios 2:1–9]

Nuestras decisiones conllevan inevitablemente consecuencias. Si decidimos obedecer la Palabra de Dios, el resultado es una bendición; si decidimos desobedecer, es una maldición. Si optamos por no temer a Dios, surgen tres consecuencias: (1) la calamidad que golpea como un torbellino (Prov. 1:27), (2) Dios dándonos la espalda (v. 28) y (3) Dios abandonándonos a nuestros propios caminos (v. 31). Sin embargo, si decidimos temer a Dios, el resultado se describe en Proverbios 1:33: «Pero el que me escucha vivirá seguro y tranquilo, sin temor al mal». Al decidir temer a Dios, podemos vivir con seguridad y paz, libres del temor a la calamidad. Debemos decidir temer a Dios. Debemos elegir la sabiduría de Dios. Cuando lo hacemos, podemos apartarnos del mal y caminar en sabiduría, rectitud, justicia e integridad (v. 3). En consecuencia, podemos disfrutar de seguridad y paz. No obstante, parece que con demasiada frecuencia elegimos la insensatez. Como resultado, las palabras del Salmo 107:17 se hacen evidentes en nuestras vidas: «Los insensatos sufrieron aflicción debido a sus caminos rebeldes y a sus iniquidades». A menudo soportamos adversidades —consecuencia de nuestra elección— porque hemos optado por la insensatez. Creo que la iglesia actual sufre dolor y tribulación precisamente porque ha elegido la insensatez en lugar de la sabiduría. ¿Qué debe hacer, entonces, nuestra iglesia? Debemos desechar la insensatez y elegir la sabiduría. Debemos buscar la sabiduría de Dios. Centrándonos en el pasaje de hoy —Proverbios 2:1–9— y bajo el título «Busquemos la sabiduría», plantearemos dos preguntas y buscaremos sus respuestas en el texto: (1) ¿Por qué debemos buscar la sabiduría? (2) ¿Cómo debemos buscar la sabiduría?

¿Por qué debemos buscar la sabiduría? En resumen, la razón es conocer y comprender. Para ser más específicos, podemos resumir las razones para buscar la sabiduría en tres puntos.

En primer lugar, debemos buscar la sabiduría para conocer a Dios. En otras palabras, se trata de descubrir —o llegar a comprender— el conocimiento de Dios.

Observe la segunda parte de Proverbios 2:5 en el pasaje de hoy: «...y hallarás el conocimiento de Dios». Como aprendimos en Proverbios 1:7, el temor del Señor es el principio del conocimiento. Por lo tanto, quienes temen al Señor aman el conocimiento y aborrecen la insensatez. Por el contrario, aquellos que no se deleitan en temer al Señor aman la insensatez y aborrecen el conocimiento (1:22). ¿Qué clase de conocimiento es el que aborrecen quienes no temen al Señor? Es el conocimiento de Dios. En otras palabras, quienes no se deleitan en temer al Señor aborrecen el conocimiento de Dios. Sin embargo, usted y yo debemos amar el conocimiento de Dios. La razón misma por la que buscamos la sabiduría de Dios es para llegar a conocer a Dios. Recuerdo la confesión que hizo el apóstol Pablo en Filipenses 3:7-9: «Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe». ¿Estaríamos usted y yo verdaderamente satisfechos si lo perdiéramos todo, siempre y cuando poseyéramos el conocimiento supremo de nuestro Señor Jesucristo? Debemos buscar la sabiduría de Dios (celestial) para conocer y comprender la verdad de que el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo es de valor supremo.

En segundo lugar, la razón por la que debemos buscar la sabiduría es para entender lo que significa temer a Dios.

Observe la primera parte de Proverbios 2:5 en el texto de hoy: «Entonces entenderás el temor del Señor…». No podemos temer a Dios sin el conocimiento de Jesucristo. En otras palabras, solo cuando aprendemos acerca de Jesucristo y llegamos a conocerlo —su actitud, voluntad, sentimientos, conducta y propósito— podemos discernir lo que significa temer a Dios. Cuando lo hacemos, podemos apartarnos del mal. Observemos Proverbios 3:7: «No seas sabio en tu propia opinión; teme al Señor y apártate del mal». Quienes se consideran sabios nunca temen a Dios. En consecuencia, no se apartan del mal; por el contrario, desobedecen la palabra de Dios y pecan. Sin embargo, al buscar la sabiduría de Dios, debemos llegar a comprender el temor de Dios y apartarnos del mal. Job era un hombre que temía a Dios y se apartaba del mal (Job 1:1). Al igual que Job, debemos temer a Dios y apartarnos del mal y —sin importar la adversidad o el sufrimiento que enfrentemos— no debemos pecar contra Dios con nuestros labios.

En tercer lugar, la razón por la que debemos buscar la sabiduría es para discernir todo buen camino.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 2:9: «Entonces entenderás justicia, juicio y equidad, y todo buen camino». Satanás nos impide deleitarnos en el temor de Dios (1:29) y, en cambio, hace que amemos la insensatez (v. 22), llevándonos finalmente a andar en los caminos de los impíos (v. 15). Como consecuencia, rápidamente nos apartamos de la Palabra de Dios (Éxodo 32:8), corremos hacia el mal y nos apresuramos a cometer pecado (Proverbios 1:16). Tal es la vida del necio y del insensato. No debemos vivir de esta manera. Más bien, al buscar la sabiduría de Dios y aprender a temerle, debemos apartarnos del camino de los impíos y andar por el camino de los justos: la senda de la justicia, el juicio y la equidad. Debemos discernir todo buen camino mediante la sabiduría de Dios y andar en él.

¿Cómo, entonces, debemos buscar la sabiduría? El texto de hoy nos enseña tres formas de buscarla:

En primer lugar, debemos pedir sabiduría a Dios.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 2:3: «Si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz». Para obtener la sabiduría de Dios, primero debemos orar a Él. Para ello, debemos reconocer plenamente cuánta sabiduría nos falta. En otras palabras, al vivir nuestra fe, debemos llegar a comprender —cada vez más profundamente— cuán insensatos somos. Cuando lo hagamos, buscaremos la sabiduría de Dios con mayor fervor. Esto es precisamente lo que el rey Salomón nos exhorta a hacer en Proverbios 2:3. Nos dice que «clamemos» y «alcemos la voz» a Dios para pedir sabiduría. Esto revela el clamor apasionado de un creyente que desea fervientemente conocer la verdad de Dios y aplicarla a su vida (MacArthur). Debemos ofrecer a Dios oraciones tan apasionadas y fervientes. Además, cuando pedimos sabiduría a Dios, debemos hacerlo con fe. Consideremos Santiago 1:5–6a: «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada…». La Biblia nos instruye a pedir sabiduría a Dios con fe siempre que carezcamos de ella. Cuando buscamos sinceramente —con fe— la sabiduría celestial que tanto necesitamos, Dios nos la concede, tal como lo hizo con el rey Salomón. El pastor Charles Bridges dijo una vez: «La sabiduría terrenal puede adquirirse mediante el estudio; sin embargo, la sabiduría celestial se obtiene mediante la oración. El estudio puede producir un erudito bíblico, pero la oración produce un cristiano espiritual» (Park Yun-sun). En efecto, la sabiduría celestial se alcanza mediante la oración. Al pedir sabiduría a Dios con fe, podemos obtener esa sabiduría celestial, aplicar la Palabra veraz de Dios a cada área de nuestra vida y consolidarnos como cristianos espirituales que temen a Dios.

En segundo lugar, para alcanzar la sabiduría, debemos buscar activamente la sabiduría de Dios.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 2:4: «Si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros…». Recuerdo que un diácono dijo una vez: «Debemos leer la

Biblia tal como un minero excava en busca de oro». ¿Qué opinan ustedes? Recuerdo haber visto noticias —en televisión o en internet— sobre mineros atrapados a gran profundidad en minas de carbón. Recuerdo vívidamente las dramáticas escenas del año pasado, cuando los mineros de Chile fueron rescatados tras haber quedado atrapados. Tales noticias nos hacen comprender, al menos indirectamente, los inmensos riesgos que conlleva su trabajo. Si tuviera que resumir la vida de estos mineros en una sola frase, diría que trabajan arriesgando su propia vida. ¿Por qué creen, entonces, que trabajan tan arduamente, arriesgando así su vida? ¿No será porque encuentran algo lo suficientemente valioso como para justificar tal riesgo? Creo que la época en la que vivimos hoy es una era de «valores confusos». Actualmente, Satanás hace que perdamos de vista lo que es verdaderamente valioso y lo que no lo es. Al prometernos la dulce ilusión de una felicidad falsa, Satanás nos tienta a abandonar las cosas eternas en favor de perseguir lo pasajero y mundano. Al reflexionar sobre estas artimañas de Satanás, recuerdo a los israelitas en el libro del Éxodo. Recuerdo cómo, tras ser liberados de Egipto por el poder milagroso de Dios y avanzar con valentía por el desierto, sus corazones vacilaron; al ver que el faraón y su ejército los perseguían, se apoderó de ellos el miedo y se quejaron ante Moisés, diciendo que habría sido mejor permanecer como esclavos en Egipto que morir en el desierto. Al meditar en ese pasaje, me preguntaba: ¿cómo podría una vida de esclavitud al pecado ser mejor que la vida eterna? A mi parecer, hallar la salvación, la libertad del pecado y la vida eterna —aunque ello implicara morir físicamente en el desierto— era mucho mejor que regresar a Egipto para vivir como esclavo; sin embargo, no logro comprender por qué los israelitas, habiendo sido salvados y estando en camino hacia la Tierra Prometida, deseaban volver a Egipto. ¿Cuál era el problema? Se trataba de una confusión de valores. No supieron reconocer lo que era verdaderamente valioso. Moisés, en cambio, poseía los valores correctos: una perspectiva que solo se alcanza mediante la fe. Consideremos Hebreos 11:24-26: «Por la fe Moisés, ya adulto, rehusó llamarse hijo de la hija del faraón. Prefirió ser maltratado junto con el pueblo de Dios antes que disfrutar de los placeres efímeros del pecado. Consideró que el oprobio por causa de Cristo tenía más valor que los tesoros de Egipto, porque tenía la mirada puesta en su recompensa». Debemos buscar la sabiduría de Dios con este mismo sistema de

valores arraigado en la fe. En otras palabras, debemos reconocer el inmenso valor de la sabiduría de Dios y buscarla «como a la plata» (Proverbios 2:4). El rey Salomón nos dice que, al buscar la sabiduría de Dios, debemos valorarla y perseguirla tal como alguien buscaría un tesoro preciado (Park Yun-sun). Así como las personas no escatiman sacrificios para obtener un tesoro valioso (Job 28:1-11), nosotros también debemos estar dispuestos a hacer sacrificios significativos en nuestra búsqueda de la sabiduría de Dios (Park Yun-sun).

En tercer lugar, para buscar la sabiduría, debemos abrir las puertas de nuestro corazón, escuchar atentamente la Palabra de Dios y atesorar en nuestro interior lo que oímos.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 2:1: «Hijo mío, si aceptas mis palabras y guardas mis mandamientos en tu interior…». Cuando valoramos la sabiduría de Dios como un tesoro y la buscamos sin escatimar sacrificios, debemos abrir de par en par nuestro corazón y escuchar Su Palabra. Debemos oír las palabras de sabiduría e instrucción de Dios y obedecerlas. Solo así podremos verdaderamente atesorar la Palabra de Dios en nuestro corazón. Veamos Proverbios 7:1: «Hijo mío, guarda mis palabras y atesora mis mandamientos en tu interior». La mejor manera de guardar la Palabra de Dios en nuestro corazón es hacerla nuestra propia posesión. Y la forma de hacer nuestra la Palabra de Dios es guardarla y obedecerla. Miremos el Salmo 119:56: «Esto ha llegado a ser mío: el guardar tus preceptos». Debemos atesorar la Palabra de Dios en nuestro corazón guardándola y poniéndola en práctica. Al hacerlo, obtenemos la sabiduría que Dios provee; entonces podemos aprovechar bien el tiempo en estos días malos, comprender la voluntad del Señor y vivir conforme a ella (Efesios 5:17).

Quisiera concluir esta reflexión. En esta época malvada y tenebrosa, nuestra iglesia debe ser sabia. Por tanto, debemos ser una iglesia que aproveche bien el tiempo, comprenda la voluntad del Señor y la obedezca. Para ello, necesitamos la sabiduría de Dios. Cuando poseemos sabiduría, podemos conocer a Dios y temerle; también podemos discernir todo buen camino y andar en él. Por consiguiente, debemos buscar con diligencia la sabiduría de

Dios mediante la fe. Debemos buscar la sabiduría con un corazón anhelante. Debemos abrir las puertas de nuestro corazón, escuchar atentamente la Palabra de Dios y atesorar en lo profundo de nuestro ser lo que oímos. Mi oración es que, como resultado, Dios nos conceda sabiduría para que podamos comprender la voluntad del Señor y vivir sabiamente conforme a ella.

Los beneficios de la sabiduría

[Proverbios 2:10–22]

Hay innumerables preguntas que debemos plantearnos al transitar por la vida. Por ejemplo, vivimos nuestros días preguntándonos cosas como: «¿Cuál es el propósito de mi vida?», «¿Cuál es la voluntad de Dios para mí?» y «¿Cómo debo vivir para glorificar a Dios?». Entre esta multitud de interrogantes, Eclesiastés 1:3 destaca uno que no debemos pasar por alto: «¿Qué provecho saca el hombre de todo el trabajo con que se afana bajo el sol?». Debemos vivir una vida caracterizada por el discernimiento espiritual —evaluando si algo es verdaderamente beneficioso o si carece de provecho— para así abrazar lo bueno y desechar lo inútil. Para lograrlo, necesitamos sabiduría celestial. Solo mediante la sabiduría que Dios otorga podemos ejercer el discernimiento espiritual necesario para elegir lo que es beneficioso y apartar lo que no lo es.

Últimamente, al meditar en el libro de Proverbios durante nuestras reuniones de oración de los miércoles, he sentido con mayor profundidad la necesidad de sabiduría. Dios está revelando la insensatez de mi corazón e impulsándome a buscar Su sabiduría. En este proceso, durante la reunión de oración de la semana pasada, nos centramos en Proverbios 2:1–9 bajo el tema «Busquemos la sabiduría», aprendiendo tanto el porqué como el cómo debemos buscarla. ¿Por qué debemos buscar la sabiduría? La buscamos para conocer y comprender. En otras palabras, perseguimos la sabiduría no solo para conocer y entender a Dios, sino también para discernir todos los buenos caminos por los que Él desea que transitemos. Entonces, ¿cómo debemos buscar la sabiduría? No solo debemos pedir sabiduría a Dios, sino también buscarla activamente, tal como se busca un tesoro escondido. Además, debemos abrir las puertas de nuestro corazón, escuchar atentamente

la Palabra de Dios y atesorar lo que oímos en lo más profundo de nuestro ser. ¿Por qué debemos hacer esto? Hoy busco la respuesta en nuestro texto: Proverbios 2:10–22. En resumen, la razón radica en los beneficios de la sabiduría. Reflexionemos sobre tres beneficios específicos de la sabiduría y recibamos las lecciones que nos ofrecen.

En primer lugar, un beneficio de la sabiduría es que trae gozo a nuestras almas.

Observemos Proverbios 2:10 en el texto de hoy: «Cuando la sabiduría entre en tu corazón y el conocimiento sea grato a tu alma…». ¿Qué le trae alegría en estos días? ¿Hay alegría en su corazón en este momento? Al recordar Eclesiastés 7:11 —un pasaje sobre el que meditamos el año pasado—, aprendimos que la sabiduría nos proporciona una perspectiva eterna. En otras palabras, la Biblia enseña que la sabiduría es buena, beneficiosa y hermosa porque nos guía y nos ayuda a vivir para la eternidad. Como señaló el rey Salomón en Eclesiastés 3:11, Dios ha puesto en nosotros un anhelo de eternidad; la sabiduría es buena, beneficiosa y hermosa precisamente porque satisface ese mismo anhelo. Hay verdadera felicidad en la vida de quien comprende la verdad (Park Yun-sun). Esta felicidad nace de la alegría profunda que se encuentra en los corazones de aquellos que entienden la verdad de Dios. Consideremos 1 Corintios 13:6: «No se regocija en la injusticia, sino que se regocija con la verdad». Nuestras almas se regocijan en la verdad. En otras palabras, nuestras almas han sido recreadas para anhelar la eternidad en Jesucristo, y esta alma recreada encuentra alegría cuando comprende la verdad eterna de Dios. Ciertamente, nuestras almas se llenan de alegría cuando escuchamos la voz del Señor (Himno 500). Además, cuando escuchamos y comprendemos la voz de verdad del Señor y obedecemos su palabra, nuestras almas se regocijan y nuestros corazones hallan paz (Proverbios 2:10) (Park Yun-sun). ¿Cómo es esto posible? Es porque el Dios vivo obra en nosotros a través de esa misma palabra (Park Yun-sun). La sabiduría nos beneficia precisamente porque nos otorga, a usted y a mí, esta paz y alegría.

En segundo lugar, el beneficio de la sabiduría es que nos protege y nos libra.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 2:11–12: «La discreción te protegerá y el entendimiento te guardará, librándote del camino de los malvados, de aquellos cuyas palabras son perversas». En Proverbios 2:8, pasaje sobre el que ya hemos meditado, la Biblia nos dice: «Porque él guarda la senda de los justos y protege el camino de sus fieles». En resumen, Dios concede sabiduría a aquellos de nosotros que la buscamos (versículos 3 y 4), permitiendo que dicha sabiduría nos guarde y nos proteja. Además, el texto afirma que la sabiduría no solo nos protege, sino que también nos libra cuando estamos en peligro. ¿De quiénes, entonces, dice la Biblia que la sabiduría nos protege y nos libra? El pasaje de hoy habla de dos tipos de personas:

(1) Los malvados y aquellos que hablan perversidad.

Observemos Proverbios 2:12 en el texto de hoy: «Te librará del camino de los malvados y de aquellos que hablan perversidad». Respecto a estos malvados y a quienes hablan perversidad, los versículos 13 y 14 nos dicen que «abandonan las sendas de rectitud para andar por caminos de tinieblas», «se regocijan haciendo el mal» y «se deleitan en la perversidad de los malvados». Son necios que odian el conocimiento (la sabiduría) y aman la insensatez; son personas que se niegan a aceptar la «instrucción en prudencia, justicia, rectitud y equidad» (1:3). En consecuencia, abandonan el camino de la rectitud y andan por caminos torcidos (2:15). Poseen corazones y mentes retorcidos, lo que los incapacita para andar por el camino correcto. Como resultado, estos individuos malvados y perversos odian a aquellos de nosotros que andamos por el camino correcto —o recto—. Así, quienes andan en tinieblas no solo nos tientan —a nosotros, los hijos de la luz—, sino que también nos ponen en peligro cuando nos negamos a ceder ante sus tentaciones. Un ejemplo claro es José, del libro del Génesis. Tal como la esposa de Potifar —tras fracasar en su intento de seducir a José, quien servía fielmente en la casa de Potifar— lo acusó falsamente e hizo que lo encarcelaran (Génesis 39), aquellos de mente retorcida que se deleitan en la perversidad y la maldad nos calumniarán, nos tenderán trampas y nos pondrán en peligro porque

andamos por el camino de la rectitud por reverencia a Dios. Del mismo modo que Dios concedió a José la sabiduría para interpretar sueños, lo libró de la cárcel y lo nombró primer ministro de Egipto (Génesis 40–41), Él nos concede sabiduría para rescatarnos del peligro y, además, para exaltarnos.

(2) La sabiduría nos protege y nos libra de la mujer adúltera.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 2:16: «La sabiduría te librará también de la mujer adúltera, de la mujer ajena que halaga con sus palabras». La Biblia ofrece más explicaciones sobre estas mujeres adúlteras en dos aspectos (Park Yun-sun):

(a) En primer lugar, la Biblia afirma que ellas seducen a las personas con sus palabras (versículo 16).

Proverbios 5:3–4 dice: «Porque los labios de la mujer adúltera destilan miel, y su hablar es más suave que el aceite; pero al final es amarga como el ajenjo, afilada como una espada de dos filos». ¡Qué tentación tan aterradora es esta! Es verdaderamente una tentación terrible, capaz de arrebatarnos la vida y la fe. Al meditar en este pasaje, recuerdo las palabras que se encuentran en Proverbios 7:6 y los versículos siguientes. Un joven insensato, falto de sabiduría, vaga a altas horas de la noche por el callejón de una adúltera, dirigiéndose hacia su casa. Una mujer —vestida como prostituta y llena de astucia— lo agarra, lo besa y, con descaro, le dice: «Hoy he ofrecido sacrificios de paz y he cumplido mis votos; por eso salí a tu encuentro, te busqué y te he hallado. He adornado mi lecho con colchas de colores y sábanas de Egipto, y lo he perfumado con mirra, áloe y canela. Ven, saciémonos de amor hasta la mañana y deleitémonos en el abrazo mutuo. Mi marido ha emprendido un largo viaje; se llevó una bolsa de plata y no regresará hasta mediados de mes». Con sus palabras seductoras y sus labios lisonjeros, esta mujer inmoral atrae al joven, y él la sigue de inmediato (versículos 21–22). La Biblia lo describe yendo «como un buey al matadero, o como un necio al cepo para ser castigado» (versículo 22). ¿Cómo podemos rechazar y

vencer tales tentaciones provenientes de una mujer adúltera, tal como lo hizo José? ¿Cómo podemos usted y yo ser protegidos y librados de tales mujeres que usan palabras seductoras para atrapar a las personas? Observemos Proverbios 7:1–5: «Hijo mío, guarda mis palabras y atesora mis mandamientos en tu interior. Obedece mis mandamientos y vivirás; guarda mis enseñanzas como a la niña de tus ojos. Átalas a tus dedos; escríbelas en la tabla de tu corazón. Di a la sabiduría: "Tú eres mi hermana", y llama parienta a la inteligencia; así te librarán de la mujer adúltera, de la mujer extraviada con sus palabras seductoras». Solo la sabiduría que Dios otorga puede preservarnos de caer presa de la seducción de la adúltera, quien nos atrapa con sus palabras. Solo la sabiduría puede guardarnos, protegernos y librarnos de ellas.

(b) En segundo lugar, la adúltera carece de fidelidad conyugal.

Observemos Proverbios 2:17: «Ella ha abandonado al compañero de su juventud y ha olvidado el pacto de su Dios». Las adúlteras son aquellas que han abandonado a sus esposos —sus compañeros matrimoniales— y han quebrantado el pacto matrimonial establecido ante Dios (Génesis 2:24). En resumen, carecen de fidelidad. Son mujeres que han desechado su pureza como si fuera un trapo sin valor, acostándose con un hombre tras otro. Según el versículo 18 de nuestro texto, la casa de tal adúltera conduce a la muerte, y sus senderos se inclinan hacia el reino de los muertos. ¿Qué significa esto? Observemos el versículo 19: «Ninguno de los que van a ella regresa jamás, ni alcanza los senderos de la vida».

¿Cómo nos protege y nos libra, entonces, la sabiduría de los malvados y de la mujer adúltera? La sabiduría de Dios nos protege y nos libra al impedir que nos unamos a los caminos de los malvados y de la mujer adúltera (v. 12) (Park Yun-sun). Los malvados y las mujeres adúlteras que nos rodean nos tientan constantemente, deseando que abandonemos el camino recto y transitemos por la senda torcida y maligna. A nuestros ojos físicos, sus tentaciones pueden parecer atractivas: agradables a la vista, buenas para comer y deseables para

alcanzar la sabiduría (Génesis 3:6). Sin embargo, la sabiduría nos permite ver los caminos de los malvados y de la mujer adúltera con ojos espirituales. En consecuencia, la sabiduría revela que sus caminos conducen a la destrucción; no solo nos impide participar en sus prácticas, sino que también nos aparta por completo de caminar junto a ellos. Este es el segundo beneficio de la sabiduría.

Finalmente, el tercer beneficio de la sabiduría es que nos permite caminar por el camino del bien.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 2:20: «Así andarás por el camino de los hombres buenos y te mantendrás en las sendas de los justos». La sabiduría nos permite recorrer el camino de los sabios —el camino de la rectitud, la justicia y la integridad—; en resumen, todo buen camino (v. 9). En otras palabras, la sabiduría nos guía a transitar por una senda recta en lugar de una torcida. Esa senda recta es «el camino de los hombres buenos» o «las sendas de los justos» (v. 20). Quienes buscan la sabiduría no se asocian con los malvados ni con la mujer adúltera. Por el contrario, evitan la comunión con tales personas malvadas e inmorales, apartándose de ellas para cultivar relaciones correctas. Esta clase adecuada de comunión implica que los sabios se relacionan y tienen comunión con los buenos y los justos (Walvoord). Como resultado, los sabios procuran la rectitud y la integridad mediante su comunión con los buenos y los justos. ¿Por qué buscan los sabios la rectitud y la integridad? Porque desean permanecer para siempre en la tierra prometida por Dios. Observemos el versículo 21: «Porque los rectos habitarán en la tierra, y los íntegros permanecerán en ella». En cambio, la Biblia afirma que los impíos, tras haber abandonado la senda de la rectitud para andar por caminos tenebrosos y perversos (versículos 13-14), finalmente serán «cortados de la tierra» y «arrancados de ella» (versículo 22). ¿Qué debemos hacer, entonces?

Debemos buscar la sabiduría. Debemos buscar la sabiduría de Dios. Centrándonos en el pasaje de hoy —Proverbios 2:10-22— y en el mensaje sobre los «beneficios de la sabiduría»,

debemos pedirle a Dios esa sabiduría que tanto bien nos hace. Tengamos esto presente: la sabiduría llena de gozo nuestra alma. La sabiduría nos protege y nos libra del peligro. Además, la sabiduría nos capacita para andar por el camino del bien y de la justicia: el mismo camino que recorrió Jesús. Oro para que todos caminemos por esta senda que siguió el Señor, a fin de que podamos morar con Él para siempre en la tierra prometida del cielo.

Sabiduría que deleita nuestras almas

«Cuando la sabiduría entre en tu corazón, y el conocimiento sea grato a tu alma» (Proverbios 2:10).

¿Qué te trae alegría en estos días? ¿Hay alegría en tu corazón? ¿Cómo está tu alma? ¿Hay regocijo en ella?

El pasaje de hoy, Proverbios 2:10, nos dice que cuando la sabiduría entra en nuestros corazones, nuestras almas hallan deleite. ¿Cuál es esta sabiduría capaz de brindar tal deleite a nuestras almas? Eclesiastés 7:11 revela que el beneficio que ofrece la sabiduría es una perspectiva arraigada en valores eternos. En otras palabras, la sabiduría es buena, beneficiosa y hermosa porque nos guía y nos ayuda a vivir para la eternidad. Como señaló el rey Salomón en Eclesiastés 3:11, Dios ha puesto en nosotros un anhelo de eternidad; la sabiduría es preciosa porque satisface precisamente ese anhelo. Cuando esta sabiduría de Dios —buena, beneficiosa y hermosa— entra en nuestros corazones, comenzamos a vivir para las cosas eternas, guiados por una perspectiva eterna. Participamos en la obra de Dios de salvar almas —rescatando a las personas que Él eligió y amó antes de la fundación del mundo— y, al hacerlo, Dios permite que nuestras almas experimenten un verdadero deleite. En particular, cuando Dios nos usa para proclamar con valentía el evangelio de Jesucristo y las almas que perecen aceptan a Jesús como su Salvador y hallan la salvación, nuestras almas no pueden evitar desbordarse de alegría. El apóstol Pablo experimentó precisamente esta alegría del alma. Pablo, quien se dedicó a salvar almas proclamando el Evangelio de Jesucristo a quienes perecían, se refirió a los creyentes de la iglesia de Filipos como «mi gozo y mi corona» (Filipenses 4:1). Tras describir de esta manera el fruto de salvar almas, Pablo

también se regocijaba profundamente en su alma gracias a Jesús, quien era su gozo, su vida y su esperanza. ¿Poseemos tú y yo verdaderamente esta alegría del alma?

La persona sabia (1)

[Proverbios 3:1–10]

Entre los criterios de membresía de nuestra iglesia, existe una sección titulada «Actitud espiritual». Esta sección enumera las actitudes espirituales que se requieren de nuestra familia eclesial: cualidades como la obediencia, la humildad, la sinceridad y la fidelidad. Sin embargo, hay una frase específica escrita antes de estos atributos: «El tipo de persona que eres es mucho más importante que el tipo de trabajo que realizas». Concedo gran importancia a esta afirmación y la he grabado profundamente en mi corazón. En consecuencia, tanto en mi caminar personal de fe como en mi ministerio pastoral, me centro más en el *ser* que en el *hacer*. Por ejemplo, lo que más me importa no es simplemente lo que hemos hecho por Dios, sino más bien el tipo de persona en la que nos estamos convirtiendo a Sus ojos. Hago hincapié en esto porque creo que nuestras acciones deben fluir naturalmente de quiénes somos. Si nos estamos transformando en personas que recuerdan a los demás a Jesús porque crecemos para parecernos a Él, esa transformación es mucho más significativa que cualquier tarea específica que podamos estar realizando para Su iglesia. Por ello, hoy quisiera plantearles un desafío. Quiero cambiar el enfoque de la pregunta «¿Qué estoy haciendo por el Señor?» a «¿Estoy creciendo actualmente para parecerme al carácter de Jesús?». Cuando llegamos a parecernos al carácter de Jesús, nuestras acciones reflejarán naturalmente Su manera de hacer las cosas. Del mismo modo, cuando nos convertimos en personas sabias, seremos capaces de actuar con sabiduría. Así pues, debemos esforzarnos por llegar a ser sabios. En particular, al continuar meditando en el libro de Proverbios, debemos procurar recibir la sabiduría celestial que Dios nos ofrece y convertirnos en personas verdaderamente sabias. Durante

el culto de oración del miércoles pasado, reflexionamos sobre los «beneficios de la sabiduría», centrándonos en Proverbios 2:10–22. Vimos que la sabiduría deleita nuestra alma (v. 10), nos protege y nos libra (vv. 11–12) y nos guía a andar por el camino del bien (v. 20). Hoy, centrándonos en Proverbios 3:1–10, quisiera meditar sobre el tema «La persona sabia (1)» y recibir las enseñanzas que Dios nos brinda. En primer lugar, consideremos la actitud de fe que poseen los sabios. El texto nos enseña cuatro puntos clave a este respecto:

En primer lugar, la persona sabia guarda los mandamientos de Dios en su corazón.

Observemos Proverbios 3:1 y 3: «Hijo mío, no te olvides de mi ley, y tu corazón guarde mis mandamientos... Que la misericordia y la verdad no te abandonen; átalas a tu cuello, escríbelas en la tabla de tu corazón». La persona sabia no olvida la ley ni los mandamientos de Dios, sino que los guarda. En consecuencia, graba el amor y la verdad absoluta de Dios en la tabla de su corazón. Puesto que la persona sabia ama a Dios, obedece Su palabra (Juan 14:21) y, mediante esa obediencia, experimenta el amor de Dios con mayor profundidad. En otras palabras, la motivación para la obediencia de la persona sabia es el amor a Dios; al amar a Dios y guardar Su palabra, experimenta inevitablemente Su amor con mayor profundidad. La persona necia, en cambio, no puede experimentar el amor de Dios; por el contrario, experimenta inevitablemente el odio de Dios con mayor intensidad. ¿Cuál es la razón de esto? La razón es que ama la necedad, se deleita en la arrogancia y odia el conocimiento (Prov. 1:22); en consecuencia, se niega a escuchar la palabra de Dios (v. 24) y la desobedece. Como no ama a Dios, desobedece Su palabra, y al desobedecerla, no puede experimentar el amor divino. En su lugar, se encuentra con la burla de Dios (v. 26) y con que Dios le da la espalda (v. 28); finalmente, no tiene más remedio que cosechar el fruto de sus propias acciones: el juicio de Dios (v. 31). Por el contrario, la persona sabia obedece la palabra de verdad de Dios y, de este modo, experimenta Su amor con mayor profundidad. Además, la persona sabia ama a Dios y a su prójimo gracias a esa profunda experiencia del amor divino. Asimismo, se esfuerza por vivir una vida de veracidad tanto ante Dios como ante los demás. En otras palabras, al guardar y poner en práctica la verdad absoluta del Dios

amoroso, la persona sabia vive una vida en la que la Palabra se encarna en ella; Una vida así —en la que la Palabra se encarna— es una vida verdaderamente auténtica. El necio, en cambio, vive una vida de falsedad. Esto se debe a que odia y aborrece la palabra de verdad absoluta (vv. 22, 24), lo que lo deja vulnerable a los halagos y tentaciones de los malvados (v. 10; 2:12) y de la mujer adúltera (2:16). Debemos llegar a ser sabios. Debemos guardar y practicar los mandamientos de Dios desde el corazón. Por tanto, debemos grabar el amor y la verdad de Dios cada vez más profundamente en las tablas de nuestro corazón. Y, al guardar la palabra de Dios y actuar conforme a ella —viviendo una vida de amor y verdad—, debemos glorificar a Dios.

En segundo lugar, la persona sabia confía plenamente en Dios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 3:5–6a: «Confía en el SEÑOR con todo tu corazón y no te apoyes en tu propia prudencia; reconócelo en todos tus caminos...». La persona sabia, que graba los mandamientos de Dios en su corazón y los pone en práctica, depende —o deposita su confianza— en el Dios a quien ama con todo su corazón. Aquí, depender de Dios con todo el corazón significa «confianza exclusiva». Este tipo de dependencia se describe como una «confianza propia de un niño» (Park Yun-sun). Depender de Dios con todo el corazón significa confiar plenamente en Él con una fe sencilla, como la de un niño (Park Yun-sun). Para depositar tal confianza infantil en Dios, no debemos apoyarnos en nuestro propio entendimiento. Cuanto más dependemos de nuestro propio entendimiento, menos capaces somos de confiar en Dios con un corazón sencillo, como el de un niño. Elías es un ejemplo de esto. En 1 Reyes 17, durante una época en la que no llovía (v. 1), Dios ordenó a Elías que se escondiera junto al arroyo de Querit y bebiera del arroyo (vv. 3–4). ¿Cree usted que esta orden de Dios tiene sentido para nuestra lógica humana? ¿Cómo podría Dios ordenar a alguien que fuera a un arroyo y bebiera de sus aguas cuando no estaba lloviendo? Al fin y al cabo, si no llueve, lo natural es que el arroyo se seque. Por supuesto, Dios es un Dios poderoso capaz de obrar milagros para evitar que el arroyo se seque, incluso cuando no hay lluvia. El Dios que secó el mar Rojo y lo convirtió en tierra firme es el

Todopoderoso que podría —a la inversa— haber mantenido el arroyo fluyendo sin secarse, aun en ausencia de lluvia. Sin embargo, Dios no realizó tal milagro para Elías; en consecuencia, el agua del arroyo de Querit se secó (versículo 7). ¿Habría podido Elías obedecer la orden de Dios de esconderse junto al arroyo y beber de sus aguas durante una sequía si se hubiera apoyado en su propio entendimiento? Finalmente, como no cayó lluvia sobre la tierra, el arroyo se secó (versículo 7). En ese momento, Dios envió a Elías a una viuda que vivía en Sarepta. Dios le ordenó a Elías: «Levántate, vete a Sarepta de Sidón y mora allí» (versículo 9). Allí, Dios dispuso que una viuda —que tenía la intención de preparar una última comida para ella y su hijo antes de morir (versículo 12)— proveyera para Elías (versículo 9). ¿Es esta orden de Dios algo que tenga sentido para la mente humana? ¿Cómo podría Dios ordenar a alguien que fuera a la casa de una viuda que planeaba comer una última vez con su hijo y luego morir? Es, verdaderamente, una orden que uno no podría obedecer si confiara en su propio entendimiento. Vienen a la mente las palabras de Isaías 55:8-9: «Porque dice el Señor: "Mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, ni sus caminos son mis caminos. Porque así como los cielos son más altos que la tierra, así son mis caminos más altos que los caminos de ustedes, y mis pensamientos más altos que los pensamientos de ustedes"». Aunque existe una enorme diferencia entre los pensamientos de Dios y los nuestros, a menudo intentamos encajar los pensamientos sublimes de Dios —nuestro Creador— en nuestro limitado entendimiento humano mientras vivimos nuestras vidas en la tierra. Como resultado, a menudo no logramos confiar plenamente en Dios y, en cambio, confiamos en nosotros mismos en medio de nuestras dudas. Sin embargo, la Biblia nos ordena no confiar en nuestro propio entendimiento (Proverbios 3:5). Por lo tanto, no debemos depender de nuestra propia percepción. En su lugar, debemos creer en Dios por quien Él es y depositar nuestra confianza absoluta en Él. Debemos reconocer a Dios en todos nuestros caminos y encomendarle todos nuestros planes. Cuando lo hacemos, Dios hace realidad nuestros planes (Proverbios 16:3).

En tercer lugar, la persona sabia se aparta del mal porque teme a Dios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 3:7: «No seas sabio en tu propia opinión; teme al SEÑOR y apártate del mal». Cuando confiamos en nuestro propio entendimiento, inevitablemente comenzamos a considerarnos sabios. Esto es especialmente cierto cuando gestionamos asuntos basándonos en nuestra propia percepción y tenemos éxito; a menudo creemos erróneamente que nuestro éxito se debe a nuestra propia sabiduría. Quienes confían en su propio entendimiento se ven a sí mismos como sabios. Por eso el rey Salomón nos dice que no nos consideremos sabios. ¿Cómo es esto posible? Esto se hace posible cuando tememos a Dios. En otras palabras, el temor de Dios nos capacita para apartarnos del mal. Así como amar a Dios y a la verdad (3:3) nos lleva a abandonar el odio y la falsedad, temer a Dios nos permite apartarnos del mal de considerarnos sabios (versículo 7). Si no confiamos en Dios ni le reconocemos en todos nuestros caminos, es señal de que, en su lugar, dependemos de nosotros mismos y nos reconocemos a nosotros mismos. Esto, a su vez, demuestra que nos consideramos sabios. Tal es la vana creencia del necio que no teme a Dios (14:16). La causa raíz de esta vana creencia —creerse sabio— es el orgullo que pone la mira en cosas altaneras (Romanos 12:16). ¿Por qué ponemos la mira en cosas altaneras? Porque no conocemos íntimamente al Dios Altísimo. Cuando carecemos de un conocimiento íntimo de Dios, nos consideramos sabios (Proverbios 3:7) y actuamos como si lo fuéramos (Romanos 12:16). Al caer en tal orgullo, aun conociendo a Dios, no le glorificamos ni le damos gracias; por el contrario, nuestros razonamientos se vuelven vanos y nuestros corazones insensatos se oscurecen: pretendiendo ser sabios, nos volvemos necios (1:21-22). Por tanto, no debemos considerarnos sabios. Más bien, movidos por el temor de Dios, debemos apartarnos del mal. Puesto que tememos a Dios, no debemos poner la mira en cosas altaneras, sino en las humildes. En resumen, la persona sabia que teme a Dios es humilde. Debemos temer a Dios, apartarnos del mal y caminar en humildad. Dios exaltará y usará grandemente a quienes sean humildes de esta manera.

En segundo lugar, la persona sabia confía plenamente en Dios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 3:5–6a: «Confía en el SEÑOR con todo tu corazón y no te apoyes en tu propia prudencia; reconócelo en todos tus caminos...». La persona sabia, que graba los mandamientos de Dios en su corazón y los pone en práctica, depende —o deposita su confianza— en el Dios a quien ama con todo su corazón. Aquí, depender de Dios con todo el corazón significa «confianza exclusiva». Este tipo de dependencia se describe como una «confianza propia de un niño» (Park Yun-sun). Depender de Dios con todo el corazón significa confiar plenamente en Él con una fe sencilla, como la de un niño (Park Yun-sun). Para depositar tal confianza infantil en Dios, no debemos apoyarnos en nuestro propio entendimiento. Cuanto más dependemos de nuestro propio entendimiento, menos capaces somos de confiar en Dios con un corazón sencillo, como el de un niño. Elías es un ejemplo de esto. En 1 Reyes 17, durante una época en la que no llovía (v. 1), Dios ordenó a Elías que se escondiera junto al arroyo de Querit y bebiera del arroyo (vv. 3–4). ¿Cree usted que esta orden de Dios tiene sentido para nuestra lógica humana? ¿Cómo podría Dios ordenar a alguien que fuera a un arroyo y bebiera de sus aguas cuando no estaba lloviendo? Al fin y al cabo, si no llueve, lo natural es que el arroyo se seque. Por supuesto, Dios es un Dios poderoso capaz de obrar milagros para evitar que el arroyo se seque, incluso cuando no hay lluvia. El Dios que secó el mar Rojo y lo convirtió en tierra firme es el Todopoderoso que podría —a la inversa— haber mantenido el arroyo fluyendo sin secarse, aun en ausencia de lluvia. Sin embargo, Dios no realizó tal milagro para Elías; en consecuencia, el agua del arroyo de Querit se secó (versículo 7). ¿Habría podido Elías obedecer la orden de Dios de esconderse junto al arroyo y beber de sus aguas durante una sequía si se hubiera apoyado en su propio entendimiento? Finalmente, como no cayó lluvia sobre la tierra, el arroyo se secó (versículo 7). En ese momento, Dios envió a Elías a una viuda que vivía en Sarepta. Dios le ordenó a Elías: «Levántate, vete a Sarepta de Sidón y mora allí» (versículo 9). Allí, Dios dispuso que una viuda —que tenía la intención de preparar una última comida para ella y su hijo antes de morir (versículo 12)— proveyera para Elías (versículo 9). ¿Es esta orden de Dios algo que tenga sentido para la mente humana? ¿Cómo podría Dios ordenar a alguien que fuera a la casa de una viuda que planeaba comer una última vez con su hijo y luego morir? Es, verdaderamente, una orden que uno no podría obedecer si confiara

en su propio entendimiento. Vienen a la mente las palabras de Isaías 55:8-9: «Porque dice el Señor: "Mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, ni sus caminos son mis caminos. Porque así como los cielos son más altos que la tierra, así son mis caminos más altos que los caminos de ustedes, y mis pensamientos más altos que los pensamientos de ustedes"». Aunque existe una enorme diferencia entre los pensamientos de Dios y los nuestros, a menudo intentamos encajar los pensamientos sublimes de Dios —nuestro Creador— en nuestro limitado entendimiento humano mientras vivimos nuestras vidas en la tierra. Como resultado, a menudo no logramos confiar plenamente en Dios y, en cambio, confiamos en nosotros mismos en medio de nuestras dudas. Sin embargo, la Biblia nos ordena no confiar en nuestro propio entendimiento (Proverbios 3:5). Por lo tanto, no debemos depender de nuestra propia percepción. En su lugar, debemos creer en Dios por quien Él es y depositar nuestra confianza absoluta en Él. Debemos reconocer a Dios en todos nuestros caminos y encomendarle todos nuestros planes. Cuando lo hacemos, Dios hace realidad nuestros planes (Proverbios 16:3).

En tercer lugar, la persona sabia se aparta del mal porque teme a Dios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 3:7: «No seas sabio en tu propia opinión; teme al SEÑOR y apártate del mal». Cuando confiamos en nuestro propio entendimiento, inevitablemente comenzamos a considerarnos sabios. Esto es especialmente cierto cuando gestionamos asuntos basándonos en nuestra propia percepción y tenemos éxito; a menudo creemos erróneamente que nuestro éxito se debe a nuestra propia sabiduría. Quienes confían en su propio entendimiento se ven a sí mismos como sabios. Por eso el rey Salomón nos dice que no nos consideremos sabios. ¿Cómo es esto posible? Esto se hace posible cuando tememos a Dios. En otras palabras, el temor de Dios nos capacita para apartarnos del mal. Así como amar a Dios y a la verdad (3:3) nos lleva a abandonar el odio y la falsedad, temer a Dios nos permite apartarnos del mal de considerarnos sabios (versículo 7). Si no confiamos en Dios ni le reconocemos en todos nuestros caminos, es señal de que, en su lugar, dependemos de nosotros mismos y nos reconocemos a nosotros mismos. Esto,

a su vez, demuestra que nos consideramos sabios. Tal es la vana creencia del necio que no teme a Dios (14:16). La causa raíz de esta vana creencia —creerse sabio— es el orgullo que pone la mira en cosas altaneras (Romanos 12:16). ¿Por qué ponemos la mira en cosas altaneras? Porque no conocemos íntimamente al Dios Altísimo. Cuando carecemos de un conocimiento íntimo de Dios, nos consideramos sabios (Proverbios 3:7) y actuamos como si lo fuéramos (Romanos 12:16). Al caer en tal orgullo, aun conociendo a Dios, no le glorificamos ni le damos gracias; por el contrario, nuestros razonamientos se vuelven vanos y nuestros corazones insensatos se oscurecen: pretendiendo ser sabios, nos volvemos necios (1:21-22). Por tanto, no debemos considerarnos sabios. Más bien, movidos por el temor de Dios, debemos apartarnos del mal. Puesto que tememos a Dios, no debemos poner la mira en cosas altaneras, sino en las humildes. En resumen, la persona sabia que teme a Dios es humilde. Debemos temer a Dios, apartarnos del mal y caminar en humildad. Dios exaltará y usará grandemente a quienes sean humildes de esta manera.

En cuarto lugar, la persona sabia honra a Dios con sus riquezas.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 3:9: «Honra al Señor con tus riquezas y con las primicias de todos tus frutos». Aquellos que adquieren riquezas confiando en su propio entendimiento se consideran sabios y, por tanto, se glorían a sí mismos. Puede que glorifiquen a Dios con sus labios, pero en sus corazones ni le dan gloria ni son capaces de hacerlo. Impulsados por el orgullo, se esfuerzan únicamente por llenar sus propios vientres en lugar de ofrecer humildemente sus riquezas a Dios con un corazón agradecido. En cambio, la persona sabia —que confía plenamente en Dios y se aparta del mal por reverencia hacia Él— obedece y honra a Dios (Prov. 3:9), tal como los hijos sabios (Ef. 5:15) no solo obedecen a sus padres en el Señor (6:1), sino que también los honran (v. 2). Específicamente, honran a Dios con sus riquezas y con las primicias de sus frutos (v. 9). ¿Por qué hacen esto los sabios? Porque saben que todas las riquezas y los frutos que poseen fueron dados por Dios. Honran a Dios con sus riquezas porque desean expresarle su gratitud (Deut. 26:1–3, 9–11). Así es como los sabios reconocen a Dios y su ayuda (Walvoord).

Ofrecer dones materiales a Dios es un acto significativo en la vida de fe (Park Yun-sun). Éxodo 34:20 afirma: «Nadie se presentará ante mí con las manos vacías», y Deuteronomio 16:16 declara de manera similar: «No se presentarán ante el Señor con las manos vacías». Si la riqueza material —fruto de nuestro trabajo— es valiosa, debemos ofrecerla a Dios. No olvidemos que Dios ama al dador alegre (2 Corintios 9:7).

Los sabios guardan los mandamientos de Dios en sus corazones. No confían en su propio entendimiento, sino que depositan toda su confianza en Dios. Además, los sabios no se consideran sabios a sí mismos; más bien, temen a Dios y se apartan del mal. También honran a Dios con sus riquezas. Mi oración es que tú y yo seamos sabios a los ojos de Dios.

La persona sabia (2)

[Proverbios 3:1-10]

La persona sabia guarda los mandamientos de Dios (Proverbios 3:1, 3). Como la persona sabia ama a Dios, obedece Su palabra y, mediante esa obediencia, experimenta el amor de Dios aún más profundamente. Además, al obedecer la palabra de verdad de Dios, la persona sabia vive una vida de integridad tanto ante Dios como ante los demás. La persona sabia confía en Dios (versículos 5-6). No se apoya en su propio entendimiento; en cambio, confía en Dios con un corazón sencillo, como el de un niño. Debido a que la persona sabia teme a Dios, se aparta del mal (versículo 7). Se aleja del mal de considerarse sabia a sus propios ojos. La persona sabia honra a Dios con sus posesiones materiales (versículo 9). ¿Qué bendiciones otorga Dios a la persona sabia que guarda Sus mandamientos, confía en Él, le teme y le honra con sus posesiones? El pasaje de hoy, Proverbios 3:1-10, describe cuatro de estas bendiciones:

En primer lugar, las bendiciones de las que goza la persona sabia incluyen longevidad, paz y el hallar favor y buena estima tanto ante Dios como ante los hombres.

Observemos los versículos 2 y 4 de Proverbios 3: «Porque prolongarán tus días y te traerán paz… Así hallarás gracia y buena reputación ante Dios y ante los hombres». Al considerar la bendición de la longevidad, vienen a la mente las palabras de Efesios 6:1-3. La Biblia afirma que, cuando obedecemos y honramos a nuestros padres en el Señor, la bendición que Dios concede es que nos vaya bien y que disfrutemos de una larga vida en la tierra. En el pasaje de hoy de Proverbios 3, la Biblia instruye a los hijos («hijo mío») a guardar y poner en práctica

las leyes y mandamientos de sus padres (v. 1) y a honrar a Dios con sus posesiones materiales (v. 9). Cuando hacemos esto, la bendición que Dios nos otorga es «larga vida» (v. 2). Dios también concede la bendición de la «paz» a los sabios que obedecen Su palabra (v. 2). Cuando obedecemos la palabra de Dios y grabamos su misericordia y su verdad en las tablas de nuestro corazón, Él nos concede la bendición de la paz. Por el contrario, los insensatos carecen de paz en su corazón porque desobedecen la palabra de Dios. ¿Cómo podría alguien disfrutar de paz mientras desobedece a Dios? De hecho, cuando desobedecemos la palabra de Dios, no podemos experimentar paz; en su lugar, nos vemos atormentados por una conciencia inquieta y un sentimiento de culpa. Sin embargo, los sabios disfrutan de una paz que el mundo no puede dar, porque guardan y practican los mandamientos de Dios. Debemos ser sabios y obedecer los mandamientos de Dios. Cuando guardamos la palabra de Dios y vivimos una vida de amor y verdad, hallamos gracia y buena estima ante los ojos de Dios y de los hombres (v. 4).

En segundo lugar, la bendición de la que disfrutan los sabios es recibir la guía de Dios.

Observemos la segunda parte de Proverbios 3:6 en el pasaje de hoy: «... y Él enderezará tus sendas». Los sabios no solo guardan y practican la palabra de Dios, sino que también confían en Él con todo su corazón y lo reconocen en todos sus caminos. Los sabios nunca se apoyan en su propia prudencia. En consecuencia, la bendición que Dios otorga a los sabios es que Él endereza sus sendas. No debemos apoyarnos en nuestra propia prudencia, sino reconocer a Dios en todos nuestros caminos. Cuando lo hacemos, Dios endereza nuestras sendas. ¡Qué marcado contraste con el camino de los insensatos! Según Proverbios 2:12 y 15, la Biblia afirma que los caminos de los malvados y de aquellos que hablan perversidades son torcidos. El camino del insensato es torcido; el camino del necio —que desobedece la palabra de Dios y confía en su propia prudencia— es torcido. En cambio, la Biblia nos dice que Dios endereza las sendas de los sabios. Debemos ser sabios. Debemos confiar en Dios de todo corazón, con una actitud sencilla y propia de un niño. Cuando lo hacemos, Dios endereza nuestras sendas, permitiéndonos caminar por el

camino correcto. Él nos guiará para que no nos desviemos ni a la izquierda ni a la derecha, sino que caminemos únicamente por la senda correcta.

En tercer lugar, una bendición de la que disfrutan los sabios es la salud. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 3:8: «Esto dará salud a tu cuerpo y vigor a tus huesos». Al leer el Antiguo Testamento, a menudo vemos a Dios utilizar la enfermedad como un medio para disciplinar al pueblo de Israel por sus pecados no arrepentidos. Por ejemplo, Deuteronomio 28:59 declara: «El Señor enviará sobre ti y sobre tu descendencia plagas extraordinarias —severas y prolongadas— y enfermedades graves y duraderas». Sin embargo, cuando el pueblo de Israel temía a Dios, se apartaba del mal y obedecía plenamente sus mandamientos, Dios les daba esta promesa: «Él dijo: "Si escuchas atentamente la voz del Señor tu Dios y haces lo que es recto ante sus ojos, si prestas atención a sus mandamientos y guardas todos sus decretos, no traeré sobre ti ninguna de las enfermedades que traje sobre los egipcios, porque yo soy el Señor, tu sanador"» (Éxodo 15:26). La Biblia nos dice que cuando prestamos atención a la palabra de Dios y la obedecemos, Él no nos infligirá ninguna enfermedad. Por el contrario, si no nos deleitamos en temer a Dios, sino que encontramos placer en hacer el mal (Proverbios 2:14), inevitablemente nos volvemos susceptibles a la enfermedad como resultado de nuestras transgresiones. Consideremos al rey David: mientras permaneció sin arrepentirse tras cometer adulterio con Betsabé, confesó en el Salmo 32:3-4: «Mis huesos se consumían por mis gemidos durante todo el día... Tu mano pesaba sobre mí día y noche; mis fuerzas se agotaban como bajo el calor del verano» (véase también el Salmo 51:8) (MacArthur). El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Muchas enfermedades provienen de la falta de confianza en Dios. Una mentalidad de incredulidad está llena de dudas, preocupaciones, odio, envidia y ansiedad. Estas cosas son perjudiciales para la vida humana. La mayoría de las dolencias estomacales surgen de la preocupación y la ansiedad» (Park Yun-sun). Debemos temer a Dios y apartarnos del mal; cuando lo hacemos, Dios nos otorga la bendición de la salud.

En cuarto lugar, la bendición de la que disfrutan los sabios es la prosperidad.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 3:10: «Entonces tus graneros se llenarán a rebosar y tus lagares rebosarán de vino nuevo». Los sabios honran a Dios con sus riquezas y con las primicias de sus frutos (versículo 9). Sabiendo que fue Dios quien les dio el poder para adquirir riquezas (Deuteronomio 8:18), lo honran devolviendo al Señor lo que Él les ha dado. ¿Por qué hacen esto? Porque aman a Dios. Y los sabios que aman a Dios le temen y guardan sus mandamientos. Dios concede la bendición de la riqueza y la prosperidad a tales personas (Salmo 112:1–3) y les permite disfrutar de estas bendiciones (Eclesiastés 5:19).

Quisiera concluir esta reflexión. Debemos llegar a ser sabios. Los sabios guardan los mandamientos de Dios. Confían en Dios en lugar de en su propio entendimiento. Al temer a Dios, se apartan del mal. También honran a Dios con sus posesiones materiales. Cuando hacen esto, disfrutan de bendiciones específicas: larga vida, paz, y el favor y aprecio tanto de Dios como de las personas. Reciben la guía de Dios y la bendición de la salud. Otra bendición de la que disfrutan los sabios es la prosperidad, es decir, la abundancia material. Es mi deseo que usted y yo lleguemos a ser sabios ante los ojos de Dios y disfrutemos de las bendiciones que Él otorga.

No te apoyes en tu propio entendimiento.

«Confía en el Señor con todo tu corazón y no te apoyes en tu propio entendimiento» (Proverbios 3:5).

Hay tantas cosas en este mundo que nuestro propio entendimiento no puede abarcar. Si tuviera que mencionar una, señalaría el «corazón humano». La razón es que el corazón humano realmente trasciende la comprensión de nuestro intelecto. Esto es especialmente cierto cuando observamos los corazones de los cristianos: a veces parece que amamos a Dios con todo nuestro corazón, pero en otras ocasiones ese amor se enfría; ante la adversidad, nos quejamos y murmuramos contra Dios, tanto en nuestro interior como con nuestros labios. Nuestro propio entendimiento no puede comprender esto plenamente. Aún más desconcertante es cómo nuestros corazones —que alguna vez sirvieron humildemente a Dios, le dieron gloria y se gloriaron en Él— pueden volverse arrogantes y considerarse sabios tras recibir elogios y reconocimiento de los demás (Prov. 3:7). Es verdaderamente difícil de entender. Nuestros corazones se corrompen con tanta facilidad, llevándonos a albergar pensamientos malvados, adoptar actitudes perversas y pronunciar palabras o realizar acciones malas ante los ojos de Dios. Sin embargo, a menudo no reconocemos esta maldad por lo que realmente es. Nuestros corazones escapan verdaderamente a nuestra comprensión. Otra cosa que mi propio entendimiento no logra captar es la naturaleza de «nuestra fe como cristianos». Decimos amar a Jesús, pero no obedecemos sus palabras. Profesamos fe en Jesús —creyendo que Él es el Pastor que nos hace «descansar en verdes pastos» y nos guía «junto a aguas tranquilas» (Salmo 23:2)—, mientras pasamos por alto el hecho de que este mismo Pastor y Señor también permite que caminemos por el «valle de sombra de muerte» (versículo 4). Además, nuestros corazones anhelan recibir bendiciones

de Dios, pero detestan la perspectiva de la calamidad (Job 2:10). Nuestros corazones —que a menudo desafían nuestro propio entendimiento— practican una especie de «selectividad espiritual». Anhelamos la prosperidad pero detestamos el sufrimiento; deseamos la abundancia pero aborrecemos la escasez; buscamos bendiciones pero evitamos el desastre. Este corazón espiritualmente desequilibrado abraza a un Dios de amor y gracia abundantes, pero rechaza a un Dios que es santo y justo. Aceptamos de buen grado a un Dios misericordioso, compasivo y bueno, pero nos resistimos a un Dios que manifiesta ira y aplica disciplina. Con tales corazones y tal fe, ¿deberíamos realmente seguir viviendo confiando únicamente en nuestro propio entendimiento?

Lo que desafía aún más nuestra comprensión es la voluntad —o el mandato— de Dios. En 1 Reyes 17, en medio de una sequía en la que no caía lluvia (v. 1), Dios ordena a Elías que se esconda «junto al arroyo de Querit, al oriente del Jordán» y que beba del arroyo (vv. 3-4). Este mandato resulta incomprensible para el entendimiento humano. ¿Cómo podía Dios instruir a Elías para que fuera a un arroyo y bebiera de sus aguas cuando no llovía? Al fin y al cabo, sin lluvia, el arroyo inevitablemente se secaría. Si Elías se hubiera apoyado en su propio entendimiento, jamás habría podido obedecer esta orden. De hecho, como no llovía sobre la tierra, el arroyo terminó secándose (v. 7). Fue entonces cuando Dios ordenó a Elías: «Levántate, vete a Sarepta de Sidón, y mora allí» (v. 9). Dios dispuso que una viuda —que tenía la intención de preparar una última comida para ella y su hijo antes de morir (v. 12)— sustentara a Elías (v. 9). Desde una perspectiva humana, este mandato de Dios desafía toda lógica. ¿Cómo podía Dios ordenar a Elías que fuera a casa de una viuda que planeaba tomar una última comida con su hijo y luego afrontar la muerte? Es el tipo de mandato que hace imposible la obediencia si confiamos únicamente en nuestro propio entendimiento. Ciertamente, existe una enorme brecha entre los pensamientos de Dios y los nuestros (Isaías 55:8-9). Sin embargo, mientras vivimos en esta tierra, a menudo intentamos encajar los pensamientos sublimes de Dios —nuestro Creador— en los pensamientos limitados y humildes de nosotros, sus criaturas. Como resultado, con frecuencia no confiamos plenamente en Dios, sino que dependemos de nosotros mismos en medio de la duda.

Además, no reconocemos a Dios en todos nuestros caminos (Proverbios 3:6). ¿Qué debemos hacer, entonces? Extraigamos tres lecciones de Proverbios 3:1, 3 y 5:

En primer lugar, debemos guardar los mandamientos de Dios en nuestros corazones. Observemos Proverbios 3:1: «Hijo mío, no te olvides de mi ley, y que tu corazón guarde mis mandamientos». Debemos recordar las enseñanzas de Dios y guardar sus mandamientos en nuestro corazón. Aunque los mandamientos de Dios escapen a nuestro entendimiento, debemos obedecerlos por fe. Aunque nuestro intelecto limitado no logre captar la profundidad, la amplitud y la altura de las razones de Dios para emitir mandamientos que parecen incomprensibles, debemos creer que su voluntad buena, agradable y perfecta reside en ellos, y obedecerlos.

En tercer y último lugar, debemos confiar en Dios con todo nuestro corazón.

Observemos Proverbios 3:5: «Confía en el Señor con todo tu corazón y no te apoyes en tu propia prudencia». A medida que obedecemos los mandamientos de Dios de todo corazón (versículo 1) y llevamos Su misericordia y Su verdad grabadas en las tablas de nuestro corazón (versículo 3), comprendemos cuán insensato es depender de nuestro propio entendimiento. En consecuencia, dejamos de apoyarnos en nuestra propia prudencia y, en su lugar, confiamos en Dios con todo nuestro corazón (versículo 5). Entonces, le reconocemos en todos nuestros caminos (versículo 6). Al hacerlo, experimentamos cómo Dios guía nuestras sendas (versículo 6).

Quisiera concluir esta reflexión. En este mundo, existen innumerables sucesos que desafían nuestro entendimiento; muchos más de los que podemos abarcar. Entre tantas cosas que escapan a nuestra comprensión, hay momentos frecuentes en los que no logramos captar la voluntad de Dios. Sin embargo, cuando obedecemos los mandamientos de Dios con todo nuestro corazón —creyendo que nos hallamos dentro de Su voluntad—, Él graba Su misericordia y Su verdad en nuestro interior. Y, al hacerlo, somos capaces de confiar en Él

plenamente. Es mi oración que tanto usted como yo reconozcamos a Dios en todos nuestros caminos y seamos guiados por Él.

Confiemos en Dios en lugar de apoyarnos en nuestro propio entendimiento.

Si confiamos en nuestro propio entendimiento (Proverbios 3:5), no podemos obedecer los mandamientos de Dios. La razón es que nuestro entendimiento no logra captar la lógica detrás de las instrucciones divinas. Después de todo, ¿cómo pudo Dios ordenar a Elías que se escondiera «junto al arroyo de Querit y bebiera del arroyo» (versículos 3-4) cuando no iba a haber «rocío ni lluvia durante años» (1 Reyes 17:1)? Si no llueve durante años, el arroyo naturalmente se secaría (versículo 7); y si el agua se agotara, ¿no se quedaría Elías sin nada que beber? Además, ¿cómo pudo Dios ordenarle que fuera a «Sarepta, que pertenece a Sidón, y se quedara allí» (versículo 9), solo para encontrarse con una viuda que no poseía más que «un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la vasija» —lo justo para preparar una última comida para ella y su hijo antes de «comerla y morir» (versículo 12)—? Habría sido mucho mejor si Él hubiera preparado a una viuda cristiana adinerada; así, Elías habría podido comer en abundancia y recibir un generoso apoyo para su ministerio. ¿Y cómo pudo el pastor Elías exigirle que le llevara primero a él la comida destinada a ella y a su hijo (versículos 11, 13)? Pedirle que preparara comida para ella y su hijo solo *después* de alimentarlo a él... ¿tiene eso algún sentido (versículo 13)? Ni siquiera un pastor podría amar al hijo de ella tanto como ella lo hace. Es instinto de madre querer alimentar a su hijo aunque ella misma pase hambre; ¿cómo, entonces, podría ofrecer esa comida primero al pastor?

Esta era una orden de un hombre de Dios —y, de hecho, una orden de Dios mismo— que desafiaba el entendimiento humano. Sin embargo, la viuda de Sarepta obedeció la orden del hombre de Dios (versículos 18, 24; versículo 15). Asimismo, Elías, el hombre de Dios, obedeció la orden divina (versículos 5, 10). ¿Cómo lograron obedecer? Fue porque confiaron en Dios con todo su corazón en lugar de apoyarse en su propio entendimiento (Proverbios

3:5). Fue porque creyeron en la palabra prometida de Dios (1 Reyes 17:4, 9, 14). Elías incluso obedeció por fe, aferrándose únicamente a la promesa: «He ordenado a los cuervos que te alimenten allí» (versículo 4), a pesar de que Dios no había prometido explícitamente que el agua del arroyo de Querit nunca se secaría (versículo 5). ¿No es eso extraordinario? ¿Cuál fue, entonces, el resultado de la obediencia demostrada por Elías y la viuda de Sarepta? Experimentaron milagros en los que se cumplió la palabra prometida de Dios (versículos 6, 16).

Pero entonces, ¿qué sucedió? ¿Cómo pudo morir su hijo después de que ella había obedecido el mandato de Dios? (Versículo 17). ¿Por qué permitió Dios que muriera el hijo de la viuda de Sarepta —una mujer que obedeció Su mandato—? ¿Por qué a veces enfrentamos las mayores crisis de nuestra vida aun cuando obedecemos los mandatos de Dios? ¿Acaso es para sacar a la luz nuestros pecados ocultos (versículo 18), llevarnos al arrepentimiento y obrar nuestra transformación? ¿Es para hacernos clamar a Dios? (Versículo 20). ¿Es para permitirnos experimentar el poder de la resurrección de Dios y Su gloria? (Versículo 22). ¿Es para que otros sepan que somos pueblo de Dios y que la palabra de Dios en nuestra boca es verdadera? (Versículo 24).

«Confía en el Señor con todo tu corazón y no te apoyes en tu propio entendimiento; reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus sendas». (Proverbios 3:5–6).

Un hijo sabio

[Proverbios 3:11–26]

Ayer, durante la oración de la madrugada, me sentí profundamente conmovido al orar a Dios por mis tres hijos. Parecía haber dos razones para ello: en primer lugar, sentí el amor de Dios por Dylan, Yeri y Yeeun —los regalos que Él nos otorgó a mi esposa y a mí— y, en segundo lugar, sentí el amor que yo, su padre imperfecto, siento por ellos. En particular, al orar por Yeri —quien se había perforado las orejas el sábado anterior como un acto de consagración a Dios—, elevé una oración de acción de gracias y encomendé a mi amada hija a Él. No pude evitar sentirme profundamente conmovido. Mientras oraba para que Dios realizara la "obra de Efraín" —dar una doble porción de fruto— a través de mi amada Yeri, reconocí que esto solo podía suceder por Su gracia. Al orar por Yeeun, pedí que ella pudiera comprender la gracia de Dios y que, fortalecida por esa gracia, trabajara con diligencia y se convirtiera en alguien que extiende gracia a los demás. Y al orar por mi amado hijo mayor, Dylan, clamé en mi corazón: "Dylan, hombre de Dios, oro para que seas veraz y fiel". Sé que tú también tienes fervientes peticiones de oración por tus propios hijos y descendientes. ¿Qué siente tu corazón cuando oras por los hijos y descendientes que amas?

Mientras meditaba en el pasaje de hoy —Proverbios 3:11–26—, me llamaron la atención las palabras del rey Salomón: "Hijo mío", en los versículos 11 y 21. Centrándome en esa frase, comencé a reflexionar sobre el tema de "Un hijo sabio". El núcleo de mi meditación fue la pregunta: ¿Quién es, verdaderamente, un hijo sabio? Por lo tanto, centrándome en el pasaje bíblico de hoy, quisiera reflexionar sobre tres características de los hijos que son sabios a

los ojos de Dios y reciben las enseñanzas que Él ofrece, y dedicar tiempo a interceder por nuestros hijos (o descendientes).

En primer lugar, un hijo sabio experimenta el amor de Dios Padre a través de Su disciplina. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 3:11–12: «Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni te disgustes por su reprensión, porque el Señor disciplina a los que ama, tal como un padre al hijo en quien se deleita». ¿Por qué disciplinan los padres a sus hijos? ¿Acaso no es porque los hijos han desobedecido las palabras de su padre? Hace poco tiempo, tuve que disciplinar a mis dos hijas porque estaban peleando por algo muy trivial. Después de disciplinarlas, les dije: «Escriban lo que hicieron mal». Una de mis hijas me trajo una carta larga que incluso incluía un dibujo. Al leerla, vi que había escrito sobre cómo aprendió que no debía pelear por cosas sin importancia; expresó remordimiento, diciendo que ni siquiera sabía por qué había actuado de esa manera. También mencionó que había orado a Dios pidiendo perdón y que me pedía perdón a mí, como su padre. ¿Qué creen que hice? ¿La perdoné o no? ¿Cómo podría negarme a perdonar a mi amada hija cuando ella ya había pedido perdón a Dios? Nuestro Dios Padre es quien nos disciplina tal como un hombre disciplina a su hijo (Deuteronomio 8:5). Dios nos disciplina cuando abandonamos Su camino (Proverbios 15:10). ¿Por qué nos disciplina Dios cuando nos desviamos de Su senda? Porque nos ama. Dios nos ama y se deleita en nosotros; por eso, cuando nos apartamos de Su Palabra y vivimos una vida de desobediencia, Él usa la vara del amor (Proverbios 3:12). Además, nos disciplina porque nos considera Sus hijos e hijas (Hebreos 12:6–8). ¿Cuál es, entonces, el propósito de la disciplina de Dios? Lo he resumido en tres puntos: (1) alejar la necedad que está arraigada en nuestros corazones (Proverbios 22:15); (2) llevarnos al arrepentimiento (Apocalipsis 3:19) para que no pequemos más (Job 34:31) y vivamos en obediencia a Dios Padre (Hebreos 12:9); y (3) para permitirnos participar de la santidad de Dios (Hebreos 12:10) y disfrutar de la paz (Isaías 53:5).

En el pasaje de hoy, Proverbios 3:11, el rey Salomón se dirige a nosotros como "hijo mío", instándonos a no tomar a la ligera la disciplina de Dios ni a menospreciar su reprensión. Creo que esa afirmación conlleva dos significados:

(1) En Proverbios 3:1, el rey Salomón se dirige a su hijo llamándolo "hijo mío" y ordena: "No te olvides de mi ley, y que tu corazón guarde mis mandamientos". Al observar el versículo 11 del mismo capítulo, donde dice: "Hijo mío, no menosprecies la disciplina del SEÑOR ni te molestes por su reprensión", se infiere que los hijos, en efecto, podrían olvidar la ley de su padre y dejar de cumplir sus mandamientos.

Esa es precisamente la razón por la que un padre disciplina a su hijo, ¿verdad? Sin embargo, un punto interesante es que, en el versículo 11, el rey Salomón no habla de la disciplina de un padre, sino de "la disciplina del SEÑOR". Al reflexionar sobre esto, creo que el rey Salomón pretendía enseñar a su hijo a temer a Dios. En otras palabras, al señalar que Dios los disciplinaría si no cumplían sus leyes y mandamientos, transmitía que sus instrucciones se centraban en Dios; al mismo tiempo, buscaba inculcar en sus hijos la comprensión de que Dios los disciplinaría si olvidaban o desobedecían dichos mandamientos.

(2) La razón por la que el rey Salomón —al dirigirse a su hijo como "hijo mío"— advierte contra el menosprecio de la disciplina de Dios o el resentimiento ante su reprensión es que, si bien tal disciplina puede resultar desagradable desde una perspectiva humana, conlleva un gran beneficio para nosotros desde la perspectiva de Dios (Park Yun-sun).

¿Cuál es, entonces, el beneficio de la disciplina de Dios? Por supuesto, tal como ya hemos reflexionado sobre los tres propósitos de la disciplina, sus beneficios incluyen alejar la insensatez arraigada en nuestros corazones, llevarnos al arrepentimiento y a evitar volver a pecar, capacitarnos para vivir en obediencia a Dios Padre, permitirnos participar de la santidad de Dios y ayudarnos a disfrutar de la paz. Sin embargo, creo que el rey Salomón resume todos estos beneficios en una sola frase del pasaje de hoy: Proverbios 3:12. Esa

frase es simplemente esta: el beneficio de la disciplina es experimentar el amor de Dios Padre. Más concretamente, el beneficio de la disciplina es percibir —o llegar a conocer— el corazón de Dios Padre. Se trata de aprender cuánto nos ama Dios Padre y cuánto se deleita en nosotros. ¿Y tú? ¿Alguna vez has experimentado estos beneficios de la disciplina de Dios? ¿Has comprendido verdaderamente, en lo profundo de tu corazón, cuánto te ama Dios Padre y cuánto se deleita en ti a través de su disciplina?

Los hijos sabios conocen el corazón de Dios Padre a través de Su disciplina. Mediante esta disciplina, comprenden cuánto los ama Dios Padre y cuánto se deleita en ellos. Tú y yo debemos llegar a ser hijos de Dios tan sabios como ellos. Debemos considerar una bendición recibir la disciplina de Dios después de haber pecado contra Él al olvidar o no cumplir Sus mandamientos (Job 5:17). ¿En qué consiste esa bendición? En una comprensión más profunda del amor que Dios Padre nos tiene. Espero que tú y yo aprendamos a conocer el corazón amoroso de Dios Padre a través de Su disciplina.

En segundo lugar, los hijos sabios disfrutan de la bendición de la sabiduría.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 3:13–15: «Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría, y que obtiene la inteligencia; porque su ganancia es mejor que la ganancia de la plata, y sus frutos más que el oro fino. Más preciosa es que las piedras preciosas; y todo lo que puedes desear, no se puede comparar a ella». ¿Qué es la verdadera bendición? ¿Acaso las cosas materiales, como la plata y el oro puro de este mundo, nos brindan verdadera felicidad? La semana pasada leí un artículo en un sitio web cristiano titulado «El CCK debe disolverse» (CCK son las siglas del Consejo Cristiano de Corea, una organización que representa al protestantismo coreano). Leí este artículo porque un reportero de dicho sitio había entrevistado al profesor Son Bong-ho —anciano de la Iglesia Yeongdong y distinguido profesor de la Universidad Kosin— a raíz de informes previos en los que uno o dos pastores afiliados al CCK confesaron haber intercambiado dinero durante la elección del presidente representante de la organización. Durante la entrevista, un reportero planteó la siguiente

pregunta: «¿Es el deseo excesivo de prestigio entre los líderes religiosos —evidenciado por elecciones empañadas por prácticas impulsadas por el dinero— un problema exclusivo del Consejo Cristiano de Corea (CCK)?». La respuesta del profesor Son fue la siguiente: «Las causas fundamentales residen en la cultura del pragmatismo —dar prioridad a los propios intereses— y en la búsqueda del éxito y la fama mundanos. En este contexto cultural, la fe del protestantismo coreano ha degenerado en una forma de fe orientada a la prosperidad. Las iglesias enseñan que ganar dinero y alcanzar la fama constituyen una bendición. Los pastores no pueden obtener poder mediante la política ni ganar dinero a través de los negocios; en última instancia, el honor es lo único que les queda, por lo que se obsesionan con él». ¿Qué opina de las palabras del profesor Son? ¿Cree usted también que la fe protestante coreana ha degenerado en una fe orientada a la prosperidad? ¿Considera que «ganar dinero y hacerse famoso» es una bendición? Personalmente, coincido con el profesor Son. Nuestra fe protestante coreana realmente ha derivado hacia una mentalidad centrada en la prosperidad. Este tipo de fe —creer que Dios existe para mi beneficio y que debe ayudarme siempre que lo necesite— reduce el motivo de creer en Dios a la mera recepción de bendiciones. ¿Es creer en Dios —específicamente para obtener bendiciones materiales— realmente la fe correcta descrita en la Biblia?

En el pasaje de hoy, tomado de Proverbios 3:13-15, el rey Salomón, autor de Proverbios, declara que quienes adquieren sabiduría y entendimiento son bienaventurados (versículos 13 y 18). A continuación, expone el inmenso valor de la sabiduría, subrayando que es preciosa. En resumen, el valor de la sabiduría es incomparable al del oro, la plata o los tesoros más preciados. ¿Por qué es la sabiduría más valiosa que tales tesoros? En otras palabras, ¿qué clase de bendición recibe la persona que adquiere sabiduría, haciendo que esta sea incomparable al oro y a la plata? Observemos los versículos 16-18 del pasaje de hoy: «En su mano derecha…» «Largura de días está en su mano derecha; en su izquierda, riquezas y honra. Sus caminos son caminos deleitosos, y todas sus veredas, paz. Ella es árbol de vida a los que de ella echan mano; bienaventurados son los que la retienen». La Biblia enseña que la bendición de la sabiduría abarca no solo la longevidad, las riquezas, el

gozo y la paz, sino también el «árbol de vida», es decir, la vida eterna. En otras palabras, la bendición de la sabiduría garantiza la bendición de la salvación en la vida venidera (Park Yun-sun). Al haber creído en Jesús —quien es la verdadera sabiduría— y haber recibido la vida eterna, ya vivimos disfrutando del gozo y la paz que Dios provee. Además, estamos viviendo el verdadero significado de la longevidad en la tierra —la vida eterna— y acumulando tesoros celestiales, que constituyen la verdadera riqueza. Sin embargo, aquellos que no creen en Jesús —la encarnación de la verdadera sabiduría— no pueden experimentar un gozo o una paz genuinos, aunque disfruten de una larga vida y de prosperidad terrenal; ...ni tampoco tienen parte alguna en las bendiciones eternas de la vida venidera. En cambio, solo les aguarda la condenación eterna. El Dr. Park Yun-sun afirmó que la mayor desgracia es no creer en Dios debido a las riquezas mundanas (Park Yun-sun). Es imposible no estar de acuerdo. Una vida que rechaza la fe en Dios y no le da prioridad por encima de todo —y todo ello a causa de las posesiones materiales— es verdaderamente una existencia lamentable e infeliz. ¿Cuántas personas a nuestro alrededor viven vidas tan lamentables e infelices? El pasaje de hoy, Proverbios 3:19-20, declara que Dios creó los cielos y la tierra mediante la sabiduría. Al hacerlo, la Biblia habla de la grandeza de la sabiduría de Dios (Park Yun-sun). ¿Con qué se puede comparar esta magnífica sabiduría divina? ¿Acaso el oro, la plata y los tesoros de este mundo pueden siquiera compararse con ella? El rey Salomón nos dice que el hijo sabio disfruta de bendiciones al alcanzar esta gran sabiduría de Dios. La Biblia afirma que tal persona experimenta bendiciones que este mundo no puede ofrecer. Al disfrutar de esta bendición eterna, ¿cómo no habríamos de dar gracias a Dios en todo? ...¿cómo podría ser de otra manera?

En tercer lugar, el hijo sabio preserva la sabiduría y la discreción.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 3:21: «Hijo mío, guarda la sabiduría y la discreción; no dejes que se aparten de tu vista». El rey Salomón ordena a su hijo aferrarse a la sabiduría y a la discreción. ¿Qué significa esto? Significa preservar el buen juicio y el discernimiento. En resumen, significa temer a Dios (Park Yun-sun). La instrucción de no dejar que estas

cosas «se aparten de tu vista» implica que no debemos alejarnos de Dios, sino mantenerlo siempre ante nuestros ojos —como si estuviera allí mismo— y seguirle (Park Yun-sun). Cuando hacemos esto, se derraman bendiciones sobre el hijo sabio de Dios que verdaderamente le teme. ¿Cuáles son esas bendiciones?

(1) Vida para el alma.

Observemos Proverbios 3:22: «...serán vida para tu alma...». Debemos valorar la vida del alma más que la vida del cuerpo (Park Yun-sun). El rey Salomón afirma que si preservamos la sabiduría y la discreción —es decir, si tememos a Dios y vivimos una vida de verdad—, estas se convertirán en vida para nuestras almas.

(2) Seguridad.

Observemos Proverbios 3:23: «Entonces andarás por tu camino con seguridad, y tu pie no tropezará». Cuando vivimos una vida de verdad y tememos a Dios, aunque Satanás intente apartarnos del camino de integridad —tratando de llevarnos por sendas tortuosas (2:15) y hacia las tinieblas (v. 13)—, Dios nos protege y nos capacita para seguir caminando con seguridad por la senda de la integridad, el camino del bien y la senda de los justos (v. 20).

(3) Sueño dulce.

Observemos Proverbios 3:24: «Cuando te acuestes, no tendrás temor; cuando te acuestes, tu sueño será dulce». Cuando habitamos seguros bajo la protección y el cuidado de Dios, podemos disfrutar del dulce sueño que Él nos brinda. Así como Jesús durmió en la barca incluso en medio de una tormenta, Dios concede un sueño dulce a los creyentes fieles que le temen, aun en medio de la tribulación.

(4) Confianza.

Observemos Proverbios 3:25: «No temas el terror repentino, ni la ruina que sobreviene a los impíos». El creyente que ha adquirido sabiduría y vive una vida de verdad por reverencia a Dios se mantiene valiente en lugar de temeroso, incluso ante las tribulaciones que Dios envía para castigar a los impíos (Park Yun-sun). Esto se debe a que confía en Dios (v. 26).

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Debemos llegar a ser hijos sabios de Dios. Necesitamos experimentar el amor de Dios Padre, incluso a través de su disciplina. Además, debemos reconocer el valor de la sabiduría que Dios otorga a sus hijos y, mientras la buscamos, recibir y disfrutar humildemente de sus bendiciones. Debemos aferrarnos a la sabiduría y a la prudencia. En otras palabras, como hijos sabios de Dios que le temen, que todos disfrutemos de las bendiciones que Él nos otorga: vida para el alma, seguridad, un sueño tranquilo y valentía.

Las relaciones de los sabios

[Proverbios 3:27–35]

¿Cómo son tus relaciones con los demás? Tómate un momento para reflexionar. Piensa en las personas con las que actualmente tienes una buena relación. ¿Quiénes te vienen a la mente? Ahora, considera a aquellas con quienes tu relación es tensa o difícil. ¿Quiénes te vienen a la mente? Hace algún tiempo, un hermano en la fe compartió lo difíciles que eran sus relaciones con otros miembros de la iglesia; a partir de ese momento, comencé a publicar ocasionalmente escritos sobre las relaciones humanas en mi página personal de Cyworld. Al volver a leer una publicación que escribí el 1 de diciembre de 2010, titulada "Aceptar", sigo sintiéndome identificado con la verdad de que hay personas a nuestro alrededor que son verdaderamente difíciles de aceptar: personas que nos hacen la vida difícil, hieren nuestros corazones y nos causan dolor. ¿Cómo debemos manejar las relaciones con tales personas? La Biblia nos dice que las aceptemos a ellas también. ¿Cómo es esto posible? Creo que la respuesta se encuentra en Romanos 15:7: "Por tanto, aceptaos los unos a los otros, como también Cristo nos aceptó para gloria de Dios". A medida que comprendemos cómo el Señor aceptó a pecadores como nosotros, nos volvemos capaces de aceptar incluso a aquellos que han pecado contra nosotros. En última instancia, al crecer en nuestra relación con Dios —conociéndolo a Él y a nosotros mismos— y al profundizar nuestra comprensión de la gracia y el amor de Dios, quien aceptó al "principal de los pecadores" (como yo) en Jesucristo, nos capacitamos para aceptar y amar incluso a nuestros enemigos.

En el pasaje de hoy, Proverbios 3:27–31, el autor —el rey Salomón— emite la orden "No" en cinco ocasiones distintas (versículos 27, 28, 29, 30 y 31). Estos cinco versículos nos enseñan cómo los sabios llevan sus relaciones con los demás. Podemos agrupar estos versículos en tres categorías (Walvoord). Estos tres grupos nos ofrecen tres principios sobre cómo debemos construir nuestras relaciones. Al reflexionar hoy sobre estos tres principios, oro para que aceptemos la enseñanza de Dios, la apliquemos sabiamente a nuestras propias vidas y le demos gloria a Él.

El primer principio respecto a las relaciones de los sabios es que no debemos negar la bondad a quienes la merecen.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 3:27–28: «No niegues el bien a quien se le debe, cuando esté en tu mano hacerlo. No digas a tu prójimo: "Vuelve más tarde; te lo daré mañana", cuando ya lo tienes contigo». Leí un correo electrónico enviado por un diácono de nuestra iglesia que afirmaba que las personas, por lo general, tienen tres motivos de pesar al enfrentarse a la muerte. El primero es el arrepentimiento de no haber dado lo suficiente a los demás: «Ya sean ricos o pobres, cuando las personas se acercan a la muerte, piensan: "Podría haber vivido dando un poco más...". Se dan cuenta de que todas las cosas que acumularon con tanto esfuerzo y a las que se aferraron no tenían gran valor, y se preguntan: "¿Por qué no compartí y di más? ¿Por qué no viví una vida de generosidad?". Sienten que vivieron insensatamente, y esto se convierte en su mayor pesar» (Internet). ¿Qué opina usted? ¿Acaso alberga tales sentimientos de pesar en este momento? El difunto Dr. Jang Gi-ryeo —a menudo llamado el «Schweitzer de Corea»— dedicó toda su vida a servir al Señor y a su prójimo, ofreciéndose a sí mismo como sacrificio vivo; falleció y regresó al abrazo de Dios a los 85 años de edad, aproximadamente a la 1:45 de la madrugada del día de Navidad, el 25 de diciembre de 1995. En aquel entonces, los medios de comunicación coreanos lo aclamaban como un «pequeño Jesús viviente». Fiel a su juramento médico de dedicarse a «aquellos que mueren sin haber visto jamás a un médico», su vida estuvo llena de actos de cuidado hacia los pobres, los abandonados y los marginados. Ya fuera en Pionyang o en

Busan, los pacientes sin recursos podían acudir libremente a él en los hospitales donde ejercía. Aunque inicialmente tenía la intención de administrar el Hospital Evangélico de Busan como un centro médico gratuito, las limitaciones financieras lo obligaron a adoptar un sistema de pago; sin embargo, a menudo dejaba la puerta trasera abierta para que los pacientes indigentes pudieran marcharse sin pagar, lo que frecuentemente causaba desconcierto entre el personal del hospital. En resumen, el difunto Dr. Jang Gi-ryeo vivió una vida de entrega constante. Qué vida tan hermosa. ¿No desearía usted vivir una vida así? En el pasaje de hoy, tomado de Proverbios 3:27-28, el rey Salomón nos dice que, si tenemos los medios para hacer el bien, debemos dar generosamente —sin retener nada— a quienes atraviesan una necesidad extrema y merecen nuestra ayuda. En otras palabras, como personas que poseemos abundancia, es nuestro deber ayudar a los menos afortunados que se encuentran en situaciones desesperadas. ¿Cuál es la razón de esto? Que el propósito mismo por el cual Dios nos ha concedido abundancia es capacitarnos para ayudar a los demás. Por tanto, debemos reconocer el propósito de la abundancia con la que Dios nos ha bendecido y acudir prontamente en ayuda de nuestro prójimo necesitado. Dicho de otro modo, si disponemos de los medios para ayudar en este preciso momento, no debemos decirle a la persona necesitada: «Vete y vuelve; te lo daré mañana» (v. 28). Piénselo bien: ¿cuán urgente debe ser la situación para que alguien en apuros acuda a nosotros —que tenemos los medios— y pida ayuda? Nosotros tal vez contemos con el lujo del tiempo o de los recursos, pero nuestro prójimo necesitado no. Así pues, el rey Salomón nos exhorta a no demorarnos en mostrar bondad hacia el prójimo; por el contrario, debemos ponernos en el lugar de los necesitados y brindar ayuda de inmediato. He aplicado esta lección a la relación entre empleador y empleado. Por ejemplo, cuando el dueño de un negocio cuenta con los medios económicos, debe considerar la perspectiva de su empleado y pagarle su salario —ya sea semanal o mensualmente— con prontitud. ¿Por qué? En primer lugar, porque el empleado es quien tiene el «legítimo derecho» a recibirlo, tal como se menciona en el versículo 27 del pasaje de hoy. De hecho, una traducción literal de Proverbios 3:27 dice: «No retengas el bien de sus dueños» (Walvoord). ¿Qué significa esto? Significa que el dinero que un empleado ha ganado tras una semana o un mes de trabajo —aunque en ese momento

esté en poder del empleador— ya no pertenece al empleador, sino al empleado. Por consiguiente, el empleador está obligado a pagar ese dinero a quien legítimamente le pertenece: el empleado. Otra razón es que, si bien un empleador puede gozar de estabilidad económica, el empleado a menudo vive al día —ya sea que cobre semanal o mensualmente— y enfrenta serias limitaciones financieras; Por ello, dependen en gran medida de recibir su salario a tiempo. Si usted fuera empleador, intente ponerse en el lugar de su empleado. ¿Cómo reaccionaría si, tras trabajar arduamente durante una semana o un mes, no recibiera el salario que había ganado justo cuando correspondía? Si tuviera que seguir trabajando sin percibir la paga que merecía, ¿continuaría trabajando para ese empleador? ¿Y qué pasaría si le costara salir adelante con ese salario semanal o mensual, pero supiera que su empleador —teniendo los medios para pagar— lo estaba reteniendo? Por eso, Deuteronomio 24:15 nos dice: «Págales su salario cada día antes de la puesta del sol, porque son pobres y cuentan con ello. De lo contrario, podrían clamar al Señor contra ti, y serás culpable de pecado». No debemos vacilar a la hora de dar a quienes tienen legítimo derecho a recibir.

La Biblia dice: «Muchos buscan el favor de un gobernante, y todos son amigos de quien da regalos» (Proverbios 19:6). Debemos dar generosamente a nuestro prójimo, especialmente a aquellos que tienen legítimo derecho a recibir. Sin embargo, al reflexionar sobre mi propia vida a la luz de estas palabras, no puedo evitar pensar que soy verdaderamente tacaño cuando se trata de dar. Al analizar por qué soy tan tacaño, reconozco que la causa raíz reside en el egoísmo que hay en mí. También reconozco que este egoísmo proviene de no haber comprendido ni experimentado profunda y plenamente la gracia y el amor de Dios. Debería estar tan lleno de la gracia y el amor de Dios que estos fluyeran a través de mí hacia mi prójimo; en cambio, mi egoísmo ha conducido a una tacañería que oculta la gloria de Dios, una falta por la que pedí perdón a Dios durante el culto de oración del miércoles. Aspiro a vivir una vida de generosidad, tal como lo hizo el difunto Dr. Jang Gi-ryeo. Deseo servir a los marginados, a los heridos y a los que sufren, atendiéndolos con el corazón de Cristo. Me

comprometo a llevar una vida de generosidad sin reservas, dedicada a forjar amistades eternas en el Señor.

El segundo principio de las relaciones para los sabios es que no debemos hacer daño a los demás sin causa justificada.

La semana pasada, durante la reunión de oración del miércoles, aprendimos el primer principio para construir relaciones sabias —basado en Proverbios 3:27-28— bajo el título "Relaciones de los sabios (1)". Ese primer principio es que "no debemos negar la generosidad a quienes la merecen". Volvamos a examinar Proverbios 3:27-28: "No niegues el bien a quien se le debe, cuando esté en tu mano hacerlo. No digas a tu prójimo: 'Vuelve más tarde; te lo daré mañana', cuando ya lo tienes contigo". Quisiera destacar nuevamente tres puntos importantes aquí: (1) todos poseemos la capacidad de dar; (2) debemos reconocer a quienes son merecedores; y (3) cuando hacemos el bien, debemos actuar con prontitud y sin reticencias. Tras meditar y compartir estos tres puntos, experimenté diversas revelaciones y oportunidades para aplicarlos en mi vida durante la semana pasada. Puedo compartir tres ejemplos. El primero se refiere a la idea de que todos tenemos la capacidad de dar; aunque a menudo asociamos el dar con ayuda material o económica, me di cuenta de que también podemos ofrecer palabras de cálido consuelo a nuestro prójimo mediante el amor de Dios. Durante la semana pasada, Dios me guio a enviar correos electrónicos y realizar llamadas de consuelo arraigadas en Su amor, ayudándome a comprender que todos poseemos la capacidad de ofrecer tales palabras de alivio. Otro ejemplo se relaciona con la relación matrimonial: comprendí que la esposa es alguien que merece el amor de su esposo, y el esposo es alguien que merece el respeto de su esposa. Llegué a esta conclusión gracias a la respuesta de un hermano, después de haber compartido por correo electrónico mis reflexiones sobre el mensaje de la reunión de oración del miércoles pasado con varios hermanos y hermanas. Es también una enseñanza que he aplicado a mi propio matrimonio. El tercer y último ejemplo tiene que ver con la prontitud. Si bien es cierto que las relaciones humanas a menudo requieren paciencia, durante la semana pasada me di cuenta de que

hay momentos en los que mostrar amor exige una acción inmediata. En resumen, aprendí algo de Proverbios 15:23: "...¡qué buena es la palabra oportuna!". Por favor, consideremos el pasaje de hoy, Proverbios 3:29–30: «No trames el mal contra tu prójimo, que vive confiadamente junto a ti; no contiendas con nadie sin motivo cuando no te ha hecho ningún daño». En nuestras relaciones con los demás, a menudo surgen malentendidos que frecuentemente conducen al deterioro del vínculo que nos une. Una consecuencia de esto es la ruptura de la confianza mutua. Una vez rota la confianza, ya no abrimos las puertas de nuestro corazón para compartir nuestra intimidad con la otra persona, lo que hace imposible mantener una relación profunda. Otra consecuencia es que, si el malentendido se agrava, el daño trasciende la mera pérdida de confianza: nos convertimos en enemigos que se calumnian e incluso traman el mal unos contra otros. Por eso el rey Salomón nos exhorta: «No trames el mal contra tu prójimo, que vive confiadamente junto a ti» (v. 29). La expresión «vive confiadamente» se refiere a un vecino que habita cerca de nosotros y deposita su confianza en nosotros. La Biblia enseña que no debemos tramar el mal contra un vecino que confía así en nosotros. Además, la Biblia nos dice que no debemos contender ni acusar sin motivo a un vecino digno de confianza, alguien que no nos ha hecho ningún daño (versículo 30).

Al meditar en este pasaje, recordé el incidente narrado en 1 Reyes 21 que involucra al rey Acab y a su vecino Nabot, quien vivía cerca del palacio real. Acab, rey de Samaria, codiciaba la viña de un hombre llamado Nabot, situada junto al palacio. Ofreció a Nabot una «viña mejor» a cambio, o pagar su precio total en dinero si aceptaba venderla (versículo 2), pero Nabot se negó. Su motivo para rechazar la oferta era que Dios le había prohibido entregar la herencia de sus antepasados al rey Acab (versículo 3). Finalmente, la reina Jezabel, esposa de Acab, urdió una trama y conspiró para matar a Nabot, un vecino digno de confianza que vivía conforme a la voluntad de Dios (versículos 8–13). Jezabel, actuando como colaboradora de su esposo, buscó satisfacer la codicia de Acab mediante la falsa acusación y el asesinato de Nabot, un siervo fiel de Dios y vecino cercano. ¡Qué pecado tan perverso es este ante los ojos de Dios! ¿Qué opinan del pecado cometido por el rey Acab y la reina

Jezabel al matar a Nabot —un vecino que vivía fielmente en obediencia a la Palabra de Dios— y apoderarse de su viña? ¿Acaso este acto pecaminoso de incriminar y asesinar a un vecino digno de confianza fue algo que ocurrió únicamente durante el reinado del rey Acab? Ciertamente no. Tales cosas suceden con frecuencia incluso hoy en día. Satanás no quiere que construyamos relaciones de confianza con nuestros vecinos. La razón es que Satanás no desea que sigamos el mandamiento de Jesús de amarnos los unos a los otros. Por ello, Satanás se esfuerza por destruir los vínculos de confianza entre nosotros y nuestros vecinos cercanos por cualquier medio posible. Una de sus tácticas consiste en engañar a una tercera persona y utilizarla para sembrar discordia en nuestras relaciones. Planta mentiras en sus mentes para generar desavenencias, rompiendo así la confianza que compartimos con nuestros vecinos. ¿Qué debemos hacer entonces? ¿No deberíamos acaso mantenernos veraces y fieles, depositando nuestra confianza absoluta en Dios?

Amados, debemos ser cristianos que inspiren confianza en nuestros vecinos. En un sentido más amplio, hemos de ser personas dignas de confianza que fomenten la seguridad en todas nuestras relaciones humanas. Para lograrlo, debemos ser verdaderos cristianos que vivan conforme a la voluntad de Dios: Su Palabra. No debemos ser de aquellos que simplemente dicen asistir a la iglesia mientras albergan sospechas infundadas sobre quienes nos rodean, causándoles daño, calumniándolos o conspirando contra ellos. Debemos tener especial cuidado de evitar palabras o acciones insensatas que puedan quebrantar la confianza depositada en nosotros por familiares, amigos y compañeros que saben que somos cristianos. Debemos actuar con la máxima cautela. Sobre todo, debemos reconocer que Satanás busca constantemente engañarnos mientras nos esforzamos por obedecer el mandamiento de Jesús de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos; nunca debemos olvidar que esta es una batalla espiritual. Para triunfar en esta batalla espiritual, debemos depositar nuestra confianza plena en Dios. Además, puesto que confiamos en Dios, debemos comprometernos a confiar en nuestros vecinos cercanos. Incluso si un vecino llega a malinterpretar nuestras acciones, habla a nuestras espaldas, nos calumnia o conspira contra nosotros, debemos mantenernos firmes en confiar en él,

fundamentados en nuestra confianza en Dios. Dios mismo gobernará y guiará nuestras relaciones. Como creyentes en Jesús, oro para que todos lleguemos a ser personas que inspiren confianza en nuestros vecinos. El tercer y último principio relativo a las relaciones de los sabios es que no debemos envidiar a los violentos.

Considero que la relación entre esposo y esposa es la que aporta mayor alegría, deleite y felicidad. Al mismo tiempo, creo que también es la relación capaz de provocar la tristeza, la angustia y la infelicidad más profundas. Así, el cónyuge puede ser nuestra mayor fuente de ánimo, pero también la mayor fuente de desaliento. ¿Cómo debemos, entonces, llevar nuestras relaciones matrimoniales? ¿Cómo podemos cultivar un matrimonio que glorifique a Dios? Bajo el título «Relaciones de los sabios (3)», y reflexionando sobre el pasaje de hoy en Proverbios 3:27-31, deseo aplicar este tercer principio —junto con los dos tratados anteriormente— a la relación matrimonial y extraer las lecciones que ofrece. Es mi oración que todas nuestras parejas construyan matrimonios centrados en Cristo y arraigados en la obediencia a la Palabra del Señor, glorificando así a Dios.

(1) No debemos negar la generosidad a quienes la merecen.

Volvamos a examinar el pasaje de hoy, Proverbios 3:27–28: «No niegues el bien a quien se lo debes, cuando esté en tu mano hacerlo. No digas a tu prójimo: "Vuelve más tarde; te lo daré mañana", cuando ya lo tienes contigo». Anteriormente he aplicado esta lección a la relación entre empleador y empleado; hoy deseo aplicarla a la relación entre esposo y esposa. Nosotros, los esposos, no debemos negar el amor a nuestras esposas, quienes son las que legítimamente lo merecen. En particular, debemos desechar la idea de que, simplemente porque nuestras esposas son quienes más cerca están de nosotros, debamos mostrar amor a otros en lugar de a ellas. ¿Cómo podemos afirmar que amamos a nuestro prójimo cuando no amamos adecuadamente a nuestras propias esposas? Otra excusa común que ponemos es la idea de que solo podemos amar a nuestras esposas si ellas primero nos muestran el respeto que las hace dignas de ese amor. Sin embargo, la Biblia afirma claramente en

Efesios 5:25 que los esposos deben amar a sus esposas tal como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella. No debemos amar a nuestras esposas solo por sus palabras o acciones amables; más bien, debemos amarlas tal como Jesús ama a la iglesia. Nuestras esposas son quienes legítimamente merecen nuestro amor. Por lo tanto, nosotros, los esposos, debemos reconocerlas como dignas de amor y nunca negárselo. Entonces, ¿qué deben hacer las esposas por sus esposos? Deben mostrar respeto. Las esposas deben dar a sus esposos el respeto que legítimamente merecen. Por supuesto, las esposas podrían razonar de la siguiente manera sobre por qué no respetan a sus esposos: «¿Cómo puedo respetar a mi esposo cuando sus palabras y acciones no merecen respeto?». Efesios 5:24, en la Biblia, instruye a las esposas a someterse —o respetar— a sus esposos en todo, tal como la iglesia se somete a Cristo. Por consiguiente, las esposas cristianas deben respetar y obedecer a sus esposos tal como lo harían con el Señor.

(2) No debemos hacer daño a otros sin causa.

Volvamos a mirar el pasaje de hoy, Proverbios 3:29–30: «No trames el mal contra tu prójimo, que vive confiadamente junto a ti; no riñas con un hombre sin motivo cuando no te ha hecho ningún daño». En el contexto del matrimonio, el prójimo más cercano a nosotros —aquel que nos inspira confianza— es nuestro cónyuge. El problema, sin embargo, es que en la relación matrimonial Satanás siembra dudas y desconfianza en nuestros corazones, buscando quebrantar esa confianza en lugar de fomentarla. Como resultado, las parejas a menudo se enzarzan en acaloradas discusiones por asuntos triviales. Todo comienza con un malentendido respecto a esas pequeñas cuestiones. Además, incluso cuando surgen malentendidos, a menudo carecemos de la capacidad para comunicarnos eficazmente y resolverlos. En consecuencia, la confianza entre ambos se erosiona y dejamos de abrir nuestros corazones o de compartir nuestros verdaderos sentimientos el uno con el otro. Nos volvemos incapaces de mantener una relación profunda e íntima. Pero el problema no termina ahí; cuando los malentendidos se acumulan en nuestros corazones, se enconan y crecen, dando lugar finalmente a la insatisfacción, las quejas y la desconfianza. Así, la ira

acumulada incluso por los asuntos más insignificantes puede estallar, provocando graves conflictos y discusiones. En última instancia, el esposo y la esposa dejan de ser compañeros para convertirse en enemigos. ¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Cómo deben tratarse esposos y esposas? No debemos pelear ni acusarnos mutuamente sin causa (v. 30). Tampoco debemos ser la clase de pareja que se hace daño, se calumnia o conspira el uno contra el otro. Por el contrario, debemos ser los prójimos más cercanos el uno para el otro: personas que inspiran confianza mutua. Para lograrlo, debemos vivir con honestidad y en obediencia a la voluntad del Señor, quien es el verdadero Dueño de nuestro matrimonio. Cuando lo hacemos, la esposa puede confiar en su esposo, y el esposo puede confiar en su esposa. Aun si las circunstancias sugieren lo contrario, debemos comprometernos a confiar el uno en el otro porque confiamos en el Señor.

(3) No debemos envidiar al hombre violento.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 3:31: «No envidies al hombre violento ni elijas ninguno de sus caminos». Al vivir en este mundo malvado, hay momentos en que envidiamos la prosperidad del violento, del pecador o del malvado (Prov. 23:17; 24:1, 19). En consecuencia, al envidiar la prosperidad de los malvados, corremos el riesgo de tropezar en nuestra fe (Sal. 73:1). Podríamos preguntarnos: «¿Cómo es posible que nosotros, que creemos en Jesús, suframos, mientras que el violento, el pecador y el malvado prosperan?». Al hacerlo, podríamos caer fácilmente en el error y seguir los caminos de los malvados, pecando así contra Dios. Sin embargo, en Proverbios 3:31, el rey Salomón nos instruye a no envidiar al hombre violento ni a seguir ninguno de sus caminos. ¿Por qué no debemos envidiar al hombre violento ni seguir sus caminos? ¿Cuál es la razón? La Biblia presenta cuatro razones en el pasaje de hoy, Proverbios 3:32–35 (Walvoord). Quisiera reflexionar sobre estas cuatro razones y aplicarlas a la relación matrimonial.

(a) Es porque Dios aborrece a los perversos.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 3:32: «Porque Jehová aborrece al perverso, pero su comunión íntima es con los justos». La primera razón por la que no debemos envidiar la prosperidad de los violentos o de los impíos, ni seguir sus caminos, es que Dios los aborrece. ¿Hay lugar para excusas o debates respecto a esta razón tan clara? Es una razón sencilla, directa y evidente. Puesto que Dios los aborrece, no debemos envidiar a los violentos ni a los impíos, ni imitar sus acciones. En cambio, tú y yo debemos llegar a ser personas rectas. ¿Por qué? Porque Dios ama a los rectos, y solo los rectos pueden compartir una comunión profunda con Él.

Nos enfrentamos a una crisis de honestidad. Por no hablar de nuestras relaciones con los demás, afrontamos una crisis de honestidad dentro de nuestros propios matrimonios: relaciones en las que nos hemos convertido en «un solo cuerpo» en el Señor. La causa es que, en lugar de tratarnos mutuamente con un corazón honesto, a menudo nos tratamos con un corazón perverso, envidiando los caminos de los perversos. Como consecuencia, no logramos compartir una comunión profunda ni con el Señor ni con nuestros cónyuges. Ciertamente, esta no es la clase de relación matrimonial que el Señor desea para nosotros. La relación que el Señor quiere para nosotros es una de profunda comunión en Él. Para lograrlo, debemos desechar la perversidad y elegir la honestidad. En otras palabras, los esposos deben ser tan honestos con sus esposas como lo son con el Señor. Lo mismo se aplica a las esposas; deben ser tan honestas con sus esposos como lo son con el Señor. Cuando lo hacemos, podemos compartir una comunión profunda los unos con los otros en el Señor.

(b) Es porque Dios maldice a los impíos.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 3:33: «La maldición de Jehová está sobre la casa del impío, pero él bendice la morada de los justos». A lo largo del libro de Proverbios, el rey Salomón nos exhorta repetidamente a no envidiar la prosperidad de los impíos (Prov. 23:17; 24:1, 19). ¿Cuál es la razón? Es porque Dios ha pronunciado una maldición sobre la casa del

impío (3:33). Aunque a los ojos humanos parezca que los impíos viven bien y prosperan en esta tierra, la Biblia declara que su fin último es la ruina y la destrucción (Sal. 73:18-19). Por el contrario, la Biblia nos dice que Dios derrama bendiciones sobre los justos (Prov. 3:33). Por tanto, como personas justificadas mediante la fe en Jesucristo, debemos regocijarnos en el sufrimiento de los justos en lugar de envidiar la prosperidad de los impíos. ¿Por qué? Porque Jesús mismo sufrió, y porque sufrir junto a Jesús es una gracia de Dios (Fil. 1:29).

No nos gusta el sufrimiento; ¿qué pareja disfrutaría soportando dolor? En consecuencia, hay momentos en los que envidiamos la prosperidad de los impíos. Sin embargo, la Biblia habla con claridad hoy: Dios no solo aborrece a los impíos, sino que también los maldice. En cambio, la Biblia afirma que Dios no solo ama a los rectos, sino que también bendice a los justos. Por ello, en lugar de envidiar y perseguir la prosperidad de mil impíos, nosotros, como parejas, deberíamos participar en el sufrimiento de un solo justo. ¿La razón? Porque es una gracia para una pareja llegar a ser una sola carne y compartir el sufrimiento del Señor (v. 29). Si nosotros, como parejas, nos unimos y —mientras vivimos la vida de los justos— soportamos el sufrimiento por causa del Señor, Dios nos bendecirá.

(c) Porque Dios se burla de los soberbios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 3:34: «Ciertamente Él se burla de los burladores, pero da gracia a los humildes». Como meditamos anteriormente en Proverbios 1:26, aprendimos que cuando nos negamos a atender la reprensión de Dios (v. 24) —despreciando todos sus consejos y rechazando su corrección (v. 25)—, nos encontraremos con el desastre (v. 26), y Dios se burlará de nosotros cuando llegue el terror (v. 26). Así pues, Dios se burla de nosotros cuando somos soberbios y nos negamos a escuchar su reprensión, despreciándola en su lugar. El rey Salomón transmite un mensaje similar en el pasaje de hoy, Proverbios 3:34: Dios se burla de los soberbios. La Biblia afirma que Dios se burla de los arrogantes: aquellos que rechazan su reprensión, la menosprecian y buscan su propia gloria

en lugar de la gloria de Dios. Por lo tanto, nunca debemos ser arrogantes; al contrario, debemos ser humildes. ¿Por qué? Porque Dios derrama gracia sobre los humildes.

Como parejas, debemos cuidarnos de la arrogancia. Satanás siembra arrogancia en nuestros corazones, transformándonos en personas egoístas que exigen amor o respeto desde una posición de superioridad sobre el otro, en lugar de servirnos mutuamente con humildad. Debemos luchar contra esta tentación de Satanás. Para triunfar en esta batalla espiritual, nosotros —como matrimonios— debemos poner la mirada en Jesús, quien fue humilde y obediente a la voluntad del Padre, incluso hasta la muerte en la cruz (Filipenses 2:5-8). Por consiguiente, debemos considerar a los demás como superiores a nosotros mismos (versículo 3). No debemos buscar solo nuestros propios intereses, sino también los de nuestros cónyuges (versículo 4). Cuando hacemos esto, el Señor —que es nuestro gozo— hará que nuestro gozo sea completo (versículo 4).

(d) Porque Dios avergüenza al necio.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 3:35: «Los sabios heredarán honra, pero los necios solo recibirán vergüenza». Las personas violentas y los impíos a menudo no sienten vergüenza ni siquiera al cometer pecado; esto sucede porque sus conciencias se han entumecido y se han vuelto descarados. El problema, sin embargo, es que nosotros, los cristianos —que cometemos repetidamente los mismos pecados—, también estamos perdiendo cada vez más el sentido de la vergüenza. Hace poco leí una noticia cristiana sobre un pastor que, mientras trabajaba junto a un pastor principal de su misma denominación, denunció la trama de compra de votos de este último presentando una grabación como prueba. Me quedé atónito ante lo que vi. Sin embargo, lo que realmente me dejó sin palabras fue ver al pastor que denunciaba el escándalo sentado en una silla, sosteniendo el dispositivo de grabación. No mostraba señal alguna de la humildad que acompaña al sentido de la vergüenza. La persona necia y de entendimiento obtuso no solo no reconoce como pecado su falta contra Dios, sino que tampoco siente vergüenza tras cometer actos

vergonzosos. No debemos ser así. Nosotros, los cristianos, debemos saber sentir vergüenza; No debemos ser cristianos insensatos que permanecen impasibles incluso después de haber pecado. Por el contrario, todos debemos ser cristianos sabios. Cuando Dios nos reprende, debemos tener la sabiduría necesaria para aceptar esa reprensión con humildad. Y cuando Dios saca a la luz nuestros pecados, debemos ser capaces de sentir vergüenza. Por tanto, todos debemos arrepentirnos de nuestros pecados, volver a Dios y recibir la gloria como nuestra herencia.

Como matrimonios, debemos ser capaces de sentir vergüenza ante Dios y ante nuestros hijos. Es verdaderamente vergonzoso albergar odio en lugar de amor, y mostrar falta de respeto y desobediencia mutua sin sentir ninguna vergüenza ante Dios y nuestros hijos. Deberíamos sentir vergüenza. En particular, no sentir vergüenza al discutir y pelear delante de nuestros hijos revela que nuestras conciencias se han entorpecido y que tenemos el rostro endurecido. Debemos reconocer esto, acercarnos humildemente a Dios Padre, y confesar nuestros pecados y arrepentirnos de ellos. La persona sabia, cuando el Espíritu Santo hiere su conciencia y reprende su corazón mediante la Palabra de Dios, atiende esa corrección, obedece al Espíritu Santo y se acerca a Dios Padre para arrepentirse. Al hacerlo, recibiremos la gloria de Dios como nuestra herencia.

Me gustaría concluir esta reflexión. Bajo el tema «Las relaciones de los sabios» (partes 1 a 3), hemos aprendido tres principios sobre las relaciones humanas que se encuentran en Proverbios 3:27-35. En primer lugar, no debemos negar la bondad a quienes la merecen; en segundo lugar, no debemos hacer daño a los demás sin motivo; y en tercer lugar, no debemos envidiar a los violentos. La razón por la que no debemos envidiar a los violentos es que Dios los aborrece y los maldice; además, Dios se burla de los soberbios y avergüenza a los necios. Por el contrario, debemos ser personas íntegras a quienes Dios ama y personas justas a quienes Dios bendice. Debemos ser personas humildes sobre las cuales Dios derrama su gracia y personas sabias que heredan la gloria de Dios. En particular, hoy he aplicado estos principios a la relación entre esposo y esposa. Lo he hecho porque muchas

parejas a nuestro alrededor sufren conflictos matrimoniales. Las parejas discuten y pelean y, en su ira, no dudan en pronunciar palabras que atraviesan el corazón del otro como dagas. A menudo son deshonestas entre sí, envidian la prosperidad de los impíos y —en lugar de servirse mutuamente con humildad— intentan controlarse el uno al otro por soberbia. Además, en su necedad, se niegan a atender la reprensión del Señor o incluso las correcciones amorosas que les ofrece su cónyuge. ¿Qué debemos hacer, entonces, como parejas? Debemos brindarnos generosamente el amor y el respeto que legítimamente nos corresponden. El esposo merece ser respetado por su esposa, y la esposa merece ser amada por su esposo. Asimismo, debemos ser dignos de confianza el uno para el otro y mantener la honestidad en nuestra relación. En lugar de envidiar la prosperidad de los impíos, debemos compartir juntos el sufrimiento de los justos. Debemos servirnos mutuamente con humildad, considerando al otro superior a nosotros mismos. También debemos esforzarnos por ser una pareja sabia. Por ello, oro para que todos nos comprometamos a construir un matrimonio centrado en el Señor, demostrando —en una época de tasas de divorcio en aumento— cómo una pareja cristiana marca la diferencia al irradiar la fragancia del amor de Jesús.

La sabiduría es lo supremo.

[Proverbios 4:1–9]

¿Qué opina del dicho: "Haz tu mejor esfuerzo, pero no intentes ser el mejor"? Estas palabras provienen del pastor Kim Kyung-won, de la Iglesia Seohyun y autor del libro *Nueve principios que los pastores deben conocer*. Por supuesto, el contexto de esta afirmación es que los pastores —como yo mismo— deben dar lo mejor de sí sin afanarse por ser "los mejores", a fin de evitar el agotamiento. Esto resalta la cautela que los pastores deben tener ante la "mentalidad de supremacía": el deseo de ser el número uno (Kim Kyung-won). Personalmente, considero válida esta perspectiva. Si bien es noble esforzarnos al máximo para la gloria de Dios en las tareas que se nos encomiendan, albergar un deseo subyacente de ser "el mejor" conlleva un riesgo significativo: puede impulsarnos hacia el perfeccionismo y llevarnos a la arrogancia de buscar nuestra propia gloria. En otras palabras, en lugar de perseguir un estándar de "lo mejor" definido por nuestro propio criterio, debemos esforzarnos al máximo por alcanzar "lo mejor" que Dios nos revela. ¿Qué es eso? En el pasaje de hoy, Proverbios 4:7, la Biblia lo identifica como "sabiduría". Observemos Proverbios 4:7: "La sabiduría es lo supremo; adquiere, pues, sabiduría. Aunque te cueste todo lo que tienes, adquiere inteligencia". ¿Qué significa esto? Significa que la sabiduría es el bien supremo. Hoy, centrándonos en este versículo y en el título "La sabiduría es lo supremo", deseo recibir humildemente la gracia de Dios mientras reflexionamos sobre la sabiduría que es suprema a sus ojos.

En primer lugar, consideremos qué debemos hacer para obtener esta sabiduría suprema.

En el pasaje de hoy, Proverbios 4:7, el rey Salomón —autor de Proverbios— nos dice que debemos estar dispuestos a renunciar a todas nuestras posesiones para adquirir esa sabiduría (versículo 7). Así de valiosa es la sabiduría tanto para usted como para mí. Entonces, ¿qué debemos hacer para adquirir esta sabiduría, por la cual vale la pena arriesgar todo lo que poseemos? Debemos atender la instrucción de Dios, nuestro Padre. Observemos el texto de hoy, Proverbios 4:1: "Oíd, hijos míos, la instrucción de un padre, y estad atentos para conocer la inteligencia". La razón por la que debemos escuchar las instrucciones de Dios Padre para obtener esta sabiduría suprema es que Él nos da una enseñanza sana (versículo 2). Amados, la instrucción de Dios nuestro Padre es buena. Esto se debe a que Dios nuestro Padre mismo es bueno. Por tanto, la enseñanza —o ley— que el Dios bueno nos imparte no puede ser otra cosa que buena. En consecuencia, debemos aceptar la buena enseñanza de Dios Padre y nunca abandonarla (versículo 2). Para ello, debemos guardar la buena enseñanza de Dios en nuestros corazones (versículo 4). Además, no debemos olvidar la buena palabra de Dios (versículo 5), sino guardarla y ponerla en práctica (versículo 4).

Al meditar en el pasaje de hoy, descubrí un detalle interesante. Observemos el versículo 3: «Cuando yo era hijo de mi padre, tierno y único a los ojos de mi madre...». Aquí, el rey Salomón se describe a sí mismo como el «hijo tierno y único» de sus padres, David y Betsabé, mientras imparte una enseñanza sana a sus propios hijos (versículo 1; versículo 2). Es probable que Salomón escribiera esta instrucción durante la época en que era el único hijo de sus padres. Digo esto porque David y Betsabé tuvieron otros tres hijos además de Salomón (1 Crónicas 3:5; Walvoord). Al meditar en este pasaje, me resultó fascinante y verdaderamente precioso ver cómo el rey David —un hombre sabio que temía a Dios— enseñó el buen camino a su hijo Salomón, y cómo Salomón, al convertirse en rey, hizo lo mismo con sus propios hijos. ¡Qué precioso es que mi padre me transmitiera la buena palabra de Dios y que yo, a mi vez, se la transmita a mis hijos! Sin embargo, es lamentable que, como sabemos, aunque David «hizo lo recto ante los ojos del Señor y no se apartó de nada de lo que Él le había mandado durante todos los días de su vida, salvo en el asunto de

Urías el heteo» (1 Reyes 15:5), el corazón de su hijo Salomón no estuvo plenamente consagrado al Señor como lo había estado el de su padre; en su vejez, sus esposas extranjeras desviaron su corazón hacia otros dioses (11:4). En otras palabras, aunque el rey Salomón instó a sus hijos a «escuchar la instrucción de un padre» (Proverbios 4:1), a guardar esas enseñanzas en sus corazones (v. 4) y a no olvidarlas ni abandonarlas (v. 5), él mismo no vivió conforme a esas enseñanzas en sus últimos años, pues cometió el pecado de idolatría contra Dios. En resumen, el corazón del rey Salomón no estaba totalmente consagrado a Dios (1 Reyes 11:4). ¿Qué decir, entonces, de su hijo Roboam, quien le sucedió en el trono? Aunque ciertamente había recibido buena instrucción de su padre Salomón, Roboam se volvió arrogante una vez que el reino se hubo consolidado y su poder estuvo asegurado, y abandonó la ley del Señor (2 Crónicas 12:1). Como consecuencia, el pueblo de Israel siguió el ejemplo de Roboam (v. 1) y también pecó contra Dios (v. 2). ¡Qué situación tan trágica! La fe de David —el abuelo— debería haberse transmitido a su hijo Salomón y a su nieto Roboam. Sin embargo, incluso el rey Salomón —quien en el pasaje de hoy exhorta a otros a «escuchar la instrucción de un padre»— se apartó del consejo del rey David y cometió el grave pecado de idolatría contra Dios; posteriormente, su hijo Roboam también abandonó la ley divina. Es una situación verdaderamente lamentable.

No debemos apartarnos de la ley de nuestro Padre Celestial ni pecar contra Él. Debemos atesorar en nuestros corazones las buenas palabras de nuestro Padre Celestial, sin olvidarlas jamás, y ponerlas en práctica. Al hacerlo, podemos experimentar la bondad de Dios (Salmo 34:8). En otras palabras, cuando observamos y actuamos conforme a las buenas palabras —o enseñanzas— de nuestros abuelos o padres terrenales que temen a Dios, llegamos a experimentar la bondad de Dios, quien hace que todas las cosas cooperen para el bien (Romanos 8:28). Para lograrlo, debemos creer en el Dios bueno; pues sin fe es imposible obedecer la buena instrucción de Dios (Proverbios 4:2), y sin obediencia no podemos experimentar Su bondad. Por tanto, debemos confiar en el buen Dios, poner nuestra esperanza únicamente en Él y obedecer sus buenos mandamientos mediante la fe

(Salmo 34:8). Al hacerlo, tú y yo podremos experimentar a Dios —quien hace que todas las cosas cooperen para el bien— y su bondad (Romanos 8:28).

El penúltimo punto que deseamos considerar es: ¿qué bendiciones nos otorga Dios cuando adquirimos la sabiduría que es suprema a sus ojos?

El rey Salomón nos señala tres de estas bendiciones:

(1) Somos protegidos cuando adquirimos sabiduría.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 4:6: «No abandones la sabiduría, y ella te protegerá; ámala, y ella te guardará». Como vimos en nuestra meditación anterior sobre Proverbios 2:7-8, la Biblia afirma que cuando caminamos por la senda de la justicia —habiendo perfeccionado nuestra conducta mediante la sabiduría recibida de Dios—, Él nos protege y nos preserva. En resumen, la Biblia declara que la sabiduría nos protege (2:11). Además, con respecto a Proverbios 3:23, pasaje que también hemos meditado, las Escrituras nos dicen que cuando nos aferramos a la sana sabiduría y a la discreción (v. 21), Dios asegura que nuestros pies no tropiecen, permitiéndonos caminar con seguridad (v. 23). Así pues, la sabiduría nos protege y nos guarda. ¿Cree usted en estas palabras de las Escrituras? Cuando me planteo esta pregunta, una certeza cobra cada vez más fuerza en mi corazón: es peligroso carecer de sabiduría. En otras palabras, cuando actúo con insensatez al no creer ni obedecer la buena palabra de Dios Padre, mi fe y mi corazón quedan expuestos a los ataques de Satanás y en peligro. Nuestros corazones —la fuente misma de la vida— son particularmente vulnerables a tales ataques. Aún más peligrosa es la tendencia a considerar correctas nuestras propias acciones insensatas (12:15), a repetir tal insensatez (26:11) e incluso a deleitarnos en ella (15:14). Sin la sabiduría que Dios provee, corremos un verdadero peligro. Vienen a mi mente las palabras de Eclesiastés 7:12: «La sabiduría sirve de refugio, al igual que el dinero; pero la ventaja del conocimiento es esta: la sabiduría preserva la vida de quien la posee». La Biblia nos dice que la sabiduría preserva nuestras

vidas. ¿Qué debemos hacer, entonces? ¿No deberíamos esforzarnos con todas nuestras fuerzas por obtener esta sabiduría suprema?

(2) Cuando valoramos y exaltamos esta sabiduría suprema, ella nos exalta y nos honra.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 4:8: «Engrandécela, y ella te engrandecerá; ella te honrará cuando la hayas abrazado». Cuando exaltamos la sabiduría, ella nos exalta a nosotros. Sin embargo, si exaltamos nuestra propia insensatez, esa insensatez nos llevará a la ruina. Últimamente, he estado lidiando con una preocupación seria, algo que pesa mucho en mi corazón y me llena de tensión: la «corrupción de un pastor». Temo que, sin siquiera darme cuenta, pueda corromperme, cayendo en la arrogancia, oscureciendo la gloria de Dios y cometiendo pecado. Al meditar en Proverbios 4:8, comprendí que existe el peligro de exaltar mi propia sabiduría en lugar de la de Dios, y de exaltarme a mí mismo en lugar de a Él, sucumbiendo así al orgullo. Entendí que intentar exaltarme ante Dios y los demás por puro orgullo significa, en última instancia, exaltar únicamente mi propia insensatez. El resultado inevitable es que Dios no tendría más remedio que humillarme. Por ello, basándome en el pasaje de hoy, deseo obedecer la exhortación del rey Salomón de exaltar y abrazar la sabiduría que es suprema a los ojos de Dios. En lugar de exaltarme o glorificarme a mí mismo, oro para que sea Dios mismo quien me exalte y me glorifique.

Debemos adquirir la sabiduría que es suprema ante los ojos de Dios. Para lograrlo, debemos humillarnos y, con un corazón que reverencia a Dios, obedecer mediante la fe las buenas enseñanzas de Dios Padre. Así como Jesús obedeció la voluntad de Dios Padre hasta el punto de morir en la cruz, nosotros también debemos obedecer la voluntad del Señor hasta la muerte. Cuando lo hacemos, Dios nos exalta, tal como exaltó grandemente a Jesús y le dio el nombre que es sobre todo nombre (Filipenses 2:9).

(3) Cuando abrazamos esta sabiduría suprema, ella nos embellece.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 4:9: «Ella pondrá en tu cabeza una hermosa guirnalda; te otorgará una corona gloriosa». Aquí, el rey Salomón personifica la sabiduría como una mujer. Nos dice que, cuando abrazamos esta sabiduría —comparada con una mujer—, ella nos adorna con belleza. Consideremos Ezequiel 16:14: «Tu fama se difundió entre las naciones por causa de tu hermosura, pues el esplendor que yo te había dado hizo perfecta tu belleza —declara el Señor Soberano—». En última instancia, cuando alcancemos la sabiduría que es suprema a los ojos de Dios, Él nos hará verdaderamente magníficos, haciendo que nuestra fama se extienda incluso entre los no creyentes. ¡Qué bendición tan preciosa es esta!

Quisiera concluir esta reflexión. Debemos esforzarnos al máximo por adquirir la sabiduría que es suprema ante Dios. Para alcanzar esta sabiduría —que vale cualquier precio que paguemos por poseerla—, debemos atender el buen consejo de Dios Padre, atesorarlo en nuestros corazones y ponerlo en práctica. Al hacerlo, esta sabiduría no solo nos protegerá y exaltará, sino que también nos otorgará una corona de gloria. Ruego que tales bendiciones sean para todos nosotros.

El camino de la sabiduría

[Proverbios 4:10–19]

Si tuviera que elegir entre el camino de la vida y el camino de la muerte para sus hijos, ¿cuál les enseñaría a recorrer? Ciertamente, ningún padre instruiría jamás a su amado hijo para que eligiera el camino de la muerte. Recuerdo haber escuchado hace algún tiempo una sección de consejos en una emisora de radio coreana. En ella se hablaba de cómo muchos hijos de inmigrantes coreanos llevan vidas consumidas por el alcohol y las drogas. El problema, sin embargo, es que muchos padres se sienten impotentes ante esta situación. ¿Qué debemos hacer entonces nosotros, los padres?

En el pasaje de hoy, Proverbios 4:10, el rey Salomón se dirige a su hijo: «Escucha, hijo mío, acepta mis palabras, y los años de tu vida serán muchos». El rey Salomón está enseñando a su hijo el camino de la vida. ¿Cuál es ese camino de la vida? Es el «camino de la sabiduría». Observemos el versículo 11: «Te he enseñado el camino de la sabiduría y te he guiado por sendas rectas». ¿Cuál es este «camino de la sabiduría» que Salomón enseñó a su hijo? Son las «sendas rectas», es decir, el camino de la honestidad y la integridad (versículo 11).

Vivimos actualmente en una época de crisis de honestidad. Los tiempos que corren están marcados por la confusión, donde las personas no logran distinguir entre la verdad y la falsedad. Sin duda, esto es obra de Satanás. Satanás, el padre de la mentira, nos engaña disfrazando las falsedades y presentándolas como si fueran la verdad. Por ello, Satanás nos tienta continuamente con una «verdad» envuelta en mentiras, buscando apartarnos del «camino de la sabiduría» para llevarnos a la «senda de los impíos» o al «camino de los

hombres malvados» (v. 14). ¿Qué debemos hacer? Miremos el pasaje de hoy, Proverbios 4:14–15. La Biblia nos exhorta: «No entres en la senda de los impíos ni camines por la vía de los hombres malvados. Evítala, no pases por ella; apártate de ella y sigue adelante». Debemos evitarla. No debemos siquiera poner un pie en el camino de los impíos. La razón es que los impíos no pueden dormir a menos que hayan hecho tropezar a alguien (v. 16). Son aquellos que «comen pan de maldad y beben vino de violencia» (v. 17). En resumen, su alimento básico es el pecado. Así, los impíos —que pecan con la misma naturalidad con la que comen— nos tientan hoy, tratando de apartarnos a los creyentes del camino de la sabiduría para llevarnos al camino del mal. Sin embargo, la triste realidad es que nosotros, los creyentes, sucumbimos repetidamente a las tentaciones de los impíos. En consecuencia, muchas veces recorremos el camino de los impíos en lugar del camino de la sabiduría, la honestidad y la justicia. Observemos el versículo 19: «El camino de los impíos es como densas tinieblas; no saben qué es lo que los hace tropezar». ¿No es eso muy cierto? Cuando cedemos a las tentaciones de Satanás y recorremos el camino de los impíos, ¿acaso no hay muchas ocasiones en las que no nos damos cuenta de dónde tropezamos —dónde perdimos el equilibrio— mientras caminamos por esa senda oscura? ¿Por qué sucumbimos repetidamente a las tentaciones de Satanás? Creo que la razón es que Satanás emplea una táctica astuta: mezcla mentiras con la verdad —la Palabra de Dios— y nos susurra al oído, afirmando que esas mentiras son la verdad. Como resultado, a menudo nos cuesta distinguir entre la verdad de Dios y la falsa «verdad» que Satanás ha preparado para nosotros; en nuestra confusión, elegimos su versión falsificada y terminamos recorriendo el camino de los impíos. ¿Qué debemos hacer, entonces?

La manera de distinguir entre las mentiras fabricadas por Satanás y la verdadera Palabra de Dios es meditar en la verdad divina día y noche. Al meditar en Su Palabra, adquirimos la capacidad de discernir las falsedades que Satanás presenta. Por eso el rey Salomón nos exhorta en el versículo 13: «Aférrate a la instrucción; no la sueltes; guárdala…». Dios, nuestro Padre, desea otorgarnos la mayor sabiduría a nosotros, sus hijos, y por ello nos instruye continuamente a través de su Palabra de verdad. Debemos aferrarnos firmemente a esa

instrucción y nunca dejar que se nos escape; también debemos guardarla y obedecerla. Cuando lo hacemos, nuestros pasos no encuentran obstáculos al caminar, ni tropezamos (versículo 12).

Debemos recorrer el camino de la sabiduría. El camino de la sabiduría es el camino de la honestidad, y el camino de la honestidad es la «senda de los justos». Observemos Proverbios 4:18: «La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto». ¿Qué significa esto? Un hijo de Dios sabio —alguien que presta atención, asimila firmemente y practica fielmente las enseñanzas de Dios Padre— proyecta con fuerza la luz de la pureza en este mundo tenebroso, tal como lo hace el sol de la mañana; y así como los rayos del sol se intensifican a medida que avanza el día, también la luz de la pureza que irradia tal hijo sabio de Dios brilla con mayor intensidad y esplendor. Al meditar en este pasaje, recordé Daniel 12:3: «Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad». Al reflexionar sobre este versículo de Daniel junto con el pasaje de hoy en Proverbios 4:10-19, sentí la firme convicción de que debemos proyectar con fuerza la luz del Evangelio en este mundo de tinieblas. Para lograrlo, debemos transitar el camino de la sabiduría conforme a las enseñanzas de Dios Padre; debemos andar por la senda de la integridad y el camino de los justos. Para que la luz del Evangelio brille con fuerza en este mundo oscuro y pecaminoso, debemos irradiar la «luz de la integridad» y la «luz de la justicia». Así, debemos permitir que Dios nos utilice para guiar a muchos de vuelta al camino de la justicia, a fin de que podamos resplandecer eternamente, como el brillo del firmamento y las estrellas del cielo.

Quisiera concluir esta meditación. Hoy en día, muchos hijos de la segunda generación recorren el camino del pecado en este mundo tenebroso, haciendo caso omiso de las sabias palabras e instrucciones de sus padres. Las personas de este mundo oscuro —que pecan con la misma naturalidad con la que comen— hacen tropezar a nuestros hijos, alejándolos de la senda de la integridad hacia el camino de la falsedad, y apartándolos del

camino de los justos para llevarlos por la senda de los impíos. Un asunto verdaderamente grave es que nuestros hijos han perdido la capacidad de resistir las tentaciones de los malvados. Aunque no deberían siquiera pisar ni transitar por la senda de los impíos cuando son tentados por el mundo, nuestros hijos están recorriendo precisamente ese camino. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos enseñar a nuestros hijos el camino de la sabiduría: el camino de la vida. Hemos de instruirlos y guiarlos para que sigan la senda de la honestidad y la rectitud. Al hacerlo, nuestros hijos no tropezarán; por el contrario, como las estrellas del cielo y el resplandor del firmamento, llegarán a ser personas sabias que guíen a muchos hacia la justicia, convirtiéndose en hijos de Dios que le dan gloria. Ruego que tal bendición repose sobre sus familias y sobre la mía.

¡Prestemos atención a la Palabra de Dios!

[Proverbios 4:20–27]

¿Alguna vez ha oído hablar del "Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad", o TDAH? Es un trastorno psiquiátrico que afecta a niños y adolescentes, caracterizado por falta de atención, hiperactividad, impulsividad y dificultades de aprendizaje. Entre los síntomas clave se incluyen una notable falta de concentración y una conducta impulsiva. Quienes lo padecen a menudo experimentan cambios drásticos de humor y problemas de memoria. Su comportamiento es impredecible y les cuesta controlar la ira. Además, al reaccionar fácilmente ante diversos estímulos, tienden a inmiscuirse en asuntos ajenos. Se informa que el 75% de los niños con este trastorno presentan problemas de conducta persistentes, tales como hostilidad, ira, agresividad y rebeldía. Al reflexionar sobre el TDAH, me pregunté si algunos de nosotros, los cristianos, podríamos estar sufriendo una versión espiritual de este trastorno. En el ámbito espiritual, esto se manifiesta como una incapacidad para concentrarse —no solo en Jesús, el autor y consumador de nuestra fe, sino también en la Palabra de Dios. En su lugar, a menudo experimentamos emociones volátiles que nos llevan a hablar y actuar impulsivamente. ¿Cómo podemos, entonces, superar esta condición? ¿Qué debemos hacer para centrarnos verdaderamente en Jesús y en la Palabra de Dios?

En la primera parte de Proverbios 4:20, Dios nos habla diciendo: "Hijo mío, presta atención a mis palabras...". A través del pasaje de hoy, quisiera aprender cinco lecciones sobre cómo debemos prestar atención a la Palabra de Dios:

En primer lugar, debemos inclinar nuestros oídos hacia lo que Dios nos dice.

Observe la segunda parte de Proverbios 4:20: "...inclina tu oído a mis palabras". El rey Salomón, autor de Proverbios, ya nos había instado en Proverbios 2:2 a "inclinar el oído a la sabiduría" y, en la parte final de 5:1, a "inclinar el oído a mi inteligencia". Vivimos en una época caracterizada por una avalancha de información. Con información llegando desde todas direcciones, somos constantemente bombardeados por cosas que reclaman nuestra atención. El problema es que, cuanto más expuestos estamos a este diluvio de información, más difícil nos resulta escuchar rápidamente la voz de Dios. En consecuencia, somos propensos a tomar decisiones poco sabias: decisiones carentes de verdadera sabiduría y discernimiento. Tales decisiones imprudentes a menudo surgen de la negativa a aceptar la «sana doctrina» y del deseo de «acumularnos maestros que se ajusten a nuestros propios deseos, porque tenemos comezón de oír» (2 Timoteo 4:3). Debemos inclinar nuestros oídos hacia la «sana doctrina». Debemos inclinar nuestros oídos hacia la Palabra de Dios. La razón es que, al prestar atención a la Palabra de Dios, adquirimos sabiduría y entendimiento. Solo entonces podremos utilizar la sabiduría y el discernimiento divinos para filtrar y evaluar el torrente de información y palabras que llega a nuestras vidas desde el mundo. En Juan 10:27, Jesús afirmó que sus ovejas oyen su voz. Como ovejas del Señor, debemos inclinar nuestros oídos hacia la voz del Señor, nuestro Pastor. Esto es lo que significa vivir una vida que presta atención a la Palabra de Dios.

En segundo lugar, no debemos permitir que la Palabra de Dios se aparte de nuestros ojos.

Observemos la primera parte de Proverbios 4:21, nuestro texto de hoy: «No dejes que se aparten de tus ojos...». El rey Salomón declaró en Proverbios 3:21: «Hijo mío, no dejes que se aparten de tu vista; guarda la sana sabiduría y la discreción». Sin embargo, a menudo transgredimos este mandato, permitiendo que la sabiduría y la discreción perfectas de Dios —junto con el buen juicio y la percepción espiritual— se escapen de nuestra vista. La razón radica en la tentación incesante de Satanás, que nos atrae a vivir impulsados por los «deseos de los ojos» (1 Juan 2:16). En consecuencia, a menudo caminamos por vista y no

por fe. ¿Cómo podemos, entonces, «caminar por fe, no por vista», tal como se nos instruye en 2 Corintios 5:7? Para lograrlo, es crucial que leamos y meditemos profundamente en la Palabra escrita de Dios (Park Yun-sun). ¿Por qué es esto importante? Porque hacerlo fortalece nuestra fe (Hechos 17:11–12) (Park Yun-sun). Cuando no fijamos nuestros ojos en el Señor y, en cambio, dejamos que vaguen hacia circunstancias difíciles o hacia las personas que nos rodean, inevitablemente nos inquietamos. Incluso los discípulos de Jesús flaquearon por el miedo; miraron la tormenta en lugar de al Creador —el Señor que gobierna sobre la tormenta— y su fe vaciló. Para evitar cometer el mismo error, debemos abrir los oídos y escuchar las palabras de Jesucristo (Romanos 10:17), pues la fe viene por el oír la palabra de Cristo. Debemos centrar no solo nuestros oídos, sino también nuestros ojos, en la Palabra de Dios. Necesitamos fortalecer nuestra fe leyendo y meditando en las Escrituras. Además, debemos tener la Biblia a nuestro lado y leerla a lo largo de toda nuestra vida (Deuteronomio 17:19). Así, al aprender a temer a Dios, nosotros… No debemos permitir que nuestros corazones se vuelvan arrogantes hacia los demás, ni debemos desviarnos a izquierda o derecha de los mandamientos de Dios (v. 20). Asimismo, debemos caminar con fe firme, manteniendo la mirada fija hacia adelante y mirando directamente al Señor (Proverbios 4:25). Recuerdo Hebreos 12:2: «Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios». Debemos fijar nuestros ojos en Jesús, aquel que perfecciona nuestra fe. Esto es precisamente lo que significa vivir una vida atenta a la Palabra de Dios.

En tercer lugar, debemos guardar la Palabra de Dios en nuestro corazón.

Observemos la última parte de Proverbios 4:21 en el pasaje de hoy: «…guárdalas en medio de tu corazón». No debemos limitarnos a oír la Palabra de Dios con nuestros oídos o verla con nuestros ojos; debemos guardarla diligentemente en nuestro corazón. ¿Cuál es la razón de esto? Veamos el versículo 22: «Porque son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo». La razón por la que debemos guardar la Palabra de Dios en nuestro corazón es que

esta se convierte no solo en vida para nosotros, sino también en salud para todo nuestro cuerpo. En última instancia, dado que tanto nuestra vida como nuestra salud descansan en la soberanía de Dios, cuando oímos, vemos y atesoramos en nuestro corazón la Palabra vivificante de Dios, el «Dios de los espíritus de toda carne» (Números 16:22) —el Dios que da vida a toda carne— preservará nuestra vida y nuestra salud. Por eso el rey Salomón declara en Proverbios 4:23: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida». Personalmente, creo que los cristianos —y los líderes de la iglesia en particular— debemos sobresalir en la «administración». El fundamento de esta opinión se encuentra en 1 Timoteo 3:4: «Que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad». El apóstol Pablo enumera esto como uno de los requisitos para un «obispo» o supervisor. Al considerar qué debemos administrar bien exactamente, he identificado seis áreas: la salud, el tiempo, las finanzas, las crisis, el corazón y el alma. En cuanto a la administración del corazón, he considerado dos formas en las que podemos guardarlo eficazmente:

(1) Debemos examinar diligentemente nuestros corazones.

Observemos Hebreos 4:12: «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón». Debemos examinar diligentemente los pensamientos y las intenciones de nuestros corazones utilizando la Palabra de Dios, que es viva y eficaz. La razón es que «no lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre» (Mateo 15:11, 18). Jesús dice: «Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre» (versículos 18–20). Debemos librar una batalla espiritual en el ámbito de nuestros pensamientos. Debemos albergar «buenos pensamientos» en lugar de «malos pensamientos». Debemos luchar contra los pensamientos de odio hacia los demás (lo cual

equivale a homicidio; 1 Juan 3:15), así como contra los pensamientos de inmoralidad sexual, robo y falsedad, eligiendo en su lugar pensar en el amor y la verdad. Consideren Filipenses 4:8: «Por último, hermanos y hermanas: todo lo que es verdadero, todo lo noble, todo lo correcto, todo lo puro, todo lo amable, todo lo admirable —si hay algo excelente o digno de alabanza—, piensen en estas cosas».

(2) Debemos labrar diligentemente la tierra de nuestros corazones para que no se endurezcan.

Debemos ablandar nuestros corazones. Observemos Oseas 10:12: «Sembrad para vosotros en justicia, segad para vosotros en misericordia; haced para vosotros barbecho, porque es el tiempo de buscar al Señor...». ¿Cómo hemos de labrar este barbecho? La respuesta se encuentra en 2 Timoteo 3:16-17: «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra».

(a) Debemos recibir enseñanza a través de la Palabra de Dios.

Ha llegado el «tiempo» del que se habla en 2 Timoteo 4:3. En efecto, la gente «no soportará la sana doctrina» y, «teniendo comezón de oír, se amontonará maestros conforme a sus propias pasiones». Sin embargo, debemos escuchar la sana doctrina. Debemos escucharla de tal manera que la instrucción penetre hasta lo más profundo de nuestro ser, de modo que nuestros propios corazones nos instruyan (Salmo 16:7).

(b) Debemos recibir reprensión a través de la Palabra de Dios.

Observemos Efesios 5:11: «No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas». Cuando participamos en las obras infructuosas de las tinieblas, el Espíritu Santo que mora en nosotros expone nuestros pecados mediante la Palabra de Dios.

Cuando la luz de la santa Palabra de Dios —la espada del Espíritu— resplandece en nuestros corazones tenebrosos, nuestras conciencias son traspasadas y redargüidas. Y nuestros corazones son quebrantados por la Palabra de Dios, que actúa como un martillo (Jeremías 23:29). Cuando esto sucede, al igual que los 3000 creyentes del capítulo 2 de Hechos que oyeron la Palabra de Dios a través de su siervo, no podemos evitar responder preguntando: «Varones hermanos, ¿qué haremos?» (v. 37). Entonces Pedro les dijo: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados» (v. 38). Debemos ser reprendidos por la Palabra de Dios y arrepentirnos de nuestros pecados.

(c) Debemos ser corregidos por la Palabra de Dios.

Satanás tuerce nuestros pensamientos y hace que caminemos por sendas tortuosas. Sin embargo, Dios nos capacita para pensar correctamente y andar por el camino recto mediante Su Palabra. Si nuestros corazones no están dirigidos hacia el camino correcto, debemos recibir instrucción y reprensión de la Palabra de Dios, cambiar de rumbo y caminar por la senda adecuada.

(d) Debemos ser instruidos en justicia por la Palabra de Dios.

Somos personas justas que han sido justificadas mediante la fe en Jesucristo por la gracia absoluta de Dios. Por tanto, debemos vivir una vida justa. Para ello, debemos ser instruidos en justicia a través de la Palabra de Dios. Sobre todas las cosas, debemos guardar nuestros corazones —la fuente de la vida— y, para guardarlos eficazmente, debemos conservar la Palabra de Dios en ellos. Esto es lo que significa vivir una vida que atiende a la Palabra de Dios.

En cuarto lugar, debemos hablar la Palabra de Dios con nuestros labios.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 4:24: «Aparta de tu boca la perversidad; aleja de tus labios el hablar corrupto». El rey Salomón nos exhorta a que, así como debemos guardar nuestros corazones conservando en ellos la Palabra de Dios, también debemos cuidar atentamente nuestros labios. Su mensaje nos insta a desechar y alejarnos del «hablar tortuoso» y de las «palabras perversas». Al reflexionar sobre este consejo, comprendo que si no guardamos nuestros corazones con la Palabra de Dios —Su sana instrucción— y permitimos que se vuelvan tortuosos y perversos, entonces solo palabras tortuosas y perversas podrán brotar de ellos. Lo mismo se aplica a nuestros oídos y ojos; si nuestros corazones no atienden a la enseñanza justa de Dios, inevitablemente escucharemos, contemplaremos y diremos solo aquello que es tortuoso y perverso. Proverbios 26:24 afirma: «El malvado disimula con sus labios y alberga engaño en su corazón». No debemos ser como los adversarios o los hipócritas que ocultan sus verdaderas intenciones con los labios mientras albergan engaño en su interior. Por el contrario, debemos poseer corazones sinceros y hablar palabras de verdad con sinceridad. En 1 Pedro 3:10, el apóstol Pedro escribe: «Porque el que quiera amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua del mal y sus labios de hablar engaño». Si amamos la vida, debemos controlar nuestros labios; nunca debemos usarlos para pronunciar el mal o el engaño. Con este fin, debemos guardar el conocimiento con nuestros labios (Proverbios 5:2); específicamente, el conocimiento de las Escrituras y el conocimiento de Dios. Debemos hablar la palabra de Dios y dar testimonio de ella. Esto es lo que significa vivir una vida que atiende a la palabra de Dios. En quinto y último lugar, debemos evitar que nuestros pies se desvíen de la Palabra de Dios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 4:26-27: «Examina la senda de tus pies, y todos tus caminos sean rectos. No te desvíes a la derecha ni a la izquierda; aparta tu pie del mal». El rey Salomón nos exhorta a «examinar» o «nivelar» la senda que siguen nuestros pies; aquí, la expresión conlleva el sentido de «medir» o «sopesar cuidadosamente». Implica que, antes de actuar, debemos considerar profundamente si el camino que pretendemos seguir es peligroso (Park Yun-sun). Ciertamente, ninguno de nosotros dirigiría conscientemente sus pasos hacia un camino peligroso, especialmente uno que amenace nuestra propia vida. Por

el contrario, como sugiere el versículo 26, naturalmente buscamos elegir y transitar por un camino seguro. Así, el rey Salomón nos insta a asegurarnos de que todos nuestros caminos sean firmes y seguros. Para lograrlo, la Biblia nos instruye a apartar nuestros pies del mal (versículo 27). En otras palabras, dado que unos pies que no se apartan del mal pueden poner en peligro no solo nuestra vida física sino también la vida de nuestra alma, debemos mantener nuestros pies alejados del mal.

Al meditar en este pasaje, recordé al «joven falto de juicio» mencionado en Proverbios 7 (versículo 7). Él se acercó a la esquina de la calle de la mujer adúltera (versículo 8) y, sucumbiendo a su seducción, la siguió; la Biblia describe esto como un buey que va al matadero o un necio que se dirige al castigo encadenado (versículo 22). Debido a que el joven insensato no prestó atención a la palabra de Dios, su corazón se desvió hacia el camino de la adúltera; seducido por esa senda (v. 25), sus pies se encaminaron por su sendero peligroso. ¿Y cuál fue el desenlace para el joven insensato que se aventuró por aquel camino arriesgado? Observemos Proverbios 7:23: «…hasta que una flecha le atraviese el hígado, como el ave que se precipita en la trampa, sin saber que ello le costará la vida». El resultado es la pérdida de la vida. Por tanto, debemos atender a la palabra de Dios y procurar que nuestros pies no se aparten de ella. Al hacerlo, nuestro camino será seguro y no nos desviaremos ni a la izquierda ni a la derecha; podremos transitar por la senda recta y correcta. Esto es lo que significa vivir una vida que atiende a la palabra de Dios.

Quisiera concluir esta reflexión. Debemos vivir una vida que preste atención a la palabra de Dios. Hemos de cultivar un enfoque espiritual y escuchar atentamente lo que Dios nos dice. Además, no debemos permitir que la palabra de Dios se aparte de nuestra vista, sino que debemos atesorarla en nuestro corazón. Al hacerlo, debemos proclamar la palabra de Dios con nuestros labios y asegurarnos de que nuestros pies nunca se desvíen de ella.

Guardando el corazón cristiano

«Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida» (Proverbios 4:23).

Hay un suceso que aún no puedo olvidar. La madre de un conocido atendía una tienda cuando entró un ladrón negro, robó dinero y huyó; ella salió tras él, pero recibió un disparo mortal. La suma que el ladrón había robado era de apenas 100 dólares. Fue una tragedia verdaderamente absurda. Por supuesto, no creo que ella persiguiera al ladrón simplemente para proteger esos 100 dólares; probablemente fue una reacción instintiva y repentina. Sin embargo, se perdió una vida preciosa en este mundo por una cantidad insignificante.

Parece que demasiadas personas dedican todas sus fuerzas, su corazón y su devoción a proteger su dinero. En un mundo obsesionado con el materialismo, la gente hace grandes esfuerzos —y todo tipo de cosas— para salvaguardar su riqueza. Lo que resulta aún más alarmante es el hecho de que, en el proceso de proteger el dinero, descuidan su propio corazón. Al vivir en un mundo donde las personas son capaces incluso de dejar de lado su conciencia con tal de aferrarse al dinero, reflexiono sobre nuestra propia condición como cristianos. ¿Somos acaso diferentes de la gente del mundo? ¿Dejamos que el dinero cautive nuestro corazón y vivimos únicamente para él, mientras actuamos con arrogancia dentro de la iglesia, jactándonos ante nuestros hermanos en la fe e intentando controlar la iglesia del Señor mediante el poder económico? ¿Por qué descuidamos nuestro corazón? ¿Por qué ya no estamos comprometidos a guardar nuestro corazón más que nuestro dinero? Nuestro corazón se está contaminando. Lo más aterrador es que, a medida que nuestro corazón se corrompe, nuestra fe —nuestra confianza en la preciosa sangre de Jesús derramada en la

cruz— se desvanece. Impulsados por un instinto arrogante de salvar nuestro corazón contaminado mediante la ley en lugar de la fe, parece que vivimos vidas que solo muestran una apariencia externa de piedad ante los demás. Un corazón lleno de dudas en lugar de fe es un corazón que pone a prueba a Dios (Hechos 15:10). Es un corazón que cuestiona y duda del plan de salvación lleno de gracia establecido por Dios (Park Yun-sun). En resumen, tal corazón es aquel que no conoce «la gracia del Señor Jesús» (v. 11). Hoy, Dios nos da la palabra de vida. Por encima de todo, debemos guardar nuestro corazón. La razón es que «de él mana la vida» (Proverbios 4:23). No debemos tomar a la ligera esta lección fundamental. No debemos perder el tiempo centrándonos en otras cosas mientras ignoramos la fuente de la vida. ¿Cómo debemos guardar nuestro corazón, concretamente? Debemos guardarlo mediante la fe. Como se afirma en Hechos 15:9, debemos dedicarnos a purificar nuestro corazón por medio de la fe. En medio de las artimañas de Satanás y de las muchas tentaciones que contaminan el corazón, debemos hacer de la protección y purificación de este nuestra máxima prioridad. Aunque el camino sea difícil, doloroso, solitario o tan agotador que nos haga desfallecer, debemos guardar nuestro corazón con todas nuestras fuerzas. Para ello, debemos aferrarnos únicamente a la justicia de Cristo mediante la fe. Debemos considerar nuestra propia justicia como simple basura. De lo único que podemos jactarnos es de nuestros propios pecados y debilidades. Debemos aferrarnos con todo nuestro corazón, alma y mente a la verdad de que somos salvos únicamente por la justicia del Señor Jesucristo. Además, al ser santificados por la obra de la verdad del Espíritu Santo en nuestra vida de fe, debemos vivir una vida santa.

«¡Crea en mí un corazón puro, oh Dios!» (Salmo 51:10)

¿Por qué debemos prestar atención a la sabiduría de Dios?

[Proverbios 5:1–14]

¿Conoce a alguien de su entorno que haya sido víctima de una agresión sexual? La semana pasada, encontré un artículo muy comentado en el sitio web del *Chosun Ilbo* titulado: «Estudiantes de medicina acusados de abuso sexual grupal contra una compañera contratan a un gran equipo de abogados de un prestigioso bufete». La noticia detallaba cómo tres estudiantes de medicina de una universidad coreana (de entre veinte y veinticinco años) fueron arrestados e imputados por abusar sexualmente en grupo de una compañera que se había quedado dormida tras haber bebido alcohol; cabe destacar que contrataron a un equipo numeroso de abogados de un importante bufete. Al parecer, los tres estudiantes contrataron a un total de unos diez abogados, y además de gran renombre. Esto plantea una pregunta: ¿cómo lograron unos estudiantes costear la contratación de tantos abogados de alto nivel? El abuso sexual, la agresión y la violación suelen ser perpetrados por personas a las que conocemos bien. De hecho, las estadísticas de RAINN (Red Nacional contra la Violación, el Abuso y el Incesto), una organización estadounidense dedicada a combatir la violencia sexual, muestran que en cerca de dos tercios de los casos de agresión sexual, la víctima conoce al agresor. Además, el 38 % de los violadores son amigos o conocidos de la víctima. Los datos también indican que en Estados Unidos se produce una agresión sexual cada dos minutos. Es un problema verdaderamente grave. Refleja un mundo plagado de tentaciones sexuales y demuestra cuántas personas sucumben a ellas. ¿Qué debemos hacer, entonces? En las dos últimas reuniones de oración de los miércoles, aprendimos cinco lecciones clave de Proverbios 4:20–27 sobre cómo prestar atención a la Palabra de

Dios. Debemos escuchar con atención lo que Dios nos dice (v. 20) y mantener su Palabra constantemente ante nuestros ojos (v. 21). Asimismo, debemos atesorar la Palabra de Dios en nuestros corazones (v. 21) y proclamarla con nuestros labios (v. 24). Al hacerlo, aprendimos que no debemos permitir que nuestros pies se aparten de la Palabra de Dios (vv. 26–27). Hoy, centrándonos en Proverbios 5:1–14, exploraremos las razones por las que debemos prestar atención a la sabiduría de Dios (v. 1). El rey Salomón, autor de Proverbios, expone la razón en el versículo 2: «Para que guardes discreción y tus labios preserven el conocimiento». En resumen, la razón por la que debemos atender a la sabiduría de Dios es para adquirir conocimiento y discreción (1:4), protegiéndonos y resguardándonos así (2:11; 3:21–24). Entonces, ¿de qué nos protegen exactamente este conocimiento y esta discreción —obtenidos al atender a la sabiduría de Dios—? Nos protegen de la adúltera, o de la prostituta. En otras palabras, cuando prestamos atención a la sabiduría de Dios y adquirimos conocimiento y discreción, estas cualidades nos escudan y nos salvan de las tentaciones de la adúltera [(2:16) «La sabiduría te librará también de la mujer adúltera, de la mujer ajena que halaga con sus palabras»]. ¿Cuál es, entonces, esta «tentación de la adúltera»? Observemos hoy Proverbios 4:3: «Porque los labios de la mujer adúltera destilan miel, y su hablar es más suave que el aceite». ¿Cuál es la tentación de la adúltera de la que se habla aquí? Es la tentación de sus labios. La descripción de sus labios destilando miel y de su habla más suave que el aceite (v. 3) implica que su seducción verbal es tan astuta y hábil —resultando dulce al oído— que representa una amenaza peligrosa, llevándonos a sucumbir ante la tentación y a apartarnos de la fe (Park Yun-sun). Así, la Biblia advierte que, aunque los labios de la adúltera puedan parecer inicialmente dulces, atractivos y prometedores de placer, al final se vuelven tan amargos como el ajenjo y tan afilados como una espada de doble filo (v. 4), conduciéndonos finalmente a la «muerte» (ruina espiritual) y al «Seol» (destrucción eterna) (v. 5) (Park Yun-sun). Este es precisamente el objetivo de su seducción. Ella busca atraernos hacia el hedonismo, impidiéndonos hallar la «senda llana de la vida» (v. 6) y provocando, en última instancia, que abandonemos a Dios para siempre y enfrentemos la destrucción eterna.

¿Qué debemos hacer? ¿Qué acciones debemos emprender para vencer esta tentación de la adúltera?

En primer lugar, para superar la tentación de la adúltera, debemos escuchar las palabras que provienen de la boca de Dios y no abandonarlas.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 5:7: «Ahora pues, hijos míos, escuchadme y no os apartéis de las palabras de mi boca». Para vencer la tentación de los labios de la adúltera, debemos escuchar las palabras que salen de la boca de Dios. En otras palabras, debemos triunfar sobre esa tentación utilizando la Palabra de Dios —la espada del Espíritu—, la cual procede de Su boca. Para lograrlo, la Palabra de Dios debe resultarnos tan dulce como la miel. Debemos atender a la voz del salmista en el Salmo 19:10 y hacer nuestra esa misma confesión: «Son más deseables que el oro, más que mucho oro fino; son más dulces que la miel y que el destilado del panal». Si verdaderamente hemos probado la dulzura de la Palabra de Dios, jamás prestaremos oídos a la voz seductora que emana de los labios de la adúltera. Por muy dulces que parezcan sus tentaciones, no sucumbiremos ante ellas. Sin embargo, si no llegamos a experimentar la dulzura de la Palabra de Dios, nos iremos alejando gradualmente de las palabras de Su boca hasta abandonarlas por completo. Esto sucede porque escuchamos la voz seductora de la adúltera —cuyas palabras son más suaves que el aceite y destilan como la miel— en lugar de escuchar las palabras que provienen de la propia boca de Dios. Es como si nuestros corazones albergaran el «panal de la adúltera» en vez del panal de la Palabra de Dios. Hace poco, unos especialistas en control de plagas acudieron a mi casa para solucionar un problema con abejas. Un operario subió por una escalera hasta el tejado y roció insecticida; poco después, una multitud de abejas muertas yacía esparcida por el suelo. Más tarde llegó otro especialista, subió al tejado y desmontó una sección para retirar el panal por completo. No solo reparó el tejado, sino que también selló las aberturas entre este y las paredes para impedir que las abejas volvieran a entrar. El experto explicó que, si no se retiraba el panal, la miel derretida atraería insectos y roedores, y las abejas regresarían inevitablemente; Por lo tanto, no tuve más remedio que

gastar una suma considerable de dinero para eliminar por completo el panal. Al reflexionar sobre esto, recuerdo cómo Satanás utiliza a la mujer adúltera para intentar implantar en nuestros corazones un panal pecaminoso: uno que busca los placeres de la carne. Sin embargo, para los creyentes que valoran la Palabra de Dios como algo más dulce que el panal, dicha Palabra vive y obra con poder en su interior, capacitándolos para resistir las artimañas de Satanás y de la adúltera... Mientras que algunos han sellado toda abertura para impedir que entre la voz de la tentación, aquellos creyentes que no han probado la dulzura de la Palabra de Dios dejan muchas brechas expuestas, volviéndose altamente vulnerables a las tentaciones de Satanás y de la adúltera. Al igual que el salmista, debemos considerar la Palabra de Dios como algo más dulce que la miel del panal; debemos anhelar y amar Su Palabra hasta ese mismo grado. Por consiguiente, debemos meditar en la Palabra de Dios día y noche, escuchando y obedeciendo la voz de Dios revelada a través de esa meditación, para que ninguna tentación proveniente de los labios de la adúltera pueda penetrar en nuestros corazones.

En segundo lugar, para vencer la tentación de la mujer adúltera, debemos mantener nuestro camino alejado de ella.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 5:8: «Aleja de ella tu camino y no te acerques a la puerta de su casa». El Dr. Park Yun-sun comentó en una ocasión: «Dado que la tentación sexual ejerce cierto atractivo, la única manera de vencerla es evitándola». Considero que José, del libro del Génesis, es un ejemplo perfecto de esto. José era de buen parecer y hermosa presencia (Génesis 39:6); la esposa de Potifar puso sus ojos en él con deseo y le pidió que se acostara con ella (v. 7). Aunque ella insistió día tras día (v. 10), José —temeroso de Dios— no solo se negó a acostarse con ella, sino que incluso evitaba estar en su presencia (v. 10). Sin embargo, un día en que José y la esposa de Potifar estaban solos en la casa (v. 11), ella lo agarró por la ropa y le dijo: «Duerme conmigo», lo que llevó a José a dejar su manto en manos de ella y huir hacia afuera (v. 12). En consecuencia, aunque José fue acusado injustamente y encarcelado, logró resistir con éxito la tentación de la esposa de

Potifar. Por el contrario, muchos jóvenes cristianos de hoy no logran rechazar la tentación sexual como lo hizo José; en su lugar, sucumben a ella, pecan contra Dios y terminan viviendo en una prisión del corazón, atados por las cadenas del pecado sexual y esclavizados por él. Si hubiera que mencionar a un personaje bíblico que, a diferencia de José, sucumbió a la tentación de una mujer, se podría citar a Sansón junto con David. No solo vio a una mujer filistea en Timnat y la tomó por esposa (Jueces 14), sino que también fue a Gaza, vio a una prostituta y se acostó con ella (16:1). Además, debido a que amaba a una mujer llamada Dalila, del valle de Sorec (v. 4), cayó ante sus seducciones, fue capturado por los filisteos y finalmente murió junto con ellos. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos mantenernos alejados de aquello que nos tienta sexualmente. Es insensato intentar vencer la tentación sexual mientras permanecemos cerca de las mismas cosas que la provocan. Recuerdo haber escuchado hace mucho tiempo la historia de un pastor dedicado al ministerio con prostitutas que, finalmente, cayó él mismo en pecado. También recuerdo a una misionera que conocía contándome personalmente su interés en emprender un ministerio dirigido a prostitutas en su campo de misión. Imagino que no es nada fácil; debe de ser un desafío inmenso. En 2 Timoteo 2:22, el apóstol Pablo nos dice que «huyamos de las pasiones juveniles». Y en 1 Corintios 6:18, afirma: «Huid de la inmoralidad sexual...». Debemos huir de la inmoralidad sexual y de la lujuria. No debemos ni siquiera acercarnos a la puerta de la casa de una prostituta; debemos mantenernos alejados de ellas. Hemos de acercarnos a la Palabra de Dios mientras rechazamos las palabras de la prostituta; al acercarnos a Dios, debemos alejarnos de ella.

Pero si nos negamos a escuchar la voz de Dios que nos habla a través del rey Salomón —si no mantenemos nuestro camino lejos de la adúltera y, en cambio, nos acercamos a la puerta de su casa—, ¿qué clase de final trágico dice la Biblia que experimentaremos? El Dr. Park Yun-sun identifica cinco consecuencias desafortunadas:

Perderemos nuestro honor.

Observemos la primera parte de Proverbios 5:9 en el texto de hoy: «No sea que entregues tu honor a otros…». La Biblia nos dice que, cuando nos negamos a atender la Palabra de Dios y nos acercamos a la puerta de la casa de la adúltera, la primera consecuencia desafortunada es la pérdida del honor. La palabra «honor» aquí puede interpretarse como «fuerza o vigor» o bien como «honor» en el sentido de reputación. Considero que ambas interpretaciones son válidas. Si bien es cierto que perdemos nuestra fuerza cuando no nos mantenemos alejados de la adúltera y sucumbimos a sus tentaciones, opino que la pérdida mencionada en el versículo 9 se refiere más a la reputación que a la fuerza física. Creo que David es un ejemplo claro de esto en la Biblia. Cuando servía bajo el reinado de Saúl, actuaba con sabiduría, ganándose elogios y honor entre el pueblo de Israel; sin embargo, tras convertirse en rey, cometer adulterio con Betsabé y ordenar la muerte de Urías —y después de que Dios sacara a la luz su pecado por medio del profeta Natán—, perdió su honor y su esplendor. Por eso, la genealogía de Jesús en Mateo 1:6 registra: «David engendró a Salomón de la que fue mujer de Urías». La frase «la que fue mujer de Urías» —el hecho de que la genealogía de Jesús registre que Salomón nació de la esposa de otro hombre— implica que el pecado de inmoralidad sexual de David llegó a ser conocido por todo el pueblo judío, ¿verdad? ¡Qué cosa tan vergonzosa! Lo mismo se aplica a Judá, el hijo de Jacob. Debido a su inmoralidad sexual, la genealogía de Jesús registra: «Judá engendró de Tamar a Fares y a Zara» (Mateo 1:3) (Park Yun-sun). ¿Quién era Tamar? Era la nuera de Judá. ¿Qué tan vergonzoso es este asunto?

Cuando desobedecemos la Palabra de Dios —al no mantener nuestro camino alejado de la mujer adúltera y, en cambio, acercarnos a la puerta de su casa—, desperdiciamos nuestra juventud.

Observemos la segunda parte de Proverbios 5:9 en el texto de hoy: «…no sea que entregues tus años a los crueles». ¿Qué significa esto? Significa que, cuando desobedecemos la Palabra de Dios y nos acercamos a la mujer adúltera, malgastamos nuestra juventud —esa etapa dorada de la vida— en ella, quien es una cruel destructora. En Eclesiastés 12:1, un

pasaje sobre el que ya hemos meditado, el rey Salomón nos dice: «Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: "No tengo en ellos contentamiento"». La juventud es una edad de oro, un tiempo privilegiado para recordar y servir a Dios, nuestro Creador; si un joven desperdicia ese tiempo precioso en una mujer adúltera en lugar de en Dios, ¿qué será de su vida? Por eso se llama «cruel» a la mujer adúltera: porque hace que los jóvenes malgasten su juventud.

Cuando desobedecemos la Palabra de Dios —al no mantener nuestro camino alejado de la mujer adúltera y, en cambio, acercarnos a la puerta de su casa—, perdemos nuestra riqueza y nuestros ingresos.

Observemos Proverbios 5:10 en el texto de hoy: «No sea que extraños se sacien de tu fuerza y tus trabajos vayan a parar a casa del extranjero». Ceder a la tentación de una mujer adúltera conlleva la pérdida de algo más que el honor o el tiempo; conduce inevitablemente al despilfarro de la riqueza material. La Biblia enseña claramente que debemos ofrecer nuestros recursos materiales a Dios, sirviéndole y glorificándole; sin embargo, quien cae en la tentación de una adúltera no ofrece estos recursos a Dios, sino que derrocha su dinero en ella para satisfacer sus propios deseos lujuriosos. ¡Qué absurdo debe parecer esto ante los ojos de Dios! Cuando Dios nos concede la bendición de la riqueza material, ¡qué impactante resulta, desde Su perspectiva, ver esa bendición entregada a una mujer adúltera ajena! En realidad, sería mejor perder toda la riqueza por completo, pues así uno ya no tendría los medios para acudir a ella.

Si desobedecemos la Palabra de Dios —al no mantener nuestro camino alejado de la adúltera y, por el contrario, acercarnos a la puerta de su casa—, perderemos la salud y terminaremos lamentando nuestras acciones.

Consideremos el pasaje de hoy, Proverbios 5:11: «Y gemirás al final, cuando tu carne y tu cuerpo se consuman». ¿Cuántas personas contraen hoy enfermedades de transmisión

sexual por acostarse con prostitutas, lo que deriva en debilitamiento físico e incluso en la muerte? ¿Acaso no es cierto que el SIDA sigue siendo incurable? Lo verdaderamente aterrador es que algunas prostitutas, sabiendo que están infectadas con el SIDA, continúan acostándose con otros, propagando así la enfermedad. Escuchar tales noticias revela la crueldad y la maldad de las personas; en última instancia, quienes se acuestan con prostitutas pierden la salud a causa de la enfermedad y terminan sus vidas lamentándose y arrepintiéndose de sus actos.

Si desobedecemos la Palabra de Dios —al no mantener nuestro camino alejado de la adúltera y, por el contrario, acercarnos a la puerta de su casa—, terminaremos atrapados en una situación que nos causará una profunda angustia de conciencia. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 5:12–14: «Diciendo: "¡Cómo odié la instrucción y mi corazón despreció la corrección! ¡No obedecí la voz de mis maestros ni incliné mi oído hacia quienes me instruían! Estuve al borde de la ruina total en medio de la congregación reunida"». ¿De qué sirve arrepentirse al final, después de haber perdido el honor, el tiempo, la riqueza y la salud? A pesar de recibir instrucción y reprensión de los maestros, esa persona los rechazaba y los ignoraba; en consecuencia, aun viviendo en medio de la santa asamblea de Israel, cometía muchos pecados descaradamente. ¡Cuán mayor es tal pecado! (Park Yun-sun). ¿Qué pensará Dios de aquellos que hoy asisten a la iglesia, reciben abundante enseñanza y amonestación de pastores y maestros, pero que, sin embargo, siguen obstinadamente su propia voluntad e instintos pecaminosos para cometer inmoralidad sexual? El Dr. Park Yun-sun afirmó: «El pecado de quien ha conocido mucha verdad pero la desafía acarrea un castigo más severo» (Lucas 12:47–48).

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Debemos prestar atención a la sabiduría de Dios. ¿Por qué? Para adquirir conocimiento y discernimiento, guardándonos y protegiéndonos de las tentaciones de la mujer adúltera. Debemos luchar contra las tentaciones de la prostituta y vencerlas. Para lograrlo, debemos escuchar las palabras que provienen de la boca de Dios en lugar de desecharlas. Además, debemos mantener nuestro

camino lejos de la mujer adúltera. Jamás debemos sucumbir a las tentaciones de la prostituta, perdiendo así nuestro honor, tiempo, riqueza y salud, para terminar viviendo una vida de remordimiento y tormento de conciencia. Ruego que Dios nos conceda su sabiduría, tanto a usted como a mí.

¿Por qué las personas tienen aventuras extramatrimoniales?

«Aléjate de ella y no te acerques a la puerta de su casa» (Proverbios 5:8).

Lo recuerdo vívidamente. Durante una clase de preparación para el matrimonio, una joven comentó que esperaba que su futuro esposo tuviera una aventura al menos una vez. Me sorprendió bastante escuchar aquello. Me costaba entender cómo alguien que aún no se había casado podía hablar como si no solo anticipara la infidelidad de su futuro marido, sino que también estuviera dispuesta a aceptar esa realidad sin más. Quizás creía que, dada la frecuencia de las aventuras extramatrimoniales hoy en día, algo así podría ocurrir fácilmente en su propio matrimonio. Aunque sus palabras me sorprendieron, también reflexioné sobre por qué las habría dicho; comprendí que probablemente se debía al hecho de que muchas personas se ven envueltas en aventuras extramatrimoniales. ¿Por qué los hombres dejan a sus esposas para tener aventuras con otras mujeres? ¿Por qué las mujeres dejan a sus maridos para tener aventuras con otros hombres?

Encontré una de las razones en el pasaje de hoy, Proverbios 5:8. La razón es que las personas se acercan a alguien a quien deberían mantener a distancia. Por supuesto, la persona a la que el autor de Proverbios nos dice que evitemos es la «adúltera» —o la «mujer de conducta ligera» (según la traducción de la *Biblia Coreana Contemporánea*)— mencionada en el versículo 3. ¿Por qué aconseja el autor mantenerse alejado de ella? Porque acercarse a ella «no deja más que amargura y dolor al final» (versículo 4, *Biblia Coreana Contemporánea*). Claro está que, al principio, puede no parecer así. ¿Quién persistiría en una aventura ilícita tras experimentar inicialmente su amargura y dolor? Sin

embargo, lo que esa persona no percibe es que, al final, no queda más que amargura y dolor. Si alguien inicia una aventura a pesar de saber esto —aunque sea solo intelectualmente—, parece probable que solo entre en razón después de sufrir personalmente esa amargura y ese dolor. Otra razón para evitar a la mujer adúltera es que relacionarse con ella implica que «perderás el honor del que antes gozabas, morirás a manos de hombres violentos, verás a extraños devorar tu riqueza y contemplarás cómo el fruto de tu trabajo pasa a la casa de otro hombre» (versículos 9-10). De hecho, ¿acaso no vemos en las noticias a personas que pierden no solo su honor y su riqueza, sino incluso la vida, debido a relaciones ilícitas? El hombre que comete adulterio con la esposa de otro (6:29) se enfrenta a la ira de un marido consumido por un furioso celo; tal marido buscará venganza y jamás perdonará al hombre que se acostó con su esposa (versículo 34). «No aceptará ninguna compensación ni regalo» (versículo 35). ¿Qué hará un marido, abrasado por la furia de los celos, al hombre que cometió adulterio con su esposa? ¿Acaso no lo matará? ¿No ocurren realmente estas cosas? Otra razón para evitar a la mujer adúltera es que relacionarse con ella significa que «tu cuerpo terminará consumiéndose y te lamentarás diciendo: "¿Por qué odié la instrucción y desprecié la corrección? No escuché a mis maestros ni hice caso a quienes me enseñaban, y ahora afronto la vergüenza pública"» (vv. 12-14, *Versión Coreana Contemporánea*). En efecto, ¿acaso escuchan quienes participan en una relación ilícita cuando se les amonesta o reprende? Consideremos Proverbios 6:27-28: «¿Puede un hombre recoger fuego en su regazo sin que se queme su ropa? ¿Puede caminar sobre brasas ardientes sin quemarse los pies?». El hombre que comete adulterio con la esposa de otro es como alguien que estrecha fuego contra su pecho. Puede alegar que el fuego representa su amor apasionado por la mujer, pero ¿acaso no termina arruinándolo al infligir heridas, humillación y una vergüenza imborrable a su propio matrimonio y familia? (Cf. vv. 32-33, *Versión Coreana Contemporánea*). Sin embargo, el hombre insensato —carente de sabiduría— se acerca a la mujer que debería evitar (cf. 7:7-8). Se dirige repetidamente hacia la casa de ella (v. 8), y lo hace en la profunda oscuridad de la noche (v. 9). El hombre sabio, sin embargo, no se acerca a la esposa de otro hombre; ni siquiera se aproxima a su casa. Más bien, mantiene distancia de ella.

Busqué en Proverbios 5:15–19 las razones por las que un hombre insensato se involucra en una relación adúltera con la esposa de otro. Para resumir la razón en una sola frase: es porque no ama únicamente a su propia esposa (versículo 15, *Biblia Coreana Contemporánea*). Más concretamente, es porque no logra hacer feliz a su esposa ni encuentra alegría junto a ella (versículo 18, *Biblia Coreana Contemporánea*). Si él valorara a su esposa como alguien encantador y hermoso, hallara satisfacción constante en su abrazo y anhelara siempre su amor (versículo 19, *Biblia Coreana Contemporánea*), jamás pondría su corazón en otra mujer, ni abrazaría a la esposa de otro hombre, ni engendraría hijos con ella (versículos 16 y 20, *Biblia Coreana Contemporánea*).

Debemos convertirnos en hombres y mujeres sabios. Debemos amar únicamente a nuestros propios cónyuges. Debemos hacer felices a nuestros cónyuges y encontrar alegría con ellos. Debemos valorarlos como seres encantadores y hermosos, y hallar satisfacción constante en su abrazo. Además, debemos anhelar siempre su amor. Al hacerlo, no caeremos en relaciones extramatrimoniales.

Siento temor al pensar en mis hijos.

«Al final de tu vida gemirás, cuando tu cuerpo y tu carne estén consumidos. Dirás: "¡Cuánto aborrecí la disciplina! ¡Cuánto rechazó mi corazón la corrección! No quise obedecer a mis maestros ni prestar atención a mis instructores. He llegado al borde de la ruina total en medio de toda la asamblea!"» (Proverbios 5:11-14).

Como padre de tres hijos, siento cierto temor. Temo que Dylan, Yeri y Yeeun —los dones que Dios nos ha concedido a mi esposa y a mí— se desvíen del buen camino durante su adolescencia. Quizás la razón de este temor sea que yo mismo me desvié durante mi adolescencia. Sin embargo, un temor aún mayor es la posibilidad de que estos tres hijos traicionen a Jesús y abandonen su fe y la iglesia. Es un temor verdaderamente inimaginable para mí; sin embargo, como el futuro es incierto, simplemente confío en el Señor.

En el pasaje de hoy —Proverbios 5:11-14— vislumbramos el temor del autor de Proverbios. Temía que, tras su muerte, su hijo (versículo 1) recordara su vida con arrepentimiento cuando envejeciera y su cuerpo se consumiera (versículo 11). ¿Cuál era, entonces, la imagen de una vida llena de arrepentimiento para el hijo que tanto temía el autor? Se puede resumir en dos puntos: (1) "¿Por qué desaprobé y desobedecí la instrucción y la reprensión de mis padres?" y (2) "¿Por qué no presté atención a la voz de los maestros que me instruían?". Si existen encuentros verdaderamente significativos en el camino de nuestras vidas, son los encuentros con nuestros padres y nuestros maestros. Estas dos relaciones son cruciales porque padres y maestros ejercen la mayor influencia en nuestras vidas. En particular, creo que la influencia de los padres es incluso más profunda e inmensa que la de los maestros.

Si bien las enseñanzas de los maestros ciertamente nos impactan, creo que la instrucción y la reprensión de los padres dejan una huella aún más profunda. El problema, sin embargo, es que a menudo rechazamos la influencia de nuestros padres y maestros. En casa, nos disgustan los consejos y las reprimendas de nuestros padres, y en la escuela, no hacemos caso a las instrucciones de nuestros maestros. En consecuencia, en contra de las esperanzas de los padres y maestros que nos instruyeron y reprendieron para nuestro propio bien, terminamos desviándonos del camino correcto e inevitablemente cayendo en el mal. ¿Qué padre o maestro querría ver a su hijo o alumno caminando por el camino del pecado? Esto es precisamente lo que teme el autor de Proverbios. Teme que, cuando él haya fallecido y su hijo sea anciano y débil, este recuerde su vida con arrepentimiento, lamentando haber rechazado e ignorado los consejos de sus padres y no haber prestado atención a las instrucciones de sus maestros, y que haya caído en toda clase de maldad. Como padre, el autor de Proverbios teme que su amado hijo pueda tener un final trágico por haber rechazado las instrucciones y las reprimendas de sus padres, así como las enseñanzas de sus maestros. ¿No compartes este temor? Cuando piensas en tus amados hijos, ¿no compartes los mismos temores que el autor de Proverbios? ¿O acaso lo que antes temías ya se ha hecho realidad en tu vida?

Como padre de tres hijos, ¿qué debo hacer y cómo? Me parece que, al igual que el autor de Proverbios, debo transmitirles mi sabiduría y mi entendimiento (versículo 1). ¿Cómo, entonces, debo compartir esta sabiduría y entendimiento? Por supuesto, debo enseñar la Palabra de Dios con mis labios —específicamente el evangelio de Jesucristo, que es su esencia—, pero aún más importante, creo que debo obedecer la Palabra de Dios y vivir una vida digna del evangelio ante Dios y mis hijos. Mi mayor deseo es simplemente orar fervientemente a Dios para que los temores que albergo como padre con respecto a mis tres hijos no se cumplan.

¡Bendice a tu esposa!

[Proverbios 5:15–23]

Es probable que hayas oído el término *bokdeong-i* (una fuente de gran bendición). Se refiere metafóricamente a una persona u objeto de inmenso valor. ¿Qué persona u objeto es verdaderamente preciado para ti? En otras palabras, ¿quién o qué es tu fuente de bendición? En el pasaje de hoy —específicamente en la primera mitad de Proverbios 5:18—, la Biblia nos dice: «Sea bendita tu fuente». Aquí, la «fuente» es una metáfora de la propia esposa. En esencia, la Biblia nos manda bendecir a nuestras esposas. ¿Cómo podemos, entonces, bendecirlas? Podemos considerar dos formas:

En primer lugar, debemos considerar a nuestras esposas como una bendición que Dios nos ha otorgado.

Observemos Proverbios 18:22: «El que halla esposa halla el bien y alcanza la benevolencia del Señor». Por supuesto, el rey Salomón, autor de Proverbios, no se refiere a cualquier esposa. Lo sabemos porque en otras partes de Proverbios afirma: «Mejor es vivir en un rincón del terrado que compartir casa con una esposa pendenciera» y «Mejor es vivir en el desierto que con una esposa pendenciera y quejumbrosa» (21:9, 19; 25:24). La «esposa» de la que habla Salomón aquí no es una mujer pendenciera o de mal genio, sino más bien una «esposa excelente» (12:4), una «esposa prudente» (19:14) o la «mujer de carácter noble» descrita en Proverbios 31 (31:10). Veamos Proverbios 12:4: «La mujer virtuosa es corona de su marido, pero la que causa vergüenza es como podredumbre en sus huesos». Veamos Proverbios 19:14: «La casa y las riquezas son herencia de los padres, pero la esposa

prudente proviene del Señor». Veamos Proverbios 31:10: «¿Quién hallará una mujer virtuosa? Su valor sobrepasa por mucho al de las piedras preciosas». La Biblia declara que el hombre que consigue una esposa tan virtuosa, prudente y excelente es bendecido y ha recibido el favor de Dios. En otras palabras, el esposo que tiene a una mujer así como compañera es un hombre bienaventurado. Esto se debe a que una esposa tan virtuosa, prudente y excelente se convierte en una fuente de bendición para él.

¿Considera usted a su esposa como una fuente de bendición o como una fuente de maldición? Planteo esto porque el significado original en hebreo de la expresión «ser bendecido» en el texto de hoy —Proverbios 5:18— implica no solo «bendición», sino también «maldición» (Vine). Debemos ver a nuestras esposas como fuentes de bendición. Esto es así porque la «esposa de la juventud» es una esposa dada por Dios, y la esposa que Dios nos ha dado es una bendición para nosotros (Malaquías 2:14; Park Yun-sun). Por lo tanto, nosotros, los hombres, no solo debemos considerar a nuestras esposas en nuestro corazón como «mi bendición», sino también expresarlo con palabras. Sin embargo, si no vemos a nuestras esposas benditas como fuentes de bendición, equivaldría a negar el hecho de que son esposas dadas por Dios. Esto constituye un pecado de incredulidad y también un pecado de soberbia. Es muy probable que haya hombres entre nosotros que deseen poner esta excusa: «Dios no me dio una mujer virtuosa, sino una pendenciera y de mal genio; ¿cómo podría considerar a tal esposa como una bendición?». Suena como una excusa plausible, ¿verdad? Si yo escuchara tales palabras, le diría a ese hermano: «Dios no te dio una mujer pendenciera y de mal genio; *tú* la elegiste. Por tanto, asume la responsabilidad y ayúdala a convertirse en una mujer virtuosa». Con demasiada frecuencia, parece que los hombres rechazamos a las mujeres amables, sabias y virtuosas que Dios provee, eligiendo en su lugar casarnos con mujeres que nos parecen bonitas y atractivas, solo para descubrir más tarde que se vuelven pendencieras y de mal genio. Si hemos tomado tal decisión, ¿no deberíamos asumir la responsabilidad de ayudar a nuestras esposas a convertirse en mujeres virtuosas? Hoy en día, demasiados hombres hablan y actúan con total irresponsabilidad hacia las esposas con las que decidieron casarse. No dudan en

pronunciar palabras que maldicen a sus esposas y, mediante sus acciones, hacen que ellas se sientan como si no fueran más que una maldición. En resumen, muchas esposas hoy en día viven sin recibir amor de sus maridos. ¡Qué existencia tan miserable para una mujer! Debemos considerar a nuestras esposas —nuestras compañeras— como bendiciones que Dios nos ha dado. Y debemos cumplir fielmente nuestras responsabilidades hacia las esposas que elegimos, manteniendo nuestro compromiso hasta el final.

En segundo lugar, para bendecir a nuestras esposas, debemos deleitarnos en ellas.

Observemos Proverbios 5:18: «Sea bendita tu fuente, y alégrate con la esposa de tu juventud». ¿Cómo debemos, entonces, deleitarnos en nuestras esposas? Nosotros, los esposos, debemos hallar siempre satisfacción en el abrazo de nuestras esposas. Miremos el versículo 19: «Ella es una cierva encantadora, una gacela llena de gracia; que sus pechos te satisfagan en todo momento, y que su amor te cautive siempre». Hallar satisfacción en el abrazo de la esposa significa que nosotros, los esposos, debemos dejarnos cautivar por su amor. En particular, nuestros corazones deben sentirse cautivados por sus virtudes, más que simplemente por su belleza física. Este es el sentido de la metáfora que la describe como una «cierva encantadora» y una «gacela llena de gracia» (Park Yun-sun). Cuando hacemos esto, nos deleitamos únicamente en el amor de nuestras esposas —nuestra propia «cisterna» y «manantial» (versículo 15)— y nunca las abandonamos [el significado de la frase «dejar que tus manantiales fluyan hacia las calles» (Park Yun-sun)] para ir a la casa de una adúltera. En otras palabras, cuando encontramos una satisfacción reconfortante —tanto sexual como afectiva— en nuestras esposas (MacArthur), nunca anhelaremos el abrazo o el amor de una adúltera (versículo 20). En el pasaje de hoy, Proverbios 5:16-17, el rey Salomón dice: «¿Por qué habrían de fluir tus manantiales hacia las calles, y tus corrientes de agua hacia las plazas públicas? Que sean solo tuyos, para no compartirlos jamás con extraños». Sin embargo, ¿cuántos esposos hoy en día permiten que sus manantiales se desborden fuera de sus hogares y los comparten con otras personas? ¿Cuántos hombres abandonan a sus esposas para irse con otras mujeres? Hoy en día,

muchos esposos no logran hallar satisfacción en el abrazo de sus esposas ni deleitarse en ellas; por consiguiente, en lugar de valorar el amor de sus esposas (v. 19), se dejan cautivar por la «adúltera» y se entregan al abrazo de otra mujer (v. 20). El consejero matrimonial M. Gary Neuman realizó un estudio para analizar las razones por las que los hombres tienen aventuras —encuestando a 200 hombres, tanto a los que habían sido infieles como a los que no—, y los resultados fueron los siguientes: el 48 % de los hombres citó la falta de conexión emocional o mental con su pareja (esposa o amante) como el motivo de su infidelidad. Aunque a menudo asumimos que la razón principal por la que los hombres son infieles es la falta de intimidad física con sus esposas, solo alrededor del 8 % de los encuestados señaló esto como la causa. Los hombres también anhelan intimidad emocional y mental —escuchar palabras como «Gracias, cariño» o «Te amo»— más que la mera cercanía física. Sin embargo, una diferencia clave es que los hombres, a diferencia de las mujeres, a menudo tienen dificultades para expresar estos sentimientos internos. El estudio reveló que el 77 % de los hombres tiene amigos o conocidos que han tenido aventuras, y que el 40 % conoce a sus amantes en el trabajo. La mayoría de los hombres que engañan a sus esposas con una colega lo hacen porque reciben elogios y respeto de compañeras de trabajo o subordinadas; en resumen, los hombres se sienten atraídos por mujeres que los validan y aprecian.

Cuando los hombres se apartan de sus esposas para buscar a otras mujeres e incurrir en la infidelidad, inevitablemente enfrentan las consecuencias de sus decisiones pecaminosas (vv. 7–14). Dicha disciplina consiste en las consecuencias que analizamos en los versículos 7 al 14: la pérdida de honor (v. 9), la pérdida de tiempo (v. 9), la pérdida de riqueza (v. 10), la pérdida de salud (v. 11) y el sufrimiento de una conciencia atormentada (vv. 12–14). Por lo tanto, al conocer las consecuencias de tal adulterio, no debemos desear a la adúltera. No obstante, los versículos 21 al 23 presentan un motivo aún más elevado. Existen tres motivos de esta índole (Walvoord).

(1) El hecho es que Dios escudriña todo lo relacionado con nosotros.

Observemos Proverbios 5:21: «Porque los caminos del hombre están ante los ojos del SEÑOR, y él examina todas sus sendas». ¿Qué significa esto? Significa que Dios está vivo y escudriña (o examina) todas las obras de los impíos. Dios observa todo lo que hacemos en secreto. Si nuestros corazones desean el amor de otra mujer en lugar del de nuestras propias esposas, Dios conoce ese corazón y nos disciplinará.

(2) No debemos desear a la adúltera, porque el pecado nos atrapa —como una trampa (1:17-18)— y nos ata con las cuerdas del pecado.

Observemos Proverbios 5:22: «Las malas obras de los impíos los atrapan; las cuerdas de sus pecados los aprisionan». Aunque nos guste hablar de disfrutar de libertad frente al pecado, la realidad es que el pecado nos esclaviza y nos impide experimentar la verdadera libertad.

(3) El hecho de que la muerte sea la consecuencia cuando nuestras vidas morales carecen de disciplina y actuamos según nuestros propios caprichos debería disuadirnos de desear a la adúltera.

Observemos Proverbios 5:23: «Morirá por falta de disciplina, extraviado por su propia gran insensatez». Nunca debemos permitir que la insensatez nos mantenga cautivos —al no prestar atención a las instrucciones de Dios y permitir que la adúltera nos robe el corazón—, porque el resultado es la muerte.

Concluiré ahora esta meditación sobre la Palabra. Los hijos sabios de Dios, que atienden a Su Palabra y a Su sabiduría, traen bendición a sus esposas o cónyuges. Consideran a la esposa que Dios les ha concedido como una bendición y hallan gozo en ellas, encontrando siempre satisfacción en su abrazo. Esto refleja la relación entre Jesús —el Esposo y fuente de toda bendición— y la Iglesia, Su esposa. En otras palabras, nosotros, la Iglesia, debemos

considerar a Jesús —la fuente misma de la bendición— como nuestra verdadera bendición. Debemos deleitarnos en el Señor y hallar siempre satisfacción en Su abrazo. Oro para que todos amemos a Jesús, nuestro Esposo, con todo nuestro corazón, alma y fuerzas.

«Sálvate a ti mismo»

[Proverbios 6:1–5]

¿Alguna vez has servido de fiador para alguien? Por ejemplo, aquí en los Estados Unidos, al comprar un automóvil mediante un préstamo bancario, a veces es necesario «firmar conjuntamente» (ser aval). En coreano, esto se conoce como *yeondae-bojeung* (garantía solidaria). Básicamente, esto impone una obligación de pagar la deuda tan vinculante como el deber del propio prestatario. En consecuencia, si el deudor no cumple fielmente con el pago del préstamo, el avalista pasa a ser responsable de la deuda. ¿Alguno de ustedes ha firmado alguna vez como avalista para otra persona? ¿Se han visto alguna vez en la situación de tener que pagar las cuotas del automóvil al banco —ya fuera por uno o dos meses— en nombre de otra persona simplemente porque firmaron como avalistas? Hace unos años, viví una situación algo incómoda cuando un hermano hispano de nuestra iglesia me pidió personalmente que fuera su avalista para comprar un automóvil. Era un hermano que parecía verdaderamente amable y fiel; sin embargo, rechacé cortésmente su petición. Por supuesto, al mirar atrás, apenas había motivos para negarme: en aquel entonces tenía un trabajo estable y su esposa parecía una persona maravillosa. No obstante, algo que pesaba en mi mente era la convicción de que no debía elegir arbitrariamente a qué miembros de la iglesia avalar; además, sostenía la creencia personal de que, por lo general, lo mejor es no servir de fiador para nadie. No firmé como su avalista, pero seguramente encontró a otra persona que lo hiciera, ya que poco después apareció en la iglesia con un automóvil nuevo. Más tarde, la pareja tuvo que dejar nuestra iglesia al mudarse a otra ciudad y, con el tiempo, supe que se habían separado. Después de eso, perdí el contacto con ellos. Por supuesto, esta es solo mi experiencia personal y mi propio punto de vista sobre las garantías. Es muy

posible que ustedes tengan opiniones diferentes. Sin embargo, lo más importante es si nuestras respectivas posturas se alinean con la Biblia o, dicho de otro modo, qué dice realmente la Biblia acerca de servir de fiador.

En el pasaje de hoy —Proverbios 6:1–5—, el rey Salomón, autor de Proverbios, aborda la cuestión de salir fiador o avalista de un prójimo. La esencia de su mensaje es esta: si nos comprometemos a garantizar la seguridad o actuamos como fiadores de un vecino (v. 1) y posteriormente nos vemos «atrapados» por dicho vecino —es decir, si pasamos a ser responsables de sus obligaciones de deuda (vv. 2–3)—, la Biblia nos instruye a «librarnos» (v. 5). ¿Qué significa esto? La Biblia nos advierte contra una conducta insensata. Concretamente, esta insensatez se refiere a actuar como fiador —comprometiéndose a pagar una deuda— de alguien que ha contraído una obligación impagable, sabiendo muy bien que es probable que incumpla el pago (MacArthur). Sin embargo, el Dr. Park Yun-sun no parece interpretar el pasaje como una advertencia de que el acto de ser fiador sea intrínsecamente insensato (Park). Esto se debe a que actuar como fiador de un vecino en dificultades económicas puede ser una expresión del amor al prójimo enseñado por Cristo. Según el Dr. Park, la conducta insensata contra la que advierte Salomón es, más bien, actuar como fiador sin estar preparado para asumir realmente la responsabilidad si las cosas salen mal, o hacerlo tras haber sido engañado, o actuar como fiador sin tener los medios económicos para cumplir la obligación (Park). Por supuesto, si uno dispone de los medios económicos para pagar la deuda y acepta voluntariamente ser fiador de un ser querido, es posible que no haya ningún problema. No obstante, la Biblia sugiere un enfoque mejor: en lugar de actuar como fiador, se debería brindar ayuda económica directa al ser querido necesitado (véanse Deut. 15:1–15; 19:17) o prestar dinero sin cobrar intereses (véanse Lev. 25:35–38; 28:8) (MacArthur).

Como probablemente vio en las noticias, Estados Unidos —una superpotencia económica— estuvo recientemente al borde del impago, es decir, de no cumplir con sus obligaciones de deuda. Afortunadamente, los partidos Republicano y Demócrata llegaron a

un acuerdo dramático a última hora; pero ¿qué habría sucedido si EE. UU. hubiera incurrido realmente en el impago? Si la economía estadounidense hubiera sufrido un golpe devastador como consecuencia, ¿qué nación habría dado un paso al frente, de manera realista, para prometer el pago de una deuda tan enorme? ¿Lo habría hecho la rica China? Así como no existe ninguna nación dispuesta a actuar como garante o aportar garantías cuando un país se enfrenta a un impago, resulta difícil encontrar a alguien dispuesto a avalar la deuda de una persona que ha contraído obligaciones superiores a su capacidad de pago. Es una insensatez particular ofrecerse como garante cuando se carece de los medios económicos para saldar la deuda personalmente. Sin embargo, si nos comprometiéramos a avalar la deuda de un hermano —alegando que lo hacemos por amor, pero sin tener la capacidad financiera para cumplir tal promesa—, ¿cuáles serían las consecuencias? El resultado, tal como se describe en el pasaje de hoy de Proverbios 6:5, es que al constituirnos en garantes caemos en manos del prestamista —y bajo su control—, tal como un ciervo capturado por un cazador o un ave atrapada en la red de un trampero. Es equiparable a pedir dinero prestado a un usurero, gastarlo todo sin medios para devolverlo y quedar luego a su merced. ¡Qué conducta tan insensata! ¿Por qué recurren las personas a los usureros cuando el desenlace es tan evidente, especialmente cuando carecen de capacidad para pagar la deuda? Por eso Proverbios 22:26 nos advierte: «No seas de los que salen fiadores de deudas». Las Escrituras afirman que es el «insensato» quien sale fiador por su prójimo (17:18). Jamás debemos contarnos entre los insensatos que carecen de buen juicio; en otras palabras, no debemos actuar con insensatez. Nunca debemos ofrecernos imprudentemente como garantes de la deuda de otro, cayendo así en manos de un prestamista —y bajo su control—, como un ciervo apresado por un cazador o un ave atrapada en la red de un trampero.

Pero ¿qué debemos hacer si, por insensatez, hemos salido fiadores de un vecino y nos vemos cargando con la responsabilidad de saldar su deuda? Esta es la lección central del pasaje de hoy. En resumen, la lección es que la Biblia nos dice: «líbrate» [(6:3) «…líbrate», (v. 5) «…líbrate»]. Entonces, ¿cómo podemos librarnos exactamente? Observemos Proverbios

6:3 en el texto de hoy: «Hijo mío, ya que has caído en manos de tu vecino, haz esto: ve enseguida, suplícale humildemente a tu vecino y líbrate». La Biblia nos dice que vayamos a nuestro vecino y le hagamos una súplica humilde. ¿Qué significa «suplicar humildemente al vecino»? Según el erudito Walvoord, significa humillarse hasta el punto de la propia abyección: postrarse y rogar al vecino, incluso a costa del propio prestigio o dignidad (Walvoord). Recuerdo escenas de dramas coreanos en las que un deudor, arrastrado ante un prestamista usurero, se arrodilla y se postra en absoluta humillación, juntando las manos y rogando encarecidamente una prórroga para el plazo de pago. ¿Estaríamos usted o yo dispuestos a humillarnos y suplicar con tal fervor —soportando semejante humillación— ante la persona que nos prestó dinero? La lección del versículo 3 es que, si nos hemos convertido en fiadores de otro sin un sentido adecuado de responsabilidad, debemos hacer lo que sea necesario —incluso rogar al acreedor o al beneficiario de la garantía— para lograr que dicha garantía sea cancelada (Park Yun-sun). La Biblia instruye además que, mientras buscamos cancelar la garantía, no debemos permitirnos el lujo de descansar ni demorarnos hasta que el asunto se resuelva. Observemos el versículo 4: «No des sueño a tus ojos, ni adormecimiento a tus párpados». ¿Cómo podríamos dormir? El punto aquí es que el asunto es tan crítico y urgente que debemos esforzarnos por cancelar la garantía con un sentido de desesperación. Imagínese: si usted o yo nos encontráramos en una situación extrema —como un ciervo atrapado en las garras de un cazador o un ave presa en la red de un trampero—, ¿qué haríamos? ¿Nos quedaríamos simplemente sentados y tranquilos? Por supuesto que no. Si un cazador o un trampero nos atrapara, ¿acaso no lucharíamos desesperadamente por escapar y sobrevivir? Del mismo modo, si hemos asumido irresponsablemente el papel de avalistas de otra persona y de repente nos enfrentamos a una situación en la que debemos cumplir con la obligación de la deuda, debemos intentar urgentemente cancelar dicha garantía. Hemos de acudir al prestamista y rogarle, con humildad y sinceridad, que revoque el aval. Al hacerlo, debemos liberarnos de este estado de esclavitud financiera y recuperar nuestra libertad.

Quisiera concluir esta reflexión. La reciente crisis que llevó a Estados Unidos al borde del impago ha revelado datos alarmantes: a finales del pasado mes de enero, la deuda estadounidense ascendía a 14,06 billones de dólares. Esta deuda nacional representa una cifra astronómica: cinco veces el presupuesto de Estados Unidos de 2010 (3 billones de dólares) y cincuenta y cuatro veces el presupuesto de Corea del Sur de 2011 (aproximadamente 260.000 millones de dólares). Aún más impactante es la gravedad de la crisis fiscal del gobierno federal; se informa que la deuda nacional aumenta a un ritmo de 100.000 dólares cada cinco segundos. Además, si consideramos la población total de Estados Unidos —incluidos los recién nacidos en sus cunas—, que es de 309 millones de habitantes, la carga de la deuda por persona asciende a 45.390 dólares... ...cifra que, según fuentes en línea, está alcanzando [niveles críticos]. Parece que ni siquiera podemos dimensionar la gravedad de esta situación. Incluso leí un artículo que describía a Estados Unidos como un "Imperio de la Deuda" al borde de la bancarrota. ¿Afecta esto solo a Estados Unidos como nación? No es solo el gobierno federal; tengo entendido que California también atraviesa una grave crisis económica. La ciudad de Los Ángeles enfrenta dificultades económicas, al igual que muchas empresas. ¿No ocurre lo mismo con las iglesias de inmigrantes? ¿Acaso no hay iglesias que construyeron santuarios "por fe" (?) en tiempos de bonanza, solo para enfrentarse ahora a la amenaza de la quiebra debido al deterioro de la economía? ¿Por qué se ha llegado a este punto? ¿No será porque también las iglesias —tal como advirtió el Dr. Park Yun-sun— se embarcaron en apuestas financieras bajo la apariencia de "fe" (?)? ¿Y qué hay de los hogares cristianos? Parece que muchos están agobiados por deudas excesivas. La Biblia nos dice claramente que no debemos nada a nadie, salvo la deuda del amor (Romanos 13:8); sin embargo, parece que estamos fallando en administrar nuestras finanzas fielmente como mayordomos de Dios. Incluso en tales circunstancias, a veces actuamos como fiadores de otros en nombre de "amar al prójimo" (?). Como consecuencia, podemos vernos obligados a responder ante los acreedores porque el deudor original incumplió el pago. ¿Qué debemos hacer? Hoy, la Biblia nos dice que nos liberemos de esa situación (Proverbios 6:3, 5). Si, por falta de sabiduría, hemos actuado imprudentemente como fiadores, debemos buscar la manera de librarnos, aunque

ello implique humillarnos hasta el punto de rogar al acreedor que nos libere de tal obligación. Al suplicar, debemos ser conscientes de la gravedad y urgencia de la situación y no caer en la complacencia; debemos actuar con sentido de urgencia y desesperación para liberarnos y recuperar nuestra libertad. No obstante, es inevitable preguntarse si el acreedor aceptará realmente cancelar la garantía. ¿Haría tal cosa un prestamista? ¿Podemos salvarnos verdaderamente a nosotros mismos? ¿No es acaso el Señor, nuestro Salvador, el único capaz de rescatarnos de semejante situación? Debemos orar fervientemente al Señor, nuestro Salvador, implorando su ayuda. Puesto que no podemos salvarnos por nuestros propios medios, debemos —reconociendo nuestra impotencia— anhelar profundamente el poder salvador de Dios. Además, debemos pedir sabiduría a Dios, quien "da a todos abundantemente y sin reproche" (Santiago 1:5). Por tanto, una vez recibida la sabiduría de Dios, no debemos actuar como fiadores —comprometiéndonos a pagar la deuda— de alguien que incumple sus obligaciones, aun sabiendo que se encuentra en una situación de deuda impagable.

Una persona peor que una hormiga

[Proverbios 6:6-11]

¿Qué piensa usted sobre la «pereza»? ¿Considera realmente que la pereza es un pecado? La razón por la que la pereza es un pecado es que constituye una desobediencia a los mandamientos de Dios. En particular, no utilizar los talentos que Dios ha otorgado, sino más bien «ir, cavar en la tierra y esconder el dinero de su señor» (Mateo 25:18), es un pecado que acarrea la reprensión del Señor al calificar a la persona como «siervo malo y perezoso» (versículo 26). ¿Cómo podemos, entonces, librarnos de esta pereza? Navegando por Internet, encontré una publicación titulada «Diez mandamientos para superar la pereza». Sin embargo, me sentí más identificado con una sección que afirmaba: «Cuatro factores clave son esenciales para liberarse de la pereza», así que me gustaría compartirlos con usted:

(1) El primero es «tocar fondo».

Todo el mundo tiene un «tocar fondo» personal: un punto en la vida más allá del cual siente que simplemente no puede hundirse más. El cambio suele comenzar en el momento en que uno percibe que su realidad actual se acerca a ese umbral. Aunque esta toma de conciencia a menudo llega solo tras sufrir una desgracia grave, en realidad podemos experimentarla antes. Nuestra percepción de «tocar fondo» cambia cuando vemos el presente desde la perspectiva del futuro, observamos la vida a través del prisma de la muerte o contemplamos nuestra existencia con los ojos de los demás. Es entonces cuando nos decimos con firmeza: «¡No puedo seguir viviendo así!».

(2) El segundo es tener una «perspectiva a largo plazo y una visión de conjunto».

Esto no significa simplemente planificar el año entrante o el día siguiente; implica visualizar el «panorama general» de su vida con una perspectiva a largo plazo. Esta visión global debe pintarse sobre el lienzo de su corazón, utilizando el pincel de sus talentos y fortalezas innatas. A menudo intentamos combatir la pereza de frente. Sin embargo, resolver un problema arraigado como la pereza requiere un «enfoque vertical»: debemos descubrir las razones y los propósitos de nuestra vida desde una perspectiva superior.

(3) El tercero son los «pasos pequeños y realizables».

Para liberarse de la pereza, debe colocar peldaños firmes que conduzcan hacia su visión o sus metas. Debes desglosar tus objetivos una y otra vez hasta asegurarte de que sean manejables, convirtiendo pequeñas acciones en pequeñas victorias y construyendo sobre ellas de manera constante.

(4) El cuarto punto es la "autoevaluación continua".

Si no logras mejorar la calidad de tu autoevaluación, tus esfuerzos por superar la pereza... están destinados al fracaso. Así como hay que darle cuerda al mecanismo de un reloj de pie todos los días, debemos dar cuerda a nuestra mente siempre que esta se relaje o pierda tensión. Para ello, debes establecer un ritual de autoexamen basado en hábitos positivos que disfrutes. ¿Qué opinas de esta afirmación?

En el pasaje de hoy, Proverbios 6:6, la Biblia nos dice: «¡Ve a la hormiga, oh perezoso; observa sus caminos y sé sabio!». ¿Qué significa esto? ¿Somos los seres humanos inferiores a las hormigas, al punto de tener que acudir a ellas para aprender? Hoy, centrándome en este versículo y en el título «Una persona inferior a una hormiga», deseo reflexionar sobre las lecciones que Dios nos ofrece.

¿Quién es, entonces, la persona inferior a una hormiga? Es el «perezoso» (versículo 6). ¿Y quién es un perezoso? Según el diccionario Naver, un perezoso es alguien con la tendencia o el hábito de moverse lentamente y que siente aversión por la actividad o el trabajo. En el hebreo original, el término se refiere a una persona habitualmente perezosa e inactiva: alguien que carece de disciplina e iniciativa, lo cual representa un fracaso moral. Sin embargo, el libro de Proverbios sugiere que el significado va más allá. Por ejemplo, Proverbios 15:19 afirma: «El camino del perezoso está bloqueado por espinos, pero la senda de los rectos es una calzada»; aquí, la Biblia contrasta al «perezoso» con el «recto». Asimismo, Proverbios 21:25-26 contrasta al «perezoso» —que detesta el trabajo— con el «justo». Además, respecto a Proverbios 19:15, la Biblia describe al «perezoso» como una persona ociosa: alguien perezoso e inactivo (Walvoord). Esto sugiere que una persona perezosa no es simplemente alguien habitualmente inactivo y falto de disciplina o planes —lo que esencialmente constituye un fracaso moral—, sino también alguien deshonesto e injusto ante Dios. Así, Jeremías 48:10 declara: «Maldito el que hace la obra del Señor con negligencia...»... eso es lo que se dice. El texto de hoy, Proverbios 6:6, insta al perezoso a acudir a la hormiga, observar sus caminos y adquirir sabiduría. ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué debe el perezoso acudir a la hormiga para aprender? ¿Acaso el propio versículo no implica que el perezoso es más insensato que la hormiga? ¿Cuál es, entonces, la sabiduría que el perezoso debe aprender de la hormiga? Hay dos puntos (Park Yun-sun):

En primer lugar, las hormigas trabajan con diligencia y en cooperación por iniciativa propia, incluso sin un supervisor.

Observemos Proverbios 6:7: «La cual, no teniendo jefe, ni oficial, ni gobernante...». ¿Qué le viene a la mente cuando piensa en las hormigas? Yo imagino un enjambre de hormigas marchando en fila. Visualizo especialmente cómo se desplazan en grupo mientras transportan alimento. A veces, al observar una columna de hormigas en marcha, recuerdo haber visto a algunas transportando objetos —como comida— a lo largo del camino.

Mientras preparaba este sermón, leí algunos artículos en línea sobre las hormigas y descubrí datos interesantes que me gustaría compartir (Internet):

(1) Se dice que las hormigas son consideradas unas con otras.

Solemos pensar únicamente en las hormigas reina y en las obreras, pero también existen «hormigas patrulleras» (exploradoras). Por lo general, las hormigas envían exploradoras para localizar alimento. Una vez hallada la comida, la exploradora guía a compañeras menos experimentadas, desplazándose lentamente en fila (mediante una técnica llamada «carrera en tándem») hacia el nuevo... Se dice que la hormiga guía marca el camino hacia la fuente de alimento descubierta, y la hormiga que la sigue adquiere conocimiento gracias a ella. Tanto la guía como la seguidora muestran una gran consideración mutua: si la seguidora se queda atrás, la guía reduce la velocidad, y una vez que la seguidora la alcanza, ambas reanudan la marcha con rapidez.

(2) Es bien sabido que las hormigas se ayudan mutuamente.

Se puede apreciar esta cooperación mutua observando cómo se comunican las hormigas. Se comunican mediante feromonas, señales químicas utilizadas para la interacción entre animales de la misma especie. Sus sistemas de señalización química son mucho más avanzados que los de otros insectos del orden Hymenoptera; al igual que otros insectos, las hormigas utilizan sus antenas —largas, delgadas y móviles— para detectar olores. Una sola antena puede transmitir información sobre la intensidad o la dirección de un olor. Dado que la mayoría de las hormigas viven en el suelo, dejan rastros de feromonas en la superficie que otras hormigas pueden seguir. Entre las especies que buscan alimento en grupo, las hormigas exploradoras marcan un camino desde la fuente de alimento hasta el hormiguero. Otras hormigas siguen este rastro, reforzando la senda olfativa cada vez que regresan con comida. Una vez que se agota la fuente de alimento, las hormigas que regresan dejan de marcar el camino, permitiendo que el olor se disipe gradualmente. Este comportamiento

ayuda a las hormigas a adaptarse a los cambios del entorno. Por ejemplo, si un obstáculo bloquea un rastro de olor que conduce al alimento, una hormiga exploradora se desviará de la ruta para encontrar un nuevo camino. Cuando una hormiga descubre una nueva vía, marca el atajo con un rastro de olor al regresar. A medida que las hormigas acuden en masa a la mejor ruta, el olor a lo largo del atajo se intensifica, llevando finalmente a la colonia a establecer el camino más eficiente.

(3) Es bien sabido que las hormigas se reparten funciones especializadas según su tamaño.

En cuanto a cómo obtienen el alimento, si bien la mayoría son depredadoras omnívoras o carroñeras que procesan materia orgánica muerta, existen hormigas que han desarrollado métodos únicos para conseguir nutrientes. Estas hormigas se conocen como "hormigas cortadoras de hojas" y cultivan hongos exclusivamente dentro de sus propios hormigueros. Recolectan hojas continuamente, las llevan a la colonia, las cortan en trozos pequeños y los colocan en sus jardines de hongos; las hormigas obreras dividen sus tareas especializadas según su tamaño. Las hormigas más grandes cortan los tallos, las obreras más pequeñas mastican las hojas y las más diminutas cuidan de los hongos.

¿No es fascinante? A menudo asociamos a las hormigas con la diligencia: la forma en que cooperan con un espíritu de ayuda mutua y trabajan incansablemente... Pero, ¿qué ocurre con la persona perezosa? Incluso cuando hay un supervisor, ignora las instrucciones, actúa de manera irresponsable, descuida su trabajo y simplemente pierde el tiempo. Proverbios 19:24 dice: «El perezoso mete la mano en el plato y ni siquiera se la lleva a la boca». ¿Se imagina a personas tan perezosas trabajando juntas? ¿Cooperarían y se ayudarían mutuamente? Por eso la Biblia dice al perezoso que vaya a la hormiga, observe sus caminos y adquiera sabiduría. Por tanto, una persona perezosa debería observar atentamente a estas hormigas —que trabajan con diligencia y cooperan voluntariamente con un espíritu de ayuda mutua, incluso sin un supervisor— y aprender de ellas.

En segundo lugar, las hormigas se preparan con antelación para el futuro.

Observe el pasaje de hoy, Proverbios 6:8: «Prepara su comida en el verano y recoge sus provisiones en la cosecha». Usted conoce la fábula de Esopo «La hormiga y la cigarra», ¿verdad? En esa famosa historia, mientras las hormigas trabajan diligentemente durante el verano, la cigarra canta y se burla de ellas, preguntando: «Oigan, hormigas, ¿han perdido la cabeza? ¿Se preparan para el invierno en pleno verano?». A pesar de tales burlas, las hormigas trabajaban arduamente para el frío invierno que se avecinaba, incluso en los días sofocantes del verano. La cigarra, en cambio, pasaba los días cantando en lugar de trabajar, para terminar mendigando comida cuando llegó el invierno. Cuando leíamos esta fábula de niños, aprendíamos la lección de que debíamos ser como la hormiga y no como la cigarra; aprendíamos que debíamos vivir con diligencia como la hormiga, y no con pereza como la cigarra. Sin embargo, al recordar esta fábula de Esopo ahora que soy mayor, me doy cuenta de que nos enseña no solo el valor de la diligencia, sino también la sabiduría de prepararse para el futuro. Al fin y al cabo, ¿quién siente la necesidad de preocuparse por el futuro y prepararse para él cuando es joven? En Proverbios 6:8, la Biblia exhorta a quienes carecen de la sabiduría de la hormiga a acudir a ella y aprender a prepararse para el futuro. Proverbios 30:25 también describe a la hormiga como aquella que «prepara en el verano», lo que significa que recoge su alimento con antelación durante los meses estivales. ¿Por qué preparan las hormigas su alimento para el invierno durante el verano? Según el Dr. Park Yun-sun, el verano es la época de cosecha en la región de Palestina; por ello, las hormigas recogen sus provisiones para el invierno durante este tiempo. Mientras las hormigas preparan su alimento para el invierno durante la cosecha, los perezosos —tal como se describe en el pasaje de hoy, Proverbios 6:10— simplemente dicen: «Un poco de sueño, un poco de dormitar, y un poco de cruzar los brazos para descansar». ¿Qué dice la Biblia que sucederá finalmente si uno persiste en tal pereza —durmiendo un poco más y cabeceando otro poco—? Observemos el versículo 11: «Así vendrá tu pobreza como un ladrón, y tu escasez como un hombre armado». ¿Qué significa esto? Significa que una pobreza inevitable se abatirá sobre la persona perezosa, golpeándola tal como una víctima es

avasallada al encontrarse con un ladrón (24:34) (MacArthur). Por ello, en el pasaje de hoy —Proverbios 6:9—, la Biblia reprende a tales personas: «¡Oh, perezoso! ¿Hasta cuándo seguirás acostado? ¿Cuándo te levantarás de tu sueño?». Proverbios 21:25 afirma: «El deseo del perezoso lo mata, porque sus manos se niegan a trabajar». ¿Qué significa esto? Significa que los perezosos se niegan a trabajar con sus manos. De hecho, a menudo causan problemas en su lugar. Observemos 1 Timoteo 5:11-13: «Pero rechaza a las viudas más jóvenes, pues cuando sus pasiones las apartan de Cristo, desean casarse y así incurren en condenación por haber abandonado su fe anterior. Además, aprenden a ser ociosas, yendo de casa en casa; y no solo ociosas, sino también chismosas y entrometidas, diciendo lo que no deben». Las viudas jóvenes perezosas, por ejemplo, van de casa en casa participando en chismes insensatos y diciendo cosas que no deberían, provocando así problemas. Sin embargo, existe un problema aún más grave para la persona perezosa: el hecho de que se consideran sabias [(26:16) «El perezoso es más sabio a sus propios ojos que siete hombres que saben responder con sensatez»]. Amigos, al observar Proverbios 3:7 —un pasaje sobre el que ya hemos meditado—, la Biblia nos dice: «No seas sabio a tus propios ojos; teme al Señor y apártate del mal». Por lo tanto, los perezosos no deben considerarse sabios, sino que deben temer a Dios y apartarse del mal de la pereza. Al igual que la hormiga, debemos prepararnos diligentemente para el futuro durante el tiempo de la cosecha.

Quisiera concluir esta reflexión. Vivimos en una época en la que la Segunda Venida de Jesús es inminente. Por tanto, debemos prepararnos para su regreso. Como las hormigas, debemos cooperar con un espíritu de ayuda mutua y realizar con diligencia la obra que el Señor nos ha encomendado. Especialmente ahora, cuando la cosecha es abundante, debemos trabajar unidos —ayudándonos unos a otros— para procurar la salvación de las almas. Al hacerlo, debemos prepararnos para recibir a Jesús, nuestro Esposo, tal como las cinco vírgenes prudentes de Mateo 25 prepararon sus lámparas y su aceite. En última instancia, cuando estemos ante el Señor, ninguno de nosotros debería escuchar jamás la reprensión: «¡Siervo malo y perezoso! ¿Sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he esparcido?» (Mateo 25:26). Por el contrario, ruego que todos escuchemos la

alabanza: «¡Bien hecho, buen siervo y fiel! En lo poco has sido fiel, en lo mucho te pondré a cargo. ¡Ven y comparte la alegría de tu señor!» (Versículo 23).

«La persona vil y malvada»

[Proverbios 6:12–15]

¿Le resultan fáciles o difíciles las relaciones humanas? Por supuesto, la respuesta depende de con quién se relacione. Por ejemplo, probablemente no sea muy difícil entablar una relación con alguien que comparte muchas similitudes con usted, con quien conecta bien y que le hace sentir a gusto. El verdadero desafío surge con alguien muy diferente a usted: una persona de carácter difícil y pendenciero que le incomoda e incluso le causa un estrés considerable. Naturalmente, uno querría mantener a esa persona a distancia y evitar por completo establecer una relación con ella. Pero ¿qué debemos hacer ante alguien aún peor: alguien que alberga malicia, conspira contra nosotros, nos acosa, busca conflictos y pretende hacernos daño?

En Proverbios 6 —el capítulo sobre el que hemos estado meditando durante las últimas dos semanas—, el rey Salomón, su autor, ya ha hablado de quienes imprudentemente salen fiadores de un vecino (lo que conduce a la ruina financiera; vv. 1–5) y del perezoso (que cae en la ruina moral; vv. 6–11). Ahora, en el pasaje de hoy (vv. 12–15), aborda a la «persona vil y malvada» que destruye las relaciones con el prójimo en el plano ético. Por ello, bajo el título «La persona vil y malvada», me propongo reflexionar sobre la identidad de tal individuo basándome en Proverbios 6:12–15 y extraer las enseñanzas que Dios tiene para todos nosotros.

En primer lugar, ¿quién es exactamente una «persona vil y malvada»? Según el diccionario Naver, una «persona vil» (*bulryanghan ja*) se define como alguien de mala conducta o

carácter. Por su parte, una «persona malvada» (*akhan ja*) se define como alguien que comete actos maliciosos o crueles. Sin embargo, al observar el significado original en hebreo, una «persona vil» (u «hombre de Belial») se define como alguien inútil o carente de valor (Brown). A su vez, una «persona malvada» se define como un hombre perverso, un alborotador o alguien que causa aflicción a los demás (Brown). ¿Qué figura del Antiguo Testamento le viene a la mente al escuchar la expresión «persona despreciable» o «hombre vil»? ¿Quizás recuerda a Nabal, el primer esposo de Abigail en tiempos de David? 1 Samuel 25:25 registra estas palabras: «Por favor, señor mío, no haga caso de ese hombre malvado, Nabal. Él es tal como indica su nombre: su nombre significa "Insensato", y la insensatez lo acompaña...». Además de Nabal, 1 Samuel 2:12 afirma: «Los hijos de Elí eran unos malvados; no tenían respeto alguno por el Señor». La Biblia se refiere a individuos como Nabal o los dos hijos de Elí como «hombres de Belial» (versículo 12). El término «Belial» encarna la naturaleza de males como la inmoralidad o la vileza; en hebreo, designa a una persona despreciable, un malvado, alguien vil o perverso. Aunque originalmente era un sustantivo común, con el tiempo pasó a identificarse con el propio Diablo. El apóstol Pablo utilizó el término como sinónimo de Satanás. Considere 2 Corintios 6:15: «¿Qué armonía hay entre Cristo y Belial? ¿O qué tiene en común un creyente con un incrédulo?». En el pasaje de hoy —Proverbios 6:12–15—, el rey Salomón describe a la «persona despreciable y malvada» de tres maneras específicas:

En primer lugar, la persona despreciable y malvada posee una boca engañosa.

Observe Proverbios 6:12: «La persona despreciable, el hombre malvado, anda con una boca perversa». Literalmente, una «boca perversa» se refiere a una boca torcida; las palabras que emanan de ella no son más que falsedades y engaños (Walvoord). En otras palabras, la persona despreciable y malvada utiliza esta boca engañosa para decir mentiras y palabras que inducen a error. Por consiguiente, tal persona depende en gran medida de señales hechas con los ojos, los pies y los dedos. Observe el versículo 13: «Guiña los ojos, hace señas con los pies y señala con los dedos». ¿Qué significa esto? Significa que cuando una

persona despreciable y malvada —que habitualmente dice mentiras y engaños— conspira para cometer una maldad, teme que sus intenciones ocultas sean descubiertas por la víctima. Para evitar ser descubierto, lleva a cabo el plan haciendo señales a sus cómplices con los ojos, las manos y los pies. Según el pastor John MacArthur, esta práctica era común en Oriente (MacArthur). Así, en cuanto al acto de guiñar el ojo o hacer señales con la mirada, Salomón escribió en Proverbios 10:10 y 16:30: «El que guiña el ojo acarrea problemas...» (10:10), y «El que cierra los ojos trama cosas perversas...» (16:30).

Personalmente, concedo gran importancia a las conversaciones honestas y sinceras —conexiones de corazón a corazón en el Señor— cuando se trata de relaciones humanas. En tales interacciones, suelo prestar mucha atención al lenguaje corporal de la otra persona. Por ejemplo, al mantener una conversación seria, me esfuerzo por mirar a mi interlocutor a los ojos. También observo atentamente sus expresiones faciales y su postura, y a veces incluso sus manos. Hago esto porque creo que los seres humanos nos comunicamos no solo con la boca, sino también a través del cuerpo; en otras palabras, dependemos en gran medida de elementos no verbales para transmitirnos mensajes. Recuerdo una conversación reciente en la que alguien se sinceró conmigo sobre su ser amado. Noté que su voz temblaba y que se le acumulaban lágrimas en los ojos, pero lo que permanece más vivo en mi memoria es su garganta; al ver cómo tragaba saliva mientras hablaba, pude percibir el temblor que sentía en su interior. Gracias a esa observación, pude sentir la profundidad del amor que profesaba a su cónyuge. No me cabía duda de que hablaba con sinceridad y franqueza sobre la persona a la que amaba. Sin embargo, hay ocasiones en las que converso con alguien cuyos verdaderos sentimientos son imposibles de descifrar. Por ejemplo, una persona puede hablar en un tono alto, alegre y acogedor, pero sus palabras y su lenguaje corporal dan la impresión de que está ocultando o exagerando lo que realmente siente. Al hablar con alguien así, percibo que oculta su verdadero ser, lo que dificulta apreciar una sinceridad genuina e impide que yo pueda... Hay momentos en los que falta confianza. Comparto estas reflexiones y ejemplos personales para subrayar la importancia de la sinceridad de corazón y de la coherencia entre palabras y acciones en las relaciones

humanas. Si carecemos de sinceridad mutua y no hacemos que nuestras palabras coincidan con nuestros actos, será difícil mantener y cultivar el tipo de diálogo y de relaciones que fomentan la confianza recíproca. Para compartir una hermosa comunión como creyentes en el Señor, debemos decir la verdad. Nunca debemos usar labios engañosos para pronunciar... ...mentiras y engaños, tal como lo hace la persona malvada y perversa descrita en el pasaje de hoy.

En segundo lugar, la persona malvada y perversa alberga perversidad en su corazón y trama el mal constantemente.

Observemos la primera parte de Proverbios 6:14 en el pasaje de hoy: «Que alberga perversidad en su corazón y trama el mal constantemente». La razón por la que la boca de una persona malvada y perversa profiere engaño y falsedad es que su corazón alberga perversidad. En otras palabras, su discurso es retorcido —pues distorsiona la verdad para decir mentiras y engaños— precisamente porque su propio corazón está retorcido. En última instancia, un corazón retorcido produce inevitablemente un discurso retorcido. Dicho de forma más sencilla: la razón por la que tal persona no puede evitar decir mentiras y engaños es que su corazón es falso y se engaña a sí misma. ¿Por qué el corazón de una persona malvada y perversa es falso y se engaña a sí mismo? ¿Cuál es la causa? La causa es que ha distorsionado la verdad. En palabras de 1 Juan 1:8, la razón por la que su corazón es falso y se engaña a sí mismo es que la verdad no está en él. En consecuencia, se cree libre de pecado; esto se debe a que, con un corazón que tiene una visión distorsionada de la verdad, no considera el pecado como pecado ni es siquiera capaz de hacerlo.

Amados, Satanás se deleita en distorsionar la verdad de Dios. En otras palabras, tergiversa la Palabra de Dios para causarnos confusión. Una de sus tácticas aterradoras consiste en llevarnos a creer una "mezcla de verdad y falsedad". Lo hace añadiendo mentiras a la Palabra veraz de Dios, incitándonos así a aceptar esta versión adulterada. ¡Qué plan tan astuto y aterrador es este! Apocalipsis 22:18 declara claramente que si alguien añade algo

a las palabras de la profecía de este libro, Dios añadirá a esa persona las plagas descritas en él; sin embargo, Satanás y sus siervos —los herejes— están añadiendo cosas a la Palabra de Dios en la actualidad. Tal como Satanás tentó a Jesús en el desierto citando las Escrituras del Antiguo Testamento pero distorsionando la verdad mediante añadiduras (Mateo 4), él y sus siervos herejes citan hoy la verdad de Dios mientras intercalan mentiras, tentándonos con una "mezcla de verdad y falsedad". Como se describe en el pasaje de hoy, Proverbios 6:14, Satanás y sus siervos herejes albergan corazones perversos y "maquinan el mal continuamente". Estos individuos malvados —desprovistos de verdad y llenos de falsedad y engaño— conspiran incesantemente para derribar a los verdaderos cristianos que aman y obedecen la verdad; buscan hacer que pequen contra Dios y, en última instancia, que abandonen a Dios y cometan apostasía. ¿Qué debemos hacer, entonces? En primer lugar, debemos atesorar la verdad en nuestros corazones. Miren el Salmo 119:11: "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti". Amigos, cuando atesoramos la palabra de verdad de Dios en nuestros corazones, no pecamos contra Él. Además, al obedecer la palabra de Dios y grabarla profundamente en nuestros corazones, podremos luchar y triunfar cuando Satanás y los herejes intenten tentarnos con mentiras que distorsionan la verdad. También debemos albergar la verdad en nuestros corazones y buscar siempre el bien, pues fuimos creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras (Efesios 2:10).

En tercer y último lugar, el rey Salomón afirma que los malvados e impíos siembran discordia.

Observen la última parte de Proverbios 6:14 en el texto de hoy: "...el que siembra discordia". Amigos, si uno constantemente trama el mal con un corazón perverso y dice mentiras para engañar a otros con una boca perversa, ¿no es natural que surjan contiendas y discordias? El rey Salomón habla a menudo de las contiendas en Proverbios, identificando sus causas de la siguiente manera: el odio (10:12), el carácter irascible (15:18), la perversidad (16:28), los labios del necio (18:6; 20:3), la arrogancia (22:10), la codicia (28:25) y la ira (29:22; 30:33). ¿Qué opinan ustedes? ¿Cuál es su parecer sobre la afirmación del rey Salomón de que estos elementos incitan a la contienda? No puedo sino estar de acuerdo con él; creo que cosas

como el odio, el carácter irascible y la codicia realmente causan conflictos en las relaciones humanas. Entre las causas de conflicto, la que más resuena en mí es el versículo de Proverbios 16:28: "El hombre perverso provoca contiendas". Conocen el proverbio coreano: "Aunque tengas la boca torcida, habla con rectitud", ¿verdad? ¿Qué significa? Significa que siempre debemos hablar con rectitud. Sin embargo, cuando discutimos, a menudo no hablamos con rectitud y, en cambio, hablamos de manera retorcida o desviada. Al considerar por qué hablamos así —lo que inevitablemente conduce al conflicto—, la respuesta es sencilla: es porque nuestros propios corazones están torcidos. En última instancia, cuando nuestros corazones están torcidos en nuestras relaciones, inevitablemente surgen palabras torcidas y, como consecuencia, las relaciones mismas se distorsionan. Esto es precisamente lo que Satanás desea y aquello de lo que se deleita: la discordia y la contienda. A Satanás le encanta ver surgir conflictos y divisiones a raíz de nuestras peleas y discusiones dentro de las familias y las iglesias. Por eso se esfuerza por incitar conflictos constantes sembrando en nosotros odio, ira, perversidad, necedad, arrogancia y codicia. En particular, Satanás aviva el "deseo de pelear" entre nosotros, provocándonos a discutir (Santiago 4:1). Incluso llegó al extremo de incitar a los discípulos de Jesús a discutir sobre "quién era el mayor" (Lucas 22:24). La obra de Satanás de incitar al conflicto es peligrosa porque «donde hay envidia y ambición egoísta, allí hay desorden y toda práctica malvada» (Santiago 3:16). ¿Qué debemos hacer, entonces?

Debemos evitar el conflicto y buscar la paz. Para ello, debemos hablar con rectitud, con un corazón que sea recto ante los ojos de Dios. En otras palabras, debemos guardar la verdad de Dios en nuestros corazones, seguir la sana doctrina y hablar con rectitud. También debemos estar alerta y mantenernos alejados de aquellos que hablan de manera retorcida o tortuosa en lugar de hablar correctamente. Debemos tener especial cuidado —y evitar— a quienes no tienen un corazón recto y hablan con una mentalidad pervertida. Esto se debe a que una persona con un corazón retorcido inevitablemente provocará discordia. Por muy correctamente que uno le hable a tal persona, a menos que Dios enderece su corazón

pervertido, no solo se negará a escuchar nuestras palabras, sino que también llegará a odiarnos y a guardarnos rencor.

Quisiera concluir esta reflexión. Una persona despreciable y malvada es aquella que carece de valor y causa problemas. Tales individuos poseen bocas engañosas y corazones perversos; como constantemente traman el mal, incitan al conflicto. De su ejemplo debemos aprender a nunca convertirnos en personas tan despreciables, malvadas y conflictivas. Por el contrario, debemos comprender que hemos de ser personas de labios veraces y corazones rectos, que siempre buscan la paz. Por tanto, ya sea en nuestros hogares, en nuestras iglesias o en la sociedad en general, debemos esforzarnos por ser personas beneficiosas y útiles a los ojos de Dios.

A los ojos de Dios...

[Proverbios 6:12-14]

A los ojos de Dios, una persona que no sirve para nada es aquella que habla mentiras y engaños con una boca perversa (Proverbios 6:12).
A los ojos de Dios, una persona que no sirve para nada es aquella que constantemente trama el mal con un corazón retorcido (versículo 14).
A los ojos de Dios, una persona que no sirve para nada es aquella que provoca conflictos (versículo 14) y distorsiona las relaciones humanas.

A los ojos de Dios, una persona valiosa es aquella que habla lo correcto con una boca recta.
A los ojos de Dios, una persona valiosa es aquella que busca constantemente hacer el bien con un corazón recto.
A los ojos de Dios, una persona valiosa es aquella que fomenta la armonía y restaura las relaciones humanas.

Los siete males que Dios aborrece

[Proverbios 6:16–19]

¿Alguna vez ha oído hablar de los «siete pecados capitales»? Cuando pienso en los «siete pecados capitales», me viene a la mente la película de 1995 titulada *Se7en*. Aquella cinta estaba protagonizada por actores famosos como Brad Pitt, Morgan Freeman y Kevin Spacey; su trama giraba en torno a una serie de asesinatos basados en estos siete pecados capitales, ilustrando la idea de que, por mucho que los seres humanos se esfuercen, no pueden escapar de ellos. Los siete pecados en cuestión son la lujuria, la gula, la avaricia, la pereza, la ira, la envidia y la soberbia. Estos siete pecados fueron clasificados por el papa Gregorio I y pueden describirse de la siguiente manera: (1) Soberbia: sentir una superioridad mayor a la que realmente se posee; (2) Avaricia: apego y deseo intenso de poseer bienes materiales; (3) Lujuria: deseo descontrolado de placer físico; (4) Gula: consumo desordenado de alimentos, lo cual embota la mente, debilita el control de la razón y degrada la dignidad humana; (5) Envidia: resentimiento por lo que otros poseen; (6) Ira: pecado que implica odio hacia los demás y que puede dañar tanto a la otra persona como a uno mismo; y (7) Pereza: actitud de negarse a ejercitar las capacidades otorgadas por Dios o de rechazar la misión asignada. La Iglesia Católica basa este concepto de los siete pecados capitales en el pasaje que analizamos hoy: Proverbios 6:16–19. Sin embargo, en el pasaje de hoy, el rey Salomón —autor de Proverbios— no describe los siete males que Dios aborrece de esa manera específica. En otras palabras, los «siete pecados capitales» citados por la tradición católica a partir de este pasaje difieren de lo que la Biblia presenta realmente aquí. Mientras meditamos juntos sobre el texto, me gustaría que identificáramos exactamente cuáles son

estos siete males —aquellos que Dios aborrece y considera detestables— y recibiéramos las lecciones que Él desea transmitirnos.

Observemos Proverbios 6:16: «Seis cosas aborrece el Señor, y siete le son detestables». Aquí, el rey Salomón afirma que hay seis —o más bien siete— pecados que Dios aborrece y considera detestables. ¿No resulta un tanto confusa esta numeración? ¿Le hace preguntarse si son seis o siete los pecados que Dios odia y detesta? ¿Por qué utiliza el rey Salomón ambos números, «seis» y «siete»? ¿Cuál es su significado? Por lo general, los comentaristas ofrecen dos interpretaciones: (1) La primera es que el autor utilizó «seis y siete» no para proporcionar una lista exhaustiva de pecados, sino para enfatizar que el séptimo pecado es el producto o la culminación de los seis anteriores (Walvoord). Si aceptamos esta interpretación, significa que el séptimo pecado mencionado en el pasaje —«sembrar discordia entre hermanos» (versículo 19)— es el resultado o el punto culminante de los «ojos altivos», la «lengua mentirosa», las «manos que derraman sangre inocente» (versículo 17), el «corazón que maquina planes malvados», los «pies que se apresuran a hacer el mal» (versículo 18) y el «testigo falso que profiere mentiras» (versículo 19). (2) La segunda interpretación es que los números «seis o siete» se utilizan para representar una totalidad, captando al mismo tiempo nuestra atención y enfoque (cf. 30:15, 18; Job 5:19; Amós 1:3) (MacArthur). Job 5:19 sirve de ejemplo: «Él te librará de seis angustias; y aun en la séptima, ningún mal te tocará». En mi opinión, la segunda interpretación es más adecuada. Una razón es que, si siguiéramos la primera interpretación, tendríamos que considerar «sembrar discordia entre hermanos» —el último de los siete pecados enumerados en el texto— como el punto culminante de los seis anteriores; sin embargo, no creo que ese sea necesariamente el caso. Considero que el verdadero punto culminante de los siete pecados enumerados por el rey Salomón no es «el que siembra discordia entre hermanos», sino más bien el cuarto pecado: «un corazón que maquina planes malvados» (al aplicar la estructura literaria del quiasmo al texto hebreo). La segunda interpretación me resulta más convincente precisamente debido a Job 5:19. El uso conjunto de «seis o siete» sugiere que los números en sí mismos no son lo importante; más bien, se utilizan para representar una

totalidad y captar nuestra atención. Entonces, ¿cuáles son los siete males (los siete pecados) mencionados en Proverbios 6:16–19 que Dios odia y detesta?

El primer pecado es una "mirada altanera".

Observemos la primera parte de Proverbios 6:17: "Una mirada altanera, y...". Al pensar en los "ojos", podemos recordar el "guiño" de la persona vil y malvada, algo sobre lo cual ya meditamos en el versículo 13. Así como los malvados guiñan el ojo para dar una señal a un cómplice cuando traman hacer daño a otros, aquellos con ojos altaneros también pueden perjudicar a los demás; específicamente, como se señala en la última parte del versículo 19, son plenamente capaces de sembrar discordia entre hermanos. Cito el Salmo 101:5 como prueba: "Al que en secreto calumnia a su prójimo, lo haré callar; no toleraré al de ojos altaneros y corazón soberbio". Este pasaje indica que los soberbios —a quienes Dios no tolera— poseen ojos altaneros, y que tales personas calumnian en secreto a su prójimo. En consecuencia, aquellos con ojos altaneros y corazones soberbios pueden fácilmente crear una división entre hermanos. Por eso Proverbios 8:13 afirma que Dios odia la "soberbia". Además, Proverbios 6:17 —el pasaje que estamos examinando hoy— declara que Dios odia y detesta los "ojos altaneros". Estos ojos altaneros son precisamente lo que Proverbios 30:13 describe como "ojos altivos". El Salmo 18:27 afirma claramente que Dios humilla tales ojos altaneros y altivos. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos humillar nuestros ojos altaneros. Debemos tener ojos humildes. ¿Quién es la persona de ojos humildes? Es aquella que "estima a los demás como superiores a sí misma" (Filipenses 2:3). Dios otorga gracia a tales personas humildes (Prov. 3:34), capacitándolas para "soportarse unos a otros en amor" (Efes. 4:2). En otras palabras, mientras que aquellos con ojos soberbios siembran discordia entre hermanos, los que tienen ojos humildes fomentan la armonía entre ellos.

El segundo pecado es una "lengua mentirosa".

Observemos la parte central de Proverbios 6:17 en el texto de hoy: "... una lengua mentirosa...". El versículo 12, sobre el cual ya hemos meditado, afirma que el hombre vil y malvado «maquina el mal» (algo a menudo asociado con una boca corrupta); esto significa que se dedica a pronunciar palabras retorcidas. Implica que los malvados usan sus bocas perversas para proferir mentiras y engaños. Especialmente en los negocios, aquellos que emplean sus bocas retorcidas para decir mentiras y engañar están —tal como describe Proverbios 21:6— acumulando riquezas mediante «lengua mentirosa». Por tanto, aunque parezcan prósperos al amasar grandes riquezas en un principio, Proverbios 21:6 declara claramente que esto es «un vapor fugaz y una trampa de muerte». Además, la lengua mentirosa conlleva «odio» en las relaciones humanas. Observemos Proverbios 26:28: «La lengua mentirosa odia a aquellos a quienes ha herido, y la boca lisonjera obra la ruina». ¿Qué significa esto? Significa que el mentiroso odia a la misma persona a la que ha herido con su lengua mentirosa. Puesto que alberga odio hacia esa persona, miente intencionadamente para lastimarla y hacerle daño. Este es precisamente el tipo de persona descrita en Proverbios 6:19 como un «testigo falso que profiere mentiras». Pensemos en el testigo temerario que, sin vacilar, dice mentiras para perjudicar a alguien a quien odia; ese falso testimonio inevitablemente hunde a la otra persona en problemas. Amados, los labios mentirosos son abominables para Dios (12:22), y la lengua mentirosa no perdura. Veamos Proverbios 12:19: «Los labios veraces permanecen para siempre, pero la lengua mentirosa dura solo un instante». La Biblia afirma que la lengua mentirosa dura apenas un abrir y cerrar de ojos, mientras que los labios veraces perduran eternamente. Debemos poseer labios veraces y usarlos para decir la verdad (Job 33:3). Al hacerlo, agradaremos a Dios (Prov. 12:22).

El tercer pecado son las «manos que derraman sangre inocente».

Observemos la última parte de Proverbios 6:17 en el texto de hoy: «...manos que derraman sangre inocente». ¿En quién piensa usted al escuchar la frase «manos que derraman sangre inocente»? A mí me vino a la mente Jezabel, la esposa del rey Acab, quien aparece en 1 Reyes 21, en el Antiguo Testamento. Esto se debe a que ella derramó la sangre de Nabot, un

hombre inocente. En cierto sentido, parece que todos los pecados que Dios odia y detesta —sobre los cuales ya hemos reflexionado, tales como los «ojos altivos», la «lengua mentirosa» y las «manos que derraman sangre inocente»— se aplican a la reina Jezabel. Su esposo, Acab (rey de Samaria), quería adquirir para su uso personal la viña de Nabot, un israelita que vivía cerca del palacio; sin embargo, como Dios prohibía la venta de tales tierras, Nabot se negó diciendo: «No puedo darte la herencia de mis antepasados», lo que dejó a Acab angustiado y frustrado. Al presenciar esto, Jezabel actuó en nombre de Acab (1 Reyes 21:1-4): miró a Nabot con ojos altivos, usó una lengua mentirosa para escribir cartas instruyendo a los ancianos y nobles de la ciudad (v. 11), finalmente hizo matar a Nabot (vv. 12-13) y se apoderó de su viña para dársela a su esposo Acab (v. 16). Al final, la malvada reina Jezabel provocó la muerte por lapidación de Nabot, un hombre inocente y un vecino íntegro que simplemente había obedecido la palabra de Dios. Al pensar en el Nuevo Testamento, recuerdo al pueblo judío que provocó que Jesús, quien no tenía pecado, derramara su sangre y muriera en la cruz. Recuerdo cómo, con ojos arrogantes, no reconocieron a Jesucristo —el Hijo de Dios— y cómo, con lenguas engañosas, lo acusaron y gritaron: «¡Crucifícalo!» (Juan 19:6). Mientras reflexionaba sobre los judíos que finalmente hicieron crucificar a Jesús, vino a mi mente la segunda estrofa del himno 144: «¿Por qué pecado cargó Él con la cruz? Gente ignorante mató al Mesías». Al pensar en aquellos judíos ignorantes —que no comprendieron que Jesús era su Salvador y, en cambio, clavaron al inocente Jesús en la cruz, un madero de maldición—, recordé al mismo tiempo las manos y los pies de Jesús clavados en esa cruz. Quizás esta conexión surgió porque las manos que derraman sangre inocente —un acto que Dios odia y detesta— suelen vincularse con los «pies que se apresuran a correr hacia el mal», mencionados en la segunda parte de Proverbios 6:18; por ello, contemplar las manos y los pies de los malvados y maliciosos trajo naturalmente a la mente las manos y los pies del inocente Jesús, quien murió en la cruz. Jamás debemos derramar sangre inocente con nuestras propias manos. En cambio, al igual que los israelitas en tiempos de Nehemías, debemos dedicar nuestras manos al Señor y comprometernos a edificar la iglesia, que es el cuerpo de Cristo. Aunque Satanás y nuestros adversarios intenten atemorizarnos, cansar nuestras manos y detener la obra del Señor,

debemos —como Nehemías— orar diciendo: «¡Fortalece ahora mis manos!» (Nehemías 6:9) y ofrecer nuestras manos para llevar a cabo la obra del Señor.

El cuarto pecado es un «corazón que maquina planes malvados». Observemos la primera parte de Proverbios 6:18 en el texto de hoy: «Un corazón que maquina planes malvados…». Si volvemos a Proverbios 6:14, pasaje que ya hemos meditado, la Biblia afirma que la persona vil y malvada «maquina el mal continuamente» y «siembra discordia». En otras palabras, tal persona —con un corazón y un habla perversos (versículo 12)— siempre está tramando el mal y provocando conflictos (versículo 14). La causa raíz es Satanás, quien constantemente maquina el mal; él distorsiona la verdad de Dios y pervierte el corazón de la persona malvada. Dicho de otro modo, la razón por la que el corazón del malvado está pervertido es Satanás, quien siempre está tramando planes malvados. Satanás es malvado, y el malvado Satanás solo maquina planes malvados. Entre esos planes malvados se encuentra el de pervertir los corazones de aquellos que creemos en Jesús. Al llevar a cabo este plan, Satanás mezcla la verdad con la falsedad, añadiendo o restando elementos a la palabra de verdad de Dios. De este modo, Satanás nos engaña y pervierte primero nuestros corazones. Él estimula y hace aflorar todos los «malos pensamientos» que se originan en nuestro corazón (Marcos 7:21), permitiendo que nos dominen y llevándonos, en última instancia, a pecar contra Dios. ¿Cuáles son estos malos pensamientos? En Marcos 7:21-22, Jesús dice: «Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, el robo, el asesinato, el adulterio, la codicia, la maldad, el engaño, la sensualidad, la envidia, la calumnia, la soberbia y la insensatez». Entonces, ¿cuáles son exactamente las maquinaciones malvadas de Satanás? ¿Acaso no nos llevan a desobedecer los mandamientos de Dios y a cometer pecado? Si observamos Génesis 3, ¿no utilizó Satanás una lengua mentirosa para llenar de soberbia a Adán y Eva, llevándolos finalmente a comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal? ¿Y acaso su hijo Caín no derramó la sangre de su inocente hermano Abel? (Génesis 4). Por lo tanto, debemos prestar atención a las palabras de Dios pronunciadas por el rey Salomón en Proverbios 4:23: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, porque de él mana la vida». Y como dice el

apóstol Pablo en Filipenses 2:5, debemos tener la misma actitud que Cristo Jesús. Debemos cultivar un corazón de humildad, veracidad, servicio y amor al prójimo.

El quinto pecado son los «pies que se apresuran a correr hacia el mal».

Observemos la última parte de Proverbios 6:18 en el texto de hoy: «... pies que se apresuran a correr hacia el mal». En Proverbios 6:13, pasaje que ya hemos meditado, la Biblia afirma que el hombre vil y malvado no solo guiña los ojos, sino que también «hace señas con los pies». Quizás no sepamos exactamente cómo una persona malvada comunica sus intenciones o trama el mal con los pies, pero lo cierto es que estos se utilizan como instrumentos para cometer el mal. Al pensar en pies utilizados para hacer el mal, nos viene a la mente Proverbios 1:15. En ese versículo, el rey Salomón nos dice que no sigamos el camino de los impíos (versículo 10) y que evitemos que nuestros pies transiten la senda de los malhechores. ¿Cuál es la razón? Es que los pies de los impíos se apresuran hacia el mal y son veloces para derramar sangre (versículo 16). La persona impía, que alberga planes malvados, posee no solo manos que derraman la sangre de los inocentes —los justos (6:17)—, sino también pies que corren rápidamente hacia el mal (v. 18). En resumen, las manos y los pies de los impíos son prontos para cometer el mal. Sin embargo, las palabras de la segunda estrofa del himno 348 deberían convertirse en nuestra oración de consagración: «Ofrezco mis manos y mis pies; Señor, acéptalos y hazlos veloces para Tu obra». Al pensar específicamente en los pies, recuerdo Romanos 10:15: «¿Y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian las buenas nuevas!"». Amados, los pies que son hermosos ante los ojos de Dios son los pies de aquellos que proclaman el evangelio de Jesucristo. Por tanto, nuestros pies deben ser veloces para compartir el evangelio de Jesucristo. Mientras que los pies de los impíos corren rápidamente hacia el mal, nuestros pies —los de aquellos que creemos en Jesús y hemos sido justificados— deben correr con prontitud para proclamar el evangelio.

El sexto pecado es un «testigo falso que habla mentiras».

Observemos la primera parte de Proverbios 6:19 en el texto de hoy: «Un testigo falso que habla mentiras». Aprendimos anteriormente, en el versículo 17, que el segundo pecado que Dios odia y aborrece es una «lengua mentirosa». Aquí, en el versículo 19, el rey Salomón identifica el sexto pecado que Dios odia y aborrece: el testigo falso que utiliza esa lengua mentirosa para pronunciar falsedades. Si volvemos al pasaje que meditamos en el versículo 12, el rey Salomón afirma que la persona vil e impía «habla con boca perversa». En otras palabras, una persona inútil que solo causa problemas vomita mentiras y palabras engañosas desde una boca retorcida. Así, en el versículo 19 del pasaje de hoy, el rey Salomón declara que Dios odia y aborrece al testigo malvado que profiere falsedades con lengua mentirosa. Una razón para ello es que tal testigo malvado utiliza su lengua mentirosa para testificar contra su prójimo «sin causa» (24:28) e incriminarlo falsamente (Deuteronomio 19:18). ¿Cuál es la razón de esto? Se debe a que hay «odio» en el corazón de ese testigo malvado; simplemente está ocultando ese odio. Proverbios 10:18 se refiere a una persona así como alguien de «labios mentirosos». En consecuencia, mediante tal falso testimonio, un testigo malvado puede sembrar fácilmente discordia entre hermanos (6:19). Por eso Moisés, durante el Éxodo, instruyó al pueblo de Israel a no difundir informes falsos ni unirse a los malvados para convertirse en un testigo malicioso (Éxodo 23:1). Respecto al testigo malvado que dice mentiras con lengua mentirosa, Proverbios 19:9 afirma: «El testigo falso no quedará sin castigo, y el que propaga mentiras perecerá». Debemos ser testigos veraces; nunca debemos convertirnos en testigos falsos que dicen mentiras. ¿Por qué? Porque «el testigo veraz salva vidas, pero el testigo engañoso traiciona» (14:25). Somos testigos de Jesucristo (Hechos 1:8). Por lo tanto, debemos dar testimonio de Jesucristo. Cuando damos testimonio, debemos hacerlo con veracidad y fidelidad a Jesucristo.

El séptimo y último pecado es "el que siembra discordia entre hermanos".

Observemos la última parte de Proverbios 6:19, nuestro texto de hoy: "...y el que siembra discordia entre hermanos". Si volvemos al versículo 14, sobre el cual ya hemos meditado, la

Biblia describe a la persona vil y malvada como alguien que "maquina el mal continuamente y provoca contiendas". Aquellos que no tienen valor a los ojos de Dios y causan problemas son quienes provocan tales contiendas. En el versículo 19, Salomón afirma que el pecado que Dios odia y aborrece es precisamente el de sembrar discordia entre hermanos. En otras palabras, Salomón dice que Dios odia y detesta a quienes incitan a la contienda y al conflicto entre hermanos. ¿Cuál es la conexión entre esta persona que siembra discordia —causando contiendas y conflictos entre hermanos— y el primer pecado que Dios odia y aborrece: los "ojos altivos" (versículo 17)? Veamos Proverbios 13:10: "La soberbia solo provoca contiendas, pero la sabiduría se halla en quienes aceptan consejos". Los soberbios no escuchan consejos. Además, los soberbios menosprecian en secreto a su prójimo (Salmo 101:5). En consecuencia, los soberbios siembran discordia, separando a los hermanos. Por el contrario, los humildes actúan como un puente entre hermanos; son pacificadores, nunca destructores de la paz. Por tanto, los humildes —sobre quienes Dios derrama su gracia— obedecen la Palabra de Dios y preservan fielmente la unidad de la iglesia.

Quisiera concluir nuestra meditación sobre la Palabra. Hoy hemos aprendido acerca de los siete pecados que Dios odia y aborrece. Estos siete pecados son: ojos altivos, lengua mentirosa, manos que derraman sangre inocente, corazón que maquina planes malvados, pies que se apresuran a hacer el mal, testigo falso que profiere mentiras y aquel que siembra discordia entre hermanos. Al reflexionar sobre estos siete males que Dios odia, hemos aprendido qué clase de ojos, lenguas, manos, corazones y pies debemos tener. Son, de hecho: ojos humildes, lengua veraz, manos dedicadas a la obra del Señor, corazón que abraza la mente de Cristo Jesús, pies hermosos que proclaman el Evangelio, testigo que dice la verdad y persona que fomenta la armonía entre hermanos. Oro para que tú y yo lleguemos a ser el pueblo de Dios que encarna estas siete virtudes que Dios ama.

No debemos permitir que nuestros corazones codicien la belleza de la adúltera.

[Proverbios 6:20–35]

¿Conoce el término *chilgeojiak* (las siete causas de divorcio)? Tras la reunión de oración del miércoles de la semana pasada, publiqué una reflexión en mi página personal de Facebook titulada «Los siete males que Dios aborrece», basada en Proverbios 6:16–19. Un colega pastor comentó que aquello le recordaba al *chilgeojiak* de la dinastía Joseon. Intrigado por el término, investigué en internet y descubrí que se refiere a siete faltas específicas por las cuales un esposo podía repudiar a su esposa en culturas confucianas como la de China y Corea: desobediencia a los suegros, no dar a luz un hijo varón, falta de castidad (lascivia), celos, padecer una enfermedad grave, locuacidad excesiva y robo. Si bien no comparto estas siete razones para que un esposo repudie —o se divorcie de— su esposa, el tercer punto, la «falta de castidad», me hizo reflexionar; la Biblia también cita el adulterio de uno de los cónyuges como causa válida de divorcio. Asimismo, leí un artículo en línea que señalaba a Corea del Sur como el país con mayor prevalencia del pecado de la «lujuria». Según un informe de investigación de la BBC que analizaba la inmoralidad sexual en diversas naciones basándose en los «siete pecados capitales», Australia fue identificado como el país más pecador del mundo. Aquí, los «siete pecados capitales» se refieren a la lista tradicional: soberbia, envidia, ira, pereza, avaricia, gula y lujuria. Al parecer, Australia ha sido calificado como el país más pecador del mundo, obteniendo puntuaciones elevadas en tres categorías de pecados capitales: lujuria, avaricia y soberbia. Estados Unidos ocupó el primer lugar en gula; Islandia encabezó las listas de soberbia y pereza; México lideró en

avaricia; y Corea del Sur fue identificada como la nación con mayor índice en la categoría de lujuria.

En el pasaje de hoy, Proverbios 6:25, el rey Salomón —autor de Proverbios— afirma: «No codicies en tu corazón su belleza, ni te dejes cautivar por sus párpados». Nos exhorta diciendo: «No desees en tu corazón la belleza de la adúltera, ni permitas que sus miradas seductoras cautiven tu mente». Hoy deseo centrarme en este consejo y reflexionar sobre las lecciones que Dios nos ofrece a través de él.

En primer lugar, ¿en qué consiste la belleza de la mujer adúltera de la que habla el rey Salomón?

Consiste precisamente en el «adorno exterior». Consideremos 1 Pedro 3:3: «Que vuestra belleza no sea el adorno externo de peinados elaborados, ni de joyas de oro o vestidos lujosos». La belleza de la adúltera —que se manifiesta en peinados elaborados, joyas de oro y ropa fina— resulta visualmente atractiva y despierta en los hombres un sentimiento de atracción hacia ella. Al adornarse de manera tan ostentosa, capta fácilmente la mirada de aquellos hombres que se dejan llevar por los deseos de los ojos. Leí una vez una noticia que informaba que en Camerún, un país de África Occidental, las madres cauterizan los pechos de sus hijas con barras de hierro o piedras calientes para frenar el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios; se trata de una práctica destinada a evitar que las niñas queden embarazadas a consecuencia de una agresión sexual. Según se informa, una de cada cuatro niñas camerunesas se somete a este «planchado de pechos». Es probable que estas niñas sufran secuelas de por vida; sin embargo, al analizar por qué las madres recurren a tales medidas, parece deberse a que el instinto masculino dirige la mirada hacia los pechos de las mujeres, lo que desencadena la excitación sexual y fantasías. Encontré un artículo en línea que señalaba que, según datos de la Sociedad Internacional de Cirugía Plástica Estética (ISAPS), los procedimientos estéticos más frecuentes son la liposucción, seguida del aumento de pecho y, posteriormente, la cirugía de párpados o la rinoplastia. En

Proverbios 5:20, el rey Salomón pregunta: «Hijo mío, ¿por qué dejarte cautivar por una adúltera? ¿Por qué abrazar el pecho de la esposa de otro hombre?». Nosotros, los hombres, debemos regocijarnos con la esposa de nuestra juventud, hallar siempre satisfacción en su abrazo y valorar constantemente su amor (versículos 18-19). No obstante, la adúltera utiliza su apariencia física para seducirnos; se dirige específicamente a hombres casados que no están satisfechos con el abrazo de sus propias esposas, atrayéndolos para que abracen *su* cuerpo en su lugar. Más allá de su atractivo físico —que cautiva a los hombres—, su lengua es suave como el aceite (5:3); utiliza lisonjas para embaucar a los hombres (2:16, 6:24) con un gran poder de seducción. Sus palabras cautivan el corazón de los hombres y son sumamente eficaces para la seducción sexual. Ella tiene especial éxito en atrapar a hombres faltos de juicio (7:7) o a hombres casados que no ven a sus esposas como una "cierva amada, una gacela graciosa" y no hallan satisfacción en los pechos de sus esposas (5:19). Además de su apariencia y su lengua, los párpados de la adúltera (6:25) también cautivan el corazón de muchos hombres, arrastrándolos a la tentación. ¿Cómo seducen a los hombres sus párpados? Lo hacen lanzando miradas coquetas —"ojos que coquetean"— hacia ellos (Walvoord). Muchos... ¡Con qué facilidad se dejan tentar los hombres por las miradas seductoras de una mujer extraviada!

En el conocido pasaje de Proverbios 31:30, el rey Salomón declara: "Engañoso es el encanto y pasajera la belleza; pero la mujer que teme al Señor será alabada". El rey Salomón afirma que la belleza de una mujer que no teme a Dios es vana. En otras palabras, tal belleza es meramente temporal y se desvanece en un instante (cf. Salmo 37:20). Por eso el apóstol Pedro escribe en 1 Pedro 3:4: "Más bien, que sea la del ser interior, la belleza incorruptible de un espíritu afable y apacible, que tiene gran valor ante los ojos de Dios". A los ojos de Dios, la belleza de una mujer reside en la "persona oculta" —el ser interior— y ciertamente no en la apariencia externa. Mientras que la belleza del ser exterior es pasajera y perecedera, la belleza del ser interior es imperecedera. Pedro exhorta a las mujeres a buscar esta belleza interior imperecedera: un espíritu afable y apacible. ¿Por qué ofrece Pedro este consejo? Porque tal espíritu es "precioso ante los ojos de Dios" (v. 4). Queridos amigos, la mujer a

quien Dios valora y alaba es aquella que le teme: una hija de Dios que busca la belleza interior imperecedera. Por lo tanto, las hijas de Dios no deben caer en la trampa de depender de su belleza física —la cual podría granjearles los elogios de los demás, tal como sucedió con la reina Vasti (Ester 1:1)— para terminar confiando en su propio esplendor y cometiendo el pecado de inmoralidad sexual (Ezequiel 16:15). Por supuesto, los hijos de Dios tampoco deben sucumbir a las tentaciones de una mujer que se vale de su atractivo físico para arrastrar a los hombres a la inmoralidad sexual. Debemos tener presente que tal belleza es pasajera (Proverbios 31:30).

En segundo lugar, ¿por qué nos advierte el rey Salomón que no codiciemos en nuestro corazón la belleza de una mujer adúltera?

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 6:26: «Porque a causa de la mujer adúltera el hombre se ve reducido a un pedazo de pan, y la mujer adúltera acecha la vida preciosa». ¿Qué significa esto? Significa que si codiciamos la belleza de una mujer malvada (v. 24) y promiscua (v. 26) —dejándonos cautivar por sus miradas seductoras y sucumbiendo a la tentación—, terminaremos enfrentando la ruina económica e incluso perdiendo la vida (Park Yun-sun). ¿Cuántos hombres han dilapidado su fortuna al relacionarse con prostitutas por codiciar su belleza? Veamos Proverbios 29:3: «El hombre que ama la sabiduría alegra a su padre, pero el que anda con prostitutas malgasta su riqueza». Recuerdo una conversación que tuve hace tiempo con un conductor de grúa cuando mi automóvil se averió. Él mencionó que, desde su divorcio, había conocido a varias mujeres, pero aquellas que eran hermosas y tenían figuras atractivas le pedían constantemente que les comprara esto o aquello. Sentía que tales mujeres salían con él únicamente por su dinero. Por supuesto, dado que estaba divorciado, se podría argumentar que salir con otras mujeres no constituía adulterio; sin embargo, al escuchar sobre sus encuentros con diversas mujeres, le animé a considerar volver a casarse y formar una familia estable. En el pasaje de hoy —Proverbios 6:30–31—, el rey Salomón afirma que el pecado de cometer adulterio con la esposa de otro hombre es mucho más grave que el pecado de robo (Park Yun-sun). Señala

que el ladrón sorprendido debe «restituir siete veces más», lo que podría costarle la pérdida de todas sus posesiones. ¿Cuál es el punto aquí? Significa que el precio que se paga por el adulterio puede acarrear la pérdida total de los bienes, llegando incluso a la ruina económica. La infidelidad sexual conlleva un costo tan elevado que puede arruinar financieramente a una persona. ¿Qué debemos hacer, entonces?

Muchos hombres —y mujeres por igual— están jugando actualmente con fuego de una manera verdaderamente peligrosa. En otras palabras, muchos hombres y mujeres, ya sean solteros o casados, están —tal como se describe en los versículos 27 y 28 del pasaje de hoy— «llevando fuego en el seno» y «caminando sobre brasas». Así como llevar fuego inevitablemente quema la ropa y caminar sobre brasas inevitablemente chamusca los pies, muchos hombres y mujeres hoy en día mantienen relaciones sexuales fuera del matrimonio. En resumen, están cometiendo el pecado de adulterio. Por eso el rey Salomón habla de la siguiente manera en los versículos 29 y 32-33 respecto a quienes se acuestan con la esposa de otro hombre o cometen adulterio con una mujer: «Así le sucede al que se une a la mujer de su prójimo; nadie que la toque quedará sin castigo... El que comete adulterio con una mujer carece de juicio; quien lo hace destruye su propia alma. Recibirá heridas y deshonra, y su vergüenza no será borrada». La Biblia nos dice que cometer adulterio no solo trae daño, deshonra y una vergüenza imborrable, sino que también conduce a la propia ruina. Además, cuando un hombre comete adulterio con la esposa de otro, el marido —consumido por los celos y la ira— verá al adúltero como un enemigo; se negará a perdonarlo (versículo 34) o a aceptar compensación alguna, por grande que sea la suma (versículo 35), y en su lugar buscará venganza. ¿Qué debemos hacer, entonces?

Finalmente, el tercer punto: ¿qué debemos hacer para asegurarnos de no codiciar en nuestro corazón la belleza de una mujer adúltera? Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 6:20-24: «Hijo mío, guarda el mandamiento de tu padre y no abandones la enseñanza de tu madre; átalos siempre a tu corazón, llévalos atados al cuello. Cuando camines, ellos te guiarán; cuando duermas, te protegerán; cuando despiertes, hablarán contigo. Porque este

mandamiento es lámpara, esta enseñanza es luz, y las correcciones de la disciplina son el camino de la vida: te librarán de la mujer malvada, de las palabras lisonjeras de la mujer adúltera». En resumen, para evitar codiciar en nuestro corazón la belleza de una mujer adúltera, debemos atesorar la Palabra de Dios en nuestro interior. Por ello, el rey Salomón nos exhorta a grabar siempre los mandamientos y enseñanzas de Dios en nuestros corazones, a guardarlos y obedecerlos, y a no apartarnos nunca de ellos (cf. 3:1–3; 7:1–3). La razón es que la Palabra de Dios no solo nos guía y protege, sino que también nos habla (v. 22). En otras palabras, el mandamiento de Dios actúa como una lámpara que nos guía y una luz que nos resguarda de las fuerzas de las tinieblas; además, sus mandamientos y enseñanzas nos brindan «las correcciones de la disciplina». Por tanto, cuando guardamos los mandamientos y enseñanzas de Dios —su Palabra— grabados en el corazón y los obedecemos sin desviarnos, esa Palabra nos protegerá, impidiendo que caigamos presa de la mujer malvada o de las palabras seductoras de la mujer extraviada. ¿Qué debemos hacer, entonces? No debemos permitir que nuestro corazón anhele la belleza mundana. Isaías 53:2 nos dice que incluso Jesús, el Mesías, no poseía una «apariencia majestuosa» ni una belleza que atrajera naturalmente a la gente. Parece que hoy en día los cristianos no somos diferentes de la gente del mundo; perseguimos un tipo de belleza que resulta atractiva a los ojos mundanos. El apóstol Pedro instruyó claramente: «Que su belleza no sea externa —peinados elaborados, joyas de oro o ropa lujosa—, sino que provenga de lo íntimo del corazón, con la belleza incorruptible de un espíritu afable y apacible» (1 Pedro 3:3-4). Sin embargo, los cristianos estamos fallando en buscar la belleza que es preciosa ante los ojos de Dios (versículo 4). ¿Cuál es, entonces, la belleza que Dios valora? Para evitar codiciar en nuestro corazón la belleza seductora de la ramera, debemos, en cambio, anhelar y buscar la belleza de Dios. Al reflexionar sobre la belleza de Dios, recuerdo el Salmo 27:4: «Una cosa he pedido al Señor, y esa buscaré: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor e inquirir en su templo». Mientras vivo en este mundo semejante a un desierto, lo único que pido fervientemente a Dios —tal como hizo el salmista— es entrar en Su casa, contemplar Su belleza y morar con Él para siempre. Al vivir en esta tierra con tan ferviente esperanza, no solo debo anhelar y buscar la belleza de Dios,

sino también asegurarme de que Su belleza se manifieste a través de mi vida y de mi muerte. Al contemplar la naturaleza de la belleza de Dios, recibo con humildad las palabras de Isaías 35:1-2: «Se alegrarán el desierto y la tierra seca; el yermo se regocijará y florecerá como el azafrán; florecerá abundantemente y se regocijará con gozo y cánticos. Se le dará la gloria del Líbano, la majestad del Carmelo y de Sarón. Ellos verán la gloria del Señor, la majestad de nuestro Dios». Amados, una vida que anhela y busca la belleza de Dios es, en esencia, una vida que anhela y busca la gloria de Dios. En otras palabras, mientras vivimos en este mundo semejante a un desierto, podemos manifestar la belleza de Dios cuando vivimos para Su gloria. Mi oración es que, tal como lo hizo Jesús, cumplamos humildemente la voluntad de Dios —obedeciendo Su voluntad y Su Palabra incluso hasta la muerte— y así revelemos al mundo la gloria y la belleza de Dios.

Vi a un hombre falto de sabiduría.

[Proverbios 7:1–27]

Es probable que conozca el dicho: «Cavar su propia tumba». Se refiere al acto de arrinconarse a uno mismo o de meterse en una situación desastrosa. He descubierto que, a veces, yo también digo cosas que, en efecto, cavan mi propia tumba. A través de tales experiencias, he aprendido que lo que importa no es solo lo que decimos, sino lo que *no* decimos. Sin embargo, el problema es que, aun después de darme cuenta de esto, me sorprendo diciendo cosas que me meten en problemas. ¿Alguna vez ha tenido una experiencia así? ¿Ha oído alguna vez la expresión *jaseungjabak* (自繩自縛)? Me encontré con este término por primera vez mientras preparaba este sermón; significa literalmente «atarse a sí mismo con una cuerda que uno mismo ha trenzado», y describe una situación en la que una persona se acarrea problemas a sí misma. En resumen, significa «causar la propia ruina».

En el pasaje de hoy, Proverbios 7:7, encontramos a un hombre falto de sabiduría que provoca su propia ruina. Es un joven insensato que no supo guardar los mandamientos de Dios en su corazón (v. 1) ni obedecer Su palabra (vv. 1–2) y que, en consecuencia, cayó presa de la seducción de una mujer adúltera que utilizó palabras lisonjeras para atraerlo (v. 5). Hoy, bajo el título «Vi a un hombre falto de sabiduría», quisiera reflexionar sobre las tres etapas en las que una persona insensata cae en la tentación de la adúltera. Mi oración es que podamos reconocer cualquier tentación de Satanás, luchar contra ella y vivir una vida victoriosa. En primer lugar, Satanás tienta a la persona insensata para que se acerque a la esquina de la calle de la adúltera.

Observe el pasaje de hoy, Proverbios 7:8: «Pasaba por la calle, cerca de la esquina de ella, y caminaba por el sendero que conducía a su casa». En Proverbios 4:14–15, Dios nos ordena: «No entres en la senda de los impíos ni vayas por el camino de los hombres malvados. Evítalo, no transites por él, apártate de él y sigue tu camino». La persona sabia toma muy en serio este mandato de Dios y lo obedece, evitando así el camino de los impíos. En cambio, el insensato desprecia este mandato, lo ignora y transita por el camino de los impíos. El joven insensato de Proverbios 7 era precisamente una persona así. Al pasar por la esquina de la calle de la adúltera (v. 8), debió haber evitado ese camino y haberse apartado de él (4:15). Sin embargo, el joven insensato no se apartó del camino de la adúltera; más bien, se acercó a la esquina de su calle, dirigiéndose hacia su casa. La Biblia nos dice que se dirigió a la casa de ella al atardecer, cuando el sol se ponía y había caído la profunda oscuridad (7:9). ¿Por qué fue a la casa de la adúltera en la profunda oscuridad de la noche en lugar de hacerlo a plena luz del día? Porque no quería que nadie lo viera. En otras palabras, el joven insensato acudió a la prostituta en secreto, en lo más profundo de la noche, para ocultar sus acciones a los demás (Park Yun-sun). ¿Por qué salió de su casa a altas horas de la noche, se acercó a la esquina de la calle donde vivía la prostituta y se dirigió a su casa? ¿Cuál fue la razón? La razón es que este joven insensato no guardó la ley de Dios como a la niña de sus ojos. Observemos el texto de hoy, Proverbios 7:2: «Guarda mis mandamientos y vivirás, y mi ley como a la niña de tus ojos». Aquí, el significado literal de la palabra hebrea para «niña de los ojos» es «el centro del ojo». Curiosamente, el término «profunda noche» en el versículo 9 también puede traducirse literalmente como «el centro de la noche» (Walvoord). ¿Qué importancia tiene esto? Creo que la razón por la cual este joven insensato fue en secreto a la casa de la prostituta en lo más profundo de la noche es que no guardó ni obedeció la palabra de Dios fijando en ella su mirada —el centro mismo de su visión—. En cambio, es muy probable que estuviera observando en secreto a la adúltera a través de la celosía o ventana de su propia casa (versículo 6). Si no guardamos la palabra de Dios como a la niña de nuestros ojos de esta manera, sucumbimos a las tentaciones de Satanás, caminamos hacia la casa de la mujer adúltera e inevitablemente terminamos pecando contra Dios.

No sé si todavía ocurre hoy en día, pero en la década de 1980, muchas prostitutas solían situarse a lo largo de Sunset Boulevard, a solo una manzana del famoso Hollywood Boulevard. Tal como se describe en el pasaje de hoy, permanecían en las esquinas lanzando miradas insinuantes a los hombres que pasaban conduciendo. No recuerdo los detalles con claridad ahora, pero es probable que haya conducido por Sunset Boulevard con amigos durante mi adolescencia. Al mirar atrás, no puedo negar que conducir por esa calle con amigos fue una conducta verdaderamente insensata. Probablemente recorríamos esa calle a altas horas de la noche para ver a las prostitutas. Yo era realmente un joven insensato en aquel entonces. No solo debería haber evitado conducir por Sunset Boulevard, sino que ni siquiera debería haberme acercado a esa zona por la noche; sin embargo, insensatamente, hice precisamente eso. No sé si las prostitutas siguen rondando Sunset Boulevard a altas horas de la noche hoy en día. No obstante, puede que el peligro actual no resida allí; más bien, creo que la tentación de la "mujer liviana" a través de Internet se ha convertido en un problema más grave. Una vez vi un programa en el Canal 4 de televisión que mostraba una operación encubierta de la policía: utilizaron a una menor (menor de 18 años) para chatear con hombres en línea, y la emisión mostraba a la policía arrestando a los hombres cuando llegaban a la casa de ella. En esta época, Satanás nos tienta estimulando los "deseos de los ojos" a través de Internet; incapaces de vencer los consiguientes "deseos de la carne", las personas frecuentemente mantienen relaciones sexuales fuera del matrimonio. ¿Qué debemos hacer? Debemos grabar los mandamientos de Dios en las tablas de nuestro corazón (v. 3) y vivir cumpliéndolos. Debemos guardar la ley de Dios con tanto cuidado como a la niña de nuestros ojos (v. 2). El Rev. Park Yun-sun dijo una vez: «La pupila del ojo es preciosa pero extremadamente delicada, por lo que requiere una protección cuidadosa. Por eso, las cejas y los párpados hacen guardia para impedir que entre siquiera una mota de polvo. Del mismo modo, cuando se trata de guardar la Palabra de Dios, un instante de descuido puede llevarnos al fracaso y a desviarnos fácilmente del camino» (Park Yun-sun). Mi oración es que no nos apartemos de la Palabra de Dios, sino que la valoremos como a la niña de nuestros ojos y la guardemos fielmente, triunfando así sobre las tentaciones de

Satanás. En segundo lugar, la mujer adúltera sale al encuentro del hombre insensato con una intención oculta.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 7:10: «Y allí le salió al encuentro una mujer, vestida como ramera y con astutas intenciones». La Biblia describe a un joven insensato —influido por la tentación de Satanás— que transita por la calle en la profunda oscuridad (v. 9), se acerca a la esquina del callejón de la adúltera y se dirige a la casa de ella (v. 8). El versículo 10 nos dice que la adúltera recibe a este joven insensato vestida como una ramera. El texto coreano se refiere a ella como una «mujer astuta» (o una mujer de «intenciones astutas») porque alberga un motivo oculto al saludarlo. En otras palabras, esta astuta ramera oculta sus verdaderas intenciones mientras da la bienvenida al joven insensato. De hecho, el significado literal de la palabra hebrea original traducida aquí como «astuta» es «oculta» (MacArthur). ¿Cuál es, entonces, su intención oculta? Veamos Proverbios 23:27–28: «Porque fosa profunda es la adúltera, y pozo estrecho la mujer ajena. Ella acecha como un bandido y aumenta el número de hombres infieles». La intención oculta detrás del encuentro de la adúltera —vestida como ramera— con el hombre insensato es tenderle una «trampa» que lo lleve a ser infiel en su matrimonio. Dicho de otro modo, su verdadero motivo oculto es inducir a muchos hombres casados a romper los pactos que hicieron al contraer matrimonio (Park Yun-sun). El problema es que nosotros, los hombres, por falta de sabiduría, no reconocemos las intenciones ocultas de una mujer tan astuta y nos acercamos a ella con gran insensatez. ¿Qué debemos hacer, entonces? Como afirma el rey Salomón en el pasaje de hoy —Proverbios 7:1—, debemos guardar como un tesoro los mandamientos de Dios Padre en nuestros corazones. La palabra hebrea original, traducida aquí como «guardar» o «atesorar», conlleva el significado de «esconder» o «almacenar como un tesoro». ¿No resulta interesante? En el versículo 10, la mujer astuta oculta sus verdaderas intenciones; me fascina que la Biblia nos instruya a «esconder» o «atesorar» los mandamientos de Dios en nuestros corazones como el medio para resistir su seducción. En última instancia, la lección que el rey Salomón desea transmitir es que, cuando una mujer astuta se nos acerca con intenciones seductoras mientras oculta sus verdaderos motivos,

debemos tener la Palabra de Dios escondida —o atesorada— en lo profundo de nuestros corazones para resistir con éxito esa tentación.

En tercer lugar, la adúltera atrapa al insensato con las palabras seductoras de sus labios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 7:21: «Con sus palabras persuasivas lo desvió; lo sedujo con sus labios lisonjeros». ¿Alguna vez ha pensado en las formas en que una mujer puede seducir a un hombre? Al buscar en Google «cómo seduce una mujer a un hombre», encontré una lista de cuatro métodos basados en la película *Obsessed* (Obsesionada), un *thriller* sobre la persecución obsesiva de una mujer hacia un hombre casado. El primer método consiste en «mostrar piel de manera moderada y estratégica». Esta táctica estimula la naturaleza sexual del hombre; vislumbrar las zonas íntimas de una mujer deja en su mente una imagen difícil de olvidar. El segundo método es «sonreír con la mirada». La sonrisa de una mujer despierta la imaginación del hombre; cuando ella lo mira y sonríe, él puede llegar a fantasear: «Seguro que le gusto». El tercer método es «mostrar lágrimas». Se dice que las lágrimas de una mujer poseen una cualidad mágica que atrae al hombre. El cuarto método es «mirarlo con frecuencia». Si una mujer contempla a un hombre a menudo, él inevitablemente se percata de su presencia. El pasaje de hoy, Proverbios 7:21, describe cómo una mujer adúltera atrae a un hombre insensato con palabras seductoras; la palabra traducida aquí como «atraer» o «seducir» corresponde al término inglés *seduce*. La palabra «seducción» proviene del latín y significa literalmente «desviar» o «apartar del camino»; es decir, guiar a alguien en la dirección equivocada, engañarlo o corromperlo. Cuando se utiliza en sentido negativo, esta palabra implica tentación y atracción: llevar a una persona a la excitación sexual y a tomar una decisión concreta, para que dicha acción culmine finalmente en su ruina moral (Internet). Consideremos tres formas en que la mujer adúltera del pasaje de hoy seduce y corrompe a un hombre insensato:

(1) La mujer adúltera seduce al hombre insensato mediante su apariencia.

Observemos Proverbios 7:10 en el pasaje de hoy: «Y allí le salió al encuentro una mujer, vestida como prostituta y con intenciones astutas». Estar «vestida como prostituta» significa, en términos modernos, que llevaba la indumentaria propia de una ramera. ¿Cómo se visten las prostitutas? ¿Acaso no se visten de manera seductora? Observemos cómo se visten las mujeres en Corea hoy en día: ¿por qué las faldas son tan cortas? Algunas mujeres incluso llevan atuendos que apenas se diferencian de la ropa interior. Vestirse como una prostituta implica usar prendas reveladoras, diseñadas para estimular sexualmente la lujuria de los ojos y la lujuria de la carne en los hombres. Es una vestimenta verdaderamente provocativa, destinada a atraer a hombres insensatos como nosotros. La Biblia nos dice que, vestida de esta manera, la adúltera se coloca en las esquinas y en las plazas públicas, aguardando a los hombres (versículo 12).

(2) La adúltera seduce al hombre insensato mediante el contacto físico.

Observemos la primera parte de Proverbios 7:13: «Lo agarró y lo besó…». ¿Puede visualizarlo? ¿Puede imaginar a esta adúltera —vestida de forma tan provocativa— corriendo hacia el hombre insensato, rodeándolo fuertemente con sus brazos y besándolo en los labios? Dado que es probable que el hombre insensato ya estuviera sexualmente excitado tan solo con ver el atuendo provocativo y propio de una ramera que llevaba la adúltera, le habría resultado imposible resistirse a una oleada de deseo sexual cuando ella lo agarró y lo besó. Una adúltera tan astuta emplea incluso el contacto físico para seducir al hombre falto de juicio. ¡Con qué intensidad debe excitarse ese joven vigoroso cuando ella lo toca y lo besa!

(3) La adúltera seduce al hombre insensato mediante lo que él oye.

En otras palabras, tal como se describe en el versículo 21 del pasaje de hoy, ella utiliza «palabras persuasivas» y «habla lisonjera» para atraerlo. Si bien esto también se aplica a las mujeres, creo que los hombres son particularmente susceptibles a los estímulos visuales, táctiles y auditivos. Dicho de otro modo, un hombre puede ser seducido por la figura de una mujer o mediante el contacto físico, pero puede quedar igualmente cautivado por las

palabras que ella pronuncia. Así, la adúltera de este pasaje emplea un lenguaje persuasivo y seductor —palabras suaves y tentadoras— para manipular al hombre insensato y hacer que actúe según sus propios fines ocultos, provocando que tropiece y se desvíe del camino correcto.

¿Qué dice entonces la Biblia que le dice realmente la adúltera al hombre insensato? (1) Esa adúltera habla con "rostro descarado" (v. 13), diciendo: "Tengo conmigo ofrendas de paz; hoy he cumplido mis votos. Por eso salí a tu encuentro, para buscar tu rostro, y te he hallado" (vv. 14–15).

Ella insinúa que, aun siendo prostituta, acudió a Dios, ofreció un sacrificio, hizo un voto y lo cumplió; y que, como resultado, "Dios ha hecho que hoy te encuentre". ¿Tiene esto algún sentido? Deuteronomio 23:18 declara claramente: "No traerás la paga de una ramera ni el precio de un sodomita a la casa del Señor tu Dios para pagar ningún voto, porque ambos son abominación al Señor tu Dios". ¿Cómo, entonces, podía ella ignorar este mandato —desatendiendo la palabra de Dios en su vida cotidiana mientras realizaba ocasionalmente rituales religiosos— y creer erróneamente que Dios respalda su profesión inmoral? (Park Yun-sun)

(2) Al describir su lecho al joven insensato (Prov. 7:16), la adúltera lo tienta diciendo: "Ven, saciémonos de amores hasta la mañana; deleitémonos con el amor" (v. 18).

Ella lo insta a acostarse con ella sin temor, explicándole que su esposo ha salido de viaje largo con una bolsa de plata y no regresará hasta la luna llena (vv. 19–20). ¡Cuán seductoras son las palabras de esta adúltera! ¡Cuán persuasivas deben sonar tales palabras suaves y atractivas, especialmente para nosotros, hombres insensatos que no prestamos atención a la voz de Dios! Muchos hombres cristianos hoy en día son persuadidos y extraviados por las palabras seductoras de tales mujeres; pecan contra Dios al acostarse y mantener relaciones sexuales con mujeres que no son sus propias esposas. El joven insensato del

pasaje de hoy también sucumbió al atractivo de la tentadora, siguiéndola tal como un buey va al matadero o un ciervo es conducido a una trampa (versículo 22). ¿Cuál dice la Biblia que es el resultado? Observemos el versículo 23: «hasta que una flecha le atraviese el hígado, como un ave que se precipita en la trampa, sin saber que ello le costará la vida». ¿Qué significa esto? Significa que el fin del insensato es la destrucción (versículo 23). Así como un ave ciertamente pierde la vida al caer en una trampa, del mismo modo el insensato pierde la suya.

Quisiera concluir esta reflexión. ¿Qué debemos hacer? Debemos escuchar la Palabra de Dios. Debemos prestar atención a los mandamientos de Dios (versículo 24). Debemos guardar la ley de Dios como a la niña de nuestros ojos (versículo 2). Debemos atesorar la Palabra de Dios en nuestros corazones (versículo 1). Además, en lugar de acercarnos a la mujer tentadora, debemos acercarnos a la sabiduría y al entendimiento (versículo 5). Debemos obedecer y guardar los mandamientos de Dios con la sabiduría que proviene de temerle. La razón es que innumerables personas han encontrado su ruina al seguir a la mujer tentadora (versículo 26). Oro para que tú y yo guardemos y practiquemos la Palabra de Dios mediante su sabiduría, asegurándonos de que nuestros corazones no se desvíen hacia el camino de la tentadora ni se dejen seducir por sus caminos (versículo 25).

“Adquirirás entendimiento”

[Proverbios 8:1–11]

A medida que avanzo por la vida, personalmente me doy cuenta cada vez más de lo insensato que soy, y siento una necesidad creciente de la sabiduría que Dios provee. A la luz del libro de Proverbios, veo muchas muestras de mi propia insensatez, pero quisiera compartir solo tres de ellas:

(1) Mi insensatez radica en no amar el conocimiento. En otras palabras, mi insensatez consiste en aborrecer el conocimiento.

Proverbios 1:22 dice: “¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza, y los burladores se deleitarán en su burla, y los insensatos aborrecerán el conocimiento?”. Puedo percibir que no amo el conocimiento —y que, de hecho, lo aborrezco— al observar mi propia insensatez. Esta se manifiesta al no mantenerme firme en la Palabra de Dios; al apartarme de las instrucciones y estatutos divinos (v. 8); al sucumbir ante las tentaciones de Satanás (v. 10); y al dejarme arrastrar por el pecado, cometiendo así ofensas contra Dios.

(2) Mi insensatez es el retroceso de mi fe derivado de la complacencia.

Proverbios 1:32 dice: “Porque el desvío de los simples los matará, y la complacencia de los insensatos los destruirá”. La complacencia —o conformarse con el *statu quo*— significa estar satisfecho con el estado actual de uno; cuando la pasión por crecer en la fe y por el avance del Evangelio se enfría, y me contento simplemente con mi condición espiritual

presente, el retroceso de mi fe se vuelve inevitable. Este retroceso es el resultado de rechazar el conocimiento de Dios, Sus instrucciones y Su reprensión; la causa raíz es que he dado la espalda al amor de Dios y me he alejado de Él. El resultado es que desobedezco la Palabra de Dios y peco contra Él. Específicamente, el pecado que cometo —al igual que los israelitas en tiempos de Josué— es acercarme al mundo y a su gente en medio de un declive espiritual (Josué 23:12) y vivir en alianza con el mundo.

(3) Mi insensatez radica en tener un espíritu precipitado. Proverbios 14:29 dice: «El que tarda en airarse es grande de entendimiento; mas el que es impulsivo enaltece la necedad». Muchas veces Dios me revela mi propio espíritu precipitado. Alguien como yo, de temperamento vivo, tiende a encenderse en ira; a menudo, en mi caso, estallando con una furia interna. En consecuencia, al meditar en libros de sabiduría como Proverbios y ver expuesta mi propia necedad, voy comprendiendo gradualmente mi necesidad desesperada de la sabiduría que Dios provee. En medio de este proceso, experimento la gracia de Dios —particularmente a través de Proverbios— mientras Él imparte sabiduría e instrucción (1:2) y otorga prudencia a un necio como yo (v. 4).

En medio de este camino, Dios me habla a través del texto de hoy, Proverbios 8:5: «¡Oh, simples, comprendan la prudencia; y ustedes, necios, tengan corazón entendido...!». Por tanto, centrándome en este pasaje y en el tema «Comprendan la prudencia», deseo aprender dos lecciones de Dios sobre cómo yo —y, de hecho, todos nosotros— podemos alcanzar tal prudencia. Es mi oración que todos aceptemos y obedezcamos humildemente esta instrucción divina, viviendo sabiamente en este mundo gracias a la sabiduría que Dios nos otorga. En primer lugar, para adquirir entendimiento, debemos prestar atención a la voz de la sabiduría que nos llama.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 8:1: «¿Acaso no clama la sabiduría? ¿No alza su voz el entendimiento?». ¿Qué significa que la sabiduría y el entendimiento alcen la voz y clamen? Significa un lamento ante el hecho de que, aunque la sabiduría que Dios revela a

todas las personas llena el universo entero, son muchos los que todavía no conocen a Dios (Park Yun-sun). Así, en los versículos 2 y 3, el rey Salomón, autor de Proverbios, describe a la sabiduría clamando desde «las alturas junto al camino, en las encrucijadas, junto a las puertas de la ciudad, a las entradas y en cada portal». Un pasaje similar aparece en Proverbios 1:20-21, sobre el cual hemos meditado anteriormente: «La sabiduría clama en la calle, alza su voz en las plazas públicas; grita en las esquinas de las calles concurridas y pronuncia su discurso a las puertas de la ciudad». ¿No es esto interesante? En el pasaje de Proverbios 7 sobre el que reflexionamos durante la reunión de oración del miércoles pasado, la mujer astuta se sitúa «en la calle» o «en las esquinas de las plazas» (v. 12), haciendo alboroto (v. 11) para seducir al joven insensato; sin embargo, aquí en Proverbios 8:1-4, vemos a la sabiduría llamando a la gente desde «las alturas del camino y las encrucijadas», y «junto a las puertas de la ciudad, a las entradas y en cada portal». En última instancia, todos vivimos nuestras vidas escuchando dos voces: una es la voz de la tentación insensata de Satanás, y la otra es la voz de la sabiduría de Dios. ¿A qué voz estás escuchando mientras vives tu vida ahora mismo? La sabiduría alza su voz en las calles, en las plazas públicas, en las esquinas bulliciosas y a las puertas de la ciudad; pero el problema es que la gente no presta atención a este llamado. Al carecer de la sabiduría espiritual que proviene del temor de Dios, no le conocen ni le reverencian; en consecuencia, caminan por sendas pecaminosas y ofenden a Dios. El asunto, sin embargo, no es simplemente que los incrédulos no escuchen la voz de la sabiduría; nosotros, los creyentes, también hacemos oídos sordos a ella. Como resultado, al carecer de sabiduría espiritual, los cristianos no logramos discernir ni caminar por el sendero correcto que Dios nos revela; en cambio, en nuestra insensatez, vagamos por caminos equivocados y pecaminosos. ¿Cuál es la causa de esto? Es simplemente que no estamos escuchando la voz de la sabiduría que nos llama.

¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos escuchar la voz de la sabiduría (versículos 1 y 5). Para adquirir entendimiento, debemos atender al llamado de la sabiduría. ¿Por qué debemos tú y yo escuchar la voz de la sabiduría? El pasaje de hoy —Proverbios 8:6-9— señala cuatro razones:

(1) Debemos escuchar la voz de la sabiduría porque ella nos habla de «lo más excelente» (o de cosas nobles y dignas).

Observemos la primera parte de Proverbios 8:6: «Hablaré de lo más excelente...» (o «Escuchad, porque tengo cosas dignas que decir»). El término hebreo traducido aquí como «cosas excelentísimas» (o cosas nobles, principescas o dignas) se refiere a palabras valiosas, apropiadas y profundamente verdaderas: cosas de gran valor (Swanson). En última instancia, este pasaje implica que, cuanto más atendemos la voz de la sabiduría, más consolidamos un sistema de valores adecuado y arraigado en la sabiduría de Dios. Dicho de otro modo, al escuchar la voz de la sabiduría, crecemos en sabiduría y discernimiento, lo que nos permite distinguir —basándonos en los valores de Dios— entre lo que es eternamente beneficioso y lo que es meramente pasajero y carente de valor. En pocas palabras, escuchar la voz de la sabiduría nos lleva a adoptar los valores correctos. Por tanto, el cristiano que posee discernimiento y atiende la voz de la sabiduría elige aquello que tiene un valor eterno y beneficioso, y se dedica a una labor que es preciosa a los ojos de Dios.

(2) Debemos escuchar la voz de la sabiduría porque la sabiduría nos habla de "honestidad" (o de "cosas rectas").

Observemos la segunda parte de Proverbios 8:6 en el texto de hoy: "y lo que dicen mis labios es recto". La palabra hebrea traducida aquí como "cosas rectas" significa integridad o rectitud; en términos de una línea, denota "rectitud" o "alineación recta": avanzar en una dirección lineal sin curvarse ni desviarse. En última instancia, esto significa que cuanto más escuchamos la voz de la sabiduría, más sabios y perspicaces nos volvemos, lo que nos permite distinguir entre caminos tortuosos y caminos rectos. En otras palabras, al atender la voz de la sabiduría, adquirimos la sabiduría y el discernimiento necesarios para recorrer el camino de la honestidad en línea recta, sin desviarnos ni a la izquierda ni a la derecha. En resumen, escuchar la voz de la sabiduría nos lleva a transitar por el camino correcto. Por

tanto, el cristiano perspicaz que escucha la voz de la sabiduría no elige el camino tortuoso o retorcido, sino la senda de rectitud, y camina por ese sendero justo.

(3) Debemos escuchar la voz de la sabiduría porque la sabiduría nos habla de "verdad".

Observemos Proverbios 8:7 en el texto de hoy: "Porque mi boca hablará verdad; la maldad es abominación para mis labios". La palabra hebrea para "verdad" utilizada aquí es la misma que empleamos con frecuencia: "Amén". Sus significados incluyen "ser firme", "perdurar", "ser fiel", "ser verdadero", "confiar" y "creer" (Vine). Así, cuando decimos "Amén" durante la adoración —ya sea al escuchar la Palabra de Dios, al orar o al cantar alabanzas—, queremos decir principalmente: "Yo creo". Cuanto más escuchamos la voz de la sabiduría, más sabios y perspicaces nos volvemos, lo que nos permite distinguir entre la verdad y la falsedad. Además, en el temor de Dios, llegamos a aborrecer el mal (versículo 7b). En resumen, escuchar la voz de la sabiduría nos otorga el verdadero conocimiento. Por consiguiente, el cristiano perspicaz que atiende la voz de la sabiduría rechaza la falsedad, elige la verdad, habla con verdad y vive una vida veraz.

(4) Debemos escuchar la voz de la sabiduría porque la sabiduría nos habla de "equidad" (o justicia). Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 8:8: "Todas las palabras de mi boca son justas; no hay en ellas nada torcido ni perverso". La palabra hebrea traducida aquí como "justas" conlleva el significado de rectitud o equidad. En otras palabras, las palabras que proceden de la boca de Dios son justas (equitativas). Así como reflexionamos anteriormente —basándonos en la segunda mitad del versículo 6— que debemos escuchar a la sabiduría porque habla de "honestidad", el versículo 8 también enseña que debemos escuchar a la sabiduría porque habla de "equidad". Lo que tienen en común la "honestidad" y la "equidad" —si las visualizamos como líneas— es que son líneas rectas; no se curvan ni se desvían. Por tanto, el rey Salomón declara que todas las palabras de su boca son justas y no contienen nada torcido ni perverso. En resumen, cuando prestamos atención a la voz de la sabiduría, somos capacitados para actuar rectamente. Por consiguiente, el cristiano con

discernimiento que escucha la voz de la sabiduría se aparta de los caminos torcidos y perversos, eligiendo en su lugar transitar por la senda de la equidad.

Amigos, debemos escuchar la voz de la sabiduría que procede de la boca de Dios. Cuando oímos la voz de Dios —que es supremamente buena y recta (v. 6), veraz (v. 7) y justa (v. 8)—, adquirimos conocimiento y desarrollamos discernimiento (v. 9). Además, al escuchar y obedecer las palabras de sabiduría de Dios, crecemos en sabiduría y discernimiento (v. 9); llegamos a reconocer lo que es verdaderamente bueno, recto, veraz y justo, lo cual nos capacita para elegir y recorrer los caminos de la bondad, la honestidad, la verdad y la equidad. En otras palabras, cuando atendemos el llamado de la sabiduría, recibimos la capacidad de poseer verdadero conocimiento y valores correctos, así como de seguir el camino y la conducta adecuados. Mi oración es que usted y yo lleguemos a ser cristianos con tal discernimiento: escuchando la voz de sabiduría de Dios, eligiendo Su camino y viviendo vidas veraces, buenas, rectas y equitativas ante Sus ojos.

En segundo y último lugar, para adquirir discernimiento, debemos atender las instrucciones de Dios y adquirir conocimiento. Observemos el texto de hoy, Proverbios 8:10: «Escoged mi instrucción en lugar de la plata, y el conocimiento antes que el oro fino». Si se le presentaran dos opciones —plata y oro por un lado, e instrucción y conocimiento de Dios por el otro—, ¿cuál elegiría? Al considerar esta pregunta, recuerdo el conocido dicho que aconseja enseñar a nuestros hijos a pescar en lugar de simplemente pescar por ellos. Reconocemos que enseñar la habilidad o el método para pescar es mucho más valioso que el pescado mismo. Sin embargo, al examinar nuestra vida real, parece que a menudo elegimos el pescado. Esto se refleja en cómo perseguimos tesoros —oro, plata y riqueza— más que el conocimiento y la instrucción de Dios. El mensaje central del pasaje de hoy, Proverbios 8:10-11, es que la sabiduría de Dios es muy superior al oro, la plata o las perlas. La razón es que tesoros como el oro, la plata y las perlas son el «pescado», mientras que la sabiduría de Dios es el método o la habilidad para obtenerlos. Esto significa que, si adquirimos la instrucción y el conocimiento de Dios y nos volvemos sabios, Dios nos concede la capacidad de generar

riqueza; por tanto, la sabiduría de Dios es más valiosa que la riqueza misma. La lectura reciente de una noticia sobre la demanda de patentes entre Samsung y Apple me recordó un comentario de Ahn Cheol-soo: «Ya no hay posibilidad de ganar basándose únicamente en el hardware». A medida que cambian los tiempos, el enfoque se desplaza del hardware al software. Aquí, el «hardware» se refiere a elementos tangibles: las computadoras y sus periféricos, como la unidad central, la CPU, el disco duro, el ratón y el monitor. El «software», en términos sencillos, se refiere a los «programas». Por ejemplo, no se puede jugar a un videojuego solo con el hardware; se necesita el programa del juego en sí. Ese programa debe instalarse en la computadora para que sea posible jugar. Algunos han aplicado esta analogía a los seres humanos: el cuerpo humano es el hardware, mientras que el conocimiento humano es el software (o internet). Creo que el cuerpo humano es verdaderamente importante también. Sin embargo, el cuerpo de una persona que carece de conocimiento es como el hardware de una computadora sin software; ambos son esenciales. Sin embargo, al considerar a una persona carente de conocimiento, me preocupa que la época actual se esfuerce por acumular riqueza mientras abandona el conocimiento de Dios.

La persona perspicaz que escucha la voz de la sabiduría

Debemos escuchar la voz de la sabiduría que clama (Proverbios 8:1).

Debemos escuchar a la sabiduría porque nos habla de «lo excelente» (v. 6a). En otras palabras, la sabiduría nos enseña los «valores correctos». Cuando poseemos los valores correctos, podemos distinguir entre lo eterno y beneficioso y lo pasajero e inútil. La persona perspicaz que escucha a la sabiduría se aferra a estos valores correctos y elige lo eterno y beneficioso. Debemos escuchar a la sabiduría porque nos habla de «rectitud» (v. 6b). En otras palabras, la sabiduría nos muestra el «camino correcto». Mientras que la voz de Satanás nos insta a andar por un camino tortuoso, la sabiduría nos dice que caminemos por la senda recta: el camino de la integridad. La persona perspicaz que escucha a la sabiduría elige el camino correcto y lo recorre fielmente, sin desviarse ni a la izquierda ni a la derecha. Debemos escuchar a la sabiduría porque nos habla de «verdad» (v. 7). En otras palabras, la sabiduría nos otorga un «discernimiento sano». Cuando poseemos un discernimiento sano, podemos distinguir entre la verdad y la falsedad. La persona perspicaz que escucha a la sabiduría utiliza este discernimiento para elegir la verdad y vivir una vida veraz. Debemos escuchar a la sabiduría porque nos habla de «justicia» (v. 8). En otras palabras, la sabiduría nos enseña la «conducta correcta». Cuando buscamos actuar rectamente, la voz de Satanás nos insta a cometer actos de injusticia en un mundo injusto, mientras que la sabiduría nos llama a practicar la justicia. La persona perspicaz que atiende la voz de la sabiduría realiza acciones correctas —es decir, actos de justicia— incluso en este mundo injusto.

El poder de la sabiduría

[Proverbios 8:12–21]

¿Qué considera usted que es la fuente del poder de un cristiano? Personalmente, creo que el poder de un cristiano es el poder de Dios, revelado a través de nuestra propia incapacidad. Por lo tanto, aunque resulta doloroso y difícil sentir agudamente los límites de nuestras propias capacidades en medio de las adversidades y dificultades de la vida, creo que es necesario. Esto se debe a que, al hacerlo, encontramos la oportunidad de experimentar el poder infinito de Dios dentro de los confines de nuestras propias limitaciones. ¿Acaso no vivimos cada día gracias al poder de Dios, quien nos otorga fortaleza cuando somos débiles?

En el pasaje de hoy, Proverbios 8:12, la Biblia afirma: «Yo, la Sabiduría, habito con la prudencia», y en el versículo 14 declara: «Tengo... entendimiento; tengo poder». En otras palabras, la sabiduría está ligada al entendimiento, y el poder pertenece a la sabiduría. Así pues, bajo el título «El poder de la sabiduría», quisiera explorar tres lecciones clave sobre la naturaleza de este poder. Mi esperanza es que, al reconocer profundamente nuestra propia insensatez —el límite de nuestra propia sabiduría—, lleguemos a experimentar el poder de la sabiduría de Dios.

En primer lugar, el poder de la sabiduría consiste en aborrecer el mal.

Observemos Proverbios 8:13 en el pasaje de hoy: «Temer al SEÑOR es aborrecer el mal; yo aborrezco el orgullo y la arrogancia, la conducta malvada y el hablar perverso». Si volvemos a Proverbios 1:7 —un versículo sobre el que ya hemos meditado anteriormente—, la Biblia

afirma: «El temor del SEÑOR es el principio del conocimiento, pero los insensatos desprecian la sabiduría y la instrucción». Si consideramos el proverbio que establece que el temor del Señor es el fundamento de la sabiduría —mientras que los insensatos desprecian la sabiduría y la instrucción— en relación con el pasaje de hoy (Proverbios 8:13), esto implica que los sabios temen a Dios y, por tanto, aborrecen el mal, mientras que los insensatos no temen a Dios y, por tanto, aman el mal. Específicamente, los insensatos aman aquello que Dios aborrece: el orgullo, la arrogancia, la conducta malvada y la boca perversa (versículo 13). En cambio, los sabios, que temen a Dios y aborrecen el mal, también aborrecen estas cosas porque Dios las aborrece. Precisamente en esto reside el poder de la sabiduría: en la capacidad de aborrecer lo que Dios aborrece. En otras palabras, el poder de la sabiduría radica en aborrecer el mal que Dios detesta: el orgullo, la arrogancia, la conducta malvada y la boca perversa.

Hace poco, mientras conversaba con un diácono, él citó Romanos 3:10 —«No hay justo, ni aun uno»— y luego citó Romanos 7:19: «Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago». También se hizo eco del clamor del apóstol Pablo: «¡Miserable de mí!» (versículo 24), y no pude menos que estar de acuerdo con las Escrituras que él mencionó. De hecho, es probable que no haya cristiano creyente en Jesús que, en algún momento de su propia lucha espiritual, no haya hecho la misma confesión que el apóstol Pablo en Romanos 7. Una razón para ello es que, tal como dijo Pablo —«no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago»—, nosotros también vemos a veces esa misma naturaleza en nuestro interior (versículo 19). ¿Alguna vez te has visto incapaz de hacer el bien que deseas, mientras cometes el mal que no quieres? Si es así, ¿cómo te sientes al verte cometiendo tal maldad? ¿Acaso no caes a veces en el reproche propio y en un sentimiento de vergüenza por tu propia incapacidad? El poder de la sabiduría nos capacita para aborrecer el mal porque tememos a Dios. En otras palabras, el poder de la sabiduría hace que aborrezcamos lo que Dios aborrece. En el pasaje de hoy, Proverbios 8:13, la Biblia afirma claramente que Dios aborrece el orgullo, la arrogancia, la conducta malvada y la boca perversa. La sabiduría posee el poder de hacernos aborrecer todas estas cosas. Esto

es posible porque la sabiduría «habita con la prudencia y halla el conocimiento y la discreción» (versículo 12). ¿Qué significa esto? Significa que la sabiduría no solo nos otorga el conocimiento para discernir correctamente entre el bien y el mal en sentido religioso y ético, sino que además nos dota de la prudencia necesaria para evitar cometer pecados religiosos y éticos (Park Yun-sun). ¿No deseas recibir este poder de la sabiduría? También podemos decir que el poder de la sabiduría nos capacita para amar lo que Dios ama. ¿Y qué es lo que Dios ama? La bondad. Puesto que Dios aborrece el mal —específicamente el orgullo, la arrogancia, la conducta malvada y la boca perversa—, se deduce que la bondad que Él ama consiste en la humildad, la mansedumbre, la buena conducta y el hablar con honestidad. Por tanto, el creyente sabio que posee el poder de la sabiduría es humilde y manso, practica la bondad y dice la verdad. ¿Somos verdaderamente cristianos sabios que poseen este poder de la sabiduría?

En segundo lugar, el poder de la sabiduría radica en establecer la justicia.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 8:15-16: «Por mí reinan los reyes y los gobernantes establecen la justicia; por mí gobiernan los príncipes, así como todos los jueces de la tierra». El presidente y los líderes de una nación necesitan la sabiduría de Dios para gobernar y establecer el país con justicia. En otras palabras, para que un gobierno administre eficazmente, debe defender adecuadamente las leyes y el orden de la nación. Para lograrlo, el papel del poder judicial —que dicta sentencia conforme a los estatutos legales— resulta especialmente crucial entre los poderes del Estado (legislativo, judicial y ejecutivo). Sin embargo, ¿qué sería de una nación si su poder judicial no hiciera valer la justicia al administrar la ley? ¿No describiríamos tal lugar como un territorio desolado y sin ley? Así como toda nación que aspira al Estado de derecho debe ejercer el poder gubernamental conforme a la ley, el Reino de Dios debe —aún más— ser gobernado y regido según la ley de Dios. No obstante, al observar la iglesia actual, es inevitable preguntarse si es verdaderamente un Reino de Dios bajo su soberanía. Esto se debe a que la iglesia no honra al Señor como Rey, no lo imita y —además— no revela su gloria.

En 1 Corintios 4:20, el apóstol Pablo afirmó: «Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder». Sin embargo, parece que hoy en día nuestra iglesia se limita a hablar sin demostrar ese poder. Por ejemplo, aunque la iglesia habla del evangelio de Jesucristo, el poder de dicho evangelio no se manifiesta al mundo a través de nosotros. La ley del Reino de Dios se resume en los dos mandamientos de Jesús —amar a Dios y amar al prójimo—, pero como nuestra iglesia solo habla de esta ley sin ponerla en práctica, no logramos demostrar al mundo el poder del amor de Dios. Al igual que en la situación que Pablo abordó, actualmente existe una desconexión entre las enseñanzas de la iglesia y sus acciones (v. 17). En otras palabras, la iglesia habla de la Palabra de Dios pero no vive en obediencia a ella. Como consecuencia, en lugar de ejercer una influencia positiva en el mundo, la iglesia está siendo influenciada negativamente por él. Necesitamos desesperadamente el poder de la sabiduría de Dios. Necesitamos que Dios derrame su sabiduría sobre nosotros para que, por reverencia a Él, no solo aborrezcamos el mal, sino que también establezcamos la justicia y restauremos el orden debido dentro de la iglesia. Establecer la justicia en la iglesia mediante la sabiduría dada por Dios implica discernir entre el bien y el mal (1 Reyes 3:9), hacer lo bueno y abstenerse de toda especie de mal (1 Tesalonicenses 5:22). En el contexto del pasaje de hoy, esto significa que debemos desechar el orgullo, la arrogancia, las malas obras y el lenguaje perverso que Dios aborrece, y abrazar en su lugar la humildad, la mansedumbre, las buenas obras y el hablar honesto que Dios ama, realizando así buenas obras (Efesios 2:10). ¿Por qué debemos hacer esto? Porque nuestro Dios no es un Dios de desorden, sino de paz (1 Corintios 14:33). ¿Qué significa esto? Cuando las familias y las iglesias que creen en el Señor se rigen por la sabiduría de Dios, no existe en ellas absolutamente ningún desorden. Por el contrario, tales familias e iglesias experimentan la paz que Dios otorga. ¿Es el poder de esta sabiduría verdaderamente evidente en su familia y en la mía?

En tercer lugar, el poder de la sabiduría permite adquirir riquezas. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 8:21: «Para hacer que los que me aman hereden riquezas, y para llenar sus tesoros». En Proverbios 8:10–11 —texto sobre el cual meditamos durante la reunión de

oración del miércoles pasado— aprendimos que la sabiduría de Dios es muy superior al oro, la plata o las perlas. En otras palabras, dado que prestar atención a la sabiduría de Dios y adquirir su instrucción y conocimiento nos capacita para generar riqueza, la sabiduría divina es más valiosa que la riqueza misma. Veamos Proverbios 8:18–19: «Conmigo están las riquezas y la honra, las riquezas duraderas y la justicia. Mi fruto es mejor que el oro, sí, que el oro fino; y mi ganancia, mejor que la plata escogida». ¿Qué significa esto? El rey Salomón afirma que quienes poseen sabiduría también poseen riquezas y honra. ¿Acaso el propio rey Salomón no fue un hombre que disfrutó de las riquezas y la honra otorgadas por Dios gracias a su sabiduría? Como Dios declara en Deuteronomio 8:17–18, Él es quien nos da el poder para adquirir riquezas. Por lo tanto, en lugar de esforzarnos simplemente por obtener riqueza, debemos esforzarnos por alcanzar la sabiduría de Dios, la cual nos capacita para adquirirla.

Entonces, ¿qué debemos hacer para revestirnos de este poder de la sabiduría? Debemos amar la sabiduría. Y debemos buscarla con diligencia. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 8:17: «Yo amo a los que me aman, y los que me buscan con diligencia me hallan». El rey Salomón nos insta —a usted y a mí— a convertirnos en aquellos que «me aman» (versículo 21); es decir, en quienes aman la sabiduría. La razón es que, cuando amamos la sabiduría, nos vemos revestidos del amor de la sabiduría. ¿Qué significa estar revestidos del amor de la sabiduría? Significa que, tal como Dios concedió riquezas y honra al rey Salomón —cosas que ni siquiera había pedido— cuando este buscó la sabiduría de una manera que agradaba al corazón de Dios, así también la sabiduría nos otorga todas estas bendiciones cuando la amamos. Por ello, el rey Salomón nos exhorta a buscar la sabiduría con diligencia, asegurándonos que, si lo hacemos, la encontraremos. ¿Cómo podemos, entonces, buscar la sabiduría con diligencia? En primer lugar, si carecemos de sabiduría, debemos pedírsela a Dios, quien da generosamente a todos sin reprochar (Santiago 1:5). También debemos escuchar con diligencia la voz de la sabiduría (Proverbios 8:1). Es preciso escuchar y obedecer atentamente la voz de Dios; al hacerlo, seremos revestidos del poder de la sabiduría que proviene de Él.

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Personalmente, hay un poder que busco en Dios: el poder de la Palabra y el poder del amor. Sin embargo, al continuar meditando en los libros sapienciales de la Biblia, llegué a anhelar otro poder más: el «poder de la sabiduría» sobre el cual hemos reflexionado en el pasaje de hoy. Mi motivación para buscar este poder de la sabiduría surgió porque, al meditar en estos libros, mi propia insensatez y falta de entendimiento quedaban cada vez más al descubierto, sin dejarme otra opción que pedirle sabiduría a Dios. Una de las razones principales por las que deseo fervientemente el poder de la sabiduría es para aborrecer el mal. En otras palabras, busco este poder de Dios para aborrecer el mal que Él aborrece y amar aún más el bien que Él ama. Además, el poder de la sabiduría es esencial para establecer la justicia. En particular, al servir a la Iglesia Presbiteriana Victory —el cuerpo de Cristo—, deseo ser revestido de esta sabiduría para defender la justicia y asegurar el orden y la paz dentro de la iglesia. En cuanto a la congregación, mi oración es que Dios les conceda el poder de la sabiduría para adquirir riquezas y dedicarlas a la obra de su Reino y al ministerio del Evangelio. Que todos amemos la sabiduría y la busquemos con diligencia, para que seamos revestidos de este poder y veamos tales obras hacerse realidad.

¡Atiende la instrucción de la sabiduría!

[Proverbios 8:22–36]

Al servir en la iglesia, a menudo nos encontramos ocupados y distraídos por la gran cantidad de trabajo (Lucas 10:40). Como consecuencia, sentimos resentimiento hacia los hermanos y hermanas que nos rodean por «dejarnos hacer el trabajo solos» (v. 40). Aferrándonos a este descontento, incluso llevamos nuestras quejas al Señor en oración: «Señor, ¿no te importa que me hayan dejado hacer el trabajo solo?» (v. 40). En tales momentos, creo que el Señor nos habla así: «Fulano, estás preocupado y atribulado por muchas cosas, pero solo unas pocas son necesarias; o mejor dicho, una sola cosa basta» (versículos 41–42). El Señor desea que nosotros, al igual que María, «nos sentemos a los pies del Señor y escuchemos su palabra» (versículo 39) y obedezcamos su voluntad; sin embargo, albergamos el deseo de glorificar a Dios realizando afanosamente muchas cosas según nuestra propia voluntad. Aunque el Señor dice que «una sola cosa basta» (versículo 42), no nos sentimos satisfechos con hacer únicamente esa cosa. En última instancia, servimos a la iglesia según nuestra propia voluntad en lugar de obedecer la voluntad del Señor. Mientras que el Señor ve que «María ha escogido la mejor parte» (versículo 42), nosotros, como Marta, estamos distraídos y atribulados por muchas tareas.

Al comenzar a meditar en el capítulo 8 de Proverbios —centrándonos en los versículos del 1 al 11—, aprendimos que para obtener discernimiento debemos atender el llamado de la sabiduría y escuchar sus instrucciones para adquirir conocimiento. Consideramos cuatro razones por las que debemos escuchar las instrucciones de la sabiduría: (1) La sabiduría habla de «lo excelente» (versículo 6a); en otras palabras, debemos escuchar porque la

sabiduría infunde en nosotros los valores correctos. (2) La sabiduría habla de «lo recto» (versículo 6b); es decir, debemos escuchar porque la sabiduría nos guía por el camino correcto. (3) La sabiduría habla de «la verdad» (versículo 7); ...es decir, debemos escuchar porque ello nos permite adquirir el verdadero conocimiento. (4) La sabiduría habla de «equidad» (o justicia)... ...esa es la razón (versículo 8). En otras palabras, el motivo por el cual debemos atender la instrucción de la sabiduría es que esta nos guía a actuar rectamente. Resulta interesante observar que, en la sección final de Proverbios 8 —los versículos 32 al 36—, el rey Salomón nos exhorta repetidamente, en tres ocasiones, a «escuchar a la sabiduría» (versículos 32, 34) y a «escuchar la instrucción» (versículo 33). En esencia, nos está diciendo que debemos «atender la instrucción de la sabiduría». Quisiera reflexionar sobre tres maneras en que debemos atender esta instrucción de la sabiduría, para así recibir la lección que Dios tiene preparada para nosotros:

En primer lugar, debemos aguardar con humildad, cada día, para escuchar la instrucción de la sabiduría.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 8:34: «Bienaventurado el hombre que me escucha, velando a mis puertas cada día, aguardando junto a los postes de mi entrada». Como pastor, a menudo me enfrento al desafío que supone preparar y predicar sermones. Entre los muchos retos que afronto, me preocupa especialmente interpretar correctamente el texto bíblico y proclamar con eficacia dicho mensaje a la congregación. En medio de este proceso, a veces me pregunto: «¿Cómo escuchan exactamente el sermón los miembros de la congregación?». Tales reflexiones suelen llevarme a pensar que la congregación también necesita aprender a escuchar los sermones. Recuerdo una ocasión en la que estudiamos cómo escuchar sermones, centrándonos en el libro del profesor Jay Adams titulado *How to Listen to a Sermon* (Cómo escuchar un sermón). Estudiamos esta obra —que detalla los preparativos necesarios, las actitudes adecuadas que debemos adoptar y los obstáculos que dificultan una escucha atenta— con el fin de cultivar nuestros corazones para que fueran «buena tierra», capaz de recibir la semilla de la Palabra. La razón es que la buena

tierra produce una cosecha abundante. El reverendo Park Yun-sun señaló en una ocasión: «La actitud con la que las personas escuchan eficazmente la Palabra de Dios consiste en recibirla con sinceridad y confianza» (Park Yun-sun). Esta actitud sincera implica escuchar la Palabra de Dios con humildad y con un corazón anhelante y ferviente. En el texto de hoy, el rey Salomón describe esta actitud como «velar cada día a mis puertas, aguardar a los postes de mis puertas» (versículo 34). Esta imagen evoca la estampa de nosotros —siervos del Rey de reyes— esperando junto a las puertas del palacio real donde habita el Señor, listos para escuchar Su voz con humildad y anhelo ferviente (Park Yun-sun). En su libro *Cómo escuchar un sermón*, el profesor Jay Adams identifica una de las claves para escuchar bien: la «expectativa ferviente». Esto significa que se requiere una actitud de disposición. La Biblia habla de «recibir la palabra con toda solicitud» (Hechos 17:11). Se necesita un sentido de expectación para escuchar verdaderamente. Al escuchar un sermón en la iglesia, concéntrese en una sola cosa: «¿Qué palabra me dará Dios hoy?». Es preciso poseer una cualidad propia de los niños; solo con un corazón puro y abierto se puede escuchar verdaderamente. Al examinar las Escrituras, hay que hacerlo con un deseo sincero de descubrir la verdad. Acercarse a ellas con prejuicios no conduce a nada. Escuchar simplemente para encontrar fallos o buscar defectos es señal de un «oído enfermo». Hebreos 5:11 afirma: «Tenemos mucho que decir al respecto, pero es difícil de explicar porque a ustedes les cuesta aprender [son tardos para oír]». Esto implica la existencia de oídos que son tardos para escuchar. Escuchar un sermón no consiste en «encontrar defectos», sino en «buscar la verdad» (Adams).

¿Por qué, entonces, debemos esperar humildemente cada día para escuchar esta palabra de verdad? Porque nuestro Señor Jesucristo mismo es la Palabra de Verdad. Más concretamente, dado que Jesucristo es la Sabiduría que existió con Dios desde el principio, debemos esperar humildemente cada día para escuchar las palabras de verdad que proceden de Su boca. En el pasaje de hoy —Proverbios 8:22–26— vemos al rey Salomón enfatizar que la Sabiduría existía junto a Dios en el principio, incluso antes de la creación del cielo y de la tierra: «El Señor me poseía al principio de su camino, antes de sus obras más

antiguas. Fui establecida desde la eternidad, desde el principio, antes de que existiera la tierra. Fui engendrada cuando aún no había abismos, cuando no había fuentes que rebosaran de agua. Fui engendrada antes de que se asentaran los montes, antes de las colinas; cuando aún no había hecho la tierra ni los campos, ni el polvo primordial del mundo». Al considerar frases como «desde el principio», «aún no» y «antes de que hubiera hecho», resulta evidente que el rey Salomón describe cómo la Sabiduría existía junto a Dios desde el mismo comienzo; un concepto sorprendentemente similar al de Juan 1:1–2: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios». En otras palabras, la «Sabiduría» de la que se habla en Proverbios 8:22–26 se refiere a Jesucristo, quien estaba con Dios en el principio (Park Yun-sun). Y puesto que Jesucristo es el «Verbo», debemos escuchar humildemente esa Palabra cada día; pues «no solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor» (Deuteronomio 8:3).

En segundo lugar, debemos atender las enseñanzas de la sabiduría y ponerlas en práctica.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 8:32: «Ahora, pues, hijos, escuchadme; bienaventurados los que guardan mis caminos». No debemos limitarnos a escuchar —con humildad y sinceridad— las palabras de Jesús, quien estuvo con Dios desde el principio. Debemos escuchar esas palabras y ponerlas en práctica; esa es la vida verdaderamente bendecida para nosotros, los cristianos. Sin embargo, así como nos cuesta escuchar las palabras del Señor, también experimentamos dificultades para llevarlas realmente a la práctica. Por ejemplo, necesitamos cultivar diligentemente nuestro corazón cada día para convertirlo en «buena tierra» capaz de recibir las palabras del Señor; si descuidamos esto, no recibimos la semilla de su palabra con la humildad debida y, por tanto, no damos fruto. Además, aun después de escuchar la palabra, debemos actuar conforme a ella para dar fruto, pero Satanás arrebata la palabra de nuestros corazones para impedir esa fecundidad (Lucas 8:12). Otra razón por la que no ponemos la palabra en práctica es que las raíces de nuestra fe son superficiales. En consecuencia, aunque al principio recibamos la palabra del

Señor con alegría y creamos por un tiempo, cuando llegan las pruebas, traicionamos al Señor (v. 13) y desobedecemos su palabra. Asimismo, debido a las preocupaciones, las riquezas y los placeres de este mundo (v. 14), no guardamos adecuadamente la palabra del Señor y, por consiguiente, no damos fruto plenamente. No obstante, si poseemos un «corazón noble y bueno», escucharemos la palabra del Señor, la guardaremos y viviremos una vida que da fruto mediante la perseverancia (v. 15). Creo que este «corazón noble y bueno» es un corazón que experimenta el poder de la palabra de Dios: la misma palabra que llevó a cabo la obra de la creación. En otras palabras, la persona sabia que escucha y obedece la palabra del Señor posee un corazón que experimenta el poder de la palabra del Señor Todopoderoso, una palabra que obra la nueva creación. Podemos vislumbrar la naturaleza de este poder en el pasaje de hoy, Proverbios 8:27–30: «Allí estaba yo cuando él estableció los cielos, cuando trazó el horizonte sobre la faz del abismo, cuando afirmó las nubes en lo alto y fortaleció las fuentes del abismo, cuando puso un límite al mar para que las aguas no transgredieran su mandato, y cuando marcó los cimientos de la tierra; entonces yo estaba a su lado como un maestro de obra; yo era su deleite día tras día, regocijándome siempre en su presencia». Las frases «allí estaba yo» y «yo estaba a su lado» indican que el rey Salomón describe a la Sabiduría como alguien que existía con Dios desde el mismo principio: presente junto a Dios durante la creación del cielo y la tierra y actuando como un «maestro de obra». Este concepto resuena en Juan 1:3: «Todas las cosas fueron hechas por medio de él, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho». En otras palabras, la «Sabiduría» de la que se habla en Proverbios 8:27–30 apunta al hecho de que Jesucristo es el Dios Creador que hizo todas las cosas. Esto significa que la palabra que procede de la boca del Señor —el Dios que creó el universo mediante su palabra— posee el poder de llevar a cabo la obra de una nueva creación. Por lo tanto, cuando escuchamos esa palabra poderosa y permitimos que nuestros corazones sean cautivados y guiados por su poder, no podemos evitar obedecerla y actuar conforme a ella. La razón es que esta palabra es una palabra viva y nuestra luz (Juan 1:4); así, esta palabra de luz que da vida disipa toda oscuridad de nuestros corazones. Amados, bienaventurados aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica. ¿Qué clase de bendición es esta? Es la bendición de

la prosperidad. Miren Josué 1:8: «Que este Libro de la Ley esté siempre en tus labios; medita en él día y noche, para que te esfuerces por hacer todo lo que en él está escrito. Entonces prosperarás y tendrás éxito». La persona sabia escucha la instrucción de la sabiduría y actúa conforme a ella, disfrutando así de la bendición de prosperidad que Dios otorga.

En tercer y último lugar, debemos escuchar la instrucción de la sabiduría y adquirir sabiduría. Observemos el texto de hoy, Proverbios 8:33: «Atended a la instrucción y sed sabios; no la menospreciéis». Podemos adquirir sabiduría cuando escuchamos y obedecemos las palabras pronunciadas por el Señor, quien es la Sabiduría misma y Aquel que lleva a cabo la obra de la nueva creación. Y al adquirir sabiduría, experimentamos deleite y gozo. Veamos los versículos 30 y 31: «Yo estaba a su lado como artífice. Me deleitaba día tras día, regocijándome siempre en su presencia, regocijándome en todo su mundo y deleitándome en la humanidad». Aquí, el rey Salomón describe cómo, cuando Dios creó los cielos y la tierra en el principio, Jesús —que es la Sabiduría— estaba presente, regocijándose y deleitándose en la creación de Dios. En particular, Jesús, como Sabiduría, se regocijó cuando Dios creó a la humanidad (MacArthur). Sin embargo, la humanidad desobedeció el mandato de Dios y pecó; como consecuencia, la maldad se propagó por todo el mundo. Al ver que toda inclinación de los pensamientos del corazón humano era solo maldad en todo momento, Dios se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra, y su corazón se afligió profundamente (Génesis 6:5-6). Finalmente, el pecado entró en el mundo por medio de un solo hombre, Adán, y la muerte se extendió a todas las personas debido a ese pecado (Romanos 5:12). No obstante, mediante la obediencia —incluso hasta la muerte en la cruz— del «último Adán», Jesucristo, hemos recibido el don de la gracia y alcanzado la vida eterna (versículo 21). Aquellos que prestan atención a las palabras de Jesús, quien nos guía a la vida eterna, pueden adquirir sabiduría. Debemos escuchar la instrucción de Jesús y adquirir sabiduría para obtener vida y hallar el favor de Dios. Observemos el texto de hoy, Proverbios 8:35: «Porque el que me halla, halla la vida y recibe el favor del Señor». Por el contrario, quienes no hallan a Jesús —que es la verdadera sabiduría— se hacen daño a sí mismas, y quienes le odian aman la muerte (versículo 36).

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Recuerdo las palabras de Jesús en Mateo 10:16 cuando envió a sus doce discípulos: «Mirad, os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas». Al vivir en este mundo, plagado de falsos maestros que son como lobos, los cristianos debemos poseer verdadera sabiduría para preservar la pureza de nuestra fe. Para llegar a ser sabios, debemos escuchar repetidamente las enseñanzas de la sabiduría. Además, debemos aguardar con humildad cada día para oír la voz del Señor en su presencia. Hemos de escuchar su voz y ponerla en práctica; al hacerlo, adquiriremos sabiduría. Cuando actuamos así, Dios nos concede el verdadero conocimiento (la verdad) y los valores correctos, capacitándonos para andar por el camino acertado y vivir una vida justa. Ruego que esta gracia de Dios repose sobre todos nosotros.

¡Abandona la insensatez y sigue el camino de la sabiduría!

[Proverbios 9:1–18]

El lunes pasado, un amigo me regaló un libro. Aunque ya me interesaba porque la autora era la reconocida Park Wan-suh, el título mismo llamó especialmente mi atención: *El camino no recorrido es más hermoso*. Quizás porque hay tantos caminos que yo mismo nunca he tomado, sentí curiosidad por saber qué clase de «camino no recorrido» le parecía tan hermoso a la autora; así que abrí el libro y comencé a leer. «A lo largo de nuestra vida tomamos diversas decisiones. Elegir no es simplemente seleccionar una opción entre muchas; es también el acto de renunciar a las demás. Por consiguiente, quienes tienden a albergar remordimientos suelen obsesionarse con aquello que dejaron atrás al tomar una decisión» (Internet). Imagino que cualquiera que guarde pesar por caminos no recorridos se sentiría atraído por este título. Así pues, abrí el libro y empecé a leer. «El camino no recorrido es más hermoso» era el título del primer capítulo. En él, la autora relata su infancia y la época de la Guerra de Corea; describe cómo la guerra le impidió seguir el camino con el que había soñado. Aunque recorrió un sendero distinto y ha vivido en este mundo casi ochenta años, al mirar atrás llega a esta conclusión: «Puede que la seda con la que soñé hubiera sido de menor calidad que la que realmente conseguí; sin embargo, al igual que el camino no recorrido suele parecer más hermoso que el que realmente se transitó, no puedo evitar sentir que el éxito que alcancé en la realidad parece mucho más humilde en comparación con el sueño que dejé escapar» (Park Wan-suh).

Al reflexionar personalmente sobre mi propia vida —que abarca unos cuarenta y cuatro años—, he intentado distinguir entre el camino que recorrí por mi cuenta y aquel por el que el Señor me guio. Por supuesto, reconozco que no es fácil clasificar mi vida en solo dos caminos, pero mientras preparaba el sermón de hoy, sentí que valía la pena intentar hacer tal distinción. En primer lugar, al mirar atrás hacia el camino que recorrí, me veo obligado a confesar —en una palabra— que fue un camino de insensatez, ignorancia, vagar sin rumbo y pecado. Fue un camino de extravío y pecado porque vivía en el mundo, apartado de Dios; fue un camino de insensatez e ignorancia porque buscaba el sentido, el gozo y la felicidad de la vida en el mundo en lugar de en el Señor. En cambio, ¿cómo describiría el camino por el que el Señor me ha guiado? Lo llamaría un camino de gracia, un camino de amor y un camino que cumple el propósito mismo de mi existencia. Es un camino definido por el propósito de mi vida porque, durante un retiro de un ministerio universitario en mi primer año de universidad, el Señor me reveló la razón de mi existencia y me guio a vivir una vida impulsada por ese propósito. Además, es un camino de gracia y amor porque Él me ayudó a comprender —y sigue permitiéndome experimentar— que todo es resultado de Su gracia absoluta y Su amor infinito. En medio de este viaje, hace unos seis años, el Señor me llevó a meditar en el libro de los Salmos —uno de los libros de sabiduría—, seguido por Eclesiastés y ahora, en 2011, el libro de Proverbios; a través de este proceso, puedo ver cómo Él me guía a transitar el camino de la sabiduría. En particular, mediante estos libros de sabiduría, el Señor pone continuamente de manifiesto mi propia insensatez, al tiempo que me instruye sobre la naturaleza del camino de sabiduría que desea que siga. En este contexto, a través del pasaje de hoy en Proverbios 9, el Señor me habla diciendo: «Abandona la insensatez y camina por la senda del entendimiento». Observemos el versículo 6 de Proverbios 9: «Deja tu ingenuidad y vivirás; camina por el camino del entendimiento». Centrándome en este versículo y en el título «Abandona la insensatez y camina por la senda del entendimiento», deseo recibir la sabiduría que se encuentra en Proverbios 9 respecto a la insensatez específica que debemos desechar y cómo podemos caminar por la senda del entendimiento.

En primer lugar, consideremos: ¿cuál es exactamente la insensatez que debemos abandonar?

Es, sencillamente, la «burla» (o la actitud del burlador).

Observemos Proverbios 9:7–8: «El que corrige al burlador atrae insultos; el que reprende al malvado recibe agravios. No reprendas a los burladores, pues te odiarán; reprende al sabio y te amará». Cuando en el lenguaje cotidiano describimos a alguien como «arrogante» o «soberbio», generalmente queremos decir que actúa con aires de superioridad y menosprecia a los demás. Sin embargo, el «burlador» mencionado en este pasaje se refiere específicamente a quien tiene a otros en menosprecio o se mofa de ellos (Strong). Tal persona es un escarnecedor que se ríe de las enseñanzas de la verdad (Park Yun-sun). La característica distintiva de este burlador —que se mofa de la verdad— es una arrogancia y soberbia que lo impulsa a despreciar y rechazar la instrucción. ¿Qué es, entonces, lo que al burlador le encanta despreciar y rechazar? La disciplina y la reprensión (o corrección). En otras palabras, la persona arrogante desprecia la sabiduría y prefiere rechazarla (Whitaker). Por eso el rey Salomón dice en el versículo 8 del pasaje de hoy: «No reprendas al arrogante». ¿Cuál es la razón? El temor de que «te aborrezca» (v. 8). Dicho de otro modo, se nos dice que no reprendamos al arrogante porque hacerlo provocaría que nos odiara. Otra razón por la que no debemos reprender al arrogante es que ello podría resultar en que nos insulten o nos señalen defectos (v. 7). Aquí, la expresión «señalarnos defectos» implica que, al reprender a una persona arrogante, podemos ser objeto de sus ataques verbales (Swanson). Por ejemplo, si los reprendemos por amor, podrían lanzarnos insultos o palabras ofensivas.

Personalmente, aunque coincido con la instrucción del rey Salomón de no reprender al arrogante, me he preguntado por qué a tales personas les desagrada tanto recibir reprensiones. ¿Cuál cree usted que es la razón? El Dr. Park Yun-sun señala dos motivos por los cuales los arrogantes rechazan los consejos y, en su lugar, reaccionan con desafío. En primer lugar, su arrogancia nubla su juicio, dejándolos ignorantes de la verdad y

convencidos de que sus propias acciones son correctas. En segundo lugar, su intenso orgullo los lleva a ver a cualquiera que ofrezca consejos o corrección como alguien que intenta menospreciarlos (Park Yun-sun). El Dr. Park afirma que esta clase de orgullo es pecaminosa, ya que la Biblia nos instruye a considerar a los demás como inferiores a nosotros mismos (Fil. 2:3) (Park Yun-sun). ¿Acaso albergamos nosotros este tipo de orgullo pecaminoso? Tal arrogancia nace de la creencia en la propia rectitud, arraigada en un orgullo pecaminoso; por consiguiente, por más que se ofrezca una reprensión con amor, la persona arrogante se niega a escuchar. Para tal persona, la reprensión del sabio no reporta beneficio alguno (v. 12). En lugar de atender la reprensión de la sabiduría, la persona arrogante escucha la voz de la mujer insensata (v. 13). Observemos los versículos 13 al 17 del pasaje de hoy: «La mujer insensata es alborotadora; es simple y nada sabe. Se sienta a la puerta de su casa, en una silla en los lugares altos de la ciudad, llamando a los que pasan, a los que siguen su camino recto: "¡Cualquiera que sea simple, que se desvíe hacia acá!". Y al falto de entendimiento le dice: "Las aguas robadas son dulces, y el pan comido en secreto es agradable"». La mujer insensata llama y seduce a los viajeros que transitan por el camino correcto pero carecen de sabiduría, afirmando que «las aguas robadas son dulces, y el pan comido en secreto es agradable». ¿Cuál es el significado de esta frase seductora: «las aguas robadas son dulces, y el pan comido en secreto es agradable»? Un comentarista ha sugerido que las «aguas robadas» podrían referirse a relaciones sexuales ilícitas; el razonamiento es que, dada la instrucción de Proverbios 5:15 —«bebe el agua de tu propia cisterna, y las corrientes de tu propio pozo»—, la cual alude a la intimidad sexual entre marido y mujer dentro del matrimonio, las «aguas robadas» aquí mencionadas probablemente signifiquen relaciones sexuales fuera del matrimonio. El texto habla de «pan robado» (9:17) —o pan comido en secreto—, lo cual, como señala Walvoord, se refiere a una actividad clandestina y conlleva una connotación negativa. En última instancia, la Biblia nos dice que la persona arrogante cae presa de la seducción de esta mujer insensata (vv. 16-17) y sufre el daño en soledad (v. 12). ¿Qué clase de daño sufre la persona arrogante? La Biblia explica que, al ser insensata (v. 16), la persona arrogante sucumbe al atractivo de la mujer insensata (vv. 13, 16-17); Sin saber que la morada de ella es un lugar de muerte que conduce al sepulcro (v.

18), él acepta su invitación y finalmente encuentra la muerte (cf. 2:18; 5:5; 7:27). Por tanto, Proverbios 9:6 —el pasaje que hoy nos ocupa— nos manda «dejar la insensatez y vivir, y andar por el camino de la inteligencia». Debemos obedecer esta palabra dejando de lado nuestra arrogancia y caminando por la senda de la inteligencia.

¿Cómo podemos, entonces, recorrer el camino del entendimiento? Esta es la penúltima pregunta que deseamos considerar a partir del pasaje de hoy. Creo que el texto de hoy nos ofrece tres lecciones clave:

En primer lugar, debemos responder a la invitación de la Sabiduría.

Observemos Proverbios 9:1–5: «La Sabiduría ha edificado su casa; ha labrado sus siete columnas. Ha preparado su carne y mezclado su vino; también ha puesto su mesa. Ha enviado a sus criadas y llama desde lo más alto de la ciudad: "¡Que todos los simples vengan aquí!". A los faltos de juicio les dice: "Vengan, coman de mi alimento y beban del vino que he mezclado"». En este pasaje, el rey Salomón describe dos voces distintas que nos invitan desde los «lugares altos» de la ciudad: una es la invitación de la mujer insensata (v. 14) y la otra es la invitación de la Sabiduría (v. 3). La Biblia nos dice que aquellos que carecen de juicio (v. 16) responden a la invitación de la mujer insensata desde las alturas de la ciudad; abandonan el camino recto que recorrían (vv. 14–15), eligen la senda de la insensatez y, finalmente, encuentran la muerte (v. 18). En cambio, los sabios responden a la invitación de la Sabiduría desde las alturas de la ciudad; dejan atrás su insensatez, eligen el camino del entendimiento y, finalmente, obtienen la vida (v. 6). Mientras que la mujer insensata invita a los faltos de discernimiento afirmando que «las aguas robadas son dulces; el alimento que se come en secreto es delicioso» (v. 17), la Sabiduría los invita diciendo: «Vengan, coman de mi alimento y beban del vino que he mezclado» (v. 5). Esta invitación de la Sabiduría nos recuerda Isaías 55:1–3: «¡Venid, todos los sedientos, venid a las aguas! Y los que no tenéis dinero, ¡venid, comprad y comed! Venid, comprad vino y leche sin dinero y sin costo alguno. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia?

Escuchadme bien, comed de lo que es bueno y vuestra alma se deleitará con los manjares más exquisitos. Prestad atención y venid a mí; escuchadme, para que vuestra alma viva. Haré con vosotros un pacto eterno: mi amor fiel prometido a David». ¿Qué significa esto? Dios invita a todos, a través del profeta Isaías, a participar de su salvación. Esto apunta a la invitación llena de gracia del Señor en la era del Nuevo Testamento para compartir la salvación que trae el Evangelio (Park Yun-sun). En contraste con el «agua robada» y el «pan comido a escondidas» (v. 17) de los que habla la mujer insensata en Proverbios 9, la Sabiduría habla de «mi pan» y «mi vino mezclado» (v. 5); así, estos términos se refieren a la carne de Jesucristo —la encarnación de la verdadera Sabiduría— desgarrada en la cruz, y a su preciosa sangre derramada allí. La Biblia enseña que, mientras aceptar la invitación de la mujer insensata a consumir agua robada y comida secreta conduce finalmente a la muerte, aceptar la invitación de la Sabiduría a comer y beber su pan y su vino conduce a la vida (v. 6), específicamente a la vida eterna. Por tanto, debemos responder a la invitación de la Sabiduría y caminar por la senda del entendimiento. En segundo lugar, debemos amar la reprensión, la instrucción y la enseñanza de la sabiduría.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 9:8–9: «No reprendas al burlón, pues te odiará; reprende al sabio y te amará. Instruye al sabio y será aún más sabio; enseña al justo y aumentará su saber». Si reprendemos a un burlón, nos odiará y nosotros, a su vez, podríamos enfrentarnos a insultos o críticas. Sin embargo, la Biblia afirma que si reprendemos a un sabio, este nos amará (versículos 7–8). ¿Por qué habría de amar un sabio a alguien que lo reprende? Esto se debe a que, mediante nuestra reprensión, él aprende una lección, se vuelve más sabio y aumenta su conocimiento (versículo 9). En resumen, dado que nuestra reprensión beneficia al sabio (versículo 12), debemos amar la reprensión, la instrucción y la enseñanza de la sabiduría. Mientras meditaba en este pasaje, escribí un breve texto titulado "Debemos saber aceptar la corrección": "Cualquiera puede señalar faltas, pero hacerlo correctamente no es fácil. Aún más difícil es ofrecer corrección con sabiduría y con el amor de Dios. Debemos aprender a ofrecer corrección —y a recibirla— con humildad y rectitud. Por supuesto, ser corregido puede resultar estresante y doloroso.

Es especialmente doloroso cuando, en lugar de percibir el amor de Dios a través de la persona que nos corrige, solo vemos su egoísmo. Además, cuando se nos corrige basándose en un malentendido —donde la otra persona no logra comprender nuestras verdaderas intenciones—, nuestro instinto suele ser señalar *su* malentendido. Sin embargo, debemos aprender a aceptar la corrección con humildad. La razón es que Dios mismo podría ser quien nos corrige a través de esa persona, independientemente de si la crítica específica es acertada o no. Debemos ver las correcciones que recibimos de los demás como oportunidades para crecer delante de Dios". Proverbios 12:15 nos dice: "Al necio le parece recto su camino, pero el sabio escucha el consejo". Una persona arrogante, convencida de tener la razón, cree que sus acciones son correctas; en consecuencia, por más amorosamente que se le amoneste, no escuchará, e incluso puede llegar a odiar y guardar rencor a quien le ofrece la corrección. En cambio, la persona sabia escucha el consejo, pues posee un oído humilde y receptivo. No se jacta ni insiste en que siempre tiene la razón. Más bien, adquiere conocimiento al aceptar de buena gana la reprensión (15:32, 21:11). Debemos ser personas que acepten de buena gana la reprensión. Debemos amar la reprensión de la sabiduría. Así, debemos hacernos más sabios y recorrer el camino del entendimiento hasta el final.

En tercer y último lugar, debemos llegar a conocer al Dios santo y temerle.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 9:10: "El temor del SEÑOR es el principio de la sabiduría, y el conocimiento del Santo es el entendimiento". Para dejar atrás la insensatez y andar por el camino del entendimiento, debemos llegar a conocer a Dios. ¿Qué clase de Dios es nuestro Dios? Él es el Dios santo. Cuanto más conocemos a este Dios santo, más nos sentimos impulsados a temerle. Esto se debe a que, al conocer al Dios santo, más nos damos cuenta de cuán pecadores, impuros y profanos somos. En el versículo 10, el rey Salomón afirma que el temor de Dios es el «principio» de la sabiduría; sin embargo, la palabra hebrea utilizada aquí para «principio» difiere de la empleada en Proverbios 1:7 —el tema central del libro—, donde se dice: «El temor del SEÑOR es el principio del

conocimiento...». Mientras que la palabra para «principio» en Proverbios 1:7 denota un punto de partida, la palabra usada en Proverbios 9:10 significa un «requisito previo» (Walvoord). En otras palabras, el rey Salomón nos dice que el temor de Dios es un requisito previo para la sabiduría. En última instancia, el requisito para la sabiduría es temer a Dios como resultado de haber llegado a conocer al Dios santo. Para abandonar la insensatez y andar por el camino del discernimiento, debemos cumplir con los requisitos esenciales de la sabiduría: conocer al Dios santo y temerle. Es mi oración que lleguemos a conocer diligentemente al Dios santo y nos convirtamos en creyentes sabios que le temen. Que caminemos por la senda del discernimiento junto al Señor.

Quisiera concluir esta meditación. Al reflexionar sobre nuestro pasado y considerar cómo vivir en el presente y en el futuro, las Escrituras nos instan a dejar de lado la insensatez y a andar por el camino del discernimiento. El nuestro es un viaje de fe que requiere que nos desprendamos repetidamente de ciertas cosas; y debemos, en particular, despojarnos continuamente de la arrogancia. Para andar por el camino del discernimiento, debemos atender la invitación de la sabiduría y valorar su reprensión, su consejo y su instrucción. Además, al conocer al Dios santo, debemos vivir conforme a Su voluntad y en el temor de Él. ¡Victoria!

Hijos sabios e hijos necios

[Proverbios 10:1–32]

Hace unos días, me encontré con una noticia sobre la muerte del hijo de Jung Yoon-hee, una gran estrella que, junto con Yoo Ji-in y Jang Mi-hee, gozó de inmensa popularidad en las décadas de 1970 y 1980. Ayer vi un informe posterior que revelaba que la causa del fallecimiento fue una neumonía aguda derivada del consumo de drogas y alcohol. Había leído el artículo inicial con interés porque el joven era hijo de una estrella famosa, pero saber que su hijo de 22 años estudiaba en la Universidad del Sur de California (USC) —una universidad privada aquí en Los Ángeles— despertó en mí pensamientos complejos. Durante mucho tiempo había escuchado historias sobre algunos estudiantes internacionales de la USC —hijos de familias coreanas adineradas— que, en lugar de centrarse en sus estudios, se desviaban del buen camino cayendo en el consumo de alcohol y drogas. La noticia de la muerte del hijo de esta estrella parecía confirmar tales historias, dejándome una sensación amarga. También me pregunté por el estado de ánimo de Jung Yoon-hee, que ahora tiene 57 años, y de su esposo. ¿Cómo debe ser para unos padres perder a un hijo de esa manera?

En el pasaje de hoy, Proverbios 10:1, la Biblia dice: «Los proverbios de Salomón: El hijo sabio alegra al padre, pero el hijo necio es tristeza para su madre». En otras palabras, un hijo sabio deleita a sus padres, mientras que un hijo necio se convierte en fuente de preocupación y pesar para ellos. Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar sobre la naturaleza de los hijos sabios que alegran a sus padres frente a los hijos necios que les causan dolor, y

considerar las lecciones que podemos extraer de ello. En primer lugar, el hijo sabio busca la justicia, mientras que el hijo necio busca riquezas mal habidas.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 10:2: «Los tesoros mal habidos no sirven de nada, pero la justicia libra de la muerte». Hace poco, después de cenar, toda mi familia jugó al juego «Life» (La vida) con mi hija menor, Ye-eun. Una de las razones por las que me uní al juego fue que mi esposa me había dicho que este era sumamente materialista; quería entenderlo mientras jugaba con los niños y aprovechar la oportunidad para enseñarles una lección sobre las posesiones materiales. Mientras jugaba, aunque fuera solo un juego, ver billetes por valor de miles, decenas de miles e incluso cien mil dólares pasar de unas manos a otras en el tablero me hizo preguntarme por qué el juego se había diseñado con un enfoque tan materialista. Entonces les dije a mis hijos: «No deben amar la riqueza más que a Dios», y ellos respondieron: «Lo sabemos». Una verdad de la que tú y yo —como hijos de Dios Padre— debemos ser conscientes es que las riquezas mal habidas no tienen valor alguno (versículo 2). Aquí, el término «riquezas mal habidas» se refiere a bienes obtenidos injustamente (véase 16:8) por codicia (véase 1:19; 28:16); específicamente, riquezas adquiridas mediante robo, engaño o fraude (Walvoord). Un ejemplo claro de esto aparece en Proverbios 1:13. Allí se describe cómo los impíos nos tientan —a nosotros, los hijos de Dios— diciendo: «Acechemos, derramemos sangre de inocentes sin causa (versículo 11), matémoslos y luego llenemos nuestras casas con todos sus valiosos tesoros» (versículo 13). Por supuesto, es posible que no lleguemos al extremo de matar realmente a una persona inocente para apoderarnos de sus riquezas —aunque ciertamente hay muchas personas así en este mundo—; sin embargo, creo que, mientras vivimos aquí, a menudo nos vemos tentados a convertirnos en esclavos de la codicia y a centrarnos en llenar nuestras cuentas bancarias. El problema es que, una vez que la codicia se infiltra en nuestros corazones, aunque afirmemos ganar dinero y acumular riquezas con un propósito justo, los métodos que empleamos para lograr ese objetivo pueden apartarse de la Palabra de Dios y volverse incorrectos. Si intentamos acumular riquezas engañando a otros o incluso robando, la Biblia nos califica de insensatos. Hoy, las Escrituras nos dicen que los hijos insensatos que causan

pesar a Dios Padre son aquellos que emplean medios injustos para obtener riquezas injustas. Debemos tener presente que tales riquezas injustas no sirven de nada (10:2). Además, no debemos olvidar que Dios «rechaza el deseo de los impíos» (versículo 3). Otro hecho que debemos tener presente aquí —tal como se indica en el versículo 16 del pasaje de hoy— es que «las ganancias del impío conducen al pecado». ¿Qué significa esto? Significa que los ingresos del impío se convierten, en realidad, en un castigo para él. ¿No resulta interesante? Por lo general, uno pensaría que tener grandes ingresos es algo bueno; sin embargo, para el impío, esto se transforma en una forma de castigo. Ciertamente, Dios juzga al impío; puede hacerlo a través de sus propios ingresos, convirtiendo su riqueza en una trampa para él. En última instancia, lo crucial no es si se posee mucha o poca riqueza, sino si se practica la justicia o no. Por eso la Biblia afirma en la segunda parte de Proverbios 10:2: «La justicia libra de la muerte». ¿Qué significa esto? Significa que la riqueza obtenida mediante la injusticia no reporta ningún beneficio, mientras que la justicia sí es provechosa. Hay un punto que debemos aclarar aquí: el significado de la palabra traducida como «justicia» (o *uiri* en coreano). Aunque solemos asociar *uiri* con el deber moral o la lealtad que se debe mantener en las relaciones humanas, el término utilizado en este pasaje se refiere a la «justicia» en el sentido bíblico. Si bien algunos intérpretes definen esta «justicia» como un amor compasivo hacia los demás (Deuteronomio 24:13), el Dr. Park Yun-sun la entendía como «una vida justa que guarda los mandamientos de Dios» (Park Yun-sun). La interpretación del Dr. Park me resulta convincente. Dado que la «riqueza obtenida mediante la injusticia» se refiere a bienes adquiridos por medios ilícitos —como el robo o el fraude— que contradicen las enseñanzas de Dios, se deduce que la «justicia» —al contrastar con tal injusticia— significa vivir conforme a la Palabra de Dios. Además, mientras que la «injusticia» ama la riqueza, la «justicia» ama a Dios… Guardamos los mandamientos de Dios porque le amamos.

Entonces, ¿qué dice la Biblia sobre el beneficio que esta «justicia» nos aporta a usted y a mí?

(1) El beneficio que nos reporta la justicia es que Dios libra al justo de la muerte. Observemos el texto de hoy, Proverbios 10:2: «Los tesoros mal adquiridos no sirven de nada, pero la justicia libra de la muerte». ¿Qué significa que «la justicia libra de la muerte»? Significa que, cuando una persona se mantiene firme en la justicia —aunque deba afrontar momentos difíciles al hacerlo—, finalmente recogerá buenos frutos (Park Yun-sun). Cuando vivimos rectamente guardando los mandamientos de Dios, incluso en medio de las dificultades y la adversidad, Dios hace que todas las cosas cooperen para nuestro bien y nos permite dar frutos hermosos. En cuanto a este fruto, Dios ha justificado a aquellos de nosotros que creemos en Jesucristo mediante su muerte en la cruz y su resurrección; al haber sido justificados, somos librados incluso de la muerte y llegamos a disfrutar de la vida eterna gracias a la justicia de Jesús que nos ha sido imputada. Por tanto, el beneficio que nos aporta la justicia es eterno.

(2) Dios no deja que el alma del justo pase hambre.

Observemos Proverbios 10:3: «El SEÑOR no deja que el alma del justo pase hambre, pero frustra los deseos del malvado». La Biblia afirma claramente que Dios no permite que el justo pase hambre. Ya sea en sentido físico o espiritual, Dios provee el sustento diario a quienes hemos sido justificados mediante la muerte y resurrección de Jesús, incluso cuando nos encontramos en medio de la tribulación y la escasez. Además, Dios utiliza esos tiempos de dificultad y necesidad para refinar nuestra fe, haciendo que salgamos de ellos como oro puro.

(3) El beneficio que nos aporta la justicia es que Dios derrama bendiciones sobre el justo.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 10:6-7: «Bendiciones coronan la cabeza del justo, pero la boca del malvado oculta violencia. La memoria del justo es una bendición, pero el nombre del malvado se pudrirá». La bendición que Dios derrama desde lo alto sobre el justo es la bendición de la prosperidad. Esto significa que, aunque el camino que recorre el justo

pueda conllevar a veces dificultades y adversidades, Dios finalmente le concede éxito y bienestar en esa trayectoria (Park Yun-sun). Asimismo, las Escrituras afirman que Dios hace que el nombre del justo sea recordado por las generaciones venideras, y recordado con alabanza. José, tal como se describe en el libro del Génesis, es un claro ejemplo de ello. Debido a que Dios estaba con José, le hizo prosperar y finalmente lo elevó a la posición de primer ministro de Egipto; a través de él, Dios preservó la vida de Jacob y de toda su familia, hizo que la nación de Israel floreciera en Egipto y aseguró que el nombre de José fuera recordado con honor por las generaciones futuras como uno de los venerados patriarcas.

Amados, debemos ser hijos sabios de Dios Padre y darle alegría. Nunca debemos convertirnos en hijos insensatos que causan pesar a nuestro Padre. Como hijos sabios de Dios Padre, debemos buscar la justicia de Jesucristo. Debemos amar a Dios Padre. Por tanto, debemos llevar una vida fiel que observe los mandamientos de Dios. Nunca debemos permitir que el mundo nos ciegue para perseguir ganancias vanas e injustas. Nunca debemos convertirnos en hijos insensatos que causan tristeza a Dios Padre.

En segundo lugar, el hijo sabio es diligente, mientras que el hijo necio es perezoso.

Observemos Proverbios 10:4: «La mano negligente empobrece; mas la mano de los diligentes enriquece». Imaginemos esto: ¿cómo se sentiría un padre al ver a su hijo acostándose y levantándose tarde constantemente, sin hacer nada y desperdiciando sus días en lugar de vivir de manera productiva? ¿No resultaría increíblemente frustrante? ¡Cuánta angustia debe sentir un padre al ver a su hijo simplemente holgazaneando en la cama, sin hacer otra cosa que comer y dormir! Ya hemos reflexionado anteriormente sobre el «perezoso» —alguien inferior a la hormiga— basándonos en Proverbios 6:6-11. Aprendimos que la persona perezosa —habitualmente ociosa e inactiva, carente de disciplina y planificación— representa un fracaso moral; es deshonesta ante Dios e injusta, quedando incluso por debajo de la hormiga. Si consideramos que tal persona trabaja con desidia aun bajo supervisión, carece de iniciativa y capacidad de cooperación (6:7) y no se

prepara para el futuro (v. 8), ¿cómo deben sentirse los padres de un hijo así? La primera parte de Proverbios 10:4 afirma que «la mano negligente empobrece». ¿Qué significa esto? Significa que, debido a su forma letárgica de trabajar, inevitablemente caerán en la pobreza. Al perezoso le desagrada trabajar con sus manos (21:25). Por el contrario, el hijo perezoso causa problemas (cf. 1 Tim. 5:11-13) y se convierte en motivo de pesar para sus padres (Prov. 10:1). Aún más grave es el caso de los hijos de Dios que son perezosos y descuidan la obra de Dios (Jeremías 48:10). ¡Qué gran pesar causan tales hijos a Dios Padre! Jeremías 48:10 declara que tales individuos serán «malditos». Además, respecto a los perezosos, la segunda parte de Proverbios 10:5 —nuestro texto de hoy— señala que duermen durante la cosecha. Este pasaje parece reprender a los muchos hijos de Dios que, a pesar de la abundancia de almas listas para la cosecha, permanecen espiritualmente dormidos y descuidan la proclamación del Evangelio. Indica que tales hijos avergüenzan a Dios Padre (versículo 5). Además, Proverbios 10:26 afirma: «Como el vinagre a los dientes y el humo a los ojos, así es el perezoso para quienes lo envían». ¿Qué significa esto? Significa que una persona perezosa resulta irritante —una fuente de molestia— para su amo (Park Yun-sun). En otras palabras, ver a una persona perezosa provoca la ira del amo o le causa una profunda y desagradable irritación. Piénselo bien: si los padres se preocupan por un hijo perezoso, ¡cuánta más frustración debe sentir un amo al ver a un empleado perezoso! ¡Qué irritante debe resultar la pereza de ese empleado a los ojos del amo! Naturalmente, es imposible que un amo sienta aprecio por un empleado así. Se dice que Ptah-Hotep, un sabio del antiguo Egipto (que vivió hace unos 4500 años), pronunció estas palabras sobre la actitud correcta hacia el trabajo: «Los sabios se levantan temprano para comenzar a trabajar, pero los necios se levantan temprano para preocuparse por todo lo que hay que hacer». ¿Y nosotros? ¿Nos levantamos por la mañana y comenzamos nuestro trabajo con diligencia, o despertamos preocupándonos por todo lo que tenemos que hacer durante el día? El rey Salomón, el hombre más sabio del mundo, afirma en el pasaje de hoy —Proverbios 10:4— que, a diferencia del perezoso, la persona diligente prospera y acumula riqueza (10:4). En otras palabras, una persona diligente es aquella que trabaja arduamente; concretamente, no malgasta el tiempo durmiendo, sino que trabaja con ahínco durante la cosecha de verano

para recoger los frutos (versículo 5). La Biblia llama a tal persona «hijo sabio» (versículo 5). Además, la Biblia nos dice que ese hijo sabio alegra a sus padres en lugar de causarles pesar (versículo 1).

En tercer lugar, el hijo sabio acepta la instrucción, mientras que el hijo necio habla precipitadamente.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 10:8: «El sabio de corazón acepta los mandamientos, pero el necio charlatán va a la ruina». En Mateo 21:28-31 encontramos una parábola que Jesús contó a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo sobre un padre y sus dos hijos. Cuando el padre le dijo a su hijo mayor: «Hijo, ve hoy a trabajar a la viña», el hijo respondió: «Está bien, señor», pero no fue (versículos 28-29). Cuando el padre acudió al segundo hijo y le dijo lo mismo, este respondió: «No quiero», pero más tarde cambió de parecer y fue (v. 30). Tras contar esta parábola, Jesús preguntó a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: «¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?» (v. 31). Ellos respondieron: «El segundo hijo» (v. 31). Al oír esa respuesta, Jesús les dijo: «En verdad les digo que los recaudadores de impuestos y las prostitutas entrarán en el reino de Dios antes que ustedes. Porque Juan vino a ustedes por el camino de la justicia y no le creyeron, pero los recaudadores de impuestos y las prostitutas sí le creyeron. Y aun después de ver esto, ustedes no se arrepintieron ni le creyeron» (versículos 31-32). En esta parábola, el hijo mayor —que escuchó la orden de su padre, dijo «obedeceré», pero luego desobedeció— representa a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo. Por otro lado, el segundo hijo —que dijo «no quiero» ante la orden de su padre pero más tarde se arrepintió y obedeció— representa a los recaudadores de impuestos y a las prostitutas, a quienes los sumos sacerdotes y los ancianos despreciaban. Lo que importa aquí no es simplemente si respondemos «sí» o «no» al oír la voz de Dios Padre, sino si realmente obedecemos o desobedecemos. Siempre que reflexiono sobre esta parábola, a veces desearía que hubiera un tercer hijo: uno que dijera «sí» al Padre y obedeciera de inmediato. Sin embargo, Jesús habla solo de dos hijos. La razón es probablemente que, si bien tal tercer hijo ciertamente

agradaría enormemente a Dios Padre, el único que encaja en esa descripción es Jesús mismo, el Hijo único. No obstante, para nosotros —que nos hemos convertido en hijos adoptivos de Dios en el Señor— este pasaje nos enseña que debemos, como mínimo, seguir el ejemplo del segundo hijo: arrepentirnos después de haber dicho inicialmente «no, Dios; no puedo hacerlo» y proceder entonces a obedecer el mandato de Dios Padre. El punto crucial aquí es el arrepentimiento y la obediencia.

Al observar el texto de hoy, Proverbios 10:17, la Biblia afirma que el hijo sabio atiende las instrucciones de sus padres. Y ese hijo sabio, con respecto a los mandatos de sus padres... La Biblia nos dice en el versículo 8 del pasaje de hoy que debemos obedecer. Mientras meditaba en este versículo, reflexioné sobre qué mandatos podrían dar los padres a un hijo sabio. Identifiqué cuatro de esos mandatos en el pasaje de hoy:

(1) Los padres instruyen a sus hijos para que caminen por el camino correcto.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 10:9: «El que camina en integridad camina seguro, pero el que pervierte sus caminos será descubierto». ¿Qué padre desearía que su hijo recorriera un camino torcido, un camino de pecado? ¿Acaso no es el deseo de todo padre que sus hijos eviten la senda del pecado y sigan el camino correcto? ¿Qué significa caminar por el camino correcto? ¿No se refiere acaso a una vida justa (pura)? Quienes llevan una vida justa (pura) poseen, ante todo, una conciencia tranquila. En consecuencia, sus corazones gozan de paz; incluso tras soportar adversidades, disfrutan de paz interior porque la bendición de Dios reposa sobre ellos (Park Yun-sun). ¿Qué padre en este mundo no querría que sus hijos disfrutaran de tales bendiciones de Dios? El problema, sin embargo, es que a menudo los hijos desobedecen a sus padres y se desvían del buen camino. Aun así, el corazón de un padre anhela que sus hijos regresen a la senda correcta —el camino de la vida (v. 17)—, aunque ello requiera disciplina; por eso, los padres oran, tienen esperanza y aguardan (pacientemente).

(2) Los padres instruyen a sus hijos a amar en lugar de odiar.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 10:12: «El odio suscita contiendas, pero el amor cubre todas las ofensas». ¿Qué padre querría ver a sus hijos discutiendo, peleando y albergando odio? ¿Acaso no desean, más bien, ver a sus hijos amándose unos a otros? El amor al prójimo que Dios Padre nos manda practicar es un amor fundamentado en el conocimiento (v. 14). No se trata simplemente de un amor impulsado por las emociones. ¿De qué clase de conocimiento hablamos? Del conocimiento de Dios. En otras palabras, a medida que llegamos a conocer al Dios de amor —quien nos amó lo suficiente como para entregar a su Hijo unigénito, Jesús, a la cruz y cubrir todas nuestras transgresiones con su preciosa sangre—, nos volvemos capaces de amarnos unos a otros cubriendo las faltas ajenas. Sin embargo, el necio prefiere exponer las faltas de los demás en lugar de cubrirlas. Esto se debe a que el odio en el corazón del necio engendra prejuicios, llevándole a imaginar faltas donde no las hay (Park Yun-sun). Tales personas necias tienden a ocultar el odio que albergan hacia los demás. Respecto a estos individuos, el pasaje de hoy —Proverbios 10:18— afirma: «El que oculta el odio tiene labios mentirosos, y quien propaga calumnias es un necio».

(3) Los padres nos ordenan a nosotros, sus hijos, que controlemos nuestros labios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 10:19: «Cuando las palabras son muchas, la transgresión no falta; pero el que refrena sus labios es sabio». Me quedo sin palabras al reflexionar sobre este versículo, pues a menudo expongo mis propias faltas al hablar demasiado. Aunque tal vez no llegue al extremo de ponerme un freno en la boca, me esfuerzo por controlar mis labios. En el versículo 20, el rey Salomón dice: «La lengua del justo es como plata escogida». ¿Por qué? Porque los labios del justo instruyen a muchas personas (versículo 21). Al pensar en una lengua como plata escogida que instruye a muchos, recuerdo a Esdras, una figura del Antiguo Testamento. Esdras era sacerdote y escriba: un experto en las palabras de los mandamientos del Señor y en los estatutos dados

a Israel (Esdras 7:11). Como erudito que se había «dedicado al estudio y a la observancia de la Ley del Señor, y a enseñar sus decretos y leyes en Israel» (v. 10), poseía la «lengua de los instruidos» por la que el profeta Isaías había orado a Dios (Isaías 50:4). ¿No deberíamos nosotros también, al igual que Esdras, poseer la lengua de los instruidos, estudiar y obedecer la Palabra de Dios y enseñar a los santos?

(4) Los padres instruyen a sus hijos para que encuentren su deleite en la sabiduría.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 10:23: «El necio encuentra placer en planes malvados, pero la persona entendida se deleita en la sabiduría». ¿Cómo se sentiría un padre al ver a su amado hijo actuando con insensatez y deleitándose en hacer el mal? Dios Padre nos ordena ahora a nosotros —sus hijos— que no encontremos gozo en el mal, sino en la sabiduría. Dios desea que amemos la verdad y nos deleitemos en ella. También nos manda vivir en obediencia a su palabra veraz por reverencia hacia Él. ¿Qué debemos hacer, entonces?

Mientras que el hijo sabio obedece los mandatos de sus padres, la Biblia nos dice en Proverbios 10:8 y 10 que el hijo necio —específicamente aquel que tiene una boca insensata— se encamina a la ruina. ¿Qué significa esto? Significa que la persona de boca insensata habla sin cuidado y atrae el desastre sobre sí misma debido a sus palabras (Park Yun-sun). ¿Por qué hablan los necios sin cuidado y se acarrean problemas? Porque no atesoran el conocimiento como lo hacen los sabios (v. 14). En otras palabras, al necio le falta conocimiento (v. 21). Por consiguiente, la boca del necio habla perversidad (v. 32). Como resultado, la lengua perversa del necio será cortada (v. 31). La Biblia también afirma que el necio muere por falta de conocimiento (v. 21).

Quisiera concluir esta reflexión. Los hijos sabios de Dios dan alegría a Dios Padre (v. 1). Como temen a Dios (v. 27), buscan la justicia de Dios (v. 2). Caminan con rectitud por la senda del Señor (v. 29). Además, los hijos sabios de Dios actúan con diligencia (v. 4) y

obedecen los mandatos de Dios Padre (v. 8). Por tanto, los hijos sabios de Dios... para siempre... Ellos no vacilan (v. 30). En cambio, los hijos necios de Dios se convierten en motivo de pesar para Dios Padre (v. 1). Como no temen a Dios, persiguen ganancias vanas y mal habidas (v. 2). Asimismo, son perezosos (v. 4). También se acarrean problemas al hablar sin cuidado (vv. 8, 10). ¿Somos tú y yo hijos sabios de Dios Padre, o somos hijos necios?

Aquellos que agradan a Dios

[Proverbios 11:1-31]

¿Eres un hijo que llena de alegría a sus padres? Para aquellos cuyos padres ya han fallecido: ¿fuiste un hijo que les brindó gran alegría mientras vivían? Ayer, martes por la tarde, organicé las cosas para que mi hija menor, Ye-eun, se fuera con el grupo de actividades extraescolares, mientras yo llevaba personalmente a mi hija mayor, Ye-ri, a la escuela. Esto se debió a que Ye-ri terminó un poco tarde debido a un examen de ortografía. Este tipo de examen parece consistir en seleccionar representantes de cada clase (de cuarto a sexto grado) para que memoricen una gran cantidad de palabras en inglés antes de la prueba; al parecer, en esta ocasión participaron doce estudiantes como representantes. Así que llamé a la maestra encargada de las actividades extraescolares para pedirle que se llevara solo a Ye-eun, mientras yo iba a recoger a Ye-ri; sin embargo, ella había terminado antes de lo previsto y ya venía bajando de la escuela. Acerqué el auto, la recogí y le pregunté cómo le había ido en el examen; me dijo que había ganado. La felicité por su buen trabajo y chocamos las manos para celebrarlo. Después, le pregunté si quería hablar con su mamá; dijo que sí, así que le pasé el teléfono. Como tenía el altavoz activado, pude escuchar la conversación y oí a mi esposa decirle: "Estoy orgullosa de ti". Más tarde, tras recoger a Dylan y a Ye-eun, les conté en el auto que Ye-ri había obtenido el primer lugar, y me alegró ver que ellos también se sentían felices por ello.

Personalmente, a menudo siento gratitud cuando pienso en los tres hijos que Dios nos ha dado a mi esposa y a mí como regalos de gracia. Una de las razones es que experimento la gracia a través de mis hijos. Hay muchas ocasiones en las que siento que nosotros, como

padres, hemos fallado en dar un buen ejemplo o en criarlos adecuadamente; sin embargo, verlos crecer con vigor en el Señor y cumplir fielmente con sus respectivas responsabilidades no me inspira más que gratitud. A veces, cuando mi esposa y yo hablamos sobre los hijos, incluso agradecemos aquellos rasgos que *no* comparten con nosotros. ¿Alguna vez te has sentido así? Ese deseo que a veces tenemos: «Espero que este hijo no se parezca a mí en *este* aspecto en particular...» Jaja. Me siento verdaderamente agradecido y lleno de alegría cuando percibo cómo Dios cuida personalmente de estos niños. Sobre todo, saber que Dios Padre ama a estos tres hijos aún más que nosotros —que los ama por encima de todo— nos brinda tranquilidad, además de gratitud y alegría.

En las dos últimas reuniones de oración de los miércoles, meditamos en la Palabra de Dios —específicamente en el capítulo 10 de Proverbios— bajo el tema «Hijos sabios e hijos necios», y le presentamos nuestras oraciones. Oramos primero para que nosotros, como padres, llegáramos a ser hijos sabios a los ojos de Dios, y luego oramos por nuestros propios hijos. Hoy meditaremos en todo el capítulo 11 de Proverbios para reflexionar sobre el tipo de hijos que alegran a Dios y aprender de ello. Por favor, miren el versículo 20 del pasaje de hoy: «El SEÑOR aborrece a los de corazón perverso, pero se deleita en los de conducta intachable». Centrándome en este versículo, quisiera explorar cinco características de aquellos que agradan a Dios y reflexionar sobre las lecciones que nos ofrecen. Mi oración es que tanto ustedes como yo aceptemos y obedezcamos las enseñanzas de la Biblia, convirtiéndonos así en personas que agradan a Dios.

En primer lugar, quienes agradan a Dios son los humildes.

Miren el texto de hoy, Proverbios 11:2: «Cuando llega el orgullo, llega también la deshonra; pero con los humildes está la sabiduría». Al leer la Biblia, vemos con frecuencia que Dios se opone a los soberbios (1 Pedro 5:5) y los rechaza (Santiago 4:6). ¿Qué es el «orgullo»? Jeremías 48:29 lo describe como «altivez, arrogancia, vanidad y soberbia de corazón». A lo largo de las Escrituras, encontramos a menudo personas que fueron abandonadas por Dios

por haberse exaltado a sí mismas. El rey Saúl es una figura que no puedo olvidar. Quizás la razón sea que, aunque inicialmente se consideraba insignificante antes de ser rey (1 Samuel 15:17), se volvió arrogante tras su victoria sobre los amalecitas (v. 20); Ser testigo de esta transformación me hace temer que yo también podría cambiar para peor, tal como le sucedió a Saúl. Al observar su decadencia —desobedecer la palabra de Dios (vv. 9, 19), poner excusas en lugar de reconocer y arrepentirse de su pecado (vv. 20–21), e incluso pedirle a Samuel, hasta el final, que lo honrara ante los ancianos y el pueblo de Israel (v. 30)—, me veo obligado a reconocer cómo el orgullo conduce a una persona por el camino de la destrucción. Sin embargo, otra verdad claramente revelada en la Biblia es que Dios otorga gracia infaliblemente a los humildes (Proverbios 3:34; Santiago 4:6; 1 Pedro 5:5). Cuando pienso en una "persona humilde", me viene a la mente Moisés, el gran líder de Israel en el Antiguo Testamento. En particular, recuerdo las palabras registradas en Números 12:3: "Y aquel varón Moisés era muy manso [humilde], más que todos los hombres que había sobre la tierra". Moisés era la persona más humilde del mundo; no obstante, él apunta hacia Jesús, quien aparece en el Nuevo Testamento. En otras palabras, el humilde Moisés prefigura al humilde Jesús. Filipenses 2:5–8 nos dice que el humilde Jesús no consideró la igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse; por el contrario, se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres (versículos 6–7). La Biblia afirma además que Jesús se humilló a sí mismo y obedeció a Dios Padre hasta el punto de morir en la cruz (versículo 8). ¿No deberíamos nosotros también adoptar este corazón humilde de Jesús? (versículo 5).

En el pasaje de hoy, Proverbios 11:2, el rey Salomón —autor de Proverbios— afirma que "cuando viene el orgullo, llega la deshonra"; esto implica que "los orgullosos están destinados al fracaso" (Park Yun-sun). La razón de esto es inevitable: los orgullosos endurecen su cerviz y se niegan a atender los mandamientos del Señor (Nehemías 9:16). No solo dejan de escuchar, sino que, al desobedecer los mandamientos del Señor y pecar contra Dios (versículo 29), están condenados al fracaso. No debemos olvidar que, aunque los soberbios parezcan tener éxito al principio ante los ojos humanos, Dios finalmente

provoca su fracaso. Al mismo tiempo, debemos recordar que «la sabiduría se halla entre los humildes» (Proverbios 11:2). ¿Qué significa esto? Si Dios hace fracasar a los soberbios, ¿acaso no implica eso que Él concede el éxito a los humildes? ¿Cómo, entonces, hace Dios que los humildes tengan éxito? Dicho de otro modo, ¿por qué se considera que los humildes tienen éxito a los ojos de Dios? La razón es que los humildes poseen sabiduría (versículo 2). En otras palabras, los humildes poseen el secreto del éxito: la sabiduría. En pocas palabras, los humildes son los sabios. Entonces, ¿cómo describe el pasaje de hoy —Proverbios 11— las acciones de los sabios? Consideremos cuatro lecciones clave:

(1) Los sabios saben guardar silencio.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 11:12: «El que menosprecia a su prójimo carece de entendimiento, pero el hombre prudente guarda silencio». Las personas sabias son aquellas que inspiran confianza en sus relaciones con los demás. Esto se debe a que son humildes y poseen un corazón fiel (versículo 13). Como sus corazones son fieles, no andan divulgando los secretos ajenos; por el contrario, saben guardar bien los secretos. Las personas dignas de confianza no menosprecian neciamente a su prójimo delante de otros; más bien, al ser sabias, saben cuándo guardar silencio.

(2) Los sabios tienen muchos consejeros.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 11:14: «Donde no hay dirección, el pueblo cae, pero en la multitud de consejeros hay seguridad». Las personas humildes poseen sabiduría y se rodean de consejeros. En consecuencia, consultan a consejeros sabios (15:22; 20:18) y toman decisiones acertadas. En la Biblia vemos que el rey David alcanzó la victoria, particularmente en la guerra, recurriendo a consejeros. También aprendemos de las Escrituras que su hijo, el sabio rey Salomón, hizo lo mismo (2 Samuel 8:15–18; 1 Reyes 12:6) (Park Yun-sun). Además, el rey Salomón afirmó en Proverbios 24:6: «Haz la guerra con dirección, y la victoria residirá en la multitud de consejeros». Si incluso el sabio rey Salomón

recurrió a consejeros, ¡cuánto más deberíamos hacerlo nosotros! Debemos tomar decisiones correctas orando a Dios, considerando a los mayores sabios en la fe como nuestros consejeros y buscando su consejo y orientación. Al hacerlo, podremos triunfar y disfrutar de paz en nuestras vidas (11:14).

(3) Los sabios evitan salir fiadores de otros.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 11:15: «El que sale fiador por otro ciertamente sufrirá daño, pero el que se niega a estrechar la mano en garantía está seguro». Ya hemos recibido una advertencia en Proverbios 6:1–5 sobre salir fiador de un prójimo. En concreto, el rey Salomón advierte contra el hecho de comprometerse a pagar una deuda en nombre de otra persona, sabiendo que esta se encuentra en una situación de insolvencia y que es probable que incumpla el pago. En otras palabras, la Biblia nos advierte que no debemos salir fiadores si no estamos preparados para asumir realmente la responsabilidad en caso de problemas, si hemos sido engañados para hacerlo o si carecemos de los medios económicos para cumplir con la obligación. Sin embargo, aquí en Proverbios 11:15, el rey Salomón vuelve a tratar el tema de la fianza. La esencia de su mensaje es que los sabios evitan salir fiadores de otros, y que aquellos lo suficientemente sabios como para evitar este papel permanecen seguros.

(4) Los sabios ganan a las personas.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 11:30: «El fruto del justo es árbol de vida; y el que gana almas es sabio». Este versículo fue el lema de nuestra iglesia en 2006. Aquel año, el lema de nuestra iglesia fue: «¡Sé un ganador de almas!». En aquel entonces, centrándonos en la segunda parte del texto de hoy —Proverbios 11:30—, aprendimos siete lecciones del libro del pastor Spurgeon titulado *El ganador de almas* (*The Soul Winner*) sobre lo que se requiere para llegar a ser un ganador de almas. Hoy he aplicado esos siete puntos al concepto de la «persona sabia»: (a) la persona sabia que gana almas posee un carácter

santo; (b) la persona sabia que gana almas lleva una vida espiritual elevada; (c) la persona sabia que gana almas es humilde; (d) la persona sabia que gana almas tiene una fe viva; (e) la persona sabia que gana almas posee un celo genuino; (f) la persona sabia que gana almas tiene una gran sencillez de corazón; y (g) la persona sabia que gana almas se entrega por completo a Dios. Así pues, la persona que es sabia a los ojos de Dios ejerce una influencia positiva en los demás, guiándolos a caminar por la senda de la sabiduría.

En segundo lugar, quienes agradan a Dios son los rectos.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 11:3: «La integridad de los rectos los guía, pero la perversidad de los malvados los destruye». Aquí, la «integridad» del recto se refiere a la rectitud que se busca desde lo más profundo de su ser. En otras palabras, debido a que la persona recta anhela la justicia y camina por la senda de la rectitud, alcanza la vida (Park Yun-sun). Por el contrario, la Biblia afirma que el impío provoca su propia ruina mediante su perversidad o torcedura (versículo 3b). ¿Cuál es, entonces, esa perversidad del impío que conduce a su propia destrucción? Observemos el versículo 1: «La balanza falsa es abominación al Señor, pero la pesa justa es su deleite». Dicho de otro modo, la perversidad del impío es precisamente una balanza engañosa; es, en esencia, falsedad. En última instancia, los impíos provocan su propia ruina porque abandonan la palabra de verdad de Dios y persiguen la mentira. Por el contrario, los rectos, que anhelan la justicia y caminan por su senda, desechan la falsedad y viven conforme a la justa palabra de Dios. Así, el versículo 6 nos dice que los rectos alcanzan la salvación mediante esa rectitud. Ahora, veamos el versículo 11: «Por la bendición de los rectos la ciudad es enaltecida, pero por la boca de los impíos es derribada». ¿Qué significa esto? Significa que una ciudad es exaltada gracias a las bendiciones —las oraciones de bendición— ofrecidas por los rectos. Más concretamente, significa que una ciudad gana honra ante los ojos de la gente gracias a una sola persona recta y justa que vive en ella. Esto es posible porque los ciudadanos son testigos de las bendiciones que esta persona justa recibe de Dios, lo que los lleva a alabar y exaltar tanto a la persona como a la ciudad (Walvoord).

¿No deberíamos esforzarnos por ser personas rectas de esta clase? ¿No deberíamos anhelar una transformación en la que la ciudad que habitamos sea bendecida por Dios gracias a nosotros —cristianos rectos—, llevando a los ciudadanos a alabar y exaltar no solo a nosotros, sino a la ciudad misma? Bajo esta luz, los «Movimientos de Evangelización de la Ciudad» que tienen lugar actualmente en diversas ciudades parecen revestir un gran significado. Aunque no conozco a fondo el «Movimiento de Evangelización de la Ciudad» (Movimiento Seongsihwa), este fue iniciado en 1972 en Chuncheon por el difunto reverendo Kim Jun-gon, quien ejerció como su presidente. Su objetivo se conoce como el "Movimiento de la Totalidad en Tres Vertientes", en el cual la *Iglesia en su totalidad* dentro de una ciudad proclama el *Evangelio completo* a la *Ciudad entera*. El movimiento abarca tres aspectos clave: la evangelización, la santificación y la promoción del bienestar social. En esencia, es un movimiento orientado a crear una ciudad justa, santa y bendecida, asegurando que todos escuchen el Evangelio. Considerando su propósito y contenido, creo que es una empresa verdaderamente noble. Entonces, ¿cuál es nuestra responsabilidad como cristianos si queremos que estas metas se hagan realidad en una ciudad? Nuestra responsabilidad comienza por escuchar nosotros mismos el Evangelio de Jesucristo. Además, debemos ser justos y santos en primer lugar. Para santificar la ciudad que habitamos, nosotros, los cristianos, debemos llevar vidas santas. A la luz del pasaje bíblico de hoy, es particularmente importante que los cristianos seamos honestos. Debemos anhelar la justicia y caminar fielmente por la senda de la justicia. Ciertamente, los sabios son aquellos que son honestos, que anhelan la justicia y que recorren fielmente el camino de la justicia.

En tercer lugar, quienes agradan a Dios son los "rectos" (o "perfectos").

Observemos el texto de hoy, Proverbios 11:5: "La justicia del recto endereza su camino, pero el impío cae por su propia impiedad". ¿Quién de nosotros podría ser llamado verdaderamente "recto" (o "perfecto")? El término "recto" utilizado en el versículo 5 se refiere

a aquellos cuya conducta es intachable y recta. Miremos el versículo 20: "Los perversos de corazón son abominación al Señor, pero los de camino perfecto son su deleite". En otras palabras, los "íntegros" (o aquellos de camino perfecto) son quienes tienen una conducta recta, y son ellos quienes reciben el favor de Dios. ¿Cómo actúan, entonces, los íntegros para agradar a Dios? Lo hacen porque practican la "justicia" (versículo 5). Dicho de otro modo, Dios se deleita en los íntegros porque ellos aborrecen la "balanza falsa" que Dios detesta y aman la "pesa justa" que Dios favorece (versículo 1). Amados, Dios aborrece la falsedad y se deleita en la justicia. Por tanto, debemos recibir el favor de Dios practicando la justicia que le agrada. Al hacerlo, el versículo 5 nos dice que Dios hará «rectos» nuestros caminos (o allanará nuestra senda). ¿Qué significa esto? Significa que, cuando practicamos la justicia que Dios desea, Él se asegura de que nuestro camino esté libre de obstáculos y conduzca, en última instancia, a la prosperidad (Park Yun-sun). Por supuesto, el camino que recorremos probablemente conllevará muchas dificultades y adversidades. Sin embargo, la Biblia nos dice que Dios refina a los íntegros —aquellos que practican la justicia— mediante el proceso de estas pruebas, librándolos finalmente de tales dificultades y llevándolos a la prosperidad. En cambio, los impíos caen a causa de su propia maldad (versículo 5). En otras palabras, los impíos quedan atrapados por su propia maldad (última parte del versículo 6) y encuentran su ruina (versículo 10).

En cuarto lugar, quienes agradan a Dios son los misericordiosos, que se deleitan en mostrar gracia.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 11:16–17: «La mujer llena de gracia alcanza honra, y los hombres diligentes alcanzan riquezas. El hombre misericordioso beneficia a su propia alma, pero el cruel daña su propio cuerpo». Aquí, la palabra «llena de gracia» significa estar llena de gracia o ser bondadosa: poseer una buena naturaleza y un espíritu compasivo. Por tanto, las mujeres llenas de gracia que agradan a Dios son aquellas que son compasivas y aman mostrar bondad. Y el «hombre misericordioso» mencionado en el versículo 17 se

refiere a una persona llena de compasión. En otras palabras, quienes agradan a Dios son personas misericordiosas que se deleitan en mostrar bondad.

(1) Las personas misericordiosas que se deleitan en mostrar bondad actúan con discreción.

Observemos Proverbios 11:22: «Como anillo de oro en el hocico de un cerdo es la mujer hermosa que carece de discreción». En los tiempos del Antiguo Testamento, las mujeres usaban anillos en la nariz como adornos para realzar su belleza (MacArthur). Sin embargo, el rey Salomón afirma que una mujer hermosa que carece de discreción es como un anillo de oro en el hocico de un cerdo. ¿Puede imaginar un anillo de oro en el hocico de un cerdo? ¿Acaso colocar un anillo de oro en la nariz de un cerdo hace que este luzca hermoso? Por supuesto que no. El rey Salomón quiere decir que una mujer que carece de discreción —es decir, aquella que actúa de manera moralmente impura y desvergonzada— es exactamente así (Park Yun-sun). El Dr. Park Yun-sun comentó: «Si una mujer tiene un rostro hermoso pero se comporta de manera licenciosa, ambas cosas son incompatibles. Es como aplicar un hermoso maquillaje al rostro de un cadáver; en realidad, resulta desagradable a la vista» (Park Yun-sun). No obstante, la mujer que es hermosa a los ojos de Dios es una mujer misericordiosa que se deleita en mostrar bondad; no solo es moralmente pura, sino también prudente en sus acciones, manejando los asuntos con sabiduría y discreción. Es compasiva y ama mostrar bondad, pero lo hace de manera reflexiva y sabia. Esta es la belleza de una cristiana. Dios se deleita en los cristianos que no solo son moralmente puros, sino que también extienden bondad —motivados por el amor de Dios— con prudencia y discernimiento.

(2) Las personas misericordiosas que se deleitan en mostrar bondad esparcen para dar. Observemos Proverbios 11:24: «Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo justo, pero vienen a pobreza». Los cristianos misericordiosos que se deleitan en mostrar bondad —y que agradan a Dios— aman dar generosamente («repartir para dar») (vv. 24–25) (Park Yun-sun). Se deleitan en enriquecer la vida de los demás; esa es

su alegría. Además, estos cristianos misericordiosos saben que dar generosa y alegremente es el secreto para llegar a ser ricos y prósperos ellos mismos. En cambio, los necios e insensatos, ignorantes de este secreto, viven en ansiedad y preocupación; acumulan en exceso y son tacaños a la hora de dar o ayudar a los demás. La Biblia afirma que tales personas solo terminarán en la pobreza (v. 24). Es más, el versículo 26 del pasaje de hoy nos dice que aquellos que son tacaños al dar «serán maldecidos por el pueblo». ¿No es cierto? ¿Quién alabaría o apreciaría a alguien que es tacaño cuando se trata de dar a los demás? Naturalmente, ¿no se enfrentaría tal persona a críticas? El principio es sencillo: se trata de la «generosidad». Así como Dios Padre nos da cosas buenas —y las da generosamente—, los cristianos que agradan a Dios dan generosamente a los demás, especialmente en actos de caridad. ¿Cómo logran dar con tanta libertad y generosidad? Es porque buscan sinceramente el bien y han recibido abundante gracia de Dios (v. 27), lo que les permite compartir abundantemente con los demás. Además, quienes agradan a Dios pueden dar generosamente porque confían en Dios en lugar de en sus propias riquezas (v. 28). Dios se deleita en tales personas.

Finalmente, el quinto punto es que aquellos en quienes Dios se deleita son los justos.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 11:8: «El justo es librado de la tribulación; mas el impío ocupa su lugar». El rey Salomón no dice que los justos no enfrenten tribulaciones; más bien, afirma que, aunque los justos se encuentran con dificultades, son librados de ellas. El versículo 21 del pasaje de hoy nos dice que la descendencia de los justos también halla liberación. Incluso en medio de tales tribulaciones, el deseo del verdadero justo permanece bueno (v. 23). ¿Qué significa esto? Significa que, aun en medio de circunstancias dolorosas, los justos no se centran en su sufrimiento, sino que se enfocan «solo» (v. 23) en la bondad de Dios. ¿Por qué sucede esto? Porque creen que, incluso en la adversidad, Dios es un Dios bueno que hace que todas las cosas cooperen para el bien. Por tanto, los justos, al mirar con fe al Dios bueno aun en medio de la tribulación, mantienen firme su rectitud y no cometen injusticias, sin importar las adversidades y crisis que enfrenten (v. 19). Cuando

actúan así, Dios los recompensa (v. 18). Esa recompensa consiste en que Dios permite a los justos experimentar y conocer finalmente su bondad (Salmo 34:8). Amados, Dios ciertamente otorga retribución. Miren el texto de hoy, Proverbios 11:31: «Si el justo recibe su pago en la tierra, ¡cuánto más el impío y el pecador!». Dios recompensa sin duda tanto al justo como al malvado (pecador). La recompensa para el justo incluye que Dios lo libre de la tribulación (vv. 8, 21) y le conceda prosperidad (v. 10). En última instancia, Dios hace que el justo «florezca como hoja verde» (v. 28). Además, Dios capacita al justo para dar fruto; específicamente, para ganar personas (almas) (v. 30).

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Al reflexionar sobre el pasaje de hoy, recordé Sofonías 3:17: «El Señor tu Dios está en medio de ti, poderoso salvador; se regocijará sobre ti con alegría, te calmará con su amor y se deleitará en ti con cánticos». Al considerar la verdad de que Dios se regocija sobre ti y sobre mí con un gozo inmenso, no podemos sino sentir gratitud por su gracia y su amor. Por ello, debemos esforzarnos aún más por ser hijos de Dios que le brindan alegría. Con ese fin, oro para que todos seamos personas que —siguiendo las enseñanzas del pasaje de hoy— seamos humildes, honestas e íntegras en nuestra conducta; que nos deleitemos en mostrar gracia y misericordia; y que recorren el camino de la rectitud.

Quien guarda su alma = Quien ama a su prójimo

«El hombre bondadoso beneficia a su propia alma» (Proverbios 11:17).

La enseñanza de que quien guarda su alma es aquel que muestra compasión o amor hacia los demás me invita a una profunda reflexión. La idea de que «para guardar mi propia alma debo mostrar compasión y amor por los demás» me parece una verdad cristiana extraordinaria. Es la verdad de que una vida altruista —una vida de amor al prójimo— beneficia en realidad a la propia alma; esto me ayuda a comprender mejor por qué Pablo mandó a los esposos amar a sus esposas, señalando que el hombre que ama a su esposa se ama a sí mismo. Esto me lleva a reflexionar sobre cómo Jesús, al amar a la Iglesia, ama su propia alma —o a sí mismo—. También me trae a la mente la esencia misma del amor: la verdad expresada en 1 Juan de que «Dios es amor». Por el contrario, esto implica que una vida egoísta —una vida de amarse solo a uno mismo— equivale a odiar o dañar la propia alma. En última instancia, creo que los cristianos somos personas cuyas almas han sido renovadas para vivir amando a los demás. Tenemos la responsabilidad de guardar nuestras almas no viviendo de manera egoísta, sino abrazando una vida altruista. Hoy también deseo guardar mi propia alma amando las almas de los demás, todo ello dentro de la gracia que he recibido.

¡Sé un ganador de almas! (1)

«... el sabio gana almas» (Proverbios 11:30).

El lema de la Iglesia Presbiteriana Victory para el nuevo año 2006 es: «¡Sé un ganador de almas!». El versículo específico para este lema es la segunda parte de Proverbios 11:30: «el sabio gana almas». Entonces, ¿qué significa «ganar almas»? «Ganar almas» significa mostrar bondad a las personas o influir en ellas de manera sabia (MacArthur). En resumen, significa que una persona sabia ejerce una «influencia vivificante» sobre los demás. ¿A qué se refiere, entonces, esta «influencia vivificante»? La primera parte del texto de hoy, Proverbios 11:30, afirma: «El fruto del justo es árbol de vida». Por el contrario, se podría decir que un árbol muerto representa el fruto del impío. En otras palabras, «ganar almas» implica encontrar estos «árboles perdidos» —que dan el fruto de la impiedad— y llevarlos al Señor; significa mostrarles bondad para que puedan creer en Jesucristo y obtener la vida eterna. Esa es la esencia de una influencia vivificante. Por lo tanto, ayudar a otros a vivir la vida de un creyente —creciendo vigorosamente como un árbol de vida y dando fruto— caracteriza la vida de una persona sabia que gana almas. ¿Qué cualidades (o rasgos de carácter) debemos poseer para ejercer esta «influencia vivificante» sobre los demás? El pastor Spurgeon describió siete de estas cualidades en su libro *El ganador de almas* (The Soul Winner).

En primer lugar, para llegar a ser un ganador de almas, uno debe poseer un carácter santo. En su libro *El líder de la próxima generación* (The Next Generation Leader), el pastor Andy Stanley planteó una pregunta sobre el carácter de los líderes: «El desarrollo del carácter debe comenzar teniendo en mente el objetivo final. ¿Cómo quieres que te recuerden?». ¿Cómo responderíamos tú y yo a esta pregunta? ¿Qué visualizamos como la meta final del

desarrollo de nuestro carácter? Para ser más específicos, ¿cómo queremos que nos recuerden todos en la Iglesia Presbiteriana Seungri? ¿No nos gustaría escuchar a la gente decir: «Vaya, esa persona realmente se parece a Jesús» (o «parece estar asemejándose cada vez más a Él»)? Sin embargo, la razón por la que los cristianos de hoy no logran ejercer una influencia positiva en sus familias, lugares de trabajo y vecinos —y por la que la iglesia a menudo se deja influir por la impiedad del mundo en lugar de ejercer una influencia santa sobre él— es que los creyentes no están viviendo vidas santas, apartadas del mundo. ¿Cuál es, entonces, el objetivo último del desarrollo de nuestro carácter? Es simplemente asemejarnos a Jesús; nada más. Al perseguir esta meta de llegar a ser como Jesús, debemos buscar Su santidad. ¿Cómo podemos hacerlo? La respuesta, que se encuentra en Juan 17:14 y en los versículos siguientes, puede resumirse en dos puntos: primero, no debemos pertenecer al mundo (versículo 14). Para lograrlo, debemos pedirle a Dios que nos proteja de caer en el mal (versículo 15). Segundo, debemos ser santificados por la verdad (versículos 17 y 19). El pastor Spurgeon dijo una vez: «Dios no utilizará instrumentos —personas— que comprometan Su propio carácter». Aunque invitemos a la gente a la iglesia y compartamos el Evangelio, si quien hace la invitación o el evangelista no refleja el carácter santo de Jesús ni manifiesta Su santidad en su propia vida, no podrá ganar almas (Spurgeon). No debemos evangelizar meramente con los labios, sino a través de nuestras vidas; debemos evangelizar creciendo hasta asemejarnos al carácter santo de Jesús.

En segundo lugar, para llegar a ser un ganador de almas, es preciso mantener un alto nivel de vida espiritual.

En un sermón dirigido a la Asociación de Pastores para la Renovación de la Iglesia (titulado «Establecer un estándar bajo conduce a la ruina», del 22 de agosto de 2001), el pastor Ok Han-heum señaló en su introducción que el liderazgo de la iglesia coreana estaba experimentando un cambio profundo: una transición hacia un deterioro cualitativo. En otras palabras, la confianza en el liderazgo se había erosionado. Él comentó: «Si una vasija de barro no experimenta una lucha interior, no es verdaderamente una vasija de barro». Se

refería a 2 Corintios 4:7, donde Dios coloca un «tesoro» dentro de una «vasija de barro». La idea central es que la vasija está sometida a una tensión inmensa —con la sensación de que podría hacerse añicos— precisamente porque Dios eligió poner el tesoro en barro en lugar de en oro. Añadió que un líder que no percibe esta tensión «o bien es un poco extraño o ha recibido tanta gracia que se ha convertido en un ángel; tiene que ser una de las dos cosas». ¿Y nosotros? ¿Experimentamos tales luchas nosotros, que somos vasijas de barro que contienen este tesoro? ¿Qué tan alto hemos fijado el estándar de nuestra vida espiritual —nosotros, que llevamos el precioso nombre de Jesucristo—? Por ejemplo, ¿puede la mentalidad de alguien que se prepara para escalar una montaña local ser la misma que la de quien se prepara para conquistar la cima del Monte Everest? Del mismo modo, ¿puede una persona cuya fe toma como modelo a líderes eclesiásticos comunes —justificando su comportamiento al decir: «Así son todos los líderes de la iglesia hoy en día»— compararse realmente con alguien cuya fe toma como modelo a Jesús? El pastor Spurgeon comentó una vez que algunos predicadores viven en un estado de «semimuerte». En otras palabras, actúan como ángeles en el púlpito, pero viven como humildes lombrices de tierra en su vida cotidiana. Si alguien parece angelical en la iglesia los domingos, pero vive de manera diferente en casa o en el trabajo, esa fe se encuentra en un estado de semimuerte; no logra impartir vida a los demás. Debemos aplicar aquí dos lecciones: en primer lugar, debemos mantener un alto estándar de vida espiritual. Hemos de tener presente que rebajar este estándar conduce a la ruina. En lugar de convertirnos en ganadores de almas, corremos el riesgo de transformarnos en vasijas que hieren a otros y oscurecen la gloria de Dios. En segundo lugar, debemos esforzarnos por lograr coherencia entre nuestra vida dentro y fuera de la iglesia. Si parecemos santos dentro de la iglesia, pero repetidamente mostramos una faceta distinta —una que empaña la gloria de Dios— en nuestros hogares y en la vida diaria, esa falta de coherencia en el carácter nos impedirá ser plenamente utilizados por Dios para ganar almas.

En tercer lugar, para llegar a ser un ganador de almas, es necesario ser humilde.

No debemos olvidar este principio bíblico: «… Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes» (Santiago 4:6). ¿Qué define a una persona humilde? Es alguien que, al conocer a Dios, adquiere una verdadera comprensión de sí misma. Así, fiel a las palabras de Romanos 12:3, no «piensa de sí mismo más alto de lo que debe pensar», sino que «piensa con sensatez, conforme a la medida de fe que Dios ha repartido a cada uno». En pocas palabras, una persona humilde es aquella que conoce su verdadero ser ante Dios y, por tanto, no alberga pensamientos presuntuosos. Sin embargo, creo que con demasiada frecuencia tendemos a «pensar de nosotros mismos más alto de lo que debemos». En consecuencia, a menudo vivimos nuestra vida de fe bajo una ilusión. A veces encuentro escritos en los que la gente afirma: «Me falta algo; solo me falta ese último dos por ciento». En realidad, no obstante, suelen estar equivocados; no es solo un dos por ciento lo que falta, sino un noventa y ocho por ciento. ¿Vive usted alguna vez bajo tal ilusión? La razón reside en el orgullo. El pastor Spurgeon identifica dos tipos de personas orgullosas: las primeras son aquellas llenas de vanidad, personas que claman: «¡Alábenme! ¡Por favor, alábenme! Eso es lo que quiero». El segundo tipo lo forman aquellos que ni siquiera desean ser alabados; están tan consumidos por el orgullo que les resulta indiferente si los demás los elogian o no, pues hallan plena satisfacción en sí mismos. En lugar de buscar la alabanza ajena, miran a los demás con desprecio. Tras describir estos tipos de personas orgullosas, Spurgeon habló de una «falsa humildad» que tocó una fibra sensible en mi corazón. Él denominó a esta falsa humildad un «amor pecaminoso por la comodidad». En otras palabras, muchas personas se ven a sí mismas con tal menosprecio —subestimando sus propias capacidades hasta tal punto— que nunca se atreven a emprender con valentía ninguna buena obra. La cuestión es que, aunque afirman carecer de confianza en sí mismas, invariablemente eligen el camino de la comodidad personal. Son tan «humildes» que evitan hacer cualquier cosa que pueda conllevar responsabilidad o atraer críticas. Quizás llamen a esto humildad, pero el pastor Spurgeon lo calificó de «amor pecaminoso por la comodidad». El desafío que plantea Spurgeon es que quien gana almas debe estar totalmente libre de esta clase de orgullo; por el contrario, debe poseer verdadera humildad. La verdadera humildad permite a la persona pensar correctamente sobre sí misma y afrontar la verdad respecto a su propia naturaleza.

En cuarto lugar, para llegar a ser un ganador de almas, es necesario poseer una fe viva.

¿Qué es una fe viva? Para responder a esta pregunta, primero debemos considerar la "fe muerta" descrita en el libro de Santiago. En Santiago 2:26, el apóstol Santiago afirma: "...la fe sin obras está muerta". De esto entendemos que una fe viva es una fe acompañada de acción (1:22). Durante la reunión de oración de la madrugada del martes pasado, meditamos en Lucas 10:29, pasaje que presenta a un intérprete de la ley que buscaba poner a prueba a Jesús. Aunque conocía bien la ley y comprendía los mandamientos de amar a Dios y al prójimo, preguntó a Jesús: "¿Quién es mi prójimo?", en un intento por justificarse después de que Jesús le dijera que "hiciera" (pusiera en práctica) lo que se mandaba. A través de esto, comprendemos que una fe sin acción —una fe que se engaña a sí misma— no puede ganar almas. El pastor Spurgeon afirmó que, para convertirse en un ganador de almas, uno debe creer en el llamado de Dios: el llamado mediante el cual Él nos convoca a ganar almas. Además, enfatizó que, al proclamar el Evangelio, es preciso creer en dicho Evangelio y confiar en que la obra de ganar almas se realizará a través de él. Debemos tener presente que, para aquellos que actúan con fe, las cosas sucederán conforme a esa fe.

En quinto lugar, para llegar a ser un ganador de almas, es necesario poseer un celo genuino.

Debemos dedicar todo nuestro corazón y nuestras fuerzas a ganar almas. Consideremos 1 Timoteo 4:15, donde Pablo se dirige a su hijo espiritual, Timoteo: "Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos". En el contexto de "todas estas cosas", deseo aplicar las palabras de 1 Timoteo 4:12: "Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza". Para convertirnos en ganadores de almas, necesitamos un celo genuino que nos impulse a darles ejemplo. Asimismo, debemos acercarnos a ellas y compartir el Evangelio con diligencia. Es inevitable preguntarse si realmente es eficaz compartir el Evangelio —aparentemente para ganar almas— sin ese celo genuino, haciéndolo simplemente de manera tibia o rutinaria.

En sexto lugar, para llegar a ser un ganador de almas, es preciso poseer una gran sencillez de corazón.

La "gran sencillez de corazón" a la que aquí se hace referencia significa centrar el propósito exclusivamente en la gloria de Dios y en la obra de ganar almas. Si, por el contrario, el enfoque al ganar almas reside en buscar la gloria personal u otras cosas en lugar de la gloria de Dios, se pierde dicha sencillez de corazón; en consecuencia, el acto de ganar almas deja de ser agradable a los ojos de Dios. Sin embargo, Satanás intenta arrebatarnos esta sencillez de corazón. En 2 Corintios 11:3, Pablo escribe: "Pero temo que, como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo". La palabra traducida aquí como "sinceridad" (o "verdad") aparece como "sencillez" en la versión bíblica NASB. Satanás intenta engañarnos de cualquier forma posible para corromper la sencillez —la integridad de corazón— que tenemos hacia Cristo. Por tanto, ante todo, debemos guardar bien nuestros corazones. En particular, debemos proteger diligentemente ese corazón sencillo dirigido hacia Cristo: un corazón centrado únicamente en la gloria de Dios y en ganar almas. Finalmente, el séptimo punto es que, para convertirse en un ganador de almas, uno debe entregarse por completo a Dios.

Debemos entregarnos plenamente al Señor, tal como lo hizo el joven durante el milagro de los cinco panes y los dos peces al ofrecer todo lo que tenía —dos peces y cinco panes— al Señor. Solo entonces podremos ser utilizados por Él como ganadores de almas.

Para el nuevo año 2006, me propongo dedicarme a evangelizar y ganar almas, guiado por el lema: "¡Sé un ganador de almas!" (Proverbios 11:30). Con este fin, he meditado sobre las siete cualidades mencionadas por el pastor Spurgeon. Al comenzar el nuevo año, planeo orar para llegar a encarnar estas siete cualidades. Los he anotado después del sermón para no olvidarlos; tengo la intención de colgarlos en la pared y memorizarlos. Me esforzaré por

ponerlos en práctica mediante la meditación y la oración, con el deseo de llegar a ser un ganador de almas, todo ello con el fin de ganar aunque sea una sola alma.

¡Conviértase en alguien que gana almas! (2)

“... el sabio gana almas” (Proverbios 11:30).

Durante el culto conjunto de Año Nuevo de 2006, reflexioné sobre cuatro tipos de poder, centrándome en la segunda parte de Proverbios 11:30, el versículo lema de la Iglesia Presbiteriana Victory para el nuevo año. Proclamé este mensaje con el corazón apesadumbrado, impulsado por un deseo ferviente de despertar del letargo espiritual. Mi motivación era el anhelo de liberarme de la apatía espiritual y, en particular, de la impotencia espiritual. Dado que proclamaba la Palabra de Dios siendo plenamente consciente de mi propia insuficiencia, lo hice con un anhelo desesperado por poseer estos cuatro poderes. Fue un culto de Año Nuevo en el que yo, que debería ser el primero en ganar almas, sentía mi propia incapacidad para hacerlo. En medio de esto, proclamé la Palabra de Dios con la oración ferviente de que, por Su gracia, pudiéramos experimentar estos cuatro poderes. Oro para que en 2006 Dios nos muestre misericordia y nos llene por completo de estos cuatro poderes.

El primer poder es el poder de la oración.

Hechos 1:14–15 registra que unos 120 discípulos “... perseveraban unánimes en oración”. Aferrándose a la promesa de Jesús en Hechos 1:8, oraron fervientemente para que el Espíritu Santo descendiera sobre ellos. En cuanto a la manera en que oraban: primero, oraban unánimes; segundo, oraban de todo corazón y con dedicación; y tercero, oraban con perseverancia. Un artículo titulado «Evangelizar a través de la oración» (publicado en el periódico *Miju Gospel Newspaper* el 27 de noviembre de 2005) afirma que «la oración es

liderazgo». El artículo dice lo siguiente: «Una persona que ora es más grande que una nación que no lo hace. Por lo tanto, la persona que ora se convierte en un canal de bendición para su organización o nación. Gobierne y administre su nación, familia, sociedad y lugar de trabajo a través de la oración. ... Considere el impulso de orar como una señal de que Dios tiene la intención de otorgar una bendición. Cualquier persona que venga a su mente mientras ora representa una oportunidad para evangelizar» (Internet). El autor del artículo señala: «Una encuesta realizada por el sitio web cristiano Godpeople.com entre el 23 de octubre y el 12 de noviembre —en la que se preguntó a 1043 usuarios de Internet sobre el "mejor método de evangelización que habían probado personalmente"— reveló que el 17 % eligió "compartir el evangelio al conocer a alguien y orar por esa persona en momentos difíciles"».

Primero debemos creer en el poder de la oración y, al someternos a él, experimentar ese poder nosotros mismos. Oramos fervientemente por una obra milagrosa de salvación, muy parecida a los sucesos de Hechos 16: donde, mientras iban a orar (v. 13), Dios orquestó un encuentro divino; Dios abrió el corazón de Lidia para recibir el evangelio (v. 14); y, finalmente, toda su casa llegó a creer en Jesús y fue bautizada (v. 15). También oramos para que tal obra ocurra en nuestras propias vidas: tal como el apóstol Pablo y sus compañeros, mientras se dirigían a orar (v. 16), se encontraron con una esclava poseída por un demonio —un encuentro que a nosotros nos parecería negativo (v. 16)— y enfrentaron persecución (vv. 19-24), pero experimentaron la presencia de Dios mientras oraban en la cárcel (vv. 25-26), lo que llevó al carcelero a aceptar a Jesús (v. 33) y a toda su familia a creer en Dios (v. 34); así también, oramos para que, mediante la presencia de Dios —al igual que el gran terremoto que abrió las puertas de la prisión—, se abran los corazones de aquellos a quienes buscamos evangelizar, dando lugar a una obra de salvación.

El segundo poder es el poder del Espíritu Santo.

El poder del Espíritu Santo se refiere al «poder» que se recibe cuando el Espíritu Santo viene sobre nosotros, tal como se describe en Hechos 1:8: «Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo...». El «poder desde lo alto» (Lucas 24:49) —o simplemente «poder»— del que se habla aquí no se refiere ni a la influencia política que interesaba a los discípulos, ni meramente a la fortaleza personal para una vida piadosa descrita en el Antiguo Testamento; Más bien, se refiere al poder que capacita a los discípulos para ir hasta lo último de la tierra y proclamar el evangelio (*Word Pictures in the N.T.* y *Nelson Study Bible*). El profesor Yoo Sang-seop lo explicó de esta manera: "Así como el Espíritu Santo, que descendió sobre Jesús mientras oraba tras su bautismo, le dio poder para iniciar su ministerio evangelístico a gran escala, Jesús les dice ahora a sus discípulos que ese mismo Espíritu Santo obrará poderosamente en ellos" (Yoo Sang-seop). En resumen, este "poder de lo alto" se refiere a la capacidad para llevar a cabo la obra del evangelio.

Si ya hemos recibido este poder, ¿por qué no estamos proclamando el evangelio? La razón, creo yo, es que no estamos experimentando este poder de lo alto. En otras palabras, no estamos llenos del poder del Espíritu Santo. Al no someternos a ese poder del Espíritu Santo, fallamos en obedecer el mandato de Dios de proclamar el evangelio. Ciertamente no se debe a que no hayamos recibido el "poder" del que se habla en Hechos 1:8. Según las Escrituras, ya somos receptores de este "poder" como testigos de Jesús. Por eso el apóstol Pablo oraba por los santos de Éfeso: "que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu" (Efesios 3:16). Debemos orar para que el Señor —la Cabeza de la Iglesia— fortalezca nuestro ser interior con poder mediante su Espíritu Santo, capacitándonos para vivir vidas que proclamen con valentía a Jesucristo, quien habita en nuestros corazones por la fe. Lo asombroso es que, cuando oramos de esta manera... el hecho es que el Señor hace aún más abundantemente: "A Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros" (v. 20). Por tanto, al orar, debemos recibir no solo el poder de la oración, sino también la plenitud del poder del

Espíritu Santo. Cuando lo hagamos, seremos usados como instrumentos del Señor para llevar a cabo la obra maravillosa de conducir almas hacia Él, proclamando con valentía el evangelio a los que perecen, fortalecidos por el Espíritu Santo. El tercer poder es el poder del evangelio.

¿Cuál es el poder del evangelio? Pablo afirma en Romanos 1:16: «Porque no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree...». El poder del evangelio es «el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree». Reflexiono sobre cómo Pablo —un hombre que ganaba almas— podía poseer tal pasión por la evangelización. Un artículo que encontré en Internet lo expresa así: «Fue porque había experimentado personalmente el poder del evangelio que salva del pecado, del mundo y de la ley». El texto señala que «el primer paso en la evangelización es conocer el poder del evangelio» (Internet). Ciertamente, si uno ha experimentado verdaderamente el poder del evangelio que trae salvación, resulta imposible no compartirlo. Un ejemplo destacado es la mujer junto al pozo, que aparece en el capítulo 4 de Juan. Tras haber experimentado el poder del evangelio, se la ve «dando testimonio» de Jesucristo, tal como se registra en Juan 4:39. Como resultado, «muchos de los samaritanos de aquel pueblo creyeron en Jesús». Luego, en el versículo 42, los habitantes del pueblo declaran: «Ya no creemos solo por lo que tú dijiste; ahora nosotros mismos hemos oído y sabemos que este hombre es verdaderamente el Salvador del mundo».

El poder del Evangelio se manifestó en la iglesia primitiva cuando unos 120 discípulos —aferrándose a la promesa de Hechos 1:8— se dedicaron a la oración unánimemente (1:14); tal como se registra en Hechos 2, el Espíritu Santo descendió el día de Pentecostés. Lleno del Espíritu Santo, el apóstol Pedro se levantó y proclamó la muerte y resurrección de Jesucristo ante la multitud reunida, llevando a 3000 personas a creer en Jesús y a recibir el bautismo (2:41). Aquí observamos un patrón: oración → llenura del Espíritu Santo → proclamación del Evangelio → la obra de salvación en 3000 personas. Por tanto, debemos

orar, ser llenos del Espíritu Santo y proclamar el Evangelio con valentía. Cuando lo hacemos, la obra de salvación tiene lugar.

El cuarto y último poder es el poder del amor.

A menudo me pregunto qué sucedería si el amor de Dios faltara en la proclamación de la verdad del Evangelio. Así como la verdad sin amor carece de poder, la verdad del Evangelio no tiene fuerza si no se proclama a través del amor, que es un fruto del Espíritu Santo. En 1 Corintios 13:1 —el famoso «capítulo del amor»—, la Biblia afirma: «Si yo hablara lenguas humanas y angélicas, pero no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe». Sin amor, aunque uno hable el lenguaje de los ángeles, no llega a ser más que un «metal que resuena o un címbalo que retiñe».

¿Cuál es el enemigo más formidable al que nos enfrentamos hoy? El reverendo Ok Han-heum, pastor principal de la iglesia Sarang en Seúl, lo identificó como la «indiferencia» en su libro *El evangelista*. Él afirmó: «Dominadas por un egoísmo insensible, las personas no se preocupan por nada más que por sí mismas, sus familias y sus seres queridos. Podemos ver cómo esta generación se vuelve cada vez más esclava de una indiferencia aterradora» (Ok Han-heum). Al igual que en la parábola del buen samaritano (Lucas 10:30–37), hay innumerables almas que mueren espiritualmente —como el hombre que cayó en manos de ladrones—; sin embargo, nosotros, tal como el sacerdote y el levita, simplemente «vemos y pasamos de largo» (versículos 31 y 32). El Señor declaró en Mateo 9:13 que desea «misericordia, y no sacrificio»; no obstante, carecemos de «preocupación por nuestro prójimo, de un corazón compasivo y de un amor sacrificial» (Ok Han-heum), centrándonos en cambio en el «sacrificio», es decir, el acto de presentarnos ante Dios para adorar. Si dejamos atrás a almas que perecen —familiares no creyentes, hijos, padres y amigos— para venir a ofrecer alabanza y adoración únicamente a Dios, ¿aceptaría Él realmente tal adoración? El pastor Ok enfatizó que, cuando acudimos a adorar solos mientras dejamos atrás a estas personas, deberíamos sentir la «agonía de cometer un pecado grave» (Ok Han-

heum). En este contexto, se afirmó que Dios acepta nuestra adoración con agrado solo cuando —movidos por un corazón de profunda compasión— derramamos lágrimas espontáneamente y clamamos con fervor: «Señor, por favor, salva a esa alma por cualquier medio necesario» (Ok Han-heum). Nunca debemos ser como el experto en la ley mencionado en Lucas 10:29, quien preguntó: «¿Y quién es mi prójimo?», intentando justificarse mientras llevaba una vida de fe carente de acción. Debemos poner en práctica nuestro amor por las almas. ¿Cuántas almas que perecen hay entre nuestra familia, parientes, amigos y compañeros? No debemos simplemente mirarlas y pasar de largo; más bien, debemos amarlas fielmente con el amor de Cristo.

Que yo sepa, el pasaje que más amaba mi abuela era el Salmo 23. En el primer versículo, el salmista declara: «El Señor es mi pastor; nada me faltará». Al meditar en este versículo, Dios me hizo comprender algo profundo: si vivo mi vida como una oveja que vaga por su propio camino —sin hacer del Señor mi pastor—, inevitablemente experimentaré una profunda sensación de carencia, la cual me impulsa a volver al Señor, confiar en Él y vivir con Él como mi Pastor. Al igual que el hijo pródigo de Lucas 15 —quien abandonó el abrazo de su padre para seguir su propio camino y llevar una vida desenfrenada, solo para darse cuenta de su absoluta miseria y regresar a él—, yo deseo, en este nuevo año 2006, sentir plenamente las insuficiencias de «James el ser humano» cada vez que sirvo al cuerpo del Señor, la Iglesia, mientras fallo en hacerlo mi Pastor, no dependo de Él o albergo dudas. Por consiguiente, quiero depender aún más del Señor. Anhelo fervientemente ver manifestado su poder. Quiero experimentar el poder de la oración, así como la plenitud del poder del Espíritu Santo... Oro fervientemente para que ustedes experimenten el poder del Evangelio y el poder del amor de Cristo de manera profunda, amplia y poderosa.

La raíz de los justos

[Proverbios 12]

¿Conoce el drama *Deep-Rooted Tree* (Árbol de profundas raíces), emitido por la cadena SBS en Corea a partir del 5 de octubre de 2011? Basada en la novela homónima de Lee Jung-myung, la serie retrata una serie de asesinatos que involucran a eruditos del *Jiphyeonjeon* (Salón de los Sabios) en el Palacio Gyeongbokgung, durante los siete días previos a la promulgación del *Hunminjeongeum* (el alfabeto coreano) bajo el reinado del rey Sejong, de la dinastía Joseon. La obra es aclamada por mostrar —sin reservas— tanto la grandeza de la creación del alfabeto como las dificultades ocultas que implicó dicho proceso. Tras ver la serie, encontré un comentario de un espectador: «El drama dio vida de manera vívida a la excelencia del Hangeul, comenzando por la motivación original del rey Sejong y capturando cada matiz de los dilemas que enfrentó en el camino. Como alguien criado en la cultura del pueblo coreano —que utiliza esta escritura a diario—, esto no solo despertó en mí orgullo por haber tenido un rey tan grandioso, sino también un profundo sentido de dignidad al utilizar personalmente un sistema de escritura tan noble». El autor añadió: «Este es un drama que me encantaría mostrar a los coreanos de segunda generación que viven en el extranjero —quienes tal vez no comprendan del todo lo fácil que es aprender Hangeul o cuán nobles fueron las intenciones detrás de su creación— tan pronto como estén disponibles los subtítulos en inglés». A través de este drama, que ofrece una visión de los orígenes del Hangeul y de las adversidades afrontadas durante su creación, me veo llevado a reflexionar sobre las raíces de nuestra propia fe como creyentes en Jesús. Habiendo recibido el perdón de los pecados mediante la muerte de Jesucristo en la cruz y habiendo sido declarados justos gracias a su resurrección, nosotros —que nos presentamos como

justos ante Dios— nos sentimos impulsados a preguntarnos: «¿Cuál es la raíz de nuestra fe?». En el pasaje de hoy, Proverbios 12:3, la Biblia afirma: «Nadie se afirma por medio de la maldad, pero la raíz de los justos no será removida». Al centrarme en este versículo y en el título «La raíz de los justos», espero reflexionar sobre la totalidad de Proverbios 12 —específicamente a través de dos puntos clave— y recibir y obedecer las lecciones que Dios nos ofrece.

En primer lugar, la raíz de los justos es inamovible. En otras palabras, los justos permanecen firmes.

Observemos Proverbios 12:3: «Nadie se afirma por medio de la maldad, pero la raíz de los justos no será removida». La Biblia declara que una persona no puede mantenerse firme mediante la maldad (v. 3). Dicho de otro modo, si la raíz de una persona es malvada, no puede sostenerse con seguridad y está destinada a tambalearse. Esto nos recuerda el Salmo 1:4: «No así los malos, que son como el tamo que arrebata el viento». La razón por la que los malvados son inevitablemente inestables —como el tamo arrastrado por el viento— es que, al igual que las bestias, desprecian la corrección (Prov. 12:1). ¿Por qué odian la corrección los malvados? Como explica Proverbios 12:15, es porque son necios y creen que sus propios caminos son los correctos. En consecuencia, los malvados necios no atienden el consejo de los sabios (v. 15). Además, los malvados traman el mal (v. 2) y planean engaños (v. 5). Sus palabras acechan para derramar sangre (v. 6). Para una persona tan malvada, tener una «esposa vergonzosa» (como se menciona en la segunda parte del v. 4) provoca que sus propios huesos se pudran. ¿Qué significa esto? Significa que los malvados no pueden mantenerse firmes, ni sus hogares pueden perdurar. En última instancia, tales malvados caen y son destruidos (versículo 7).

Por el contrario, la raíz de los justos permanece inamovible (versículo 3). ¿Cómo es que la raíz de los justos no se mueve? ¿Cómo pueden los justos permanecer firmes? El secreto reside en el hecho de que los justos aman la instrucción. En otras palabras, debido a que

están profundamente arraigados en el conocimiento, son capaces de mantenerse firmes. Observemos el versículo 1: «El que ama la disciplina ama el conocimiento, pero el que odia la corrección es como una bestia bruta». Los justos aman la instrucción porque aman el conocimiento. En consecuencia, aceptan de buena gana la disciplina de Dios, pues desean andar por la senda de la justicia: el camino correcto. Por tanto, tal como se afirma en el versículo 5 del pasaje de hoy: «Los pensamientos de los justos son rectos». Es decir, los planes de los justos —quienes aman la instrucción y el conocimiento— son justos y honestos. Dios favorece a tal persona (versículo 2) y la guía para encontrar a una mujer virtuosa; además, Dios dispone que esta mujer virtuosa sea una corona para su esposo (versículo 4). En otras palabras, Dios concede al hombre justo una esposa virtuosa y le otorga gloria a través de ella. En última instancia, Dios asegura que no solo la persona justa permanezca firme (versículo 3), sino que también su hogar se mantenga seguro (versículo 7).

En segundo lugar, los justos dan fruto a través de sus raíces. Dicho de otro modo, los justos producen una cosecha.

Observemos Proverbios 12:12, en el pasaje de hoy: «El impío codicia el botín de los malvados, pero la raíz de los justos perdura y da fruto». La Biblia afirma que los impíos codician ganancias injustas (versículo 12). La razón por la que codician tales ganancias es que sus corazones persiguen fantasías (versículo 11). La codicia en el corazón de los impíos los impulsa a perseguir quimeras y vanidades sin valor. Como resultado, emplean cualquier medio injusto necesario para apoderarse de lo que pertenece a otros. Su mentalidad está pervertida (versículo 8); no tienen intención de trabajar con sus propias manos (versículo 11), sino que se centran únicamente en despojar a los demás. Una de las razones de esto es su pereza (versículo 24). De hecho, el versículo 27 del pasaje de hoy señala que el impío perezoso «no asa su caza». No solo su mentalidad está pervertida (versículo 8), sino también sus corazones. Observemos la primera parte del versículo 20: «El engaño está en el corazón de los que traman el mal...». No puede haber verdadera alegría («gozo») en el corazón

pervertido de quien trama el mal; en su lugar, allí habita la crueldad (versículo 10). Así, el versículo 6 describe cómo los impíos acechan a los demás, planeando derramar sangre y apoderarse de sus bienes. Dado que sus pensamientos y corazones están pervertidos, sus palabras también son torcidas, lo que conduce a la transgresión en sus labios (versículo 13). Sus labios son propensos a la transgresión y pronuncian engaño (versículo 17). En resumen, poseen una «lengua mentirosa» que dura solo un instante (versículo 19). Aun careciendo de necesidades básicas como el alimento, se «exaltan a sí mismos» ante los demás (versículo 9). Incluso hieren el corazón del prójimo al hablar imprudentemente, «como estocadas de espada» (versículo 18). En cambio, los justos dan fruto gracias a sus raíces (versículo 12). ¿Cómo vive, entonces, una vida fructífera la persona justa?

(1) Los justos son diligentes.

Observemos Proverbios 12:27: «El perezoso no asa su presa, pero el diligente valora sus posesiones». A diferencia de los impíos, los justos no codician ganancias mal habidas (v. 12). Tampoco son perezosos como los impíos, quienes no logran asegurar su propia presa (v. 27). Por el contrario, los justos son diligentes en el cultivo de su tierra, asegurando así la abundancia de alimentos (v. 11). También cuidan del bienestar de su ganado (v. 10). Como resultado, los justos diligentes llegan a gobernar sobre otros (v. 24), mientras que los impíos perezosos terminan bajo el dominio de los demás (v. 24). En definitiva, la riqueza del justo proviene de la diligencia (v. 27).

(2) Los justos son sabios.

Observemos la primera parte de Proverbios 12:8: «El hombre es alabado según su sabiduría...». A diferencia del impío, el justo sabio no se exalta a sí mismo (v. 9). Más bien, guarda su conocimiento para sí (v. 23; 10:14). Poseyendo dominio propio y humildad, expresa lo que sabe en el momento oportuno, edificando así a los demás en lugar de exaltarse a sí mismo (cf. 14:1). Además, a diferencia del necio que considera correcto su

propio camino, el justo sabio escucha el consejo de los demás (12:15). Esto se debe a que sabe que se vuelve más sabio al escuchar consejos y aceptar la instrucción (19:20). También atiende al consejo porque sabe que tener muchos consejeros conduce a la paz —o a la victoria— (11:14). Asimismo, a diferencia del necio que da rienda suelta a su ira de inmediato, el justo sabio soporta los insultos (12:16). Es capaz de soportar tales insultos porque el amor habita en él; el amor cubre todas las ofensas (10:12). Soporta los insultos porque busca la paz (12:20).

(3) Los justos actúan con veracidad.

Observemos Proverbios 12:22: «Los labios mentirosos son abominación al Señor, pero los que actúan con veracidad son su deleite». Dios se deleita en los justos que actúan con veracidad. Por tanto, el justo posee labios veraces que perduran para siempre (v. 19), en lugar de labios mentirosos que duran solo un instante (vv. 19, 22). Y habla la verdad (v. 17). Además, los labios veraces del justo son como una medicina sanadora (v. 18), que llevan alegría a los demás mediante palabras amables (v. 25). Los justos también sirven de guía para su prójimo (v. 26). Es más, sus labios honestos pueden incluso salvar vidas (v. 6). Así, en el versículo 28 —el último versículo del pasaje de hoy—, la Biblia declara: «En el camino de la justicia hay vida; por esa senda se encuentra la inmortalidad».

Quisiera concluir esta reflexión. En el libro *Deep-Rooted Spirituality* (Espiritualidad de raíces profundas), del pastor Kang Jun-min, el autor cita al pastor Andrew Murray —un hombre que enfatizaba la profunda comunión interior con Dios— para describir una «enfermedad de la raíz» que afecta a los naranjos en Sudáfrica. Según el autor, los árboles que padecen esta dolencia siguen dando frutos con normalidad, por lo que una persona común ni siquiera notaría que están enfermos. Sin embargo, un experto puede detectar en dicho árbol el preludio de una muerte lenta. Se dice que los pulgones de la raíz en las vides representan otra manifestación de este tipo de enfermedad radicular. La sanidad fundamental es imposible a menos que se corten las raíces viejas y se injerten otras nuevas.

Cuando se injerta el portainjerto de una vid americana en una cepa nativa, el tronco, las ramas y el fruto permanecen inalterados con el paso del tiempo, pero el árbol resultante posee raíces mucho más vigorosas y resistentes a las enfermedades. El punto que el autor plantea aquí es que el lugar donde ataca la enfermedad —y donde se requiere sanidad— se encuentra en lo más profundo, en el ser interior invisible. Así como el problema del árbol enfermo radica en una enfermedad de la raíz, la causa fundamental de las luchas humanas suele residir en una dolencia espiritual semejante a esa misma enfermedad. Por ello, el autor sostiene que, para llevar una vida verdaderamente espiritual, debemos hundir nuestras raíces profundamente en Jesús. ¿Estamos verdaderamente arraigados en Jesús? Mi oración es que echemos raíces profundas en Él, manteniéndonos firmes e inamovibles, y que vivamos vidas que den fruto a través de Él.

La luz de los justos

[Proverbios 13]

¿Tiene usted tal gozo en su corazón que su rostro resplandece? Proverbios 15:13 afirma: «El corazón alegre hermosea el rostro; mas por el dolor del corazón el espíritu se abate». Si hay preocupación en su corazón, su espíritu se abatirá; naturalmente, su rostro no resplandecerá. Sin embargo, si hay alegría —o gozo— en su corazón, su rostro resplandecerá. El texto de hoy, Proverbios 13:9, dice: «La luz de los justos resplandece con fuerza, pero la lámpara de los impíos se apagará». ¿Qué significa esto? Significa que, debido a que los justos hacen buenas obras (Mateo 5:16) y sus corazones están llenos de gozo, sus rostros resplandecen. Pensemos, por ejemplo, en Esteban, el diácono lleno del Espíritu que aparece en el libro de los Hechos. Arriesgó su vida para predicar el evangelio; incluso ante la persecución de sus enemigos, su corazón estaba lleno de gozo, lo que hacía que su rostro pareciera el de un ángel (Hechos 6:15) (Park Yun-sun). Por tanto, centrándonos en Proverbios 13:9 y en el capítulo en su conjunto, quisiera reflexionar sobre dos puntos bajo el título «La luz de los justos» y recibir las enseñanzas que Dios tiene para nosotros.

El primer punto que consideraremos es la lámpara de los impíos que se apaga. Analizaremos esto desde tres perspectivas:

En primer lugar, la lámpara de los impíos que se apaga es el orgullo.

Observemos Proverbios 13:10: «Ciertamente la soberbia concebirá contienda; mas con los avisados está la sabiduría». ¿Qué es, entonces, el orgullo? Es lo opuesto a la humildad: un

estado mental en el que uno alberga un sentimiento de superioridad y permanece insatisfecho a menos que sea el centro de atención. Sin embargo, la enseñanza fundamental de la Biblia es que el temor de Dios es la virtud suprema, mientras que el orgullo es el pecado más grave (Proverbios 1:7; 6:16–17; 1 Pedro 5:5). El orgullo a menudo se manifiesta como arrogancia respecto al poder, el conocimiento o la propia justicia. Desde una perspectiva bíblica, el orgullo surge cuando la atención de una persona se centra totalmente en sí misma, dejando a Dios fuera del panorama. La Biblia enseña que los soberbios inevitablemente enfrentarán la ruina (Proverbios 16:18). El pasaje de hoy, Proverbios 13:10, afirma que el orgullo solo conduce a contiendas. Una razón de esto es que la persona soberbia e impía carece de la sabiduría necesaria para atender el consejo (v. 10). Al carecer de tal sabiduría, el impío soberbio se niega a escuchar la instrucción o la reprensión de su padre (v. 1). Rechazan dicha corrección porque menosprecian la Palabra (v. 13); en otras palabras, al no tener respeto ni reverencia por los mandamientos de Dios, tratan la instrucción y la reprensión con desprecio. Además, el impío es soberbio y finge ser rico (v. 7). Mientras que Proverbios 12:9 señala que el impío actúa como si tuviera un alto estatus a pesar de carecer de alimento, Proverbios 13:7 especifica que el impío soberbio finge ser rico cuando, en realidad, no posee nada. Tanto actuar con aires de superioridad como fingir riqueza son meros intentos de impresionar a los demás; son falsedades que no reflejan la verdadera identidad de la persona. Debemos vivir con sinceridad y gratitud ante Dios en cualquier posición o situación que se nos asigne, ya sea de pobreza o riqueza, de humillación o exaltación.

En segundo lugar, la lámpara del impío se apaga a causa del engaño.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 13:2: «Del fruto de su boca el hombre comerá el bien, pero el alma de los traidores comerá violencia». Aquí, decir que el corazón del impío es engañoso significa que su corazón es insincero y anhela la violencia. Implica que la persona impía, que desea violencia en su corazón, comete actos violentos y, en consecuencia, sufre violencia ella misma (Park Yun-sun). Sin embargo, los impíos no son engañosos solo de

corazón; sus labios también lo son. Así, los impíos terminan acarreándose vergüenza y deshonra a sí mismos mediante sus labios engañosos (versículo 5). Además, en el versículo 15, la Biblia afirma: «el camino de los traidores es duro». ¿Qué significa esto? Esto significa que la persona malvada que miente habitualmente no solo endurece su corazón como la piedra, sino que también se enfrenta inevitablemente a un camino difícil. Finalmente, el malvado encuentra su ruina por hablar en exceso (versículo 3).

En tercer lugar, la lámpara del malvado se apaga debido a la pereza.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 13:4: «El alma del perezoso desea, y nada alcanza; mas el alma de los diligentes será prosperada». El malvado perezoso anhela riquezas en su corazón, pero no trabaja con diligencia. En cambio, busca obtener riqueza de manera deshonesta (versículo 11). Proverbios 12 nos dice que el malvado perezoso, codiciando la ganancia de la injusticia (12:12), despojará a otros de lo suyo empleando cualquier método injusto a su alcance. Si bien la Biblia ordena claramente: «No confiéis en la extorsión, ni en lo robado os envanezcáis; si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas» (Salmo 62:10), los malvados hacen exactamente lo contrario: confían en la extorsión, se engañan con bienes robados y ponen su corazón en sus crecientes riquezas. La razón de esto es que el corazón del malvado persigue cosas vanas (Proverbios 12:11). En otras palabras, como van tras cosas sin valor, despojan a los demás —utilizando cualquier medio injusto necesario— para acumular su propia riqueza. Sin embargo, según el pasaje de hoy en Proverbios 13:22, tal riqueza acumulada por el pecador está, en realidad, «reservada para el justo». Consideremos Job 27:16-17: «Aunque él [el malvado] amontone plata como polvo y prepare ropa como barro, el justo vestirá lo que él preparó, y el inocente repartirá su plata». Observemos también Eclesiastés 2:26: «Al hombre que le agrada, Dios le da sabiduría, conocimiento y alegría; pero al pecador le da la tarea de recoger y acumular riquezas para entregárselas a quien agrada a Dios. Esto también es vanidad: un correr tras el viento». En última instancia, no solo los impíos no logran obtener lo que desean debido a su propia

pereza (Proverbios 13:4), sino que, incluso si llegan a adquirir riquezas por medios injustos, Dios finalmente entrega esas riquezas a los justos.

Por último, consideremos la luz radiante de los justos. Abordaremos esto desde tres perspectivas:

En primer lugar, la persona justa proyecta una luz resplandeciente sobre este mundo a través de sus palabras.

¿Cómo proyecta la persona justa esta luz sobre el mundo mediante sus palabras?

(1) La persona justa brilla como una luz en este mundo porque aborrece la mentira (v. 5) y se deleita en la verdad. En otras palabras, irradia luz porque habla con la verdad.

Dios aborrece los labios mentirosos (12:22), pero ama a quienes actúan con veracidad; es decir, a los sinceros. Un cristiano sincero sabe que los labios mentirosos duran solo un instante (12:19, 22), mientras que los labios veraces perduran para siempre (v. 19). Por tanto, la persona justa habla con la verdad; al hacerlo, hace brillar la luz de la justicia en este mundo engañoso.

(2) La persona justa disfruta de cosas buenas como fruto de sus palabras.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 13:2: «Del fruto de su boca el hombre comerá el bien, pero el alma de los prevaricadores comerá violencia». ¿Qué significa esto? Significa que, cuando una persona recibe la sabiduría de Dios y enseña las palabras de vida a los demás, ella misma recibe una recompensa de Dios (Gálatas 6:6). En resumen, la persona sabia y justa beneficia a otros con su sabiduría mientras recibe simultáneamente la bendición de Dios (Park Yun-sun). Proverbios 12 afirma que los labios veraces del justo son como una medicina sanadora (v. 18); no solo llevan alegría a los demás mediante buenas palabras (v.

25), sino que también sirven de guía para el prójimo (v. 26). Además, la persona justa puede incluso salvar a otros mediante su hablar honesto (v. 6). En última instancia, la persona sabia y justa recibe la bendición de Dios al enseñar a otros la Palabra de Dios que da vida —aportándoles así un beneficio espiritual y conduciendo sus almas a la salvación— y al servir de guía para sus almas.

(3) La persona justa preserva su alma al cuidar su boca.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 13:3: «El que guarda su boca preserva su vida, pero el que abre mucho los labios tendrá destrucción». La persona justa cuida su boca. En otras palabras, él es cuidadoso con sus palabras. En lugar de abrir mucho la boca como los impíos para revelar insensatez a través de labios perversos (12:23), él habla la verdad y enseña la Palabra de vida, realizando actos que atraen la bendición de Dios, tales como beneficiar a otros y salvar sus almas. Proverbios 10:19 afirma: «En las muchas palabras no falta pecado; mas el que refrena sus labios es sabio». La persona justa y sabia refrena sus labios. El Rev. Park Yun-sun dijo: «Si una persona no es cuidadosa con su hablar, cae fácilmente en el hábito de decir cosas malas. En consecuencia, a través de sus muchas palabras malvadas, primero contamina y finalmente arruina su propia alma (Mateo 15:11). Por tanto, ante todo, uno debe guardar especialmente su boca» (Park Yun-sun).

En segundo lugar, la persona justa resplandece con una luz brillante sobre este mundo a través de su vida.

(1) Aquí, la vida resplandeciente del justo se refiere a su diligencia. En otras palabras, la luz del justo que ilumina este mundo es la diligencia misma. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 13:4: «El alma del perezoso desea, y nada alcanza; mas el alma de los diligentes será prosperada». La persona justa es diligente y trabaja arduamente con sus manos. Al cultivar el campo, obtiene abundancia de alimento (v. 23). En consecuencia, reúne y guarda cuidadosamente la riqueza ganada mediante su labor (v. 11). Así, el justo diligente puede

recibir bendiciones materiales de Dios, prosperar e incluso escapar del peligro —o asegurar su rescate— gracias a sus riquezas (v. 8) (Park Yun-sun). Además, transmite esta herencia a sus descendientes (v. 22). En otras palabras, la persona buena (el justo) que verdaderamente teme a Dios lega sus bienes a su descendencia. Por supuesto, esto presupone que los descendientes de la persona justa son también personas buenas. El Dr. Park Yun-sun señaló este punto: «Por muy buena que sea una persona al transmitir su riqueza a sus descendientes, si estos son injustos, no lograrán disfrutar de la herencia y se enfrentarán a la ruina» (Park Yun-sun). Por supuesto, esto no significa que toda persona justa que trabaja con diligencia llegue a ser rica. De hecho, muchas personas justas pueden vivir en esta tierra trabajando arduamente y, sin embargo, encontrarse en la pobreza. En tal caso, la segunda parte del versículo 8 afirma: «el pobre no oye amenazas». En otras palabras, los pobres justos no se enfrentan a amenazas ni a extorsiones por parte de ladrones. Lo que más importa aquí no es si los creyentes justos en Jesús llegan a ser ricos o pobres, sino si son diligentes o perezosos. Además, la Biblia afirma que los justos resplandecen en este mundo gracias a su diligencia.

(2) Los justos resplandecen en este mundo al actuar con honestidad. En otras palabras, la luz de los justos —que ilumina este mundo— es la honestidad.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 13:6: «La justicia protege al hombre íntegro, pero la maldad derriba al pecador». Los justos aborrecen la falsedad (versículo 5). Abandonan la conducta deshonesta y buscan un comportamiento veraz. La razón es que la persona honesta y justa teme a Dios (14:2). Por tanto, los justos reverencian y respetan los mandamientos de Dios (13:13). Obedientes a la palabra honesta de Dios, todas sus obras son verdaderas (Salmo 33:4). Isaías 26:7 dice: «El camino del justo es recto; Tú, el Recto, allanas la senda del justo». ¿Qué significa esto? Significa que el Señor recto no solo protege a la persona honesta y justa (Proverbios 13:6), sino que también allana su camino.

(3) La luz de los justos que ilumina este mundo es la sabiduría.

La persona sabia actúa con conocimiento (versículo 16). Por consiguiente, la persona sabia y justa no rechaza la instrucción (versículo 18). Los justos poseen la sabiduría necesaria para atender el consejo (versículo 10). En particular, la persona sabia y justa adquiere aún más sabiduría al caminar con los sabios (versículo 20). Al poseer verdadera sabiduría, extienden gracia a los demás (versículo 15). ¿Cómo extienden gracia a otros? Observemos el versículo 14: «La enseñanza del sabio es fuente de vida, y aparta a la persona de los lazos de la muerte». La persona sabia y justa extiende gracia a los demás al impartir enseñanzas que sirven como fuente de vida, ayudándoles así a escapar de los lazos de la muerte (versículo 14). En particular, la persona justa que posee sabiduría divina extiende gracia a sus propios hijos; puesto que los ama, los disciplina con diligencia. Veamos el versículo 24 del pasaje de hoy: «El que escatima la vara odia a su hijo, pero el que lo ama se esfuerza por disciplinarlo». En consecuencia, una buena recompensa sigue inevitablemente a la persona justa que posee sabiduría divina (versículo 21). En otras palabras, Dios recompensa con el bien a la persona justa que actúa sabiamente y extiende gracia a los demás. Por supuesto, cuando hablamos del bien con el que Dios recompensa, a menudo pensamos en las recompensas que Él nos otorgará al entrar en el cielo. Sin embargo, creo que las recompensas que Dios da a los justos no se limitan únicamente al cielo. Creo que Dios también otorga recompensas a los justos en esta tierra, recompensándonos con el bien al permitirnos gustar y ver su bondad (Salmo 34:8).

Finalmente, la persona justa proyecta una luz brillante sobre este mundo mediante el cumplimiento de los deseos de su corazón. En otras palabras, la luz del justo que ilumina este mundo es el cumplimiento mismo de sus deseos.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 13:12: «La esperanza que se demora es tormento del corazón; pero árbol de vida es el deseo cumplido». Proverbios 10:28 nos muestra que tanto los justos como los impíos tienen esperanzas. Sin embargo, la Biblia afirma: «La esperanza de los justos es alegría; mas la expectación de los impíos perecerá». Además,

Proverbios 11:7 declara: «Cuando muere el hombre impío, perece su esperanza». La razón es que la esperanza del impío está arraigada en la injusticia y está destinada a desvanecerse. En cambio, la Biblia asegura que la esperanza del justo no será cortada (23:18). De hecho, afirma: «El justo tiene esperanza en su muerte» (14:32). Tú y yo, habiendo sido justificados por la fe en Jesús, ciertamente tenemos un futuro (23:18). Y el deseo que albergamos para ese futuro es de bien (11:23). El desafío, no obstante, es que el cumplimiento de este deseo futuro a veces se demora. Cuando eso sucede, nuestro corazón enferma, tal como describe Proverbios 13:12. En otras palabras, la demora en el cumplimiento de nuestras esperanzas futuras puede causar angustia. Sin embargo, si oramos, tenemos esperanza y aguardamos con fe en el Dios fiel que cumple su pacto, Él ciertamente cumplirá la esperanza que nos ha dado y concederá nuestros deseos en su tiempo perfecto. El texto de hoy nos dice que este cumplimiento se convierte en una fuente de gran consuelo para nosotros, como un árbol de vida (Walvoord). Así, al cumplir las esperanzas y los deseos de los justos, Dios les permite brillar como luz en un mundo carente de tal esperanza. En consecuencia, los justos se regocijarán y se alegrarán (versículo 9). Quisiera concluir esta reflexión. La lámpara de los impíos —arrogantes, engañadores y perezosos— ciertamente se apagará; sin embargo, la luz de los justos brillará con fuerza. Nosotros somos los justos: tú y yo. Por la gracia de Dios, mediante la fe en Jesucristo, somos los justos. Como justos, debemos hacer brillar intensamente la luz de Jesucristo en este mundo de tinieblas. Debemos irradiar esta luz a través de nuestros labios: con labios veraces que aborrecen la falsedad y aman la verdad; con labios bondadosos que benefician el alma de los demás al compartir el Evangelio de Jesucristo y enseñar la Palabra de Dios; y con labios sabios que guardan nuestra propia boca y preservan nuestra propia alma. También debemos irradiar esta luz a través de nuestra vida. No debemos ser perezosos, sino diligentes, honestos y sabios en nuestras acciones, haciendo así que la luz brille con fuerza en este mundo de tinieblas. En última instancia, Dios cumplirá los anhelos de nuestro corazón, capacitándonos para irradiar con fuerza la luz de Jesucristo en este mundo oscuro. ¿Cuál es el anhelo de nuestro corazón? ¿Cuál es nuestra esperanza para el futuro? ¿Acaso no es que, al regreso de Jesús, seremos revestidos de cuerpos espirituales gloriosos, ascenderemos al cielo y viviremos para siempre con el

Señor? El Señor cumplirá este anhelo, capacitándonos para irradiar con fuerza la luz de Jesucristo en este mundo de tinieblas.

La mujer sabia que edifica su hogar

[Proverbios 14:1-9]

¿Cómo debemos, entonces, edificar nuestros respectivos hogares? Personalmente, siempre que reflexiono sobre Mateo 16:18 —la promesa del Señor a nuestra Iglesia Presbiteriana Seungri de que Él edificaría su iglesia— y oro aferrándome a esa promesa, me vienen a la mente tres motivos de oración específicos. En primer lugar, oro para que el Señor levante entre nosotros obreros que posean una visión centrada en Cristo. En segundo lugar, oro para que el Señor edifique a cada una de nuestras familias. Y en tercer lugar, oro para que el Señor edifique la Iglesia Presbiteriana Seungri —su cuerpo— y así establezca el Reino de Dios. Por eso, siempre que oro con ustedes, a menudo he presentado a la persona, a la familia y a la iglesia como motivos de oración conjuntos. Hoy, de entre estos tres temas, me siento impulsado a centrarme específicamente en el segundo: cómo debemos orar para que el Señor edifique nuestras familias. A modo de repaso, si recordamos el mensaje titulado «¡Señor, edifica nuestro hogar!» (impartido el 18 de mayo de 2008, basado en 1 Crónicas 17:16-27), encontramos tres puntos de oración que recibimos en aquel entonces: (1) «¡Señor, permite que mi familia sea gobernada por la gracia de Dios!» (v. 16); (2) «¡Señor, permite que la Palabra de Dios tenga autoridad en mi familia!» (v. 23); y (3) «¡Señor, permite que mi familia experimente la presencia de Dios a través de la oración!» (v. 25). Al recibir el mensaje de hoy y orar, reflexionemos una vez más sobre si nuestras familias están verdaderamente gobernadas por la gracia de Dios, si la Palabra de Dios tiene autoridad en nuestros hogares y si estamos experimentando la presencia de Dios mediante la oración. Hoy, centrándome en el pasaje de Proverbios 14:1-9, quisiera reflexionar sobre el hecho de que el Señor utiliza a una mujer sabia para edificar nuestros hogares. Por favor, miren

Proverbios 14:1: «La mujer sabia edifica su casa, pero la necia la derriba con sus propias manos». Basándome en este versículo, quisiera explorar este tema bajo el título «La mujer sabia que edifica su hogar», dividiendo la exposición en dos puntos. Es mi oración que, al reflexionar sobre estos dos puntos, recibamos y obedezcamos las enseñanzas que Dios nos da, participando así humildemente en la obra del Señor de edificar nuestros hogares y las iglesias a las que servimos.

El primer punto que quisiera considerar es el de la mujer necia que derriba su hogar con sus propias manos.

Observemos la segunda parte de Proverbios 14:1: «…mas la necia con sus manos lo derriba». ¿Quién es, entonces, esta mujer necia que derriba su hogar con sus propias manos?

En primer lugar, la mujer necia que derriba su hogar con sus propias manos menosprecia a Dios.

Observemos la segunda parte de Proverbios 14:2: «…pero el de caminos perversos lo menosprecia». La mujer necia es aquella que actúa con perversidad. Actuar con perversidad significa obrar únicamente conforme a los propios deseos (Park Yun-sun). Y la mujer necia que actúa solo según sus propios deseos menosprecia a Dios; en otras palabras, lo tiene en poco. ¿De qué manera, entonces, menosprecia a Dios? El Dr. Park Yun-sun señaló siete características de tal mujer: (1) la mujer necia que menosprecia a Dios ama el placer más que a Dios (2 Timoteo 3:4); (2) actúa conforme a su naturaleza humana corrompida, manteniéndose impenitente e incrédula ante Dios (Judas 1:10); (3) debido a que Dios es paciente respecto al pecado humano —sin castigar de inmediato ni cada vez que se comete—, ella, por el contrario, lo menosprecia y afirma que no hay Dios (Romanos 2:4); (4) no teme a la Palabra de Dios registrada en las Escrituras (Proverbios 13:13); (5) se glorifica a sí misma en lugar de a Dios; dicho de otro modo, intenta temerariamente usurpar la gloria de Dios; (6) no ora a Dios, menospreciando así su promesa de dar a quienes piden

(Mateo 7:7–11); y (7) no adora a Dios con sinceridad. Así, la mujer necia que desprecia a Dios no le teme, sino que lo menosprecia; en consecuencia, sigue un camino tortuoso en lugar del camino recto. En resumen, transita por una senda de duplicidad y falta de sinceridad (Comentario bíblico KJV). Al carecer del temor de Dios, actúa con deshonestidad —de hecho, es incapaz de actuar con honestidad— y, en su lugar, comete el mal. Por tanto, la mujer necia que desprecia a Dios derriba su propia casa con sus propias manos. En segundo lugar, la mujer necia que derriba su propia casa es soberbia.

Observemos la primera parte de Proverbios 14:3 en el texto de hoy: «El necio es soberbio y provoca golpes con su boca...». La Biblia afirma que la mujer necia que no teme a Dios es soberbia (versículo 3). Debido a su soberbia, considera a los demás inferiores a ella; en consecuencia, los mira por encima del hombro y los menosprecia en su corazón. Por ejemplo, si una esposa es necia y soberbia, ve a su esposo como alguien inferior, lo menosprecia y lo ignora. Habla de manera despectiva a su esposo, hiriendo su corazón. El grave problema, sin embargo, es que no se da cuenta de que ha dicho cosas que le hacen daño. ¿Cómo debe sentirse el esposo al vivir con una mujer tan soberbia y necia? ¿Y qué será de su hogar? ¿Se edificará adecuadamente o se desmoronará? Proverbios 11:2 (primera parte) dice: «Cuando viene la soberbia, viene también la deshonra...». ¿Qué significa esto? Significa que una mujer necia y soberbia atrae la deshonra sobre sí misma mediante sus propias palabras. ¿Qué clase de deshonra afronta? Proverbios 10:13 (segunda parte) afirma: «...el azote es para la espalda del falto de entendimiento». En otras palabras, la mujer necia y soberbia sufre deshonra a causa de sus palabras y recibe disciplina en forma de látigo o vara (26:3). Así, Dios humilla a la mujer soberbia (29:23). Dios nunca permite que una mujer soberbia edifique un hogar. De esta manera, la mujer necia y soberbia derriba su propia casa.

En tercer lugar, la mujer necia que derriba su propia casa es arrogante.

Observemos la primera parte de Proverbios 14:6 en el texto de hoy: «...el escarnecedor busca sabiduría y no la halla...». La mujer necia es arrogante y se niega a escuchar a los demás. En consecuencia, pierde la capacidad de escuchar (MacDonald). ¿Qué sucede cuando una persona pierde la capacidad de escuchar? Aunque se tengan dos oídos, si uno se niega persistentemente a atender el consejo, la recomendación o la reprensión de los seres queridos, se vuelve esclavo de la creencia de que siempre tiene la razón; además, se transforma en una persona profundamente egoísta que solo se preocupa por sí misma. Inevitablemente, tal persona perderá a todos sus amigos. Después de todo, ¿quién querría ser amigo de alguien tan egoísta y ensimismado? Es más, ¿quién permanecería cerca de alguien que se cree superior a los demás y habla con tanta arrogancia? Si una esposa dentro del hogar es necia y arrogante, se negará a escuchar a su marido. Al hacerlo, pierde la capacidad de escuchar y se convierte en alguien orgulloso, arrogante y totalmente egocéntrico. ¿Puede imaginar el impacto perjudicial que tal mujer tendría en su esposo y, especialmente, en sus hijos? El texto de hoy afirma en el versículo 6 que una persona tan arrogante busca sabiduría pero no logra encontrarla. ¿No resulta esto algo extraño? ¿No es curioso que una persona arrogante —que se niega a escuchar a los demás y cree tener siempre la razón— busque siquiera la sabiduría? El problema no radica en el acto de buscar sabiduría en sí, sino en el hecho de que quien la busca es arrogante y no teme a Dios, quien es la fuente de toda sabiduría (1:7; 9:10) (Walvoord). ¿Cómo puede una persona arrogante y soberbia, que no teme a Dios, buscar y obtener sabiduría? Proverbios 16:18 declara: «...la altivez de espíritu [precede] a la caída». La mujer necia que carece de sabiduría hace tropezar a su esposo y a sus hijos. Debido a que ejerce una influencia negativa en su familia, inevitablemente termina derribando su propio hogar con sus propias manos.

En cuarto lugar, la mujer necia que derriba su casa con sus propias manos carece de conocimiento. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 14:7: «Apártate de la presencia del necio, porque allí no hallarás palabras de sabiduría». La mujer necia que derriba su casa menosprecia a Dios; es arrogante y soberbia, y se niega a escuchar la Palabra de Dios. En otras palabras, sus palabras y acciones demuestran constantemente un menosprecio hacia

Dios (Salmo 14:1; Park Yun-sun). Además, como es arrogante pero ignorante, se deleita en discusiones y disputas que engendran envidia, contiendas, calumnias y malos pensamientos (1 Timoteo 6:4). Si una esposa es arrogante y carece de verdadero conocimiento, sin duda le encantará discutir y polemizar. El resultado es un hogar lleno de envidia, contiendas, calumnias y malos pensamientos: un lugar donde no hay paz. El problema radica en que, a pesar de carecer de conocimiento, la mujer necia es lo suficientemente arrogante como para creerse sabia. Y si es tan soberbia que se niega a aceptar el consejo de cualquiera, ¿qué será de esa familia? Lo mismo se aplica a la familia espiritual de la iglesia. Si hay alguien arrogante y soberbio —que posee poco conocimiento de Dios pero ama las discusiones y disputas—, esa iglesia inevitablemente caerá en el caos. Tampoco resulta nada fácil instruir a una persona así. La razón es que, debido a su arrogancia, carece del espíritu enseñable necesario para recibir instrucción. Por ello, la Biblia nos exhorta a alejarnos de tales necios (Proverbios 14:7). Si no nos distanciamos de ellos, corremos el riesgo de convertirnos también en necios que menosprecian a Dios y destruyen sus propios hogares.

En quinto lugar, la mujer necia que derriba su casa con sus propias manos se engaña a sí misma.

Observemos la segunda parte de Proverbios 14:8 en el texto de hoy: «...la necedad de los necios es engaño». La necedad de la mujer insensata reside en su menosprecio hacia Dios. En otras palabras, su necedad nace de la creencia de que Dios no existe (Salmo 53:1). En consecuencia, no solo deja de temer a Dios —al ser incapaz de hacerlo—, sino que también se corrompe y comete actos abominables de maldad (Salmo 53:1). No hace el bien ni es capaz de hacerlo (versículos 1 y 3). Sin embargo, la mujer necia cree que sus propios caminos son los correctos (12:15). Esto trae a la mente Santiago 1:22: «No se limiten a escuchar la palabra, engañándose así a sí mismos. Hagan lo que ella dice». La Biblia enseña que limitarse a escuchar la Palabra de Dios sin obedecerla (sin ponerla en práctica) es una forma de autoengaño; no obstante, como la mujer necia y arrogante cree que Dios no existe,

ni siquiera escucha Su Palabra en absoluto. ¿Cómo podría una mujer necia que ignora a Dios de esta manera llegar a obedecer Su Palabra? Esto es autoengaño. ¿Cómo, entonces, puede una mujer necia que se engaña a sí misma de esta forma llegar a edificar su propio hogar (familia)?

En sexto lugar, la mujer necia que derriba su propia casa toma el pecado a la ligera.

Observemos la primera parte de Proverbios 14:9 en el texto de hoy: «Los necios se burlan del pecado…». Como la mujer necia cree que no hay Dios, no escucha la Palabra de Dios; y al no escuchar la Palabra de Dios, desconoce la verdad. ¿Qué sucede cuando alguien desconoce la verdad? Por ignorar la verdad, la mujer necia comete el mal. Sin embargo, no considera pecado los actos que comete; ha perdido la capacidad de hacerlo. Más bien, al haber perdido la facultad de reconocer el pecado como tal debido a su ignorancia de la verdad, ella —tal como se describe en Proverbios 10:23— encuentra placer en hacer el mal. En consecuencia, su corazón se endurece a causa del pecado y no siente temor de pecar contra Dios. En resumen, la mujer necia toma el pecado a la ligera. Mientras que Dios considera claramente el pecado como un asunto grave, ella lo trata como algo trivial. El reverendo Park Yun-sun afirmó: «Aquellos que ignoran la Biblia no reconocen el pecado como pecado; más bien, se deleitan en él». Por tanto, no solo deja de arrepentirse de su pecado, sino que es incapaz de hacerlo. Esto se debe a que, al no ver el pecado como pecado, no siente necesidad de arrepentimiento. Así, continuará viviendo una vida de pecado contra Dios. Al tomar el pecado a la ligera, llevará una vida pecaminosa, alejada de la gracia de Dios. Además, vivirá con un corazón tan endurecido que no sentirá remordimiento alguno, aun mientras comete innumerables pecados. ¿Qué será de un hogar donde habita una mujer así?

Por último, el segundo punto que deseo tratar es el de la mujer sabia que edifica su casa. Observemos la primera mitad de Proverbios 14:1, el texto de hoy: «La mujer sabia edifica su casa…». ¿Quién es, entonces, la mujer sabia que edifica su casa?

En primer lugar, la mujer sabia que edifica su casa actúa con rectitud porque teme a Dios.

Observemos la primera mitad de Proverbios 14:2: «El que camina en rectitud teme al Señor...». La mujer sabia que edifica su casa teme a Dios. Esto se debe a que el temor de Dios es el principio de la sabiduría (1:7). Y la mujer sabia que teme a Dios actúa con rectitud. ¿Cómo vive su fe, entonces, una mujer tan sabia —una que actúa rectamente por temor a Dios—? El Dr. Park Yun-sun identificó cinco características (Park Yun-sun): (1) Teme a Dios de tal manera que no comete pecado ni siquiera al realizar tareas cotidianas; (2) vive una vida piadosa en secreto y se mantiene vigilante en oración; (3) no comete pecado en su corazón; (4) en tiempos de paz, es cautelosa y teme alejarse del Señor; y (5) en situaciones difíciles, mantiene su integridad en lugar de intentar escapar del problema mediante medios indignos. Así, la mujer sabia que actúa con rectitud por temor a Dios nunca toma el pecado a la ligera (versículo 9). Por el contrario, debido a que teme a Dios, considera el pecado con seriedad (versículo 9). En consecuencia, cuando peca contra Dios, reconoce de inmediato su transgresión, se la confiesa a Él y se arrepiente. Por tanto, Dios otorga gracia a la mujer que actúa con rectitud por temor a Él (versículo 9). En otras palabras, Dios acepta de buen grado a la mujer que camina con rectitud por temor a Dios cuando esta se arrepiente de su pecado y regresa a Él (Walvoord). ¿Qué otra cosa podría ser esto sino la gracia de Dios? (8:35) Consideremos el conocido pasaje de Proverbios 31:30, donde la Biblia habla de la mujer que teme a Dios: «Engañoso es el encanto y fugaz la belleza; pero la mujer que teme al Señor es digna de alabanza». La mujer sabia que teme a Dios camina con rectitud y, por ello, recibe alabanza tanto de Dios como de las personas. Es a través de tales mujeres temerosas de Dios que Él edifica nuestros hogares y nuestras iglesias.

En segundo lugar, la mujer sabia que edifica su casa posee conocimiento en sus labios.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 14:7: «Aléjate del necio, pues no hallarás conocimiento en sus labios». Debido a que teme a Dios, la mujer sabia se mantiene humilde

tanto ante Dios como ante los demás. Y gracias a su humildad, no solo escucha atentamente la voz de Dios, sino que también atiende con humildad el consejo y la instrucción de los sabios, lo que le facilita adquirir conocimiento (v. 6). Incluso acepta con humildad la reprensión de los justos; de hecho, considera la reprensión de los sabios como una gracia (Salmo 141:5). Por tanto, acoge dicha reprensión, sabiendo cómo convertirla en su propio beneficio. ¿Cómo transforma en beneficio propio la reprensión de los sabios? La mujer sabia se beneficia al permitir que la reprensión de los sabios aumente su aprendizaje (Proverbios 1:5; 9:9). Consideremos Proverbios 9:9: «Da instrucción al sabio, y será más sabio; enseña al justo, y aumentará su saber». La mujer sabia, lo suficientemente humilde como para crecer en conocimiento, no atrae problemas con sus palabras, a diferencia de la mujer orgullosa (3:3). En cambio, se preserva a sí misma mediante sus labios (versículo 3). En otras palabras, la mujer sabia cuida su hablar: habla cuando debe y guarda silencio cuando debe, beneficiando así a los demás. Como consecuencia, ella misma también obtiene beneficios (Park Yun-sun). El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Como la persona sabia ama a los demás, no los calumnia, sino que cubre sus faltas (1 Pedro 4:8). A cambio, los demás también la protegen con sus palabras». Además, como testigo fiel (versículo 5), da testimonio de la Palabra de Dios con labios llenos de conocimiento. A través de una mujer así —cuyos labios poseen conocimiento—, Dios edifica el hogar y la iglesia, que es el cuerpo del Señor.

En tercer lugar, la mujer sabia que edifica su casa es diligente.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 14:4: «Donde no hay bueyes, el pesebre está limpio; pero la fuerza del buey produce abundantes cosechas». Naturalmente, si no hay bueyes, el pesebre permanece limpio. Sin embargo, sin bueyes, falta la fuerza para cultivar los campos. Por tanto, sin bueyes, es imposible recoger una cosecha abundante. Así, la mujer sabia adquiere un buey, invierte su tiempo en alimentarlo y asearlo, y trabaja diligentemente junto a él para recoger una cosecha abundante. Al leer la Biblia, vemos que Dios a menudo menciona al buey —entre todos los animales— para enseñar a las personas el valor del

trabajo arduo. Por ejemplo, Deuteronomio 25:4 dice: «No pondrás bozal al buey cuando trille». El Dr. Park Yun-sun señaló: «El buey es un símbolo de fidelidad y trabajo arduo». En otras palabras, la mujer sabia es fiel y laboriosa; sus esfuerzos diligentes aseguran que a su hogar no le falte nada (Proverbios 31:11). Proverbios 31:13–18 describe a la mujer virtuosa como alguien que busca lana y lino y trabaja con entusiasmo con sus manos (v. 13); se levanta antes del amanecer para proveer alimento a su hogar y asignar tareas a sus criadas (v. 15); se ciñe de fuerza y fortalece sus brazos (v. 17); y percibe la ganancia de su labor, manteniendo su lámpara encendida durante la noche (v. 18). Además, la Biblia señala que ella supervisa los asuntos de su hogar y no come el pan de la pereza (v. 27). En consecuencia, sus hijos se levantan y la llaman bienaventurada, y su esposo la alaba (v. 28). A través de una mujer tan sabia y laboriosa, Dios edifica tanto a la familia como a la iglesia.

En cuarto lugar, la mujer sabia que edifica su hogar conoce su propio camino.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 14:8: «La sabiduría del prudente es discernir su camino, mas la insensatez de los necios es engaño». Puesto que la mujer necia no teme a Dios sino que lo ignora, no busca la voluntad divina ni transita por el camino que Él desea. En cambio, sigue la senda que ella misma elige, guiada por su propio corazón y voluntad. En última instancia, esto solo pone de manifiesto su insensatez, pues vive como si Dios no existiera (Salmo 53:1). Además, esto equivale a engañarse a sí misma, ya que vivir apartada de Dios significa abandonar la verdad y llevar una vida de falsedad. La mujer necia que así se engaña y exhibe su insensatez, inevitablemente derriba su hogar. Por el contrario, la mujer sabia edifica su hogar. Ante todo, conoce el camino que debe seguir; comprende la voluntad de Dios para su vida y vive conforme a ella. En otras palabras, la mujer sabia identifica correctamente la obra a la que ha sido llamada —una labor que se alinea con la voluntad de Dios— y la lleva a cabo (1 Corintios 7:17; Park Yun-sun). Un aspecto de esa voluntad divina es edificar su propio hogar, así como la iglesia, que es la casa de Dios. Al conocer esta voluntad del Señor, la mujer sabia se esfuerza diligente y fielmente por cumplirla, viviendo

con humildad y reverencia ante Él. A través de una mujer así de sabia, el Señor edifica su casa.

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Al pensar en una mujer sabia que edifica su hogar, ¿quién de la Biblia le viene a la mente? Yo recuerdo a Rut, la mujer moabita del libro bíblico que lleva su nombre. Las Escrituras la describen como una «mujer virtuosa» (Rut 3:11). Consideremos las circunstancias de su familia: su suegro Elimelec, su esposo Mahlón y su cuñado Quelión habían fallecido, y su cuñada Orfa se había marchado; las únicas que quedaban eran su suegra Noemí —viuda también— y ella misma. A pesar de ser extranjera, Rut siguió a Noemí hasta Belén, en la tierra de Judá; trabajó con diligencia en los campos de Booz y, finalmente, se casó con él. Juntos tuvieron a Obed, el abuelo de David. Al final, el nombre de Rut quedó registrado junto al de Booz en la genealogía de Jesús. ¡Qué gracia tan maravillosa y abundante es esta! Al reflexionar sobre esta gracia, creo firmemente que Rut fue una mujer de excelencia y sabiduría. Fue una mujer que buscó la gracia (2:10), una mujer de obediencia (3:5-6) y una mujer que mostró bondad amorosa (3:10). A través de Rut, el Señor estableció la familia de Booz; mediante ese linaje, el Mesías —Jesús— nació en este mundo y, por medio de Jesús, se estableció la Iglesia. Del mismo modo, el Señor desea edificar Su cuerpo —la Iglesia Presbiteriana Victory— a través de ti y de mí. Por tanto, debemos ser personas sabias. Los cristianos sabios caminan con honestidad porque temen a Dios. Los cristianos sabios poseen conocimiento en su hablar. Los cristianos sabios son diligentes. Los cristianos sabios disciernen su camino y llevan a cabo fielmente la obra que se les ha asignado, conforme a la voluntad del Señor. Oro para que tú y yo lleguemos a ser personas sabias que edifiquen la casa del Señor.

El dolor del corazón y el gozo del corazón

[Proverbios 14:10–35]

¿Está su corazón lleno de gozo en este momento o siente dolor? Si siente dolor, ¿cuál es la causa? Si siente gozo, ¿cuál es la razón? Existe un dicho que afirma: «Compartir la pena la reduce a la mitad, mientras que compartir la alegría la duplica». Sin embargo, ¿realmente compartimos las penas y alegrías que experimentamos en nuestras vidas con los seres queridos que nos rodean? Quizás seamos capaces de compartir nuestra alegría con los demás hasta cierto punto, pero sospecho que a menudo nos cuesta compartir nuestras penas personales. Creo que una de las razones es la sensación de que, aunque compartiéramos nuestra pena, la otra persona no comprendería plenamente el dolor de nuestro corazón. Personalmente, considero válido este razonamiento; nadie puede comprender totalmente la pena específica que cada uno de nosotros soporta. Lo mismo ocurre con el gozo. Creo que nadie puede captar plenamente la pena o el gozo que alberga el corazón de otra persona. Si ni siquiera el cónyuge —con quien uno es «una sola carne»— puede comprenderlo por completo, entonces seguramente los hermanos de la iglesia —que son un solo cuerpo en el Señor— tampoco podrán comprender plenamente la pena o el gozo de nuestros corazones. No obstante, Romanos 12:15 nos instruye a «gozarnos con los que se gozan» y «llorar con los que lloran». ¿Cuál es la razón de esto? Al reflexionar sobre ello, recordé Hebreos 4:15: «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado». Creo que Dios desea que los miembros de nuestra iglesia se compadezcan unos de otros, tal como lo hace Jesús, nuestro Sumo Sacerdote. Por tanto, la iglesia debe establecerse como una comunidad que se goza y llora unida.

Al observar el texto de hoy, Proverbios 14:10, la Biblia declara: «El corazón conoce su propia amargura, y ningún extraño comparte su alegría». Centrándome en este pasaje, quisiera reflexionar sobre dos puntos bajo el título «El dolor del corazón y el gozo del corazón» y recibir las enseñanzas que Dios tiene para nosotros. En primer lugar, consideremos el «dolor del corazón». Quisiera examinar ocho situaciones en las que experimentamos tal dolor:

Primero, sentimos dolor en el corazón cuando nuestro hogar se desmorona.

Observemos la primera parte de Proverbios 14:11: «La casa de los impíos será destruida…». Según un comentario, la palabra «casa» aquí puede referirse no solo a los miembros de la familia, sino también a las posesiones (Walvoord). Si esta interpretación es correcta, el versículo implica que la casa del impío —es decir, tanto su familia como sus bienes— terminará en ruina. Nos enseña que, aunque los impíos parezcan prosperar mientras vivimos en esta tierra, tal éxito es solo temporal (cf. Salmo 73). Por tanto, no debemos olvidar que, aunque la casa del impío parezca prosperar momentáneamente, finalmente enfrentará la ruina. ¿Cuál es la razón de esto? Precisamente la maldad del impío. Dios, que es santo y justo, provocará la ruina de su casa debido a sus pecados.

Apliqué este pasaje a nosotros, los cristianos —los justos—. Me llamó la atención que, si los creyentes albergamos pecados de los que no nos arrepentimos y no recibimos el perdón de Dios, nuestros propios hogares también están destinados a desmoronarse. El problema radica en nuestro pecado. Si no nos arrepentimos de nuestros pecados, nuestros hogares sufrirán inevitablemente a causa de ellos. Una forma de este sufrimiento es una vida de adversidad y angustia. Observemos la segunda parte de Proverbios 14:34: «… el pecado es afrenta para el pueblo». ¿Qué significa esto? Aquí, la palabra traducida como «afrenta» se refiere a «necesidad» o «angustia». En otras palabras, significa que si un pueblo está lleno de pecado, sus vidas se llenarán de adversidad (Park Yun-sun). Si bien este versículo habla de un pueblo que sufre adversidad debido al pecado, creo que este principio se aplica

igualmente a nuestras propias familias. Si nuestras familias están plagadas de pecado, nosotros también estamos destinados a enfrentar una vida de angustia. Otra forma de sufrimiento que nuestras familias pueden enfrentar debido al pecado es la vergüenza. Observemos la segunda parte del versículo 35: «... el siervo que causa vergüenza provoca su ira». Aunque este versículo se refiere a un siervo que acarrea deshonra a una nación, al aplicarlo a la familia, implica que un hogar lleno de pecado no solo sufrirá adversidades, sino que también enfrentará la vergüenza. Por ejemplo, los hijos pueden desviarse y cometer numerosos pecados, trayendo deshonra a sus padres y vergüenza a la familia; a la inversa, los propios padres pueden cometer pecados graves, acarreando así oprobio sobre sus hijos e infligiendo una profunda vergüenza al hogar. A menudo nos referimos a una familia así como una familia "disfuncional" o "en ruinas". Si nuestra propia familia está cayendo en tal estado debido al pecado, sin duda sentiremos angustia en nuestros corazones. ¿Qué debemos hacer entonces? Debemos confiar en la preciosa sangre derramada por Jesús en la cruz para confesar a Dios, con detalle, nuestros pecados y los de nuestra familia, y arrepentirnos. Al hacerlo, Dios perdonará nuestros pecados y los de nuestro hogar, cubriéndolos todos. En consecuencia, Dios transformará nuestra angustia en gozo y alegría.

En segundo lugar, experimentamos angustia en el corazón cuando recorremos un camino que nos parece correcto, pero que no lo es a los ojos de Dios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 14:12: "Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte". Este versículo se repite textualmente en Proverbios 16:25. Cuando el rey Salomón habló de un camino que "al hombre le parece derecho pero termina en muerte", no puedo evitar reflexionar sobre su propia vida; el camino que él consideró correcto —aunque no lo era— parece haber sido su decisión de "amar a muchas mujeres extranjeras" (1 Reyes 11:1), además de a la hija del faraón, y de entablar relaciones amorosas con ellas (versículo 2). Dios había advertido claramente al pueblo de Israel que mezclarse con extranjeros haría que sus corazones se desviaran para seguir a otros dioses (v. 2); sin embargo, el rey Salomón, actuando según lo que le parecía correcto

a sus propios ojos, amó a muchas mujeres extranjeras y se involucró sentimentalmente con ellas (v. 2). ¿Cuál fue el resultado? Observemos 1 Reyes 11:4: «Cuando Salomón llegó a viejo, sus mujeres desviaron su corazón tras otros dioses, y su corazón no fue totalmente fiel al Señor su Dios, como lo había sido el corazón de David, su padre. Siguió a Astoret, diosa de los sidonios, y a Milcom, dios detestable de los amonitas». En última instancia, incluso el sabio rey Salomón pecó contra Dios al incurrir en idolatría durante su vejez. Aunque Dios se le había aparecido dos veces y le había ordenado no seguir a otros dioses (vv. 9-10), el rey Salomón no cumplió el mandato divino (v. 10). Creo que finalmente se dio cuenta —aunque demasiado tarde— de que el camino que había elegido, creyéndolo correcto, conducía en realidad a la muerte.

Consideremos Proverbios 15:25, donde la primera parte del versículo afirma que el Señor «derriba la casa de los soberbios». Debido a que Salomón —en su soberbia— ignoró las advertencias de Dios y desobedeció sus mandamientos, Dios dividió el reino de Israel en dos durante el reinado de su hijo Roboam. Reflexionar sobre el hecho de que una nación llegó a dividirse en dos nos recuerda las palabras que Jesús pronunció en Marcos 3:24-26: «Si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer; si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer; y si Satanás se levanta contra sí mismo y se divide, no puede permanecer, sino que llega a su fin». Si nuestro propio hogar está dividido contra sí mismo, no puede mantenerse firme; cuando hay conflicto en la familia, todos los miembros sufren inevitablemente dolor emocional. Pensemos en el rey Salomón —considerado el hombre más sabio del mundo—, quien comprendió que el camino que eligió (creyéndolo correcto a sus propios ojos mientras ignoraba la palabra de Dios) conducía, en última instancia, a la muerte. Cuando él nos dice en Proverbios 14:12: «Hay camino que al hombre le parece derecho, pero su fin es camino de muerte», ¿cómo debemos responder? Incluso cuando un camino nos parece correcto, debemos contrastarlo con la palabra de Dios y examinar repetidamente si es verdaderamente recto ante sus ojos. Si, durante este proceso, el Espíritu Santo utiliza la Palabra de Dios para

revelarnos que el camino que considerábamos correcto no lo es a los ojos de Dios, debemos apartarnos de él. Al hacerlo, Dios transformará el dolor de nuestros corazones en alegría.

En tercer lugar, cuando perseguimos placeres propios de este mundo, nuestros corazones experimentan dolor.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 14:13: «Aun en la risa puede doler el corazón, y el fin de la alegría puede ser el pesar». Este pasaje indica que los placeres mundanos no son ni puros ni duraderos. Significa que la tristeza sigue a los placeres de este mundo; específicamente, a los placeres de la carne (Park Yun-sun). Pensemos en el rey Salomón. Él consideró correcto tomar a muchas mujeres extranjeras como esposas y concubinas; sin embargo, en su vejez, terminó cometiendo el pecado de adorar a los ídolos de ellas. ¡Cuánta risa y alegría debió sentir cuando incorporó por primera vez a tantas mujeres extranjeras a su vida! Pero al considerar la profunda angustia y tristeza que sufrió más tarde a causa de ellas, no puedo sino coincidir en que la tristeza sigue inevitablemente a los placeres mundanos y carnales. Al mirar atrás hacia mi propio pasado, también concuerdo plenamente con el versículo 13. En una ocasión busqué sentido, felicidad y alegría en este mundo, pero, a fin de cuentas, todo lo que recibí fueron tristeza y lágrimas. Recuerdo haber sentido esta verdad —que este mundo solo ofrece tristeza y lágrimas— con mayor intensidad cuando tuve que celebrar los funerales de dos amigos que murieron tras recibir disparos.

En el texto de hoy, Proverbios 14:16, la Biblia afirma: «El sabio teme al Señor y se aparta del mal, pero el necio es imprudente y se confía en exceso». La Biblia nos dice que el necio, al carecer de la sabiduría para temer a Dios, confía únicamente en sí mismo y vive de manera imprudente, cometiendo pecado en este mundo. En consecuencia, tal como indica el versículo 17, persigue placeres mundanos mediante un estilo de vida desenfrenado; se irrita con facilidad y comete muchas insensateces. Además, la parte final del versículo 29 revela que el necio manifiesta su necedad a través de un espíritu apresurado e impaciente.

Finalmente, hace de la necedad su herencia (versículo 18). Tal persona puede parecer alegre y feliz por fuera, pero al final, no queda más que tristeza y pesar en su corazón. Consideremos Proverbios 15:13: «El corazón alegre hace que el rostro brille, pero la tristeza del corazón abate el espíritu». Al reflexionar sobre esto, a menudo me pregunto si muchos cristianos —en lugar de poseer el gozo que hace resplandecer el rostro— llevan puesta una máscara de sonrisa mientras albergan la tristeza descrita en Proverbios 14:13. Personalmente, siempre que veo a personas que sonríen constantemente, me detengo a reflexionar. La razón es que una sombra de preocupación puede acechar detrás de esa sonrisa constante. Cuando veo tales sonrisas carentes de un verdadero resplandor interior, a veces sospecho que simplemente ocultan una tristeza o ansiedad profundamente arraigada. El punto crucial es este: cuando albergamos el gozo y la alegría que Dios provee, nuestros rostros resplandecerán naturalmente. Por el contrario, si perseguimos los placeres y alegrías que ofrece este mundo, inevitablemente sufriremos dolor en el corazón debido a la tristeza y el pesar que les siguen.

En cuarto lugar, si nuestros corazones son perversos, experimentaremos dolor en nuestro interior. Observemos la primera parte de Proverbios 14:14, nuestro texto de hoy: «El de corazón extraviado se saciará de sus propios caminos…». La frase «corazón extraviado» (o «el que se aparta de corazón») significa literalmente «volver atrás (a viejos y malos hábitos)» o «corromperse». Aunque esperamos que nuestra fe continúe creciendo y transformándose después de creer en Jesús, hay momentos en los que descubrimos que nuestro crecimiento espiritual se ha estancado o incluso ha retrocedido. Creo que esto es señal de que nos estamos alejando de Dios. Una de las consecuencias negativas que a menudo surge en tal estado es que abandonamos la verdad para perseguir la falsedad, viviendo finalmente una vida de engaño. Si nuestros corazones se extravían, nos apartamos de Dios, creemos mentiras, perseguimos la falsedad y vivimos engañosamente. La segunda parte del versículo 25 afirma: «el testigo falso es engañoso». Cuando nuestros corazones se han extraviado, ideamos planes malvados en nuestro interior (Proverbios 6:18). En otras palabras, tramamos hacer daño a los demás (Park Yun-sun) e ideamos el mal (Proverbios

14:22). Si estamos tramando el mal e ideando planes perversos de esta manera, no hay posibilidad de gozo en nuestros corazones extraviados; en cambio, solo hay dolor. ¿Por qué sucede esto? Esto se debe a que Dios nos juzgará según nuestras obras; Él nos retribuirá basándose en lo que hemos hecho (versículo 14). El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Una persona puede cometer un pecado y, sin arrepentirse, mantenerlo oculto durante un tiempo. Sin embargo, llegará el día en que ese pecado clame y se apodere de la persona (Santiago 5:4; Génesis 4:10). En otras palabras, el malhechor debe tomar la iniciativa de sacar a la luz su propio pecado y resolverlo mediante el arrepentimiento. Si no lo hace y deja que el asunto pase, ese pecado terminará alcanzándolo y cobrándole las consecuencias» (Park Yun-sun). Me resulta imposible discrepar de estas palabras. Si bien coincido con la afirmación de que el pecado no arrepentido terminará alcanzándonos y exigiendo retribución, la idea también resulta aterradora. La razón es que el pecado no arrepentido conlleva inevitablemente consecuencias. Consideremos, por ejemplo, las palabras que Jacob —quien había engañado a otros y también había sido engañado— dirigió al faraón, rey de Egipto, tras llegar a aquella tierra: «…Los años de mi peregrinación son ciento treinta. Mis años han sido pocos y difíciles, y no igualan los años de la peregrinación de mis padres…» (Génesis 47:9). Reflexionar sobre la confesión de Jacob me recordó el pasaje de Génesis 37:34–35. Cuando Jacob vio la túnica de muchos colores manchada con la sangre de un macho cabrío, «rasgó sus vestidos, se vistió de cilicio y lloró a su hijo durante muchos días», negándose a ser consolado por ninguno de sus hijos. Declaró: «Descenderé al sepulcro junto a mi hijo, llorando», y lloró por José. ¿Qué lección nos deja esto? Nos enseña que cuando nuestros corazones se vuelven perversos —llevándonos a apartarnos de Dios, a mentir y a engañar a los demás—, tales acciones deshonestas traen inevitablemente consecuencias. El resultado es que no solo nos engañamos a nosotros mismos, sino que también terminamos consumidos por el dolor y la aflicción. Por lo tanto, para evitar vernos abrumados por tal angustia, debemos acercarnos a Dios fiel y continuamente, asegurándonos de que nuestros corazones no se vuelvan perversos. Al hacerlo, podemos evitar caer en la corrupción. Además, a medida que nos acercamos a Dios, recibimos la gracia de reconocer nuestros pecados y arrepentirnos; en consecuencia, Dios transformará nuestro dolor en alegría.

En quinto lugar, creer todo lo que oímos causa dolor en nuestros corazones.

Observemos la primera parte de Proverbios 14:15 en el texto de hoy: «El ingenuo cree todo lo que oye...». Aquí, el «ingenuo» se refiere a alguien excesivamente cándido —que carece de experiencia o conocimiento— o crédulo, fácil de engañar por los demás. Tal persona se deja influir fácilmente por otros (Walvoord). Como meditamos anteriormente sobre la última parte de Proverbios 14:8, la Biblia afirma: «...pero la insensatez de los necios es engaño». ¿Qué significa esto? Significa que la insensatez del necio implica no solo engañar a otros, sino también ser engañado uno mismo. Así, la persona ingenua, al ser crédula y dejarse engañar fácilmente, cree todo lo que dicen los demás (14:15). Un ejemplo claro es el joven insensato y falto de sabiduría (v. 7) que cayó en las redes de la mujer astuta —descrita anteriormente en Proverbios 7—, cuyas palabras eran seductoras (v. 5). Influido por su voz alborotadora (v. 11), su discurso persuasivo y el atractivo de sus labios seductores (v. 21), la siguió tal como un buey va al matadero o un necio va a ser encadenado para recibir castigo (v. 22). ¿Cuál fue el desenlace? La Biblia nos dice que fue derribado e incluso encontró la muerte (vv. 26-27). Si somos excesivamente ingenuos —creyendo todo lo que oímos y cayendo fácilmente en el engaño—, inevitablemente sufriremos dolor en el corazón. Necesitamos sabiduría. Debemos buscar la sabiduría que proviene de Dios. Por lo tanto, debemos tomar en cuenta las palabras de los demás utilizando la sabiduría que Dios nos da. Debemos escuchar a los otros con discernimiento. Al hacerlo, podemos evitar que nuestros corazones sufran dolor.

En sexto lugar, experimentamos dolor en el corazón cuando nuestros vecinos nos odian.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 14:20: «Al pobre lo rechazan incluso sus vecinos, pero el rico tiene muchos amigos». Jesús nos mandó: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:39). Sin embargo, aunque sabemos que debemos obedecer este mandamiento de Jesús, mostramos favoritismo a la hora de amar a nuestro prójimo. ¿De qué manera mostramos favoritismo? Juzgamos a las personas por su apariencia externa (Santiago 2:1;

cf. Juan 7:24). Así, cuando alguien que «lleva un anillo de oro y ropa elegante» entra en la iglesia (v. 2), decimos: «Aquí tienes un buen asiento» (v. 3); pero cuando entra «un hombre pobre con ropa sucia» (v. 2), decimos: «Quédate ahí de pie, o siéntate en el suelo a mis pies» (v. 3). Tal comportamiento constituye discriminación entre ricos y pobres, así como un juicio basado en malos pensamientos (v. 4); es un acto de menosprecio hacia los pobres (v. 6). Según la Biblia, esto es pecado. En otras palabras, juzgar a las personas por su apariencia externa es pecar contra Dios (v. 9).

Al observar la primera parte de Proverbios 14:21, la Biblia afirma: «El que menosprecia a su prójimo peca». Aquí, dicho «prójimo» se refiere específicamente al «pobre» mencionado en la primera parte del versículo 20 o al «necesitado» mencionado en la segunda parte del versículo 21. En este mundo pecaminoso, los pobres y necesitados no solo son odiados por la sociedad (versículo 20), sino también menospreciados (versículo 21); incluso son objeto de maltrato (versículo 31). En consecuencia, parece extenderse por la sociedad un fenómeno en el que los pobres y necesitados envidian a los ricos. El texto declara claramente en la segunda parte del versículo 30 que «la envidia carcome los huesos», y parece que, en efecto, los pobres y necesitados de nuestra sociedad actual envidian a los ricos. En última instancia, una sociedad caracterizada por la envidia mutua, el odio, el menosprecio y el maltrato no puede producir más que dolor y tristeza. Aunque la sociedad en la que vivimos sea así, la comunidad de la iglesia debe ser diferente. Dentro de la comunidad eclesial, no debemos hacer distinciones —ni discriminar— entre pobres y ricos, ni mostrar favoritismo. Si existen la discriminación y el favoritismo dentro de la iglesia, los hermanos pobres y necesitados sufrirán inevitablemente el dolor emocional de ser odiados. Para evitarlo, no debemos juzgar a las personas por su apariencia externa ni discriminarlas, ya sea dentro o fuera de la iglesia. No debemos mostrar favoritismo. Por el contrario, debemos obedecer el mandamiento de Jesús de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Al hacerlo, el dolor emocional se desvanecerá y nuestros corazones se llenarán de gozo y alegría.

En séptimo lugar, experimentamos dolor en el corazón cuando hablamos pero no actuamos. Observemos la segunda parte de Proverbios 14:23 en el texto de hoy: «…el mero hablar solo conduce a la pobreza». Aquí, la expresión «mero hablar» se refiere a hablar sin pasar a la acción (Job 11:2; Isaías 36:5) (Park Yun-sun). El texto afirma que aquellos que solo hablan con los labios pero no actúan, únicamente acarrearán pobreza (Proverbios 14:23). ¿Qué clase de pobreza sufre la persona que solo habla sin actuar? El Dr. Park Yun-sun señaló un par de puntos al respecto (Park Yun-sun): (1) Caen en la pobreza en lo que respecta a su vida física. Esto se debe a que son personas perezosas que no hacen más que hablar. Dado que los perezosos transgreden el mandato divino de trabajar arduamente (Génesis 3:19), sufren pobreza como castigo divino. (2) Las personas perezosas que solo hablan sin actuar también se empobrecen espiritualmente. Piénselo bien: ¿cómo puede florecer la vida espiritual de alguien si solo habla de asuntos espirituales pero no vive conforme a la Palabra de Dios? El problema es que, aun sabiendo esto, a menudo parece que recorremos el camino de la pobreza en lugar de buscar la abundancia en nuestra vida física o espiritual. En otras palabras, aunque sabemos que debemos convertir nuestras palabras en acciones, con frecuencia terminamos limitándonos a hablar de ese mismo hecho. Parece que los seres humanos, en nuestra fragilidad, somos prontos para hablar pero lentos para actuar. Por eso la Biblia dice, en la segunda parte de Proverbios 14:24: «la insensatez de los necios produce insensatez». ¿Qué significa esto? Significa que el necio reconoce su error pero no lo corrige; en cambio, continúa actuando con insensatez. El resultado es que los necios inevitablemente sufren angustia en el corazón. No debemos ser personas que solo hablan sin actuar; por el contrario, debemos cultivar el hábito de poner nuestras palabras en práctica de inmediato. Cuando vivimos una vida en la que nuestras palabras y acciones están en consonancia, encontraremos alegría en nuestros corazones.

En octavo lugar, cuando no nos arrepentimos hasta el final, experimentamos angustia en nuestros corazones.

Observemos la primera parte del texto de hoy, Proverbios 14:32: «El impío es derribado por su calamidad...». Aquí, el término «el impío» se refiere a aquellos que no se arrepienten hasta el final. La palabra «derribado» implica ser «arrastrado» o «empujado a la fuerza» (Park Yun-sun). En otras palabras, los impíos que se niegan a arrepentirse hasta el final son precipitados hacia la calamidad. Esto significa que el Dios santo y justo juzga al impío que no se arrepiente permitiendo que la calamidad lo consuma, revelando así Su gloria. Cuando cometemos pecado y no nos arrepentimos de él, inevitablemente enfrentamos calamidades. Sin embargo, el problema radica en que, aun mientras sufrimos calamidades debido a nuestros pecados no confesados —e incluso mientras imploramos a Dios que nos libre—, a menudo no reconocemos la necesidad de arrepentirnos verdaderamente de dichos pecados. Es más, cuando nuestras oraciones de liberación no reciben respuesta y permanecemos en ese estado de sufrimiento, podemos llegar a sentir resentimiento hacia Dios. En última instancia, al no reconocer nuestro pecado ni arrepentirnos a través de la propia calamidad que enfrentamos, terminamos pecando aún más contra Dios. Como consecuencia, experimentamos una intensificación de la angustia en nuestros corazones.

Cuando enfrentamos calamidades a causa de nuestros pecados, debemos examinarnos ante el Dios santo para ver si hay pecados que hemos cometido pero de los cuales no nos hemos arrepentido. Cuando el Espíritu Santo revela nuestros pecados y los trae a nuestra conciencia, debemos confiar en el poder de la preciosa sangre que Jesús derramó en la cruz para confesar plenamente nuestros pecados a Dios y arrepentirnos. Nuestro Dios ciertamente perdonará nuestros pecados y nos aceptará. Cuando esto sucede, nuestros corazones se llenan de paz y gozo.

Finalmente, consideremos el «gozo del corazón». Quisiera reflexionar sobre siete situaciones en las que nuestros corazones experimentan tal gozo:

En primer lugar, hay gozo en nuestros corazones cuando nuestra «tienda» prospera.

Observemos la última parte de Proverbios 14:11, en el texto de hoy: «...la tienda de los rectos florecerá». La casa del impío está destinada a caer; la Biblia afirma que su hogar enfrentará no solo las adversidades de la vida, sino también la vergüenza (v. 11). Sin embargo, la última parte del versículo 11 nos dice que la tienda de los rectos florecerá. ¿Qué significa esto? Significa que los rectos —aquellos que confiesan sinceramente sus pecados, creen en el Señor y reciben Su justicia— viven con esperanza en el Reino de los Cielos; por tanto, habitan en una "tienda" (Park Yun-sun). Por supuesto, esto no significa que todos debamos vender nuestras casas y vivir en tiendas de campaña. El rey Salomón utilizó la palabra "tienda" para referirse a los rectos —en lugar de "casa", como hizo con los impíos— porque los rectos no ponen su esperanza en esta tierra ni se aferran a las cosas terrenales; más bien, ponen su mente en las cosas de arriba, esperan el Reino de los Cielos y buscan las cosas eternas. Por eso la Biblia dice que su tienda florece.

Amados, somos personas de fe que peregrinan hacia una patria mejor (cf. Hebreos 11). Este mundo no es nuestro hogar; el hogar donde habitaremos para siempre está en el cielo. Por lo tanto, mientras vivimos en esta tierra, debemos poner nuestra esperanza en el cielo y buscar las cosas de la vida venidera. Cuando lo hacemos, Dios hace que nuestras vidas florezcan. Al hacerlo, Él trae prosperidad y estabilidad a nuestros hogares e iglesias (Walvoord). Lo mismo se aplica a una nación. Cuando el presidente y los líderes de una nación son honestos y gobiernan con justicia, esa nación se establece como una "nación de justicia" (v. 34). En una nación tan justa, la población crecerá (v. 28) y Dios promete exaltar —o "glorificar"— a esa nación. Las personas honestas que habitan en tales naciones, iglesias u hogares prósperos y estables vivirán sus días experimentando el verdadero gozo y la alegría que Dios provee.

En segundo lugar, vivir con veracidad trae gozo a nuestros corazones.

Observemos la segunda mitad de Proverbios 14:14: "...y el hombre de bien se saciará de sus caminos". Si nuestros corazones son descarriados (v. 14), nos apartamos de Dios, creemos

y perseguimos falsedades, y llevamos vidas basadas en mentiras. Terminamos engañando a otros con nuestras palabras. Además, un corazón descarriado alberga planes malvados; …tramamos hacer daño a los demás y maquinamos el mal (v. 22). Tal corazón extraviado inevitablemente sufre, pues Dios nos juzga según nuestras obras. Sin embargo, si somos «buenas personas» (v. 14) —es decir, cristianos que han recibido la gracia salvadora de Dios, cuyas almas están satisfechas y que viven en la verdad—, nuestros corazones se llenarán de gozo. En particular, cuando nosotros —al igual que la «persona sensata» mencionada en la primera parte del versículo 33— atesoramos la verdad de Dios que hemos comprendido en nuestro interior y vivimos conforme a ella, nuestros corazones inevitablemente rebosan de gozo y alegría. A medida que los creyentes sinceros viven según la verdad de Dios y se convierten en verdaderos testigos que salvan vidas (versículo 25), experimentan el gozo de la salvación y el gozo de Dios mismo.

En tercer lugar, cuando confiamos únicamente en el Señor y actuamos conforme a su voluntad, hallamos alegría en nuestros corazones.

Observemos la segunda parte de Proverbios 14:15 en el texto de hoy: «…el prudente mira bien por dónde va». Aquí, el «prudente» es aquel que confía verdaderamente en el Señor y actúa según su voluntad. Además, «los prudentes se coronan de sabiduría» (versículo 18b). Así, guiado por el conocimiento de Dios, actúa con cautela; a diferencia del necio, que es lo bastante ingenuo como para creer ciegamente y dejarse llevar por las palabras de otros, él no actúa precipitadamente. En cambio, utilizando el conocimiento de Dios para juzgar y discernir correctamente lo que dicen los demás, busca únicamente la voluntad del Señor y la sigue. Como meditamos anteriormente en Proverbios 14:8, la Biblia afirma: «La sabiduría del prudente es discernir su camino, pero la necedad de los insensatos es el engaño». ¿Qué significa esto? Significa que, mientras el necio —sin tener en cuenta ni temer a Dios— recorre el camino que desea según su propia voluntad, en lugar de buscar y andar por el camino que Dios desea (versículo 8a), la persona prudente conoce el camino que debe seguir. En otras palabras, un cristiano prudente comprende la voluntad de Dios para su vida

y vive en conformidad con ella. Él comprende claramente la tarea que se le ha asignado —una que se alinea con la voluntad de Dios— y la lleva a cabo (1 Corintios 7:17).

Amigos, observen la primera parte de Proverbios 14:35 en el pasaje de hoy: «El siervo que actúa con sabiduría goza del favor del rey». Del mismo modo, cuando actuamos con sabiduría, recibimos el favor del Señor, el Rey de reyes. ¿Qué constituye, entonces, actuar con sabiduría a los ojos del Señor? Es hacer lo que agrada a Dios. ¿Y qué es lo que agrada a Dios? Es vivir conforme a su voluntad. Cuando vivimos en obediencia a la Palabra de Dios, Él se complace; y cuando Él se complace, nuestros corazones también se llenan de gozo.

En cuarto lugar, cuando vivimos apartándonos del mal por reverencia a Dios, hallamos gozo en nuestros corazones.

Observen la primera parte de Proverbios 14:16: «El sabio teme al Señor y se aparta del mal…». El necio, al carecer de la sabiduría para reverenciar a Dios, confía únicamente en sí mismo y vive de manera imprudente, cometiendo pecado en este mundo (versículo 16). Como no teme a Dios, busca los placeres mundanos y lleva una vida disoluta. En consecuencia, sufre tristeza y dolor en este mundo. La persona sabia, en cambio, se aparta del mal porque teme a Dios. Y al vivir apartada del mal, encuentra seguridad en su vida (versículo 26). Proverbios 14:27 nos dice que el temor del Señor es fuente de vida. También nos asegura que, al temer a Dios, escapamos de los lazos de la muerte (versículo 27). La Biblia nos dice que hay esperanza incluso en la muerte cuando vivimos en el temor de Dios (v. 32). En otras palabras, podemos hallar refugio incluso en la muerte (v. 32). Por tanto, debemos llegar a ser hijos sabios de Dios: hijos que le temen. Como hijos sabios suyos, debemos apartarnos del mal y hacer de Dios el Padre nuestro refugio, sin importar la persecución o tribulación que enfrentemos (v. 26b). Dios ciertamente nos protegerá y velará por nosotros. Cuando hagamos esto, podremos vivir experimentando el gozo y la alegría que Dios nos da.

En quinto lugar, hay gozo en nuestros corazones cuando vencemos el mal con el bien.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 14:19: «Los malos se inclinarán ante los buenos, y los impíos a las puertas de los justos». La Biblia afirma claramente que los malvados y los impíos se inclinarán ante los buenos y los justos; en otras palabras, los buenos y los justos triunfan sobre los malvados y los impíos. Sin embargo, al observar este mundo malvado, a menudo parece que son los malvados y los impíos quienes prevalecen sobre los buenos y los justos. Desde una perspectiva humana, parece que las personas malvadas poseen mayor poder que las buenas, utilizándolo para perseguirlas y atormentarlas. Incluso vemos casos en nuestros tiempos en los que los malvados matan a los justos. En consecuencia, a muchos cristianos les puede costar creer la verdad de que los buenos y los justos triunfan finalmente sobre los malvados y los impíos. No obstante, la Biblia registra muchos casos en los que los buenos vencieron a los malvados. Entre los ejemplos se incluyen: los hermanos de José inclinándose ante él (Génesis 42:6); el faraón, rey de Egipto, y su pueblo sometiéndose a Moisés (Éxodo 8:28, 9:27, 12:31–33); los hombres malvados que conspiraron para matar a Daniel siendo arrojados ellos mismos al foso de los leones (Daniel 7:27); y Amán, en el libro de Ester, siendo ejecutado en la misma horca que había preparado para matar a Mardoqueo (Ester 7:9–10) (Park Yun-sun).

Al meditar en este pasaje, recordé Romanos 12:21: «No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal». Cuando cedemos ante el mal en nuestra vida de fe, inevitablemente experimentamos dolor en el corazón. Sin embargo, si vencemos el mal con el bien porque Dios está con nosotros, inevitablemente experimentaremos el gozo de la victoria. ¿No deberíamos vivir nuestra vida de fe disfrutando de esta clase de gozo? La última parte de Proverbios 14:22, nuestro texto de hoy, dice: «Misericordia y verdad pertenecen a los que piensan el bien». ¿Qué significa esto? Esto significa que debemos prepararnos y llevar a cabo buenas obras con diligencia y sin cesar (Park Yun-sun). Al hacerlo, Dios no solo nos otorga su misericordia (amor), sino que también cumple fielmente las promesas que nos ha hecho. Por tanto, debemos idear el bien. Debemos esforzarnos por realizar buenas obras.

Debemos vivir una vida que venza el mal con el bien. Cuando lo hacemos, Dios llena nuestros corazones de gozo y alegría.

En sexto lugar, cuando amamos a nuestro prójimo, experimentamos alegría en el corazón. Observemos Proverbios 14:21: «El que menosprecia a su prójimo peca, pero feliz es el que tiene misericordia de los pobres». Si desobedecemos el mandamiento de Jesús y —en lugar de amar a nuestro prójimo— lo menospreciamos, inevitablemente sentimos dolor en el corazón. Esto se debe a que estamos pecando contra Dios. Sin embargo, cuanto más obedecemos el mandamiento de Jesús y amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, más se llenan nuestros corazones de alegría y gozo. Consideremos la letra de la primera estrofa del himno 414, «Cuando brilla el amor del Señor»: «Cuando brilla el amor del Señor, llega el gozo; las preocupaciones y afanes se disipan, y llega el gozo. Él nos guía a orar y disipa la penumbra; cuando brilla el amor del Señor, llega el gozo». ¿Cómo debemos, entonces, amar a nuestro prójimo? La segunda parte de Proverbios 14:21, nuestro texto de hoy, nos manda mostrar compasión hacia los pobres. Las Escrituras declaran que quienes lo hacen son bienaventurados. ¿Por qué? Porque mostrar compasión a los necesitados es un acto de honrar al Señor (versículo 31). Esto significa que, si afirmamos honrar al Señor con nuestros labios pero no mostramos compasión a los necesitados, no lo estamos honrando verdaderamente. Debemos mostrar compasión a los necesitados y ayudarles con amor; no solo de palabra, sino mediante nuestras acciones. Para ello, necesitamos lo que se describe en la primera parte del versículo 29: «gran entendimiento». Cuando poseemos gran entendimiento, tardamos en airarnos con nuestro prójimo (versículo 29). También debemos guardarnos de tener un espíritu precipitado. Al hacerlo, podremos amar a nuestro prójimo —y, en particular, mostrar compasión hacia los necesitados— con paciencia y humildad. En consecuencia, disfrutaremos de paz en el corazón en nuestras relaciones con el prójimo (versículo 30).

En séptimo lugar, hay alegría en nuestros corazones cuando trabajamos con diligencia.

Observemos la primera parte del texto de hoy, Proverbios 14:23: «Todo arduo trabajo produce ganancia…». Al meditar en el libro de Proverbios, hemos visto al rey Salomón hablar repetidamente sobre la pereza y la diligencia. La esencia de sus palabras es que no debemos ser perezosos, sino diligentes. En la primera parte de Proverbios 14:23, el rey Salomón afirma que todo trabajo arduo produce ganancia. En otras palabras, mientras que la persona que solo habla pero no trabaja termina en la pobreza (versículo 23), la persona diligente que se esfuerza y trabaja arduamente obtiene ganancias. ¿Qué clase de ganancia es esta? Podemos considerar tres puntos: (1) La Biblia dice que la persona diligente prospera. Observemos Proverbios 10:4: «La mano negligente empobrece, pero la mano diligente enriquece». La afirmación de que «la mano diligente enriquece» implica que la persona diligente trabaja arduamente; específicamente, se mantiene alerta y trabaja con ahínco durante la temporada de cosecha de verano para recoger los frutos (versículo 5). (2) La Biblia dice que la persona diligente tendrá alimento en abundancia. Observemos Proverbios 12:11: «El que cultiva su tierra tendrá abundante comida, pero el que persigue fantasías carece de juicio». Cuando alguien trabaja con diligencia para cultivar su tierra, el beneficio natural es la abundancia de alimentos. (3) La Biblia dice que la persona diligente llegará a gobernar sobre otros. Observemos Proverbios 12:24: «La mano diligente gobernará, pero el perezoso será sometido a trabajos forzados». Mientras que los perezosos son inevitablemente sometidos a servidumbre, los diligentes llegan a liderar a otros; este es un claro beneficio de la diligencia. Al reflexionar sobre estas recompensas, comprendemos que trabajar arduamente y con diligencia trae alegría a nuestros corazones.

Quisiera concluir esta meditación. A menudo acudimos a la casa de Dios y cantamos el himno 330, «Para librarme del yugo del dolor» (conocido en inglés como «Vengo a Jesús para librarme del yugo del dolor»): «Vengo a Jesús para librarme del yugo del dolor; vengo al Señor, que otorga libertad y gozo…». Al cantar este himno de arrepentimiento y perdón dirigido a Dios, recuerdo que este mundo conlleva mucho sufrimiento y que a menudo nos enfrentamos a contratiempos y decepciones. Si bien existen muchas causas para ello, a la luz de las Escrituras de hoy, siento dolor y decepción cuando recorro un camino que —

aunque arrogantemente confundo con la senda correcta— no agrada a Dios; cuando persigo placeres mundanos; cuando hablo sin pasar a la acción; y cuando no me arrepiento a pesar de saber que debería hacerlo. Por eso canto el himno 330: para depositar mi corazón soberbio a los pies de la cruz y comprometerme a seguir la bendita Palabra de Dios. Al hacerlo, a menudo experimento cómo Dios consuela mi corazón afligido y fortalece mi ser, cansado y decepcionado. Con la fortaleza que Dios provee, deseo confiar únicamente en el Señor y vivir conforme a Su voluntad. Quiero llevar una vida de verdad, temiendo a Dios y apartándome del mal. Deseo vivir venciendo el mal con el bien. Anhelo vivir amando a mi prójimo según los mandamientos de Jesús y trabajando diligentemente para el Señor. Creo que, al hacerlo, el Señor hará florecer a la iglesia —Su cuerpo— y a mi familia.

La lengua de los sabios

[Proverbios 15:1-7]

Probablemente haya escuchado el dicho: "Uno debe usar su lengua con sabiduría". ¿Qué significa esto? La expresión "lengua de tres pulgadas" se refiere a una lengua de apenas unos 10 centímetros de largo; implica que las palabras pronunciadas por este pequeño órgano tienen el peso suficiente para determinar la vida o la muerte. En otras palabras, aunque la lengua en sí es pequeña, las consecuencias de las palabras que emanan de ella son inmensas. Observemos Santiago 3:5 en la Biblia: "Así también la lengua es un miembro pequeño del cuerpo, pero se jacta de grandes cosas. ¡Qué gran bosque se incendia con una pequeña chispa!". Las palabras que pronunciamos pueden infligir heridas profundas, desesperación, decepción y maldiciones a algunos, mientras que a otros les llevan esperanza, valentía y vida; en casos extremos, una sola palabra imprudente puede incluso llevar a alguien a quitarse la vida. ¡Cuánto más significativas deben ser, entonces, las palabras que pronunciamos nosotros, los cristianos que creemos en Jesús! Por eso Proverbios 18:21 nos dice: "La lengua tiene poder sobre la vida y la muerte, y quienes la aman comerán de su fruto".

En el pasaje de hoy, Proverbios 15:2, la Biblia afirma: "La lengua de los sabios hace atractivo el conocimiento, pero la boca de los necios derrama insensatez". Centrándome en este versículo y en el título "La lengua de los sabios", quisiera reflexionar sobre dos puntos y recibir las enseñanzas que Dios tiene para nosotros.

En primer lugar, consideremos la boca del necio. Quisiera abordar esto desde tres perspectivas:

Primero, la boca del necio pronuncia palabras ásperas. Observemos la segunda parte de Proverbios 15:1 en el texto de hoy: "...las palabras ásperas provocan ira". Al leer la Biblia, encontramos casos en los que se pronunciaron palabras ásperas en un arrebato de ira. Un ejemplo de ello es el estallido de ira del rey Saúl de Israel contra su hijo Jonatán. Observemos 1 Samuel 20:30–31: «Entonces se encendió la ira de Saúl contra Jonatán y le dijo: "¡Hijo de mujer perversa y rebelde! ¿Acaso no sé yo que te has aliado con el hijo de Isaí, para tu propia vergüenza y para vergüenza de la madre que te dio a luz? Mientras el hijo de Isaí viva sobre esta tierra, ni tú ni tu reino se establecerán. ¡Ahora envía a alguien para que me lo traiga, pues debe morir!"». ¿Cómo pudo utilizar un lenguaje tan duro hacia su propio hijo, llamándolo «hijo de mujer perversa y rebelde»? ¡Qué profundamente hirientes debieron de ser esas palabras para Jonatán! Se dice que el hecho de que el rey Saúl insultara a Jonatán mencionando a su madre —especialmente en el contexto del antiguo Cercano Oriente— constituía la máxima expresión de un odio y una ira intensos. En última instancia, el rey Saúl arremetió contra su hijo Jonatán con palabras duras nacidas de la ira.

Proverbios 15:18 afirma: «El hombre irascible provoca contiendas, pero el paciente calma las disputas». ¿Qué significa esto? Significa que una persona propensa a la ira —descrita por Walvoord como «un hombre de ira»— provoca conflictos. ¿Cómo aviva el conflicto? En su ira, el necio no refrena su lengua y habla imprudentemente, utilizando palabras duras e hirientes que incitan a la discordia. Además, la persona necia e irascible a menudo cree tener la razón incluso cuando está equivocada, y defiende su postura a gritos (Park Yun-sun). ¿Qué lección debemos extraer de esto? Que debemos mantener la boca cerrada cuando estamos enfadados. En otras palabras, debemos ejercer moderación al hablar cuando estamos furiosos. La razón es que, si no controlamos nuestras emociones de ira, las palabras que brotan de nuestra boca pueden volverse fácilmente ásperas. Es más, si no refrenamos nuestra ira y hablamos precipitadamente, podemos herir profundamente a

quien nos escucha; por tanto, debemos ser tardos para hablar cuando estamos airados (Santiago 1:19).

En segundo lugar, la boca del necio derrama necedad.

Observemos la segunda parte de Proverbios 15:2 en el texto de hoy: «...la boca de los necios derrama necedad». El significado literal de la palabra hebrea original traducida aquí como "derrama" es "brota a borbotones" (Walvoord). Esta misma palabra aparece en la segunda mitad del versículo 28: "...la boca de los impíos derrama maldad". En inglés, la palabra utilizada implica un flujo repentino y vigoroso —como un líquido que surge hacia arriba o se derrama, o la expresión desenfrenada de alabanza o emoción que puede carecer de sinceridad. ¿Qué significa esto? Significa que la insensatez brota a borbotones de la boca del necio de manera incontrolable, tal como el agua que surge de un manantial. En resumen, significa que el necio habla en exceso y sin pensar (Park Yun-sun). En última instancia, debido a que al necio le falta la verdad en su corazón, derrama palabras de manera precipitada y sin reflexión, en lugar de meditar sobre la palabra de Dios y hablar conforme a ella. Además, al hablar en exceso y sin pensar, el necio revela a los demás lo que lleva dentro (14:33). La Biblia afirma que no solo lo revela, sino que divulga activamente su insensatez (12:23). ¿Qué es lo que hay en su interior? Su propia insensatez. Respecto a cómo el necio manifiesta esta insensatez, la segunda mitad de Proverbios 15:14 nos dice: "la boca de los necios se alimenta de insensatez". ¿Qué significa esto? Significa que el necio se deleita en revelar la insensatez que lleva dentro a través de sus palabras necias. ¿No es eso una gran insensatez? Por eso Proverbios 17:27–28 dice: "El que tiene conocimiento refrena sus palabras, y el hombre de entendimiento mantiene un espíritu sereno. Aun el necio es tenido por sabio cuando guarda silencio; cuando cierra sus labios, se le considera prudente". ¿No es interesante? La idea de que incluso un necio es considerado sabio si permanece callado. Debemos ser mesurados con nuestras palabras. También necesitamos poseer conocimiento; específicamente, el conocimiento de Dios y de la palabra de verdad. Por lo

tanto, debemos pensar y hablar basándonos en la verdad. No hay necesidad de derramar palabras sin pensar que solo revelan y divulgan nuestra propia insensatez.

En tercer lugar, la boca del necio hiere el corazón de los demás. Observemos la segunda parte de Proverbios 15:4: «...la lengua perversa quebranta el espíritu». Aquí, el término «perversa» se refiere a un modo de hablar que no solo falta a la verdad, sino que también atormenta a quien escucha (Park Yun-sun). ¿Qué significa esto? Significa que el necio posee una lengua perversa; con ella, atormenta a los demás y hiere sus espíritus (cf. 15:13; 17:22; 18:14). En particular, el necio hiere el corazón de otra persona al pronunciar imprudentemente palabras duras cuando está enojado. El problema radica en que, en el calor de la ira, el necio no solo ignora la profundidad de la herida que inflige con sus palabras, sino que también piensa únicamente en sí mismo, sin mostrar preocupación alguna por el dolor que causa a la otra persona.

La semana pasada, mis dos hijos tuvieron un conflicto menor que los disgustó; yo estaba cerca cuando uno llamó al otro «jerk» (un término que en coreano equivale aproximadamente a «idiota» o «imbécil»). Al oír aquello, me enfadé y reprendí duramente al niño. Como consecuencia, él se fue a su habitación y lloró amargamente. Al reflexionar más tarde, comprendí por qué había reaccionado con tanta intensidad: recordé un incidente de cuando cursaba el noveno grado, en el que una chica afroamericana de la escuela me llamó «jerk». Parece que aquel comentario me había herido profundamente en aquel entonces, razón por la cual reaccioné con tanta sensibilidad cuando mi hijo utilizó la misma palabra. En cierto sentido, creo que a menudo empleamos tales términos en nuestras conversaciones cotidianas sin reflexionar mucho sobre ellos, simplemente porque son de uso común. Un ejemplo de ello es llamar a alguien «estúpido» (*stupid*), una palabra que parece utilizarse con mucha frecuencia en inglés. Además, los jóvenes de hoy suelen usar la palabra malsonante que empieza por «f» (*f-word*) sin reparos en sus conversaciones. La gente parece utilizar estas expresiones con naturalidad, ya que no aparentan ofender a los demás. Sin embargo, ¿es realmente apropiado utilizar tales palabras con tanta ligereza? En

Mateo 5:22, Jesús dice: «Pero yo les digo que todo aquel que se enoje con su hermano quedará sujeto a juicio. Además, cualquiera que llame a su hermano "Raca" tendrá que responder ante el tribunal; y quien le diga "¡Necio!" correrá peligro de caer en el fuego del infierno». La palabra «Raca» equivale aquí a términos como «cabeza hueca» o, en un lenguaje más crudo, «imbécil» o «idiota». En aquella época, era un insulto. Por tanto, Jesús declaró que si, en un arrebato de ira, llamamos a un hermano idiota o necio, corremos el riesgo de enfrentarnos al fuego del infierno. Al reflexionar sobre estas palabras, comprendemos que no debemos dirigirnos a los demás de esa manera. Debemos evitar especialmente emplear tal lenguaje si hiere los sentimientos de la otra persona.

Consideremos cuatro características de la lengua del sabio:

En primer lugar, la lengua del sabio calma la ira de los demás.

Observemos la primera parte de Proverbios 15:1 en el texto de hoy: «La respuesta suave aparta la ira...». Cuando otra persona está enojada, el sabio no responde con ira. Por el contrario, incluso cuando la otra persona está furiosa, el sabio es lento para la ira (versículo 18). En tal situación, sabe exactamente qué hacer: utiliza una respuesta suave para calmar la ira de la otra persona. En otras palabras, el sabio emplea palabras amables para apaciguar la ira del otro. Un excelente ejemplo de esto se encuentra en 1 Samuel 25:24–31. Un caso destacado es el de Nabal, un hombre malvado (v. 25) y necio (v. 25) que pagaba el bien con el mal (v. 21). Cuando David, acompañado por unos doscientos hombres armados con espadas (v. 13), se dispuso a hacer daño a la casa de Nabal (v. 17), Abigail, la sabia esposa de Nabal, se enteró de toda la historia gracias a un criado (vv. 14–17). Ella cargó «apresuradamente» unos asnos con provisiones —incluyendo doscientos panes, dos odres de vino y cinco ovejas preparadas (v. 18)— y envió a sus jóvenes por delante (v. 19). Al encontrarse con David y sus hombres (v. 20), ella desmontó «rápidamente», se inclinó ante David rostro en tierra y dijo: «Señor mío, que la culpa recaiga sobre mí —sobre tu sierva—; por favor, permíteme hablarte y escucha mis palabras. Te ruego que no prestes atención a

ese hombre malvado, Nabal; su nombre le va bien, pues es Nabal [«Necio»], y la necedad lo acompaña. Yo, tu sierva, no vi a los jóvenes que enviaste... Por favor, perdona la falta de tu sierva. Porque el Señor ciertamente establecerá una casa duradera para mi señor, ya que tú peleas las batallas del Señor, y no se ha hallado maldad en ti a lo largo de tu vida...» (vv. 24–25, 28). Tras escuchar todo lo que la sabia Abigail tenía que decir, David le habló: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que te ha enviado hoy a mi encuentro. Bendita seas por tu buen juicio y por haberme impedido derramar sangre este día y vengarme con mis propias manos. De lo contrario —tan cierto como que vive el Señor, Dios de Israel, quien me ha refrenado de hacerte daño—, si no hubieras venido rápidamente a mi encuentro, no habría quedado con vida ni un solo varón de los de Nabal al amanecer» (versículos 32–34).

Proverbios 25:15 afirma: «Con paciencia se persuade al gobernante, y la lengua suave puede quebrantar un hueso». Una persona sabia trata con paciencia a alguien que está enojado. Además, la persona sabia utiliza una lengua suave para persuadir a la otra parte, calmando así la ira de su corazón. De hecho, Proverbios 16:14 nos dice que la lengua del sabio puede incluso aplacar la ira de un rey, una ira que es como un mensajero de muerte. ¡Qué lengua tan sabia es esa! ¿No deberían ser así nuestras lenguas? Espero que tú y yo poseamos una lengua sabia que calme la ira de otro con palabras amables.

En segundo lugar, la lengua del sabio imparte conocimiento adecuadamente. Observemos la primera parte de Proverbios 15:2 en el texto de hoy: «La lengua de los sabios hace buen uso del conocimiento...». ¿Qué significa esto? Significa que la lengua del sabio comunica la Palabra de Dios con eficacia (Park Yun-sun). En otras palabras, la lengua del sabio expresa bien la Palabra de Dios; de hecho, el versículo 7 del pasaje de hoy nos dice que difunde conocimiento. Esto se debe a que los ojos del sabio leen la Palabra de Dios, sus oídos buscan conocimiento (18:15) y dedican su vida a meditar en la Palabra de Dios día y noche (Salmo 1:2). En pocas palabras: como los sabios meditan en la Palabra de Dios día y noche y poseen conocimiento de ella, son capaces de difundir ese conocimiento con eficacia. ¡Qué marcado contraste con los labios del necio! Mientras que los labios del necio —

carentes de conocimiento— no hacen más que derramar y divulgar su propia necedad (v. 2b; 12:23), la lengua del sabio difunde conocimiento con eficacia.

Proverbios 24:5 afirma: «El sabio es poderoso, y quien tiene conocimiento aumenta su fuerza». Al aplicar esto a la primera parte de Proverbios 15:2 —nuestro pasaje de hoy—, podemos decir que la lengua del sabio, que difunde conocimiento con eficacia, es verdaderamente poderosa y está llena de fortaleza. En última instancia, para cultivar fuerza y poder en nuestra lengua —más allá de la mera fuerza física—, debemos meditar en la Palabra de Dios día y noche y crecer constantemente en el conocimiento de Dios y de la verdad. Por tanto, debemos usar la sabiduría que Dios nos da para emplear nuestra lengua con eficacia al proclamar y difundir Su Palabra.

En tercer lugar, la lengua del sabio sana heridas.

Observemos la primera parte de Proverbios 15:4: «La lengua apacible es árbol de vida…». Aquí, una «lengua apacible» se refiere a una «lengua sanadora». En otras palabras, mientras que los labios del necio pronuncian palabras ásperas que hieren el corazón de los demás, la lengua del sabio trae sanidad. ¿Acaso no desea usted poseer una lengua así? ¿Cómo sana heridas, entonces, la lengua del sabio? Sana al comunicar con eficacia la Palabra de Dios (versículo 2). En concreto, la lengua sabia sana los corazones heridos al transmitir la Palabra de Dios mediante un hablar apacible: una «blanda respuesta» (versículo 1). El Dr. Park Yun-sun describe esta lengua sanadora como aquella que habla con verdad y en paz, consolando a quien escucha, impartiendo vida e infundiendo esperanza. Tal forma de hablar se asemeja a palabras «sazonadas con sal» y llenas de gracia (Colosenses 4:6; Park Yun-sun). Por ello, la Biblia llama a la lengua del sabio «árbol de vida», ya que consuela, reanima e inspira esperanza en el oyente (Proverbios 15:4). En resumen, es un árbol de vida porque proclama a Jesucristo —la fuente de la vida—, sanando así a las almas que perecen.

En cuarto lugar, la lengua del sabio pronuncia palabras oportunas.

Observemos Proverbios 15:23: «El hombre se alegra con la respuesta adecuada; ¡y qué buena es la palabra oportuna!». Personalmente, al meditar en este versículo, reflexiono sobre la belleza de decir las palabras correctas en el momento preciso. De hecho, a menudo experimento cómo el Espíritu Santo, que mora en mí, me impulsa a pronunciar las palabras adecuadas en el instante oportuno. Por ejemplo, durante sesiones de consejería en línea, hay momentos en que el Espíritu Santo trae a mi mente un versículo bíblico específico para compartir, y soy testigo de cómo Él obra en el corazón de la otra persona. En tales ocasiones, yo mismo me asombro, pues la palabra que el Espíritu Santo puso en mi mente era exactamente lo que esa persona necesitaba en ese preciso instante. Así, al reflexionar sobre Proverbios 15:23, creo que Dios nos llena de gozo al permitirnos pronunciar Su palabra a través de nosotros en el momento que Él ha dispuesto. Proverbios 25:11-12 dice: «Como manzanas de oro en engastes de plata es la palabra dicha en el momento oportuno. Como pendiente de oro y joya de oro fino es la sabia reprensión para el oído que escucha». ¿Qué significa esto? Significa que el consejo dado en el momento adecuado produce buenos frutos (Park Yun-sun). La palabra hebrea original traducida aquí como «dicha en el momento oportuno» (o «ocasión») significa literalmente «rueda». Se refiere a algo que gira y se ajusta con fluidez según las circunstancias y el tiempo. Esto nos enseña que quien ofrece un consejo debe considerar cuidadosamente diversos factores y ajustar sus palabras en consecuencia (Park Yun-sun): uno debe hablar solo cuando posee un corazón lleno de amor y paz. No debemos hablar con una actitud menospreciativa, ni tampoco debemos hacerlo de manera precipitada o grosera. La Biblia enseña que, cuando tal consejo se ofrece y se recibe bien, se convierte en un gran honor —comparable a «manzanas de oro en engastes de plata» o a «un pendiente de oro y una joya de oro fino»— para quien lo imparte (Park Yun-sun). ¿Consideramos verdaderamente como un honor tan grande el consejo que nos brindan quienes nos rodean, motivados por su amor hacia nosotros? En cuanto a pronunciar las palabras adecuadas en el momento oportuno, hay ocasiones en las que el Espíritu Santo que habita en nosotros desea que ofrezcamos consejo o incluso una reprensión; en tales casos, no debemos vacilar en hacerlo, fundamentando nuestras

palabras en las Escrituras. Sin embargo, debemos dirigir estas palabras a los sabios y no a los arrogantes. La razón es que reprender a una persona arrogante conlleva el riesgo de ganarse su odio, mientras que reprender a una persona sabia hace que esta nos ame (Proverbios 9:8).

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Santiago 3:2 dice: «Porque todos tropezamos en muchas cosas. Si alguno no tropieza en palabra, este es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo». En nuestro esfuerzo por llegar a ser cristianos perfectos que no tropiezan al hablar, hemos meditado —centrándonos en Proverbios 15:1–7— sobre la boca del necio y la lengua del sabio. Aprendimos que la boca del necio pronuncia palabras ásperas, derrama insensatez y hiere el corazón de los demás. Por el contrario, aprendimos que la lengua del sabio calma la ira, imparte conocimiento con gracia, sana heridas y pronuncia las palabras adecuadas en el momento oportuno. ¿Es nuestra lengua la del sabio o la del necio?

Lo que Dios aborrece y lo que Dios ama

[Proverbios 15:8–33]

Como cristianos, necesitamos tener una clara distinción entre lo correcto y lo incorrecto. Debemos ser capaces de distinguir claramente entre el bien y el mal. En particular, al continuar meditando en el libro de Proverbios —un libro de sabiduría—, debemos aprender a diferenciar claramente entre lo que Dios ama y lo que Él aborrece. Además, debemos aborrecer lo que Dios aborrece y amar lo que Dios ama. Respecto al pasaje de hoy, Proverbios 15:9, la Biblia declara: «El camino del impío es abominación a Jehová; mas él ama al que sigue la justicia». Centrándome en este versículo y en el título «Lo que Dios aborrece y lo que Dios ama», deseo meditar sobre estos asuntos y recibir la gracia y las enseñanzas que Dios provee.

En primer lugar, consideremos tres cosas que Dios aborrece:

Primero, Dios aborrece los sacrificios de los impíos.

Observemos la primera parte de Proverbios 15:8: «El sacrificio de los impíos es abominación a Jehová…». ¿Qué clase de sacrificio de los impíos aborrece Dios? Es un sacrificio ofrecido por alguien que externamente presenta una ofrenda a Dios, pero cuyo corazón es impío. Podemos encontrar ejemplos de tales sacrificios de los impíos en el Antiguo Testamento. Un caso de ello son los sacrificios ofrecidos por el pueblo judío, que honraba a Dios con sus labios mientras sus corazones estaban muy alejados de Él (Isaías 29:13; Mateo 15:8; Marcos 7:6). Con respecto a tales sacrificios, Isaías 1:11–14 declara: «Dice el Señor: “¿Para qué me

sirve la multitud de sus sacrificios? Estoy harto de holocaustos de carneros y de la grasa de animales cebados; no me complazco en la sangre de toros, ni de corderos, ni de machos cabríos. Cuando vienen a presentarse ante mí, ¿quién les ha pedido que pisoteen mis atrios? No traigan más ofrendas vanas; el incienso me resulta abominable. Luna nueva, día de reposo y convocatorias: no soporto la iniquidad junto con la asamblea solemne. Mi alma aborrece sus lunas nuevas y sus fiestas señaladas; se han convertido en una carga para mí; estoy cansado de soportarlas"». ¿Por qué detestaba Dios los innumerables sacrificios y ofrendas de los judíos, y por qué no podía soportar sus lunas nuevas, días de reposo y convocatorias? ¿Por qué aborrecía Dios tales ofrendas y reuniones, calificándolas de carga pesada y diciendo: «Estoy cansado de soportarlas»? La razón es que, si bien el pueblo de Israel cumplía meticulosamente con todos estos rituales religiosos, «también hacía lo malo» (versículo 13). En otras palabras, aunque honraban a Dios con sus labios y le ofrecían sacrificios con sus acciones, sus corazones perseguían el mal y sus vidas estaban entregadas a hacer el mal. Observemos los versículos 15–17: «Cuando extienden sus manos en oración, escondo mis ojos de ustedes; aunque multipliquen las oraciones, no escucho. ¡Sus manos están llenas de sangre! Lávense y purifíquense. Aparten sus malas obras de mi vista; dejen de hacer el mal. Aprendan a hacer el bien; busquen la justicia. Defiendan al oprimido. Defiendan la causa del huérfano; aboguen por la viuda». Al reflexionar sobre los sacrificios que Dios aborrece —un tema presente en el Antiguo Testamento—, recuerdo Romanos 12:1-2, en el Nuevo Testamento: «Por tanto, hermanos, les ruego por las misericordias de Dios que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios; este es su verdadero y auténtico culto. No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios: buena, agradable y perfecta». Si vivimos amoldándonos a los patrones de esta época —ignorando la voluntad buena, agradable y perfecta de Dios mientras seguimos nuestros propios deseos— y aun así acudimos al santuario cada domingo para adorar, tal adoración no es aceptable ante los ojos de Dios. De hecho, podría decirse que esa es la clase de adoración que Dios aborrece. Si vivimos en alianza con el mundo —corrompiéndonos en lugar de transformarnos mediante la renovación de nuestra mente— y

adoramos a Dios según nuestra propia voluntad, ¿realmente amaría Él esa adoración o la aborrecería?

Recuerdo la canción góspel «Como el sol de día, como la luna de noche». La segunda estrofa dice así: «... Pero prefiero recibir antes que dar; aunque mis labios parezcan asemejarse a los del Señor, mi corazón sigue siendo feo, pues solo cuenta el amor que recibo. Señor, por favor, ayúdame». ¿No es esta nuestra propia confesión? Nuestros labios pueden parecerse a los del Señor, pero ¿acaso nuestro corazón no sigue siendo desagradable a la vista? ¿Realmente amaría o aborrecería Dios la adoración que le ofrecemos con un corazón tan desagradable? Si observamos la segunda parte de Proverbios 15:14, en el texto de hoy, la Biblia afirma: «... la boca de los necios se alimenta de necedad». ¿Podría ser que nuestras bocas estén hablando necedades en este momento? ¿Podría ser que, mientras nuestros corazones están lejos de Dios, simplemente nos deleitemos en unos labios que parecen asemejarse a los del Señor? Para determinar si nuestros corazones están alejados de Dios, resulta útil considerar si estamos obedeciendo sus mandamientos al adorarlo. Tomemos, por ejemplo, Proverbios 15:18: «El hombre irascible provoca contiendas, pero el paciente calma las disputas». Si acudimos al santuario para adorar a Dios pero recordamos —ya sea en relación con la familia o con otros creyentes— que hemos perdido los estribos, provocado un conflicto o dado motivo de agravio a un hermano, Mateo 5:24 nos instruye: «Deja allí tu ofrenda delante del altar. Ve primero a reconciliarte con ellos; luego ven y ofrece tu ofrenda». Sin embargo, si sabemos que esto es cierto pero desobedecemos la Palabra de Dios —procediendo a adorarle sin habernos reconciliado con ese hermano—, es inevitable preguntarse si Dios realmente se deleitaría en tal adoración.

Amados, Proverbios 15:8 afirma que Dios aborrece el sacrificio de los impíos. Aun cuando no seamos «impíos» en el sentido absoluto, si actuamos como tales —profesando con nuestros labios que amamos a Dios mientras nuestros corazones permanecen distantes y seguimos viviendo sin obedecer sus mandamientos—, entonces nuestra adoración ciertamente no será del tipo que Dios ama. Si vivimos una vida de desobediencia a la

Palabra de Dios y nos presentamos ante el Señor para adorarle sin arrepentimiento alguno, tal adoración no será la que agrade o deleite a Dios. Vienen a mi mente las palabras que el profeta Samuel dirigió a Saúl, el primer rey de Israel: «Samuel dijo: "¿Se deleita el Señor tanto en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia al Señor? Obedecer es mejor que sacrificar, y prestar atención es mejor que la grasa de los carneros"» (1 Samuel 15:22).

En segundo lugar, Dios aborrece el camino del impío.

Observemos la primera parte de Proverbios 15:9, nuestro texto de hoy: «El camino del impío es abominación a Jehová…». La persona impía que recorre este camino —que Dios aborrece— es aquella que abandona el camino de Dios (v. 10). Aunque sus labios parezcan obedecer el camino divino, sus acciones rechazan la palabra de Dios y vive una vida de desobediencia. Una de las razones por las que actúa así es su afán de lucro (v. 27). En otras palabras, el motivo por el cual los impíos abandonan el camino de Dios y desobedecen su palabra es la codicia que albergan en sus corazones. Como no temen a Dios, buscan grandes riquezas —incluso a costa de desobedecer su palabra— impulsados por esa codicia (v. 16). Y, ciertamente, llegan a enriquecerse. Sin embargo, el problema radica en que, aun comiendo «buey engordado», viven una vida llena de odio mutuo (v. 17). La segunda parte de Proverbios 15:6 afirma: «la ganancia del impío acarrea problemas». Cuando una persona sabia lo reprende, no acepta la corrección (v. 12); por el contrario, aborrece la reprensión del sabio (v. 19). Incluso desprecia la instrucción de su propio padre (v. 5). Esto revela su ignorancia y necedad (v. 21) y demuestra que menosprecia su propia alma (v. 32). Proverbios 13:18 nos dice que la pobreza y la vergüenza recaen sobre quienes rechazan tal instrucción. Además, Proverbios 15:25 declara que Dios derribará la casa del impío soberbio. Por consiguiente, el impío sufrirá aflicción (v. 15). Su espíritu quedará quebrantado por la angustia de su corazón (v. 13). Asimismo, las Escrituras señalan que el impío enfrentará una disciplina severa, incluso hasta la muerte (v. 10).

Dado que el impío se deleita en la ignorancia y la necedad, elige transitar el camino que Dios aborrece en lugar del camino recto (v. 21). El camino de los impíos no es aquel que sigue la Palabra de Dios, sino uno que persigue su propia codicia y sus deseos. Al recorrer esta senda, se muestran inclinados a aceptar sobornos (v. 27). Aunque parezca una vía hacia una gran riqueza, es un camino lleno de angustia (v. 16), odio (v. 17), ira y contiendas (v. 18). No debemos transitar por este camino, pues es una senda que Dios detesta.

En tercer lugar, Dios aborrece los planes malvados.

Observemos la primera parte de Proverbios 15:26: «Los pensamientos de los impíos son abominación al SEÑOR…». Dios no solo aborrece los sacrificios y los caminos de los impíos (vv. 8-9), sino también sus malos pensamientos (v. 26) o sus planes perversos (6:18). Aunque los impíos crean que nadie conoce los planes o maquinaciones malvadas que han ideado, la Biblia afirma claramente que el Dios omnisciente los conoce todos. El Salmo 139:1-2 nos dice que Dios nos examina; Él no solo sabe cuándo nos sentamos y cuándo nos levantamos, sino que comprende plenamente nuestros propios pensamientos. Además, Proverbios 15:11 declara: «El Seol y el Abadón están abiertos delante del SEÑOR; ¡cuánto más los corazones de los hijos de los hombres!». Sin embargo, la persona necia e impía trama hacer el mal (24:8). Esto sucede porque es arrogante (15:25) y no teme a Dios (16:33).

Como meditamos anteriormente sobre Proverbios 1:10, la Biblia dice: «Hijo mío, si los pecadores quisieren engañarte, no consientas». La razón por la que los pecadores intentan seducirnos es para «hallar toda clase de riquezas preciosas y llenar nuestras casas de botín» (v. 13). En otras palabras, los impíos traman el mal porque codician lo que pertenece a otros y buscan apropiarse de ello. En última instancia, como indica Proverbios 15:27, los impíos idean planes malvados impulsados por un deseo de ganancia. En consecuencia, recurren a métodos deshonestos, tales como dar y recibir sobornos. El problema radica en que los impíos buscan explotar la riqueza ajena mediante artimañas ilícitas en lugar de hacerlo a través de su propio trabajo diligente. En última instancia, al depender tanto de planes

astutos, inevitablemente se vuelven perezosos (v. 19). Buscan la riqueza mediante tramas malvadas en vez de un trabajo honesto y arduo, lo cual conduce a la pereza. Sin embargo, Proverbios 15:19 afirma: «El camino del perezoso es como un seto de espinos». Esto significa que la vida del impío —quien vive en la pereza mientras urde planes malvados— se ve rodeada por todas partes de dificultades que son como espinas. Job 5:12 declara claramente que Dios frustra los planes de los astutos, impidiendo que sus manos alcancen el éxito. Aunque a los ojos humanos pueda parecer que los impíos triunfan —enriqueciéndose y acumulando posesiones mediante sus tramas malvadas—, la Biblia declara explícitamente que Dios se asegura de que no tengan éxito al final. Por tanto, no debemos envidiar el éxito ni la prosperidad de los impíos (cf. Salmo 73). Jamás debemos caer presa de las maquinaciones de los impíos; al contrario, debemos aborrecer los sacrificios, los caminos y las tramas malvadas de los impíos, tal como lo hace Dios.

Entonces, ¿qué debemos amar? En conclusión, consideremos tres cosas que Dios ama:

En primer lugar, Dios se deleita en las oraciones de los rectos.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 15:8: «El sacrificio de los impíos es abominación a Jehová; mas la oración de los rectos es su gozo». Dios no se complace en los innumerables sacrificios —o actos de adoración— que ofrecemos mientras desobedecemos su Palabra. Más bien, Él se deleita en la adoración que ofrecemos en obediencia a su Palabra. Además, Dios se deleita en las oraciones que le dirigimos mientras obedecemos su Palabra. El texto de hoy se refiere a esta oración —ofrecida en obediencia a la Palabra de Dios— como la «oración de los rectos». Y la «oración de los rectos» equivale a la «oración del justo» (Park Yun-sun). ¿Quién es, entonces, la persona justa? ¿Es alguien que no comete absolutamente ningún pecado? Creo que la persona justa es aquella que obedece las palabras del Salmo 51:17: «Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios». En otras palabras, la persona justa es aquella que ofrece el sacrificio mismo que Dios busca. Dicho de otro modo, una persona justa ante los ojos de

Dios es aquella que se acerca a Él con un espíritu quebrantado —un corazón contrito y humillado—, confesando sus pecados, arrepintiéndose y presentando sus súplicas. El texto de hoy, Proverbios 15:19, nos dice que Dios escucha las oraciones de tales personas justas.

No debemos ser como el pueblo de Israel, que honraba a Dios con sus labios mientras sus corazones permanecían lejos de Él. Debemos apartar nuestro corazón de aquellas cosas que Dios detesta: los impíos (v. 29), los sacrificios de los impíos (v. 8), el camino de los impíos (v. 9) y los planes malvados (v. 26). Puesto que honramos a Dios en nuestro corazón, debemos acercarnos a su Palabra y obedecerla. Al obedecer la Palabra, debemos también elevar oraciones a Dios; Él se deleita en las oraciones de los rectos.

En segundo lugar, Dios ama a quienes buscan la justicia.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 15:9: «Abominación es al Señor el camino del impío, pero Él ama a los que siguen la justicia». Mientras que los impíos —quienes transitan el camino que Dios detesta— traicionan el camino de Dios (v. 10), los justos —a quienes Dios ama— obedecen Su Palabra. En su obediencia, los justos temen a Dios (vv. 16, 33) y se someten a Su Palabra con humildad (v. 33). En consecuencia, aman a su prójimo conforme a la Palabra de Dios: amándose unos a otros (v. 17), siendo lentos para la ira (v. 18) y manteniéndose diligentes (v. 19). Dios establece los límites para los justos (v. 25), guiándolos a andar por el camino correcto (vv. 8, 21). Él los conduce por el «sendero de vida que lleva hacia arriba» (v. 24). Los justos poseen oídos que atienden al consejo de vida (v. 31) y acogen la instrucción y la reprensión (vv. 10, 12, 32), pues el corazón del justo que tiene discernimiento busca el conocimiento (v. 14). Por tanto, el justo que tiene discernimiento no solo alegra su propio corazón y ve cómo se iluminan sus ojos (v. 30), sino que también causa alegría a sus padres (v. 20). Además, debido a este corazón alegre (vv. 13, 15), su rostro resplandece (v. 13) y vive en un estado de celebración constante (v. 15).

Amados, mediante la muerte y resurrección de Jesús en la cruz, hemos recibido el perdón de los pecados y hemos sido justificados. Por consiguiente, como personas justas, debemos andar por el camino de la justicia. Como quienes buscan la justicia, debemos vivir en obediencia a la Palabra de Dios por reverencia hacia Él. Cuando obedecemos —específicamente, cuando obedecemos con humildad los mandamientos de Dios—, experimentamos alegría y gozo en nuestros corazones. Dios ama a quienes buscan tal justicia.

Finalmente, el tercer punto es que Dios ama a quienes pronuncian buenas palabras.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 15:26: «Los pensamientos de los impíos son abominación a Jehová; mas las expresiones de los limpios son gratas». La persona justa, que eleva oraciones sinceras, pronuncia palabras amables y gratas por obediencia a la Palabra de Dios y por amor al prójimo. ¿Qué son, entonces, las «palabras gratas»? Veamos Proverbios 16:24: «Panal de miel son las palabras suaves; suavidad al alma y medicina para los huesos». Las palabras gratas son aquellas que transmiten alegría y bondad (Park Yun-sun); son palabras que deleitan al prójimo. Quien pronuncia tales palabras comunica buenas nuevas —es decir, el «Evangelio»—, lo cual aporta salud y vitalidad a los huesos de su prójimo (15:30). Además, la persona que pronuncia palabras gratas reflexiona cuidadosamente sobre su respuesta antes de hablar (v. 28). No deja escapar precipitadamente la insensatez y la maldad de su corazón en un arrebato de ira; por el contrario, calma el enojo de su prójimo con una respuesta suave (v. 1). También deleita a su prójimo al decir la palabra adecuada en el momento oportuno (v. 23). En consecuencia, quien pronuncia palabras gratas mantiene una relación buena y amorosa con su prójimo. Por esta razón, consulta con otros al hacer planes o tomar decisiones (v. 22). Es capaz de cooperar con los demás porque no codicia ganancias injustas y aborrece los sobornos (v. 27). Asimismo, busca el consejo de muchas personas al planificar (v. 22), y como resultado, sus proyectos prosperan (v. 22). La razón de esto es que Dios acepta las palabras gratas tal como acepta una ofrenda pura (Park Yun-sun). En otras palabras, Dios acepta la vida de la

persona justa —que eleva oraciones sinceras, obedece Su Palabra y pronuncia palabras de bondad— como una ofrenda pura y concede éxito a sus empresas. Veamos Proverbios 16:1: «Del hombre son las disposiciones del corazón; mas de Jehová es la respuesta de la lengua». Simplemente encomendamos nuestros proyectos a Dios con fe, y Él los llevará a buen término (versículo 3). Quisiera concluir esta reflexión. Centrándonos en el pasaje de hoy —Proverbios 15:8-33—, hemos aprendido sobre tres cosas que Dios aborrece y tres que Él ama. Dios aborrece los sacrificios de los impíos, el camino de los impíos y los planes malvados. Por el contrario, Él ama las oraciones de los rectos, a quienes buscan la justicia y a quienes pronuncian palabras de bondad. Mi oración es que todos lleguemos a ser personas que amen lo que Dios ama y aborrezcan lo que Dios aborrece.

«Encomienda tus planes al Señor»

[Proverbios 16:1–3]

¿Cómo gestionas tu vida y planificas los años venideros? El anciano Park Soo-woong —quien visitó nuestra iglesia hace unos años para dirigir un seminario sobre la vida familiar— expuso su enfoque sobre la autogestión y la planificación del resto de su vida en su libro *La autogestión de Park Soo-woong*. En primer lugar, al observar su «Plan de autogestión de 2002», el tema central es: «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia» (Mateo 6:33). Su meta declarada es: «Crecer de manera sana y equilibrada —conformado a la imagen de Jesucristo en carácter, vida y ministerio— y dar el fruto de estar lleno del Espíritu Santo en el Señor Dios» (1 Tesalonicenses 5:23–24; Gálatas 4:19; Josué 14:6–15). Clasificó su autogestión en dos áreas principales: «Vida» y «Ministerio». Bajo la categoría de «Vida», incluyó la salud espiritual, intelectual, emocional y física, así como la vida familiar, la carrera profesional, la vida en la iglesia y las finanzas. Bajo «Ministerio», enumeró las organizaciones y áreas en las que sirve: JAMA (Movimiento de Despertar en Jesús para Todas las Naciones), KOSTA (Conferencia de Estudiantes Coreanos en el Extranjero), CCC (Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo), el Ministerio de la Familia y «Embajador de Cristo». Específicamente en cuanto al aspecto espiritual de su vida, estableció varias metas: caminar con Dios momento a momento a través de su Palabra; hacer del tiempo a solas con Dios (meditación en la Palabra) un hábito e interiorizarlo para fomentar la comunión con el Señor; asistir a reuniones de oración matutinas para acercarse a Dios de rodillas; y llenar su mente con la Palabra de Dios, tal como se describe en el Salmo 119:9–11. En cuanto a la «Vida saludable», se fijó objetivos como «mantener una dieta disciplinada para evitar ganar peso», «jugar al golf una vez a la semana como ejercicio» y «llevar una vida ordenada y bien

gestionada». En cuanto a su "carrera profesional", se propuso "pasar a trabajar a tiempo parcial o por horas en el hospital", "ser considerado con sus colegas y dar ejemplo como cristiano", "dar testimonio del Evangelio como médico que alaba a Dios" y "actuar como agente de paz para transformar el lugar de trabajo en el Reino de Dios". Además, su "currículum para el futuro" detalla planes que abarcan desde 1998 (cuando tenía 54 años) hasta 2023 (a los 79 años). Entiendo que actualmente se acerca a los setenta; al observar sus planes desde los 60 años (2004) en adelante, enumeró metas como "jubilarse del hospital", "terminar de pagar la hipoteca", "ver casarse a su hijo menor y ayudar a sus tres hijos —dos varones y una mujer— a independizarse" y "ampliar el alcance de su ministerio a nivel mundial". Para el periodo de 2006 a 2010 (entre los 62 y 66 años), escribió: "unirme a colegas más jóvenes en sus campos de ministerio" y "permanecer fiel a la nueva visión que Dios proporciona". ¿No es algo extraordinario? La idea de mantenerse fiel a una nueva visión de Dios al inicio de la década de los sesenta... ¿acaso no nos desafía? Sus planes para el periodo 2011-2020 (entre los 67 y 76 años) incluían "guiar y capacitar a la siguiente generación mientras trabajaba junto a ellos" y "centrarse en asemejarse más a Cristo en cada aspecto de su ser". Finalmente, para el periodo posterior, escribió sobre "publicar un cuarto libro para culminar la obra de su vida", "cumplir la visión descrita en su currículum para el futuro a fin de dar gloria a Dios" y "prepararse para entrar en el cielo". ¡Qué plan tan maravilloso para el futuro! ¿Por qué no tomamos esto como un desafío e intentamos redactar nuestros propios "planes de gestión personal" y "currículums para el futuro" a partir de hoy?

Al observar el pasaje de hoy, Proverbios 16:3, la Biblia nos dice: "Encomienda al Señor tus obras, y tus planes se establecerán". Centrándome en este versículo y en el tema "Encomienda tus obras al Señor", quisiera reflexionar sobre el pasaje desde tres perspectivas y recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece. En primer lugar, debemos hacer planes en nuestro corazón.

Observemos Proverbios 16:1: «Del hombre son los planes del corazón, pero del Señor es la respuesta de la lengua». Aquí, la primera palabra que debemos considerar es «planes» (o «gestión»). Esta palabra está en plural, lo que significa «planes» o «consideraciones»; es decir, una disposición ordenada y deliberada de ideas respecto a acciones futuras (Swanson). ¿Y usted? ¿Tiene actualmente en su corazón ideas ordenadas, deliberadas y organizadas sobre acciones futuras —en otras palabras, planes para el futuro? Creo que el versículo 1 puede malinterpretarse con cierta facilidad. Al leer: «Del hombre son los planes del corazón…», alguien podría pensar erróneamente: «Oh, dado que en última instancia solo se cumple la voluntad soberana de Dios, independientemente de los planes que hagamos en nuestro corazón, no hay necesidad de planificar nuestras vidas». ¿Es ese realmente el mensaje del versículo 1? No, no lo es. Un punto crucial que debemos reconocer claramente aquí es que, en medio de la tensión entre la soberanía de Dios y la responsabilidad humana, estamos llamados a cumplir nuestras responsabilidades con humildad y fidelidad. Por ejemplo, un hermano me dijo una vez: «Si Dios ya ha elegido y predestinado a ciertas personas dentro de su soberanía, entonces no hay necesidad de evangelizar». ¿Qué opina de esa afirmación? Tal comentario surge de una falta de comprensión respecto a la tensión entre la soberanía de Dios y nuestra responsabilidad de evangelizar, es decir, de proclamar el Evangelio. Jesús nos mandó difundir el Evangelio; nuestra responsabilidad es compartir las Buenas Nuevas de Jesucristo. No nos corresponde a nosotros determinar qué almas ha elegido Dios y cuáles no. Tal forma de pensar es verdaderamente peligrosa; de hecho, creo que desafía la soberanía de Dios.

En el pasaje de hoy, Proverbios 16:1, la Biblia no sugiere en absoluto que, debido a que «la respuesta de la lengua proviene del Señor», no debamos hacer planes en nuestro corazón. Al contrario, la Biblia nos anima a formular planes. Esto se debe a que hacerlo es nuestra responsabilidad como seres humanos. Sin embargo, hay algo que debemos tener presente al hacer planes: las palabras de Proverbios 19:21: «Muchos son los planes en el corazón del hombre, pero es el propósito del Señor el que prevalece». Cuando trazamos planes en nuestro corazón, debemos buscar únicamente la voluntad de Dios. Hemos de formular

planes para nuestro futuro con el deseo sincero de que se cumpla solo la voluntad divina. Al igual que el anciano Park Su-ung adoptó el lema «Busquen primero el reino de Dios y su justicia» para regir su propia vida, nosotros también debemos dar prioridad al reino de Dios y a su justicia al elaborar los numerosos planes que dan forma a nuestra existencia. Hay innumerables ocasiones en las que desconocemos cuál es la voluntad de Dios; no obstante, en esos momentos debemos seguir adelante con nuestros planes mientras oramos —tal como lo hizo Jesús—: «No se haga mi voluntad, sino la voluntad de Dios». Oro fervientemente para que, a través de los planes que trazamos en nuestro corazón, se cumpla únicamente la voluntad de Dios.

En segundo lugar, debemos examinar si los motivos de nuestro corazón son rectos ante los ojos de Dios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 16:2: «Todos los caminos del hombre son limpios ante sus propios ojos, pero el Señor pesa los motivos». Dado que no podemos ver el corazón de otra persona, no tenemos más remedio que juzgar basándonos en las apariencias externas. La Biblia ofrece un ejemplo claro de esto en 1 Samuel 16:7: «El Señor dijo a Samuel: "No mires su apariencia ni su estatura, porque lo he desechado; pues Dios no mira como mira el hombre, porque el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón"». Como sabemos, Dios había desechado a Saúl como rey de Israel y se dispuso a elegir un nuevo rey de entre los hijos de Isaí (versículo 1). Cuando Samuel vio a Eliab, uno de los hijos de Isaí, pensó para sí mismo: «Ciertamente el ungido del Señor está delante de Él» (versículo 6). Fue entonces cuando Dios pronunció las palabras que se encuentran en el versículo 7. Así pues, incluso Samuel juzgó basándose en la apariencia externa de Eliab. En consecuencia, cuando juzgamos únicamente por las apariencias externas, existe una gran probabilidad de equivocarnos. La razón es que las personas pueden comportarse externamente de manera correcta o adecuada, aun cuando alberguen motivos impuros en sus corazones. En el pasaje de hoy, Proverbios 16:2, la frase «todos los caminos del hombre son limpios ante sus propios ojos» utiliza la palabra «limpios» para significar «sin tacha» o

«impecables» (Swanson). En otras palabras, es un instinto humano creer que las propias acciones son correctas, hasta el punto de que parecen irreprochables a nuestros propios ojos. Por consiguiente, cuando otros señalan nuestras faltas o defectos, no solo los negamos, sino que nos sentimos ofendidos e incluso nos enfadamos, llegando al extremo de defendernos vehementemente e insistir en que no hemos hecho nada malo. Hay innumerables ocasiones en las que no reconocemos nuestros propios errores —incluso cuando Dios mismo los señala a través de Su Palabra— y, en cambio, preguntamos: «¿Qué mal he hecho?». Un claro ejemplo de esto se encuentra en Malaquías, el último libro del Antiguo Testamento: «"El hijo honra a su padre, y el siervo a su señor. Si yo soy padre, ¿dónde está la honra que se me debe? Si soy señor, ¿dónde está el respeto que se me debe?", dice el Señor Todopoderoso. "Son ustedes, oh sacerdotes, quienes menosprecian mi nombre. Pero preguntan: '¿En qué hemos menospreciado tu nombre?'. Ofrecen alimento profanado sobre mi altar. Pero preguntan: '¿En qué te hemos profanado?'. Al decir que la mesa del Señor es despreciable"» (Malaquías 1:6-7). Dios se dirigió claramente a los sacerdotes de Israel como aquellos que «menosprecian [su] nombre», y sin embargo, ellos respondieron preguntando: «¿En qué hemos menospreciado tu nombre?» (versículo 6). De igual manera, cuando Dios afirmó que habían ofrecido alimento profanado sobre su altar, ellos preguntaron: «¿En qué te hemos profanado?» (versículo 7). En última instancia, los sacerdotes de Israel estaban firmemente convencidos —a sus propios ojos— de que no habían menospreciado a Dios ni profanado al Señor. Al considerar cómo llegaron los sacerdotes de Israel a tal estado, creo que la causa fundamental se encuentra en la primera parte de Malaquías 1:2: «El Señor dice: "Los he amado", y sin embargo ustedes preguntan: "¿En qué nos has amado?"». En otras palabras, como no lograban comprender —o experimentar— el amor de Dios, no veían nada malo en su propia conducta.

Amigos, es verdaderamente peligroso creer que nuestras acciones son correctas o puras simplemente porque a nosotros nos lo parecen. Este peligro radica en que nos lleva a cometer pecados contra Dios sin siquiera reconocerlos como tales. En consecuencia, seguimos cometiendo ante Dios esos mismos pecados que no percibimos como pecados.

En cambio, debemos preguntarnos no cómo vemos nuestras acciones, sino más bien: «¿Cómo aparezco ante los ojos de Dios?». Esto se debe a que Dios mira el corazón (1 Samuel 16:7) y examina el espíritu (Proverbios 16:2). Dios escudriña los motivos de nuestro corazón. Él lo sabe todo: si los planes que trazamos buscan verdaderamente la voluntad y la gloria de Dios, o si nuestras motivaciones son impuras mientras ante los demás simplemente aparentamos buscar dicha voluntad y gloria. Por tanto, debemos prestar atención también a las palabras de Proverbios 21:2: «A cada uno le parece recto su camino, pero el Señor pesa el corazón».

En tercer y último lugar, debemos encomendar nuestras obras a Dios.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 16:3: «Encomienda al Señor tus obras, y tus planes se establecerán». La palabra hebrea original traducida aquí como «encomendar» significa literalmente «hacer rodar». En otras palabras, implica confiar nuestros proyectos a Dios con un corazón sincero y ferviente, tal como se hace al apartar una piedra rodándola (Swanson). El problema, sin embargo, es que después de orar y encomendar nuestros asuntos a Dios, a menudo nos encontramos preocupándonos y angustiándonos de nuevo por ellos. Esto equivale a apartar una piedra rodándola y luego volver a buscarla. Piénselo bien: una vez que hemos apartado una piedra rodándola, ya no está en nuestras manos. Del mismo modo, cuando encomendamos plenamente nuestros planes a Dios mediante la oración, es como soltar esa piedra. Si seguimos preocupándonos por los mismos asuntos que dijimos haber encomendado a Dios, entonces no se los hemos encomendado verdaderamente por completo. Este concepto de «hacer rodar» también aparece en el Salmo 22:8 y en el Salmo 37:5: «Él confió en el Señor; ¡que Él lo rescate! ¡Que lo libre, ya que se deleita en él!» (Sal. 22:8); «Encomienda al Señor tu camino, confía también en Él, y Él hará que suceda» (37:5). El salmista asocia la palabra «encomendar» con «confiar» y «apoyarse». Esto significa que encomendar nuestro camino a Dios implica depositar nuestra confianza y apoyo en Él.

Amados, debemos encomendar nuestros caminos a Dios. Debemos confiarle nuestras sendas y apoyarnos en Él. ¿Cuál es la razón de esto? La razón se encuentra en Proverbios 16:9: «En su corazón el hombre planea su camino, pero el Señor establece sus pasos». Debemos encomendar nuestro camino a Dios porque Él es quien guía nuestros pasos. Además, Proverbios 19:21 afirma: «Muchos son los planes en el corazón de una persona, pero es el propósito del Señor el que prevalece». Aunque concibamos muchos planes en nuestro corazón, solo la voluntad de Dios permanece firme al final; por lo tanto, si bien es nuestra responsabilidad hacer planes, debemos encomendarlos plenamente a Dios. Al hacerlo, debemos rendir nuestros planes con el mismo espíritu que Jesús en el huerto de Getsemaní: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Mateo 26:39). Cuando actuamos así, Dios hace realidad los anhelos de nuestro corazón (Salmo 37:5).

Quisiera concluir esta reflexión. Debemos planificar el resto de nuestra vida, pero haciéndolo con un corazón que busque la voluntad de Dios. Hemos de dejar de lado nuestros propios deseos y planificar nuestra vida con una actitud orientada a cumplir la voluntad divina, pues Él examina las intenciones de nuestro corazón. Además, debemos encomendar plenamente nuestros planes a Dios, ya que, en última instancia, solo su voluntad prevalecerá. Mi oración es que, a través de nuestra vida, se cumpla únicamente la voluntad de Dios.

La gestión del corazón

«Del hombre son los planes del corazón, pero del SEÑOR es la respuesta de la lengua. Todos los caminos del hombre son puros ante sus propios ojos, pero el SEÑOR pesa los motivos. Encomienda al SEÑOR tus obras, y tus planes se establecerán» (Proverbios 16:1–3).

El Dr. Choi Dong-seok, conocido por su concepto de «Programa Mental» (*Mind Program*), definió la gestión de la siguiente manera: «La gestión es el proceso de establecer primero una visión, un propósito y una dirección; luego, preparar las condiciones necesarias para alcanzarlos; y, finalmente, iniciar acciones específicas que se alineen con dichas condiciones» (Internet). Además, afirma: «La premisa fundamental más importante en esta definición es el estado mental del ejecutivo o gerente». En otras palabras, sostiene que la gestión implica comenzar con un estado mental —o estructura mental— deseable y, posteriormente, organizar las condiciones para mejorar la eficiencia y fomentar patrones de comportamiento deseables (Internet). Es una perspectiva fascinante. Me identifico especialmente con la idea de que los patrones de comportamiento deseables surgen del estado mental deseable de un gerente. Entonces, ¿qué constituye el estado mental ideal para nosotros como gerentes cristianos?

En el pasaje de hoy, Proverbios 16:1, el rey Salomón habla de los «planes del corazón». Señala que la planificación del corazón nos pertenece a nosotros, las personas. ¿Qué significa esto? Significa que albergamos muchos planes en nuestros corazones (19:21). Sin embargo, debemos tener presente la verdad de que, por más planes que tengamos, «es el propósito del SEÑOR el que prevalecerá» (v. 21). En otras palabras, independientemente de

cuántos planes ideemos en nuestros corazones, al final solo la voluntad soberana de Dios permanece firme. Por ello, el rey Salomón afirma en Proverbios 16:9: «En su corazón el hombre planea su camino, pero el Señor establece sus pasos». Por tanto, debemos llevar a cabo nuestra gestión con fe en esta verdad. Dicho de otro modo, como gerentes cristianos, debemos confiar en Dios con todo nuestro corazón (3:5). Nunca debemos apoyarnos en nuestro propio entendimiento (versículo 5). Debemos reconocer a Dios en todos nuestros caminos (versículo 6). Al reconocer a Dios, nosotros, los directivos cristianos, debemos admitir que el Dios soberano utiliza incluso a los impíos —aquellos que nos causan problemas y se nos oponen— para llevar a cabo su voluntad soberana (versículo 4). Por tanto, debemos encomendar todas nuestras obras a Dios (versículo 3). Cuando lo hacemos, Dios hace realidad nuestros planes (versículo 3). En resumen, al gestionar nuestros asuntos, debemos poseer un corazón que confíe plenamente en Dios (un corazón creyente o lleno de fe). En primer lugar, la actitud ideal para un directivo cristiano es la confianza. En segundo lugar, debemos presentar nuestros planes a Dios mediante la oración (16:1). Al orar, debemos depositar nuestros propios planes ante Dios y pedir únicamente que se cumpla su voluntad soberana. La actitud ideal para un directivo cristiano que ora para que se haga la voluntad de Dios es la humildad. Dicho de otro modo, debemos tener un corazón humilde al gestionar nuestros asuntos. Además, debemos caminar en humildad, pues Dios aborrece a los soberbios de corazón (16:5). Por consiguiente, un ejecutivo cristiano humilde no solo confía en Dios a través de la oración, sino que también consulta a «muchos consejeros» (15:22). En otras palabras, un ejecutivo cristiano humilde ora a Jesucristo —nuestro verdadero Consejero— al tiempo que busca consejo y orientación en creyentes experimentados. Asimismo, escucha con humildad sus consejos e incluso sus reprensiones. En tercer lugar, la actitud ideal para un ejecutivo cristiano es la sabiduría. Es decir, quien gestiona desde el corazón debe poseer un «corazón sabio». Un ejecutivo cristiano con un corazón sabio no se examina únicamente desde su propia perspectiva (v. 2) o la de los demás (v. 25), sino desde la perspectiva de Dios. En resumen, un ejecutivo cristiano sabio reconoce que Dios examina el «espíritu» (v. 2). Aunque sus propias acciones parezcan puras a sus ojos (v. 2), sabe que debe apoyarse en el hecho de que sus iniquidades

han sido expiadas mediante la misericordia y la verdad de Dios (v. 6). En consecuencia, un ejecutivo cristiano sabio se aparta del mal por temor a Dios (v. 6). En otras palabras, el ejecutivo cristiano pasa de la mentalidad ideal de la sabiduría al patrón de conducta ideal de actuar con sabiduría. Como resultado, el ejecutivo cristiano sabio agrada a Dios mediante sus acciones sabias (v. 7).

Los ejecutivos cristianos que gestionan el corazón deben poseer un corazón que confíe plenamente en el Dios soberano, un corazón humilde y un corazón sabio. Esta es la mentalidad adecuada para un ejecutivo cristiano. A partir de este estado mental correcto, nuestras vidas como líderes empresariales cristianos deben manifestar patrones de conducta correctos. En resumen, ese patrón de conducta correcto es la vida de Jesucristo —la encarnación de la verdadera sabiduría—, quien confió plenamente en Dios Padre, obedeció humildemente su voluntad, y fue crucificado y murió. Dicho de otro modo, nosotros, los líderes empresariales cristianos, debemos vivir abrazando la mente de Jesucristo y emulando su patrón de vida. Oro para que tanto usted como yo llevemos vidas caracterizadas por esa gestión basada en una mentalidad correcta y por una conducta recta.

Dios, quien creó todas las cosas para su propio propósito

[Proverbios 16:4–9]

Eclesiastés 3:1 dice: «Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora». ¿Qué significa esto? Significa que existe un momento específico para que se cumpla cada propósito. A medida que Dios obra en nuestras vidas individuales, Él finalmente lleva a cabo el cumplimiento de sus propios propósitos y voluntad (Wiersbe). El rey Salomón, autor de Proverbios, habla de diversos tiempos en Eclesiastés 3:2–8; yo los he clasificado en cinco grupos principales. Uno de ellos es el hecho de que hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir. Observemos el versículo 2: «Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado». Así como nacemos, ciertamente llega un momento en que morimos. En el contexto de un árbol, esto corresponde a un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo que se plantó. El punto crucial aquí es la soberanía de Dios; es decir, las personas nacen y mueren dentro del ámbito de la voluntad soberana de Dios. No solo la vida humana, sino también la vida de un árbol, descansa bajo la soberanía de Dios. Lo que más importa es que la voluntad del Señor se cumpla tanto en la vida como en la muerte. En otras palabras, la gloria del Señor debe revelarse a través de nuestras vidas y nuestras muertes. Cuando eso sucede, nuestras vidas y muertes se vuelven hermosas. Dios es quien hace hermosas todas las cosas al llevar a cabo su voluntad soberana a través de nuestras vidas y muertes.

En el pasaje de hoy, Proverbios 16:4, la Biblia dice: «Todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo, y aun al impío para el día malo». En una traducción moderna, este versículo dice: «El

Señor ha hecho todo para su propio propósito; por tanto, incluso el impío existe para el día del desastre». Centrándome hoy en este pasaje, quisiera explorar tres preguntas bajo el título «Dios, quien creó todo para su propio propósito» y buscar respuestas en la Biblia:

Primero, ¿por qué Dios no juzga a los impíos arrogantes, sino que simplemente los deja estar? Observemos el texto de hoy, Proverbios 16:4: «El Señor ha hecho todo para su propio propósito, incluso al impío para el día del desastre». La Biblia afirma aquí que Dios creó todas las cosas con un propósito, señalando que Él «hizo incluso al impío para el día del desastre». ¿Significa esto que el Dios Creador creó el mal en sí mismo? No. ¿Cómo podríamos decir que un Dios bueno creó el mal? El Salmo 5:4 dice: «Porque Tú no eres un Dios que se complazca en la maldad, ni el mal habitará contigo». En otras palabras, Dios es un Dios que aborrece el mal (Park Yun-sun). También se afirma que el mal no puede habitar (permanecer) junto al Señor santo. Por lo tanto, es fundamentalmente incorrecto afirmar que Dios creó el mal. Esto nos lleva a una pregunta inevitable: el «origen del mal». Si Dios creó todo pero no creó el mal, nos vemos obligados a preguntar: ¿quién, entonces, creó el mal? Claramente, Génesis 1:31 declara que, cuando Dios creó los cielos y la tierra, todas sus criaturas eran «muy buenas» a sus ojos. Sin embargo, en Génesis 3:1 —después de que toda la creación hubiera sido considerada buena ante Dios— aparece repentinamente una criatura maligna conocida como la serpiente. En consecuencia, la serpiente tienta a Adán y Eva, llevándolos a cometer pecado. ¿Cómo surgieron las fuerzas del mal en el mundo bueno que Dios creó, y cómo escalaron hasta el punto de producirse tragedias como el asesinato de Abel a manos de Caín? En otras palabras, la pregunta es: ¿de dónde vino el diablo —manifestado como la serpiente—, cuál es su verdadera naturaleza y cuál es la raíz de este mal? Dicho de otro modo, ¿cómo surgió el mal cuando Dios es la fuente de toda bondad? Creo que la respuesta a esto trasciende nuestra comprensión. Si bien sabemos por la Biblia que un ángel en el ámbito espiritual se volvió arrogante, codició la posición de Dios, fue expulsado y se convirtió en Satanás —el adversario de Dios (2 Pedro 2:4; Judas 1:6)—, no sabemos cómo llegó ese ángel caído a albergar tal orgullo. Esto implica que el origen último del mal permanece desconocido para nosotros. No obstante, algo que podemos saber con

certeza es que el mal no se originó en Dios. Esto plantea una pregunta inevitable: ¿por qué Dios no eliminó ese mal del ámbito espiritual? Concretamente, ¿por qué no juzgó a Satanás —el ángel caído—, sino que permitió que la serpiente tentara a Adán y Eva en el Jardín del Edén tras la creación del mundo? Es, en verdad, una cuestión que trasciende el entendimiento humano. Uno bien podría preguntarse por qué Dios, quien claramente aborrece el mal y a los malvados, no juzga simplemente dicho mal y a quienes lo perpetran. En particular, al observar el pasaje de hoy —Proverbios 16:5—, la Biblia afirma que «el SEÑOR aborrece a todos los altivos de corazón». ¿Por qué, entonces, Dios deja tranquila a la persona soberbia y malvada en lugar de juzgarla, aun cuando la aborrece? La Biblia declara claramente en Proverbios 16:4 que Dios tiene un propósito en esto; ¿cuál es, pues, dicho propósito? El Dr. Park Yun-sun lo explicó de la siguiente manera: «Dios no crea el mal; Él aborrece el mal (Salmo 5:4). La persona malvada es responsable de haberse vuelto malvada. Sin embargo, es cierto que Dios permite que una persona se incline hacia el mal. Su santa voluntad radica en esto: revelar la virtud de Su paciencia mientras espera que el malvado se arrepienta, y manifestar la luz de Su justicia al castigarlo finalmente (Romanos 2:4–5; 9:17)». ¿Qué opinas al respecto?

Me viene a la mente Ezequiel 33:11: «Diles: "Tan cierto como que yo vivo —afirma el SEÑOR omnipotente—, que no me complazco en la muerte del malvado, sino en que se aparte de su mal camino y viva. ¡Conviértanse! ¡Apártense de sus malos caminos! ¿Por qué habrán de morir, pueblo de Israel?"». El propósito principal de Dios al dejar sin juicio a los soberbios y malvados es Su deseo de que se arrepientan y vuelvan a Él. No obstante, existe un propósito secundario: si no se arrepienten, Dios los deja seguir su curso para demostrar Su justicia mediante el juicio que recaerá sobre ellos y, al juzgarlos, traer salvación a Su pueblo. Un ejemplo destacado de esto es el arrogante Faraón de Egipto durante la época de Moisés. Observemos Éxodo 14:4: «Y yo endureceré el corazón del faraón, y él los perseguirá. Pero me glorificaré por medio del faraón y de todo su ejército, y los egipcios sabrán que yo soy el Señor». Así fue como sucedió. Dios utilizó incluso al faraón, malvado y soberbio, para revelar su gloria ante el mar Rojo; una gloria manifestada tanto a través de su juicio como de su

salvación. En otras palabras, al destruir por completo al soberbio faraón y a su ejército en el mar Rojo, Dios demostró su justicia; al mismo tiempo, al rescatar a los israelitas de las garras del faraón, reveló su amor de pacto, su gran gracia y su fidelidad hacia ellos. Precisamente por esta razón, Dios a veces deja que las personas soberbias y malvadas sigan su curso en lugar de juzgarlas de inmediato.

Amados, Dios aborrece a los soberbios (Proverbios 16:5). Además, el pasaje de hoy —Proverbios 16:5— declara que ni siquiera aquellos que se alían con los soberbios escaparán del castigo. ¿Qué significa esto? Significa que Dios es un Dios justo que castiga incluso a quienes se asocian con los soberbios (Park Yun-sun). Sin embargo, la razón por la que este Dios justo no juzga ni destruye de inmediato a los soberbios y malvados —sino que les perdona la vida— es que Él es «un Dios clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor, un Dios que se arrepiente de enviar la calamidad» (Jonás 4:2); Él desea que incluso los soberbios y malvados se arrepientan y vuelvan al Señor. ¿Por qué sucede esto? Porque «Dios quiere que todas las personas sean salvas y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Timoteo 2:4). Por tanto, como se afirma en Proverbios 16:6, Dios expía la iniquidad mediante el «amor y la fidelidad». En otras palabras, movido por su naturaleza amorosa, Dios tiene compasión de las personas y les concede el beneficio del sistema de expiación (la verdad), hecho posible gracias a la sangre del sacrificio (la sangre del Redentor) (Park Yun-sun). En consecuencia, aun mientras juzga a los soberbios y malvados por sus pecados, Dios ha perdonado todos nuestros pecados mediante la muerte expiatoria y la sangre derramada de su Hijo unigénito, Jesús, para la redención de aquellos a quienes ha elegido. ¿Cómo debemos vivir entonces nosotros, que hemos recibido esta gracia de salvación? El pasaje de hoy, en la segunda mitad de Proverbios 16:6 y en el versículo 7, nos ofrece dos lecciones clave:

(1) Debemos vivir una vida que se aparte del mal por reverencia a Dios. Observemos la segunda mitad de Proverbios 16:6 en el texto de hoy: «...mediante el temor del SEÑOR uno se aparta del mal». Usted y yo éramos pecadores que merecíamos la muerte eterna y el

juicio de Dios; sin embargo, por amor, Dios perdonó todos nuestros pecados mediante la muerte sacrificial en la cruz y la sangre expiatoria de su Hijo unigénito, Jesucristo. Como receptores de esta gracia, debemos temer a Dios. Y cuando vivimos en el temor de Dios, naturalmente nos apartamos del mal y lo rechazamos. Como meditamos anteriormente en Proverbios 8:13, la Escritura dice: «El temor del Señor es aborrecer el mal; yo aborrezco la soberbia y la arrogancia, la mala conducta y el hablar perverso». Debemos aborrecer la soberbia, la arrogancia, la mala conducta y el hablar perverso. Debemos aborrecer el mal. Debemos aborrecer lo que Dios aborrece.

(2) Debemos vivir una vida que agrade a Dios.

Observemos Proverbios 16:7: «Cuando los caminos del hombre agradan al Señor, él hace que aun sus enemigos estén en paz con él». ¿Cómo podemos, entonces, agradar a Dios? Podemos agradar a Dios cuando vivimos conforme a su voluntad buena, agradable y perfecta (Romanos 12:2). En otras palabras, agradamos a Dios cuando vivimos en obediencia a sus mandamientos. Específicamente, los mandamientos (o la voluntad) de Dios que estamos llamados a obedecer en el pasaje de hoy —Proverbios 16:5-6— son: ser humildes (v. 5), amar (v. 6), permanecer en la verdad (v. 6) y apartarnos del mal (v. 6). Cuando lo hacemos, Dios hace que incluso nuestros enemigos estén en paz con nosotros (versículo 7).

En segundo lugar, ¿por qué Dios concede pocos ingresos al justo mientras permite grandes ingresos al injusto?

Observemos el texto de hoy, Proverbios 16:8: «Mejor es poco con justicia que grandes ganancias con injusticia». Esta segunda pregunta también nos deja perplejos. Puede resultar difícil comprender por qué Dios permite que una persona justa, que cree fielmente en Jesús, tenga ingresos escasos, mientras deja que una persona injusta —que no cree en Jesús y comete el mal— disfrute de gran riqueza. Personalmente, al considerar esta

pregunta, recuerdo el Salmo 73. Esto se debe a que el salmista Asaf también estuvo a punto de tropezar (versículo 2) tras ver la prosperidad de los impíos y envidiar a los arrogantes (versículo 3). Aquí, la prosperidad de los impíos se refiere a un estado en el que están libres de los sufrimientos y desastres que aquejan a los demás (versículo 5); No solo son arrogantes y violentos (versículo 6), sino que —y esto es crucial— su riqueza supera lo que sus corazones habían imaginado (versículo 7). Ver a los impíos vivir constantemente tranquilos y acumular cada vez más riqueza (versículo 12) podría fácilmente llevar no solo a Asaf, sino también a ti y a mí, a sentir envidia y a tropezar. ¿Por qué los justos que creen fielmente en Jesús no suelen tener grandes ingresos? Por supuesto, ambos sabemos que esto no siempre es así; de hecho, hay muchos cristianos con ingresos elevados. Sin embargo, por lo general, los cristianos que creen en Jesús no suelen tener ingresos muy altos. ¿Cuál podría ser la razón? El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Una persona que posee justicia a menudo no es rica en términos materiales. Esto se debe a que, al temer a Dios (Proverbios 15:16), dedica una parte significativa de sus ingresos a ayudar a los demás en lugar de acumularlos. No busca llevar un estilo de vida ostentoso; aun así, encuentra satisfacción y felicidad en esa vida porque Dios está con él». ¿Qué opinas de esta afirmación? En el pasaje de hoy —Proverbios 16:8—, el rey Salomón contrasta no solo los «pocos ingresos» con los «grandes ingresos», sino también la «justicia» con la «injusticia». Lo que él enfatiza aquí no es la cuantía de los ingresos, sino la presencia de justicia o de injusticia. ¡Qué marcado contraste con el instinto humano! Por lo general, damos gran importancia a la cantidad de ingresos que percibimos; somos mucho más sensibles y atentos a ese aspecto. Sin embargo, la lección que la Biblia nos enseña hoy es que debemos dar prioridad a si poseemos justicia o injusticia por encima de si tenemos mucha o poca riqueza material. Así, el rey Salomón declara que es mejor tener pocos ingresos acompañados de justicia que tener grandes ingresos acompañados de injusticia.

Amigos, no tenemos por qué envidiar la prosperidad de los impíos. No necesitamos envidiar la gran riqueza de los injustos. ¿Por qué? Porque «...la riqueza del pecador está reservada para el justo» (Proverbios 13:22). ¿Qué significa esto? Significa que la riqueza que acumulan

los pecadores termina siendo entregada por Dios a los justos. ¿No es fascinante la manera en que obra Dios? ¿No resulta intrigante que Él permita a los injustos —quienes aman las riquezas más que a Él— acumular bienes materiales por codicia, solo para que finalmente toda esa riqueza pase a manos de los justos? Una idea similar se encuentra en Eclesiastés 6:2: «Un hombre a quien Dios ha dado riquezas, bienes y honra, de modo que nada le falta de todo lo que su corazón desea, pero a quien Dios no da la facultad de disfrutarlos, sino que un extraño los disfruta. Esto es vanidad y un mal doloroso». El rey Salomón observó un mal bajo el sol (6:1), una pesada carga para la humanidad (8:6). Esa carga pesada es esta: una persona recibe de Dios riquezas, bienes y honra, y no le falta nada de lo que su corazón anhela, pero no se le concede la capacidad de disfrutarlos realmente. En cambio, Dios permite que otra persona disfrute de todo ello. Entonces, ¿a quién permite Dios disfrutar de toda esa riqueza, bienes y honra? Miremos Eclesiastés 2:26: «Porque al hombre que le agrada, Dios le da sabiduría, conocimiento y alegría; pero al pecador le impone la tarea de recoger y amontonar, para luego dárselo al que agrada a Dios…». La Biblia nos dice que Dios hace que los pecadores trabajen y acumulen riquezas, solo para entregarlas finalmente a quienes le agradan, permitiéndoles disfrutarlas. Amados, mediante la muerte expiatoria de Jesucristo en la cruz, todos nuestros pecados han sido perdonados. Además, gracias a la resurrección de Jesús, hemos sido declarados justos (Romanos 4:25). ¿Cómo debemos vivir entonces nuestras vidas nosotros, que hemos sido justificados por el mérito de la cruz de Jesús?

(1) No debemos envidiar la abundante riqueza de los impíos.

Proverbios 15:6 afirma que las grandes ganancias de los impíos traen problemas. Uno de esos problemas es la angustia que les provoca (v. 16). Además, su riqueza puede convertirse en una fuente de tormento constante para su conciencia (1 Timoteo 6:10), y sus almas, envueltas en tinieblas, se llenan inevitablemente de miseria (Mateo 6:23-24; Park Yun-sun). La abundancia de los impíos los lleva a preguntar: «¿Quién es el Señor?», negando así a Dios (Proverbios 30:9). Por tanto, no tenemos por qué envidiar la riqueza de los impíos.

(2) Debemos aborrecer la injusticia y amar la justicia.

Debemos andar por el camino de la justicia. Es mejor recorrer la senda de los justos —obedeciendo los mandamientos de Dios con recursos modestos— que seguir el camino de los impíos, acumulando grandes riquezas mientras se comete pecado. Debemos aborrecer la falsedad (Proverbios 13:5) y regocijarnos en la verdad. Nuestros labios deben ser veraces; la Biblia nos dice que los labios veraces permanecen para siempre (Proverbios 12:19). Asimismo, nuestros labios deben ser como una medicina sanadora (12:18); debemos alegrar a los demás con buenas palabras (v. 25), salvar a nuestro prójimo (v. 6) y guiarlo por el camino correcto (v. 26). También debemos ser diligentes (13:4) y andar con honestidad (v. 6). Además, por reverencia y respeto a los mandamientos de Dios (v. 13), debemos obedecer su palabra. Debemos actuar con sabiduría y mostrar gracia a los demás (v. 15).

En tercer lugar, ¿por qué Dios, al tiempo que nos guía soberanamente, también nos instruye a hacer planes?

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 16:9: «El corazón del hombre traza su rumbo, pero el Señor dirige sus pasos». La semana pasada, centrándonos en Proverbios 16:1-3 y en el tema «Encomienda tus obras al Señor», consideramos tres puntos: (1) debemos hacer planes en nuestro corazón; (2) debemos examinar si los motivos de nuestro corazón son rectos ante los ojos de Dios; y (3) debemos encomendar nuestras obras a Dios. Los «planes del corazón» mencionados por el rey Salomón en Proverbios 16:1 se refieren a los numerosos planes que existen en el corazón humano (19:21). Sin embargo, debemos tener presente que, por muchos planes que tengamos, «es el propósito del SEÑOR el que prevalecerá» (v. 21). En otras palabras, independientemente de cuántos planes ideemos, al final solo la voluntad soberana de Dios permanece firme. Por eso el rey Salomón afirma en Proverbios 16:9: «El hombre planea su camino en su corazón, pero el SEÑOR determina sus pasos». Debemos formular nuestros planes —un acto de responsabilidad humana—

fundamentados en la fe de que, en última instancia, solo prevalece la voluntad soberana de Dios. Al reflexionar sobre esta interacción entre la soberanía de Dios y la responsabilidad humana, recuerdo Ezequiel 36:37: «Así dice el Señor Soberano: "Una vez más accederé a la casa de Israel y haré esto por ellos..."». Este pasaje implica que, aunque Dios nos concede promesas y las cumple mediante su soberanía, seguimos estando llamados a pedirle fervientemente que haga realidad dichas promesas. Esto no significa que podamos permanecer simplemente pasivos, asumiendo que Dios cumplirá soberanamente sus promesas sin importar nuestras acciones. Más bien, nuestra responsabilidad consiste en aferrarnos a la Palabra de Dios y, con fe, pedirle que la cumpla. En resumen, debemos cumplir fielmente nuestra responsabilidad humana.

¿Cómo debemos, entonces, proceder a elaborar estos planes? Podemos abordarlo desde tres perspectivas:

(1) Debemos formular nuestros planes con fe.

Esto significa que, al hacer planes, debemos confiar en Dios con todo nuestro corazón (3:5). Nunca debemos apoyarnos en nuestro propio entendimiento (v. 5). Debemos reconocer a Dios en todos nuestros caminos (v. 6). Al reconocer a Dios, debemos aceptar el hecho de que el Dios Soberano utiliza incluso a los impíos —aquellos que nos perturban y se nos oponen— para llevar a cabo su voluntad soberana (v. 4). Por lo tanto, debemos encomendar todas nuestras obras a Dios (16:3). Cuando lo hacemos, Dios hace realidad nuestros planes (v. 3). En resumen, al planificar, debemos tener un corazón que confíe plenamente en Dios (un corazón creyente o lleno de fe). Dicho de otro modo, la actitud ideal para nosotros, como cristianos que planifican, es la confianza.

(2) Como cristianos, debemos presentar los planes de nuestro corazón a Dios mediante la oración (16:1).

Al orar, debemos exponer nuestros planes ante Dios y pedir únicamente que se cumpla su voluntad soberana. La actitud ideal para los cristianos que oran para que se haga la voluntad de Dios es la humildad. En otras palabras, debemos tener un corazón humilde al elaborar nuestros planes. Además, debemos actuar con humildad y un corazón humilde, ya que Dios aborrece a los altivos de corazón (16:5). Por consiguiente, en nuestra humildad, no solo confiamos en Dios a través de la oración, sino que también consultamos a "muchos consejeros" (15:22). Dicho de otra manera, un cristiano humilde no solo ora a Jesucristo —nuestro verdadero Consejero—, sino que también busca consejo y guía en aquellos que son más maduros en la fe. Asimismo, los cristianos humildes escuchan con humildad sus consejos y correcciones.

(3) El estado mental ideal para nosotros, los cristianos, es la sabiduría.

En otras palabras, como quienes gobiernan su propio corazón, los cristianos debemos poseer un "corazón sabio". Un cristiano con un corazón sabio no se examina a sí mismo desde "su propia perspectiva" (v. 2) ni desde la "perspectiva de los demás" (v. 25), sino desde la "perspectiva de Dios". Es decir, un cristiano sabio sabe que Dios examina el "espíritu" (v. 2). Aunque las propias acciones parezcan totalmente puras ante nuestros propios ojos (v. 2), el cristiano sabio reconoce la necesidad de apoyarse en el hecho de que sus pecados han sido expiados mediante la misericordia y la verdad de Dios (v. 6). Por tanto, como cristianos sabios, nos apartamos del mal por temor a Dios (v. 6). En resumen, los cristianos pasamos del estado mental ideal —la sabiduría— al modelo de conducta ideal: la acción sabia. En consecuencia, al actuar con sabiduría, los cristianos sabios podemos agradar a Dios (v. 7). Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Amados, Dios ha creado todas las cosas para cumplir sus propios propósitos. La razón por la que Dios no juzga de inmediato a los soberbios y malvados, sino que los deja seguir su curso, es que desea que todos ellos se arrepientan y vuelvan a Él. Sin embargo, si esos individuos soberbios y malvados no se arrepienten, Dios los juzgará; Él permite que permanezcan no solo para demostrar su justicia mediante el juicio de ellos, sino también para salvar a su pueblo. Asimismo, la razón

por la que Dios concede escasos recursos al justo y abundantes al injusto es que desea que el justo viva una vida piadosa a pesar de sus medios limitados, transfiriendo finalmente la riqueza del injusto al justo. Del mismo modo, Dios nos guía soberanamente mientras nos instruye a hacer planes; su propósito es que cumplamos nuestras responsabilidades con fe —formulando planes con humildad y sabiduría, y depositando nuestra confianza absoluta en Él— para que Él pueda llevar a cabo plenamente su voluntad soberana a través de nosotros. Por ello, cantamos el himno 431, "Hágase tu voluntad, oh Señor", en alabanza a Dios:

(Estrofa 1) Hágase tu voluntad, oh Señor; entrego mi cuerpo y mi alma totalmente a Ti.
Guíame a través de los gozos y pesares de este mundo; gobierna sobre mí y que se haga tu voluntad.
(Estrofa 2) Hágase tu voluntad, oh Señor; que no desfallezca aun en la profunda angustia.
Pues Tú también lloraste una vez; gobierna sobre mí y que se haga tu voluntad.
(Estrofa 3) Hágase tu voluntad, oh Señor; te encomiendo todos mis asuntos.
Caminaré en paz hacia el reino celestial; Ya sea que viva o muera, que se haga Tu voluntad.
Amén.

Un buen rey que agrada a Dios

[Proverbios 16:10–15]

El lunes 14 de mayo de 2012, encontré un artículo en línea en el periódico *Hankook Ilbo* titulado «Obama: El primer presidente gay». El artículo abordaba la controversia desatada por la revista de noticias estadounidense *Newsweek*, la cual había calificado al presidente Barack Obama —quien recientemente había declarado su apoyo al matrimonio entre personas del mismo sexo— como el «primer presidente gay». Si bien el presidente Obama se convirtió en el primer mandatario en ejercicio en apoyar el matrimonio igualitario, surgieron diversas interpretaciones sobre los motivos que lo llevaron a hacerlo poco antes de las elecciones presidenciales. Algunos sectores políticos consideraron su declaración como una «apuesta política» destinada a asegurar su reelección, mientras que otros la vieron como una «postura basada en principios», adoptada a pesar del riesgo de una reacción negativa. Se sugirió que esta medida ofrecía la oportunidad de recuperar el apoyo de los sectores progresistas que se habían alejado, decepcionados por la gestión de su administración. También hubo voces que afirmaron que Obama, acorralado por problemas económicos, utilizó el polémico tema de la homosexualidad para desviar la atención pública. ¿Qué piensa usted al presenciar cómo se desarrollan estos acontecimientos en nuestra época? Recordé las palabras de Deuteronomio 17:18–20: «Cuando tome posesión del trono, escribirá para sí en un libro una copia de esta ley... La tendrá consigo y la leerá todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor su Dios y a cumplir fielmente todas las palabras de esta ley y estos preceptos; para que no se considere superior a sus hermanos israelitas ni se aparte de la ley ni a derecha ni a izquierda. Así él y sus descendientes reinarán por mucho tiempo sobre su reino en Israel». Me pregunto: si el

presidente de los Estados Unidos hubiera mantenido la Biblia a su lado y la hubiera leído a lo largo de su vida —aprendiendo a temer a Dios—, ¿habría expresado públicamente su apoyo al matrimonio entre personas del mismo sexo? Resulta desalentador pensar que, de haber sido un presidente que verdaderamente temía a Dios, no habría sucumbido a la soberbia ni se habría desviado de los mandamientos divinos hacia la izquierda o hacia la derecha. Como líder nacional, un presidente debería procurar agradar a Dios —quien examina nuestros corazones— en lugar de intentar agradar a las personas (1 Tesalonicenses 2:4).

En el pasaje de hoy, tomado de Proverbios 16:10-15, el rey Salomón —autor de Proverbios— habla sobre un rey; específicamente, sobre un buen rey. Por ello, bajo el título «Un buen rey que agrada a Dios», quisiera reflexionar sobre tres acciones que un líder nacional —ya sea un rey o un presidente— debería realizar, y considerar las enseñanzas que Dios nos ofrece a través de ellas.

En primer lugar, un buen rey que agrada a Dios toma decisiones correctas basadas en la sabiduría divina. Observemos el texto de hoy, Proverbios 16:10: «La palabra de Dios está en los labios del rey; su boca no errará al juzgar». Si bien la Biblia coreana traduce esto como «la palabra de Dios está en los labios del rey», la versión inglesa NASB lo traduce como «una decisión divina está en los labios del rey». ¿Qué traducción es la correcta? La traducción inglesa se acerca más al original hebreo; es decir, significa que una decisión nacida de la sabiduría divina reside en los labios del rey. ¿Cómo llega, entonces, un buen rey —uno que agrada a Dios— a poseer tal sabiduría divina? Encontramos la respuesta en Deuteronomio 17:18-20, pasaje mencionado en la introducción. La razón por la que la sabiduría divina reside en los labios del rey es que él ha leído la palabra de Dios a lo largo de su vida. En otras palabras, Dios otorgó sabiduría al rey a través de Su palabra. Por supuesto, en cuanto al rey Salomón —autor de Proverbios—, sabemos que cuando Dios se le apareció en sueños tras haber ofrecido mil holocaustos y le preguntó qué deseaba, Salomón pidió sabiduría. Sin

embargo, al considerar el contenido de los Salmos 1 y 119, es probable que Salomón también haya adquirido cada vez más sabiduría al meditar día y noche en el Libro de la Ley.

Personalmente, no obstante, creo que al hablar de sabiduría divina es mejor tomar al rey David —padre de Salomón— como el ejemplo principal. Esto se debe a que 2 Samuel 14:20 describe la sabiduría de David como «semejante a la sabiduría del ángel de Dios, para conocer todo lo que hay en la tierra». Se dice que David poseía una sabiduría análoga a la del ángel de Dios: una sabiduría como la de un ángel. ¿Acaso no se trata, de hecho, de sabiduría divina? Al poseer tal sabiduría divina, David sabía (versículo 19) que Joab, hijo de Sarvia (versículo 1), había traído a una mujer sabia de Tecoa (versículo 2) y le había puesto en la boca las mismas palabras que ella debía pronunciar (versículo 3). En consecuencia, la mujer sabia de Tecoa —cuya estratagema fue descubierta por el rey David— le dijo: «Mi señor el rey es sabio como el ángel de Dios, y discierne todo lo que sucede en la tierra» (versículo 20). Sin embargo, lo que es aún más significativo es que David —dotado de una sabiduría angélica y divina— era capaz de «discernir el bien y el mal» tal como lo hace el ángel de Dios (versículo 17). Por ello, nadie podía desviar las palabras que salían de la boca de David ni a la derecha ni a la izquierda (versículo 19).

Al examinar nuevamente la segunda parte de Proverbios 16:10 —nuestro texto de hoy—, vemos que el rey Salomón afirma que un rey que posee sabiduría divina «no errará en el juicio». ¿Qué significa esto? Significa que un rey sabio, dotado de sabiduría divina, discierne el bien y el mal como un ángel; por consiguiente, emite veredictos justos y no comete errores al juzgar. ¿Quién pronuncia estas palabras en el versículo 10? ¿Acaso no es el rey Salomón? ¿Qué juicio emitido por Salomón nos viene a la mente? Recordemos el incidente en el que «dos prostitutas» acudieron a él (1 Reyes 3:16) disputándose cuál de ellas era la madre de un niño vivo (versículo 22). El sabio rey Salomón ordenó: «Traedme una espada» (versículo 24) y mandó: «Dividid en dos al niño vivo y dad la mitad a una y la mitad a la otra» (versículo 25). Al hacerlo, ¿acaso no discernió quién era la verdadera madre y emitió un juicio justo? La Biblia lo relata así: «Cuando todo Israel oyó el juicio que el rey había dado, sintieron gran

respeto por el rey, porque vieron que tenía sabiduría de Dios para administrar justicia» (versículo 28). La Biblia afirma que todo el pueblo de Israel, al presenciar el juicio del rey Salomón, reconoció que la «sabiduría de Dios» moraba en él.

¿No debería el presidente del país en el que vivimos poseer también esta clase de sabiduría divina? Si hubiera poseído tal sabiduría, ¿habría apoyado el matrimonio entre personas del mismo sexo? Hace poco leí un artículo en línea de CNN que afirmaba que las opiniones del presidente Obama habían «evolucionado», llevándolo a tomar esa decisión. Resulta verdaderamente difícil comprender cómo las opiniones de un presidente que profesa ser cristiano pueden «evolucionar» hasta el punto de emitir una declaración oficial que contradice la Palabra de Dios. No se encuentra la Palabra de Dios en sus labios, ni se percibe en él sabiduría divina alguna. En última instancia, apartarse de la Palabra de Dios conduce a una falta de sabiduría; al no haber temor de Dios, el discernimiento se nubla, haciendo imposible emitir juicios justos. Por lo tanto, debemos orar no solo por el presidente de nuestra patria, Corea, sino también por el presidente de los Estados Unidos, donde residimos actualmente. Debemos orar para que Dios les conceda sabiduría divina: la misma sabiduría que otorgó al rey David y al rey Salomón. Debemos orar para que sean líderes que mantengan la Biblia cerca, meditando en ella día y noche, y que —temiendo a Dios y confiando en Su sabiduría— tomen decisiones justas. Así, es mi esperanza que el presidente de nuestra nación llegue a ser un líder que agrade a Dios.

En segundo lugar, un rey (o presidente) que agrada a Dios aborrece la práctica del mal.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 16:12: «Abominación es a los reyes hacer impiedad, porque con justicia se afirma el trono». Un rey que posee sabiduría divina aborrece el mal porque teme a Dios (Proverbios 8:13). En consecuencia, se guarda de cometer el mal; para ello, escucha y obedece la Palabra de Dios, negándose a apartarse de ella. ¡Qué diferente es esto de los anteriores presidentes de Corea! ¿Acaso no ha habido presidentes que, al dejar el cargo, fueron citados por los fiscales —o incluso encarcelados— debido a diversas

formas de corrupción y mala conducta? ¿Por qué suceden tales cosas repetidamente? Encuentro la respuesta en el pasaje que leí en la introducción: Deuteronomio 17:18–20. Se debe a que no mantuvieron la Palabra de Dios a su lado durante toda su vida, ni la leyeron. Como resultado, no aprendieron a temer a Dios. En consecuencia, se vuelven arrogantes, se apartan de los mandamientos de Dios y pecan. ¿Qué clase de pecado cometen? Tal como se describe en Deuteronomio 17:16–17, cometen el pecado de acumular «demasiado» de esto y aquello: acaparar cosas en exceso. En particular, acumulan grandes cantidades de dinero y riqueza. Sin embargo, un rey sabio que teme a Dios obedece Su voluntad buena, agradable y perfecta (Romanos 12:2). Esa voluntad de Dios consiste en gobernar la nación con justicia (Proverbios 16:12). Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 16:11: «Las balanzas y los pesos justos son del SEÑOR; todas las pesas de la bolsa son obra suya». Los términos «balanzas» y «pesas» aquí se refieren a instrumentos de medición; específicamente, a instrumentos precisos (Park Yun-sun). En otras palabras, se trata de balanzas «justas» y «consistentes». El rey Salomón, autor de Proverbios, afirma en Proverbios 20:10 y 23: «Pesas y medidas desiguales… ambas cosas son abominación para el SEÑOR». Un rey sabio que teme a Dios también aborrece las balanzas inconsistentes que Dios detesta. En consecuencia, su trono se mantiene firme gracias a la justicia. La afirmación de que el trono del rey se mantiene firme mediante la justicia significa que un rey sabio y temeroso de Dios gobierna la nación con rectitud y equidad. La segunda parte de Proverbios 16:13 nos dice que el rey que gobierna su nación con rectitud y equidad la consolida firmemente. Al considerar lo que tal rey debe hacer y cómo debe actuar, encuentro tres principios clave en el libro de Proverbios:

(1) Un rey que gobierna su nación con rectitud y equidad se protege a sí mismo mediante la misericordia y la verdad.

Observemos Proverbios 20:28: «La misericordia y la verdad preservan al rey, y su trono se sostiene por la misericordia». Cada vez que se acercan unas elecciones presidenciales, los candidatos recorren el país haciendo campaña para conseguir votos. Hacen numerosas

promesas a los ciudadanos, comprometiéndose a realizar diversas tareas en su beneficio si resultan elegidos. ¿Realmente cumplen las promesas hechas antes de asumir el cargo? ¿Ha visto alguna vez a un presidente justo que posea tal nivel de integridad? Al ver las elecciones presidenciales de Corea del Sur por televisión, a menudo se observa a los candidatos viajar por todo el país para reunirse con los ciudadanos y hacer promesas; a veces parece que conectan bien con la gente común. Sin embargo, uno no puede evitar preguntarse si realmente aman y sienten compasión por el pueblo llano. El Dr. Park Yun-sun señaló en una ocasión: «Si un rey posee únicamente benevolencia (compasión) pero carece de verdad (integridad al cumplir sus promesas, es decir, justicia), el pueblo se vuelve indisciplinado; por el contrario, si posee la verdad pero carece de benevolencia, se vuelve demasiado severo y no logra conmover el corazón de la gente. Por tanto, tanto la benevolencia como la verdad son absolutamente esenciales para que un rey mantenga su gobierno» (Park Yun-sun). Considero que este es un punto válido. Sin embargo, al reflexionar sobre qué clase de presidente puede gobernar verdaderamente bien una nación con benevolencia y verdad, creo que solo un rey sabio que teme a Dios es capaz de hacerlo.

(2) Un rey que gobierna la nación con rectitud y justicia elimina el mal.

Observemos Proverbios 25:5: «Aparta al impío de la presencia del rey, y su trono se afirmará en justicia». Este versículo implica que un rey que gobierna con rectitud y justicia destituye a los funcionarios malvados y traicioneros. Imaginemos por un momento: aunque un rey se proteja gobernando con benevolencia (misericordia) y verdad (justicia), ¿qué sería de él y de su nación si sus colaboradores más cercanos fueran funcionarios malvados y traicioneros? Si el rey no aparta a estos funcionarios malvados, él mismo sufrirá las consecuencias de sus pecados. Por ello, el Dr. Park Yun-sun afirma que depositar la confianza en tales funcionarios traicioneros es, para un rey, un acto insensato de autodestrucción.

(3) Un rey que gobierna la nación con rectitud y justicia defiende fielmente la causa de los pobres.

Consideremos Proverbios 29:14: «Si un rey defiende fielmente a los pobres, su trono permanecerá firme para siempre». Esto significa que cuando un rey se humilla para empatizar con las penurias de los pobres, comprende con exactitud su situación y juzga sus casos con equidad, su trono permanecerá seguro para siempre (Park Yun-sun). En otras palabras, un rey que gobierna la nación con justicia escucha atentamente las voces de los pobres, comprende sus circunstancias y emite un juicio justo a su favor. Si el presidente de nuestra nación gobernara el país con rectitud y justicia de esta manera, ¿cómo responderían los buenos ciudadanos? Busqué la respuesta en Romanos 13:1-5. La respuesta es que los buenos ciudadanos se someten a las autoridades que los gobiernan. Esto se debe a que reconocen que la autoridad gubernamental establecida sobre ellos ha sido ordenada por Dios (versículo 1). Si nuestro presidente gobernara bien y con justicia, los buenos ciudadanos no resistirían la autoridad del gobierno, sabiendo que hacerlo sería desafiar el mandato de Dios (versículo 2). Además, los buenos ciudadanos harían lo bueno (versículo 3). Por el contrario, los ciudadanos que cometen el mal no solo dejan de someterse a las autoridades, sino que también resisten dicha autoridad; en lugar de hacer el bien, cometen el mal. Si actuáramos de esa manera, el apóstol Pablo nos advierte en Romanos 13:4: «Si haces lo malo, teme». ¿Por qué? Porque el siervo de Dios ejecuta el castigo y la ira sobre aquellos que hacen el mal (versículo 4). En otras palabras, dado que Dios —quien aborrece el mal— retribuirá a los malhechores con su ira, los ciudadanos que cometen el mal deberían sentir temor.

En tercer lugar, un rey (o presidente) que agrada a Dios es aquel que atiende el consejo de súbditos leales (Park Yun-sun).

Observemos el texto de hoy, Proverbios 16:13: «Los labios justos son el deleite de los reyes, y aman a quien habla con rectitud». Es valioso e importante que un rey —que posee la sabiduría de Dios y le teme— gobierne bien la nación con bondad y verdad; En concreto, debe empatizar con las penurias de los pobres, comprender con exactitud sus situaciones

y emitir juicios justos sobre sus asuntos. En este contexto, es crucial que un rey sabio y temeroso de Dios aborrezca a los malhechores y, en particular, aparte de entre sus funcionarios a cualquier individuo engañoso y perverso. La razón es que no apartar a tales cortesanos traicioneros redundaría en perjuicio del propio rey. Dado que el daño al rey se traduce en daño a la nación, este debe erradicar con decisión a dichos funcionarios engañosos. Reflexionar sobre este pasaje trajo a la mente al rey Salomón, autor de Proverbios; pues, al ascender al trono, cumplió la orden de su padre David de apartar de su corte a los hombres traicioneros. Por ejemplo, al convertirse en rey, Salomón mandó matar a Adonías —el cuarto hijo de David, quien había conspirado para usurpar el trono (1 Reyes 2:25)—. Asimismo, destituyó y desterró del sacerdocio a Abiatar —uno de los cabecillas de la rebelión de Adonías (2:26-27)— y ejecutó a Simei, quien había maldecido a su padre David (vv. 39-46). Además, dio muerte al general Joab, quien se había aliado con Adonías (v. 25); Joab había sido responsable anteriormente de la muerte de otros dos comandantes israelitas: Abner, hijo de Ner, y Amasa, hijo de Jeter (v. 5). La ejecución del general Joab resulta especialmente significativa. Esto se debe a que Joab comandó los ejércitos de Israel desde la época en que David huía del rey Saúl —incluso antes de que este fuera rey— hasta los primeros años del reinado de Salomón. Es probable que librara más guerras que cualquier otro comandante en la historia de Israel; de hecho, fue un gran general durante la etapa en que Israel sostuvo el mayor número de conflictos. ¿Por qué, entonces, fue condenado a muerte por el rey Salomón? La razón es que, impulsado por una obsesión desmedida por el poder, provocó una gran agitación en Israel durante un periodo de transición crítico —momento en que urgía estabilizar el sentir público y garantizar la estabilidad política— al instigar los asesinatos de Abner y Amasa, así como la rebelión de Adonías (Park Yun-sun). Así, un rey sabio que teme a Dios aparta a los funcionarios traicioneros que obran mal, mientras mantiene a su lado a súbditos leales y atiende sus consejos. ¿Cuál es la razón de esto? La razón es que los labios de los súbditos leales son «labios justos» que solo expresan honestidad (Proverbios 16:13). ¡Qué valiosos son tales labios! Sus palabras sinceras son de gran ayuda para un rey sabio. En cambio, los cortesanos engañosos usan labios mentirosos para adular al rey, nublando su juicio y

llevándolo a tomar decisiones erróneas al gobernar el reino. Un rey insensato se negaría a escuchar la reprensión de un súbdito leal; es más, podría llegar a odiar a ese servidor fiel. Sin embargo, un rey sabio escucharía con humildad incluso la reprensión más directa; o mejor dicho, acogería con agrado tal consejo y corrección. Es una bendición inmensa para un rey sabio contar con súbditos tan leales, pues sus consejos nacen de un amor genuino tanto por la nación como por el rey. Están dispuestos a arriesgar incluso sus vidas para ofrecer su consejo. Además, estos súbditos sabios y leales poseen la sabiduría necesaria para aplacar la ira del rey. Consideremos el pasaje de hoy, Proverbios 16:14: «La ira del rey es como mensajero de muerte, pero el hombre sabio la aplacará». ¿Qué significa esto? Significa que cuando un rey, en el arrebato de la ira, está a punto de cometer actos de tiranía, un súbdito sabio y leal puede calmar esa furia, guiando al rey hacia un gobierno benevolente (Park Yun-sun). Cuando el rey atiende tal consejo, apartándose de la tiranía (versículo 14) para ejercer un gobierno benevolente, el pueblo de la nación cosecha los beneficios [(versículo 15a) «En la luz del rostro del rey hay vida»]. Esta bendición es semejante a la «lluvia tardía» que cae en Palestina para llevar a madurez la cosecha de grano (Park Yun-sun). Reflexionar sobre este pasaje nos recuerda que debemos orar no solo por el presidente de nuestra nación, sino también por los funcionarios y consejeros que le asisten. Al orar por el presidente, debemos pedir a Dios que le conceda la sabiduría para escuchar con humildad el consejo de asesores leales; específicamente, al orar por dichos asesores, debemos pedir que sean sabios y fieles en su apoyo al presidente. Quisiera concluir esta reflexión. La 18.ª elección presidencial en nuestra patria, Corea, está programada para el miércoles 19 de diciembre de este año. Por otro lado, la elección presidencial aquí en los Estados Unidos, donde residimos actualmente, está fijada para el martes 6 de noviembre. Cabe destacar que las elecciones de 2012 en Estados Unidos también incluirán la elección de 33 de los 100 escaños del Senado y de la totalidad de los 435 escaños de la Cámara de Representantes. ¿Qué debemos hacer, entonces? Oremos por estas elecciones presidenciales, tanto en Estados Unidos como en Corea. En particular, oremos para que sean elegidos líderes que agraden a Dios. Pidamos a Dios que les conceda sabiduría divina para que puedan emitir juicios acertados y tomar decisiones correctas. Oremos para que lleguen a ser líderes que

teman a Dios y aborrezcan el mal. Finalmente, oremos para que escuchen con humildad el consejo de asesores leales y gobiernen bien la nación.

La senda de los rectos

[Proverbios 16:16-24]

¿Cuál es su himno o canción de adoración favorita? Aprecio mucho la canción góspel titulada "Una persona de bendición". Solía escucharla una y otra vez mientras conducía y cantaba al mismo tiempo. Las líneas iniciales de la primera estrofa dicen así: "Tú, que hallas fortaleza en el Señor y llevas la senda a Sion en tu corazón, eres verdaderamente una persona bendecida por Dios...". Aquí, la "senda a Sion" se refiere al camino principal que conducía a la Ciudad de Sion (el Templo de Jerusalén). Esta letra se basa en el Salmo 84:5: "Bienaventurados los que tienen en ti sus fuerzas, en cuyo corazón están tus caminos" (o, según otras versiones, "que tienen en su corazón la senda a Sion"). El hecho de que el salmista llevara la "senda a Sion" en su corazón significa que anhelaba profundamente ir al Templo de Jerusalén; deseaba fervientemente orar a Dios, encontrarse con Él y tener comunión con Él allí (versículos 1-4). Su anhelo por los atrios de Dios era tan intenso que su propio cuerpo se debilitaba (versículo 2). Lamentando su triste situación de estar lejos, el salmista derramaba su corazón, suplicando la oportunidad de ir al templo del Señor. Según el Dr. Park Yun-sun, para los israelitas que vivían en el extranjero en aquella época, el plan y el esfuerzo de visitar el Templo de Jerusalén implicaban sufrimientos y obstáculos semejantes a un "valle de lágrimas". Sin embargo, si perseveraban y lo atravesaban, llegarían a un lugar de "muchas fuentes": un estado de consuelo espiritual y gozo inefable. Allí recibirían dones celestiales, como la "lluvia temprana", y experimentarían espiritualmente el encuentro con Dios (Park Yun-sun). ¿Existe esta senda a Sion en su corazón y en el mío? ¿Anhelamos usted y yo fervientemente el templo de la Nueva Jerusalén en el cielo, la verdadera Ciudad de Sion?

En el pasaje de hoy, Proverbios 16:17, el rey Salomón, autor de Proverbios, afirma: "La senda de los rectos es apartarse del mal; el que guarda su camino preserva su alma". Centrándome en este versículo y en el título "La senda de los rectos", deseo reflexionar sobre dos aspectos de este camino y abrazar las lecciones que ofrece a través de la obediencia. En primer lugar, el camino de los rectos implica apartarse del mal.

Observemos la primera parte de Proverbios 16:17: «El camino de los rectos es apartarse del mal…». Esta verdad —que la senda de los rectos significa alejarse del mal— nos recuerda Proverbios 16:12, pasaje sobre el cual meditamos durante la reunión de oración del miércoles pasado. Ese versículo enseña que un buen rey, que agrada a Dios, aborrece la práctica del mal. Además, la primera parte de Proverbios 16:17 nos remite a Proverbios 16:6, que habla de «apartarse del mal» mediante el temor del Señor. El mensaje central que une todos estos pasajes se encuentra en la primera parte de Proverbios 8:13: «El temor del Señor es aborrecer el mal». En última instancia, la lección que la Biblia nos enseña en Proverbios 16:17 es que el camino de los rectos consiste en apartarse del mal, porque la persona recta teme a Dios y, por tanto, aborrece el mal. Esto implica que la persona recta posee la sabiduría de Dios, al igual que el buen rey que agrada a Dios —figura sobre la cual reflexionamos la semana pasada. Basándonos en el versículo 16 del pasaje de hoy, una persona recta que transita por el «camino del corazón» es alguien que comprende que adquirir sabiduría es mucho mejor que obtener oro o plata. Puesto que reconocen el valor de la sabiduría, la adquieren, temen a Dios y se apartan del mal. Entonces, ¿cuál es el mal específico del que se aparta tal persona recta? Es el «orgullo». Observemos Proverbios 16:18-19: «Antes del quebrantamiento está el orgullo, y antes de la caída, la altivez de espíritu. Mejor es ser de espíritu humilde con los humildes que repartir el botín con los soberbios». La persona recta se aparta del mal —específicamente del orgullo— porque teme a Dios y posee sabiduría; sabe que el orgullo es el preludio de la ruina. No solo evita el orgullo, sino que también se niega a asociarse con los soberbios. Lo hace porque conoce las palabras de Proverbios 16:5: «Abominación es al Señor todo altivo de corazón; aunque

unan sus fuerzas, ninguno quedará sin castigo». Otro mal del que se aparta la persona recta es la «pereza». Observemos Proverbios 15:19: "El camino del perezoso es como un vallado de espinos, pero la senda de los rectos es una calzada". ¿Qué significa esto? Los impíos confían en artimañas astutas y son demasiado perezosos para dedicarse a un trabajo honesto y arduo. En consecuencia, una vida dedicada a maquinaciones malvadas y perezosas termina rodeada por todas partes de dificultades espinosas. Por el contrario, la senda de los rectos es como una calzada amplia y despejada. El camino de una persona honesta que cumple fielmente con sus responsabilidades es tan fluido como una carretera bien pavimentada; esto se debe a que no solo temen a Dios y siguen Su voluntad, sino que también trabajan con diligencia, esforzándose sin postergar sus tareas. Amigos míos, somos personas que llevamos la calzada hacia Sion en nuestros corazones. Somos peregrinos que recorremos este camino, anhelando y esperando el cielo nuevo, la tierra nueva y la Nueva Jerusalén. Al transitar este camino, debemos temer a Dios, aborreciendo todo mal y apartándonos de él. Tal como dijo el apóstol Pablo en 1 Tesalonicenses 5:22, debemos rechazar toda forma de maldad. Debemos avanzar hacia la Ciudad de Sion —la Nueva Jerusalén— que vemos a lo lejos. Recuerdo el himno evangélico "Mi Ciudad de Sion vista a lo lejos": "Mi Ciudad de Sion vista a lo lejos, oh lugar santo, hogar del Padre; / he velado durante la noche, anhelando ir a ese hogar que tanto amo. / Aunque mi cuerpo sea azotado en el vasto e infinito mar, / proclamaré el evangelio del Señor aquí hoy y allá mañana. / Cuando haya terminado mi largo viaje y descanse en paz sobre aquella colina, / el Señor conocerá todos mis afanes y luchas. / Aunque me fatigue en el yermo o en el desierto, / oh, mi Señor Jesús me ama y velará por mí".

En segundo lugar, la persona recta, que transita por el camino del corazón, custodia su propia senda.

Consideremos Proverbios 16:17: «El camino de los rectos es apartarse del mal; quien guarda su camino preserva su alma». La persona recta —es decir, el creyente sincero— no sucumbe a la tentación del pecado cuando esta surge; por el contrario, se aparta de ella con

valentía (Park Yun-sun). ¿Cómo logra un creyente sincero rechazar la tentación del pecado y apartarse de ella? Lo hace porque presta atención cuidadosa a la Palabra de Dios. Observemos la primera parte del versículo 20: «El que atiende atentamente a la palabra halla el bien…». En otras palabras, el creyente recto (sincero) que teme a Dios medita en la Palabra divina día y noche. Como resultado, posee la sabiduría que Dios otorga (versículos 21–23). Con esta sabiduría divina, discierne correctamente todas las cosas, escucha con atención la Palabra de Dios y la obedece. Un creyente sincero es capaz de obedecer la Palabra de Dios de esta manera porque posee humildad (versículo 19). Es decir, el cristiano recto que teme a Dios se asocia con los humildes y humilla su propio corazón; así, atiende y obedece la Palabra de Dios, guardando fielmente su camino y transitando por él. Puede hacerlo porque confía en Dios (versículo 20). Por tanto, el cristiano recto respeta la autoridad de la Palabra de Dios, la examina detenidamente y la sigue (Park Yun-sun). Al enfrentarse a la tentación del pecado, utiliza la Palabra de Dios para discernir la situación y se aparta del mal. Mientras meditaba en este pasaje, recordé el Salmo 119:9–11: «¿Cómo puede el joven mantenerse en el camino de la pureza? Viviendo conforme a tu palabra. Te busco con todo mi corazón; no permitas que me desvíe de tus mandamientos. He guardado tu palabra en mi corazón para no pecar contra ti». Así como el salmista guardaba la palabra de Dios en su corazón y vivía cuidadosamente conforme a ella para evitar pecar contra el Señor, el autor de Proverbios —en el texto de hoy, Proverbios 16:20— nos exhorta a prestar atención a la palabra de Dios y, de este modo, rechazar valientemente la tentación del pecado y apartarnos de ella. Para atender a la palabra de Dios, necesitamos, ante todo, sabiduría y humildad divinas; pues solo mediante tal sabiduría y humildad podemos oír la palabra de Dios, prestarle atención y obedecerla. Los necios y los soberbios ni atienden ni escuchan la palabra de Dios; por el contrario, la desobedecen y pecan contra Él.

Amados, el cristiano sabio, humilde y sincero que teme a Dios obedece Su palabra, camina por la senda del Señor y se mantiene firme en ese camino. Tal persona nunca se desvía ni a la derecha ni a la izquierda mientras recorre la senda del Señor. Además, cuida sus palabras (versículo 23) y las utiliza para glorificar a Dios. ¿Cómo glorifican a Dios con su hablar?

Usando su boca con sabiduría y añadiendo conocimiento a sus labios (versículo 23). Observemos el versículo 23: «El corazón del sabio hace prudente su boca, y sus labios promueven la instrucción». En otras palabras, el cristiano íntegro posee un corazón sabio que custodia sus labios, pero que al mismo tiempo utiliza esos mismos labios para «aumentar el conocimiento de los demás» (versículos 21, 23). ¿Cómo se puede aumentar el conocimiento de otros? Esto es posible mediante «palabras amables». Veamos el versículo 24: «Las palabras amables son como un panal de miel: dulces para el alma y medicina para los huesos». ¿Qué significa esto? Significa que las «palabras amables» —es decir, la Palabra de Dios— son como un panal de miel; resultan dulces para nuestros corazones y actúan como medicina para nuestros huesos. Por esta razón, el profeta Jeremías confesó en Jeremías 15:16: «…Cuando llegaron tus palabras, las devoré; fueron mi alegría y el deleite de mi corazón». Ciertamente, la Palabra de Dios trae alegría y deleite a nuestras almas. Por tanto, debemos alimentarnos de la Palabra de Dios —que tanto gozo y deleite aporta a nuestros corazones— y recorrer fielmente el camino del Señor en obediencia a ella. Solo así podremos ser llamados verdaderamente cristianos honestos y sinceros.

Quisiera concluir esta reflexión. Somos personas que recorren un camino específico. Somos discípulos de Jesús y caminamos por la senda de Jesús. Somos peregrinos que transitan el camino de la cruz que el propio Jesús recorrió. Como ciudadanos del Reino de los Cielos que avanzan hacia aquel lugar sublime, debemos ser honestos y sinceros. Como cristianos honestos, debemos apartarnos del mal, especialmente del orgullo y la pereza. Confiando plenamente en Dios, debemos atender a la Palabra del Señor, rechazar el mal y custodiar con firmeza nuestro propio camino. Con la sabiduría que proviene del temor de Dios, debemos obedecer humildemente Su Palabra y recorrer fielmente el camino del Señor. Además, debemos cuidar nuestras palabras y usarlas con sabiduría, enriqueciendo el conocimiento de los demás mediante las buenas palabras que pronunciamos. Espero que todos caminemos por la senda de los rectos.

Aquello que nos impulsa

[Proverbios 16:25–30]

El psicólogo Abraham Maslow desarrolló su teoría de la motivación basándose en tres premisas sobre la naturaleza humana. La primera premisa es que los seres humanos poseen deseos insaciables. La segunda es que el comportamiento humano se orienta a satisfacer estos deseos no cumplidos. La tercera es que las necesidades humanas se estructuran en una jerarquía de cinco niveles, que van desde las necesidades básicas (fisiológicas y de seguridad) hasta las de nivel superior (pertenencia y amor, estima y autorrealización). La jerarquía de necesidades de Maslow es una teoría motivacional que se describe de la siguiente manera: (1) Necesidades fisiológicas: Necesidades para la supervivencia y el mantenimiento de la vida, que abarcan desde los requisitos más básicos de alimento, ropa y refugio hasta las necesidades sexuales. (2) Necesidades de seguridad: Necesidades que surgen una vez satisfechas las fisiológicas; el deseo de protegerse del peligro, las amenazas y las carencias, así como de evitar la ansiedad. (3) Necesidades de amor y pertenencia: El deseo de establecer relaciones estrechas con la familia, los amigos y los parientes, y de sentir un sentido de pertenencia dentro de un grupo deseado. (4) Necesidades de estima: El deseo de ser respetado y valorado por los demás. (5) Necesidades de autorrealización: El deseo de alcanzar el máximo potencial propio mediante el crecimiento personal continuo. A diferencia de otras necesidades, esta tiende a intensificarse a medida que se satisface, por lo que a menudo se la denomina "necesidad de crecimiento". Abarca las necesidades cognitivas (el deseo de saber y comprender) y las estéticas (Fuente: Internet). Al considerar la jerarquía de necesidades humanas de Maslow, he clasificado aquellas que son relevantes para nosotros, los cristianos, en dos tipos:

necesidades físicas y necesidades espirituales. Las necesidades físicas se corresponden estrechamente con el primer nivel de Maslow —las necesidades fisiológicas—; un ejemplo claro es el apetito que nos impulsa a buscar alimento cuando tenemos hambre. Por el contrario, los cristianos también poseen necesidades espirituales. Estas necesidades espirituales pueden dividirse brevemente en dos categorías: el deseo de practicar la justicia y el deseo de cometer pecado.

El texto de hoy, Proverbios 16:26, aborda las necesidades físicas humanas: "El apetito del trabajador trabaja para él; su hambre lo impulsa". ¿Qué significa esto? Significa que el hambre es la fuerza que nos impele a actuar. Los seres humanos comen como resultado de su trabajo (Salmo 128:2); Esta es la ley de Dios (Génesis 3:19). En consecuencia, la Biblia describe a quienes no trabajan como desordenados u ociosos (2 Tesalonicenses 3:11). Además, 2 Tesalonicenses 3:10 afirma: «Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma». Si simplemente comemos y desperdiciamos el tiempo en la ociosidad, nuestros corazones se llenarán de malos pensamientos (Génesis 6:5), exponiéndonos a un alto riesgo de cometer pecado. Existe un dicho que afirma que «el diablo hace su nido en el corazón del perezoso». Por tanto, es necesario trabajar con diligencia mientras estamos en la tierra. Ciertamente, quien trabaja debe hacerlo con esmero. La Biblia considera la pereza como un pecado y fomenta la diligencia (10:4-5; 12:24; 14:23; 28:19). Señala que el trabajador diligente se esfuerza por su propio bien; concretamente, impulsado por el apetito. Trabajar diligentemente para uno mismo significa aquí trabajar para mantener el propio sustento y la alimentación; la Biblia explica que este arduo trabajo nace del deseo de saciar el hambre. Es un instinto humano buscar alimento para satisfacer el apetito cuando tenemos hambre. Si carecemos de comida, nos esforzamos por ganar dinero para comprarla. Mientras la mayoría de las personas gana dinero mediante el trabajo duro para adquirir alimentos, otras pueden incluso mendigar para obtenerlos.

A veces, mientras conduzco, veo personas de pie en los semáforos sosteniendo carteles y pidiendo dinero. El mensaje escrito en esos carteles suele ser simplemente: «Tengo

hambre». Como señala Proverbios 6:30, la gente puede incluso recurrir al robo para llenar sus estómagos hambrientos. Así, el hambre nos impulsa a trabajar. Al reflexionar sobre este apetito físico fundamental, recuerdo las palabras de Deuteronomio 8:3: «Te humilló, te hizo pasar hambre y luego te alimentó con maná, algo que ni tú ni tus antepasados habían conocido, para enseñarte que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor». ¿Por qué hizo Dios que los israelitas pasaran hambre en el desierto? ¿Por qué permite Dios que nosotros —que vivimos en este mundo semejante a un desierto— experimentemos hambre? Su propósito es que obtengamos la vida eterna creyendo en Jesús (v. 35), el Pan de Vida y el Pan de Dios que descendió del cielo (Juan 6:33). Dios permite que sintamos hambre para que comprendamos que vivimos de toda palabra que sale de la boca de Dios. Por ello, Jesús, el Pan de Vida venido del cielo, pronunció estas palabras en la primera parte de Juan 6:27: «Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece». Al oír esto, la gente preguntó a Jesús: «¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?» (v. 28). Jesús respondió: «Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él ha enviado» (v. 29).

Amados, debemos vivir por fe en Dios. Aunque el hambre física nos impulsa a trabajar, nuestra hambre espiritual debe ser saciada por la palabra que procede de la boca de Dios; a medida que nuestra fe crece, debemos vivir por fe y no por vista (2 Corintios 5:7). Vivir por fe significa no afanarnos por nuestra vida —qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos (Mateo 6:25, 31)—, sino buscar primeramente Su reino y Su justicia (v. 33). Estamos llamados a llevar una vida de fe que satisfaga este deseo espiritual de buscar la justicia de Dios; sin embargo, existe en nosotros otro deseo —el deseo de pecar— que nos impulsa a cometer pecado. He considerado el deseo de pecar desde dos perspectivas basadas en el pasaje de hoy:

En primer lugar, el deseo de pecar que hay en nosotros es, en esencia, un autoengaño.

Observemos Proverbios 16:25, citado en el pasaje de hoy: «Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte». Aun cuando quienes nos rodean —especialmente los mentores espirituales— ven claramente que no caminamos por la senda correcta, ¿por qué pensamos (o creemos) que sí lo hacemos? La razón es que nos estamos engañando a nosotros mismos. En otras palabras, debido al autoengaño, podemos creer erróneamente que estamos en el camino correcto cuando, en realidad, no es así. Existen tres tipos de personas que caen fácilmente en esta clase de autoengaño (según Park Yun-sun): (1) El primer grupo está formado por los desobedientes. Aquellos que desobedecen la Palabra de Dios quedan espiritualmente oscurecidos por el pecado y creen que sus acciones son correctas. (2) El segundo grupo lo constituyen los legalistas, como los fariseos. Dado que observan estrictamente los rituales religiosos, confían en su propia justicia y méritos para buscar su propia gloria y jactarse; creen que sus acciones son correctas ante sus propios ojos. (3) El tercer grupo está compuesto por los hipócritas. Son personas cuyas palabras y acciones no concuerdan. Aunque no actúan rectamente —a pesar de pronunciar las palabras adecuadas—, se consideran a sí mismas en lo cierto. Santiago 1:22 dice: «No se limiten a escuchar la palabra, engañándose a sí mismos. Hagan lo que ella dice». La Biblia nos enseña que, si solo escuchamos la Palabra de Dios sin ponerla en práctica, nos estamos engañando a nosotros mismos. En otras palabras, si afirmamos tener fe pero carecemos de las acciones correspondientes, nuestra fe está muerta y nos estamos engañando. Si nos engañamos de esta manera, nuestro discernimiento y juicio espirituales se nublan, lo que inevitablemente nos hace perder la capacidad de evaluar correctamente nuestra propia vida. Si intentamos vivir nuestra fe careciendo de esta capacidad, inevitablemente seguiremos el camino elegido bajo el autoengaño y pagaremos el precio por ello. Ese precio bien puede ser un camino que conduce a la muerte.

Por tanto, debemos reflexionar una vez más sobre el proverbio coreano: «Golpea el puente de piedra antes de cruzarlo». ¿Qué significa esto? Significa que, incluso al tratar con algo que conocemos bien, debemos actuar con cautela para evitar cometer errores. Al considerar este proverbio a la luz del versículo 25 del pasaje de hoy, nos damos cuenta de

que, aunque el camino que recorremos actualmente nos parezca correcto, debemos comprobarlo y verificarlo cuidadosamente para asegurarnos de no errar. Incluso cuando estamos demasiado seguros de que el camino elegido es el correcto, debemos examinarnos a nosotros mismos: ¿acaso estamos desobedeciendo la Palabra de Dios? ¿Estamos actuando como legalistas? ¿Existe alguna discrepancia entre nuestras palabras y nuestras acciones? Aunque nuestro juicio esté nublado y el camino parezca recto a nuestros propios ojos, debemos detenernos y considerar si la senda que seguimos es verdaderamente correcta ante los ojos de Dios.

En segundo lugar, el deseo interior de pecar es, en sí mismo, maldad.

Podemos considerar esta «maldad» de tres maneras:

(1) El deseo maligno que nos impulsa a pecar es propio de un hombre perverso.

Observemos Proverbios 16:27, en el pasaje de hoy: «El hombre perverso trama el mal, y sus labios son como fuego abrasador». Literalmente, el término «hombre perverso» aquí se refiere a un «hombre de Belial» (6:12). Llamar a alguien «hombre perverso» equivale a describirlo como una persona vil y malvada (Walvoord). Lo que tal persona hace es tramar el mal. Al igual que un cazador cava un hoyo para atrapar a su presa, él cava un «hoyo» en nuestras vidas —las vidas de quienes creemos en Jesús—, haciéndonos caer en la trampa y pecar contra Dios. En particular, Proverbios 16:27 nos dice que esta persona malvada intenta derribarnos con labios que arden como fuego abrasador. Hermanos y hermanas, Satanás nos tienta constantemente a pecar con nuestros labios. Al incitarnos a pronunciar palabras inútiles o maliciosas, Satanás hace que pequemos tanto contra Dios como contra nuestro prójimo. No debemos pecar con nuestros labios, tal como Job no lo hizo (Job 2:10). Incluso en las circunstancias más dolorosas, no debemos —como Job— pecar ni «atribuir a Dios despropósito alguno» (Job 1:22).

(2) El deseo maligno que nos impulsa a pecar es una naturaleza perversa.

Observemos Proverbios 16:28 y 30: «El hombre perverso promueve contiendas, y el chismoso separa a los mejores amigos... El que cierra los ojos trama perversidad; el que aprieta los labios provoca el mal». Aquí, «hombre perverso» se refiere a un «mentiroso» (Park Yun-sun). Tal persona alberga perversidad en su corazón y trama el mal constantemente, provocando así contiendas (6:14). La Biblia afirma en el versículo 30 que esa persona perversa «trama perversidad». Señala además que no solo cierra los ojos, sino que también aprieta los labios para idear estos planes malvados. Cierra los ojos para tramar planes malignos y aprieta los labios para llevar a cabo esos planes perversos con determinación o fuerza (Park Yun-sun). Proverbios 6:19 describe a esa persona perversa como alguien que dice mentiras y «siembra discordia entre hermanos». Además, la segunda parte del texto de hoy, Proverbios 16:28, afirma que «el chismoso separa a los mejores amigos». En resumen, la persona perversa crea una brecha entre hermanos o amigos íntimos mediante mentiras y chismes. Hermanos y hermanas, Satanás busca constantemente sembrar discordia en nuestras relaciones. Como a Satanás le desagrada que amemos a nuestro prójimo, él perturba nuestras relaciones, incitando conflictos y separándonos hasta llegar a odiarnos unos a otros. Debemos luchar contra esta tentación de Satanás. Para ello, no debemos albergar perversidad en nuestros corazones; no debemos idear planes malvados ni tramar iniquidad. En cambio, con corazones sinceros y en obediencia a los mandamientos del Señor, debemos idear y llevar a cabo planes buenos para amar a nuestro prójimo.

(3) Un deseo maligno que nos impulsa a cometer pecado es la violencia.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 16:29: «El hombre violento seduce a su prójimo y lo lleva por un camino que no es bueno». Aquí, «hombre violento» se refiere a una persona malvada que hace daño a los demás. Él tienta a otros y los conduce por un «camino que no es bueno», es decir, el camino a la destrucción (Park Yun-sun). Nos hemos encontrado con personas violentas de este tipo al meditar en el libro de Proverbios. Por ejemplo, en el

capítulo 7 de Proverbios, analizamos a la mujer adúltera que seduce con sus palabras (versículo 5), aquella de corazón astuto (versículo 10). Ella atrae a un joven insensato y falto de sabiduría (versículo 7) con un discurso suave y halagador y palabras seductoras (versículo 21), llevándolo finalmente a perder la vida (versículo 23). De la misma manera, Satanás nos tienta constantemente —a nosotros, los que creemos en Jesús— buscando que perdamos la vida. Él procura engañarnos con ahínco, con el objetivo de dañar nuestras almas, hacernos abandonar la fe y traicionar al Señor. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos luchar y ganar esta batalla espiritual utilizando la Palabra de Dios. Observemos al salmista. En el Salmo 119:11, él declara: «En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti». Al igual que el salmista, nosotros también debemos atesorar la Palabra de Dios en nuestros corazones para evitar pecar contra el Señor. Debemos usar esa Palabra para vencer las tentaciones de Satanás. Oro para que todos seamos victoriosos mediante la Palabra de Dios.

Quisiera concluir esta meditación. Hoy hemos reflexionado sobre los deseos físicos y espirituales que hay en nosotros. Ante el impulso físico del hambre que nos apremia, debemos transformar ese deseo en uno espiritual, alimentándonos diligentemente de la Palabra de Dios para saciar nuestro apetito espiritual. A medida que nuestra fe crezca y nos dejemos guiar por la Palabra de Dios, seremos capaces de luchar y triunfar sobre el autoengaño y la maldad que nos incitan a pecar contra Dios. Oro para que esta bendición sea tanto para usted como para mí.

Personas dignas de respeto

[Proverbios 16:31-33]

Me topé con un artículo en línea de *Sisa Journal* —publicado en colaboración con Media Research— que enumeraba y describía a las «figuras más respetadas» en treinta campos diferentes. La lista incluía personalidades como la legisladora Park Geun-hye en política, el difunto Chung Ju-yung (ex presidente honorario del Grupo Hyundai) en el ámbito empresarial, Ahn Cheol-soo (presidente de la junta directiva de AhnLab) en tecnología de la información y Warren Buffett (presidente de Berkshire Hathaway) en finanzas. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue la clasificación de la figura más respetada dentro del protestantismo: el pastor Cho Yong-gi (pastor emérito de la Iglesia del Evangelio Completo de Yoido) ocupó el primer lugar, seguido por el difunto pastor Ok Han-hum (Iglesia Sarang) en segundo lugar, el pastor Kim Sam-hwan (pastor principal de la Iglesia Myungsung) en tercero, el difunto pastor Han Kyung-chik en cuarto y el difunto pastor Ha Yong-jo en quinto. Al leer estos resultados, surgieron dos reflexiones en mi mente. En primer lugar, noté que todas las figuras protestantes más respetadas eran pastores de megaiglesias; me impactó el hecho de que los pastores de iglesias pequeñas o medianas —o aquellos que simplemente carecen de reconocimiento público— no tienen ninguna posibilidad de aparecer en la lista, independientemente de sus méritos. Esto me llevó a concluir que una encuesta es, al fin y al cabo, solo una encuesta. La segunda reflexión surgió al considerar al pastor que ocupaba el primer puesto: el pastor emérito de la Iglesia del Evangelio Completo de Yoido. Verlo aparecer con frecuencia en noticias cristianas en línea relacionadas con diversas controversias —pasando de ser una figura profundamente respetada por el público a convertirse en blanco de intensas críticas— me hizo cuestionar el verdadero significado

de ser respetado por la gente. En medio de esto, me pregunté quiénes, entre el pueblo de Judá, gozaban de respeto en la Biblia y por qué inspiraban tal consideración; al consultar la Biblia en línea, dos figuras vinieron a mi mente. Esos dos individuos eran Mardoqueo —primo de Ester, mencionado en Ester 10:3— y el profeta Samuel, mencionado en 1 Samuel 9:6. Consideremos primero a Mardoqueo, un hombre que gozaba de gran respeto entre los judíos. Observemos Ester 10:3: «Mardoqueo el judío era el segundo después del rey Asuero; era muy respetado por los judíos y amado por la multitud de sus hermanos, pues buscaba el bien de su pueblo y abogaba por el bienestar de todo su linaje». La Biblia afirma que Mardoqueo gozaba de gran estima entre el pueblo judío. ¿Por qué se le respetaba tanto? Las Escrituras nos dicen que no solo era respetado por los judíos, sino también amado por la multitud de sus hermanos. La razón era que buscaba el bienestar del pueblo judío; velaba por sus intereses y procuraba su bien. En resumen, el motivo por el cual Mardoqueo era tan profundamente respetado era que amaba a su pueblo. Fue debido a este amor que buscó su bien y se preocupó por su bienestar. Consideremos también a otra figura: el profeta Samuel, un hombre de Dios respetado por el pueblo judío. Veamos 1 Samuel 9:6: «Y él le dijo: "Mira, hay en esta ciudad un hombre de Dios, un hombre muy estimado; todo lo que él dice ciertamente se cumple. Vayamos, pues, allá; tal vez él pueda indicarnos el camino que debemos seguir"». La Biblia describe al profeta Samuel como un «hombre de Dios» y un «hombre respetado». En otras palabras, era un hombre de Dios respetado. ¿Por qué se le respetaba? Podemos encontrar la respuesta en 1 Samuel 12:2–4: «... Soy viejo y tengo canas, y mis hijos están aquí con ustedes. He caminado delante de ustedes desde mi juventud hasta el día de hoy. Aquí estoy. Testifiquen contra mí en presencia del Señor y de su ungido. ¿De quién he tomado el buey? ¿De quién he tomado el asno? ¿A quién he defraudado? ¿A quién he oprimido? ¿De manos de quién he aceptado un soborno para cerrar los ojos? Si he hecho alguna de estas cosas, haré restitución». Ellos respondieron: «No nos has defraudado ni oprimido, ni has tomado nada de las manos de nadie». Consideremos también la primera parte del versículo 23 del mismo capítulo: «En cuanto a mí, ¡lejos esté de mí pecar contra el Señor dejando de orar por ustedes!...». Era un hombre de oración. ¿No es interesante? El

hecho de que una persona respetada sea un hombre de Dios, y que un hombre de Dios sea un hombre de oración.

En el pasaje de hoy, Proverbios 16:31–33, encontramos personas dignas de respeto. Me gustaría clasificarlas en tres grupos, reflexionar sobre ellas y abrazar las enseñanzas que ofrecen con un corazón obediente.

En primer lugar, una persona digna de respeto es aquella de edad avanzada que ha recorrido el camino de la justicia a lo largo de su vida.

Observemos Proverbios 16:31 en el pasaje de hoy: «Corona de gloria son las canas; se encuentran en el camino de la justicia». Personalmente, no soy muy partidario de teñirme el cabello. Supongo que es simplemente una cuestión de preferencia. Si, al envejecer, mi cabello se vuelve blanco —pero solo en ciertas zonas, mientras el resto permanece tan oscuro como ahora—, tal vez consideraría teñirlo parcialmente; sin embargo, al menos por el momento, no tengo deseo alguno de teñirme el cabello, aunque se vuelva completamente blanco. La razón reside en Proverbios 20:29: «La gloria de los jóvenes es su fuerza, y el esplendor de los ancianos son sus canas». Dado que las Escrituras declaran que las canas son el esplendor de los ancianos, no deseo teñirme el cabello si llegara a volverse blanco. Por supuesto, reconozco que las «canas» de las que habla el rey Salomón como la belleza de los ancianos se refieren a algo más que a la mera apariencia física del cabello blanco. No obstante, siempre que veo las canas de las personas mayores, me parecen hermosas tal como son. Algunos mayores podrían responder a mis palabras diciendo: «Espera a que *tú* envejezcas, pastor». Comprendo que, al envejecer, a menudo a las personas les desagrada el proceso mismo y prefieren la juventud, llegando a veces incluso a desear estar entre los jóvenes. Sin embargo, el paso del tiempo es inevitable; la juventud es pasajera y nadie puede negar el hecho de que todos estamos envejeciendo. Lo que realmente importa, no obstante, es *cómo* envejecemos. En el texto de hoy, Proverbios 16:31, el rey Salomón afirma: «Corona de esplendor son las canas; se alcanzan en el camino de la justicia». Aquí

encontramos una lección valiosa sobre cómo debemos envejecer: hemos de hacernos mayores viviendo una vida justa. Si envejecemos llevando una vida recta, la Biblia nos dice que nuestras canas son una «corona de gloria». Esta frase implica que una vida larga es digna de respeto. ¿Lo comprende? Al observar a los ancianos —especialmente a aquellos bendecidos con una larga vida—, ¿quiénes son los que realmente nos inspiran respeto? ¿No son acaso aquellos que siguen al Señor con fe inquebrantable, obedecen su Palabra y se asemejan cada vez más a Jesús? Personalmente, hay algunas personas mayores de cabellos blancos a quienes me cuesta respetar; a pesar de su avanzada edad, veo rasgos pecaminosos en sus vidas en lugar de la imagen de Jesús. Por el contrario, siento respeto de forma natural por aquellos que, pese a su edad avanzada, sirven al Señor con fidelidad y humildad, esforzándose por cumplir hasta el final la misión que Él les encomendó. No puedo evitar respetarlos, sobre todo cuando soy testigo de la naturaleza santificada de su carácter.

En el pasaje de hoy, Proverbios 16:31, el rey Salomón afirma que los ancianos que caminan fiel y humildemente por la senda de la justicia a lo largo de sus vidas —incluso en la vejez, cuando sus cabellos han encanecido— son verdaderamente dignos de respeto. Poseedores de sabiduría y del temor de Dios, aborrecen el mal, aman la justicia y viven vidas santas en obediencia a la Palabra de Dios; así, reciben la bendición de la longevidad (Proverbios 10:27). Al disfrutar de la bendición de una larga vida junto a la Palabra de Dios (1 Corintios 13:6), experimentan paz tanto en el cuerpo como en la mente (Proverbios 3:2). En consecuencia, gozan de salud física, lo que les permite vivir una vida larga (Park Yun-sun). La recompensa que Dios otorga a tales ancianos es una "corona de esplendor". Incluso en su vejez, con sus canas, inspiran un respeto aún mayor en los demás. ¿Acaso no deberíamos todos aspirar a convertirnos en ancianos tan respetados y canosos?

En segundo lugar, una persona digna de respeto es aquella que es lenta para la ira.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 16:32: "Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad". Una vez vi en un sitio web que existen dos emociones principales que aquejan a las personas modernas: la depresión y la ira. Si la depresión es la expresión interna de la infelicidad, la ira es la expresión externa; mientras que la depresión destruye al propio individuo, la ira destruye a los demás. Tendemos a considerar la depresión con seriedad y a reconocer sus peligros, pero a menudo no tratamos la ira con la misma gravedad. La razón de esto es que la cultura coreana tiende a ser indulgente con la ira. Por eso, muchas personas en Corea parecen pensar que enfadarse ocasionalmente no es un problema grave, siempre y cuando no se guarde rencor después. Sin embargo, para alguien como yo, que *sí* guarda rencor, incluso un arrebato ocasional de ira podría representar un problema significativo. En cambio, aquí en los Estados Unidos, la ira parece considerarse un problema emocional serio; dado que los estadounidenses ven la ira como un asunto importante, dedican un gran esfuerzo a abordarla y resolverla. Un ejemplo de este esfuerzo es el programa de "control de la ira". Al analizar las técnicas empleadas en estos programas, el primer paso consiste en definir y comprender qué es realmente la ira. ¿Considera usted que la ira es un problema grave? ¿Qué es exactamente la ira? Los caracteres *hanja* (caracteres chinos) para la palabra "ira" (*bunno*) se componen del carácter que significa "ascender/dividirse" (*bun*) y el que significa "furia/ira" (*no*). El primero sugiere una oleada emocional —concretamente, una erupción repentina de sentimientos que habían permanecido reprimidos o anudados en el corazón—, mientras que el segundo combina un elemento fonético con el significado de una emoción que surge hacia arriba. Así, la definición que se deriva de estos caracteres es "una oleada repentina de emoción que surge del interior cuando los deseos, exigencias o intenciones de uno se ven bloqueados o rechazados" (fuente: Internet). Me parece una definición fascinante. Describe ese estallido repentino de ira que ocurre cuando se frustran los deseos o exigencias de una persona; es una definición difícil de refutar. Al fin y al cabo, ¿a quién le gusta que rechacen sus deseos o intenciones? Cuando las emociones reprimidas estallan de golpe, dando lugar a gritos, lanzamiento de objetos, agresiones físicas o incluso homicidios, la ira se convierte en un problema verdaderamente grave.

Se dice que existen cinco etapas de la ira (fuente: Internet): (1) La primera es la etapa de leve "irritación". Se trata simplemente de una sensación de malestar que no causa daños significativos a uno mismo ni a los demás. (2) La segunda es la etapa de "indignación". Es una fase en la que la persona es incapaz de perdonar a quien le ha agraviado y busca represalias; sin embargo... en la mayoría de los casos, las personas logran superarla sin manifestarlo abiertamente. (3) La tercera etapa es la de "cólera". Cuando una persona llega a esta fase, surge un fuerte deseo de venganza. En esta etapa, a menudo hay personas que no pueden comer ni dormir hasta que devuelven exactamente el daño que se les hizo. Es, verdaderamente, una etapa en la que uno solo encuentra paz tras desahogar la ira de alguna manera. (4) La cuarta etapa es la de "furia". Cuando una persona es consumida por la furia, pierde el control de sus emociones, lo que acaba provocando un estallido de ira. (5) La quinta etapa es la de "rabia". Esta etapa de rabia es, literalmente, un estado de locura. Es la forma más peligrosa de ira, pues conduce a consecuencias sumamente destructivas y fatales. Al considerar estas cinco etapas, ¿en qué nivel de ira nos hemos encontrado alguna vez? Es probable que todos hayamos experimentado una simple irritación. Quizás también hayamos sentido indignación e ira, y tal vez incluso furia. Proverbios 14:17 afirma: "El que se enoja fácilmente comete locuras...". Y Santiago 1:19-20 dice: "Mis queridos hermanos y hermanas, tengan esto en cuenta: todos deben estar listos para escuchar, ser lentos para hablar y lentos para enojarse, porque la ira humana no produce la justicia que Dios desea". La Biblia nos dice claramente que nuestra ira no logra alcanzar la justicia de Dios. Afirma que airarse rápidamente conduce a acciones insensatas. Además, Proverbios 25:28 dice: "Como ciudad con los muros derribados es la persona que carece de dominio propio". Si no logramos controlar nuestro corazón, nos volvemos como una ciudad con los muros derribados: vulnerables a las tentaciones de Satanás y propensos a pecar tanto contra Dios como contra los demás. ¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Cómo debemos resolver este problema de la ira?

Para superar el problema de la ira, debemos aprender a gobernar nuestro corazón (Proverbios 16:32). En otras palabras, cuando la ira surge en nuestro interior, debemos ser capaces de controlar esa emoción. Lo absolutamente esencial para esto es el "dominio propio", uno de los frutos del Espíritu Santo (Gálatas 5:23). Solo podemos vencer la ira cuando el Espíritu Santo, que habita en nosotros, produce en abundancia el fruto del dominio propio. ¿Cuál es, entonces, nuestra responsabilidad fiel para dar este fruto? Consiste en meditar en la Palabra de Dios día y noche y orar a Él. Cuando hacemos esto, el Espíritu Santo gobierna nuestro corazón mediante la santa Palabra de Dios, guiándonos a dejarnos conducir por la verdad de dicha Palabra en lugar de por la emoción de la ira. El Espíritu Santo nos capacitará para refrenar nuestra ira. La Biblia describe como sabios a quienes refrenan su ira de esta manera (Proverbios 29:11). El rey Salomón declara que una persona tan sabia —que domina su propio corazón— es mejor que un guerrero que conquista una ciudad (Proverbios 16:32).

En tercer lugar, una persona digna de respeto es aquella que acepta humildemente la voluntad de Dios.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 16:33: «La suerte se echa en el regazo, pero la decisión final viene del Señor». En tiempos bíblicos, echar suertes era uno de los métodos utilizados para buscar la voluntad de Dios —o su guía—. Un ejemplo destacado de esto se encuentra en el Antiguo Testamento, en Jonás 1:7: «Entonces los marineros se dijeron unos a otros: "Vengan, echemos suertes para averiguar quién es el responsable de esta calamidad". Echaron suertes y la suerte cayó sobre Jonás». Cuando el barco que transportaba al desobediente profeta Jonás estaba a punto de destrozarse debido a una gran tormenta enviada por Dios, los marineros gentiles —tras no recibir respuesta alguna después de orar a sus respectivos ídolos— finalmente echaron suertes para determinar quién era el responsable del desastre (Jonás 1:1–7). En aquella época, el acto de echar suertes tenía dos significados: primero, identificar a la persona culpable o sacar a la luz el pecado (1 Samuel 14:41–42); y segundo, buscar la guía divina (Ester 3:7; Proverbios 16:33).

En este caso, los marineros gentiles echaron suertes por la primera razón: identificar a la persona culpable. Otro ejemplo excelente se encuentra en el Nuevo Testamento, en Hechos 1:26. Tras la muerte de Judas Iscariote —uno de los doce discípulos de Jesús—, se necesitaba un reemplazo que se uniera a los once restantes para dar testimonio de la resurrección de Jesús (Hechos 1:22); dos hombres fueron propuestos para este papel: José y Matías (versículo 23). En aquel momento, los once discípulos oraron a Dios diciendo: «Señor, tú que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido para ocupar el lugar en este ministerio y apostolado» (versículos 24–25), y luego echaron suertes; Matías fue el elegido (versículo 26). Así, fue añadido al grupo de los once apóstoles (versículo 26). En aquella época, cuando se echaban suertes para discernir la voluntad (o la guía) de Dios, aunque eran los seres humanos quienes las echaban, la verdadera decisión provenía de Dios (Park Yun-sun). Y aquellas personas aceptaban humildemente tal decisión como la voluntad divina. Sin embargo, en la era de la iglesia posterior a la culminación de la Biblia, la práctica de echar suertes ya no sirve como medio para revelar la voluntad de Dios. En nuestros días, solo la Palabra de Dios —la Biblia— actúa como la luz que nos guía (Salmo 119:105) (Park Yun-sun). En otras palabras, en la era actual, únicamente la Palabra perfecta de Dios nos revela Su voluntad (MacDonald).

Amados, cuando una persona de Dios discierne la voluntad divina, deja a un lado su propia voluntad y se somete a la de Dios. El ejemplo supremo de esto es Jesús, quien rogó a Dios Padre en el huerto de Getsemaní: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú quieras» (Mateo 26:39). ¿Acaso no deberíamos nosotros también, al igual que Jesús, dejar de lado nuestra propia voluntad y someternos a la voluntad del Señor? Al pensar en la «voluntad de Dios», recuerdo especialmente el himno 431, «Hágase tu voluntad, oh Señor» (*Nae Ju-yeo Tteut-dae-ro*). Al conocer el contexto de este himno, es inevitable concluir que su autor y compositor, el pastor luterano Benjamin Schmolck (1672–1737), vivió como un verdadero discípulo: una vida que reflejaba fielmente la de un «pequeño Jesús». Él servía a una iglesia luterana en una época en la que las congregaciones luteranas estaban siendo absorbidas por la Iglesia Católica Romana debido

a la Contrarreforma. Su iglesia era una estructura humilde —una cabaña de troncos con paredes de tierra— que carecía incluso de campanario, ya que tales construcciones estaban prohibidas dentro de los límites de la ciudad y debían erigirse fuera de las murallas; además, necesitaba permiso de un sacerdote católico romano para desempeñar funciones como visitar a los enfermos u oficiar funerales. Él y otros dos ministros eran responsables de la atención pastoral de una vasta zona que abarcaba treinta y seis aldeas. B. Schmolck sufrió un colapso por exceso de trabajo y quedó postrado en cama tras sufrir un derrame cerebral; incluso después de recuperarse, padeció parálisis en la mano derecha —que quedó inutilizada— y sufrió de cataratas. A pesar de estas adversidades, se mantuvo dedicado a su ministerio pastoral. Un día, al regresar a casa tras una visita pastoral, el matrimonio quedó desolado al encontrar su hogar completamente destruido por el fuego y a sus dos hijos sin vida. Arrodillados ante los cuerpos calcinados de sus hijos, clamaron a Dios en oración. De este clamor angustioso —«Señor mío, hágase tu voluntad»— nació este famoso himno. El deseo de evitar la muerte y escapar del sufrimiento es un instinto humano fundamental. Incluso Jesús, ante una muerte inminente, expresó parte de esta angustia humana instintiva: «Aparta de mí esta copa». Sin embargo, al añadir: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Marcos 14:36), dio un ejemplo práctico de obediencia a la voluntad del Padre, incluso hasta la muerte. B. Schmolck fue un hombre que vivió la vida de un «pequeño Jesús»: la vida de un verdadero discípulo. El himno «Señor mío, hágase tu voluntad» refleja una decisión de fe —un compromiso de obediencia absoluta— incluso al enfrentarse a obstáculos aparentemente insuperables. Unámonos ahora para cantar este himno a Dios: (1) Señor mío, hágase tu voluntad; te entrego por completo mi cuerpo y mi alma. Guíame a través de las alegrías y penas de este mundo; toma el control de mi vida y que se haga tu voluntad. (2) Señor mío, hágase tu voluntad; no permitas que desfallezca ni siquiera en la profunda aflicción. Tú también lloraste en ocasiones; toma el control de mi vida y que se haga tu voluntad. (3) Señor mío, hágase tu voluntad; te encomiendo todos mis asuntos. Caminaré serenamente hacia el reino celestial; ya sea que viva o muera, que se haga tu voluntad.

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Parece que vivimos en una época en la que escasean las figuras dignas de respeto. Cada vez resulta más difícil encontrar tales figuras en nuestros hogares, escuelas, lugares de trabajo o incluso en nuestras iglesias. Al reflexionar sobre las razones por las que no se respeta a los padres o a los pastores —incluso dentro de la familia o de la iglesia— a la luz del pasaje de hoy, parece que ello se debe a no recorrer fielmente el camino que siguió el Señor, a una tendencia a airarse con facilidad y a no vivir conforme a la voluntad del Señor. ¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Qué pasos debemos dar tú y yo para llegar a ser personas dignas de respeto?

Una familia armoniosa

[Proverbios 17:1, 9-10, 13-14]

¿Cuál cree usted que es la meta suprema en la vida para los profesionales que trabajan? Una encuesta realizada a 239 empleados de oficina por el portal de empleo de alta gama Career (dirigido por el director ejecutivo Kang Seok-in) reveló que el 88,7 % de los encuestados tiene una meta vital definitiva. Los resultados indican que nueve de cada diez profesionales tienen dicho objetivo, siendo una familia armoniosa la prioridad número uno. En cuanto a la meta suprema de vida, la respuesta más común —citada por el 28,3 % de los encuestados— fue «formar una familia armoniosa». A esta le siguieron «convertirse en el mejor en su campo» (27,4 %) y «emprender un negocio» (16,0 %); otras respuestas incluyeron «viajar por el mundo» (9,0 %), «comprar una casa» (8,5 %), «cambiar de trabajo» (4,2 %) y «dedicarse a la religión» (0,9 %). Respecto a los esfuerzos realizados para alcanzar estas metas (permitiéndose respuestas múltiples), «trabajar duro» encabezó la lista con un 60,4 %. Le siguieron «ahorrar mucho dinero» (45,8 %), «ampliar la red de contactos» (34,4 %), «estudiar con ahínco cada día» (31,1 %) y «realizar inversiones financieras» (26,4 %). Al preguntarles por qué se fijaban estas metas supremas, el 72,2 % mencionó «vivir una vida feliz». Otras razones incluyeron «obtener riqueza y honor» (8,5 %), «evitar la vergüenza ante los demás» (7,1 %), «contribuir a la sociedad» (6,6 %) y «mostrar piedad filial hacia los padres» (2,4 %).

En el pasaje bíblico de hoy, Proverbios 17:1, la Biblia afirma: «Mejor es un bocado seco, y en paz, que casa de contiendas llena de banquetes». ¿Qué significa esto? Significa que vivir en la pobreza, pero con una familia armoniosa, es mejor que vivir en la abundancia mientras

los miembros de la familia discuten entre sí. En el antiguo Israel, las familias compartían las porciones de las ofrendas de sacrificio que quedaban después de que el sacrificio fuera presentado a Dios (Levítico 7:16; 19:6; 1 Samuel 9:24). Sin embargo, una familia que discute justo en el momento en que debería estar disfrutando de una comida en común tras un sacrificio, es una familia aquejada por un descontento profundo (Park Yun-sun). ¿Puede imaginarlo? ¿Qué pensaría si, después de ofrecer nuestros diezmos y ofrendas de gratitud a Dios, discutiéramos entre nosotros por el dinero restante? Este pasaje nos enseña que la armonía familiar no depende de si uno es rico o pobre. Además, creo que la causa raíz del conflicto no es necesariamente la abundancia de riqueza. Centrándome en el texto de hoy, quisiera reflexionar sobre la naturaleza de una familia armoniosa y considerar cuatro formas de evitar conflictos en el hogar, aprendiendo así las lecciones que Dios nos ofrece:

En primer lugar, una familia armoniosa cubre las faltas de sus miembros. Para evitar conflictos en la familia, no debemos sacar a relucir constantemente las debilidades o errores de los demás.

Observe Proverbios 17:9: «El que cubre la falta busca amor, pero el que divulga el asunto separa a los amigos íntimos». La semana pasada publiqué un tema de discusión en mi página personal de Facebook: «¿Por qué resulta intimidante —o difícil— compartir nuestras peticiones de oración más profundas dentro de la comunidad de la iglesia?». Un evangelista dejó este comentario: «Compartir peticiones de oración sinceras solo es posible una vez que se ha establecido la confianza. Si las cosas salen mal, uno puede resultar profundamente herido. Solo es posible con personas que poseen la madurez espiritual para guardar secretos inviolables». ¿Qué opina al respecto? Como alguien señaló una vez, la iglesia es quizás el lugar donde uno menos se siente capaz de compartir peticiones de oración. La razón es la presencia de aquellos que «repiten lo que oyen»: personas que divulgan las peticiones de oración privadas de los demás. Cuando se comparten tales confidencias de manera imprudente, incluso las amistades cercanas terminan inevitablemente distanciándose. Como ya hemos meditado en Proverbios 16:28: «El

hombre perverso provoca contiendas, y el chismoso separa a los amigos íntimos». ¿Qué significa esto? Significa que el calumniador abre una brecha entre amigos cercanos, causando discordia. Consideremos la relación entre marido y mujer: ¿por qué discuten? ¿No será porque Satanás, el mentiroso, busca abrir una brecha entre ellos? ¿Cómo lo hace Satanás? Utiliza mentiras para sembrar discordia; concretamente, hace que nos obsesionemos con los defectos del otro y nos impulsa a hablar de ellos —no solo entre nosotros, sino incluso con otras personas—, destruyendo así la relación y provocando conflictos. Aunque 1 Corintios 13:5 afirma claramente que el amor «no toma en cuenta el mal recibido», Satanás hace que registremos en nuestra mente las ofensas cometidas contra nosotros y que las expresemos repetidamente al otro, lo que finalmente deriva en contiendas y discordia en la relación. No puedo sino coincidir con las palabras del rey Salomón en Proverbios 18:8: «Las palabras del chismoso son como bocados exquisitos; penetran hasta lo más profundo del ser». ¿Qué debemos hacer y cómo? Debemos meditar en el amor de Dios, quien ha cubierto nuestras transgresiones. Efesios 2:1 dice: «Y él les dio vida a ustedes, cuando estaban muertos en sus delitos y pecados». Dios nos salvó —a ti y a mí, que estábamos muertos en nuestras transgresiones— dándonos vida juntamente con Cristo (versículo 5). Por eso, el salmista declaró en el Salmo 32:1: «Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada y cuyo pecado ha sido cubierto». Habiendo recibido tan gran bendición y amor de Dios en Jesucristo, debemos amar a nuestro prójimo. ¿Qué significa amar al prójimo? Proverbios 10:12 nos dice: «El odio suscita contiendas, pero el amor cubre todas las faltas». Debemos amar a nuestro prójimo más cercano —nuestros familiares— cubriendo y ocultando los defectos de los demás. Por tanto, debemos esforzarnos por mantener la unidad del Espíritu (Efesios 4:3).

En segundo lugar, una familia armoniosa acepta los consejos de sus miembros. Para evitar contiendas en el seno familiar, debemos escuchar con humildad los consejos de los demás.

Observemos Proverbios 17:10: «Más penetra una reprensión en el sabio que cien azotes en el necio». ¿Qué harías si tus hijos desobedecieran los mandamientos de Dios, expusieran

constantemente los defectos de los demás y discutieran por sentirse heridos? ¿Te quedarías simplemente de brazos cruzados viéndolos pelear? Por supuesto que no. A ningún padre le gusta ver a sus hijos discutir y pelear; queremos que se amen y vivan en armonía. Cuando riñen, debemos reprenderlos. Pero, ¿qué sucede si son insensatos y se niegan a escuchar esa reprensión? No nos queda más remedio que disciplinarlos con la vara. Sin embargo, si un hijo atiende nuestro consejo, se arrepiente de su mala conducta y se reconcilia con sus hermanos, ¡qué sabio es ese hijo! La Biblia nos dice que una palabra de consejo cala mucho más hondo en el corazón de un hijo sabio que cien golpes de vara en el de un insensato. ¿No es fascinante? Aunque no es necesario interpretar esto literalmente, consideremos lo siguiente: si golpeáramos a un niño cien veces en los glúteos o en las pantorrillas, le dejaríamos marcas graves y duraderas. Y, aun así, una persona insensata —por su soberbia (Proverbios 9:7)— podría seguir negándose a arrepentirse o a apartarse de su error. En cambio, una sola palabra de consejo dirigida a un hijo sabio no deja marca física alguna en el cuerpo; por el contrario, el consejo del padre queda profundamente grabado en el corazón del hijo. La Biblia nos ofrece un ejemplo perfecto de una persona sabia así: el rey David. Tras cometer adulterio con Betsabé y provocar la muerte de su esposo Urías —mientras intentaba ocultar su pecado—, ¿cómo reaccionó David cuando Dios envió al profeta Natán para reprenderlo? Veamos 2 Samuel 12:13. Observemos la primera parte del versículo: «David dijo a Natán: "He pecado contra el Señor"...». Al escuchar la reprensión del profeta Natán, David confesó inmediatamente su pecado y se arrepintió. Pensemos en el apóstol Pedro: cuando el gallo cantó (Lucas 22:60) y el Señor se volvió para mirarlo, él recordó las palabras del Señor —«Antes que el gallo cante hoy, me negarás tres veces»—, salió y lloró amargamente (versículos 61-62). ¡Qué persona tan perspicaz fue al arrepentirse con amargo llanto simplemente porque el gallo cantó, el Señor lo miró y él recordó las palabras del Señor! Las personas con tal discernimiento no necesitan cien golpes; Una sola palabra de consejo —o de reprensión— del Señor y de Su Palabra basta para que confiesen sus pecados y se arrepientan. ¿Acaso no es esta clase de discernimiento algo que nosotros y nuestras familias necesitamos?

Una persona sabia —alguien que posee entendimiento— reflexiona sobre sus faltas y sigue el camino correcto tras escuchar tan solo una palabra de consejo. Las *Analectas* (*Lunyu*), un registro de las conversaciones entre Confucio y sus discípulos, contienen la expresión *mun-il-ji-sip* (聞一知十). Esta frase significa «oír una cosa y comprender diez», y suele describir a personas dotadas o genios capaces de captar diez conceptos tras recibir la enseñanza de uno solo. Si nosotros —junto con nuestras familias y comunidades eclesiásticas— realmente prestamos atención a los consejos, los atesoramos, crecemos en sabiduría y discernimiento, y caminamos por la senda de rectitud que Dios desea gracias al entendimiento obtenido de Su Palabra, ¿cómo no habría de reinar la armonía entre nosotros?

En tercer lugar, una familia armoniosa no paga el bien con el mal. Para evitar las discordias en el seno familiar, debemos corresponder al bien con el bien.

Consideremos Proverbios 17:13: «El que devuelve mal por bien, no verá apartarse el mal de su casa». Un hogar donde persiste el mal es aquel que desafía la buena voluntad de Dios, desobedece Su Palabra y comete actos de injusticia. En consecuencia, tal familia se enfrenta inevitablemente a la calamidad. Un ejemplo bíblico de esto es el rey David. David fue un hombre que pagó el bien con el mal; provocó deliberadamente la muerte de Urías —esposo de Betsabé y hombre leal tanto a él como al reino—, devolviendo así mal por bien. El trágico resultado fue una serie de desastres familiares: su hijo Amnón violó a Tamar, tal como David había cometido adulterio con Betsabé; y Absalón, hermano de Tamar, mató a Amnón, tal como David había matado a Urías. Además, Absalón terminó perdiendo la vida tras haber intentado incluso matar a su propio padre, David. Una tragedia familiar tan terrible es el resultado de desafiar la voluntad de Dios, desobedecer Su Palabra y cometer actos de injusticia. Muchas familias hoy en día se enfrentan a tales tragedias; la discordia en el hogar parece no tener fin. Las familias modernas están llenas de rupturas, agravios, heridas, dolor y sufrimiento; pero ¿cuál es la raíz del problema? Una causa principal es el

pecado presente en nuestros hogares. Muchas familias sufren a causa de pecados como desafiar la voluntad de Dios, desobedecer Su Palabra y elegir hacer el mal en lugar del bien. Cuando una familia no experimenta la bondad de Dios —y, por consiguiente, no siente Su gracia ni Su amor—, no permanece humilde ante Él; por el contrario, se vuelve orgullosa y arrogante, lo que la lleva a desafiar Su voluntad, desobedecer Su palabra y, finalmente, cometer actos injustos. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos atender a las palabras de 1 Pedro 3:9: «No devuelvan mal por mal ni insulto por insulto. Al contrario, devuelvan bien por mal, porque a esto fueron llamados: para heredar una bendición». ¿Qué piensa de este mandato divino de bendecir a los demás en lugar de devolver mal por mal o insulto por insulto? Cuando surge un conflicto en la familia y nuestras palabras causan dolor o heridas a los demás, la Biblia nos instruye a ofrecer una bendición en su lugar.

Hace poco, mientras escuchaba la Biblia en mi reproductor MP3, oí el pasaje de 1 Pedro 2:23, que dice que Jesús «no respondía con insultos cuando lo insultaban, y sufrió...». Al meditar en esa palabra, aunque fuera brevemente, comprendí que, incluso cuando otras personas dicen cosas que no me gusta oír, no debo responder de la misma manera. No debemos dejarnos vencer por el mal, sino vencer el mal con el bien (Romanos 12:21). Es mejor sufrir por hacer el bien que por hacer el mal; 1 Pedro 3:17 nos dice que esta es la voluntad de Dios. Aunque nuestras almas se sientan solas cuando otros pagan nuestras buenas acciones con maldad (Salmo 35:12), no debemos desanimarnos al hacer el bien (2 Tesalonicenses 3:13). Debemos apartarnos del mal, hacer el bien, buscar la paz y procurar la armonía dentro de nuestras familias (Salmo 34:14).

En cuarto lugar, una familia armoniosa detiene una disputa antes de que se convierta en una pelea. Para evitar conflictos en el hogar, debemos poner fin a la discusión antes de que realmente comience.

Observe Proverbios 17:14: «El comienzo de la discordia es como abrir una compuerta de agua; por tanto, detén la disputa antes de que estalle la pelea». ¿Sobre qué suelen discutir

las parejas o los miembros de la familia? ¿Es por asuntos importantes o por cuestiones triviales? Permítanme compartir tres expresiones idiomáticas que encontré en internet: (1) *Baengnyeonhaero* (百年偕老): una pareja que vive en armonía y envejece junta; (2) *Haerodonghyeol* (偕老同穴): una pareja armoniosa que envejece junta en vida y comparte la misma tumba al morir; (3) *Wagakjijaeng* (蝸角之爭): una pelea que tiene lugar en el cuerno de un caracol; es decir, una disputa sobre algo totalmente insignificante o un conflicto entre naciones pequeñas. La historia detrás de la expresión *wagakjijaeng* (una disputa sobre los cuernos de un caracol) es la siguiente: el rey Hui de Wei (que reinó entre el 369 y el 319 a. C.) había sellado un pacto solemne de amistad con el rey Wei de Qi (que reinó entre el 356 y el 320 a. C.); sin embargo, cuando el rey Wei rompió el acuerdo más tarde, el rey Hui quiso enviar a un asesino para matarlo. Gongsun Yan, un ministro de Wei, instó al rey a enviar audazmente un ejército para atacar, mientras que Jizi argumentó que enviar tropas solo causaría sufrimiento al pueblo llano. El rey Hui dudó. Al observar esto, Dai Zhenren le dijo al rey: "En el cuerno izquierdo de un caracol se encuentra el Estado de Chu, y en el cuerno derecho, el Estado de Man. En una ocasión, estas dos naciones lucharon por apoderarse de territorio; decenas de miles perecieron, y las fuerzas que perseguían al enemigo regresaron solo después de quince días". Cuando el rey Hui replicó: "¿Qué es esto? ¿Está diciendo tonterías?", Dai Zhenren continuó: "Sí, permítame mostrarle la esencia de esas 'tonterías'. En el universo infinito, las naciones son cosas minúsculas. Entre esas diminutas naciones se encuentra el Estado de Wei; dentro de Wei está la capital; y en esa capital reside Su Majestad. ¿En qué se diferencia esto de la historia del rey y el reino sobre el cuerno de un caracol?" (Internet). En última instancia, esto significa que los conflictos y discusiones entre cónyuges o familiares a menudo surgen de asuntos muy triviales. Por eso, el sabio rey Salomón afirmó en el pasaje de hoy, Proverbios 17:14, que "iniciar una disputa es como romper una presa". ¿Qué significa esto? ¿Alguno de ustedes ha visitado alguna vez la presa Hoover, cerca de Las Vegas? Si lo hubieran hecho y vieran que empieza a filtrarse agua —aunque fuera solo una mínima cantidad— de la presa, ¿se quedarían allí haciendo turismo sabiendo eso? Imagínenselo. Si hubiera un agujero diminuto en una presa tan

enorme, permitiendo que el agua goteara apenas un poco, ¿podríamos quedarnos allí mirando? Aunque el agujero fuera lo suficientemente pequeño como para dejar salir solo un poco de agua, los trabajadores de la presa —al descubrirlo— probablemente ordenarían a los turistas evacuar e impedirían que nadie se acercara a la zona. ¿Por qué? Porque es peligroso, ¿verdad? Esto nos recuerda el dicho *sujeokcheonseok* (水滴穿石). Significa: "Incluso las pequeñas gotas de agua, si caen incesantemente, terminarán perforando una piedra" (Internet). Incluso un agujero diminuto en una presa enorme, si no se controla, provocará el colapso de la presa, lo que inevitablemente conducirá a daños catastróficos. Por ello, el rey Salomón nos aconseja "detener la disputa antes de que estalle la pelea" (Prov. 17:14). Sin embargo, aunque deberíamos detener el conflicto cuando discutimos, ¿por qué no lo hacemos y permitimos que un pequeño... ¿Están permitiendo que un conflicto que comenzó por un asunto sencillo se convierta en una pelea mucho mayor? La causa raíz, como se indica en Santiago 4:1, son los "deseos que luchan en su interior". Si no logramos refrenar estos deseos conflictivos y actuamos conforme a ellos, inevitablemente nos convertimos en personas que "aman la contienda", tal como se describe en Proverbios 17:19. La Biblia nos dice además que quien ama la contienda ama el pecado (Proverbios 17:19). En última instancia, la razón por la que discutimos y peleamos en nuestras familias radica en estos deseos en conflicto; específicamente, en el hecho de que cada uno de nosotros alberga ciertos anhelos o deseos (Santiago 4:2). Por ejemplo, cuando una pareja discute, el conflicto a menudo comienza porque un cónyuge desea algo del otro, pero ese deseo permanece insatisfecho; es decir, no obtienen lo que quieren. Podemos evitar tales peleas si estamos dispuestos a dejar de lado estos deseos. Sin embargo, en realidad, ¿qué tan difícil es dejarlos ir verdaderamente?

Es probable que conozca el libro *Surrender* (o *Letting Go*), del reverendo Lee Yong-kyu, misionero en Mongolia; más tarde escribió una continuación titulada *Surrender Further*. A pesar de poseer un doctorado de Harvard —un título que podría haberle abierto las puertas al éxito mundano—, decidió servir al Señor como misionero en una región remota. En su obra, destaca que la esencia de la «rendición» no radica simplemente en renunciar al

prestigio académico o a la gloria terrenal, sino en la muerte del «yo» en Cristo, tal como se describe en Gálatas 2:20. Este, afirma, es el verdadero espíritu de la rendición. El libro contiene un pasaje que dice: «Hay un niño pequeño dentro de nosotros: un niño que llora buscando reconocimiento. Cuando sus necesidades no son satisfechas, este niño atormenta y perturba nuestro ser interior. A menudo vivimos impulsados por las emociones de este niño sin siquiera darnos cuenta de que existe. Sin embargo, este niño solo puede hallar estabilidad y descanso mediante el amor y la aceptación de Dios. Satanás nos incita constantemente a obsesionarnos con lo que nos falta. Mientras nos obsesionamos con lo que no tenemos, no podemos apreciar con alegría lo que ya hemos recibido. Cuanto más buscamos la aprobación del mundo, más atados quedamos a él y, en consecuencia, más nos perdemos de la libertad que proviene del cielo. Dios dijo: "Veo en ti un frasco de alabastro con perfume". Las palabras siguientes me asombraron y penetraron profundamente en mi corazón: "Sin embargo, aunque el frasco ha sido llevado a los pies de Jesús, permanece intacto". En esas palabras, vi mi propio ser que no se había quebrantado. Vi el orgullo que se negaba a romperse cuando realmente debía hacerlo, a pesar de haber llegado hasta los pies de Jesús. Comprendí que dentro de mí había un deseo de ser respetada, y que ese deseo era la razón por la que las palabras de los demás me herían tan fácilmente. Un profundo sollozo brotó de mi interior. En mi angustia, hice un voto ante Dios: "Señor, veo las partes de mí que permanecen intactas. Quiero romper mi frasco de alabastro". Aunque el frasco se coloque a los pies de Jesús, no puede liberar su fragancia a menos que se rompa. Solo cuando el frasco se hace añicos y el perfume de su interior se derrama, podemos honrar verdaderamente la cruz de Jesús» (Lee Yong-gyu).

Me gustaría concluir esta meditación sobre la Palabra. Existe un cuento popular coreano tradicional que dice así: Poco después de casarse, una joven esposa lloraba en la cocina mientras preparaba arroz. Cuando su esposo la vio y le preguntó la razón, ella explicó que se le había quemado el arroz. Al oír esto, el esposo la consoló diciendo que la culpa era suya; había estado ocupado y trajo muy poca agua, por lo que la falta de líquido provocó que el arroz se quemara. Al escuchar esto, la esposa no dejó de llorar; al contrario, derramó aún

más lágrimas, profundamente conmovida por las palabras de él. Su suegro, al pasar por la cocina, vio la escena y preguntó qué ocurría. Tras escuchar lo sucedido, consoló a la pareja diciendo que la culpa era suya; como era anciano y le faltaban fuerzas, no había logrado trocear la leña lo suficientemente fina, lo que provocó un fuego demasiado intenso que quemó el arroz. En ese preciso instante, la suegra, tras oír el alboroto, se acercó y salió en defensa de su nuera, afirmando que la culpa era suya, pues su avanzada edad le impedía percibir el olor del arroz mientras se cocinaba y no había sabido indicar el momento justo para retirarlo del fuego. Antiguamente, se contaba esta historia para ilustrar el dicho *Gahwamansaseong* (家和萬事成), que significa que cuando reina la armonía en la familia, todo marcha bien. Sin embargo, si analizamos la historia con detenimiento, observamos que nadie culpa a los demás ni los critica; por el contrario, cada uno reflexiona sobre sus propios errores e incluso asume voluntariamente la responsabilidad por el bien de los otros. De esta actitud surge la armonía y, donde hay armonía, todo prospera. Además, el Espíritu Santo habita en nosotros. Es el Espíritu Santo quien une nuestros corazones en uno solo. Por tanto, si cada miembro de la familia obedece la guía y la inspiración del Espíritu Santo, crearemos un "cielo en la tierra" en nuestro hogar: un lugar donde vivamos comprendiéndonos, perdonándonos, consolándonos y animándonos mutuamente.

¿Cómo debemos criar a nuestros hijos?

[Proverbios 17:2, 6-7, 17, 21, 25]

¿Cómo debemos criar a nuestros hijos? Encontré un artículo en el sitio web *Christian Today* titulado «Los principios son más importantes que los métodos en la crianza de los hijos». El artículo hablaba de un libro llamado *Principios familiares que determinan el futuro de mi hijo* (de Jeong Jeong-sook). En esta obra, la autora sostiene que los padres deben convertirse en expertos en la crianza de sus hijos —lo cual requiere aprendizaje—, pero enfatiza que, antes de centrarse en metodologías o habilidades específicas, primero deben aprender y poner en práctica correctamente los principios fundamentales de la crianza. Además, afirma que, al amonestar y formar a los hijos, los padres deben establecer actitudes y principios coherentes y llevarlos a la práctica. Al parecer, existen unos ocho principios de este tipo; entre ellos, se destacan dos como formas clave de transmitir una fe sana a los hijos: enseñar con el ejemplo y pasar tiempo agradable en familia. La autora sugiere que, al establecer y seguir estos principios, los padres pueden criar hijos emocional y espiritualmente sanos.

En el pasaje de hoy, Proverbios 17:2, el rey Salomón —autor de Proverbios— declara: «El siervo prudente gobernará sobre el hijo del amo que actúa vergonzosamente y compartirá la herencia entre los hermanos». Centrándome en este versículo, quisiera extraer tres lecciones sobre cómo nosotros, como padres, debemos criar a nuestros hijos:

En primer lugar, al criar a nuestros hijos, debemos formarlos para que sean hijos sabios de Dios. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 17:2: «El siervo prudente gobernará sobre el

hijo del amo que actúa vergonzosamente y compartirá la herencia entre los hermanos». A medida que continúo meditando en el libro de Proverbios, voy comprendiendo la inmensa importancia de la «sabiduría» de la que habla la Biblia. En otras palabras, Dios me está enseñando cada vez más sobre el valor de la sabiduría a través de estos versículos. Como consecuencia, busco la sabiduría de Dios con mayor fervor; además, oro y reflexiono sobre cómo utilizar esa sabiduría divina para criar adecuadamente —de una manera que agrade a Dios— a la esposa y a los hijos que Él me ha regalado. Mientras medito en el libro de Proverbios, también me siento impulsado a reflexionar y orar sobre Santiago 1:5: «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada». En Proverbios 17:2, el rey Salomón afirma que un siervo prudente —o sabio— manejará eficazmente la situación de un hijo del señor que se comporta de manera vergonzosa y, por ello, recibirá una parte de la herencia al igual que los propios hermanos del hijo. Aquí, Salomón contrasta al siervo sabio con el hijo del señor que actúa vergonzosamente. Uno tiene la condición de «siervo», mientras que el otro tiene la condición de «hijo». Sin embargo, Salomón declara que aquel con la condición de «siervo» participará de la herencia del señor tal como lo hace el «hijo». ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo puede un siervo recibir una parte de la herencia del señor como si fuera un hijo? Es precisamente porque ese siervo poseía sabiduría. Al reflexionar sobre este siervo sabio, es inevitable pensar en Proverbios 16:20. Esto se debe a que el versículo define qué es la «sabiduría»: «El que atiende a la palabra con sabiduría halla el bien, y dichoso el que confía en el SEÑOR». ¿Qué significa esto? Significa que la sabiduría reside en prestar atención cuidadosa a la palabra de Dios. Proverbios 19:20 ofrece este consejo: «Escucha el consejo y acepta la instrucción, para que al final adquieras sabiduría». Al atender a la palabra de Dios y aceptar su consejo e instrucción, podemos llegar a ser personas sabias. Y las Escrituras afirman que la persona sabia obtiene algo bueno (17:2). Ese «bien» consiste en participar de la herencia, tal como el hijo del señor mencionado en el pasaje de hoy, Proverbios 17:2. En cambio, Proverbios 17:25 describe al hijo del señor que actúa vergonzosamente como una fuente de pesar para su padre y de dolor para su madre: «El hijo necio causa pesar a su padre y amargura a la madre que lo dio a luz». ¿Qué significa esto? Significa que un hijo necio actúa

de manera vergonzosa, convirtiéndose en una fuente de pesar para su padre y de dolor para su madre. Además, Proverbios 17:21 afirma que los padres de un necio tal sufren pesar, y que el padre de un necio no tiene alegría. El término «necio» aparece dos veces aquí; la primera instancia se refiere a alguien «torpe» o «de entendimiento lento», mientras que la segunda alude a alguien que «carece de percepción y sensibilidad espiritual» (Walvoord). En otras palabras, un hijo necio no solo es torpe y de entendimiento lento, sino que también carece de la perspicacia y sensibilidad espiritual para discernir la voluntad de Dios; en consecuencia, vive según sus propios caprichos y comete actos vergonzosos. Así, se convierte en una fuente de pesar y dolor para sus padres.

Amigos, si tuviéramos hijos que actuaran de manera vergonzosa, causándonos tal pesar y dolor, ¿podríamos realmente hallar alegría en la vida? Debemos criar bien a nuestros hijos, ayudándoles a convertirse en hijos sabios de Dios. Para lograrlo, creo que nosotros, como padres, debemos cumplir fielmente al menos tres responsabilidades. Espero que, al hacerlo, podamos aplicar estos mismos principios a la crianza de nuestros hijos: (1) Debemos prestar mucha atención a la Palabra de Dios (16:20). En otras palabras, debemos centrar nuestra atención en la Palabra de Dios. Debemos meditar en ella día y noche y obedecer la voz de Dios que nos habla a través de ella. Debemos recibir los mandamientos de Dios como lo hacen los sabios (10:8). Debemos aceptar la instrucción y la enseñanza mediante la Palabra de Dios. Entonces... ...nos volveremos sabios (9:9). (2) Debemos andar con los sabios. Miren Proverbios 13:20: «El que anda con sabios será sabio, pero el compañero de los necios sufrirá daño». No debemos asociarnos con necios. La Biblia nos dice en Proverbios 14:7 que nos alejemos de la presencia del necio. ¿Cuál es la razón? Que no hay conocimiento en los labios del necio (v. 7). Si nos asociamos con un necio en lugar de apartarnos de él, sufriremos daño (o dolor). Más bien, debemos andar con los sabios. ¿Por qué? Porque cuando andamos con los sabios, adquirimos sabiduría (13:20). (3) Debemos pedirle sabiduría a Dios. Observemos Santiago 1:5: «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada».

A medida que, al meditar en la Palabra, nos damos cuenta de que carecemos de sabiduría, debemos pedírsela a Dios con mayor insistencia.

En segundo lugar, al criar a nuestros hijos, los padres debemos enseñarles a vivir rectamente por la gracia de Dios.

Consideremos Proverbios 17:6: «Corona de los viejos son los nietos, y la gloria de los hijos, sus padres». En un sentido estricto, la frase «corona de los viejos son los nietos» implica que los nietos aportan alegría y dignidad a sus abuelos (Walvoord). Sin embargo, bajo una interpretación más amplia, sugiere que los descendientes sirven como corona para sus antepasados, lo cual implica la transmisión continua de un legado espiritual. Así, esto significa que la fe y la influencia piadosa de los antepasados —manifestadas a través del amor y el respeto mutuos en el seno familiar— extienden su impacto a los hijos y a las generaciones futuras (MacArthur). En resumen, significa que cuando un hijo vive rectamente por la gracia de Dios, esto glorifica a su padre (Park Yun-sun). Además, implica que cuando los hijos y descendientes viven con rectitud por la gracia de Dios, esto honra a sus antepasados. Si nosotros —tras haber recorrido el camino correcto por la gracia de Dios durante toda nuestra vida— pudiéramos ver a nuestros hijos y descendientes transitar por esa misma senda de justicia antes de partir de este mundo en nuestra vejez (cf. 16:31), ¡qué fuente de alegría y gloria sería para nosotros! Por supuesto, reconozco la realidad de que la crianza de los hijos no siempre sigue los deseos de los padres. Sé que, por muy bien que demos ejemplo de fe e instruyamos a nuestros hijos en la Palabra de Dios, el resultado puede ser, aun así, que desobedezcan tanto a Dios como a sus padres. No obstante, si lo analizamos desde la perspectiva opuesta —al darnos cuenta de que, aunque nosotros como padres hayamos fallado en dar un ejemplo adecuado de fe o en instruir debidamente a nuestros hijos en la Palabra de Dios, ellos viven vidas rectas y llenas de fe—, ¿acaso no reconocemos que esto se debe enteramente a la gracia de Dios? El Dr. Park Yun-sun lo expresó de esta manera: «Lo que debemos tener presente aquí es que, aun cuando los padres enseñan bien a sus hijos, es solo mediante la gracia de Dios que los hijos llegan a

obedecer» (Park Yun-sun). Si, por la gracia de Dios, nuestros hijos siguen nuestro ejemplo y viven vidas rectas, ¡qué inmensa alegría y gloria nos reporta esto como padres! Si tú y yo tenemos —o tuvimos— padres que vivieron (o viven) vidas rectas por la gracia de Dios, entonces la última parte de Proverbios 17:6 nos dice que tales padres son la gloria de sus hijos. En otras palabras, nuestros hijos deberían sentirse orgullosos de unos padres así. ¿No es fascinante? El versículo 6 presenta tres generaciones: abuelo, padre y nieto. ¿No resulta interesante y verdaderamente precioso ver que el nieto es la alegría y la gloria del abuelo (su «corona»), mientras que el padre es motivo de orgullo para su hijo? La relación entre abuelo, padre e hijo (nieto) —en la que pueden ser fuente de alegría, gloria y orgullo mutuos— es verdaderamente hermosa y valiosa. Una familia en la que tres generaciones aman a Dios y viven rectamente por su gracia, hallando alegría, gloria y orgullo los unos en los otros... ¿no te gustaría construir una familia así? Para lograrlo, nosotros, como padres, debemos enseñar bien a nuestros hijos. Debemos criarlos adecuadamente mediante la instrucción y la amonestación del Señor (Efesios 6:4). En tercer lugar, al criar a nuestros hijos, debemos enseñarles a amar a sus amigos y a sus hermanos.

Observemos Proverbios 17:17: «En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia». Cuando nosotros, como padres, oramos por nuestros hijos, una de las cosas que a menudo pedimos es que conozcan buenos amigos. Los padres con hijos en edad escolar —yo incluido— oramos naturalmente para que Dios los guíe a encontrar no solo buenos maestros, sino también buenos amigos. Recuerdo haber orado por los estudiantes universitarios de nuestra iglesia; mientras pedía que conocieran buenos profesores, también oraba para que encontraran buenos compañeros de cuarto y amigos. La razón es que, al conocer amigos con una fe sólida, nuestros estudiantes pueden recibir una influencia positiva y ver crecer su propia fe. En la primera parte de Proverbios 17:17, el rey Salomón afirma que «en todo tiempo ama el amigo». ¿Qué significa esto? Significa que el amor de un amigo brilla con mayor intensidad no cuando las cosas van bien, sino cuando enfrentamos una crisis. David y Jonatán son un ejemplo perfecto de ello. En medio de la crisis en la que el rey Saúl buscaba matar a David, Jonatán amaba a David tan

profundamente que estaba dispuesto a arriesgar su propia vida por él. Observemos Proverbios 18:24: «El que tiene amigos poco fiables pronto se arruina, pero hay un amigo que se mantiene más unido que un hermano».

Amigos más cercanos que un hermano: ¡qué amigos tan valiosos son! Qué gran bendición sería para nuestros hijos tener amigos así. ¿No deberíamos enseñar a nuestros hijos el amor de Jesucristo —quien se convirtió en nuestro Amigo— para que ellos también puedan llegar a ser esa clase de amigos para los demás? Para lograrlo, debemos amar a nuestros hijos con el amor de Cristo. Debemos criar hijos que, habiendo recibido el amor de Cristo, sean capaces de compartir ese amor con sus amigos. Más allá de este tipo de amistad, también debemos enseñar a nuestros hijos el amor fraternal. La última parte del versículo 17 del pasaje de hoy afirma que "el hermano nace para el tiempo de adversidad". ¿Qué significa esto? Significa que "los hermanos de la misma sangre se ayudan voluntariamente unos a otros en tiempos de dificultad" (Park Yun-sun). Este pasaje nos enseña que, como padres, debemos criar hijos que compartan un vínculo de amor fraternal, ayudándose mutuamente de buena voluntad cuando los tiempos son difíciles. Si bien es maravilloso que los hermanos se amen y se ayuden cuando todo marcha bien, es verdaderamente valioso cuando se ayudan voluntariamente en momentos de adversidad y dificultad. ¿Cómo podemos enseñar este tipo de amor a nuestros hijos? Creo que podemos enseñarles el amor fraternal demostrándolo nosotros mismos: amándonos y ayudándonos mutuamente como pareja en tiempos de crisis. Además, debemos orar para que lleguen a comprender el amor de Dios de manera más profunda, amplia y abundante.

Quisiera concluir esta reflexión. Hoy, centrándonos en Proverbios 17:2, hemos aprendido tres lecciones sobre cómo criar a nuestros hijos: (1) Debemos criar a nuestros hijos para que sean hijos sabios de Dios. (2) Debemos instruir a nuestros hijos para que vivan rectamente mediante la gracia de Dios. (3) Como padres, debemos enseñar a nuestros hijos a amar a sus amigos y a sus hermanos. Es mi esperanza que, al obedecer esta Palabra, todos

nosotros —usted y yo— podamos enseñar y criar eficazmente a los hijos que se nos han confiado conforme a los principios de la Palabra de Dios, dando así gloria a Dios.

El Dios que refina el corazón

[Proverbios 17:3-5, 7-8, 20, 23]

Durante la reunión de oración de la madrugada del martes, meditamos en la Palabra de Dios, centrándonos en Isaías 41:10: «No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con la diestra de mi justicia». Al meditar en este pasaje, comprendí que, en lugar de orar simplemente para evitar situaciones aterradoras, los cristianos debemos pedirle a Dios la fe para confiar plenamente en Él —Aquel que está con nosotros y realmente nos ayuda—, incluso cuando nos encontramos en tales circunstancias. Hay dos razones para ello: en primer lugar, afrontar situaciones aterradoras nos permite reconocer las deficiencias de nuestra fe; y en segundo lugar, a través de estas situaciones, somos refinados y crecemos en una fe que confía más profundamente en Dios. ¿Deseas que tu fe y tu vida espiritual sean refinadas a través de las situaciones aterradoras, las adversidades y las crisis que enfrentas?

Al observar el texto de hoy, Proverbios 17:3, la Biblia afirma: «El crisol para la plata y el horno para el oro, pero el Señor prueba el corazón». ¿Cómo refina Dios, entonces, nuestros corazones? Consideremos tres formas basadas en el pasaje de Proverbios 17 y recibamos las lecciones que Dios nos ofrece:

En primer lugar, Dios refina nuestros corazones a través de aquellos que dicen mentiras.

Observemos Proverbios 17:4: «El malhechor presta oído a los labios inicuos; el mentiroso presta mucha atención a la lengua maliciosa». El rasgo común que comparten el

«malhechor» y el «mentiroso» es que ambos prestan oídos con demasiada facilidad a palabras inicuas y maliciosas. Aquí, el término «palabras inicuas» se refiere a expresiones —ya sean chismes susurrados, planes maliciosos, mentiras o calumnias— destinadas a arruinar y destruir a otros (Walvoord). Tales malhechores y mentirosos terminan pecando contra Dios al pronunciar estas palabras inicuas con sus propios labios. Un ejemplo destacado es el pecado cometido por Amnón, hijo de David, tras seguir el consejo de su amigo Jonadab (Park Yun-sun). Cuando Amnón enfermó de mal de amores por Tamar —la hermosa hermana virgen de Absalón—, Jonadab, el astuto hijo de Simea (hermano de David), le aconsejó lo siguiente (2 Samuel 13:1–3): «Acuéstate en tu cama y finge estar enfermo. Cuando tu padre venga a verte, dile: "Por favor, deja que mi hermana Tamar venga y me prepare algo de comer; que lo prepare ante mis ojos y me dé de comer con su propia mano"» (v. 5). Amnón siguió este consejo y fingió estar enfermo en cama; cuando el rey David fue a visitarlo, Amnón pidió que su hermana Tamar viniera a preparar un par de tortas en su presencia y se las diera a comer con la mano (v. 6). El rey David accedió a la petición, y Tamar fue a casa de su hermano Amnón para preparar las tortas, solo para ser violada por él (v. 14). Otro ejemplo es el hecho de que los judíos hicieron caso a las palabras de falsos profetas (Isaías 30:9-11; Jeremías 38:1-6) (Park Yun-sun). Mientras los falsos profetas prometían paz al pueblo de Israel, el profeta Jeremías profetizó acertadamente que Israel caería en manos del ejército babilónico (Jeremías 38:3). ¿Por qué escucharon los judíos a los falsos profetas en lugar de al veraz profeta Jeremías? Porque el pueblo judío era «un pueblo rebelde, hijos mentirosos, hijos que no quieren oír la ley del SEÑOR» (Isaías 30:9). Por ello, decían a los verdaderos profetas: «No nos mostréis lo que es recto; habladnos cosas halagüeñas; profetizad engaños» (versículo 10).

Amados, en Mateo 24:24, Jesús habló sobre las señales del fin de los tiempos: «Se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y mostrarán grandes señales y prodigios para engañar, si fuera posible, aun a los escogidos». Estos falsos cristos y falsos profetas están actualmente vomitando innumerables mentiras (Proverbios 14:5). Como falsos testigos, pronuncian mentiras en un intento de engañarnos incluso a nosotros: los cristianos que

hemos sido escogidos. ¿Por qué vomitan tales mentiras? Observemos el texto de hoy, Proverbios 17:20: «El de corazón perverso no halla el bien, y el de lengua engañosa cae en el mal». La razón es que poseen corazones engañosos. En otras palabras, sus corazones son perversos. Dado que los corazones de los falsos testigos son engañosos, de sus labios brotan inevitablemente mentiras. Satanás —el mentiroso y padre de la mentira (Juan 8:44)— utiliza actualmente a falsos testigos para esparcir mentiras, buscando no solo engañarnos a los cristianos, sino también arruinar y destruir nuestras almas. Ya está utilizando a mentirosos para engañar a los líderes de la iglesia, llevándolos a pecar contra Dios. Consideremos Proverbios 17:7: «No conviene al necio el lenguaje arrogante; ¡cuánto menos a un noble los labios mentirosos!». El Dr. Park Yun-sun comentó al respecto: «Aquí, el "noble" se refiere a un líder (Prov. 8:16). Un líder es alguien que goza de la confianza y el respeto de muchas personas; por tanto, la veracidad es su cualidad más esencial. Sin embargo, si cae en la corrupción y recurre a la mentira, traiciona las expectativas de muchos. En consecuencia, hace tropezar a otros» (Park Yun-sun). ¿Cuántos creyentes tropiezan hoy a causa de los líderes de nuestras iglesias? ¿Cuántos líderes mienten y actúan con engaño para ocultar la verdad? ¿Acaso no proclaman una vida falsa, una fe falsa y un evangelio falso? ¿Por qué Dios, en su soberanía, permite que los mentirosos nos engañen? La razón es que, como se afirma en el pasaje de hoy (Proverbios 17:3), Dios está refinando nuestros corazones. Dicho de otro modo, Dios utiliza a estos mentirosos para purgar de nuestros corazones la falsedad, esa impureza que llevamos dentro. Así como el crisol refina la plata y el horno purifica el oro —separando las impurezas—, Dios utiliza las pruebas y el sufrimiento, a menudo causados por mentirosos, para limpiar las impurezas y falsedades de nuestros corazones y despojar a nuestra fe de las mentiras que se le han adherido. De este modo, Dios nos libera mediante la verdad (Juan 8:32) y nos guía a obedecerla, purificando así nuestras almas para que podamos amar a nuestros hermanos sin hipocresía (1 Pedro 1:22). Además, Dios nos constituye en verdaderos testigos de Jesucristo —fortalecidos por corazones sinceros y un amor genuino— para salvar vidas humanas (Proverbios 14:25).

En segundo lugar, Dios refina nuestros corazones a través de la calamidad.

Consideremos Proverbios 17:5: «El que se burla del pobre afrenta a su Hacedor; el que se alegra de la calamidad no quedará sin castigo». Como hemos reflexionado anteriormente en Proverbios 14:21 y 31, la Biblia declara que «el que tiene misericordia de los pobres es bienaventurado» (v. 21) y que «el que tiene misericordia del necesitado, honra a Él [al Señor]» (v. 31). Sin embargo, las Escrituras afirman que quien viola esta enseñanza burlándose del pobre está, en efecto, menospreciando al Señor que lo creó. También advierten que aquellos que se alegran ante la calamidad ajena no escaparán del castigo. De hecho, Proverbios 24:17 dice: «No te alegres cuando caiga tu enemigo, y no se regocije tu corazón cuando tropiece». ¿No es esta acaso la esencia de amar al prójimo —e incluso al enemigo—? Mientras meditaba en este versículo, se me ocurrió que Dios utiliza los tiempos de carencia —la pobreza y la indigencia— para refinar nuestros corazones. Entonces reflexioné sobre Proverbios 17:5 en relación con dicha carencia y calamidad. Lo hice porque, durante el servicio de oración de la madrugada del miércoles de la semana anterior a la última, había meditado en Eclesiastés 5:13–16, pasaje que habla de una persona desafortunada que perdió toda su riqueza debido a un «desastre». En otras palabras, por mucha riqueza o abundancia que poseamos, nosotros —al igual que Job— podemos vernos repentinamente pobres y desamparados si sufrimos una calamidad. Además, Dios utiliza la indigencia resultante de tales desastres para refinar nuestros corazones. ¿Cómo, entonces, refina Dios nuestros corazones a través de la carencia? Observemos Deuteronomio 8:3: «Te humilló, te hizo pasar hambre y te sustentó con maná, comida que ni tú ni tus padres conocían, para hacerte saber que no solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor». La Biblia nos dice que Dios hace que sintamos hambre para que comprendamos que vivimos de toda palabra que sale de su boca. ¿Por qué permite Dios que experimentemos carencias? Dios, que purifica nuestros corazones, desea que reconozcamos en lo más profundo de nuestro ser que vivimos únicamente de la Palabra de Dios. Dado que una vida vivida solo según la Palabra de Dios implica amar al prójimo por amor a Dios, Él desea que amemos a los pobres e incluso a nuestros enemigos. Para infundir

en nosotros este espíritu de amor al prójimo, Dios purifica nuestros corazones, incluso a través de la adversidad.

Por último, el tercer punto es que Dios refina nuestros corazones en lo que respecta a los sobornos.

Observemos Proverbios 17:8: «Como piedra preciosa es el soborno para quien lo ofrece; dondequiera que se vuelve, prospera». ¿Qué es, entonces, un «soborno»? Un sitio web bíblico lo define como «riqueza ilícita entregada para obtener un beneficio personal». La Ley de Moisés prohibía estrictamente aceptar sobornos (Éxodo 23:8). Dado que Dios mismo no acepta sobornos (Deuteronomio 10:17; 2 Crónicas 19:7), a su pueblo también se le prohibía recibirlos. El autor de Eclesiastés señaló que el soborno corrompe el discernimiento de la persona (Eclesiastés 7:7). Estaba especialmente prohibido para los jueces (2 Crónicas 19:7), ya que los sobornos inevitablemente pervierten la justicia (1 Samuel 8:3; Proverbios 17:23). Veamos Proverbios 17:23: «El malvado acepta sobornos en secreto para pervertir el curso de la justicia». Así, Proverbios 15:27 afirma: «El codicioso de ganancias acarrea problemas a su propia casa, pero el que aborrece los sobornos vivirá». Personalmente, cuando pienso en «sobornos», recuerdo a los políticos que aparecen con frecuencia en las noticias de Corea, investigados por la fiscalía por haberlos aceptado. Ver a tantos políticos ir a la cárcel por soborno —y luego presenciar cómo otros son investigados por el mismo delito— me hace preguntarme por qué lo hacen. La causa raíz, como sugiere Proverbios 15:27, es la codicia de ganancias. Las Escrituras nos dicen que, para quien acepta un soborno, este parece una piedra preciosa —que aparentemente satisface su codicia y lo impulsa a esforzarse por cumplir la petición—, pero el resultado final es que lo conduce por un camino equivocado (Job 36:18) (Park Yun-sun).

Amados, ¿cómo refina Dios nuestros corazones a través de estos sobornos? Dios nos enseña sobre la justicia en nuestro interior mediante el tema de los sobornos. Él desea que, teniendo un corazón justo, practiquemos la justicia en este mundo injusto. Además, Dios

nos lleva a comprender que no son los sobornos los que traen la verdadera prosperidad, sino la presencia de Dios con nosotros. Dios refina nuestros corazones a través de este asunto porque desea concedernos alegría en el corazón. Observemos Proverbios 17:22: «El corazón alegre es buena medicina, pero el espíritu quebrantado seca los huesos». Aunque un soborno pueda parecer inicialmente una piedra preciosa para quien lo recibe, a la larga causa angustia en su espíritu debido a la codicia que conlleva. Finalmente, el soborno se convierte en una fuente de ansiedad, y esa ansiedad destruye el alma (Mateo 13:22) (Park Yun-sun). Sin embargo, aquellos que resisten la tentación de la codicia y hallan contentamiento únicamente en el Señor experimentan alegría en sus corazones. Los cristianos que valoran la presencia de Dios como una piedra preciosa también encuentran alegría en su interior. Y hay alegría en los corazones de los cristianos que practican la justicia mientras caminan en la presencia de Dios. Es para otorgarnos esta alegría del corazón que Dios nos refina mediante la prueba de los sobornos.

Concluiré ahora esta meditación sobre la Palabra. Cuando los cristianos pensamos en ser «refinados» o «probados», a menudo nos viene a la mente Job 23:10: «Mas Él conoce el camino que tomo; cuando me haya probado, saldré como oro». Consideremos la inmensa calamidad y el sufrimiento que soportó Job; aun así, se aferró a la convicción de que, tras ser refinado por Dios, saldría como oro puro. Hoy, centrándonos en Proverbios 17:3, hemos aprendido acerca de cómo Dios refina nuestros corazones. Dios refina nuestros corazones frente a los «mentirosos», eliminando la impureza de la falsedad para que podamos amar al Señor con un corazón sincero. A través de la calamidad, Él nos enseña a vivir en este mundo basándonos únicamente en la palabra que sale de su boca; mediante el asunto de los sobornos, refina nuestros corazones para que comprendamos que la presencia de Dios con nosotros es el verdadero secreto de la prosperidad. Así, hemos aprendido que Dios nos capacita para vivir con justicia y rectitud en este mundo injusto. Oro en el nombre de Jesús para que pongamos en práctica estas lecciones siempre que nos encontremos con mentirosos, calamidades o sobornos en nuestro camino de fe, y para que todos recibamos la bendición de ver nuestros corazones refinados por Dios.

La persona malvada que solo busca la rebelión

[Proverbios 17:11-13]

¿Ha oído hablar alguna vez del "Trastorno Negativista Desafiante" (TND)? Según la Academia Estadounidense de Psiquiatría Infantil y Adolescente, los niños con este trastorno muestran un patrón persistente de actitudes hostiles y falta de cooperación hacia las figuras de autoridad. Se dice que los síntomas del TND incluyen los siguientes: (1) rabietas frecuentes; (2) discusiones excesivas o desafío a los adultos; (3) resistencia activa o negativa a cumplir las peticiones o normas de los adultos; (4) provocar deliberadamente la molestia o el enojo de los demás; (5) culpar a otros de los propios errores o de la mala conducta; (6) irritarse o molestarse fácilmente por la actitud de los demás; (7) enojo frecuente y rencor; (8) uso de lenguaje grosero o desagradable al estar enfadado; y (9) búsqueda de venganza (Internet).

En el pasaje de hoy, Proverbios 17:11, la Biblia afirma que "el hombre rebelde solo busca el mal". Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar sobre la lección que Dios nos da bajo el título: "La persona malvada que solo busca la rebelión". ¿Qué es, entonces, la "rebelión"? La rebelión se refiere a un acto o estado de desobediencia, oposición o resistencia hacia alguien que tiene autoridad (Swanson). Al pensar en personas que han desobedecido, se han opuesto o han resistido a figuras de autoridad de esta manera, ¿quién le viene a la mente? A mí me viene a la memoria el pueblo de Israel. Observemos Deuteronomio 31:27: "Porque yo conozco vuestra rebelión y vuestra dura cerviz. Si hoy, estando yo todavía vivo y con vosotros, habéis sido rebeldes contra el Señor, ¡cuánto más lo seréis después de mi muerte!". Estas palabras fueron pronunciadas por Moisés —a los 120 años de edad, tras haber terminado de escribir las palabras de la ley que había entregado a

todo Israel (versículos 1-2, 24)— ante los levitas que portaban el Arca del Pacto; las dijo sabiendo que el pueblo de Israel, que se había rebelado repetidamente contra Dios, se rebelaría aún más tras su muerte. ¿Cómo lo sabía Moisés? Observemos Deuteronomio 31:16: «Y el Señor dijo a Moisés: "He aquí, tú vas a dormir con tus padres; y este pueblo se levantará y se prostituirá tras los dioses extranjeros de la tierra adonde va para estar entre ellos, y me abandonará y quebrantará mi pacto que he hecho con ellos"». Moisés sabía esto porque Dios, al anunciar su muerte inminente, le había revelado que, una vez que los israelitas entraran en la Tierra Prometida de Canaán, codiciarían los dioses extranjeros de aquella tierra, abandonarían a Dios y quebrantarían el pacto que Él había establecido con ellos. Imagínese: durante los cuarenta años que guio a los israelitas por el desierto, ¿cuántas veces presenció Moisés su rebelión contra Dios? Por eso Moisés dijo: «Conozco vuestra rebelión y vuestra dura cerviz» (versículo 27). El pueblo de Israel —rebelde y de dura cerviz, que desafiaba repetidamente a Dios— puede describirse como el «hombre malo» mencionado en el pasaje de hoy, Proverbios 17:11, quien solo busca rebelarse. Respecto a la persona malvada empeñada únicamente en rebelarse contra Dios, el pasaje de hoy —Proverbios 17:11–13— nos ofrece tres lecciones clave (Swanson):

En primer lugar, la persona malvada empeñada únicamente en la rebelión enfrentará inevitablemente el desastre.

Observemos Proverbios 17:11: «El hombre malo solo busca la rebelión; por tanto, un mensajero cruel será enviado contra él». La Biblia afirma que se enviará un mensajero cruel a la persona malvada empeñada en la rebelión. En otras palabras, Dios enviará a su mensajero a quien persiste en la rebelión para provocar el desastre. ¿Por qué envía Dios un mensajero para infligir el desastre? Porque Dios es un Dios justo, y quien se empeña en la rebelión desafía repetidamente la palabra de Dios. Debido a que tal persona se niega a aceptar la reprensión de Dios mientras persiste en la rebelión, inevitablemente enfrenta el juicio del Dios justo (Walvoord). ¿Por qué rechazan la reprensión de Dios aquellos empeñados en la rebelión? Porque son necios. Proverbios 17:20 nos dice que tal persona

tiene un corazón perverso y una lengua retorcida, y por ello está destinada a caer en el desastre. Amados, nuestro Dios es un Dios justo. Si bien existe una buena recompensa para los justos, hay desastre para los impíos (o pecadores) (13:21). Por lo tanto, es natural que Dios traiga desastre sobre aquel que persiste en la rebelión. Ese desastre es el justo juicio de Dios. Si enfrentamos el juicio (o castigo) de Dios por habernos rebelado contra Él, no debemos seguir endureciendo nuestros corazones (28:14). En cambio, debemos confesar nuestros pecados y arrepentirnos. No debemos desafiar más a Dios, sino obedecer Su palabra. Cuando enfrentamos el desastre, debemos acudir al Señor, quien es nuestro refugio (Jeremías 17:17). Y debemos confiar en el Señor (2 Samuel 22:19).

En segundo lugar, una persona malvada que solo busca rebelarse es alguien peligroso que causa daño a los demás.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 17:12: «Mejor es encontrarse con una osa a la que han quitado sus crías que con un necio en su necedad». ¿Qué nos sucedería si nos encontráramos con una osa a la que le han arrebatado sus crías? Miremos Oseas 13:8: «Los atacaré como una osa a la que han quitado sus crías; les desgarraré el pecho y allí los devoraré como una leona; como una fiera salvaje los despedazará». ¡Qué aterradoras son estas palabras de Dios! ¡Qué sobrecogedor resulta que Dios hable de salir al encuentro del pueblo de Israel como una osa a la que han quitado sus crías, desgarrándoles el corazón y devorándolos! Sin embargo, la Biblia nos dice que es mejor encontrarse con tal osa que con un necio actuando en su necedad. Esto implica que un necio es más peligroso que una osa a la que han arrebatado sus crías. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede un necio ser más peligroso que semejante animal? Según el pastor John MacArthur, la razón es que una persona necia es menos racional que una osa salvaje cuando está enfurecida.

¿Puede imaginarlo? ¿Puede visualizar a un necio estallando irracionalmente en una ira repentina? (Proverbios 12:16). Si bien un necio puede, en efecto, mostrar una ira irracional e instantánea, también puede albergar resentimiento alimentado por pensamientos

retorcidos durante mucho tiempo, llegando incluso a matar al objeto de su furia. Un ejemplo destacado es Absalón, hijo de David, cuya historia se relata en 2 Samuel 13 del Antiguo Testamento; él alimentó su ira durante dos años con la intención de matar a Amnón, quien había violado a su hermana. Cuando una persona alberga ira durante un periodo tan prolongado, inevitablemente incurre en pecado (Park Yun-sun). Por esta razón, Proverbios 27:3 afirma: «Pesada es la piedra y gravosa la arena, pero la ira del necio pesa más que ambas». ¿Qué significa esto? Significa que quien alberga ira hace que la vida de los demás sea desagradable e insoportable durante mucho tiempo. Esto es especialmente cierto en el caso de la ira del necio (Park Yun-sun). Por tanto, no debemos relacionarnos con un necio propenso a la ira; de hecho, debemos evitar por completo acercarnos a tal persona. La razón es que el necio encuentra placer en hacer el mal (10:23). Además, el necio que se deleita en la maldad es alguien empeñado únicamente en rebelarse contra la palabra de Dios. Dado que tal persona solo causa daño a los demás, no solo debemos evitar acercarnos a ella, sino también mantenernos totalmente alejados de ella.

En tercer lugar, la persona malvada que persiste en la rebelión acarrea desgracia sobre su familia.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 17:13: «Al que devuelve mal por bien, no se apartará el mal de su casa». Según el Dr. Park Yun-sun, pagar el bien con el mal es una característica de los rebeldes. Tal persona es peor que un buey o un asno (Isaías 1:3) y es, en realidad, alguien que alza el talón contra su señor (Salmo 41:9; Juan 13:18). Por ello, la Biblia declara que «no se apartará el mal de su casa». En otras palabras, Dios trae desgracia sobre el hogar del rebelde. La casa de David sirve como un claro ejemplo de esto. Debido a que David desobedeció la palabra de Dios y pecó contra Él, Dios profetizó: «...la espada nunca se apartará de tu casa» (2 Samuel 12:10). Tal como se profetizó, la desgracia cayó sobre la casa de David; hubo el incesto cometido por su hijo Amnón (13:1–19), seguido por la sangrienta venganza de Absalón (versículos 20–29).

¿Cómo reaccionaría usted si tal desgracia golpeara a su familia? ¿Puede imaginarlo? Por supuesto, nuestras reacciones inmediatas variarían, desde la sorpresa y el impacto hasta el dolor, la tristeza y el miedo. Sin embargo, incluso en medio de tales tragedias familiares, debemos aprovechar la oportunidad para confesar los pecados de nuestra familia y arrepentirnos. Debemos confesar y arrepentirnos del pecado de rebelión: de desafiar a Dios y desobedecer Su palabra. Al hacerlo, debemos comprometernos ante Dios a obedecer Su palabra. Esa dedicación debe ir acompañada de la obediencia de «pagar el mal con el bien». Observemos 1 Pedro 3:9: «No devuelvan mal por mal ni insulto por insulto; al contrario, devuelvan bien por mal, pues para esto fueron llamados, para que hereden una bendición». Por supuesto, no todas las calamidades familiares provienen de nuestros propios pecados. No obstante, en tales momentos, debemos ver la desgracia como una oportunidad para que nuestra familia sea refinada mientras soportamos y perseveramos en la fe.

Quisiera concluir esta reflexión. El Salmo 78:40–41 describe a los israelitas durante el Éxodo: «¡Cuántas veces se rebelaron contra Él en el desierto y lo afligieron en el yermo! Una y otra vez pusieron a prueba a Dios; provocaron al Santo de Israel». Creo que esto no solo refleja la actitud de los israelitas, sino también la nuestra como cristianos. Al igual que ellos, continuamente nos rebelamos contra Dios, lo afligimos y lo provocamos al ponerlo a prueba una y otra vez. Ya no debemos rebelarnos contra Dios. No debemos persistir en actos de rebelión. No debemos seguir siendo personas que hacen daño a los demás. Si vivimos en rebelión contra Dios y causando daño al prójimo, sin duda nos sobrevendrá una desgracia. Por el contrario, debemos esforzarnos por obedecer a Dios con humildad, tal como lo hizo Jesús. Por ello, oro para que todos lleguemos a ser personas que cumplen la voluntad de Dios y le agradan.

Cosas que Dios aborrece y cosas que no son buenas ante sus ojos

[Proverbios 17:15 y 26]

Es probable que haya escuchado la noticia la semana pasada: el veredicto del jurado en el primer juicio del caso de infracción de patentes entre Samsung Electronics y Apple en Estados Unidos resultó en una victoria aplastante para Apple. El jurado determinó que Samsung había infringido las patentes de Apple y otorgó una indemnización por daños que ascendía a un total de 1.049.343.540 dólares. Tras este veredicto, Samsung Electronics vio cómo su capitalización bursátil se desplomaba, perdiendo 13,9935 billones de wones en un solo día. Este caso captó mi atención y seguí las noticias en línea; al ver el desenlace, siento curiosidad por saber cómo evolucionará la situación a partir de ahora. Me pregunto qué dictaminará el juez —de origen coreano-estadounidense— basándose en el veredicto del jurado y, en caso de que falle a favor de Apple, cuál podría ser el resultado si Samsung apela la decisión. En medio de todo esto, mantengo la firme convicción de que un juez debe emitir un veredicto correcto y conforme a la ley. Dado que el caso se saldó con una victoria para Samsung en los tribunales coreanos pero con una victoria para Apple en los estadounidenses, resulta difícil comprender plenamente cómo los sistemas judiciales de ambos países pudieron llegar a conclusiones tan divergentes sobre un mismo asunto. Un artículo en línea sugería que una de las razones clave de esta discrepancia radica en el sentir público. En Corea, por ejemplo, existe un fuerte deseo colectivo de proteger a Samsung —la empresa insignia de la nación—, impulsado por la idea de que "si Samsung fracasa, Corea del Sur fracasa"; algunos consideran que este factor influyó en la situación. Respecto a lo ocurrido en Estados Unidos, un artículo titulado "Samsung y Apple perdieron ante el

patriotismo estadounidense, no entre sí" analizaba el veredicto como consecuencia del "proteccionismo estadounidense y las limitaciones de un sistema de jurado susceptible a influencias emocionales".

Los sistemas judiciales de este mundo son inevitablemente imperfectos porque los seres humanos mismos somos imperfectos. En consecuencia, es inevitable que se produzcan veredictos injustos en los juicios terrenales, lo que permite racionalizar acciones que no son justas. Sin embargo, tal injusticia y falta de equidad no pueden existir en el Reino de Dios, pues Él es un Dios justo y el Juez perfecto. En el pasaje de hoy —Proverbios 17:15 y 26—, Dios habla a través del rey Salomón, autor de Proverbios, sobre cosas que Él aborrece y cosas que considera que no son buenas. Al meditar hoy en estos dos puntos, oro para que aceptemos las lecciones que Dios nos ofrece y las obedezcamos.

En primer lugar, ¿cuáles son las cosas que Dios aborrece?

Observemos Proverbios 17:15: «Justificar al impío y condenar al justo: ambas cosas son abominación al Señor». Al considerar lo que Dios aborrece, debemos recordar las enseñanzas sobre las que meditamos anteriormente en Proverbios 15:8-33. Allí aprendimos que las tres cosas que Dios aborrece son «el sacrificio de los impíos» (versículo 8), «el camino del impío» (versículo 9) y «los pensamientos malvados» (versículo 26). Aquí, «el sacrificio de los impíos» se refiere a una ofrenda hecha por alguien que externamente presenta un sacrificio a Dios mientras alberga maldad en su corazón. Un ejemplo claro de esto se encuentra en los sacrificios ofrecidos por los israelitas durante la época del Antiguo Testamento; aunque honraban a Dios con sus labios, sus corazones estaban muy alejados de Él. El «camino del impío» se refiere a una vida en la que alguien puede afirmar obedecer a Dios con sus labios pero, en la práctica, abandona Su palabra y vive en desobediencia. Una razón para esto es la presencia de codicia en el corazón (versículo 27). Además, los «pensamientos malvados» que Dios aborrece —tramas maliciosas (6:18)— se refieren a explotar la propiedad de otra persona mediante medios deshonestos por deseo de lucro. En

el pasaje de hoy, Proverbios 17:15, el rey Salomón identifica otros dos tipos de personas a quienes Dios aborrece: aquellos que declaran justo al impío y aquellos que declaran impío al justo. Esto significa que Dios aborrece los juicios injustos emitidos por un juez parcial.

Creo que el mejor ejemplo bíblico de esto es el juicio de Jesús. El veredicto que liberó a Barrabás —un ladrón homicida— mientras condenaba a muerte a Jesús, quien no tenía pecado, es precisamente el tipo de juicio injusto que Dios aborrece. Piénselo bien: ¿cómo pudo emitirse un juicio que dejaba libre a un ladrón homicida como si fuera inocente, mientras condenaba a muerte por crucifixión a Jesús, que era sin pecado? ¿Dónde más se puede encontrar un veredicto tan injusto? No podemos aprobar tal fallo, ni sentir simpatía por quien lo emite. ¿Cuánto más, entonces, le desagradará a Dios —que es perfectamente justo— un juez que dicta sentencias tan injustas? El pasaje de hoy, Proverbios 17:15, declara que tal persona es detestada por Dios. La pregunta, pues, es por qué alguien así emite juicios injustos. ¿Por qué un juez inicuo dicta un veredicto injusto? Proverbios 17:23 ofrece una razón: «El hombre malvado acepta sobornos ocultos para pervertir los caminos de la justicia». Un juez injusto pervierte la justicia y dicta un fallo injusto porque acepta un soborno. Consideremos Isaías 5:23: «Absuelven al culpable a cambio de un soborno y privan al inocente de sus derechos». El profeta Isaías también afirma que es debido a los sobornos que se priva de justicia al inocente y se declara justo al malvado.

El mundo en que vivimos es injusto. Ya sea en los tiempos del Antiguo Testamento o en la actualidad, muchas personas permiten que su juicio se vea nublado por los sobornos, pervirtiendo así la justicia. Privan de justicia al justo mientras declaran inocente al malvado. En consecuencia, surgen situaciones injustas en nuestro sistema judicial donde los malvados cometen delitos y quedan libres, mientras que los justos son incriminados y encarcelados injustamente. Es, verdaderamente, un mundo injusto. ¿Cómo debemos vivir, entonces, en un mundo así? En una lista de diez consejos titulada «Algunas reglas que los niños no aprenderán en la escuela», el educador estadounidense Charles J. Sykes enunció la primera regla de la siguiente manera: «La vida no es justa; acostúmbrate a ello». En efecto,

como dice el dicho, la vida no es justa. La vida es injusta en todos los aspectos: desde el entorno familiar en la infancia hasta la apariencia física, la salud, el talento y la distribución de la buena y la mala fortuna. Sin embargo, lo que hace que el mundo sea verdaderamente injusto son las quejas humanas. En lugar de tener la voluntad o esforzarse por mejorar el mundo, una actitud de constante queja y resignación genera una injusticia aún mayor. Si deseamos hacer que el mundo sea aunque sea un poco más equitativo, primero debemos aceptar la realidad de su injusticia. Luego, debemos esforzarnos más por aportar justicia a este mundo injusto. Para canalizar nuestros esfuerzos de manera eficaz, primero debemos recurrir a los principios que se encuentran en la Biblia. Consideremos Proverbios 24:23, que dice: «...No es bueno mostrar parcialidad en el juicio». Los jueces cristianos, en particular, deben tener presente que actuar con parcialidad durante un juicio es incorrecto. Esto significa que un juez no debe mostrar favoritismo declarando «justa» (o «inocente») a una persona malvada. La Biblia advierte que tales acciones sin duda atraerán maldiciones del pueblo y provocarán su odio (versículo 24). Por el contrario, la Biblia nos instruye a no absolver al malvado, sino a declararlo culpable (versículo 25). En resumen, los jueces cristianos deben emitir fallos basados en la justicia y la rectitud. Cuando lo hacen, la Biblia promete que «hallarán alegría y recibirán una buena bendición» (versículo 25).

En segundo lugar, ¿qué se considera que no es bueno a los ojos de Dios?

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 17:26: «No es bueno castigar al justo, ni azotar a los nobles por su integridad». En resumen, lo que el rey Salomón describe aquí como algo que no es bueno ante Dios es la injusticia. Señala que las víctimas de esta injusticia son los justos y los nobles. En la sociedad moderna, a menudo escuchamos noticias sobre «prácticas laborales injustas». Una forma de dicha práctica injusta es el «trato desfavorable». Entre los ejemplos se incluyen el despido, la licencia forzosa, la suspensión y la reducción salarial, así como la reasignación a un puesto sin complementos o quedar en situación de espera. Por supuesto, la injusticia no se limita al ámbito laboral. En una época en la que la injusticia campa a sus anchas por la sociedad, los cristianos fieles que se esfuerzan por vivir

con honestidad y veracidad a menudo sufren graves perjuicios. La Biblia nos dice que esto no es bueno ante los ojos de Dios. Curiosamente, la frase «no es bueno» aparece otras tres veces en el libro de Proverbios, además del pasaje de hoy (Proverbios 17:26). Entre ellas, Proverbios 18:5 —«No es bueno mostrar parcialidad hacia el impío ni privar de justicia al justo en el juicio»— guarda semejanza con Proverbios 17:26 (los otros dos versículos son 19:2 y 25:27). Al resumir estos dos pasajes, podemos decir que lo que no es bueno ante Dios es castigar injustamente al justo y proteger al impío.

Entonces, ¿qué es bueno ante los ojos de Dios? Que un juez condene al impío y vindique al justo durante un juicio. Observemos Deuteronomio 25:1-3: «Si surge una disputa entre hombres y acuden a los tribunales, y los jueces deciden su caso, entonces declararán justo al justo y condenarán al impío. Y si el impío merece ser azotado, el juez hará que se tumbe y sea azotado en su presencia, según su culpa, con un número determinado de golpes. Podrá darle cuarenta golpes y no más, no sea que exceda este límite y lo azote con muchos más golpes, y tu hermano sea humillado ante tus ojos». Este pasaje habla de un juez que esclarece los hechos de una disputa y castiga al infractor con una azotaina. Sin embargo, incluso en este caso, el juez recibía instrucciones de administrar los golpes según la gravedad de la falta, pero sin exceder los cuarenta. La razón de esto era respetar la dignidad humana (Park Yun-sun). En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo recibió «cuarenta azotes menos uno» por parte de los judíos en cinco ocasiones distintas (2 Corintios 11:24). Sufrió estos castigos por causa del evangelio de Jesucristo y de la iglesia. Esto constituía un trato injusto infligido por los judíos; no era, en absoluto, algo bueno a los ojos de Dios. No debemos cometer actos que no sean buenos ante Dios; es decir, acciones injustas. Un artículo en línea señalaba que, para los cristianos, robar viola el octavo mandamiento; un principio ético cristiano fundamental es que no debemos tratar de poseer lo que no nos pertenece (Marcos 10:19; Romanos 13:9). Se describe como un acto de apropiación indebida e injusta: esencialmente, robar lo que pertenece a otros. Como nuevas criaturas en Cristo, los cristianos deben poner fin a tales prácticas deshonestas. No debemos buscar ganancias ilícitas en ningún ámbito de la vida, ya sea en la política, la economía o la

sociedad en general. Una persona nueva no debe ser ni quien proporciona ni quien recibe dinero ilícito. Solo así nuestra sociedad será más luminosa y limpia.

Quisiera concluir esta reflexión. Debemos aborrecer lo que Dios aborrece. Dios detesta a quienes declaran justo al impío o impío al justo. Abomina a los jueces injustos que dictan sentencias inicuas; por tanto, nosotros también debemos detestar a tales jueces. En resumen, debemos aborrecer la injusticia que Dios aborrece. Debemos rechazar la injusticia —actos que no son buenos a los ojos de Dios— y, en su lugar, buscar la justicia. Como ciudadanos del Reino de Dios, glorifiquémosle esforzándonos por la equidad y la justicia. Es mi oración que todos vivamos de esta manera.

El cristiano entendido

[Proverbios 17:27–28]

¿Qué cualidades y características se requieren para convertirse en un líder de primer nivel? Un artículo en línea que cita al Instituto de Investigación Económica LG hace referencia al libro *Lessons from the Top* (Lecciones desde la cima), de los expertos en liderazgo Tomas J. Neff y James M. Citrin; en él se describen 15 rasgos comunes compartidos por 50 líderes exitosos que llevaron a sus empresas a lo más alto. Cabe destacar que solo tres de estos 15 rasgos se relacionan con habilidades intelectuales o técnicas; la mayoría son actitudes o formas de fuerza de voluntad arraigadas en la «inteligencia emocional», una «habilidad blanda». Aquí, la inteligencia emocional se define como la capacidad de evaluar objetivamente las propias limitaciones y el potencial, gestionar las emociones de manera eficaz, comprender genuinamente a los demás desde su perspectiva y mantener relaciones positivas. ¿Por qué, entonces, la inteligencia emocional se está consolidando cada vez más como una cualidad esencial para los líderes, particularmente en el ámbito de la gestión empresarial? En primer lugar, los valores de los miembros de la organización están cambiando de manera rápida y diversa, a la par del entorno empresarial en constante evolución. En consecuencia, los líderes deben ser capaces de comprender y aceptar adecuadamente los diversos valores y perspectivas de los miembros de su equipo, así como de construir relaciones cercanas e interactivas con ellos. En otras palabras, deben ejercer un «liderazgo emocional» fundamentado en una alta inteligencia emocional. Solo así podrán satisfacer las necesidades de sus colaboradores y fomentar un sentido de satisfacción. Este enfoque permite a los miembros entregarse a su trabajo con pasión, impulsando en última instancia un alto rendimiento. Además, a nivel organizacional, el vínculo humano entre

líderes y subordinados —basado en el entendimiento y la consideración mutuos— sienta las bases para una cultura organizacional sólida y un entorno laboral donde las personas se sienten motivadas y entusiasmadas con su trabajo. El psicólogo Daniel Goleman publicó hallazgos de investigación que indican que la diferencia entre los líderes exitosos y los que no lo son radica más en la inteligencia emocional (IE) que en las habilidades técnicas o el coeficiente intelectual (CI). Él sugirió que el liderazgo eficaz surge cuando existe un equilibrio adecuado de aproximadamente un 80 % de inteligencia emocional y un 20 % de capacidad intelectual.

Sin embargo, sostengo una opinión ligeramente diferente a la de Daniel Goleman. Si bien es cierto que un liderazgo eficaz requiere una proporción de 80/20 entre inteligencia emocional y capacidad intelectual, considero que el componente intelectual del 20 % debe guiar al componente emocional del 80 %. En resumen, creo que el intelecto es más importante que la emoción para un liderazgo eficaz. La razón es que una emoción no fundamentada en el conocimiento puede ser peligrosa; en otras palabras, creo que la emoción debe ser guiada por el intelecto. Mi perspectiva se basa en Proverbios 19:2: «El deseo sin conocimiento no es bueno; ¡cuánto más se extraviarán los pies apresurados!».

Centrándome en el pasaje de hoy —Proverbios 17:27-28—, quisiera reflexionar sobre dos características de un «cristiano entendido»:

En primer lugar, un cristiano entendido ejerce moderación al hablar.

Observemos la primera parte de Proverbios 17:27: «El que tiene conocimiento refrena sus palabras…». El rey Salomón, autor de Proverbios, afirma que quienes poseen conocimiento son moderados con sus palabras; aquí, «ser moderado con las palabras» significa «refrenar la boca» (Brown). ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué las personas entendidas refrenan su habla? Podemos encontrar la respuesta en Proverbios 10:19: «Cuando hay muchas palabras, no falta la transgresión, pero el que refrena sus labios es prudente». Un cristiano con

conocimiento (o sabiduría) refrena su habla porque es difícil evitar la transgresión cuando se habla demasiado. En otras palabras, el exceso de palabras conduce inevitablemente a la transgresión (o al pecado). Sin embargo, el problema radica en que los pastores como yo, o los maestros que instruyen a otros en la Biblia, no podemos evitar hablar. ¿Cómo debemos manejar esto, entonces? Encontré la respuesta en Santiago 3:1-2: «No muchos de ustedes deberían hacerse maestros, hermanos míos, pues saben que nosotros, los que enseñamos, seremos juzgados con mayor rigor. Porque todos tropezamos de muchas maneras. Y si alguien no tropieza en lo que dice, es un hombre perfecto, capaz también de refrenar todo su cuerpo». Los pastores y maestros que instruyen a otros en las Escrituras deben hablar a menudo; no obstante, también deben esforzarse por ser perfectos, es decir, sin error en su habla. En resumen, debemos ser perfectos, tal como nuestro Padre celestial es perfecto (Mateo 5:48). Para alcanzar esa perfección de nuestro Padre celestial, debemos prestar atención a las palabras del apóstol Pablo en la primera parte de Romanos 2:21: «Tú, pues, que enseñas a otros, ¿no te enseñas a ti mismo?...». Quienes enseñamos la Biblia debemos instruirnos diligentemente a nosotros mismos antes de enseñar a los demás. Es cuando vivimos en obediencia a las enseñanzas recibidas que nos edificamos como personas íntegras. En medio de esta integridad, debemos esforzarnos por enseñar la Palabra de Dios asegurándonos de que nuestras palabras y acciones estén en consonancia. Entonces, ¿qué deben hacer aquellos que aprenden la Biblia de pastores o maestros de escuela dominical? Encontré la respuesta en Santiago 1:19: «Mis queridos hermanos y hermanas, tengan esto en cuenta: todos deben estar listos para escuchar, ser lentos para hablar y lentos para enojarse». En otras palabras, quienes aprenden la Biblia deben ser lentos para hablar y rápidos para escuchar; específicamente, rápidos para oír las palabras de Cristo (Romanos 10:17; Santiago 1:19). Solo así puede crecer nuestra fe.

Últimamente, al reflexionar sobre mí mismo y orar a Dios, he estado lidiando con ciertos asuntos; uno de ellos es el desafío de ser rápido para escuchar y lento para hablar. Es una lucha que recuerdo tener desde mi tercer año de universidad. Mientras servía en un grupo estudiantil cristiano, interactuaba con muchos compañeros creyentes, pero hubo muchas

ocasiones en las que herí los corazones de las personas con mis palabras. Angustiado por esto, regresaba a mi apartamento en el campus por la noche y pedía perdón a Dios por haber lastimado a personas concretas antes de dormir. Sin embargo, recuerdo haber fallado repetidamente en refrenar mi lengua; soltaba palabras precipitadamente, hiriendo sin querer los corazones de los demás. Proverbios 29:20 se refiere a este tipo de persona: «¿Ves a alguien que habla a la ligera? Hay más esperanza para un necio que para él». Por eso, a diferencia de cuando era estudiante universitario, ahora trato de hacer una pausa y reflexionar antes de hablar, en lugar de apresurarme; aunque admito que a menudo no logro alcanzar esta meta. No obstante, estoy decidido a no rendirme, sino a hablar con mayor cautela, usando menos palabras siempre que sea posible. También me propongo evitar el hábito de hablar mal de los demás (Proverbios 26:22). En particular, estoy decidido a no compartir las peticiones de oración que otros me confían sin su permiso, por muy estrecha que sea la relación. Además, me propongo ofrecer elogios con sinceridad, sin exageraciones ni excesos, y abstenerme estrictamente de criticar a los demás. Quiero mantener una perspectiva equilibrada: ser generoso con quienes me critican, al tiempo que practico una reflexión honesta y un examen crítico de mí mismo, en lugar de ser indulgente conmigo. Una cosa más: quiero aprender a guardar silencio cuando la situación lo requiera. Por favor, consideren el pasaje de hoy: Proverbios 17:28. Personalmente, este versículo me hace sonreír, aunque también siento cierto pesar por mi propia incapacidad para estar a su altura: «Hasta el necio pasa por sabio si guarda silencio; se le tiene por inteligente si cierra la boca».

En segundo lugar, un cristiano entendido es sereno.

Observemos la segunda parte de Proverbios 17:27 en el texto de hoy: «…el de espíritu sereno es hombre de entendimiento». Dicho de otro modo: «la persona que tiene entendimiento posee un espíritu sereno». Aquí, tener un «espíritu sereno» significa tener un temperamento tranquilo (Park Yun-sun). Existe una expresión común en inglés: *«Be cool!»*. Esto significa «¡Mantén la calma!». Aunque a menudo se utiliza para pedirle a alguien que está agitado que

se calme, el sentido literal de la frase empleada en Proverbios 17:27 —que alude a un espíritu fresco, sosegado o tranquilo— es «serenidad de espíritu» (Walvoord). Esto implica que una persona con entendimiento mantiene un espíritu sereno independientemente de la situación que enfrente. La versión *New International Version* (NIV) de la Biblia traduce esta cualidad como *even-tempered* (de temperamento equilibrado o sereno). Si bien este término denota una naturaleza tranquila, la palabra *temper* (temperamento) nos recuerda la tendencia a perder la calma o a enojarse con facilidad. En otras palabras, tener un temperamento equilibrado significa refrenar las emociones y responder con calma, incluso en situaciones que naturalmente provocarían ira. Por eso Proverbios 14:29 afirma: «El que tarda en airarse es grande de entendimiento; mas el que es impaciente de espíritu enaltece la necedad». ¿Qué significa esto? Significa que la persona que tarda en airarse (Santiago 1:19) posee gran entendimiento, mientras que aquella que se enoja rápidamente revela su propia insensatez. ¿Y nosotros? ¿Somos realmente personas de gran entendimiento o somos de los que pierden los estribos ante la menor provocación?

En nuestra meditación anterior sobre Proverbios 17:12, aprendimos esta enseñanza: «Mejor es encontrarse con una osa a la que han robado sus cachorros que con un necio en su necedad». En otras palabras, aprendimos que un necio es más peligroso que una osa privada de sus crías. ¿Por qué es un necio más peligroso que tal osa? La razón es que un necio es menos racional que una osa cuando esta se enfurece. Si un necio es menos racional que una osa enfurecida, ¿podríamos nosotros —tú y yo— responder realmente con calma si nos encontráramos con una persona así? Un cristiano entendido (sabio) sí puede hacerlo. Un cristiano de espíritu sereno puede responder con calma incluso ante una persona irracional. Esto se debe a que un cristiano que posee conocimiento sabe gobernar su propio corazón (Proverbios 16:32). Proverbios 16:32 dice: «Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad». Si estamos llenos del Espíritu Santo y nuestros corazones son gobernados por la Palabra de Dios, podemos ser tardos para la ira y dominar nuestro corazón. En consecuencia, podemos responder con calma ante cualquier situación.

Quisiera concluir esta reflexión sobre la Palabra. La época en que vivimos suele llamarse era posmoderna. Una de las características definitorias de esta era posmoderna es el «relativismo»; las personas no reconocen verdades, valores o normas objetivos y absolutos. Otra característica es el «emocionalismo»: el énfasis en la emoción por encima de la razón. La gente busca lo emocional y lo sensorial en todos los aspectos de la vida, dejándose gobernar por sus sentimientos y actuando o hablando según el vaivén de sus emociones. Esta tendencia también se manifiesta en nuestra vida de fe. En lugar de edificar nuestra fe sobre el fundamento de las Escrituras y la doctrina, a menudo damos prioridad a las experiencias, al misticismo o a los sentimientos; los elementos emocionales prevalecen en la adoración, la alabanza y la oración. Sin embargo, como aprendimos en el pasaje de hoy —Proverbios 17:27–28—, debemos ser cristianos caracterizados por el conocimiento y no por la mera emoción. Ser un cristiano que posee conocimiento, tal como se refleja en nuestra meditación sobre este pasaje, implica dos cosas: ejercer moderación al hablar y mantener la serenidad. En otras palabras, debemos refrenar nuestros labios, siendo tardos para hablar y cuidadosos con nuestras palabras. Nunca debemos dejarnos arrastrar por la emoción a hablar precipitadamente. Además, debemos mantener la calma; necesitamos cultivar un carácter sereno y sensato. Debemos saber refrenar nuestras emociones y responder con serenidad, incluso en situaciones que provocan ira. Así, a través de nuestra vida, debemos honrar al Señor Jesucristo. Que tú y yo vivamos una vida así... Espero que lleguen a ser personas así.

Aquel que rechaza toda verdadera sabiduría

[Proverbios 18:1–3]

Existe un dicho judío: "Quien carece de sabiduría, no tiene nada". A menudo pensamos que el pueblo judío es intrínsecamente inteligente. Sin embargo, es probable que no nazcan con un intelecto superior, sino que esto sea el resultado de haber aprendido desde temprana edad a utilizar su mente. "Utilizar la mente" aquí no se refiere simplemente a aprender datos, sino a aprender *cómo* adquirir conocimiento. En otras palabras, fueron criados para ser personas sabias. Por consiguiente, se dice que siempre han actuado teniendo la sabiduría como principio rector. Así, al hablar de la educación judía, no se puede pasar por alto el Talmud. El Talmud representa una recopilación de su sabiduría; lo estudian diligentemente para acumular conocimientos antes de sus ceremonias de mayoría de edad y continúan el proceso, que dura toda la vida, de compartir ese conocimiento con otros para seguir cultivando su sabiduría.

En el pasaje de hoy, Proverbios 18:1, la Biblia afirma: "El que se aísla busca su propio deseo; rechaza toda verdadera sabiduría". ¿Qué significa esto? El rey Salomón describe a una persona insensata que desprecia toda verdadera sabiduría (sabiduría perfecta y conocimiento genuino). Hoy, centrándome en este versículo y en el título "Aquel que rechaza toda verdadera sabiduría", quisiera reflexionar sobre tres puntos y recibir las lecciones que Dios tiene para nosotros.

En primer lugar, quien rechaza toda verdadera sabiduría sigue sus propios deseos.

Observemos Proverbios 18:1: "El que se aísla busca su propio deseo; rechaza toda verdadera sabiduría". Aquel que rechaza toda verdadera sabiduría se separa del grupo; en otras palabras, se aísla de sus amigos. ¿Por qué sucede esto? Porque tal persona es egoísta. Es tan egoísta que actúa con dureza incluso hacia sus amigos en aras de su propio interés, provocando que ellos se alejen de él. Un ejemplo de esto es Proverbios 16:28, sobre el cual ya hemos reflexionado anteriormente: "El hombre perverso provoca conflictos, y el chismoso separa a los amigos íntimos". Es decir, una persona que rechaza la verdadera sabiduría es lo suficientemente egoísta como para crear una brecha entre ella y sus amigos íntimos para su propio beneficio. ¿Cómo ocurre esto? Provoca tal división al hablar repetidamente de los defectos de sus amigos (17:9). Debemos tener esto presente: la persona que rechaza la verdadera sabiduría no carece totalmente de sabiduría. Si bien le falta la sabiduría verdadera, posee una sabiduría falsa. ¿En qué consiste esta sabiduría falsa? Es la sabiduría descrita en Santiago 3:14-15: una sabiduría terrenal, no espiritual y demoníaca (v. 15). Quienes poseen esta sabiduría terrenal albergan en sus corazones envidia amarga y ambición egoísta (v. 14). En consecuencia, quien rechaza la verdadera sabiduría se jacta y miente contra la verdad (v. 14). El resultado es que la comunidad se llena no solo de envidia y contiendas, sino también de desorden y de toda práctica malvada (v. 16). Sin embargo, el apóstol Santiago afirma en Santiago 3:17 que aquellos que aman la verdadera sabiduría —específicamente, la sabiduría que viene de lo alto— se caracterizan por la pureza, la paz, la amabilidad, la disposición a razonar, la misericordia y los buenos frutos, y están libres de parcialidad e hipocresía. En otras palabras, los cristianos que poseen la verdadera sabiduría son pacificadores dentro de su comunidad (versículo 18). Ciertamente, un pacificador no es una persona egoísta que sigue únicamente sus propios deseos. Más bien, un cristiano con verdadera sabiduría es altruista; puesto que ama y sirve a su prójimo, tiene muchos amigos. Debemos llegar a ser cristianos que posean esta clase de verdadera sabiduría.

En segundo lugar, quienes rechazan la verdadera sabiduría se deleitan únicamente en exponer sus propias opiniones.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 18:2: «El necio no se deleita en el entendimiento, sino solo en exponer sus propias opiniones». Quienes rechazan la verdadera sabiduría siguen sus propios deseos y encuentran placer únicamente en expresar sus propios puntos de vista. El significado original de la palabra traducida aquí como «exponer» (o «revelar») las opiniones es, literalmente, «airear» o «ventilar». ¿Qué significa «airear»? ¿Acaso no se refiere a la atmósfera o al espacio vacío? Esto implica que el necio que rechaza la verdadera sabiduría se deleita solo en verter sus opiniones en el aire. Posee una mente cerrada —al ser egoísta y estar absorto en sí mismo—, pero tiene la boca abierta, exponiendo constantemente sus propios puntos de vista (Walvoord). Tal persona no busca adquirir conocimiento; en cambio, prefiere únicamente expresar sus propios pensamientos y opiniones a los demás. El Rev. Park Yun-sun llegó a afirmar: «El necio se aferra a sus propios deseos y abandona la verdad con tal de verlos cumplidos» (Park Yun-sun). En consecuencia, quienes rechazan la verdadera sabiduría son necios y dejan brotar insensatez de sus labios (15:2). Como resultado, los labios del necio provocan contiendas y su boca invita a recibir golpes (18:6).

Amigos, el cristiano que ama la verdadera sabiduría no insiste egoístamente en expresar únicamente sus propias opiniones. No se limita a soltar sus puntos de vista como quien los lanza al aire. La mención de «lanzar al aire» me trae a la mente un versículo bíblico específico: 1 Corintios 9:26, que dice: «Así que yo no corro como quien corre sin rumbo; no peleo como un boxeador que golpea el aire». Reflexionar sobre las palabras del apóstol Pablo junto con el pasaje de hoy —Proverbios 18:2— me llevó a esta conclusión: «El cristiano que posee verdadera sabiduría tiene un corazón abierto y ama a su prójimo desinteresadamente; por ello, cuando abre la boca para hablar, lo hace con propósito y mesura». Creo que ese propósito consiste en amar al prójimo y ser un agente de paz que preserva la unidad de la comunidad eclesial. Para alcanzar esta meta, el cristiano dotado de verdadera sabiduría pronuncia palabras llenas de gracia (Eclesiastés 10:12). Además, su hablar está siempre sazonado con gracia, como con sal, lo que le permite saber exactamente cómo responder

a cada persona (Colosenses 4:6). Los labios de tal cristiano son sinceros (Proverbios 23:16) y proclaman la verdad (8:7). Su boca difunde conocimiento (15:7) y su lengua lo transmite acertadamente (v. 2). Sus labios instruyen a muchos (10:21). Asimismo, los labios del cristiano que posee verdadera sabiduría saben cómo deleitar a los demás miembros del cuerpo (10:32). De este modo, dicho cristiano habla con propósito y dominio propio, buscando mantener el amor al prójimo y la unidad de la iglesia. Es más, a diferencia del necio —que rechaza la verdadera sabiduría y solo se deleita exponiendo sus propias opiniones—, esta persona disfruta escuchando los puntos de vista de los demás. ¿Existe alguien con quien sientas que tu corazón simplemente se abre, permitiéndote hablar con libertad y comodidad? Tales personas no solo nos hacen sentir a gusto —animándonos a abrir el corazón y a expresarnos—, sino que también nos reconfortan con el amor de Dios. Personalmente, creo que la iglesia necesita muchas personas así; cuando eso sucede, la iglesia goza de armonía y se manifiesta la fragancia del amor de Cristo.

Por último, el tercer punto es que quienes rechazan la verdadera sabiduría se enfrentan al desprecio y a la deshonra.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 18:3: «Cuando llega el impío, llega también el menosprecio; y con la deshonra, la afrenta». Rechazar la verdadera sabiduría equivale, en efecto, a menospreciarla. Y las Escrituras afirman que quienes menosprecian la verdadera sabiduría sufrirán, a su vez, el menosprecio. ¿A qué se debe esto? A su soberbia. El orgullo los lleva a despreciar la verdadera sabiduría y, al hacerlo, atraen sobre sí el menosprecio. En particular, quienes son lo suficientemente soberbios como para despreciar la verdadera sabiduría también desprecian todo consejo de Dios (Prov. 1:25). Además, no aceptan la reprensión divina (v. 25) y menosprecian a su prójimo (11:12). Tal persona ignora a su prójimo e incluso lo trata con desprecio. En consecuencia, el necio que menosprecia la verdadera sabiduría sufrirá vergüenza. Como indica el pasaje de hoy —Proverbios 18:3—, quien desprecia la verdadera sabiduría sufrirá no solo vergüenza, sino también deshonra. ¿Qué significa esto? Significa que la persona que menosprecia la verdadera sabiduría, sigue sus

propios deseos e insiste únicamente en expresar sus propias opiniones, atraerá sobre sí la afrenta y la ignominia. Por el contrario, el cristiano que ama la verdadera sabiduría la exalta y, a cambio, esa sabiduría lo exaltará a él (4:8). Al valorar la sabiduría, será honrado por ella (v. 8). Asimismo, el cristiano que posee la verdadera sabiduría será alabado por ella (12:8).

Quisiera concluir esta reflexión. «El temor del Señor es el principio del conocimiento, pero los necios desprecian la sabiduría y la instrucción» (1:7). Quienes desprecian —o rechazan— la verdadera sabiduría siguen sus propios deseos egoístas (18:1) y solo encuentran placer en exponer sus propias opiniones (v. 2). En consecuencia, aquellos que rechazan la verdadera sabiduría se enfrentan al desprecio y a la deshonra (v. 3). Sin embargo, quienes temen al Señor —quienes aman la verdadera sabiduría— no son en absoluto personas egoístas que persiguen únicamente sus propios deseos; más bien, son altruistas y aman y sirven a su prójimo. Además, quienes aman la verdadera sabiduría hablan con mesura y propósito, buscando preservar el amor al prójimo y la unidad de la iglesia. A diferencia del necio, que rechaza la verdadera sabiduría y se deleita solo en expresar sus propios puntos de vista, quien ama la sabiduría disfruta escuchando las opiniones de los demás. Es más: puesto que el cristiano que ama la verdadera sabiduría la enaltece, ella lo enaltecerá a él (4:8); puesto que la abraza, ella le otorgará honor (v. 8); y puesto que posee la verdadera sabiduría, será alabado por ello (12:8). Oro para que tú y yo lleguemos a ser personas que aman la verdadera sabiduría, en el nombre de Jesús.

La boca del entendido y la boca del necio

[Proverbios 18:4, 6-8]

Existe una historia en el Talmud judío: «Animales de todo el mundo se reunieron y compartían con entusiasmo relatos sobre cómo cazaban y devoraban a sus presas. Primero, un león de la selva africana habló con voz majestuosa: "Nosotros, los leones, derribamos a nuestra presa antes de devorarla". Luego, un lobo habló con los ojos brillantes: "Nosotros, los lobos, desgastamos a nuestra presa en trozos tiernos antes de comerla". Cada animal intervino explicando su propio método para consumir a sus presas. En ese momento, un tigre de la India le preguntó a una serpiente con voz ronca: "Serpiente, tú tragas a tu presa entera; ¿por qué lo haces?". La serpiente, que había estado enrollada, se volvió hacia los otros animales y dijo: "Aun así, me considero mejor que los humanos que calumnian a los demás. Después de todo, nunca hiero a nadie con mi lengua"» (Internet). ¿Qué opinas de esta historia del Talmud? ¿Acaso no calumniamos a otros con nuestra lengua? ¿Acaso no herimos a otros con nuestros labios?

En el pasaje de hoy —Proverbios 18:4 y 6-8—, el rey Salomón, autor de Proverbios, habla sobre la boca de la persona entendida y la boca del necio. Espero que, al meditar en estos dos tipos de boca basándonos en el texto de hoy, podamos recibir y obedecer las lecciones que Dios tiene para nosotros.

En primer lugar, consideremos la boca de la persona entendida.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 18:4: «Aguas profundas son las palabras de la boca del hombre; arroyo que brota es la fuente de la sabiduría». El rey Salomón afirma que las palabras de la boca de una persona entendida son como aguas profundas. ¿Qué significa esto? Significa que las palabras pronunciadas por una persona entendida son de naturaleza fundamental (Park Yun-sun). En otras palabras, las palabras de la boca de una persona entendida son conocimiento (15:7); específicamente, el conocimiento que es verdad (8:7). Además, el rey Salomón describe las palabras de una persona entendida como una fuente de sabiduría —como un arroyo que brota (18:4)—, lo cual simboliza una abundancia de la palabra de verdad que da vida (Park Yun-sun). Amados, las palabras de verdad que dan vida abundante deben brotar como un manantial de la boca de un cristiano con discernimiento. Dicho de otro modo, el evangelio de Jesucristo, que otorga vida eterna, debe fluir de los labios de un cristiano que posee discernimiento. No solo se debe proclamar el conocimiento de Jesucristo, sino que también es necesario compartir las buenas nuevas de Jesucristo —quien fue crucificado y resucitó al tercer día para conceder vida eterna—. Tú y yo somos quienes debemos llegar a ser cristianos con tal discernimiento. Por tanto, el evangelio de Jesucristo debe ser proclamado a través de nuestros labios. Es mi oración que las palabras de verdad acerca de Jesucristo —quien es nuestra vida— fluyan de nuestra boca como un torrente impetuoso, permitiéndonos compartir las abundantes bendiciones de Dios con muchos otros.

Ahora, consideremos tres puntos sobre lo que el texto de hoy —Proverbios 18:6-8— dice acerca de la boca del necio.

En primer lugar, la boca del necio provoca contiendas.

Observemos la primera parte de Proverbios 18:6 en el texto de hoy: «Los labios del necio traen contienda…». En Proverbios 15:18, pasaje sobre el cual ya hemos meditado, la Biblia afirma que «el hombre iracundo provoca contiendas». En otras palabras, una persona propensa a la ira intensa (un hombre de ira) genera conflictos. Incapaz de refrenar sus

palabras en el calor de la ira, habla imprudentemente —empleando palabras ásperas (v. 1) y un lenguaje que hiere a los demás—, provocando así contiendas. Curiosamente, el necio propenso a la ira a menudo discute y grita, creyendo que tiene la razón incluso cuando está equivocado. Esta es precisamente la naturaleza del necio: discute y hace ruido, convencido de tener la razón a pesar de sus errores. Además, su temperamento irascible lo lleva a herir a otros mediante un lenguaje áspero. A menudo observo este comportamiento mientras juego al fútbol. Veo jugadores que, a pesar de haber cometido ellos mismos una falta, gritan y lanzan palabras agresivas, acusando al oponente de la misma falta que ellos cometieron. Sin ir más lejos, la semana pasada, un miembro de mi equipo cometió claramente una falta, pero gritó acusaciones airadas contra el equipo contrario; en su ira, incluso utilizó lenguaje racista contra un oponente. Observé cómo la otra persona simplemente dejó pasar el asunto sin replicar. Reflexionar sobre esto me recuerda Proverbios 17:14: «El comienzo de la contienda es como abrir una compuerta de agua; así que abandona la disputa antes de que estalle».

Amigos, mientras que el necio ama la contienda (17:19), la persona con discernimiento ama la paz. Debemos ser cristianos que posean discernimiento. Tal como aprendimos la semana pasada al meditar en Proverbios 18:1–3 durante nuestro servicio de oración de los miércoles, debemos ser cristianos que amen la verdadera sabiduría; al poseer la sabiduría que viene de lo alto, debemos vivir vidas que promuevan la paz (Santiago 3:18). Además, como pacificadores, no debemos limitarnos a seguir nuestros propios deseos ni deleitarnos en exponer únicamente nuestras propias opiniones (Proverbios 18:1–2). Por el contrario, el evangelio de paz debe fluir de nuestros labios, permitiéndonos vivir vidas que nos reconcilien con Dios y con los demás, y que traigan reconciliación incluso entre aquellos que antes eran enemigos. Oro para que seamos pacificadores en lugar de personas que provocan contiendas.

En segundo lugar, la boca del necio acarrea su propia ruina.

Observemos la última parte de Proverbios 18:6 y el versículo 7 del texto de hoy: «Su boca invita a los golpes. La boca del necio es su ruina, y sus labios son una trampa para su alma». El rey Salomón afirmó anteriormente en Proverbios 12:13 que «el hombre malvado queda atrapado por la transgresión de sus labios». Ahora, en el pasaje de hoy —Proverbios 18:7—, reitera que la boca del necio se convierte en una trampa para su propia alma. ¿Qué significa esto? Una «trampa» puede describirse también como un «lazo» o una «red». En otras palabras, el necio cava una trampa para sí mismo mediante sus propias palabras. La frase «cavar una trampa para uno mismo» nos recuerda otra expresión: «cavar su propia tumba». En última instancia, el necio egoísta y arrogante —que solo se preocupa por sus propios deseos e insiste en expresar sus opiniones— está cavando una trampa para sí mismo. Además, al observar la segunda mitad del versículo 6 del pasaje de hoy, la Biblia afirma que la boca del necio invita a los golpes. Un sentimiento similar se encuentra en Proverbios 19:29: «Preparados están juicios para los escarnecedores, y azotes para las espaldas de los necios». Además, la Biblia declara que el necio se arruina por sus propios labios (versículo 7; cf. 10:14, 13:3).

Amados, mientras que la palabra vivificante de la verdad de Dios —el Evangelio— fluye de los labios de quien tiene discernimiento, de los labios del necio brotan falsedad y maldad que conducen a la autodestrucción. Nuestros labios deben ser los de quien tiene discernimiento; nunca deben ser los labios de un necio.

En tercer lugar, la boca del necio inflige heridas a los demás.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 18:8: «Las palabras del chismoso son como bocados sabrosos; penetran hasta lo más profundo del ser». En la segunda parte de Proverbios 15:4, pasaje sobre el cual ya hemos reflexionado anteriormente, la Biblia afirma: «... la lengua engañosa quebranta el espíritu». Aquí, el término «engaño» se refiere a un discurso que no solo falta a la verdad, sino que también atormenta a quien escucha (Park Yun-sun). En otras palabras, el necio posee una lengua engañosa; con ella, atormenta a los

demás y hiere sus espíritus. En particular, el necio hiere el corazón del prójimo al pronunciar imprudentemente palabras duras en un arrebato de ira. Además, el necio difunde mentiras y rumores infundados, incitando a la gente y provocando agitación dentro de la iglesia.

La semana pasada, al recibir un correo electrónico de un pastor, recordé las estrategias de Satanás, sobre las cuales había reflexionado previamente al estudiar Hechos 21:27–36. Estas cuatro estrategias son: provocar agitación, incitar a la discordia, difundir rumores y ejercer violencia. El correo revelaba que la iglesia de dicho pastor atravesaba grandes dificultades; me pareció evidente que aquello era obra de Satanás, concretamente mediante la difusión de mentiras infundadas para incitar a la gente y generar alboroto. Al reflexionar sobre la situación, imaginé la angustia y las penurias que debía estar sintiendo el pastor principal. Hermanos y hermanas, debemos cuidar nuestras palabras. Hemos de asegurarnos de que no salgan de nuestra boca mentiras carentes de fundamento. También debemos esforzarnos por evitar pronunciar palabras críticas o provocadoras. Por supuesto, esto requiere que gestionemos nuestras emociones de manera eficaz. Por muy enfadados que nos sintamos, debemos calmarnos y afrontar la situación con serenidad. Esto nos permite evaluar la situación correctamente, emitir juicios acertados y actuar y hablar de forma apropiada. En particular, debemos ser sensibles y prudentes, considerando si nuestras palabras podrían herir a la otra persona. Tal como aprendimos en la reunión de oración del miércoles pasado —que el cristiano que ama la verdadera sabiduría sabe cómo llevar alegría a los demás (Proverbios 10:32)—, debemos esforzarnos por pronunciar palabras que deleiten a quienes nos rodean. En el pasaje de hoy, Proverbios 18:8, el rey Salomón describe al necio como un chismoso a quien le encanta hablar de los demás (véase también 26:22). Las palabras de tal chismoso son como un manjar; no solo aman hablar de las faltas ocultas de otros, sino que también disfrutan escucharlas. Así como uno disfruta de una comida deliciosa, el chismoso necio se deleita tanto contando como escuchando historias sobre los defectos ocultos de los demás. En consecuencia, el chismoso necio inflige heridas a los demás.

Amados, mientras que la boca del necio causa daño, la boca del que tiene discernimiento es una lengua sanadora (15:4). En otras palabras, los labios del necio hieren el corazón al exponer las faltas secretas de los demás, mientras que la lengua del sabio trae sanidad. ¿Cómo sana las heridas la lengua del sabio? Sana al hablar la Palabra de Dios (versículo 2). Es mi esperanza que tanto usted como yo hablemos la Palabra de Dios —el Evangelio de Jesucristo— con sabiduría y mansedumbre, usando palabras que sanen los corazones heridos de los demás.

Quisiera concluir esta reflexión. La Biblia nos dice que quien no comete errores en lo que dice es una persona perfecta (Santiago 3:2). Debemos llegar a ser personas así de perfectas. Para lograrlo, debemos ser cristianos con discernimiento. Nunca debemos actuar como necios, usando nuestras palabras para provocar conflictos, herir a otros y, en última instancia, acarrear nuestra propia ruina. En cambio, seamos personas con discernimiento cuyas palabras reflejen verdades fundamentales. Es mi oración que de nuestros labios fluyan abundantes palabras de vida y verdad. Oro en el nombre de Jesús para que el Evangelio de Jesucristo —que otorga vida eterna— fluya de nuestra boca.

El sorteo y el juicio

[Proverbios 18:5, 17-19]

¿Sabe cuál es la denominación más grande dentro del cristianismo coreano? Es la Iglesia Presbiteriana de Corea (Hapdong). Sin embargo, la 97.ª Asamblea General de esta denominación ha sido objeto de calificativos vergonzosos, tales como "Asamblea de Guardias de Seguridad", "Asamblea de Vetos a la Prensa", "Asamblea de la Pistola de Gas", "Asamblea del Karaoke" y "Asamblea de Decisiones Impuestas a la Fuerza" (según informes en línea). El término "Asamblea de Guardias de Seguridad" surgió porque un pastor, que ejercía como Secretario General de la denominación, contrató a unos 150 agentes de seguridad privada; alegó que dicha contratación era inevitable debido a amenazas recibidas, como la de un sicario contratado para seccionarle el tendón de Aquiles. Este personal de seguridad bloqueó todos los accesos al recinto de la asamblea, salvo la puerta principal, y sometió a un control estricto a todo pastor o anciano que entraba, impidiendo incluso el paso a delegados con derecho a voto oficial si no portaban una credencial que mostrara su fotografía, nombre y presbiterio de procedencia. Asimismo, el personal de seguridad impidió la entrada a los periodistas que acudían a cubrir el evento, lo que le valió el nombre de "Asamblea de Vetos a la Prensa". Para empeorar las cosas, el Secretario General que había contratado a los guardias se colocó ante el micrófono durante la sesión y blandió una pistola de gas —que llevaba para su protección personal—, dando lugar a la etiqueta de "Asamblea de la Pistola de Gas". Por otra parte, surgió el apodo de "Asamblea del Karaoke" porque el recién elegido Moderador de la Asamblea General, junto con otros dos pastores de alto rango de la misma denominación, visitó un bar de karaoke donde se divirtió en compañía de anfitrionas. También se informó que otro pastor de alto rango intentó intimidar

a una de las anfitrionas en un esfuerzo por encubrir el incidente. No obstante, el pastor Jeong —quien había asumido el cargo de Moderador de la Asamblea General— declaró abruptamente clausurada la asamblea en lo que aparentemente era el último día; tras la salida de todos los directivos del recinto, se apagaron los micrófonos y se cortó la iluminación. En consecuencia, el evento se ganó la ignominiosa fama de ser una "asamblea precipitada y turbia". En respuesta, se constituyó un comité de emergencia para la normalización de la Asamblea General; 140 moderadores de presbiterios se reunieron y acordaron cinco puntos del orden del día: (1) convocar una Asamblea General de emergencia, (2) presentar una moción de censura contra el Moderador, (3) proponer la destitución del Secretario General, (4) suspender las actividades de los comités permanentes hasta que la situación de la Asamblea se normalice, y (5) retener las cuotas y ofrendas de los presbiterios —basadas en el número de miembros comulgantes bautizados— provenientes de las iglesias locales. Tras recibir la petición de orar por la iglesia coreana, seguí de cerca las noticias de la asamblea de cinco días a través de un sitio web cristiano, centrándome especialmente en esta reunión concreta. Aunque encontrar noticias tan negativas resultó impactante y desalentador, hallé esperanza al ver que 842 delegados permanecieron allí hasta el final —incluso después de la abrupta clausura— y unieron sus corazones, lo que condujo a la formación de un comité de emergencia integrado por esos 140 moderadores de presbiterios. Comencé a orar para que esta crisis se convirtiera en una valiosa oportunidad concedida por Dios a la Iglesia Presbiteriana de Corea (Hapdong): una oportunidad para el verdadero arrepentimiento, la restauración y la reforma. Si bien el curso futuro de los acontecimientos es incierto, las noticias que he encontrado en línea me llevan a reflexionar sobre dos puntos específicos a la luz del pasaje bíblico de hoy: Proverbios 18:5 y 17–19. El primer punto se refiere al sistema de elección de los cargos de la Asamblea General —concretamente, al método del «sorteo»— y el segundo punto trata sobre el proceso judicial, o «juicio». Un pastor delegado en la Asamblea General ha propuesto una enmienda al sistema electoral; en concreto, un modelo híbrido que combine el actual método de «sorteo» con un sistema de elección directa. La razón de esta propuesta es la opinión de que el sistema de sorteo se centra más en evitar elecciones

influidas por el dinero que en seleccionar al candidato más cualificado. Otra cuestión sobre la mesa es la de los «procedimientos legales»; personalmente, creo que existe una alta probabilidad de futuros litigios y juicios que involucren al Presidente de la Asamblea General, al Secretario General y al Comité de Respuesta de Emergencia. Sostengo esta opinión porque ya he visto informes que indican que el Presidente de la Asamblea General deberá responder ante los tribunales por el «incidente del bar de karaoke».

El texto de hoy —Proverbios 18:5 y 17— aborda las disputas legales y los juicios, mientras que el versículo 18 trata sobre el sorteo. Por lo tanto, bajo el título «El echar suertes y los procedimientos legales», deseo meditar en este pasaje, recibir las enseñanzas que Dios ofrece y comprometerme a la oración y a la obediencia.

En primer lugar, consideremos el tema de los «procedimientos legales».

En el texto de hoy, Proverbios 18:5 menciona el «juicio» (o litigio), y el versículo 17 menciona la «contienda» (o pleito); en un contexto bíblico, tal «contienda» se refiere a un caso legal o juicio. Existen otros pasajes donde estos términos aparecen juntos; por ejemplo, la primera parte de Ezequiel 44:24 declara: «En los pleitos ellos servirán de jueces, y juzgarán conforme a mis decretos…». En términos modernos, esta «contienda» se refiere a una demanda o caso legal. Un juicio es un proceso en el que un demandante y un demandado —cada uno alegando tener la razón— buscan una resolución judicial cuando no pueden resolver su disputa por sí mismos. Entonces, ¿qué significa llevar a cabo un juicio conforme a los decretos de Dios? Si bien esto puede abordarse desde varios ángulos, quisiera examinar algunos principios específicos que se encuentran en la Biblia: (1) En primer lugar, 1 Corintios 6:1–8 exhorta a los creyentes a no demandarse unos a otros; (2) En segundo lugar, Mateo 5:25–26 y 40 animan a la reconciliación antes de recurrir a una demanda; (3) En tercer lugar, si la reconciliación fracasa, se lleva a cabo un juicio, como se ve en Éxodo 18:13, donde el pueblo de Israel acudía a Moisés para ser juzgado (aunque, por supuesto, esto no se refiere a procedimientos judiciales seculares); (4) En cuarto lugar, Deuteronomio 1:16 y 25:1

establecen que, cuando un juez escucha una disputa entre personas, debe emitir un veredicto justo para ambas partes. Un juez debe declarar justo al justo y condenar al impío. Para garantizar un veredicto justo, el juez debe aplicar el principio que se encuentra en el texto de hoy, Proverbios 18:17: «En un pleito, el primero en hablar parece tener la razón, hasta que su oponente se presenta y lo interroga». ¿Qué significa esto? Significa que, en una disputa legal, es necesario escuchar los argumentos de ambas partes. En términos modernos, esto equivale a un «contrainterrogatorio». Además, Éxodo 23:3 instruye al juez a no mostrar parcialidad hacia el pobre en un litigio. En otras palabras, un juez no debe mostrar favoritismo hacia el pobre escuchándolo y poniéndose de su parte simplemente debido a su pobreza. Asimismo, Proverbios 18:5 —el pasaje de hoy— afirma: «No es bueno mostrar parcialidad con el impío ni privar de justicia al justo en el juicio». ¿Qué significa esto? Significa que no se debe defender al impío a costa del justo. La razón es que tal conducta no es buena ante los ojos de Dios. Como reflexionamos anteriormente sobre Proverbios 17:15: «Absolver al culpable y condenar al inocente: ambas cosas son detestables para el Señor». Un juez, llamado a defender la justicia, no debe incurrir en acciones que resulten detestables para Dios.

¿Sabía que un pastor puede ser sometido a juicio e incluso destituido de su cargo? Actualmente, en Corea, existen constantes exigencias para la destitución de un pastor destacado de una gran iglesia debido a acusaciones como conducta sexual inapropiada. Entonces, ¿quién tiene la autoridad para someter a juicio a un pastor? Es el Presbiterio. El Artículo 19, Capítulo 4 de la Constitución de la Iglesia Presbiteriana de Corea establece: «Los asuntos relacionados con un pastor están bajo la jurisdicción directa del Presbiterio, mientras que los asuntos relacionados con los miembros ordinarios están bajo la jurisdicción directa de la Sesión; sin embargo, si un tribunal inferior no acata la orden de un tribunal superior para tramitar un caso, o no lo resuelve por negligencia, el tribunal superior tiene la autoridad para adjudicar el asunto directamente». Según esta norma, el Presbiterio supervisa los casos judiciales que involucran a pastores, mientras que la Sesión supervisa los casos que involucran a todos los demás miembros de la iglesia, incluidos ancianos,

diáconos, diaconisas principales, diáconos interinos, evangelistas y todos los miembros bautizados. En este contexto, hay un pasaje crucial que la Sesión de la iglesia local debe tener en cuenta antes de someter a juicio a un miembro: Mateo 18:15–17. Dice así: «Si tu hermano peca, ve y exhórtalo a solas. Si te escucha, has ganado a tu hermano. Pero si no te escucha, lleva contigo a uno o dos más, para que "todo asunto se confirme por el testimonio de dos o tres testigos". Si aun así se niega a escuchar, díselo a la iglesia; y si se niega a escuchar incluso a la iglesia, trátalo como a un pagano o a un recaudador de impuestos». En otras palabras, antes de proceder a un juicio formal, la Sesión debe instar al miembro a arrepentirse mediante un consejo amoroso. Este proceso implica: (1) que el acusador se acerque al acusado a solas para aconsejarle, y (2) si el acusado no escucha, llevar a una o dos personas más para confirmar los hechos mediante el testimonio de dos o tres testigos. (3) Significa que si se niegan a escuchar incluso a ellos, se debe informar a la iglesia; y si se niegan a escuchar a la iglesia, (4) se les debe tratar como a un incrédulo. El propósito de hacer esto no es vengarse por odio o animosidad hacia la persona en cuestión, sino más bien llevarla —por cualquier medio posible— a reconocer su pecado, arrepentirse y volver al buen camino.

En segundo lugar, y para terminar, consideremos la práctica de echar suertes.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 18:18: «Echar suertes pone fin a los pleitos y separa a los contendientes poderosos». En los procedimientos judiciales bíblicos, cuando surgían conflictos o desacuerdos, a veces se echaban suertes para resolver el asunto. Lo que debemos considerar aquí es la razón por la que se empleaba esta práctica. Existen dos motivos principales para ella: uno era buscar la voluntad de Dios al emprender una tarea, y el otro era tomar decisiones sobre asuntos ambiguos. Así, el acto de echar suertes significa encomendarlo todo a la voluntad de Dios. En otras palabras, es una acción que solo realizan aquellos que desean llevar a cabo los asuntos conforme a la voluntad divina. Esta práctica demuestra que las partes en conflicto —ambas de carácter fuerte— eligen resolver su disputa echando suertes, en sumisión a la voluntad de Dios, en lugar de intentar solucionar

el asunto por sus propias fuerzas o recurriendo a tribunales seculares. Dado que ambas partes buscan poner fin a la disputa desde lo profundo de su corazón basándose en el resultado de la suerte, su actitud es agradable a los ojos de Dios. Sin embargo, el problema surge cuando el conflicto es tan grave que no se encuentra solución alguna. Es decir, cuando las partes en conflicto —o al menos una de ellas— no están dispuestas a terminar con la disputa, no solo se niegan a echar suertes, sino que también renuncian a buscar una resolución según la voluntad de Dios, optando en su lugar por llevar el asunto a los tribunales seculares. Es en este contexto donde Proverbios 18:19 afirma: «El hermano ofendido es más difícil de ganar que una ciudad fuerte, y sus contiendas son como los cerrojos de un castillo». ¿Qué significa esto? Imaginemos lo difícil que debió de ser conquistar una ciudad fortificada en tiempos de guerra en aquella época. Cuando vemos dramas históricos que representan las guerras antiguas, ¿acaso no percibimos lo arduo que resulta romper las defensas de una fortaleza así? La cuestión es que reconciliarse con un familiar o un amigo cercano a quien hemos ofendido —o que nos ha ofendido a nosotros— resulta tan difícil como conquistar una fortaleza. El rey Salomón dijo: «Tal contienda es como los cerrojos de una ciudadela», lo que significa que este tipo de conflicto es extremadamente difícil de resolver (Walvoord).

Al reflexionar sobre este pasaje, recordé la disputa entre el presidente de Samsung y sus hermanos, que acaparó los titulares en Corea hace unos meses. Al ver cómo —a pesar de ser hermanos cercanos— no parecía haber señales de reconciliación en medio de su conflicto, no pude evitar coincidir con la verdad bíblica de que reconciliarse con un hermano ofendido es más difícil que conquistar una ciudad fortificada. Cuando observamos cómo los conflictos entre cónyuges, familiares o hermanos pueden escalar hasta convertirlos en enemigos acérrimos, nos vemos obligados a considerar seriamente cómo evitar tales contiendas y fomentar la armonía. La razón es que vivir en armonía es la voluntad de Dios, y Jesús vino a esta tierra específicamente para lograr la reconciliación. Por tanto, como discípulos de Jesús, nosotros también debemos llevar a cabo fielmente el ministerio de la reconciliación (2 Corintios 5:18). ¿Cómo podemos, entonces, cumplir eficazmente este

ministerio? El pastor Eric Foley, de Peacemaker Ministries, explica que en medio de los conflictos, disputas y divisiones de la iglesia, existen «pacificadores», «destructores de la paz» y «aparentadores de paz» (aquellos que simplemente fingen paz); señaló especialmente que «hay un número inusualmente alto de "aparentadores de paz" entre los coreanos». Advirtió: «Existe un sentimiento cultural arraigado de que exponer un conflicto daña la propia imagen y autoridad, lo que lleva a las personas a intentar ocultar o maquillar los problemas; pero ahí es precisamente donde comienza el problema. Este enfoque simplemente reduce el diálogo y amplía la brecha entre las partes; no es una solución». Además, destacó la importancia de buscar la paz basándose en principios bíblicos, afirmando: «Debemos lograr una verdadera pacificación mediante el perdón y la reconciliación, respetando el carácter y la cultura de la otra persona, reconociendo nuestras propias faltas y arrepintiéndonos». El pastor Foley definió la labor bíblica de pacificación como "un ministerio de reconciliación: aquel en el que, al surgir un conflicto o disputa, y antes de apresurarnos a determinar quién tiene la razón o quién se equivoca, oramos, amamos y actuamos a los pies de la Cruz, tal como Jesucristo nos perdonó a nosotros, los pecadores, mediante la sangre que derramó" (Internet). Amigos, debemos llevar a cabo fielmente este ministerio de reconciliación. Ya sea en la iglesia, en la familia o en el lugar de trabajo, debemos resolver los conflictos interpersonales en el Señor. Una vida digna del Evangelio es, en esencia, una vida de reconciliación. Estamos llamados no solo a proclamar el Evangelio de Jesucristo y fomentar la reconciliación entre Dios y la humanidad, sino también a resolver conflictos y disputas entre el prójimo y a ejercer el ministerio de hacer la paz. Si bien el sorteo fue en su día un método utilizado para este ministerio —y algunos tal vez lo sigan empleando hoy en día—, estamos llamados a cumplir fielmente el ministerio de reconciliación a través del Evangelio de la Cruz de Jesucristo.

Quisiera concluir esta reflexión sobre la Palabra. En la actualidad, la Iglesia Presbiteriana de Corea (Hapdong) utiliza el sorteo para elegir a los dirigentes de su Asamblea General. Sin embargo, la denominación se encuentra inmersa en un conflicto debido a incidentes lamentables. A mi parecer, existe incluso la posibilidad de que el asunto termine en los

tribunales civiles. Debemos encontrar una solución juntos en el Señor... Creo que, si no logramos resolver nuestros conflictos, podríamos acabar dependiendo de las sentencias de tribunales civiles, un desenlace que está lejos de ser el ideal. Tal situación sería, inevitablemente, motivo de gran vergüenza. Ciertamente, esta no es la voluntad de Dios. Ya sea en la denominación Hapdong en Corea o entre las iglesias de inmigrantes aquí en los Estados Unidos, recurrir a los tribunales civiles debido a disputas no refleja nuestro papel de ser sal y luz para el mundo. Incluso cuando surgen cuestiones legales, debemos resolverlas internamente, dentro de la iglesia o del presbiterio. Además, dichas soluciones deben fundamentarse en Jesucristo y en su Evangelio. Debemos llevar a cabo fielmente el ministerio de reconciliación. Por tanto, al preservar con firmeza la unidad de la iglesia en el Señor, debemos dar ejemplo al mundo.

La pereza y el orgullo

[Proverbios 18:9, 12]

¿Cuáles considera usted que son los obstáculos que impiden el éxito? En su libro *Siete obstáculos para el éxito*, el pastor Kim Byung-sam expone siete barreras ocultas en la búsqueda del éxito que los cristianos deben superar. Entre ellas se encuentran el «orgullo» y la «pereza» (o negligencia). El autor define el orgullo como una mentalidad centrada en uno mismo, señalando que, mientras Dios entra por la puerta de la humildad, Satanás entra por la puerta del orgullo. También describe la pereza como un pecado, ya que corta la comunicación con Dios, fomenta la queja y perturba las relaciones con los demás. ¿Cómo debemos, entonces, superar nosotros como cristianos este orgullo y esta pereza?

En el pasaje de hoy —Proverbios 18:9 y 12—, el rey Salomón, autor de Proverbios, habla sobre aquellos que son negligentes en su trabajo y aquellos que son altivos de corazón. Centrándome en estos dos versículos, quisiera reflexionar sobre los temas de la pereza y el orgullo, y recibir las enseñanzas que Dios tiene para nosotros.

En primer lugar, consideremos la «pereza».

Observemos Proverbios 18:9: «El que es negligente en su trabajo es hermano del que destruye». El rey Salomón ha hablado anteriormente en varias ocasiones sobre la persona perezosa, como en los capítulos 10, 12 y 13 de Proverbios. El punto principal es que la persona perezosa se empobrece (10:4). Esto es inevitable, porque el perezoso no trabaja con diligencia. Está destinado a la pobreza debido a que trabaja con mano perezosa (10:4).

Si bien tal persona mantiene sus manos ociosas, su mente trabaja intensamente; esto es especialmente cierto en el caso del siervo malvado y perezoso. Sabemos esto porque, como reflexionamos anteriormente al estudiar Proverbios 15:19, los malvados están llenos de maquinaciones. En consecuencia, al ser perezoso, no tiene intención de esforzarse ni de sudar en un trabajo arduo. El resultado, según nos dice el texto, es que la vida del siervo malvado y perezoso se ve rodeada por todas partes de dificultades espinosas. Un ejemplo claro de esto es la parábola de los talentos contada por Jesús (Mateo 25:14–30). Un hombre que viajaba a un país lejano llamó a sus siervos y les confió sus bienes (v. 14); antes de partir, dio cinco talentos de oro a uno, dos a otro y uno a un tercero, según la capacidad de cada uno (v. 15). Después de mucho tiempo, el señor regresó para ajustar cuentas con ellos (v. 19). Los siervos que habían recibido cinco y dos talentos habían ganado otros cinco y dos talentos respectivamente (vv. 20, 22); pero aquel que había recibido un solo talento se presentó y dijo: «Señor, sabía que eres un hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste semilla; por eso tuve miedo y fui a esconder tu talento en la tierra. Aquí tienes lo que es tuyo» (vv. 24–25). Entonces el señor respondió: «¡Siervo malvado y perezoso! ¿Así que sabías que siego donde no he sembrado y recojo donde no he esparcido? Entonces debiste haber confiado mi dinero a los banqueros, para que a mi regreso pudiera haberlo recuperado con intereses» (versículos 26–27). Mientras los otros dos hombres tomaron los talentos que les dio su señor y «fueron de inmediato» a negociar con ellos —ganando cinco y dos talentos respectivamente—, el hombre que recibió un talento no obedeció al instante. En cambio, alegando «yo sabía», escondió el único talento en la tierra. Un siervo tan malvado y perezoso está lleno de excusas. Por eso Proverbios 13:4 afirma: «El perezoso desea y no consigue nada». Esto significa que, aunque anhela algo en su corazón, no logra obtenerlo porque sus manos permanecen ociosas y perezosas. La Biblia describe además a la persona perezosa como alguien que ni siquiera asa la presa que ha cazado (12:27) y a quien le resulta demasiado esfuerzo llevar la mano del plato a la boca (19:24, 26:15). ¿No es ridículo? Si quieres comer carne, tienes que cazar y atrapar un animal; ¿no es absurdo desearla en el corazón y, sin embargo, nunca llegar a cazar? ¿Y quién, sintiendo hambre, consideraría una carga excesiva llevarse la mano del plato a la boca? ¿Acaso

alguien tiene que darles de comer con cuchara, como si fueran bebés? Considero que esto es el colmo de la pereza. Desear algo pero no esforzarse por conseguirlo, y considerar una molestia llevarse la mano del plato a la boca: esa es, verdaderamente, la forma suprema de pereza. Proverbios 19:15 se refiere a tal persona como un «hombre perezoso»: alguien indolente que vive en la ociosidad. En resumen, al perezoso le desagrada trabajar con sus manos (21:25). Sin embargo, paradójicamente, el perezoso a menudo causa problemas. ¿Cómo lo hace? Según 1 Timoteo 5:13, los individuos perezosos van de casa en casa dedicándose a conversaciones ociosas —diciendo cosas que no deberían decir— y, de este modo, provocando conflictos. En concreto, las viudas jóvenes y perezosas iban de casa en casa entregándose a chismes insensatos y hablando de manera inapropiada, creando así problemas. Tales personas existían en la iglesia de Tesalónica. Pablo las describió en 2 Tesalonicenses 3:11 como personas que vivían de manera desordenada, sin trabajar en absoluto y actuando, en cambio, como entrometidas. Eran personas a las que les encantaba inmiscuirse en los asuntos ajenos, causando disturbios dentro de la iglesia. Además, en lugar de practicar la verdadera hermandad, obtenían recursos de sus compañeros creyentes para satisfacer sus propias necesidades diarias.

Respecto a quienes descuidan su propio trabajo, el pasaje de hoy —Proverbios 18:9— afirma que son «hermanos del destructor». ¿Qué significa esto? Decir que el perezoso es hermano del destructor implica que es un gran derrochador (Spence-Jones). En otras palabras, el perezoso es semejante a un malgastador o a un derrochador. Así, Proverbios 23:21 declara: «Porque los borrachos y los glotones empobrecen, y la somnolencia los viste de harapos». Asimismo, Proverbios 12:11 declara claramente: «El que persigue fantasías carece de juicio». Pero ¿cuál es el problema? Sucede que la persona perezosa se considera sabia: «Más sabio se cree el perezoso a sus propios ojos que siete hombres que saben responder con sensatez» (26:16). Al reflexionar sobre este versículo, percibo una conexión entre la pereza y el orgullo; en otras palabras, el perezoso es una persona orgullosa.

Amados, los cristianos no debemos ser perezosos; más bien, debemos ser diligentes. Como hemos aprendido repetidamente al meditar en el libro de Proverbios, los cristianos sabios que temen a Dios son diligentes (Prov. 12:27; 15:19). Debemos ser cristianos sabios que no solo se instruyan diligentemente a sí mismos (Rom. 2:21) y a otros en la Palabra de Dios, sino que también trabajen con diligencia (Prov. 16:26). Al igual que la hormiga, debemos trabajar con diligencia y en cooperación, actuando por iniciativa propia y sin necesidad de un capataz (6:7). También debemos prepararnos diligentemente para el futuro, tal como lo hace la hormiga (v. 8). Así como la hormiga se prepara para el invierno recolectando alimento durante la cosecha de verano, nosotros también debemos hacer preparativos diligentes pensando en el futuro. En particular, debemos prepararnos diligentemente no solo para nuestra propia muerte, sino también para el encuentro con el Señor. Asimismo, debemos prepararnos con diligencia para la segunda venida del Señor.

La pereza y el orgullo

[Proverbios 18:9, 12]

¿Cuáles considera usted que son los obstáculos que impiden el éxito? En su libro *Siete obstáculos para el éxito*, el pastor Kim Byung-sam expone siete barreras ocultas en la búsqueda del éxito que los cristianos deben superar. Entre ellas se encuentran el «orgullo» y la «pereza» (o negligencia). El autor define el orgullo como una mentalidad centrada en uno mismo, señalando que, mientras Dios entra por la puerta de la humildad, Satanás entra por la puerta del orgullo. También describe la pereza como un pecado, ya que corta la comunicación con Dios, fomenta la queja y perturba las relaciones con los demás. ¿Cómo debemos, entonces, superar nosotros como cristianos este orgullo y esta pereza?

En el pasaje de hoy —Proverbios 18:9 y 12—, el rey Salomón, autor de Proverbios, habla sobre aquellos que son negligentes en su trabajo y aquellos que son altivos de corazón. Centrándome en estos dos versículos, quisiera reflexionar sobre los temas de la pereza y el orgullo, y recibir las enseñanzas que Dios tiene para nosotros.

En primer lugar, consideremos la «pereza».

Observemos Proverbios 18:9: «El que es negligente en su trabajo es hermano del que destruye». El rey Salomón ha hablado anteriormente en varias ocasiones sobre la persona perezosa, como en los capítulos 10, 12 y 13 de Proverbios. El punto principal es que la persona perezosa se empobrece (10:4). Esto es inevitable, porque el perezoso no trabaja con diligencia. Está destinado a la pobreza debido a que trabaja con mano perezosa (10:4).

Si bien tal persona mantiene sus manos ociosas, su mente trabaja intensamente; esto es especialmente cierto en el caso del siervo malvado y perezoso. Sabemos esto porque, como reflexionamos anteriormente al estudiar Proverbios 15:19, los malvados están llenos de maquinaciones. En consecuencia, al ser perezoso, no tiene intención de esforzarse ni de sudar en un trabajo arduo. El resultado, según nos dice el texto, es que la vida del siervo malvado y perezoso se ve rodeada por todas partes de dificultades espinosas. Un ejemplo claro de esto es la parábola de los talentos contada por Jesús (Mateo 25:14–30). Un hombre que viajaba a un país lejano llamó a sus siervos y les confió sus bienes (v. 14); antes de partir, dio cinco talentos de oro a uno, dos a otro y uno a un tercero, según la capacidad de cada uno (v. 15). Después de mucho tiempo, el señor regresó para ajustar cuentas con ellos (v. 19). Los siervos que habían recibido cinco y dos talentos habían ganado otros cinco y dos talentos respectivamente (vv. 20, 22); pero aquel que había recibido un solo talento se presentó y dijo: «Señor, sabía que eres un hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste semilla; por eso tuve miedo y fui a esconder tu talento en la tierra. Aquí tienes lo que es tuyo» (vv. 24–25). Entonces el señor respondió: «¡Siervo malvado y perezoso! ¿Así que sabías que siego donde no he sembrado y recojo donde no he esparcido? Entonces debiste haber confiado mi dinero a los banqueros, para que a mi regreso pudiera haberlo recuperado con intereses» (versículos 26–27). Mientras los otros dos hombres tomaron los talentos que les dio su señor y «fueron de inmediato» a negociar con ellos —ganando cinco y dos talentos respectivamente—, el hombre que recibió un talento no obedeció al instante. En cambio, alegando «yo sabía», escondió el único talento en la tierra. Un siervo tan malvado y perezoso está lleno de excusas. Por eso Proverbios 13:4 afirma: «El perezoso desea y no consigue nada». Esto significa que, aunque anhela algo en su corazón, no logra obtenerlo porque sus manos permanecen ociosas y perezosas. La Biblia describe además a la persona perezosa como alguien que ni siquiera asa la presa que ha cazado (12:27) y a quien le resulta demasiado esfuerzo llevar la mano del plato a la boca (19:24, 26:15). ¿No es ridículo? Si quieres comer carne, tienes que cazar y atrapar un animal; ¿no es absurdo desearla en el corazón y, sin embargo, nunca llegar a cazar? ¿Y quién, sintiendo hambre, consideraría una carga excesiva llevarse la mano del plato a la boca? ¿Acaso

alguien tiene que darles de comer con cuchara, como si fueran bebés? Considero que esto es el colmo de la pereza. Desear algo pero no esforzarse por conseguirlo, y considerar una molestia llevarse la mano del plato a la boca: esa es, verdaderamente, la forma suprema de pereza. Proverbios 19:15 se refiere a tal persona como un «hombre perezoso»: alguien indolente que vive en la ociosidad. En resumen, al perezoso le desagrada trabajar con sus manos (21:25). Sin embargo, paradójicamente, el perezoso a menudo causa problemas. ¿Cómo lo hace? Según 1 Timoteo 5:13, los individuos perezosos van de casa en casa dedicándose a conversaciones ociosas —diciendo cosas que no deberían decir— y, de este modo, provocando conflictos. En concreto, las viudas jóvenes y perezosas iban de casa en casa entregándose a chismes insensatos y hablando de manera inapropiada, creando así problemas. Tales personas existían en la iglesia de Tesalónica. Pablo las describió en 2 Tesalonicenses 3:11 como personas que vivían de manera desordenada, sin trabajar en absoluto y actuando, en cambio, como entrometidas. Eran personas a las que les encantaba inmiscuirse en los asuntos ajenos, causando disturbios dentro de la iglesia. Además, en lugar de practicar la verdadera hermandad, obtenían recursos de sus compañeros creyentes para satisfacer sus propias necesidades diarias.

Respecto a quienes descuidan su propio trabajo, el pasaje de hoy —Proverbios 18:9— afirma que son «hermanos del destructor». ¿Qué significa esto? Decir que el perezoso es hermano del destructor implica que es un gran derrochador (Spence-Jones). En otras palabras, el perezoso es semejante a un malgastador o a un derrochador. Así, Proverbios 23:21 declara: «Porque los borrachos y los glotones empobrecen, y la somnolencia los viste de harapos». Asimismo, Proverbios 12:11 declara claramente: «El que persigue fantasías carece de juicio». Pero ¿cuál es el problema? Sucede que la persona perezosa se considera sabia: «Más sabio se cree el perezoso a sus propios ojos que siete hombres que saben responder con sensatez» (26:16). Al reflexionar sobre este versículo, percibo una conexión entre la pereza y el orgullo; en otras palabras, el perezoso es una persona orgullosa.

Amados, los cristianos no debemos ser perezosos; más bien, debemos ser diligentes. Como hemos aprendido repetidamente al meditar en el libro de Proverbios, los cristianos sabios que temen a Dios son diligentes (Prov. 12:27; 15:19). Debemos ser cristianos sabios que no solo se instruyan diligentemente a sí mismos (Rom. 2:21) y a otros en la Palabra de Dios, sino que también trabajen con diligencia (Prov. 16:26). Al igual que la hormiga, debemos trabajar con diligencia y en cooperación, actuando por iniciativa propia y sin necesidad de un capataz (6:7). También debemos prepararnos diligentemente para el futuro, tal como lo hace la hormiga (v. 8). Así como la hormiga se prepara para el invierno recolectando alimento durante la cosecha de verano, nosotros también debemos hacer preparativos diligentes pensando en el futuro. En particular, debemos prepararnos diligentemente no solo para nuestra propia muerte, sino también para el encuentro con el Señor. Asimismo, debemos prepararnos con diligencia para la segunda venida del Señor.

En segundo y último lugar, consideremos el tema del "orgullo".

Por favor, observemos el texto de hoy, Proverbios 18:12: "El corazón del hombre es altivo antes de la destrucción, pero la humildad precede a la honra". ¿Qué es, entonces, el "orgullo"? Es lo opuesto a la humildad: un estado mental en el que uno alberga un sentimiento de superioridad y permanece insatisfecho a menos que sea siempre el centro de atención. Sin embargo, la enseñanza fundamental de la Biblia es que el temor de Dios es la virtud suprema, mientras que el orgullo es el pecado más grave (Prov. 1:7; 6:16–17; 1 Ped. 5:5). El orgullo a menudo se manifiesta como arrogancia respecto al poder, el conocimiento o la rectitud. Bíblicamente hablando, el orgullo surge cuando uno se centra totalmente en sí mismo, dejando a Dios fuera del panorama. Debemos tener cuidado de que la atención y la mirada de las personas se centren en nosotros; en particular, debemos ser cautelosos ante los elogios de los demás. Proverbios 27:21 afirma: "El crisol para la plata y el horno para el oro, pero la persona es probada por la alabanza que recibe". Cuando recibimos elogios de otros, debemos dar gloria a Dios. En otras palabras, debemos dirigir la atención y la mirada de las personas hacia el Señor. De lo contrario, los elogios y la atención que recibimos

pueden llevar a nuestro corazón al orgullo. Debemos mantener siempre la mirada fija en Jesús, el autor y consumador de nuestra fe (Heb. 12:2). Nuestra mirada debe estar siempre centrada en el Señor, y debemos ser humildes, tal como lo fue Jesús. Debemos mantener una actitud de humildad mientras buscamos siempre obedecer la voluntad del Señor.

Amados, debemos ser cristianos íntegros que temen a Dios. Como reflexionamos en Proverbios 8:13, temer a Dios significa aborrecer el mal; Dios detesta el orgullo, la arrogancia, la conducta malvada y la boca perversa. Además, como se ve en Proverbios 16:18, una persona íntegra que teme a Dios se aparta del mal; específicamente, del mal del orgullo. Esto se debe a que sabe que el orgullo precede a la destrucción (16:18). No solo rechaza el orgullo, sino que también evita asociarse con los orgullosos. Lo hacen porque el orgullo solo engendra contiendas (13:10), y saben que Dios aborrece a los soberbios y que, aunque estos unan sus fuerzas, no escaparán del castigo (16:5). En cambio, la persona recta que teme a Dios se asocia con los humildes y mantiene su corazón en humildad (16:19), reconociendo que la sabiduría reside en los humildes (11:2). También se humillan junto a los humildes porque saben con certeza que Dios otorga gracia a los humildes (3:34). Otro mal del que se aparta la persona recta —cuyo camino es como una calzada llana— es la «pereza» (15:19). La persona recta que teme a Dios cumple fielmente con sus responsabilidades. Por consiguiente, su camino es llano, como una carretera bien pavimentada. Esto se debe a que no solo temen a Dios y siguen su voluntad, sino que también trabajan con diligencia, esforzándose y sudando en su labor sin caer en la procrastinación. Debemos esforzarnos, con humildad y diligencia, por cumplir la voluntad del Señor, tal como lo hacen las personas rectas que temen a Dios.

Quisiera concluir este tiempo de meditación en la Palabra. El Señor desea que seamos siervos buenos y fieles. Un siervo bueno y fiel es diligente; nunca es perezoso. Además, un siervo bueno y fiel del Señor es humilde. Oro para que tú y yo lleguemos a ser esos siervos buenos y fieles: obedeciendo humildemente los mandamientos del Señor y llevando a cabo su obra con diligencia.

Los ricos y los justos

[Proverbios 18:10-11]

El lunes pasado leí un artículo de noticias en línea titulado "Los hombres surcoreanos de cuarenta y tantos años ya no están a salvo del agrandamiento de la próstata". El punto principal del artículo era que el tamaño promedio de la próstata entre los hombres surcoreanos ha aumentado un 23,5 % en los últimos cinco años. Para los hombres de esa franja de edad, el tamaño promedio de la próstata era de 16,7 g hace cinco años —lo que los situaba en una "zona segura" respecto al agrandamiento de la próstata—, pero para el año 2011 había crecido hasta un promedio de 20,9 g, alcanzando el nivel en el que se diagnostica dicha afección. Según un estudio, se ha observado que la dieta occidental típica —caracterizada por una baja ingesta de frutas y verduras y un alto consumo de grasas animales— aumenta el riesgo de sufrir un agrandamiento de la próstata. Me interesé por este artículo porque ahora me encuentro a mediados de mis cuarenta años; naturalmente, un titular que afirmaba que los hombres de esta edad no están a salvo de esta condición llamó mi atención. De hecho, tal como describe el artículo, actualmente no me encuentro en la "zona segura". Por lo tanto, el contenido de este artículo se aplica a mí. ¿Y usted? ¿Está su salud en una zona segura? ¿Están sus hijos y nietos en una zona segura? ¿Cómo está su vida de fe? ¿Se encuentra verdaderamente en una "zona de seguridad" espiritual o está en una "zona de peligro"?

El Salmo 12:5 dice: "Por la opresión de los pobres y el gemido de los necesitados, ahora me levantaré", dice el Señor. "Los protegeré en la zona de seguridad que anhelan". Esta es verdaderamente una promesa reconfortante de Dios. ¡Qué gran fuente de fortaleza y

consuelo es saber que Dios se levantará y nos colocará en el refugio seguro que deseamos! Amados, nuestro verdadero refugio seguro es Jesucristo. Aunque actualmente vivimos en este mundo pecaminoso —un lugar de peligro—, nuestro lugar de seguridad es Jesucristo. Debemos correr siempre hacia Él y refugiarnos en Él. Solo el Señor nos mantendrá a salvo. En el pasaje de hoy, Proverbios 18:10–11, la Biblia afirma: «Torre fuerte es el nombre del Señor; a ella corre el justo y está seguro. Las riquezas del rico son su ciudad fortificada; se las imagina como un muro alto». Centrándome en este texto, quisiera reflexionar sobre estos dos tipos de personas —los ricos y los justos— bajo el título «Los ricos y los justos», y recibir la enseñanza que Dios tiene para nosotros.

El primer tipo de persona es el rico que confía en sus riquezas.

Observemos Proverbios 18:11: «Las riquezas del rico son su ciudad fortificada; se las imagina como un muro alto». El rey Salomón describe las riquezas del rico como una ciudad fortificada. Esto significa que la persona rica considera sus riquezas como una fortaleza. En otras palabras, confía en los bienes que posee. Además, Salomón señala que ve sus riquezas como un muro alto, lo que implica que cree que sus bienes son el medio supremo de protección. El rey Salomón ya había afirmado en la primera parte de Proverbios 10:15: «Las riquezas del rico son su ciudad fortificada». Luego añadió en la segunda mitad del versículo siguiente, el versículo 16: «Las ganancias del impío conducen al pecado». En otras palabras, los ingresos del impío se convierten, de hecho, en una forma de castigo para él. La razón es que Dios frustrará los deseos del impío (v. 3). ¿Por qué frustra Dios los deseos del impío? Porque sus ingresos provienen de riquezas inútiles y mal habidas (v. 2). ¿Qué constituye una riqueza mal habida? Es aquella adquirida por codicia (cf. 1:19; 28:16) y mediante medios injustos (cf. 16:8); específicamente, mediante el robo, el engaño o el fraude (Walvoord). El rey Salomón observa que la persona rica que confía en tales riquezas mal habidas considera dicha riqueza como su medio de protección más sólido.

¿Qué opina de las personas adineradas que confían en riquezas (mal habidas)? En el libro *The Clean Rich* (El rico íntegro), del pastor Kim Dong-ho, se plantean los siguientes puntos: "El dinero es un don espiritual, no simplemente una bendición general. Si bien cualquiera que cree en Jesús recibe bendiciones, no todos reciben los mismos dones espirituales; y los dones espirituales se otorgan para ser utilizados al servicio del Señor", "La verdadera riqueza reside en compartir, no en poseer" y "Conviértete en una persona rica en quien Dios pueda confiar y a quien pueda encomendar recursos" (Internet). Si llegaras a ser rico, ¿no deberías aspirar a ser el tipo de persona rica en quien Dios pueda confiar? Proverbios 11:28 afirma: "El que confía en sus riquezas caerá, pero los justos florecerán como la hoja verde". La Biblia declara claramente que aquellos que dependen de sus riquezas en lugar de Dios sufrirán su propia ruina. En cambio, los justos —que permanecen unidos al Señor (la Vid verdadera), tal como una hoja verde permanece unida al árbol— florecerán. En otras palabras, los justos, que viven dependiendo únicamente de Dios, dan fruto abundante. Nunca debemos ser personas que dependan de la riqueza; por el contrario, debemos ser personas que dependan de Dios.

La segunda y última categoría de personas está compuesta por los justos que dependen de Dios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 18:10: "Torre fuerte es el nombre del Señor; a ella corren los justos y están a salvo". En los versículos 10 y 11 de Proverbios 18, el rey Salomón contrasta a los ricos, que dependen de la riqueza, con los justos, que dependen de Dios. Concretamente, al utilizar los términos "torre fuerte" en el versículo 10 y "ciudad fortificada" en el versículo 11, ilustra que, mientras los ricos consideran su riqueza como una ciudad fortificada, los justos consideran el nombre de Dios como una torre fuerte. Que los justos vean el "nombre del Señor" como una torre fuerte significa que hacen de la dependencia de Dios su medio supremo de protección. Por el contrario, los ricos hacen de la riqueza su medio supremo de protección y, por tanto, viven dependiendo de ella. El rey Salomón contrasta a los justos, que confían en Dios, con los ricos, que confían en sus riquezas, para

enseñar tanto al pueblo de Israel como a nosotros que los justos deben vivir por fe en Dios (y dependiendo de Él) (Habacuc 2:4; Romanos 1:17; Hebreos 10:38; Gálatas 3:11). El rey Salomón nos enseña que esto constituye la sabiduría de los justos y una vida que teme a Dios. Además, nos exhorta a no convertirnos nunca en ricos insensatos que confían en las riquezas. En Proverbios 29:25, el rey Salomón afirma: «El temor del hombre es un lazo, pero el que confía en el Señor estará seguro». ¿Qué significa esto? Significa que si tememos a las personas en lugar de a Dios, no estamos seguros. Más bien, no debemos temer a las personas, sino temer a Dios y confiar en Él. El rey Salomón nos dice que, cuando hacemos esto, estamos seguros. Consideremos Éxodo 15:1–3: «Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron este cántico al Señor, diciendo: "Cantaré al Señor, porque se ha cubierto de gloria; ha echado en el mar al caballo y al jinete. El Señor es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación; Él es mi Dios, y lo alabaré; el Dios de mi padre, y lo exaltaré. El Señor es varón de guerra; el Señor es su nombre"». Tras escapar de Egipto, cuando los israelitas se encontraron con el mar Rojo en el desierto y vieron que el faraón y su ejército se acercaban por detrás, sintieron terror. En consecuencia, llevados por el miedo, se quejaron contra Moisés. Sin embargo, Moisés no temió al faraón ni a su ejército; al contrario, confió en Dios, puso su mirada en Él y clamó a Él. ¿Cuál fue el resultado? El faraón y su ejército fueron totalmente destruidos en el mar Rojo, mientras que Moisés y los israelitas fueron librados, es decir, salvados. Por ello, Moisés y el pueblo de Israel compusieron y cantaron un cántico a Dios, cuyo inicio se encuentra en Éxodo 15:1–3 —el mismo pasaje que leímos anteriormente—: «Cantaré al Señor, porque se ha cubierto de gloria; ha echado en el mar al caballo y al jinete. El Señor es mi fortaleza…». Amados, quienes temen a Dios más que a los hombres —y confían en Él— ponen su mirada en Dios aun en medio de situaciones angustiosas y aterradoras. Claman a Él. Y, puesto que confían en que Dios los librará (poseyendo la seguridad de la salvación), obedecen su palabra y siguen adelante. Son capaces de avanzar en fiel obediencia porque gozan de seguridad en el Señor. Al hacerlo, experimentan el poder salvador del Dios en quien confían plenamente; disfrutan de la gracia de Dios al responder a sus oraciones. Por eso alaban a Dios. El Salmo 27:5 nos dice: «Porque en el día de la angustia él me guardará a salvo en su morada; me esconderá al amparo de su

tienda sagrada y me pondrá en alto, sobre una roca». El Dios a quien servimos es quien nos guarda, nos esconde y nos coloca sobre una roca elevada. Él es el Dios que nos protege y garantiza nuestra seguridad. Por tanto, como justos que creemos en Jesús, debemos confiar plenamente en Él y correr a sus brazos siempre que enfrentemos angustia, adversidad o crisis (Proverbios 18:10). Debemos correr hacia Dios —nuestra torre fuerte— y disfrutar de la seguridad que Él nos brinda.

Quisiera concluir este tiempo de meditación. A medida que pasa el tiempo y somos cada vez más conscientes de nuestra propia fragilidad, los cristianos debemos apoyarnos con mayor profundidad en Dios. Habiendo sido salvados por gracia —al aceptar a Jesucristo como nuestro Salvador y Señor y ser declarados justos por Dios—, debemos correr hacia Él, pues Él es nuestra torre fuerte. Solo el Señor nos otorga verdadera seguridad; las riquezas de los ricos jamás podrán brindar tal protección. Por tanto, debemos apresurarnos a acudir al pie de la cruz de Jesús. Debemos correr hacia Jesucristo —quien fue crucificado y murió por nosotros—, depositar todas nuestras pesadas cargas y poner nuestra confianza únicamente en Él. Cuando confiamos solo en el Señor, Él nos protege y vela por nosotros; el Señor, nuestra torre fuerte, nos coloca sobre una roca elevada.

El espíritu humano y el regalo

[Proverbios 18:14, 16]

El domingo pasado, al centrarnos en el Salmo 128, aprendimos que una de las bendiciones otorgadas a quienes temen a Dios es la bendición de la familia. Aquí, la bendición de la familia se refiere a la esposa (cónyuge) y a los hijos. En otras palabras, Dios concede esposa e hijos como una bendición a aquellos que le temen. En el Salmo 128:3, la Biblia afirma que los hijos sentados alrededor de la mesa son «como plantas de olivo». Los hijos son una bendición de Dios para los padres y una fuente de paz para nuestros corazones. ¡Qué agradecidos debemos estar de disfrutar de una vida familiar armoniosa y llena de alegría al sentarnos a la mesa con nuestros hijos! Sin embargo, si nuestros hijos —a quienes Dios nos ha dado como bendiciones y regalos— viven sin temer a Dios, quebrantando sus mandamientos y cometiendo pecado, esto se convierte en una fuente de profunda angustia para el corazón de los padres. En particular, si un hijo causa deshonra a sus padres (Proverbios 29:15), esto genera gran preocupación y hiere el espíritu de los padres.

En el pasaje de hoy —Proverbios 18:14 y 16—, el rey Salomón, autor de Proverbios, habla del «espíritu humano» (versículo 14) y del «regalo de una persona» (versículo 16). Centrándome en estos dos versículos, deseo meditar en la Palabra de Dios bajo el título «El espíritu humano y el regalo». Mi oración es que, a través de esta meditación, podamos escuchar la voz que Dios quiere que oigamos, obedecerla y, de este modo, disfrutar de las bendiciones que Él nos otorga.

En primer lugar, quisiera reflexionar sobre «el espíritu humano». Observemos el texto de hoy, Proverbios 18:14: «El espíritu humano puede soportar la enfermedad, pero ¿quién podrá aguantar un espíritu abatido?». El martes pasado, durante el culto de oración matutina, reflexionamos sobre la mujer que había sufrido una hemorragia durante doce años, basándonos en Marcos 5:25–34. Consideramos el relato bíblico de cómo ella había soportado «mucho sufrimiento» a manos de «muchos médicos» y había gastado todo lo que tenía sin encontrar alivio; al contrario, vio cómo su condición empeoraba. ¿Puede imaginárselo? Si usted o yo contrajéramos una enfermedad rara, ¿acaso no visitaríamos a muchos médicos y gastaríamos una fortuna en tratamientos para intentar curarla (siempre y cuando, por supuesto, tuviéramos los medios)? Pero si, a pesar de todo eso, no hubiera mejoría y nuestra condición realmente empeorara, ¿qué pasaría con nuestro espíritu? ¿No caeríamos en el desánimo y la desesperación? En Proverbios 12:25, 15:13 y 17:22, el rey Salomón, autor de Proverbios, aborda este tema: «La ansiedad en el corazón del hombre causa depresión, pero una buena palabra lo alegra» (12:25); «El corazón alegre hace que el rostro resplandezca, pero el dolor del corazón abate el espíritu» (15:13); y «El corazón alegre es buena medicina, pero el espíritu abatido seca los huesos» (17:22).

Amigos, la ansiedad en el corazón no solo nos causa angustia, sino que también aplasta nuestro espíritu. ¿Por qué albergamos tal ansiedad? Una de las razones es la enfermedad. Si sufriéramos una enfermedad durante doce años —no solo un día o dos—, como la mujer que padecía flujo de sangre, nuestros corazones se llenarían de preocupación y nuestros espíritus podrían caer fácilmente en un profundo desánimo. Esto es especialmente cierto si, al igual que ella, hubiéramos gastado una fortuna consultando a numerosos médicos en un intento inútil de curar nuestra dolencia, solo para ver cómo la condición empeoraba y el sufrimiento se intensificaba; en tales circunstancias, nuestros espíritus podrían quedar fácilmente aplastados y abatidos. En esos momentos, la pérdida de esperanza en el corazón se vuelve algo aún más aterrador que la propia enfermedad. El rey Salomón, autor de Proverbios, afirma en el pasaje de hoy (Proverbios 18:14): «El espíritu humano puede soportar la enfermedad, pero ¿quién podrá sobrellevar un espíritu abatido?». ¿Qué significa

esto? Aquí, un «espíritu abatido» se refiere a un estado de impotencia y desánimo frente a la tribulación, la enfermedad u otras adversidades (Park Yun-sun). Si nuestro espíritu está sano, podemos luchar contra la enfermedad y vencerla; sin embargo, si nuestro espíritu está abatido y desanimado —es decir, «enfermo» en sí mismo—, no podremos ganar la batalla contra la enfermedad. Un claro ejemplo de esto es la típica respuesta emocional tras un diagnóstico de cáncer. Se dice que las reacciones emocionales de los pacientes con cáncer generalmente atraviesan tres etapas: (1) La etapa de reacción inicial ocurre durante la semana posterior al diagnóstico, un periodo caracterizado por la negación, la incredulidad y la desesperación; durante esta fase, algunos pacientes pueden tomar decisiones desacertadas respecto a pruebas u opciones de tratamiento debido a una ansiedad intensa. (2) La segunda etapa es un periodo de agitación emocional. Durante este tiempo, se dice que los pacientes experimentan pensamientos recurrentes sobre el cáncer o la muerte, acompañados de síntomas como depresión, ansiedad, insomnio, dificultad para concentrarse y pérdida de apetito; síntomas que persisten entre una y dos semanas y dificultan el mantenimiento de la vida cotidiana. (3) La tercera etapa es la fase de adaptación, en la que los pacientes aceptan el diagnóstico y el proceso de tratamiento, encuentran sus propios mecanismos de afrontamiento y retoman sus rutinas diarias. En medio de estas etapas, los pacientes con cáncer suelen enfrentarse a problemas psiquiátricos específicos. Se informa que entre el 50 % y el 70 % de los pacientes con cáncer experimentan trastornos de adaptación —que se manifiestan como insomnio, ansiedad o depresión— debido a las dificultades asociadas a la enfermedad. Además, entre el 10 % y el 20 % de los pacientes sufren depresión clínica que requiere tratamiento; esta afección conlleva no solo un estado de ánimo bajo, falta de motivación e insomnio, sino también diversos síntomas físicos, como la incapacidad para comer y dolor corporal generalizado. Más allá de esto, los pacientes pueden experimentar miedo a la muerte, ansiedad ante una posible recidiva o metástasis del cáncer, y temor respecto a las incertidumbres futuras y a los cambios o sufrimientos inminentes; también pueden desarrollar una ansiedad que les lleva a preocuparse excesivamente —temiendo una enfermedad grave— incluso por cambios físicos menores. En casos poco frecuentes, los pacientes pueden presentar

delirios persecutorios, como sospechar que su familia desea su muerte o creer que el equipo médico les está administrando intencionadamente un tratamiento incorrecto.

Amigos, ya sea que enfrentemos una enfermedad como el cáncer o cualquier otra tribulación o adversidad, no debemos ceder al desánimo. Por el contrario, confiando en Dios, debemos mantener la paz y el gozo en nuestros corazones. Proverbios 15:13 nos dice: "El corazón alegre hermosea el rostro...", y Proverbios 17:22 afirma: "El corazón alegre es buena medicina". Incluso cuando nos vemos afectados por una enfermedad, si albergamos gozo en el corazón, nos esforzaremos por luchar contra ella; Ciertamente debemos combatirlo con tal determinación. En el libro *Don't Waste Your Cancer* (No desperdicies tu cáncer), escrito por el reconocido pastor estadounidense John Piper antes de su propia cirugía contra el cáncer, él escribe: «Si no creemos que nuestro cáncer fue diseñado por Dios para nuestro bien, lo desperdiciaremos». ... 2 Corintios 1:9 revela claramente el diseño de Dios: «De hecho, sentíamos que habíamos recibido la sentencia de muerte. Pero esto sucedió para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios, que resucita a los muertos». El diseño de Dios es profundizar nuestro amor por Cristo. No vencemos al cáncer simplemente muriendo; más bien, el cáncer gana cuando dejamos de valorar a Cristo. El cáncer está diseñado para erradicar el deseo de pecar. ... No pienses solo en luchar contra el cáncer; piensa en luchar contra el pecado a la par que luchas contra el cáncer. El cáncer es una gran oportunidad para dar testimonio de Cristo (Lucas 21:12–13) (Piper). Aferrémonos a las palabras de Éxodo 15:26 e invoquemos a Dios: «Él dijo: "Si escuchas atentamente la voz del SEÑOR tu Dios y haces lo que es recto ante sus ojos, si prestas atención a sus mandamientos y guardas todos sus decretos, no traeré sobre ti ninguna de las enfermedades que traje sobre los egipcios, porque yo soy el SEÑOR, quien te sana"». Si escuchamos y obedecemos la palabra de Dios —el Dios que nos sana—, Él ciertamente nos traerá sanidad. Incluso si no somos sanados, oro para que podamos ofrecer cánticos de acción de gracias y adoración a Dios, mientras experimentamos su gran y profundo amor a través de nuestra enfermedad.

Por último, consideremos el concepto del «regalo de una persona».

Observemos el texto de hoy, Proverbios 18:16: «El regalo de una persona le abre camino y la conduce ante la presencia de los grandes». El «regalo» que aquí se menciona no se refiere a un soborno. Si examinamos Proverbios 17:8 y 23 —pasajes sobre los que hemos reflexionado anteriormente—, la Biblia afirma: «Para quien lo ofrece, el soborno es como una piedra mágica: dondequiera que se vuelve, tiene éxito» (v. 8), y «Los malvados aceptan sobornos en secreto para pervertir el curso de la justicia» (v. 23). ¿Qué significa esto? Dado que Dios no acepta sobornos (Deuteronomio 10:17; 2 Crónicas 19:7), el pueblo de Dios tampoco debe aceptarlos. El autor de Eclesiastés señaló que el soborno destruye el discernimiento (Eclesiastés 7:7). A los jueces, en particular, se les advirtió estrictamente al respecto (2 Crónicas 19:7), porque los sobornos terminan pervirtiendo la justicia (1 Samuel 8:3; Proverbios 17:23). Por ello, Proverbios 15:27 declara: «Los codiciosos arruinan sus hogares, pero quien aborrece los sobornos vivirá». En consecuencia, el «regalo» del que habla el rey Salomón —autor de Proverbios— en Proverbios 18:16 no es un soborno, sino una dádiva entregada a otra persona. Consideremos Génesis 32:20-21: «Y di: "Tu siervo Jacob viene detrás de nosotros". Pues pensaba: "Lo apaciguaré con estos regalos que envío por delante; más tarde, cuando lo vea, tal vez me reciba". Así que los regalos de Jacob se adelantaron, mientras él pasaba la noche en el campamento». Mientras Jacob regresaba a su tierra natal tras unos veinte años de ausencia, se enteró de que su hermano Esaú venía a su encuentro con cuatrocientos hombres (v. 6). Lleno de gran temor y angustia (v. 7), dividió a su grupo en dos (v. 7), oró a Dios (vv. 9–12) y preparó un regalo de sus propias posesiones para su hermano Esaú (v. 13). ¿Cuál fue su motivo para hacer esto? Observemos Génesis 32:20: «Porque pensaba: "Calmaré su enojo con estos regalos que envío por delante; tal vez, cuando lo vea, me reciba bien"». Jacob tenía la intención de aplacar la ira de su hermano Esaú ofreciéndole un presente. Creía que, al hacerlo, podría ser aceptado cuando finalmente se encontrara cara a cara con él. Reflexionar sobre la historia de Jacob me recordó Proverbios 21:14: «Un regalo dado en secreto calma la ira, y un soborno oculto bajo el manto aplaca la furia intensa». El rey Salomón, autor de Proverbios, afirma que un regalo

entregado en secreto aquieta el enojo. En última instancia, Jacob buscaba apaciguar la ira que Esaú había albergado contra él durante veinte años ofreciendo un regalo a su enfurecido hermano. Si usted estuviera en el lugar de Esaú, ¿podría seguir enojado con alguien que le ofrece un regalo, por muy furioso que estuviera? En el pasaje de hoy, Proverbios 18:16, el rey Salomón afirma que «un regalo abre el camino y conduce a quien lo da ante la presencia de los grandes». En otras palabras, un regalo nos lleva a la presencia de una persona de alta jerarquía. Un ejemplo de esto se encuentra en Génesis 43:11, donde Jacob instruyó a sus diez hijos para que tomaran los mejores productos de la tierra de Canaán —como bálsamo, miel, especias, mirra, pistachos y almendras— y los presentaran como regalo al primer ministro de Egipto. Otro caso aparece en 1 Samuel 25:27, donde la sabia Abigail, esposa de Nabal, salió al encuentro de David —quien, en su ira, estaba decidido a vengarse de Nabal— y le ofreció un regalo. Así pues, un regalo sirve para facilitar el acceso a la presencia de una persona noble. ¿Sabe cuál es el regalo más grande de todos? El regalo supremo es Jesús, el Hijo unigénito de Dios, quien se convirtió en el Cordero de la Pascua sacrificado en la cruz. Por medio de Jesús, tú y yo podemos ser conducidos a la presencia del glorioso trono de la gracia de Dios (Hebreos 4:16). En otras palabras, mediante la muerte y resurrección de Jesús —el regalo supremo— hemos recibido la salvación por fe, la cual es, en sí misma, un regalo de Dios (Efesios 2:8). Además, conforme a este regalo de la gracia de Dios, nos hemos convertido en siervos de Dios, llamados a proclamar el evangelio de Jesucristo (Efesios 3:7).

Concluiré ahora esta meditación sobre la Palabra. Isaías 38:16 registra las palabras escritas por Ezequías, rey de Judá, tras recuperarse de su enfermedad (versículo 9): «¡Oh Señor! Por estas cosas viven los hombres, y en todas ellas está la vida de mi espíritu; así que Tú me restaurarás y me harás vivir». Dios amó el alma de Ezequías (versículo 17) y respondió a su oración. Dios no solo sanó su enfermedad física, sino que echó todos sus pecados tras sus espaldas (versículo 17). En resumen, Dios salvó a Ezequías (versículo 20). Amados, Dios nos amó tanto que entregó a su Hijo unigénito, Jesús, a la cruz para salvar la vida de nuestras almas. También nos concedió el regalo de la fe, capacitándonos para aceptar a Jesús como nuestro Salvador y Señor. Por medio de Jesucristo, Dios nos ha otorgado el regalo de la vida

eterna. ¿Cómo debemos responder, entonces, al recibir este regalo maravilloso? Debemos proclamar el Evangelio de Jesucristo, que da vida al alma humana. La razón es que el Evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree (Romanos 1:16). Es mi oración que el poder del Evangelio de Jesucristo —que salva la vida de las almas mediante el regalo de la vida eterna— se manifieste poderosamente mientras lo proclamamos a los demás.

La boca, los oídos y el corazón

[Proverbios 18:15, 20-21]

¿Qué piensa usted de las palabras de Jesús: «Lo que sale de la persona es lo que la contamina» (Marcos 7:20)? Jesús afirmó que, si bien «nada de lo que entra en la persona desde fuera puede contaminarla» (v. 18), es lo que sale de ella lo que la contamina (v. 20). La razón es que lo que proviene del corazón humano consiste en «malos pensamientos» (v. 21) y «toda clase de maldad» (v. 23). Por eso Proverbios 4:23 dice: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, porque de él mana la vida». ¿Está usted guardando bien su corazón? ¿Cómo puede saber si lo está protegiendo adecuadamente? Una forma es reflexionar sobre cómo usamos la boca y los oídos. En otras palabras, al evaluar qué nos apresuramos a decir y qué nos apresuramos a escuchar, podemos comprender el estado actual de nuestro corazón.

En el pasaje de hoy —Proverbios 18:15 y 20-21—, el rey Salomón, autor de Proverbios, habla sobre el corazón, los oídos y la boca del ser humano. Centrándome en este texto, quisiera reflexionar sobre la «boca», los «oídos» y el «corazón», y recibir las enseñanzas que Dios tiene para nosotros.

En primer lugar, consideremos la «boca».

Observemos Proverbios 18:20-21: «Del fruto de su boca se sacia el vientre del hombre; se satisface con la cosecha de sus labios. La lengua tiene poder de vida y muerte, y quienes la aman comerán de su fruto». Al meditar en el libro de Proverbios hasta el capítulo 17, hemos

recibido diversas enseñanzas sobre la lengua y la boca. He resumido estas lecciones en tres puntos principales: (1) Dios ama una lengua veraz (12:19) que dice la verdad (8:7-8), pero aborrece la lengua mentirosa (6:17). Debemos evitar el hablar retorcido o perverso (4:24, 6:12). (2) La boca del sabio imparte conocimiento para el bien, mientras que la boca del necio derrama insensatez (15:2). En otras palabras, mientras que la boca del sabio (el justo) es fuente de vida (10:11) que trae salvación (11:9), la boca del necio (el impío) se acerca a la ruina (10:14; 18:7). Esto se debe a que la boca del sabio pronuncia sabiduría (10:31), mientras que la boca del impío alberga violencia (10:6, 11), habla perversidad (10:32) y derrama maldad (15:28). (3) Debemos controlar nuestros labios, pues donde abundan las palabras, la transgresión es inevitable (10:19). En otras palabras, debemos saber cuándo guardar silencio (11:12; 17:28). Nunca debemos provocar contiendas con nuestros labios como hacen los necios (18:6). En el pasaje de hoy —Proverbios 18:20–21— el rey Salomón habla del fruto que proviene de la boca de una persona, es decir, «el fruto de la lengua». ¿Cuál es este fruto de la lengua? Si somos los sabios o los justos descritos por el autor de Proverbios, la verdad fluirá de nuestra boca… …y hallaremos satisfacción en el fruto de esa verdad. Sin embargo, si actuamos con insensatez y dejamos que palabras retorcidas, tortuosas o mentirosas escapen de nuestros labios, enfrentaremos la ruina debido al fruto de esa falsedad. Por eso el rey Salomón afirmó que la vida y la muerte dependen del poder de la lengua; en otras palabras, la lengua ejerce una influencia inmensa. Si usamos nuestra lengua con sabiduría, podemos llevar vida a los demás y a nosotros mismos; por el contrario, si la usamos con insensatez o de manera indebida, podemos destruir a otros y provocar nuestra propia destrucción.

Debemos usar nuestra lengua con sabiduría. Para ello, necesitamos reflexionar profundamente sobre el «poder de la lengua» mencionado en el versículo 21 del pasaje de hoy. En resumen, debemos ejercer un dominio sabio sobre el poder de nuestra lengua. Nunca debemos hablar precipitadamente solo para alardear de ese poder. En pocas palabras, el poder de la lengua requiere dominio propio. Desde esta perspectiva, y tal como señaló el rey Salomón en Proverbios 10:19, debemos refrenar nuestros labios; no debemos

hablar en exceso. Esto es especialmente cierto dentro de la iglesia. Debemos evitar hablar demasiado y, en particular, debemos cuidarnos de la inclinación a chismear o hablar de los demás (Proverbios 18:8). De lo contrario —independientemente de nuestras intenciones—, nuestras palabras excesivas o imprudentes pueden herir fácilmente el corazón de nuestros hermanos y hermanas (Proverbios 15:4). Sobre todo, no debemos hablar precipitadamente —«como golpes de espada»—, tal como se describe en Proverbios 12:18; debemos evitar hacer comentarios imprudentes e hirientes sobre los demás. De lo contrario, como afirma el texto de hoy —Proverbios 18:21—, comeremos del fruto de nuestra lengua. En otras palabras, si hacemos un mal uso de nuestra lengua, tanto nosotros como los demás enfrentaremos la ruina. Hablemos todos palabras que fomenten la armonía. Somos hijos de Dios, llamados a ser pacificadores. Por tanto, nuestra boca debe pronunciar palabras que propicien la reconciliación y la armonía. Este es precisamente el tipo de lenguaje apropiado para los cristianos (10:32). Observemos 2 Corintios 5:19: «que Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo en Cristo, no tomando en cuenta los pecados de los hombres. Y nos ha confiado el mensaje de la reconciliación». Al pronunciar palabras de reconciliación, debemos —en la medida de lo posible— vivir en paz con todos (Romanos 12:18). Como afirmó el rey Salomón, autor de Proverbios, en Proverbios 17:1: «Más vale un trozo de pan seco con paz y tranquilidad que una casa llena de banquetes, pero con contiendas».

En segundo lugar, consideremos el «oído».

Observemos la última parte de Proverbios 18:15, en el texto de hoy: «… el oído de los sabios busca el conocimiento». Al reflexionar sobre el libro de Proverbios, que ya hemos meditado, vemos que el rey Salomón señaló que los sabios atesoran conocimiento (10:14) y son librados gracias a su conocimiento (11:9). También afirmó que la lengua de los sabios imparte conocimiento correctamente (15:2). En ese sentido, los sabios aman el conocimiento. Por eso, el oído del sabio busca el conocimiento. Es por ello que Proverbios 23:12 nos dice: «Aplica tu corazón a la instrucción y tus oídos a las palabras de conocimiento». Sin embargo, el tiempo que vivimos ahora es precisamente aquel que el

apóstol Pablo profetizó en 2 Timoteo 4:3-4. ¿Qué clase de tiempo ha llegado? Es un tiempo en el que «la gente no soportará la sana doctrina», sino que, «para satisfacer sus propios deseos, se rodeará de un gran número de maestros que digan lo que sus oídos deseosos de novedades quieren oír», y «apartarán los oídos de la verdad para volverse a los mitos». Hoy en día, muchas personas no creen que la Biblia sea la Palabra de Dios ni que la Palabra de Dios sea la verdad absoluta. Tal como profetizó Pablo, la gente ya ha apartado sus oídos de la verdad. Les desagrada escuchar la verdad de Dios; le dan la espalda y se tapan los oídos para evitar escuchar (Zacarías 7:11). ¿Cuál es la razón de esto? Es que sus oídos están incircuncisos. Por eso no pueden oír (Jeremías 6:10). No se deleitan al escuchar la Palabra de Dios porque la consideran una ofensa para sí mismos (Jeremías 6:10).

Amigos, escuchen lo que dice el rey Salomón, autor de Proverbios, en Proverbios 17:4: «El malhechor presta oído a los labios inicuos, y el mentiroso atiende a la lengua maliciosa». ¿Qué significa esto? Significa que aquellos que hacen el mal o dicen mentiras prestan sus oídos a discursos inicuos o maliciosos. ¿Por qué sucede esto? Porque el malhechor y el mentiroso son, en sí mismos, inicuos y malvados. Por eso prestan atención a tales palabras. Sin embargo, ustedes y yo somos cristianos que creemos en Jesús. No somos malhechores ni mentirosos. Más bien, somos quienes hacemos el bien y decimos la verdad. Por tanto, debemos inclinar nuestros oídos hacia el buen conocimiento y la verdad. Al igual que María en Lucas 10, debemos sentarnos a los pies del Señor y escuchar sus palabras (versículo 39). Así, debemos esforzarnos por conocer al Señor (Oseas 6:3) y crecer en el conocimiento de Dios (Colosenses 1:10). Mi oración es que todos lleguemos a estar unidos en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, alcanzando la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios 4:13).

En tercer y último lugar, consideremos el «corazón».

Miren la primera parte del texto de hoy, Proverbios 18:15: «El corazón del entendido adquiere conocimiento…». Amigos, ¿qué clase de corazón es el de la persona entendida que adquiere

conocimiento? Al reflexionar sobre esta pregunta, recordé la parábola del sembrador de Jesús; específicamente, la «buena tierra» de la que Él habló en esa parábola. Miren Lucas 8:15: «Pero la semilla en buena tierra representa a los que, con corazón honesto y bueno, oyen la palabra, la retienen y dan fruto con perseverancia». La «buena tierra» de la que habló Jesús representa un corazón que escucha la palabra de Dios con honestidad y bondad, la retiene y da fruto mediante la perseverancia. Creo que este es precisamente el corazón de una persona entendida —es decir, sabia—. Un corazón que escucha y guarda la palabra de Dios y da fruto con perseverancia es el corazón del entendido y del sabio. El rey Salomón, autor de Proverbios, afirma en la primera parte del texto de hoy (Proverbios 18:15) que tal corazón sabio adquiere conocimiento. Salomón expresó un pensamiento similar en Proverbios 15:14: «El corazón del entendido busca conocimiento, pero la boca de los necios se alimenta de necedad». ¿Qué significa esto? Significa que el corazón del entendido —del sabio— anhela y busca el conocimiento. En consecuencia, sus oídos están prontos para escuchar aquello que concierne al conocimiento de Dios. Como resultado, «el sabio oye y aumenta su saber» (1:5). Adquieren conocimiento, tal como se indica en la primera parte de Proverbios 18:15. Al hacerlo, el conocimiento de Dios deleitará sus almas (2:10).

Amados, debemos inclinar nuestros oídos para escuchar las palabras del Señor y atesorar el conocimiento de Él en nuestros corazones (22:17). Debemos escuchar las palabras del Señor y obedecerlas. Por reverencia a Dios —el «principio del conocimiento» (1:7)—, debemos guardar y practicar sus mandamientos. Esa es nuestra sabiduría y nuestro conocimiento (Deuteronomio 4:6). Cuando hacemos esto, somos capaces de hablar con sabiduría (Proverbios 16:23).

Concluiré ahora esta meditación sobre la Palabra. Lo que contamina a una persona es lo que sale de ella (Marcos 7:20). Para asegurar que lo que brota de nuestros corazones no sean malos pensamientos ni maldad, sino bondad y pensamientos virtuosos, debemos desear fervientemente el conocimiento de Dios. Debemos llenar nuestros corazones con ese conocimiento. Para lograrlo, debemos inclinar nuestros oídos a la voz de Dios y estar

prontos a escuchar su Palabra. En consecuencia, la Palabra de Dios debe fluir de nuestros labios, y debemos hablar del conocimiento de Dios. Oro para que Dios gobierne nuestros corazones, oídos y labios.

Esposa y amigo

[Proverbios 18:22, 24]

¿Cree usted que los encuentros son el aspecto más importante de la vida? Un escrito titulado "Lo más importante en la vida es el encuentro" afirma: "...Vivir es encontrarse: encuentros con padres, maestros, amigos, buenos libros y muchas otras personas. La felicidad y la infelicidad humanas están determinadas por estos encuentros" (Internet). ¿Qué opina de esta afirmación? Personalmente, creo que el encuentro más importante de nuestras vidas es el encuentro con Jesús. Si bien los encuentros con padres y maestros son significativos, también considero que el encuentro con el propio cónyuge es verdaderamente vital; de hecho, veo el encuentro con el cónyuge como el más importante después del encuentro con Jesús. Los encuentros con padres e hijos ocuparían el siguiente lugar en importancia. Entre ellos, también considero crucial el encuentro con un amigo, porque creo que conocer a un buen amigo moldea nuestras vidas.

En el pasaje de hoy —Proverbios 18:22 y 24—, el rey Salomón, autor de Proverbios, habla sobre "esposas" y "amigos". Centrándome en estos dos versículos, quisiera reflexionar sobre los temas de "esposa" y "amigo", y acoger las enseñanzas que Dios nos ofrece, esforzándome por ponerlas en práctica.

En primer lugar, consideremos a la "esposa".

Observemos Proverbios 18:22: "El que halla esposa halla el bien y alcanza el favor del Señor". Esposos, ¿cómo ven a sus esposas? Cuando piensan en su esposa, ¿les pasa por la mente

el pensamiento: "He recibido una bendición de Dios"? Seguramente no estarán pensando: "He sido maldecido por Dios", ¿verdad? Jaja. Cuando pienso en una "esposa", recuerdo el pasaje de Proverbios 5:18-19 sobre el que ya hemos meditado: "Sea bendita tu fuente, y alégrate con la esposa de tu juventud. Ella es como una cierva encantadora y una gacela llena de gracia; que sus pechos te satisfagan en todo tiempo, y que siempre te cautive su amor". La lección que ya hemos aprendido aquí es que debemos llevar bendición a nuestras esposas. ¿Cómo, entonces, debemos hacerlo? (1) Debemos regocijarnos en nuestras esposas.

Observemos Proverbios 5:18: «Bendita sea tu fuente, y alégrate con la esposa de tu juventud». ¿Cómo debemos, en efecto, regocijarnos los esposos en nuestras esposas? Debemos hallar plena satisfacción en el abrazo de nuestras esposas. Miremos Proverbios 5:19: «Ella es como una cierva amorosa y una gacela llena de gracia; que sus pechos te satisfagan en todo tiempo, y que siempre te cautive su amor». Hallar satisfacción en el abrazo de la esposa significa que nuestros corazones deben quedar cautivados por su amor. En particular, nuestros corazones deben sentirse más cautivados por sus virtudes que por su belleza física. Este es el sentido de la metáfora que la describe «como una cierva amorosa y una gacela llena de gracia» (Park Yun-sun). Cuando actuamos así, nos deleitamos únicamente en el amor de nuestras esposas —nuestro «pozo» y nuestra «fuente» (versículo 15)— y jamás las abandonamos para acudir a la casa de una adúltera. En otras palabras, cuando hallamos un refrigerio satisfactorio —tanto sexual como emocionalmente— en nuestras esposas, nunca anhelamos el abrazo de una adúltera ni deseamos su amor (versículo 20). En Proverbios 5:16-17, el rey Salomón dice: «¿Por qué habrían de derramarse tus manantiales por las calles, y tus corrientes de agua por las plazas públicas? Que sean solo para ti, y nunca para compartirlos con extraños». Sin embargo, ¿cuántos esposos hoy en día permiten que sus manantiales se derramen fuera del hogar y los comparten con otras personas? ¿Cuántos hombres abandonan a sus esposas por otras mujeres? Muchos esposos no logran hallar una satisfacción constante en el abrazo de sus esposas ni deleitarse en ellas; en lugar de valorar el amor de sus esposas (v. 19), codician a

la adúltera y abrazan el pecho de otra mujer (v. 20). Cuando nosotros, los hombres, abandonamos a nuestras esposas y cometemos adulterio al dirigir nuestra atención hacia otras mujeres, inevitablemente afrontamos las consecuencias de nuestras decisiones pecaminosas (vv. 7-14). Tales consecuencias incluyen la pérdida de honor (v. 9), tiempo (v. 9), riqueza (v. 10) y salud (v. 11), así como el sufrimiento que conlleva la angustia de una conciencia culpable (vv. 12-14). Por tanto, conociendo las consecuencias del adulterio, no debemos codiciar a la adúltera. En cambio, debemos hallar satisfacción constante en el abrazo de nuestras esposas y deleitarnos en ellas.

(2) Para bendecir a nuestras esposas, debemos verlas como una bendición que Dios nos ha otorgado (18:22).

Por supuesto, el autor de Proverbios, el rey Salomón, no se refiere a cualquier esposa. La «esposa» de la que habla aquí es una «esposa excelente» (12:4), una «esposa prudente» (19:14) o la «mujer de carácter noble» descrita en Proverbios 31 (31:10). Observemos Proverbios 31:10: «¿Quién hallará una mujer virtuosa? Su valor sobrepasa por mucho al de las perlas». Proverbios 19:14 nos dice que tal esposa virtuosa y sabia proviene de Dios. Proverbios 18:22, el texto de hoy, afirma que el hombre que encuentra una esposa así —bondadosa, sabia y virtuosa— es bendecido y ha recibido el favor de Dios. En otras palabras, el esposo que tiene a una mujer así como compañera es un hombre bendecido. Esto se debe a que una esposa bondadosa, sabia y virtuosa se convierte para él en una fuente de gran bendición: una persona verdaderamente preciosa. Sin embargo, ¿por qué tantos esposos no ven a sus esposas como una bendición otorgada por Dios? ¿Cuál es la razón? Una razón es que la mujer no es virtuosa, sabia ni bondadosa, sino más bien una «mujer que trae deshonra». Observemos Proverbios 12:4: «La mujer virtuosa es corona de su marido, pero la mujer que trae deshonra es como podredumbre en sus huesos». ¿Qué significa esto? ¿Quién es una «mujer que trae deshonra»? Se refiere a una mujer propensa a pelear con su esposo (Park Yun-sun). Respecto a una mujer tan pendenciera, el rey Salomón dice: «Mejor es vivir solo en una choza que con una mujer pendenciera en una casa grande» (21:9), y «Mejor es

vivir solo en el desierto que con una mujer pendenciera e iracunda» (21:19; 25:24). Es muy probable que haya hombres entre nosotros que quieran poner esta excusa: "Dios no me dio una mujer virtuosa; me dio una mujer pendenciera y de mal genio. ¿Cómo podría considerar una bendición a una esposa así?". Suena a una excusa plausible, ¿verdad? Si yo escuchara tales palabras, le diría a ese hermano: "Dios no te dio una mujer pendenciera y de mal genio; *tú* la elegiste. Así que asume la responsabilidad y ayúdala a convertirse en una mujer virtuosa". Con demasiada frecuencia, parece que los hombres rechazamos a las mujeres amables, sabias y virtuosas que Dios nos ofrece, y elegimos en su lugar a mujeres que nos parecen hermosas y atractivas, solo para descubrir más tarde que se vuelven pendencieras y de mal genio. Si hemos tomado tal decisión, debemos asumir la responsabilidad de cultivar en nuestras esposas la virtud. Hoy en día, demasiados hombres hablan y actúan con total irresponsabilidad hacia las mujeres con las que decidieron casarse. No dudan en pronunciar palabras que se sienten como maldiciones y, con sus acciones, hacen que sus esposas se sientan como si fueran una maldición. En resumen, muchas esposas viven hoy sin recibir el amor de sus maridos. ¡Qué existencia tan desdichada para una mujer! Debemos considerar a nuestras esposas como las bendiciones que Dios nos ha otorgado. Una esposa es una bendición que Dios nos ha dado a los maridos. Debemos deleitarnos en nuestras esposas y hallar siempre satisfacción en su abrazo.

Por último, consideremos el tema de los "amigos".

Por favor, miremos el texto de hoy, Proverbios 18:24: "El hombre de muchos amigos se arruina, pero hay un amigo que es más fiel que un hermano". ¿Alguna vez te has sentido orgulloso —o incluso has presumido— de tener muchos amigos en tu vida? Yo, ciertamente, sí. Cuando estaba en el último año de secundaria, solía frecuentar un grupo grande; recuerdo haber presumido una vez de una reunión con unos cuarenta amigos en una cafetería de Koreatown. Me enorgullecía la gran cantidad de amigos que tenía y no temía alardear de ello. No estoy del todo seguro de por qué pasaba tiempo con un grupo tan grande en aquel entonces; simplemente me gustaba la idea de tener muchos amigos. Sin embargo,

al mirar atrás ahora, solo unos cuatro de esos muchos amigos permanecen cerca de mí. Al final, me he quedado con apenas una décima parte de aquel círculo original. Jaja. En el pasaje de hoy, Proverbios 18:24, el sabio rey Salomón plantea dos puntos:

(1) El rey Salomón afirma que "el hombre de muchos amigos se arruina".

¿Por qué alguien con muchos amigos llega a la ruina? Encontré la respuesta en Proverbios 14:20 y 19:4: "El pobre es odiado incluso por su vecino, pero el rico tiene muchos amigos" (14:20); "La riqueza añade muchos amigos, pero el pobre es abandonado por su amigo" (19:4). La Biblia nos dice que los ricos tienen muchos amigos. No obstante, Proverbios 18:24 advierte que tener demasiados amigos conduce a la ruina. ¿Cuál es la razón? La razón es que muchos de esos amigos te buscaron debido a tu riqueza (Park Yun-sun). ¿Tienes algún amigo que haya entrado en tu vida por el dinero que tienes? Si es así, esa persona te abandonaría si no tuvieras dinero. Esto se debe a que buscaron tu amistad basándose en tu riqueza. He vivido esto en carne propia. En la secundaria, mientras salía con un grupo y consumía drogas, fui testigo de cómo se rompían las amistades. En concreto, los amigos que consumían drogas tendían a acercarse a quienes tenían dinero, alejándose de personas como yo, que no teníamos nada. En última instancia, el rey Salomón afirma que rodearse de muchos amigos atraídos por la riqueza conduce a la ruina. ¿No es interesante? Basta pensar en la inmensa riqueza que poseía el rey Salomón. ¿Es posible que, entre la multitud de personas que se acercaban a él, ni una sola buscara su amistad debido a sus riquezas? Sospecho que el rey Salomón, al reflexionar sobre sus propias vivencias, pronunció la frase: «quien tiene muchos amigos, va a la ruina». Lo que importa, a mi parecer, no es la cantidad de amigos que uno tiene, sino la *clase* de amigos que son.

(2) El rey Salomón afirma: «Hay amigos más unidos que un hermano» (18:24).

¿Qué significa esto? En pocas palabras, quiere decir que existen amigos más cercanos que los propios hermanos. ¿Tienes algún amigo que sea más cercano que un hermano? Fíjate en

Proverbios 27:10: «No abandones a tu amigo ni al amigo de tu padre, ni acudas a la casa de tu hermano en el día de tu desgracia; más vale vecino cercano que hermano lejano». La Biblia nos aconseja que, en momentos de dificultad, recurramos a un vecino cercano —como un amigo o el amigo de nuestro padre— en lugar de a un hermano que está lejos. ¿Por qué? Porque un vecino (o amigo) cercano es mejor que un hermano lejano. Entonces, ¿qué clase de amigo es aquel que resulta más cercano que un hermano?

(a) Un amigo que hace brillar mi rostro.

Observa Proverbios 27:17: «El hierro se afila con el hierro, y el hombre con el hombre». ¿Qué significa esto? Es una metáfora de cómo los creyentes se ayudan mutuamente (Park Yun-sun). Amigos, un amigo más cercano que un hermano es aquel que ayuda al otro. Al fomentar el crecimiento de su amigo, lo ven brillar.

(b) Un amigo que ofrece un consejo fiel que alegra el corazón.
Mira Proverbios 27:9: «El aceite y el perfume alegran el corazón, y la dulzura de un amigo proviene de su consejo sincero». Aquí, el consejo fiel de un amigo se refiere a un «consejo para el alma»: exhortar a un amigo con sinceridad y por amor (Park Yun-sun). Tal consejo sincero incluye incluso la reprensión dolorosa. Observemos Proverbios 27:6: «Fieles son las heridas del amigo; profusos, los besos del enemigo». Amigos, un amigo más unido que un hermano ama nuestras almas; por ello, no solo ofrece consejos que alegran el corazón, sino que también nos reprende, aunque eso pueda causar dolor.

(c) Un amigo que da su vida por mí.

Observemos Juan 15:13: «Nadie tiene mayor amor que este: que uno ponga su vida por sus amigos». Jesús nos consideró a ustedes y a mí sus amigos y entregó su vida en la cruz para nuestra salvación. ¿Qué amor podría ser mayor que este? Este es precisamente el amor de

un amigo más unido que un hermano. Un amigo que da su vida por otro comparte un vínculo de amor más estrecho que el de un hermano.

Quisiera concluir esta reflexión. Amigos míos, quien encuentra esposa halla una bendición y recibe el favor de Dios. Dios otorga a nuestras vidas la bendición de un cónyuge. Además, nos concede la bendición de la amistad, e incluso nos lleva a conocer amigos que son más unidos que los hermanos. Oro para que ustedes experimenten esta bendición de Dios.

La riqueza y las pruebas de los pobres

[Proverbios 18:23; 19:1, 4, 7, 17]

¿Es la pobreza una bendición o una maldición? Al considerar esta pregunta, recordé la frase: «¿Es la pobreza un pecado?». Nadie diría explícitamente que la pobreza es un pecado. Sin embargo, parece que, al vivir en este mundo, a menudo se trata a los pobres como si fueran pecadores. Aunque la pobreza en sí misma no es un pecado, en un mundo donde la brecha entre ricos y pobres se amplía, los pobres suelen ser objeto de señalamientos, desprecio y burlas, viviendo como si fueran culpables de alguna falta.

Al meditar en los pasajes de hoy —Proverbios 18:23 y 19:1, 4, 7 y 17—, vino a mi mente el concepto de «la riqueza de los pobres». En otras palabras, aunque una persona pueda ser económicamente pobre, hay quienes son verdaderamente ricos a los ojos de Dios. No obstante, el texto de hoy (Proverbios 19:4 y 7) indica que inevitablemente han de enfrentar pruebas mientras viven en este mundo. Además, Proverbios 19:17 ofrece instrucciones sobre cómo debemos tratar a los pobres. Por ello, quisiera reflexionar sobre tres puntos basados en estos pasajes para recibir las enseñanzas que Dios tiene para nosotros: primero, la riqueza de los pobres; segundo, las pruebas de los pobres; y tercero, cómo debemos tratar a los pobres.

Primero, ¿cuál es la riqueza de los pobres?

El texto nos enseña esto de dos maneras:

(1) La riqueza de los pobres es la sinceridad y el fervor. Observemos el texto de hoy, Proverbios 18:23: «El pobre suplica misericordia, pero el rico responde con dureza». Personalmente, al comparar a la comunidad hispana cercana a nuestra iglesia —a la que nuestro ministerio hispano se esfuerza por alcanzar y evangelizar— con los hispanos de Tijuana, México, considero que estos últimos son más receptivos al Evangelio. De hecho, las estadísticas de nuestro reciente viaje misionero a Tijuana muestran que diez personas escucharon el Evangelio y aceptaron a Jesús como su Salvador; Sin embargo, a pesar de que nuestro ministerio hispano ha estado operando cerca de nuestra iglesia durante casi siete años, relativamente pocas almas aquí han aceptado a Jesús. Al considerar las razones de esto, creo que un factor es que los hispanos que viven en Tijuana, México, poseen un mayor anhelo sincero por escuchar el Evangelio —nacido de su pobreza— en comparación con aquellos que viven aquí en los Estados Unidos. En otras palabras, es posible que las personas en Tijuana sean «pobres de espíritu» (Mateo 5:3) en mayor grado que quienes están aquí en EE. UU. Visto bajo esta luz, creo que la pobreza puede ser una bendición.

En la primera parte de Proverbios 18:23, el rey Salomón, autor de dicho libro, afirma que «el pobre suplica misericordia» (o «suplica con fervor»). ¿Qué significa esto? El Dr. Park Yun-sun explica: «Cuando una persona es pobre, se vuelve humilde y ferviente al buscar lo que necesita» (Park Yun-sun). Como sabemos, Dios advirtió al pueblo de Israel a través de Moisés mientras vivían en el desierto. ¿Cuál fue esa advertencia? Les advirtió que no permitieran que sus corazones se enorgullecieran y olvidaran a su Dios (v. 14) una vez que entraran en Canaán: una tierra hermosa y abundante que fluía leche y miel, donde no faltaba comida ni ninguna otra cosa (Deuteronomio 8:9). ¿Por qué dio Dios tal advertencia? Porque sabía que sus corazones se volverían arrogantes una vez que entraran en la tierra, comieran hasta saciarse, construyeran y habitaran hermosas casas, vieran multiplicarse sus rebaños y manadas, y observaran cómo aumentaban su plata, su oro y sus posesiones (vv. 12–13). ¿No deberíamos nosotros también prestar atención a esta advertencia de Dios? Hace poco escuché noticias que indicaban señales de recuperación en la economía de EE. UU. Naturalmente, todos considerarían esto una buena noticia. Sin embargo, tras escucharla y

reflexionar sobre el pasaje de hoy —Proverbios 18:23—, comencé a preguntarme si tal vez no sea algo totalmente positivo. La razón es mi preocupación de que todavía carecemos de un deseo ferviente de buscar a Dios. Aunque esta es mi opinión personal, creo que nosotros, los cristianos al menos, todavía tenemos carencias en cuanto a ese anhelo sincero por Él. En consecuencia, las noticias de una recuperación económica podrían representar un peligro para nosotros en lugar de ser una bendición.

¿Qué necesitamos entonces los cristianos en este momento? ¿Prosperidad económica impulsada por el crecimiento? ¿O un deseo sincero de buscar a Dios? Creo que a los cristianos que vivimos en esta era posmoderna nos faltan notablemente tres cosas: compromiso, sinceridad (o un sentido de desesperación) y sentido de urgencia. Al considerar las razones de esta carencia, encuentro las causas en el egoísmo, el amor por la comodidad y la pereza. A medida que el mundo se acerca a su fin, las personas —tal como se describe en 2 Timoteo 3:2— se han vuelto «amadoras de sí mismas». Por consiguiente, incluso nosotros, los cristianos, a menudo nos amamos más a nosotros mismos que al Señor o a Su cuerpo, la iglesia. Como resultado, fallamos cada vez más en servir a la iglesia. Durante una visita reciente a Corea, noté —quizás porque la gente lucha por ganarse la vida— que cada vez menos personas se ofrecen como voluntarias para servir a la iglesia; los creyentes fallan cada vez más en comprometerse con ella. Creo que lo mismo se aplica a la sinceridad. Los cristianos que se aman a sí mismos buscan su propia comodidad; ¿por qué elegirían soportar dificultades o sufrimientos por causa del Señor? Si bien el hedonismo es peligroso, creo que la obsesión por la comodidad es igualmente peligrosa, ya que no solo nos impide buscar a Dios sinceramente, sino que nos incapacita para hacerlo. ¿Qué hay del sentido de urgencia? ¿Lo poseemos realmente tú y yo? Parece que carecemos no solo de sentido del deber, sino también de sentido de urgencia. Creo que esto proviene de la pereza que surge cuando nos amamos a nosotros mismos y buscamos la comodidad. En consecuencia, temo que estemos fallando en cumplir adecuadamente la misión que se nos ha confiado como mayordomos del Señor. Y, sin embargo, parece que no vivimos nuestra

vida de fe con un sentido de urgencia respecto al hecho de que algún día debemos rendir cuentas ante el Señor.

Amados, debemos clamar a Dios con la misma sinceridad que el «pobre» mencionado en el texto de hoy, Proverbios 18:23. En otras palabras, debemos llegar a ser pobres en espíritu y ofrecer oraciones que busquen sinceramente a Dios. Proverbios 8:17, sobre el cual hemos meditado anteriormente, nos dice: «Yo amo a los que me aman, y los que me buscan con diligencia me hallarán». Además, Lucas 22:44 describe cómo Jesús «oraba con mayor intensidad», hasta el punto de que «su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían hasta el suelo». Mi oración es que tú y yo también lleguemos a ser personas que busquen e invoquen a Dios con diligencia, tal como lo hizo Jesús.

(2) La riqueza del pobre es la integridad.

Por favor, observemos el texto de hoy, Proverbios 19:1: «Mejor es el pobre que camina en integridad que el de labios perversos y necio». Personalmente, la integridad es una de las virtudes cristianas que más valoro en mi propio caminar de fe. Una razón de ello proviene de un comentario que me hizo una *kwonsa* (una líder laica veterana) a quien visité junto con mi abuela en un complejo de viviendas para personas mayores; aunque no recuerdo con exactitud si en aquel entonces yo era estudiante universitario o seminarista. Según recuerdo, mi abuela ayudaba a la *kwonsa* a entrar en el edificio de apartamentos cuando ella me señaló y me presentó como su nieto, quien llegaría a ser pastor; al oír esto, la *kwonsa* se volvió hacia mí y me dijo: «Sé una persona íntegra». Ese único comentario ha seguido resonando en mi corazón desde entonces. Usted también desea un pastor íntegro, ¿verdad? Yo también anhelo sinceramente que ustedes sean creyentes íntegros y que todos lleguemos a ser cristianos íntegros.

Un versículo similar al texto de hoy, Proverbios 19:1, aparece en Proverbios 28:6: «Mejor es el pobre que camina en integridad que el de caminos perversos, aunque sea rico». La frase

«el pobre que camina en integridad», presente en la primera parte de ambos versículos, se refiere a una persona pobre que actúa con veracidad; aquí, se define a la persona íntegra como alguien cuya apariencia externa y su ser interior están en armonía (Park Yun-sun). En Proverbios 19:1, Salomón, el autor del libro, contrasta a esa persona íntegra con el necio. En otras palabras, está contraponiendo la veracidad a la falsedad, más que la riqueza a la pobreza. ¿Qué significa esto? Significa que una persona veraz y pobre está en mejor situación que una persona rica y engañosa. El «rico que camina por caminos torcidos», mencionado en Proverbios 28:6, se refiere a alguien que posee riqueza pero tiene un corazón retorcido; en consecuencia, distorsiona la verdad al hablar en lugar de expresarse con honestidad (Park Yun-sun). Respecto a tal persona, Proverbios 2:15 afirma que «sus senderos son torcidos y sus caminos, tortuosos». En última instancia, dado que el hombre rico que sigue un camino torcido tiene un corazón retorcido, de él solo pueden surgir palabras y acciones retorcidas. El autor de Proverbios llama insensato a tal individuo. Y el insensato no es veraz; más bien, es engañoso.

Amados, en lugar de esforzarnos y luchar por enriquecernos, debemos esforzarnos y luchar por ser cristianos veraces. Debemos desechar la falsedad y la hipocresía, y comprometernos a vivir una vida en la que nuestras acciones externas estén en consonancia con nuestro ser interior. Para lograrlo, debemos escuchar la voz de Dios y obedecerla. En otras palabras, debemos llevar una vida de fe en la que la Palabra se encarne en nuestro carácter. Por tanto, debemos convertirnos en cristianos veraces.

En segundo lugar, ¿cuál es la prueba que enfrentan los pobres?

Observemos el texto de hoy, Proverbios 19:4 y 7: «Las riquezas atraen muchos amigos, pero al pobre su amigo lo abandona… Si los pobres son odiados incluso por sus propios hermanos, ¡cuánto más los evitarán sus amigos! Aunque los persigan con palabras, ellos ya no están». Estos versículos revelan la naturaleza de las pruebas que afrontan los pobres. Esto implica no solo ser odiado por los propios hermanos, sino también perder a los amigos.

Además, Proverbios 14:20 señala que los pobres son odiados incluso por sus vecinos. Esto significa que los pobres quedan aislados e inevitablemente sumidos en la soledad. Asimismo, Proverbios 28:3 y 15 nos dicen que los pobres no solo sufren odio y soledad, sino también abusos y opresión a manos de gobernantes malvados (véase también 22:16). ¿Por qué permite Dios que los pobres atraviesen tales pruebas? ¿Por qué creó Dios a algunas personas ricas y a otras pobres? Miremos Proverbios 22:2 y 29:13: «El rico y el pobre tienen esto en común: el Señor es el Hacedor de ambos» (22:2); «El pobre y el opresor tienen esto en común: el Señor da luz a los ojos de ambos» (29:13). ¿Qué significa esto? Esto significa que Dios creó tanto al «opresor» —es decir, al rico injusto— como al pobre, y dispuso que vivieran juntos. Dios no hace distinción entre ricos y pobres; Él da luz a los ojos de ambos. Aquí, «dar luz a los ojos» significa otorgar la fuerza para sostener la vida. El Señor habló de manera similar en Mateo 5:44-45, diciendo a sus discípulos que Dios hace brillar su luz por igual sobre los malvados y los justos. Si bien no podemos comprender plenamente por qué Dios creó a algunas personas ricas y a otras pobres, es seguro que tanto los ricos como los pobres existen dentro de la voluntad del Señor.

Amados, Santiago 1:3 nos dice que las pruebas que enfrentan los hermanos y hermanas en Cristo que viven en la pobreza producen perseverancia. Además, el apóstol Santiago afirma en Santiago 1:12: «Bienaventurado el que persevera bajo la prueba, porque, tras haber superado la prueba, recibirá la corona de vida que el Señor ha prometido a los que le aman». Oro para que, aun en medio de la pobreza, soporten las pruebas con paciencia —sustentados por la palabra que sale de la boca de Dios (Deuteronomio 8:3)— y finalmente reciban la corona de vida prometida por el Señor.

En tercer lugar, ¿cómo debemos tratar a los pobres?

Miren el texto de hoy, Proverbios 19:17: «El que se compadece del pobre presta al Señor, y él le recompensará por lo que ha hecho». ¿Qué significa esto? La Biblia nos instruye a mostrar compasión hacia los pobres. Enseña que mostrar bondad a los pobres equivale a

prestarle a Dios; por tanto, Dios mismo nos recompensa por lo que hemos dado a los necesitados (Park Yun-sun). La última parte de Proverbios 14:31 afirma: «El que se compadece del necesitado honra a Dios». Por consiguiente, debemos mostrar compasión hacia los pobres. También debemos tener en cuenta sus circunstancias (Proverbios 29:7). Al hacerlo, debemos brindar ayuda a los pobres (Proverbios 28:27). Debemos dar «alimento al pobre» (22:9). Nunca debemos cerrar los ojos ante ellos (28:27). Sin embargo, los ricos injustos son arrogantes y tratan con frialdad a los pobres cuando estos suplican ayuda (18:23b). Esto refleja la actitud del rico arrogante de Lucas 16:19–21, quien ignoró las súplicas del mendigo Lázaro (Park Yun-sun). Es más, los ricos injustos llegan incluso a oprimir a los pobres para obtener ganancias (Prov. 22:16). No obstante, Proverbios 14:31a declara que quien oprime al pobre menosprecia al Dios que lo creó.

Quisiera concluir esta reflexión. Estados Unidos, donde vivimos, es una tierra de abundancia. Sin embargo, al mismo tiempo, parece empobrecerse cada vez más en el aspecto espiritual. Esto se debe a que, al igual que los israelitas —quienes se volvieron arrogantes y complacientes debido a la abundancia de la tierra de Canaán, tierra que fluía leche y miel—, nosotros también nos estamos volviendo arrogantes a causa de nuestra prosperidad. En tiempos como estos, debemos aceptar con humildad las enseñanzas que Dios nos transmite a través del pasaje de hoy. Deberíamos valorar el fervor y la sinceridad que se encuentran en los pobres; deberíamos aspirar a esa clase de riqueza. Al mismo tiempo, debemos estar preparados para soportar las pruebas que enfrentan los pobres. Debemos estar listos para afrontar el aislamiento y la soledad, aun si ello implica ser odiados por nuestros hermanos y vecinos. En tales circunstancias, debemos sentir compasión por los pobres y acudir en su ayuda. Que todos vivamos de una manera que glorifique a Dios.

«A causa de la insensatez de una persona»

[Proverbios 19:2–3, 5]

¿Alguna vez se ha encontrado con una persona insensata? En Proverbios 17:12, un pasaje sobre el que hemos meditado anteriormente, la Biblia nos dice: «Mejor es encontrarse con una osa a la que han arrebatado sus cachorros que con un insensato en su insensatez». ¿Quién es, entonces, un insensato? Una fuente en línea lo describe de esta manera: «Una persona ignorante e insensata hace la vida mucho más difícil para los demás que una osa feroz. Cuando alguien es ignorante, carece de autoconciencia y se mantiene obstinado, puede causar problemas incluso a los sabios. Además, como tales personas son egoístas y egocéntricas, no muestran consideración por los demás. En consecuencia, un insensato puede ser increíblemente cruel y destructivo —como un cartucho de dinamita que podría explotar en cualquier momento— y, una vez que se fija una idea, su obstinación lo hace imparable. Por lo tanto, para evitar el peligro, debemos alejarnos de las personas insensatas».

En el texto de hoy, Proverbios 19:3, la Biblia afirma: «La insensatez de una persona arruina su vida, pero su corazón se enfurece contra el Señor». Centrándome en este versículo y en el título «A causa de la insensatez de una persona», quisiera examinar tres pecados de los insensatos y reflexionar sobre las lecciones que Dios nos ofrece.

En primer lugar, el pecado de la persona insensata consiste en actuar de manera precipitada e imprudente, movida por un celo carente de conocimiento.

Observemos Proverbios 19:2: «El deseo sin conocimiento no es bueno; ¡cuánto más se desviará del camino quien se apresura con sus pies!». Una traducción literal del hebreo original para este versículo dice así: «Además, no es bueno para el alma carecer de conocimiento, y quien se apresura con sus pies peca» (Park Yun-sun). La conjunción «además» implica aquí una conexión con el versículo 1 del capítulo 19. En otras palabras, significa que la persona insensata no solo tiene una boca perversa (versículo 1), sino que también alberga un «deseo sin conocimiento». Aquí, el «deseo sin conocimiento» —o celo sin conocimiento— se refiere a una falta de conocimiento en el alma (Park Yun-sun). Además, la afirmación de que «el que se apresura con los pies se extravía» significa que quien actúa con precipitación e imprudencia comete pecado (Park Yun-sun). Un ejemplo destacado de esto se encuentra en el Nuevo Testamento, en la persona de Pablo. Antes de conocer a Jesús resucitado, Pablo (entonces llamado Saulo) —quien carecía de conocimiento de Cristo [«actué por ignorancia en incredulidad» (1 Timoteo 1:13)] pero poseía celo por Dios (Hechos 22:3)— perseguía con celo a los discípulos de Jesús que seguían el Camino de Cristo [«en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia» (Filipenses 3:6)]. Otro ejemplo aparece en Romanos 10:2: «Porque doy testimonio de que tienen celo por Dios, pero no conforme a conocimiento». Aquí, el pronombre «ellos» se refiere al pueblo de Israel (versículo 1). Cuando el apóstol Pablo pensaba en sus compatriotas israelitas, observaba que poseían celo por Dios, pero permanecían en ignorancia respecto al hecho de que Jesús es el Cristo (el Mesías). En otras palabras, el pueblo de Israel buscaba la salvación no mediante la fe en Jesucristo (versículos 9–10, 13), sino a través de la observancia de la ley (versículo 5). Desconocían la justicia de Dios y se esforzaban por establecer su propia justicia (v. 2). ¡Qué insensatos y faltos de juicio eran!

Hermanos y hermanas, es peligroso sentir celo por la iglesia —el cuerpo del Señor— sin crecer en el conocimiento de Jesucristo. La razón es que el celo que no se fundamenta en el conocimiento de Jesús solo sirve para establecer nuestra propia justicia. ¿Qué significa establecer nuestra propia justicia? Significa volverse arrogante. Y cuando nos volvemos arrogantes, inevitablemente hablamos y actuamos con imprudencia y precipitación,

cometiendo así pecado contra Dios. Un ejemplo de esto es Saúl, el primer rey de Israel, cuya historia se relata en 1 Samuel 13. Impulsado por la arrogancia, actuó con imprudencia y precipitación; temiendo que los filisteos descendieran a Gilgal para atacarlo a él y a Israel, pecó contra Dios al ofrecer él mismo un holocausto, sin buscar la gracia de Dios ni esperar a Samuel (v. 12). Charles Bridges, predicador y teólogo evangélico anglicano, señaló cinco desgracias de un alma carente de conocimiento espiritual, a saber (Park Yun-sun): (1) Un alma sin conocimiento espiritual desconoce la verdadera guía para la vida; vive para sí misma en lugar de para Dios. (2) Un alma sin conocimiento espiritual no sabe cómo lidiar con el pecado; en otras palabras, ignora verdades tales como la expiación de Cristo, la fe y el arrepentimiento. (3) Un alma sin conocimiento espiritual no sabe dónde hallar ayuda al enfrentar la tribulación; desconoce que la tribulación puede ser una expresión del amor de Dios, que puede humillar a la persona y que es un medio por el cual uno atraviesa el proceso de santificación. (4) Un alma carente de conocimiento espiritual no comprende el poder necesario para cumplir con sus responsabilidades. Solo conoce su propia fuerza; sin embargo, la fuerza humana no es, en realidad, fuerza alguna, sino debilidad. Desconoce la verdad de que uno se fortalece en el Señor. (5) Un alma carente de conocimiento espiritual no conoce la verdadera esperanza. Para ella, todo es incierto. Ignora por completo la fidelidad de las promesas de Dios.

En segundo lugar, el pecado de la persona insensata consiste en culpar a Dios después de haberse acarreado problemas a sí misma.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 19:3: «La insensatez del hombre tuerce su camino, y contra el Señor se irrita su corazón». El hebreo original transmite este significado: «La insensatez de una persona trastorna su propio camino, y su corazón descarga su ira contra el Señor» (Park Yun-sun). Es un instinto pecaminoso del ser humano culpar a Dios por las dolorosas consecuencias de nuestras propias decisiones erróneas, en lugar de asumir nosotros mismos la responsabilidad de ellas. Este instinto pecaminoso nos ha sido transmitido desde el primer ser humano, Adán, tal como se describe en Génesis 3. Cuando

Adán y Eva desobedecieron el mandato de Dios y comieron del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, Dios llamó a Adán (versículo 9). Adán, que se había escondido por temor (versículo 10), le dijo a Dios: «La mujer que pusiste conmigo me dio del fruto del árbol, y yo comí» (versículo 12). Después de haber cometido el pecado, Adán dijo: «La mujer que pusiste aquí conmigo... ella...». Al hacerlo, culpaba a Dios por haberle dado a la mujer. Murmurar contra Dios de esta manera es un pecado terrible: es contender con el Dios omnisciente y omnipotente (Isaías 45:9) (Park Yun-sun).

Cuando oyes la palabra «murmurar», ¿no piensas en los israelitas durante el tiempo del Éxodo? No solo murmuraron contra Moisés preguntando: «¿Qué beberemos?» (Éxodo 15:24), sino que fueron más allá y murmuraron contra el mismo Dios (Números 14:27). En Números 14:27, Dios dijo: «¿Hasta cuándo murmurará contra mí esta malvada congregación? He oído las quejas de los hijos de Israel, las cuales murmuran contra mí». Los israelitas que murmuraron contra Dios de esta manera no escucharon su voz (Salmo 106:25); en otras palabras, desobedecieron la palabra de Dios. Como consecuencia, la ira de Dios se encendió contra ellos (Números 11:1) y Él los disciplinó (Números 21). El apóstol Pablo afirmó en 1 Corintios 10:10: «Algunos de ellos murmuraron y fueron destruidos por el Destructor; no murmuréis como ellos lo hicieron». ¿Por qué murmuramos? ¿Por qué nos quejamos no solo de las personas, sino incluso de Dios? Encontré la respuesta en Judas 1:16: «Estos son murmuradores, quejumbrosos, que andan según sus propios deseos; hablan con arrogancia y halagan a otros para obtener provecho». Albergamos resentimiento porque hay descontento en nuestro interior, y ese descontento proviene de la falta de confianza en Dios. En consecuencia, no solo cometemos el pecado de guardar resentimiento contra Dios, sino también el pecado de desobedecer sus mandamientos. Debemos obedecer los mandamientos de Dios; para ello, debemos confiar en Él y hallar contentamiento únicamente en Él. Cuando hacemos esto, podemos caminar por la senda correcta que el Señor desea al obedecer sus mandatos y, de este modo, evitaremos el pecado de guardar resentimiento contra Dios.

En tercer lugar, el pecado de la persona necia es mentir.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 19:5: «El testigo falso no quedará sin castigo, y el que dice mentiras no escapará». Una traducción literal del hebreo original dice: «Un testigo de mentiras no escapará del castigo, y el que exhala mentiras no será salvo» (Park Yun-sun). Aquí, un «testigo de mentiras» o «aquel que exhala mentiras» se refiere a un mentiroso descarado que no muestra absolutamente ninguna señal de arrepentimiento. Tal persona ha dejado pasar la oportunidad de arrepentirse durante tanto tiempo (Romanos 2:4) que ya no siente remordimiento alguno al mentir (Park Yun-sun). Por lo tanto, la Biblia afirma que no solo no será salva, sino que ciertamente enfrentará el castigo (versículos 5 y 9). Además, la segunda parte de Proverbios 19:9 declara: «el que exhala mentiras perecerá». Amigos, Proverbios 14:25 afirma que «el testigo falso es engañoso». El Salmo 5:6 nos dice que Dios detesta a quienes engañan a otros sin sentir remordimiento de conciencia. Asimismo, Proverbios 13:5 dice: «Los justos aborrecen la mentira». Por consiguiente, no debemos mentirnos los unos a los otros. Mentir es una obra del «viejo hombre». Debemos desechar esa conducta (Colosenses 3:9).

Amigos, no debemos ser personas que exhalan mentiras. Al contrario, debemos ser testigos veraces (Proverbios 14:25). Debemos ser testigos fieles y evitar mentir (v. 5). En su lugar, al decir la verdad (12:17), debemos salvar vidas (14:25). Debemos grabar en nuestro corazón las palabras de Proverbios 12:19: «Los labios veraces permanecen para siempre, pero la lengua mentirosa dura solo un instante».

Quisiera concluir nuestra meditación sobre la Palabra. Hoy hemos considerado tres pecados de la persona necia: actuar precipitada y descuidadamente por un celo sin conocimiento, culpar a Dios tras causar problemas y decir mentiras. Mi oración es que, fortalecidos por la sabiduría de Dios, actuemos con prudencia y un celo bien fundamentado, que jamás culpemos a Dios y que digamos la verdad como testigos fieles.

La persona que valoramos

[Proverbios 19:6, 22]

¿Qué clase de persona te agrada? ¿Con quién deseas tener una amistad? Encontré un pasaje conmovedor en un sitio web titulado "Lo que es un verdadero amigo", y me gustaría compartirlo contigo: "Un amigo es un rostro que de repente acude a tu mente cuando te invade un sentimiento de anhelo; es alguien a quien simplemente quieres a tu lado mientras vives. Un amigo es alguien capaz de secar tus lágrimas cuando lloras, de responder a tu sonrisa radiante y de pensar en ti dondequiera que estés. Un amigo es una presencia amorosa que busca darlo todo sin esperar nada a cambio. Así, un amigo es alguien que ora para compartir tu dolor y tu tristeza. Es alguien que te ofrece calidez cuando estás desanimado y respeta tus sentimientos cuando deseas recorrer un camino en soledad. Un amigo es alguien a quien quieres llamar o enviarle un breve mensaje cuando te sientes solo. Un amigo es alguien que ama cada parte de ti y solo desea tu felicidad, incluso en el caso de una separación inesperada" (Internet). ¿Tienes un amigo así? Si no es así, ¿no te gustaría tenerlo? ¿Quién es, entonces, la persona que la Biblia dice que debemos valorar?

En el pasaje de hoy, Proverbios 19:22, el rey Salomón, autor de Proverbios, afirma: "Lo que se desea en el hombre es la bondad, y es mejor ser pobre que mentiroso". Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar sobre dos puntos bajo el título "La persona que valoramos" y recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece.

En primer lugar, la persona que valoramos es una persona generosa. Observa el pasaje de hoy, Proverbios 19:6: "Muchos buscan el favor del hombre generoso, y todos son amigos de

quien da regalos". En tiempos como estos, cuando la economía está mal y todos atraviesan dificultades, puede que no sea fácil encontrar a alguien que te trate con un corazón generoso. Resulta especialmente difícil hallar a tales personas, ya que muchas están inmersas en el materialismo y evitan cualquier acción que pueda suponer una pérdida personal. Sin embargo, en medio de todo esto, ¿cómo te sentirías si conocieras a alguien que te tratara con generosidad, incluso a costa de un pequeño sacrificio personal? Hay un restaurante que frecuento personalmente llamado El Pollo Loco. Hay uno cerca de la iglesia y otro cerca de mi casa; visito ambos lugares para pedir mi plato favorito: la ensalada Tostada. En una ocasión, en el local cercano a mi casa, pedí la ensalada pero encontré muy poca lechuga al abrir la tapa, así que le pedí un poco más al empleado. En otra oportunidad, visité el mismo restaurante cerca de la iglesia y pedí el mismo plato; el empleado me reconoció, confirmó mi nombre y preparó la comida, sirviéndola con tanta generosidad que me sentí verdaderamente agradecido. Al fin y al cabo, uno prefiere a una persona generosa antes que a una tacaña, ¿verdad?

El "hombre generoso" del que habla el rey Salomón en Proverbios 19:6 es alguien de mano abierta que se deleita dando a los demás. En particular, como comprende la difícil situación de los otros y desea ayudar, tiende una mano amorosa para socorrer a quienes viven en medio de privaciones y dificultades. Una persona generosa que sirve a los demás es, tal como describe el rey Salomón en la segunda parte de Proverbios 19:6, alguien a quien "le encanta dar regalos". Esa persona generosa no solo comparte su comida con los pobres (Proverbios 22:9), sino que también practica la bondad durante todo el día (Salmo 37:26). De hecho, la persona generosa que se deleita ayudando a los demás trae prosperidad a quienes la rodean (Proverbios 11:25). ¿Cómo responderías ante una persona generosa que satisface tus necesidades, te hace regalos y te muestra bondad a lo largo del día? La Biblia nos dice que muchas personas buscan el favor de alguien tan generoso (versículo 6) y desean ser sus amigos (versículo 6). ¿Tienes tú un amigo así de generoso?

Recuerdo Proverbios 18:16: "El regalo abre el camino y lleva al que da ante la presencia de los grandes". Al reflexionar sobre la verdad de que un regalo puede conducirnos a la presencia de personas nobles y distinguidas, vuelvo a pensar en Jesús: el regalo que Dios nos ha dado. Consideremos que Dios entregó a Jesús —su mayor regalo— a pecadores como tú y como yo, y a quienes en otro tiempo fueron sus enemigos; gracias a esto, ¿acaso no somos conducidos a la presencia del glorioso trono de gracia de Dios? Por tanto, debemos acercarnos con confianza al trono de gracia para recibir misericordia y hallar gracia que nos ayude en el momento de necesidad (Hebreos 4:16). Además, fortalecidos por la gracia de Dios, debemos vivir de tal manera que extendamos gracia a los demás y los tratemos con generosidad. Al hacerlo, seremos bendecidos (Proverbios 22:9), y esa bendición se extenderá no solo a nosotros, sino también a nuestra descendencia (Salmo 37:26). Y Dios nos hará prosperar y abundar (Proverbios 11:25).

En segundo y último lugar, el tipo de persona que admiramos es aquella que posee bondad amorosa.

Por favor, observe el texto de hoy, Proverbios 19:22: «Una persona es admirada por su bondad amorosa; es mejor ser pobre que mentiroso». ¿Qué es lo que usted admira en los demás? ¿No es acaso la «bondad amorosa», tal como lo declara el pasaje de hoy en Proverbios 19:22? Una traducción del texto hebreo original dice así: «El deseo de una persona es la bondad; es mejor ser pobre que mentiroso» (Park Yun-sun). El significado de este versículo es que, si una persona tiene un deseo sincero en su corazón de mostrar bondad (misericordia), una persona pobre con tal deseo es mejor que una persona rica que realiza actos de bondad sin un corazón genuino (Park Yun-sun). Aquí, el rey Salomón, autor de Proverbios, afirma que lo que importa no es si uno es rico o pobre, sino si posee en su corazón el deseo de mostrar bondad. ¿Por qué? Porque Dios mira nuestros corazones (1 Samuel 16:7). Y dado que Dios, quien ve nuestros corazones, desea sinceridad en nuestro interior (Salmo 51:6), la presencia o ausencia de un deseo de mostrar bondad en nuestros corazones es de gran importancia.

Si tuviera que elegir, ¿preferiría a una persona rica que miente o a una persona pobre que es veraz? Considere este escenario: una persona rica ayuda externamente a muchas personas pero carece de bondad en su corazón, mientras que una persona pobre ayuda solo a unos pocos vecinos con un corazón verdaderamente bondadoso; ¿quién cree usted que es mejor? Una de las cosas por las que doy gracias a Dios es que la congregación de la iglesia establecida en México, así como el equipo misionero de nuestra Iglesia Presbiteriana Seungri que sirve allí, ministran al pueblo mexicano con corazones puros. Según el pastor Gómez, quien dirige nuestro ministerio hispano, muchas iglesias en México no sirven a las almas con motivos puros; por ejemplo, es común que las iglesias exijan dinero o bienes materiales a los asistentes. En cambio, nuestra iglesia en México ofrece comidas gratuitas y otras formas de ayuda a los asistentes, razón por la cual la gente sigue regresando. Aquí en la Iglesia Presbiteriana Seungri, hay incluso un matrimonio de diáconos que recolecta alimentos enlatados a diario para traerlos a la iglesia; luego, nuestro equipo misionero lleva estos productos a la iglesia en México para distribuirlos entre las personas que acuden... Creo que el acto de compartir es un ministerio verdaderamente precioso. Una hermana de nuestra iglesia en México, por ejemplo, comparte alimentos enlatados con sus vecinos como una forma de evangelizar. ¡Qué ministerio tan maravilloso es ese! Debemos hacer el bien a nuestro prójimo. Hemos de albergar un deseo genuino de mostrarles bondad. Con este sentir, debemos extender amor a nuestros vecinos y compartir el Evangelio de Jesucristo. ¿Por qué debemos hacerlo? Porque Dios nos ha otorgado gracia y continúa haciéndolo. El rey Salomón comprendió esta gracia. Por eso dijo en 1 Reyes 3:6: «Salomón respondió: "Tú has mostrado gran bondad a tu siervo, mi padre David, porque él caminó delante de Ti con fidelidad, justicia y rectitud de corazón. Has mantenido esta gran bondad hacia él y le has dado un hijo que se siente en su trono en este mismo día"». Así, el rey Salomón ofreció mil holocaustos a Dios en el altar de Gabaón (v. 4), y Dios se le apareció en sueños diciendo: «¡Pide! ¿Qué quieres que te dé?» (v. 5).

Amados, quienes reconocen tan gran gracia de Dios no pueden evitar extender gracia a su prójimo. Quienes han experimentado la gran misericordia y bondad amorosa de Dios no pueden evitar compartir esa bondad con los demás. Una persona de Dios que sabe que la misericordia del Señor es mejor que la vida misma (Salmo 63:3) no puede evitar transmitir esa bondad a sus vecinos. Esta bondad amorosa de Dios es precisamente lo que debemos anhelar ahora. Debemos desear con mayor intensidad la bondad amorosa de Dios. Por lo tanto, debemos convertirnos en cristianos bondadosos y compasivos.

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Amados, el verdadero amigo que debemos anhelar es Jesús. ¿Por qué? Porque Jesús nos anhela a nosotros (Cantar de los Cantares 7:10). La profundidad de Su anhelo y de Su amor por nosotros es tal que cargó con todos nuestros pecados en nuestro lugar e incluso murió en la cruz por nosotros. Jesús es el Señor que se deleita en mostrarnos amor y bondad, y que nos trata con generosa gracia. Al igual que el salmista, debemos ser capaces de confesar: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti? Y fuera de Ti nada deseo en la tierra» (Salmo 73:25). Y mi oración es que podamos ofrecer una alabanza sincera a Dios con la primera estrofa del himno 88: «Jesús, mi Salvador, es el amigo que verdaderamente anhelo; cuán hermoso es Él —el Lirio de los Valles, la Estrella Resplandeciente de la Mañana—; no hay palabras para describirlo. Él es mi gran consuelo cuando mi corazón sufre y un amigo maravilloso cuando me siento solo; Él es el Lirio de los Valles, la Estrella Resplandeciente de la Mañana…». No hay nada en la tierra que se pueda comparar con esto.

Debes amar tu propia alma.
Debes guardar tu propia alma.

[Proverbios 19:8, 16]

¿Te amas a ti mismo? Me encontré con el título de una columna interesante escrita por el pastor Kim Byung-kyu, de la Iglesia Seattle Glory, y decidí leerla. El título era «El amor propio es el fundamento del amor» (disponible en línea). En dicha columna, el pastor Kim identifica dos aspectos de un amor propio saludable: (1) El amor propio a un nivel pasivo. Esto implica saber perdonar y pasar por alto los propios pecados y faltas. «Uno debe experimentar el perdón y la aceptación para poder pasar por alto las faltas de los demás. Por tanto, es necesario experimentar la gracia del perdón y el amor del Evangelio». (2) El amor propio a un nivel activo. Esto significa que «la persona que se regocija en sus propias fortalezas es quien alienta y anima a los demás. Uno debe reconocer y alegrarse por sus propias fortalezas, y sentir felicidad respecto a sus dones espirituales». ¿Qué opinas al respecto? Personalmente, creo que el fundamento del amor es el amor de Dios, más que el amor propio. Sin embargo, comparto la idea del pastor Kim de que el amor propio sirve como base. En otras palabras, creo que solo podemos amar a nuestro prójimo cuando primero somos capaces de amarnos a nosotros mismos a través del amor de Dios. También coincido en que, así como Dios nos ha perdonado, solo podemos perdonar a nuestro prójimo cuando nos perdonamos sinceramente a nosotros mismos. La afirmación de que «la persona que se regocija en sus propias fortalezas alienta y anima a los demás» resuena especialmente en mí. Quizás se deba a que a menudo no logro ver mis propias fortalezas y, aun cuando las veo, me cuesta alegrarme por ellas. En consecuencia, siento que me falta capacidad para alentar y animar a los demás. En resumen, parece que no me he estado amando bien con el amor de Dios.

En el pasaje de hoy —Proverbios 19:8 y 16—, la Biblia habla de aquellos que aman su propia alma y de aquellos que guardan su propia alma. Centrándome en estos dos versículos, quisiera reflexionar sobre el tema «Debemos amar nuestra propia alma; debemos guardar nuestra propia alma» y recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece.

En primer lugar, debemos amar nuestra propia alma.

Observemos Proverbios 19:8 en el pasaje de hoy: «El que adquiere sabiduría ama su propia alma; el que guarda el entendimiento hallará el bien». ¿Se aman a sí mismos? Si responden «sí», ¿acaso sienten que amarse a uno mismo es algo egoísta? Creo que debemos distinguir entre dos tipos de amor propio. El primero es el que se menciona en 2 Timoteo 3:2 respecto a los «tiempos peligrosos» de los últimos días, cuando «los hombres serán amadores de sí mismos»; es decir, un amor egoísta. El segundo es amarse a uno mismo con el amor de Dios, tal como Dios nos ama. No debemos amarnos con un amor egoísta; más bien, debemos amarnos con el amor de Dios. Específicamente, debemos amar nuestras almas, tal como la Biblia instruye en Proverbios 19:8. Al hacerlo, disfrutaremos de la bendición de la oración que se encuentra en 3 Juan 1:2: «Amado, ruego que prosperes en todo y tengas salud, así como prospera tu alma». Entonces, ¿qué debemos hacer —y cómo— para asegurar que nuestras almas prosperen? En otras palabras, puesto que amamos nuestras propias almas, ¿qué debemos hacer por su bienestar? Como afirma la Biblia en el pasaje de hoy, Proverbios 19:8, si amamos nuestras almas y deseamos su bienestar, debemos adquirir sabiduría.

¿Qué es, entonces, la «sabiduría»? La sabiduría es el temor de Dios. ¿Qué bendiciones recibimos cuando adquirimos sabiduría y tememos a Dios? Observemos Proverbios 19:23: «El temor del Señor conduce a la vida; entonces uno descansa satisfecho, sin ser tocado por el mal». La Biblia nos dice que temer a Dios no solo nos conduce a la vida, sino que también nos permite vivir con satisfacción y nos protege del desastre. Estas son precisamente las bendiciones que Dios nos otorga cuando adquirimos sabiduría y le tememos. Entonces, ¿cómo podemos adquirir esta sabiduría? Podemos considerar dos

enfoques. Primero, para adquirir sabiduría, debemos meditar en la Palabra de Dios día y noche. Observemos el Salmo 1:2: «[La persona bienaventurada] se deleita en la ley del Señor y medita en su ley día y noche». Por eso, desde hace ya varios años, hemos estado meditando en los libros conocidos como «literatura sapiencial» —primero Eclesiastés y ahora Proverbios— durante nuestras reuniones de oración semanales de los miércoles. Meditamos en estos libros de sabiduría —Eclesiastés y Proverbios— no solo para adquirir sabiduría, sino también porque alcanzarla requiere que primero recibamos disciplina a través de la Palabra de Dios. Observemos Proverbios 19:20: «Escucha el consejo y acepta la instrucción, para que seas sabio al final». La Biblia nos manda claramente escuchar el consejo y aceptar la instrucción. La razón es que hacerlo nos llevará, a la larga, a ser sabios. Sin embargo, si nos desagrada recibir instrucción, estamos menospreciando nuestra propia alma. Veamos Proverbios 15:32: «El que rechaza la instrucción menosprecia su propia alma, pero el que atiende la corrección adquiere entendimiento». Por el contrario, esto implica que, si valoramos (y amamos) nuestra alma, debemos acoger la instrucción. Para adquirir sabiduría, debemos meditar en la Palabra de Dios día y noche y estar dispuestos a aceptar la instrucción que Él nos brinda a través de ella. No obstante, cuanto más meditamos en los libros de sabiduría, más nos damos cuenta —al recibir la instrucción divina— de cuánta sabiduría nos falta. Creo que este es un fenómeno perfectamente natural; es lógico que, cuanto más meditemos en la Palabra de Dios —específicamente en la literatura sapiencial—, más reconozcamos nuestra propia falta de sabiduría y nuestra insensatez. Por tanto, para adquirir sabiduría, debemos pedírsela a Dios. Miremos Santiago 1:5-6a: «Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídala a Dios, quien da a todos generosamente y sin reproche, y le será dada. Pero pídala con fe, sin dudar...». A medida que comprendemos plenamente nuestra falta de sabiduría, debemos acudir a Dios y pedirla, confiando únicamente en la fe y sin albergar ni una pizca de duda. Cuando lo hacemos, Dios nos concede sabiduría generosamente.

En segundo lugar, y finalmente, debemos guardar nuestras propias almas.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 19:16: «El que guarda el mandamiento guarda su alma, pero el que descuida sus caminos morirá». Aquí, la Biblia habla de guardar el alma; ¿qué significa guardar el alma? Para responder a esta pregunta, debemos examinar más de cerca la palabra «alma» en el pasaje de hoy. En el hebreo original, «alma» puede interpretarse como «corazón». De hecho, la palabra «sabiduría» que aparece en Proverbios 19:8 —otro versículo del pasaje de hoy— significa en realidad «corazón» en el hebreo original (Swanson). En otras palabras, la Biblia dice: «El que adquiere corazón ama su propia alma…». Sin embargo, al observar la segunda mitad del versículo 8, que afirma: «el que guarda el entendimiento halla el bien», vemos que el «corazón» mencionado en la primera mitad se refiere al «entendimiento»; específicamente, a la sabiduría de un corazón que teme a Dios. Así, la Biblia dice: «El que adquiere sabiduría ama su propia alma, y el que guarda el entendimiento halla el bien» (versículo 8). Luego, al llegar a Proverbios 19:16, la Biblia habla de guardar el alma; aquí, guardar el alma puede interpretarse como guardar el corazón.

¿Está usted guardando bien su corazón? Muchas personas hoy en día creen que la salud es lo primordial y se esfuerzan por mantenerla. Aunque personalmente no considero que la salud sea la prioridad suprema, sí creo que, como mayordomos del Señor, tenemos la responsabilidad de administrar y mantener adecuadamente la salud física que Él nos ha dado. No obstante, creo que para nosotros, los cristianos, guardar la salud de nuestros corazones (y almas) es aún más importante que guardar nuestra salud física. La razón se encuentra en Proverbios 4:23, que dice: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, porque de él mana la vida». En particular, debemos guardar diligentemente nuestros corazones contra cualquier incredulidad hacia el Señor. Esto se debe a que Satanás busca constantemente engañarnos y tentarnos, tratando de hacer que nos apartemos de nuestra fe en Jesús. Si no guardamos nuestros corazones y sucumbimos a los engaños de Satanás, ciertamente no estaremos protegiendo nuestras vidas. Además, debemos guardar nuestros corazones para evitar que se contaminen (Tito 1:15). Debemos guardar nuestros corazones para no ser entregados a la impureza impulsada por nuestros propios deseos (Romanos 1:24). Debemos guardar nuestros corazones para impedir que surjan las cosas que

contaminan y que provienen del interior: «malos pensamientos, inmoralidad sexual, robo, asesinato, adulterio, codicia, malicia, engaño, lascivia, envidia, calumnia, arrogancia y insensatez» (Marcos 7:21-22). Entonces, ¿qué debemos hacer para guardar nuestros corazones eficazmente? Al observar el pasaje de hoy, Proverbios 19:16, la Biblia nos enseña dos lecciones clave:

(1) Para guardar nuestros corazones eficazmente, debemos obedecer los mandamientos de Dios.

Observemos la primera parte de Proverbios 19:16: «El que guarda el mandamiento, guarda su alma…». ¿A qué se refiere aquí con «el mandamiento»? Veamos 1 Juan 3:23: «Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y que nos amemos unos a otros como él nos mandó». En otras palabras, los mandamientos que debemos guardar para proteger nuestras almas son, precisamente, creer en Jesús y amarnos unos a otros. De hecho, Jesús afirmó en Juan 6:29 que «esta es la obra de Dios: que creáis en aquel a quien él envió». Además, Jesús mandó: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» (Lucas 10:27). Guardar estos dos mandamientos es precisamente la manera en que protegemos nuestras propias almas.

(2) Para guardar bien nuestros corazones, debemos ser cuidadosos con nuestras acciones.

Observemos la segunda parte de Proverbios 19:16 en el texto de hoy: «…pero el que descuida sus caminos morirá». Esto significa que, si una persona no es cuidadosa con sus acciones, enfrentará la destrucción. Esto sirve como una advertencia de destrucción para aquellos que actúan en contra de la instrucción (Park Yun-sun). Debemos esforzarnos por guardar los mandamientos de Dios —creer en Jesús y amarnos unos a otros— para así proteger nuestras almas; No guardar estos mandamientos conduce a la destrucción. Esto es inevitable, ya que el mandamiento de creer en Jesús está vinculado a la vida eterna; sin

cumplirlo, uno no puede tener vida eterna y está destinado a la destrucción. En consecuencia, aquellos que no guardan el mandamiento de creer en Jesús tampoco son capaces de guardar el mandamiento de amarse los unos a los otros.

Concluiré ahora esta meditación sobre la Palabra. El martes pasado, leí una publicación compartida en Facebook por un diácono de mi iglesia sobre un comentario que transformó la vida del futbolista Park Ji-sung. Para resumir brevemente la historia: las palabras que cambiaron su vida provinieron del entrenador Hiddink; el intérprete transmitió el mensaje a Park de esta manera: "El entrenador Hiddink dice que tienes una mentalidad excelente". Al escuchar esas palabras, Park sintió que su corazón se aceleraba y que una oleada de fuerza surgía en su interior, pues aquel comentario había tocado lo más profundo de su corazón. Más tarde, Park reflexionó: "Si no hubiera conocido al entrenador Hiddink, el 'yo' de hoy no existiría. Con 'el yo de hoy' no me refiero a convertirme en una estrella famosa o a tener suficiente dinero para comprarles a mis padres un apartamento grande. Significa llegar a ser alguien que se ama a sí mismo más que antes. Ese único comentario —expresado por el entrenador en menos de un minuto— transformó el resto de mi vida". Al leer esta parte final, me conmovieron profundamente las palabras del exjugador de la selección nacional Park Ji-sung, quien compartió que ha llegado a amarse a sí mismo más que antes. Si un solo comentario del exentrenador de la selección, Guus Hiddink, pudo llevarlo a amarse más, me impactó pensar cuánto más debería amarme yo —con el mismo amor que Dios me tiene—, considerando que Dios Padre me amó lo suficiente como para entregar a su Hijo unigénito, Jesús, a la cruz. Amigos, debemos amarnos a nosotros mismos con el amor de Dios. En otras palabras, debemos amarnos tal como Dios nos ama. Amarnos a nosotros mismos significa amar nuestras propias almas y, por consiguiente, proteger nuestras almas —nuestros corazones—. Para ello, necesitamos sabiduría celestial. Debemos buscar la sabiduría de Dios. Y, fortalecidos por la sabiduría divina, debemos guardar fielmente sus mandamientos. Al hacerlo, debemos ser conscientes de nuestras acciones. Oro para que Dios guarde y proteja tanto sus almas como la mía.

El hijo insensato

[Proverbios 19:10, 13-14, 18, 26-27]

¿Alguna vez ha leído el cuento popular coreano titulado "El hijo insensato de un vendedor de sal"? La historia dice así: hace mucho tiempo, en cierto pueblo, vivía un vendedor de sal. Tenía un hijo que era motivo de constante preocupación, pues era insensato y de entendimiento lento. Aunque ya era adulto, no sabía hacer operaciones aritméticas básicas ni distinguir entre el arroz y la cebada. Naturalmente, el vendedor de sal se preocupaba sin cesar por su hijo insensato. Cuando el hijo anunció que también quería dedicarse a vender sal, su padre le cargó a la espalda un armazón de madera lleno de sal y lo envió a venderla. El hijo insensato fue a un lugar donde había muchos mineros reunidos y gritó para que le compraran la sal. Sin embargo, los mineros estaban ocupados trabajando; en lugar de comprarle algo, lo llenaron de insultos, y él no logró vender ni una sola medida de sal. Al enterarse, el padre le aconsejó que, en tales lugares, debía ayudar a cavar la tierra y colaborar en el trabajo, para luego vender la sal cuando la gente hiciera una pausa. Al día siguiente, el hijo salió de nuevo. Esta vez, vagó cerca de una celebración de bodas; recordando el consejo de su padre, se acercó a los novios y comenzó a cavar la tierra con vigor. La gente se enfureció ante tal comportamiento en un día tan alegre y levantó garrotes para castigarlo, haciendo que el hijo, sobresaltado, huyera de regreso a casa. Al oír esto, su padre le dijo que en esos eventos debía bailar y exclamar: "¡Qué ocasión tan alegre!", mientras vendía la sal. Al día siguiente, el hijo salió a vender sal una vez más, dirigiéndose apresuradamente hacia un lugar donde había gente reunida. Y tal como su padre le había indicado, bailó alegremente mientras gritaba: "¡Qué ocasión tan alegre! ¡Qué ocasión tan alegre! ¡Compren sal!", pero el lugar donde lo hacía no era otro que el patio de una casa que

se estaba incendiando. Después de que el hijo regresara a casa tras haber sido golpeado, su padre le explicó que, en tal situación, debió haber arrojado agua para apagar el fuego antes de intentar vender la sal. Sin embargo, el hijo insensato —tomando el consejo demasiado al pie de la letra— corrió al día siguiente hacia unas personas que discutían, les arrojó agua encima y les dijo que compraran sal. Naturalmente, la gente se abalanzó sobre él con ira. Al final, tras no lograr vender nada de sal y sufrir repetidas palizas a pesar de haber seguido simplemente las palabras de su padre, juró no volver a vender sal nunca más y guardó resentimiento hacia su inocente padre. ¿Qué opinas de esta historia? ¿No te parece que un hijo insensato es, en efecto, una fuente de preocupación para sus padres? ¿No parece un necio que actuó basándose únicamente en las palabras de su padre, sin la sabiduría necesaria para adaptar sus acciones a la situación concreta?

En el pasaje de hoy, Proverbios 19:13, el rey Salomón —autor de Proverbios— afirma: «El hijo insensato es la ruina de su padre, y la esposa pendenciera es como el goteo constante de un techo con goteras». Aquí, un «hijo insensato» se refiere a alguien que no teme a Dios, no obedece a sus padres y comete el mal habitualmente (Park Yun-sun). Centrándome en este versículo y en el título «El hijo insensato», quisiera reflexionar sobre dos puntos principales: primero, qué clase de persona es un hijo insensato; y segundo, qué deben hacer los padres por un hijo así y cómo deben proceder.

En primer lugar, ¿qué clase de persona es un hijo insensato?

Podemos considerar tres características:

(1) Un hijo insensato es aquel que vive de manera extravagante.

Por favor, miren el texto de hoy, Proverbios 19:10: «No conviene al necio el lujo, ni al siervo gobernar sobre príncipes». Recuerdo una noticia de Corea, de hace algún tiempo, que hablaba sobre el bolso que llevaba la nueva presidenta, Park Geun-hye. Según recuerdo, al

principio la gente especulaba que el bolso era un artículo de lujo de alta gama —concretamente, un bolso de piel de avestruz que costaba alrededor de un millón de wones—, pero resultó ser un producto artesanal de un pequeño fabricante nacional. Cuando escuché esa noticia, lo que me vino a la mente fue: «Ese bolso se va a vender como pan caliente». La razón era que ver al presidente llevando un bolso de ese tipo probablemente haría que muchas personas quisieran comprar y llevar uno ellas mismas. Me parece que hay muchísima gente deseosa de comprar artículos de lujo. De hecho, a medida que se amplía el perfil demográfico de los consumidores de lujo en Corea, se informa que algunos artículos populares se agotan por completo, sin dejar existencias para la venta.

¿Qué opinas sobre el «lujo» o la «extravagancia»? Encontré un artículo en línea titulado «¿Qué define a una mujer extravagante?» y lo leí. Permíteme hacerte una pregunta: se dice que a los hombres no les gustan las mujeres extravagantes, pero ¿cuál es exactamente el criterio para tal «extravagancia»? ¿Cuál de las siguientes cinco opciones crees que es la respuesta correcta? (a) Poseer unos dos bolsos Louis Vuitton valorados en 2 millones de wones cada uno. (b) Louis Vuitton no es lujo; tiene que ser algo como Chanel para considerarse lujo. (c) Escatimar en el almuerzo pero comprar café en Starbucks cuenta como extravagancia. (d) Gastar el dinero que uno mismo ha ganado está bien, pero gastar el dinero de los padres es extravagancia. (e) Viajar al extranjero una vez al año se considera un lujo. La respuesta no se encuentra entre las cinco opciones mencionadas. El autor de ese artículo sostiene que, para un hombre, el criterio para determinar si una mujer es «extravagante» se reduce a esta pregunta: «¿Puedo permitirme sus hábitos de gasto actuales basándome en mis ingresos presentes o en mi potencial de ganancias futuro?». Me parece una perspectiva interesante. Aunque este sea el criterio de un hombre para juzgar la extravagancia de una mujer, creo que es válido. También encontré un artículo en otro sitio web titulado «Una era de extravagancia emocional... Profundización de la soledad y la desesperación». Incluía una entrevista con un crítico literario que planteó una idea que resonó conmigo, así que me gustaría compartirla: «Vivimos en una era de extravagancia emocional. Aunque somos materialmente más prósperos, vivimos con más comodidades y

somos más libres que en el pasado, los jóvenes sienten una profunda sensación de soledad, desesperación y frustración». ¿Qué opinas al respecto?

¿Cuál crees que es el criterio de la Biblia para definir la extravagancia? Observemos Isaías 47:8: «Escucha, pues, tú, amante de los placeres, que vives confiada y te dices a ti misma: "Yo soy, y no hay nadie más que yo. Nunca seré viuda ni sufriré la pérdida de hijos"». Este pasaje revela la mentalidad de quienes viven con extravagancia. Describe una vida en la que uno persigue sus propios deseos sin tener en cuenta al prójimo que sufre, simplemente porque uno mismo no atraviesa tales adversidades. Se refiere a acciones como ignorar los sentimientos de una viuda —por el hecho de no serlo una misma— y jactarse del propio esposo en su presencia, o presumir de los hijos ante padres que han perdido a los suyos. El «lujo» se refiere a vivir haciendo lo que a uno le place, sin considerar las dificultades o circunstancias de los demás. No se trata de cuánto dinero se gasta; más bien, el hecho de ignorar por completo la situación ajena es un acto que oculta el amor de Dios. En ese sentido se nos dice que no vivamos en el lujo. Si vivimos sin tener presente al prójimo, careceremos del deseo de compartir con él y, en consecuencia, perderemos toda oportunidad de demostrarle el amor de Dios. «Cuando Dios reprende la extravagancia, está reprendiendo una vida que no demuestra el amor de Dios». En otras palabras, la extravagancia de la que habla la Biblia se refiere a considerar las propias posesiones como algo exclusivamente personal y utilizarlas a capricho, mientras se ignora y descuida por completo a los pobres. En el pasaje de hoy, Proverbios 19:10, el rey Salomón —autor de Proverbios— afirma que no es propio del necio vivir en el lujo. Dicho de otro modo, resulta inapropiado que el necio encuentre gozo en los placeres mundanos. Sin embargo, los necios no solo se deleitan haciendo el mal (10:23), sino que también viven regocijándose en los placeres mundanos (19:10). En el ámbito familiar, en particular, un hijo necio puede heredar un hogar y riquezas de sus padres (v. 14), solo para malgastarlos en una vida de desenfreno y placeres mundanos. Un claro ejemplo de esto es la parábola del hijo pródigo en Lucas 15. Tal como el hijo menor exigió a su padre la parte de la herencia que le correspondía (v. 12), viajó a una tierra lejana y malgastó su fortuna llevando una vida

desenfrenada (v. 13), así también un hijo insensato hereda riquezas de sus padres y vive con extravagancia. Proverbios 19:10 declara que tal extravagancia por parte de un insensato no es apropiada. ¿Qué es, entonces, lo apropiado a los ojos de Dios? Al reflexionar sobre esta cuestión, recordé Hebreos 2:10: «Convenía que Dios —para quien y por quien existen todas las cosas—, al llevar a muchos hijos a la gloria, perfeccionara mediante el sufrimiento al autor de la salvación de ellos». Lo que resulta apropiado a los ojos de Dios es el acto de perfeccionar a su Hijo unigénito, Jesucristo, mediante el sufrimiento, con el fin de salvarnos y llevarnos a la gloria. Aplicando esto a nosotros mismos, podemos decir que Dios considera apropiado perfeccionarnos también a nosotros a través del sufrimiento. La razón de ello es que Jesús, a pesar de ser el Hijo de Dios, aprendió obediencia mediante el sufrimiento que padeció (Hebreos 5:8). Por tanto, nosotros, que hemos llegado a ser hijos de Dios, debemos también aprender obediencia al Señor a través del sufrimiento que enfrentamos, tal como lo hizo Jesús. Esto es lo que resulta apropiado a los ojos de Dios.

(2) Un hijo necio es una desgracia para su padre.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 19:13: «El hijo necio es ruina de su padre, y la esposa pendenciera es como un goteo constante». Una traducción del hebreo original dice así: «Un hijo necio es una desgracia para su padre, y las disputas de una esposa son como agua que gotea incesantemente» (Park Yun-sun). Como ya hemos reflexionado en pasajes anteriores de Proverbios, la Biblia afirma que un hijo necio se convierte en fuente de pesar para sus padres (10:1; 17:21, 25). Además, la Biblia dice que un hijo necio causa dolor a su madre (17:25) y no trae alegría al padre que tiene tal hijo (versículo 21). Ahora, en el pasaje de hoy —Proverbios 19:13—, la Biblia declara que un hijo necio es una desgracia para su padre. ¿Por qué, entonces, un hijo necio es una desgracia para su padre? El Dr. Park Yun-sun identifica tres razones (Park Yun-sun):

(a) Un hijo necio se convierte en una desgracia para su padre porque el sufrimiento que el progenitor padece a causa de tal hijo es inevitable; no hay manera humana de escapar de él, y el padre se ve obligado a soportarlo.

¿No está usted de acuerdo? ¿Acaso no ha experimentado ya que el dolor que sufren los padres por causa de sus hijos no puede evitarse mediante el esfuerzo humano? ¿Cuántos padres sufren a causa de sus hijos? Un hijo necio es fuente de dolor y una desgracia para los padres.

(b) Un hijo necio se convierte en una desgracia para su padre porque provoca pérdidas, ya sea en términos de honor o de bienes materiales. A menudo vemos a padres a nuestro alrededor sufriendo pérdidas —ya sea en reputación o en patrimonio— debido a un hijo necio. Aunque la palabra «pérdida» pueda sonar algo extraña en este contexto, ¿cuántos hijos necios acarrean deshonra a sus padres? ¿Y cuántos hijos, llevando una vida disoluta como la del hijo pródigo, malgastan toda la fortuna de sus padres? Un hijo necio es, innegablemente, fuente de pérdidas y calamidades para sus padres.

(c) Un hijo necio se convierte en una calamidad para su padre porque incluso las buenas personas pueden enfrentarse a situaciones tan angustiosas. En otras palabras, usted sabe muy bien que, por muy virtuosos o fieles que sean los padres, la crianza de los hijos no siempre sigue el curso que ellos desearían. Es, en verdad, un fenómeno desconcertante. ¿Cómo se sentiría si plantara una semilla de manzana, la cuidara con esmero —regándola y abonándola— y, sin embargo, diera un fruto distinto en lugar de manzanas? Son tantos los padres que ponen todo su corazón y su alma en la crianza de sus hijos; ¿cómo es posible, entonces, que de tales familias surjan hijos insensatos y descarriados? Es, ciertamente, motivo de gran angustia.

En el pasaje de hoy, Proverbios 19:13, la Biblia afirma que un hijo insensato es una calamidad para su padre; podemos hallar ejemplos de esto incluso en las familias que

aparecen en las Escrituras. Por ejemplo, en el libro del Génesis sabemos que Caín, el primogénito de Adán —el primer ser humano—, mató a su hermano menor, Abel. También conocemos la historia de la familia de Jacob, en la que diez de sus hijos conspiraron para matar a su hermano menor, José, antes de terminar vendiéndolo. ¿Es eso todo? La Biblia registra sucesos en la familia de David donde Amnón violó a su media hermana Tamar, y Absalón —hermano de padre y madre de Tamar— mató posteriormente a Amnón. Al observar estas historias —en las que un hijo insensato acarreó preocupación, dolor y desgracia a su padre—, no podemos negar la verdad de Proverbios 19:13: un hijo insensato es, en efecto, una calamidad para su padre. Sin embargo, gracias a la muerte expiatoria de Su Hijo unigénito, Jesucristo, en la cruz, usted y yo nos hemos convertido en hijos e hijas en quienes Dios Padre se deleita. ¿Lo comprende? En efecto, Sofonías 3:17 declara: «El Señor tu Dios está en medio de ti, poderoso salvador; se regocijará sobre ti con alegría, te calmará con su amor y se deleitará en ti con cánticos». La Biblia nos dice que Dios no puede contener su gozo a causa de usted y de mí. ¿Capta esto? ¿Cómo hemos llegado usted y yo a ser una fuente de tan gran alegría para Dios Padre? Es precisamente porque su Hijo unigénito, Jesucristo, fue crucificado y murió. Debido a que Jesús cargó con todos nuestros pecados, murió en la cruz y soportó la medida plena de la ira y el juicio de Dios, hemos llegado a ser hijos de Dios Padre, y Él se regocija sobre nosotros con un gozo inmenso.

(3) Un hijo necio es aquel que trae vergüenza y deshonra a sus padres.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 19:26: «El que maltrata a su padre y ahuyenta a su madre es un hijo que trae vergüenza y deshonra». La Biblia afirma que un hijo necio maltrata a su padre; aquí, la palabra «maltrata» conlleva el significado de «robar» (Swanson). En otras palabras, un hijo necio roba las posesiones de su padre. ¿Cómo imagina usted que un hijo necio roba a su padre? Al considerar esta pregunta, uno podría pensar naturalmente en un hijo que roba y despilfarra la riqueza de su padre. Sin embargo, al reflexionar sobre Malaquías 3:8 —«¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y decís: "¿En qué te hemos robado?". En los diezmos y en las ofrendas»—, llegué a creer que no brindar

apoyo material (como una asignación económica) a los padres, además de no mostrarles la honra debida, también constituye un robo al padre. ¿Qué opina usted? Proverbios 28:24 dice: «El que roba a su padre o a su madre y dice: "No es pecado", es compañero del destructor». Robar a los padres es un pecado. Un hijo necio comete este pecado tanto contra Dios como contra sus padres. Además, un hijo necio ahuyenta a su madre; es decir, la expulsa del hogar. Al echar a su madre en lugar de cuidarla, le causa una profunda angustia, probablemente obligándola a abandonar la casa y vivir en otro lugar, como una residencia para ancianos. En última instancia, un hijo necio no muestra piedad filial hacia sus padres; no los honra ni los cuida. Por el contrario, un hijo necio maltrata y ahuyenta a sus padres, trayéndoles así vergüenza y deshonra. La Biblia afirma que, junto con el hijo necio que trae vergüenza y deshonra a sus padres, aquellos que sufren vergüenza y deshonra son los «fabricantes de ídolos». Observemos Isaías 45:16-17: «Todos los que fabrican ídolos serán avergonzados y humillados; juntos caerán en la confusión. Pero Israel será salvado por el Señor con una salvación eterna; nunca serán avergonzados ni humillados». Se declara, pues, que Israel no sufrirá vergüenza ni humillación eternas. La razón es que Dios los salvará con una salvación eterna. Nosotros, los que creemos en Jesús, somos precisamente quienes hemos sido salvados por la salvación eterna de Dios. Por tanto, tenemos la certeza de que nunca sufriremos vergüenza ni humillación eternas. Esto se debe a que no somos hijos insensatos, sino hijos de Dios. Puesto que los hijos de Dios le aman, honran a sus padres —conforme al mandamiento divino (Lucas 18:20)— y les muestran piedad filial (1 Timoteo 5:4).

En tercer lugar, ¿qué deben hacer los padres respecto a su hijo insensato y cómo deben proceder?

Podemos considerar tres puntos:

(1) Los padres deben mantener la esperanza en su hijo insensato.

Observemos la primera parte de Proverbios 19:18, nuestro texto de hoy: «Disciplina a tu hijo, pues en ello hay esperanza...». ¿Por qué debemos, como padres, albergar esperanza respecto a un hijo insensato? ¿Cuál es la razón? La razón es que creemos en Dios. Puesto que creemos en Dios, debemos mantener la esperanza incluso en un hijo insensato. Veamos Jeremías 29:11: «Porque yo sé los planes que tengo para ustedes —afirma el Señor—, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza».

(2) Los padres deben disciplinar a su hijo insensato.

Observemos la segunda parte de Proverbios 19:18: «...no te empeñes en su muerte». Así como debemos mantener la esperanza en nuestro hijo insensato porque creemos en Dios, también debemos disciplinarlo porque lo amamos. Veamos Proverbios 13:24: «El que no aplica el castigo aborrece a su hijo; el que lo ama, se preocupa por disciplinarlo». ¿Por qué debemos disciplinar a nuestro hijo insensato? Veamos Proverbios 22:15: «La insensatez está ligada al corazón del niño, pero la vara de la disciplina la alejará». La razón por la que debemos disciplinar a un hijo insensato es que la vara de la disciplina alejará la insensatez que hay en él. (3) Los padres deben asegurarse de que su hijo insensato no escuche instrucciones que lo aparten de las palabras de sabiduría.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 19:27: «Hijo mío, deja de escuchar instrucciones que te apartan de las palabras de sabiduría». Como padres que creemos en Dios, no solo debemos mantener la esperanza en nuestro hijo insensato, sino también disciplinarlo por amor. Sin embargo, no debemos limitarnos únicamente a la disciplina. Más allá de disciplinar a nuestro hijo insensato, debemos asegurarnos de que no preste atención a enseñanzas que lo hagan desviarse de las palabras de sabiduría. Creo que la mejor manera de lograrlo es enseñar constantemente a nuestros hijos el camino que deben seguir. Consideremos Proverbios 22:6: «Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él». Cuando enseñamos a nuestros hijos el camino correcto, ellos no lo

abandonarán ni siquiera en su vejez. Creo que esta es la manera más eficaz de evitar que nuestros hijos presten atención a enseñanzas que los alejan de las palabras de sabiduría.

Quisiera concluir esta reflexión. Ningún padre desea que su hijo se extravíe. Como todos queremos que nuestros hijos prosperen, nos esforzamos por cumplir con nuestras responsabilidades parentales en su crianza. Sin embargo, aun al ver a padres que parecen tener una fe sólida, a veces somos testigos de cómo sus hijos toman el camino equivocado; esto nos demuestra que la crianza de los hijos no siempre sigue la voluntad de los padres. Por tanto, debemos encomendar la crianza de nuestros hijos a Dios Padre. Al mismo tiempo, debemos esforzarnos por cumplir fielmente nuestras responsabilidades como padres. Uno de esos esfuerzos consiste en buscar la sabiduría de Dios al orar por nuestros hijos. En tales circunstancias, debemos mostrar sabiduría a nuestros hijos en lugar de insensatez. Esa sabiduría se encuentra en el temor a Dios y en la obediencia a sus mandamientos. A través del pasaje de hoy —Proverbios 19:10, 13, 14 y 26—, Dios nos enseña a llevar una vida de frugalidad en lugar de una de extravagancia. Además, nos instruye que, incluso si tenemos un hijo insensato que nos causa vergüenza, deshonra y calamidad, debemos mantener la esperanza; debemos disciplinar a ese hijo con amor y esforzarnos por asegurar que no se aparte de las enseñanzas de la sabiduría. Ruego que todos aceptemos y obedezcamos humildemente estas lecciones.

No debemos convertirnos en esta clase de persona

[Proverbios 19:19, 25, 28, 29]

¿Qué clase de persona quieres ser? Personalmente, creo que la pregunta «¿En qué clase de persona debería convertirme?» es más importante que «¿Qué debería hacer?». De hecho, la sección sobre «actitudes espirituales» en las normas de membresía de nuestra iglesia afirma: «La clase de persona que eres es mucho más importante que la clase de trabajo que realizas». Aquí debemos aclarar cuál es la prioridad en nuestra vida de fe: la prioridad es la clase de persona que debo ser ante Dios. En otras palabras, nuestra prioridad es el *ser*, no el *hacer*. Esto se debe a que las acciones deben fluir de nuestro ser, y no al revés; nuestras acciones —siguiendo el ejemplo de Jesús— deben surgir de una transformación del carácter que nos haga más semejantes a Él.

Entonces, ¿en qué clase de persona deberíamos convertirnos? Me gustaría compartir con ustedes un poema titulado «Permíteme convertirme en esta clase de persona en el año nuevo», de la hermana Lee Hae-in. Leer este poema nos permite reflexionar sobre el tipo de persona que deberíamos aspirar a ser: «Por favor, permíteme convertirme en una "persona de oración": alguien que, aunque común, lleva calidez y luz solar en su corazón, avanzando con confianza y valentía en lugar de desesperarse en tiempos de adversidad. Por favor, permíteme convertirme en una "persona de esperanza": alguien que vive una vida luminosa y clara, renovando cada día su determinación de mantener el corazón tan radiante y lleno como la primera luna llena del año. Por favor, permíteme convertirme en una "persona de amor": un prójimo que se acerca a todos como amigo sin buscar destacar, pero cuyas acciones —impulsadas por una verdad ferviente— hablan más fuerte que las palabras».

«Por favor, ayúdame a convertirme en una "persona de paz" que valora la paz del corazón —fruto de una larga espera y del sufrimiento— y que toma la iniciativa de practicar la reconciliación y el perdón. Por favor, ayúdame a convertirme en una "persona de alegría" que encuentra una gratitud renovada convertida en oración incluso en la monotonía de los días cotidianos, y que descubre sentido en las cosas pequeñas, sin conocer jamás el aburrimiento» (Internet). Amigos, ¿acaso no deberíamos todos convertirnos en «personas de oración» y «personas de amor»? Como sugiere la hermana Lee Hae-in, si todos nos convertimos en "personas de esperanza", "personas de paz" y "personas de alegría", ¿no estaríamos cumpliendo eficazmente nuestro papel como luz y sal del mundo? Amigos, la Biblia nos enseña qué clase de personas debemos ser. Por ejemplo, el libro de Proverbios —en el que meditamos durante nuestras reuniones de oración de los miércoles— nos enseña que debemos ser personas sabias. Proverbios nos instruye a convertirnos en individuos sabios que temen a Dios, poseen Su sabiduría y guardan y practican Sus mandamientos. Al mismo tiempo, la Biblia nos advierte que no debemos convertirnos en otros tipos de personas. Por ejemplo, Proverbios nos dice que no debemos ser necios.

En el pasaje de hoy —Proverbios 19:19, 25 y 28-29— encontramos tres tipos de personas. Al reflexionar sobre estos tres tipos, me di cuenta de que no debo convertirme en una persona así. Por lo tanto, centrándome en el texto de hoy y en el título "No debemos convertirnos en personas así", quisiera examinar estos tres tipos de personas y recibir las lecciones que Dios nos ofrece.

En primer lugar, no debemos convertirnos en personas propensas a una ira feroz.

Observemos Proverbios 19:19 en el pasaje de hoy: "El hombre de gran ira sufrirá el castigo; pues si lo libras, tendrás que hacerlo de nuevo". ¿Alguna vez ha experimentado una ira intensa y furiosa? Si no es así, ¿ha visto alguna vez a alguien que la haya sentido? ¿Hay alguien a quien describiría como verdaderamente "muy furioso"? La frase "el que es dado a una ira furiosa" en el texto de hoy —Proverbios 19:19— se traduce en la Biblia NIV como "un

hombre de mal genio" o alguien con un temperamento volátil. A menudo decimos de tales individuos que tienen "poca mecha" o que explotan fácilmente. Las personas con este tipo de temperamento tienden a tener arrebatos explosivos de ira. Se dice que existen seis tipos de esta ira o furia volátil (según fuentes en línea): (1) Furia repentina: Se refiere a la ira que surge inesperadamente, provocando un cambio drástico en la personalidad; implica una situación en la que la persona tiene poco o ningún control sobre sus emociones, pensamientos o acciones. (2) Ira contenida: Es una acumulación de reacciones; hierve como lava fundida bajo una apariencia de racionalidad, a menudo acompañada de una fijación patológica en injusticias percibidas. (3) Ira de supervivencia: Estalla cuando existe una amenaza para un aspecto fundamental del sentido de autoestima o de la propia existencia. (4) Ira impotente: Es una ira arraigada en una sensación de falta de poder o indefensión. (5) Ira derivada de la vergüenza: Es una reacción hipersensible ante ciertas situaciones, incluso aquellas en las que la ofensa fue involuntaria. (6) Ira por abandono: Surge de la incapacidad para sobrellevar sentimientos de soledad, agitación o ansiedad. En resumen, este tipo de ira volátil es una forma de "ira total": poderosa y... Llegan a los extremos. Razonar con ellos es inútil; se refugian en su propio mundo. Sin embargo, con el paso del tiempo, se ven invadidos por una inmensa culpa y remordimiento. Curiosamente, el término hebreo traducido como "furioso" (o "propenso a una ira feroz") conlleva el significado literal de "furioso" en el sentido de una ira extrema. Esta palabra está vinculada a las "Furias" de la mitología griega y romana antigua: tres diosas de la venganza. Los romanos llamaban a estas diosas *Furia* (o *Furias*), que es la raíz etimológica de la palabra inglesa *fury* (que denota ira intensa, vehemencia o pasión). Originalmente, el término significaba una especie de locura violenta y turbulenta: un estado en el que una persona pierde el control sobre sus propias acciones. En Estados Unidos, a veces se califica de "Furia" a una mujer que se comporta de esa manera. Con el tiempo, no obstante, esta connotación mitológica específica se ha desvanecido, y la palabra *furious* ha pasado a significar simplemente "extremadamente enojado".

Como ya hemos aprendido en Proverbios 15:18, una persona propensa a tal ira intensa provoca conflictos. Además, Proverbios 29:22 afirma: "El hombre iracundo provoca contiendas, y el furioso abunda en transgresiones". Por eso el apóstol Pablo escribió en Efesios 4:26-27: "Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo". Cuando nos enojamos, debemos tener cuidado de no dar lugar al diablo ni cometer pecado; si estallamos en una ira furiosa —como la persona descrita en el pasaje de hoy, Proverbios 19:19—, es muy probable que pequemos contra Dios. Por eso la Biblia afirma en Proverbios 19:19: «El hombre de gran ira sufrirá el castigo». ¿No le parece que esta es una consecuencia natural? Es natural que quienes estallan en una ira furiosa enfrenten un castigo, precisamente porque cometen muchos pecados. Uno de esos pecados es no prestar atención a la reprensión de Dios. Incluso cuando la escuchan, su intensa ira les lleva a distorsionar las palabras de Dios; en consecuencia, no llegan a arrepentirse verdaderamente de su mala conducta. Otro pecado implicado —como se indica en la segunda parte de Proverbios 19:19— es que, aunque Dios rescate a tal persona de las consecuencias de su ira, el mismo comportamiento se repite. En otras palabras, incluso después de ser castigados, repiten el pecado de estallar en una ira furiosa. Debido a este pecado recurrente, quienes ceden a una ira furiosa enfrentan inevitablemente el castigo. No debemos ser personas que estallan en una ira furiosa. En cambio, debemos ser personas «lentas para la ira» (v. 11; 14:29; 15:18; 16:32). Debemos hacerlo porque nuestro Dios es lento para la ira (Éxodo 3:6; Números 14:18; Salmos 86:15, 145:8; Nahúm 1:3; Joel 2:13; Jonás 4:2). Si nos enojamos fácilmente, somos… …unos insensatos (Proverbios 14:17). Sin embargo, si somos lentos para la ira, la Biblia nos llama prudentes (19:11). Espero que usted y yo lleguemos a ser personas prudentes y lentas para la ira.

En segundo lugar, no debemos ser testigos impíos.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 19:28: «El testigo corrupto se burla de la justicia, y la boca de los impíos devora la iniquidad». ¿Quién es un «testigo corrupto» aquí? Un testigo corrupto es aquel que distorsiona e ignora la justicia intencionalmente; un testigo vil e impío.

El texto afirma que la boca de tal testigo «devora la iniquidad», lo que significa que persigue el pecado con un apetito insaciable (Walvoord). El pecado específico que persigue este testigo corrupto es la mentira (6:19); en otras palabras, un testigo corrupto es un testigo falso (19:5, 9). A menudo me he preguntado por qué hay tantas mentiras en los dramas coreanos. No estoy seguro de si se trata de una diferencia cultural —si las mentiras se dicen por consideración hacia los demás o para ocultar algo—, pero una cosa es segura: una mentira engendra otra mentira. Cuando veo a personajes que finalmente revelan la verdad solo después de que su red de mentiras ha quedado al descubierto, me pregunto: «¿Por qué no dijeron la verdad desde el principio?». ¿Qué opinan ustedes? ¿Creen que se debe decir la verdad desde el inicio, o es aceptable decir una mentira (quizás una «mentira piadosa») cuando la situación lo requiere? Al meditar en el pasaje de hoy, Proverbios 19:28, recordé Proverbios 6:19, que habíamos estudiado anteriormente. Reflexionando sobre estos dos versículos en conjunto, me surgió una idea: un testigo impío no solo dice falsedades, sino que también puede distorsionar intencionalmente la verdad para sembrar discordia entre hermanos. La Biblia afirma claramente que tales testigos impíos y falsos no escaparán del castigo y enfrentarán la ruina (19:5, 9; 21:28). ¿Por qué, entonces, creen que un testigo impío distorsiona intencionalmente la justicia y permite que las mentiras fluyan incesantemente de sus labios? Encontré la respuesta en el Salmo 59:12: «Por los pecados de su boca, por las palabras de sus labios, que queden atrapados en su soberbia, y por las maldiciones y mentiras que profieren». ¿Qué significa esto? La razón por la que un testigo impío distorsiona intencionalmente la justicia y dice mentiras constantemente es que es soberbio. Es debido a su arrogancia que distorsionan la verdad y persisten en la mentira. Proverbios 14:5 y 25 dicen: «El testigo veraz no miente, pero el testigo falso profiere mentiras... El testigo veraz salva vidas, pero el testigo engañoso pronuncia mentiras». Como testigos de Jesucristo, debemos ser testigos veraces (14:5, 25). Las mentiras no deben salir de nuestros labios. En particular, no debemos levantar falso testimonio contra nuestro prójimo (Deuteronomio 5:20). No debemos dar testimonio falso contra el prójimo (Proverbios 25:18). Debemos aborrecer la mentira (13:5). La razón es que Dios aborrece la mentira (12:22). Ninguna

falsedad proviene de la verdad (1 Juan 2:21). Por lo tanto, no debemos decir falsedades, sino más bien hablar la verdad (Proverbios 12:17).

En tercer y último lugar, no debemos convertirnos en personas arrogantes.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 19:29: «Preparados están los juicios para los escarnecedores, y los azotes para las espaldas de los necios». Amigos, ¿quién es un «escarnecedor» (o una persona arrogante)? Cuando decimos que alguien es arrogante, solemos pensar en alguien que actúa con aires de superioridad y menosprecia a los demás. También tendemos a ver a esa persona como presuntuosa e insolente, carente de un sentido adecuado de su propia condición. ¿Hay alguien así a su alrededor? ¿O siente alguna vez que *nosotros* mismos podemos ser arrogantes en ocasiones? Consulté un diccionario hebreo-inglés y encontré esta definición de «escarnecedor»: «Un escarnecedor es una persona orgullosa y arrogante que se deleita en el escarnio y el desprecio, y que está fuera del alcance de la instrucción o la reprensión. No se puede hallar sabiduría en tal persona» (Whitaker). En otras palabras, un escarnecedor es un necio orgulloso y arrogante que —careciendo de autoconciencia— se cree superior a los demás; se deleita despreciando a otros, pero le desagrada profundamente recibir cualquier instrucción o reprensión. Dios nunca otorga gracia a tal persona. Por el contrario, Proverbios 3:34 afirma que Dios realmente se burla del escarnecedor arrogante. Además, Proverbios 9:12 afirma que, si somos arrogantes, nosotros solos sufriremos las consecuencias. Dado que la Biblia enseña claramente que la arrogancia conduce al sufrimiento únicamente para la persona arrogante, ¿qué debemos hacer si observamos arrogancia en nuestros hijos? ¿Qué debemos hacer si se niegan a escuchar incluso cuando los reprendemos por amor? El pasaje de hoy, Proverbios 19:25, dice: «Hiere al escarnecedor, y el simple aprenderá prudencia; reprende al entendido, y adquirirá conocimiento». Observemos la última parte de Proverbios 10:13: «…y vara para las espaldas del falto de entendimiento». Veamos la primera parte de Proverbios 14:3: «En la boca del necio hay vara de soberbia…». Miremos Proverbios 26:3: «El látigo para el caballo, el freno para el asno, y la vara para la espalda de los necios». En última

instancia, la Biblia nos instruye a usar la vara con un hijo arrogante. ¿Cuál es la razón de esto? Veamos Proverbios 22:15: «La necedad está ligada al corazón del muchacho, pero la vara de la disciplina la alejará de él». Miremos Proverbios 29:15: «La vara y la reprensión dan sabiduría, pero el muchacho consentido avergüenza a su madre». Observemos Proverbios 23:14: «Si lo castigas con la vara, salvarás su alma del Seol».

Nunca debemos convertirnos en personas arrogantes. Al contrario, debemos ser humildes. No debemos considerarnos sabios (26:12), ni pensar demasiado bien de nosotros mismos (12:9, 25:6). No debemos poner nuestra mente en cosas elevadas (Ro. 12:16). En resumen, no debemos volvernos arrogantes (1 Co. 4:18). Más bien, debemos humillarnos (2 Cr. 12:6). Debemos rebajarnos tanto ante Dios como ante las personas. Debemos ser humildes, tal como lo fue Jesús (cf. Fil. 2:6-8). Y, al igual que el apóstol Pablo, debemos hacernos siervos de todos (1 Co. 9:19). ¿Cuál es el propósito de esto? Se trata de ganar a más personas (v. 19).

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. ¿Qué clase de personas no debemos ser? No debemos ser personas propensas a la ira. No debemos ser falsos testigos. No debemos ser arrogantes. Por el contrario, debemos ser humildes, como Jesús. También debemos ser verdaderos testigos de Jesús. Y, al igual que Jesús, debemos ser lentos para la ira. En resumen, todos debemos llegar a ser personas que se asemejen a Jesús. Oro fervientemente, en el nombre de Jesús, para que todos lleguemos a parecernos cada vez más a Él.

El presidente ideal

[Proverbios 19:12; 20:2]

¿Qué piensa del presidente del país en el que vive? ¿Lo considera un presidente ideal? Cuando pienso en la palabra «presidente», recuerdo un título que le di a una meditación devocional basada en 1 Samuel 15:23 allá por marzo de 2004, cuando me enteré de que la Asamblea Nacional había aprobado la moción de destitución contra el difunto expresidente Roh Moo-hyun. Ese título era «El rey rechazado». Aún conservo un vago recuerdo de lo llamativo que resultó el momento en que ocurrió aquello. Para aclarar, no me propuse deliberadamente meditar sobre el rey Saúl —quien fue rechazado por Dios en 1 Samuel 15:23— específicamente a causa de la noticia de la destitución del presidente Roh; más bien, el pasaje ya había resonado en mí, y los acontecimientos en torno al presidente Roh se desarrollaron mientras yo estaba inmerso en esa meditación. Así pues, al preparar el sermón de hoy, retomé mis reflexiones sobre 1 Samuel 15:23 y examiné las siete razones por las que el rey Saúl fue rechazado por Dios: desobediencia, arrogancia, hipocresía, poner excusas, codicia, idolatría y temor a la gente. Recuerdo haber encontrado consuelo en el hecho de que, si bien el rey Saúl fue rechazado en medio del sufrimiento y la crisis, también estaba el rey David —surgido en la misma época—, quien fue un hombre conforme al corazón de Dios. ¡Qué impacto debió suponer para toda la nación el rechazo de su rey! Sin embargo, Dios ya estaba preparando al rey David, un hombre conforme a su propio corazón. ¿Por qué era David una persona que agradaba al corazón de Dios? La razón es que David escuchaba y obedecía la palabra de Dios, encarnando la verdad de 1 Samuel 15:22: «Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención mejor que la grasa de los carneros». Aunque cometió adulterio con Betsabé —una mujer casada— e hizo

matar al esposo de esta, el leal soldado Urías, para encubrir el pecado, confesó y se arrepintió de inmediato cuando el profeta Natán lo reprendió. Concluí aquella sesión de tiempo devocional orando fervientemente para que Dios levantara en Corea a un "rey" (presidente) conforme a Su corazón. Más tarde, retomé un registro de mis devocionales de junio de 2008, en el que había meditado sobre el Salmo 101 bajo el título "El rey ideal y su pueblo ideal". Recordé haber leído —por aquel entonces— comentarios del Dr. James Dobson, una figura destacada del evangelicalismo estadounidense, sobre el entonces candidato presidencial, el senador Barack Obama; Dobson había señalado que Obama sostenía una "teología confusa". Aquel periodo de meditación sobre los Salmos coincidió con una época en Corea, poco después de que el anciano Lee Myung-bak —cristiano— asumiera la presidencia, cuando se celebraban vigilias con velas debido a la renegociación de los acuerdos de importación de carne vacuna. En medio de tales circunstancias, Dios me guio a meditar en el Salmo 101 y a reflexionar sobre el corazón de un rey ideal. Mi meditación se centró en tres puntos: primero, el corazón de un rey ideal valora la misericordia y la justicia; segundo, es un corazón humilde; y tercero, rechaza un corazón perverso, es decir, una naturaleza engañosa o una vida en la que la apariencia externa difiere de la realidad interior. La última vez que medité sobre el tema del "rey" fue en mayo de 2012, centrándome en la idea de "un buen rey que agrada a Dios". Dicha meditación se basó en Proverbios 16:10–15; por aquel entonces, un artículo en línea del diario *Hankook Ilbo* llevaba el titular "Obama: el primer presidente gay". Reflexionar sobre estos versículos me brindó la oportunidad de considerar si el presidente Obama —el primer mandatario estadounidense en apoyar públicamente el matrimonio entre personas del mismo sexo— era verdaderamente un buen presidente a los ojos de Dios. Identifiqué tres características de un buen rey que agrada a Dios: primero, toma decisiones justas guiado por la sabiduría divina; segundo, aborrece hacer el mal; y tercero, está abierto al consejo de súbditos leales. Continuando con este recorrido de meditación en la Palabra de Dios sobre los reyes, hoy vemos al rey Salomón —autor de Proverbios— hablar sobre el rey ideal en Proverbios 19:12 y 20:2. Por lo tanto, centrándome en estos dos versículos y en el tema "El presidente ideal", quisiera reflexionar sobre las cualidades de un rey ideal según las enseñanzas de Dios, y

orar para que el presidente de nuestra nación llegue a ser un líder agradable a los ojos de Dios.

En primer lugar, un presidente ideal gobierna la nación con justicia.

Observemos la primera parte de Proverbios 19:12 y Proverbios 20:2: "Como rugido de león es el enojo del rey..." (19:12); "Como rugido de león es el enojo del rey; quien lo provoca pone en peligro su propia vida". El rey Salomón compara la ira de un rey con el rugido de un león, una comparación que nos plantea dos interrogantes. La primera pregunta es: "¿Por qué se enoja el rey?". La razón de la ira del rey no es que sea un tirano; más bien, como rey justo, aborrece la maldad de la nación que gobierna (Park Yun-sun). Consideremos Proverbios 16:12: "A los reyes les resulta abominable hacer el mal, pues el trono se afirma en la justicia". Por consiguiente, la ira del rey mencionada en los pasajes de hoy —Proverbios 19:12 y 20:2— es una expresión de justicia. Reflexionar sobre esta justa ira del rey me recordó la justa ira de Dios, el Rey de reyes. En particular, las noticias recientes sobre la revisión del matrimonio entre personas del mismo sexo por parte de la Corte Suprema de los Estados Unidos me trajeron a la mente las palabras de Romanos 1:18 y los versículos siguientes. La Biblia afirma claramente: "La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que con su injusticia restringen la verdad" (v. 18). ¿Cuál es una de las consecuencias de esto? Veamos Romanos 1:26-27: "Por eso Dios los entregó a pasiones vergonzosas. Aun sus mujeres cambiaron las relaciones sexuales naturales por otras contra la naturaleza. De la misma manera, también los hombres abandonaron las relaciones naturales con las mujeres y se encendieron en deseos lujuriosos los unos por los otros. Los hombres cometieron actos vergonzosos con otros hombres y recibieron en sí mismos el castigo merecido por su error". Si bien el matrimonio entre un hombre y una mujer constituye el orden natural, el deseo ardiente de hombres por hombres y de mujeres por mujeres es una consecuencia —o una retribución— de la ira de Dios. La segunda pregunta es: «¿Qué significa la afirmación bíblica de que la ira del rey es como el rugido de un león?». La expresión «como el rugido de un león» implica que, así como el rugido de un león puede

oírse en cualquier parte de las montañas que habita, la autoridad administrativa de un gobernante debe infundir temor en los malvados por toda la tierra (Park Yun-sun). Por ello, el apóstol Pablo instruyó en Romanos 13:7 a «temer a quien se debe temer». También declaró: «Sométase toda persona a las autoridades superiores» (v. 1), porque «toda autoridad es ordenada por Dios» (v. 1). Además, Pablo señaló que los gobernantes no son motivo de temor para las buenas obras, sino para las malas (v. 3). ¿Qué significa esto? Significa que quienes gobiernan una nación, ejerciendo una autoridad ordenada por Dios para mantener la justicia, deben ser motivo de temor para quienes cometen el mal. Observemos el versículo 4: «...Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo». En cierto sentido, el presidente de una nación actúa como servidor de Dios, administrando retribución —conforme a la ira divina— sobre aquellos que cometen el mal. En otras palabras, es una figura de autoridad designada por Dios para gobernar la nación con justicia. Por tanto, debe castigar a quienes hacen el mal y recompensar a quienes hacen el bien (1 Pedro 2:14). Debemos honrar a un gobernante tan justo (1 Pedro 2:17).

Sin embargo, al considerar al presidente del país en el que vivimos, me pregunto si es verdaderamente un líder digno de nuestro respeto como ciudadanos desde una perspectiva bíblica. Parece sostener una teología confusa —muy parecida a la que describió el Dr. James Dobson— y es inevitable preguntarse si su fe (si es que realmente tiene alguna) es verdaderamente bíblica. La Biblia afirma claramente que un rey debe gobernar con justicia; sin embargo, al reflexionar sobre si nuestro presidente lo hace, personalmente no puedo responder: «Sí, lo hace». Por ejemplo, ver que el presidente y el gobierno no solo apoyan el matrimonio entre personas del mismo sexo, sino que también intentan legalizarlo, me lleva a pensar que esto no puede describirse como gobernar la nación conforme a la justicia de Dios. Isaías 32:17 nos dice que «el fruto de la justicia será paz; y el efecto de la justicia, reposo y seguridad para siempre»; no obstante, dudo que tal paz, reposo y seguridad existan realmente en este país. Si continuamos por este camino, temo que la sociedad que hereden nuestros hijos y descendientes será profundamente insegura en muchos aspectos.

Proverbios 14:34 declara: «La justicia enaltece a la nación, pero el pecado es afrenta para cualquier pueblo». Un presidente debería gobernar con justicia para «enaltecer a la nación», pero en cambio, al conducir a este país y a su pueblo hacia el pecado, parece estar trayendo afrenta sobre nosotros, los ciudadanos. En contraste, el rey David —padre de Salomón, el autor de Proverbios— «anduvo delante de [el Señor] en verdad, en justicia y con rectitud de corazón» (1 Reyes 3:6). En consecuencia, el Señor otorgó gran gracia a David, permitiendo que su hijo Salomón se convirtiera en rey de Israel. Además, debido a que Dios amaba a Israel y deseaba establecerlo firmemente para siempre, nombró a Salomón como rey para mantener la justicia y el derecho (2 Crónicas 9:8). Es mi oración que el presidente de nuestra nación gobierne con justicia y rectitud —tal como lo hicieron el rey David y el rey Salomón— para que Dios establezca firmemente nuestro país.

En segundo lugar, y para terminar, un presidente ideal gobierna la nación con amor.

Observemos la última parte del versículo 12 en el pasaje de hoy: «…su favor es como el rocío sobre la hierba». ¿Quién cree usted que recibe el favor del rey? ¿Son aquellos que desobedecen las órdenes del rey o aquellos que las obedecen? Naturalmente, son quienes obedecen las órdenes del rey quienes reciben su favor. En Proverbios 19:12, el rey Salomón habla de dos reacciones diferentes que puede tener un rey. La primera es enfurecerse —como el rugido de un león— contra quienes desobedecen sus órdenes; la segunda es otorgar gracia, favor y bondad a quienes las obedecen. El rey Salomón ya había expresado esto en Proverbios 14:35: «El rey se complace en el siervo sabio, pero el siervo vergonzoso provoca su ira». ¿Quién es un siervo sabio? Según Proverbios 16:13, los siervos sabios son leales; poseen «labios justos» y hablan con honestidad al rey. El rey Salomón afirma que el rey se deleita en tales siervos. Sin embargo, los funcionarios que causan deshonra —particularmente los engañosos que cometen el mal, como se describe en Proverbios 16:12— inevitablemente provocan la ira del rey. Este principio se aplica igualmente a la relación entre Dios, el Rey, y nosotros, Su pueblo. En otras palabras, cuando nosotros, como pueblo de Dios, obedecemos al Señor —el Rey de reyes—, Él derrama Su gracia sobre

nosotros. Considere el Salmo 5:12: «Porque Tú, oh Señor, bendices al justo; lo rodeas de favor como con un escudo». Dios bendice a los justos que obedecen Su voluntad, protegiéndolos con Su gracia. ¿Puede visualizarlo? ¿Puede imaginar ver señales de la gracia de Dios dondequiera que mire, en todas direcciones? Mientras que aquellos que desobedecen la palabra del Señor ven solo problemas y dificultades a su alrededor, quienes le obedecen encuentran la gracia de Dios en abundancia por todas partes. En el pasaje de hoy —específicamente en la segunda mitad de Proverbios 19:12—, el rey Salomón compara esta gracia con el rocío sobre la hierba. ¿Cuál es, entonces, la naturaleza del favor de un rey que se asemeja al rocío sobre la hierba? La «hierba» simboliza a la gente común —aparentemente frágil e insignificante—; Así, la metáfora del favor del rey como rocío implica que el rey no se acerca a su pueblo con una majestad imponente, sino con un amor tranquilo, amable y compasivo (Park Yun-sun). En otras palabras, un rey ideal no busca simplemente ser servido por su pueblo, sino que lo ama y lo respeta (Park Yun-sun). Por supuesto, esto se aplica cuando el pueblo obedece los mandatos del rey. Si el pueblo desobedece la orden del rey y comete el mal, un rey justo —que aborrece el mal— se ve obligado a castigarlo en su ira. Por el contrario, cuando el pueblo obedece la orden del rey y vive conforme a la voluntad de Dios, un rey ideal le sirve con amor y lo trata con respeto. Como resultado, la nación disfruta de grandes beneficios (16:15).

Al reflexionar sobre este pasaje, pensé en el país en el que vivimos. Me hice estas preguntas: «¿Está el presidente de este país realmente permitiendo que los ciudadanos disfruten de beneficios?». «Si es así, ¿qué clase de beneficios son?». «¿Demuestra esto verdaderamente amor y respeto hacia los ciudadanos?». ¿Qué opina usted? Personalmente, cuando observo al presidente imponer un seguro médico obligatorio para toda la población a fin de garantizar el acceso a la atención sanitaria, o impulsar la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo para un grupo minoritario (los homosexuales) con el fin de otorgarles beneficios específicos, me cuestiono si esto constituye realmente amar al pueblo con un amor tranquilo, amable y compasivo, y tratarlo con respeto genuino. Aunque tal vez no sea un experto en seguros médicos, en lo que respecta al apoyo y al impulso del

presidente y del gobierno para legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo, estoy convencido de que esto no es, en absoluto, un acto de amor destinado a beneficiar al pueblo. La razón es que tal amor no es el amor de Dios; es un amor que se ha apartado de la verdad. Un amor que no se fundamenta en la verdad de Dios es un amor carente de sentido.

Quisiera concluir mi reflexión sobre la Palabra. Hoy hemos meditado sobre dos aspectos de un rey ideal: concretamente, hemos aprendido que un rey ideal gobierna la nación tanto con justicia como con amor. Al meditar en este pasaje, fue inevitable pensar en el presidente del país en el que vivimos. Esto nos llevó naturalmente a plantearnos la pregunta: «¿Es nuestro presidente verdaderamente un presidente ideal a la luz de la Palabra de Dios?». Unámonos ahora en oración a Dios por nuestro presidente.

No revelemos nuestra propia insensatez a través del alcohol.

[Proverbios 20:1]

¿Por qué creen que la gente bebe hasta embriagarse? Encontré un artículo en línea que explica con humor por qué la gente bebe de lunes a domingo: el lunes se bebe por costumbre; el martes, con intensidad; el miércoles, con frecuencia; el jueves, hasta sentir la mente nublada; el viernes, se bebe y se vuelve a beber de inmediato; el sábado, hasta vomitar; y el domingo, hasta no poder levantarse. El artículo también señalaba: "Una copa es por salud; un ligero efecto estimulante produce placer; la embriaguez conduce a una conducta desinhibida; y la borrachera extrema lleva a la locura". Una de las razones por las que la gente bebe es para sentirse bien. ¿Por qué el consumo de alcohol nos hace sentir bien? Porque, al principio, una pequeña cantidad estimula los sistemas nerviosos central y periférico, favorece la secreción de ácido gástrico y desencadena la liberación del neurotransmisor dopamina, factores que elevan el estado de ánimo. Sin embargo, el consumo excesivo, prolongado o intenso acelera lamentablemente la destrucción de las células cerebrales y afecta negativamente la función cerebral. Incluso en condiciones normales, cada día mueren naturalmente 100.000 células cerebrales, pero el consumo de grandes cantidades de alcohol provoca la muerte de muchas más. El rendimiento académico, la memoria y las capacidades cognitivas disminuyen, y se dice que el grado de este deterioro es directamente proporcional a la concentración de alcohol en el organismo. Cuando se bebe en exceso, resulta imposible recordar lo que se dijo o hizo durante la embriaguez; es entonces cuando se produce el fenómeno conocido como "laguna mental" o pérdida de memoria. Otra persona describe así las ocasiones en las que bebe: "Bebo

cuando sucede algo bueno. Bebo cuando sucede algo malo. Bebo para celebrar. Bebo para acercarme a los demás. Bebo para hacer una confesión. Bebo para olvidar a alguien a quien extraño. Bebo cuando estoy disgustado. Bebo cuando echo de menos a alguien. Bebo cuando me siento decaído o cuando llueve. Bebo cuando estoy agotado. Bebo para fomentar la camaradería. Bebo por curiosidad. Vuelvo a beber cuando me siento solo".

¿Qué opina sobre el consumo de alcohol? Como cristiano, ¿cree que es lícito beber o piensa que no se debe hacer? ¿Cuál es la razón de su postura? Una vez visité el sitio web de un grupo anticristiano y encontré una lista titulada "Diez razones por las que no quiero ir a la iglesia...". La cuarta razón estaba redactada así: "En cuarto lugar, como mi pastor decía que no debíamos beber, hubo un momento en que rechacé una bebida en una situación social complicada. La gente del mundo secular lo entendió perfectamente. Sin embargo, quienes se decían cristianos me señalaban con el dedo diciendo: 'Unas copas no hacen daño... tómatela sin más...'. Me quedé totalmente atónito. Es más, quienes decían esto eran hijos de diáconos y ancianos. Me sentí completamente engañado. Ingenuamente hice caso a mi pastor y terminé metido en un lío. Hoy en día, sí bebo. De hecho, es bastante agradable... Actualmente vivo conforme a la Biblia, y me estoy muriendo. ¿Que por qué? Porque los cristianos me maldicen". Al leer este cuarto punto, tuve la impresión de que el autor creía —siguiendo las enseñanzas del pastor— que beber alcohol estaba prohibido y que abstenerse formaba parte de vivir según la Biblia. El problema, sin embargo, es que los hijos de ancianos o diáconos de la iglesia —figuras que deberían dar ejemplo— a menudo consideran aceptable beber. En consecuencia, parece que el propio autor empezó a beber para evitar las críticas de otros cristianos. De hecho, he oído que no solo beben los hijos de ancianos y diáconos, sino también un número considerable de pastores actuales. He oído concretamente que algunos pastores de segunda generación beben, incluso aquellos que se graduaron en seminarios conservadores de Estados Unidos. Recuerdo a un hermano de nuestra iglesia que visitó un seminario conservador y me contó lo decepcionado que se sintió al ver a estudiantes bebiendo allí. Una vez vi un libro en una librería cristiana titulado *77 razones por las que no quiero ir a la iglesia*. El autor, Lee Man-jae, aceptó a Jesús cuando

ya rondaba los cincuenta años y escribió libros como *Bollo recién cocido al vapor* y *Bollo al vapor en el mundo*, que se convirtieron en clásicos cristianos superventas. Escribió *77 razones por las que no quiero ir a la iglesia* tras mucha oración y reflexión; Le motivaron las observaciones realizadas durante su carrera en la radiodifusión sobre la desaceleración general del crecimiento de la iglesia desde mediados o finales de la década de 1980; concretamente, el descenso en el número de nuevos conversos y la tendencia de los jóvenes a abandonar la iglesia. La sexta razón enumerada en el libro es: «Una iglesia que no comprende el consumo de alcohol y tabaco... ¡simplemente no lo entiendo!». «No estoy defendiendo abiertamente el consumo de alcohol y tabaco, pero creo que toda cuestión tiene dos vertientes. No obstante, si decidiera asistir a la iglesia, consideraría hacerlo solo después de haber dejado de beber y fumar» (Internet). En efecto, tal como sugiere el Sr. Lee Man-jae, hay muchas personas no creyentes que afirman que considerarían ir a la iglesia únicamente tras haber abandonado el alcohol y el tabaco. Esto se debe a que creen que asistir a la iglesia exige abstenerse de tales hábitos. Por supuesto, no todos los no creyentes piensan así; muchos otros asisten fielmente a la iglesia mientras continúan bebiendo y fumando. Algunos de ellos sienten poca culpa por estos hábitos, al considerar que también es aceptable para los cristianos beber y fumar.

Al abordar si está permitido que los cristianos consuman alcohol, el factor decisivo es lo que dice la Biblia al respecto. Un teólogo trató esta cuestión demostrando que la Biblia prohíbe explícitamente la embriaguez, definiéndola así como un pecado grave. Estableció una distinción entre la embriaguez y el acto de beber, señalando que Jesús y sus discípulos consumían vino, siempre y cuando no llegaran a embriagarse. Asimismo, argumentó que el consumo de alcohol entra en la categoría de *adiáfora* —tal como se analiza en Romanos 14 y 1 Corintios 8—, término que hace referencia a cuestiones en las que existe libertad de elección. «Basándose en el principio de libertad y conocimiento en Cristo —específicamente, que las sombras del Antiguo Testamento se han hecho realidad en Él, liberando así a los creyentes de las restricciones dietéticas del Antiguo Testamento—, un creyente puede optar por comer o no comer alimentos prohibidos bajo el Antiguo Pacto. Del

mismo modo, uno puede elegir fumar o no fumar. Resulta antibíblico que una persona abstemia condene duramente a un creyente que toma una bebida por cortesía en una reunión formal, o que juzgue con severidad a un teólogo o misionero de otro país por fumar. Por el contrario, también es antibíblico que un creyente que bebe y fuma con moderación —sin llegar a embriagarse— critique a quienes no lo hacen tachándolos de tener una "fe débil", mientras hace alarde de su propio consumo de alcohol y tabaco frente a ellos. Además, beber o fumar de manera desafiante con el intento de "educar" o fortalecer a un "creyente débil" que se abstiene de estos hábitos entra en conflicto directo con la actitud del apóstol Pablo. Pablo no declaró que comería carne o bebería vino para fortalecer la fe del "creyente débil" en este sentido; más bien, expresó la firme determinación de que, si el vino o la carne hacían tropezar a un hermano, nunca más volvería a beber vino ni a comer carne (específicamente, carne prohibida bajo el Antiguo Testamento)» (Internet). En conclusión, este teólogo sostiene que, dado que se reconoce que el alcohol y el tabaco son perjudiciales tanto para el cuerpo como para la familia, la aplicación de los principios de amor y edificación —fundamentalmente, principios de tolerancia establecidos en favor de los débiles en la fe— conduce a la conclusión de que es apropiado abstenerse de beber alcohol y de fumar (Internet). En lugar de limitarme a responder a la pregunta de si se debe o no beber alcohol o fumar, quisiera reflexionar sobre tres puntos basados en el texto de hoy —Proverbios 20:1, que afirma: «El vino es escarnecedor y la cerveza alborotadora; quien por ellos se deja extraviar, no es sabio»— y recibir así la lección que Dios nos ofrece.

Lo primero que debemos considerar es la naturaleza del «vino» y de la «bebida fuerte» mencionados en el texto de hoy, Proverbios 20:1.

Planteo esta cuestión porque me preguntaba si el «vino» y la «bebida fuerte» de la época de Salomón —o de la era del Antiguo Testamento en general— pueden equipararse al «alcohol» de nuestros días. ¿Cree usted que el «vino» y la «bebida fuerte» de la época del Antiguo Testamento son lo mismo que el alcohol que tenemos ahora? Probablemente coincida en que no pueden equipararse. De hecho, en aquellos tiempos antiguos, el «vino» se

consideraba la bebida embriagante más potente disponible. Todos los vinos de entonces eran «vinos ligeros», es decir, tenían un bajo contenido de alcohol según los estándares modernos. Las bebidas de alta graduación alcohólica solo se conocieron después de que los árabes inventaran el proceso de destilación durante la Edad Media (la destilación consiste en recoger el vapor y condensarlo en líquido para elevar el contenido de alcohol por encima del de la bebida original). La propia palabra «alcohol» es también de origen árabe. Fue durante la Edad Media cuando surgieron los «licores» o bebidas espirituosas fuertes. Por lo tanto, los vinos fortificados con un 20 % de contenido alcohólico eran desconocidos en los tiempos bíblicos (Vine). En consecuencia, la embriaguez en la época bíblica no era un problema tan común ni tan grave como el alcoholismo que vemos hoy en día (Harris). No obstante, Dios prohibió la embriaguez incluso entre el pueblo de aquella época. Entonces, ¿cómo debemos responder nosotros —que vivimos en el siglo XXI— a esto? En el pasaje de hoy, Proverbios 20:1, se menciona la «bebida fuerte» junto con el «vino»; ¿qué es exactamente esta «bebida fuerte»? Se refiere a una bebida alcohólica elaborada a partir de cebada, dátiles o granadas; una bebida que provocaba la embriaguez en quienes la consumían (Isaías 28:7). Por ello, la Biblia prohibió a los sacerdotes (Levítico 10:9), a los nazareos (Números 6:1-3) y a otras personas (Isaías 5:11) consumir estas bebidas (Walvoord). Por ejemplo, Isaías 28:7 dice: «Pero también ellos erraron con el vino, y con sidra se entontecieron; el sacerdote y el profeta erraron con sidra, fueron sorbidos por el vino y se entontecieron con sidra; erraron en visión, tropezaron en el juicio». ¿Puede imaginar esto? ¿Puede visualizar a los siervos de Dios —sacerdotes y profetas— tambaleándose por el vino y la bebida fuerte, malinterpretando visiones y cometiendo errores de juicio? ¿Qué pensaría si los pastores predicaran estando borrachos durante un servicio dominical? Por eso Dios instruyó a Aarón en Levítico 10:9: «No bebas vino ni sidra tú ni tus hijos contigo, cuando entréis en el tabernáculo de reunión, para que no muráis; estatuto perpetuo será para vuestras generaciones».

En la época actual, existen muchas bebidas alcohólicas con un contenido de alcohol extremadamente alto, lo que provoca que un gran número de personas sufran alcoholismo.

¿Sabe qué licor tiene el mayor contenido de alcohol del mundo? Se dice que es un vodka polaco llamado «Spirytus». Con una graduación alcohólica del 96 %, es prácticamente alcohol puro. Es tan potente que un solo sorbo hace sentir como si todo el cuerpo estuviera en llamas. Por el contrario, ¿sabe qué bebida alcohólica tiene el menor contenido de alcohol? Muchas personas creen que es «HI-CHU», un nuevo producto de Lotte Chilsung en Corea; contiene entre un 5 % y un 6 % de alcohol y un 1 % de jugo de frutas. Se dice que su contenido de alcohol es similar al de la cerveza. Sin embargo, existen cervezas con un contenido de alcohol aún menor —del 4 %—, las cuales se consideran las bebidas alcohólicas con la graduación más baja (según fuentes en línea). Solo en Estados Unidos, se estima que hay 15 millones de alcohólicos (fuentes en línea). En Corea, el número de adultos alcohólicos alcanza los 2,2 millones, y uno de cada cinco adultos padece dependencia del alcohol, una condición que precede al alcoholismo declarado. Además, según estadísticas de la Organización Mundial de la Salud (OMS), Corea del Sur ocupa el segundo lugar mundial en consumo de alcohol per cápita, situándose justo detrás de Eslovenia (fuentes en línea). Si es así, ¿no deberían las personas de nuestra época prestar aún más atención a las palabras de Efesios 5:18 —«no os embriaguéis»— que la gente de los tiempos bíblicos?

El segundo punto que debemos considerar es el efecto perjudicial que tienen sobre nosotros el «vino» y la «bebida fuerte» mencionados en el pasaje de hoy, Proverbios 20:1.

Observemos la primera parte de Proverbios 20:1: «El vino es escarnecedor, la bebida fuerte alborotadora...». Una traducción más precisa del texto hebreo dice: «El vino vuelve a uno arrogante, y la bebida fuerte provoca peleas...» (Park Yun-sun). Aquí se nos enseñan dos efectos negativos que el vino y la bebida fuerte producen en nosotros: nos vuelven arrogantes y nos incitan a pelear. ¿Cree usted que el alcohol vuelve arrogante a la gente? ¿Alguna vez ha visto a una persona ebria comportándose con aires de superioridad y menospreciando a los demás? Al reflexionar sobre esta cuestión, recordé el banquete que ofreció el rey Asuero, narrado en el capítulo 1 del libro de Ester. En el tercer año de su reinado, organizó un banquete para todos los funcionarios de sus provincias y sus servidores... La

Biblia registra que el rey Asuero celebró un banquete (versículo 3) que duró nada menos que 180 días, con el fin de exhibir la inmensa riqueza de su glorioso reino y el esplendor de su majestad (versículo 4). Durante todo ese tiempo, se jactó de su gloria ante todos los funcionarios provinciales, cortesanos, jefes militares, nobles y gobernadores presentes (versículo 3). Más tarde, ofreció otro banquete de siete días en el jardín del palacio (versículo 5), donde los invitados bebían en vasijas de oro —mientras el vino real fluía en abundancia ilimitada (versículo 7)— y se bebía sin imposiciones, permitiendo que cada uno consumiera a su gusto (versículo 8). Entonces, al séptimo día, exaltado por el vino, el rey Asuero ordenó a sus siete eunucos que trajeran ante él a la reina Vasti para exhibir su belleza ante el pueblo y los funcionarios (versículos 10-11); cuando la reina se negó a obedecer la orden real, la ira del rey se encendió (versículo 12) y finalmente la destituyó. Al final, el rey Asuero ofreció un banquete y quiso exhibir a su hermosa esposa, pero terminó divorciándose de ella en un arrebato de ira cuando ella lo desobedeció. Cuando una persona se embriaga, entrega su corazón a Satanás (Oseas 4:11); no solo revela su arrogancia y soberbia al jactarse de sí misma, sino que también desata su ira (cf. Isaías 16:6). Por eso, con frecuencia estallan disputas y peleas en las reuniones donde se bebe alcohol (Proverbios 20:1). Así, el rey Salomón, autor de Proverbios, afirmó en Proverbios 22:10: «Echa fuera al burlador, y cesará la contienda; las disputas y los insultos…» …cesarán. En efecto, si se expulsa a una persona arrogante de una reunión donde se bebe, las disputas o peleas llegan a su fin.

Si tuviéramos que resumir en una sola frase los efectos nocivos del vino y de las bebidas fuertes descritos en el pasaje de hoy —Proverbios 20:1—, sería que nos llevan por mal camino. Concretamente, nos conducen por una senda de insensatez. Este camino de insensatez no solo nos incita a arrebatos de ira inmediatos (12:16) y nos lleva a provocar contiendas (20:3), sino que también nos induce a tomar el pecado a la ligera (14:9). En última instancia, el vino y las bebidas fuertes dejan al descubierto nuestra propia insensatez. La Biblia señala también otro efecto perjudicial: conducen a la pobreza. Observemos Proverbios 23:21: «Porque el bebedor y el glotón caerán en la pobreza, y la somnolencia vestirá al hombre de harapos». Además, dejan al descubierto nuestra vergüenza. Un claro

ejemplo de ello es el relato de Noé embriagado en Génesis 9. Veamos Génesis 9:21: «Bebió del vino, se embriagó y quedó descubierto dentro de su tienda». Entonces, ¿qué debemos hacer?

En tercer y último lugar, debemos considerar qué hacer para evitar dejarnos extraviar por el vino —que nos vuelve arrogantes— y por las bebidas fuertes —que nos incitan a pelear.

Observemos la segunda parte de Proverbios 20:1: «Quien por ellos se deja extraviar, no es sabio».

(1) Debemos buscar la sabiduría de Dios. La razón es que, cuando poseemos la sabiduría divina, tememos a Dios y nos apartamos del mal; en consecuencia, llegamos a aborrecer el orgullo y la arrogancia, cosas que Dios mismo detesta. Veamos Proverbios 8:13: «Temer al Señor es aborrecer el mal; yo aborrezco el orgullo y la arrogancia, la mala conducta y el hablar perverso». Además, cuando tenemos sabiduría, no nos dejaremos extraviar por cosas como el vino o las bebidas fuertes para transitar el camino de la insensatez; por tanto, debemos desear fervientemente la sabiduría de Dios y pedírsela (Santiago 1:5).

(2) Debemos ser llenos del Espíritu Santo.

Observemos Efesios 5:18: «No se embriaguen con vino, que lleva al desenfreno. Al contrario, sean llenos del Espíritu». El apóstol Pablo nos dice que tengamos mucho cuidado con nuestra manera de vivir —no como insensatos, sino como sabios— aprovechando al máximo cada oportunidad (Efesios 5:15-16). ¿Cuál es la razón? Porque los días son malos (versículo 16). Pablo nos insta a no ser insensatos, sino a comprender cuál es la voluntad del Señor (versículo 17), y luego añade inmediatamente: «No se emborrachen con vino... más bien, llénense del Espíritu» (versículo 18). Si nos emborrachamos en lugar de llenarnos del Espíritu Santo, ni siquiera nos importarán las obras que Dios está realizando (Isaías 5:12). Por eso el profeta Isaías declara en Isaías 5:11: «¡Ay de los que se levantan temprano por la

mañana para correr tras sus bebidas, y se quedan despiertos hasta tarde en la noche hasta quedar encendidos por el vino!». Amigos, los tiempos en que vivimos son malos. Lo sabemos porque el número de insensatos aumenta constantemente. ¿Quiénes son los insensatos? ¿Acaso no son aquellos que no comprenden la voluntad del Señor y, en cambio, se emborrachan? Miren el número cada vez mayor de alcohólicos. En tiempos como estos, no debemos emborracharnos, sino llenarnos del Espíritu Santo. Al hacerlo, podemos actuar con sabiduría en estos tiempos malos y dar gloria a Dios. Recuerdo las palabras de Lucas 1:15 que escuché hace mucho tiempo de un predicador avivacionista: «Porque será grande delante del Señor; no beberá vino ni licor fuerte, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre».

(3) No debemos juntarnos con aquellos que se deleitan en el alcohol.

Miren Proverbios 23:20: «No te juntes con los bebedores de vino, ni con los glotones comedores de carne». El rey Salomón, autor de Proverbios, nos exhorta a no asociarnos con quienes se deleitan en el alcohol; es decir, aquellos que llevan una vida de desenfreno (Park Yun-sun). En el capítulo 2 de Eclesiastés, vemos al rey Salomón persiguiendo el placer mientras intentaba «ponerse a prueba» entregándose al disfrute (versículos 1-2). Una de las cosas con las que experimentó fue el alcohol (versículo 3). Él buscaba satisfacer los deseos de su carne con alcohol; sin embargo, incluso mientras bebía, actuaba con sabiduría para mantener el control. Al igual que la filosofía de la antigua escuela cirenaica griega, disfrutaba del alcohol sin convertirse en su esclavo; conservaba el dominio propio, utilizando la sabiduría para regular su consumo. En otras palabras, siguiendo la línea de pensamiento cirenaico, el rey Salomón intentaba hallar placer en el vino, creyendo que podía controlar dicho placer mediante su propia sabiduría. No obstante, su conclusión —tal como se expresa en el versículo 3 del pasaje de hoy— fue que aquello equivalía a «abrazar la insensatez». En pocas palabras, buscar el placer a través de la embriaguez es una insensatez. ¿Por qué, entonces, cree usted que Salomón, el autor de Proverbios, advierte contra el hecho de relacionarse con quienes se exceden en el consumo de alcohol? Lo hace

para evitar que imitemos su insensatez. Si usted es lo suficientemente fuerte como para no dejarse influir negativamente ni copiar su insensatez, podría relacionarse con tales personas; pero su propósito al hacerlo debería ser la salvación de sus almas.

(4) No debemos emborracharnos.

El Dr. Park Yun-sun expuso tres razones por las que el Nuevo Testamento prohíbe a los creyentes emborracharse: (1) Una mente embriagada no puede discernir adecuadamente la verdad santa. (2) La embriaguez hace que la persona sea propensa a cometer otros pecados. (3) Una vez que se desarrolla una adicción al alcohol, la persona llega a amar más el placer de beber que a Dios (2 Timoteo 3:4). Por ello, personalmente considero que abstenerse por completo del alcohol es mejor que consumirlo.

Quisiera concluir esta reflexión. Personalmente conocí a dos personas que perdieron la vida a causa del alcohol. Ambas murieron por disparos en bares: una a manos de un guardia de seguridad y la otra a manos de alguien con quien había surgido una disputa mientras bebían. Guardo un recuerdo muy vivo de una comida en un restaurante tras el funeral de un amigo que había muerto por el disparo de un guardia de seguridad; incluso en aquel momento de dolor, su madre intentó compartir el Evangelio con nosotros. Otro recuerdo inolvidable proviene del funeral de otro amigo, donde su tío, mientras leía una carta entre lágrimas, habló de cómo aquel amigo se había juntado con malas compañías. Debido a estas experiencias, me preocupa profundamente la seguridad de los amigos a quienes intento llevar el Evangelio cuando nos reunimos para beber. Me preocupa constantemente lo que podría suceder si se embriagan, especialmente el riesgo de que se pongan al volante. Comparto estas vivencias personales porque, al reflexionar sobre el pasaje de hoy de Proverbios 20:1, considero que el alcohol no nos aporta ningún beneficio; al contrario, nos causa daño. Uno de esos daños es que el alcohol deja al descubierto nuestra propia insensatez: una insensatez que se manifiesta como arrogancia y provoca conflictos. Por tanto, debemos abstenernos del alcohol y nunca permitirnos caer en la embriaguez.

El insensato y el prudente

[Proverbios 20:3-7]

¿Cree usted, tal como afirmó el apóstol Pablo en Efesios 5:16, que los tiempos son malos? A veces, al escuchar noticias sobre crímenes, me pregunto hasta dónde puede llegar la maldad humana. Verdaderamente vivimos en un mundo donde los actos pecaminosos se han acumulado. En tiempos así, la Biblia nos instruye en Efesios 5:15 a «mirar con diligencia cómo andamos, no como necios sino como sabios». ¿Quién es, entonces, el necio y quién el sabio? Los necios —es decir, los insensatos (v. 17)— desperdician su tiempo (v. 16). No comprenden cuál es la voluntad del Señor (v. 17) y, en consecuencia, se entregan a la embriaguez y al desenfreno (v. 18). En cambio, los sabios son llenos del Espíritu Santo (v. 18) y comprenden la voluntad del Señor (v. 17). Por lo tanto, aprovechan bien el tiempo (v. 16) y viven conforme a la voluntad del Señor.

En el pasaje de hoy, Proverbios 20:3-7, la Biblia nos ofrece enseñanzas sobre el insensato y el prudente. Oro para que prestemos atención a estas lecciones y lleguemos a ser personas prudentes en lugar de insensatas.

En primer lugar, consideremos la naturaleza de la persona insensata. Me gustaría destacar dos puntos:

Primero, la persona insensata provoca contiendas.

Observemos Proverbios 20:3: «Honra es del hombre abandonar la contienda; mas todo insensato se envolverá en ella». Ya hemos recibido el consejo en Proverbios 20:1 de no revelar nuestra propia insensatez mediante el consumo de alcohol. Hemos aprendido que la insensatez que manifestamos debido al alcohol es, en esencia, una batalla contra nuestra propia arrogancia. Por eso el rey Salomón, autor de Proverbios, afirmó en Proverbios 17:14 —un pasaje sobre el que ya hemos meditado— que uno debe «dejar la disputa antes de que estalle la pelea». En otras palabras, debemos detener una riña antes de que escale hasta convertirse en un conflicto abierto. Sin embargo, ¿por qué no logramos detener las disputas antes de que se conviertan en peleas? La razón es que no somos lentos para la ira. Observemos Proverbios 15:18: «El hombre irascible provoca contiendas, pero el que es lento para la ira calma la disputa». ¿Por qué, entonces, no somos lentos para la ira? Porque carecemos de sabiduría y no nos damos cuenta —o decidimos ignorar— que perdonar a otra persona nos honra. Consideremos Proverbios 19:11: «La sabiduría del hombre lo hace lento para la ira, y es su gloria pasar por alto una ofensa». En el pasaje de hoy, Proverbios 20:3, la Biblia declara que «evitar la contienda es un honor para la persona». ¿No es interesante? ¿No resulta fascinante cómo la Biblia pasa de afirmar en Proverbios 19:11 que «pasar por alto una ofensa es gloria para uno» a declarar en Proverbios 20:3 que «evitar la contienda es un honor»? Al considerar estos dos versículos juntos, aprendemos que para evitar la contienda debemos perdonar las ofensas de los demás. Por el contrario, si no perdonamos las ofensas ajenas, inevitablemente terminaremos provocando contiendas. Y la Biblia nos dice que quien provoca contiendas es un necio (20:3). Amados, no debemos ser necios. No debemos provocar contiendas; más bien, debemos evitarlas. La razón es que apartarse de la contienda nos honra (20:3). Para evitar la contienda, no debemos dar rienda suelta a la ira inmediata, sino soportar los insultos con paciencia (12:16). Debemos ser lentos para la ira (19:11). Cuando somos lentos para la ira, podemos detener una disputa antes de que estalle en una pelea (15:18, 17:14, 29:22). Además, no debemos olvidar que perdonar las faltas de otro redunda en nuestra propia gloria (19:11). Cuando perdonamos a los demás, podemos evitar el conflicto.

En segundo lugar, el necio es perezoso.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:4: «El perezoso no ara en otoño; por eso buscará cosecha, pero no encontrará nada». Ya hemos aprendido lecciones sobre la pereza al meditar en el Libro de Proverbios. La lección clave es que la persona perezosa se empobrece (10:4). Esto se debe a que el perezoso no trabaja con diligencia. Al ser negligente con sus manos (10:4), inevitablemente caerá en la pobreza. Si bien el perezoso mantiene sus manos inactivas, su mente trabaja intensamente; esto es especialmente cierto en el caso del siervo malvado y perezoso. ¿Cómo lo sabemos? Al meditar en Proverbios 15:19, vemos que los malvados están llenos de maquinaciones. En consecuencia, debido a su pereza, no tiene intención de esforzarse ni de sudar en un trabajo honrado. Por ello, la Biblia nos dice que la vida del siervo malvado y perezoso se ve rodeada por todas partes de dificultades semejantes a espinos. Además, ya hemos aprendido en Proverbios 18:9 que quien es negligente en su trabajo es «hermano del gran derrochador». ¿Qué significa esto? Decir que el perezoso y el derrochador son hermanos implica que el perezoso es, de hecho, un gran derrochador. Significa que el perezoso no se diferencia en nada de alguien que malgasta sus recursos. ¿Cuál es el problema aquí? El asunto más grave con el perezoso es que se considera sabio a sí mismo. Observemos Proverbios 26:16: «Más sabio se cree el perezoso a sus propios ojos que siete hombres que saben responder con sensatez». ¿No resulta curioso? ¿El hecho de que un perezoso se considere sabio? En realidad, el perezoso es un necio (1:32); sin embargo, como se cree sabio, nos vemos obligados a concluir que es arrogante. En el pasaje de hoy, Proverbios 20:4, la Biblia afirma que el perezoso no ara su campo en otoño. No obstante, el texto hebreo original no se refiere al «otoño», sino al «invierno». En este contexto, el «invierno» corresponde a los meses de noviembre o diciembre (Swanson). Así, el versículo 4 puede traducirse de nuevo de la siguiente manera: «El perezoso no ara debido al frío; en tiempo de cosecha, aunque mendigue, no tendrá nada» (Park Yun-sun). Dígame, ¿noviembre y diciembre son meses cálidos o fríos? Naturalmente, son fríos, ¿verdad? Se dice que en Israel soplan vientos —principalmente del norte— durante los meses de noviembre y diciembre (MacDonald). La cuestión es que el perezoso

no ara su campo en medio de ese clima invernal, frío y ventoso. ¿No tiene sentido? ¿Saldría una persona perezosa al frío para trabajar arduamente en el campo? En consecuencia, cuando llega la época de la cosecha, por más que el perezoso busque algo que recoger, no encuentra nada. Es lógico, ¿verdad? Como no aró, no pudo sembrar nada; y como no sembró nada, naturalmente, no hay nada que cosechar (MacDonald).

Amigos, no debemos ser perezosos. Al contrario, debemos ser diligentes. Los cristianos sabios que temen a Dios son diligentes (Proverbios 12:27; 15:19). Debemos ser cristianos sabios que trabajan con diligencia. Al igual que la hormiga, debemos trabajar arduamente —de manera voluntaria y cooperativa—, incluso sin tener un capataz (6:7). Además, como la hormiga, debemos prepararnos diligentemente para el futuro (versículo 8). Así como la hormiga recoge alimento durante la cosecha de verano para prepararse para el invierno, nosotros también debemos hacer preparativos diligentes pensando en el futuro. En particular, debemos prepararnos diligentemente no solo para nuestra propia muerte, sino también para el encuentro con el Señor. Asimismo, debemos prepararnos con diligencia para la Segunda Venida del Señor.

Por último, consideremos a la persona entendida. Me gustaría abordar este tema desde tres perspectivas:

En primer lugar, una persona con discernimiento extrae el consejo oculto en el corazón de otra.

Consideremos el pasaje de hoy, Proverbios 20:5: «Los propósitos en el corazón del hombre son como aguas profundas, pero el hombre de entendimiento los extrae». Siempre que reflexiono sobre este versículo, le pido a Dios que me conceda tal discernimiento, permitiéndome ser un consolador capaz de extraer los pensamientos e intenciones profundos ocultos en los corazones de las personas. Así como se extrae agua de lo profundo de un pozo, le pido a Dios la sabiduría para sacar a la superficie las heridas y el dolor

enterrados en lo más profundo del corazón de aquellos a quienes Él me guía a aconsejar. En Proverbios 20:5, el rey Salomón —autor del libro— afirma que una persona con discernimiento hace aflorar el consejo que reside en el corazón de alguien. En otras palabras, una persona perspicaz extrae los pensamientos o intenciones (propósitos) que yacen en lo profundo del corazón de otra. Un ejemplo destacado de esto es el juicio que el rey Salomón emitió en 1 Reyes 3. Dicho juicio trataba sobre una disputa entre «dos prostitutas» (v. 16) que acudieron a él discutiendo cuál de ellas era la madre de un niño vivo (v. 22). El sabio rey Salomón ordenó: «Traedme una espada» (v. 24) y mandó: «Dividid en dos al niño vivo y dad la mitad a una y la otra mitad a la otra» (v. 25). ¿Cuál fue su motivo para hacer esto? Distinguir quién era la verdadera madre y emitir un veredicto justo. En ese momento, la verdadera madre, con el corazón ardiente de amor por su hijo, suplicó al rey Salomón: «Señor mío, dale a ella el niño vivo, y de ninguna manera lo mates» (v. 26). Sin embargo, la madre falsa dijo a la verdadera: «Que no sea ni mío ni tuyo, sino partidlo» (v. 26). Al oír esto, el rey Salomón ordenó que se entregara el niño vivo a la madre verdadera y mandó que no se matara al bebé (v. 27). En otras palabras, discernió sabiamente quién era la verdadera madre del niño. La Biblia registra: «Todo Israel oyó hablar del juicio que el rey había pronunciado; y temieron al rey, porque vieron que la sabiduría de Dios estaba en él para administrar justicia» (v. 28). La Biblia afirma que todo el pueblo de Israel, al presenciar el juicio del rey Salomón, vio que «la sabiduría de Dios» estaba en él (v. 28).

¿Cómo puede, entonces, una persona con discernimiento sacar a la luz los pensamientos o las intenciones (propósitos) ocultos en lo profundo del corazón de otra persona? Encontré la respuesta en Proverbios 18:4: «Las palabras de la boca del hombre son aguas profundas; la fuente de la sabiduría es un torrente que brota». Esto significa que una persona con discernimiento puede revelar los pensamientos o intenciones ocultos en lo profundo del corazón de otro mediante palabras pronunciadas desde un corazón lleno de sabiduría. Una persona con discernimiento, al hablar desde la plenitud de la sabiduría —como un torrente que brota—, extrae los pensamientos o intenciones enterrados en lo profundo del corazón de la otra persona. ¿No deberíamos, entonces, pedirle a Dios tal abundancia de sabiduría?

Oro para que todos seamos llenos de la sabiduría de Dios y utilizados como instrumentos de su consuelo.

En segundo lugar, una persona con discernimiento es fiel.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:6: «Muchos hombres proclaman su propia lealtad, pero ¿quién puede hallar a un hombre fiel?». En 1 Corintios 4:2 —un pasaje que todos conocemos bien—, la Biblia afirma: «Ahora bien, se requiere de los administradores que cada uno sea hallado fiel». El apóstol Pablo, quien escribió estas palabras, señaló en 1 Timoteo 1:12 que Cristo Jesús lo consideró fiel y lo destinó a su ministerio. Ese mismo Cristo Jesús nos ha considerado fieles a ti y a mí y nos ha confiado un llamado; y, como declara la Escritura, la fidelidad es lo que se exige de aquellos a quienes se les confía tal función. Por tanto, al igual que el apóstol Pablo, debemos servir al Señor fielmente y con un corazón agradecido (v. 12). Sin embargo, en la segunda parte de Proverbios 20:6 —nuestro texto de hoy—, el rey Salomón, autor de Proverbios, pregunta: «¿Quién puede hallar a un hombre fiel?». Al considerar esta pregunta desde la perspectiva de Salomón, recuerdo un pasaje sobre el que meditamos anteriormente: Proverbios 16:13, que dice: «Los labios justos son el deleite de los reyes, y aman a quien habla con rectitud». La lección que extrajimos de este versículo fue que el rey que agrada a Dios es aquel que atiende el consejo de súbditos fieles. En otras palabras, un rey sabio y temeroso de Dios mantiene a su lado a súbditos fieles y escucha sus consejos, al tiempo que aparta de su corte a los malvados y engañadores. ¿Por qué sucede esto? Porque los labios de los súbditos fieles son «labios justos» que dicen la verdad (16:13). De alguna manera, al pensar en el sabio rey Salomón, tengo la impresión de que no contó con muchos súbditos de esa clase. Pienso esto porque, si hubiera tenido muchos súbditos verdaderamente leales, es probable que le hubieran hablado con honestidad —y le hubieran instado a apartarse del pecado de la idolatría— cuando sus esposas extranjeras desviaron su corazón hacia otros dioses en su vejez (1 Reyes 11:4). Además, al reflexionar sobre Proverbios 20:6, el pasaje que nos ocupa hoy, sospecho que estaba rodeado de muchas personas que simplemente se jactaban de su propio «amor

inquebrantable». Tales individuos no eran siervos verdaderamente fieles; más bien, parecen haber sido aduladores que decían amar al rey Salomón solo de palabra. Es probable que por esta razón el rey Salomón se lamentara en la segunda parte del versículo 6 diciendo: «¿Quién puede hallar a un hombre fiel?».

Amados, debemos ser personas fieles. Debemos ser siervos fieles de Jesucristo. Y, como siervos fieles del Señor, debemos imitar a Jesucristo, el Testigo Fiel. Miren Apocalipsis 1:5: «Gracia y paz a ustedes de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos ama y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre…». El apóstol Juan, quien escribió estas palabras, fue él mismo un testigo fiel de Jesucristo. En una ocasión reflexioné sobre el apóstol Juan —el testigo fiel que escribió el libro de Apocalipsis— centrándome en tres aspectos específicos. Me gustaría aprovechar esta oportunidad para recordarnos una vez más estos tres puntos:

(1) Un testigo fiel da testimonio de todo lo que ha visto.

Observemos Apocalipsis 1:2: «Juan dio testimonio de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo: de todo lo que vio». La Biblia afirma aquí que el apóstol Juan dio testimonio de todo lo que vio; ¿qué fue, entonces, lo que vio? Fue precisamente «la palabra de Dios y el testimonio de Cristo» (versículo 2). En otras palabras, la visión del cielo de la que dio testimonio el testigo fiel —el apóstol Juan— fue la revelación de Jesucristo (versículo 1). Además, esta revelación de Jesucristo se refiere a cosas que Dios entregó al apóstol Juan: cosas que han de suceder pronto (versículo 1). Uno de los acontecimientos que han de suceder pronto es la Segunda Venida de Jesucristo. Por tanto, como testigos fieles del Señor, debemos dar testimonio de Jesucristo, quien ha de volver.

(2) Un testigo fiel lee, oye y guarda la palabra profética de Dios.

Observemos Apocalipsis 1:3: «Bienaventurado el que lee las palabras de esta profecía, y bienaventurados los que la oyen y guardan en su corazón lo que en ella está escrito, porque el tiempo está cerca». La Biblia declara que hay una bendición para quienes leen, oyen y guardan las palabras de esta profecía; es decir, las cosas que han de suceder pronto. Mientras aguardamos la Segunda Venida de Jesús y damos testimonio de ella, usted y yo debemos contarnos entre aquellos que leen, oyen y guardan la palabra profética referente a los acontecimientos que han de suceder pronto.

(3) Un testigo fiel participa de la tribulación, el reino y la perseverancia de Jesús.

Observemos Apocalipsis 1:9: «Yo, Juan, hermano y compañero de ustedes en la tribulación, en el reino y en la perseverancia paciente que tenemos en Jesús, estaba en la isla de Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús». Como testigo fiel de Jesús, el apóstol Juan participó de la tribulación, el reino y la perseverancia paciente de Jesús. La tribulación es el camino que conduce al Reino de los Cielos, y la perseverancia paciente es la fuerza que permite recorrer ese camino (Park Yun-sun). En Hechos 14:22, el apóstol Pablo nos exhorta: «… Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios…». Además, en Santiago 5:10, el apóstol Santiago nos dice que tomemos a los profetas como ejemplos de sufrimiento y paciencia. Es mi oración que todos nosotros, como fieles testigos de Jesús, participemos de su tribulación, de su reino y de su paciente perseverancia.

En tercer y último lugar, la persona que tiene discernimiento camina en integridad.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:7: «El hombre justo camina en integridad; dichosos sus hijos después de él». El hebreo original de este versículo puede traducirse de la siguiente manera: «El hombre justo camina en pureza, y sus descendientes después de él son grandemente bendecidos» (Park Yun-sun). En otras palabras, «quien camina en integridad» es «quien camina en pureza». ¿En quién piensa usted cuando se habla de «quien camina en pureza»? Yo pienso en Job. Esto se debe a que Job 1:1 lo describe como un

hombre «íntegro [perfecto/puro] y recto, temeroso de Dios y apartado del mal». Este es un hecho que Dios mismo reconoció ante Satanás. Veamos Job 1:8: «Entonces el Señor dijo a Satanás: "¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie como él en la tierra; es un hombre íntegro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal"». La integridad de Job radicaba en el hecho de que, aun en medio de la tribulación, su corazón hacia Dios no vacilaba; simplemente confiaba en Dios, seguía temiéndole y vivía una vida apartada del mal. Esta fue la determinación y la confesión de Job: «Jamás admitiré que tienen razón; hasta que muera, no renunciaré a mi integridad» (27:5). En el texto de hoy, Proverbios 20:7, las palabras que describen a quien «camina en integridad» (o «camina en plenitud/pureza») conllevan el significado de «sencillez». Esto denota una integridad o plenitud interior (Park Yun-sun). Además, el término «integridad» (o «plenitud/pureza») implica que el motivo interior de la vida de fe —o de la piedad— de una persona es recto, puro y está libre de cualquier mezcla (Park Yun-sun). El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Quien camina de esta manera no actúa con hipocresía ni vacila en su lealtad. Es una persona íntegra que sirve únicamente a Dios en lugar de a dos señores (Mateo 6:24), y que pone la mano en el arado sin mirar atrás (Lucas 9:62)» (Park Yun-sun). Hermanos y hermanas, ¿acaso no deberíamos llegar a ser personas así?

Hermanos y hermanas, debemos llegar a ser personas de integridad y plenitud. ¿Y qué debemos hacer para lograrlo? Debemos recibir la Palabra de Dios con integridad. Miren 2 Corintios 2:17: «A diferencia de tantos, no adulteramos la palabra de Dios por lucro; al contrario, hablamos con sinceridad —como enviados por Dios— delante de Dios y en Cristo». Nunca debemos adulterar la Palabra de Dios. Más bien, debemos recibirla con integridad, con sencillez de corazón. Al igual que los creyentes de la iglesia en Tesalónica, cuando escuchemos la Palabra de Dios de labios de sus siervos, debemos aceptarla no como palabra de hombres, sino como la Palabra de Dios (1 Tesalonicenses 2:13). ¿Por qué debemos hacerlo? Porque toda palabra de Dios es pura (Proverbios 30:5). Además, debemos obedecer la Palabra de Dios y caminar por el camino recto. Miren Proverbios 10:9: «El que camina con integridad camina seguro, pero el que pervierte sus caminos será

descubierto». ¿Qué significa esto? Significa que debemos vivir una vida justa (pura). Por tanto, debemos mantener una conciencia limpia (Hechos 24:16). Al hacerlo, disfrutaremos de paz en nuestros corazones.

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. En estos tiempos de maldad, los cristianos debemos ser personas de discernimiento y no insensatos. Hoy hemos aprendido la diferencia entre el insensato y la persona que tiene discernimiento. Los necios provocan contiendas y son perezosos. En cambio, las personas con discernimiento sacan a la luz el consejo oculto en el corazón de los demás; son fieles y caminan con integridad. Ruego que Dios haga de cada uno de nosotros una persona con discernimiento.

El rey sentado en el trono del juicio

[Proverbios 20:8–12]

Hace unas semanas, recibimos una enseñanza de Dios basada en Mateo 7:1–6, titulada "No juzguemos". La lección principal era: "No juzguéis, para que no seáis juzgados". En otras palabras, Jesús nos dijo que no debemos emitir juicios si no queremos ser juzgados nosotros mismos. ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué prohibió Jesús el juzgar? La razón es que el juicio y la condenación pertenecen únicamente a Dios. Puesto que Dios es el único Juez verdadero, no debemos usurpar Su posición erigiéndonos en jueces de los demás.

En el pasaje de hoy, Proverbios 20:8, la Biblia nos dice: "El rey que se sienta en el trono del juicio disipa todo mal con sus ojos". Centrándome en este versículo, quisiera compartir una enseñanza de Dios titulada "El rey sentado en el trono del juicio".

En primer lugar, el rey sentado en el trono del juicio distingue entre el bien y el mal y disipa todo mal.

Observemos Proverbios 20:8: "El rey que se sienta en el trono del juicio disipa todo mal con sus ojos". El verbo traducido aquí como "disipa" (o "esparce") equivale en inglés a *winnows out* (aventar o separar mediante el aventado), lo cual refleja el significado literal del hebreo original (Gesenius). Literalmente, se refiere al acto de aventar: lanzar el grano al aire para separar el trigo de la paja (Diccionario Naver). Otro significado literal es "separar mediante criba algo (no deseado)" (Diccionario Naver; *sifts* en inglés [MacArthur]). ¿Qué significa "aventar"? Se refiere al acto de lanzar el grano en una cesta de aventar para separar el grano

bueno de la paja (Internet). Así, el rey Salomón afirma en Proverbios 20:26: "El rey sabio avienta a los impíos y hace pasar sobre ellos la rueda de trillar". El punto que señala el rey Salomón es que un rey sentado para juzgar actúa con sabiduría para separar el bien del mal, tal como se separa el grano de la paja. De este modo, separa y elimina el mal no deseado. Mientras meditaba en este pasaje, vinieron a mi mente otros dos versículos bíblicos:

(1) El primer versículo que me vino a la mente fue Mateo 3:12: «Su aventador está en su mano; limpiará su era, recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en fuego inextinguible». Estas palabras fueron pronunciadas por Juan el Bautista, refiriéndose al juicio que ejecutaría Jesucristo —quien había de venir después de él—. El resultado de este juicio de Jesús es que el trigo se recoge en el granero, mientras que la paja se quema en un fuego inextinguible. Aquí, el «trigo» se refiere a los justos que creen en Jesús, y la «paja» se refiere a los impíos que no creen en Él. Además, el «granero» donde Jesús reúne el trigo simboliza el Reino de los Cielos, mientras que el lugar del «fuego inextinguible» donde se quema a los impíos (la paja) simboliza el infierno.

(2) El segundo pasaje que me viene a la mente es la profecía sobre los últimos tiempos que se encuentra en Mateo 25:31–46.

Observemos Mateo 25:31–33: «Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria. Todas las naciones serán reunidas delante de él, y él separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha, pero las cabras a la izquierda». En última instancia, esto significa que cuando Jesús regrese a este mundo, se sentará como Rey en el trono del juicio, reunirá a todas las naciones ante sí y las separará, tal como un pastor separa las ovejas de las cabras. Así, la Biblia afirma en Mateo 25:46 que el Señor —el Rey de reyes sentado en el trono del juicio— destinará a los impíos (como las cabras) al castigo eterno e introducirá a los justos (como las ovejas) en la vida eterna. ¿Cree usted en el Señor que se sentará a juzgar y distinguirá entre los justos y los impíos? Cuando el Señor venga a juzgar

en el futuro, separará a los impíos de los justos y los castigará eternamente, mientras conduce a los justos al eterno Reino de los Cielos. En segundo lugar, nadie puede afirmar haber limpiado sus propios pecados ante el Rey sentado en el tribunal.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 20:9: «¿Quién puede decir: "He mantenido puro mi corazón; me he limpiado de mi pecado"?». ¿Quién de nosotros puede decir: «He mantenido puro mi corazón»? ¿Quién en este mundo puede declarar con confianza: «Estoy limpio; estoy libre de pecado»? Romanos 3:10 dice: «Como está escrito: "No hay justo, ni aun uno"». Miremos también 1 Juan 1:8: «Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros». Sin embargo, en Job 33:9-11, vemos que el amigo de Job lo cita diciendo: «Soy puro y sin iniquidad; estoy limpio y libre de culpa. Sin embargo, Dios me encuentra faltas y me considera su enemigo; pone mis pies en el cepo y vigila todos mis caminos». Si Job realmente pensaba así —tal como afirmaba su amigo—, ¿habría sido considerado verdaderamente puro ante los ojos de Dios? Reflexionar sobre esta pregunta trae a la mente la letra de la cuarta estrofa del himno 274, «Todo lo que he hecho es pecar»: «Aunque corrija mis malos caminos y deseche todo pensamiento impuro, aun así no puedo jactarme de ser puro ante el Señor». ¿Quién, en verdad, puede jactarse de ser puro ante el Dios santo? ¿Quién puede afirmar haberse limpiado del pecado ante el Dios que nos examina con ojos como llama de fuego (Apocalipsis 2:18), escudriñando lo más profundo de nuestro ser (Proverbios 20:27)? No hay una sola persona en este mundo que pueda hacerlo. Sin embargo, hay uno solo —Jesús, el Hijo de Dios, quien era plenamente Dios y plenamente hombre— que es puro y sin pecado. Y fue este Jesús sin pecado quien fue crucificado y murió. Dios hizo que Jesús, que no conoció pecado, fuera pecado en nuestro lugar (2 Corintios 5:21). Su propósito era borrar por completo todas nuestras iniquidades y limpiarnos de nuestros pecados a través de Jesucristo (Salmo 51:2). En otras palabras, Dios hizo que Jesús —quien no conoció pecado— muriera en la cruz para borrar todas nuestras iniquidades y crear un corazón puro en nosotros (vv. 9–10). Además, al resucitar a Jesús de entre los muertos, Dios nos declaró justos a ti y a mí ante sus ojos (Rom. 4:25). Es decir, el propósito de que Dios hiciera pecado por nosotros a Jesús —quien no tenía

pecado— fue capacitarnos para llegar a ser justicia de Dios en Cristo (2 Cor. 5:21). El apóstol Pablo expresó esta verdad en Efesios 5:25–27: «Maridos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla, purificándola mediante el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga...» «...para hacerla santa y sin defecto». El apóstol Pablo afirmó que el propósito por el cual Jesús amó a la iglesia y se entregó por ella fue establecerla como una iglesia gloriosa ante Dios. Y esta iglesia gloriosa es pura, santa y está libre de toda mancha. Apocalipsis 21:9 se refiere a esta iglesia gloriosa como «la novia, la esposa del Cordero». En otras palabras, la iglesia es la esposa —o novia— de Jesús, el Cordero. Además, esta iglesia gloriosa está compuesta por los bienaventurados invitados a la cena de las bodas del Cordero (19:9). En Mateo 5:8, Jesús dijo: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios». Ciertamente veremos a Dios. Cuando el Rey, sentado en el trono del juicio, distinga entre los justos y los impíos, el Señor nos introducirá —a nosotros, que hemos sido justificados por los méritos de Jesús— en la vida eterna. Así, ante el Señor —el Rey de reyes sentado en el tribunal— podremos declarar: «Estoy limpio y sin pecado». Esto se debe a que Jesús, quien no tenía pecado, tomó nuestros pecados sobre sí mismo, murió en la cruz y nos limpió de todos nuestros pecados.

En tercer lugar, debemos ser honestos ante el Rey que ejerce el juicio.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:10: «Pesas diferentes y medidas diferentes: ambas cosas son abominación al SEÑOR». En otras partes del libro de Proverbios aparecen versículos similares: «Las pesas diferentes son abominación al SEÑOR, y la balanza falsa no es buena» (v. 23); y «La balanza falsa es abominación al SEÑOR, pero la pesa justa es su deleite» (11:1). En conjunto, estos tres versículos transmiten que lo que Dios detesta es el engaño. En otras palabras, Dios aborrece la falta de honradez. ¿Por qué, entonces, el rey Salomón —autor de Proverbios— habló en tres ocasiones sobre la deshonestidad que Dios detesta? Parece que, en tiempos de Salomón, algunos comerciantes engañaban a los clientes respecto a la calidad, el peso o la cantidad de las mercancías, sacándoles así más

dinero. El método que utilizaban para engañar a los clientes consistía en emplear «pesas dobles» y «medidas dobles». Concretamente, al vender grano, estos comerciantes deshonestos usaban pesas más ligeras y medidas más pequeñas para entregar menos cantidad; en cambio, al comprar grano, utilizaban pesas más pesadas y medidas más grandes para recibir más. Por eso, Deuteronomio 25:13-16 declara: «No tengas en tu bolsa dos pesas diferentes: una pesada y otra ligera. No tengas en tu casa dos medidas diferentes: una grande y otra pequeña. Debes tener pesas y medidas exactas y honradas, para que vivas mucho tiempo en la tierra que el SEÑOR tu Dios te da. Porque el SEÑOR tu Dios detesta a cualquiera que hace estas cosas, a cualquiera que actúa con deshonestidad». ¿Puede visualizarlo? ¿Puede imaginar a un comerciante deshonesto aplicando un doble rasero, llevando en el bolsillo tanto pesas pesadas como ligeras para estafar a sus clientes? Del mismo modo, Levítico 19:35-36 dice: «No uséis medidas deshonestas al medir longitud, peso o cantidad. Usad balanzas y pesas honradas, un efa honrado y un hin honrado. Yo soy el SEÑOR vuestro Dios, que os saqué de Egipto». Es probable que haya visto noticias en Corea sobre comerciantes sorprendidos por la policía al falsear el país de origen de sus mercancías. Recuerdo haber visto noticias sobre comerciantes que obtenían ganancias ilícitas al afirmar falsamente que productos fabricados en China eran de origen coreano. Más allá de eso, algunos comerciantes deshonestos no solo mienten sobre el origen de las mercancías, sino que también falsifican el peso del contenido o incluso manipulan los instrumentos de medición para obtener ganancias injustas a costa de los clientes. Todas estas prácticas equivalen al uso de pesas y medidas desiguales que se condenan en el pasaje de hoy. ¿Por qué utilizan los comerciantes tales pesas y medidas deshonestas para extraer ganancias injustas de sus clientes? La razón es la codicia. Impulsados por la codicia, los comerciantes deshonestos obtienen ganancias mal habidas. ¿Qué debemos hacer entonces como cristianos? Observemos Proverbios 20:11: «Aun el muchacho es conocido por sus hechos, por si su conducta es pura y recta». Debemos rectificar nuestras acciones; en otras palabras, debemos asegurarnos de que nuestra conducta sea apropiada. Nuestro comportamiento debe ser puro y recto. Además, debemos aborrecer las pesas y medidas desiguales que Dios detesta (versículo 10); es decir, debemos odiar la deshonestidad. Si los

comerciantes cristianos actúan con deshonestidad en sus negocios, debemos tener presente que Dios aborrece tales prácticas. Nunca debemos actuar deshonestamente para obtener ganancias injustas; por el contrario, debemos ser honestos en nuestras actividades comerciales (Park Yun-sun). Oro para que Dios renueve en nosotros un espíritu de honestidad (Salmo 51:10).

Finalmente, el cuarto punto: el Rey, sentado en el trono del juicio, oye y ve todas las cosas.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:12: «El oído que oye y el ojo que ve, ambos los ha hecho el Señor». Esto nos dice que Dios, nuestro Creador, formó nuestros oídos para oír y nuestros ojos para ver. Esto implica que el Dios que creó nuestros oídos y ojos oye y ve todo (MacArthur). Ciertamente, nuestro Dios es quien escucha cualquier cosa que le pidamos. Observemos 1 Juan 5:14-15: «Y esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho». Además, nuestro Dios es quien contempla el mundo entero. Observemos Job 28:24: «Porque Él mira hasta los confines de la tierra y ve todo lo que hay bajo los cielos». Dios también examina los corazones y las conciencias de las personas (Salmo 7:9). Los ojos del Señor están en todas partes, observando tanto a los malos como a los buenos (Proverbios 15:3). Sin embargo, los impíos, en su soberbia arrogancia, dicen: «El Señor no investiga», y concluyen que no hay Dios en todos sus pensamientos (Salmo 10:4, 13). Por tanto, el Señor —el Rey sentado en el trono del juicio— castigará a los impíos, a quienes su alma aborrece (Salmo 11:5). Amigos, el Salmo 34:15 afirma: «Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a su clamor». Asimismo, 1 Pedro 3:12 dice: «Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra los que hacen el mal». Claramente, la Biblia declara que los ojos de Dios están sobre los justos y sus oídos atentos a sus súplicas, pero su rostro se vuelve contra aquellos que cometen el mal. Y, como ya hemos meditado, cuando Jesús regrese a este mundo, se sentará como Rey en el trono del juicio, reunirá a todas las naciones ante sí y las separará —distinguiendo a los

justos de los impíos— para que los impíos entren en el castigo eterno y los justos en la vida eterna (Mateo 25:46).

Quisiera concluir esta meditación. ¿Cree usted en el «Juicio Final»? Me refiero al Juicio Final que tendrá lugar el día en que Jesús regrese a este mundo (Mateo 25:31–46; Apocalipsis 20:11–15). Observemos Apocalipsis 20:11–15: "Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos. Y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la Muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la Muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego". En aquel día, todas las personas —tanto creyentes como incrédulos— comparecerán con cuerpos resucitados ante el tribunal de Cristo, el Juez (2 Timoteo 4:1; 1 Pedro 4:5; Lucas 14:10; Juan 5:26–27; Hechos 10:42; 1 Corintios 3:12–15; 2 Corintios 5:10). Además, todos los creyentes, ya sean vivos o muertos, también serán juzgados. Sin embargo, puesto que "ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús" (Romanos 8:1), el juicio de los creyentes —quienes ya han pasado de muerte a vida (Juan 5:24)— no puede poner en peligro su salvación eterna. Por supuesto, los pecados ocultos de los creyentes también serán plenamente revelados en el día final (1 Corintios 4:5; 2 Corintios 5:9–10). Por tanto, debemos vivir una vida piadosa. ¿Qué significa vivir una vida piadosa? Hoy, centrándonos en el texto de Proverbios 20:8–12, hemos aprendido cuatro lecciones sobre el rey que se sienta en el tribunal: (1) El rey que ocupa el tribunal distingue entre el bien y el mal, y dispersa todo mal. Así, nosotros también debemos distinguir entre el bien y el mal y vivir una vida que rechace el mal. (2) Nadie puede afirmar haber purificado sus propios pecados ante el Rey en el tribunal. Sin embargo, mediante la sangre derramada y la muerte de Jesucristo en la cruz, todos nuestros pecados han sido perdonados y purificados. Por tanto, debemos vivir en el Señor con la certeza del perdón de los pecados. (3) Debemos ser

honestos ante el Rey en el tribunal. Por consiguiente, debemos ser honestos. En este mundo deshonesto, debemos vivir con honestidad. (4) El Rey en el tribunal oye y ve todas las cosas. Por ello, debemos llevar una vida piadosa ante Dios, quien examina incluso nuestros corazones y conciencias, y escucha nuestras fervientes súplicas.

La vida justa del cristiano (1)

[Proverbios 20:13-18]

Hace unos meses, durante una sesión de estudio bíblico de nuestro distrito, leímos y compartimos reflexiones sobre el capítulo 2 de la carta a Tito. En aquella ocasión, uno de los diáconos comentó que «las personas que creen en Jesús parecen ser incluso peores» [que los demás]. Más tarde, tras el estudio y la comida, hablé con el diácono y llegué a comprender mejor el sentido de aquel comentario. Una vez que capté todas las implicaciones de esas palabras, me vi obligado a darles la razón. Es más, en muchas ocasiones me he quedado sin palabras, preguntándome por qué nosotros, los cristianos, en lugar de servir como sal y luz en el mundo, a menudo nos comportamos peor que los no creyentes. Al reflexionar sobre la causa, creo que una de las razones —tal como se indica en Tito 2:1— es que nosotros, los cristianos, no hemos aprendido adecuadamente la «sana doctrina». En consecuencia, no estamos pronunciando «palabras sanas» (versículo 8) y, por extensión, no estamos viviendo una «vida sana».

Hoy, centrándome en el pasaje de Proverbios 20:13-18, quisiera explorar el tema «La vida justa del cristiano» y aprender cuatro lecciones sobre cómo debemos vivir como cristianos. Oro para que todos acojamos estas enseñanzas y nos esforcemos por ponerlas en práctica, viviendo como verdaderos cristianos en este mundo.

En primer lugar, debemos mantener un estilo de vida justo.

Observemos Proverbios 20:13, en el pasaje de hoy: «No ames el sueño, o te empobrecerás; mantente despierto y tendrás comida de sobra». Al meditar en el libro de Proverbios, ya hemos recibido lecciones sobre la pereza y la diligencia. Una de estas lecciones se encuentra en Proverbios 6:9-11: «¿Hasta cuándo, perezoso, estarás acostado? ¿Cuándo te levantarás de tu sueño? Un poco de sueño, una pequeña siesta, cruzar un poco las manos para descansar... y la pobreza te sobrevendrá como un ladrón, y la escasez como un hombre armado». Al reflexionar sobre este pasaje junto con el texto de hoy —Proverbios 20:13—, podemos concluir que al perezoso le encanta dormir, y que amar el sueño conduce a la pobreza. Por ello, el rey Salomón, autor de Proverbios, nos dice en el pasaje de hoy que «abramos los ojos»; en otras palabras, que «nos mantengamos despiertos». Dicho de otro modo, nos indica que, cuando llega el momento de trabajar, no debemos adormecernos, sino permanecer alerta. Tal como meditamos anteriormente en Proverbios 6:6-11, el autor nos insta a imitar a la hormiga, que «almacena sus provisiones en verano y recoge su alimento en la cosecha» (v. 8); nos dice que no debemos preferir el sueño cuando hay trabajo por hacer, sino mantenernos despiertos y trabajar. La Biblia nos asegura que, al hacerlo, tendremos «abundancia de alimento».

A lo largo de las Escrituras, Dios nos pide repetidamente que nos mantengamos despiertos. Consideremos, por ejemplo, 1 Tesalonicenses 5:6: «Así que no durmamos como los demás, sino mantengámonos despiertos y sobrios». ¿Qué debemos hacer, entonces, mientras nos mantenemos despiertos y sobrios? Debemos orar. Observemos Colosenses 4:2: «Dedíquense a la oración, manteniéndose en vela y agradecidos». De hecho, la oración es un tema frecuentemente vinculado al mandato bíblico de «mantenerse despierto». En otras palabras, la Biblia nos dice que permanezcamos despiertos y sigamos orando. ¿Por qué nos ordena la Biblia mantenernos despiertos y seguir orando? La razón es para no «caer en tentación». Veamos Mateo 26:41: «Velen y oren para que no caigan en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil». Otro tema bíblico asociado con el llamado a «mantenerse despierto» es la Segunda Venida de Jesús. Observemos Mateo 24:42: «Por tanto, manténganse alerta, porque no saben en qué día vendrá su Señor». Debemos

mantenernos despiertos porque desconocemos el día en que el Señor regresará. En cuanto a este estado de vigilancia, Lucas 21:36 nos dice: «Estén siempre alerta y oren para que puedan escapar de todo lo que está por suceder y estar de pie delante del Hijo del Hombre». Esto nos enseña que debemos orar y mantenernos despiertos en todo momento para poder escapar de los acontecimientos venideros y permanecer firmes en el Señor.

Amigos, el estilo de vida cristiano adecuado que debemos comprender aquí es este: no amen el sueño, sino manténganse despiertos y trabajen con diligencia. Me viene a la mente el himno 330, «Cuando llegue la noche oscura»: (Estrofa 1) Cuando llegue la noche oscura, cumple tu deber; levántate temprano mientras el rocío está fresco; trabaja con diligencia desde la salida del sol; pues pronto llegará la noche en que nadie podrá trabajar. (Estrofa 2) Cuando llegue la noche oscura, cumple tu deber; no te quedes ocioso mientras es tiempo de trabajar; aunque nos esforcemos de día, llegará un tiempo de descanso; pues pronto llegará la noche en que nadie podrá trabajar. (Estrofa 3) Cuando llegue la noche oscura, cumple tu deber; trabaja arduamente bajo los rayos inclinados del sol poniente; y aun cuando la luz se desvanezca en la oscuridad, trabaja con todas tus fuerzas. Amigos, tal como dice la letra, no podemos negar el hecho de que para todos nosotros se acerca una noche en la que ya no podremos trabajar, y se acerca *pronto*. Por lo tanto, no debemos quedarnos «ociosos mientras es tiempo de trabajar». Debemos trabajar con diligencia en lugar de amar el sueño durante nuestras horas de trabajo. Esta es la forma de vida adecuada para un cristiano.

En segundo lugar, debemos hablar correctamente.

Miren el texto de hoy, Proverbios 28:14: «El comprador dice: "No sirve, no sirve", pero luego se marcha y se jacta». Amigos, cuando van a unos grandes almacenes o a un mercado a comprar algo, ¿cómo regatean con el vendedor? Aún recuerdo haber visitado varios concesionarios de automóviles en la zona de Buena Park con mi suegro para comprar un coche tras regresar a los Estados Unidos en diciembre de 2003; recuerdo haber pensado en

aquel momento: «Así que *así* es como se compra un coche». Recuerdo que una vez mi suegro le preguntó a un vendedor el precio de un vehículo; al escucharlo, fingió que le parecía demasiado caro y dijo que buscaría en otra parte. Entonces, el vendedor insinuó que el precio podía rebajarse, y creo que así fue como terminó comprando el Honda que conduzco hoy. Hace unas semanas fui a un lavadero de autos y el encargado me dijo que debía pagar 15 dólares porque mi vehículo era una SUV. Sin embargo, cuando afirmé con seguridad que en mi visita anterior me habían cobrado 12,99 dólares, él anotó 13 dólares en el comprobante. Luego llevé el comprobante al interior para pagar; cuando se lo entregué a la mujer coreana que atendía el mostrador, ella me cobró la tarifa de 12,99 dólares. En el pasaje de hoy —Proverbios 20:14—, el rey Salomón describe una situación en la que un comprador negocia con un vendedor, menospreciando intencionalmente el artículo al decir: «¡No sirve, no sirve!», en un esfuerzo por reducir el precio. Tras lograr comprar el artículo a un costo menor, el comprador se jacta de su propia astucia (MacArthur).

¿Alguna vez ha tenido una experiencia así? En esta era en la que podemos comprar una gran variedad de productos en línea, el comprador naturalmente desea un producto de alta calidad a bajo precio, mientras que el vendedor busca maximizar sus ganancias. En consecuencia, a menudo se produce el regateo; sin embargo, con los precios fijos —comunes en la mayoría de las compras en línea (excepto en sitios de subastas)— hay poco margen de negociación entre comprador y vendedor. No obstante, en situaciones donde los precios son negociables, comprador y vendedor deben entablar conversaciones. Resulta difícil que el intercambio de palabras entre un comprador que busca una ganga y un vendedor que busca ganancias se mantenga totalmente puro y honesto. Los vendedores, en particular, pueden sentirse tentados a exagerar o incluso a mentir, sabiendo que una honestidad absoluta podría resultar en menores ganancias. Sin embargo, como vendedores cristianos, estamos llamados a decir la verdad. En otras palabras, no debemos mentir ni engañar a nuestros clientes. ¿Por qué? Porque, como se afirma en la segunda parte de Proverbios 20:10 —un pasaje sobre el que ya hemos meditado—, tales acciones son «abominación al Señor». Dios declara que aborrece las «pesas y medidas diferentes». Dios

detesta la mentira y el engaño. Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:17: «Sabroso le resulta al hombre el pan de mentira; pero después su boca se llenará de grava». ¿Qué significa esto? Significa que, si bien el alimento obtenido mediante el engaño puede saber bien al principio, el resultado final es extremadamente desagradable e incómodo, como tener la boca llena de arena (Walvoord). En otras palabras, el alimento obtenido mediante el engaño acaba causando daño a uno mismo (Park Yun-sun). ¿Recuerda el pasaje de Proverbios 9:17 sobre el que ya hemos meditado? «Las aguas robadas son dulces; el pan comido en secreto es delicioso». Ya sea alimento obtenido engañando a otros, agua robada o pan comido en secreto, todo ello puede saber bien al principio, pero las consecuencias de tales acciones deshonestas son todo menos agradables. Sin embargo, el problema es que incluso nosotros, los cristianos, a veces mentimos y engañamos a los demás, aun sabiendo —hasta cierto punto— las consecuencias de nuestras decisiones erróneas (pecaminosas).

No debemos mentir. Como cristianos, no debemos engañar a los demás. Por el contrario, debemos decir lo correcto; debemos decir la verdad. Y cuando hablamos lo que es correcto y verdadero, nuestros labios deben ser "labios de sabiduría". Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:15: "Hay oro y multitud de rubíes, pero los labios de conocimiento son una joya preciosa". Que nuestros labios sean "labios de sabiduría" significa que debemos pronunciar palabras de conocimiento. Como cristianos, debemos hablar del conocimiento de Dios. Debemos hablar del conocimiento bíblico y del conocimiento de Jesús. Además, debemos pronunciar palabras de sabiduría y decir las palabras adecuadas en el momento oportuno (Walvoord).

En tercer lugar, debemos practicar el amor verdadero. Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:16: "Toma la ropa del que sale fiador por un extraño; reténla en prenda si lo hace por gente desconocida". Si un ser querido le pidiera que fuera su fiador, ¿qué haría usted? Especialmente si supiera que esa persona carece de los medios para pagar la deuda, ¿aceptaría aun así ser su fiador o declinaría cortésmente? Ya hemos recibido instrucciones

sobre cómo actuar como fiadores o proporcionar garantías para un prójimo en Proverbios 6:1–5. El punto clave de esa enseñanza es que, si nos hemos comprometido como fiadores de un prójimo (v. 1) y posteriormente nos encontramos atrapados en sus manos —es decir, hemos asumido la carga de su obligación de deuda (vv. 2–3)—, debemos tomar medidas para librarnos (v. 5). La conducta insensata contra la que advierte aquí el rey Salomón es el acto de salir fiador por alguien —sabiendo perfectamente que tiene una deuda que supera su capacidad de pago— y comprometerse así a cubrir dicha deuda en caso de incumplimiento. Por supuesto, no creo que la Biblia advierta que ser fiador sea algo intrínsecamente insensato en todos los casos. Al fin y al cabo, actuar como fiador de un prójimo que atraviesa dificultades económicas puede ser un acto de amor al prójimo al estilo de Cristo. Más bien, la conducta insensata contra la que advierte Salomón consiste en convertirse en fiador sin estar preparado para asumir realmente la responsabilidad si las cosas salen mal, hacerlo mediante el engaño o actuar como fiador cuando se carece de la capacidad financiera para cumplir con la obligación. En Proverbios 20:16, el rey Salomón, autor de los Proverbios, advierte una vez más sobre el error que cometen las personas al salir fiadoras de otros (Park Yun-sun). Dicho error consiste en constituirse en fiador de un extraño —alguien a quien no se conoce bien—, corriendo así el riesgo de quedar en una situación en la que nada se pueda recuperar de esa persona. Esto plantea la pregunta: ¿por qué alguien actuaría como fiador de alguien a quien no conoce bien? El Dr. Park Yun-sun describió este tipo de comportamiento como una «apuesta económica» (Park Yun-sun). ¡Qué enorme riesgo financiero supone esto! Ya sea prestando dinero a alguien incapaz de devolverlo o actuando como fiador de esa persona, tales acciones pueden acarrear pérdidas económicas significativas para el prestamista o el fiador. Por supuesto, alguien podría argumentar que los prestamistas usureros —que prestan a quienes no pueden pagar y luego emplean todos los medios posibles para cobrar, incluidos intereses exorbitantes— obtienen ganancias en lugar de sufrir pérdidas. Sin embargo, el libro de Proverbios advierte repetidamente contra tales actos arriesgados de fianza (6:1-5, 11:15, 17:18, 22:26-27). Como afirmó el Dr. Park Yun-sun: «Cuando las personas —especialmente los creyentes— se involucran en apuestas económicas, suelen fracasar; la razón es que asumir riesgos

financieros excesivos es una forma de incredulidad. Tales riesgos reflejan una actitud que presupone que uno puede controlar el futuro mediante el esfuerzo humano, ignorando a Dios (Santiago 4:13-17)» (Park Yun-sun). ¿Qué opina de la afirmación de que «asumir riesgos financieros excesivos es una forma de incredulidad»? ¿Está de acuerdo? Al meditar en el libro de Proverbios —un libro de sabiduría— y reflexionar sobre mi propia vida, he comprendido con mayor claridad que amar a nuestro prójimo con el amor de Dios también requiere la sabiduría de Dios. Por ejemplo, tal como mencioné brevemente en la introducción, una vez conversé con un diácono, tras una sesión de estudio bíblico en el primer distrito de nuestra iglesia, sobre cómo debemos amar a nuestro prójimo. Compartí algunas lecciones que Dios me había enseñado personalmente; una de ellas fue el compromiso de decir: «Confiaré en ti porque confío en Dios». La razón de esto es que, cuando amamos al prójimo —confiando plenamente en él, encomendándole todo y cuidándolo como a un miembro de la familia— y luego sufrimos una traición o un golpe inesperado de su parte, es fácil que nos queden heridas profundas y una sensación de pérdida; esto puede llevarnos a concluir que "no hay ni una sola persona en este mundo digna de confianza". Otro punto que compartí fue que amar al prójimo no significa necesariamente revelarle cada verdad íntima de nuestro corazón. Personalmente, disfruto siendo transparente sobre mi vida; sin embargo, me llamó la atención la historia de Sansón en Jueces 16. Dalila insistía ante Sansón día tras día, exigiendo conocer la fuente de su gran fuerza, hasta que él se sintió tan atormentado y angustiado que creyó que moriría (versículos 15-16); finalmente, el texto dice que él le "descubrió todo su corazón" (o "le contó todo") (versículo 17). Al compartir esta lección con el diácono, expresé mi opinión de que, incluso con aquellos a quienes amamos profundamente, no es necesario volcar todo nuestro mundo interior. Es una lección sobre la necesidad de ejercer prudencia, incluso al amar al prójimo. Creo que tal prudencia requiere saber decir "no" —de manera cortés pero firme— cuando la situación lo exige. Un caso en el que deberíamos decir "no" de esta forma es cuando se nos pide actuar como avales de un préstamo. Por supuesto, si uno cuenta con los medios económicos para pagar la deuda y está plenamente dispuesto a asumir esa responsabilidad por el bien de un ser querido, entonces actuar como aval puede no ser

problemático. Sin embargo, ciertamente no es un acto de amor sabio hacia el prójimo endeudarse o servir de garantía para otros —aparentemente por amor— cuando uno carece de la capacidad financiera para cubrir la obligación. Deberíamos tomar muy en serio la observación del Dr. Park Yun-sun de que tal imprudencia financiera nace de una falta de fe que ignora a Dios. La Biblia nos enseña que, en lugar de actuar como fiador, lo correcto es brindar ayuda económica directa al ser querido que la necesita (cf. Dt. 15:1–15; 19:17) o prestarle dinero sin cobrar intereses (cf. Lv. 25:35–38; 28:8).

Amados, debemos practicar un amor que sea correcto ante los ojos de Dios. El amor verdadero es aquel que se vive en el Señor y en la verdad. Un amor que se aparta de la verdad de Dios nunca es un amor correcto. Debemos amar a nuestro prójimo conforme a la Palabra de Dios. En particular, tal como se indica en el texto de hoy —Proverbios 20:16—, debemos extremar las precauciones al salir fiadores de otros (o de desconocidos). Si cometemos el error de salir fiadores por alguien, no podremos escapar de las consecuencias. Además, dichas consecuencias terminan oscureciendo la gloria de Dios. Por tanto, al amar a nuestro prójimo, debemos actuar con sabiduría respecto a servir de fiadores para no incurrir en tal error.

En cuarto y último lugar, debemos practicar una gestión sensata.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:18: «Los planes se afianzan con el consejo; así que, si vas a la guerra, busca dirección». Todos conocen Walmart, empresa que alcanzó un éxito enorme en el mercado estadounidense, ¿verdad? Sin embargo, a pesar de su expansión global —incluida su entrada en Corea en 1998— basada en ese éxito en Estados Unidos, ¿saben por qué sufrió una derrota tan estrepitosa en el mercado coreano? La razón señalada es que, al centrarse exclusivamente en los precios bajos, no logró adaptarse a las preferencias de los consumidores coreanos. Por ejemplo, a los consumidores coreanos les desagrada profundamente el formato de almacén típico de las grandes tiendas de descuento; incluso en este tipo de establecimientos, prefieren que los productos se exhiban

de manera similar a como se hace en los grandes almacenes, pero Walmart ignoró por completo estas preferencias de los clientes. Como consecuencia, Walmart perdió la competencia frente a empresas nacionales como E-Mart, que comprendían bien las preferencias coreanas; finalmente, vendió toda su operación en Corea a E-Mart y se retiró del país. Al analizar este resultado a la luz del pasaje de hoy en Proverbios 20:18, queda claro que el «consejo» y la «dirección» son esenciales en la gestión. Un ejemplo destacado es el consejo que Jetro, suegro de Moisés, le dio, tal como se relata a partir de Éxodo 18:17. El contexto de este consejo era una situación en la que Moisés se sentaba a juzgar al pueblo mientras este permanecía a su alrededor desde la mañana hasta el atardecer (versículo 13). Al observar esto, Jetro se dio cuenta de que tanto el pueblo como Moisés terminarían agotándose inevitablemente, y que Moisés no podría soportar esa pesada carga por sí solo (versículo 18); por ello, aconsejó a Moisés que nombrara líderes —sobre millares, centenas, cincuentenas y decenas— de entre hombres que temieran a Dios, fueran dignos de confianza y aborrecieran las ganancias deshonestas, para juzgar al pueblo en los momentos oportunos (versículo 22). Moisés atendió las palabras de su suegro y actuó en consecuencia, seleccionando hombres capaces de Israel para servir como líderes sobre millares, centenas, cincuentenas y decenas; ellos juzgaban al pueblo regularmente, llevando ante Moisés solo los casos difíciles (versículos 24–26). Así pues, buscar consejo —ya sea mediante consultas o asesoramiento— es necesario e importante en la gestión. Más allá del pasaje de hoy en Proverbios 20:18, el rey Salomón, autor de Proverbios, transmitió esta misma enseñanza en un pasaje que meditamos anteriormente, Proverbios 15:22: «Los planes fracasan por falta de consejo, pero con muchos consejeros tienen éxito». Del mismo modo, Proverbios 11:14 afirma: «Con muchos consejeros hay victoria» (o «paz/seguridad»). Esto significa que la sabiduría estratégica es esencial para ganar una guerra.

Un profesor de economía señaló una vez que la Biblia pone mayor énfasis en la economía que cualquier libro de texto estándar sobre la materia. Las referencias a la economía y la gestión aparecen no menos de 15.600 veces a lo largo del Antiguo y el Nuevo Testamento. En este sentido, la Biblia se considera un libro de texto excepcional sobre economía y un

manual de gestión. La «economía de la Torá» se cita a menudo como un modelo bíblico de economía y gestión. Una característica clave de este sistema es la separación entre la propiedad y la gestión. Desde el principio, la Biblia distingue entre ambas. Entonces, ¿quién es el dueño? Dios. ¿Y quién es el administrador? Nosotros: aquellos a quienes se ha confiado la tarea de gestionar. Administramos los recursos materiales —que pertenecen a Dios— en calidad de mayordomos. Esto representa una «visión bíblica de la riqueza», una de las tres perspectivas esenciales que los cristianos deben adoptar (junto con una «visión bíblica de la vida» y una «visión bíblica de la vocación»). En resumen, una visión bíblica de la riqueza reconoce que Dios es el dueño de todas las posesiones materiales, mientras que nosotros actuamos simplemente como administradores. Una diferencia clave entre la economía bíblica y la economía general es que, mientras esta última se centra principalmente en *ganar*, la Biblia prioriza enseñarnos a *gastar correctamente*. Proverbios 16:1 y 3 nos ofrecen esta orientación: «Del hombre son los proyectos del corazón, pero del Señor proviene la respuesta de la lengua… Pon en manos del Señor todas tus obras, y tus proyectos se cumplirán». ¿Qué lección nos enseña esto? Que debemos encomendar nuestros planes y nuestra administración a Dios. ¿Y por qué? Porque solo los planes de Dios tienen la certeza de cumplirse. Observemos Isaías 14:24: «El Señor de los Ejércitos ha jurado diciendo: "Ciertamente, tal como lo he pensado, así sucederá; y tal como lo he determinado, así se cumplirá"».

Quisiera concluir esta reflexión. Somos cristianos. Como cristianos, debemos vivir una vida justa. Vivir una vida justa significa mantener un estilo de vida adecuado, hablar correctamente, amar correctamente y conducir nuestros asuntos con rectitud. Al hacerlo, podremos cumplir fielmente nuestro papel de sal y luz en este mundo.

La vida justa del cristiano (2)

[Proverbios 20:19-25]

Durante las últimas dos semanas, centrándonos en Proverbios 20:13-18, aprendimos cuatro lecciones sobre cómo vivir una vida justa como cristianos: la manera correcta de vivir, el hablar correcto, el amor correcto y la administración correcta. En cuanto a la manera correcta de vivir, se nos enseñó a trabajar con diligencia (v. 13). Respecto al hablar correcto, aprendimos a no jactarnos (v. 14) ni hablar con engaño (v. 17), sino a hablar con sabiduría (v. 15). Sobre el amor correcto, aprendimos a ser cautelosos al salir fiadores por otros, reconociendo que incluso el amor al prójimo requiere prudencia (v. 16). Finalmente, en cuanto a la administración correcta, aprendimos que el consejo y la guía son necesarios (v. 18) y —lo que es crucial— que debemos encomendar nuestros asuntos a Dios para que Su voluntad se cumpla a través de nuestra gestión. Hoy, continuando con Proverbios 20:19-25, exploraremos cinco lecciones sobre cómo vivir, como cristianos, una vida que sea recta ante los ojos de Dios.

En primer lugar, para vivir una vida recta ante los ojos de Dios, debemos mantener relaciones humanas adecuadas.

¿Cómo debemos, entonces, establecer relaciones correctas con los demás como cristianos? ¿A alguno de ustedes le resulta una carga la perspectiva de relacionarse con las personas? Imagino que hay gente a nuestro alrededor con la que es verdaderamente difícil llevarse bien. Las relaciones humanas son inevitablemente difíciles porque hay personas que nos causan dificultades, hieren nuestros corazones y nos infligen dolor. Quienes

trabajan en un entorno profesional, en particular, probablemente comprendan muy bien cuán desafiantes y agotadoras pueden ser estas relaciones. Según los resultados de encuestas, existen dos categorías principales de dificultades laborales: los desafíos inherentes al trabajo mismo y los desafíos derivados de las relaciones humanas. Cabe destacar que se dice que las dificultades provenientes de las relaciones humanas son el doble de significativas que aquellas relacionadas con el trabajo en sí. ¿Qué opinan ustedes al respecto? Al reflexionar sobre las relaciones humanas adecuadas para los cristianos, creo que sería beneficioso retomar el tema de «las relaciones humanas del sabio», asunto sobre el cual meditamos anteriormente basándonos en Proverbios 3:27–30. En aquel entonces, aprendimos tres principios clave respecto a las relaciones humanas:

(1) El primer principio de las relaciones del sabio es que no debemos negar la generosidad a quienes la merecen.

Observemos Proverbios 3:27–28: «No niegues el bien a quien se lo debes, cuando esté en tu mano hacerlo. No digas a tu prójimo: "Vuelve más tarde; te lo daré mañana", cuando ya lo tienes contigo». Estamos llamados a dar cuando tenemos los medios para hacerlo, y no debemos vacilar en extender esa generosidad a quienes tienen legítimo derecho a ella.

(2) El segundo principio de las relaciones del sabio es que no debemos hacer daño a los demás sin motivo.

Observemos Proverbios 3:29–30: «No trames el mal contra tu prójimo, que vive confiado junto a ti. No busques pleito con nadie sin causa, cuando no se te ha hecho ningún daño». No debemos buscar peleas ni discutir con los demás sin una razón válida.

(3) El tercer principio de las relaciones del sabio es que no debemos envidiar al violento ni al opresor. Observemos Proverbios 3:31: «No envidies al hombre violento ni elijas ninguno

de sus caminos». La razón es que Dios aborrece al perverso (v. 32), lo maldice (v. 33), se burla de él (v. 34) y lo cubre de vergüenza (v. 35).

En el pasaje de hoy —Proverbios 20:19–22— podemos identificar tres lecciones que Dios nos enseña sobre las relaciones humanas adecuadas para los cristianos:
(1) Debemos evitar a las personas que hablan demasiado.

Observemos Proverbios 20:19: «El chismoso traiciona la confianza; así que evita a cualquiera que hable demasiado». Aquí, la persona que «habla demasiado» se describe como alguien que anda divulgando chismes: alguien a quien le encanta hablar de los demás. Específicamente, se refiere a alguien a quien le gusta hablar de los demás y, en particular, revelar información confidencial. En inglés, a menudo se denomina a esta persona *gossip* (chismoso) o *chatterbox* (hablador compulsivo). La Biblia nos dice que no nos asociemos con tales personas, sino que las evitemos. ¿Por qué debemos evitar a los chismosos a quienes les encanta hablar de los demás? La razón es que traicionan las confidencias (v. 19; 11:13). En otras palabras, debemos evitarlos porque quebrantan la confianza. Además de esto, Proverbios ofrece otra razón para evitar a los chismosos: provocan contiendas. Observemos Proverbios 26:20: «Sin leña se apaga el fuego, y donde no hay chismoso, cesa la contienda». Otra razón es que el chismoso crea una brecha entre amigos íntimos. Veamos Proverbios 16:28: «El hombre perverso promueve contiendas, y el chismoso separa a los mejores amigos». ¿No está de acuerdo? ¿No le parece que un chismoso —alguien a quien le encanta hablar de los demás— provoca conflictos y separa a amigos íntimos? Y no se trata solo de amigos íntimos; causan división entre hermanos y hermanas, e incluso siembran discordia y conflicto dentro de los matrimonios. ¿Cómo logran los chismosos distanciar a las personas de esta manera? Lo hacen levantando falso testimonio. Veamos Proverbios 6:19: «El testigo falso que habla mentiras, y el que siembra discordia entre hermanos». Por lo tanto, debemos evitar asociarnos con personas que hablan demasiado.

(2) No debemos maldecir a nuestros padres.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:20: «Al que maldice a su padre o a su madre, se le apagará su lámpara en densas tinieblas». Al escuchar esto, podría cruzársele por la mente un pensamiento: «¿Qué clase de hijo maldeciría realmente a sus padres?». Sin embargo, si examinamos la palabra hebrea original para «maldecir», esta conlleva no solo el significado de «maldecir», sino también el de «menospreciar» (tratar como insignificante o subestimar) (Vine). Esto significa que la frase «al que maldice a su padre o a su madre» en el texto de hoy también puede traducirse como «al que menosprecia a su padre o a su madre». ¿No cambia el sentido del asunto cuando se traduce de esa manera? Si bien puede haber pocos hijos que realmente maldigan a sus padres, ¿acaso no hay muchos que los tratan como si fueran insignificantes? ¿No hay muchos hijos que desprecian, miran por encima del hombro y subestiman a sus padres? En el Nuevo Testamento, Mateo 15:4 dice: "Porque Dios dijo: 'Honra a tu padre y a tu madre', y 'El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente'". Mientras que las versiones en inglés de la Biblia utilizan la palabra "maldice", la versión coreana emplea un término que significa "calumnia" o "habla mal de". Teniendo esto en cuenta, "maldecir" a los padres puede entenderse como calumniarlos o maltratarlos verbalmente. Según el Antiguo Testamento, cualquiera que maldiga a sus padres o los trate como insignificantes viola el quinto mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre" (Éxodo 20:12). Respecto a la pena por esta infracción, Éxodo 21:17 establece: "El que maldiga a su padre o a su madre, muera irremisiblemente" (cf. Levítico 20:9). Algunos comentarios interpretan este pasaje señalando que la pena se aplica no solo a "maldecir" a los padres, sino incluso a "rebelarse contra" ellos (Walvoord). Del mismo modo, la última parte de Proverbios 20:20 —que dice que para quien maldice a sus padres "su lámpara se apagará en profunda oscuridad"— también hace referencia a la muerte (Walvoord). Por tanto, en nuestra relación con nuestros padres, no debemos maldecirlos, sino bendecirlos. No debemos tratarlos como insignificantes, sino valorarlos como seres preciosos. Además, no debemos despreciarlos ni subestimarlos, sino honrarlos.

(3) No debemos buscar venganza.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 20:22: «No digas: "Pagaré el mal con el mal"; espera al Señor, y él te librará». En las relaciones humanas, cuando alguien nos causa dolor, nuestro instinto natural es querer devolverle el sufrimiento que hemos padecido. Por consiguiente, a menudo preferimos la idea de «odiar a tu enemigo» (Mateo 5:43) frente al mandato de Jesús de «amar a vuestros enemigos». Albergamos el deseo de tomar represalias, siguiendo el principio que se encuentra en Deuteronomio 19:21: «vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie». Por eso Dios nos habla en Proverbios 24:29 diciendo: «No digas: "Haré con él lo mismo que él hizo conmigo; le pagaré a ese hombre por lo que ha hecho"». Del mismo modo, el pasaje de hoy en Proverbios 20:22 nos instruye a no decir: «Pagaré el mal con el mal». Esto significa que, aunque alguien nos haya causado dolor, no debemos intentar infligirle dolor a cambio. Al fin y al cabo, si lo hiciéramos, ¿no nos volveríamos iguales a la persona que nos hizo daño? Si somos verdaderos cristianos que creemos en Jesús, ¿no deberíamos ser algo diferentes de la gente del mundo? Una de las formas en que debemos diferenciarnos es esperando en Dios en lugar de pagar el mal con el mal (Proverbios 20:22). Para entender qué significa esperar en Dios en este contexto, debemos acudir a Romanos 12:19: «Amados, nunca os venguéis vosotros mismos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque está escrito: "Mía es la venganza, yo pagaré", dice el Señor». En otras palabras, la razón por la que no debemos vengarnos nosotros mismos, sino esperar en Dios, es que la venganza le pertenece a Él, no a nosotros; puesto que Él pagará en nuestro nombre, estamos llamados a confiar en Él y a esperar. Deuteronomio 32:25 afirma: «Me vengaré en el momento en que tropiecen; pues el día de su calamidad está cerca, y su ruina se acerca rápidamente». ¿Qué significa esto? Significa que la venganza pertenece a Dios. Significa que nuestro Dios es un Dios que ejecuta venganza. Observemos Nahúm 1:2: «Jehová es Dios celoso y vengador; Jehová es vengador y lleno de indignación; Jehová se venga de sus adversarios y guarda enojo para sus enemigos». Sin duda, Dios ejecutará venganza a nuestro favor cuando llegue el momento de Su venganza (Jeremías 51:6). Por lo tanto, no debemos buscar venganza; debemos confiar en Dios y esperar. A su debido tiempo, Dios ejecutará venganza y nos librará.

En segundo lugar, para vivir una vida recta ante los ojos de Dios como cristianos, debemos tener una comprensión adecuada de lo que es la herencia.

Amigos, ¿qué es la «herencia»? Una enciclopedia en línea define la herencia como «la sucesión integral de bienes y estatus tras la muerte de una persona», señalando que «el núcleo de la herencia reside en la sucesión de bienes». Miremos el texto de hoy, Proverbios 20:21: «Los bienes que se adquieren de prisa al principio, no serán bendecidos al final». El texto coreano utiliza la palabra *saneop* (literalmente «industria» o «negocio»), pero aquí se refiere a la «herencia» (o patrimonio). La frase «adquiridos de prisa al principio» probablemente se refiere a un hijo que pide a su padre su parte de la herencia por adelantado (Walvoord). Un ejemplo claro de esto es la conocida parábola del hijo pródigo, que se encuentra en Lucas 15:11-20. El hijo menor le dijo a su padre: «Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde» (v. 12). Así que el padre repartió sus bienes entre ellos (v. 12). Me pregunto cómo se sintió el hijo menor cuando recibió esa parte. Si usted estuviera en su lugar —recibiendo su parte del patrimonio de sus padres anticipadamente—, ¿no se sentiría feliz? Sin embargo, ¿qué registra la Biblia? El hijo menor tomó la riqueza que recibió de su padre, viajó a un país lejano y la despilfarró toda llevando una vida imprudente y disoluta (v. 13). Finalmente, tal como advierte Proverbios 20:21, aquella herencia no resultó ser una bendición para él. En su comentario, el Dr. Park Yun-sun interpreta el versículo 21 en relación con el versículo 20. Identifica a la persona descrita en el versículo 20 —«quien maldice a su padre o a su madre»— como un «sujeto despreciable» (o un «sinvergüenza») y explica que ambos versículos abordan cómo tal persona desafía y se rebela contra sus padres por cuestiones de propiedad. Señala que estos individuos a menudo provocan conflictos familiares —principalmente por dinero— al exigir sus derechos mientras descuidan sus propias responsabilidades; chocan con sus padres e incluso recurren a palabras maliciosas y maldiciones (Park Yun-sun). Esta interpretación me resulta convincente. Personalmente, considero verdaderamente lamentable que los hijos se peleen por la herencia de sus padres. No hace mucho, vi noticias sobre presidentes de grandes corporaciones coreanas —hombres de inmensa riqueza— envueltos en disputas

por las herencias recibidas de sus padres; me pareció que su comportamiento daba un mal ejemplo. Por eso coincido plenamente con el mensaje de Proverbios 20:21. Un detalle interesante es que, mientras la Biblia coreana traduce el versículo 21 utilizando únicamente la palabra para «al principio», las versiones en inglés incluyen la frase «al final» junto a «al principio». Esto implica que, aunque uno pueda sentirse feliz inicialmente al recibir una herencia anticipada —percibiéndola como una bendición material—, dicha herencia finalmente no aporta una verdadera bendición. Llevando esta reflexión un paso más allá, la riqueza heredada puede conducir con el tiempo a amargas disputas entre hermanos, llegando a veces incluso a la ruptura total de sus relaciones. Hace poco leí un artículo publicado el jueves pasado (día 22) en la edición digital de *The Chosun Ilbo* sobre un informe del medio de noticias empresariales estadounidense *Business Insider*. El informe presentaba a 15 personas adineradas que decidieron no transmitir sus fortunas a sus hijos; figuras descritas como «magnates que se negaron a legar su riqueza». Entre los 15 figuran nombres que todos reconocemos, como Warren Buffett, el fundador de Microsoft Bill Gates, el fundador de eBay Pierre Omidyar, el alcalde de Nueva York Michael Bloomberg y la estrella de cine de acción de Hong Kong Jackie Chan. Su filosofía rectora es que la riqueza heredada puede arruinar a una persona. Por ejemplo, se cita al magnate petrolero T. Boone Pickens diciendo: "Me encanta ganar dinero y regalarlo... pero no me gusta transmitir riqueza, porque suele hacer más daño que bien". Según se informa, la estrella de acción de Hong Kong, Jackie Chan, dijo: "Si mi hijo tiene capacidad, ganará su propio dinero; si carece de ella, simplemente malgastará el mío". Del mismo modo, se cita a Warren Buffett diciendo: "Quiero dar a mis hijos suficiente riqueza para que sientan que pueden hacer algo, pero no tanta como para que sientan que no quieren hacer nada". ¿Qué opina usted al respecto? ¿Cómo se siente acerca de dejar una herencia —sus bienes— a sus hijos?

Si incluso personas que no son creyentes tienen tales opiniones sobre la herencia, ¿cómo deberíamos verla nosotros, los cristianos? ¿No deberíamos tener una perspectiva de la herencia que sea correcta a los ojos de Dios, en lugar de simplemente a los ojos de los hombres? Entonces, ¿qué constituye una visión adecuada de la herencia ante Dios? ¿Qué

dice la Biblia sobre la perspectiva que nosotros, como hijos de Dios, debemos tener respecto a la herencia?

(1) Debemos tener presente que somos herederos de Dios y coherederos con Cristo.

Observemos Romanos 8:17: "Y si somos hijos, también somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados". ¿Quién es un "heredero"? ¿No es acaso aquel que recibe una herencia? Esto significa ser "heredero de las riquezas del Reino de Dios". Hemos llegado a ser herederos de Dios únicamente por Su gracia y mediante la fe en Jesucristo. Además, nos hemos convertido en coherederos con Jesucristo (Efesios 3:6). Hemos pasado a ser herederos de las riquezas del Reino de Dios. Debemos tener este hecho firmemente presente.

(2) Debemos estar agradecidos por el hecho de que hemos heredado la vida eterna.

Observemos Mateo 19:29: «Y todo el que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o campos por mi causa, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna». Como herederos de Dios, hemos recibido la vida eterna como herencia mediante la muerte y resurrección de Jesucristo. Esto es enteramente por la gracia de Dios. El apóstol Pablo afirmó en Tito 3:7: «para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos con la esperanza de la vida eterna». Por la gracia de Dios, nos hemos convertido en herederos que poseen la esperanza de la vida eterna. Debemos dar gracias por esta gracia de Dios.

(3) Debemos anhelar el glorioso cuerpo nuevo y la morada celestial preparada para nosotros en el cielo.

Observemos Filipenses 3:20–21: «Pero nuestra ciudadanía está en los cielos. Y de allí esperamos ansiosamente a un Salvador, el Señor Jesucristo, quien, mediante el poder que

le permite someter todas las cosas a su control, transformará nuestros cuerpos humildes para que sean semejantes a su cuerpo glorioso». El día que Jesús regrese, seremos transformados para tener un cuerpo semejante a su cuerpo glorioso. Entonces entraremos en la morada celestial preparada por el Señor (Juan 14:1–3) y viviremos con Él para siempre. Por lo tanto, como herederos de Dios y receptores de la vida eterna, debemos vivir nuestras vidas en la tierra anhelando el cuerpo glorioso y el hogar celestial eterno que estamos destinados a heredar.

(4) Debemos valorar la sabiduría que proviene de Dios por encima de cualquier herencia recibida de nuestros padres terrenales. Observemos Proverbios 19:14: «Las casas y las riquezas se heredan de los antepasados, pero una esposa prudente proviene del Señor». Si bien la herencia que recibimos de nuestros padres —como una casa o riquezas— es valiosa, una esposa sabia dada por Dios es una herencia aún más preciada. El enfoque aquí no está meramente en la esposa, sino en la «sabiduría». En otras palabras, la herencia que recibimos de Dios es la sabiduría misma. Debemos valorar esta sabiduría más que las casas o riquezas heredadas de nuestros padres. En tercer lugar, para vivir una vida recta ante los ojos de Dios como cristianos, debemos tener una perspectiva adecuada sobre los negocios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 20:23: «Las pesas diferentes son abominación al Señor, y la balanza falsa no le agrada». Al escuchar la palabra «balanza», recordamos Proverbios 16:11, texto sobre el cual ya hemos meditado anteriormente: «La balanza y las pesas justas son del Señor; obra suya son todas las pesas de la bolsa». Aquí, los términos «balanza» y «pesas» se refieren a instrumentos de medición; específicamente, a aquellos que miden con exactitud. En otras palabras, se trata de balanzas «justas» y «consistentes». Más allá de Proverbios 20:23, el autor de Proverbios, el rey Salomón, afirma en el versículo 10: «Pesas diferentes y medidas diferentes: ambas cosas son abominación al Señor». ¿Qué significa esto? Significa que el cristiano sabio que teme a Dios también aborrece las balanzas inconsistentes que Dios aborrece. Dicho de otro modo, el cristiano sabio odia el engaño, algo que Dios mismo detesta. En otras palabras, debemos odiar la deshonestidad,

tal como lo hace Dios. Por el contrario, así como Dios se deleita en las pesas justas (11:1), nosotros también debemos deleitarnos en ellas; en pocas palabras, debemos ser honestos.

Como reflexionamos anteriormente sobre Proverbios 11:1, parece que en tiempos del rey Salomón algunos comerciantes engañaban a los clientes respecto a la calidad, el peso o la cantidad de las mercancías para obtener más beneficio de ellos. Los métodos que empleaban incluían el uso de «pesas dobles» y «medidas dobles». En resumen, estos comerciantes deshonestos utilizaban pesas más ligeras y medidas más pequeñas al vender grano, para así entregar menos cantidad, mientras que empleaban pesas más pesadas y medidas más grandes al comprarlo, para recibir más. Aplicar esto a nuestras propias vidas ofrece lecciones valiosas para los empresarios cristianos sobre cómo llevar sus negocios de una manera recta ante los ojos de Dios. Esa lección, en esencia, consiste en mantener una filosofía empresarial adecuada: una que busque la honestidad que Dios ama y aborrezca la deshonestidad que Él detesta. Si los comerciantes cristianos actúan con deshonestidad en sus tratos, debemos tener presente que Dios aborrece tales prácticas. Nunca debemos actuar deshonestamente para obtener ganancias injustas; Más bien, debemos ser honestos en todas nuestras actividades comerciales.

La Biblia ofrece otras perspectivas sobre una filosofía empresarial adecuada que podemos considerar. Un ejemplo de ello se encuentra en Santiago 4:13-17: «¡Atención ahora, ustedes que dicen: "Hoy o mañana iremos a tal o cual ciudad, pasaremos allí un año, haremos negocios y ganaremos dinero"! Ni siquiera saben qué sucederá mañana. ¿Qué es su vida? Son como la niebla, que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece. Más bien, deberían decir: "Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello". Pero ahora se jactan de sus planes arrogantes. Toda jactancia de este tipo es mala. Por tanto, si alguien sabe hacer el bien y no lo hace, comete pecado». Hay tres lecciones que los empresarios cristianos deben aprender de este pasaje:

(1) Los empresarios cristianos deben hacer el bien.

Observemos Santiago 4:17: «Por tanto, si alguien sabe hacer el bien y no lo hace, comete pecado». Los empresarios cristianos deben saber hacer el bien. La Biblia afirma que no hacerlo, aun sabiendo que se debe hacer, es pecado. Observemos 1 Timoteo 6:18: «Ordénales que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, y que sean generosos y estén dispuestos a compartir». Los empresarios cristianos deben ser generosos. Deben estar dispuestos a compartir y a participar en muchas buenas obras. Observemos Hebreos 13:16: «Y no se olviden de hacer el bien y de compartir con los demás, porque tales sacrificios agradan a Dios». Los sacrificios —o actos de adoración— que agradan a Dios son hacer el bien y compartir con los demás. Observemos 2 Tesalonicenses 3:13: «Y en cuanto a ustedes, hermanos y hermanas, nunca se cansen de hacer el bien». Si los empresarios cristianos hacen el bien confiando únicamente en sus propias fuerzas, llegará inevitablemente un día de desánimo. Sin embargo, si hacen el bien mediante el poder de la gracia que Dios provee, no se cansarán ni se desanimarán.

(2) Los empresarios cristianos no deben incurrir en jactancia arrogante. Observemos Santiago 4:16: «Pero ahora se jactan de sus planes arrogantes. Toda jactancia de este tipo es mala». Las Escrituras declaran que es malo que los empresarios cristianos incurran en tal jactancia arrogante. Veamos la última parte de Jeremías 9:23: «...que no se jacte el rico de sus riquezas». Miremos el Salmo 49:6: «Los que confían en sus riquezas y se jactan de la multitud de sus bienes». La Biblia nos dice que no debemos confiar en nuestra riqueza ni jactarnos de nuestros bienes; en cambio, nos instruye a confiar en Dios. Respecto a la «jactancia», la Biblia dice: «El que se gloría, que se gloríe en el Señor» (2 Corintios 10:17), y «Si tengo que jactarme, me jactaré de las cosas que muestran mi debilidad» (11:30). Los empresarios cristianos no deben jactarse de sus fortalezas, sino de sus debilidades; y cuando se jacten, deben hacerlo en el Señor. Veamos Jeremías 9:23-24: «Así dice el Señor: "Que no se jacte el sabio de su sabiduría, ni el fuerte de su fuerza, ni el rico de sus riquezas; sino que se jacte de esto el que se jacte: de tener el entendimiento para conocerme, de saber que yo soy el Señor, que ejerzo misericordia, justicia y rectitud en la tierra, pues en

esto me complazco" —declara el Señor—». Debemos jactarnos de conocer a Dios. Dios se complace en esto.

(3) Si bien los empresarios cristianos idearán naturalmente diversos planes para generar ganancias, siempre deben mantener la mentalidad y el hábito de reconocer que sus vidas son apenas una neblina que aparece por un instante y luego se desvanece; deben decir: «Si es la voluntad del Señor, viviremos y haremos esto o aquello».

Consideremos Santiago 4:14–15: «No saben qué sucederá mañana. ¿Qué es su vida? Son una neblina que aparece por poco tiempo y luego se desvanece. Más bien, deberían decir: "Si es la voluntad del Señor, viviremos y haremos esto o aquello"». Cultivar esta mentalidad y este hábito es un verdadero desafío. Requiere un esfuerzo intencional, respaldado por la oración y la confianza en la ayuda de Dios. Una forma en que practico esto es meditando en estas palabras de Santiago —reflexionando sobre cómo mi vida se asemeja a esa neblina pasajera— cada vez que conduzco entre la niebla. Hacerlo me ayuda a adoptar una perspectiva que mantiene la muerte presente. Cuando los empresarios cristianos ven su trabajo a través del prisma de la mortalidad, se ven llevados a considerar qué tipo de ganancia es la que realmente importa. Más allá de la simple ganancia económica, necesitan contemplar en oración aquello que es valioso y eterno, preguntándose qué clase de ganancia desea Dios ver producida a través de sus negocios.

Además de Santiago 4:13–17, otro pasaje esencial para los empresarios cristianos se encuentra en Deuteronomio 8:17 y en la primera mitad del versículo 18: «Podrías decirte a ti mismo: "Mi poder y la fuerza de mis manos han producido esta riqueza para mí". Pero recuerda al Señor tu Dios, pues es él quien te da la capacidad de producir riqueza...». Debemos tener esto presente: no adquirimos riqueza mediante nuestras propias habilidades o la fuerza de nuestras manos. Nunca debemos olvidar que obtenemos riqueza porque Dios nos concede el poder para hacerlo. El empresario cristiano que cree en esta

verdad ciertamente no malgastará la riqueza que Dios ha provisto, sino que la utilizará sabiamente para la gloria de Dios.

Los empresarios cristianos deben tener una perspectiva adecuada de los negocios: una perspectiva arraigada en la honestidad. Deben hacer el bien, evitar la jactancia vana y —reconociendo que la vida no es más que una neblina que aparece por un instante y luego se desvanece— cultivar la mentalidad y el hábito de decir: «Si es la voluntad del Señor, viviremos y haremos esto o aquello». Además, cuando adquieran riquezas, no deben afirmar: «He conseguido esta riqueza gracias a mi propia habilidad y a la fuerza de mis manos», sino que deben recordar que fue Dios quien les dio el poder para obtenerla.

En cuarto lugar, para vivir como cristianos una vida recta ante los ojos de Dios, debemos tener una perspectiva adecuada del futuro.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:24: «Los pasos del hombre son dirigidos por el Señor. ¿Cómo puede, entonces, alguien comprender su propio camino?». ¿Alguna vez se ha esforzado al máximo por hacer planes y perseguir una meta en su vida, solo para descubrir que las cosas no salieron como usted pretendía? ¿Cuál es el pensamiento principal que nos cruza la mente en esos momentos? Quizás piense: «Las cosas en la vida simplemente no suceden como queremos». Si ni siquiera podemos controlar nuestro propio corazón a nuestro antojo, ¿cómo podemos esperar que los acontecimientos se desarrollen exactamente según nuestros planes, por más diligentemente que recorramos ese camino? Aunque puede haber momentos en que las cosas salen según lo planeado, son muchas más las ocasiones en que no suceden como deseamos y enfrentamos dificultades. Me vienen a la mente las palabras de Eclesiastés 7:14: «Cuando los tiempos sean buenos, alégrate; pero cuando sean malos, considera esto: Dios ha hecho tanto lo uno como lo otro, de modo que nadie pueda descubrir nada sobre su futuro». ¿Qué significa esto? La Biblia *Hyundai-in* (Lenguaje Moderno) lo expresa así: «Alégrate cuando las cosas vayan bien y reflexiona cuando enfrentes dificultades. Puesto que Dios concede tanto la felicidad como la adversidad, nadie sabe qué sucederá después». Respecto a la frase «nadie sabe qué

sucederá después», la Biblia *Gongdong-beonyeok* (Ecuménica) la traduce así: «Ten presente que nadie sabe qué le depara el futuro, ni siquiera a un paso de distancia».

Amigos, ciertamente podemos alegrarnos cuando las cosas van bien. Naturalmente, nos sentimos felices y alegres cuando todo prospera. Pero queda la pregunta: ¿qué debemos hacer cuando enfrentamos la adversidad? No hay problema cuando el Señor, nuestro Pastor, nos hace «descansar en verdes pastos» y nos guía «junto a aguas tranquilas», pero ¿qué debemos hacer cuando elegimos caminar por el «valle de sombra de muerte»? (Salmo 23:2, 4). La Biblia nos dice que «consideremos» o «reflexionemos» (Eclesiastés 7:14). ¿Qué significa esto? Cuando encontramos dificultades o adversidades, debemos mirar hacia el pasado. Al reflexionar sobre el pasado, debemos recordar las dificultades que soportamos y contemplar la gracia del Dios que nos libró de ellas. Esta es la perspectiva correcta sobre el pasado. Cuando hacemos esto, llegamos a creer que el mismo Dios de salvación nos librará de las dificultades que enfrentamos en el presente. Entonces, podemos afrontar nuestra realidad actual y desafiante con fe y con la seguridad de la liberación. Aunque las circunstancias difíciles no hayan cambiado, nosotros sí hemos cambiado; por lo tanto, avanzamos con valentía a través de esas dificultades, sostenidos por la fe. ¿Por qué, entonces, Dios no nos concede únicamente la bendición de la prosperidad y la felicidad, sino que también permite que enfrentemos la adversidad y las dificultades? La razón es que Dios dispone ambas cosas para que no podamos comprender plenamente lo que nos depara el futuro (Eclesiastés 7:14). Si bien podría parecernos preferible saber qué nos espera, si conociéramos nuestro futuro, sin duda cometeríamos aún más pecados contra Dios. Conocer el futuro seguramente nos volvería arrogantes, llevándonos a dejar de confiar en Dios. Intentaríamos vivir a nuestro antojo, actuando como si fuéramos los dueños de nuestro propio destino. Podríamos volvernos perezosos o —al encontrar obstáculos— simplemente rendirnos y dejar que la vida siguiera su curso con una actitud de resignación. Es mejor no conocer el futuro. Ver un partido de fútbol cuando ya ha terminado y se conoce el resultado le quita toda la gracia; es posible que uno ni siquiera quiera verlo. Es necesario que no sepamos; no debemos conocer nuestro futuro. Sin embargo, la verdad innegable es

que solo Dios conoce nuestro futuro. En Isaías 44:7, Dios declara: «¿Quién es como Yo? Que se levante y hable. ¿Quién anunció el futuro de antemano? Que nos diga lo que ha de venir». ¿Quién de nosotros puede hablar de lo que sucederá? ¿Quién puede predecir el futuro? No hay una sola persona en este mundo que pueda hablar del futuro con audacia y certeza. Solo el Dios omnisciente conoce el futuro y, respecto a todos los acontecimientos venideros, es únicamente la voluntad soberana de Dios la que se cumple dentro de su providencia. Por tanto, debemos prestar atención a las palabras de Proverbios 16:1 y 9, sobre las cuales ya hemos meditado: «Del hombre son los planes del corazón, pero del Señor es la respuesta de la lengua… El corazón del hombre planea su camino, pero el Señor establece sus pasos». ¿Qué significa esto? Significa que, aunque planeemos nuestro camino en el corazón, es Dios quien guía nuestros pasos. Dios, que guía nuestro camino, nos habla en Jeremías 29:11: «Porque yo sé los planes que tengo para ustedes —declara el Señor—, planes de bienestar y no de mal, para darles un futuro y una esperanza». Debemos conocer estos pensamientos de Dios. Debemos creer en estos pensamientos que Dios tiene hacia nosotros. Y estos pensamientos de Dios deben convertirse en nuestros propios pensamientos. En otras palabras, debemos vivir por fe, aferrándonos al futuro y a la esperanza que se encuentran en el Señor. Debemos vivir por fe con este futuro y esta esperanza, no solo en tiempos de prosperidad, sino también en tiempos de adversidad.

Amigos, ¿cuál es nuestro futuro y nuestra esperanza? ¿No es acaso la Segunda Venida de Jesús? Debemos cumplir fielmente la misión que el Señor nos ha encomendado en esta tierra, mientras esperamos y tenemos la certeza de su regreso por fe, sabiendo que un día estaremos ante Él para rendir cuentas. Creo que Jesús —que es el mismo ayer, hoy y siempre— está con nosotros (Hebreos 13:8).

En quinto lugar, para vivir como cristianos una vida recta ante los ojos de Dios, debemos tener una comprensión adecuada del compromiso.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:25: «Es una trampa para la persona decir precipitadamente: "Esto es santo", y solo más tarde considerar sus votos». Al pensar en un voto hecho en oración, ¿quién de la Biblia le viene a la mente? Yo pienso en Ana, del capítulo 1 de 1 Samuel. Como ya sabemos, Ana era una mujer que no había podido concebir (versículos 5-6) y que hizo un voto a Dios en oración. Veamos 1 Samuel 1:10-11: «En su profunda angustia, Ana oró al Señor llorando amargamente. E hizo un voto diciendo: "Señor Todopoderoso, si tan solo miras la aflicción de tu sierva y te acuerdas de mí, y no te olvidas de tu sierva sino que le das un hijo, entonces se lo entregaré al Señor por todos los días de su vida, y nunca pasará navaja sobre su cabeza"». Dios se acordó de Ana, quien había hecho este voto (versículo 19), y le permitió concebir y dar a luz un hijo llamado Samuel (versículo 20). Fiel a su voto, una vez que el bebé Samuel fue destetado, ella lo llevó a la casa del Señor en Silo (versículo 24) y lo dedicó a Dios para toda su vida. Escuche lo que ella le dijo al sacerdote Elí: «Ana le dijo: "Perdóneme, mi señor. Tan cierto como que usted vive, yo soy la mujer que estuvo aquí junto a usted orando al Señor. Oré por este niño, y el Señor me ha concedido lo que le pedí. Así que ahora se lo entrego al Señor. Por toda su vida estará dedicado al Señor". Y allí adoró al Señor» (versículos 26-28). Ana dedicó a su precioso hijo a Dios. Este es precisamente el tipo de devoción que debemos imitar. Otro excelente ejemplo de devoción para imitar se encuentra en los relatos del Nuevo Testamento sobre Jesús. Es la historia de una mujer llamada María, quien derramó «un perfume muy costoso» sobre los pies de Jesús y los secó con sus cabellos (Juan 12:3). La «María» mencionada aquí no es la madre de Jesús, sino la hermana de Lázaro —a quien Jesús había resucitado de entre los muertos— y hermana de Marta. Ella es la mujer que rompió un frasco de alabastro y derramó el perfume sobre la cabeza y los pies del Señor cuando Él visitó Betania antes de su entrada en Jerusalén. Según Juan 12:4-5, cuando María hizo esto, Judas Iscariote, uno de los discípulos de Jesús, preguntó: «¿Por qué no se vendió este perfume por trescientos denarios y se dio el dinero a los pobres?». Al oír esto, Jesús comentó: «No dijo esto porque se preocupara por los pobres, sino porque era ladrón; como encargado de la bolsa del dinero, solía apropiarse de lo que se depositaba en ella» (versículo 6). Al reflexionar sobre estas

palabras de Jesús, podemos ver que dentro de la iglesia hay quienes demuestran devoción como María, así como hay ladrones como Judas Iscariote.

Al considerar a estas dos personas, observo un contraste entre quienes tienen una visión correcta de la devoción y quienes tienen una equivocada.

En primer lugar, ¿quiénes son las personas con una visión equivocada de la devoción? Consideremos tres puntos:

(1) Aquellos con una visión equivocada de la devoción son devotos solo de palabra.

Sinceramente, ¿cuántas personas dentro de la iglesia afirman estar consagradas al Señor y servir a su iglesia meramente con los labios? Un servicio que consiste solo en palabras sin acciones —una forma de devoción que es pura palabrería— no aporta ningún beneficio a la iglesia. De hecho, es muy probable que tales personas causen problemas dentro de la iglesia.

(2) Aquellos con una visión errónea de la devoción son personas que albergan codicia en sus corazones.

Hay individuos dentro de la iglesia que parecen servir diligentemente —no solo de palabra, sino también con hechos—, pero cuyos motivos subyacentes son impuros. Son personas que sirven mientras albergan codicia en sus corazones; representan un peligro considerable y pueden causar daño a la iglesia.

(3) Aquellos con una visión errónea de la devoción son personas que se comprometen con Dios precipitadamente.

El «compromiso precipitado» se refiere aquí a alguien que hace un voto apresurado ante Dios —prometiendo ofrecer algo— para luego reconsiderarlo más tarde. Eclesiastés 5:6 aborda este asunto diciendo: «...no digas: "Fue un error"». Por ejemplo, consideremos a alguien que recibe gracia mediante la Palabra durante una reunión de avivamiento; cuando el evangelista invita a pasar al frente a quienes deseen dedicarse a Dios, esta persona da el paso para asumir ese compromiso. Sin embargo, al regresar a casa y reflexionar sobre el asunto, decide que en realidad no puede cumplir la promesa y falta al voto hecho a Dios. Veamos Deuteronomio 23:21-23: «Cuando hagas un voto al Señor tu Dios, no tardes en cumplirlo, porque ciertamente el Señor tu Dios te lo reclamará y serás culpable de pecado. Pero si te abstienes de hacer un voto, no serás culpable. Debes cumplir lo que tus labios pronuncien, pues hiciste voluntariamente el voto al Señor tu Dios con tu propia boca». Veamos Números 30:2: «Si un hombre hace un voto al Señor o presta juramento para obligarse mediante una promesa, no quebrantará su palabra; cumplirá todo lo que haya salido de su boca».

Entonces, ¿quién es una persona con una perspectiva correcta del compromiso?

(1) Una persona con una perspectiva correcta del compromiso es aquella que cumple fielmente los votos hechos a Dios, sin vacilaciones ni dudas posteriores.

(2) Una persona con una perspectiva correcta del compromiso es aquella que se dedica voluntariamente a Dios.

Veamos el Salmo 110:3: «Tu pueblo se ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en santo esplendor; desde el seno de la aurora, el rocío de tu juventud será tuyo». El corazón de una persona que posee una perspectiva correcta del compromiso —y que se dedica voluntariamente a Dios— es sincero. Esto se debe a que sabe que el Señor escudriña el corazón y se deleita en la sinceridad. Veamos 1 Crónicas 29:17: «Sé, Dios mío, que tú pruebas el corazón y te complaces en la rectitud. Por mi parte, con rectitud de corazón he

ofrecido voluntariamente todas estas cosas; y ahora he visto con alegría que tu pueblo, aquí presente, te ofrece voluntariamente y de buena gana».

(3) Una persona que tiene una perspectiva correcta de la dedicación es aquella que ofrece humildemente al Señor.

Observemos 1 Crónicas 29:14: «Pero ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que podamos dar tan generosamente como esto? Todo proviene de Ti, y solo te hemos dado lo que viene de Tu mano».

No debemos comprometernos con Dios precipitadamente. No debemos dedicarnos a Dios con motivos impuros. Tampoco debemos ofrecer nuestra dedicación a Dios solo con palabras. Por el contrario, debemos cumplir fielmente los votos que solemnemente hemos hecho ante Él. Debemos dedicarnos a Dios tanto con gozo como con humildad.

Quisiera concluir esta reflexión. Hoy hemos recibido cinco lecciones sobre la vida cristiana adecuada. Hemos aprendido sobre las perspectivas correctas respecto a las relaciones humanas, la herencia, los negocios, el futuro y la dedicación. Oro para que todos pongamos en práctica estas enseñanzas, viviendo una vida que honre a Dios y le dé gloria.

«El rey sabio»

[Proverbios 20:26–30]

Ya hemos recibido cuatro lecciones basadas en Proverbios 20:8–12 bajo el título «El rey sentado en el trono del juicio». Para repasar brevemente esas lecciones: primero, el rey sentado en el trono del juicio distingue entre el bien y el mal y dispersa todo mal (v. 8); segundo, nadie puede afirmar haber limpiado su propio pecado ante el rey sentado en el trono del juicio (v. 9); tercero, debemos ser honestos ante el rey sentado en el trono del juicio (v. 10); y cuarto, el rey sentado en el trono del juicio oye y ve todas las cosas (v. 12). Más allá de estos pasajes, y en cuanto al concepto de «rey», también meditamos anteriormente en Proverbios 16:10–15 y aprendimos tres lecciones bajo el título «El buen rey que agrada a Dios». Para repasar esas lecciones: primero, el buen rey que agrada a Dios toma decisiones correctas mediante la sabiduría de Dios (v. 10); segundo, el rey que agrada a Dios aborrece la práctica del mal (v. 12); y tercero, el rey que agrada a Dios atiende el consejo de súbditos leales (v. 13). Además, al meditar en Proverbios 19:12 y 20:2, consideramos la naturaleza de un rey y reflexionamos sobre dos puntos relacionados con el «presidente ideal»: específicamente, que un presidente ideal gobierna la nación con justicia y amor.

Hoy, centrándonos en el texto de Proverbios 20:26–30, meditaremos sobre cinco características de un «rey sabio» y recibiremos las lecciones que Dios nos ofrece. Primero, un rey sabio discierne y separa a los justos de los impíos, y luego castiga a los impíos.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:26: «El rey sabio aventa a los impíos y hace pasar sobre ellos la rueda de trillar». La palabra «aventa» aquí se refiere al proceso de separar el

buen grano de la paja, un concepto que exploramos anteriormente en Proverbios 20:8. Esto implica que un rey sabio separa a los justos de los impíos, tal como se aventa el grano para separar el trigo de la paja. El texto también menciona «pasar la rueda de trillar sobre ellos»; esto se refiere a un instrumento de trilla tirado por bueyes, equipado típicamente con tres o cuatro ruedas. Al girar, este dispositivo presionaba el grano para desprender la cáscara y dejar al descubierto el grano interior. De igual manera, un rey sabio distingue claramente entre los justos y los impíos, tal como un agricultor distingue entre el grano y la paja mediante el aventado. Además, así como el agricultor recoge el grano en el granero mientras esparce la paja al viento o la quema, un rey sabio identifica a los justos y a los impíos mediante un juicio justo e impone el castigo adecuado a los impíos.

¿Puede imaginar lo que sucedería en una nación si su presidente no lograra distinguir entre los justos y los impíos? Hace unas dos semanas, mientras escuchaba una emisión de radio coreana, oí una noticia que informaba que el gobierno de Corea del Sur enfrentaba importantes contratiempos operativos debido a que aún no se habían nombrado los jefes de varios organismos. Averigüé la razón de tal demora y parece que el proceso se prolonga tanto porque los funcionarios gubernamentales encargados del personal realizan verificaciones de antecedentes extremadamente exhaustivas. Si bien el nombramiento del jefe de un organismo común puede llevar cerca de una semana, el proceso para nombrar a un ministro del gabinete toma mucho más tiempo. Al escuchar esto, y recordar las controversias causadas por malas decisiones de personal al inicio de la administración de Park Geun-hye, comprendí que el gobierno no tiene más remedio que ser meticuloso al nombrar funcionarios públicos. ¿Se imagina qué ocurriría si el gobierno coreano no examinara adecuadamente a los candidatos y nombrara a personas sin escrúpulos para cargos tan cruciales? Este principio no solo se aplica al presidente o al gobierno de una nación, sino también, a mi parecer, a la iglesia. Si el liderazgo de la iglesia —específicamente el consejo de ancianos— no logra discernir correctamente el carácter y nombra a las personas equivocadas para puestos de servicio, las repercusiones de tal error son todo menos insignificantes. Si aplicamos este mismo principio a la crianza de nuestros

hijos, un padre sabio debe ser capaz de comprender el círculo social de su hijo y distinguir entre las buenas y las malas influencias, separándolas según corresponda. ¿No es acaso lo más natural? Sin embargo, si los padres no logran discernir si las amistades de su hijo son una buena o mala influencia —y, por consiguiente, no logran mantenerlos alejados—, ¿qué será de ese niño?

Consideremos al rey Salomón, autor de Proverbios. Después de ofrecer mil holocaustos a Dios en Gabaón (1 Reyes 3:4), Dios se le apareció en sueños aquella noche y le preguntó: «¡Pide! ¿Qué quieres que te dé?» (versículo 5). ¿Qué fue lo que pidió Salomón? Observemos 1 Reyes 3:9: «¿Quién es capaz de juzgar a este gran pueblo tuyo? Por favor, dale a tu siervo un corazón atento para juzgar a tu pueblo y discernir entre el bien y el mal». Lo que el rey Salomón pidió a Dios fue «sabiduría para discernir» entre el bien y el mal al juzgar al pueblo del Señor (versículo 11). ¿No es esta una petición que nosotros también deberíamos presentar ante Dios? Al igual que el rey Salomón, debemos pedir a Dios sabiduría para distinguir entre el bien y el mal. En particular, cuando oremos por el presidente que sirve a nuestra nación, debemos orar así: «Dios, por favor, concede a nuestro presidente la sabiduría para discernir entre el bien y el mal». Cuando Dios responda a nuestras oraciones y conceda esta sabiduría a nuestro presidente —capacitándolo para distinguir entre el justo y el impío, y para castigar al impío—, el orden y la justicia se establecerán firmemente en nuestra nación. Además, debemos pedir a Dios esta sabiduría de discernimiento cuando oremos por nosotros mismos. Cuando Dios responda a nuestras oraciones, seremos capaces de distinguir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio (Levítico 10:10). Al hacerlo, podremos apartarnos de lo profano y de lo inmundo (Nehemías 13:3).

En segundo lugar, un rey sabio gobierna la nación a conciencia delante de Dios.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:27: «El espíritu humano es la lámpara del Señor que escudriña lo más profundo de la persona». Hace algún tiempo, un pastor que vive en Corea me envió un mensaje por Facebook planteando esta pregunta: «… Entre los deberes

de un pastor, ¿cuál es la tarea más importante, aquella que requiere mayor atención y cuidado?». Al recibir esa pregunta, escribí la siguiente respuesta al pastor: «…Como pastor, la tarea que considero más importante —y a la que dedico mayor atención y esmero— es examinarme ante Dios. Doy gran importancia a confrontarme con el espejo de la Palabra de Dios, la cual actúa como un espejo espiritual». Él respondió diciendo: «…Entonces, lo que usted quiere decir es que, antes de predicar a los demás, se esfuerza por presentarse ante Dios a solas, como creyente; buscando ante todo ser un miembro sincero de la congregación y un ser humano auténtico…». Una de las razones por las que escribí que examinarme ante Dios es mi prioridad absoluta es que un pastor —un líder de la iglesia— no puede exhortar legítimamente a la congregación a vivir una vida fiel si él mismo no lo hace. En otras palabras, doy prioridad a examinarme diligentemente a la luz de la Palabra de Dios porque deseo ser un cristiano que vive con la conciencia tranquila delante de Él. La primera parte de Proverbios 20:27, nuestro texto de hoy, dice: «Lámpara del Señor es el espíritu del hombre…». Aquí, el «espíritu del hombre» se refiere a la conciencia humana (MacArthur). El rey Salomón, autor de Proverbios, afirma que la conciencia humana es la lámpara de Dios. La palabra «lámpara» aparece en otros dos pasajes de Proverbios: «La luz de los justos brilla con fuerza, pero la lámpara de los impíos se apaga» (13:9), y «Porque el malvado no tiene futuro, y la lámpara de los impíos se extinguirá» (24:20). ¿Qué significa esto? Significa que la lámpara de los impíos ciertamente se apagará. Sin embargo, la afirmación del rey Salomón de que la luz de los justos brilla con fuerza implica que un rey sabio —que gobierna con buena conciencia como hombre justo— no solo deja al descubierto la oscuridad de los impíos que cometen el mal, sino que también discierne lo más profundo de sus corazones; además, al castigar a los impíos con justicia, apaga su lámpara.

El Salmo 7:9 nos dice que el Dios justo examina los corazones y las conciencias de las personas. Por ello, el apóstol Pablo nos exhorta en 1 Timoteo 1:19 a «mantener la fe y una buena conciencia». De hecho, Pablo afirmó que se esforzaba siempre por mantener su conciencia limpia tanto delante de Dios como de los hombres (Hechos 24:16). También declaró ante el concilio —en presencia del sumo sacerdote Ananías, los saduceos y los

fariseos—: «He servido a Dios con una conciencia limpia en todo hasta el día de hoy» (Hechos 23:1). El apóstol Pedro escribe en 1 Pedro 3:16: «Mantengan una buena conciencia, para que aquellos que hablan mal de su buena conducta en Cristo queden avergonzados por sus calumnias». Pero ¿cuál es el estado real de nuestras conciencias como cristianos hoy en día? ¿Poseemos verdaderamente una buena conciencia? ¿Realizamos verdaderamente buenas obras en Cristo con una buena conciencia? Si es así, entonces —tal como dijo Jesús en Mateo 5:16— nuestra luz resplandece ante los demás, haciendo que vean nuestras buenas obras y den gloria a nuestro Padre que está en los cielos. Además, como señaló Pedro, avergonzaríamos a quienes nos calumnian por nuestra buena conducta (1 Pedro 3:16). Sin embargo, si no poseemos una buena conciencia —y si, por el contrario, nuestras conciencias se están volviendo débiles y contaminadas (2 Corintios 8:7)—, ¿cuál es entonces nuestra realidad como cristianos? En ese caso, no lograríamos avergonzar a quienes hablan mal de nosotros (1 Pedro 3:16). Y ahora, no solo carecemos de defensa contra sus insultos y calumnias, sino que nosotros mismos terminamos avergonzados por ellos.

Debemos cuidarnos de que nuestras conciencias no se endurezcan ni se paralicen. ¿Puede imaginarlo? ¿Qué sucedería con el tráfico si los semáforos de la calle funcionaran mal, mostrando luz verde cuando deberían mostrar roja, y roja cuando deberían mostrar verde? Probablemente se produciría un caos. Habría numerosos accidentes automovilísticos, muchas personas resultarían heridas y algunas incluso podrían perder la vida. Imagínese: ¿qué sería de una nación si su líder —el presidente— tuviera una conciencia paralizada? ¿No terminaría siendo invadido por los malvados? ¿Y qué hay de la iglesia? ¿Qué sucedería con una iglesia si su líder —el pastor— tuviera la conciencia endurecida? Amados, un rey sabio se esfuerza por mantener una conciencia limpia delante de Dios. Gobierna la nación a conciencia, bajo la mirada de Dios. En consecuencia, la luz de los justos resplandece con fuerza, mientras que la lámpara de los malvados se apaga.

En tercer lugar, un rey sabio se protege mediante el amor inquebrantable y la verdad.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:28: "El amor inquebrantable y la fidelidad preservan al rey, y su trono se sostiene mediante el amor inquebrantable". Un recuerdo que permanece vivo de mi época como pastor de jóvenes —cuando guiaba a estudiantes de segunda generación— es aquella vez que llevé a un grupo de ellos a otro estado; nos sentamos en círculo (o nos arrodillamos) frente al púlpito del santuario principal y clamamos a Dios. Más tarde, el padre de uno de los estudiantes —cuyo hijo había orado conmigo— me contó lo que su hijo le había dicho. Aunque no recuerdo las palabras exactas, la lección que aprendí fue que los estudiantes observan atentamente si realmente amo a Dios o no. A partir de ese momento, mientras guiaba a los estudiantes en mi labor ministerial, decidí profundizar mi propio amor por Dios para poder ser un ejemplo genuino para ellos; no fingiendo para alardear de mi amor, sino esforzándome, aunque fuera de manera imperfecta, por amarlo verdaderamente. Creo que lo mismo se aplica a los ciudadanos de una nación. Los ciudadanos saben si su presidente los ama o no. Si un presidente solo habla de amar al pueblo pero no lo demuestra, no lo respetarán ni lo seguirán sinceramente. Del mismo modo, si un presidente hace diversas promesas de campaña pero no las cumple tras asumir el cargo, los ciudadanos nunca lo respetarán ni lo seguirán. Así de esenciales son el amor y la sinceridad para un líder.

En el pasaje de hoy, Proverbios 20:28, la Biblia afirma que un rey sabio se protege mediante el amor inquebrantable y la verdad. También dice que un rey sabio asegura su trono mediante el amor inquebrantable. ¿Qué significa esto? Significa que un rey preserva y fortalece su reinado a través del amor y la verdad. En otras palabras, un rey sabio ama a su pueblo y cumple fielmente las promesas que les ha hecho. ¿No es eso lo más natural? Si un rey ama a su pueblo, ¿acaso no cumpliría naturalmente las promesas que les hizo? Un rey que posee tal amor y sinceridad se protege eficazmente a sí mismo y asegura su trono. Este rey sabio, lleno de amor y sinceridad, finalmente ora a Dios: «No me niegues tu misericordia, oh Señor; que tu amor inagotable y tu verdad me protejan siempre» (Salmo 40:11). En otras palabras, al gobernar la nación que el Señor le ha confiado, ora no solo para mostrar a su

pueblo el amor inagotable y la verdad del Señor, sino también para ser protegido constantemente por ese mismo amor y verdad. Para un rey tan sabio, la oración y la acción van de la mano. Así, asegura su trono mediante la protección del Señor.

En cuarto lugar, un rey sabio posee tanto fortaleza como sabiduría.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 20:29: «La gloria de los jóvenes es su fuerza, y la hermosura de los ancianos son sus canas». Todos sabemos que los jóvenes poseen fuerza. ¿Qué asociamos, entonces, con los ancianos? La sabiduría adquirida a través de una amplia experiencia. Un rey sabio es aquel que encarna ambas cualidades; posee no solo fuerza, sino también la sabiduría que proviene de una vasta experiencia. Al reflexionar sobre la «fuerza» y la «sabiduría» de un rey sabio, recuerdo las instrucciones de Dios respecto a los reyes que se encuentran en Deuteronomio 17:15–20: «Cuando ocupe el trono, deberá escribir para sí mismo, en un rollo, una copia de esta ley en presencia de los sacerdotes levitas. Deberá tenerla consigo y leerla todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor su Dios y a cumplir fielmente todas las palabras de esta ley y de estos decretos» (versículos 18–19). La Biblia instruye que un rey no debe acumular muchos caballos (versículo 16) ni tomar muchas esposas (versículo 17); por el contrario, debe mantener el Libro de la Ley a su lado y leerlo a lo largo de su vida. Al reflexionar sobre este pasaje, he llegado a la conclusión de que un rey no debe depender de acumular caballos para fortalecer el poder nacional ni de tomar muchas esposas para reforzar su vigor; Más bien, debe poseer el poder de la Palabra. ¿Por qué instruye la Biblia al rey a mantener el Libro de la Ley a su lado y a leerlo durante toda su vida? ¿Cuál es la razón? Es para que aprenda a temer a Dios. ¿Y por qué debe el rey aprender a temer a Dios? Porque cuando un rey aprende a temer a Dios, aborrece el mal y se aparta de él. Observemos Proverbios 14:16: «El sabio teme al Señor y se aparta del mal, pero el necio es impulsivo y, sin embargo, se siente seguro».

El temor a Dios es el fundamento mismo de la sabiduría. Que un rey sabio tema a Dios significa que posee el poder de la sabiduría. Observemos Proverbios 24:5: «El sabio prevalece mediante gran poder, y los que tienen conocimiento fortalecen su vigor». Un rey sabio posee tanto el vigor de la juventud como la sabiduría adquirida a través de la experiencia de la edad; esto significa que ostenta el poder de la Palabra y el poder de la sabiduría.

En quinto y último lugar, un rey sabio aplica la disciplina.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 20:30: «Los azotes que hieren limpian el mal; los golpes llegan a lo más profundo del ser». Es probable que conozca el dicho coreano: «Uno entra en razón solo después de recibir los golpes de la vara». Esto implica que, a menudo, las personas no recapacitan hasta que experimentan tal disciplina. Por eso, Proverbios 10:13 afirma: «... la vara es para la espalda del falto de entendimiento». Además, Proverbios 19:29 dice: «Preparados están los juicios para los escarnecedores, y los azotes para las espaldas de los necios». ¿Qué significa esto? ¿Acaso no quiere decir que la vara está destinada a la espalda de los insensatos y necios? Una persona necia solo entra en razón tras recibir un golpe; esto demuestra cuán eficaz resulta la vara para un niño necio. Así, Proverbios 22:15 declara: «La necedad está ligada al corazón del niño, pero la vara de la disciplina la alejará». Si los padres aman verdaderamente a sus hijos, deben disciplinarlos para alejar la necedad arraigada en sus corazones. Del mismo modo, Dios, nuestro Padre, nos disciplina para expulsar la necedad enredada en nuestros propios corazones. Observemos Hebreos 12:4–11: «En su lucha contra el pecado, aún no han resistido hasta el punto de derramar su sangre. ¿Y acaso han olvidado por completo esta palabra de aliento que se dirige a ustedes como un padre se dirige a su hijo? Dice: "Hijo mío, no tomes a la ligera la disciplina del Señor, ni te desanimes cuando él te reprenda, porque el Señor disciplina a quien ama y castiga a todo aquel que acepta como hijo". Soporten las dificultades como disciplina; Dios los está tratando como a sus hijos. Pues, ¿qué hijo no es disciplinado por su padre? Si no reciben disciplina —y todos pasan por ella—, entonces no

son hijos legítimos, no son verdaderos hijos. Además, todos tuvimos padres humanos que nos disciplinaron y los respetamos por ello. ¡Cuánto más deberíamos someternos al Padre de los espíritus y vivir! Ellos nos disciplinaron por poco tiempo, según les pareció mejor; pero Dios nos disciplina para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad. Ninguna disciplina parece agradable en el momento, sino dolorosa. Sin embargo, más tarde produce una cosecha de justicia y paz para quienes han sido formados por ella». La Biblia nos dice que la razón por la que Dios nos disciplina es que somos sus hijos. En otras palabras, Dios nos disciplina porque nos considera sus hijos o hijas. Además, Dios nos disciplina porque existe «esperanza» (Proverbios 19:18). También afirma que la razón por la que Dios nos disciplina —a nosotros, sus hijos— es que nos ama. Observemos Proverbios 3:12: «Porque el Señor disciplina a los que ama, como un padre al hijo en quien se deleita». Observemos Proverbios 13:24: «El que escatima la vara odia a su hijo, pero el que lo ama se esmera en disciplinarlo». Así pues, la Palabra nos dice que Dios nos disciplina para nuestro propio bien. ¿Cuál es ese beneficio? Participar de la santidad de Dios. A través de la disciplina, Dios nos refina para que podamos dar fruto de justicia y paz. Observemos el Salmo 89:32: «Entonces castigaré con vara su transgresión y con azotes su iniquidad». Dios utiliza la vara y el azote para disciplinarnos, a fin de tratar nuestros pecados y castigarlos. ¿Por qué la vara y el látigo? La razón es que «la vara y la reprensión dan sabiduría» (Prov. 29:15). Como resultado, confesamos nuestros pecados, nos arrepentimos y volvemos a Dios. En consecuencia, incluso salvamos nuestras almas del Seol (23:14).

El rey sabio del pasaje de hoy también disciplina a su pueblo mientras gobierna su reino. Al hacerlo, utiliza la vara para golpear con severidad, con el objetivo de erradicar la iniquidad de su pueblo. Actúa así porque sabe que «los golpes que hieren limpian el mal» (Prov. 20:30). Él distingue entre el justo y el impío, separándolos y disciplinando al impío con justicia. De este modo, protege a los ciudadanos de su reino y establece el orden en la tierra. Si la persona disciplinada es sabia, se arrepentirá de su pecado y se apartará de él al recibir dicha disciplina. Pero ¿qué cree usted que sucede si la persona disciplinada es un necio? Se dará uno de estos dos resultados: (1) el simple adquiere sabiduría mediante la disciplina [(Prov.

19:25) «Hiere al escarnecedor, y el simple aprenderá prudencia; reprende al entendido, y adquirirá conocimiento»], o (2) la persona continúa pecando a pesar de recibir disciplina [(17:10) «La reprensión penetra más en el entendido que cien azotes en el necio»].

Me gustaría concluir nuestra meditación sobre la Palabra. Hoy hemos reflexionado sobre cinco características de un rey sabio: discierne y separa al justo del impío y castiga a este último; gobierna la nación con conciencia limpia delante de Dios; se protege mediante la misericordia y la verdad; posee tanto fortaleza como sabiduría; y administra disciplina. Oremos ahora a Dios por el presidente de nuestra nación. Oremos para que Dios conceda sabiduría a nuestro presidente.

La belleza de los ancianos son sus canas.

«La gloria de los jóvenes es su fuerza; la honra de los ancianos, sus canas» (Proverbios 20:29).

El miércoles pasado por la mañana, escuché una noticia impactante en una emisora de radio coreana. El informe trataba sobre una persona coreana de unos cincuenta años, residente en Florida, que había confinado a su madre —de más de ochenta años— en un cobertizo sin electricidad y sin proporcionarle alimentos ni agua adecuados durante unas dos semanas. Lo más estremecedor fue que, cuando la policía encontró a la anciana, tenía lombrices y gusanos en el cuello y el rostro. Otros informes sugerían que incluso se vio obligada a comer insectos para sobrevivir. Sin embargo, al ser detenido por la policía, el hijo no mostró remordimiento alguno y parecía considerar justificadas sus acciones. Su excusa fue que, debido a dificultades económicas, había trasladado a su madre de su habitación al cobertizo de almacenamiento para poder reformar la casa y alquilar habitaciones a otras personas. Esta noticia despertó indignación en mí. Decidí cambiar el tema y el contenido de mi sermón dominical para reflexionar sobre lo que dice la Palabra de Dios acerca de los ancianos, y preparé el mensaje de hoy con ese enfoque.

La época en que vivimos parece ser testigo del cumplimiento de la profecía de Isaías 3:5: «La gente se oprimirá mutuamente: unos contra otros, vecino contra vecino. Los jóvenes se alzarán contra los ancianos; los insignificantes, contra los honrados». Usted y yo vivimos en un mundo donde los jóvenes se alzan para maltratar a los ancianos. Según un sitio web dedicado a la prevención del maltrato a los mayores, la población anciana se ha más que triplicado en los últimos 37 años, y las estimaciones proyectaban que el número de

personas mayores alcanzaría aproximadamente los 7,36 millones para el año 2019. No obstante, el problema radica en que el maltrato a los ancianos —quienes a menudo son económicamente vulnerables— se está convirtiendo en un grave problema social. En otras palabras, aumenta el número de casos en los que padres ancianos y enfermos son descuidados o sometidos a abusos físicos y mentales por motivos económicos. De hecho, un análisis de los tipos de maltrato revela que el abuso psicológico representa la mayor parte —el 40 % de todos los casos—, seguido por situaciones de negligencia, maltrato físico, explotación financiera, abandono e incluso abuso sexual. Además, los datos del sitio web de la "Agencia Central para la Protección de los Ancianos" muestran que los "hijos" constituyen el grupo más numeroso de agresores; de un total de 3.019 agresores, 1.544 eran hijos (frente a 342 hijas). Vivimos en una época en la que las personas mayores se enfrentan a este tipo de maltrato. ¿Qué debemos hacer, entonces?

En el Antiguo Testamento se utilizan tres palabras hebreas distintas para referirse a los "ancianos": (1) La primera es *Zaken*, que literalmente significa "tener barba blanca". Este término, frecuente en la Biblia, se refiere a una persona de sesenta años —alguien que ha vivido muchos años— y se emplea para designar a un anciano o a una figura paterna. (2) La segunda palabra es *Seybah*, que significa "cabello blanco" y se refiere a una persona de setenta años; denota a alguien con el cabello blanco o plateado, alguien verdaderamente anciano. (3) La tercera palabra es *Yases*, que se refiere a una persona que ronda los ochenta años. El término implica conceptos como "temblor", "vejez" o "fragilidad", mientras que la palabra *yashish* denota específicamente a una persona mayor digna de respeto y honor: alguien virtuoso. En definitiva, en el contexto del hebreo del Antiguo Testamento, el término se refiere principalmente a personas de sesenta, setenta u ochenta años; una etapa de la vida caracterizada por las canas en el cabello y la barba, así como por la disminución de la fuerza física. Hoy, centrándome en Proverbios 20:29 y en el mensaje "La hermosura de los ancianos son sus canas", deseo reflexionar sobre las enseñanzas que Dios ofrece tanto a los miembros mayores de nuestra iglesia como a la generación más joven.

En primer lugar, la Biblia declara que la hermosura de los ancianos son sus canas.

Observemos Proverbios 20:29: "La gloria de los jóvenes es su fuerza, y la hermosura de los ancianos son sus canas". Si bien la fuerza es la gloria de los jóvenes, los ancianos ya no poseen ese tipo de vigor. No solo carecen de la potencia física de la juventud, sino que lo que *sí* poseen son canas. ¿Cómo ve usted las canas? Hace unas dos o tres semanas fui a la peluquería y el estilista comentó: "Tienes bastantes canas" (jaja). Quizás no tenga tantas en comparación con algunos de ustedes, pero este año he notado repentinamente más cabellos blancos que el anterior. Curiosamente, conozco a un par de pastores que son dos o tres años más jóvenes que yo, pero cuyo cabello ya se ha vuelto completamente blanco. Sin embargo, dado que hoy en día tanta gente se tiñe el pelo, parece que la belleza de las canas ya no se valora tanto. No obstante, Proverbios 16:31, en la Biblia, habla de las canas de la siguiente manera: "Las canas son corona de gloria; se alcanzan por el camino de la justicia". ¿Qué significa que "las canas son corona de gloria"? Nos indica que las personas mayores son seres gloriosos. Además, la corona de canas que reciben no proviene de un rey terrenal, sino del Dios eterno. En otras palabras, la gloria de quien sirve a Dios se revela en sus canas, las cuales también manifiestan la verdadera trayectoria de la vida. Por tanto, la vejez es un tiempo para recibir gloria de Dios y disfrutar de la verdadera felicidad. Contrariamente a la percepción común, la vejez no es simplemente una etapa de sufrimiento o aislamiento. Si bien la Biblia reconoce los aspectos negativos del envejecimiento —como la fragilidad física y la melancolía—, no debemos olvidar que también presenta las canas como un símbolo de longevidad, bendición y sabiduría.

Así pues, los mayores deben disfrutar de la bendición de la longevidad otorgada por Dios; deben recordar que sus canas simbolizan toda una vida sirviéndole y vivir aguardando la gloriosa recompensa que les espera de parte del Dios eterno. En particular, aquellos que tienen canas deben vivir sus días restantes con fe, aferrándose a la esperanza de encontrarse con el glorioso Señor y morar con Él para siempre en el eterno Reino de los Cielos. Consideremos Isaías 65:20: "Nunca más habrá allí niño que viva pocos días, ni

anciano que no complete sus años; el que muera a los cien años será considerado un joven, y el que no llegue a los cien será tenido por maldito". Y nosotros, la generación más joven, debemos honrar y respetar a los mayores. Observemos Levítico 19:32: «Levántate ante las canas, honra al anciano y teme a tu Dios. Yo soy el Señor». Los jóvenes sabios que temen a Dios ven la gloria divina reflejada en las canas de los ancianos; al percibir esta gloria, les muestran respeto.

En segundo lugar, la Biblia afirma que los nietos son la corona de los ancianos.

Veamos Proverbios 17:6: «Los nietos son la corona de los ancianos, y los padres son el orgullo de sus hijos». La palabra empleada aquí para «nietos» (*bene banim*) significa literalmente «hijos de hijos»; en este contexto, adquiere el sentido más amplio de «descendientes». Del mismo modo, el término traducido como «ancianos» (*zekenim*) se refiere literalmente a hombres de edad avanzada o mayores, denotando a los «antepasados». Este versículo implica que los descendientes sabios, al obedecer los mandamientos de Dios, honran a los ancianos —sus antepasados—. Mientras que los descendientes insensatos causan daño y sufrimiento a sus padres y antepasados, los sabios aportan gloria a la familia y alegría a sus padres. Podemos citar a Obed, abuelo de David, como ejemplo de ello. En Rut 4:14-15, tras el matrimonio de Booz y Rut y el nacimiento de Obed —padre de Isaí—, las mujeres dijeron a Noemí: «¡Bendito sea el Señor, que hoy no te ha dejado sin un pariente redentor! ¡Que su nombre sea famoso en todo Israel! Él renovará tu vida y te sostendrá en tu vejez, pues tu nuera, que te ama y que vale más para ti que siete hijos, le ha dado a luz». Al ver cómo aquellas mujeres describían a Obed —fruto de la unión entre Booz y la amada Rut— como el restaurador de la vida de Noemí y el sostén de su vejez, es inevitable reconocer que los nietos son, en efecto, la corona de sus abuelos. Esto es especialmente cierto al considerar a Obed y a su propio nieto, David; sin duda, David fue la corona del anciano Obed. Por tanto, la tarea de los ancianos consiste en transmitir la fortaleza y el poder del Señor a las generaciones venideras. Observemos el Salmo 71:18: «Aun cuando sea viejo y canoso, no me abandones, Dios mío, hasta que proclame tu poder

a la siguiente generación, tus obras poderosas a todos los que han de venir». El salmista deseaba proclamar la fortaleza y el poder del Señor a las personas de las generaciones futuras. Quería «proclamar las obras poderosas del Señor soberano» y «hablar de [su] justicia, de [su] justicia solamente» (versículo 16). Su lengua hablaba de la justicia del Señor durante todo el día (versículo 24). La razón de esto era la «insondable justicia y salvación» que el Señor le había otorgado mientras vivía confiando en Él —su esperanza— desde su juventud hasta su vejez (versículo 15). El salmista no podía evitar proclamar la insondable gracia salvadora del Señor a todas las generaciones futuras. Una persona que envejece con gracia transmite un legado de fe a sus hijos y descendientes. Desde la juventud hasta la vejez y el ocaso de la vida, relatan y comparten con su descendencia la gracia recibida de Dios al confiar en el Señor, su esperanza. En lugar de hablar de sus propios logros, dan testimonio de las grandes obras que Dios ha realizado a lo largo de sus vidas. Oro para que ustedes lleguen a ser ancianos así. Nosotros, la generación más joven, debemos escuchar atentamente las enseñanzas que provienen de los labios de los ancianos —símbolos de sabiduría— y vivir conforme a ellas. Observemos Deuteronomio 32:7: «Acuérdate de los días de antaño; considera los años de muchas generaciones. Pregunta a tu padre, y él te lo mostrará; a tus ancianos, y ellos te lo dirán». Nosotros, los jóvenes, debemos preguntar —y preguntar una y otra vez— a los ancianos sabios. Debemos escuchar y recordar las historias del pasado a través de ellos, pues son testigos vivos de tiempos pretéritos. En particular, debemos atender el consejo de los ancianos sabios, ya que de ellos podemos obtener sabiduría. Nunca debemos cometer la insensatez de extraviar a la nación y provocar, a la larga, su decadencia —tal como hizo el rey Roboam, hijo de Salomón—, quien desoyó el consejo de los ancianos que habían sido leales a su padre en vida y prefirió consultar a los jóvenes que se habían criado con él (12:8).

Por último, la Biblia nos dice que Dios jamás abandona a los ancianos; al contrario, los acoge con amor.

Observemos el Salmo 71:9: «No me desampares en el tiempo de la vejez; cuando mi fuerza se acabe, no me desampares». Hace algún tiempo prediqué sobre la Palabra de Dios bajo el título «La hermosa persona mayor», centrándome en el Salmo 71:9. En aquella ocasión reflexioné sobre tres aspectos de una persona mayor hermosa; el primero de ellos es que dicha persona confía en el Señor, quien es nuestra esperanza. Veamos el Salmo 71:5: «Porque tú, oh Señor, eres mi esperanza; seguridad mía desde mi juventud». Esta hermosa persona mayor no solo recibió instrucción del Señor desde su juventud —al igual que el salmista (versículo 17)—, sino que vivió confiando en el Señor, su esperanza, desde la infancia hasta alcanzar la vejez y llegar a los cien años. En particular, depositó aún más confianza en Dios, su esperanza, cuando padeció «muchas y graves aflicciones» (versículo 20). Este anciano, hermoso a los ojos de Dios, que vive toda su vida confiando únicamente en el Señor, cree firmemente que Dios no lo desamparará ni lo abandonará. Más bien, mantiene la esperanza porque confía en el Señor. En efecto, ¿qué es lo que esperan los ancianos al confiar en el Señor? Esperan ascender al cielo y reposar en el seno del glorioso Dios Padre. Observemos Isaías 46:4: «Hasta la vejez yo seré el mismo, y hasta las canas los sostendré. Yo los hice, y yo los llevaré; los sostendré y los libraré». Dios ha prometido claramente que nos sostendrá hasta que lleguemos a la vejez e incluso hasta que tengamos canas. Dios ha prometido llevarnos en brazos, sostenernos y salvarnos. Los hermosos ancianos que creen en esta promesa de Dios lo alaban (Salmo 71:14). No solo alaban al Señor cada vez más a medida que pasan los años (versículo 14), sino que continúan alabándolo hasta el momento de su último aliento. Oro para que todos ustedes lleguen a ser personas tan hermosas a los ojos de Dios.

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Al reflexionar sobre el texto de hoy, pensé en los ancianos de nuestra iglesia que tienen entre 60 y más de 80 años. Queridos ancianos de nuestra iglesia, espero que disfruten de la bendición de la longevidad que Dios les ha otorgado. Espero que recuerden que sus cabellos se han vuelto blancos porque han servido a Dios toda su vida, y que vivan aguardando la gloriosa recompensa que recibirán del Dios eterno. Además, confiando en el Señor, que es nuestra esperanza, espero que

relaten y transmitan a sus hijos y descendientes la gracia de Dios que han recibido a lo largo de sus vidas. En lugar de hablar de las obras que ustedes mismos han realizado, espero que transmitan a sus hijos y descendientes las grandes cosas que Dios ha hecho a lo largo de su existencia. Los bendigo en el nombre de Jesús para que sean personas hermosas ante los ojos de Dios, viviendo toda su vida confiando únicamente en el Señor, creyendo que Dios no los abandonará ni los dejará, sino que los llevará en brazos y los acogerá en el seno de su amor, y que se regocijarán en la esperanza.

Nuestros corazones

[Proverbios 21:1-4]

Amigos, miren Proverbios 15:13; la Biblia nos dice: «El corazón alegre hermosea el rostro, pero por el dolor del corazón el espíritu se abate». Al reflexionar sobre este versículo, quisiera hacerles una pregunta a cada uno de ustedes: «¿Tienen gozo en su corazón o tienen tristeza?». Si hay gozo en su corazón, ese gozo actúa como una «buena medicina» para ustedes (17:22). Sin embargo, si hay tristeza en su corazón, esta «secará los huesos» (v. 22). Si albergamos tristeza en nuestros corazones, esta abatirá nuestro espíritu (15:13).

Hoy, centrándome en el pasaje de Proverbios 21:1-4, quisiera meditar sobre cuatro aspectos de nuestros corazones y extraer las lecciones que nos ofrecen.

En primer lugar, Dios guía nuestros corazones.

Miren Proverbios 21:1: «El corazón del rey es como corrientes de agua en la mano del Señor; él lo dirige hacia donde quiere». ¿Creen que el corazón del presidente de nuestra nación está en las manos de Dios? ¿Piensan que, aunque el presidente sea un no creyente que no confía en Jesús, su corazón sigue estando en las manos de Dios? En Proverbios 21:1, el autor —el rey Salomón— afirma que «el corazón del rey está en la mano del Señor». Aquí, «el corazón del rey» no se refiere únicamente a Salomón mismo, sino a todos los reyes. Abarca incluso los corazones de los reyes gentiles: gobernantes que no eran reyes de Israel. Esto significa que el «corazón del rey» incluye los corazones de aquellos reyes gentiles que no creen en Dios. Lo que el rey Salomón quiere decir es que los corazones de todos los reyes de este

mundo están en las manos de Dios; en otras palabras, Dios guía los corazones de todos estos reyes. Como ejemplo, Dios guio no solo el corazón de Salomón —quien creía en Él—, sino también el corazón del Faraón, el rey de Egipto, quien no creía. Consideremos Éxodo 10:1–2: «Entonces el Señor dijo a Moisés: "Ve ante el faraón, pues he endurecido su corazón y el de sus funcionarios para poder realizar estas señales mías entre ellos, y para que cuentes a tus hijos y nietos cómo traté con dureza a los egipcios y cómo realicé mis señales entre ellos, y para que sepan que yo soy el Señor"». Dios guio el corazón del faraón endureciéndolo. ¿Cuál era el propósito? Había dos. El primero era mostrar las señales de Dios ante el faraón y sus funcionarios, y el segundo era asegurar que las señales que Dios realizó entre ellos fueran relatadas al pueblo de Israel y a sus descendientes. Otro ejemplo proviene de la época de Esdras, cuando Dios guio el corazón del rey Artajerjes, impulsándolo a emitir un decreto dirigido a todos los tesoreros para que proporcionaran prontamente cualquier cosa que Esdras solicitara (Esdras 7:21). Esdras 7:27–28 explica la razón por la que Dios actuó de esta manera: «Bendito sea el Señor, Dios de nuestros antepasados, que ha puesto en el corazón del rey el deseo de embellecer la casa del Señor en Jerusalén, y que me ha mostrado su favor ante el rey, sus consejeros y todos sus poderosos funcionarios. Como la mano del Señor mi Dios estaba sobre mí, cobré ánimo y reuní a los líderes de Israel para que subieran conmigo». ¿Qué significa esto? Significa que Dios puso en el corazón del rey Artajerjes la intención de embellecer el templo del Señor en Jerusalén. Además, Dios concedió favor a Esdras; con la mano del Señor sobre él, obtuvo la fortaleza para reunir a los líderes de Israel y viajar a Jerusalén, lo que finalmente resultó en el embellecimiento del templo de Dios. Dios guía el corazón del rey de esta manera; al respecto, la última parte de Proverbios 21:1 afirma: «Él lo dirige como a un curso de agua hacia donde le place». Así como uno puede desviar una corriente de agua en la dirección que desea, Dios guía el corazón del rey según su propia voluntad. Por ello, la Biblia declara: «En su corazón el hombre planea su camino, pero el Señor determina sus pasos» (16:9); «La suerte se echa en el regazo, pero la decisión final viene del Señor» (33); «Muchos son los planes en el corazón del hombre, pero es el propósito del Señor el que prevalece» (19:21); y «Los pasos del hombre son dirigidos por el Señor. ¿Cómo, pues, puede alguien entender su propio

camino?» (20:24). El sentido de estas palabras es que, aunque planeemos nuestros propios caminos en el corazón, en última instancia solo la voluntad de Dios permanece firme; en otras palabras, solo la voluntad soberana de Dios se cumple. ¿Cómo debemos interpretar, entonces, aquel episodio de los últimos años del rey Salomón, cuando sus esposas desviaron su corazón para seguir a otros dioses (1 Reyes 11:4)? 1 Reyes 11:4 afirma que «su corazón no fue totalmente fiel al Señor su Dios, como lo había sido el corazón de su padre David». Aunque Proverbios 21:1 —el pasaje que analizamos hoy— declara que Dios dirige el corazón del rey, Salomón rechazó la guía divina; decidió inclinar su corazón según su propia voluntad y siguió a los ídolos que adoraban sus esposas. Esto fue hacer lo malo ante los ojos del Señor (1 Reyes 11:6). Tal corazón no está plenamente consagrado a Dios; es un corazón perverso (Proverbios 11:20). La lección que debemos aprender aquí es que no debemos, como el rey Salomón, rechazar la guía de Dios ni vivir conforme a nuestros propios deseos. Por el contrario, debemos rendir nuestro corazón a Dios y vivir de acuerdo con su dirección.

En segundo lugar, Dios examina nuestros corazones.

Observemos Proverbios 21:2, nuestro texto de hoy: «A cada uno le parece recto su camino, pero el Señor pesa los corazones». ¿Le parecen rectas sus acciones a sus propios ojos? ¿Considera que su conducta es totalmente correcta? Todos conocemos la historia de Samuel, quien actúa conforme a la palabra de Dios y viaja a Belén (1 Samuel 16:4) para identificar a aquel a quien Dios quiere ungir (v. 6). En esa escena, cuando Samuel ve a Eliab —uno de los hijos de Isaí— y declara: «Ciertamente delante del Señor está su ungido» (v. 6), Dios le habla: «El Señor dijo a Samuel: "No mires su apariencia ni su estatura... Yo lo he desechado. El Señor no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón"» (v. 7). Incluso Samuel pensó que Eliab era a quien Dios ungiría, simplemente porque juzgaba basándose en la apariencia externa. En otras palabras, aunque Samuel creía que su juicio era correcto, no identificó correctamente al elegido de Dios porque no podía ver el corazón de la persona. Sin embargo, la Biblia habla claramente sobre este asunto. La segunda parte de Proverbios 21:2 afirma: «El Señor pesa

los corazones». De igual manera, Proverbios 16:2 dice: «Todos los caminos del hombre son limpios a sus propios ojos, pero el Señor pesa los motivos». Y Proverbios 24:12 declara: «Si dices: "Pero no sabíamos nada de esto", ¿acaso no lo percibe el que pesa los corazones? ¿No lo sabe el que guarda tu vida y paga a cada uno según lo que ha hecho?». ¿Qué significa esto? Significa que el Dios omnisciente conoce nuestros corazones por completo. Dios, que examina y discierne nuestros corazones, conoce todos los pensamientos y motivos que hay en nosotros. Por ello, el salmista confesó en el Salmo 139:1–4: «Oh Señor, tú me has examinado y conocido. Tú conoces mi sentarme y mi levantarme; desde lejos comprendes mis pensamientos. Escudriñas mi senda y mi descanso, y conoces bien todos mis caminos. Pues aun no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Señor, tú ya la sabes toda». Dios nos conoce; de hecho, la Biblia nos dice que el Señor nos conoce a fondo. Él sabe todo acerca de nosotros; no hay nada que ignore. Sin embargo, ¿cuál es el problema? El problema es que los seres humanos somos insensatos y creemos erróneamente que nuestras propias acciones son correctas. Observemos Proverbios 12:15: «El camino del necio es derecho en su opinión, pero el que escucha el consejo es sabio». En su necedad, los seres humanos no reconocen su propia condición pecaminosa e insisten en su propia justicia. El reverendo Park Yun-sun identificó cinco razones por las que los seres humanos no ven sus propios pecados: (1) olvidan sus pecados pasados; (2) no prevén los pecados que cometerán en el futuro; (3) aunque tengan una vaga noción de haber obrado mal hacia los demás, no se percatan de sus carencias ante Dios; (4) no comprenden que la incredulidad en Dios es la causa raíz; y (5) sus corazones son engañosos, lo que los lleva a justificar sus propias faltas. Una necedad aún mayor por nuestra parte es intentar engañar a Dios —quien escudriña nuestros corazones— tal como engañamos a otras personas (Job 13:9). La razón por la que lo hacemos es que, en nuestro razonamiento humano, creemos que el Señor no ve (Salmo 10:13). El motivo de esto es nuestro orgullo (versículo 4).

Amados, nuestro Dios es un Dios que ve y examina todas las cosas (Génesis 16:13). Dios mira desde el cielo y contempla a toda la humanidad (Salmo 33:13). Él escudriña los confines de la tierra y ve todo lo que hay bajo los cielos (Job 28:24). Los ojos de Dios están

en todas partes, observando tanto el mal como el bien (Proverbios 15:3). Él toma nota de las iniquidades (Salmo 130:3) y ve nuestras aflicciones (Lamentaciones 1:9). Él vigila nuestros caminos y observa cada paso que damos (Job 34:21). El Dios justo examina los corazones de los hombres (Salmo 7:9). Dios no se limita a observar nuestras acciones; Él mira hasta lo más profundo de nuestras almas y conoce todo sobre nosotros (Park Yun-sun).

En tercer lugar, el corazón que agrada a Dios es aquel que practica la justicia y el derecho.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 21:3: «Practicar la justicia y el derecho es más agradable al SEÑOR que el sacrificio». ¿Recuerdan las palabras que Samuel dirigió al rey Saúl: que «la obediencia es mejor que el sacrificio» (1 Samuel 15:22)? Samuel preguntó claramente al rey Saúl: «¿Se complace el SEÑOR tanto en los holocaustos y sacrificios como en obedecer su voz?» (versículo 22). Al reflexionar sobre este pasaje, me pregunto si nosotros también podríamos estar amando y sirviendo a Dios bajo nuestros propios términos, tal como lo hizo el rey Saúl. En otras palabras, podríamos asumir que Dios se deleita en nuestra adoración —preparándonos con esmero para adorarle los domingos—, pero debemos reflexionar sobre si estamos viviendo en desobediencia a su palabra durante los otros seis días de la semana. La razón es que, desde la perspectiva de Dios, Él se complace más en una vida de obediencia a su palabra que en que le ofrezcamos innumerables actos de adoración. En el pasaje de hoy, Proverbios 21:3, el rey Salomón afirma que a Dios le agrada más la práctica de la justicia y el derecho que la ofrenda de sacrificios. Dicho de otro modo: aunque Dios ciertamente se deleita en nuestra adoración, encuentra un gozo aún mayor cuando practicamos la justicia y el derecho en este mundo. Sin embargo, al reflexionar profundamente sobre esto, recordamos que, aunque el rey Salomón ofreció mil holocaustos en el gran lugar alto de Gabaón (1 Reyes 3:4), en sus últimos años sus mil esposas desviaron su corazón hacia otros dioses (11:3–4), llevándolo a desobedecer los mandamientos de Dios. Al meditar en esto, me surgió un pensamiento: "Cuando ofrecemos mil actos de adoración a Dios, Satanás utiliza a sus mil siervos para tentarnos. Podemos pensar que ofrecer mil actos de adoración agrada a Dios, pero desde

Su perspectiva, Él se complace más cuando obedecemos aunque sea solo el primero de Sus mandamientos". En última instancia, lo que Dios requiere principalmente en el acto del sacrificio no es la ofrenda en sí, sino una obediencia arraigada en la ética religiosa; específicamente, aquella obediencia que se manifiesta en la práctica de la justicia y la rectitud conforme a Sus mandamientos. No obstante, en tiempos del profeta Isaías, el pueblo de Israel ofrecía innumerables sacrificios a Dios (Isaías 1:11) sin practicar la justicia ni la rectitud. Respecto a tales sacrificios, Dios declaró: "¿De qué me sirven vuestros innumerables sacrificios?" (v. 11); "No me complazco en ellos" (v. 11); "Solo holláis mis atrios" (v. 12); "No traigáis más sacrificios vanos" (v. 13); "Son una abominación para mí" (v. 13); "No los soporto" (v. 13); y "Mi alma los aborrece… son una carga para mí; estoy cansado de soportarlos" (v. 14). El profeta Jeremías afirmó que ofrecer sacrificios mientras se descuida la obediencia a la palabra de Dios solo sirve para proporcionar una falsa sensación de seguridad para una vida de pecado (Jeremías 7:8-10) (Park Yun-sun). Consideremos Jeremías 7:8-10: "He aquí, vosotros confiáis en palabras engañosas que de nada sirven. ¿Robaréis, mataréis, cometeréis adulterio, juraréis en falso, quemaréis incienso a Baal y seguiréis a otros dioses que no conocéis, para luego venir y presentaros ante mí en esta casa, que lleva mi nombre, y decir: 'Estamos a salvo', solo para cometer todas estas abominaciones?" En resumen, el pueblo de Israel cometía pecados tales como mentir, robar, asesinar, cometer adulterio, jurar en falso e idolatrar; sin embargo, entraban en el templo de Dios y afirmaban ante Él: «Estamos salvos; estamos seguros» (v. 10). Si aplicamos esto a nosotros mismos, implica una situación en la que afirmamos que la salvación, una vez recibida mediante la fe en Jesús, nunca se puede perder; no obstante, salimos al mundo y pecamos, para luego regresar a la casa del Señor cada domingo —insistiendo en que «una vez salvo, siempre salvo»— y creyendo que estamos a salvo del juicio simplemente porque ya somos salvos. Dios no se complace en actos de adoración realizados meramente para consolarnos y tranquilizarnos de esta manera.

Amados, lo que agrada a Dios es la adoración verdadera y una vida justa. Dios se deleita cuando ofrecemos una adoración que es aceptable ante sus ojos y vivimos una vida de

obediencia a su Palabra: una vida que es, en sí misma, un acto de adoración. En el pasaje de hoy, Proverbios 21:3, la Palabra de Dios declara que esta obediencia consiste en practicar la justicia y el derecho. ¿Por qué debemos practicar la justicia y el derecho? Porque el Señor mismo practica la justicia y el derecho (Salmo 99:4), y porque «bienaventurados los que guardan el juicio, los que hacen justicia en todo tiempo» (Salmo 106:3).

En cuarto y último lugar, un corazón que Dios considera pecaminoso es un corazón soberbio.

Observemos Proverbios 21:4 en el pasaje de hoy: «Altivez de ojos y orgullo de corazón, lámpara de los impíos, son pecado». Aquí, el rey Salomón, autor de Proverbios, señala tres pecados —o más bien, identifica tres cosas que Dios considera pecado—:

(1) «Altivez de ojos».

La «altivez de ojos» se refiere a una persona que busca obtener algo que está más allá de su posición o de lo que le corresponde. Tal persona alberga un corazón vanidoso, llegando incluso a actuar como si ya fuera alguien de un estatus elevado (Park Yun-sun). Por ello, el salmista David declaró: «Oh Señor, mi corazón no es soberbio, ni mis ojos altivos; no me ocupo de grandes asuntos, ni de cosas demasiado profundas para mí» (Salmo 131:1). David se esforzaba por no albergar orgullo en su corazón. Procuraba apartar la mirada de la altivez. En consecuencia, no perseguía grandes asuntos ni cosas extraordinarias que estuvieran fuera de su alcance. Emprender aventuras arriesgadas bajo la apariencia de realizar grandes obras por fe puede parecer, externamente, el cumplimiento de una visión dada por el Señor; pero, en realidad, no es más que una expresión de la ambición codiciosa que habita en nuestros corazones.

(2) «Un corazón orgulloso».

Un corazón orgulloso constituye un pecado verdaderamente aterrador y peligroso, ya que el orgullo que en él reside permanece latente, sin manifestarse inmediatamente en el exterior. Tal orgullo es difícil de controlar (Park Yun-sun). No debemos pensar más allá de la medida que nos corresponde. No debemos aspirar a grandes asuntos que excedan nuestros límites. En otras palabras, no debemos incurrir en palabras o acciones que traspasen los límites que nos han sido asignados (Números 16:7). Más bien, tal como afirmó el apóstol Pablo en 2 Corintios 10:13 y 15, no debemos jactarnos más allá de nuestra medida adecuada. Por el contrario, debemos pensar, hablar y actuar «conforme a la medida de fe» (Romanos 12:6). La razón por la que no debemos ser orgullosos es que «antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu» (Proverbios 16:18). Es porque «antes de la destrucción se eleva el corazón del hombre» (Proverbios 18:12).

(3) «La prosperidad de los impíos». Considero que no existe pecado tan peligroso como la prosperidad de los impíos que poseen ojos altivos y corazones arrogantes. Pensemos cuán más altivos y arrogantes se volverían si, a pesar de su orgullo, «no pasan por las aflicciones humanas ni son azotados como los demás hombres» (Salmo 73:5). Además, ¿cuánto más arrogantes llegarían a ser si sus ganancias superaran los deseos de sus corazones (v. 7), si vivieran en paz constante con una riqueza siempre creciente (v. 12) y si permanecieran físicamente fuertes (v. 4)? Sin embargo, el fin de tales impíos (v. 17) es la ruina (v. 18), la desolación y la destrucción total (v. 19). Ciertamente, Dios considera pecado la prosperidad de los impíos —junto con sus ojos altivos y sus corazones arrogantes— (Proverbios 21:4).

Amados, debemos poseer un corazón humilde. Hemos de relacionarnos con los humildes y mantener un espíritu humilde (Proverbios 16:19). Con una actitud de humildad, debemos considerar a los demás superiores a nosotros mismos (Filipenses 2:3). ¿Por qué? Porque la humildad precede a la honra (Proverbios 15:33; 18:12). Porque Dios da gracia a los humildes (Proverbios 3:34; Santiago 4:6; 1 Pedro 5:5). Porque Dios salva a los humildes (Job 22:29). Oro para que todos abracemos el corazón humilde de Jesús (Filipenses 2:5).

Quisiera concluir esta reflexión. Amados, nuestros corazones están en las manos de Dios. No debemos olvidar que Dios guía nuestros corazones y los examina. Por tanto, debemos practicar la justicia y la rectitud que agradan a Dios; debemos desechar el corazón soberbio —que Dios considera pecado— y abrazar un corazón humilde.

Un corazón que agrada a Dios

«Practicar la justicia y el derecho agrada al SEÑOR más que los sacrificios» (Proverbios 21:3).

¿Recuerdas las palabras que Samuel dirigió al rey Saúl: «La obediencia vale más que el sacrificio» (1 Samuel 15:22)? Samuel preguntó explícitamente a Saúl: «¿Se complace tanto el SEÑOR en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a su voz?» (v. 22). Al reflexionar sobre este pasaje, me pregunto si nosotros también amamos y servimos a Dios basándonos en nuestra propia perspectiva en lugar de la suya. Podríamos suponer que Dios está complacido simplemente porque nos preparamos con diligencia y le adoramos los domingos; sin embargo, debemos preguntarnos si vivimos en desobediencia a la Palabra de Dios durante los otros seis días de la semana. La razón es que, desde la perspectiva divina, Dios se complace más en una vida de obediencia a su Palabra que en los innumerables actos de adoración que le ofrecemos.

En el texto de hoy, Proverbios 21:3, el rey Salomón —autor del pasaje— afirma que Dios se complace más cuando practicamos la justicia y el derecho que cuando ofrecemos sacrificios. En otras palabras, aunque Dios ciertamente se deleita en nuestra adoración, encuentra un gozo aún mayor cuando practicamos la justicia y la rectitud en este mundo. No obstante, al reflexionar profundamente sobre esto, observamos una paradoja en la propia vida de Salomón: aunque en una ocasión ofreció mil holocaustos en el gran lugar alto de Gabaón (1 Reyes 3:4), en sus últimos años su corazón fue desviado por sus mil esposas para seguir a otros dioses (11:3-4), desobedeciendo así el mandato de Dios. Mientras reflexionaba sobre esto, me vino un pensamiento: «Por cada mil actos de adoración que

ofrecemos a Dios, Satanás envía a mil de sus siervos para extraviarnos. Desde nuestra perspectiva, podríamos pensar que a Dios le agrada que le adoremos mil veces; sin embargo, desde la perspectiva divina, Él se complace más en nuestra obediencia a su primer mandamiento». Verás, lo que Dios requiere principalmente en el acto de ofrecer sacrificios no es la ofrenda en sí, sino más bien la obediencia religiosa y ética; específicamente, aquella obediencia que se manifiesta en la práctica de la justicia y la rectitud conforme a los mandamientos de Dios. Sin embargo, el pueblo de Israel, en tiempos del profeta Isaías, ofrecía innumerables sacrificios a Dios (Isaías 1:11) mientras descuidaba la práctica de la justicia y la rectitud. Respecto a tales sacrificios, Dios declaró: «¿De qué me sirven sus innumerables sacrificios?» (v. 11); «...no me complazco en ellos» (v. 11); «...solo pisotean mis atrios» (v. 12); «No traigan más sacrificios inútiles» (v. 13); «Son una abominación para mí» (v. 13); «No puedo soportarlos» (v. 13); «Mi alma... los aborrece; se han convertido en una carga para mí; estoy cansado de soportarlos» (v. 14). El profeta Jeremías señaló que ofrecer sacrificios mientras se descuida la obediencia a la palabra de Dios solo sirve para proporcionar una falsa sensación de seguridad mientras se vive una vida de pecado (Jeremías 7:8–10) (Park Yun-sun). Observemos Jeremías 7:8–10: «He aquí, ustedes confían en palabras engañosas que de nada sirven. ¿Robarán, asesinarán, cometerán adulterio, jurarán en falso, ofrecerán sacrificios a Baal e irán tras otros dioses que no han conocido, para luego venir y presentarse ante mí en esta casa, que lleva mi nombre, y decir: "Estamos a salvo", solo para seguir cometiendo todas estas abominaciones?». En esencia, el pueblo de Israel cometía pecados —mentir, robar, asesinar, cometer adulterio, jurar en falso y adorar ídolos—, pero aun así entraba en el templo de Dios y afirmaba ante Él: «Estamos salvos; estamos seguros». Si aplicamos esto a nosotros mismos, refleja la actitud de aquellos que creen que, una vez salvos mediante la fe en Jesús, la salvación nunca se puede perder; salen al mundo y pecan, pero acuden a la casa del Señor cada domingo proclamando «una vez salvo, siempre salvo», pensando que están seguros a pesar de sus transgresiones. Dios no se complace en actos de adoración realizados meramente para tranquilizarnos y darnos seguridad de esta manera.

Amados, lo que agrada a Dios es la adoración verdadera y una vida justa. Dios se complace cuando ofrecemos una adoración que es aceptable ante sus ojos y vivimos una vida de adoración caracterizada por la obediencia a su Palabra. Esa Palabra de Dios nos llama a practicar la justicia y la rectitud (Proverbios 21:3). ¿Por qué debemos practicar la justicia y la rectitud? Porque el Señor mismo actúa con justicia y rectitud (Salmo 99:4). Además, puesto que «bienaventurados los que practican la justicia, los que hacen lo justo en todo tiempo» (Salmo 106:3), debemos agradar a Dios practicando la justicia y la rectitud. El corazón que agrada a Dios es un corazón que practica la justicia y la rectitud.

El camino del gran pecador

[Proverbios 21:5-8]

Entre los libros que estoy leyendo actualmente se encuentra *La filosofía del pecado* (The Philosophy of Sin), de Oswald Chambers. Lo compré no solo porque el título llamó mi atención, sino principalmente porque el autor era Oswald Chambers: el mismo hombre que escribió *En pos de lo supremo* (My Utmost for His Highest), un clásico cristiano amado en todo el mundo. Respecto a la característica común de todo pecado, él afirmó: «La característica común de todo pecado es el alejamiento del amor de Dios. El deseo de abandonar el amor de Dios y perseguir los propios objetivos egoístas —en lugar de los objetivos que Él ha ordenado— es la característica común tanto de las tendencias predominantes de la época como de la naturaleza fundamental del pecado humano» (Chambers). ¿Qué opina de esta afirmación? ¿Está de acuerdo en que la mentalidad predominante de nuestra época y la naturaleza fundamental del pecado humano radican en el deseo de alcanzar objetivos egoístas de propia invención, en lugar de los objetivos de Dios? Una obra clara y segura de Satanás es el acto del «intercambio». ¿Qué intercambia Satanás? Él cambia los objetivos de Dios por los nuestros, que son egoístas. Al hacerlo, hace que pequemos contra Dios. Podemos ver evidencia de esta obra de Satanás en Romanos 1:23, 25 y 26: «Cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes hechas a semejanza de seres humanos mortales, de aves, de animales y de reptiles» (v. 23). Satanás intercambia la gloria de Dios por ídolos. «Cambiaron la verdad de Dios por una mentira, y adoraron y sirvieron a las cosas creadas en lugar de al Creador, quien es bendito por siempre. Amén» (v. 25). Satanás intercambia la verdad de Dios por una mentira. «Por eso, Dios los entregó a pasiones vergonzosas. Incluso sus mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que

van contra la naturaleza» (v. 26). Satanás hace que las personas cambien el uso natural del hombre y la mujer por lo que es antinatural. Así, Satanás nos lleva a cometer pecado contra Dios.

Hoy deseo reflexionar sobre cuatro pecados basados en el pasaje de Proverbios 21:5-8 y recibir las lecciones que Dios nos ofrece.

En primer lugar, no debemos ser precipitados. Observemos Proverbios 21:5: «Los planes del diligente conducen a la abundancia, tal como la precipitación conduce a la pobreza». ¿Es usted una persona precipitada? ¿Alguna vez ha considerado que la precipitación podría ser un pecado? En una ocasión conversé sobre el tema de la «precipitación» con otro creyente a quien conocí en Facebook y compartí con él 2 Timoteo 3:4: «traidores, temerarios, engreídos, amantes de los placeres más que de Dios». Al leer ese versículo, la persona admitió que nunca se había dado cuenta de que la precipitación fuera un pecado. ¿Qué opina usted? ¿Considera que la precipitación es un pecado? En Proverbios 21:5, el rey Salomón, autor de los Proverbios, afirma que «la precipitación conduce a la pobreza». ¿Qué significa esto? Cuando una persona actúa con precipitación, no puede llevar a cabo una tarea con constancia; en consecuencia, no puede prosperar en su trabajo o negocio (Park Yun-sun). La Biblia enseña que tal actitud no conduce a la prosperidad, sino a la pobreza. Una razón de esto es que la persona impaciente, en lugar de trabajar con diligencia, confía en su propio entendimiento y se apresura para maximizar sus ingresos en poco tiempo; al hacerlo, a menudo arruina la tarea que tiene entre manos. Así, Proverbios 19:2 declara: «El deseo sin conocimiento no es bueno; ¡cuánto más se desviará del camino quien se apresura con sus pies!».

¿Por qué dice la Biblia que «los pies precipitados se desvían del camino»? ¿Cuál cree que es la razón? Creo que puede deberse a que aquellos de «pies precipitados» actúan impulsivamente, movidos por un celo —o «deseo»— carente de conocimiento. En los negocios, por ejemplo, tal impaciencia y celo desinformado pueden conducir a la ruina y a

la pobreza en lugar de a la riqueza y la abundancia. Por eso Proverbios 28:20 dice: «El hombre fiel será ricamente bendecido, pero el que se apresura a enriquecerse no quedará sin castigo». ¿Qué significa esto? Significa que quienes se apresuran por enriquecerse enfrentan un castigo. Además, Proverbios 28:22 afirma: «El avaro se apresura a enriquecerse y no sabe que la pobreza le aguarda». En otras palabras, aquellos obsesionados con adquirir riqueza rápidamente terminan en la pobreza. Debemos guardarnos de la impaciencia. Una razón es que un corazón impaciente conlleva un alto riesgo de «acelerarse» —es decir, de adelantarse a los tiempos de Dios para llevar adelante los asuntos a nuestro propio ritmo, poniendo así en peligro la obra divina. Por ejemplo, si un empresario cristiano es impaciente y desea enriquecerse rápidamente, es probable que recurra a artimañas o atajos en lugar de planificar con diligencia y trabajar con fidelidad. Surge un problema verdaderamente grave cuando, a pesar de emplear tales artimañas y atajos, el negocio parece tener éxito inicialmente, tal como se había planeado. Si el negocio estuviera fracasando, tal vez nos detendríamos a reflexionar y nos daríamos cuenta: «Ah, el negocio tiene dificultades porque recurrí a artimañas y atajos». Sin embargo, cuando el negocio prospera, no reflexionamos de esa manera; por el contrario, nos volvemos arrogantes y racionalizamos nuestra conducta, llegando a la conclusión de que el éxito requiere tales artimañas y atajos. Por tanto, debemos protegernos de la impaciencia y cultivar, en su lugar, una actitud de diligencia (Proverbios 21:5) y de fidelidad o integridad (28:28). Esto se debe a que es la diligencia, y no la impaciencia, lo que conduce a la abundancia (21:5), y a que «el hombre fiel abundará en bendiciones» (28:20).

En segundo lugar, no debemos acumular riquezas mediante el engaño.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 21:6: «Acumular tesoros mediante una lengua mentirosa es un soplo fugaz de quienes buscan la muerte». ¿Cree usted que es posible obtener riqueza realizando negocios con honestidad, sin mentir? El pasaje afirma claramente que acumular riqueza mediante el engaño equivale a buscar la muerte y es como un «soplo fugaz» (o una niebla arrastrada por el viento). ¿Qué significa esto? Significa

que intentar acumular riqueza mediante mentiras da como resultado algo que —al igual que la niebla— aparece brevemente pero se desvanece con rapidez; es una trampa que nos conduce a la muerte. Aunque al principio parezca que uno está haciendo fortuna mediante prácticas comerciales deshonestas, el dinero ganado de esa manera terminará desapareciendo en un instante. Por eso, Proverbios 23:4-5 dice: «No te agotes tratando de enriquecerte; ten la sabiduría de mostrar moderación. Basta una mirada a las riquezas para que desaparezcan, pues seguramente les saldrán alas y volarán hacia el cielo como un águila». ¿Puede visualizarlo? ¿Puede imaginar que a la riqueza le salen alas y se aleja volando como un águila? Hace poco leí un artículo en la edición digital del *Chosun Ilbo* titulado «Kim Min-jong revela la pérdida de sus bienes: "Perdí el dinero ahorrado durante 25 años en una estafa de inversión"». Él dijo: «El dinero va y viene. Había ganado mucho, pero de alguna manera todo se esfumó». Proverbios 27:24 afirma: «Porque las riquezas no duran para siempre, ni la corona está segura para todas las generaciones». La riqueza no puede durar eternamente. En particular, la riqueza obtenida mediante la mentira no solo es pasajera, sino que se desvanecerá en un instante. Además, las Escrituras señalan que la riqueza adquirida mediante la mentira conduce finalmente a la persona a la muerte (21:6). Esto es inevitable, ya que la mentira es el camino del diablo (Juan 8:44) (Park Yun-sun). En otras palabras, Juan 8:44 nos dice que aquellos que pertenecen al diablo actúan según los deseos de su padre; el diablo fue homicida desde el principio y no permanece en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando dice mentira, habla de su propia naturaleza, pues es mentiroso y padre de la mentira. Por tanto, que un empresario busque ganancias engañando a otros —impulsado por la codicia y sin reparar en medios éticos— no es en absoluto el camino de nuestro Padre Celestial; es el camino del diablo y, a la larga, acarreará la propia ruina. La razón es que el diablo es un ser empeñado únicamente en causar daño a la humanidad (Park Yun-sun).

Amados, la Biblia afirma claramente: «Los tesoros mal adquiridos no aprovechan» (Proverbios 10:2). También dice: «Las riquezas mal habidas disminuyen» (13:11). ¿Qué significa esto? Significa que la riqueza acumulada deshonestamente o mediante métodos

injustos no reporta beneficio alguno y terminará por menguar. Por ello, los cristianos debemos trabajar con honradez y llevar nuestros negocios con rectitud. Cuando trabajamos conforme a la voluntad de Dios y para Su gloria, Él nos concede la capacidad de adquirir riqueza y nos permite prosperar (Deuteronomio 8:18).

En tercer lugar, no debemos imitar la violencia de los impíos. Observemos el texto de hoy, Proverbios 21:7: «La violencia de los impíos los arrastrará, porque se niegan a hacer lo justo». ¿Quién de nosotros, como cristiano, buscaría deliberadamente emular la violencia de los impíos? Sin embargo, debemos reflexionar detenidamente sobre el Salmo 73, que nos dice que incluso el salmista Asaf envidió la prosperidad de los impíos. Esto implica que, aunque tal vez no nos propongamos imitar la violencia de los impíos desde el principio, si nuestra propia situación económica se deteriora considerablemente, podríamos llegar fácilmente a envidiar su prosperidad y a sentir resentimiento por ella. Esto es especialmente cierto para los empresarios cristianos: si ven que sus finanzas empeoran mientras los empresarios no creyentes de su entorno ganan cada vez más dinero mediante medios deshonestos e injustos, esa envidia y esos celos pueden intensificarse, llevándolos potencialmente a cometer robos o extorsiones para apropiarse injustamente del dinero ajeno. Una traducción del hebreo original de Proverbios 21:7 dice así: «El robo cometido por los impíos provoca su propia destrucción, porque se niegan a practicar la justicia» (Park Yun-sun). Al meditar en este versículo, viene a la mente Mateo 21:13: «Él les dijo: "Escrito está: 'Mi casa será llamada casa de oración', pero ustedes la están convirtiendo en una cueva de ladrones"». ¿Quiénes fueron los que convirtieron el templo —la casa de Dios— en una cueva de ladrones? Eran las personas que compraban y vendían, los cambistas y los vendedores de palomas dentro del templo (21:12). Habían convertido el santo templo de Dios en una cueva de comerciantes o, más bien, en una cueva de estafadores que explotaban al pueblo. Estos individuos no eran otros que los líderes religiosos de la época; ellos monopolizaban las ganancias financieras en torno al templo. Por ejemplo, los saduceos, que administraban el templo, otorgaban los derechos de los mercados de animales a miembros de su propia facción, acumulando así una inmensa riqueza mediante estas operaciones. Al presenciar

esto, Jesús entró en el templo y expulsó a todos los que compraban y vendían, volcando las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas (v. 12). Luego les declaró: «Escrito está: "Mi casa será llamada casa de oración", pero ustedes la están convirtiendo en una cueva de ladrones» (v. 13).

Amados, aunque el templo de Dios debería ser una casa de oración, ¿acaso ha degenerado en una cueva de ladrones, tal como el templo en tiempos de Jesús? ¿Están los líderes de nuestras iglesias hoy en día acumulando grandes riquezas a través de la iglesia? Debemos guardarnos del deseo de enriquecernos. ¿Por qué? Miren 1 Timoteo 6:9: «Los que quieren enriquecerse caen en tentación y en trampa, y en muchos deseos necios y dañosos que hunden a las personas en la ruina y la destrucción». Debemos tener cuidado de buscar la riqueza, porque hacerlo puede llevarnos a la tentación, a trampas y a diversos deseos necios y perjudiciales. Además, la consecuencia es que «el deseo, después de haber concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte» (Santiago 1:15). En cambio, debemos deleitarnos en hacer justicia. En otras palabras, debemos hallar gozo en hacer lo que es recto ante los ojos del Señor (Proverbios 21:8). Como personas justas —declaradas tales mediante la fe en Jesús—, practicar la justicia debería ser una fuente de alegría para nosotros (versículo 15). Sin embargo, al igual que en los días del profeta Habacuc, los impíos ahora rodean a los justos, provocando que la justicia se pervierta (Habacuc 1:4). Como consecuencia, la ley se debilita y la justicia no se aplica en absoluto (versículo 4). Por tanto, nosotros, los cristianos, debemos esforzarnos aún más por practicar la justicia. Debemos andar por la senda de la rectitud y por los caminos de la justicia (Proverbios 8:20).

En cuarto lugar, no debemos andar por caminos torcidos.

Miren el texto de hoy, Proverbios 21:8: «El camino del culpable es tortuoso, pero la conducta del puro es recta». Cuando pienso en caminos sinuosos, el primero que me viene a la mente es Lombard Street en San Francisco, conocida como la calle más tortuosa del mundo.

Abarca unos 400 metros y cuenta con ocho curvas cerradas separadas por cinco metros de distancia; recuerdo haber conducido lentamente por ella. Simplemente no se puede ganar velocidad porque la calle se retuerce y gira bruscamente. Sin embargo, también recuerdo que San Francisco tenía colinas rectas y empinadas junto a estos caminos sinuosos. Recuerdo haber tenido que conducir con mucha precaución por ellas debido a sus pendientes extremas. Creo que el viaje de nuestra vida conlleva estos dos tipos de caminos: carreteras rectas y senderos sinuosos y torcidos. Si aplicamos esto a nuestra vida de fe, podemos distinguir entre el camino correcto —la vía verdadera— y el camino torcido o distorsionado. Como cristianos, todos sabemos que debemos recorrer el camino que Jesús recorrió: la vía recta y verdadera. El problema, sin embargo, es que Satanás no quiere que caminemos por esa senda de rectitud. En cambio, nos tienta y nos atrae constantemente hacia caminos torcidos. Para lograrlo, primero distorsiona nuestros corazones. Como resultado, incluso aquellos de nosotros que nos llamamos cristianos terminamos recorriendo caminos torcidos con corazones torcidos. El mundo en el que vivimos es un «mundo torcido» (Filipenses 2:15). La gente se desvía del camino recto y justo ordenado por Dios, eligiendo en su lugar transitar por caminos torcidos, y todo ello creyendo que esas sendas torcidas son las correctas. Este mundo niega la verdad absoluta de Dios y considera la falsedad como verdad. Los corazones también están retorcidos; y, debido a que el corazón está retorcido, tanto las palabras como las acciones se vuelven retorcidas.

En el texto de hoy, Proverbios 21:8, el rey Salomón —autor de Proverbios— afirma: «El camino del culpable es torcido, pero la senda del puro es recta». Una traducción del hebreo original dice: «La conducta de quien está cargado de pecado es torcida y extraña, mientras que la conducta del puro es recta y franca» (Park Yun-sun). Por supuesto, quien está «cargado de pecado» aquí se refiere al hombre natural no regenerado. Y como el hombre natural no regenerado pertenece a las tinieblas, es engañoso (Jeremías 17:9). En consecuencia, se esfuerza por ocultar sus acciones; eso es precisamente lo que constituye una conducta «torcida» (Park Yun-sun). El libro de Proverbios describe a una persona que recorre tal camino torcido y participa en tal conducta torcida: la «mujer adúltera».

Observemos Proverbios 5:6: «Ella no considera el camino de la vida; no se da cuenta de que sus caminos son torcidos» (Versión Coreana Contemporánea). El rey Salomón señala que la mujer adúltera no percibe lo torcido de su propio camino. Además, el texto afirma que sus pies descienden hacia la muerte y sus pasos conducen al Seol (versículo 5). Isaías 59:8 dice: «No conocen el camino de la paz, ni hay justicia en sus senderos; han torcido sus caminos, y quien por ellos transita no conoce la paz». ¿Qué significa esto? La Biblia nos dice que, si caminamos por una senda tortuosa y carente de rectitud, no conoceremos la paz. En otras palabras, un camino torcido no es un camino de paz. Por ello, Proverbios 10:9 declara: «El que camina en integridad anda seguro, pero el que pervierte sus caminos será descubierto». Si caminamos por la senda correcta, hallaremos paz; si caminamos por una senda tortuosa, inevitablemente no podremos alcanzarla.

Amigos, debemos caminar por la senda correcta (Prov. 10:9). Debemos andar por el camino recto (21:8). Debemos transitar por la senda de los puros. Caminar por la senda de los puros significa ser honestos. En lugar de intentar ocultar actos pecaminosos —como hacen quienes cometen pecados graves—, debemos, como personas puras que siguen el camino correcto, confesar honestamente nuestras faltas y seguir adelante (Park Yun-sun). Al hacerlo, encontraremos paz en nuestros corazones.

Quisiera concluir esta reflexión. Amigos, consideren el rasgo común de todos los pecados que hemos analizado: cuando nos apartamos del amor de Dios y nos dejamos llevar por el deseo de alcanzar metas egoístas de nuestra propia invención, en lugar del propósito que Él ha ordenado, inevitablemente caemos en la impaciencia. Como consecuencia, acumulamos riquezas mediante el engaño e imitamos la violencia de los impíos. Además, caminamos por sendas tortuosas. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos permanecer en el amor de Dios. Debemos avanzar hacia la meta que Dios ha establecido para nosotros. También debemos obedecer los mandamientos divinos. En el pasaje de hoy —Proverbios 21:5–8—, Dios nos ordena no ser impacientes, no acumular riquezas mediante el engaño, no imitar la violencia de los impíos y no caminar por sendas tortuosas. Por el contrario, Dios

nos manda trabajar con diligencia y acumular riquezas con honestidad. Él nos manda hacer lo que es recto ante sus ojos, andar por el camino recto y derecho, y ser honestos. Oro para que todos seamos obedientes a estas palabras del Señor.

La persona sabia que recibe instrucción

[Proverbios 21:9-20]

Al pensar en los miembros de nuestra iglesia, deseo personalmente que se establezcan como cristianos centrados en la Palabra, afirmándose cada vez más en las enseñanzas de Dios. Si expresara este deseo utilizando las palabras de Hechos 17:11, diría que espero que todos los miembros de nuestra iglesia lleguen a ser "cristianos de espíritu noble": "Los judíos de Berea eran de carácter más noble que los de Tesalónica, pues recibieron el mensaje con gran entusiasmo y examinaban las Escrituras todos los días para ver si lo que Pablo decía era cierto". Aquí, ¿qué significa ser de "espíritu noble" (o poseer nobleza de carácter)? Se refiere principalmente a una determinada actitud y comportamiento: un carácter que respeta a los demás y los trata con gentileza, honestidad y cortesía. Literalmente, la palabra implica haber nacido en una buena familia; es decir, tener un origen aristocrático. En el contexto de Hechos 17:11, ser de "espíritu noble" significa que los bereanos poseían un espíritu más noble que la gente de Tesalónica. Entonces, ¿qué es un "espíritu noble"? Es una actitud de examinar diligentemente las Escrituras cada día. Por lo tanto, decir que los bereanos eran de espíritu noble equivale a decir que eran personas que estudiaban fervientemente las Escrituras a diario. Una de las características de estas personas de espíritu noble es que reciben la Palabra de Dios con un corazón entusiasta (versículo 11). La frase "recibir la palabra de Dios con entusiasmo" implica aquí recibirla "con todo celo" (Park Yun-sun) o "con total disposición" (Yoo Sang-seop). Cuando el apóstol Pablo proclamaba el evangelio de Jesucristo, la gente de Berea acogía el mensaje con un espíritu verdaderamente dispuesto. Al igual que las raíces de un árbol plantado junto a un arroyo absorben el agua que fluye, estas personas de espíritu noble poseían la capacidad de recibir la Palabra de

Dios. Tal como una esponja que, tras ser exprimida, se coloca en un balde de agua —absorbiendo rápidamente el líquido—, estas personas de espíritu noble anhelan la Palabra de Dios, leyéndola, aprendiéndola y arraigándola con entusiasmo en sus corazones. Oro para que nosotros también poseamos esta capacidad de recibir la Palabra. Espero que, siempre que leamos, estudiemos o escuchemos la Palabra de Dios, esta penetre profundamente en nuestros oídos y corazones, tal como una esponja absorbe el agua.

En el pasaje de hoy, Proverbios 21:11, la Biblia afirma: "Cuando se castiga al burlador, el ingenuo adquiere sabiduría; al obtener conocimiento, el sabio crece en sabiduría". Esto significa que la persona sabia aumenta su conocimiento al recibir instrucción. Centrándome en este versículo, y bajo el título "El sabio que recibe instrucción", quisiera reflexionar sobre cinco tipos de conocimiento que adquiere dicha persona sabia y, de este modo, recibir la lección que Dios tiene para nosotros.

En primer lugar, el conocimiento que adquiere el sabio que recibe instrucción es la comprensión de que la armonía es mejor que la contienda.

Observemos Proverbios 21:9 y 19, que forman parte del pasaje de hoy: "Más vale vivir en una choza que en una casa grande con una mujer pendenciera... Más vale vivir en el desierto que con una mujer pendenciera y airada". Dígame, ¿preferiría vivir en una casa grande o en una pequeña? Las casas pequeñas pueden resultar incómodas en muchos aspectos, mientras que las grandes ofrecen comodidad. Naturalmente, es probable que todos prefiriéramos vivir cómodamente en una casa espaciosa, ¿verdad? Sin embargo, considere este escenario: podría vivir en una casa grande y cómoda pero sufrir frecuentes discusiones y discordia con su cónyuge, o podría vivir en una casa más pequeña y menos cómoda pero disfrutar de una relación armoniosa. ¿Qué elegiría? La mayoría de nosotros —yo incluido— elegiríamos la armonía antes que una casa grande, porque todos deseamos una vida familiar armoniosa más que un hogar espacioso.

Anteriormente hemos reflexionado sobre el tema de la "familia armoniosa" a través de Proverbios 17:1, extrayendo cuatro lecciones clave sobre cómo evitar conflictos y construir un hogar así. Para recapitular, son estas: (1) Una familia armoniosa cubre las faltas de los demás. Aprendimos que, para evitar las disputas domésticas, no debemos sacar a relucir constantemente los defectos de los otros (versículo 9). (2) Una familia armoniosa acepta los consejos mutuos. Aprendimos que, para evitar conflictos, debemos escuchar con humildad los consejos de los demás (versículo 10). (3) Una familia armoniosa no paga el bien con el mal. Aprendimos que, para evitar conflictos, debemos devolver bien por bien (versículo 13). (4) Una familia armoniosa detiene una disputa antes de que se agrave. Aprendimos que, para evitar conflictos, debemos poner fin a una discusión antes de que realmente comience (versículo 14). Al reflexionar sobre estas cuatro lecciones, ¿cómo se aplican a su propia familia y, específicamente, a su relación con su cónyuge? ¿Realmente cubrimos bien las faltas del otro? ¿Aceptamos los consejos mutuos? ¿Devolvemos bien por bien? ¿Ponemos freno a la discordia antes de que escale?

En el pasaje de hoy, Proverbios 21:9, la Biblia habla de una "mujer pendenciera", mientras que el versículo 19 la describe como una "mujer pendenciera e irascible". La razón de esta distinción es que la causa raíz de las disputas es la incapacidad de contener la ira y la tendencia a estallar en furia. Sabemos esto porque, como meditamos anteriormente en Proverbios 15:18, la Biblia afirma que "el hombre irascible provoca contiendas". Por el contrario, dice que "el que tarda en airarse calma la disputa" (versículo 18). En una relación matrimonial, si uno no puede controlar su ira y pierde los estribos con facilidad, el conflicto es inevitable. ¿Por qué sucede esto? Una razón es que, cuando estamos enojados, tendemos a pronunciar palabras duras y extremas. Así, al reflexionar sobre la "mujer pendenciera" o la "mujer pendenciera e irascible", acudimos a Proverbios 19:13, donde la Biblia dice: "La esposa pendenciera es como una gotera constante" (véase también 27:15). ¿Qué significa esto? Implica que una esposa propensa a las disputas pelea con su marido con tanta frecuencia que hay pocos días de paz; además, una vez que comienza una discusión, ella —al igual que el goteo constante de agua— no deja de hablar (Park Yun-sun).

Si una esposa que pelea y estalla en ira como esa gotera constante sigue vertiendo palabras con enojo, ¿cómo reaccionaría su marido? En el pasaje de hoy —Proverbios 21:9 y 19—, el rey Salomón, autor de Proverbios, afirma que es mejor vivir en una choza o en el desierto que en una casa grande con una mujer pendenciera e iracunda. ¿Qué significa esto? Significa que convivir en armonía —incluso en condiciones incómodas, como una choza— es mucho mejor que vivir en un hogar espacioso y confortable en medio de constantes disputas. Debemos tomar muy en cuenta esta lección y ponerla en práctica. Hemos de ser personas sabias que busquen la armonía en lugar del conflicto, pues el Señor nos ha dado el «ministerio de la reconciliación» (2 Corintios 5:18). Ya sea en casa, en la iglesia o en cualquier otro lugar al que vayamos, todos debemos ser pacificadores.

En segundo lugar, el conocimiento que adquieren los sabios —aquellos dispuestos a recibir instrucción— es que el corazón del impío anhela el mal.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 21:10: «El alma del impío desea el mal; su prójimo no halla favor ante sus ojos». ¿Sabe qué dice la Biblia sobre el corazón del impío? En Proverbios 12:12, pasaje que ya hemos meditado, la Biblia afirma que los impíos codician el botín de hombres malvados. Esto se debe a que sus corazones persiguen el desenfreno (versículo 11). Al buscar tal desenfreno, el corazón del impío alberga codicia: una codicia que persigue fantasías y cosas vanas y sin valor. En consecuencia, el impío empleará cualquier medio injusto necesario para saquear lo que pertenece a otros. Sus mentes están torcidas (versículo 8); no tienen intención de trabajar con sus propias manos (versículo 11), sino que solo piensan en despojar a los demás. Además, Proverbios 13:2 —otro pasaje que hemos estudiado— describe el corazón del impío como traicionero (o ávido de violencia). Esto significa que sus corazones carecen de fidelidad y anhelan la violencia. Quienes albergan un anhelo de violencia en su corazón no solo cometen actos violentos, sino que también hablan con labios traicioneros. Volviendo al pasaje de hoy, Proverbios 21:10, la Biblia dice que el corazón del impío desea la calamidad ajena. Las traducciones al inglés a menudo expresan esto como «anhelar el mal», lo cual captura aún mejor el matiz del hebreo

original. De hecho, el hecho de que los impíos anhelen el mal sugiere un estado semejante a la adicción al mal (Walvoord). Por eso Proverbios 4:16 dice: «Porque no pueden dormir si no han hecho el mal; pierden el sueño si no han hecho tropezar a alguien». ¿Acaso el hecho de que los impíos no puedan dormir a menos que cometan el mal o lleven a otros a la ruina no equivale a una adicción al mal? ¿Por qué llegan tan lejos para cometer el mal? Eclesiastés 8:11 explica la razón: «Por cuanto no se ejecuta rápidamente la sentencia contra la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está plenamente dispuesto a hacer el mal». La razón por la que los impíos anhelan y cometen el mal —casi como si fueran adictos a él— es que el castigo no se aplica de inmediato. En consecuencia, se envalentonan para cometer el mal. ¿Hasta qué punto llegan en su osadía? La segunda parte de Proverbios 21:10 nos dice que el corazón del impío desea el mal para su prójimo y no le muestra misericordia. Como resultado, Proverbios 21:12 afirma que el Señor justo, quien observa la casa del impío, los precipitará a la calamidad. Dios, en su justicia, ciertamente juzgará a los impíos a su debido tiempo y provocará su ruina (14:11). Además, Proverbios 21:18 declara que Dios hace del impío un rescate para el justo. ¿Qué significa esto? Significa que la persona impía que intenta matar al justo terminará muriendo ella misma (Park Yun-sun). Un ejemplo destacado es Amán, el hombre malvado del libro de Ester; conspiró para matar al justo Mardoqueo, pero terminó siendo ejecutado él mismo (Ester 6:1–7:10). El Dr. Park Yun-sun observó: «Dado que el hecho de que los impíos ideen diversos planes para matar al justo es una acción tan malvada, Dios interviene específicamente para juzgarlos» (Park Yun-sun). Por lo tanto, no debemos anhelar el mal como lo hacen los impíos. En cambio, como aquellos que han sido hechos justos en Jesucristo, debemos tener hambre de justicia. Tener hambre de justicia significa que, habiendo sido justificados mediante la muerte de Jesús en la cruz y su resurrección de la tumba (Romanos 4:25), debemos mostrar gracia a nuestro prójimo (Proverbios 21:10). La razón es que hemos llegado a ser justos gracias a la pura gracia de Dios. Así pues, debemos extender gracia a nuestro prójimo. En resumen, debemos comprometernos a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, conforme al mandamiento de Jesús.

En tercer lugar, la persona sabia que recibe instrucción adquiere más conocimiento; concretamente, obtiene sabiduría a través de la experiencia de la disciplina.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 21:11: «Cuando se castiga al burlador, el ingenuo adquiere sabiduría; al obtener conocimiento, el sabio se hace más sabio». Amigos, entre las cosas de las que debemos cuidarnos para proteger nuestros corazones —además de las «contiendas» mencionadas en el versículo 9 y el «deseo de hacer el mal» del versículo 10— se encuentra la «arrogancia» de la que habla el versículo 11. Debemos estar siempre alerta para evitar que nuestros corazones se vuelvan arrogantes. La razón es que un corazón arrogante puede conducir a tal soberbia que uno llega a menospreciar a Dios (Park Yun-sun). Observemos Proverbios 29:1: «El hombre que, después de muchas reprensiones, endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá remedio». ¿Cómo podemos saber si nuestros corazones se han vuelto arrogantes? Ocurre cuando no aceptamos la reprensión amorosa; no solo rechazamos la corrección de los demás, sino que incluso rechazamos la propia reprensión de Dios. Como afirma Proverbios 15:12: «El escarnecedor no ama a quien le reprende». Por eso, Proverbios 9:8 aconseja: «No reprendas al escarnecedor», advirtiendo que «te aborrecerá» (9:8). En consecuencia, desobedecemos los mandamientos de Dios y pecamos contra Él. Sin embargo, no sentimos remordimiento por nuestros pecados ni tenemos el deseo de arrepentirnos. Esto sucede porque, cuando nuestros corazones se vuelven arrogantes, no solo dejamos de considerar el pecado como tal, sino que nos volvemos incapaces de reconocerlo como tal. Una vez que llegamos a ese estado, lo único que nos queda es el castigo de Dios.

Al examinar el pasaje de hoy, Proverbios 21:11, la Biblia afirma que, ante el castigo de Dios, «el simple adquiere sabiduría». Aquí, «el simple» se refiere a una persona de mente abierta que, al carecer de conocimiento de la verdad, sigue al escarnecedor. Son individuos que pueden ser encaminados por la senda correcta si reciben la orientación adecuada (Park Yun-sun). El problema es que, como no comprenden plenamente la verdad, carecen de un juicio sabio (7:7; 9:4, 16). En consecuencia, «creen todo» y no actúan con cautela (14:15).

Como resultado, cuando la «mujer insensata» los tienta, los simples sucumben a esa tentación y pecan contra Dios (9:4, 16). Es más, aun cuando ven que se acerca el desastre, no buscan refugio ni huyen; ...en cambio, se adentran directamente en ello y sufren daño (22:3; 27:12). Así, adquieren sabiduría al presenciar el castigo infligido al burlador al que antes seguían. Amigos, un pasaje similar al texto de hoy —Proverbios 21:11— aparece en Proverbios 19:25, sobre el cual ya hemos meditado: «Hiere al burlador, y el ingenuo aprenderá prudencia; reprende al entendido, y adquirirá conocimiento». Al reflexionar sobre esto, considero que el texto de hoy identifica tres tipos de personas: el burlador, el ingenuo (o necio) y el sabio. El burlador permanece impenitente y obstinado incluso cuando es golpeado; es decir, cuando recibe un castigo. Esto se debe a que «el burlador busca sabiduría y no la halla» (14:6). En consecuencia, el burlador terminará enfrentando la ruina (29:1). En cuanto a los ingenuos que siguen al burlador, es posible que —al presenciar la caída de este— adquieran sabiduría (un discernimiento acertado), dejen de seguirlo y transiten por el camino correcto. La persona sabia, sin embargo, adquiere sabiduría no solo aprendiendo de la ruina del burlador (21:11), sino también aceptando la reprensión (19:25).

¿Qué clase de sabiduría creen que adquiere una persona sabia? A mi parecer, la sabiduría que obtiene una persona sabia es aquella que le permite arrepentirse cuando ha pecado o ha sido reprendida. Un ejemplo destacado de esto es el rey David, del Antiguo Testamento. Cuando el profeta Natán lo reprendió por el pecado de haber tomado a la esposa de Urías, David no dudó en confesar su falta y arrepentirse sinceramente, diciendo: «He pecado contra el Señor» (2 Samuel 12:13). Esta capacidad de arrepentimiento es precisamente la sabiduría que se añade al sabio. ¡Qué inmensa gracia y bendición es esta! ¿No desean ustedes tal sabiduría? ¿No anhelan buscar y obtener de Dios la sabiduría para arrepentirse, tal como lo hizo David? Además de esto, en el texto de hoy —Proverbios 21:20— se describe otro aspecto de la sabiduría: «En casa del sabio hay reservas de alimentos selectos y aceite, pero el necio devora todo lo que tiene». La frase «el necio devora todo lo que tiene» significa que el insensato malgasta los tesoros y recursos valiosos —como los alimentos selectos y el aceite— que se encuentran en su hogar. En concreto, el necio desperdicia todo llevando

una vida de derroche. Por el contrario, la persona sabia acumula recursos para el Señor; aunque da generosamente por causa de Él, no malgasta su riqueza en sí misma (Park Yun-sun). El rey Salomón, autor de Proverbios, compara esta actitud sabia con la de la «hormiga» en Proverbios 6:6-8. Dice: «¡Ve a la hormiga, oh perezoso! Observa sus caminos y sé sabio» (v. 6), señalando que la hormiga «prepara su comida en el verano y recoge su provisión en la cosecha» (v. 8). En otras palabras, la persona sabia, al igual que la hormiga, trabaja diligentemente durante la cosecha para hacer preparativos y acumular recursos. Como resultado, su hogar se llena de «tesoros selectos y aceite» (21:20).

Amigos, Proverbios 9:9 nos dice que, cuando una persona sabia recibe instrucción, se vuelve aún más sabia. Sin embargo, incluso «los simples» —aquellos de mente abierta que carecen de conocimiento de la verdad y tienden a seguir a los soberbios— pueden alcanzar sabiduría al observar el castigo infligido a los soberbios (21:11). Al adquirir esta sabiduría, obtienen no solo la sabiduría del arrepentimiento, sino también la sabiduría de la hormiga: se apartan del pecado para caminar por la senda correcta, trabajando con diligencia, haciendo preparativos y ahorrando sabiamente sus recursos. Ruego que nosotros también poseamos tal sabiduría.

En cuarto lugar, el conocimiento que adquiere la persona sabia que acepta la instrucción es la comprensión de que practicar la justicia produce alegría.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 21:15: «Para el justo es alegría hacer justicia, pero para el malhechor es destrucción». Si miramos Proverbios 21:7, un pasaje sobre el que ya hemos meditado, la Biblia afirma: «La violencia de los impíos los destruirá, porque se niegan a hacer justicia». En otras palabras, los impíos se niegan a practicar la justicia (o la rectitud). ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué los impíos se niegan a hacer justicia y les desagrada hacerlo? La última parte de Proverbios 19:28 explica el motivo: «... la boca de los impíos devora la iniquidad». Dicho de otro modo: como la boca del impío busca el pecado impulsada por un deseo insaciable, el impío ni ama ni practica la justicia. De hecho, son

incapaces de practicarla. Consideremos esto: ¿acaso una persona impía, cuyos deseos la impulsan a buscar el pecado, se deleitaría alguna vez practicando la justicia? No es la justicia, sino la injusticia, lo que satisface los anhelos de los impíos que persiguen el pecado. De hecho, una traducción del texto hebreo de Proverbios 21:15 dice: «Hacer justicia es alegría para el justo, pero es ruina para quienes practican la injusticia» (Park Yun-sun). Aquí, el rey Salomón, autor de Proverbios, contrasta a «quienes practican la justicia» con «quienes practican la injusticia». Al considerar este contraste junto con Proverbios 21:7, podemos concluir que los injustos rechazan la práctica de la justicia porque la detestan. Su aversión a practicar la justicia es tan profunda que hacer lo correcto les causa angustia, como si se estuvieran precipitando hacia la ruina (Park Yun-sun). ¿No tiene esto sentido? ¿No es válida la idea de que, para los injustos, practicar la justicia resulta angustioso, como si se precipitaran hacia la destrucción? En última instancia, esto significa que la fuente de angustia para el injusto es la práctica de la justicia. Por el contrario, esto implica que el placer del injusto reside en cometer actos de injusticia. Consideremos Proverbios 10:23: «Al necio le divierte hacer el mal, pero el hombre de entendimiento se deleita en la sabiduría». En cambio, para el justo, practicar la justicia es motivo de alegría (21:15), mientras que cometer injusticia es causa de aflicción. Como personas justificadas por la fe en Jesús, nuestra alegría debe residir en practicar la justicia; al mismo tiempo, cometer injusticia debería resultarnos doloroso. ¿Por qué nuestra alegría debe hallarse en la práctica de la justicia? Porque Dios se deleita en ella (21:3). Por tanto, debemos hallar placer en hacer lo justo: aquello que agrada a Dios.

¿Cuál es, entonces, la justicia que estamos llamados a practicar? En primer lugar, debemos considerar la cuarta bienaventuranza, pronunciada por Jesús en Mateo 5:6: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados». En otras palabras, nuestra principal aspiración debe ser sentir hambre y sed de justicia. Sin embargo, al hacerlo, no debemos imitar a los fariseos de la época de Jesús, quienes buscaban una «justicia propia», es decir, una justicia basada en el esfuerzo y las obras humanas. Por el contrario, debemos desear fervientemente la «justicia de Dios». Desear esta justicia —

fundamentada en la redención de Jesucristo— significa creer que Jesús derramó su sangre y murió en la cruz, pagando el precio con su propia vida en lugar de nosotros, pecadores, para perdonar todos nuestros pecados y otorgarnos la salvación. Al creer en Jesucristo, quien es la justicia de Dios, experimentaremos la felicidad de una verdadera satisfacción. En este contexto, la justicia que debemos buscar se encuentra en Mateo 6:33: «Más bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas». Debemos buscar ante todo el reino de Dios y su justicia; debemos deleitarnos en el reino de Dios y en actuar conforme a su voluntad. Además, al igual que el rey Asa de Judá —descrito en 2 Crónicas 15—, debemos hacer lo correcto y justo ante los ojos de Dios (14:2-5). ¿Quién fue el rey Asa? Fue el rey que, en una época de gran agitación y angustia para el pueblo de Israel (15:4; 15:6), escuchó la profecía de Azarías, cobró ánimo (15:8) e inició una reforma religiosa. Hizo lo bueno y recto ante los ojos de Dios: eliminó los altares extranjeros y los lugares altos, destrozó las piedras sagradas, derribó los postes de Asera, ordenó al pueblo de Judá buscar al SEÑOR —el Dios de sus antepasados— y obedecer su ley y sus mandamientos, e hizo quitar los lugares altos y las imágenes del sol de todas las ciudades de Judá (14:2-5). El rey Asa estaba tan comprometido a guiar al pueblo a buscar a Dios que juró que cualquiera que no buscara al SEÑOR, el Dios de Israel —fuera joven o anciano, hombre o mujer—, debía morir (15:13-14). Debido a que buscaron a Dios con todo su corazón y prestaron este juramento, Dios salió a su encuentro y les concedió paz por todas partes (15:15). En consecuencia, el reino de Judá gozó de paz delante de Dios (14:5). Puesto que Dios dio paz a Asa, la tierra permaneció tranquila y no hubo guerra durante muchos años (15:6). Así, la tierra disfrutó de paz durante diez años bajo el reinado del rey Asa (15:1). Si deseamos paz para nuestra nación, nuestra sociedad, nuestras iglesias y nuestras familias, debemos —al igual que el rey Asa y el pueblo de Israel— buscar a Dios con sinceridad. Debemos esforzarnos por eliminar los elementos pecaminosos de nuestras familias, iglesias, sociedad y nación. Los cristianos debemos arrepentirnos y volvernos a Dios. Oro para que tú y yo seamos personas que practiquen la justicia y la rectitud.

En quinto y último lugar, el conocimiento que adquieren los sabios —aquellos dispuestos a recibir instrucción— versa sobre el destino final de quienes se desvían del camino del entendimiento y de quienes aman el placer.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 21:16–17: «El hombre que se aparta del camino de la prudencia vendrá a descansar en compañía de los muertos. El que ama el placer se empobrecerá; quien ama el vino y el aceite nunca será rico». Si realmente comprendiéramos las consecuencias de nuestras decisiones, ¿qué clase de decisiones tomaríamos? Permítame ponerle un ejemplo. ¿Ha visto alguna vez esos anuncios de televisión que muestran las consecuencias reales del tabaquismo crónico, protagonizados por exfumadores, incluidos algunos con orificios en la garganta? Recuerdo haber visto esos anuncios y pensar en lo aterradores que resultaban. Incluso me preguntaba por qué emitían tales cosas en televisión, pero resulta que son eficaces. Los fumadores ven estos anuncios y se sienten motivados a abandonar el hábito. Según un estudio, en los tres meses posteriores a la emisión de dichos anuncios en marzo de 2012, aproximadamente 200.000 fumadores dejaron de fumar (fuente: Internet). No me había dado cuenta de que esos anuncios tuvieran tanto impacto. Al ver que 200.000 personas lo dejaron en tres meses, considero que realmente valen la pena. El pasaje de hoy, Proverbios 21:16–17, habla sobre el destino final de dos tipos de personas. El primer grupo está formado por aquellos que se han «apartado del camino de la prudencia» (versículo 16). Se trata de individuos que han dado la espalda intencionadamente al camino de la prudencia —es decir, al camino de la sabiduría— y se han alejado de él (Walvoord). El Dr. Park Yun-sun afirma que quienes «se desvían del camino del entendimiento» son «apóstatas que se han apartado de la verdad de Dios» (Park Yun-sun). Dado que han abandonado deliberadamente el camino de una vida piadosa, su destino final es habitar en la «asamblea de los muertos»; lo que significa, sencillamente, que su fin es la muerte. El segundo grupo está compuesto por aquellos que «aman el placer» (versículo 17). En resumen, se trata de personas que aman los placeres mundanos; No se limitan a disfrutar del placer, sino que están tan apegados a él que no pueden desprenderse de él (Park Yun-sun). En pocas palabras, las personas descritas aquí

como amantes del placer pueden considerarse adictas a los placeres mundanos. El resultado para tales personas es que nunca llegarán a ser ricas, sino que caerán en la pobreza. 2 Timoteo 3:4 habla de los «tiempos peligrosos» de los últimos días, señalando que la gente será «amante de los placeres más que de Dios», una descripción que encaja con la época que vivimos actualmente. En esta era en la que se ama el placer más que a Dios, el mensaje que todos debemos escuchar es que quienes aman el placer terminarán en la escasez. Proverbios 28:19 afirma: «El que labra su tierra tendrá abundancia de pan, pero el que sigue la frivolidad tendrá abundancia de pobreza». Cuando nos apartamos de la verdad de Dios, nos negamos a vivir una vida piadosa y, en cambio, perseguimos placeres mundanos y un estilo de vida disoluto, inevitablemente enfrentamos una gran escasez. Por lo tanto, la persona sabia que acepta la instrucción presta atención a la palabra de verdad de Dios y toma muy en cuenta la advertencia. Sin embargo, Proverbios 13:18 nos dice que el necio que rechaza la instrucción cae en la pobreza y la vergüenza. Oro para que todos lleguemos a ser personas sabias y abiertas a la instrucción.

Me gustaría concluir nuestra meditación sobre la Palabra. Debemos ser cristianos que reciban la Palabra de Dios con un corazón sincero, con celo y un espíritu dispuesto (Hechos 17:11). Debemos ser cristianos sabios que acepten diligentemente la instrucción y aumenten en conocimiento (Proverbios 21:11). Nunca debemos escuchar instrucciones que nos alejen de las palabras de conocimiento (Proverbios 19:27). Hoy hemos aprendido cinco ideas clave sobre el conocimiento que adquieren los sabios que aceptan la instrucción: primero, aprenden que la armonía es mejor que la contienda; segundo, aprenden que el corazón del impío anhela el mal; tercero, aprenden que la sabiduría se adquiere mediante la disciplina; cuarto, aprenden que hacer justicia trae alegría; y finalmente, la quinta idea es que el destino de quienes se desvían del camino del entendimiento y se asocian con los necios es la muerte y la pobreza. Oro para que este conocimiento abunde cada vez más en nuestras vidas de fe a medida que acogemos estas lecciones hoy.

La victoria pertenece al Señor.

[Proverbios 21:21-31]

Al recibir el mes de diciembre de 2013 y echar la vista atrás sobre el año transcurrido, me encontré meditando en 1 Tesalonicenses 2:1 durante un servicio de oración matutino: «Hermanos y hermanas, saben que nuestra visita a ustedes no fue en vano». Mientras meditaba en este versículo, llegué a mi propia conclusión sobre el año: «He desperdiciado este año» (o bien: «He fracasado»). En la Biblia coreana, el apóstol Pablo dice a los creyentes de Tesalónica que la visita que él y sus colaboradores hicieron a la iglesia no fue «en vano», mientras que las traducciones al inglés a menudo expresan esto como «no fue un fracaso». Sin embargo, al mirar atrás y reflexionar sobre cómo no había logrado triunfar en las batallas contra mí mismo, el pecado, el mundo y Satanás —sufriendo en cambio innumerables derrotas—, me vi impulsado a confesar: «He fracasado este año». El reflexionar sobre por qué había sufrido tal derrota en esta guerra espiritual me llevó a meditar en el pasaje de hoy: Proverbios 21:31.

El pasaje de hoy, Proverbios 21:31, dice: «El caballo se prepara para el día de la batalla, pero la victoria pertenece al Señor». Centrándome en este versículo y en el título «La victoria pertenece al Señor», deseo reflexionar sobre la naturaleza de la guerra espiritual que los cristianos debemos librar y sobre lo que el Señor nos pide para alcanzar la victoria en esa batalla, recibiendo así las lecciones que Él nos ofrece.

En primer lugar, quisiera considerar la naturaleza de la guerra espiritual que los cristianos debemos librar —o, dicho de otro modo, aquello contra lo que estamos llamados a luchar— examinando cuatro aspectos clave. Primero, debemos luchar contra el orgullo.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 21:24: «El hombre orgulloso y arrogante —llamado "escarnecedor"— actúa con orgullo excesivo». ¿Pueden imaginar, hermanos y hermanas, a discípulos de Jesús que dicen creer en Él actuando con «orgullo excesivo» mientras realizan la obra del Señor? La Biblia identifica a tal persona en Proverbios 21:24 como un «escarnecedor» (o burlador): alguien que es «orgulloso y arrogante». Este individuo soberbio y altivo es el mismo «escarnecedor» sobre el que meditamos en Proverbios 21:11; no solo «aborrece ser reprendido» (15:12), sino que también es «de dura cerviz» incluso después de haber sido reprendido repetidamente (29:1). Por eso la Biblia nos instruye a no reprender a una persona tan soberbia; la razón es que odiará a quien la reprenda (9:8). Tales burladores soberbios detestan la corrección y, en consecuencia, continúan actuando con un orgullo desmedido.

Si albergamos orgullo en nuestros corazones y persistimos en hacer la obra del Señor con esa arrogancia desbordante, el mayor pecado que cometemos es oscurecer —o incluso robar— la gloria de Dios. Piénselo bien: si realmente estamos realizando la obra del Señor mientras nuestros corazones están llenos de un orgullo excesivo, ¿nos jactaremos del Señor o nos jactaremos de nosotros mismos? Con los labios, por supuesto, podríamos afirmar que nos jactamos del Señor y le damos gloria. Sin embargo, en nuestro corazón nos estaremos jactando de nosotros mismos, promoviéndonos y ansiando la alabanza, el reconocimiento y el respeto de los demás. Así, corremos un gran riesgo de llegar a ser como Saúl, el primer rey de Israel en el Antiguo Testamento. Tras ganar una batalla, erigió un monumento en su propio honor (1 Samuel 15:12); además, cuando desobedeció la palabra de Dios, en lugar de arrepentirse de su pecado, pidió al profeta Samuel que lo honrara ante los ancianos de su pueblo y ante todo Israel (versículo 30). Si nuestros corazones están llenos de orgullo como el de Saúl, entonces, después de hacer la obra del Señor, no confesaremos: «Soy un

siervo indigno». En cambio, erigiremos un monumento en nuestros corazones y ansiaremos ser exaltados por nuestros hermanos de la iglesia. ¿Conoce las características de una persona grosera, arrogante y necia —alguien que persiste en hacer la obra del Señor con un orgullo desbordante? Tal persona cree que es superior a los demás (Walvoord). En otras palabras, la persona grosera, arrogante y necia alberga un sentimiento de superioridad. Si el orgullo habita en nuestros corazones, nos compararemos con otros hermanos y hermanas, pensando: "Al menos soy mejor que esa persona". Y yendo un paso más allá, si albergamos orgullo, podríamos incluso orar como el fariseo que subió al templo: "Dios, te doy gracias porque no soy como esa persona" (Lucas 18:10-11). ¿Puede imaginarlo? ¿Cómo sería la comunidad de una iglesia si alguien albergara un sentimiento de superioridad espiritual —pensando: "Soy relativamente mejor que esa persona"—, viendo a sus hermanos en la fe como inferiores e incluso criticándolos y condenándolos en su corazón? Además, una persona grosera y arrogante que actúa movida por un orgullo desmedido nunca está satisfecha a menos que sea el centro de atención. A tal persona le desagrada recibir instrucción o reprensión (Proverbios 13:1) y, de hecho, desprecia la palabra de Dios (versículo 13). Asimismo, la persona arrogante actúa como si fuera superior (12:9) y aparenta ser rica (13:7). ¿Qué sucede cuando una persona así está dentro de la iglesia?

Proverbios 22:10 afirma: "Echa fuera al burlador, y cesará la contienda; terminarán los pleitos y los insultos". Esto significa que si apartamos de la iglesia a la persona arrogante —aquella que alberga un sentimiento de superioridad espiritual—, cesarán las contiendas, las peleas y los insultos dentro de la congregación. ¿No está de acuerdo en que esto es cierto? ¿Por qué surgen contiendas, peleas e insultos en la iglesia? A causa del orgullo. Las contiendas, las peleas y los insultos surgen debido a un sentimiento de superioridad espiritual: la creencia de que uno es mejor que los demás. Por lo tanto, debemos cuidarnos de que surja la superioridad espiritual en nuestros corazones. Debemos luchar contra el orgullo para evitar que eche raíces en nosotros. Y en esta lucha, debemos usar la Palabra de Dios. Un pasaje clave es Filipenses 2:3: "No hagan nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad consideren a los demás como superiores a ustedes mismos". Cuando

usamos este versículo para combatir el orgullo, debemos hacernos repetidamente dos preguntas: (1) ¿Estoy haciendo la obra del Señor por contienda o por vanidad? ¿Acaso afirmo con mis labios que esta es una visión dada por el Señor, mientras en mi corazón busco satisfacer mis propias ambiciones? Es más, ¿digo que trabajo para la gloria del Señor mientras, en realidad, persigo mi propia gloria en mi corazón? (2) ¿Realizo la obra del Señor con un corazón humilde? ¿Valoro verdaderamente a los demás por encima de mí mismo? O bien, aunque afirmemos con nuestros labios que consideramos a los demás superiores a nosotros, ¿acaso —en nuestros corazones— consideramos a esos hermanos y hermanas como inferiores? Hermanos y hermanas, debemos luchar contra el orgullo. Dios aborrece a los soberbios de corazón (Proverbios 16:5). Debemos tener esto presente: la consecuencia del orgullo es la ruina y la destrucción (versículos 18; 18:12).

En segundo lugar, debemos luchar contra la pereza.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 21:25: «El deseo del perezoso lo mata, porque sus manos se niegan a trabajar». Al meditar en el libro de Proverbios, hemos examinado la naturaleza de la pereza desde diversos ángulos. Para resumir esas ideas: (1) El perezoso desea riquezas solo en su corazón (13:4). (2) El perezoso codicia ganancias mal habidas (12:12). (3) El perezoso despoja a otros de lo que les pertenece, empleando cualquier medio injusto necesario (versículo 12). (4) El perezoso persigue cosas vanas, inútiles y disolutas (13:11). (5) El perezoso es un gran derrochador (18:9). (6) En consecuencia, la Biblia afirma que el perezoso llegará a la pobreza (10:4). En el pasaje de hoy, Proverbios 21:25, la Biblia dice que «el deseo del perezoso lo mata». En otras palabras, el anhelo ferviente del propio perezoso provoca su muerte (Park Yun-sun). ¿Cuál es, entonces, ese anhelo ferviente del perezoso? ¿Acaso no es simplemente vivir una vida de ocio y comodidad? Al examinar la segunda parte de Proverbios 21:25, el texto de hoy, vemos que el perezoso «se niega a trabajar con sus manos». Sin embargo, un problema aún mayor es que, a pesar de su deseo desesperado de llevar una vida de ocio, el perezoso no hace más que codiciar durante todo el día (v. 26). En otras palabras, aunque no está dispuesto a trabajar con sus propias manos,

en su interior anhela la riqueza (13:4) y codicia las ganancias mal habidas (12:12). ¿No es absurdo? ¿No resulta ridículo negarse a trabajar con las manos mientras se pasa el día entero consumido por deseos codiciosos? Qué absurdo es perder el tiempo en la ociosidad sin trabajar, mientras se anhelan riquezas y se codician ganancias deshonestas. El Dr. Park Yun-sun observó: «El diablo se instala en el corazón del perezoso. La gula y la lujuria actúan con mayor fuerza en el corazón del perezoso. Esto se debe a que él centra su mente y su energía únicamente en el placer, en lugar de dedicarlas al trabajo» (Park Yun-sun). ¿Cree usted que la codicia y la lujuria actúan con mayor intensidad en el corazón del perezoso? Como hemos meditado anteriormente, el perezoso puede ser negligente con sus manos, pero es diligente en el uso de su mente; es decir, el siervo malvado y perezoso está lleno de planes astutos (15:19). No obstante, no tiene intención de esforzarse ni de sudar en un trabajo honrado. Además, el perezoso se centra exclusivamente en el placer, negándose a dedicar su mente y su energía al trabajo. ¿Cuál es el resultado? La Biblia nos dice que este camino conduce a su propia destrucción (21:25).

Amigos, ¿cómo debemos luchar contra la pereza?

(1) Para luchar contra la pereza, primero debemos combatir la codicia que hay en nuestros corazones.

La razón es que la causa raíz de la pereza no es simplemente la falta de trabajo manual, sino la codicia que reside en el corazón. Entonces, ¿cómo podemos luchar contra esta codicia y vencerla? Para lograrlo, debemos aprender el secreto de la satisfacción, tal como lo hizo el apóstol Pablo (Filipenses 4:11-12). Debemos saber vivir tanto en tiempos de necesidad como en tiempos de abundancia. Además, debemos aprender a vivir satisfechos solo con Jesús. Cuando hacemos esto, podemos luchar contra las tentaciones de la codicia que se infiltran en nuestros corazones y vencerlas. Asimismo, para triunfar sobre la codicia, debemos vivir una vida de generosidad, como la persona justa descrita en la segunda parte de Proverbios 21:26, que "da sin retener nada". Cuando vivimos dando a nuestro prójimo con

un corazón alegre y con amor, seremos capaces de luchar contra la codicia que llevamos dentro y vencerla.

(2) Para luchar contra la pereza, debemos tomar muy en cuenta las palabras de 2 Tesalonicenses 3:10.

Observemos 2 Tesalonicenses 3:10: "Porque aun cuando estábamos con ustedes, les dimos esta norma: 'Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma'". El principio que debemos tener presente es que, si alguien se niega a trabajar, no debe comer. Sin embargo, en la realidad, cuando vemos a nuestros hijos en casa perdiendo el tiempo y viviendo en la pereza porque no quieren trabajar, ¿acaso les impedimos comer? En la iglesia de Tesalónica, durante la época del apóstol Pablo, había personas que "vivían en la ociosidad: no se ocupaban de sus propios asuntos, sino que se entrometían en los ajenos" (versículo 11). A tales personas, Pablo les ordenó y exhortó: "trabajen tranquilamente y coman su propio pan" (v. 12).

(3) Para luchar contra la pereza, debemos acudir a la hormiga, observar sus caminos y adquirir sabiduría (Prov. 6:6).

Las hormigas trabajan voluntariamente, con diligencia y en cooperación, incluso sin tener un capataz (v. 7). Son consideradas unas con otras, se ayudan mutuamente y se reparten las tareas especializadas según su tamaño. Además, incluso durante el calor abrasador de la temporada de cosecha —el verano—, preparan provisiones para el frío invierno. Por tanto, debemos acudir a la hormiga y aprender a prepararnos con antelación para el futuro (v. 8).

En tercer lugar, debemos luchar contra el mal.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 21:27: «El sacrificio de los impíos es abominación; ¡cuánto más cuando se ofrece con mala intención!». Al ver las noticias sobre la reciente purga de Jang Song-thaek en Corea del Norte, me encontré con una nueva expresión

idiomática de cuatro caracteres. Le presté mucha atención porque se decía que capturaba la esencia de su purga en una sola frase. Esa expresión es *yangbong-eumwi* (陽奉陰違). Se define como «fingir obediencia externamente mientras se alberga traición internamente» (Internet). En cierto sentido, la persona malvada descrita en Proverbios 21:27 es alguien que habitualmente practica esa obediencia fingida. Es alguien que ofrece un sacrificio a Dios mientras alberga en su corazón el mismo mal que Dios aborrece. En otras palabras, la persona malvada que practica el *yangbong-eumwi* ofrece sacrificios a Dios externamente, pero alberga maldad en su interior. Respecto a tal persona, el Dr. Park Yun-sun afirmó: «Es un acto de rebelión contra Dios en el corazón mientras se finge obedecerle externamente; es una forma de adulación» (Park Yun-sun). La Biblia declara que un sacrificio ofrecido a Dios por una persona malvada —caracterizado por tal adulación y por la discrepancia entre la apariencia externa y la intención interna— es detestable a los ojos de Dios (Proverbios 21:27). ¿Cuánto más detestable debe ser, entonces, un sacrificio cuando se ofrece con intención maliciosa? Un sacrificio realizado por una persona malvada como medio calculado para lograr sus propios fines malvados es totalmente detestable para Dios (Park Yun-sun).

El pueblo de Israel, en tiempos del profeta Isaías, actuó precisamente de esta manera. Ofrecían innumerables sacrificios a Dios mientras dejaban de practicar la justicia y la rectitud (Isaías 1:11). Con respecto a tales sacrificios, Dios declaró: «¿De qué me sirve la multitud de sus sacrificios?» (v. 11); «No me complazco en ellos» (v. 11); «Solo pisotean mis atrios» (v. 12); «No traigan más sacrificios vanos» (v. 13); «Son una abominación para mí» (v. 13); «No puedo soportarlos» (v. 13); «Mi alma los aborrece... son una carga para mí; estoy cansado de soportarlos» (v. 14). El pueblo de Israel cometió pecados detestables similares también durante la época del profeta Jeremías. Consideraban la palabra de Dios, pronunciada a través del profeta Jeremías, como un insulto y no hallaban deleite en ella (Jeremías 6:10). Aunque la palabra de Dios claramente no era un insulto, el pueblo de Israel la percibía como tal. La razón era que sus oídos estaban incircuncisos; los oídos de sus corazones amaban este mundo y aborrecían la palabra de Dios (Park Yun-sun). En

consecuencia, se negaron a prestar atención a las palabras de instrucción pronunciadas por el siervo de Dios (v. 17). Además, no hicieron caso a la Palabra de Dios que se les proclamaba diligentemente desde temprano en la mañana (7:13). Ni siquiera respondieron cuando Dios los llamó (v. 13). En cambio, el pueblo de Israel escuchó a falsos profetas. Aunque no había paz, escuchaban con avidez y se deleitaban en los clamores de «Paz, paz» de los falsos profetas (v. 14); profetas impulsados por la codicia y que practicaban el engaño (6:13). El pueblo de Israel confiaba en mentiras inútiles (7:8) y seguía a dioses falsos (v. 9). Se negaron a escuchar la Palabra de Dios (6:19) y no obedecieron su voz (7:28). Dios les ordenó claramente: «Pregunten por el buen camino y anden en él» (6:16); sin embargo, el pueblo de Israel respondió: «No andaremos en él» (v. 16). Cometían actos detestables a los ojos de Dios (v. 15), pero no sentían vergüenza ni siquiera se sonrojaban (v. 15). Aun así, entraban en la casa de Dios (el Templo) para adorar (7:2), se presentaban ante Él y declaraban: «Estamos a salvo» (v. 10). En otras palabras, tras cometer numerosos pecados, el pueblo de Israel cumplía con algunos rituales y luego asumía —hallando consuelo en ese pensamiento— que Dios los había perdonado (Park Yun-sun). Después, salían al mundo y volvían a cometer todos aquellos actos detestables (v. 10). En última instancia, entraban en el Templo de Dios y realizaban rituales religiosos hipócritas para poder regresar al mundo y seguir haciendo cosas detestables a los ojos de Dios. ¡Qué proceder tan malvado; uno que provoca gran ira en Dios (v. 19)! Sin embargo, el pueblo de Israel no sentía vergüenza por sus acciones (6:15). Ofrecían sacrificios a Dios mientras albergaban en sus corazones la misma maldad que Él detesta. Presentaban ofrendas con una duplicidad que Dios aborrece: actuando de una manera externamente mientras albergaban algo distinto en su interior. Ofrecían sacrificios como un medio calculado para llevar a cabo sus propios planes malvados.

Amados, no debemos ofrecer a Dios el tipo de sacrificios que ofrecían los israelitas: ofrendas detestables a sus ojos. No debemos presentarnos ante el Señor para adorar cada domingo mientras albergamos pecado en nuestros corazones, tratando la adoración simplemente como una forma de hallar consuelo por los pecados cometidos durante la

semana. Por el contrario, debemos acercarnos a Dios con un corazón puro, honesto y sincero, adorándole humildemente mediante la fe en Jesucristo. Al igual que el salmista, debemos adorar a Dios con un corazón dispuesto a la oración, diciendo: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí» (Salmo 51:10).

En cuarto lugar, debemos luchar contra la falsedad.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 21:28: «El testigo falso perecerá, pero el testimonio del que escucha permanecerá». Como aprendimos al meditar en Proverbios 6:19, la «lengua mentirosa» es uno de los siete pecados que Dios odia y detesta. Dios aborrece los labios mentirosos de un testigo falso: aquel que pronuncia mentiras sin vacilar para perjudicar a otro (12:22). Tal testigo falso abre una boca llena de perversidad (6:12). En otras palabras, profiere falsedades y engaños con su boca retorcida (12:17). Distorsiona intencionadamente incluso la verdad, vomitando mentiras por sus labios (cf. 19:28). Especialmente en los negocios, quien habla con falsedad y engaño mediante una boca retorcida acumula riquezas a través de palabras engañosas (21:6). Por tanto, aunque al principio parezca prosperar al amasar grandes riquezas, se trata simplemente de «una búsqueda de la muerte y un vapor fugaz» (v. 6). Además, la lengua mentirosa en las relaciones humanas suele tener su raíz en el «odio». Consideremos Proverbios 26:28: «La lengua mentirosa odia a aquellos a quienes ha herido, y la boca lisonjera obra la ruina». ¿Qué significa esto? Significa que el mentiroso odia a la misma persona a la que ha dañado con su lengua engañosa. Como alberga odio hacia esa persona, busca infligirle dolor y daño, llegando incluso a recurrir a la mentira para lograrlo. El Dr. Park Yun-sun observó: «Fabricar mentiras y dar falso testimonio es el "oficio" del testigo falso. Al igual que alguien cuya conciencia ha sido cauterizada (1 Tim. 4:2), no siente remordimiento alguno por sus falsedades; de hecho, encuentra placer en mentir» (Park Yun-sun). Deberíamos sentir un remordimiento de conciencia cuando mentimos; jamás debemos hallar placer en decir mentiras. Asimismo, debemos tener presente que el testigo falso enfrentará la ruina (Prov.

21:28). Observemos Proverbios 19:5: «El testigo falso no quedará sin castigo, y quien dice mentiras no escapará» (cf. v. 9).

Debemos ser personas que escuchan la verdad. La última parte de Proverbios 21:28 dice: «Las palabras de quien escucha con atención tienen poder». ¿Qué significa esto? Significa que la persona que escucha atentamente a los demás, pero acepta únicamente la verdad —respaldada por pruebas sólidas—, posee verdadera fortaleza (Park Yun-sun). En primer lugar, debemos comprometernos a escuchar atentamente la palabra de verdad de Dios. Lo hacemos porque, al escuchar con atención, obtenemos fortaleza a través de esa palabra. Además, escuchar atentamente nos permite permanecer firmes en la verdad y discernir la falsedad. Al hacerlo, tal como lo hizo Jesús, podemos usar la Palabra escrita de Dios para luchar y vencer las tentaciones de Satanás, el padre de la mentira. También debemos ser testigos verdaderos y fieles (Proverbios 14:25). Estamos llamados a ser testigos fieles del Señor que dicen la verdad en lugar de mentiras (Proverbios 12:17, 14:5). Observemos Proverbios 12:19: «Los labios veraces permanecen para siempre, pero la lengua mentirosa dura solo un instante». Como personas salvas por la fe en Jesucristo —nuestra fuente de verdadera sabiduría—, debemos crecer en el conocimiento de Él. A medida que lo hacemos, nos convertiremos en santos cada vez más sabios. Cuanto más sabios seamos, más temeremos a Dios y obedeceremos sus mandamientos. Y al obedecer sus mandamientos, viviremos vidas que encarnan la Palabra, revelando así la sabiduría de Dios —Jesucristo— a este mundo vano. Una persona verdaderamente sabia es un testigo verdadero, y un testigo verdadero da testimonio de Jesucristo. Al proclamar el Evangelio de Jesucristo, tal testigo guía a muchas personas de regreso a Él. Oro para que tú y yo lleguemos a ser personas de tal sabiduría verdadera.

Finalmente, para asegurar que nosotros, los cristianos, triunfemos en la batalla espiritual, quisiera considerar tres cosas que el Señor nos manda hacer.

En primer lugar, el Señor nos manda practicar la justicia y la misericordia.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 21:21: «El que sigue la justicia y la misericordia halla vida, justicia y honra». Aquí, la «justicia» se refiere a actuar rectamente ante Dios y ante las personas, mientras que la «misericordia» se refiere a amar a los demás (Park Yun-sun). El Señor nos manda actuar rectamente ante Dios y los hombres, y amar a nuestro prójimo. Una forma de demostrar este amor al prójimo —mientras actuamos rectamente ante Dios y los hombres— es dar generosamente y sin reservas, tal como se describe en la segunda parte de Proverbios 21:26. Por el contrario, el hecho de no actuar rectamente ante Dios y los hombres se manifiesta al codiciar lo que pertenece al prójimo (versículo 26). El corazón del impío —que sigue caminos insensatos (12:11)— alberga tal codicia (versículo 12), llevándolo a codiciar durante todo el día (21:26). Para vencer este viejo instinto pecaminoso, debemos obedecer el mandato del Señor: debemos actuar rectamente ante Dios y los hombres, y amar a nuestro prójimo. Debemos esforzarnos por vivir una vida que no solo ame al prójimo, sino que también le dé generosamente.

Amados, Jesús actuó rectamente ante Dios y los hombres —conforme a la voluntad del Padre— y amó a su prójimo. Su amor por el prójimo fue tan profundo que entregó su propia vida en la cruz por nosotros, sin reservas. La Biblia nos dice que Dios otorga «vida, justicia y honra» a aquellos de nosotros que creemos en este Jesús (21:21). En otras palabras, Dios nos concede la vida eterna, así como su justicia y su gloria.

En segundo lugar, el Señor nos manda actuar con sabiduría.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 21:22: «El sabio escala la ciudad de los fuertes y derriba la fortaleza en la que confiaban». En su opinión, ¿qué es mejor en la guerra: la sabiduría o la fuerza? Miremos la primera parte de Eclesiastés 9:16: «Entonces dije: "Mejor es la sabiduría que la fuerza..."»; y veamos Eclesiastés 7:19: «La sabiduría hace a una persona sabia más poderosa que diez gobernantes de una ciudad». La Biblia afirma claramente que la sabiduría es superior a la fuerza. También declara que la sabiduría otorga

al sabio más poder que a diez gobernantes. En el pasaje de hoy, Proverbios 21:22, el rey Salomón —autor de Proverbios— afirma que la persona sabia utiliza la sabiduría para librar la guerra y derribar las fortificaciones de una ciudad poderosa en la que confían los guerreros enemigos. ¿Qué significa esto? Significa que el secreto de la victoria en la guerra reside en la sabiduría más que en la fuerza (Park Yun-sun). Al meditar en este versículo, recordé a una mujer sabia mencionada en el capítulo 20 de 2 Samuel. Observemos 2 Samuel 20:16: «Entonces una mujer sabia gritó desde la ciudad: "¡Escuchen! ¡Escuchen! Por favor, digan a Joab: 'Ven aquí, pues quiero hablar contigo'"». El contexto de este pasaje se refiere al momento en que el general Joab llegó a la ciudad de Abel-bet-maaca (v. 14) para atacar a Seba —hijo de Bicri, de la región montañosa de Efraín—, quien se había rebelado contra el rey David (v. 21). Cuando Joab y sus tropas se preparaban para derribar los muros de la ciudad (v. 15), una mujer sabia de la ciudad cortó la cabeza de Seba y la arrojó por encima del muro hacia Joab (vv. 21-22), salvando así a la ciudad de las manos de Joab. Gracias a las acciones sabias de esta mujer, se evitó la destrucción de la ciudad.

Amados, necesitamos sabiduría para triunfar en la guerra espiritual. Las batallas espirituales no se ganan con fuerza bruta, sino mediante la sabiduría que Dios provee. Consideremos Mateo 10:16: «He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas». El Señor nos ha enviado a este mundo, un mundo lleno de falsos profetas que exteriormente parecen ovejas, pero que interiormente son lobos rapaces (7:15). Por eso Jesús describe nuestra misión en este mundo como el envío de ovejas en medio de lobos (10:16). En consecuencia, el Señor nos manda ser prudentes como serpientes e inocentes como palomas. Para ganar la batalla espiritual, debemos ser verdaderamente prudentes como serpientes, tal como el Señor nos instruye. ¿Qué significa, entonces, ser «prudente como una serpiente»? Me gustaría compartir dos interpretaciones interesantes:

(1) Primera interpretación:

«La idea misma de una "serpiente" conlleva una connotación muy negativa para nosotros; nos resulta desagradable y, en Génesis 3:1, la serpiente aparece como una criatura astuta. Sin embargo, la serpiente no es solo astuta; también es un símbolo de sabiduría. De hecho, los egipcios utilizaban la serpiente como símbolo de sabiduría en su sistema de escritura. Cuando el Señor habló de la "sabiduría de la serpiente", se refería principalmente a la capacidad de este animal para afrontar con cautela los peligros que se aproximan y así escapar de ellos. Se dice que, entre los animales, la serpiente es la mejor a la hora de identificar amenazas inminentes y eludirlas con rapidez y destreza. Posee la capacidad de prever y evitar dificultades. Así, el Señor les decía a sus discípulos que, al proclamar el Evangelio en el mundo, necesitan sabiduría, discernimiento y vigilancia frente a las amenazas y la intimidación de quienes se oponen al Evangelio de Cristo y buscan acabar con sus vidas. Les instruye a tener la sabiduría necesaria para anticipar posibles daños y evitar ser víctimas de aquellos que desean perjudicar el Reino de Dios, a su pueblo y a la iglesia. [...] Además, la sabiduría de la serpiente implica un discernimiento prudente: la capacidad de distinguir la verdadera naturaleza de las cosas y emitir juicios acertados. [...] Una sabiduría como la de la serpiente significa anticiparse a lo que pueda suceder para no atraer problemas, al tiempo que se actúa con sabiduría para seguir el propio camino y cumplir eficazmente con los deberes» (Internet).

(2) Segunda interpretación:

Cuando Jesús envió a sus discípulos a diversas ciudades, les dijo que fueran "prudentes como serpientes...". En el contexto simbólico de la cultura judía, esto significaba esencialmente "hablar con sabiduría". Para la mentalidad judía, la serpiente se asociaba con la sabiduría, una conexión atribuida a su lengua bífida. Mientras que otros animales poseen una sola lengua, la serpiente tiene dos. Los antiguos consideraban la lengua como el órgano del habla; por tanto, razonaban que tener dos lenguas —en lugar de una— permitiría hablar con mayor destreza. En consecuencia, la elocuencia se convirtió en sinónimo de sabiduría. Esto contrasta con los fariseos y escribas, quienes citaban la Torá y

hablaban con elocuencia, pero cuyas palabras eran como un veneno mortal; los discípulos, en cambio, fueron llamados a proclamar palabras que imparten vida. No debían ser como serpientes cuyas lenguas destilaban un veneno letal, sino más bien como serpientes que —mediante un hablar sabio— llevan vida a los demás. Ese mensaje vivificador era el Evangelio, que da testimonio de Jesucristo (Fuente: Internet).

Si bien ambas interpretaciones tienen mérito, la segunda me parece más convincente. Lo más importante es que, como cristianos que proclamamos el Evangelio y vivimos vidas dignas de él, debemos hablar y actuar con sabiduría. Debemos triunfar en la guerra espiritual mediante la sabiduría de Dios. Puesto que la victoria pertenece al Señor, oro para que todos alcancemos esa victoria confiando en la sabiduría que Él nos otorga.

En tercer lugar, el Señor nos manda cuidar nuestras palabras. Observemos el texto de hoy, Proverbios 21:23: "El que guarda su boca y su lengua, guarda su alma de angustias". El rey Salomón, autor de Proverbios, ya había dicho algo similar en Proverbios 13:3: "El que guarda su boca preserva su vida, pero el que abre mucho los labios tendrá destrucción". Como cristianos, debemos cuidar nuestra boca y abstenernos de decir mentiras; específicamente, debemos evitar convertir la mentira en un hábito. La razón es que, si nuestros labios son engañosos y mentimos habitualmente, enfrentaremos vergüenza y deshonra a causa de esos labios engañosos (versículo 5). Además, nuestro camino en la vida se volverá inevitablemente escabroso y difícil. En última instancia, enfrentaremos la destrucción (versículo 3). Anteriormente consideramos dos interpretaciones de la enseñanza del Señor de que debemos ser «prudentes como serpientes»; respecto a la segunda interpretación, quisiera añadir uno o dos puntos más relacionados con nuestros labios.

(1) El primer punto adicional proviene de la primera parte de Génesis 3:1: «Pero la serpiente era más astuta que cualquiera de los animales del campo que el Señor Dios había hecho…».

La palabra hebrea para «astuta» (*arub*) utilizada aquí es la misma que se emplea para describir la habilidad con la que David se escondía mientras Saúl lo perseguía. Observemos 1 Samuel 23:22: «Alguien me dijo que él actúa con gran astucia (*arub*); así que vayan e investiguen más de cerca para averiguar dónde se esconde y quién lo ha visto allí». Por tanto, esta palabra denota sabiduría —ya sea en acciones, palabras o pensamientos— y se aplicó a la serpiente que persuadió a Eva. En última instancia, la imagen de la serpiente quedó establecida como la de una criatura que atrae y engaña a otros mediante el habla. Esta serpiente reaparece en el libro de Apocalipsis, donde se la describe como aquella que «engaña al mundo entero». Observemos Apocalipsis 12:9: «Fue arrojado el gran dragón, aquella serpiente antigua llamada diablo o Satanás, que engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra, y sus ángeles con él». Así pues, según la perspectiva judía, la serpiente era el más sabio y elocuente de todos los animales salvajes que Dios había creado.

(2) Un segundo punto aclaratorio proviene de Mateo 3:7 y 23:33: «Juan vio que muchos de los fariseos y saduceos acudían al lugar donde él bautizaba y les dijo: "¡Generación de víboras! ¿Quién les advirtió que huyeran de la ira venidera? Produzcan frutos dignos de arrepentimiento"» (v. 7); «¡Serpientes! ¡Generación de víboras! ¿Cómo escaparán de la condenación del infierno?» (v. 33).

Juan el Bautista y Jesús se dirigieron a los fariseos y escribas llamándolos «generación de víboras» o «serpientes y generación de víboras»; esta expresión resume la naturaleza fundamental de los fariseos y escribas. Los escribas y fariseos eran personas que enseñaban la Ley e interpretaban la Torá; todos ellos poseían una gran elocuencia. Sin embargo, desde la perspectiva de Jesús o de Juan el Bautista, sus palabras no preservaban la vida conforme a la verdadera ley; más bien, conducían a la gente a la ruina, a la destrucción y a la muerte. Aunque parecían sabios gracias a su elocuencia, eran como serpientes cargadas de un veneno mortal. Su discurso reflejaba las palabras astutas de la serpiente en el Jardín del Edén —que engañó a Eva y finalmente la llevó a la muerte—, lo que

implicaba que los fariseos y escribas, con su discurso persuasivo, no eran diferentes de aquella serpiente.

Comparto estas explicaciones adicionales para extraer una enseñanza del texto de hoy, Proverbios 21:23, que dice: «El que guarda su boca y su lengua, guarda su alma de angustias». Debemos aprender a no embaucar ni engañar a los demás con nuestras palabras como lo hizo la serpiente en Génesis 3; tampoco debemos —al igual que los fariseos y escribas mencionados en Mateo 3:7 y 23:33— hablar con elocuencia mientras albergamos un veneno mortal en nuestras palabras.

Consideremos Proverbios 12:13: «El impío es enredado por la transgresión de sus labios, pero el justo sale de la tribulación». La Biblia nos dice que los impíos quedan atrapados por los errores de su propio hablar. Nuestros labios no deben ser de aquellos que nos conducen a tal trampa. Además, como advierte Proverbios 14:3, no debemos actuar como el «necio» que, por orgullo, «provoca azotes con su boca». Por el contrario, los labios de los cristianos deben hablar la verdad y proclamar fielmente el Evangelio de Jesucristo, el cual lleva vida a los demás. Quisiera concluir esta reflexión. Como mencioné brevemente en la introducción, al mirar atrás y recordar el año 2013, sentía que había fracasado. Sin embargo, mientras meditaba en 1 Tesalonicenses 2:1 durante un culto de oración matutino, hallé consuelo en Dios en medio de aquellos pensamientos. Me reconfortó comprender que, aunque había desperdiciado el año en el fracaso, mi Dios —fiel a su pacto, veraz y leal— había hecho surgir el éxito precisamente a través de mis fracasos. No pude evitar sentir gratitud por la gracia de Dios, reconociendo que, a pesar de mis repetidas derrotas en las batallas contra el yo, el pecado, el mundo y Satanás —y los pecados resultantes que oscurecían la gloria de Dios—, Él cumplió fielmente su voluntad perfecta, agradable y buena. A través del pasaje de hoy en Proverbios 21:21-31, aprendí sobre cuatro batallas espirituales que yo —y todos los cristianos— debemos librar, así como sobre tres mandatos que el Señor nos ha dado para asegurar la victoria en estas luchas. Debemos combatir el orgullo, la pereza, la maldad y la falsedad. Al hacerlo, el Señor nos instruye a practicar la justicia y la misericordia, a actuar

con sabiduría y a cuidar nuestras palabras. Oro para que todos participemos en esta guerra espiritual abrazando estas enseñanzas y confiando en la verdad de que la victoria pertenece al Señor, disfrutando así de la gracia de Aquel que nos concede el triunfo.

Los sabios y prósperos

[Proverbios 22:1–16]

Para recibir el año nuevo, he estado leyendo y meditando en el libro del Génesis durante nuestras reuniones de oración matutinas. En particular, al reflexionar sobre las vidas de Abraham, Isaac y Jacob, y las bendiciones que Dios derramó sobre ellos, me siento impulsado a confesar que nuestro Dios se deleita en bendecir a su pueblo; Él es un Dios fiel al pacto que cumple invariablemente las promesas que ha hecho. Vemos que, aunque Abraham, Isaac y Jacob fueron imperfectos y a veces infieles ante Él, Dios permaneció fiel al cumplir su promesa de bendecirlos. El Dios del pacto le prometió a Abraham: «Haré de ti una nación grande, y te bendeciré; engrandeceré tu nombre» (Génesis 12:2), y fiel a su palabra, bendijo a Abraham en todo (24:1). Este mismo Dios de Abraham también pronunció palabras de bendición sobre el hijo de Abraham, Isaac: «...estaré contigo y te bendeciré. Porque a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras...» (26:3; cf. versículo 24). Finalmente, Dios bendijo a Isaac tan abundantemente que «se enriqueció, y su riqueza siguió creciendo hasta llegar a ser muy rico» (versículo 13). ¿Qué decir, entonces, de Jacob —nieto de Abraham e hijo de Isaac—? Él recibió la bendición de su padre Isaac (28:1, 4), trabajó durante veinte años en casa de su tío Labán y, al final, Dios hizo que prosperara grandemente (30:43). Por ello, oró a Dios diciendo: «No soy digno de toda la bondad y fidelidad que has mostrado a tu siervo, pues crucé este Jordán solo con mi bastón, y ahora me he convertido en dos campamentos» (32:10). Al meditar en cómo Dios cumplió fielmente sus promesas y bendijo a Abraham, Isaac y Jacob, recordé 2 Timoteo 2:13: «Si somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo» [(Versión coreana contemporánea) «Aunque nos falte fidelidad, el Señor es siempre fiel y no puede quebrantar

lo que ha prometido»]. Así, mientras leía y meditaba en las Escrituras sobre Abraham, Isaac y Jacob, reflexioné sobre la promesa que Dios le hizo a Jacob en Génesis 28:15: «Estoy contigo y te protegeré dondequiera que vayas, y te traeré de vuelta a esta tierra. No te abandonaré hasta haber cumplido lo que te he prometido» (Versión Coreana Contemporánea). Al recordar las promesas que el Señor me había hecho, reafirmé mi convicción y tuve la plena certeza de que el Dios fiel del pacto ciertamente las cumpliría. En consecuencia, canté a Dios el himno n.º 28, «Ven, fuente de toda bendición»: (Estrofa 1) «Ven, fuente de toda bendición, afina mi corazón para cantar tu gracia; arroyos de misericordia, que nunca cesan, piden cánticos de la más alta alabanza. Enséñame algún soneto melodioso, cantado por lenguas de fuego en lo alto; alaba el monte —en él estoy firme—, el monte de tu amor redentor». Amigos, Proverbios 10:22 nos dice: «La bendición del SEÑOR trae riqueza, sin el doloroso esfuerzo de conseguirla» [(Versión Coreana Contemporánea) «Es porque el SEÑOR da la bendición que una persona se vuelve rica; uno no se hace rico simplemente por esforzarse»]. Hoy, centrándome en el pasaje de Proverbios 22:1–16, quisiera reflexionar sobre la naturaleza de una «persona rica y sabia» a través de seis puntos y recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece.

En primer lugar, una persona rica y sabia toma la decisión correcta.

Observen Proverbios 22:1: «Más vale el buen nombre que las grandes riquezas; ser estimado es mejor que la plata o el oro». Esa decisión correcta implica elegir «un buen nombre por encima de las grandes riquezas» y «el favor por encima de la plata o el oro». ¿Han elegido ustedes grandes riquezas o han elegido un buen nombre? La palabra «honor» aquí se refiere a «un buen nombre», y al pensar en este término, recuerdo Eclesiastés 7:1: «Más vale el buen nombre que el buen perfume, y el día de la muerte mejor que el día del nacimiento». Hay una razón por la que leí el versículo completo de Eclesiastés 7:1, en lugar de solo la primera mitad. Esto se debe a que creo que existe una conexión entre un «buen nombre» y el «día de la muerte». Dicha conexión radica en el hecho de que, el día en que fallecemos, nuestro nombre será evaluado; será juzgado como bueno o malo. En otras palabras, cuando quienes

nos lloran piensen en nuestro nombre el día de nuestra partida, evaluarán nuestras vidas y emitirán un juicio sobre nuestra reputación. Que esa reputación sea buena o mala dependerá de cómo hayamos vivido —ante Dios y ante los demás— mientras estuvimos con vida. En el pasaje de hoy, Proverbios 22:1, el rey Salomón —autor de este libro— nos dice que debemos «escoger un buen nombre [honor] antes que grandes riquezas». Aquí, el término «honor» se refiere a una reputación honorable que surge de un carácter excelente (Walvoord). El rey Salomón declara que este honor es superior a la gran riqueza; por tanto, nos insta a dar prioridad al honor sobre las riquezas. ¿Creemos realmente que el honor es mejor que la gran riqueza, o seguimos pensando que la riqueza es preferible al honor? Consideremos este escenario: supongamos que creyéramos que la riqueza es superior y trabajáramos arduamente para amasar una fortuna, pero que, en el proceso, adquiriéramos entre quienes nos rodean la fama de tener un carácter deficiente; nuestros funerales difícilmente serían dignos o hermosos. Por el contrario, si priorizáramos el honor mientras trabajamos con diligencia y adquirimos riqueza de una manera que extienda gracia a los demás, ¿qué clase de reputación tendríamos ante los ojos de quienes nos rodean? Es por esto que el rey Salomón afirma en la segunda parte de Proverbios 22:1: «y el buen aprecio más que la plata y el oro». En otras palabras, estamos llamados a elegir el «buen aprecio» —es decir, la buena voluntad, la amabilidad y la gracia— por encima de la plata y el oro. Más concretamente, se nos anima a elegir ayudar a nuestro prójimo y mostrarle bondad antes que acumular riqueza material para nosotros mismos. Cuando Dios nos concede la sabiduría para tomar estas decisiones correctas y vivir en consecuencia, alcanzaremos el honor al final de nuestras vidas; es decir, dejaremos tras de nosotros una buena reputación entre las personas que nos rodean. Además, dado que la gloria de Dios se revela incluso a través de nuestra muerte, aquellos que acudan a presentar sus respetos también serán testigos de la belleza de Dios manifestada en nuestras vidas.

Tengamos esto presente: la gran riqueza no nos sirve de nada si carecemos de un buen nombre. De hecho, tal abundancia puede incluso arruinar nuestra reputación (Walvoord).

Por tanto, atendamos al consejo bíblico de elegir un buen nombre por encima de las grandes riquezas. Esta es la elección correcta para el rico sabio.

En segundo lugar, el rico sabio posee el verdadero conocimiento.

Ese verdadero conocimiento —tal como se afirma en el texto de hoy, Proverbios 22:2— es el hecho de que Dios creó tanto al pobre como al rico. Observemos el versículo 2: «El rico y el pobre tienen esto en común: el Señor es el Hacedor de todos ellos». Los ricos insensatos —que prefieren la gran riqueza a un buen nombre y al favor— no reconocen que Dios creó tanto al pobre como al rico; en su ignorancia, niegan la bondad al pobre y, en cambio, actúan con arrogancia hacia él. En su soberbia, se preocupan por exhibir su orgullo mientras ejercen autoridad sobre los pobres que Dios creó (versículo 7). Se jactan de sí mismos (2 Crónicas 25:19) y aman alardear de su propia gloria. Tratan al pobre con rudeza, hablando con arrogancia e insolencia (Salmo 31:18), e incluso se burlan de él (Salmo 119:51). Además, oprimen duramente al pobre (Salmo 10:2). Tales ricos insensatos no aman al pobre ni ayudan al necesitado (Ezequiel 16:49); por el contrario, los maltratan. Proverbios 14:31 afirma: «El que oprime al pobre menosprecia a su Hacedor, pero el que se apiada del necesitado honra a Dios».

La Biblia nos dice que el rico insensato que oprime al pobre menosprecia al Dios Creador que lo hizo. Por el contrario, quien muestra compasión hacia el necesitado honra al Señor. Es el rico sabio quien honra al Señor. A diferencia del rico insensato, el rico sabio reconoce que el Dios Creador hizo tanto al rico como al pobre. En consecuencia, obedeciendo el mandato de Jesús de amar al prójimo, muestra un interés especial por los pobres, les manifiesta compasión (Proverbios 19:17) y provee para sus necesidades (Proverbios 28:27). Esto nos recuerda Santiago 1:27: «La religión que Dios nuestro Padre acepta como pura y sin mancha es esta: cuidar a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones y mantenerse libre de la contaminación del mundo». La verdadera piedad —pura e intachable ante los ojos de Dios— implica cuidar a los huérfanos y a las viudas en sus momentos de necesidad. La

persona rica y sabia comprende esta verdad y obedece la Palabra; cuida a los huérfanos y a las viudas en su aflicción, y brinda ayuda y alivio a los necesitados y a los pobres. Proverbios 22:12, el pasaje que analizamos hoy, nos dice que Dios vela por una persona así. En otras palabras, Dios protege a quienes reconocen y actúan conforme a la verdad de que Él es el Creador tanto de los pobres como de los ricos.

En tercer lugar, la persona rica y sabia posee la actitud correcta.

Podemos identificar tres aspectos de esta actitud correcta en el texto de hoy:

(1) La actitud correcta de una persona rica y sabia es la humildad y el temor de Dios.

Observemos Proverbios 22:4, nuestro texto de hoy: «La recompensa de la humildad y del temor del Señor es riqueza, honra y vida». Como vemos, la persona rica y necia es arrogante (v. 10). En consecuencia, las contiendas, los conflictos y la deshonra nunca cesan para ella (v. 10). Sin embargo, la persona rica y sabia nunca es arrogante (v. 10). Por el contrario, es humilde y teme a Dios (v. 4). No obstante, al observar Proverbios 22:7, la Biblia afirma que los ricos dominan a los pobres. Aun así, la persona rica y sabia ejerce autoridad sobre los pobres con una actitud humilde. La razón es que teme a Dios (v. 4). Aunque gobierna sobre los pobres, la persona rica y sabia sabe que el Señor en los cielos creó tanto a los pobres como a los ricos (v. 2) y reconoce que el Señor es soberano tanto sobre ella misma como sobre los pobres; por tanto, gobierna a los pobres con humildad.

Este es precisamente el principio y la ética importantes respecto a la relación entre amos y siervos que se encuentran en los libros del Nuevo Testamento de Efesios y Colosenses. Observemos Efesios 6:9: «Amos, haced lo mismo con ellos. No los amenacéis, pues sabéis que aquel que es tanto su Amo como el vuestro está en los cielos, y para él no hay acepción de personas». Observemos Colosenses 4:1: «Amos, tratad a vuestros esclavos con justicia y equidad, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos». El principio clave

es que los amos también tienen un Amo en los cielos; el imperativo ético correspondiente es que los amos no deben amenazar a sus esclavos, sino tratarlos con justicia y equidad. Una persona rica y sabia revela la gloria de Dios al mantener y practicar estos principios bíblicos y normas éticas vitales.

¿Sabe cómo recompensa Dios a tales personas ricas, sabias, humildes y temerosas de Dios? La recompensa es «riqueza, honra y vida» (Proverbios 22:4).

(3) Otra actitud adecuada de la persona rica y sabia es la diligencia. Observemos Proverbios 22:13: «El perezoso dice: "¡Hay un león afuera! ¡Moriré en las calles!"». Esto ilustra la actitud errónea del rico insensato: una actitud de pereza. En resumen, el rico insensato se caracteriza por la pereza. Su pereza es tan extrema que se niega a salir de casa para trabajar, usando como excusa que hay un león afuera y que sería despedazado y asesinado si se aventurara a salir a la calle (MacArthur). En otras palabras, el perezoso no deja de ir a trabajar por un temor genuino a ser matado por un león; más bien, inventa excusas absurdas simplemente porque no quiere trabajar (MacDonald). Podemos deducir esto observando un pasaje similar, Proverbios 26:13: «El perezoso dice: "¡Hay un león afuera! ¡Moriré en las calles!"». Considere esto: ¿por qué un león —el rey de la selva— vagaría hasta el centro de una ciudad donde vive la gente? Quizás el perezoso escucha un gato afuera e inventa una excusa absurda sobre un león para evitar salir de casa a trabajar. Al enfrentarse a una tarea, la persona perezosa siente miedo y falta de confianza, apresurándose a buscar excusas para evitar actuar. Tal rico insensato es demasiado perezoso para trabajar arduamente con sus manos; en cambio, esfuerza su mente al máximo para idear estratagemas que eviten el trabajo. Eclesiastés 4:5 describe a tal persona como un insensato que «consume su propia carne». Esto significa que el insensato, debido a su pereza, no genera ingresos y simplemente provoca su propia ruina (Park Yun-sun). Por el contrario, el rico sabio nunca es perezoso; más bien, es diligente. No desperdicia el tiempo poniendo excusas como el rico insensato. Su ética de trabajo se guía por el principio: «Si alguno no quiere trabajar, tampoco

coma» (2 Tesalonicenses 3:10). Por tanto, el rico sabio trabaja con diligencia y su alma quedará satisfecha (Proverbios 13:4).

En cuarto lugar, el rico sabio actúa rectamente.

Actuar rectamente en este contexto puede entenderse de cuatro maneras:

(1) El rico sabio evita el desastre cuando lo ve venir. Observemos el texto de hoy, Proverbios 22:3: «El hombre prudente…». «Cuando los prudentes ven el desastre, se esconden y lo evitan; pero los insensatos se precipitan y sufren daño». El simple hecho de tener fe no significa que lanzarse de cabeza al peligro cada vez que lo encontramos sea siempre la mejor decisión. En otras palabras, ante el peligro, hay momentos en los que debemos buscar refugio. Pensemos en David: cuando el rey Saúl, consumido por los celos, intentó matarlo, David no se enfrentó a él —a pesar de su valentía— como lo había hecho contra Goliat. En su lugar, huyó y se escondió para escapar del rey que buscaba quitarle la vida. El pasaje de hoy, Proverbios 22:3, afirma que los prudentes ven el peligro y se ponen a salvo; aquí, «ponerse a salvo» se refiere a que el creyente actúa con sabiduría para evitar la pérdida innecesaria de la vida o el sufrimiento en tiempos de tribulación, cuando no existe un propósito específico de servicio al Señor (Park Yun-sun). Sin embargo, a veces, las noticias sobre cristianos me dan la impresión de que algunos actuamos con imprudencia. Por ejemplo, si alguien viajara a un país azotado por frecuentes ataques terroristas —alegando estar dispuesto al martirio— y terminara sufriendo daños sin haber logrado realizar una labor misionera efectiva, ¿se consideraría realmente una conducta sabia? El Dr. Park Yun-sun señaló que este pasaje transmite tres lecciones a los creyentes; una de ellas es que, mientras servimos al Señor, no debemos exponernos imprudentemente al peligro antes de que llegue el momento adecuado, o antes de recibir la guía de Dios. Otra lección es que no debemos provocar persecución incitando temerariamente una reacción hostil de los adversarios en nombre del Evangelio (Park Yun-sun). No obstante, entre aquellos cristianos que profesamos amar al Señor y trabajar diligentemente para Él, ¿cuántos estamos

provocando imprudentemente la hostilidad de quienes se oponen al cristianismo...? ¿Acaso tú lo haces?

Amigos, debemos distinguir entre «imprudencia» y «valentía». También debemos distinguir entre «obediencia ciega» y «verdadera obediencia». ¿Por qué? Porque la obediencia ciega y la imprudencia no son, en absoluto, acciones sabias para los creyentes. La conducta sabia de un creyente implica saber cuándo buscar refugio en tiempos de peligro, pero —incluso en medio de ello— sin olvidar ni abandonar nunca la misión que el Señor nos ha encomendado. Ese es, precisamente, el camino del hombre sabio. Él no olvida la misión del Señor; aunque busque refugio temporal ante el peligro, continúa proclamando el evangelio de Jesucristo dondequiera que vaya.

(2) El sabio actúa rectamente al evitar el camino de los perversos. Al hacerlo, protege su alma.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 22:5: "Espinos y trampas hay en el camino del perverso, pero quien guarda su alma se mantiene lejos de ellos". Aquí, el "camino del perverso" se refiere a la senda de aquel cuyo corazón es torcido (Park Yun-sun). Un corazón torcido implica un camino torcido. La Biblia nos dice que espinos y trampas se encuentran a lo largo del camino de tal persona perversa. Por tanto, se nos instruye a mantenernos totalmente alejados de ese camino para evitar ser heridos por esas espinas o atrapados en esas trampas. Un ejemplo claro es la "fosa profunda" de la mujer adúltera mencionada en el texto de hoy, Proverbios 22:14. El sabio no cae en la trampa de la adúltera; esto se debe a que mantiene distancia de su camino perverso (versículo 5). Además, la razón por la que evita el camino de los perversos y busca proteger su alma es que desea la pureza de corazón (versículo 11). En cambio, el necio se acerca al camino perverso de la adúltera y camina hacia su casa. Observemos Proverbios 7:7-8: "Vi entre los simples, y noté entre los jóvenes, a un muchacho falto de juicio. Pasaba por la calle, cerca de la esquina del callejón de la adúltera, dirigiéndose hacia su casa". En Proverbios 4:14-15, Dios nos ordena: "No entres en

la senda de los impíos ni camines por el camino de los hombres malvados. Evítalo, no transites por él; apártate de él y sigue tu propio camino". Los sabios toman muy en serio este mandato y lo obedecen, evitando así el camino de los impíos. Los necios, sin embargo, no atienden este mandato; por el contrario, lo ignoran y recorren el camino de los impíos.

El joven insensato descrito en Proverbios 7 era precisamente un necio así. Al pasar por la esquina del callejón de la adúltera (v. 8), debió haber evitado ese camino y haberse apartado de él (4:15). En cambio, el joven insensato no se apartó; caminó más cerca de la esquina del callejón, dirigiéndose hacia la casa de ella. Además, acudió allí al ponerse el sol: en el crepúsculo y en la profunda oscuridad de la noche (7:9). ¿Por qué se dirigió a la casa de la adúltera en la profunda oscuridad de la noche en lugar de hacerlo a plena luz del día? Porque no quería que nadie lo viera. En otras palabras, el joven insensato acudió a la prostituta en secreto y de noche para ocultar sus actos a los demás (Park Yun-sun).

(3) El rico sabio actúa rectamente al no oprimir al pobre en aras del lucro.

Considere Proverbios 22:16: «El que oprime al pobre para aumentar sus riquezas, y el que da regalos al rico, ambos acabarán en la pobreza». El rico insensato no vacila en cometer el acto malvado de oprimir al pobre para su propio beneficio. Impulsado por la codicia, llega incluso a oprimir a los pobres y a llevarlos a los tribunales para servir a sus propios intereses (Santiago 2:6). Además, tal rico insensato soborna a jueces corruptos para que emitan fallos injustos contra los pobres, privándolos así de sus derechos (Isaías 10:2). También entrega regalos a quienes son más ricos que él (Proverbios 22:16); regalos que, en esencia, son sobornos. Ofrece estos sobornos a la persona más adinerada con la esperanza de adquirir aún mayores riquezas. Sin embargo, hay algo que el rico insensato no comprende: perseguir codiciosamente el propio beneficio —incluso hasta el punto de oprimir al pobre— termina perjudicando no solo a uno mismo, sino a toda su casa. Observe Proverbios 15:27: «El codicioso de ganancias perturba su propia casa, pero el que aborrece el soborno vivirá». Otra verdad que el rico insensato pasa por alto se encuentra en Proverbios 28:8: «El que

aumenta sus riquezas mediante intereses exorbitantes, las acumula para aquel que tendrá compasión del pobre». En última instancia, la riqueza acumulada por el insensato simplemente se está reservando para quien muestra compasión hacia el pobre. Proverbios 14:31 afirma que quien oprime al pobre menosprecia al Dios que lo creó. ¿Cuál es la consecuencia? Observe Proverbios 22:8: «El que siembra maldad cosecha desastre, y la furia de su ira se desvanecerá». En definitiva, el pasaje nos dice que el rico insensato cosecha desastre porque siembra maldad. Mientras que el rico insensato busca y codicia su propio beneficio —solo para enfrentar el desastre al final—, el rico sabio nunca oprime al pobre para asegurar su propia ganancia. Más bien, comprende la difícil situación de los pobres (29:7), se compadece de ellos (Salmo 72:13), provee para sus necesidades (Proverbios 28:27) y les ofrece ayuda y cuidado. También rescata a los pobres y los libra de las manos de los impíos (Salmo 82:4). ¿Por qué hace esto? Porque ama a los pobres con el amor de Dios. Por tanto, no busca su propio beneficio, sino el de los pobres [pues el amor «no busca lo suyo» (1 Corintios 13:5)].

(4) La acción correcta del rico sabio es dar alimento a los pobres.

Observemos Proverbios 22:9: «El de ojo generoso será bendecido, porque da de su alimento al pobre». El rico sabio es «aquel que tiene un ojo generoso». En las Biblias en inglés, esto se traduce como «un hombre generoso». El original hebreo se refiere a «un hombre de ojo bondadoso o de ojo misericordioso» (Gesenius). La razón por la que una persona con tal ojo benevolente es bendecida es que comparte su alimento con los pobres (v. 9). En otras palabras, el rico sabio contempla a los pobres, a los débiles y a los desvalidos con la mirada compasiva de Dios; movido por la compasión, comparte su propio alimento con ellos. Dios habló de la siguiente manera en Deuteronomio 15:10: «Dales generosamente y hazlo sin que tu corazón se resienta; pues, por esto, el Señor tu Dios te bendecirá en todas tus obras y en todo aquello que emprendas». El rico sabio que obedece este mandato da a los pobres y comparte lo que tiene sin retenerlo por tacañería. 1 Timoteo 6:18 se aplica directamente a tal rico sabio: «Mándales que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, y que sean

generosos y estén dispuestos a compartir». No debemos «olvidarnos de hacer el bien y de compartir con los demás» (Heb. 13:16).

Quinto, el rico sabio posee labios rectos.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 22:11: «El que ama la pureza de corazón y cuya habla es llena de gracia, tendrá al rey por amigo». Aquí, la expresión «labios rectos» se refiere a labios que hablan con gracia. Significa que los labios de quien desea la pureza de corazón están llenos de gracia. En este contexto, «labios que hablan con gracia» alude a palabras amables y bondadosas; es decir, el discurso que brota de los labios de quien busca un corazón puro está lleno de gracia. Entonces, ¿quién es esta «persona que desea la pureza de corazón»? En la segunda parte de Proverbios 22:11 —nuestro texto de hoy—, el rey Salomón afirma que «el rey será su amigo», lo que implica que la persona descrita es un súbdito leal del rey. En otras palabras, un súbdito leal es alguien que valora la pureza de corazón y dirige al rey palabras edificantes y virtuosas. ¿Qué significa que un súbdito leal pronuncie tales palabras virtuosas ante el rey al que sirve? El Salmo 15:2 nos dice que quienes habitan en el tabernáculo del Señor son personas que «andan en integridad, hacen justicia y hablan la verdad en su corazón». Por tanto, un súbdito leal es aquel que habla la verdad desde el corazón al rey cuando este se equivoca. Al hablar con honestidad, busca hacer que el rey reconozca sus errores. Esto concuerda con Efesios 4:15, que nos instruye a «hablar la verdad en amor». Pero, ¿qué ocurre con un cortesano traicionero? Este nunca habla la verdad desde el corazón. No ofrecerá palabras sinceras a un rey que se está desviando del buen camino; en su lugar, recurrirá a la adulación. Tal discurso adulador se describe en Proverbios 22:12 —nuestro texto— como las «palabras del infiel» (o del «traicionero»). En otras palabras, contrariamente a las apariencias, se trata de palabras peligrosas. Ciertamente no ayudan a encaminar al rey por la senda correcta; la adulación nunca es un discurso que fomente la virtud. Queridos amigos, una persona sabia y justa pronuncia palabras que edifican. Las palabras que brotan de sus labios son palabras llenas de gracia que elevan a los demás. Observemos Eclesiastés 10:12: «Las palabras de la boca

del sabio son llenas de gracia, pero los labios del necio lo consumen». La Biblia nos dice que las palabras que salen de la boca de una persona sabia son llenas de gracia. Las palabras que provienen de nuestra boca deben ser llenas de gracia. En Efesios 4:29, Dios nos manda: «No salga de vuestra boca ninguna palabra corrompida, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes». Oro para que todos seamos obedientes a esta palabra.

En sexto y último lugar, una persona sabia y adinerada cría a sus hijos de manera adecuada.

¿Cómo, entonces, cría adecuadamente a sus hijos una persona sabia y adinerada? Si bien esto ciertamente implica guiarlos para que tomen decisiones correctas y adopten actitudes, acciones y formas de hablar adecuadas, podemos identificar dos métodos específicos de crianza en el pasaje de hoy: Proverbios 22:6 y 15. Estos dos métodos consisten en enseñar a los niños el camino que deben seguir (versículo 6) y disciplinarlos (versículo 15).

(1) Consideremos primero el método inicial de crianza. Observemos Proverbios 22:6: «Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él».

Al reflexionar sobre este versículo, no puedo evitar preguntarme: «¿Estoy realmente enseñando a mis tres hijos el camino que deben seguir?». Para criar bien a nuestros hijos, primero debemos recordar que pertenecen a Dios. Luego, debemos enseñarles lo que es debido, conforme a la Palabra de Dios. Siempre que he meditado en Proverbios 22:6, me he animado a mí mismo y a los padres de nuestra iglesia a enseñar a nuestros hijos tres cosas esenciales: valores correctos, un sentido claro de propósito y una perspectiva eterna de la vida. Sobre todo, debemos enseñar a nuestros hijos la Palabra de Dios; debemos enseñarles el evangelio de Jesucristo. Debemos enseñarles el «buen camino» por el que deben andar (1 Reyes 8:36; 2 Crónicas 6:27). Al hacerlo, nosotros —como padres— debemos ayudar a descubrir y desarrollar los talentos que Dios ha otorgado a cada uno de nuestros hijos. Debemos ser un apoyo para ellos, no un obstáculo. Así como hay un tiempo para que las

flores broten, debemos aferrarnos a la fe y a la esperanza de que Dios usará a nuestros hijos de manera preciosa en su tiempo perfecto.

(2) Otro enfoque de la crianza se encuentra en el texto de hoy, Proverbios 22:15: «La necedad está ligada al corazón del niño, pero la vara de la disciplina la alejará».

Al criar a nuestros hijos, debemos formarlos para que lleguen a ser hijos sabios de Dios. Consideremos Proverbios 17:2: «El siervo sabio gobernará sobre el hijo que actúa vergonzosamente y compartirá la herencia entre los hermanos». Aquí, el rey Salomón contrasta a un siervo sabio con el hijo de un amo que se comporta de manera vergonzosa. Uno tiene la condición de «siervo», mientras que el otro tiene la condición de «hijo». Sin embargo, el rey Salomón afirma que aquel con la condición de «siervo» participará en la herencia del amo tal como lo hace el «hijo». ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo puede un siervo recibir una parte de la herencia del amo como si fuera un hijo? Es porque ese siervo poseía sabiduría. Al reflexionar sobre este siervo sabio (o prudente), es inevitable pensar en Proverbios 16:20. La razón es que este pasaje explica el significado de la «sabiduría»: «El que atiende sabiamente a la palabra halla el bien, y dichoso el que confía en el Señor». ¿Qué significa esto? Significa que la sabiduría reside en prestar atención cuidadosa a la palabra de Dios. Proverbios 19:20 dice: «Escucha el consejo y recibe la instrucción, para que seas sabio al final». Así pues, al prestar atención a la palabra de Dios y aceptar su consejo e instrucción, podemos llegar a ser personas sabias.

La Biblia nos dice que una persona sabia obtiene algo bueno (17:2). Ese «bien» consiste en participar de la herencia, tal como el hijo del amo mencionado en el texto de hoy, Proverbios 17:2. Por el contrario, Proverbios 17:25 afirma que un hijo que actúa vergonzosamente se convierte en motivo de pesar para su padre y de dolor para su madre: «El hijo necio es pesar para su padre y amargura para la que lo dio a luz». ¿Qué significa esto? Significa que un hijo necio causa pesar a su padre y dolor a su madre porque incurre en conductas vergonzosas. Además, Proverbios 17:21 señala que los padres que engendran a tal necio sufren pesar, y

el padre de un necio no halla alegría. Un hijo necio no solo es torpe y falto de entendimiento, sino que también carece de discernimiento y sensibilidad espirituales; incapaz de discernir la voluntad de Dios, vive según sus propios caprichos y comete actos vergonzosos. En consecuencia, se convierte en una fuente de pesar y dolor para sus padres. Amigos, Proverbios 10:22 nos dice: «Es el Señor quien otorga la bendición que enriquece; uno no se vuelve rico simplemente por el esfuerzo propio» (Versión Coreana Contemporánea). Hemos aprendido seis características de una persona rica y sabia: alguien que ha alcanzado la riqueza mediante la bendición de Dios. Aprendimos que una persona rica y sabia toma las decisiones correctas, posee el conocimiento adecuado y actúa rectamente con la actitud correcta. También aprendimos que una persona rica y sabia habla con rectitud y cría a sus hijos de la manera correcta. Espero que tanto ustedes como yo lleguemos a ser cristianos sabios y prósperos: personas ricas y sabias que actúan rectamente ante los ojos de Dios.

El Guardián del Alma

«Espinas y trampas acechan en el camino de los perversos, pero quienes cuidan su alma se mantienen alejados de ellas» (Proverbios 22:5).

Hace poco leí un artículo interesante en Yahoo Noticias titulado «¿Quién descubrió las "empanadillas de la basura"? … Gracias a un policía que pescaba en su día libre». La historia relata cómo un sargento de policía, mientras pescaba en Bongam, Paju-si, Gyeonggi-do, en su día libre, escuchó quejas de otros pescadores y residentes locales sobre el agua contaminada y los olores insoportables causados por una fábrica cercana. Tras estas quejas, inició una investigación y allanó la fábrica «Eutteum Food», donde descubrió que el relleno de las empanadillas se preparaba en un entorno totalmente insalubre, con tuberías conectadas a un pozo abandonado. Al leer esto, reflexioné sobre cómo el instinto investigador del agente —su intuición policial— fue el catalizador para detener la distribución de estas «empanadillas de la basura». Fue un momento crucial que ayudó a salvaguardar los alimentos que consumimos, asegurando su salud. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿Estamos realizando nuestras propias "investigaciones" para detectar si nuestras almas —o corazones— se están contaminando con "basura"? Para los cristianos que buscan el crecimiento espiritual, quizás tomando el camino fácil —como aquellos que añadían rábanos chinos podridos y secos al relleno de las empanadillas solo para obtener una ganancia rápida— debemos preguntarnos si nos damos cuenta de que nuestras propias almas podrían estar pudriéndose. Estamos llamados a proteger nuestras almas por encima de todo; debemos preguntarnos seriamente cuán activamente y con qué devoción nos comprometemos con la tarea de protegerlas. El pasaje de hoy, Proverbios 22:5, afirma que quienes protegen sus almas mantienen alejadas las "espinas y trampas". Las "espinas y

trampas" se refieren a las adversidades y obstáculos que resultan de las malas acciones de los perversos, aquellos con un corazón "torcido". Como cristianos, a menudo —al igual que los israelitas del Antiguo Testamento— desobedecemos los mandamientos de Dios, atrayendo así trampas y espinas a nuestras vidas. Esto sucede debido al fruto de la desobediencia: las consecuencias del pecado. Sin embargo, Proverbios 16:17 nos dice que quien guarda su alma no es perverso, sino justo. Los de corazón recto se apartan del mal. Por lo tanto, podemos concluir que quien guarda su alma es justo, y los justos se apartan del mal; por consiguiente, mantienen lejos las espinas y las trampas.

Entonces, como personas justas que guardamos nuestras almas, ¿cómo debemos hacerlo? El Dr. Park Yun-sun sugiere siete maneras en su comentario sobre Proverbios:

(1) Debemos dar la bienvenida a Dios, el Guardián de nuestras almas, a nuestros corazones.

(Proverbios 24:12) «¿Acaso el que guarda tu alma no lo sabrá? Él recompensará a cada uno según sus obras.»

(2) Debemos poseer la sabiduría (fe) que teme a Dios.

(Proverbios 8:36) «El que me pierde (la sabiduría) daña su propia alma.»

(3) Debemos guardar los mandamientos de Dios.

(Proverbios 19:16) «El que guarda el mandamiento protege su propia alma.» (4) Debemos tener compasión por los demás (debemos amarlos).

(Proverbios 11:17) «El bondadoso se beneficia a sí mismo.»

(5) Debemos aceptar la instrucción de Dios (disciplina.)

(Proverbios 15:32) «El que ignora la disciplina se desprecia a sí mismo, pero el que atiende a la corrección adquiere entendimiento.»

(6) Debemos cuidar nuestra boca.

(Proverbios 21:23) «El que guarda su boca y su lengua se libra de la calamidad».

(7) Debemos evitar pecados específicos que dañan el alma:

Adulterio, extorsión, opresión, ira, resentimiento y juntarse con ladrones (Proverbios 22:24-25; 29:24).

Si bien un policía descubrió el escándalo de los «buñuelos de basura», la «basura» que hay en nuestras propias almas es realmente difícil de detectar. Creo que, sin examinar profundamente nuestras almas a la luz de la Palabra de Dios ante el Dios Santo, ni siquiera podemos percibir el hedor. Si vivimos nuestra fe sin darnos cuenta de que nuestras almas se están pudriendo —creyendo erróneamente que somos rectos cuando en realidad nuestros corazones están perversos— jamás podremos irradiar la fragancia de Cristo. Debemos tener cuidado con lo que comemos, pero sobre todo, los cristianos debemos dedicar todo nuestro corazón y nuestras fuerzas a proteger nuestras almas. Ruego fervientemente para que podamos llegar a poseer almas protegidas por Dios, almas rectas, almas que se aparten del mal, almas que sepan evitar las "espinas y las trampas", y almas que sean hermosas a los ojos de Dios.

¡Enseñe a sus hijos el camino que deben seguir!

«Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él» (Proverbios 22:6).

Me enteré de la noticia sobre la trágica explosión en la estación de Ryongchon, en la provincia de Pyongan del Norte (Corea del Norte). Se informó que hubo un número considerable de víctimas. Supe que muchas personas corrían el riesgo de quedar ciegas debido a graves lesiones oculares causadas por la enorme explosión y los fragmentos de vidrio que salieron despedidos. Me entristeció profundamente saber que la mayoría de los niños heridos en la escuela primaria de Ryongchon habían sufrido daños en los ojos. Al conocer esta desgarradora noticia sobre los niños de dicha escuela, el poeta Kim Yong-taek escribió lo siguiente en su poema «Los niños de la escuela primaria de Ryongchon»: «... ¡Niños de Ryongchon! ¡Niños de esta tierra, como brotes de hierba nueva que rompen la tierra helada! Niños que han perdido su escuela, niños que han perdido a sus amigos, niños que han perdido los hogares y las familias a los que podían regresar; rostros abrasados por llamas ardientes... ¡ah! ¡ah! ¿Qué se puede hacer ante esta muerte repentina, el dolor, la tristeza, el frío, el hambre y el terror? ¿Qué... qué debo hacer ahora?...»

Me conmueve profundamente la frase: «¿Qué... qué debo hacer ahora?». Hay tantos momentos en nuestras vidas en los que enfrentamos realidades desgarradoras y simplemente no sabemos qué hacer. Esto es especialmente cierto cuando observamos a nuestros propios hijos; no las lesiones en sus ojos físicos, sino el daño en sus «ojos espirituales» que los deja en un estado de «ceguera espiritual». Como padres, deberíamos hacernos esa misma pregunta angustiosa: «¿Qué... qué debo hacer ahora?». Lo que es aún

más lamentable es la «ceguera espiritual» de los padres que no logran ver que sus hijos padecen «ceguera espiritual»: un caso clásico de ciegos guiando a ciegos. Por ello, al conmemorar el Domingo de los Niños, quisiera reflexionar sobre tres cosas que los padres deben enseñar a sus hijos, basándome en el pasaje de Proverbios 22:6.

En primer lugar, los padres deben enseñar a sus hijos los valores correctos. Debemos mirar atrás y preguntarnos qué estamos demostrando a nuestros hijos respecto a lo que tiene verdadero valor en nuestra vida familiar. ¿Es la fe? ¿Ven nuestros hijos el carácter precioso y el verdadero valor de la fe en la vida de creencia de nuestra familia? ¿O estamos demasiado ocupados viviendo según los valores del mundo, valores que Dios detesta (Lucas 16:15)? La Biblia nos dice: "Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mateo 6:21). ¿Cuál es el "tesoro" que atesoramos o valoramos? Debemos prestar atención a las palabras de Mateo, que nos recuerdan que nuestros corazones están anclados precisamente a ese tesoro. Moisés fue un hombre que poseía tales valores correctos. Hebreos 11:26 afirma que él "consideró el oprobio por causa de Cristo como mayor riqueza que los tesoros de Egipto". ¿Quién disfruta realmente del sufrimiento? ¿No es nuestro instinto natural preferir las riquezas mundanas? Sin embargo, debido a que Moisés esperaba la recompensa mediante la fe, consideró que el "tesoro" hallado en el sufrimiento por Cristo tenía mayor valor que los tesoros del mundo. La Biblia nos enseña que este es precisamente el tipo de sistema de valores que debemos inculcar en nuestros hijos. En segundo lugar, nosotros, como padres, debemos enseñar a nuestros hijos a tener un sentido claro de propósito.

Demasiados de nuestros hijos están desperdiciando sus vidas, yendo a la deriva sin un propósito claro. Vagan viviendo el día a día sin sentido, inseguros de cómo deben vivir. Por otra parte, pueden estar llevando vidas vanas basadas en un sentido de propósito equivocado. El Catecismo Menor de Westminster pregunta: "¿Cuál es el fin principal del hombre?". La respuesta dada es: "El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de él para siempre". Sin embargo, ¿cuántos de nosotros, los padres —mientras oramos y

afirmamos esforzarnos por la gloria de Dios—, vemos realmente a Dios como una carga en lugar de como alguien de quien disfrutar? ¿No consideramos acaso una carga incluso el servicio a la iglesia, el cuerpo de Cristo? Verdaderamente debemos aprender del claro sentido de propósito de Daniel y demostrarlo a nuestros hijos. Como se ve en Daniel 1:8, él "propuso en su corazón no contaminarse" y rechazó la comida y el vino exquisitos del rey. Aunque el mundo podría haber considerado esto como una oportunidad de oro, él la rechazó debido a su propósito claro: buscar la santidad de Dios. Su vida estaba guiada por una determinación firme e inquebrantable de no contaminarse; un propósito que trascendía sus circunstancias. ¡Cuánto se agradaría Dios de nosotros y de nuestros hijos si viviéramos vidas así!

Finalmente, en tercer lugar, nosotros como padres debemos enseñar a nuestros hijos a tener una perspectiva eterna de la vida.

Demasiados de nuestros hijos están quitándose la vida, sin valorar la existencia que Dios les ha dado. Qué tragedia es esto. ¿Por qué las personas se quitan tan fácilmente sus preciosas vidas? Es porque carecen de una perspectiva eterna de la vida; han perdido la voluntad de vivir. La razón radica en la ausencia de esperanza en el reino eterno: el cielo. Este mundo no puede ofrecernos esperanza; ni siquiera puede brindar la esperanza necesaria para superar un solo día. Es un mundo de absoluta vanidad que no nos ofrece ninguna esperanza verdadera. Sin embargo, el consuelo eterno que se nos concede en Jesucristo es el hecho mismo de que existe la vida eterna. En Santiago 4:14, Santiago dice: «...¿Qué es vuestra vida? Ciertamente es bruma que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece». La vida es fugaz —está aquí un momento y desaparece al siguiente—, así que ¿por qué vivimos como si fuéramos a permanecer en esta tierra para siempre? Creo que aquellos que no contemplan profundamente la muerte ni oran al respecto no pueden afirmar que poseen una perspectiva eterna de la vida. Pues solo quienes consideran la puerta de la muerte miran hacia la puerta del reino eterno. Con la mirada fija en ese reino eterno, Pablo dedicó toda su vida a predicar el Evangelio a almas que se convirtieron en su

«gozo y corona». Se dirigió a los filipenses llamándolos «hermanos míos, a quienes amo y anhelo, mi gozo y mi corona» (Filipenses 4:1). Una persona que, al final del camino, posee muchos de esos «gozos» y «coronas» —los hermosos frutos de una vida bien vivida— es alguien que verdaderamente mantuvo una perspectiva eterna y dedicó su vida a lo eterno; son hermosos a los ojos de Dios. Debemos demostrar esto a nuestros hijos; debemos enseñárselo como es debido. Así como un poeta se lamentó una vez diciendo: «¿Qué... qué debo hacer ahora?» mientras contemplaba a los niños de la escuela primaria de Ryongchon que enfrentaban la ceguera debido a lesiones oculares, nosotros también debemos buscar la respuesta en la Palabra —en medio de nuestra reflexión, lucha interior y oración— al mirar a nuestros propios hijos, cuyos ojos espirituales han quedado ciegos, en este Domingo de los Niños. Hoy, al conmemorar el Domingo de los Niños, hemos reflexionado sobre tres puntos clave basados en Proverbios 22:6: valores sólidos, un sentido claro de propósito y una perspectiva eterna de la vida. Ahora, ¿qué haremos usted y yo?

¿Estoy realmente criando a mis hijos de la manera correcta?

«Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él» (Proverbios 22:6).

¿Estoy transmitiendo actualmente a Dylan, Yeri y Yeeun —los dones que Dios me ha confiado— enseñanzas que perdurarán en ellos incluso hasta su vejez, mucho después de que yo haya fallecido? ¿Estoy realmente enseñando a mis tres hijos el camino que deben seguir?

Cada vez que meditaba en Proverbios 22:6, solía exhortarme a mí mismo y a los padres de mi iglesia a enseñar a nuestros hijos tres cosas esenciales: valores correctos, un sentido claro de propósito y una perspectiva eterna de la vida. Sin embargo, al meditar nuevamente en este versículo hoy, me di cuenta de que hay cinco cosas específicas que debo enseñar a mis hijos.

Primero, que un buen nombre es mejor que grandes riquezas.

Proverbios 22:1 dice: «De más estima es el buen nombre que las muchas riquezas, y la buena fama más que la plata y el oro». La Biblia nos instruye a elegir un buen nombre y el favor de Dios por encima de la plata, el oro o la riqueza abundante. Recuerdo a Noé. Fue un hombre que halló gracia ante los ojos de Dios (Génesis 6:8). Noé era «varón justo, perfecto en sus generaciones», y caminaba con Dios (versículo 9). Deseo que Dylan, Yeri y Yeeun sean personas que, al igual que Noé, hallen gracia ante Dios. Por lo tanto, oro para que posean un

buen nombre: uno que sea conocido y reconocido por Dios. La segunda lección es que el Señor creó tanto al rico como al pobre.

Proverbios 22:2 dice: «El rico y el pobre se encuentran; el Señor los hizo a todos». Ya sea pobre o rico, todo el mundo llega a este mundo desnudo e inevitablemente se marcha desnudo. La vida es un viaje en el que se llega con las manos vacías y se parte con las manos vacías; uno puede vivir en la abundancia o en la escasez. Lo que importa no es si uno es rico o indigente, sino aprender el secreto del contentamiento (Filipenses 4:11). En otras palabras, mi oración es que Dylan, Yeri y Yeeun —que viven en este mundo donde conviven ricos y pobres— encuentren satisfacción únicamente en el Señor.

La tercera lección es que el prudente ve el peligro y busca refugio.

Proverbios 22:3 dice: "El prudente ve el peligro y busca refugio, pero el simple sigue adelante y sufre las consecuencias". Los insensatos, incapaces de discernir el mal, ven el peligro pero avanzan y terminan sufriendo daño. ¡Qué conducta tan insensata! Quiero criar hijos que sepan cuándo ponerse a salvo y cuándo huir; hijos que, como David, sepan esconderse en cuevas mientras escapan de Saúl. No quiero criar hijos insensatos que se hagan daño imprudentemente y pongan sus vidas en peligro.

La cuarta lección es que la humildad y el temor de Dios traen las bendiciones de riqueza, honor y vida.

Proverbios 22:4 afirma: "La humildad es el temor del Señor; su recompensa es riqueza, honor y vida". ¿Qué importancia tiene la humildad entre las virtudes cristianas? Deseo ser humilde tanto ante Dios como ante las personas. Al hacerlo, espero que Dylan, Yeri y Yeeun puedan ver la humildad de Jesús reflejada en su padre. También busco la sabiduría de Dios. Una razón es que quienes poseen la sabiduría de Dios temen a Dios, y quienes temen a Dios

aborrecen el mal. Oro para que Dios conceda sabiduría a Dylan, Yeri y Yeeun, permitiéndoles temerle y vivir vidas que se aparten del mal.

La quinta y última lección es que quienes guardan sus almas se mantienen alejados de espinos y trampas. Proverbios 22:5 dice: "Espinos y trampas acechan en el camino del perverso, pero quien guarda su alma se mantiene lejos de ellos". Un Dios justo castiga al perverso, y ese castigo toma la forma de espinos y trampas. No quiero que Dylan, Yeri y Yeeun recorran un camino lleno de tales espinos y trampas. Para evitarlo, quiero criar a mis tres hijos para que sepan guardar sus propias almas. Deseo que sean humildes y teman a Dios, apartándose de los caminos perversos para andar por la senda de justicia que deben seguir. Oro para que Dios les conceda humildad y sabiduría. Al reflexionar sobre el pasaje bíblico de hoy, he tomado plena conciencia de que he fallado en enseñar a Dylan, Yeri y Yeeun —los tres hijos que Dios me regaló— el camino correcto que deben seguir de manera integral y equilibrada, un camino que perdure en ellos incluso hasta la vejez. Dado que ya no estaré en este mundo cuando ellos envejezcan, debo enseñarles con diligencia el camino acertado antes de morir. Oro en el nombre de Jesús para que crezcan valorando el honor por encima de la riqueza, al Señor por encima del estatus material y la sabiduría por encima de la insensatez; para que aprecien la humildad y el temor de Dios más que el orgullo y la maldad; y para que se conviertan en guardianes de su alma en lugar de rebeldes descarriados, de modo que, aun en su vejez, no se aparten del camino por el que deben andar.

Debemos prestar atención a las palabras de los sabios.

[Proverbios 22:17–29]

Hace poco, después de llevar a mis suegros a casa, asistí a un servicio de adoración el lunes siguiente y luego me dirigí al aeropuerto de Tucson. Para no causar molestias a nadie, le pedí a mi esposa que me reservara un servicio de transporte compartido (*shuttle*). Aunque se le llamaba "autobús de enlace", el vehículo que llegó fue un automóvil pequeño conducido por un caballero barbudo de unos setenta años. Durante el trayecto, que duró aproximadamente una hora y cuarto, conversamos; él mencionó haber sido bautizado de niño, pero hacía afirmaciones extrañas sobre la Biblia. Mientras escuchaba, quedó claro que su conclusión era que todos somos Dios y que todo en el mundo es Dios. Insistió repetidamente en que su creencia se centraba en el "YO SOY", e incluso afirmó que podía viajar a Marte y regresar en segundos mientras estaba en un estado hipnótico o de trance, aunque señaló que era extremadamente peligroso. Me quedé atónito, pero seguí escuchando y formulé algunas preguntas basadas en las Escrituras, llegando finalmente a compartir las palabras de Juan 14:6: Jesús dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida..." (Jesús dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida..."). Cuando compartí esta experiencia con mi esposa, ella me dijo que, legalmente, los jueces federales ya no pueden estar afiliados a los Boy Scouts. La razón de esto probablemente tenga que ver con el tema de la homosexualidad. Me hace preguntarme si, como sugirió mi esposa, llegará un día en que los jueces tampoco puedan estar afiliados a las iglesias. Es verdaderamente un mundo aterrador. Este mundo está atravesando una transformación radical y extraña. En medio de esto, el pasaje bíblico que me viene a la mente es Lucas 16:8: "El señor elogió al

administrador deshonesto porque había actuado con astucia. Pues la gente de este mundo es más astuta en el trato con los de su propia clase que la gente de la luz". La *Versión Coreana Contemporánea* (Hyundai-in-ui Seong-gyeong) lo expresa así: "...Esto se debe a que la gente de este mundo es más sabia que los hijos de la luz al manejar sus propios asuntos". Amigos, ¿acaso no vemos la realidad de estas palabras de Jesús al vivir en este mundo? En tiempos como estos, debemos ser aún más sabios. Debemos desear fervientemente la sabiduría de Dios y buscarla con un corazón anhelante. Al pedirla, debemos buscarla —únicamente con fe (versículo 6)— de parte del Dios «que da a todos abundantemente y sin reproche» (Santiago 1:5). También debemos inclinar nuestros oídos a la palabra de Dios.

Al observar el texto de hoy, Proverbios 22:17, la Biblia dice: «Inclina tu oído y escucha las palabras de los sabios, y aplica tu corazón a mi conocimiento». Centrándome en el pasaje de hoy, quisiera reflexionar sobre tres puntos clave bajo el título «Debemos prestar atención a las palabras de los sabios» y recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece.

En primer lugar, ¿cuáles son las palabras de los sabios que debemos escuchar?

Son enseñanzas impartidas por los sabios; específicamente, «excelentes dichos de consejo y conocimiento» y «palabras verdaderas y confiables». Observemos el texto de hoy, Proverbios 22:20–21: «¿No te he escrito cosas excelentes de consejos y conocimiento, para hacerte conocer la certeza de las palabras de verdad, a fin de que respondas con palabras de verdad a quienes te envían?». La Biblia indica que las palabras de los sabios a las que debemos prestar atención son palabras de verdad dignas de confianza: consejos y orientaciones que nos transmiten sabiduría y conocimiento. ¿Por qué, entonces, debemos escuchar este sabio consejo de verdad? La razón es para que podamos responder con palabras de verdad a quienes nos envían. Cuando alguien nos pregunta acerca de nuestra fe, debemos saber responder utilizando palabras de verdad. Por ejemplo, si una persona no creyente nos pregunta sobre la esperanza del cielo que habita en nosotros, deberíamos ser

capaces de responder basándonos en las Escrituras. Consideremos 1 Pedro 3:15–16: «Más bien, honrad a Cristo como Señor en vuestros corazones. Estad siempre preparados para dar respuesta a todo aquel que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros. Pero hacedlo con mansedumbre y respeto, manteniendo una buena conciencia, para que aquellos que hablan mal de vuestra buena conducta en Cristo se avergüencen de sus calumnias». Si, tal como sugieren las palabras de 1 Pedro, aquellos que hablan mal de nuestras buenas obras o nos calumnian preguntaran por la razón de la esperanza que tenemos, ¿cómo responderías? ¿Estamos tú y yo verdaderamente preparados para responder a esa pregunta? Debemos leer, escuchar y aprender las Escrituras para estar listos a dar respuesta siempre que alguien pregunte acerca de nuestra fe. Al prepararnos, debemos prestar atención a las palabras de verdad, dignas de confianza —consejo que nos otorga sabiduría y conocimiento—, tal como se describe en el pasaje de hoy de Proverbios 2:20–21.

Entonces, ¿cuáles son estas palabras de verdad, seguras y dignas de confianza, a las que debemos prestar atención? El pasaje de hoy en Proverbios 22:22–29 nos enseña cinco puntos clave:

(1) No robes al débil y al necesitado, y no los oprimas.

Observa Proverbios 22:22 en el pasaje de hoy: «No robes al débil porque es débil, ni oprimas al necesitado a la puerta de la ciudad». Como reflexionamos anteriormente, aprendimos que una persona rica y sabia se interesa por los necesitados, les muestra compasión (19:17) y provee para ellos (28:27). En cambio, aprendimos que una persona rica y necia, en su trato con los pobres (22:7), muestra arrogancia y se jacta (2 Crón. 25:19); trata a los pobres con rudeza y palabras ásperas (Sal. 31:18), se burla de ellos (119:51) e incluso los oprime (10:2). La lección que el sabio maestro imparte en el pasaje de hoy, Proverbios 22:22, es que no debemos robar al débil ni oprimir al afligido a la puerta de la ciudad. ¿Por qué especificó «a la puerta de la ciudad»? Porque los pobres que vivían de la mendicidad se sentaban a la

puerta de la ciudad, un lugar de gran tránsito. Además, la puerta de la ciudad era el sitio donde se resolvían disputas civiles y asuntos legales (cf. 31:23), y donde los afligidos buscaban fervientemente justicia y misericordia (MacArthur). Sin embargo, allí mismo, a la puerta, personas malvadas —como los ricos malvados— oprimían a estos individuos pobres y afligidos, y les arrebataban lo que era suyo. Por tanto, el sabio maestro nos instruye en Proverbios 22:22 a no actuar de esa manera. 1 Tesalonicenses 5:14 nos dice que debemos «animar a los de poco ánimo y ayudar a los débiles». El apóstol Pablo no solo pronunció estas palabras, sino que realmente «trabajó y ayudó a los débiles» (Hechos 20:35). Amigos, debemos ayudar a quienes son débiles y vulnerables. Nunca debemos oprimirlos ni apoderarnos de lo que les pertenece.

(2) No debemos relacionarnos con aquellos que albergan ira.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 22:24: «No te hagas amigo de una persona irascible, ni te juntes con quien se enoja fácilmente». Ya hemos recibido enseñanzas al meditar en Proverbios sobre el tema de la ira. Algunas de esas lecciones incluyen: «El necio manifiesta su enojo al instante» (12:16), «El hombre de carácter impulsivo comete locuras» (14:17), «El irascible provoca conflictos» (15:18), «La sabiduría de una persona le otorga paciencia» (19:11) y «gran entendimiento» (14:29), y «El hombre irascible debe pagar las consecuencias» (19:19). En el pasaje de hoy, Proverbios 22:24, el sabio nos instruye a no hacernos amigos ni relacionarnos con aquellos que albergan ira o son propensos a arrebatos de furia. ¿Cuál es la razón? Veamos Proverbios 22:25: «no sea que aprendas sus costumbres y quedes atrapado». La razón es que, si nos relacionamos y caminamos con quienes albergan ira, podríamos imitar su comportamiento y, finalmente, caer en una trampa. Como aprendimos en Proverbios 22:5 y 14, los caminos de los perversos y de la mujer extraviada están llenos de espinos y trampas: profundos abismos de peligro. Por consiguiente, aprendimos que debemos mantenernos muy alejados de tales caminos. Esto significa que debemos guardar distancia de quienes albergan ira o furia, en lugar de relacionarnos estrechamente con ellos. La razón es que, al frecuentar a tales personas,

nosotros también podemos volvernos propensos a la contienda y, de este modo, pecar contra Dios (29:22).

(3) No salgas fiador de la deuda de otra persona.

Observa el texto de hoy, Proverbios 22:26: «No seas de los que estrechan la mano en señal de compromiso, ni de los que salen fiadores de deudas». Ya hemos recibido instrucciones sobre salir fiador o proporcionar garantía para un prójimo en Proverbios 6:1–5. El punto clave de esa lección es que, si hemos ofrecido garantía o salido fiadores por un prójimo (v. 1) y posteriormente hemos quedado atrapados en su poder (vv. 2–3) —es decir, nos hemos hecho responsables de su deuda—, debemos tomar medidas para librarnos (v. 5). La conducta insensata contra la que advierte aquí el rey Salomón consiste en comprometerse a pagar la deuda de alguien que ya está sobrepasado por sus obligaciones —sabiendo que es probable que incumpla el pago—, haciéndonos así responsables de dicha deuda. Por ello, la Biblia describe a la persona que sale fiadora de un prójimo como alguien falto de sabiduría (17:18). El Dr. Park Yun-sun afirmó: «...Salir fiador de la deuda de otro sin tener los medios económicos para respaldarla solo ofrece un falso consuelo al deudor y conduce fácilmente a la propia bancarrota». Por tanto, tal como hace la persona sabia descrita en Proverbios 22:26, no debemos «salir fiadores de la deuda de otro».

(4) No muevas el antiguo mojón puesto por tus antepasados.

Observa el texto de hoy, Proverbios 22:28: «No muevas el antiguo mojón puesto por tus antepasados». Un pasaje similar aparece en Deuteronomio 19:14: «No muevas el mojón de tu prójimo, colocado por tus antepasados en la heredad que recibas en la tierra que el Señor tu Dios te da para que la poseas». En resumen, el mandato de no mover los antiguos mojones —esos marcadores de la propiedad del prójimo establecidos por los antepasados— significa que no se debe invadir la propiedad de otra persona (Park Yun-sun). ¿Cuál es la razón de esto? Observa Deuteronomio 27:17: «Maldito aquel que mueva el mojón

de su prójimo; y todo el pueblo dirá: "¡Amén!"». La razón es que cualquiera que invada la propiedad de otro enfrentará la maldición de Dios. El Dr. Park Yun-sun interpretó el pasaje de Proverbios 22:28 en un sentido más amplio, señalando que también implica que no se debe invadir el territorio de otra nación (Park Yun-sun). En otras palabras, dado que Dios ha distribuido los territorios de las naciones (Deut. 17:26; 32:8), la razón por la cual un pueblo no debe invadir el territorio de otro es que el respeto a la propiedad ajena debe ser un principio fundamental (Park Yun-sun). Al reflexionar sobre este principio, la lección que nos ofrecen los sabios es que debemos definir claramente los límites de nuestro propio corazón y guardarnos de codiciar lo que pertenece a los demás.

(5) Es un llamado a convertirse en una persona diestra y competente.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 22:29: «¿Has visto a alguien diestro en su trabajo? Servirá ante reyes; no servirá ante funcionarios de bajo rango». Aquí, una «persona diestra» se refiere a alguien que es diligente y hábil. Los sabios afirman que tal persona realiza sus tareas con tanta destreza y rapidez que llega a servir ante reyes en lugar de ante hombres de baja condición. Nosotros también debemos convertirnos en personas competentes, especialmente al servir a la iglesia, que es el cuerpo de Cristo. Oro para que el Señor nos establezca a todos como personas capaces que realizan su obra con excelencia y eficiencia.

En segundo lugar, ¿cómo debemos escuchar las palabras de los sabios?

Debemos escuchar atentamente las palabras de los sabios. Observemos la primera parte de Proverbios 22:17: «Inclina tu oído y escucha las palabras de los sabios...». Poco después de comenzar mi ministerio como pastor principal de la Iglesia Presbiteriana Victory, dirigí un estudio bíblico los domingos por la tarde basado en el libro del profesor Jay Adams, *Cómo escuchar un sermón* (How to Listen to a Sermon). Elegí este material porque creía que, así como los pastores se preparan para predicar, los miembros de la congregación deben prepararse para escuchar. Consideraba que una parte crucial de esta preparación era

entrenar el oído, por lo que elaboré una guía de estudio basada en dicho libro para dirigir las sesiones. Mi convicción sobre la necesidad de entrenar nuestros oídos surgió en gran medida de 2 Timoteo 4:3–4: «Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas». Personalmente, creo que ese «tiempo» ya ha llegado. ¿Qué clase de tiempo es? Es un tiempo en el que la gente se niega a aceptar la sana doctrina. Creo que ya ha llegado el momento en que las personas prestan sus oídos a falsedades: relatos fantasiosos que simplemente halagan sus oídos ávidos de novedades. Por eso leí en su día el libro del profesor Adams, *Cómo escuchar un sermón*, y lo adapté para crear un programa de estudio bíblico para mi congregación. Al reflexionar sobre las ideas que me desafiaron entonces, quisiera compartir un pasaje que publiqué anteriormente en mi sitio web personal: «Se trata de una expectativa sincera. Significa preparar la propia actitud. La Biblia habla de "recibir la palabra con toda solicitud" (Hechos 17:11). Es necesario tener un sentido de expectativa para escuchar verdaderamente. Al escuchar un sermón en la iglesia, concéntrese en una sola cosa: "¿Qué palabra tiene Dios para mí hoy?". Se requiere una cualidad propia de los niños —un corazón puro y abierto— para escuchar eficazmente. Al examinar las Escrituras, uno debe hacerlo con un deseo sincero de descubrir la verdad. Si se acerca a ellas con prejuicios, no obtendrá nada. Escuchar con la intención de encontrar faltas o buscar defectos es señal de tener "oídos enfermos". Hebreos 5:11 dice: "Tenemos mucho que decir al respecto, pero es difícil de explicar porque a ustedes les cuesta aprender" —o, literalmente, son "torpes para oír". Esto implica la existencia de oídos lentos o torpes para la escucha. Escuchar un sermón no consiste en "buscar defectos", sino en "buscar la verdad"». ¿Acaso usted o yo tenemos esos «oídos enfermos»? ¿Escuchamos el sermón del pastor simplemente para buscar defectos o señalar fallos? ¿No está de acuerdo en que existe tal cosa como ser «torpe para oír»? Hace poco me reuní para comer y orar con unos hermanos que habían sido mis compañeros de cuarto en la universidad, junto con sus familias; durante la conversación, uno de ellos compartió una anécdota sobre su hijo, que está en la escuela primaria. Recuerdo una charla con este hermano después de que se reuniera con el maestro de su hijo; el maestro había

señalado que el niño a menudo leía un libro en lugar de prestar atención durante las clases. Lo que me pareció especialmente interesante fue la razón que el padre dio para explicar el comportamiento de su hijo: el niño simplemente no es un estudiante auditivo, es decir, alguien que aprende mejor escuchando. El padre mencionó que él tampoco aprende bien escuchando. Le pregunté entonces cómo lograba escuchar los sermones. A mi parecer, aunque no sea un estudiante auditivo, es alguien que aprende eficazmente por medios visuales. Aquella conversación planteó una pregunta en mi mente: ¿cómo debemos predicar a quienes no aprenden bien escuchando? Por supuesto, esto también se aplica a los estudios bíblicos; en ese contexto, se puede animar a tales personas a participar verbalmente o a utilizar recursos visuales para guiar la sesión. Sin embargo, la predicación plantea un desafío particular. Probablemente por eso muchos pastores proyectan versículos bíblicos o resúmenes del sermón en una pantalla, y algunos incluso incorporan videos relacionados con el mensaje.

La expresión «inclina tu oído» en el texto de hoy, Proverbios 22:17, conlleva el significado —arraigado en el hebreo original— de escuchar atentamente con la intención de obedecer las palabras de los sabios. Por ejemplo, cuando Dios nos habla a través de la Biblia, debemos escuchar con una actitud de disposición para obedecer Su palabra. Pero ¿qué sucede si no escuchamos la palabra de Dios con un corazón obediente, tal como hizo el pueblo de Israel durante la época del profeta Jeremías? Observemos Jeremías 17:23: «Pero no escucharon ni inclinaron su oído, sino que endurecieron su cerviz para no oír ni recibir instrucción». Debemos considerar las consecuencias de no escuchar con voluntad de obedecer. Si oímos la palabra de Dios pero carecemos de un corazón dispuesto a obedecer, inevitablemente nos volveremos arrogantes. Endureceremos nuestra cerviz, daremos la espalda a la palabra de Dios y viviremos en desobediencia dentro del mundo. En ese estado, nos negaremos a escuchar incluso cuando los sabios nos ofrezcan una corrección amorosa. Proverbios 4:20 nos dice: «Hijo mío, presta atención a mis palabras; inclina tu oído a mis dichos». Proverbios 5:1 también dice: «Hijo mío, presta atención a mi sabiduría; inclina tu oído a mi entendimiento». Debemos inclinar nuestros oídos a las palabras de los sabios. Además,

debemos inclinar nuestros oídos a las palabras del Señor, quien es la sabiduría misma. Debemos prestar mucha atención a esa palabra —a esa sabiduría— y obedecerla.

En tercer lugar, ¿qué debemos hacer después de escuchar las palabras de los sabios?

Debemos escuchar las palabras de los sabios y atesorarlas en nuestros corazones. Observemos la última parte de Proverbios 22:17 en el texto de hoy: «…aplica tu corazón a lo que enseño». Debemos escuchar atentamente el conocimiento impartido por los sabios y guardar esas palabras en nuestros corazones. Para ello, debemos dedicar plenamente nuestro corazón a esa enseñanza. Dedicarse a las palabras de los sabios significa fijar en ellas nuestro corazón con un espíritu de compromiso y sumergirnos profundamente en ellas. ¿Cómo, entonces, debemos sumergirnos en la Palabra de Dios? ¿Cómo podemos centrar toda nuestra mente y dedicarnos plenamente a ella? Encontré la respuesta en Proverbios 24:32: «Apliqué mi corazón a lo que observé y aprendí una lección de lo que vi». Sumergirnos en la Palabra de Dios puede resumirse en tres puntos: (1) Debemos mirar la Palabra de Dios y observarla atentamente. (2) Debemos reflexionar profundamente sobre la Palabra de Dios. Esto significa poner la Palabra de Dios como un espejo frente a nuestras propias vidas y aprender las lecciones que ofrece. (3) Debemos aplicar esa Palabra. El paso más crucial para guardar verdaderamente la Palabra de Dios en nuestros corazones es obedecer las lecciones que hemos aprendido de ella. Solo cuando obedecemos las lecciones que recibimos, esa Palabra queda grabada en las tablas de nuestros corazones. Cuando hacemos esto, la Palabra de Dios se vuelve verdaderamente nuestra, tal como lo fue para el salmista (Salmo 119:56).

¿Por qué, entonces, la Biblia nos dice que debemos sumergirnos en la Palabra del Dios sabio? Hay dos razones principales:

(1) Una razón es que, al sumergirnos en la Palabra de Dios, somos capaces de preservarla en nuestros corazones. Observemos el texto de hoy, Proverbios 22:18: «Porque es agradable

si las guardas en tu interior, si todas ellas están listas en tus labios». Debemos dedicar toda nuestra atención a la Palabra de Dios porque hacerlo nos permite preservarla —o atesorarla— en nuestros corazones. Y la razón por la que debemos atesorar la Palabra de Dios en nuestros corazones es que esto nos permite citarla. La Biblia nos dice que citar frecuentemente la Palabra de Dios es algo bueno y hermoso (versículo 18). En otras palabras, debemos atesorar la Palabra de Dios en nuestros corazones y citarla a menudo. Debemos cultivar el hábito de citar frecuentemente las palabras que hemos oído, aprendido, memorizado y llegado a conocer. Esto debería ser una fuente de alegría para nosotros. Entonces, ¿por qué debemos preservar la Palabra de Dios en nuestros corazones? ¿Por qué es beneficioso? Observemos Eclesiastés 7:12: «La sabiduría es un refugio, al igual que el dinero es un refugio, pero la ventaja del conocimiento es esta: la sabiduría preserva a quienes la poseen». El conocimiento —específicamente la sabiduría— es más importante que el dinero porque preserva nuestras vidas; por tanto, debemos guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones.

(2) La razón es que hacerlo nos permite confiar en el Señor (confiar en el Señor desde el corazón). Observemos el texto de hoy, Proverbios 22:19: «Para que tu confianza esté en el SEÑOR, te enseño hoy, sí, a ti». La razón por la que debemos dedicar toda nuestra atención a la Palabra de Dios es que ello permite que nuestra fe crezca, capacitándonos para confiar en Dios de manera cada vez más plena. Por ejemplo, cuando carecíamos de conocimiento de la Palabra de Dios y no la guardábamos en nuestros corazones, tendíamos a confiar en las personas más que en Dios. Sin embargo, a medida que escuchamos, aprendemos, meditamos y nos sumergimos en la Palabra de Dios, comprendemos la verdad del Salmo 118:8: «Mejor es refugiarse en el SEÑOR que confiar en el hombre». Además, cuanto más nos sumergimos en la Palabra de Dios y la atesoramos en nuestros corazones, más confiamos en Dios por encima de las personas, hallando así protección en su amor inagotable (32:10). Asimismo, al confiar en Dios, recibimos fortaleza y salvación de Él (Isaías 30:15). Debemos escuchar la Palabra de Dios y sumergirnos en ella; por consiguiente, debemos guardar esa Palabra en nuestros corazones. ¿Por qué? Observemos el Salmo

119:11: «En mi corazón he guardado tu palabra, para no pecar contra ti». Debemos almacenar la Palabra de Dios en nuestros corazones para evitar pecar contra el Señor.

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Las palabras de los sabios que debemos escuchar son palabras de verdad fidedigna: consejos que nos imparten sabiduría y conocimiento. Tales consejos nos instruyen a no explotar ni oprimir al débil y al necesitado, a no asociarnos con personas de temperamento irascible, a no salir fiadores de la deuda de otro, a no mover los antiguos linderos establecidos por nuestros antepasados y a ser diestros y competentes en nuestro trabajo. Debemos prestar atención a este sabio consejo de verdad para poder responder con palabras verdaderas a aquel que nos envió. Debemos escuchar con atención las palabras de los sabios; es más, debemos escucharlas con un corazón dispuesto a obedecer. Además, no solo hemos de oír estas palabras, sino también atesorarlas en nuestro corazón. Para ello, debemos dedicar plenamente nuestro corazón a ese consejo, centrando en él nuestra mente con un espíritu de compromiso y entrega total. Solo así podremos conservar esas palabras en nuestro corazón y depositar nuestra confianza en Dios.

“No codicies sus manjares”

[Proverbios 23:1–8]

¿Sabes cuáles son los alimentos más deliciosos del mundo? Encontré un artículo en línea que detallaba los “50 alimentos más deliciosos del mundo”, una lista elaborada por una organización a partir de una encuesta de tres semanas en Facebook en la que participaron más de 33.000 personas. Curiosamente, los diez primeros puestos estuvieron dominados por platos asiáticos. La cocina de Indonesia ocupó el primer, segundo y sexto lugar; se trataba de platos de los que nunca había oído hablar ni había probado antes. Por otro lado, platos japoneses conocidos como el sushi y el ramen ocuparon el tercer y octavo puesto, respectivamente, mientras que el *pad thai* tailandés quedó en quinto lugar. Entre los platos coreanos, el *kimchi* y el *bulgogi* se situaron en los puestos 12 y 23; el *pho* vietnamita, en el 20; y el taco mexicano, en el 27. ¿No te encantaría probar una comida tan deliciosa? Probablemente querrías comerla si tuvieras hambre. Entonces, ¿por qué sentimos hambre? Es, esencialmente, una señal del cuerpo que indica la necesidad de ingerir alimentos debido a un déficit de energía. Esta sensación de hambre se desencadena principalmente por dos mecanismos: los niveles de azúcar en sangre y el estado de estómago vacío. El profesor Kim Sang-man, del Instituto de Investigación Antienvejecimiento de la Universidad CHA —una autoridad destacada en fatiga crónica, desintoxicación, obesidad y terapia nutricional clínica—, explica: “Cuando nuestro cerebro detecta una caída en el azúcar en sangre, estimula el centro del apetito, lo que genera precisamente la sensación de hambre que experimentamos”. Se dice que, al sentir esta hambre, surge el impulso de comer, lo que nos lleva a ingerir alimentos. Como todos sabemos, el estómago vacío suele emitir un característico sonido de gruñido, una señal

clara de que realmente está vacío. El profesor Kim Sang-man explica: “Cuando el estómago está vacío, se contrae y secreta una hormona intestinal llamada grelina. Cuando esta señal llega al cerebro, sentimos hambre y empezamos a buscar algo de comer”. Sin embargo, queda la pregunta: ¿por qué comemos en exceso? ¿Por qué cedemos a la tentación de la comida y comemos más de lo necesario? El profesor Kim señala el “estrés” como el principal culpable de la ingesta excesiva de alimentos. El estrés al que se hace referencia aquí es un concepto amplio que va más allá de la tensión emocional causada, por ejemplo, por un jefe en el trabajo. En otras palabras, «cualquier situación que no se desarrolla como deseamos actúa como un factor estresante para nuestro organismo, seamos conscientes de ello o no». Por ejemplo, sentir ira —quizás debido a un conflicto en una relación— somete claramente al cuerpo a estrés. Este estrés provoca un descenso en los niveles de energía, un estado conocido como hipoglucemia. El cerebro envía inmediatamente una señal indicando la necesidad de combustible para generar energía; y el combustible específico requerido no es ni grasa ni proteína, sino azúcar. Esto se debe a que nuestro cerebro depende exclusivamente del azúcar para producir energía. En consecuencia, tendemos a consumir apresuradamente alimentos con un alto contenido de azúcar. Existe otro factor clave en la forma en que el estrés impulsa la ingesta excesiva de alimentos, y este tiene que ver con las hormonas. El profesor Kim señala: «Cuando estamos bajo estrés, nuestro cuerpo necesita producir sustancias que nos ayuden a afrontarlo», y añade que «la serotonina es la más destacada de estas sustancias». Por ello, se dice que la secreción de la hormona serotonina es esencial para aliviar el estrés, permitiéndonos superarlo y seguir adelante con nuestra vida. Existen diversas formas de estimular la liberación de serotonina; algunas personas hacen ejercicio intenso o consumen alimentos picantes, mientras que otras recurren al alcohol o incluso a las drogas. El profesor Kim Sang-man afirma: «Comer todo lo que se nos antoja a nuestro gusto estimula la producción de serotonina, la hormona que ayuda a combatir el estrés», y agrega: «Por eso sentimos un deseo instintivo de comer cuando estamos bajo estrés» (Internet).

En el pasaje de hoy —Proverbios 23:3 y 6—, la Biblia nos advierte dos veces que no debemos «codiciar sus manjares» (o «desear su comida sabrosa»). Centrándome en este pasaje, quisiera reflexionar sobre tres puntos y recibir las enseñanzas que Dios tiene para nosotros.

En primer lugar, ¿qué significa codiciar manjares?

En Proverbios 23:3 y 6, el autor de Proverbios nos dice que no debemos «codiciar sus manjares». La expresión «codiciar manjares» se refiere aquí a la conducta propia de un glotón. Observemos la primera parte del versículo 21: «Porque el bebedor y el glotón empobrecerán...». El término traducido aquí como «glotón» se refiere a quienes incurren en la glotonería o en la ingesta excesiva de alimentos. La raíz latina de esta palabra, *gluttire*, significa "tragar de golpe" o "engullir"; concretamente, ingerir alimentos de manera rápida y ruidosa. Denota un exceso en la ingesta y el consumo desmedido de comida. Se dice que la Torá judía contiene 613 mandamientos, y que el número 169 prohíbe comer y beber en exceso (Wikipedia). La Biblia habla con frecuencia sobre el pecado de la gula. Sabemos que Sodoma y Gomorra cometieron pecados de inmoralidad sexual contra Dios. Sin embargo, en Ezequiel 16:49–50, el profeta Ezequiel afirma: «He aquí que esta fue la maldad de tu hermana Sodoma: soberbia, hartura de pan y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortalecieron la mano del afligido y del menesteroso. Y se llenaron de soberbia, e hicieron abominaciones delante de mí...». Según este pasaje, Ezequiel señala la «hartura de pan» —es decir, el comer en exceso— como uno de los pecados cometidos por Sodoma y Gomorra. Asimismo, el texto menciona que vivían en un estado de despreocupación (una vida de comodidad y descuido). En otras palabras, los habitantes de Sodoma y Gomorra llevaban una vida autocomplaciente, habiéndose saciado y hartado de comida. Esto también se contabilizó como parte de su pecado. Reflexionar sobre este pasaje de Ezequiel me trajo a la mente versículos de Deuteronomio 31:20 y 32:15, en los que medité durante el servicio de oración matutina de la semana pasada: «Porque los introduciré en la tierra que juré a sus padres, la cual fluye leche y miel; y comerán y se saciarán, y engordarán; y se volverán a dioses ajenos y les servirán, y me enojarán e invalidarán mi pacto... Engordó

Jesurún, y tiró coces (te engrosaste, te cubriste de grasa); entonces abandonó al Dios que lo hizo, y menospreció a la Roca de su salvación». Moisés previó que, una vez que los israelitas entraran en la Tierra Prometida de Canaán, comerían hasta saciarse y engordarían, volviéndose robustos y prósperos. Deuteronomio 8 describe la tierra de Canaán como una "buena tierra" (v. 7), un lugar donde el pueblo no carecería de nada y tendría abundancia de alimentos (v. 9), y una tierra de "suelo fértil" (v. 10). A Moisés le preocupaba que, a medida que los israelitas comieran hasta saciarse, construyeran hermosas casas para vivir (v. 12), prosperaran, acumularan plata y oro y vieran multiplicarse sus posesiones, sus corazones se enorgullecieran y les hicieran olvidar a Dios (vv. 13-14). Concretamente, temía que se dijeran a sí mismos: "Mi poder y la fuerza de mis manos han producido esta riqueza para mí" (v. 17). Al reflexionar sobre el pasaje de hoy a la luz de estos versículos, vemos que el deseo de comidas deliciosas —tal como lo tenían los israelitas— conduce a la saciedad y al sobrepeso, lo que en última instancia fomenta el orgullo en el corazón. En otras palabras, la glotonería está ligada a la arrogancia espiritual. Cuando uno se entrega a la comida hasta el exceso, no es solo el cuerpo el que se vuelve pesado; también el corazón se hincha de orgullo. En tal estado, el instinto humano nos impulsa a buscar una sensación de "seguridad carnal" en cosas que, a fin de cuentas, son vanas. Jesús habló de una persona así en Lucas 12:19: "Y diré a mi alma: 'Alma, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y regocíjate'".

Amigos, otro pasaje bíblico relacionado con el deseo intenso de comida se encuentra en Filipenses 3:19: «Su fin será la destrucción, su dios es el vientre y su gloria está en su propia vergüenza; solo piensan en lo terrenal». La Biblia afirma que el dios de los impíos —aquellos destinados a la destrucción— es su «vientre» (estómago). En otras palabras, los impíos son adictos al consumo voraz de alimentos (Torrey). ¿Creen que es posible que una persona sea adicta a comer? Cuando oímos la palabra «adicción», solemos pensar en el alcohol, las drogas, el juego o el sexo. Sin embargo, más recientemente han surgido términos como «adicción a Internet» y «adicción a las compras». Pero, ¿existe realmente la «adicción a la comida»? Un informe de la *Canadian Medical Association Journal* (CMAJ) del 9 de marzo

de 2010 abordó la posibilidad de que la «adicción a la comida» desempeñe un papel importante en la obesidad, una epidemia del siglo XXI que actualmente aumenta a un ritmo alarmante. La obesidad es causada por consumir más calorías de las que el cuerpo quema; algunos especialistas utilizan el término «adicción a la comida» para describir un estado en el que esta ingesta excesiva de calorías (comer en exceso) se vuelve «compulsiva» y escapa al propio control (Internet). En definitiva, considero apropiado interpretar la instrucción del texto de hoy —Proverbios 23:3 y 6, que advierte contra el deseo de «comida deliciosa»— como un llamado a evitar caer en la adicción a la comida.

En segundo lugar, ¿la comida deliciosa de quién es aquella que la Biblia nos advierte no codiciar? En el pasaje de hoy —específicamente en Proverbios 23:3 y 6—, la Biblia nos dice que no codiciemos «sus» manjares; ¿a quién se refiere ese «sus»? Observemos el versículo 1: «Cuando te sientes a comer con un gobernante, observa atentamente lo que tienes delante». En otras palabras, la Biblia nos dice que no codiciemos los manjares de un «gobernante». Además, el «gobernante» aquí mencionado no es un funcionario común, sino alguien rico y opulento (MacArthur). Es una persona influyente (MacDonald). Se nos dice que no codiciemos la comida deliciosa preparada por tal persona cuando ofrece un banquete. Sin embargo, al observar el versículo 6, vemos que la Biblia describe a este gobernante rico e influyente como un hombre de «ojo malo». Aunque «hombre de ojo malo» es una traducción precisa del hebreo original, las versiones en inglés a menudo lo traducen como «hombre tacaño». ¿A qué se debe esto? La expresión «ojo malo» aparece solo una vez más en el Antiguo Testamento aparte de Proverbios 23:6; concretamente en Proverbios 28:22: «El hombre de ojo malo se apresura tras las riquezas y no sabe que la pobreza vendrá sobre él». La Biblia afirma que el hombre de ojo malo solo se preocupa por acumular riquezas. Lo opuesto a un «ojo malo» es un «ojo bueno», tal como se describe en Proverbios 22:9: «El hombre generoso será bendecido, pues comparte su comida con los pobres». La expresión «el de ojo bueno» se traduce como «hombre generoso» en las Biblias en inglés porque tal persona comparte su alimento con los necesitados. Por el contrario, la persona de «ojo malo» no comparte su abundante comida con los pobres; esto se debe a que es

tacaña. En resumen, una persona de ojo malo es un avaro. Proverbios 23:7 describe la naturaleza de tal avaro: «Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él; te dice: "¡Come y bebe!", pero su corazón no está contigo» [(Versión Coreana Contemporánea) «Es alguien que siempre piensa primero en el costo. Aunque te invita a comer, su corazón no está realmente en ello»]. En otras palabras, el «gobernante» mencionado en el pasaje de hoy es alguien que siempre está preocupado por el costo. Que una persona tan tacaña ofrezca un banquete y sirva comida no es más que una muestra hipócrita de generosidad (Walvoord). Su corazón nunca está realmente con nosotros (v. 7). Tal persona llega incluso a maltratar a los pobres para obtener ventaja, mientras sirve comida deliciosa —y hasta ofrece sobornos— a quienes son más ricos que él (22:16). Al pensar en las figuras de avaros en la Biblia —esos individuos ricos que se niegan a compartir su abundancia con los demás— recuerdo a Nabal, el esposo de la sabia Abigail. ¿Quién era Nabal? Vivía en Carmel, en el territorio de Judá; según 1 Samuel 25:2, era un hombre de gran riqueza, dueño de tres mil ovejas y mil cabras. Su nombre, «Nabal», significa literalmente «necio» o «insensato» (versículo 25); de hecho, incluso su propia esposa lo consideraba un necio. Además, en palabras de la propia Abigail, Nabal era un «hombre malvado» (versículo 25). Incluso sus siervos lo describieron ante Abigail en términos similares, diciendo: «Es un hombre tan malvado que nadie puede hablar con él» (versículo 17). Nabal era un hombre con quien resultaba imposible razonar —alguien a quien tanto su esposa como sus siervos calificaban de «malvado»— y se le describía como alguien «áspero y de mal trato» (versículo 3). En consecuencia, pagó con maldad la bondad de David (versículo 21). David había tratado a Nabal con gran generosidad (versículo 15); sus hombres habían actuado como un muro protector para los siervos de Nabal, permaneciendo con ellos día y noche para salvaguardar tanto a los hombres como a los rebaños que cuidaban (versículos 15-16), asegurándose de que nada de lo suyo se perdiera (versículo 7). Sin embargo, debido a su naturaleza malvada, obstinada y mezquina, Nabal trató con desprecio y hostilidad a los mensajeros que David envió. Cuando los siervos de David llegaron pidiéndole que «mostrara favor a los hombres [de David]» (v. 8) y «diera lo que tuviera a mano a sus siervos y a su hijo David» (v. 8), Nabal

respondió: «¿Quién es David? ¿Quién es el hijo de Isaí? Muchos siervos se están rebelando contra sus amos en estos días» (v. 10).

Amigos, cuando comemos con una persona tacaña, debemos considerar quién está sentado frente a nosotros. Aunque parezcan generosos, no debemos olvidar su verdadero carácter. No debemos codiciar la deliciosa comida que sirven.

En tercer lugar, ¿por qué nos dice la Biblia que no debemos ansiar sus manjares? Observemos el texto de hoy, Proverbios 23:3: "No codicies sus manjares, pues esa comida es engañosa" [(Versión coreana contemporánea) "No codicies el banquete que él ofrece; podría ser un señuelo engañoso"]. La razón por la que se nos dice que no codiciemos los manjares de un gobernante es que dicha comida es engañosa: puede servir como una trampa para extraviarnos. ¿Cree usted que la comida puede actuar como un señuelo engañoso? Al plantear esto, recuerdo escenas de dramas coreanos en las que una persona rica y tacaña cena con un político. A menudo, la persona adinerada invita a comer al político poderoso y le ofrece un soborno para conseguir lo que desea, mientras que el político acepta la invitación precisamente para recibir dicho soborno. En última instancia, la estrategia del rico consiste en utilizar la comida como cebo —empleando el dinero para obtener lo que anhela—, mientras que el político muerde el anzuelo y accede a la petición del rico; ambos están claramente impulsados por la codicia. Al final, el significado de la comida no reside en los alimentos en sí, sino en los motivos subyacentes de los dos individuos que la comparten. ¿Cómo respondería usted si una persona adinerada le ofreciera una comida con la intención impura de obtener algo de usted? ¿Qué haría si, durante la cena, le ofrecieran un soborno a cambio de aquello mismo? Considere 2 Pedro 2:13: "Recibirán el pago del mal que han causado. Se deleitan en los excesos a plena luz del día; son manchas y defectos que disfrutan de sus propios engaños mientras banquetean con ustedes" [(Versión coreana contemporánea) "Al final, recibirán la paga de su maldad. Encuentran placer en los excesos a plena luz del día; son gente vil que engaña y se entrega al placer incluso en los banquetes donde se sientan con ustedes"]. ¿Qué significa esto?

Significa que los falsos maestros que no defienden la verdad pueden codiciar la comida, pero aun así nos engañan mientras están sentados a la misma mesa del banquete. Si caemos en su engaño, en el momento en que nos demos cuenta de que hemos sido extraviados, sentiremos tal repugnancia que querremos vomitar la misma comida que ingerimos (Proverbios 23:8) (Park Yun-sun). Además, las palabras de gratitud que expresamos al aceptar la comida resultarán haber sido en vano (versículo 8). Por tanto, no debemos codiciar la deliciosa comida que ofrecen tales falsos maestros; es, sin duda, comida engañosa (versículo 2).

¿Por qué tantas personas caen en la trampa del «alimento engañoso» de los falsos maestros? ¿Por qué tantas sucumben al anzuelo que ofrece un hombre rico de mirada malvada? ¿Podría ser debido a la necesidad? Cuando uno se encuentra en una situación desesperada —sin dinero ni posesiones, pero con una urgencia extrema de recursos—, ¿no resulta fácil morder el anzuelo financiero lanzado por un rico malvado? Sin embargo, una razón aún más poderosa reside en la codicia del corazón humano; el anzuelo del dinero se convierte inevitablemente en una tentación poderosa. En particular, si nos «agotamos tratando de enriquecernos» por codicia —tal como se describe en Proverbios 23:4—, somos muy vulnerables al anzuelo financiero que ofrecen los ricos malvados. Si nos afanamos por enriquecernos, ¿qué es lo que capta nuestra atención? ¿Acaso no es la riqueza? (Versículo 5). 1 Timoteo 6:9-10 afirma: «Los que quieren enriquecerse caen en tentación y en trampa, y en muchos deseos necios y dañinos que hunden a las personas en la ruina y la destrucción. Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Algunos, por codiciar el dinero, se han desviado de la fe y se han atormentado con muchos dolores». Quienes buscan enriquecerse caen en tentaciones y trampas; sucumben a deseos necios y dañinos, hundiéndose en la ruina y la destrucción. Aquellos que aman y codician el dinero se apartan de la fe y se infligen a sí mismos muchos sufrimientos. Por eso la Biblia ordena: «Pero tú, hombre de Dios, huye de todo esto» (Versículo 11). Amigos, al observar el pasaje de hoy —Proverbios 23:4—, la Biblia nos dice: «No te agotes tratando de enriquecerte; ten la sabiduría de mostrar moderación» (parafraseado según la *Versión Coreana Contemporánea*). No

debemos esforzarnos excesivamente por acumular riquezas, y debemos desechar nuestra propia sabiduría mundana y errónea. Debemos abandonar esa sabiduría humana que busca amasar fortuna mediante métodos mundanos y engañosos, en lugar de seguir la Palabra de Dios (Park Yun-sun). La expresión «desecha tu propia sabiduría» se traduce en la *Versión Coreana Contemporánea* como «ten la sabiduría de mostrar moderación». Al reflexionar sobre esta traducción, me di cuenta de que necesitamos poseer la sabiduría de la moderación. ¿En qué consiste, entonces, esta «sabiduría de la moderación»? Podemos abordarla desde dos perspectivas:

(1) La sabiduría de la moderación tiene que ver con nuestra forma de pensar.

Debemos pensar con detenimiento; concretamente, hemos de considerar quién es la persona que está sentada frente a nosotros (versículo 1). Al compartir una comida, conviene reflexionar profundamente sobre la naturaleza de quien se sienta al otro lado de la mesa. En otras palabras, en lugar de dejar volar nuestra imaginación o hacer suposiciones arbitrarias sobre la otra persona, debemos pensar con sabiduría. Necesitamos ejercer moderación en nuestros pensamientos. Debemos pensar sabiamente; en vez de creer ciegamente todo lo que la otra persona dice, hemos de escuchar con discernimiento y tratar de comprender los verdaderos motivos de su corazón.

(2) La sabiduría de la moderación implica dominio propio.

Observemos Proverbios 23:2, en el pasaje de hoy: «Si eres hombre dado al apetito, pon un cuchillo a tu garganta» (parafraseado según la *Versión Coreana Contemporánea*: «Por muy tentadora que parezca la comida, ejerce dominio propio»). Debemos practicar la moderación no solo en nuestros pensamientos, sino también con respecto a la comida. Aquí, la moderación respecto a la comida —especialmente considerando el contexto— se refiere a la moderación del corazón... Se trata de dominio propio. No debemos poner el corazón en nuestras riquezas, aun cuando estas aumenten (Salmo 62:10). Creo que el

dominio propio del corazón significa rechazar cualquier tentación de codicia y mantener un espíritu de contentamiento. Si no ejercemos tal dominio propio sobre nuestro corazón, sucumbiremos a la tentación de la codicia y nos convertiremos en sus esclavos. ¿Cómo podemos, entonces, adquirir esta sabiduría de la moderación? Por supuesto, el paso más importante es pedir sabiduría a Dios (Santiago 1:5); además, debemos buscar fervientemente el «dominio propio», que es un fruto del Espíritu Santo (Gálatas 5:23). Al hacerlo, debemos comprender profundamente la futilidad de codiciar riquezas. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 23:5: «¿Por qué fijas la mirada en lo que es pasajero? Pues las riquezas ciertamente se harán alas y volarán como un águila hacia el cielo». Por lo tanto, no debemos «poner nuestra esperanza en las riquezas que desaparecerán» (1 Timoteo 6:17).

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. A menudo consideramos que comer en exceso es simplemente un hábito que provoca sobrepeso, pero el profesor Kim Sang-man lo describe como una costumbre peligrosa que pone en riesgo la propia vida. Señala dos razones para ello: en primer lugar, comer en exceso amenaza la salud vascular; y en segundo lugar, genera un exceso de especies reactivas del oxígeno. «Dado que comer en exceso implica consumir más energía de la que el cuerpo puede utilizar, el excedente energético debe almacenarse en algún lugar. Ese lugar de almacenamiento son las células grasas. A medida que seguimos comiendo, estas células se expanden para guardar los nutrientes entrantes». Sin embargo, existe un límite en la cantidad de nutrientes que las células grasas pueden almacenar. Cuando alcanzan su capacidad máxima, el exceso de nutrientes circula por el torrente sanguíneo, causando estragos. La grasa se acumula en los vasos sanguíneos, provocando hiperlipidemia, mientras que la acumulación de azúcar debilita las paredes de los vasos, lo que puede causar hemorragias internas. Así, comer en exceso se ha convertido en una causa fundamental de innumerables dolencias en el siglo XXI. ... Cuando ingerimos alimentos, nuestro cuerpo utiliza oxígeno para el metabolismo energético. No obstante, inevitablemente, parte del oxígeno experimenta una combustión incompleta durante este proceso, dando lugar a la formación de especies reactivas del oxígeno (ERO), comúnmente

conocidas como radicales libres. Estas ERO son tristemente célebres por acelerar el envejecimiento y atacar indiscriminadamente los órganos internos, desencadenando así enfermedades crónicas. Comer en exceso provoca un aumento drástico en la producción de estas moléculas «rebeldes» dentro de nuestro organismo. El profesor Kim Sang-man subraya: «Evitar comer en exceso es la forma más segura de prevenir el envejecimiento y mantener una buena salud». Entonces, ¿cómo podemos evitar comer en exceso? Cuatro hábitos prácticos de estilo de vida incluyen comer despacio, fomentar la secreción de serotonina, evitar los alimentos con alto contenido de azúcar y no desarrollar una predilección por los sabores *umami* (sabores sabrosos o intensos). "Para evitar comer en exceso, también es necesario eliminar el glutamato monosódico (GMS) de la dieta. Esta es la clave para liberarse del atractivo de los sabores intensos y el camino más directo para prevenir la ingesta excesiva de alimentos. El profesor Kim señala: 'Vivimos en un mundo que es, en esencia, un paraíso de alimentos salados, dulces y deliciosos', y aconseja: 'La sabiduría para vivir en estos tiempos consiste en consumir alimentos de sabor relativamente suave siempre que sea posible y en abstenerse de comer a menos que realmente se sienta hambre'. Amigos, el pasaje bíblico de hoy —Proverbios 23:1-8— nos insta a no codiciar los 'manjares' de una persona rica y tacaña. No debemos desear la comida suntuosa que ofrece tal hombre, pues es engañosa; puede servir como una trampa para atraparnos. En lugar de esforzarnos desesperadamente por enriquecernos, debemos poseer la sabiduría del dominio propio. Hemos de pedir a Dios esta sabiduría para aprender a ejercer el autocontrol, especialmente sobre nuestro propio corazón. Al hacerlo, podremos rechazar cualquier tentación de codicia y vivir una vida de satisfacción plena solo en Jesús".

Cuatro lecciones

[Proverbios 23:9-14]

¿Cree usted que hay cristianos que ven la fe como un medio para obtener beneficio personal? Yo creo que sí. Encuentro el fundamento de esto en 1 Timoteo 6:5: «...constantes disputas entre personas de mente corrompida, privadas de la verdad, que piensan que la piedad es un medio de ganancia económica». La *Versión Coreana Contemporánea* de la Biblia afirma que, para quienes ven la fe como un medio de lucro, los conflictos no tienen fin; de hecho, una de las razones por las que el conflicto persiste hoy en la iglesia es precisamente porque hay personas que consideran la fe como una herramienta para su propio beneficio individual. Esto plantea la pregunta: «¿Por qué hay personas en la iglesia que ven la fe como un medio de ganancia?». La razón es que sus mentes se han corrompido y han perdido la verdad (versículo 5). En consecuencia, se vuelven arrogantes, deleitándose en disputas y discusiones, y albergando envidia, contiendas, calumnias y malos pensamientos (versículo 4). Entonces, ¿por qué se corrompieron sus mentes y perdieron la verdad? La causa es que no siguen «las palabras de nuestro Señor Jesucristo y la enseñanza que es conforme a la piedad» (versículo 3). Por lo tanto, debemos aprender diligentemente la Palabra de Dios y las enseñanzas relativas a la piedad, y vivir conforme a ellas.

Hoy, centrándome en el pasaje de Proverbios 23:9-14, quisiera reflexionar sobre cuatro lecciones que Dios nos transmite a través del autor de Proverbios. Es mi oración que todos recibamos humildemente estas cuatro lecciones y las pongamos en práctica en nuestras vidas.

La primera lección es: No hables a los oídos del necio. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 23:9: «No hables al necio, pues despreciará la sabiduría de tus palabras». Al meditar en el libro de Proverbios, hemos aprendido muchas lecciones sobre «el necio». Permítame citar algunos ejemplos: el necio habla sin cautela (10:8). En particular, pronuncia precipitadamente palabras duras en medio de la ira (15:1), hiriendo así los corazones de los demás (18:8). Sin embargo, el necio no es consciente del alcance del daño que inflige con las palabras que brotan de su boca durante sus arrebatos. En esos momentos de ira, solo piensa en sí mismo y no muestra preocupación alguna por el dolor que causa a los demás. Así, la boca del necio provoca contiendas (18:6) y atrae sobre sí mismo los golpes; en resumen, la boca del necio acarrea su propia ruina (vv. 6-7). Cabe destacar que el necio dice mentiras (19:5). Actúa con precipitación e imprudencia, impulsado por un celo carente de conocimiento (v. 2). Tras causar problemas con sus acciones, culpa a Dios (v. 3). El necio busca ganancias mal habidas (10:2) y es perezoso (v. 4). Incluso cuando es consciente de su mala conducta, no la corrige y persiste en su necedad (14:24). Como consecuencia, el necio está destinado a sufrir angustia en su corazón (v. 10). Además, el necio tiene una «mente cerrada», lo que lo convierte en una persona egoísta que solo se preocupa por sí misma; no obstante, tiene la «boca abierta», deseosa únicamente de expresar sus propias opiniones (18:2). La lección que el autor de Proverbios transmite en el pasaje de hoy, Proverbios 23:9, es que no debemos hablar a los oídos de un necio. ¿Cuál es la razón? Que el necio despreciará nuestras palabras de sabiduría. El Dr. Park Yun-sun señala que los términos hebreos para «necio» e «ingenuo» (o «persona simple») son distintos. Explica que, mientras el «ingenuo» se refiere a alguien cuya mente está abierta —y, por tanto, es vulnerable a seguir cualquier enseñanza—, el «necio» se refiere a alguien cuyo corazón se ha endurecido debido a pensamientos oscuros y malvados, así como a la arrogancia (Park Yun-sun). En consecuencia, el necio, que toma el pecado a la ligera (14:9), se niega a escuchar la reprensión de cualquiera (1:25). ¿Qué palabras se le pueden decir a una persona soberbia cuyo corazón ha sido endurecido por el pecado? Por muy sabias que sean tus palabras, no solo no las escuchará, sino que también las tratará con desprecio. Desestima tus palabras debido a su propia arrogancia; Debido a ese orgullo, él te menosprecia. ¿Por

qué sucede esto? Porque el necio aborrece la sabiduría. Observemos Proverbios 1:22: «¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza? ¿Hasta cuándo los burladores se deleitarán en sus burlas y los necios aborrecerán el conocimiento?». Por ello, Proverbios 9:8 afirma: «No reprendas al burlador, para que no te aborrezca; reprende al sabio, y te amará». No debemos reprender al necio ni al burlador, pues nos aborrecerían. En cambio, debemos reprender al sabio, ya que él nos amará.

La segunda lección consiste en no invadir los campos de los huérfanos.

Veamos el texto de hoy, Proverbios 23:10: «No muevas el antiguo lindero ni invadas los campos de los huérfanos». Respecto a la instrucción de no «mover el antiguo lindero», ya meditamos anteriormente sobre Proverbios 22:28, que dice: «No muevas el antiguo lindero que establecieron tus antepasados». Deuteronomio 19:14 declara: «No muevas el lindero de tu prójimo, establecido por tus antepasados en la tierra que el Señor tu Dios te da para que la poseas como herencia». En resumen, el mandato de no mover el antiguo lindero —es decir, la marca divisoria de un vecino establecida por los antepasados— significa que no debemos usurpar la propiedad ajena (Park Yun-sun). La razón es que quien invade la propiedad de otro incurre en la maldición de Dios (Deuteronomio 27:17). El Dr. Park Yun-sun interpretó este pasaje en un sentido más amplio, señalando que también implica que no debemos invadir el territorio de otra nación. ¿Por qué no debemos invadir el territorio de otra nación? Porque Dios es quien distribuyó los territorios de las naciones (Deuteronomio 32:8; 17:26). Un pueblo no debe invadir el territorio de otro porque se debe mantener el principio de respetar la propiedad ajena. Debemos respetar la propiedad de los demás; en particular, la segunda parte de Proverbios 23:10 —nuestro texto de hoy— nos ordena no «invadir los campos de los huérfanos». Esto significa que debemos respetar lo que pertenece a los huérfanos y abstenernos de invadir sus tierras. ¿Por qué? Porque Dios, como el "Padre de los huérfanos" (Salmo 68:5), ama a los huérfanos y ha establecido los límites que protegen sus derechos. Dios ha fijado límites no solo para los huérfanos, sino también para las viudas (Proverbios 15:25).

Sin embargo, al observar el Antiguo Testamento —específicamente la época del profeta Isaías—, encontramos que había israelitas que maltrataban a los huérfanos amados por Dios, en lugar de mostrarles amor. Podemos verlo en pasajes como Isaías 1:23 y 10:2: "Tus gobernantes son rebeldes, compañeros de ladrones; todos aman los sobornos y van tras las dádivas. No defienden la causa del huérfano; la causa de la viuda no llega ante ellos" (1:23); "¡Ay de los que dictan leyes injustas, de los que emiten decretos opresivos para privar a los pobres de sus derechos y negar justicia a los oprimidos de mi pueblo, haciendo de las viudas su presa y despojando a los huérfanos!" (10:2). ¿Puede imaginarlo? ¿Puede visualizar a un juez amante de los sobornos que no solo deja de defender la causa de un huérfano, sino que además emite un veredicto injusto? ¿Puede imaginar a alguien despojando a los huérfanos de sus derechos e incluso saqueando lo que les pertenece? ¿Cuánta tierra podría poseer un huérfano para que alguien llegara al extremo de saquearla? El Salmo 94:6 va aún más allá, afirmando que llegan incluso a matar a viudas y huérfanos. Sin embargo, hay algo que ellos desconocen: el mensaje que se encuentra en el texto de hoy, Proverbios 23:11: "Porque su Redentor es fuerte; Él defenderá su causa contra ti". Aquí, la palabra "Redentor" se traduce como "Defensor". En otras palabras, un Redentor es alguien que asume la responsabilidad de satisfacer las necesidades de una persona que no puede defenderse por sí misma (Walvoord). Entonces, ¿quién es el "Redentor" del que habla el autor de Proverbios? Es Dios mismo. Dios es el Redentor de los huérfanos. El Salmo 68:5 declara: "Padre de huérfanos, defensor de viudas, es Dios en su santa morada". Así, Dios hace justicia a los huérfanos (Deuteronomio 10:18). Cuando los huérfanos desamparados confían en el Señor, Él acude en su ayuda (Salmo 10:14). El Señor nos manda no oprimir (Jeremías 7:6; 22:3) ni maltratar (Éxodo 22:22; Zacarías 7:10) a las viudas y a los huérfanos, sino más bien ayudarlos (Deuteronomio 14:29; 24:19–21; 26:12). Esta es la clase de piedad que es pura y sin mancha delante de Dios el Padre (Santiago 1:27).

La tercera lección es prestar atención a la palabra de Dios.

La cuarta y última lección es disciplinar a su hijo.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 23:13: «No rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá». Al criar a los hijos que aman, la Biblia instruye a los padres en este versículo a no escatimar la disciplina. Sin embargo, parece que muchos padres hoy en día son reacios a disciplinar a sus hijos. En otras palabras, debido a un concepto erróneo del amor, omiten disciplinar a los hijos que son desobedientes. ¿Es este realmente el tipo de amor hacia sus hijos que Dios desea ver en los padres? Veamos Proverbios 13:24: «El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige». La Biblia afirma que los padres que verdaderamente aman a sus hijos los disciplinan fielmente. Por supuesto, la disciplina a la que se hace referencia aquí implica el uso de la vara. ¿Por qué la Biblia instruye a los padres que aman a sus hijos a disciplinar —o incluso a golpear con vara o azote— a aquellos que son desobedientes? Veamos Proverbios 22:15: «La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él». La razón por la que debemos disciplinar a nuestros hijos es que ello puede alejar la necedad enredada en sus vidas. Veamos Proverbios 29:15: «La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre». Otra razón por la que debemos disciplinar a nuestros hijos es para impartirles sabiduría. Veamos Proverbios 29:17: «Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma». Disciplinamos a nuestros hijos porque, al hacerlo, ellos traerán gozo y paz a nuestros corazones. El pasaje de hoy, Proverbios 23:14, expone así la razón para disciplinar a nuestros hijos: «Si lo castigas con vara, librarás su alma del Seol». Como padres que amamos a nuestros hijos, debemos disciplinarlos para rescatarlos de la muerte (Walvoord). También se trata de guiarlos para que caminen por la senda de la vida (10:17). Hebreos 12:6–8 habla de la disciplina de Dios Padre: «El Señor disciplina a quien ama y azota a todo aquel que recibe como hijo. Soporten las dificultades como disciplina; Dios los trata como a hijos. ¿Pues qué hijo no es disciplinado por su padre? Si no reciben disciplina —y todos pasan por ella—, entonces no son hijos legítimos, no son verdaderos hijos». Puesto que Dios Padre nos trata como a Sus hijos, Él nos disciplina cuando le desobedecemos y no nos arrepentimos de nuestros pecados. Sin embargo, Dios Padre nos disciplina «para nuestro propio bien» (versículo 10).

Aquí, «para nuestro propio bien» significa que, mediante Su disciplina, Dios nos capacita para participar de Su santidad (versículo 10). Además, Dios Padre nos disciplina para que podamos dar el «fruto de justicia y paz» (versículo 11). Por ello, la Escritura dice: «…Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni te desanimes cuando él te reprenda» (versículo 5).

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Hoy hemos aprendido cuatro lecciones basadas en el pasaje: no hablar a los oídos del necio, no invadir los campos de los huérfanos, prestar atención a la Palabra de Dios y disciplinar al niño. Oro para que todos nos comprometamos a poner en práctica estas lecciones.

Un hijo que verdaderamente alegra el corazón de sus padres (1)

[Proverbios 23:15-23]

Entre los estudiantes que perdieron la vida en el reciente naufragio del transbordador coreano *Sewol* se encontraba el joven Jeong Cha-ung (de 17 años). Jeong, quien era cinturón negro de Kendo (3.er dan) y soñaba con estudiar educación física, sacrificó su vida apenas un día antes de su cumpleaños al intentar salvar a otros; incluso le cedió su propio chaleco salvavidas a un amigo. Para el funeral, la familia eligió el sudario de menor costo —valorado en 416.000 wones— en lugar de la opción de mayor categoría, que superaba los 4 millones de wones. Su razonamiento fue que, dado que el funeral se financiaba con el dinero de los contribuyentes, no podían justificar el uso de artículos costosos. Según el coordinador funerario: «Cuando la familia de Jeong decidió celebrar un funeral sencillo, las familias de sus amigos, ubicadas en las salas contiguas, siguieron su ejemplo; solicitaron los mismos artículos funerarios y se unieron al espíritu de la familia de Jeong» (fuente de Internet). Al conocer esta historia, me pregunté qué habría en el corazón de los padres de aquel estudiante. Imaginé que, aun en medio de su dolor y pesar, debieron sentir un profundo orgullo por su hijo.

Durante la reunión de oración del miércoles pasado, al meditar en Proverbios 23:9-14, nos centramos en los versículos 13 y 14 para recibir la cuarta lección: «Disciplina al hijo». También analizamos varias razones por las que debemos disciplinar a nuestros hijos. La primera razón es, sencillamente, que los amamos (13:24). La Biblia afirma: «El que escatima la vara odia a su hijo». Asimismo, hemos aprendido que existen otros motivos para hacerlo:

alejar la necedad arraigada en la vida de nuestros hijos (22:15), impartirles sabiduría (29:15), librarlos de la muerte (23:14) y guiarlos por el camino de la vida (10:17). Además —y esto se relaciona directamente con el pasaje de hoy—, hemos aprendido que cuando disciplinamos a nuestros hijos, ellos traerán alegría y paz a nuestros corazones (29:17).

En el pasaje de hoy, Proverbios 23:15-16, el escritor afirma: «Hijo mío, si tu corazón es sabio, mi corazón también se alegrará; si tus labios hablan lo recto, mis entrañas se regocijarán». Al aplicar esto a la relación entre padres e hijos, significa que si nuestros hijos poseen corazones sabios y hablan lo recto, nuestros corazones de padres se llenarán de alegría y verdadero deleite. Aquí descubrimos quién trae verdaderamente alegría al corazón de un padre: el hijo que es sabio de corazón y habla lo recto. En resumen, el hijo que verdaderamente alegra el corazón de sus padres es aquel que presta atención a las enseñanzas de la verdad recibidas de padres sabios y vive en obediencia a dichas enseñanzas. El apóstol Juan experimentó esta misma alegría. Observemos 2 Juan 1:4: «Me llenó de gran alegría encontrar a algunos de tus hijos caminando en la verdad, tal como el Padre nos mandó». Veamos también 3 Juan 1:4: «No tengo mayor alegría que oír que mis hijos caminan en la verdad». El Dr. Park Yun-sun dijo una vez: «La única alegría de quien proclama la verdad reside en que las personas acepten esa verdad y vivan conforme a ella». ¿Compartimos usted y yo esta alegría?

Centrándome en el pasaje de hoy —Proverbios 23:15-23—, quisiera reflexionar sobre cinco verdades que aceptan y viven aquellos hijos que verdaderamente deleitan el corazón de sus padres. Mi oración es que nosotros también aceptemos primero estas verdades y vivamos conforme a ellas, dando ejemplo a nuestros hijos, para que nuestras familias se llenen de la gracia de ver a nuestros hijos viviendo también según esas mismas verdades.

La primera verdad es esta: no envidies en tu corazón la prosperidad de los pecadores, sino teme siempre a Dios.

Observemos Proverbios 23:17 en el pasaje de hoy: «No envidie tu corazón a los pecadores, antes bien, mantente siempre en el temor del Señor». Hay un par de frases que personalmente me desagrada escuchar en una conversación. A menudo veo estas dos expresiones en chats o comentarios en línea: «Gracias a ti» y «Te envidio». Por supuesto, escuchar «gracias a ti» es ciertamente más agradable que escuchar «por tu culpa». Sin embargo, por alguna razón, no me agrada mucho la frase «gracias a ti», ya que a menudo parece una mera formalidad o una cortesía vacía. Y cuando la gente me dice «te envidio», suelo pensar: «¿Por qué envidiarme? No hay motivo para la envidia...». Creo que simplemente deberíamos aceptar, agradecer y encontrar satisfacción en las circunstancias que el Señor ha otorgado a cada uno de nosotros. Recuerdo una ocasión, durante un chat grupal, en la que un miembro le dijo a otro: «Si los envidias, pierdes».

En el pasaje de hoy, Proverbios 23:17, la Biblia nos dice: «No envidie tu corazón a los pecadores». No obstante, en realidad, creo que es sumamente difícil evitar verdaderamente sentir envidia en nuestro corazón por la prosperidad de los pecadores. Poner en práctica esta verdad es, a mi parecer, imposible sin la gracia de Dios, especialmente cuando nosotros mismos estamos sufriendo. Imagínese esto: usted se esfuerza por seguir a Jesús y vivir conforme a su Palabra, pero afronta una prueba dolorosa tras otra; mientras tanto, ve a alguien que ni siquiera cree en Jesús llevando una vida de comodidad y abundancia, con una riqueza que crece constantemente. ¿No sentiría envidia de esa persona? Si los justos sufren mientras los pecadores siguen prosperando, ¿no envidiaría usted la prosperidad de ese pecador? Personalmente, cuando pienso en una persona justa que sufre y envidia a un pecador próspero, recuerdo el Salmo de Asaf (Salmo 73). Asaf, el salmista, envidiaba a los soberbios al ver la prosperidad de los impíos (versículo 3). Aquí, la prosperidad de los impíos se refiere a una vida en la que «gozan de buena salud y sin sufrimientos, sin enfrentar jamás las adversidades o enfermedades que otros padecen» (versículos 4-5, *Versión Coreana Contemporánea*). Ellos «viven siempre con comodidad y su riqueza aumenta día tras día» (versículo 12, *Versión Coreana Contemporánea*). En consecuencia, son soberbios y su codicia no conoce límites (versículos 6-7, *Versión Coreana Contemporánea*). Se burlan de

los demás, hablan con maldad, actúan con soberbia y amenazan sutilmente a quienes los rodean (versículo 8, *Versión Coreana Contemporánea*). Incluso hablan en contra de Dios mismo (versículo 9, *Versión Coreana Contemporánea*). Sin embargo, hay muchas personas profundamente influenciadas por su maldad (v. 10). Al observar esto, el justo Asaf —a diferencia de los impíos— se vio «afligido todo el día y castigado cada mañana» (v. 14). Desde la perspectiva de Asaf, presenciar la prosperidad de los impíos hacía que envidiarlos fuera algo totalmente comprensible. Su envidia era tan intensa que llegó a decir: «En vano he vivido con un corazón puro y sin cometer pecado» (v. 13).

En el pasaje de hoy, Proverbios 23:17, la Biblia nos ordena: «No envidie tu corazón a los pecadores». ¿Cuál es la razón? Encontré la respuesta en el versículo 18: «Ciertamente hay un futuro para ti, y tu esperanza no será cortada». Si bien este versículo explica por qué debemos temer siempre a Dios, también lo consideré desde la perspectiva opuesta: la razón por la que no debemos envidiar la prosperidad de los pecadores es que ellos no tienen futuro ni esperanza. Fue al entrar en el santuario de Dios que el salmista Asaf comprendió el futuro —o el fin último— de estos pecadores sin esperanza (Salmo 73:17). ¿Cuál es su fin? Observemos el Salmo 73:18–20: «Ciertamente los has puesto en terreno resbaladizo; los has precipitado a la ruina. ¡Qué repentinamente son destruidos, totalmente barridos por el terror! Como un sueño al despertar, así, cuando te levantes, oh Señor, despreciarás su imagen». En el Salmo 37:1–2, David, el salmista, escribió: «No te irrites a causa de los malhechores, ni envidies a los que hacen iniquidad. Porque pronto serán cortados como la hierba, y se marchitarán como la hierba verde». Este es precisamente el fin —el destino final— de los impíos. Serán cortados rápidamente como la hierba y se marchitarán como la vegetación verde; su fin es la ruina, la destrucción y la aniquilación. Por eso la Biblia nos manda no envidiar su prosperidad en nuestros corazones. En cambio, la Biblia nos dice que «temamos al SEÑOR en todo tiempo» (Proverbios 23:17b). ¿Por qué? Porque para aquellos que temen a Dios continuamente, ciertamente hay un futuro y una esperanza (versículo 18). Aquí, la palabra «futuro» significa el «fin» o destino último de la persona; para el creyente, este fin se refiere a la vida venidera (Park Yun-sun). En otras palabras, los cristianos sabios

que temen a Dios en todo tiempo poseen la esperanza de la vida venidera. ¿Cuál es, entonces, esta esperanza de la vida venidera que tenemos los cristianos? El Salmo 73:24b afirma: «...y después me recibirás en gloria». Es la esperanza de que el Señor mismo nos recibirá en gloria. Por eso Proverbios 14:32b declara: «El justo tiene esperanza en su muerte». Mi oración es que tú y yo vivamos siempre temiendo a Dios, aferrándonos a esta esperanza de la vida venidera. No envidiemos en nuestros corazones la prosperidad de los pecadores; ellos no tienen futuro ni esperanza. La segunda verdad es la enseñanza de escuchar, adquirir sabiduría y guiar el corazón por el camino correcto.

Amigos, ¿cuál es el instinto pecaminoso de nuestros corazones? Si bien podemos encontrar referencias a este instinto pecaminoso en muchos lugares de la Biblia, permítanme leer solo tres pasajes: (1) «Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, la inmoralidad sexual, los robos, los falsos testimonios y las calumnias» (Mateo 15:19); (2) «Las obras de la carne son evidentes: inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y hechicería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, ambición egoísta, disensiones, facciones y envidia; borracheras, orgías y cosas semejantes...» (Gálatas 5:19-21); y (3) «La gente amará el dinero y a sí misma; serán jactanciosos, orgullosos, injuriosos, desobedientes a sus padres, ingratos, impíos...» (2 Timoteo 3:2). Uno de estos instintos pecaminosos es el amor al dinero; al respecto, 1 Timoteo 6:10 afirma: «Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Por codiciarlo, algunos se han desviado de la fe y se han causado muchísimos dolores». ¿Saben quiénes amaban el dinero en los tiempos de Jesús? Los fariseos (Lucas 16:14). Cuando Jesús dijo: «Ningún siervo puede servir a dos señores. O bien odiará a uno y amará al otro, o se dedicará a uno y despreciará al otro. No pueden servir a Dios y al dinero», los fariseos —que amaban el dinero— escucharon esto y se burlaron de Él (versículo 14). La lección aquí es que, incluso dentro de la iglesia actual, una persona profundamente religiosa —o un líder— puede fallar en guiar su corazón por el camino correcto mediante la sabiduría del temor a Dios. En consecuencia, al igual que los fariseos, podrían parecer externamente celosos en su vida religiosa, pero albergar interiormente amor por el dinero, viviendo en pecado impulsados por la codicia.

Todos debemos escuchar las palabras de Dios Padre, adquirir sabiduría y guiar nuestros corazones por el camino correcto. Para ello, nuestra primera y más diligente tarea es escuchar verdaderamente las palabras de Dios Padre. Observemos Proverbios 4:10–11: «Escucha, hijo mío, acepta mis palabras, y los años de tu vida serán muchos. Te instruyo en el camino de la sabiduría y te guío por sendas rectas». A través de Su palabra, Dios Padre nos enseña el camino de la sabiduría y la senda de la justicia. Debemos escuchar, aprender y aceptar estas enseñanzas con humildad. Al hacerlo, adquirimos sabiduría; y con esa sabiduría, podemos apartarnos del mal por reverencia a Dios. Además, debemos atesorar las palabras de Dios Padre en nuestros corazones y ponerlas en práctica. Veamos Proverbios 4:4: «Mi padre me enseñaba y decía: "Guarda mis palabras en tu corazón; obedece mis mandamientos y vivirás"». No solo debemos escuchar y aceptar las palabras de Dios Padre, sino también guardarlas en nuestros corazones y obedecerlas. Cuando atesoramos Su palabra en nuestros corazones, estos se vuelven rectos. Y con un corazón recto —temiendo a Dios y guardando las palabras que hemos escuchado y aceptado— podemos caminar por la senda correcta sin desviarnos ni a la izquierda ni a la derecha. La tercera verdad es la instrucción de no juntarse con aquellos que se entregan a la embriaguez o a la glotonería.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 23:20: «No te juntes con los que beben demasiado vino ni con los que se atiborran de carne». En un sermón que impartí durante un culto dominical hacia noviembre de 2011 —específicamente bajo el título «No te juntes»— abordé el pasaje de 1 Corintios 5:9–13. El mensaje central de ese pasaje es que no debemos juntarnos en absoluto con nadie que sea sexualmente inmoral, codicioso, idólatra, injuriador (que usa lenguaje soez habitualmente), borracho o estafador. El significado literal de la palabra griega traducida aquí como «juntarse» es «mezclarse con». En otras palabras, la Biblia nos enseña a no mezclarnos estrecha o íntimamente con aquellos que son sexualmente inmorales, codiciosos, idólatras, injuriadores, borrachos o estafadores. Sin embargo, las personas con las que el apóstol Pablo nos advierte que no debemos juntarnos

—los sexualmente inmorales, los codiciosos, los idólatras, los injuriadores, los borrachos y los estafadores— no son incrédulos. Pablo se refiere a un hermano o hermana que, al persistir en un pecado del cual no se arrepiente (versículo 11), ejerce una influencia dañina sobre toda la iglesia; nos instruye no solo a juzgar a tales individuos (versículo 12) y evitar una relación estrecha con ellos, sino a romper totalmente la comunión con ellos. Pablo va aún más allá, ordenando que no solo evitemos relacionarnos con tales miembros de la iglesia y cortemos los vínculos, sino que también expulsemos por completo a la persona malvada de la iglesia (versículo 13). En otras palabras, Pablo nos instruye a cortar no solo la comunión espiritual, sino también la comunión en la mesa (v. 13). ¿Cuál es la razón de esto? Preservar la pureza de la iglesia del Señor.

En el pasaje de hoy, Proverbios 23:20, el autor de Proverbios también nos dice que no nos asociemos con ciertas personas. ¿Con quiénes no debemos asociarnos? Con aquellos que son «bebedores empedernidos de vino» y «glotones comedores de carne». ¿Quiénes son estas personas? Son aquellas que viven una vida de desenfreno y excesos (Park Yun-sun). En resumen, son personas que llevan una vida disoluta. ¿Por qué nos dice la Biblia que no nos asociemos con quienes beben en exceso? Una razón se encuentra en Proverbios 20:1: «El vino es escarnecedor y la bebida fuerte alborotadora; quien por ellos se deja extraviar, no es sabio». ¿Por qué debemos evitar relacionarnos con bebedores empedernidos? Porque el alcohol vuelve a las personas arrogantes y hace que se vuelvan escandalosas y pendencieras. Además, dado que cualquiera que se deja extraviar por tal alcohol carece de sabiduría, no debemos asociarnos con quienes se entregan a él. Otra razón se encuentra en Proverbios 23:29–30: «¿Quién tiene el ay? ¿Quién tiene el dolor? ¿Quién tiene las contiendas? ¿Quién tiene las quejas? ¿Quién tiene las heridas sin causa? ¿Quién tiene los ojos enrojecidos? Los que se demoran mucho con el vino; los que van a buscar vino mezclado». La razón por la que no debemos emborracharnos es que quienes lo hacen se enfrentan al «ay», al «dolor», a las «contiendas», a las «quejas» y a las «heridas». Además, se nos advierte contra la embriaguez porque conduce a decir «cosas perversas» (v. 33) y provoca una pérdida de sensibilidad, llegando a esclavizar a la persona de tal manera que no puede

liberarse del hábito (v. 35). El pasaje de hoy, Proverbios 23:21, expone la razón de la siguiente manera: «Porque el bebedor y el glotón llegarán a la pobreza, y la somnolencia vestirá al hombre de harapos». La Biblia advierte que no debemos juntarnos con borrachos, ya que inevitablemente caerán en la pobreza. ¿Por qué se empobrecen? Porque, además de malgastar sus bienes en una vida de desenfreno (Efesios 5:18; cf. Lucas 15), son perezosos y prefieren dormir (Proverbios 23:21). Por eso la Biblia nos ordena repetidamente no emborracharnos (Efesios 5:18; Romanos 13:13; 1 Corintios 5:11, 6:10).

Entonces, ¿quiénes son aquellos que «codician la carne»? En realidad, son glotones: personas que desean la comida en exceso. En otras palabras, quienes codician la carne son glotones. ¿Qué es la «gula»? Se define como el consumo desordenado de alimentos, un hábito que embota la mente, debilita el control de la razón y degrada la dignidad humana. En última instancia, ya sea emborrachándose o entregándose a la gula con la carne, el consumo excesivo conduce al letargo y a la somnolencia, desembocando finalmente en la pobreza (Walvoord). Por tanto, la Biblia nos instruye a no relacionarnos con bebedores empedernidos ni con glotones. Como indica el pasaje de hoy —Proverbios 23:19—, debemos atender este consejo, adquirir sabiduría y guiar nuestro corazón por el camino correcto. Debemos andar por la senda recta en lugar de seguir el camino del desenfreno.

La cuarta verdad es la instrucción de escuchar a tu padre y no menospreciar a tu madre.

Observa el texto de hoy, Proverbios 23:22: «Escucha a tu padre, que te dio la vida, y no menosprecies a tu madre cuando envejezca». Como padres, ¿sienten alegría y felicidad al pensar en sus hijos? ¿Cuándo experimentan tal alegría y felicidad gracias a ellos? ¿Acaso no es cuando obedecen sus palabras? ¿Cómo se sentirían si sus hijos los desobedecieran? ¿Cuánto sufriría su corazón si incluso llegaran a menospreciarlos? Madres, en particular: ¿cómo se sentirían si sus hijos ignoraran sus palabras o incluso las trataran con desprecio? Según Proverbios 23:15-16, la Biblia afirma que el hijo que trae alegría y felicidad al corazón de sus padres es aquel que es sabio y habla con rectitud. Tal hijo sabio escucha las palabras

de sus padres (versículos 19, 22). Incluso si esas palabras son una reprensión, el hijo escucha con humildad (25:12). Además, adquiere mayor sabiduría y guía su corazón por el camino correcto (23:19). Nunca permite desviarse hacia un camino de desenfreno (versículo 20). Un hijo sabio no menosprecia a sus padres simplemente porque han envejecido (versículo 22). Por el contrario, el hijo que menosprecia a sus padres por su vejez carece de sabiduría (11:12); en otras palabras, es un necio. Es más, la razón por la que un hijo necio menosprecia a sus padres es que menosprecia la Palabra de Dios (13:13). Considera esto: aunque la Biblia afirma claramente en Efesios 6:1: «Hijos, obedezcan a sus padres en el Señor, porque esto es lo correcto», el hijo necio ignora y desprecia esa palabra y, por tanto, no obedece a sus padres. El hijo necio, falto de sabiduría, no solo menosprecia la Palabra de Dios, sino que también trata con desprecio las palabras de sus padres, negándose a escucharlas (23:9). Tal comportamiento no es correcto ante los ojos de Dios; es un pecado contra Él (14:21). Como hemos reflexionado anteriormente sobre Proverbios 17:25, la Biblia dice: «El hijo necio es pesadumbre para su padre y amargura para la madre que lo dio a luz». Un hijo necio que menosprecia la Palabra de Dios y desdeña las palabras de sus padres se convierte en una fuente de dolor y aflicción para ellos. Tal hijo se burla de sus padres y se niega a obedecerlos (30:17). En consecuencia, abandona las instrucciones y enseñanzas de sus padres (cf. 1:8, 6:20), trayéndoles vergüenza y deshonra (19:26). Por el contrario, un hijo sabio brinda alegría y regocijo a sus padres (10:1, 15:20). Presta atención a las palabras de sus padres porque los respeta y los honra. Dios nos ha mandado «obedecer y honrar a nuestros padres en el Señor» (Efesios 6:1-2). Cuando atendemos esta Palabra de Dios, las bendiciones vendrán sobre nosotros (Deuteronomio 28:2), y llevaremos alegría y felicidad a nuestros padres.

La quinta verdad es la instrucción de no vender —sino más bien adquirir— la verdad, la sabiduría, la instrucción y el entendimiento.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 23:23: «Compra la verdad y no la vendas; compra también la sabiduría, la instrucción y el entendimiento». Por lo general, la mentalidad de un

comerciante consiste en comprar mercancías a bajo costo y venderlas a un precio más alto; el objetivo es obtener ganancias. Sin embargo, desde la perspectiva del comprador, existen generalmente dos mentalidades. Una es el deseo de gastar la menor cantidad de dinero posible: comprar cosas baratas. La otra es la disposición a realizar cualquier inversión necesaria para adquirir algo si se considera que es verdaderamente valioso. En Proverbios 23:23, la Biblia nos dice que compremos la verdad, la sabiduría, la instrucción y el entendimiento. ¿Por qué dice esto la Biblia? Porque estas cosas poseen un valor inmenso. Veamos Proverbios 4:7: «La sabiduría es lo supremo; adquiere, pues, sabiduría. Aunque te cueste todo lo que tienes, adquiere entendimiento». ¿Qué significa esto? Significa que, dado que la sabiduría es suprema, debemos adquirirla a cualquier precio. Al aplicar esto al pasaje de hoy, la razón por la que la Biblia nos dice que compremos —pero no vendamos— la verdad, la sabiduría, la instrucción y el entendimiento es que poseen una importancia suprema. Sin embargo, como ya sabemos, la verdad no es algo que pueda comprarse o venderse en sentido comercial; la verdad es algo que debe *alcanzarse*. Y Dios nos ha dado esa verdad gratuitamente, como un regalo, a través de Jesucristo. Observemos Isaías 55:1: «¡Venid, todos los sedientos, venid a las aguas! Y los que no tenéis dinero, ¡venid, comprad y comed! Venid, comprad vino y leche sin dinero y sin costo alguno». La Biblia nos invita a venir —incluso si no tenemos dinero— sin pagar nada. ¿Qué significa esto? Significa que podemos hacer nuestra la verdad sin pagar precio alguno. En realidad, puesto que Jesucristo pagó el precio en nuestro lugar, hemos recibido esa verdad gratuitamente (Park Yun-sun). Debemos valorar profundamente esta verdad que hemos recibido con tanta generosidad. Además, tal como enseña el libro de Proverbios, debemos considerar la sabiduría como nuestra máxima prioridad. Por tanto, debemos esforzarnos al máximo por obtener esa verdad y esa sabiduría. Debemos orar a Dios con fe para comprender la verdad y adquirir una sabiduría cada vez mayor (cf. Santiago 1:5). También debemos meditar en la palabra de verdad de Dios día y noche. Oro para que todos seamos personas que escuchen esa palabra de verdad, la obedezcan y, de este modo, adquieran sabiduría.

Quisiera concluir esta meditación. Debemos llegar a ser hijos de Dios que verdaderamente agraden a nuestro Padre Celestial. Para lograrlo, debemos ser hijos sabios de Dios (Proverbios 23:15-16). Los hijos sabios de Dios escuchan las cinco lecciones de verdad recibidas de su Padre Celestial y viven en obediencia a ellas. Esas cinco verdades son: (1) no envidies en tu corazón la prosperidad de los pecadores, sino teme siempre a Dios (v. 17); (2) escucha y adquiere sabiduría, guiando tu corazón por el camino correcto (v. 19); (3) no te asocies con aquellos que se entregan al vino o se atiborran de carne (v. 20); (4) escucha a tu padre y no menosprecies (ni mires en menos) a tu madre (v. 22); y (5) no te apartes de —ni dejes de adquirir— la verdad, la sabiduría, la instrucción y el entendimiento (v. 23). Ruego que todos podamos agradar verdaderamente a Dios al escuchar y obedecer estas palabras de verdad.

¡No envidies!

«No dejes que tu corazón envidie a los pecadores; más bien, esfuérzate siempre por temer al Señor» (Proverbios 23:17).

Me pregunto: «¿A quién o a qué envidio realmente?». ¿Envidio a los pastores de iglesias grandes, o a las iglesias con grandes congregaciones? También me pregunto: «¿Me comparo con algún pastor y su iglesia?». La razón por la que me pregunto esto es que la comparación suele ser la raíz de la envidia. ¿A quién o a qué envidias tú? La gente puede envidiar la abundancia económica y a los ricos que la disfrutan; podemos envidiar fácilmente a quienes poseen lo que nos falta y las circunstancias de las que disfrutan. Esto aplica tanto a niños como a adultos; un niño puede sentir envidia fácilmente si un amigo tiene algo que él no tiene. Sin embargo, una situación que nos resulta difícil de comprender o aceptar es que los justos —aquellos que creen en Jesús— sufren, mientras que los malvados prosperan. Cuando presenciamos la prosperidad de los impíos, es natural que nos preguntemos por qué Dios, si está vivo, permite que prosperen en lugar de juzgarlos; podemos hacernos esta pregunta con un corazón apesadumbrado y angustiado. La Biblia ofrece una respuesta clara: el mandamiento de no envidiar la prosperidad de los pecadores.

¿Por qué nos manda la Biblia no envidiar la prosperidad de los pecadores? La razón es que los pecadores y malhechores no tienen futuro, y su luz se apagará (24:20). Por eso, el salmista —y de hecho las Escrituras— nos manda no envidiar el éxito de los malhechores ni albergar ira contra ellos (v. 19). Dado que el fin último de los pecadores y malhechores es la destrucción (Salmo 73:17-20), no hay necesidad de envidiar su prosperidad. En cambio, la Biblia nos manda «temer a Dios» (Proverbios 23:17). La razón es que quienes temen a Dios

tienen un futuro, y su esperanza no se verá frustrada. Debemos prestar atención a esta palabra; debemos escuchar y adquirir sabiduría, permitiendo que esa sabiduría guíe nuestros corazones por el camino correcto (v. 19). Por lo tanto, sin desviarnos ni a la izquierda ni a la derecha, debemos caminar por el camino de justicia que el Señor mismo recorrió. No envidiemos la prosperidad de los impíos.

Hijos que verdaderamente alegran el corazón de sus padres (2)

[Proverbios 23:24-35]

Hasta la reunión de oración del miércoles pasado, meditamos en Proverbios 23:15-23 bajo el título: "Hijos que verdaderamente alegran el corazón de sus padres". Elegí este título debido a las palabras que se encuentran en los versículos 15 y 16: "Hijo mío, si tu corazón es sabio, mi corazón —sí, mi propio corazón— se regocijará; si tus labios hablan lo correcto, mi ser más íntimo se alegrará" [(Versión coreana contemporánea) "Hijo mío, si eres sabio, mi corazón se alegrará; si hablas lo correcto, verdaderamente me regocijaré"]. Estos versículos nos dicen que, si nuestros hijos poseen corazones sabios y pronuncian palabras de honestidad (o rectitud), el corazón de los padres se llenará de gozo y alegría. Aquí descubrimos quiénes son exactamente estos hijos: aquellos que verdaderamente deleitan el corazón de sus padres. Son hijos que poseen sabiduría en su corazón y hablan lo correcto. En resumen, un hijo que verdaderamente alegra a sus padres es aquel que presta atención a las enseñanzas de la verdad recibidas de padres sabios y vive en obediencia a dichas enseñanzas.

En el pasaje de hoy, Proverbios 23:25, la Biblia transmite un mensaje similar: "Haz que tu padre se alegre y que la madre que te dio a luz se regocije". Una vez más, la Biblia nos ordena: "Haz que tu padre se alegre y que la madre que te dio a luz se regocije". En otras palabras, el mandato que Dios nos da puede resumirse así: "Alegra a tus padres". ¿Cómo podemos, entonces, alegrar verdaderamente a nuestros padres? Encontré la respuesta en el versículo 24 del pasaje de hoy: "El padre de un hombre justo se regocijará grandemente, y quien

engendra a un hijo sabio se deleitará en él". Para alegrar a nuestros padres, debemos convertirnos en "hijos sabios" y en "personas justas". Además, para agradar a nuestro Padre Celestial, nosotros —como hijos de Dios justificados mediante la fe en Jesús— debemos vivir vidas justas y caminar con sabiduría, guiados por la sabiduría que Dios nos ha dado. Entonces, ¿qué significa vivir sabiamente como una persona justa? Observemos el versículo 26: «Hijo mío, dame tu corazón y que tus ojos observen mis caminos». Para vivir sabiamente en este mundo como personas justificadas por la fe en Jesús, debemos ofrecer nuestro corazón a Dios Padre, fijar la mirada en el camino del Señor y andar por él. ¿Cuál es, entonces, este camino del Señor por el que debemos andar al ofrecer nuestro corazón a Dios y mirar hacia la senda que Él revela? En el pasaje de hoy, la Biblia nos dice que no debemos mirar, ni poner el corazón en, ni andar por dos caminos específicos. ¿Cuáles son esos dos caminos?

En primer lugar, el camino que no debemos mirar, ni desear, ni recorrer es el camino de la mujer adúltera.

Veamos Proverbios 23:27, que forma parte del pasaje de hoy: «Porque la mujer adúltera es un pozo profundo, y la mujer ajena es una trampa estrecha». Al meditar en el libro de Proverbios, vemos que el autor nos ha advertido y amonestado repetidamente sobre la mujer adúltera. Consideremos Proverbios 2:16: «La sabiduría te librará también de la mujer adúltera, de la mujer ajena que seduce con sus palabras». El escritor de Proverbios nos dice que la sabiduría nos protege y nos libra de tales mujeres. Aquí se señala que estas mujeres atrapan a las personas con sus palabras (versículo 16). Proverbios 5:3-4 lo describe vívidamente: «Porque los labios de la mujer adúltera destilan miel, y su hablar es más suave que el aceite; pero al final es amarga como el ajenjo, afilada como una espada de dos filos». ¡Qué tentación tan aterradora es esta: un peligro capaz de arrebatarnos tanto la vida como la fe! Al reflexionar sobre este pasaje, recuerdo el relato que comienza en Proverbios 7:6. Un joven insensato, falto de sabiduría, vaga a altas horas de la noche por el callejón de una mujer adúltera, dirigiéndose hacia la casa de ella. Una mujer astuta —vestida como

prostituta— lo agarra, lo besa y, con descaro, le dice: «Hoy he cumplido mis ofrendas de paz y he pagado mis votos. Por eso salí a tu encuentro; te busqué y te hallé. He tendido mi cama con finos lienzos y colchas estampadas de Egipto, y la he perfumado con mirra, áloe y canela. Ven, saciémonos de amor hasta la mañana; deleitémonos en el amor. Mi esposo está de viaje largo; se llevó una bolsa de plata y no regresará hasta mediados de mes» (versículos 14–20). Esta mujer lasciva seduce al joven con palabras halagadoras y seductoras, y él la sigue de inmediato. La Biblia lo describe yendo «como un buey al matadero, o como un necio al castigo del cepo» (v. 22). ¿Cómo puede uno rechazar y vencer la tentación de tal adúltera, tal como lo hizo José? Observemos Proverbios 7:1–5: «Hijo mío, guarda mis palabras y atesora mis mandamientos en tu interior; guarda mis mandamientos y vive, y mi enseñanza como a la niña de tus ojos; átalos a tus dedos; escríbelos en la tabla de tu corazón. Di a la sabiduría: "Tú eres mi hermana", y llama a la inteligencia tu amiga íntima, para que te guarden de la mujer prohibida, de la adúltera con sus palabras lisonjeras». Solo la sabiduría dada por Dios puede preservarnos de caer en las tentaciones de la adúltera que nos seduce con sus palabras. Solo la sabiduría puede guardarnos, protegernos y rescatarnos de ellas. Además, las adúlteras carecen de fidelidad conyugal. Observemos Proverbios 2:17: «que abandona al compañero de su juventud y olvida el pacto de su Dios». La adúltera es aquella que abandona a su esposo —su compañero matrimonial— y rompe el pacto matrimonial hecho ante Dios (Génesis 2:24). En resumen, la adúltera carece de fidelidad. Es alguien que ha desechado su pureza como un trapo sin valor, acostándose con un hombre tras otro. Respecto a la casa de tal mujer adúltera, la Biblia afirma en Proverbios 2:18 que «su casa conduce a la muerte, y sus senderos a los muertos [el Seol]». ¿Qué significa esto? El mensaje es que, si tú y yo seguimos a la adúltera, finalmente enfrentaremos la destrucción [(Prov. 2:19) «Ninguno de los que van a ella regresa jamás, ni alcanzan los senderos de la vida»]. ¿Cómo nos protege y rescata, entonces, la sabiduría de la adúltera? La sabiduría de Dios nos protege y nos libra al evitar que nos unamos al camino de la adúltera (v. 12).

La adúltera nos tienta constantemente, buscando apartarnos del camino recto para llevarnos por una senda torcida y malvada. A nuestros ojos físicos, sus tentaciones pueden parecer atractivas: agradables a la vista, apetecibles y aparentemente deseables para adquirir sabiduría. Sin embargo, la sabiduría nos permite ver el camino de la adúltera con ojos espirituales. En consecuencia, la sabiduría revela que su camino conduce a la destrucción; no solo nos impide participar en sus caminos, sino que también evita que siquiera caminemos junto a ella. En el pasaje de hoy, Proverbios 23:27, el escritor afirma: «Porque la adúltera es un foso profundo, y la mujer extraviada es un pozo estrecho». ¿Qué significa esto? Significa que sucumbir a la tentación de la adúltera equivale a caer en un foso profundo o en una trampa estrecha de la cual no hay escapatoria. El escritor de Proverbios ya había señalado en 22:14 que «la boca de la adúltera es un foso profundo». En otras palabras, ella cava un foso profundo y —como se describe en Proverbios 23:28— acecha como un ladrón; divisa a un joven insensato y falto de juicio (7:7) y procede a seducirlo. Esa adúltera no solo seduce a un hombre, precipitándolo a un foso profundo y llevándolo a pecar contra Dios, sino que también hace que se multiplique el número de los malvados (23:28). ¿Qué significa esto? Significa que seduce a muchos hombres —particularmente a los casados— y los conduce a la infidelidad. Como resultado, hace que sean infieles no solo a sus esposas, sino también a Dios. ¿Acaso no es esta la realidad que vemos hoy? ¿No ha oído hablar de la llamada «trampa de seducción» o de la mujer que seduce por interés económico? Hay muchas mujeres que se acercan a los hombres usando el atractivo sexual como cebo, solo para luego aprovecharse de la situación y extorsionarles dinero. Proverbios 7:21 afirma que la mujer adúltera seduce con «palabras suaves» y «discursos lisonjeros», pero advierte que sucumbir ante ella conduce a un destino en el que «una flecha atraviesa el hígado» (v. 23); en otras palabras, a la pérdida de la vida (v. 23). La Biblia declara que su casa es «el camino al Seol» y conduce a «las cámaras de la muerte» (v. 27).

¿Qué debemos hacer? No debemos mirar el camino de la adúltera, ni poner nuestro corazón en él, ni andar por él. Para ello, debemos atender a las palabras de Proverbios 7:1–4: «Hijo mío, guarda mis palabras y atesora mis mandamientos contigo; guarda mis mandamientos

y vive; guarda mi enseñanza como a la niña de tus ojos; átalos a tus dedos; escríbelos en la tabla de tu corazón. Di a la sabiduría: "Tú eres mi hermana", y llama a la inteligencia tu amiga íntima». Debemos atesorar la palabra de Dios (sus mandamientos) en nuestros corazones, guardándolos y poniéndolos en práctica. Debemos grabar la palabra de Dios en las tablas de nuestro corazón. Al hacerlo, nos convertimos en cristianos sabios. ¿Cuál es el resultado? Observemos Proverbios 7:5: «Ellas te guardarán de la mujer prohibida, de la adúltera con sus palabras lisonjeras». Proverbios 7:24–25 nos dice: «Y ahora, hijos, escuchadme y prestad atención a las palabras de mi boca. No dejéis que vuestro corazón se desvíe hacia sus caminos; no os extraviéis por sus sendas» [(Versión coreana contemporánea) «Hijos míos, escuchad lo que digo y oídlo con atención. No pongáis el corazón en tal mujer, ni os dejéis extraviar por su camino»]. Para evitar mirar, poner el corazón o andar por el camino de la adúltera, debemos prestar atención y escuchar cuidadosamente las palabras de Dios Padre. Debemos oír la palabra de Dios y no abandonarla (5:7). Cuando hacemos esto, no nos dejaremos extraviar por ese camino. Observemos Proverbios 5:8: «Mantén tu camino lejos de ella, y no te acerques a la puerta de su casa». El Dr. Park Yun-sun dijo una vez: «Dado que la tentación sexual conlleva cierto atractivo, la única manera de vencerla es huyendo de ella». José, figura del libro del Génesis, es un excelente ejemplo de esto. Aunque José era apuesto y de buen parecer (Génesis 39:6), y la esposa de Potifar lo miraba con deseo y le pedía insistentemente día tras día que se acostara con ella (versículos 7, 10), José —temeroso de Dios— no solo rechazó sus insinuaciones, sino que también evitó por completo estar cerca de ella (versículo 10). Sin embargo, un día en que José y la esposa de Potifar estaban solos en la casa (versículo 11), ella lo agarró por la ropa y le exigió: «¡Acuéstate conmigo!». José dejó su ropa en manos de ella y salió corriendo (versículo 12). En consecuencia, aunque fue acusado injustamente y encarcelado, logró rechazar la tentación de la esposa de Potifar. En cambio, muchos jóvenes cristianos de hoy no logran rechazar la tentación sexual; sucumben ante ella, pecan contra Dios y terminan viviendo en una prisión del corazón. Permanecen atados por las cadenas del pecado sexual, viviendo como esclavos de este. Si hubiera que mencionar a una figura bíblica que —a diferencia de José— sucumbió a la tentación de una mujer, vendrían a la mente Sansón y David. Sansón

no solo tomó por esposa a una mujer filistea de Timnat (Jueces 14), sino que también visitó a una prostituta en Gaza (16:1); además, se enamoró de Dalila, del valle de Sorec (versículo 4), cedió a sus seducciones, fue capturado por los filisteos y finalmente murió junto a ellos.

¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos mantenernos alejados de aquello que nos tienta sexualmente. Es una insensatez intentar vencer la tentación sexual mientras se tiene aquello que nos tienta al alcance de la mano. Recuerdo haber escuchado hace tiempo la historia de un pastor dedicado al ministerio con prostitutas que terminó cayendo en pecado. También recuerdo a una misionera que conocí y que mencionó su interés en iniciar un ministerio con prostitutas en su campo de misión. Imagino que no es nada fácil; debe de ser un desafío enorme. En 2 Timoteo 2:22, el apóstol Pablo nos dice que «huyamos de las pasiones juveniles». Y en 1 Corintios 6:18 dice: «Huyan de la inmoralidad sexual…». Debemos huir de la inmoralidad sexual y de la lujuria. No debemos ni siquiera acercarnos a la puerta de la casa de una prostituta; debemos mantenernos muy alejados de la adúltera. Debemos acercarnos a la Palabra de Dios y, al mismo tiempo, rechazar las palabras de la prostituta; al acercarnos a Dios, debemos mantenernos a distancia de la adúltera.

En segundo lugar, el camino que no debemos mirar, ni desear en nuestro corazón, ni recorrer, es el camino de aquellos que están sumidos en el alcohol.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 23:30: «Es para los que se demoran ante el vino, para los que van a probar copas de vino mezclado». Al meditar en el libro de Proverbios, hemos visto cómo el autor nos ha advertido y aconsejado repetidamente sobre el alcohol. Entre esas enseñanzas —específicamente en el pasaje de Proverbios 23:20-21 que analizamos anteriormente— aprendimos que el hijo que realmente alegra el corazón de sus padres no debe juntarse con quienes se entregan al vino o codician la carne. La Biblia nos instruye a no relacionarnos con personas que llevan una vida de desenfreno o libertinaje. ¿Por qué nos dice la Biblia que no debemos frecuentar a quienes son aficionados al alcohol? Proverbios 23:21 explica la razón: «Porque el borracho y el glotón caerán en la pobreza, y la

somnolencia vestirá al hombre de harapos». La Biblia advierte contra el trato con borrachos porque inevitablemente caerán en la pobreza. ¿Por qué se empobrecen los borrachos? Porque, al vivir una vida de desenfreno (Efesios 5:18), no solo malgastan sus bienes (cf. Lucas 15), sino que también se vuelven perezosos y propensos a dormir en exceso (Proverbios 23:21). Además, Proverbios 20:1 afirma: «El vino es escarnecedor, la bebida fuerte alborotadora, y quien por ellos se deja extraviar no es sabio». El texto hebreo original transmite la idea de que el vino vuelve arrogante a la persona y la bebida fuerte incita a la pelea. Aquí se nos enseñan dos efectos negativos específicos que el vino y la bebida fuerte tienen sobre nosotros: nos vuelven arrogantes y nos incitan a la riña.

¿Crees que el alcohol vuelve arrogante a una persona? ¿Alguna vez has visto a alguien ebrio comportándose con soberbia y menospreciando a los demás? Al reflexionar sobre esta cuestión, recordé el banquete ofrecido por el rey Asuero en el capítulo 1 del libro de Ester. En el tercer año de su reinado, celebró un banquete para todos sus funcionarios y servidores (versículo 3); la Biblia registra que, durante la impresionante cifra de 180 días, el rey Asuero exhibió la inmensa riqueza de su glorioso reino y el magnífico esplendor de su majestad (versículo 4). En definitiva, a lo largo de este banquete de 180 días, hizo alarde de su gloria ante todos los funcionarios, servidores, jefes militares, nobles y gobernadores provinciales presentes (versículo 3). Posteriormente, ofreció otro banquete de siete días en el jardín real (versículo 5), donde los invitados bebían en vasijas de oro —con vino real fluyendo en abundancia ilimitada (versículo 7)— y se bebía sin imposiciones, permitiendo que cada cual bebiera a su gusto (versículo 8). Sin embargo, al séptimo día, exaltado por el vino, el rey Asuero ordenó a sus siete eunucos que le trajeran a la reina Vasti para mostrar su belleza al pueblo y a los funcionarios (versículos 10-11). Cuando la reina se negó a obedecer la orden real, la ira del rey se encendió (versículo 12) y finalmente la destituyó. En resumen, el rey Asuero organizó un banquete y quiso exhibir a su hermosa esposa, pero terminó enfureciéndose y repudiándola cuando ella no accedió a sus deseos. Esto ilustra cómo, al embriagarse, una persona permite que Satanás se apodere de su corazón (Oseas 4:11); no solo revela su arrogancia y soberbia al jactarse de sí misma, sino que también da rienda

suelta a su ira (cf. Isaías 16:6). Por eso, a menudo surgen discusiones y peleas durante las reuniones donde se bebe alcohol (Proverbios 20:1). El rey Salomón, autor de Proverbios, afirmó en Proverbios 22:10: «Echa fuera al burlador, y cesará la contienda; terminarán los pleitos y los insultos». Ciertamente, si se aparta a un burlador de una reunión donde se bebe, cesan las discusiones y las peleas. Para resumir en una sola frase los efectos nocivos del vino y las bebidas fuertes descritos en Proverbios 20:1: nos llevan por mal camino. En concreto, nos conducen por un camino de insensatez. Este camino de insensatez no solo hace que reaccionemos con ira inmediata (12:16) y provoquemos contiendas (20:3), sino que también nos lleva a tomar el pecado a la ligera (14:9). En última instancia, el vino y las bebidas fuertes sirven para poner de manifiesto nuestra propia insensatez.

En el pasaje de hoy, Proverbios 23:29, la Biblia pregunta: «¿Quién tiene aflicción? ¿Quién tiene pesar? ¿Quién tiene contiendas? ¿Quién tiene quejas? ¿Quién tiene heridas innecesarias? ¿Quién tiene los ojos inyectados en sangre?». La razón por la que no debemos emborracharnos es que quienes lo hacen se enfrentan a «aflicción», «pesar», «contiendas», «quejas» y «heridas». ¡Qué lamentable es eso! Además, otra razón para evitar la embriaguez es que, una vez que una persona desarrolla el gusto por el alcohol, resulta difícil romper el hábito (versículos 31–35). El Dr. Park Yun-sun señala cuatro razones para ello:

(1) No debemos emborracharnos porque el alcohol contiene algo parecido al veneno de serpiente,
aunque su apariencia posee un atractivo seductor.

Observemos Proverbios 23:31–32: «¡No mires el vino cuando está rojo, cuando brilla en la copa, cuando se desliza suavemente! Al final, muerde como una serpiente y ataca como una víbora». La advertencia de que la embriaguez deja a uno como si hubiera sido mordido por una víbora ilustra cuán fatales pueden ser las consecuencias de la intoxicación. Por eso, el autor de Proverbios nos aconseja ni siquiera mirar el vino.

(2) No debemos emborracharnos porque la embriaguez fomenta pensamientos impuros y conduce a un hablar necio y distorsionado.

Observemos Proverbios 23:33: «Tus ojos verán cosas extrañas, y tu mente pronunciará cosas perversas». Aquí, el término «cosas extrañas» se refiere a una prostituta. ¿Qué significa esto? Ver a una prostituta estando borracho implica albergar pensamientos lujuriosos. Además, pronunciar «cosas perversas» (un discurso extraño o sin sentido) se refiere a la charla incoherente y necia de un borracho.

(3) No se debe uno emborrachar porque ello incapacita a la persona para percibir el peligro.

Observemos Proverbios 23:34 y la primera mitad del versículo 35: «Serás como quien se acuesta en medio del mar, como quien se acuesta en la cima de un mástil, diciéndote a ti mismo: "Me golpearon, pero no sentí dolor; me azotaron, pero no sentí nada..."». Cuando está borracha, la persona parece no darse cuenta de que se encuentra en una situación peligrosa. En consecuencia, pueden conducir bajo los efectos del alcohol y provocar un accidente, perdiendo la vida o arrebatándosela a otros, sin ser conscientes del peligro.

(4) No debemos emborracharnos, ya que podemos caer en la adicción y vernos incapaces de romper el hábito.

Observemos la segunda parte de Proverbios 23:35: «...¿Cuándo despertaré? Volveré a buscar otro trago». ¿Cuál es la razón por la que alguien busca alcohol nuevamente tras haberse recuperado de una borrachera? ¿Acaso no es porque se ha convertido en esclavo de él?

Quisiera concluir esta reflexión sobre la Palabra. Para agradar verdaderamente a Dios nuestro Padre, nosotros —como hijos suyos— debemos vivir vidas justas y hacerlo con sabiduría, empleando la sabiduría que Él nos ha otorgado. A través del pasaje de hoy en

Proverbios 23:24–35, hemos aprendido lo que significa para el justo vivir sabiamente. Debemos consagrar nuestro corazón a Dios nuestro Padre, fijar la mirada en el camino del Señor y andar por él. Sin embargo, respecto a esta travesía, las Escrituras nos advierten que no debemos siquiera mirar, desear o transitar por dos caminos específicos: el camino de la mujer adúltera y el camino del borracho. Oro para que todos evitemos estos dos senderos y caminemos únicamente por la senda del Señor, convirtiéndonos así en hijos de Dios que verdaderamente alegran el corazón de nuestro Padre.

Los sabios son fuertes.

[Proverbios 24:1-9]

Probablemente haya oído hablar del *Talmud*, el código de conducta de la vida judía, ¿verdad? Recopilado después de que se escribiera el Antiguo Testamento, el *Talmud* reúne leyes, tradiciones, festividades, folclore y comentarios judíos; se dice que ha servido como pilar espiritual para el pueblo judío, solo superado por la Biblia. Abarca no solo la vida religiosa, sino también normas legales y jurisprudencia, sirviendo como un recurso valioso para comprender el estilo de vida del pueblo judío de aquella época, así como su relación con el cristianismo. Descubrí dos datos interesantes sobre el *Talmud*. En primer lugar, los judíos suelen comparar el *Talmud* con un vasto océano; esto se debe a que el océano es inmenso y contiene todo en su interior, pero nadie puede saber con certeza qué hay exactamente dentro. En segundo lugar, la primera y la última página del *Talmud* se dejan en blanco. Según un pastor que ha estudiado el *Talmud*, esto se debe a que es un libro destinado a ser leído repetidamente —día y noche— a lo largo de toda la vida, en lugar de un libro con un principio y un fin fijos. También refleja la creencia de que cualquiera puede estudiarlo y añadir sus propias reflexiones al registro. Se dice que el *Talmud* define la sabiduría de cuatro maneras: (1) la sabiduría es Dios mismo; (2) conocer a Dios es el fundamento de la sabiduría; (3) la sabiduría es el medio más importante para entrar en comunión con Dios; y (4) a través de la sabiduría, uno puede llegar a asemejarse al Señor. En el pasaje de hoy, Proverbios 24:5, la Biblia afirma: «El sabio es poderoso, y el que tiene conocimiento aumenta su fuerza» [(Versión coreana contemporánea) «El sabio es más fuerte que el poderoso, y el que tiene conocimiento es más fuerte que el que usa la fuerza»].

Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar sobre tres puntos bajo el título «Los sabios son fuertes» y recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece.

En primer lugar, los sabios no envidian la prosperidad de los impíos.

Observe Proverbios 24:1 en el pasaje de hoy: «No envidies a los impíos en su prosperidad, ni desees estar con ellos». Ya aprendimos en Proverbios 23:17 que el hijo que verdaderamente agrada a Dios Padre no envidia en su corazón la prosperidad de los pecadores. La razón es que sabe que los pecadores no tienen futuro ni esperanza (versículo 18). En cambio, el hijo que verdaderamente agrada a Dios Padre teme a Dios (versículo 17). Tal persona —alguien que teme a Dios— es precisamente un hijo sabio de Dios.

Amados, un hijo sabio de Dios sabe cómo ver la prosperidad de los impíos. En otras palabras, comprende la verdad que se encuentra en el Salmo 92:7: aunque los impíos broten como la hierba y florezcan los malhechores, finalmente enfrentarán la destrucción eterna. Hay tres puntos clave que debemos notar en este pasaje: (1) Como observamos en la vida real, los impíos ciertamente prosperan, y lo hacen rápidamente. El salmista los compara con la hierba que «brota», lo que implica que alcanzan un éxito veloz mediante la astucia en lugar del trabajo honesto. (2) Si bien la prosperidad de los impíos puede asemejarse a la frondosidad de la hierba silvestre, el hecho crucial es que no da fruto. A los ojos de Dios, su florecimiento no produce nada de valor. Una prosperidad desprovista de fruto —como la hierba que no da cosecha— es precisamente la forma en que la Biblia describe la condición de los impíos. (3) Su rápido ascenso a la prosperidad es simplemente un preludio de su destrucción eterna. Así como se engorda a un cerdo antes de llevarlo al matadero, la prosperidad de los impíos sirve al propósito de su ruina final y perdurable. D. L. Moody comentó una vez sobre este tema: «Los impíos crecen como la hierba solo para convertirse en combustible». De hecho, el Salmo 73:17–20 revela que el fin de aquellos que prosperan malvadamente en este mundo no es más que ruina, desolación, aniquilación y menosprecio.

Al observar el texto de hoy, Proverbios 24:1, vemos que la Biblia nos instruye no solo a evitar envidiar la prosperidad de los impíos, sino también a abstenernos incluso de asociarnos con ellos. ¿Cuál es la razón de esto? Miren Proverbios 24:2: «Porque su corazón trama violencia, y sus labios hablan de maldad». La razón radica en la afirmación de que los corazones de los impíos "albergan violencia", lo que significa que traman planes de destrucción. Según el versículo 8 del pasaje de hoy, estos individuos malvados —descritos como "intrigantes"— conspiran constantemente para cometer actos de maldad. El versículo 9 los identifica como "necios" y "burladores". Además, sus propios pensamientos se caracterizan como "pecado" y son detestados por los demás. Puesto que sus labios hablan de ruina, se nos advierte que no envidiemos su prosperidad ni nos asociemos con ellos. Proverbios 21:7 afirma que la violencia de los impíos conduce a su propia destrucción, pues se niegan a actuar con justicia (cf. Isaías 29:20). Proverbios 13:21 añade que "la desgracia persigue al pecador", y Proverbios 22:8 declara que "quien siembra maldad, cosecha desgracia". Por tanto, tal como instruyen las Escrituras, no debemos envidiar la prosperidad de los impíos ni buscar su compañía. Ruego que Dios nos conceda la sabiduría para evitar envidiar la prosperidad de los impíos.

En segundo lugar, la persona sabia construye su casa sobre un fundamento firme.

Consideremos Proverbios 24:3, el pasaje de hoy: "Con sabiduría se construye la casa, y con inteligencia se afirma". En mayo de 2008 —el Mes de la Familia—, mientras meditaba en 1 Crónicas 17:16–27 bajo el lema "¡Señor, establece nuestra familia!", recibí tres peticiones de oración específicas: (1) "¡Señor, que mi familia sea gobernada por la gracia de Dios!" (v. 16); (2) "¡Señor, que la Palabra de Dios tenga autoridad en mi familia!" (v. 23); y (3) "¡Señor, que mi familia experimente la presencia de Dios a través de la oración!" (v. 25). Al reflexionar hoy sobre estas peticiones, les invito a considerar si nuestras familias están verdaderamente gobernadas por la gracia de Dios, si la Palabra de Dios tiene autoridad en nuestros hogares y si estamos experimentando la presencia de Dios mediante la oración. A este respecto, Proverbios 14:1 —un pasaje sobre el que hemos meditado anteriormente— afirma: «La

mujer sabia edifica su casa, pero la necia la derriba con sus propias manos». Este pasaje describe a la mujer necia —que menosprecia a Dios— como alguien que actúa según sus propios caprichos [«la perversa» (v. 2)], es arrogante (v. 3) y soberbia (v. 6), y carece de conocimiento porque se niega a atender la palabra de Dios (v. 3). En consecuencia, la mujer necia se engaña a sí misma (v. 8) y toma el pecado a la ligera (v. 9). Puesto que cree que Dios no existe, no escucha su palabra; al no escuchar su palabra, permanece ignorante de la verdad. Y como desconoce la verdad, comete el mal. Sin embargo, no considera sus transgresiones como pecado; ha perdido la capacidad de hacerlo. En cambio, al haber perdido la habilidad de reconocer el pecado como tal, la mujer necia halla «placer en hacer el mal» (10:23). Su corazón se ha endurecido a causa del pecado, por lo que no siente temor al pecar contra Dios. Mientras que Dios considera el pecado con suma gravedad, la mujer necia lo trata con ligereza. En última instancia, tal mujer necia derriba su propia casa con sus propias manos (14:1).

En cambio, la mujer sabia edifica su casa (v. 1). ¿Cómo la edifica? Debido a que teme a Dios, la mujer sabia camina en rectitud (v. 2). El conocimiento está en sus labios (v. 7) y es diligente (v. 4). También conoce el camino que debe seguir (v. 8). Comprende la voluntad de Dios para ella y vive conforme a ella. En otras palabras, la mujer sabia discierne correctamente la obra a la que ha sido llamada —una obra que se alinea con la voluntad de Dios— y la lleva a cabo (1 Cor. 7:17). Parte de esa voluntad divina consiste en edificar su propio hogar y edificar la iglesia, que es la casa de Dios. Conociendo esta voluntad del Señor y deseando cumplirla, la mujer sabia… Sirve fielmente y trabaja con diligencia, pero vive con humildad conforme a la voluntad del Señor, por reverencia a Dios. A través de una mujer sabia así, el Señor edifica su casa.

En el pasaje de hoy, Proverbios 24:3, la Biblia afirma: «Con sabiduría se edifica la casa, y con inteligencia se afirma». ¿Qué significa esto? Significa que una casa se construye con firmeza cuando uno teme a Dios, se aparta del mal y obedece la Palabra de Dios. En Mateo 7:24, Jesús dijo: «Por tanto, todo el que oye estas palabras mías y las pone en práctica es como un hombre sabio que edificó su casa sobre la roca». Un constructor sabio pone los

cimientos de la casa sobre una roca (versículo 25). Cuando pensamos en una «roca», ¿no nos vienen a la mente conceptos como «robustez» y «solidez»? En efecto, el sentido figurado de la «roca» de la que habla Jesús es precisamente la firmeza o la estabilidad. Por eso Jesús le dijo al apóstol Pedro en Mateo 16:18: «Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella». Esto significa que la iglesia pertenece a Jesús y que su fundamento espiritual es Jesús mismo: la Roca. Amados, la persona sabia establece los cimientos de su casa sobre Jesús, la Roca. ¿Cuál es el resultado? Miremos Proverbios 24:4: «Y con conocimiento se llenan sus habitaciones de toda clase de tesoros preciosos y hermosos». ¿Qué significa esto? ¿Implica este versículo que, cuando uno construye sabiamente una casa con firmeza sobre Jesús —la Roca—, esa casa recibe abundantes bendiciones materiales? El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Además, la idea de que "las habitaciones se llenan de... tesoros preciosos mediante el conocimiento" no se refiere a una abundancia de riqueza material. El autor de Proverbios no considera que la bendición que se recibe a través de la sabiduría (el temor de Dios) consista en abundantes riquezas. [...] Este pasaje es figurado; ilustra que un verdadero creyente poseerá grandes tesoros celestiales» (Internet). ¿Buscaría una persona sabia acumular tesoros en la tierra o en el cielo? ¿No es acaso en el cielo? Solo los insensatos acumulan riquezas en la tierra; los sabios, en cambio, acumulan tesoros en el cielo. Así, la persona sabia —que construye firmemente su casa sobre Jesús, la Roca de la sabiduría— no solo acumula tesoros celestiales, sino que también disfruta de la felicidad que el Señor otorga al establecer un hogar hermoso que obedece Su Palabra. En última instancia, ya se trate de nuestros hogares particulares o de la Iglesia —la casa de Dios—, cuando se edifican firmemente sobre la sabiduría que Dios provee, se llenan de tesoros preciosos y hermosos, convirtiéndose en hogares e iglesias que gozan de la felicidad que Dios otorga. Oro para que usted y yo establezcamos firmemente nuestros hogares y la Iglesia mediante la sabiduría de Dios y, de este modo, disfrutemos de los tesoros preciosos y hermosos que Él nos da.

En tercer lugar, la persona sabia lucha y vence mediante la estrategia (el buen consejo).

Observemos el texto de hoy, Proverbios 24:6: «Haz la guerra con estrategia; la victoria reside en la abundancia de buenos consejos». Al meditar en Proverbios, ya hemos aprendido que el autor enseña repetidamente que el secreto de la victoria radica en luchar con estrategia y buen consejo. Para repasar, veamos Proverbios 20:18: «Los planes se establecen buscando consejo; así que, si vas a la guerra, busca dirección». Consideremos también Proverbios 11:14: «Donde no hay dirección, el pueblo cae; pero en la abundancia de consejeros hay seguridad». El punto clave de estos versículos es que el secreto de la victoria en la guerra reside en contar con buenos consejos y estrategia. Aunque naturalmente podríamos asumir que la victoria requiere una gran cantidad de armamento, el autor de Proverbios enfatiza la necesidad de la sabiduría estratégica. ¿Cuál es la razón de esto? Encontré la respuesta en la primera parte de Eclesiastés 9:18: «Mejor es la sabiduría que las armas». Por tanto, la persona sabia lucha —y vence— mediante la estrategia.

No debemos olvidar que Satanás también libra una guerra espiritual utilizando estrategias. El pastor John MacArthur afirmó: «La estrategia principal de Satanás es difundir tanta falsedad como sea posible para negar, corromper y oscurecer la verdad» (MacArthur). Hoy en día, el pensamiento de muchos cristianos se ha visto fuertemente contaminado por falsedades contrarias al Evangelio y a la verdad. Atrapados en el énfasis cultural predominante sobre el respeto mutuo, a menudo no logramos distinguir entre la verdad y la falsedad. Muchos cristianos están actualmente confundidos y viven una fe sincrética. Ya hemos meditado anteriormente sobre las estrategias de Satanás tal como se revelan en la Biblia; Permítanme compartir solo dos de ellas: (1) la estrategia de Satanás que se observa en Éxodo 14:3 —hacernos vagar sin rumbo ni objetivo y acorralarnos—; y (2) la estrategia de Satanás que se ve en Hechos 21:27–36. (a) La primera de las estrategias de Satanás es la «incitación» (v. 27). En lugar de basar sus acusaciones en hechos, las personas actúan movidas por meras especulaciones para atacar a aquellos que les desagradan o a quienes odian; esto conduce a incitar a otros, a movilizar facciones y a formar camarillas: fenómenos que ocurren incluso dentro de la iglesia. (b) Otra de las estrategias de Satanás es provocar «alboroto» (v. 30). Satanás incita a las personas a generar gran agitación y

desorden dentro de la iglesia. (c) La estrategia de Satanás implica el uso de «rumores» (v. 31). Él difunde rumores maliciosos incluso dentro de la iglesia. (d) La estrategia de Satanás incluye la «violencia» (v. 35). Debemos comprender estas estrategias de Satanás porque, en la guerra espiritual, reconocer las tácticas del enemigo es esencial para formular la estrategia adecuada, luchar con eficacia y alcanzar la victoria.

Si bien debemos idear estrategias, lo crucial —como se afirma en Proverbios 21:31— es reconocer (y creer) que «la victoria pertenece al SEÑOR» y formular nuestros planes de batalla con la certeza de dicha victoria. Además, debemos orar a Dios. ¿Cómo debemos orar? Debemos orar como David. Cuando David huía de Absalón y se enteró de que Ahitofel se encontraba entre los conspiradores que apoyaban a su hijo, oró a Dios: «Oh SEÑOR, te ruego que conviertas en necedad el consejo de Ahitofel» (2 Samuel 15:31). Ahitofel había sido consejero del rey David, pero cuando Absalón, el hijo de David, se rebeló, abandonó al rey y decidió ponerse del lado de Absalón, uniéndose a las filas de los conspiradores (15:31). El consejo que él ofrecía se consideraba tan valioso como «una palabra recibida de Dios» (16:23). Cuando Absalón le preguntó: «Dinos qué debemos hacer» (v. 20), Ahitofel propuso dos cursos de acción estratégicos. El primero consistía en que Absalón se acostara con las concubinas del rey David (v. 21). El razonamiento era que «todo Israel sabría entonces que el padre del rey (David) consideraba al rey (Absalón) como un enemigo, y quienes seguían al rey (Absalón) cobrarían gran valentía» (v. 21, *Versión Coreana Contemporánea*). La segunda estrategia que Ahitofel propuso a Absalón fue que se le asignara una fuerza de 12.000 hombres para perseguir a David esa misma noche; lanzaría un ataque sorpresa cuando David estuviera cansado y agotado, matando únicamente a David y asegurándose de que toda la gente que estaba con él regresara junto a Absalón (17:1–3). ¡Qué plan tan excelente era aquel! Al escuchar esta segunda propuesta, Absalón y los ancianos de Israel aprobaron las palabras de Ahitofel (v. 4). No obstante, Absalón también deseaba escuchar el consejo de otro hombre sabio: Husai el arquita (v. 5). Husai el arquita era amigo de David (1 Crónicas 27:33). Siguiendo las instrucciones de David, no acompañó a este (v. 33), sino que regresó a Jerusalén, donde se encontraba el rebelde Absalón (v. 34). Su objetivo era

frustrar el consejo de Ahitofel —tal como había orado: «Te ruego, oh Señor, que conviertas en insensatez el consejo de Ahitofel» (2 Samuel 15:31)— y, de este modo, derrotar la conspiración (v. 34). A diferencia del plan de Ahitofel (que implicaba únicamente que él mismo persiguiera a David con 12.000 soldados), la estrategia que Husai propuso a Absalón consistía en reunir a todo el pueblo de Israel —desde Dan hasta Beerseba— para formar un ejército masivo, y que el propio Absalón comandara las fuerzas y las condujera a la batalla (17:11). Además, a diferencia del plan de Ahitofel (que solo buscaba matar a David), la estrategia de Husai aconsejaba a Absalón localizar a David y lanzar un ataque sorpresa que aniquilara no solo a David, sino también a todo su ejército, sin dejar ni un solo superviviente (v. 12; *Versión Coreana Contemporánea*). Asimismo, el plan estipulaba que, si David huía a alguna ciudad, esta también debía ser destruida (v. 13). Al escuchar esta estrategia de labios de Husai, Absalón y todo el pueblo de Israel la consideraron superior al plan de Ahitofel (v. 14). Pero ¿era realmente mejor el plan de Husai que el de Ahitofel? No lo creo. El consejo de Ahitofel —descrito como «como una palabra de Dios» (16:23)— era muy superior. Si Absalón hubiera elegido el plan de Ahitofel en lugar del de Husai, y hubiera entregado a Ahitofel los 12.000 soldados para perseguir a David esa misma noche, Absalón no habría muerto; más bien, habría sido David quien pereciera. Y si solo hubiera muerto David —tal como había predicho Ahitofel—, es probable que todos los israelitas que seguían a David hubieran regresado junto a Absalón. ¿Por qué, entonces, rechazó Absalón el excelente consejo de Ahitofel en favor del de Husai? La razón fue que Dios, tras haber escuchado la oración de David (15:31), había decidido frustrar la acertada estrategia de Ahitofel para así acarrear la ruina sobre Absalón (17:14). Por tanto, al igual que David, nosotros también debemos librar batallas espirituales empleando estrategias sabias, a la vez que oramos para que Dios derrote las estrategias de Satanás.

Quisiera concluir esta reflexión. Amados, los sabios son fuertes; los sabios poseen poder. Que Dios nos conceda sabiduría a todos y nos establezca como soldados fuertes y poderosos de la Cruz de Jesús. Por ello, ruego que no envidiemos la prosperidad de los impíos, sino que edifiquemos con firmeza tanto nuestros propios hogares como la iglesia:

la casa de Dios. Ruego también que seamos sabios y alcancemos la victoria en la guerra espiritual mediante una sabiduría estratégica. ¡Victoria!

Cosas que debemos hacer

[Proverbios 24:10–20]

¿Recuerdan al niño pequeño que se sentó junto a la diaconisa Yoo la semana pasada? Ese niño es nieto del misionero Yoo y su esposa. Al parecer, tras regresar a casa, la diaconisa Yoo leyó la Biblia y oró con el niño antes de dormir, y luego le preguntó qué recordaba del sermón que di en la reunión de oración del miércoles. El niño respondió: «La sabiduría es mejor que las armas». Jaja. Esa afirmación proviene de la primera parte de Eclesiastés 9:18, un pasaje sobre el cual habíamos meditado. ¿Recuerdan algo de Proverbios 24:1–9, el pasaje que meditamos durante la reunión de oración del miércoles pasado? Dado que tal vez no sea fácil para todos recordarlo, quisiera repasar brevemente tres lecciones que ya hemos aprendido en las últimas dos semanas sobre cómo actúan los sabios, basándonos en Proverbios 24:1–9: (1) Los sabios no envidian la prosperidad de los impíos (v. 1); (2) Los sabios edifican sus hogares sobre un fundamento sólido (v. 3); y (3) Los sabios libran batallas con estrategia y alcanzan la victoria (v. 6).

Hoy, centrándonos en el pasaje de Proverbios 24:10–20, quisiera aprender seis lecciones sobre lo que debemos hacer utilizando la sabiduría que Dios nos da. Mi oración es que, al recibir estas seis lecciones, el Espíritu Santo nos conceda a cada uno entendimiento y la gracia para ponerlas en práctica.

En primer lugar, no debemos desanimarnos cuando enfrentamos dificultades. Miren el pasaje de hoy, Proverbios 24:10: «Si flaqueas en tiempo de angustia, ¡qué pequeña es tu fuerza!» [(Versión coreana contemporánea) «Si te desanimas al enfrentar dificultades, eres

verdaderamente débil»]. Al vivir en este mundo, es muy probable que nos desanimemos cuando encontramos adversidades. Somos especialmente propensos al desánimo cuando una dificultad resulta demasiado abrumadora para soportarla solos y buscamos ayuda en quienes nos rodean, solo para no recibir ninguna. En esos momentos, nos damos cuenta de que el Señor es el único en quien podemos confiar, y acudimos a Él en oración. Sin embargo, cuando parece que no hay respuesta del Señor a pesar de nuestras oraciones, podemos caer en un desánimo aún más profundo (Lucas 18:1). El desánimo constante agota nuestras fuerzas y nos deja exhaustos física y emocionalmente, hasta el punto de que podríamos simplemente rendirnos por desesperación.

En 1 Samuel 17:32, vemos al pastor David hablando con el rey Saúl: «...Que nadie se desanime por causa de él; tu siervo irá y peleará contra este filisteo». Aquí, «él» se refiere a «Goliat, el campeón filisteo de Gat» (versículo 23). David dijo a los israelitas —quienes estaban aterrorizados por Goliat y huían de él (versículo 24)— que no se desanimaran por su causa, declarando en cambio que él mismo iría a pelear contra Goliat (versículo 32). ¿Qué opinas de las palabras de David? Si tú y yo hubiéramos estado allí, escuchando a David hablar, ¿habríamos logrado dejar de sentirnos desanimados ante Goliat? Todos a su alrededor estaban aterrorizados al ver a Goliat y huían de él; ¿podríamos tú y yo evitar el miedo, la huida o incluso el desánimo en una situación así? Sin embargo, ¿cómo fue que David, al ver a Goliat, no se desanimó, sino que le dijo al rey Saúl que saldría a pelear contra él? Considera la reacción del rey Saúl ante esas palabras: «...No puedes ir a pelear contra este filisteo; eres solo un muchacho, y él ha sido guerrero desde su juventud» (v. 33). Según cualquier criterio de sentido común, una batalla entre Goliat —un guerrero de toda la vida— y David —un simple muchacho— es totalmente desigual. Instintivamente, uno ni siquiera intentaría un combate tan desequilibrado, sabiendo muy bien que el resultado sería la derrota; es natural sentirse desanimado en tales circunstancias. Entonces, ¿cómo logró David enfrentarse a Goliat sin miedo ni desánimo? Encontré la respuesta en la primera parte del versículo 37: «David dijo: "El Señor, que me libró de las garras del león y de las garras del oso, me librará de la mano de este filisteo..."». David creía en el Dios de la salvación.

Confiaba en que Dios lo rescataría de las garras de Goliat. Fue esta seguridad de salvación la que libró a David tanto del temor como del desánimo.

Amigos, el apóstol Pablo escribe en Gálatas 6:9: «No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos». Aun cuando las adversidades y dificultades de hacer el bien nos tienten a desanimarnos, no debemos rendirnos. En cambio, al igual que el salmista, debemos clamar a Dios mientras declaramos a nuestra propia alma (Sal. 42:5, 11; 43:5): «¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, Salvador mío y Dios mío». También debemos apoyarnos y confiar plenamente en el Señor, tal como lo hizo el joven David cuando luchó contra Goliat y lo venció. Por tanto, en lugar de desanimarnos, debemos superar con valentía —mediante la fe— incluso aquellos desafíos que parecen gigantes como Goliat. Oro para que todos nosotros —usted y yo— avancemos con valentía y confianza, firmes en nuestra fe en el Señor (Ef. 3:12).

En segundo lugar, debemos rescatar a quienes enfrentan una muerte injusta.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 24:11: «Libra a los que son llevados a la muerte; salva a los que van camino a la matanza» [(Versión coreana contemporánea) «No dudes en salvar a quienes enfrentan una muerte injusta ni en rescatar a quienes son arrastrados a manos de un asesino»]. Es probable que ya esté al tanto de esto a través de las noticias. El 15 de abril de este año, el grupo militante extremista islámico Boko Haram secuestró a 276 estudiantes en la localidad de Chibok, en el estado de Borno, al noreste de Nigeria. Aunque decenas lograron escapar, se informa que aproximadamente 219 permanecen cautivas. Que yo sepa, el gobierno nigeriano aún no ha logrado rescatar a estas 219 jóvenes. Sin embargo, una noticia publicada en línea la semana pasada (9 de julio) indicaba que las autoridades nigerianas han anunciado que pronto habrá buenas noticias. Según se informa, Godswill Akpabio —presidente de un comité nacional nigeriano integrado por expresidentes, gobernadores y líderes parlamentarios— declaró a la prensa que estaba satisfecho con la

información que las fuerzas de seguridad poseían sobre el paradero de las jóvenes. Señaló que el desafío principal radica en cómo rescatar a las niñas de manera segura. Más allá de estos casos, hoy en día hay muchas personas en el mundo que han sido secuestradas injustamente por individuos malvados y viven en cautiverio. Un ejemplo es la trata de niños y niñas para ser explotados sexualmente en diversas partes del mundo. Según la filial australiana de International Justice Mission, la organización emprendió un esfuerzo conjunto en 2006 para evitar que niños y niñas de la región de Cebú, en Filipinas, fueran vendidos para la esclavitud sexual. Mediante esta iniciativa de cinco años, la misión colaboró con el gobierno, la policía y los fiscales filipinos para rescatar a 220 menores vendidos para la explotación sexual y detener a más de 90 adultos que los habían explotado. Otro ejemplo lo constituyen las personas en Estados Unidos que permanecen encarceladas tras haber sido condenadas injustamente. Según informes de medios estadounidenses del 21 de mayo de 2012, un análisis de expedientes judiciales realizado por las facultades de derecho de la Universidad de Michigan y la Universidad Northwestern reveló que, en el transcurso de los 23 años anteriores, se demostró la inocencia de más de 2.000 personas condenadas por delitos mientras cumplían sus penas. Ciertamente, hay muchas personas en este mundo que sufren tales injusticias, por no mencionar a las innumerables víctimas que han encontrado una muerte injusta.

En el pasaje de hoy, Proverbios 24:11, el autor nos insta a no vacilar a la hora de rescatar a quienes enfrentan una muerte injusta; en otras palabras, nos dice que debemos salvarlos de inmediato. Reflexioné sobre este versículo en relación con el anterior (el versículo 10). Me di cuenta de que, si nos pusiéramos en el lugar de aquellos a quienes un asesino arrastra hacia una muerte injusta (versículo 11), sería totalmente comprensible que cayeran en un profundo desánimo o desesperación (versículo 10). Si fuéramos nosotros quienes enfrentáramos tal muerte injusta, bien podríamos sentir deseos de renunciar a todo debido al desánimo y la desesperación; una situación que revela la fragilidad de nuestras propias fuerzas. Si tú y yo estuviéramos entre esas personas indefensas que enfrentan una muerte injusta, ¿no anhelaríamos desesperadamente que alguien nos rescatara rápidamente de

esa situación? Si no pudiéramos hacer nada por nosotros mismos —incapaces de salvarnos— y simplemente esperáramos el día de nuestra muerte en un estado de resignación y desesperanza, ¿no esperaríamos fervientemente que alguien nos sacara de inmediato de esa terrible situación? Visto así, ¿no deberíamos esforzarnos por rescatar rápidamente a cualquiera que veamos enfrentando una muerte injusta de este tipo? El pasaje de hoy, Proverbios 24:12, dice: «Si dices: "Pero nosotros no sabíamos nada de esto", ¿acaso no lo percibe aquel que pesa los corazones? ¿Acaso no lo sabe aquel que guarda tu vida…?» [(Versión en lenguaje moderno) «No eludas tu responsabilidad alegando ignorancia. ¿Cómo podría Aquel que examina tu corazón y vela por ti no saberlo? Él recompensará a cada persona según sus obras».] ¿Qué significa esto? Significa que tenemos la responsabilidad de rescatar a quienes son arrastrados hacia la muerte. Y la Biblia nos dice que no debemos eludir esa responsabilidad. Entonces, ¿cuál es esta responsabilidad verdaderamente importante que no debemos evitar? Observemos Ezequiel 33:7–9: «Hijo de hombre, te he puesto por centinela de la casa de Israel; así que escucha la palabra que yo pronuncie y adviérteles de mi parte. Cuando yo diga al impío: "¡Oh impío, ciertamente morirás!", y tú no hables para apartarlo de sus caminos, ese impío morirá por su pecado, pero yo te pediré cuentas de su sangre. Pero si adviertes al impío que se aparte de sus caminos y él no lo hace, él morirá por su pecado, pero tú habrás salvado tu vida». Al reflexionar sobre este pasaje, parece que Dios nos pedirá cuentas de la sangre de aquellos que mueren sin conocer a Jesús si no cumplimos con la responsabilidad de compartirles el Evangelio. Por supuesto, esto también implica que, si compartimos el Evangelio con ellos pero se niegan a creer y mueren en su pecado, nuestras propias vidas quedarán a salvo.

Amados, nuestro Dios no se deleita en la muerte del impío; más bien, se regocija cuando el impío se aparta de sus caminos y vive (Ezequiel 33:11). Por tanto, nosotros también debemos regocijarnos cuando aquellos que se dirigen hacia la muerte eterna sin fe en Jesús escuchan el Evangelio a través de nosotros, creen en Él y se apartan del camino de muerte para andar por el camino de vida. Tenemos la responsabilidad de proclamar el Evangelio de Jesucristo. No debemos eludir esta responsabilidad. Puesto que Dios examina y vigila

nuestros corazones, Él es plenamente consciente de cualquier excusa o pretexto que podamos utilizar para evadir nuestras responsabilidades. No debemos olvidar que Dios nos recompensa conforme a nuestras obras (Proverbios 24:12). Oro para que tú y yo cumplamos fielmente con la responsabilidad de proclamar el Evangelio —un deber que nos corresponde— y así recibamos la alabanza del Señor.

En tercer lugar, debemos adquirir sabiduría.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 24:13–14: «Hijo mío, come miel, porque es buena, y el panal, que es dulce a tu paladar; así será el conocimiento de la sabiduría para tu alma; si la hallas, habrá un futuro, y tu esperanza no será cortada». ¿Te gusta la miel? A veces, cuando mi esposa me prepara té de ginseng, lo endulza con miel en lugar de azúcar. Por cierto, ¿sabe usted qué beneficios aporta la miel al organismo? Según fuentes en línea, el *Dongui Bogam* (Principios y práctica de la medicina oriental) de Heo Jun registra que la miel regula los niveles de azúcar en sangre para aliviar la fatiga; su contenido de calcio y magnesio la hace muy eficaz contra el insomnio, la neuralgia y la artritis, además de ser beneficiosa para tratar diversos tipos de inflamación y supuración. Asimismo, escritos de Hipócrates y del erudito judío del siglo XII Maimónides —específicamente en lo referente a la salud y la longevidad— describen la miel como un tónico supremo; se destaca por aliviar el estreñimiento y por ser una bebida excelente para calmar la sed después de un baño. Estos beneficios se atribuyen a que la miel es predigerida por las abejas, lo que facilita su absorción; a diferencia de otros azúcares, no irrita los riñones ni la mucosa gástrica y ejerce un efecto calmante significativo tanto en el cuerpo como en la mente; además, es un alimento alcalino rico en minerales como calcio, zinc y cobre, con un contenido calórico seis veces superior al de la leche. Un sitio web resume los beneficios de la miel en los siguientes 12 puntos: (a) Desintoxicación: Se utiliza para desintoxicar el organismo y tratar la hinchazón. (b) Regulación intestinal: Beneficiosa para la diarrea y la disentería, y utilizada en casos de estreñimiento crónico. (c) Alivio del dolor: Se emplea para dolores como la acidez estomacal, dolores musculares, dolor de muelas y mastitis. (d) Alivio de la tos:

Utilizada para afecciones como la tos y la bronquitis. (e) Efecto calmante: Aplicada en casos de neurosis y estado de choque; beneficiosa para el insomnio y la enuresis (mojar la cama). También se utiliza cuando los niños presentan inestabilidad emocional o espasmos en los párpados o en las comisuras de los labios. (f) Regeneración de tejidos y efectos antiinflamatorios: Promueve el crecimiento de tejido nuevo y se utiliza para afecciones purulentas como forúnculos, amigdalitis, otitis media y faringitis. (g) Acción sobre el sistema reproductor: Trata afecciones como la disfunción eréctil. (h) Acción sobre la piel: Nutre la tez y se utiliza para el eccema o la erisipela pediátrica (una afección caracterizada por enrojecimiento, sensación de ardor y calor, causada por toxicidad inducida por el calor). (i) Aplicaciones ginecológicas: Se utiliza para afecciones como el parto difícil o la leucorrea. (j) Acción sobre el estómago: Mejora el funcionamiento del sistema digestivo (bazo y estómago) y protege el estómago. (k) Acción relacionada con la longevidad: Un estudio realizado en la Unión Soviética con 200 personas de entre 110 y 120 años reveló que la mayoría se había criado en hogares dedicados a la apicultura o consumía miel regularmente. (l) Acción bactericida: Posee la capacidad de eliminar bacterias, incluidas las que causan la fiebre tifoidea y la paratifoidea. Concretamente, las bacterias no pueden sobrevivir en la miel; las bacterias de la fiebre tifoidea mueren en un plazo de 48 horas; las de la paratifoidea, en 25 horas; el virus del tifus, en 5 horas; las bacterias causantes de bronquitis crónica, en 4 días; y la ameba causante de la disentería, en 10 horas (Fuente: Internet).

Si observamos el pasaje de hoy —Proverbios 24:13 y la primera mitad del versículo 14— en la *Versión Coreana Contemporánea* (*Hyundai-in-ui Seong-gyeong*), dice así: «Hijo mío, come miel; es buena. La miel recién salida del panal es especialmente dulce. La sabiduría también es dulce de esa manera. Por tanto, busca la sabiduría...». Aquí, el autor de Proverbios nos anima a comer miel porque es buena, mencionando específicamente la «miel recién salida del panal». Señala que este tipo de miel es «aún más dulce» y nos insta a adquirir sabiduría, comparándola con esa misma dulzura. Esta clase específica de miel se describe como aquella que se recoge justo cuando fluye de la colmena; se considera la forma más dulce y pura de miel, totalmente libre de impurezas. Así pues, la razón por la que

el autor compara la sabiduría con esta miel es que la sabiduría también es sumamente dulce, pura y está libre de toda impureza. Esto plantea la pregunta: ¿de qué manera la sabiduría —al igual que esta miel— es pura y está libre de impurezas? La respuesta, según la Biblia, es que la miel proviene de la roca. Observemos el Salmo 81:16: «Los alimentaría con lo mejor del trigo, y con miel de la roca los saciaría». Del mismo modo que la miel fluye de la roca, la sabiduría fluye de Jesucristo —quien es la Roca—, haciendo que dicha sabiduría sea sumamente dulce, pura y esté completamente libre de impurezas. Por eso el escritor de Proverbios afirmó en Proverbios 4:5–7: «Adquiere sabiduría, adquiere inteligencia; no olvides mis palabras ni te apartes de ellas. No abandones la sabiduría, y ella te protegerá; ámala, y ella velará por ti. La sabiduría es lo supremo; por tanto, adquiere sabiduría. Aunque te cueste todo lo que tienes, adquiere inteligencia». Debemos prestar atención a las palabras del escritor y adquirir sabiduría. Debemos obtener sabiduría —el verdadero discernimiento— a cualquier precio; así de vital es. Para lograrlo, primero debemos amar la sabiduría. Si amamos la sabiduría, consumiremos la Palabra de Dios tal como se come la miel. En otras palabras, atesoraremos la pura palabra de Dios (30:5), la mantendremos cerca de nosotros a lo largo de nuestra vida, la leeremos y meditaremos en ella día y noche. Nunca debemos olvidar ni menospreciar la palabra de Dios.

¿Por qué, entonces, debemos adquirir sabiduría consumiendo la pura palabra de Dios como si fuera un panal de miel? ¿Cuál es la razón? Observemos la última parte de Proverbios 24:14: «…si la hallas [la sabiduría], tendrás un futuro y tu esperanza no será cortada». Debemos adquirir sabiduría porque hacerlo asegura un futuro brillante y garantiza que nuestra esperanza no se verá truncada. ¿Acaso esto no nos recuerda a Proverbios 23:17-18, pasaje en el que ya hemos meditado? «No envidie tu corazón a los pecadores, antes bien, vive siempre en el temor del Señor. Ciertamente hay un futuro para ti, y tu esperanza no será cortada». ¿Qué significa esto? Significa que los cristianos sabios, que siempre temen a Dios, poseen una esperanza para la vida venidera. ¿Cuál es la esperanza de la vida eterna que tenemos los cristianos? Es precisamente que el Señor nos recibirá en gloria (Salmo 73:24). Por ello, la última parte de Proverbios 14:32 afirma: «El justo tiene esperanza en su muerte».

Oro para que tú y yo adquiramos sabiduría alimentándonos bien de la pura Palabra de Dios, que es dulce como un panal de miel.

En cuarto lugar, debemos levantarnos de nuevo aunque caigamos siete veces.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 24:15-16: «No aceches como un malvado la casa del justo, ni destruyas su lugar de descanso; porque aunque el justo caiga siete veces, volverá a levantarse, pero los impíos tropezarán en la calamidad». Mientras vivimos en este mundo, aquellos de nosotros que hemos sido justificados por la gracia de Dios mediante la fe en Jesús podemos sufrir y tropezar a causa de los impíos. Por supuesto, no son solo los impíos quienes nos hacen tropezar. Al vivir en este mundo malvado, existen innumerables cosas que pueden hacer caer a los cristianos. Por ejemplo, podemos tropezar y derrumbarnos en la batalla contra nosotros mismos. Podemos caer en la desesperación y tropezar tras cometer pecado debido a las tentaciones de este mundo pecaminoso. Asaf, el autor del Salmo 73, estuvo a punto de tropezar cuando envidió la prosperidad de los impíos. Creo que nosotros también somos plenamente capaces de algo así. Podemos tropezar por envidia al ver a los justos sufrir mientras los impíos viven bien, prosperan y acumulan riquezas. Durante el segundo día de la reciente reunión para celebrar el 34.º aniversario de nuestra iglesia, el pastor invitado predicó un sermón titulado "Testigos de la salvación", basado en Mateo 16:21–25. Centrándonos específicamente en el versículo 23, Jesús le dijo a Pedro: «... ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres...». Este pasaje identifica a Satanás como aquel que hace tropezar a Jesús. Pero, ¿es Satanás alguien que hace tropezar únicamente a Jesús? Ciertamente no. Satanás es también quien hace tropezar a nosotros, los cristianos —que conformamos la iglesia de Jesús—. ¿Cómo intenta Satanás hacernos tropezar a los cristianos hoy en día? Satanás intenta activamente que nosotros —al igual que el apóstol Pedro— no pensemos en las cosas de Dios, sino en las cosas de los hombres. Nos tienta a apartarnos del camino estrecho de la cruz que Jesús recorrió y a seguir, en cambio, el

camino ancho del mundo. Continuamente nos incita a abandonar la voluntad del Señor en favor de la nuestra, instándonos a vivir según nuestros propios deseos en lugar de los suyos. Satanás busca hacernos tropezar a los cristianos por cualquier medio necesario. No solo nos ataca a nosotros como individuos, sino también a nuestras familias y a nuestras iglesias, con el objetivo de derribarnos a todos. ¿Qué debemos hacer, entonces? Si bien se pueden extraer muchas enseñanzas de diversas partes de la Biblia, hoy deseo centrarme específicamente en el pasaje de Proverbios 24:16. En primer lugar, debemos reconocer que los cristianos ciertamente pueden tropezar. En otras palabras, debido a las artimañas de Satanás diseñadas para hacernos caer, podemos tropezar; no solo una vez, sino siete veces, o incluso innumerables veces. En tales momentos, podemos sentirnos desanimados por nuestra caída y atormentados por la culpa. Sin embargo, el segundo punto que debemos tener presente —tal como nos dice el pasaje de las Escrituras— es que "aunque el justo caiga siete veces, volverá a levantarse". Puesto que creo en esta promesa, veo la vida cristiana como algo semejante a un muñeco de porfiado (o tentetieso). Así como este juguete recupera su posición vertical inmediatamente después de ser derribado, nosotros, los cristianos, debemos creer que, aun cuando Satanás y los impíos nos derriben, ciertamente volveremos a levantarnos. ¿Cómo logra levantarse de nuevo este tipo de muñeco tras caer? Se debe a que su base es la parte más pesada; aunque la parte superior se incline hacia abajo, la influencia de la gravedad hace que esa parte más pesada... Su tendencia intrínseca a asentarse hacia abajo garantiza que siempre retorne a la posición erguida. La lección aquí es que la estabilidad requiere un centro de gravedad bajo; esto permite recuperar el equilibrio y mantenerse firme incluso tras tambalearse momentáneamente debido a fuerzas externas. Creo que, para nosotros los cristianos, este "centro de gravedad" —la fuerza que nos permite levantarnos de nuevo y estabilizarnos— es el Señor, nuestra Roca. Él es el Dios que nos levanta. No importa cuántas veces caigamos, Él es el Dios que nos alza una y otra vez. Tal como levantó a Elías después de su caída, ciertamente nos levantará a nosotros y nos capacitará para cumplir nuestra misión. Él es el Dios que restaura nuestras almas abatidas y nos levanta mediante Su Palabra perfecta. Oro para que el Señor extienda Su poderosa diestra, tome la nuestra y nos levante una vez más.

En quinto lugar, no debemos alegrarnos cuando nuestro enemigo cae.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 24:17: «No te alegres cuando tu enemigo caiga, y no se regocije tu corazón cuando tropiece». ¿Qué opinas de este versículo? Nuestro instinto es alegrarnos interiormente cuando nuestro enemigo cae. ¿No es así? ¿Acaso no es nuestra inclinación natural sentirnos satisfechos y felices, en lo más profundo, cuando aquel mismo enemigo que nos hizo tropezar acaba cayendo él mismo? Cuando presenciamos la ruina de nuestro enemigo o escuchamos la noticia, podríamos incluso alegrarnos, pensando que Dios —un Dios de justicia— ha tomado venganza en nuestro favor. Sin embargo, la Biblia nos dice que no debemos alegrarnos ni regocijarnos en nuestro corazón cuando nuestro enemigo cae. ¿Por qué? Encontré la respuesta en Ezequiel 33:11: «... No me complazco en la muerte del impío, sino en que el impío se aparte de su camino y viva...». La Biblia afirma claramente que Dios no se deleita en la muerte del impío. Si aplicamos esto al pasaje de hoy, Proverbios 24:17, podemos comprender mejor por qué la Biblia nos ordena no alegrarnos cuando nuestro enemigo cae o tropieza. Lo que agrada a Dios es que el impío se aparte de su camino y viva (Ezequiel 33:11). En otras palabras, Dios es un Dios que se deleita en que nuestros enemigos se arrepientan, se vuelvan a Él y vivan; no es un Dios que se alegre o se complazca al ver a nuestros enemigos caer en la ruina (Proverbios 24:17, *Versión Coreana Contemporánea*). Entonces, ¿qué debemos hacer nosotros, como hijos de Dios? Nuestro gozo y deleite no deben residir en que nuestros enemigos tropiecen o caigan en la ruina, sino más bien en su arrepentimiento y retorno al Señor. Si no lo hacemos, el pasaje de las Escrituras en Proverbios 24:18 nos advierte: «El SEÑOR lo verá y le desagradará, y apartará de él su ira». ¿Qué significa esto? Significa que, si desobedecemos las Escrituras y nos alegramos al ver a nuestros enemigos tropezar o caer, a Dios le desagradará nuestra actitud. ¿Por qué le desagradaría a Dios? Esto se debe a que no hemos logrado imitar el corazón de Dios Padre y no nos alegramos cuando nuestros enemigos se arrepienten y se vuelven a Él. Además, el pasaje señala que, si nos alegramos de la caída de nuestro enemigo, Dios podría apartar su ira de ellos (Proverbios 24:18). ¿Qué implica esto? Significa que quienes se alegran por la caída de un enemigo podrían enfrentar el juicio de Dios y tropezar ellos

mismos. Esto resuena con lo que meditamos anteriormente sobre la segunda parte de Proverbios 17:5: «...el que se alegra de la calamidad no quedará sin castigo».

Amigos, la enseñanza de la Biblia es clara. Miren Mateo 5:44: «Pero yo les digo: amen a sus enemigos y oren por los que los persiguen». Miren Lucas 6:27-28: «Pero a ustedes que me escuchan, les digo: amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen y oren por quienes los maltratan». La Biblia nos enseña a amar a nuestros enemigos. Con este contexto en mente, al considerar el pasaje de hoy —Proverbios 24:17—, debemos prestar atención a las palabras del autor de Proverbios: no debemos alegrarnos cuando nuestro enemigo cae, ni permitir que nuestro corazón se regocije ante su tropiezo.

En sexto y último lugar, no debemos albergar ira a causa de los malhechores.

Miren el pasaje de hoy, Proverbios 24:19: «No te irrites a causa de los malhechores, ni tengas envidia de los impíos». ¿Acaso no sientes ira cuando ves a alguien que te persigue, te acosa y te causa problemas? ¿No hierve la rabia en tu interior cuando alguien hace llorar a un ser querido o le inflige una profunda herida en el corazón? ¿No te enfureces al ver a personas verdaderamente malvadas? ¿No te indigna ver a gente tan malvada viviendo bien y prosperando? Y mientras sientes esa ira, ¿no te descubres también envidiando su prosperidad? Creo que esta es nuestra reacción natural e instintiva. Fácilmente podemos sentir un estallido de ira al ver a los impíos prosperar en este mundo. Al mismo tiempo, es posible que envidiemos en secreto su éxito. Sin embargo, al observar Proverbios 24:19, la Biblia nos dice que no nos irritemos a causa de los malhechores ni envidiemos la prosperidad de los impíos. Ya hemos recibido esta instrucción en Proverbios 24:1: «No envidies a los hombres malvados, ni desees estar con ellos». Además, Proverbios 23:17 nos instruye: «No tenga tu corazón envidia de los pecadores, antes bien, mantente siempre en el temor del Señor». Así como el autor de Proverbios advierte repetidamente contra la envidia de la prosperidad de los impíos, también nos dice en el pasaje de hoy —Proverbios

24:19— que no nos irritemos a causa de ellos. ¿Cuál es la razón de esto? Observemos Proverbios 24:20: «Porque el malvado no tiene esperanza futura, y la lámpara de los impíos se apagará».

Amigos, los impíos no tienen futuro. No tienen un mañana brillante, y la lámpara de su esperanza se extinguirá. Aunque, desde una perspectiva mundana, parezca que tienen un futuro prometedor porque viven en comodidad y prosperidad —dando la impresión de que su lámpara nunca se apagará—, la Palabra afirma claramente lo contrario: no tienen futuro y su lámpara se apagará. Sin embargo, como reflexionamos anteriormente en Proverbios 23:18, aquellos que no envidian en su corazón la prosperidad de los pecadores, sino que temen a Dios en todo momento, tienen asegurado un futuro y su esperanza no será cortada. Asimismo, Proverbios 24:14 nos dice que quienes adquieren sabiduría —una sabiduría dulce como la miel del panal— ciertamente tendrán un futuro, y su esperanza no será cortada. ¿Quiénes son, entonces, las personas a quienes se les garantiza un futuro seguro y una esperanza duradera? Son aquellas que han adquirido sabiduría y temen a Dios. Y la persona sabia que teme a Dios no se irrita contra los malhechores ni envidia la prosperidad de los impíos. Mi oración es que nosotros tampoco alberguemos ira contra los malhechores ni envidiemos la prosperidad de los impíos, quienes carecen de esperanza para el futuro. Quisiera concluir este tiempo de meditación. Hay ciertas cosas que nosotros, como cristianos, debemos hacer: cosas que se nos requieren a quienes hemos recibido la salvación y la vida eterna mediante la gracia de Dios. Por ejemplo, 1 Juan 4:11 afirma: «Ya que Dios nos amó tanto, nosotros también debemos amarnos unos a otros». En el pasaje de hoy, tomado de Proverbios 24:10-20, hemos aprendido seis cosas que debemos hacer: (1) No debemos desanimarnos ante la adversidad. (2) Debemos rescatar a quienes enfrentan la muerte injustamente. (3) Debemos buscar la sabiduría. (4) Debemos levantarnos de nuevo, aunque caigamos siete veces. (5) No debemos alegrarnos cuando nuestro enemigo cae. (6) No debemos albergar ira a causa de los malvados. Oro para que todos podamos agradar aún más a Dios cumpliendo con estos deberes mediante la sabiduría que Él nos otorga.

Cuando nos sentimos desanimados

«Si flaqueas en tiempos de adversidad, ¡qué escasas son tus fuerzas!» [(Versión en inglés contemporáneo) «Si te rindes cuando llegan los problemas, demuestras que eres demasiado débil»] (Proverbios 24:10).

Es fácil desanimarse al enfrentar dificultades en este mundo. Somos especialmente propensos al desánimo cuando una adversidad resulta demasiado abrumadora para soportarla solos y —a pesar de buscar ayuda en quienes nos rodean— no la recibimos. En esos momentos, al comprender que el Señor es el único en quien podemos confiar, acudimos a Él y le imploramos ayuda. Sin embargo, si parece que no hay respuesta del Señor a pesar de nuestras oraciones, podemos hundirnos aún más en el desánimo (Lucas 18:1). El desánimo constante agota nuestras fuerzas, dejándonos física y emocionalmente exhaustos, hasta el punto de querer rendirnos.

En 1 Samuel 17:32, vemos al pastor David hablando con el rey Saúl: «... Que nadie se desanime por causa de él; tu siervo irá y peleará contra este filisteo». Aquí, «él» se refiere a «Goliat, el campeón filisteo de Gat» (versículo 23). David dijo a los israelitas —quienes estaban aterrorizados por Goliat y huían de él (versículo 24)— que no se desanimaran por su causa, declarando en cambio que él mismo iría a luchar contra Goliat (versículo 32). ¿Qué opinas de las palabras de David? Si tú y yo hubiéramos estado allí, escuchando a David hablar, ¿habríamos logrado dejar de sentirnos desanimados ante Goliat? Cuando todos a su alrededor veían a Goliat, sentían terror y huían de él; ¿podemos nosotros, entonces, evitar el miedo, la huida y el desánimo? En nuestra vida, al enfrentarnos repetidamente a dificultades enormes —como Goliat—, es fácil agotarnos y caer en un profundo desánimo.

Experimentamos una desesperación y frustración aún mayores cuando estas adversidades afectan a nuestros queridos familiares. ¿Qué debemos hacer, entonces, en tales momentos?

En primer lugar, ante un profundo desánimo, necesitamos reconocer plenamente cuán frágiles somos (Proverbios 24:10). Esto se debe a que solo cuando comprendemos verdaderamente nuestra propia fragilidad llegamos a confiar plenamente en el Señor, quien es nuestra esperanza. La letra del himno 543 (del nuevo himnario), en su primera estrofa y el estribillo, dice así: «Cuando enfrento tiempos difíciles, aunque mi fe sea pequeña, me apoyo aún más en el Señor en quien confío. Al pasar los años, Él es mi único refugio; pase lo que pase, confío en Jesús». Con el paso del tiempo, nuestros cuerpos y mentes se debilitan inevitablemente; sin embargo, las adversidades que enfrentamos pueden volverse aún mayores que antes. En esos momentos, nos damos cuenta de cuán poca fe tenemos en realidad. Aunque nuestra fe debería fortalecerse a medida que nuestros cuerpos y mentes se debilitan, a menudo nos vemos consumidos por la preocupación, la ansiedad y el desánimo al enfrentar pruebas mayores, lo cual revela cuán pequeña es verdaderamente nuestra fe. Es entonces cuando comprendemos que el Señor es el único en quien podemos apoyarnos al transcurrir los años. Por ello, imploramos fervientemente la ayuda del Señor. Al confiar en el Señor, presentamos nuestras peticiones a Dios mientras proclamamos a nuestra propia alma, tal como lo hizo el salmista (Sal. 42:5, 11; 43:5): «¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, porque aún he de alabarle, mi Salvador y mi Dios». Así, siempre que me siento desanimado, a menudo oro a Dios y me hago esta declaración a mí mismo: «Jiwon, ¿por qué estás abatido? ¿Por qué estás tan ansioso? Pon tu esperanza en Dios». En esos momentos, experimento la ayuda de Dios cuando el Señor aviva mi alma abatida y desanimada mediante Su Palabra prometida (Sal. 19:7). Como un juguete que recupera su posición vertical por sí solo, el Señor utiliza la promesa que me dio (Juan 6:1–15) para levantar mi alma desanimada, permitiéndome albergar esperanza una vez más y seguir adelante con fe y perseverancia.

Considera esto: mientras todo Israel estaba aterrorizado ante Goliat y huía de su presencia, el joven David no se acobardó al ver al guerrero Goliat; por el contrario, le dijo al rey Saúl que saldría a luchar contra él. Observemos la reacción del rey Saúl ante esas palabras: «...No podrás ir tú contra aquel filisteo, para pelear con él; porque tú eres muchacho, y él un hombre de guerra desde su juventud» (1 Samuel 17:33). Según cualquier criterio de sentido común, una batalla entre Goliat —guerrero desde su juventud— y el joven David es un enfrentamiento totalmente desigual. Es instinto humano evitar por completo una lucha tan desequilibrada, precisamente porque se sabe que la derrota es inevitable. En tales circunstancias, sería totalmente natural sentirse desanimado. ¿Cómo, entonces, pudo David enfrentarse a Goliat sin sucumbir al desánimo ni al miedo? Encontré la respuesta en la primera parte de 1 Samuel 17:37: «David dijo: "El Señor que me libró de las garras del león y de las garras del oso, me librará de la mano de este filisteo..."». David creía en el Dios de la salvación. Confiaba en que Dios lo libraría del poder de Goliat. Fue esta certeza de salvación la que impidió que David sintiera miedo o desánimo ante Goliat.

En Gálatas 6:9, el apóstol Pablo dice: «No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos». Al hacer el bien, podemos encontrar adversidades y dificultades que nos tienten a desanimarnos. Sin embargo, no debemos rendirnos ni desalentarnos. Al contrario, como el joven David que triunfó sobre Goliat, debemos depositar toda nuestra confianza y seguridad en el Señor. No debemos desanimarnos; más bien, debemos superar con valentía incluso los obstáculos gigantescos —como Goliat— mediante la fe. Mi oración es que todos avancemos con valentía y confianza, fundamentados en nuestra fe en el Señor (Efesios 3:12).

«Me levantaré en el nombre de Jesús»

«No aceches como un malvado la casa del justo, ni saquees su morada; porque aunque el justo caiga siete veces, volverá a levantarse, pero el malvado tropezará cuando llegue la calamidad» (Proverbios 24:15–16).

Esta semana vi en las noticias imágenes de Kent Brantly (33 años), un médico misionero estadounidense infectado con el virus del ébola, llegando en ambulancia al Hospital de la Universidad Emory en Atlanta. Al principio no me di cuenta, pero más tarde supe que una de las dos personas que bajaron de la ambulancia era el propio Dr. Brantly. Me sorprendió un poco —y me llenó de orgullo y alegría— verlo entrar al hospital caminando por su propio pie. Fue profundamente conmovedor verlo entrar así, considerando que el 31 de julio —mientras luchaba contra la infección y se debatía entre la vida y la muerte— incluso había hecho una llamada de despedida a su esposa, que estaba en Estados Unidos. Se dice que, tres meses antes de partir hacia su misión médica en Liberia en 2013, comentó: «Cuando lleguen los días difíciles, me recordaré a mí mismo el llamado de Dios». Recientemente se publicó en Facebook una grabación de audio con las palabras que el Dr. Brantly dirigió a la congregación de la Iglesia de Cristo Southeastern, en Indiana, el pasado mes de julio. En ella afirmaba: «Parto hacia Liberia en una misión médica con mi hijo pequeño, mi hija y mi esposa; viviremos allí durante dos años para servir a personas que han sufrido dos décadas de violencia y destrucción». Cuando se le preguntó por qué decidió ejercer su ministerio en un lugar que nunca había visitado, Brantly declaró con firmeza: «Por el llamado de Dios». Haciendo hincapié en la necesidad de vivir con valentía —al igual que el apóstol Pablo—, citó 2 Timoteo 1:7 diciendo: «Dios no nos ha dado un espíritu de temor». Al ver al Dr. Brantly —quien respondió al llamado de Dios para servir en Liberia, contrajo el mortal virus del

ébola y se debatió entre la vida y la muerte— llegar en ambulancia al Hospital de la Universidad Emory en Atlanta y entrar caminando al edificio por sus propios medios, espero que se recupere plenamente y continúe la obra de Dios a la que fue llamado. Los cristianos somos aquellos que hemos sido llamados por Dios. Por tanto, debemos continuar fielmente la obra de Dios con un sentido de vocación. Sin embargo, existe un adversario que nos observa constantemente, buscando cualquier oportunidad para hacernos tropezar y derribar nuestros hogares (Proverbios 24:15). Ese adversario es Satanás. Satanás es quien intentó hacer tropezar a Jesús (Mateo 16:23) y quien busca hacernos tropezar también a nosotros —los cristianos que constituimos la Iglesia de Jesucristo—. ¿Cómo intenta Satanás hacernos tropezar a los cristianos? Trata de llevarnos —al igual que al apóstol Pedro— a no centrarnos en las cosas de Dios, sino más bien en las cosas de los hombres... ...intentando hacernos pensar [en preocupaciones humanas] (v. 23). El apóstol Pedro sucumbió una vez ante tal tentación de Satanás. Cuando Jesús «comenzó a mostrar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día» (v. 21), Pedro «le tomó aparte y comenzó a reconvenirle, diciendo: "¡Señor, ten compasión de ti mismo! ¡En ninguna manera esto te acontezca!"» (v. 22). Centrado en preocupaciones humanas, el apóstol Pedro no quería que Jesús sufriera y muriera en la cruz; por eso reprendió a Jesús diciendo: «¡Señor, ten compasión de ti mismo! ¡En ninguna manera esto te acontezca!». Sin embargo, la voluntad de Dios era que Jesús sufriera, cargara con todos nuestros pecados y muriera en la cruz. Aunque Jesús vino a la tierra para llevar a cabo esta obra divina, el apóstol Pedro no tuvo en cuenta el propósito de Dios y, en su lugar, se centró en preocupaciones humanas.

Satanás conoce bien nuestras vulnerabilidades. Intenta constantemente atacar e infectar estos puntos débiles con virus espirituales mortales, muy parecidos al virus del ébola. Satanás nos tienta continuamente, esforzándose no solo por hacernos pensar en preocupaciones humanas en lugar de en la obra de Dios, sino también por impulsarnos a actuar conforme a esas preocupaciones humanas. Intenta apartarnos del camino estrecho

de la cruz —que Jesús recorrió— y llevarnos al camino ancho del mundo. Él nos tienta persistentemente a abandonar la voluntad del Señor en favor de la nuestra, instándonos a ignorar Sus propósitos y a vivir según nuestros propios deseos. Satanás se esfuerza por hacernos priorizar las preocupaciones humanas sobre la obra de Dios, infectando a nuestros amados familiares —nuestro punto vulnerable— con un virus espiritual mortal. Una vez que nosotros y nuestras familias somos infectados por este virus, nos dejamos guiar por la autocompasión y los deseos carnales en lugar de por nuestro llamado divino. En consecuencia, no solo anteponemos a nuestras familias a Dios, sino que también perseguimos intereses humanos a costa de la obra de Dios, provocando finalmente el fracaso de dicha obra. Así es como Satanás busca hacer tropezar a los cristianos. No solo nos ataca a nosotros como individuos, sino también a nuestras familias e iglesias, buscando cualquier manera de derribarnos a todos. ¿Qué debemos hacer, entonces? Si bien las Escrituras ofrecen muchas enseñanzas, quisiera centrarme en dos puntos basados en el texto de hoy, Proverbios 24:16: (1) En primer lugar, debemos reconocer que los cristianos pueden caer. En otras palabras, debido a las artimañas de Satanás para hacernos tropezar, podemos caer; no solo una vez, sino siete veces, o incluso innumerables veces. En tales momentos, podemos sentirnos decepcionados de nosotros mismos y atormentados por la culpa. (2) Sin embargo, el segundo punto que debemos tener presente es el hecho de que "aunque el justo caiga siete veces, volverá a levantarse".

Creo que la vida de fe de un cristiano es como un juguete de tipo tentetieso (o muñeco de peso en la base). Al igual que este juguete se endereza inmediatamente después de ser derribado, los cristianos debemos creer que, incluso cuando Satanás y los impíos nos golpean y nos hacen caer, inevitablemente volveremos a levantarnos. ¿Cómo es posible que un juguete así se levante de nuevo tras caer? La razón es que su mayor peso se concentra en la base; aunque llegue a inclinarse, la gravedad tira de esa parte más pesada hacia abajo, haciendo que siempre regrese a una posición erguida. La lección aquí es que la estabilidad proviene de tener el centro de gravedad en una posición baja; esto garantiza que, aunque fuerzas externas provoquen un tambaleo momentáneo, uno pueda recuperar el equilibrio y

mantenerse firme. Creo que el «centro de gravedad» que nos permite a los cristianos levantarnos de nuevo y permanecer firmes es el Señor mismo: nuestra Roca. El Señor es el Dios que nos levanta. Aunque caigamos innumerables veces, Él es el Dios que nos alza una y otra vez. Tal como levantó a Elías después de su caída, ciertamente nos levantará a nosotros y nos capacitará para cumplir nuestra misión. Él es el Dios que restaura nuestras almas abatidas y nos levanta mediante Su Palabra perfecta. Oro para que el Señor extienda Su poderosa diestra, tome la nuestra y nos levante una vez más.

Quisiera concluir esta reflexión. Hay una canción evangélica que nunca olvidaré: «Me levantaré en el nombre de Jesús». Aprendí esta canción gracias a la hermana Lee Jong-mi, de la iglesia Seohyun. Aunque ella yacía en una cama de hospital —con el cuerpo envuelto en vendas «como una momia» debido a graves quemaduras—, el Señor la levantó de nuevo. Al escuchar el testimonio de la hermana Jong-mi, quien luchó y triunfó en una batalla de vida o muerte, no pude evitar alabar al Señor que le concedió esa victoria: «En el nombre de Jesús, me levantaré; por el poder que el Señor da, me levantaré. Aunque el enemigo venga contra mí, no caeré; por el poder que el Señor da —por el poder que el Señor da—, me levantaré». Oro para que nosotros también podamos levantarnos de nuevo en el nombre de Jesús.

¿Cómo debe responder un ciudadano que teme a Dios?

[Proverbios 24:21–26]

Hace poco tiempo, la CNN informó sobre debates acerca de un posible juicio político (*impeachment*) contra el presidente de los Estados Unidos, Barack Obama. La cuestión surgió a raíz de las acusaciones del Partido Republicano —que controla la Cámara de Representantes— de que el presidente Obama estaba abusando de su autoridad ejecutiva. Concretamente, los republicanos argumentaban que estaba haciendo un uso excesivo de las órdenes ejecutivas. Un ejemplo citado fue su gestión de la implementación de "Obamacare" (la Ley de Cuidado de Salud a Bajo Precio); los críticos sostenían que había abusado de sus poderes constitucionales al retrasar deliberadamente disposiciones clave de la ley mediante órdenes ejecutivas. Existía la preocupación de que aplicar dichas disposiciones en los plazos previstos causaría enormes pérdidas financieras a las pequeñas y medianas empresas (pymes) y provocaría el despido de empleados a tiempo completo. En respuesta, según se informó, el presidente Obama emitió una orden ejecutiva el pasado mes de febrero para posponer unilateralmente, hasta 2016, la aplicación de la disposición pertinente para las empresas de entre 50 y 100 empleados. Además, implementó un aumento del salario mínimo —al que los republicanos se habían opuesto— mediante una orden ejecutiva, y se espera que tome medidas ejecutivas el próximo mes de septiembre para ofrecer alivio a los inmigrantes indocumentados. Como consecuencia, el 30 de julio, la Cámara de Representantes de EE. UU. aprobó una resolución, por 225 votos a favor y 201 en contra, autorizando una demanda judicial contra el presidente Obama. ¿Cómo debemos responder a tales noticias como ciudadanos de los Estados Unidos? O

bien, si somos ciudadanos de Corea del Sur en lugar de EE. UU., ¿cómo debemos responder al considerar la situación del actual presidente surcoreano? Al enfrentarnos a estas preguntas, uno de los pasajes bíblicos que nos viene a la mente es Romanos 13:1–2: «Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrean condenación para sí mismos». Aplicando esto a nosotros mismos, si somos creyentes que temen a Dios, debemos someternos a las autoridades gobernantes. ¿Por qué? Porque todas las autoridades gobernantes han sido establecidas por Dios. Sin embargo, debemos tener presente que esto no significa que debamos someternos al gobierno incondicionalmente. En otras palabras, si un gobierno se corrompe e institucionaliza prácticas que contradicen la Palabra de Dios —ordenando a todos los ciudadanos que las sigan—, no podemos acatar tales órdenes. Un ejemplo de esto es el intento de institucionalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo. Si el matrimonio entre personas del mismo sexo llegara a convertirse en ley, ¿cómo deberíamos responder usted y yo? ¿Deberíamos seguir una ley nacional que contradice claramente la ley de Dios (su Palabra)? Debemos someternos a las autoridades que Dios ha establecido; debemos obedecer las leyes del país, siempre y cuando no entren en conflicto con la ley de Dios.

El texto de hoy, Proverbios 24:21, dice: «Hijo mío, teme al SEÑOR y al rey, y no te asocies con los rebeldes». Centrándome en este pasaje, quisiera reflexionar sobre dos maneras en que un ciudadano de una nación que teme a Dios debe conducirse y, de este modo, recibir las lecciones que el Señor nos ofrece.

En primer lugar, un ciudadano que teme a Dios también muestra respeto por su presidente.

Observe la primera parte de Proverbios 24:21 en el texto de hoy: «Hijo mío, teme al SEÑOR y al rey…». La Biblia nos instruye a temer tanto a Dios como al rey. Al aplicar esto a nuestras vidas, significa que debemos temer a Dios y también mostrar respeto por el presidente de

nuestro país. Por supuesto, el «rey» mencionado aquí por el autor de Proverbios se refiere a un rey ideal a quien Dios utiliza (Prov. 21:1; Park Yun-sun). Por lo tanto, el presidente a quien debemos respetar es un presidente ideal a quien Dios utiliza. Entonces, ¿quién es exactamente un presidente ideal? Al reflexionar sobre los pasajes que hemos estudiado hasta ahora, la Biblia describe al rey ideal de la siguiente manera: (1) Primero, basándose en el Salmo 101, el «corazón de un rey ideal» consta de tres cualidades: (a) un corazón que valora la misericordia y la justicia, (b) un corazón humilde y (c) un corazón que rechaza la maldad (el engaño o una vida en la que el ser interior difiere de las acciones externas). (2) A continuación, reflexionamos sobre el «rey ideal» basándonos en el Salmo 72, centrándonos en dos puntos: (a) el rey ideal juzga con el discernimiento del Señor, y (b) debido a que el rey ideal juzga con el discernimiento justo del Señor, trae satisfacción al pueblo del Señor. (3) Por último, reflexionamos sobre el «buen rey que agrada a Dios» basándonos en Proverbios 16:10–15. Consideramos tres características de un buen rey que agrada a Dios: (a) un buen rey que agrada a Dios toma decisiones correctas utilizando la sabiduría de Dios, (b) aborrece hacer el mal y (c) está abierto al consejo de súbditos leales. (4) Seguidamente, centrándonos en Proverbios 19:12 y 20:2, meditamos sobre el «presidente ideal». Consideramos dos puntos: (a) un presidente ideal gobierna la nación con justicia, y (b) un presidente ideal dirige la nación con amor. (5) Finalmente, al reflexionar sobre Proverbios 21:1, vemos que el rey ideal utilizado por Dios es aquel que permanece en las manos de Dios y es guiado por Él; tal rey obedece la voluntad del Señor siempre que Dios guía conforme a Su buena voluntad. (6) Además de estos pasajes, hay otra escritura que vale la pena examinar: Deuteronomio 17:19–20. Dice así: «Lo tendrá consigo y lo leerá todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor su Dios y a cumplir fielmente todas las palabras de esta ley y estos preceptos; para que no se considere superior a sus hermanos israelitas ni se aparte de la ley ni a derecha ni a izquierda. Así él y sus descendientes reinarán por mucho tiempo sobre su reino en Israel». Aquí, el rey ideal a los ojos de Dios se caracteriza por tres cosas: (a) mantener la ley de Dios (Su palabra) a su lado y leerla a lo largo de su vida para aprender a temer a Dios, (b) observar y poner en práctica todas las palabras y preceptos de la ley de Dios sin desviarse a derecha ni a izquierda, y (c) no volverse arrogante hacia sus

hermanos israelitas. En el pasaje de hoy, Proverbios 24:21, la Biblia enseña que, para el ciudadano que teme a Dios, el rey digno de reverencia es aquel que establece la justicia. Observemos los versículos 23 al 26: «También estos son dichos de los sabios: Hacer acepción de personas en el juicio no es bueno. Al que dice al impío: "Tú eres justo", los pueblos lo maldecirán y las naciones lo aborrecerán; pero quienes reprenden al impío hallarán deleite, y sobre ellos vendrá una buena bendición. Una respuesta honesta es como un beso en los labios». Aquí, el autor de Proverbios describe tanto lo que *no* hace un rey que establece la justicia como lo que *sí* hace. En primer lugar, un rey que defiende la justicia no muestra parcialidad al juzgar, ni le dice al impío: «Tú eres justo» (v. 23). ¿Puede imaginarlo? Si el sabio rey Salomón, al resolver el caso de las dos prostitutas, hubiera favorecido a una mujer sobre la otra, o hubiera dictaminado que la madre falsa era la verdadera y le hubiera ordenado llevarse al bebé vivo, ¿cómo habría reaccionado el pueblo de Israel? ¿Habrían sentido verdadera reverencia por el rey Salomón? (1 Reyes 3:28). Si el rey Salomón hubiera emitido un juicio tan erróneo, habría sido maldecido y odiado por el pueblo de Israel, tal como describe Proverbios 24:24. Sin embargo, como ya sabemos, el rey Salomón presidió el caso con la sabiduría que Dios le había dado y emitió un veredicto justo. Distinguió a la verdadera madre del niño vivo de la falsa y ordenó que el niño fuera entregado a la madre verdadera (1 Reyes 3:26-27). Al enterarse del juicio del rey Salomón, el pueblo de Israel sintió reverencia por él (v. 28), pues vieron que la sabiduría de Dios estaba en él para administrar justicia (v. 28). Deuteronomio 1:17 afirma: «El juicio pertenece a Dios; no hagan acepción de personas en el juicio; escuchen tanto al pequeño como al grande; no teman a nadie». Un rey que no teme el rostro de los hombres no «absuelve al culpable ni condena al inocente» al dictar sentencia (Proverbios 17:15), pues sabe que tales acciones son detestables para Dios (v. 15). Proverbios 18:5 declara: «No es bueno mostrar parcialidad con el impío ni privar de justicia al justo en el tribunal». Además, Proverbios 28:21 afirma: «Mostrar parcialidad no es bueno; sin embargo, un hombre prevaricará por un pedazo de pan». ¿Qué significa esto? Significa que un rey justo, al juzgar, no muestra parcialidad, ni defiende al impío ni perjudica al inocente.

1 Pedro 2:13–14 y 17 dicen: «Sométanse, por causa del Señor, a toda institución humana, ya sea al rey como autoridad suprema, o a los gobernadores enviados por él para castigar a los malhechores y elogiar a quienes hacen el bien... Honren a todos, amen a los hermanos, teman a Dios, honren al rey». La Biblia nos manda temer a Dios y honrar al rey. Al aplicar esto a nuestras vidas, debemos temer a Dios y honrar al presidente de nuestra nación. Visto a través del pasaje de hoy —Proverbios 24:21—, dado que reverenciamos a Dios, también debemos reverenciar al presidente que Dios ha designado sobre nuestra nación. Por supuesto, el presidente a quien estamos llamados a reverenciar y honrar no es cualquier presidente; se trata específicamente de un presidente que defiende la justicia. La Biblia enseña que, si verdaderamente reverenciamos a Dios, entonces, como ciudadanos de una nación, debemos reverenciar al presidente que Dios ha designado, siempre y cuando dicho presidente defienda la justicia.

En segundo y último lugar, el ciudadano que reverencia a Dios no se asocia con rebeldes.

Observemos la última parte de Proverbios 24:21: «...no te asocies con los rebeldes». La Biblia no solo nos manda reverenciar a Dios y al rey que Él ha designado (versículo 21), sino que también nos advierte que no debemos asociarnos con rebeldes. Esto significa que no debemos unir fuerzas con aquellos que buscan usurpar la autoridad real mediante la rebelión. La razón es que una calamidad repentina caerá tanto sobre los rebeldes como sobre quienes se alíen con ellos, conduciéndolos a la destrucción (versículo 22). Para aplicar esto a la actualidad, podemos considerar el ejemplo de Siria. El actual presidente de Siria es Bashar al-Ásad. Según *Parade*, un suplemento semanal de *The Washington Post*, Bashar llegó a figurar en la lista de los peores dictadores del mundo. Bajo su mandato, Siria ha apoyado abiertamente a grupos como Hamás en Palestina y Hezbolá en el Líbano como parte de una política antiisraelí, lo que llevó a las naciones occidentales a designarla como Estado patrocinador del terrorismo. Como sabemos, Siria se encuentra actualmente inmersa en una guerra civil, con las fuerzas gubernamentales y los rebeldes antigubernamentales trabados en un conflicto continuo. Naturalmente, aunque algunos

ciudadanos puedan simpatizar con el presidente Bashar, es probable que muchos otros lo consideren un dictador y lo rechacen. En tal situación, ¿cómo deben los cristianos que viven allí obedecer las palabras de Proverbios 24:21? ¿Deberían realmente reverenciar y honrar al presidente? Ciertamente no. Dado que no es ni el presidente ideal descrito en la Biblia ni un líder que defienda la justicia, ¿están realmente obligados a reverenciarlo y honrarlo? Sin embargo, también debemos considerar lo siguiente: el hecho de que su presidente sea un dictador y un gobernante malvado, ¿hace correcto que los ciudadanos cristianos de Siria se unan a fuerzas antigubernamentales, luchen contra el ejército del gobierno y lo destituyan del poder por la fuerza?

El Dr. Park Yun-sun aborda este tema destacando tres puntos: (1) Es una cuestión de conciencia del creyente frente a un gobierno injusto. Si bien Proverbios 24:21 prohíbe la rebelión personal contra un gobernante malvado o un gobierno injusto, no ordena al pueblo ofrecer obediencia ilimitada a tal gobierno. Incluso si un gobierno emite una orden, el creyente no está obligado a obedecerla si la exigencia es injusta, como una orden que vulnere su fe. Como creyentes, debemos actuar basándonos en una perspectiva centrada en Dios en los asuntos relacionados con el Estado. En otras palabras, debemos vivir con el propósito de glorificar a Dios incluso en nuestra vida como ciudadanos. (2) Respecto a la actitud de los creyentes cristianos ante un gobierno injusto: Nadie puede, a título personal, destituir a un gobernante (incluso a un tirano) mediante la violencia. Sin embargo, los altos funcionarios o los administradores subordinados tienen la responsabilidad de contener los excesos del gobernante para proteger al pueblo y, si fuera necesario, eliminar la fuente de tal gobierno opresivo. (3) Respecto al papel de la iglesia cristiana en la prevención de las malas acciones del gobierno: Dado que la iglesia cristiana no existe únicamente para el Estado, debe cumplir sus responsabilidades hacia este de manera indirecta. Por ejemplo, la iglesia puede ejercer una influencia indirecta sobre el Estado moldeando la conciencia de los ciudadanos y de los funcionarios públicos. A medida que la conciencia de los funcionarios y ciudadanos se alinea más estrechamente con el espíritu cristiano, el Estado se acerca más a la ley de Dios en cuestiones de religión y moralidad. Esta influencia

indirecta se logra de las siguientes maneras (H. Meeter): (a) Mediante la predicación del Evangelio; Cuando la iglesia proclama el Evangelio, enseña los principios de la Palabra de Dios que se aplican a todos los aspectos de la vida humana, incluidos los principios que rigen la vida política. (b) Los cristianos deben exponer los principios bíblicos relevantes para la vida cívica dentro de las instituciones educativas. (c) El cristianismo debe esforzarse por ganar el favor público para la Palabra de Dios e influir en la población general a través de periódicos y otros medios de comunicación. Al leer el Antiguo Testamento, a menudo vemos a Dios referirse al pueblo de Israel como un «pueblo rebelde» (Ezequiel 12:2) (Deuteronomio 9:7, 31:27; Isaías 30:9; Ezequiel 2:3, 5, 7, 8; 3:9, 12:25, 26; 24:3, 12:9). En Deuteronomio 9:24, Moisés dijo a los israelitas: «Habéis sido rebeldes contra el Señor desde que os conozco». Además, antes de morir, Moisés les dijo: «Porque yo conozco vuestra rebelión y vuestra dura cerviz. Si hoy, estando yo todavía vivo con vosotros, habéis sido rebeldes contra el Señor, ¡cuánto más lo seréis después de mi muerte!» (31:27). El pueblo de Israel se rebeló constantemente contra el Señor, el Rey de reyes. No solo se rebelaron de continuo, sino que incluso rechazaron a Dios como su Rey, negándose a permitir que Él reinara sobre ellos (1 Samuel 8:7). Así, durante la época de Samuel, los israelitas le dijeron: «Tú eres viejo, y tus hijos no andan en tus caminos; ahora, pues, constitúyenos un rey para que nos juzgue, como tienen todas las naciones» (versículo 5). Se negaron a escuchar a Samuel y declararon: «Tendremos rey sobre nosotros, para que nosotros también seamos como todas las naciones, y nuestro rey nos juzgue, y salga delante de nosotros y pelee nuestras batallas» (versículos 19–20). Al escuchar su petición, Samuel oró a Dios, y Dios le dijo: «Escucha todo lo que el pueblo te diga; porque no te han desechado a ti, sino que a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos» (v. 7). A los israelitas que se rebelaron contra Él de esta manera, Dios les habló a través del profeta Oseas: «Sanaré su rebeldía y los amaré gratuitamente, porque mi ira se ha apartado de ellos» (Oseas 14:4). ¡Qué gracia tan maravillosa es esta! Dios prometió sanar la rebeldía de los israelitas y amarlos gratuitamente. Este es el corazón mismo de Dios Padre hacia nosotros. Dios Padre es quien sana nuestra rebeldía y nos ama con deleite. Amigos míos, Dios Padre nos dice no solo que dejemos de rebelarnos contra Él, sino también que evitemos asociarnos con aquellos que

se rebelan. Oro para que ustedes y yo obedezcamos esta palabra de Dios por reverencia hacia Él.

Quisiera concluir esta reflexión. A través del pasaje de hoy en Proverbios 24:21-26, hemos aprendido cómo debemos vivir nosotros, como cristianos, en nuestra condición de ciudadanos de una nación. Para resumirlo en una palabra: debemos ser ciudadanos que temen a Dios. Como ciudadanos que temen a Dios, también debemos mostrar el respeto y la reverencia debidos a nuestro presidente. Además, no debemos asociarnos con aquellos que se rebelan. Es mi oración que ustedes y yo seamos capaces de obedecer estas palabras.

Observa y recibe instrucción.

[Proverbios 24:27–34]

Amigos, este mundo ofrece mucho que ver y aprender. Aunque a menudo pasamos cosas por alto o las descartamos sin pensarlo dos veces, hay muchos aspectos del mundo que —si nos detenemos a observarlos y reflexionar profundamente sobre ellos— nos brindan lecciones valiosas. Un ejemplo de ello es la hormiga. Últimamente, he estado librando una guerra contra las hormigas. Cada vez que las veo en distintas partes de mi casa, no solo tengo que eliminarlas, sino también localizar sus puntos de entrada —esas grietas y agujeros— para sellarlos. Sin embargo, al pensar en estas hormigas, recuerdo el pasaje de Proverbios 6:6–11 sobre el que meditamos anteriormente. En aquel entonces, reflexionamos sobre la persona perezosa que no está a la altura del ejemplo de la hormiga, aprendiendo que el holgazán debería acudir a ella, observar sus caminos y adquirir sabiduría. ¿Qué clase de sabiduría debe adquirir la persona perezosa? Debe aprender a trabajar voluntaria, diligente y cooperativamente, incluso sin un supervisor (v. 7). También debe aprender de la hormiga la importancia de prepararse con antelación para el futuro (v. 8). En cambio, el perezoso dice: «Un poco de sueño, un poco de dormitar, y un poco de cruzar los brazos para descansar» (v. 10). La lección es que la pobreza inevitable llega al holgazán, golpeando con la fuerza abrumadora de un ladrón que ataca a su víctima. Así pues, incluso al observar a las hormigas mientras transitamos por este mundo, podemos extraer enseñanzas. Del mismo modo, necesitamos observar, reflexionar y adquirir sabiduría mientras vivimos nuestras vidas.

En el pasaje de hoy, Proverbios 24:32, el autor afirma: «Observé y reflexioné profundamente; miré y recibí instrucción». Centrándome en el pasaje de hoy y en el título «Debemos observar y atender a la instrucción», quisiera reflexionar sobre tres cosas que debemos observar y de las cuales debemos aprender.

En primer lugar, debemos aprender que aquello que requiere preparación previa debe prepararse con antelación.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 24:27: «Prepara tu trabajo en el exterior; ten todo listo en el campo y, después de eso, construye tu casa». Cuando piensas en construir una casa, ¿qué crees que debe prepararse primero? Probablemente, la preparación financiera sea el primer paso. Una vez que decides construir, debes establecer un presupuesto sólido para los costos de construcción. A continuación, necesitas adquirir el terreno. Debes elegir la mejor ubicación para tu familia, aclarar el precio de compra e inspeccionar el sitio. También conviene examinar el terreno con un arquitecto y verificar las normativas y las dimensiones antes de concretar la compra. Luego, para llevar a cabo la construcción de la casa, debes seleccionar cuidadosamente a un arquitecto que realice el diseño. Solo entonces puede comenzar la obra. Una enseñanza similar aparece en Lucas 14:28–30: «Supongamos que uno de ustedes quiere construir una torre. ¿Acaso no se sienta primero a calcular el costo para ver si tiene suficiente dinero para terminarla? Porque si pone los cimientos y no logra terminarla, todos los que la vean se burlarán de él, diciendo: "Este hombre comenzó a construir y no pudo terminar"». La *Versión Coreana Contemporánea* lo traduce así: «Cuando uno de ustedes quiere construir una torre, ¿no se sienta primero a calcular el costo para ver si tiene el dinero para terminarla? Si solo pone los cimientos pero no logra terminar, los observadores se burlarán de él, diciendo: "Esta persona empezó el trabajo pero no pudo terminarlo"». ¿No es cierto? Al planear la construcción de una torre de vigilancia, ¿no debería uno calcular primero los costos para asegurarse de contar con fondos suficientes para completarla? Si se inicia la construcción sin la preparación financiera necesaria, es posible que el dinero se agote tras haber puesto solo los cimientos,

dejando el proyecto inconcluso. ¿Qué diría la gente si viera una estructura en la que solo se colocaron los cimientos pero el edificio nunca se terminó? De hecho, hace unos años, cuando visité por primera vez Xi'an, China —donde residía un pastor principal que yo conocía—, me sentí sorprendido y desconcertado durante el trayecto en taxi desde el aeropuerto hasta su ubicación. Mientras viajaba, vi repetidamente obras en construcción con grúas sobre edificios inacabados; aunque ver una o dos escenas así no habría sido inusual, ver tantas fue algo nuevo para mí. Era la primera vez que presenciaba tantos edificios grandes e incompletos. Movido por la curiosidad sobre la causa, investigué en línea y encontré dos razones principales: las fluctuaciones del mercado inmobiliario y las políticas gubernamentales. Al analizar las causas específicas, se identifican tres tipos; el primero es la "dificultad para obtener financiación adicional". En otras palabras, esto se refiere a situaciones en las que el plan de inversión de un promotor inmobiliario tropieza con obstáculos o se corta la financiación bancaria.

En el pasaje de hoy, Proverbios 24:27, el autor enfatiza que es necesario realizar los preparativos adecuados antes de construir una casa. Dicho de otro modo, el autor señala que establecer una familia requiere una preparación financiera previa. Pensemos en una pareja que se prepara para el matrimonio: si se centran en diversos detalles pero descuidan la preparación financiera adecuada, ¿qué les sucederá? ¿Podrán celebrar su boda con éxito? Incluso si la pareja llega a casarse, es inevitable que enfrenten conflictos continuos debido a problemas económicos. De hecho, una encuesta realizada a 278 empleados de oficina casados por el portal de empleo Career (www.career.co.kr) reveló que los "problemas financieros" eran la causa principal de las discusiones conyugales, representando el 25,5 % de los casos. Del mismo modo, un análisis del Centro de Asistencia Legal para Relaciones Familiares de Corea —que examinó a 1304 personas (1102 mujeres y 202 hombres) separadas de entre las 3537 que buscaron asesoramiento para el divorcio en 2005— determinó que los problemas financieros (33 %), tales como conflictos económicos, la incapacidad para mantener el hogar o las deudas, eran la razón principal de la separación. Todos somos conscientes de estos hechos hasta cierto punto. Por lo tanto, debemos

preguntarnos cómo podemos realizar los preparativos financieros necesarios para establecer un hogar sólido y saludable, conforme a las enseñanzas de Proverbios 24:27. Encontré la respuesta en Proverbios 6:7–8, un pasaje sobre el que ya hemos reflexionado anteriormente: "No tiene capitán, ni capataz ni gobernante, y sin embargo almacena sus provisiones en verano y recoge su alimento en la cosecha". Todos conocen la fábula de Esopo "La hormiga y la cigarra", ¿verdad? En esa famosa historia, mientras las hormigas trabajan diligentemente durante el verano, el saltamontes canta y se burla de ellas, preguntando: «Oigan, hormigas, ¿han perdido la cabeza? ¿Preparándose para el invierno en pleno verano?». A pesar de tales burlas, las hormigas trabajaban arduamente para el frío invierno que se avecinaba, incluso en los días de calor sofocante. El saltamontes, en cambio, pasaba los días cantando en lugar de trabajar; cuando llegó el invierno, se encontró sin comida y tuvo que mendigar algo de alimento. Cuando leíamos este cuento en nuestra infancia, aprendíamos la lección de que debíamos ser como la hormiga y no como el saltamontes. Aprendíamos que debíamos vivir con diligencia y fidelidad, como la hormiga, y no con pereza, como el saltamontes. Sin embargo, ahora que somos mayores y reflexionamos sobre esta fábula de Esopo, obtenemos algo más que la simple lección de la diligencia: aprendemos la sabiduría de prepararnos para el futuro. En Proverbios 6:8, la Biblia exhorta a quienes carecen de la sabiduría de la hormiga a acudir a ella y aprender cómo prepararse para el futuro. Proverbios 30:25 también describe a las hormigas como aquellas que «preparan su comida en el verano». ¿Por qué preparan las hormigas su alimento para el invierno durante el verano? Según el Dr. Park Yun-sun, el verano es la época de la cosecha en la región de Palestina. Es entonces cuando las hormigas recolectan alimento para consumir durante el invierno. Así, preparan sus provisiones invernales durante la temporada de cosecha. Al igual que la hormiga, nosotros también debemos prepararnos diligentemente para el futuro durante el tiempo de la cosecha.

¿Para qué debemos entonces —y especialmente todos los cristianos— prepararnos? Observemos Mateo 24:44: «Por tanto, también vosotros estad preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no esperáis». Aquello para lo que todos debemos

prepararnos es la Segunda Venida de Jesús. Debemos prepararnos para el regreso del Señor. ¿Cómo debemos prepararnos para su regreso? Debemos hacerlo conociendo la voluntad del Señor y actuando conforme a ella (Lucas 12:47). ¿Cuál es la voluntad del Señor? Su voluntad es que todos tomemos nuestra propia cruz y le sigamos como sus discípulos (Lucas 14:27). ¿Cuál es, entonces, lo primero que debe hacer un seguidor del Señor? Significa estar dispuesto a hacer sacrificios por amor al Señor (Park Yun-sun). Por esta razón, en Lucas 14, Jesús habló de calcular el costo de construir una torre (v. 28) y de preparar la fuerza militar necesaria para librar una guerra (vv. 31-32). Es mi esperanza que, como discípulos del Señor, nos preparemos para hacer sacrificios por Él mientras, al mismo tiempo, nos preparamos para su Segunda Venida. En particular, cuando estemos ante el Señor y rindamos cuentas de nuestras vidas, ruego que estemos bien preparados y recibamos su alabanza (Mateo 25:21).

En segundo lugar, debemos aprender la lección de que no debemos buscar venganza mediante el falso testimonio.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 24:28–29: «No testifiques contra tu prójimo sin motivo, ni uses tus labios para engañar. No digas: "Le haré lo mismo que él me hizo a mí; le pagaré a ese hombre por lo que hizo"». Nuestro instinto es contraatacar: si alguien nos da una bofetada en la mejilla, queremos devolvérsela de inmediato. Incluso podemos racionalizar el actuar según este instinto citando versículos como Éxodo 21:23–25: «Pero si hay lesiones graves, exigirás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe». A menudo utilizamos tales pasajes para justificar el impulso de tomar represalias de la misma manera contra quienes nos han agraviado.

En 1 Samuel 25, del Antiguo Testamento, aparece un hombre que intentó actuar siguiendo este instinto tan humano: David. David tenía la intención de vengarse personalmente de un hombre llamado Nabal. Quería hacerlo porque, aunque había tratado a Nabal con gran

amabilidad (versículo 15), Nabal no había correspondido a esa amabilidad y, en cambio, lo había insultado (versículo 14). Mientras los hombres de David estaban en Carmel junto a los pastores de Nabal, no solo se abstuvieron de hacerles daño, sino que también se aseguraron de que no se perdiera ni una sola de las ovejas de Nabal (v. 7). En otras palabras, debido a que los hombres de David permanecieron con los pastores y les sirvieron de muro protector día y noche (v. 16), nada resultó dañado ni se perdió (v. 15). Sin embargo, cuando David envió a diez de sus hombres a ver a Nabal (v. 5) con la esperanza de recibir un gesto de buena voluntad —pidiéndole que diera lo que pudiera a David y a sus hombres (v. 8)—, Nabal respondió preguntando: «¿Quién es David? ¿Quién es el hijo de Isaí?» (v. 10). No ofreció nada y, por el contrario, los insultó (v. 14). En consecuencia, David ordenó a sus hombres que se ciñeran las espadas y partieran hacia la casa de Nabal con unos cuatrocientos hombres (v. 13), con la intención de tomarse la justicia por su mano. Sin embargo, Abigail, la esposa de Nabal, habló y actuó con sabiduría, impidiendo que David derramara sangre y se vengara personalmente (vv. 26, 31, 33). Ella le dijo a David: «Que mi señor no cargue sobre su conciencia el peso abrumador de un derramamiento de sangre innecesario ni de haberse vengado con sus propias manos…» (v. 31a). ¿Qué significa esto? Significa que, si David se hubiera vengado personalmente de Nabal, ello podría haberse convertido en una carga para su conciencia más adelante, cuando llegara a ser rey de Israel. No obstante, gracias a que el Señor intervino a través de Abigail para detenerlo, esa preocupación quedó eliminada. En aquel momento, David dijo a Abigail: «Bendita sea tu sabiduría y bendita seas tú, pues hoy me has impedido derramar sangre y vengarme con mis propias manos» (versículo 33). En última instancia, a través de Abigail —una mujer sabia—, el Señor evitó que David derramara sangre y tomara venganza por su cuenta (versículo 26). ¿Por qué hizo esto el Señor? ¿Cuál fue la razón? Encontré la respuesta en Romanos 12:19: «Queridos amigos, nunca se tomen la justicia por su mano. Dejen eso a la justa ira de Dios. Pues está escrito: "Mía es la venganza; yo pagaré", dice el Señor». La razón por la que el Señor impidió que David tomara represalias contra Nabal es que la venganza pertenece al Señor. En otras palabras, el Señor evitó que David se vengara porque Él mismo pagaría en nombre de David.

Al examinar hoy Proverbios 24:29, la Biblia dice: «No digas: "Le haré lo mismo que él me hizo a mí; le pagaré a ese hombre por lo que ha hecho"». ¿Qué significa esto? Significa que no debemos buscar venganza. Por ejemplo, si traté a alguien con amabilidad pero esa persona me insultó a cambio, no debo insultarla de la misma manera en que ella me trató. Ciertamente, esto no significa que, simplemente porque alguien me hable con dureza y enojo, yo deba responderle de la misma forma. Además, al observar el versículo 28 del pasaje de hoy, vemos que no debemos levantar falso testimonio contra nuestro prójimo sin causa. No debemos engañar al prójimo con nuestros labios. Incluso si alguien nos miente o nos engaña, no debemos responder de la misma manera. Por supuesto, nos abstenemos de hacerlo no solo porque la Biblia prohíbe las represalias o la venganza personal, sino también porque, como cristianos, estamos llamados a no mentir ni engañar al prójimo. Si mentimos o engañamos al prójimo, complacemos al Diablo: el mentiroso y padre de la mentira (Juan 8:44). En cambio, debemos actuar conforme a la Regla de Oro del cristianismo. ¿Cuál es la Regla de Oro? Observemos Mateo 7:12: «Así que, en todo, traten a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes…». Este versículo encierra un principio fundamental que nos enseña claramente cómo poner en práctica el mandamiento de «amar al prójimo como a uno mismo», uno de los dos grandes mandamientos de Jesús (Mateo 22:39). Dicho principio consiste en que debemos tratar a los demás, en primer lugar, de la manera en que deseamos ser tratados por ellos. Por ejemplo, si queremos que alguien nos comprenda, primero debemos esforzarnos por comprenderle a él. Debemos cultivar el hábito de ponernos en el lugar de la otra persona. Al hacerlo, podremos tratar a los demás exactamente como nos gustaría ser tratados. En particular, así como deseamos que los demás sean veraces con nosotros, debemos ser veraces con ellos en primer lugar. Nunca debemos permitir que una mentira salga de nuestros labios, ni levantar falso testimonio contra nuestro prójimo. Ruego que todos seamos personas que den testimonio únicamente de la verdad.

En tercer lugar, debemos observar y asimilar la lección de que los perezosos se vuelven pobres.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 24:30–34: «Pasé junto al campo de un perezoso, junto a la viña de alguien falto de juicio; por todas partes habían crecido espinos, el suelo estaba cubierto de maleza y el muro de piedra estaba en ruinas. Reflexioné sobre lo que observé y aprendí una lección de lo que vi: "Un poco de sueño, una breve siesta, cruzar los brazos un momento para descansar... y la pobreza te sorprenderá como un ladrón, y la escasez como un hombre armado"». Vivimos en una época en la que el ritmo de vida se ha acelerado considerablemente en comparación con el pasado. Quizás por ello, existe una presión por hacer todo de manera rápida y eficiente. Además, muchas personas llevan vidas ajetreadas, abrumadas por una multitud de tareas. Sin embargo, una pregunta que debemos plantearnos aquí es: «¿Estar ocupado es realmente lo mismo que ser diligente?». ¿Qué opinas? ¿Crees que llevar una vida ajetreada equivale a llevar una vida diligente? Personalmente, no creo que sea necesariamente así. No considero que estar ocupado sea sinónimo de ser diligente. Tampoco juzgo a alguien como perezoso simplemente porque no lleve una vida ajetreada. De hecho, creo que, en medio de una vida excesivamente ocupada, a menudo tendemos a postergar las cosas. Considero que la postergación puede llevarnos a la pereza.

En el pasaje de hoy, Proverbios 24:30, el autor de Proverbios describe cómo pasa junto al campo de un «perezoso» y la viña de un hombre «falto de juicio». Aquí, el autor utiliza los términos «perezoso» y «hombre falto de juicio» como sinónimos. En otras palabras, una persona perezosa es alguien a quien le falta sabiduría. En este contexto, «falta de sabiduría» —traducido del inglés— significa carecer de buen juicio. ¿Cuál es, entonces, el juicio específico que le falta a la persona perezosa? Creo que es la capacidad de establecer prioridades. Dicho de otro modo, a la persona perezosa le falta el criterio para discernir qué debe hacerse primero y qué después. Por ejemplo, Jesús dijo: «Busquen primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas» (Mateo 6:33). Sin embargo, en

tiempos del profeta Hageo, el pueblo de Israel estaba ocupado construyendo sus propias casas en lugar de la casa de Dios (Hageo 1:4, 9). Descuidaron el templo —la casa de Dios—, dejándolo en ruinas mientras se centraban únicamente en construir sus propias viviendas lujosas. Sus prioridades estaban mal enfocadas. Como consecuencia, Dios castigó al pueblo de Israel. ¿En qué consistió ese castigo? Observemos Hageo 1:6 y la primera parte del versículo 9: «Han sembrado mucho, pero han cosechado poco. Comen, pero nunca quedan satisfechos. Beben, pero nunca se sacian. Se visten, pero no entran en calor. Ganan un salario, solo para ponerlo en una bolsa agujereada» (v. 6); «Esperaban mucho, pero resultó ser poco. Lo que llevaron a casa, yo lo hice desaparecer…». ¿Qué significa esto? Dios provocó una sequía que afectó los cultivos del pueblo de Judá (v. 11), lo que resultó en una cosecha escasa (vv. 6, 9) (Park Yun-sun). En última instancia, esto implica que cuando no buscamos primero el reino de Dios y su justicia, Dios trae sequía a nuestras finanzas, sumiéndonos en la escasez. En otras palabras, si no establecemos nuestras prioridades correctamente ante los ojos de Dios, inevitablemente enfrentaremos la pobreza. La persona perezosa carece de sabiduría y no hace lo que debe hacerse primero, cayendo así en la pobreza. Además, carece de buen juicio y posterga las tareas necesarias. Consideremos, por ejemplo, Proverbios 6:10 y el pasaje de hoy, Proverbios 24:33. La Biblia registra que el perezoso dice: «Un poco de sueño, una pequeña siesta, cruzar un poco las manos para descansar». Tal persona no solo dice estas cosas, sino que realmente pasa el tiempo durmiendo, adormilada y ociosa. En resumen, el perezoso no se levanta cuando debería, posponiéndolo para más tarde. Tampoco trabaja cuando corresponde, postergando la tarea para otro momento. Sin embargo, en lugar de reconocer su propia pereza, culpan a factores externos, como las circunstancias o a otras personas. En otras palabras, la persona perezosa no sabe asumir responsabilidades. ¿Cuál es el resultado? Observemos Proverbios 6:11 y el pasaje de hoy, Proverbios 24:34: «Así vendrá tu pobreza como un ladrón, y tu escasez como un hombre armado». ¿Qué significa esto? Significa que una pobreza inevitable llega a los perezosos, golpeándolos tal como un ladrón somete a su víctima (Proverbios 24:33) (MacArthur).

Proverbios 6:9 reprende al perezoso con estas palabras: «¿Hasta cuándo, perezoso, estarás acostado? ¿Cuándo te levantarás de tu sueño?». Además, Proverbios 21:25 afirma: «El deseo del perezoso lo llevará a la muerte, porque sus manos se niegan a trabajar». ¿Cuál es el punto? Significa que a los perezosos les desagrada trabajar con sus manos. De hecho, a menudo causan problemas en su lugar. Consideremos 1 Timoteo 5:11-13: «En cuanto a las viudas más jóvenes, no las incluyas en esa lista. Pues cuando sus deseos sensuales se imponen sobre su consagración a Cristo, quieren casarse. Así atraen juicio sobre sí mismas, porque han quebrantado su primer compromiso. Además, adquieren el hábito de la ociosidad y de ir de casa en casa. Y no solo se vuelven ociosas, sino también entrometidas que hablan tonterías y dicen cosas que no deberían decir». En lugar de atender sus deberes, las viudas jóvenes ociosas van de casa en casa, participando en chismes insensatos y diciendo cosas indebidas, provocando así problemas. Sin embargo, existe un asunto aún más grave que enfrentan los perezosos: el hecho de que se consideran sabios [(26:16) «El perezoso es más sabio a sus propios ojos que siete hombres que saben responder con sensatez»]. Como meditamos anteriormente en Proverbios 3:7, la Biblia nos instruye: «No seas sabio a tus propios ojos; teme al SEÑOR y apártate del mal». Por lo tanto, los perezosos no deben considerarse sabios; más bien, deben temer a Dios y apartarse del mal de la ociosidad. Al igual que la hormiga, deben prepararse diligentemente para el futuro: para el tiempo de la cosecha.

Amados, no debemos amar el sueño; más bien, debemos mantenernos despiertos y trabajar con diligencia. ¿Por qué? Consideren la letra del himno 330, «Trabajad, pues la noche viene»: (Estrofa 1) Trabajad, pues la noche viene; cumplid con vuestro deber. Levantaos temprano mientras el rocío está fresco; trabajad arduamente desde que sale el sol, pues pronto llegará la noche en que nadie podrá trabajar. (Estrofa 2) Trabajad, pues la noche viene; cumplid con vuestro deber. No malgastéis en ociosidad el tiempo destinado al trabajo; aunque nos afanemos de día y llegue el tiempo de descanso, pronto vendrá la noche en que nadie podrá trabajar. (Estrofa 3) Trabajad, pues la noche viene; cumplid con vuestro deber. Trabajad con ahínco bajo los rayos inclinados del sol poniente; aun cuando la luz se

desvanezca y caiga la oscuridad, trabajad con todas vuestras fuerzas mientras aún podáis. Tal como dice el himno, la noche en que no podremos trabajar llegará inevitablemente, y llegará *pronto*. Por tanto, mientras es tiempo de trabajar... No debemos jugar cuando se supone que debemos estar trabajando. En lugar de preferir el sueño cuando deberíamos trabajar, debemos hacerlo con diligencia. Ya sea que comamos o bebamos, o cualquier cosa que hagamos, ruego que todos seamos diligentes en realizar la obra de Dios para Su gloria.

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Al vivir en este mundo, debemos observar, reflexionar profundamente y atender a las instrucciones. En el pasaje de hoy —Proverbios 24:27-34— hemos aprendido tres lecciones que requieren nuestra atención y aceptación. Primero, debemos hacer los preparativos necesarios con antelación. Segundo, no debemos buscar venganza mediante el falso testimonio. Tercero, debemos reconocer que la pereza conduce a la pobreza y esforzarnos por ser diligentes. Ruego que observemos, reflexionemos profundamente, aceptemos con humildad las instrucciones que el Señor nos da y vivamos fielmente conforme a ellas.

Ante Dios

[Proverbios 25:1–7]

Uno de los principios rectores que definió la vida de Juan Calvino, el reformador de Ginebra (Suiza), fue la expresión *Coram Deo*. Este término latino combina *Coram* (que significa «en presencia de» o «ante») y *Deo* (que significa «Dios») para expresar la idea de vivir «ante Dios». Implica no vivir simplemente para quedar bien ante los hombres (*coram hominibus*) o para alcanzar honor y éxito a los ojos del mundo (*coram mundo*), sino vivir únicamente «ante Dios» (*Coram Deo*), buscando su buena y perfecta voluntad (Romanos 12:2). Durante el siglo XVI —una época de extrema corrupción—, esta frase resumía el estilo de vida que los reformadores instaban a los cristianos a adoptar: vivir bajo la autoridad de Dios y en comunión con Él, exaltando su nombre y dándole gloria. Además, sirvió de fundamento para los cinco lemas defendidos por reformadores como Martín Lutero —quien inició la Reforma protestante—: *Sola Scriptura* (solo la Escritura), *Sola Fide* (solo la fe), *Sola Gratia* (solo la gracia), *Solus Christus* (solo Cristo) y *Soli Deo Gloria* (solo a Dios la gloria). «Para nosotros, que vivimos hoy, una verdadera vida de fe *Coram Deo* es aquella centrada en Dios: ver la vida desde su perspectiva, temer al Dios que está ante nosotros, confiar en el Dios que siempre está con nosotros y mantener la misma fe no solo ante Dios, sino también ante las personas». En el pasaje de hoy —Proverbios 25:5 y 6—, el rey Salomón, autor de Proverbios, repite dos veces la expresión «ante el rey». Con ello, instruye al pueblo de Israel sobre cómo debe conducirse en presencia del rey. Al reflexionar sobre cómo aplicar esta enseñanza a nuestras propias vidas, comprendí que debemos poner en práctica estas lecciones «ante Dios», el Rey de reyes. Este razonamiento es válido porque, en el versículo 2 del pasaje, Salomón establece una comparación entre Dios y el rey terrenal.

Observemos Proverbios 25:2: «Gloria de Dios es encubrir un asunto, pero gloria de los reyes es escudriñarlo». ¿Qué significa esto? En primer lugar, consideremos la afirmación de Salomón de que «gloria de Dios es encubrir un asunto». ¿Cuál es el sentido de esto? Implica que Dios —quien posee un conocimiento muy superior al de cualquier ser humano, una profundidad de sabiduría que trasciende nuestra capacidad de comprensión (Salmo 92:5; Eclesiastés 3:11) y cuyas obras escapan a nuestro entendimiento (Job 5:9; Salmo 145:3)— no necesita consejo de nadie; por tanto, Él encubre ciertos asuntos (MacArthur). Por ejemplo, veamos Job 5:9: «Él hace maravillas inescrutables, milagros que no se pueden contar». ¿Podemos comprender plenamente la voluntad de Dios respecto a por qué permitió que Job soportara tal sufrimiento? ¿Podemos tú y yo entender verdaderamente y por completo el corazón de Dios? Por eso el apóstol Pablo se expresó así en Romanos 11:33-34: «¡Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios e inescrutables sus caminos! ¿Quién ha conocido la mente del Señor? ¿O quién ha sido su consejero?». Me viene a la mente la letra de la segunda estrofa del himno 620: «Aunque la voluntad del Señor sea difícil de comprender, sé que siempre estoy dentro de Su propósito...».

Hermanos y hermanas, ¿quién puede conocer verdaderamente —o sondear— la mente de Dios? Nadie puede escudriñar los juicios de Dios. Nadie puede medir la inmensidad de Dios, cuyo entendimiento es inescrutable (Isaías 40:28) y cuya grandeza es inescrutable (Salmo 145:3). Por consiguiente, Dios encubre asuntos; en otras palabras, se reserva ciertas cosas para sí mismo. Esa es la gloria de Dios (Proverbios 25:2). Pero, ¿qué hay del rey? ¿Por qué el rey Salomón, autor de Proverbios, afirmó en la segunda parte del texto de hoy (Proverbios 25:2) que «gloria de los reyes es escudriñar un asunto»? La razón es que un rey es un ser humano, no Dios; como gobernante designado por Dios, debe indagar —o investigar— lo que es necesario saber para gobernar adecuadamente a la nación (Israel, el pueblo de Dios) (MacArthur). El rey David y su hijo Salomón sirven de ejemplo de esto. En 1 Crónicas 22:12, el rey David le dice a su hijo Salomón: «Que el Señor te dé sabiduría y entendimiento, y te ponga al frente de Israel, para que guardes la ley del Señor tu Dios». ¿Por qué oró su padre,

el rey David, para que Dios concediera sabiduría y entendimiento a su hijo Salomón? La razón es que este debía suceder a su padre como rey y gobernar bien la nación de Israel. Así, una vez que Salomón se convirtió en rey, Dios se le apareció una noche y le dijo: «Pídeme lo que quieras que te dé» (2 Crónicas 1:7); en respuesta, Salomón pidió a Dios «sabiduría y conocimiento» (versículo 10). ¿Cuál fue la razón de esto? ¿Por qué pidió el rey Salomón «sabiduría y conocimiento» en lugar de «riquezas, bienes u honores», «la muerte de sus enemigos» o «una larga vida» (versículo 11)? Lo hizo para poder juzgar adecuadamente al pueblo de Israel, el pueblo que Dios había confiado a su cuidado y gobierno (versículo 11). Finalmente, dado que la petición de sabiduría y conocimiento de Salomón agradó al Señor (1 Reyes 3:10), Dios le concedió un «corazón sabio y entendido» (versículo 12). Valiéndose de la sabiduría que Dios le había dado, el rey Salomón resolvió con destreza el caso de las dos prostitutas; al ver que la sabiduría de Dios estaba en él y le permitía emitir veredictos justos, el pueblo de Israel sintió gran respeto y admiración por él (versículo 28). De este modo, el rey Salomón buscó la sabiduría de Dios para juzgar y gobernar eficazmente al pueblo de Dios. Ciertamente, «es gloria de los reyes escudriñar un asunto» (Proverbios 25:2). En cuanto al corazón de un rey que indaga los asuntos de esta manera, Salomón afirma en el texto de hoy —Proverbios 25:3— que «el corazón de los reyes es inescrutable», tal como «la altura de los cielos y la profundidad de la tierra». ¿Qué significa esto? Implica que, así como Dios —el Rey de reyes— no revela todo su conocimiento al rey, sino que oculta ciertas cosas, el rey también mantiene ocultos ciertos conocimientos a su pueblo, haciéndolos inescrutables (Walvoord).

Entonces, ¿qué nos dice el rey Salomón, autor de Proverbios, que hagamos ante un rey así? Quisiera extraer dos lecciones de esto. Ruego que aceptemos humildemente estas lecciones y vivamos de una manera que agrade a Dios —el Rey de reyes— ante su presencia.

En primer lugar, debemos apartar el mal de la presencia de Dios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 25:4-5: «Quita las escorias de la plata, y saldrá alhaja para el fundidor; aparta de la presencia del rey al impío, y su trono se afirmará en justicia». Probablemente tengas una idea general de cómo se quitan las escorias de la plata, ¿verdad? La plata se coloca en un horno y se somete a altas temperaturas para eliminar las impurezas, o escorias. Sin embargo, estas impurezas no se desprenden fácilmente. Por tanto, para obtener plata pura, es necesario fundirla repetidamente a altas temperaturas. Para lograrlo, el fundidor debe lidiar con un calor intenso y sudar profusamente. Aun así, el fundidor no rehúye tal labor para obtener la plata pura que desea. Proverbios 17:3 dice: «El crisol para la plata y el horno para el oro, pero el Señor prueba los corazones». ¿Qué significa esto? Así como un fundidor funde repetidamente la plata a altas temperaturas para purificarla, Dios nos guía a través del «horno de la aflicción» (Isaías 48:10) para refinar nuestros corazones. En otras palabras, Dios permite que pasemos por pruebas y sufrimientos —el fuego del refinamiento— para purificarnos de los elementos carnales, terrenales e impuros que se adhieren a nosotros como escorias o impurezas. Un ejemplo destacado de esto es Job, que aparece en el libro del Antiguo Testamento que lleva su nombre. Observemos Job 23:10: «Mas Él conoce el camino que tomo; cuando me haya probado, saldré como oro». ¿Por qué, entonces, hace Dios que pasemos por el horno del sufrimiento para «quitar las escorias de la plata»? Fijémonos en la última parte de Proverbios 25:4: «… y saldrá como vasija para el platero». ¿Qué significa esto? Significa que Él elimina las impurezas de la plata para que esta pueda convertirse en una vasija útil. Del mismo modo, Dios nos guía a través del horno del sufrimiento para que, finalmente, salgamos como oro puro. ¿Cuál es el propósito de esto? ¿Por qué hace Dios que salgamos como oro puro? Veamos 2 Timoteo 2:21: «Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor y dispuesto para toda buena obra». La razón es que el Señor nos limpia y nos prepara para ser aptos para Su uso, transformándonos en vasijas de honra para Él.

Al considerar cómo aplicar esta lección a nuestras vidas, me di cuenta de que debemos eliminar el mal de nuestra existencia delante de Dios. ¿Qué clase de mal debemos eliminar?

Uno de esos males es la idolatría. Así como los israelitas en tiempos de Samuel «quitaron los baales y las astorets, y sirvieron solo al Señor» (1 Samuel 7:4), nosotros también debemos desechar cualquier cosa —ya sean riquezas o cualquier otra cosa— que amemos más que a Dios, y servirle únicamente a Él. Otro mal que debemos eliminar es el «corazón de piedra». En Ezequiel 36:26, Dios promete poner un espíritu nuevo dentro de nosotros y darnos un corazón nuevo, quitando el corazón de piedra de nuestra carne y reemplazándolo por un corazón de carne (véase también Ezequiel 11:19). Debemos aferrarnos a esta promesa en oración y cuidarnos de que nuestros corazones no se endurezcan. Para lograrlo, debemos cultivar diligentemente nuestros corazones. Hemos de quebrantar nuestros corazones tercos y endurecidos con la Palabra —que actúa como un martillo— y transformarlos en corazones tiernos. Este esfuerzo no es sencillo; así como un césped requiere riego, poda y cuidados constantes, cultivar el corazón exige que luchemos con sinceridad con la Palabra. Sin embargo, debemos emprender todo esto a través de la oración. En la oración, debemos sentir remordimiento por el pecado en nuestros corazones, confiar en la preciosa sangre de Jesús y labrar diligentemente la tierra de nuestro corazón —que alguna vez fue como un terreno baldío— para mantener un espíritu tierno. Además, debemos eliminar «todos nuestros pecados» (toda nuestra injusticia) delante de Dios (Oseas 14:2). Recordemos que nuestro Señor está libre de toda injusticia (2 Crónicas 19:7). Por lo tanto, todo aquel que invoca el nombre del Señor debe apartarse de la injusticia (2 Timoteo 2:19).

En segundo lugar, no debemos exaltarnos a nosotros mismos delante de Dios.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 25:6: «No te exaltes en presencia del rey, ni ocupes el lugar de los grandes». ¿Alguna vez ha visto a alguien comportarse con aires de superioridad frente a usted? Si es así, ¿cómo se sintió cuando actuaron de esa manera? Una publicación en línea lo describe así: «Estar cerca de alguien que presume constantemente resulta agotador. Escuchar sus incesantes elogios hacia sí mismo provoca fatiga y, a veces, despierta una irritación repentina. Uno siente el impulso de decir: "Por favor, basta. Vuelve

a tu propia isla, donde eres el único que importa"» (Internet). ¿Por qué la gente actúa con aires de superioridad frente a los demás? A simple vista, tal comportamiento podría sugerir una gran confianza en uno mismo; sin embargo, la realidad puede ser todo lo contrario: es posible que, en el fondo, sean personas más temerosas e inseguras que nadie, impulsadas por un profundo sentimiento de inferioridad. También podrían actuar así debido a una ansiedad interna, buscando constantemente la validación y el reconocimiento de los demás (Internet). Además, podemos actuar con superioridad porque hemos vivido bajo presión, sintiendo que no hemos recibido suficiente reconocimiento por parte de la gente (Internet). Entonces, ¿por qué actuamos con superioridad ante los demás? Proverbios 12:9 afirma: «Más vale ser un don nadie y tener un sirviente que pretender ser importante y carecer de alimento» (Versión Coreana Contemporánea). La expresión «ser un don nadie» (o ser tenido en poca estima) se refiere a una actitud de humildad: situarse en una posición modesta sin preocuparse por las opiniones ajenas y sin buscar jamás exaltarse a sí mismo (1 Samuel 18:23; Delitzsch). Decir que tal persona «tiene un sirviente» implica que posee el estatus y los medios para emplear a alguien que le sirva (Delitzsch). Se considera que esta persona está en mejor situación que aquella que aparenta importancia pero carece de alimento; es decir, alguien que vive en la pobreza absoluta. La frase «pretender ser importante» se refiere a quien se autopromociona por arrogancia (Fleisher). Este pasaje revela la razón por la que a menudo actuamos como si fuéramos superiores a los demás: nace de un corazón orgulloso que desea presumir ante la gente. ¿No resulta algo absurdo querer aparentar una gran riqueza mientras en realidad se vive en la pobreza absoluta? Adornar excesivamente la apariencia externa para crear una ilusión de abundancia —cuando en el fondo hay poca sustancia— no solo es poco práctico, sino que tampoco deja una buena impresión del carácter ante los ojos de los demás. Proverbios 30:32 dice: «Si has actuado neciamente exaltándote a ti mismo o has tramado el mal, pon tu mano sobre tu boca» (Versión Coreana Contemporánea). La Biblia afirma claramente que quienes se exaltan a sí mismos son necios. ¿Por qué son necios? Observemos la primera parte del Salmo 14:1: «Dice el necio en su corazón: “No hay Dios”…». La razón por la que una persona que se exalta a sí misma es necia es que, en su corazón, cree que no existe Dios. En

consecuencia, en lugar de humillarse ante Dios, prefiere exaltarse ante los demás. Veamos el Salmo 10:4: «En su orgullo, el malvado no busca a Dios; en todos sus pensamientos no hay lugar para Él». En última instancia, la Biblia nos dice que quienes se exaltan a sí mismos no solo son necios, sino también arrogantes.

En el pasaje de hoy, Proverbios 25:6, el rey Salomón —autor de Proverbios— dice: «No te exaltes en presencia del rey, ni ocupes el lugar de los grandes» [(Versión Coreana Revisada): «No te exaltes ante el rey, ni te abras paso hasta el asiento de una persona de alto rango»]. Reflexionar sobre este versículo me recordó dos incidentes que viví mientras me formaba en el ministerio en Corea. El primero ocurrió cuando acompañé al pastor principal y a los pastores asociados en una visita pastoral al hogar de un matrimonio de la iglesia. Cuando el pastor principal se sentó en el sofá, el pastor asociado principal se sentó a su lado, y los demás parecieron seguir el mismo orden jerárquico. Afortunadamente, terminé sentándome en una silla junto a la mesa de la cocina. El segundo incidente sucedió mientras el equipo pastoral se tomaba una fotografía en la entrada principal de la iglesia; de repente, el pastor principal le pidió al pastor de educación, que estaba justo a su lado, que se moviera al otro lado. Me llamó la atención que, incluso al tomarse fotos, parecían organizarse según su rango. Amigos, ¿por qué el rey Salomón —autor de Proverbios— dice en el pasaje de hoy (Proverbios 25:6): «No te exaltes en presencia del rey, ni reclames un lugar entre los grandes»? Observemos el versículo 7: «Es mejor que él te diga: "Sube aquí", a que seas humillado ante un noble». ¿Puedes visualizarlo? Imagina que nos sentamos con arrogancia entre políticos de alto rango, solo para que uno de ellos nos diga: «Este no es tu asiento; ve a sentarte allá». ¡Qué humillante sería eso! Es mucho mejor humillarnos y ocupar un asiento inferior, para luego ver cómo uno de esos políticos se acerca y nos dice: «Por favor, sube y siéntate aquí». El Nuevo Testamento ofrece una lección similar en Lucas 14:8-10: «Cuando seas invitado por alguien a un banquete de bodas, no te sientes en el lugar de honor, no sea que él haya invitado a alguien más distinguido que tú, y quien los invitó a ambos venga y te diga: "Cede tu lugar a este hombre", y entonces tengas que pasar la vergüenza de ocupar el último lugar. Pero cuando seas invitado, ve y siéntate en el último lugar, para que

cuando llegue quien te invitó, te diga: "Amigo, sube a un lugar mejor"; entonces recibirás honra ante todos los que están sentados a la mesa contigo». ¿Qué opinas?

Me gustaría concluir esta reflexión sobre la Palabra. Hace poco leí la letra de una canción góspel titulada «Estoy ante el Señor»: «Señor, Dios mío, estoy ante Ti; Santo Señor, Te adoro. Al arrodillarme ante Ti y buscar Tu rostro, vienes a mí y me tocas. Al arrodillarme ante Ti y buscar Tu misericordia, vienes a mí y me renuevas. Tu amor inagotable borra todo mi dolor y mis lágrimas. Sostenido por Tu mano, me levanto para adorarte» (Internet). Amados, el día que el Señor regrese, Él eliminará por completo todos nuestros pecados, nos revestirá de cuerpos espirituales gloriosos y nos conducirá al Reino eterno de los Cielos. En ese momento, nos inclinaremos humildemente ante el trono celestial del Señor y alabaremos a Dios por Su salvación y victoria. "Nos reunimos ante el trono, alabando juntos al Señor; Dios entregó a su Hijo por amor.
Somos redimidos por su sangre; el amor derramado en la cruz fluye como un río por toda la tierra.
Personas de toda nación, tribu y lengua son salvas y adoran al Señor.
La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero.
La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero."

Ante un posible conflicto con el prójimo

[Proverbios 25:8-10]

¿Cómo son sus relaciones con los demás? ¿Fluyen sin problemas o enfrenta algunas dificultades? En realidad, ¿cómo deberíamos manejar nuestras relaciones?

Personalmente, creo que hay una bendición en las relaciones que el Señor nos otorga. Si amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos —conforme al mandamiento de Jesús—, podremos disfrutar de esa bendición. Sin embargo, si no obedecemos este mandamiento y no amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, inevitablemente probaremos el fruto amargo de tales relaciones. Uno de esos frutos amargos es el conflicto.

¿Por qué surgen conflictos en nuestras relaciones? He identificado siete razones en la Biblia:

(1) La insensatez.

Observe Proverbios 18:6: «Los labios del necio lo llevan a la contienda, y su boca invita a los golpes». Observe Proverbios 20:3: «Es honra para el hombre evitar la contienda, pero todo necio se apresura a pelear».

(2) La codicia.

Observe Proverbios 28:25: «El codicioso provoca conflictos, pero quien confía en el Señor prosperará».

(3) El odio.

Observe Proverbios 10:12: «El odio provoca conflictos, pero el amor cubre todas las faltas».

(4) La ira.

Observe Proverbios 15:18: «El hombre irascible provoca conflictos, pero el que es lento para la ira calma la disputa». Observe Proverbios 29:22: «El hombre iracundo provoca contiendas, y el de mal genio abunda en transgresiones». Observe Proverbios 30:33: «Porque al batir la leche se obtiene mantequilla, y al apretar la nariz brota sangre; así, provocar la ira genera contiendas».

(5) La arrogancia o el orgullo.

Observe Proverbios 13:10: «El orgullo solo trae contiendas, pero la sabiduría está con los que aceptan consejo». Observe Proverbios 22:10: «Expulsa al burlador y cesará la contienda; sí, terminarán los pleitos y los insultos».

(6) La perversidad.

Observemos Proverbios 6:14: «Perversidad hay en su corazón; maquina el mal continuamente; siembra discordia». Observemos Proverbios 16:28: «El hombre perverso siembra contienda, y el chismoso separa a los mejores amigos».

(7) Pasiones en conflicto.

Observemos Santiago 4:1: «¿De dónde vienen las guerras y los conflictos entre ustedes? ¿No vienen de sus deseos de placer que luchan en sus miembros?».

Amigos, ¿cómo podemos mantener buenas relaciones humanas? El pastor John Maxwell dijo lo siguiente: «Para llegar a ser alguien que agrada a los demás y resulta accesible, primero debe hacer que se sientan a gusto». Además, afirmó que para lograr que otros se sientan a gusto, uno debe poseer las siguientes siete características:

(1) Un corazón cálido.

Una persona que hace que los demás se sientan a gusto es cálida y amable. Para mantener relaciones armoniosas, es necesario conservar un corazón cálido. Para lograrlo, debo experimentar personalmente el corazón cálido de Dios. Necesito experimentar la verdad (Salmo 63:3) de que su amor y misericordia son verdaderamente mejores que la vida misma. Quien tiene el corazón lleno del amor y la misericordia de Dios irradia naturalmente una calidez afable que los demás pueden percibir.

(2) Respeto por las diferencias individuales.

Es imposible mantener una relación armoniosa con alguien que no ve las fortalezas de la otra persona, que confía únicamente en las suyas propias y que menosprecia sutilmente las debilidades del otro. Nadie desea estar cerca de alguien que, simplemente por una diferencia, utiliza sus propios criterios egoístas para insinuar tajantemente que la otra persona está «equivocada». Por el contrario, nos sentimos a gusto con aquellos que respetan nuestras diferencias y se esfuerzan por ampliar su comprensión a través de esas mismas diferencias.

(3) Estabilidad en el estado de ánimo.

John Maxwell afirma: «...Las personas accesibles muestran un estado de ánimo constante. Son estables y predecibles. Como se muestran iguales siempre que las vemos, es fácil anticipar cómo nos tratarán». Nuestros estados de ánimo pueden oscilar entre lo bueno y lo

malo varias veces al día; sin embargo, sin estabilidad emocional, resulta difícil mantener relaciones verdaderamente armoniosas.

(4) Consideración atenta hacia los sentimientos de la otra persona. Una persona con la que uno se siente a gusto percibe rápidamente cuando el estado de ánimo de la otra persona difiere del suyo y ajusta sus reacciones en consecuencia (Maxwell). Un aspecto de esta respuesta adecuada es que tal persona no escucha mis emociones meramente con el intelecto, sino con un corazón cálido. Escucha con sinceridad, en lugar de limitarse a cumplir con el trámite, y sabe expresar sus propias emociones de manera veraz y apropiada. Cuando esto sucede, la otra persona experimenta una sensación de emoción compartida con alguien que le hace sentir a gusto, lo que la lleva a abrirse aún más.

(5) Es alguien que comparte abiertamente sus propios defectos.

"No hay nadie que incomode más a los demás que quien pretende ser perfecto todo el tiempo" (Maxwell). A esas personas les falta, de algún modo, un "toque humano". Uno no puede sentir calidez ante un perfeccionista que se esfuerza demasiado por parecer impecable. Dado que quienes no son honestos consigo mismos tampoco pueden serlo en sus relaciones, estos vínculos suelen percibirse como formales y mecánicos, en lugar de cómodos o impregnados de una humanidad genuina.

(6) La capacidad de perdonar con facilidad y pedir perdón rápidamente.

"Las personas accesibles son humildes porque comprenden la fragilidad humana y revelan abiertamente sus propios defectos. Al ser humildes, piden perdón con prontitud y están dispuestas a perdonar a los demás" (Maxwell). Considero que las relaciones en las que nos sentimos a gusto no se construyen, en absoluto, sobre la base de una perfección mutua. La verdadera comodidad en una relación surge cuando —a pesar de la posibilidad de hacernos daño mutuamente debido a nuestras respectivas limitaciones, defectos, debilidades y

carencias— hallamos gozo en perdonarnos unos a otros, sin olvidar nunca la gracia perdonadora de Dios.

(7) Autenticidad.

Si deseamos mantener relaciones en las que nos sintamos a gusto, debemos ser auténticos. Debemos ser honestos. Necesitamos valentía para mostrar quiénes somos realmente. ¿A qué le tememos? Si nos preocupa cómo nos perciben los demás o qué podrían decir, resulta difícil mantener relaciones sencillas, puras y auténticas. En la primera parte de Proverbios 25:9, el pasaje que analizamos hoy, la Biblia dice: "Si discutes con tu prójimo...". La *Versión Coreana Contemporánea* lo traduce así: "Si tienes un asunto de disputa con tu prójimo...". Centrándome en este versículo, quisiera considerar una de las dos lecciones que la Biblia ofrece sobre cómo debemos actuar cuando surge una disputa de este tipo.

En primer lugar, cuando surge una disputa con un vecino, no debemos apresurarnos a iniciar una demanda judicial.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 25:8: «No te apresures a litigar, pues ¿qué harás al final si tu vecino te avergüenza?». ¿Qué significa esto? Significa que no debemos precipitarnos a demandar cuando existe un conflicto en nuestra relación con un vecino. ¿Por qué? Porque al demandar apresuradamente a un vecino con quien tenemos un conflicto, corremos el riesgo de quedar en vergüenza ante esa misma persona. Piénselo bien: si demanda con demasiada prisa y luego pierde el caso, ¿qué imagen tendrá de usted la persona a la que demandó?

Lo ideal sería mantener relaciones tan buenas con nuestros vecinos que nunca surgieran disputas ni conflictos. Ciertamente, este es el estado deseable para los cristianos en sus relaciones vecinales. ¿Por qué es deseable? ¿Por qué debemos tener buenas relaciones con nuestros vecinos? Porque Jesús nos mandó amar a nuestro prójimo como a nosotros

mismos (Mateo 19:19; 22:39). Sin embargo, aun amando a nuestros vecinos como a nosotros mismos, ¿qué debemos hacer si un vecino rechaza ese amor e inicia un conflicto o disputa con nosotros? ¿Qué debemos hacer, en particular, si un vecino nos demanda a pesar de no haber hecho nada malo? Lo ideal sería no tener absolutamente ninguna disputa legal con los vecinos; no obstante, por más que nos esforcemos por vivir rectamente, parece inevitable que —ya sea por elección o por las circunstancias— surjan conflictos legales a lo largo de nuestra vida en sociedad. En tales momentos, a menudo nos preguntamos si realmente debemos llevar el asunto a los tribunales o si simplemente deberíamos ceder y aceptar la pérdida. ¿Qué debemos hacer, entonces? Me gustaría compartir con ustedes 13 preguntas que los cristianos deberían plantearse antes de iniciar un litigio. Estos puntos provienen de un escrito de Ju Myeong-su —pastor y abogado—, quien dirigió el seminario titulado «Una perspectiva bíblica sobre los litigios cristianos» durante el «Seminario jurídico para la reconciliación y la santidad», organizado por el Centro Legal Cristiano en el Salón Conmemorativo del Centenario de la Iglesia Coreana el 24 de febrero de 1997:

(1) Al emprender este litigio, ¿de qué manera daré gloria a Dios? (1 Corintios 10:31)

(2) Si me quedaran solo seis meses de vida, ¿cuánto tiempo dedicaría a este litigio? (Salmo 90:12)

(3) ¿Cuál es mi verdadera motivación para emprender este litigio? ¿Nace del deseo de venganza? (1 Corintios 13; Mateo 5:38-48)

(4) ¿Deshonra este litigio la gloria de Dios ante otros creyentes? ¿Puedo hablar de este litigio frente a otros creyentes con la conciencia tranquila? (Romanos 14:13; 1 Timoteo 4:12)

(5) ¿Deshonra este litigio a Dios ante los no creyentes? ¿Les impide aceptar el Evangelio? (1 Corintios 6:1-8; 10:32-33)

(6) ¿Deshonra este litigio la gloria de Dios ante la parte contraria, su abogado o incluso mi propio abogado? (Romanos 15:1-3)

(7) ¿Puedo seguir dando testimonio del Evangelio a los no creyentes mientras este litigio está en curso?

(8) ¿Puedo orar a Dios pidiéndole que me ayude a ganar este litigio?

(9) El litigio que estoy emprendiendo... ¿causará daño a un tercero inocente? (Marcos 9:42)

(10) ¿Puedo seguir dando lo mejor de mí a mi familia, a mis responsabilidades domésticas y a mí mismo mientras llevo adelante este litigio?

(11) ¿Había otras soluciones adecuadas? (a) ¿Era el perdón una opción? (b) ¿Eran apropiadas la reconciliación y la búsqueda de un acuerdo? (c) ¿Me he reunido con la otra parte para escuchar su versión? (d) ¿He buscado a un abogado o a un mediador para facilitar la reconciliación? (12) ¿He mostrado tanto celo por la reconciliación o el perdón como el que he mostrado por defender mis derechos? (Mateo 6:12-15)

(13) ¿Estoy dispuesto a hacer todo lo posible por sacar a la luz la verdad y luego aceptar con gracia el veredicto resultante?

Hace unos tres años (en noviembre de 2011), reflexioné sobre 1 Corintios 6:1-11 bajo el título: «¿Es lícito presentar una demanda judicial?». Según el derecho romano de la época del apóstol Pablo, a los judíos se les permitía resolver sus disputas entre ellos mediante arbitraje (Hodge). En consecuencia, durante mucho tiempo, los judíos resolvían sus conflictos de manera privada o ante un tribunal de la sinagoga. Se negaban a llevar sus asuntos a tribunales paganos. La razón era que consideraban que llevar sus disputas a tribunales paganos implicaba que Dios era incapaz de resolver los problemas de su pueblo

mediante sus principios bíblicos (MacArthur). Sin embargo, los cristianos de la iglesia de Corinto, al resolver sus asuntos, no confiaron en Dios ni en sus principios bíblicos... En lugar de resolver sus disputas ante los santos, llevaban sus casos a los tribunales ante incrédulos e injustos (v. 1). Consternado y afligido, Pablo preguntó: «¿Cómo es posible?» y «¿Cómo se atreven a demandarse unos a otros?» (v. 1). ¿Cuál era la preocupación de Pablo? No era que los creyentes de la iglesia de Corinto pudieran enfrentarse a juicios injustos en tribunales seculares. Más bien, a Pablo le preocupaba que no estuvieran respetando la autoridad y el poder de la iglesia (MacArthur). Por eso les dijo: «Digo esto para avergonzarlos. ¿Es posible que no haya ni una sola persona sabia entre ustedes capaz de juzgar una disputa entre creyentes?» (v. 5). ¿Qué significa esto? Pablo señalaba que es vergonzoso buscar la resolución de disputas entre hermanos en tribunales seculares fuera de la iglesia, en lugar de resolverlas dentro de la propia iglesia.

Tal como temía el apóstol Pablo, los cristianos de hoy a menudo no respetan la autoridad y el poder de la iglesia. Si realmente respetáramos la autoridad y el poder de la iglesia, ¿cómo podríamos llevar disputas eclesiásticas a tribunales seculares, demandándonos y luchando unos contra otros? ¿Acaso no estamos llevando actualmente ante los tribunales seculares —presentando demandas y litigando— no solo disputas eclesiásticas, sino incluso conflictos dentro del presbiterio? Los cristianos deberíamos sentir vergüenza. Debería avergonzarnos actuar, en asuntos familiares o de la iglesia, como si no hubiera ni una sola persona sabia entre nosotros, dejando tales cuestiones en manos de jueces y abogados seculares que no tienen fe. No debemos seguir incurriendo en una conducta tan vergonzosa. No debemos seguir exponiéndonos al escarnio del mundo... No debemos adoptar tal comportamiento. Los cristianos ya no deberíamos hacer cosas que nos cubran de vergüenza ante los ojos del mundo. Cuando surja una disputa con un vecino, no debemos apresurarnos a presentar una demanda en su contra.

Por último, cuando tengamos una disputa con un vecino, debemos resolver el asunto discretamente entre las dos partes involucradas.

Creo que nuestro cónyuge es el prójimo más cercano que tenemos. Sin embargo, hay momentos en que surgen problemas que podrían derivar en un conflicto importante con esa misma persona. ¿Qué debemos hacer en tales situaciones? Personalmente, creo que las disputas matrimoniales deben ser resueltas por la propia pareja. No obstante, también considero que las parejas no deben permitir que sus discusiones se carguen de tanta emotividad que arrastren a terceros al conflicto, agravando así el problema. Al hablar de "terceros", no me refiero solo a los padres, sino, más concretamente, a los hijos. Si una pareja involucra a sus hijos en sus discusiones, ¿qué impacto tendría esto en ellos? Ciertamente, no sería positivo.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 25:9: "Si tienes una disputa con tu prójimo, expón tu caso, pero no reveles el secreto de otra persona" [(Versión Coreana Contemporánea) "Si tienes un asunto en disputa con tu prójimo, resuélvelo discretamente entre ambos y no reveles el secreto de otra persona"]. El rey Salomón, autor de Proverbios, aconseja que, si surge una disputa con el prójimo, se debe resolver discretamente entre las dos partes y evitar revelar secretos. Al considerar la instrucción de resolver los asuntos discretamente entre las partes en el contexto del versículo 8, el sentido es que los litigantes deben solucionar el problema en privado en lugar de llevarlo a los tribunales. Esta lección nos trae a la mente el concepto de "acuerdo extrajudicial". Si el demandante y el demandado logran llegar a un acuerdo fuera de los tribunales antes de que comience el litigio, pueden resolver el asunto discretamente, sin tener que afrontar la vergüenza de un proceso judicial público. Cabe destacar que, en el versículo 9, el rey Salomón nos instruye a resolver las disputas discretamente entre las partes involucradas, al tiempo que advierte contra la revelación de secretos ajenos. Amigos, ¿quién es la persona que revela los secretos de los demás cuando dos personas discuten? Miremos Proverbios 11:13 y 20:19: "El chismoso anda revelando los secretos de los demás, pero la persona fiel los guarda" (11:13); "Quien anda chismeando revela los secretos de los demás; por tanto, no te juntes con tal persona" (20:19). La Biblia nos dice que la persona que revela los secretos de los demás es un «chismoso» o alguien que «anda divulgando chismes». La lección aquí es que, si surge un conflicto con un vecino

y este resulta ser un chismoso, debemos tener cuidado con nuestras palabras; no debemos revelarles nuestros pensamientos más íntimos.

¿Por qué, entonces, el rey Salomón, autor de Proverbios, advirtió contra la revelación de secretos (asuntos privados) al discutir con un vecino? ¿Por qué la Biblia nos instruye a no divulgar secretos durante una disputa? La razón se encuentra en el pasaje de hoy, Proverbios 25:10: «Pues quien te escuche podría reprenderte, y una mala reputación podría acompañarte para siempre» [(Versión en lenguaje moderno) «De lo contrario, la persona que lo oiga te avergonzará y tu reputación se verá afectada»]. La razón es que, si revelamos secretos mientras discutimos, la persona que los escucha nos avergonzará y, en consecuencia, nuestra reputación quedará manchada. El Dr. Park Yun-sun dijo una vez: «¿Por qué una persona sufre vergüenza cuando revela el secreto de otro durante una discusión? La razón es que el principio correcto consiste en hablar únicamente sobre la resolución del asunto específico en cuestión. Sin embargo, desviarse de ese tema para exponer los defectos privados de la otra persona constituye un ataque personal. Los ataques personales nunca buscan discernir la verdad; son simplemente una conducta innoble. Inmiscuirse en los asuntos privados de otra persona —que pertenecen a su vida personal— es un acto de falta de respeto. Uno tendrá que afrontar una vergüenza duradera debido a tales palabras y le resultará difícil evitar el odio de la otra persona. Por lo tanto, cuando las personas se ven inevitablemente envueltas en una discusión, deben mantener la calma y hablar solo sobre el asunto en cuestión» (Park Yun-sun). Considero que esto tiene mucho sentido. No debemos revelar los secretos de los demás durante una disputa, sino centrarnos únicamente en resolver el problema; sin embargo, hay ocasiones en las que no lo hacemos. Al analizar por qué sucede esto, una razón es que, en lugar de concentrarnos en la resolución del conflicto, nos obsesionamos con el problema mismo y atribuimos la causa enteramente a la otra persona. Como resultado, terminamos recurriendo a ataques personales. La razón subyacente por la que recurrimos a tales ataques personales es la presencia de «deseos que combaten en nuestro interior» (Santiago 4:1).

Amigos, debemos luchar contra estos deseos que guerrean en nosotros. Observemos 1 Pedro 2:11: «Amados, les ruego, como a extranjeros y peregrinos, que se abstengan de los deseos pecaminosos que combaten contra el alma» [(Versión coreana moderna) «Amados, somos como residentes temporales y viajeros en este mundo. Por tanto, venzan los deseos de la carne que guerrean contra su alma»]. Debemos librar batalla contra los deseos de la carne que guerrean contra nuestras almas. Uno de estos deseos carnales es el impulso de contender o pelear. Por consiguiente, debemos luchar contra este impulso y vencerlo. Al hacerlo, nos esforzaremos por resolver los asuntos discretamente entre las partes involucradas siempre que tengamos una disputa con el prójimo. Nunca divulgaremos los secretos de otra persona. Así, debemos ser personas que mantengan una buena reputación ante los demás.

Quisiera concluir esta reflexión. Si bien lo ideal sería vivir en armonía con todos durante nuestro tiempo en la tierra, creo que eso es imposible. La razón es que todos poseemos una naturaleza pecaminosa. En consecuencia, los conflictos y las disputas con los demás son inevitables. Entonces, ¿qué debemos hacer cuando surge una disputa con el prójimo? El pasaje de hoy, Proverbios 25:8-10, nos ofrece dos lecciones clave. En primer lugar, no debemos apresurarnos a llevar al prójimo a los tribunales. En segundo lugar, cuando surja una disputa, debemos resolver el asunto discretamente entre las partes involucradas. Oro para que aceptemos y obedezcamos humildemente estas enseñanzas, cumpliendo así fielmente el ministerio de fomentar relaciones armoniosas con nuestro prójimo.

Palabras adecuadas para la ocasión

[Proverbios 25:11–15]

Hace algún tiempo, un pastor de Corea me pidió que investigara sobre libros de «etiqueta» disponibles en Estados Unidos. Hizo esta petición porque sentía que a los cristianos a menudo les faltaban normas básicas de cortesía; quería investigar el tema y escribir un libro al respecto. Me pareció fascinante que hubiera concebido la idea de escribir un libro así. Pensaba esto porque creía que la mayoría de los cristianos —incluyéndome a mí— a menudo pasamos por alto la importancia de la etiqueta cristiana y no le dedicamos la debida reflexión. Al mismo tiempo, reconocía la necesidad de una obra de este tipo. Dado que los cristianos deberían observar las normas de cortesía aún mejor que quienes no lo son, consideraba que la publicación de un libro así podría servirnos de valioso estímulo para mejorar.

La Dra. Lee Young-sook, representante de la «Escuela de Carácter Good Tree», afirmó en una columna titulada «La educación de los hijos en comunidades de inmigrantes» que «la etiqueta es carácter». Explicó que enseñar buenos modales a los niños desde una edad temprana equivale, en esencia, a enseñarles a respetar a los demás. En dicha columna, destacó que el ministerio más importante de los padres es ayudar a sus hijos a cultivar pensamientos positivos desde pequeños; pensamientos que pueden transformarse en buenos hábitos y, con el tiempo, florecer en un buen carácter. Señaló que guiar a los niños para que muestren buenos modales al interactuar con los demás es una forma de inculcarles un buen carácter, y expuso cinco reglas fundamentales de etiqueta que deben observarse independientemente del momento o el lugar. Dos de estos principios son: «No

maldecir intencionadamente a los demás ni decir cosas que hieran sus sentimientos» y «No hablar mal de los demás ni difamarlos».

Hace poco volví a leer una publicación titulada «Algunas palabras para compartir», que había subido a mi blog personal el 12 de febrero de 2014. Decía así: «Si bien debemos considerar qué, cuándo y cómo hablar con nuestros seres queridos, también deberíamos proponernos a menudo *no* decir ciertas cosas por el bien de ellos…». Sin embargo, al leer esto de nuevo, el pensamiento que cruzó mi mente de inmediato fue: «Ah… realmente no debí haberle dicho eso a aquella persona…». En otras palabras, me di cuenta de que no estaba viviendo de acuerdo con las mismas palabras que había escrito. Al leer la Biblia —especialmente el libro de Proverbios—, uno encuentra muchos pasajes relacionados con nuestra forma de hablar. He aquí algunos ejemplos: «Los labios del necio lo llevan a la contienda, y su boca invita a recibir golpes» (18:6); «El corazón del justo medita cómo responder, pero la boca de los impíos rebosa maldad» (15:28); «En las muchas palabras no falta pecado, pero el que refrena sus labios es prudente» (10:19); y «Litiga tu causa con tu prójimo, pero no reveles el secreto de otro» (25:9). Entre estos versículos, siento un aprecio especial por Proverbios 15:23: «La persona halla alegría en una respuesta adecuada; ¡qué hermosa es una palabra dicha a tiempo!» [(Versión coreana contemporánea) «Hay muchas ocasiones en las que una persona encuentra alegría gracias a una respuesta bien expresada»]. ¡Qué valioso es decir la palabra correcta en el momento oportuno! Aprecio profundamente este versículo porque he experimentado a menudo cómo el Espíritu Santo obra a través de mis labios para pronunciar «palabras oportunas» —palabras adecuadas para el momento—, tocando así los corazones de los demás. En particular, he sido testigo frecuente de cómo el Espíritu Santo, que mora en mí, trae la Palabra de Dios a mi mente; al compartirla, a veces brindaba consuelo, pero con mayor frecuencia servía para reprender y aguijonear la conciencia, llevando al oyente al arrepentimiento. Por ello, creo que las «palabras oportunas» —aquellas expresadas de manera adecuada en el momento justo, tal como describe Proverbios 15:23— son verdaderamente vitales.

En el pasaje de hoy, Proverbios 25:11, el rey Salomón —autor de Proverbios— también habla de una «palabra dicha a tiempo» o adecuada para la ocasión: «Como manzanas de oro en engastes de plata es la palabra dicha a tiempo». ¿Qué significa esto? La palabra hebrea utilizada aquí para «ocasión» o «circunstancia» conlleva el sentido de «rueda», lo que sugiere algo que gira y se ajusta bien a la situación y al momento específicos (Park Yun-sun). En otras palabras, una palabra adecuada —cuidadosamente ajustada a las circunstancias y al momento— posee un valor inmenso, semejante al de una manzana de oro colocada sobre una bandeja de plata. Centrándome en este versículo, quisiera extraer tres lecciones del pasaje de hoy sobre lo que constituye «una palabra dicha a tiempo» (una palabra apropiada u oportuna).

En primer lugar, una palabra dicha a tiempo es una reprensión que proviene de un sabio.

El pasaje de hoy, de Proverbios... Observemos el versículo 12 del capítulo 25: «Como pendiente de oro y joya de oro fino es la reprensión del sabio al oído que escucha». ¿Qué prefiere usted: recibir elogios o ser reprendido? Naturalmente, nuestro instinto nos lleva a desear elogios; ¿a quién le gustaría ser reprendido? Nuestra vieja naturaleza pecaminosa anhela la alabanza de los demás y, ciertamente, no quiere escuchar una reprensión. Personalmente, tengo una duda respecto al estilo de crianza coreano común en la generación de mis padres; concretamente, sobre el concepto de *juma-gapyeon* (azotar a un caballo que ya corre bien). Sigo sin comprender del todo por qué es necesario azotar a un caballo que ya galopa eficazmente. Estoy más acostumbrado al estilo de crianza estadounidense, caracterizado por padres que elogian y animan a sus hijos. Pero, ¿qué sucede si ese elogio es meramente superficial o una adulación carente de amor genuino? Por el contrario, si se recibe una reprensión porque la otra persona realmente nos ama, ¿no sería eso preferible a recibir elogios vacíos? Proverbios 27:6 aborda esta cuestión de la reprensión: «Fieles son las heridas del amigo, pero engañosos los besos del enemigo». Mientras meditaba en este versículo hace algún tiempo, escribí dos breves reflexiones y las publiqué en mi blog: «Prefiero valorar una sola palabra de reprensión amorosa antes que

diez mil palabras de elogio insincero». «La verdadera amistad en el Señor implica aceptar con humildad incluso la reprensión dolorosa de un amigo». Ciertamente, ser reprendido por un ser querido o un amigo íntimo puede resultar más doloroso —e incluso dejar heridas emocionales más profundas— que ser reprendido por un desconocido. Sin embargo, la Biblia nos dice que las heridas causadas por un amigo que ama de verdad son dignas de confianza.

Proverbios 25:12, nuestro texto de hoy, afirma: «Como pendiente de oro y joya de oro fino es la reprensión del sabio al oído que escucha». Al considerar este pasaje junto con el versículo 11, aprendemos que una reprensión hecha en el momento oportuno —adecuada para la situación— tiene un gran valor para quien la acata, comparable al de un pendiente de oro o un adorno de oro fino. Al reflexionar sobre esto, considero sabios tanto a quien ofrece una reprensión adecuada como a quien la acepta. Considero sabio a quien reprende porque es imposible ofrecer la corrección correcta, en el momento y contexto adecuados, sin sabiduría. El Dr. Park Yun-sun enfatizó que quien aconseja debe considerar cuidadosamente diversos factores y ejercer prudencia, ofreciendo cuatro consejos específicos: (1) hablar solo cuando se tiene un corazón lleno de amor y paz; (2) evitar una actitud humillante o insultante; (3) evitar hablar precipitadamente; y (4) evitar hablar de manera descortés. Sin embargo, al reflexionar sobre las ocasiones en que he reprendido a alguien a quien amo —evaluando si hablé con un corazón lleno de amor y paz o simplemente por precipitación—, me doy cuenta de que ha habido momentos en los que hablé de forma demasiado impulsiva y emocional. Al mismo tiempo, creo que quien escucha humildemente tal reprensión es verdaderamente sabio. La razón es que, sin la sabiduría que Dios otorga generosamente, nuestro instinto natural es rechazar la reprensión, incluso cuando esta es totalmente válida. Como vimos en nuestra meditación sobre Proverbios 9:7-8, la razón por la que no atendemos la sabia reprensión de Dios es la arrogancia que llevamos dentro. Esta arrogancia nos lleva a despreciar y rechazar la instrucción y la corrección de la verdad; en cambio, nos hace demasiado propensos a escuchar las voces de la insensatez mundana y

la tentación. En última instancia, sin la sabiduría que Dios provee, nos negamos a escuchar la reprensión, por muy acertadas que sean las palabras.

Cuando pienso en alguien que escuchó con humildad y atención una reprensión, me viene a la mente David, el salmista. Observemos el Salmo 141:5: «Que el justo me hiera: será un acto de bondad; que me reprenda: será como aceite sobre mi cabeza; mi cabeza no lo rechazará. Pero mi oración siempre estará en contra de sus obras de maldad». Incluso en medio de la adversidad, David no rechazó la reprensión del justo; al contrario, la consideró un acto de gracia. ¿Cómo es esto posible? El instinto humano busca naturalmente consuelo al enfrentarse a la adversidad y al sufrimiento... Creo que se debió a que David poseía humildad y sabiduría. Puesto que David humilló su corazón ante Dios —manteniendo la mirada fija en el Señor mediante la oración en medio de sus pruebas, dolor y adversidad—, fue capaz de aceptar la reprensión del justo como una gracia, en lugar de rechazarla. En Eclesiastés 7:5, el rey Salomón afirma que la reprensión del sabio es mejor que la alabanza (o el ánimo) del necio. Veamos el versículo 5: «Mejor es oír la reprensión del sabio que oír la canción de los necios». La «canción de los necios» a la que se refiere aquí el rey Salomón alude al «falso consuelo de los impíos» (Park Yun-sun). El rey Salomón nos advierte que debemos desconfiar del falso consuelo que ofrecen los impíos. ¿Por qué debemos guardarnos del falso consuelo de los impíos? La razón es que «la risa de los necios es como el crepitar de los espinos bajo la olla; también esto es vanidad» (versículo 6). En resumen, la razón por la que debemos estar alerta ante la canción de los necios —es decir, el falso consuelo de los impíos— es que tal consuelo resulta, en última instancia, inútil. Deberíamos preferir la reprensión de la sabiduría —que golpea como un látigo— al falso y vacío consuelo de los impíos. Esto se debe a que, aunque las palabras punzantes de tal reprensión puedan hacer que nuestra conciencia sienta el aguijón de la culpa en el momento, a la larga sirven como medicina sanadora para nuestros corazones y nuestras vidas. En su libro *Exposition of 1 Corinthians* (Exposición de 1 Corintios), el profesor Kim Seyoon, del Seminario Teológico Fuller, escribió: "Tanto la crítica como la alabanza humanas provienen, en última instancia, de 'prejuicios' —juicios precipitados y poco

refinados— y, por tanto, carecen de mayor importancia. Lo que realmente importa es el juicio y la alabanza de Dios en el Juicio Final. [...] Por consiguiente, quienes proclaman el Evangelio no deben dejarse influir por las críticas o los elogios de la congregación; como siervos de Cristo, deben permanecer absolutamente fieles a Él. Del mismo modo, los miembros de la congregación deben comprender que Dios —el Señor Jesucristo— es el Juez de todos nosotros, y deben abstenerse de emitir juicios humanos basados meramente en las apariencias externas" (Kim Seyoon). ¿Qué opina de estas palabras? Estoy totalmente de acuerdo con la afirmación del profesor Kim de que "tanto la crítica como la alabanza humanas provienen, en última instancia, de prejuicios y carecen de mayor importancia". También coincido plenamente en que "lo que realmente importa es el juicio y la alabanza de Dios en el Juicio Final". En cuanto a la reprensión en particular, debemos escuchar con humildad la corrección que ofrecen los sabios —cuyas palabras son apropiadas para la situación— y detenernos a reflexionar profundamente, considerando: "Quizás el Señor me esté reprendiendo a través de este hermano o hermana sabio". Además, debemos prestar atención a la voz del Espíritu Santo cuando nos reprende por nuestros pecados a través de la santa Palabra de Dios (Efesios 5:11). La razón es que la reprensión de Dios beneficia a nuestras almas (2 Timoteo 3:16). ¿Qué clase de beneficio aporta? Es mediante la reprensión de Dios que nos arrepentimos y regresamos al camino correcto, incluso cuando hemos estado andando por la senda del pecado. Mi oración es que nosotros —tanto usted como yo— aceptemos dicha reprensión, nos arrepintamos y caminemos por la senda de la justicia.

En segundo lugar, una palabra dicha en el momento oportuno es el discurso de una persona fiel que refresca el corazón del Señor.

Durante los calurosos meses de verano, una de las tareas que procuro realizar en casa es llenar envases de agua vacíos con agua del purificador y colocarlos en el refrigerador. Hago esto porque quiero beber agua fría. Por lo general, lleno unos cuatro o cinco envases y los guardo en la nevera. Sin embargo, muchas veces llego a casa y abro el refrigerador esperando encontrar una bebida fría, solo para descubrir que no queda ni una sola botella

de agua fría. La razón es que mis tres hijos se la han bebido toda. Jaja. Al fin y al cabo, ellos también quieren beber agua fría cuando hace calor en verano, igual que yo. Solía esconder una botella en un cajón del refrigerador, pero prácticamente he desistido de hacerlo, ya que uno de los niños siempre logra encontrarla y bebérsela, dejándome atónito. Jaja. El problema es que, después de beberse el agua, no rellenan los envases vacíos con agua del purificador ni los vuelven a colocar en el refrigerador. Claro que mi hija menor, Ye-eun, de vez en cuando sí rellena las botellas y las guarda, tal como hago yo. Incluso ahora, cuando hace frío, sigo llenando envases de agua y poniéndolos en el refrigerador. Lo hago simplemente porque prefiero beber agua fría. Miremos el texto de hoy, Proverbios 25:13: «Como frescura de nieve en día de la siega es el mensajero fiel a los que lo enviaron; pues refresca el alma de sus señores». En Proverbios 25:5, pasaje que ya hemos meditado, el rey Salomón dice: «Aparta al impío de la presencia del rey». Un rey sabio, que teme a Dios y aborrece el mal (8:13; 16:12), se guarda de cometer el mal escuchando y obedeciendo la Palabra de Dios, sin apartarse nunca de ella. Además, no se queda de brazos cruzados viendo cómo sus funcionarios cometen maldades; él destituye a los funcionarios impíos. En particular, aparta de entre sus súbditos a hombres engañosos y malvados. Lo hace porque sabe que no apartar a tales hombres traicioneros le acarrearía daño a él mismo. Dado que el daño al rey implica daño a la nación, un rey sabio elimina con decisión a estos funcionarios traicioneros. Al hacerlo, afirma su trono mediante la justicia (16:12). Asimismo, un rey sabio mantiene a su lado a funcionarios fieles para asegurar la estabilidad de su trono y se muestra receptivo a sus consejos. Observemos Proverbios 16:13: «Los labios justos son el deleite de los reyes, y aman a quien habla con rectitud». Aquí, «el que habla lo recto» y los «labios justos» se refieren a un funcionario fiel: alguien que habla con honestidad al rey. Esto significa que un rey sabio mantiene a su lado a tales súbditos leales, y que presta atención a sus consejos.

En el pasaje de hoy, Proverbios 25:13, el rey Salomón —autor de Proverbios— habla de un «mensajero fiel». Describe a tal mensajero como «agua fría en día de cosecha», que refresca el corazón del señor que lo envió. La expresión «agua fría en día de cosecha» debe

entenderse, en el contexto hebreo original, como «el frescor de la nieve en día de cosecha». Es bien sabido que, en Palestina, la época de la cosecha es la más calurosa del año (Park Yun-sun). Así como el frescor de la nieve alivia el calor, un mensajero fiel refresca el corazón de su señor. ¿Cómo refresca, entonces, un mensajero fiel el corazón del señor que lo envió? Al cumplir plenamente la misión que se le ha encomendado, el mensajero fiel lleva gran alegría y frescor al corazón de su señor (Park Yun-sun). Cumplir la misión significa que el enviado lleva a cabo la voluntad del señor que lo envió. La Biblia presenta varios ejemplos de mensajeros —o siervos— fieles que fueron enviados y cumplieron fielmente su misión al realizar la voluntad de quien los envió. Me gustaría citar uno o dos de estos ejemplos. Una de estas personas es el siervo anciano encargado de todas las posesiones de Abraham, tal como se describe en Génesis 24 del Antiguo Testamento (versículo 2). Siguiendo la orden de su señor Abraham, viajó a la tierra natal y a la parentela de este; allí eligió a Rebeca (versículo 15) para que fuera la esposa (versículos 3-4) de Isaac, el hijo de Abraham, y la trajo de regreso (versículo 61) para que se casara con él. De este modo, el anciano siervo de Abraham obedeció la orden de su señor y cumplió su voluntad, llevando así alegría y frescor al corazón de su señor. Otro ejemplo se encuentra en el Nuevo Testamento: Timoteo, el hijo espiritual de Pablo, mencionado en 1 Tesalonicenses 3:4-10. Timoteo fue enviado por su padre espiritual, el apóstol Pablo, a la iglesia de Tesalónica (versículo 6). Pablo lo envió porque ya no podía soportar la incertidumbre respecto a la fe de ellos; Él quería asegurarse de que los creyentes de Tesalónica no se vieran sacudidos por sus muchas aflicciones (versículo 3) y evitar que el tentador hiciera vano el trabajo de Pablo y sus colaboradores (versículo 5). Como enviado, Timoteo cumplió fielmente su misión y regresó a Pablo, trayendo las gozosas noticias de la fe y el amor de los creyentes tesalonicenses (versículo 6). También consoló a Pablo al informarle que los creyentes pensaban constantemente en él y en sus colaboradores, deseando verlos (versículo 6), y al compartir las noticias de su fe (versículo 7). Observemos 1 Tesalonicenses 3:8-9: «Porque ahora vivimos realmente, ya que ustedes permanecen firmes en el Señor. ¿Cómo podremos agradecer lo suficiente a Dios por ustedes, en retribución por todo el gozo que sentimos ante nuestro Dios a causa de ustedes?...». Así, Timoteo, quien había sido enviado a esta misión, consoló y alegró el

corazón de Pablo, quien lo había despachado a la iglesia de Tesalónica. Fue un mensajero fiel que —tal como se describe en el pasaje de hoy, Proverbios 25:13— trajo alivio al corazón de su señor. Un mensajero fiel que refresca el corazón de su señor de esta manera —como describe el rey Salomón, autor de Proverbios, en el pasaje de hoy (Proverbios 25:14)— nunca incurre en «factas jactancias». Observemos Proverbios 25:14: «Como nubes y viento sin lluvia es quien se jacta de regalos nunca entregados». ¿Qué significa esto? Así como las nubes y el viento sin lluvia dan la apariencia de un aguacero inminente pero finalmente no producen lluvia, la persona que se jacta de dar un regalo pero no llega a entregarlo causa decepción a la otra parte. Al aplicar este significado al mensajero fiel mencionado en el versículo 13, se infiere que tal mensajero nunca es insincero ni infiel; nunca se jacta falsamente sin respaldar sus palabras con acciones. Además, nunca decepciona a su señor. Por el contrario, el mensajero fiel evita la jactancia vacía y lleva a la práctica, con veracidad y firmeza, lo que prometió a su señor. Un excelente ejemplo de esto es el anciano siervo de Abraham en Génesis 24. Después de poner su mano bajo el muslo de Abraham y prestar juramento sobre el asunto, efectivamente cumplió dicho juramento; Siguiendo la orden de su amo, viajó a la tierra natal de Abraham y trajo a Rebeca para que fuera esposa de Isaac. Del mismo modo, un mensajero fiel no se limita a hablar; pone en práctica su juramento o voto y cumple la misión que su amo le ha encomendado, refrescando así el corazón de este.

Amados, quien más profundamente refrescó el corazón de Aquel que lo envió es Jesús, quien fue enviado a esta tierra. Jesús es quien más profundamente satisfizo el corazón de Dios Padre —quien lo envió— y le brindó el mayor gozo. Por eso Dios Padre dijo de Jesús: «…Tú eres mi Hijo amado, en quien tengo complacencia…» (Marcos 1:11). Nosotros también debemos ser personas que agraden a nuestro Señor. Debemos ser quienes lleven refrigerio al corazón del Señor que nos envió a este mundo. Para ello, debemos ser fieles al Señor (2 Timoteo 2:2). La Biblia nos dice que lo que se requiere de un administrador es fidelidad (1 Corintios 4:2). Oro para que tú y yo llevemos a cabo y completemos fielmente la misión que el Señor nos ha encomendado a cada uno —por la gracia de Dios— y así llevemos refrigerio al corazón del Señor.

En tercer lugar, una palabra dicha en el momento oportuno es una palabra amable y persuasiva.

¿Posees una «lengua amable»? ¿Pronuncias palabras amables? ¿O a veces utilizas un lenguaje áspero? Como ya hemos reflexionado a partir de Proverbios 15:1, la Biblia dice: «La respuesta amable calma la ira, pero la palabra áspera hace subir el enojo». ¿Puedes visualizarlo? En lugar de calmar la ira de la otra persona con palabras amables, si hablas con dureza a alguien que ya está enojado —como quien echa aceite al fuego—, ¿cómo crees que reaccionará? Proverbios 15:18 afirma: «El hombre irascible provoca conflictos, pero el que tarda en airarse calma las disputas». Si somos de temperamento vivo y nos enojamos fácilmente, inevitablemente provocamos conflictos. Esto sucede porque, en nuestra ira, no logramos refrenar nuestras palabras y hablamos precipitadamente, utilizando expresiones ásperas o hirientes (15:4). Por lo tanto, debemos mantener la boca cerrada cuando estamos enojados; en otras palabras, debemos ejercer moderación al hablar. Si no logramos controlar nuestras emociones de ira, las palabras que pronunciamos pueden ser hirientes. Dado que tales palabras pueden herir el corazón de otra persona, debemos ser tardos para hablar cuando estamos enojados (Santiago 1:19).

Últimamente, he estado reflexionando profundamente sobre mis palabras y sintiendo que he actuado mal. No se trata tanto de no haber dicho lo correcto, sino más bien de haber dicho cosas que debí haber callado. Me viene a la mente el dicho sobre la necesidad de tener cuidado con la lengua. Por supuesto, las palabras que pronuncio tal vez no determinen literalmente si alguien vive o muere, pero reconozco que no debo subestimar las consecuencias de lo que digo. Santiago 3:5, en la Biblia, afirma: «Así también la lengua es un miembro pequeño del cuerpo, pero se jacta de grandes cosas. ¡Qué gran bosque se incendia con una pequeña chispa!». Las palabras que pronunciamos pueden causar profundas heridas, frustración y decepción en los demás. En el mundo digital actual, hay incluso casos en los que un solo comentario imprudente —publicado en Internet— lleva a

alguien a quitarse la vida. ¡Cuánto más significativas deben ser, entonces, las palabras que pronunciamos nosotros, los cristianos que creemos en Jesús! Proverbios 18:21 nos dice: «La lengua tiene poder sobre la vida y la muerte, y quienes la aman comerán de su fruto». Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 25:15: «Con paciencia se persuade al gobernante, y la lengua suave puede romper un hueso». El pasaje de hoy nos anima a pronunciar palabras amables. ¿Por qué? Porque una lengua suave tiene el poder de romper incluso un hueso. ¿Qué significa esto? ¿Cómo puede una lengua suave romper un hueso? Significa que una lengua suave puede lograr incluso tareas difíciles (Walvoord). ¿Qué clase de tarea difícil puede conseguir? Como afirma el versículo, puede cambiar el corazón de un «gobernante». Aquí, «gobernante» se refiere a un funcionario de alto rango, como un juez. Así, el pasaje sugiere que alguien que busca un veredicto justo de un juez injusto podría sentirse fácilmente indignado por la negligencia de este; sin embargo, si esa persona mantiene una actitud amable hasta el final, el juez puede conmoverse (Park Yun-sun). ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo podemos cambiar el corazón de un juez injusto con una lengua suave? Es posible mediante la «persuasión paciente» (versículo 15). Podemos cambiar el corazón de los demás mediante una persuasión paciente. Podemos transformar sus corazones usando una lengua amable y palabras de gentileza. Espero que tanto usted como yo lleguemos a ser personas capaces de ganarse a los demás con palabras persuasivas y amables: palabras verdaderamente apropiadas para la situación.

Debemos ejercer dominio propio.

[Proverbios 25:16-28]

2 Timoteo 3:3 nos dice que en los «últimos días» —un tiempo de angustia (v. 1)—, la gente (v. 2) carecerá de dominio propio (v. 3). De hecho, incluso nosotros, los cristianos, a menudo fallamos en ejercer dominio propio; en cambio, actuamos en contra del Espíritu Santo, siguiendo los deseos de la carne y participando en las obras de la carne (Gálatas 5:17, 19). Entre estas obras de la carne, pecados como la inmoralidad sexual, las contiendas, la envidia, los arrebatos de ira, las disensiones, las facciones, los celos, la embriaguez y las orgías (vv. 19-21) parecen particularmente frecuentes entre nosotros. La causa fundamental es que no estamos bajo el control del Espíritu Santo. En otras palabras, cometemos estos actos de la carne porque no estamos llenos del Espíritu Santo. Por eso Gálatas 5:16 nos instruye: «Andad en el Espíritu, y no satisfaréis los deseos de la carne». ¿Qué significa, entonces, andar en el Espíritu? Significa estar llenos del Espíritu Santo y dar el fruto del Espíritu. El fruto del Espíritu consiste en «amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio» (vv. 22-23). Aquí quisiera centrarme específicamente en el «dominio propio». Lo hago debido a lo que el rey Salomón, autor de Proverbios, afirma en el pasaje de hoy, Proverbios 25:28: «El hombre sin dominio propio es como una ciudad invadida y sin murallas» [(Versión coreana contemporánea) «Una persona que carece de la capacidad de ejercer dominio propio es como una ciudad con murallas derribadas: queda totalmente indefensa»]. Hoy, centrándome en este pasaje y en el título «Debemos ejercer dominio propio», quisiera aprender de la Biblia sobre nueve cosas de las que estamos llamados a refrenarnos.

En primer lugar, debemos ejercer dominio propio respecto a lo que comemos. Observemos el texto de hoy, Proverbios 25:16: «Si encuentras miel, come solo la cantidad suficiente para ti, no sea que te llenes de ella y vomites» [(Versión coreana moderna) «Si encuentras miel, cómela con moderación. Comer demasiada te hará vomitar»]. ¿Qué es comer en exceso? ¿No consiste acaso en consumir alimentos por encima de una determinada cantidad? Comer en exceso puede provocar obesidad o vómitos. Un artículo de *Health Chosun* (en línea) sugiere «9 formas útiles de cambiar los hábitos de comer en exceso»:

(1) Comience con un aperitivo 12 minutos antes de la comida principal.

«Cuando comemos hasta saciarnos, el cuerpo secreta leptina, una hormona supresora del apetito que indica saciedad. Esta hormona envía una señal al centro del apetito en el cerebro; una vez que el cerebro registra la plenitud, dejamos de comer. Sin embargo, la secreción de leptina y la llegada de esa señal de saciedad al centro del apetito requieren al menos 12 minutos. Estimulemos la secreción de leptina antes tomando un aperitivo ligero previo a la comida principal. Inducir la secreción de leptina de antemano nos permite sentirnos llenos más pronto durante la comida, reduciendo así la cantidad de alimentos que consumimos».

(2) Prevenga la resistencia a la leptina. «El hábito de comer en exceso conduce a un estado conocido como resistencia a la leptina, en el cual el cuerpo se vuelve insensible a las señales de esta hormona. En este estado, aunque se secreten grandes cantidades de leptina, el cuerpo no registra la señal de saciedad, lo que lleva a la persona a comer más y, finalmente, a desarrollar obesidad. De hecho, las personas obesas tienden a tener niveles de leptina más altos que aquellas que no lo son. Ciertos alimentos contribuyen a la resistencia a la leptina; los productos azucarados, como las bebidas carbonatadas y los aperitivos, son ejemplos claros. El estrés también desencadena la resistencia a la leptina. Es importante prestar atención a la alimentación y evitar que el estrés se acumule».

(3) Mejore su «eficiencia de combustible» mediante el ejercicio. “Incluso al consumir la misma cantidad de alimentos, la capacidad de transformar los nutrientes en energía varía de una persona a otra. Para aumentar la eficiencia de este proceso de conversión, es fundamental hacer ejercicio de forma constante. El ejercicio mejora la función de las mitocondrias dentro de las células. Las mitocondrias actúan como las ‘centrales energéticas’ del organismo, transformando los nutrientes en energía. Los ejercicios aeróbicos —como caminar, correr, hacer senderismo y nadar— son especialmente eficaces.”

(4) Aumentar la secreción de serotonina. “La serotonina es un neurotransmisor cerebral; su deficiencia provoca cambios físicos negativos. Puede causar conductas agresivas, depresión y un aumento del apetito, lo que potencialmente deriva en un trastorno por atracón. Por el contrario, una mayor secreción de serotonina genera cambios positivos: mejoran las funciones corporales, se eleva el estado de ánimo y se reduce el apetito. Por ello, debemos fomentar la secreción de serotonina para evitar comer en exceso. Para estimular la producción de serotonina, resulta útil exponerse frecuentemente a la luz solar, respirar profundamente mientras se camina o escuchar música alegre. También puede visualizar cosas agradables conscientemente y asegurarse de masticar los alimentos al menos 30 veces antes de tragarlos. Tampoco olvide consumir proteínas; son una materia prima clave para diversas hormonas, como la serotonina y las endorfinas.”

(5) Centrarse exclusivamente en la comida al alimentarse.

“Si realiza otras actividades —como ver la televisión o leer el periódico— mientras come, su cerebro no registra claramente el acto de comer, lo que provoca que vuelva a sentir hambre más pronto. En cambio, centrarse en la comida permite que el cerebro reconozca la ingesta, lo que ayuda a evitar comer en exceso.”

(6) Consumir primero alimentos con un índice glucémico bajo.

“El orden en que se ingieren los alimentos es importante. Comience por las verduras ricas en fibra, vitaminas y minerales, y deje para el final los alimentos que contienen carbohidratos o grasas. Las verduras generan una sensación de saciedad rápida y duradera, lo que reduce eficazmente la cantidad de comida ingerida en las etapas posteriores de la comida. La proteína es el siguiente nutriente que debe consumir; mantiene la saciedad durante más tiempo que una cantidad equivalente de carbohidratos o grasas y ayuda a desarrollar masa muscular.”

(7) Utilizar platos pequeños y cortar los ingredientes en trozos grandes.

“Aproveche los efectos visuales. Al colocar ingredientes cortados en trozos grandes en un plato pequeño, el contraste visual hace que la comida parezca más abundante de lo que realmente es.” (8) Decidir el tamaño de la porción antes de comer. “Cuando la comida es sabrosa, a menudo terminamos comiendo más de lo previsto sin darnos cuenta. Para evitar comer en exceso, decida el tamaño de su porción de antemano. Si su objetivo es comer dos tercios de un tazón de arroz, aparte el tercio restante en otro recipiente antes de empezar. Comer una porción más pequeña que los demás lleva naturalmente a masticar más despacio para igualar su ritmo; este acto de masticar estimula la secreción de saliva, lo que favorece la digestión”.
(9) Considere los factores psicológicos.

“A veces, las personas comen en exceso o sufren atracones cuando están enfadadas o deprimidas. ... ‘Es importante analizar si está comiendo porque realmente tiene hambre o para reprimir ciertas emociones’. ... Si come en exceso por motivos psicológicos, necesita encontrar actividades que sustituyan a la comida. Por ejemplo, si tiene la costumbre de comer de más cuando se enfada, haga un pacto consigo mismo: ‘La próxima vez que me enfade, llamaré a un amigo o iré a la sauna’. Hacer ejercicio o dedicarse a una afición favorita son también excelentes alternativas. Depender de la comida para afrontar problemas psicológicos crea un círculo vicioso. La obesidad puede provocar falta de confianza en la

propia apariencia y una sensación de derrota. Si le resulta difícil dejar de comer en exceso debido a problemas psicológicos, busque ayuda profesional".

En el pasaje de hoy, Proverbios 25:16, el rey Salomón aconseja: "Si encuentras miel, come solo lo necesario; si comes demasiada, la vomitarás". Aquí, Salomón nos dice que comamos miel, pero con moderación, advirtiéndonos contra el exceso. Ya habíamos reflexionado sobre el tema de la "miel" en Proverbios 24:13: "Come miel, hijo mío, porque es buena; la miel del panal es dulce al paladar". El autor de Proverbios nos anima a comer miel —destacando específicamente el "panal"— porque es excepcionalmente dulce. También hemos analizado por qué la miel es beneficiosa para el organismo. Por ejemplo, se dice que el *Dongui Bogam* (Principios y práctica de la medicina oriental) de Heo Jun afirma que la miel regula los niveles de azúcar en sangre para aliviar la fatiga y que, gracias a su contenido en calcio y magnesio, es muy eficaz contra el insomnio, la neuralgia y la artritis, además de ayudar a tratar diversos tipos de inflamación (como los abscesos). En el pasaje de hoy —Proverbios 25:16—, el rey Salomón nos aconseja comer miel en cantidades adecuadas porque es buena para nosotros, pero nos advierte contra el exceso. En otras palabras, nos previene de comer demasiado, señalando que «comer demasiada miel no es bueno» (versículo 27). Básicamente, nos invita a la moderación en nuestro consumo. Por muy beneficioso que sea un alimento, su consumo excesivo no fomenta la salud; al contrario, perjudica al organismo. Por tanto, la clave está en comer con moderación (versículo 16, *Versión Coreana Contemporánea*). «Comer solo alimentos considerados "saludables" no garantiza una vida larga y sana. La obsesión por el "bienestar" puede, de hecho, generar estrés... Es necesario encontrar un equilibrio: disfrutar con moderación de los alimentos que nos gustan y, al mismo tiempo, asegurarse de consumir lo esencial... Según se informa, el profesor Park Tae-sun, del Departamento de Alimentación y Nutrición de la Universidad Yonsei, declaró: "No es necesario clasificar los alimentos de forma estricta como 'buenos' o 'malos' para el organismo"». «Siempre que no se caiga en el exceso, es importante obtener satisfacción mental al comer alimentos que, de otro modo, se considerarían poco saludables. Clasificar productos como los refrescos de cola o las donas

estrictamente como "comida basura" y evitarlos por completo —o bien obsesionarse con las calorías por miedo a la obesidad— puede resultar contraproducente. Si disfrutas de un alimento considerado poco saludable, adelante: cómelo con moderación. Eso es mucho mejor que obligarte a consumir algo que no te gusta simplemente porque se considera "bueno para ti". La comida no es solo un medio para llenarse el estómago; es una fuente de placer» (Internet).

Por consiguiente, debemos cultivar el hábito de disfrutar de la comida practicando la moderación y el autocontrol. Espero que tanto tú como yo aprendamos a disfrutar comiendo con moderación, ejerciendo el autocontrol en lugar de caer en excesos, incluso cuando se trate de alimentos muy beneficiosos para nuestra salud.

En segundo lugar, debemos abstenernos de buscar únicamente nuestro propio honor.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 25:27: «No es bueno comer demasiada miel, y es vano buscar el propio honor» [(Versión coreana contemporánea) «Así como comer demasiada miel no es beneficioso, buscar solo el propio honor tampoco lo es»].

Amigos, ¿qué es el «honor»? El *Essence Korean Dictionary* lo define de la siguiente manera (en línea): (1) Una reputación considerada excelente ante el mundo (p. ej., restaurar el honor de uno). (2) La conciencia de la dignidad moral, o el estado en que dicha dignidad moral es reconocida, respetada y elogiada por los demás. (3) La posición social o el valor de una persona. (4) Un título otorgado —a menudo junto con un cargo o título oficial— para mostrar respeto y reconocer las contribuciones de una persona (p. ej., presidente honorario o ciudadano honorario). El pastor Kim Man-pung definió el honor de esta manera (en línea): «El honor es "una reputación gloriosa obtenida al realizar buenas obras con propósitos justos y de la manera correcta, glorificando así a Dios y recibiendo amor, respeto y elogios de las personas"». Proverbios 22:1 afirma: «Más vale el buen nombre que las muchas

riquezas, y más vale el favor que la plata o el oro». La Biblia nos instruye a elegir el buen nombre y el favor por encima de la plata, el oro o la gran riqueza.

Al reflexionar sobre el «buen nombre» y el «favor», recuerdo a Noé, del libro del Génesis. Génesis 6:8 nos dice que Noé halló gracia ante los ojos del Señor. Génesis 6:9 lo describe como un «hombre justo, irreprochable entre la gente de su tiempo» y alguien que «caminaba fielmente con Dios». Oro para que mis tres hijos —Dylan, Yeri y Yeeun— sean como Noé y hallen favor ante Dios. Espero que posean un buen nombre que sea conocido y reconocido por Dios.

Debemos vivir bien para morir bien. Pero, ¿qué significa vivir bien? ¿Cómo podemos saber si estamos llevando una buena vida? Parece que el hecho de haber vivido una buena vida o no solo puede evaluarse verdaderamente después de la muerte. ¿Cómo podemos saberlo, entonces? Podemos hallar la respuesta si reflexionamos sobre nuestro nombre. En otras palabras, podemos evaluar cómo hemos vivido observando si la gente habla bien de nuestro nombre en nuestro funeral. Un antiguo proverbio dice que toda persona tiene tres nombres: (1) el nombre que le dan sus padres, (2) el nombre por el cual otros la llaman y (3) el nombre que ella misma se gana. ¿Qué clase de nombre nos estamos ganando? Como creyentes en Jesús, debemos reflexionar sobre si nuestro nombre es digno de alabanza, no solo ante Dios sino también ante los demás, por haber llevado una vida justa. En el capítulo 10, versículo 7, la Biblia dice: «La memoria del justo es bendición, pero el nombre de los impíos se pudrirá». El mensaje aquí es que el nombre del justo es alabado cuando se le recuerda tras su muerte; es un nombre bendito. Para usar las palabras de Eclesiastés 7:1, es un «buen nombre». El rey Salomón declara que este buen nombre es mejor que el «buen ungüento». Un buen nombre es más valioso que las riquezas terrenales.

Sin embargo, al observar la segunda parte de Proverbios 25:27 —nuestro texto de hoy—, el rey Salomón afirma que «buscar el propio honor es vanidad» (o, como lo expresa la *Biblia Coreana Contemporánea*: «perseguir únicamente el propio honor no reporta ningún

beneficio»). Hay un punto crucial que debemos abordar aquí: existen dos tipos de honor, y es necesario distinguirlos. El primero es el «deseo de honor». Este deseo es un don de Dios, al igual que los impulsos de alimentarse, dormir o buscar intimidad. Si nuestra meta es reconocer a Dios como Dios, si nuestras acciones son buenas ante sus ojos, si nuestros métodos son justos y si el resultado glorifica a Dios y edifica al prójimo, entonces este deseo de honor es legítimo y deseable (cf. Deuteronomio 26:19). Por el contrario, debemos guardarnos siempre de la «codicia de honor»: aquella actitud en la que uno busca la gloria personal teniendo el honor mismo como único objetivo, sin importar los medios o métodos empleados. La advertencia que el rey Salomón ofrece en Proverbios 25:27 —que buscar únicamente el propio honor no reporta beneficio alguno (o es vano)— se refiere precisamente a esta codicia de honor. ¿Por qué caemos presa de tal codicia de honor? A menudo se observa que quienes están consumidos por un ansia de honor son personas que han vivido con frustraciones no resueltas, al no haber recibido el reconocimiento, el elogio, el respeto o el amor de aquellos que más les importaban, como padres, hermanos, maestros o amigos. «Si examinamos la autoimagen de quienes están obsesionados con el honor, descubrimos una mezcla de complejos de inferioridad y superioridad. En consecuencia, comparan constantemente su posición con la de los demás y son hipersensibles a cómo los tratan los otros. La envidia y los celos acechan bajo la superficie, y sus vidas se ven ensombrecidas por la ira y la queja».

Entonces, ¿cómo podemos liberarnos de este ansia de honor? «Para escapar de este deseo, debemos poner nuestra autoimagen frente al espejo de la Palabra de Dios y corregir los aspectos distorsionados. Cuando hacemos de la gloria de Dios —y no del honor en sí mismo— nuestra meta, y emprendemos acciones alineadas con Su voluntad mediante medios justos —caminando en la fe, la esperanza y el amor que se encuentran en Cristo Jesús—, entonces la alabanza, el honor y la gloria vendrán a nosotros como recompensa de la gracia de Dios» (Internet).

En tercer lugar, debemos ejercer moderación al visitar a nuestro prójimo.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 25:17: «Visita rara vez la casa de tu prójimo; si te presentas demasiado, acabarán aborreciéndote» [(Versión en lenguaje moderno) «No visites la casa de tu vecino con demasiada frecuencia. De lo contrario, tu vecino se cansará de ti y llegará a odiarte»]. ¿Cómo te sientes cuando un vecino visita tu casa con frecuencia? Quizás te alegres y lo recibas bien las primeras veces, pero ¿cómo reaccionarías si un vecino siguiera viniendo constantemente, incluso cuando estás ocupado o agotado? Incluso tratándose de un amigo íntimo, visitarlo demasiado a menudo puede convertirse en una carga para él. En el pasaje de hoy, Proverbios 25:17, el rey Salomón —autor de los Proverbios— nos aconseja no visitar la casa de nuestro prójimo con demasiada frecuencia. Al fin y al cabo, la Biblia nos manda amar a nuestro prójimo; ¿Acaso amarlos no implica reunirse a menudo, visitar sus hogares y pasar tiempo juntos? Visitar a un vecino ciertamente no es algo malo; de hecho, es algo bueno. Fomentar la amistad y la cercanía mediante una interacción habitual con los vecinos es positivo. Sin embargo, la palabra clave que debemos notar en el versículo 17 es «frecuentemente» (o «demasiado»). En otras palabras, aunque visitar a un vecino es bueno, hacerlo *con demasiada frecuencia* puede resultar molesto para él, y se nos aconseja evitarlo. Tal como reflexionamos respecto al versículo 16 —donde la miel es buena, pero consumirla en exceso puede ser perjudicial para la salud—, visitar a un vecino es bueno, pero hacerlo en exceso puede acarrear consecuencias negativas.

El significado literal de Proverbios 25:17, el pasaje de hoy, es «haz que tus pies (pasos) sean preciados». ¿Cómo podemos hacer que nuestros pasos sean preciados? No debemos excedernos en las visitas a la casa de un vecino. Tampoco debemos abusar de la hospitalidad cuando visitamos a alguien (Murphy). ¿Cuál es la razón de esto? La segunda parte del versículo 17 lo explica: «no sea que llegue a aborrecerte y a odiarte». En otras palabras, la razón por la que no debemos visitar a nuestros vecinos con demasiada frecuencia es que, «de lo contrario, tu vecino podría cansarse de ti y llegar a odiarte». Por lo tanto, puede ser mejor visitar a nuestros vecinos con poca frecuencia en lugar de hacerlo a

menudo. Esta es una forma de hacer que nuestros pasos sean preciados. Me gustaría llamar a esto el «principio de la escasez». El *Bible Knowledge Commentary* afirma: «Una persona debe abstenerse de visitar frecuentemente a su vecino para evitar ser una molestia, pero debe visitarlo lo suficiente para que sus visitas sean valoradas» (Walvoord).

Nuestras visitas a los vecinos deben ser moderadas y consideradas, asegurándonos de no convertirnos en una carga para ellos. Por ello, espero que nuestras visitas a los vecinos se conviertan en ocasiones significativas y apreciadas.

En cuarto lugar, debemos ejercer moderación en nuestras palabras.

En el pasaje de hoy, Proverbios 25:16-28, el rey Salomón, autor de Proverbios, nos ofrece cuatro lecciones sobre nuestra forma de hablar:

(1) No debemos levantar falso testimonio contra nuestro vecino.

Observemos Proverbios 25:18 en el pasaje de hoy: «El hombre que da falso testimonio contra su vecino es como una maza, una espada o una flecha afilada». En Proverbios 24:28 —un pasaje sobre el que ya hemos reflexionado—, el rey Salomón dijo: «No testifiques contra tu vecino sin causa, ni uses tus labios para engañar». No debemos levantar falso testimonio contra nuestros vecinos sin motivo. No debemos engañar a nuestros vecinos con nuestros labios. Esto significa que, incluso si alguien nos miente o nos engaña, nosotros no debemos hacer lo mismo. Por supuesto, debemos evitar esto no solo porque la Biblia nos prohíbe tomar venganza personal, sino también porque, como cristianos, estamos llamados a no mentir ni engañar a nuestros vecinos. Si mentimos o engañamos a nuestro prójimo, complacemos al Diablo, el mentiroso y padre de la mentira (Juan 8:44). En cambio, debemos actuar conforme a la Regla de Oro del cristianismo. ¿Cuál es la Regla de Oro? Observemos Mateo 7:12: «Así que, en todo, hagan a los demás lo que les gustaría que ellos les hicieran a ustedes…». Esta enseñanza es un principio fundamental que nos instruye

claramente sobre cómo poner en práctica el mandato de «amar al prójimo como a uno mismo», uno de los dos grandes mandamientos de Jesús. El principio consiste en que primero debemos tratar a los demás tal como deseamos ser tratados por ellos. Por ejemplo, si queremos que alguien nos comprenda, primero debemos esforzarnos por comprenderle a él. Debemos cultivar el hábito de ponernos en el lugar de la otra persona. Al hacerlo, podremos tratar a los demás exactamente como nos gustaría ser tratados. En particular, así como deseamos sinceridad por parte de los demás, nosotros mismos debemos ser sinceros con ellos. Nunca debemos permitir que la mentira salga de nuestros labios, ni levantar falso testimonio contra nuestro prójimo. Por el contrario, debemos ser personas que solo digan la verdad.

En el pasaje de hoy, Proverbios 25:18, el rey Salomón —autor de Proverbios— aborda nuevamente la cuestión de levantar falso testimonio contra el prójimo. La esencia de su mensaje es que quien levanta falso testimonio contra su prójimo es como una maza, una espada o una flecha afilada. ¿Qué significa esto? ¿Acaso las mazas, las espadas y las flechas no son armas que infligen heridas mortales? Significa que quien levanta falso testimonio contra su prójimo le inflige una herida mortal. Por tanto, no debemos levantar falso testimonio contra nuestro prójimo; no debemos infligirles heridas mortales.

(2) No debemos cantar canciones a quien tiene el corazón afligido.

Observemos Proverbios 25:20 en el pasaje de hoy: «Cantar canciones a un corazón afligido es como quitarse la ropa en un día frío o como echar vinagre sobre el bicarbonato». Proverbios 10:32 afirma que «los labios del justo saben lo que es aceptable», o dicho de otro modo, lo que causa deleite. Los labios del justo pronuncian palabras adecuadas para la ocasión, agradando así a los demás. Hemos reflexionado anteriormente sobre el concepto de "una palabra dicha en el momento oportuno" (o una palabra adecuada para la situación) que se encuentra en Proverbios 25:11–15. Aprendimos que la palabra hebrea para "ocasión" o "circunstancia" en este pasaje conlleva el significado de "rueda", lo que alude a palabras

cuidadosamente ajustadas y orientadas para adaptarse al momento y a la situación específicos. En resumen, aprendimos que una palabra pronunciada con tal ajuste preciso a las circunstancias posee un valor inmenso, como "manzanas de oro en engastes de plata". Permítame hacerle una pregunta: ¿Es bendecir a gritos al prójimo temprano por la mañana un ejemplo de una palabra dicha en el momento oportuno? Probablemente, nadie respondería que sí. ¿Por qué? Porque a nadie le agrada que le griten bendiciones temprano en la mañana, por muy bienintencionadas que sean las palabras. De hecho, Proverbios 27:14 afirma: "Si alguien bendice a gritos a su prójimo temprano por la mañana, se tomará como una maldición" (Versión Coreana Contemporánea: "Si uno bendice a gritos a un vecino desde temprano en la mañana, se considerará más bien como una maldición"). ¿Qué nos enseña esto? La lección vital aquí es que, incluso cuando actuamos conforme a la verdad de Dios, debemos hacerlo en el momento adecuado. Por muy buena que sea la acción, debemos elegir el instante apropiado para llevarla a cabo (Park Yun-sun).

En el pasaje de hoy, Proverbios 25:20, el rey Salomón —autor de Proverbios— escribe: "Cantar canciones a un corazón afligido es como..." Se describe como "quitarse una prenda de vestir" y "verter vinagre sobre bicarbonato". Aquí, la expresión "alguien con el corazón afligido" (traducida como *heavy heart* —corazón pesado o afligido— en las Biblias en inglés) conlleva el significado hebreo de "alguien con el corazón triste" (Gesenius). El rey Salomón compara el hecho de cantar a una persona afligida con dos cosas: (a) Dice que cantar a alguien con el corazón afligido es como quitarse la ropa en un día frío. Piense en esto: este invierno ha sido excepcionalmente frío y muchas personas sufren de gripe; ¿quién andaría sin ropa en un día tan frío? ¿Acaso la gente no se abrigaría más poniéndose capas de ropa más gruesas? Sin embargo, el texto dice que cantar a una persona afligida es como quitarse la ropa en medio del frío. ¿Qué significa esto? En resumen, significa que es algo inapropiado para la ocasión (versículo 11). ¿Se imagina a alguien acercándose a usted y cantando alegremente mientras se siente triste? Ciertamente, nadie apreciaría algo así. (b) Dice que cantar a una persona afligida es como echar vinagre sobre sosa. La palabra traducida aquí como «sosa» se refiere al término hebreo *natrón*, una sustancia conocida

en la antigüedad como un mineral alcalino natural. Se dice que esta sustancia se utilizaba para la limpieza en Oriente durante aquella época (Swanson). Observemos Jeremías 2:22: «Aunque te laves con lejía y uses mucho jabón, la mancha de tu iniquidad sigue ante mí —declara el Señor Dios». Es sabido que verter vinagre sobre bicarbonato de sodio provoca una reacción inmediata y burbujeante. De igual manera, cantar a alguien que tiene el corazón afligido sin ofrecerle ninguna muestra de compasión solo sirve para agravar su tristeza (MacArthur). Por lo tanto, no debemos cantar a quienes están pasando por un duelo. En cambio, debemos compadecernos de la fragilidad de los afligidos (Hebreos 4:15) y «llorar con los que lloran» (Romanos 15:17).

(3) No debemos hablar mal de los demás.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 25:23: «Como el viento del norte trae lluvia, así la lengua que calumnia provoca ira en el rostro de la persona». Aquí, la frase traducida como «lengua calumniadora» (o «lengua chismosa» en algunas versiones modernas) significa literalmente «una lengua de secreto». En otras palabras, se refiere a una lengua que se dedica a la calumnia y a las maquinaciones maliciosas (Walvoord). Si hablamos mal de alguien a sus espaldas —exponiendo sus faltas y menospreciándolo— y esas palabras finalmente llegan a sus oídos, ¿acaso no se enfadaría? Es más, si calumniamos a alguien con acusaciones infundadas o incluso utilizamos artimañas engañosas para perjudicarlo y dañar su reputación, ¿no se enfurecería lo suficiente como para demandarnos por difamación?

En la Tercera Epístola de Juan, dirigida a un hombre llamado Gayo, encontramos a una figura dentro de la iglesia llamada Diótrefes, a quien «le gustaba tener la preeminencia» (3 Juan 1:9-10). No solo se negó a recibir al apóstol Juan (v. 9), sino que también «habló maliciosamente» de él usando palabras perversas (v. 10). Era un hombre que menospreciaba a los apóstoles de manera irrespetuosa; en términos modernos, era alguien que hablaba mal y calumniaba a un pastor. Tal persona posee un espíritu profundamente

equivocado. Los creyentes dentro de la iglesia que hablan mal y critican a sus pastores son personas con un espíritu corrompido, muy parecido al de Diótrefes. Nunca debemos incurrir en la calumnia ni en el chisme malicioso, ya sea contra pastores o contra otros creyentes. Tal comportamiento destruye inevitablemente las relaciones. Si la iglesia se ve envuelta en discordia y división como resultado, ¿quién se alegraría? Calumniar y difamar a los hermanos del Señor es un acto insensato y perverso (versículo 10). Debemos cuidarnos de tales personas. Proverbios 10:18 afirma: «El que oculta el odio tiene labios mentirosos, y el que propaga calumnias es un necio». La Versión Revisada Coreana llama «necio» al calumniador, mientras que la Traducción Común lo expresa sin rodeos: «La persona que habitualmente habla mal de los demás es un necio». Por ello, Levítico 19:16 ordena: «No andes difundiendo calumnias entre tu pueblo». La *Biblia Coreana Contemporánea* lo traduce así: «No andes hablando mal de los demás». Por tanto, no debemos andar menospreciando a otros. No debemos hablar mal de las personas; esa es la conducta de un necio. Una persona sabia es cuidadosa con lo que dice acerca de los demás. En particular, no revela los secretos ajenos (Proverbios 11:13). En consecuencia, no habla mal de los demás. Oro para que todos lleguemos a ser personas así.

(4) Debemos proclamar buenas noticias con nuestros labios. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 25:25: «Las buenas noticias de tierras lejanas son como agua fresca para el alma sedienta». La persona sabia no solo se abstiene de hablar mal de los demás, sino que también evita cantar canciones a quien tiene el corazón afligido y jamás levanta falso testimonio contra su prójimo. En cambio, comparte buenas noticias con su prójimo. En Proverbios 25:25, el rey Salomón, autor de los proverbios, afirma que «las buenas noticias de tierras lejanas son como agua fresca para el alma sedienta». ¿Qué significa esto? Significa que las buenas noticias sacian la sed de nuestros corazones, tal como el agua fresca refresca a una persona sedienta. Esto nos recuerda el Salmo 42:1: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía». Al vivir en este mundo pecaminoso, las noticias que escuchamos a diario consisten casi exclusivamente en malos informes. En consecuencia, nuestras almas justas se angustian inevitablemente,

tal como el alma de Lot fue atormentada mientras vivía en Sodoma y Gomorra (2 Pedro 2:8). Así, nuestras almas atribuladas anhelan naturalmente con mayor intensidad al Señor. Cuando nos acercamos al trono de la gracia de Dios con un espíritu sediento, ¿qué es lo que refresca nuestras almas cansadas? Es el Evangelio de Jesucristo: las buenas noticias. Debemos usar nuestros labios para proclamar estas buenas noticias, el Evangelio de Jesucristo.

Quinto, debemos ser cautelosos al depositar nuestra confianza.

Debemos tener mucho cuidado de no depositar nuestra confianza en las personas. Cuando atravesamos momentos particularmente difíciles y agotadores —que nos dejan exhaustos física y emocionalmente—, debemos tener cuidado con las personas que se nos acercan y nos tratan con excesiva amabilidad. La razón es que, en tales momentos, podemos sucumbir a la tentación de depender de las personas en lugar de depender del Señor. En particular, debemos mantenernos alejados de aquellos que hablan con doblez. Por ejemplo, debemos evitar el tipo de persona descrita en el pasaje de hoy —Proverbios 25:18—, que "levanta falso testimonio contra su prójimo". Debemos evitar especialmente confiar en personas deshonestas o engañosas cuando enfrentamos adversidades.

En el pasaje de hoy, Proverbios 25:19, el rey Salomón, autor de Proverbios, afirma: "Confiar en el infiel en día de angustia es como un diente roto o un pie dislocado" [(Versión de Lenguaje Moderno) "Confiar en una persona infiel durante una crisis es como masticar comida con un diente flojo o caminar con un pie dislocado"]. Aquí, él advierte contra el hecho de depender de "los infieles". ¿Por qué? Porque depender de los infieles se compara con un "diente roto o un pie dislocado". ¿Puede imaginarse tratando de comer con un diente roto? ¿Intentaría caminar apoyándose en un pie dislocado? La Biblia nos dice que depender de los infieles en un día de angustia —un tiempo de crisis— es exactamente así (versículo 19). Por lo tanto, no debemos depender de los infieles en tiempos de dificultad; en cambio, debemos depender del Dios que es fiel. El Salmo 125:1 declara: "Los que confían en el Señor

son como el monte Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre". La Biblia nos dice que aquellos que dependen de Dios permanecerán firmes y perdurarán para siempre, tal como el monte Sion, sin vacilar. Una "montaña" es símbolo de "inmovilidad y reposo" (Park Yun-sun). Las Escrituras declaran que quienes confían en Dios se mantendrán firmes como una montaña —sin ser sacudidos por ninguna tribulación o adversidad— y disfrutarán eternamente de la paz y el reposo que Dios provee. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo puede uno disfrutar de paz y descanso, manteniéndose firme e inamovible como una montaña en este mundo pecaminoso donde abundan las preocupaciones, las adversidades e incluso la amenaza de la muerte? La respuesta es que Dios protege a quienes confían en Él (versículo 2). Geográficamente, se dice que Jerusalén está rodeada de muchas montañas (Park Yun-sun). Así como estas montañas rodean a Jerusalén, Dios rodea a quienes confían en Él. En otras palabras, aquellos que confían en Dios permanecen en Su presencia para siempre y son protegidos eternamente por Él.

Amados, Dios nos dice: «Invócame en el día de la angustia» (Salmo 50:15). ¿Por qué? Porque cuando clamamos al Dios fiel en tiempos de aflicción, Él nos responde (Salmo 20:1) y nos consuela (2 Corintios 1:4). Debemos invocar a Dios en el día de la angustia porque Él nos librará de esa tribulación (Salmo 50:15). Por ello, oro para que todos seamos personas que glorifiquen a Dios (versículo 15).

En sexto lugar, debemos evitar albergar odio. Con motivo del Año Nuevo Lunar, vi noticias que mostraban a familias viajando a sus lugares de origen para visitar a sus amados padres. También escuché una entrevista con una persona mayor que decía sentirse aún más feliz al ver a sus nietos que a sus propios hijos. ¡Qué agradecidos deberíamos estar de poder reunir a toda la familia en un mismo lugar y compartir momentos tan llenos de alegría! Las familias que creen en Jesús deben esforzarse por crear un «cielo en la tierra» dentro del hogar, poniendo en práctica Su doble mandamiento: amar a Dios y amar al prójimo. Sin embargo, en muchas familias, el odio está echando raíces en lugar del amor. Hay tantas familias que sufren heridas emocionales, dolor y lágrimas. La discordia conyugal se agrava cada vez más

y, en muchos hogares, crece la animosidad entre padres e hijos allí donde debería prevalecer el amor, especialmente tratándose de familias que creen en Jesús.

Nuestro instinto primordial es tomar represalias: «vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie» (Deuteronomio 19:21). Nuestra naturaleza pecaminosa nos impulsa a odiar a nuestros enemigos, y a odiarlos con tal intensidad que deseamos su destrucción total. En consecuencia, nuestro instinto nos lleva a buscar venganza en lugar de perdonar. Sin embargo, la Biblia nos instruye: «No digas: "Haré con él lo que él hizo conmigo; le pagaré a ese hombre por lo que hizo"» (Proverbios 24:29). Además, Proverbios 20:22 —pasaje sobre el que ya hemos meditado anteriormente— nos dice: «No digas: "¡Te pagaré por este mal!". Espera al Señor, y él te librará». Cuando la Biblia nos ordena no decir «pagaré el mal con el mal», significa que no debemos intentar infligir dolor a alguien simplemente porque nos ha causado sufrimiento. Romanos 12:19 afirma: «No se venguen, amados hermanos, sino dejen lugar a la ira de Dios, pues está escrito: "Mía es la venganza; yo pagaré", dice el Señor». En otras palabras, la razón por la que debemos esperar en Dios en lugar de tomar cartas en el asunto es que la venganza le pertenece a Él, no a nosotros; Él pagará en nuestro lugar, por lo que estamos llamados a confiar en Él y a esperar.

En el pasaje de hoy, Proverbios 25:21, el autor nos instruye: «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber». Al meditar en esta Escritura, recuerdo las palabras de Jesús en Mateo 5:43-44: «Han oído que se dijo: "Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo". Pero yo les digo: amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen». Nuestro instinto es amar a nuestro «prójimo» y odiar a nuestros «enemigos». Por supuesto, el «prójimo» que nosotros imaginamos no es el mismo del que habla Jesús; Para nosotros, el «prójimo» son simplemente «aquellos que nos aman» (Mateo 5:46), mientras que el «prójimo» al que se refiere Jesús incluye incluso a nuestros enemigos. Por eso Jesús dijo: «Habéis oído que se dijo: “Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo”, pero yo os digo… amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen». La enseñanza de Jesús es que amemos a nuestros enemigos. En el pasaje de hoy, Proverbios 25:21, encontramos una lección

concreta y práctica sobre cómo poner en práctica ese amor. La lección es esta: si nuestro enemigo tiene hambre, debemos darle comida, y si tiene sed, debemos darle agua. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo podemos dar comida y agua a nuestros enemigos? Encontré la respuesta en Romanos 5:10: «Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, ¡cuánto más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida!». La Biblia nos dice que, cuando éramos enemigos de Dios, Jesucristo —el Hijo único de Dios— murió en la cruz por nosotros, reconciliándonos así con Dios. En otras palabras, al morir cuando aún éramos enemigos de Dios, Jesús «demostró su amor por nosotros» (versículo 8). Cuando este amor de Dios revelado nos llena, somos capaces de amar a nuestros enemigos en lugar de odiarlos.

¿Por qué, entonces, el autor de Proverbios —en el pasaje de hoy, Proverbios 25:21— nos instruye a alimentar a nuestro enemigo si tiene hambre y a darle agua si tiene sed? Observemos Proverbios 25:22: «Al hacer esto, amontonarás brasas encendidas sobre su cabeza, y el SEÑOR te recompensará» [(Versión Coreana Contemporánea) «Entonces tu enemigo se verá abrumado por una vergüenza insoportable, como si le hubieran puesto brasas encendidas sobre la cabeza, y tú recibirás una recompensa del SEÑOR»]. Según el pastor John MacArthur, en la antigua cultura egipcia, si una persona deseaba demostrar públicamente su arrepentimiento por sus pecados, caminaba llevando un brasero con carbones encendidos sobre la cabeza. Aquí, las «brasas encendidas» simbolizan el dolor abrasador de la vergüenza y la culpa (MacArthur). Entonces, ¿cuál es la razón por la que el autor de Proverbios nos dice que alimentemos a nuestro enemigo hambriento y demos agua a nuestro enemigo sediento? ¿Por qué debemos mostrar amor a nuestros enemigos? Hay dos razones: (1) En primer lugar, cuando mostramos amor a nuestros enemigos, ellos sentirán vergüenza por el odio, el resentimiento y la hostilidad que albergan en su interior (MacArthur). (2) Sin embargo, una razón aún mayor es que, cuando mostramos amor a quienes se nos oponen… esto se debe a que amar incluso a los enemigos que nos persiguen puede hacer que sus corazones fríos y endurecidos se derritan y se transformen, convirtiéndolos en nuestros nuevos amigos (Park Yun-sun). El apóstol Pablo citó este pasaje

en Romanos 12:20. En resumen, Pablo exhorta a los santos de Roma —así como a usted y a mí— a amar a nuestros enemigos. La razón es que hacerlo puede ablandar el corazón de nuestros enemigos y permitirnos ganar amigos en el Señor.

1 Juan 3:15 afirma: «Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él». En otras palabras, la afirmación de que quien odia a su hermano es un homicida —y que un homicida carece de vida eterna— implica lo contrario: aquellos que han obtenido la vida eterna al creer en Jesús, el Hijo de Dios (1 Juan 5:12-13), viven como ciudadanos del Reino de los Cielos obedeciendo el doble mandamiento de Jesús de amar a Dios y al prójimo. Por lo tanto, oro para que nos abstengamos de odiar a nuestros hermanos o enemigos y, en cambio, lleguemos a ser personas que amen no solo a su prójimo, sino también a sus enemigos.

Séptimo, debemos abstenernos de contender.

Como cristianos, estamos llamados a vivir amando a nuestro prójimo como a nosotros mismos, tal como Jesús ordenó. Sin embargo, a pesar de saber esto, a veces odiamos a nuestro prójimo e incluso discutimos con aquellos que nos desagradan. ¿Cuál es la causa fundamental de esto? Santiago 4:1 en la Biblia identifica la fuente: «¿De dónde surgen las guerras y los conflictos entre ustedes? ¿No es precisamente de las pasiones que luchan en su interior?». La razón por la que discutimos radica en los deseos conflictivos que hay en nuestro interior. Debemos luchar contra estos deseos que guerrean dentro de nosotros. 1 Pedro 2:11 nos instruye: «Queridos amigos, les ruego como a extranjeros y peregrinos que se aparten de los deseos pecaminosos que combaten contra el alma». Debemos luchar contra los deseos de la carne que guerrean contra nuestras almas; el deseo de discutir es uno de esos deseos carnales. Por lo tanto, debemos luchar y vencer este deseo de discutir.

En el pasaje de hoy, Proverbios 25:24, el autor habla de una «mujer pendenciera» o una «mujer a la que le encanta discutir». Afirma que es mejor vivir solo en una choza que

compartir una casa grande con una mujer pendenciera. ¿Por qué, entonces, discute una esposa con su esposo? Si observamos Proverbios 15:1, un pasaje sobre el que ya hemos meditado, la Biblia dice: «La respuesta amable calma el enojo, pero la palabra áspera enciende la ira». ¿Puede imaginarlo? Deberíamos calmar la ira de la otra persona con palabras amables; sin embargo, si hablamos con dureza a alguien que ya está enojado —como echar gasolina al fuego—, ¿cómo reaccionará? Proverbios 15:18 dice: «El hombre irascible provoca contiendas, pero el que tarda en airarse calma las disputas». Si somos de temperamento vivo y nos enojamos fácilmente, inevitablemente provocamos conflictos. Esto sucede porque, en nuestra ira, no refrenamos nuestras palabras y hablamos imprudentemente, usando palabras ásperas que hieren a la otra persona (15:4). Por lo tanto, debemos mantener la boca cerrada cuando estamos enojados; en otras palabras, debemos ejercer dominio propio al hablar. Si no logramos controlar nuestras emociones de ira, las palabras que salen de nuestra boca pueden volverse ásperas fácilmente. Por tanto, dado que nuestras palabras pueden herir el corazón de otra persona, debemos ser tardos para hablar cuando estamos enojados (Santiago 1:19). Hoy he examinado la causa de las discusiones de una esposa con su marido basándome en el texto de Proverbios 25:23: «Como el viento del norte trae la lluvia, así la lengua que calumnia provoca ira en el rostro de la persona». La razón por la que una esposa discute con su marido se debe a una «lengua calumniadora» (o una lengua que habla mal de los demás). Aquí, «lengua calumniadora» se refiere a una «lengua furtiva»; específicamente, a las palabras de alguien adulador que busca un beneficio personal mientras perjudica a otros (Park Yun-sun). Cuando un marido escucha tales palabras, se provoca ira, lo que conduce a un conflicto en la pareja. La Biblia nos dice hoy que es mejor vivir solo en una choza que compartir una casa grande con una mujer que posee tal lengua calumniadora: una que pronuncia palabras que hieren a su marido y utiliza la adulación para su propio beneficio. Ideas similares aparecen en Proverbios 21:9 y 19, pasajes sobre los que hemos meditado anteriormente: «Es mejor vivir en una choza que en una casa grande con una mujer pendenciera... Es mejor vivir en el desierto que con una mujer pendenciera e iracunda». Mientras que Proverbios 21:9 habla simplemente de una «mujer pendenciera», el versículo 19 la describe como una «mujer

pendenciera e iracunda». Esto se debe a que la causa raíz de las discusiones es la incapacidad de controlar el propio temperamento, lo que conduce a arrebatos de ira. Sabemos esto porque Proverbios 15:18 —un pasaje sobre el que ya hemos meditado— afirma que «el hombre irascible provoca conflictos». Por el contrario, dice que «el que es tardo para la ira calma la disputa» (v. 18).

En una relación matrimonial, si uno no puede controlar su ira y pierde los estribos con facilidad, el conflicto es inevitable. ¿Por qué sucede esto? Una razón es que la ira a menudo nos lleva a pronunciar palabras ásperas (v. 1). Al reflexionar sobre la "mujer pendenciera" o la "mujer contenciosa e iracunda", vemos que Proverbios 19:13 describe a la esposa pendenciera como "un goteo constante" (véase también 27:15). ¿Qué significa esto? Implica que una esposa propensa a discutir con su marido lo hace con frecuencia —dejando pocos días de paz— y, una vez iniciada la discusión, habla incesantemente, tal como el agua que gotea sin parar (Park Yun-sun). Si una esposa que discute y se enfurece de esta manera —como ese goteo constante— sigue vertiendo palabras de ira, ¿cómo reaccionará su marido?

Es mejor vivir en una choza o en el desierto que vivir en una casa grande con una mujer pendenciera e iracunda. Vivir en armonía en una humilde choza —a pesar de las incomodidades— es mucho mejor que vivir en una casa grande y cómoda mientras se discute constantemente. Debemos comprometernos a construir un matrimonio armonioso en el Señor.

Octavo, debemos cuidarnos de ceder [ante los impíos].

En el pasaje de hoy, Proverbios 25:26, el autor afirma: "El justo que cede ante el impío es como un pozo enturbiado o un manantial contaminado". Aquí, la palabra hebrea para "ceder" (o "dar paso") conlleva el significado de fracasar, caer o tambalearse. Uno se tambalea y cae porque se encuentra en un estado inadecuado o insuficiente (Swanson).

Amigos, cuando nos hallamos en un estado de insuficiencia espiritual —particularmente en lo que respecta a nuestra fe—, ¿acaso no vacilamos y finalmente caemos al enfrentarnos a diversas dificultades y adversidades religiosas? El salmista albergaba tal temor. Miren el Salmo 13:4: "No sea que mi enemigo diga: 'He prevalecido sobre él'; no sea que mis adversarios se regocijen cuando yo vacile" [(Versión coreana contemporánea) "No permitas que mis enemigos digan: 'Te hemos derrotado'. No permitas que se regocijen por mi caída"]. El salmista temía que su enemigo pudiera proclamar la victoria y regocijarse cuando él vacilara. Amigos, cuando nuestra fe vacila, corremos un gran riesgo de fracasar y caer. Además, en nuestro estado de insuficiencia y debilidad, si nuestra fe vacila, corremos el riesgo de acceder a regañadientes a las posturas de nuestros adversarios y aceptar sus caminos. Por lo tanto, no debemos dejarnos tambalear. Para evitarlo, debemos —tal como instruye la Biblia— depositar nuestras cargas en Dios (Salmo 55:22). Al hacerlo, Dios nos sostendrá y nunca permitirá que vacilemos (versículo 22).

Amigos, como cristianos justificados por la gracia de Dios mediante la fe en Jesús, debemos distinguir claramente aquello a lo que no debemos ceder y aquello a lo que sí debemos someternos. En primer lugar, ¿a qué debemos someternos? Observemos Romanos 8:7: «La mentalidad gobernada por la carne es enemiga de Dios; no se somete a la ley de Dios, ni tampoco puede hacerlo». Este pasaje nos dice que la mentalidad de la carne no solo no se somete a la ley de Dios, sino que es incapaz de hacerlo. Por el contrario, esto implica que nosotros, los cristianos —reconciliados con Dios mediante la muerte de Jesucristo en la cruz—, debemos someternos a la ley de Dios (su Palabra). Entonces, ¿a qué *no* debemos someternos? Como se indica en el texto de hoy, Proverbios 25:26, no debemos ceder ante los impíos. Por ejemplo, cuando sufrimos persecución a manos de los impíos debido a nuestra fe en Jesús, no debemos doblegarnos ante ellos. La razón es que ceder ante los impíos de esta manera es «como enturbiar un pozo o contaminar un manantial» (v. 26, *Versión Coreana Contemporánea*). ¿Pueden imaginarlo? Si un pozo limpio —del cual se extrae agua para beber— se contamina con suciedad, nadie querría volver a sacar agua de él. Creo que tal suceso ocurrió en la historia de la iglesia coreana: la participación de los

cristianos coreanos en el culto a los santuarios sintoístas durante el periodo colonial japonés. Considero esto como un acto de ceder ante los impíos, tal como se describe en el pasaje de hoy. Naturalmente, esto causó una gran decepción entre muchos cristianos. Ceder ante los impíos de esta manera nunca sirve como buen ejemplo para las futuras generaciones de creyentes. Por lo tanto, nosotros, los cristianos, no debemos ceder ante los impíos; debemos abstenernos de someternos a ellos.

En noveno y último lugar, debemos ejercer dominio propio sobre nuestros corazones.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 25:28: «Como ciudad derribada y sin muro es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda». Imaginemos una ciudad con murallas derrumbadas o sin murallas en absoluto. Ahora, visualicemos un ejército enemigo atacando. ¿Qué sería de las personas que viven en tal ciudad? Al ser extremadamente vulnerables y estar indefensas ante el enemigo, inevitablemente perderían la guerra. La Biblia nos dice que una persona que carece de la capacidad de controlar su propio corazón es exactamente así. Quienes carecen de dominio propio y no pueden refrenarse son inevitablemente vulnerables a los problemas y a la tentación. Por ejemplo, alguien que no puede controlar su ira —alguien propenso a airarse rápidamente— puede sucumbir a problemas y tentaciones, pecando así contra Dios. Veamos Proverbios 14:17 y 29: «El que fácilmente se enoja comete locuras, y el hombre de malos pensamientos es aborrecido… El que tarda en airarse es grande de entendimiento; mas el que es impaciente de espíritu pone de manifiesto su necedad». La Biblia afirma que aquellos incapaces de refrenar su ira cometen actos insensatos. Una persona de temperamento irascible simplemente revela su propia necedad. Por eso Proverbios 29:11 dice: «El necio da rienda suelta a toda su ira, mas el sabio al fin la sosiega».

Debemos ser capaces de controlar nuestra ira. Debemos ser capaces de refrenar nuestro enojo. Observemos Proverbios 16:32: «Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad». Debemos ser personas que

gobiernen su propio espíritu. Debemos tardar en airarnos y ejercer dominio sobre nuestra ira.

Quisiera concluir esta meditación. Debemos practicar el dominio propio. Debemos ejercer moderación en lo que comemos, en la búsqueda de honores, en la frecuencia con la que visitamos a nuestros vecinos, en las palabras que pronunciamos, en quiénes depositamos nuestra confianza, en nuestro odio, en nuestras disputas y en nuestros propios corazones. Oro para que el Espíritu Santo produzca en nosotros el fruto del dominio propio.

La persona insensata

[Proverbios 26:1-12]

Cuando se preguntó a cincuenta personas mayores de 95 años o más: «Si pudieran volver a vivir su vida, ¿cómo les gustaría vivirla?», la primera de las tres respuestas más comunes fue: «Viviría una vida de reflexión diaria» (Fuente: Internet). Hoy nos proponemos poner esto en práctica. Es decir, dedicaremos tiempo a reflexionar sobre la Palabra de Dios —o a examinarnos a la luz de ella—, ya que esta actúa como un espejo espiritual. La pregunta central de esta reflexión es si somos personas sabias o insensatas cuando nos observamos a la luz de las Escrituras.

En primer lugar, consideremos cinco características de la «persona sabia» según la descripción de la Biblia.

(1) La persona sabia tiene un oído que escucha.

Observemos Proverbios 15:31: «El oído que escucha la reprensión que da vida habitará entre los sabios». La persona sabia no solo escucha los mandamientos de Dios (10:8), sino que también presta atención al consejo (12:15).

(2) La persona sabia posee conocimiento.

Observemos Proverbios 10:14: «Los sabios atesoran conocimiento, pero la boca del insensato acerca la ruina». Además, la persona sabia comparte el conocimiento (15:7).

(3) La persona sabia teme a Dios y se aparta del mal.

Observemos Proverbios 14:16: «El sabio es cauto y se aparta del mal, pero el insensato es imprudente y confía demasiado en sí mismo». La persona sabia sigue la «senda de vida que conduce hacia arriba» (15:24).

(4) La persona sabia usa sus labios con sabiduría. Observemos Proverbios 16:23: «El corazón del sabio hace que su discurso sea sensato y añade conocimiento a sus labios» [(Versión Coreana Contemporánea) «Las palabras de una persona sabia son siempre prudentes y persuasivas»]. La persona sabia se protege a sí misma con sus palabras (14:3, Versión Coreana Contemporánea).

(5) La persona sabia refrena su ira.

Observemos Proverbios 29:11: «El insensato da rienda suelta a su ira, pero el sabio la refrena». Entonces, ¿quién es el «necio» descrito en la Biblia? Podemos resumir las características de tal persona espiritualmente necia en cuatro puntos:

(1) La Biblia llama necios a aquellos que no conocen a Dios.

Observemos el Salmo 14:1: «Dice el necio en su corazón: "No hay Dios". Se han corrompido, sus obras son viles; no hay quien haga el bien».

(2) La Biblia llama necios a aquellos que toman el pecado a la ligera.

Observemos Proverbios 14:9: «Los necios se burlan del pecado, pero entre los rectos hay favor».

(3) La Biblia llama necios a aquellos a quienes les desagrada recibir reprensión. Observemos Proverbios 1:22–25: «¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza? ¿Hasta cuándo los burladores se deleitarán en sus burlas y los necios odiarán el conocimiento? Volveos a mi reprensión; ciertamente derramaré mi espíritu sobre vosotros; os daré a conocer mis palabras. Porque he llamado y no habéis querido escuchar, he extendido mi mano y nadie ha prestado atención; porque habéis despreciado todo mi consejo y no habéis aceptado mi reprensión...»

(4) La Biblia describe como necios a aquellos que no se preparan para su alma (la vida venidera).

Observemos Lucas 12:16–21: «Entonces les contó una parábola, diciendo: "La tierra de cierto hombre rico produjo en abundancia. Y él pensaba para sí, diciendo: '¿Qué haré, ya que no tengo dónde guardar mis cosechas?'. Así que dijo: 'Haré esto: derribaré mis graneros y construiré otros más grandes, y allí guardaré todas mis cosechas y mis bienes. Y diré a mi alma: "Alma, tienes muchos bienes acumulados para muchos años; descansa; come, bebe y regocíjate"'. Pero Dios le dijo: '¡Necio! Esta misma noche te pedirán tu alma; ¿y de quién serán las cosas que has provisto?'. Así es el que acumula tesoros para sí mismo, y no es rico para con Dios"».

En el pasaje de hoy —Proverbios 26:1–12—, el rey Salomón, autor de Proverbios, habla sobre «el necio». Me gustaría reflexionar sobre nueve características del necio que él describe y recibir las enseñanzas que Dios tiene para nosotros.

En primer lugar, el honor no es propio del necio. ¿Sabe quién ostenta el récord de más imparables en la historia del béisbol estadounidense? Es Pete Rose, quien jugó 3.562 partidos en las Grandes Ligas a lo largo de 23 años, entre 1963 y 1986, acumulando un récord histórico de 4.256 imparables. Su marca de bateo es tan extraordinaria que, aparte de él, Ty Cobb (4.191 imparables) es el único otro jugador que ha alcanzado la cifra de 4.000.

Si bien este récord ciertamente justifica su ingreso al Salón de la Fama de las Grandes Ligas de Béisbol (MLB), él ha estado vetado del mundo del béisbol durante casi 30 años debido a las apuestas. El Salón de la Fama del Béisbol de EE. UU. es un lugar creado para honrar a quienes han contribuido al desarrollo de este deporte. Para ser admitido, un jugador de las Grandes Ligas debe haber jugado al menos diez años y haberse retirado hace cinco; los candidatos son seleccionados mediante una votación de los miembros de la Asociación de Cronistas de Béisbol de América (BBWAA), y obtener el 75 % o más de los votos confirma su ingreso. En 1989, mientras se desempeñaba como mánager de los Rojos de Cincinnati, Rose se vio envuelto en acusaciones de apostar en los partidos de su propio equipo. En medio de una investigación de las Grandes Ligas —y a pesar de negar rotundamente los cargos—, llegó a un acuerdo con la liga para aceptar una suspensión de por vida a cambio de detener la investigación, retirándose así del mundo del béisbol. Quince años después, en 2004, publicó una autobiografía en la que admitió haber realizado dichas apuestas. Sin embargo, con el reciente cambio de liderazgo, el nuevo comisionado de las Grandes Ligas, Rob Manfred, parece haber abierto la puerta a la posibilidad de que Rose ingrese al Salón de la Fama. ¿Qué opina usted? ¿Debería ingresar al Salón de la Fama del Béisbol de EE. UU. o no? Si volvemos a examinar Proverbios 25:27, un pasaje sobre el que ya hemos meditado, la Biblia dice: "No es bueno comer demasiada miel, y buscar el propio honor es inútil" [(Versión Coreana Contemporánea) "Así como comer demasiada miel no es beneficioso, buscar solo el propio honor tampoco lo es"]. Aquí hemos considerado que existen dos tipos de actitudes relacionadas con el honor: el "deseo de honor" y la "codicia de honor". Y en el libro de Proverbios, capítulo 25... Cuando el autor de Proverbios afirmó en el versículo 27 que "buscar el propio honor no es beneficioso" (o es inútil), el "honor" al que se refería era, de hecho, la búsqueda codiciosa de honor. ¿En qué consiste esta búsqueda codiciosa de honor? Es el acto de buscar la propia gloria —haciendo del honor mismo el objetivo supremo— por cualquier medio necesario; es algo contra lo que todos debemos estar constantemente en guardia. Por ejemplo, recuerdo a Nabal, quien aparece en 1 Samuel 25 del Antiguo Testamento. Él era "muy rico", pues poseía tres mil ovejas y mil cabras (versículo 2). Sin embargo, el texto lo describe como alguien "duro y malo en su trato" (versículo 3).

Debido a que pagó con maldad la bondad de David (versículo 21), David decidió hacer daño a toda su casa (versículo 17) y destruir a todo varón que le perteneciera, sin dejar a ninguno con vida (versículo 22). Escuchen las palabras que pronunció su sabia esposa, Abigail, mientras se postraba a los pies de David: "Señor mío, por favor, que la culpa de esta iniquidad recaiga sobre mí, solo sobre mí. Permita que su sierva hable ante usted y escuche sus palabras. Le ruego, señor mío, que no preste atención a este hombre malvado, Nabal, pues su nombre le va bien: se llama Nabal y es un insensato" (versículos 24–25). ¿Es el "honor" algo realmente apropiado para un insensato así?

¿Qué debemos hacer si una persona insensata nos odia, nos maldice y nos persigue sin motivo? Debemos orar a Dios y meditar en Sus enseñanzas (Su Palabra). Observemos el Salmo 119:78: «Sean avergonzados los soberbios, porque sin causa me han calumniado; pero yo meditaré en tus preceptos». El salmista oró para que los soberbios, que lo calumniaban sin razón, sufrieran vergüenza, al tiempo que se proponía meditar en las enseñanzas del Señor. ¿Cuál era la razón de esto? ¿Por qué decidió el salmista orar a Dios y meditar en las enseñanzas del Señor mientras era calumniado sin motivo por los soberbios? Veamos el Salmo 119:86 y 161: «Todos tus mandamientos son verdaderos; ayúdame, pues me persiguen sin causa... Príncipes me han perseguido sin causa, pero mi corazón teme tu palabra». La razón es que él confiaba en los mandamientos del Señor y temía la palabra del Señor más que a los poderosos. Al igual que el salmista, nosotros también debemos decidir orar a Dios y meditar en la palabra del Señor, incluso cuando alguien nos perturbe, nos calumnie o nos maldiga sin motivo. Y oro para que realmente llevemos a la práctica esta decisión.

Al meditar en la «maldición sin causa» mencionada en el texto de hoy, recordé a Jesús, quien fue crucificado y murió en la cruz —un madero de maldición (Deuteronomio 21:23)—. Desde la perspectiva de los judíos de aquella época, Jesús de Nazaret fue crucificado y murió bajo la maldición de Dios por el delito de blasfemia (Mateo 26:65), ya que afirmó ser el Hijo de Dios. Sin embargo, la razón por la que Jesús —el verdadero Hijo de Dios— murió en la cruz,

un madero de maldición, fue para perdonar todos nuestros pecados y salvarnos de la maldición eterna y la destrucción que merecíamos. Mientras que nosotros teníamos motivos de sobra para ser maldecidos, Jesús —quien no tenía motivo alguno para morir en un madero maldito— cargó con todos nuestros pecados y murió en la cruz. Él hizo esto para apartar la maldición que había caído sobre nosotros y para otorgarnos la bendición de la vida eterna (Deut. 23:5; Neh. 13:2; Ef. 1:3 y ss.). ¿Cómo debemos vivir, entonces, tras haber recibido esta bendición de vida eterna y toda bendición espiritual? Como discípulos de Jesús, aun cuando enfrentemos críticas infundadas, insultos o incluso maldiciones, debemos obedecer en silencio la palabra del Señor y cumplir la misión que se nos ha encomendado. Para ello, debemos orar al Dios en quien confiamos y meditar en la Palabra de Dios, en la cual depositamos nuestra fe. Sin embargo, si hemos cometido pecados que realmente justifican críticas, insultos o incluso maldiciones, debemos —al igual que David— soportar escuchar dichas maldiciones hasta el final (2 Sam. 16:5 y ss.). Cuando David huía de su hijo rebelde Absalón —consecuencia de su propio pecado— y fue maldecido por Simei, de la tribu de Benjamín, escuchó cada palabra de aquella maldición, reconociendo que "el SEÑOR le ha dicho que maldiga a David" (16:5 y ss.). Y mientras escuchaba todas esas maldiciones, creía que Dios vería su aflicción y le recompensaría con el bien a cambio de aquella maldición (versículo 12). Oro para que tú y yo poseamos tal fe, que nos permita soportar escuchar maldiciones, ya sean merecidas o inmerecidas. Dios ciertamente nos recompensará con el bien.

En tercer lugar, la vara es para la espalda del necio.

Hace poco vi un reportaje coreano sobre un anuncio de servicio público en Francia que se oponía al castigo corporal; mostraba una escena en la que una madre le daba una bofetada a su hijo. Parecía que el niño había sido golpeado por derramar una bebida en la mesa o por hacer demasiado ruido. El foco del reportaje era el acalorado debate en toda Europa sobre si el castigo corporal debía prohibirse legalmente. Según se informó, el Consejo de Europa —el principal organismo de vigilancia de los derechos humanos del continente— emitió una

advertencia a Francia porque, a pesar de haber firmado la Carta Social Europea (que se compromete a proteger a los niños), Francia aún no había prohibido legalmente el castigo corporal. Si bien 27 de los 47 estados miembros del Consejo —incluidos Suecia y Alemania— han prohibido el castigo corporal, países como Francia y el Reino Unido todavía lo toleran. El Papa Francisco también intervino en la polémica; citando el ejemplo de un padre que disciplina físicamente a su hijo pero nunca le golpea en la cara, señaló que un castigo corporal adecuado es necesario (Internet).

¿Qué opina usted? ¿Cree que el castigo corporal adecuado es necesario en la crianza de los hijos? En Corea, el problema del castigo corporal por parte de los padres se ha vuelto tan grave —con más de ocho de cada diez casos de maltrato infantil ocurriendo en el hogar— que recientemente la Asamblea Nacional aprobó un proyecto de ley que prohíbe legalmente el castigo corporal contra los niños (Internet). Resulta difícil comprender plenamente la gravedad del castigo corporal parental en el hogar, dado que allí ocurren más de ocho de cada diez casos de maltrato infantil. Quizás esto refleje problemas profundamente arraigados en la relación entre padres e hijos. Si bien creo firmemente que el maltrato infantil nunca debería ocurrir en el seno familiar, a veces cuestiono la definición real de "maltrato infantil" tal como se presenta hoy en día en las noticias. Al buscar información en línea, encontré la definición que figura en el Artículo 3, apartado 7 de la Ley de Bienestar Infantil: "'Maltrato infantil' se refiere a los actos realizados por un adulto —incluido un tutor— que impliquen violencia física, mental o sexual, o un trato cruel que perjudique la salud o el bienestar de un niño (persona menor de 18 años) o que obstaculice su desarrollo normal, así como a los actos de abandono o negligencia por parte del tutor del niño" (Internet). Hace algún tiempo, un famoso jugador de fútbol americano se vio envuelto en una gran polémica tras haber aplicado, al parecer, un castigo corporal a su hijo. Al ver aquella noticia, me preguntaba por qué los medios de comunicación daban tanta importancia a lo que parecía ser un padre disciplinando a su hijo. Aquello me hizo reflexionar sobre si hemos entrado en una época en la que —debido a padres que realmente maltratan

a sus hijos— incluso el acto de disciplinar a un niño por amor está ahora sujeto a restricciones legales.

En lo que respecta a la disciplina de los hijos, me identifico con los dos enfoques expuestos por el pastor Tedd Tripp en su libro *Shepherding a Child's Heart* (Pastoreando el corazón del niño): (1) una comunicación rica y plena, y (2) la vara. Por supuesto, criar a los hijos siguiendo la "instrucción" del Señor implica dar prioridad al diálogo sobre el uso de la vara. Considero que ambos enfoques deben ir de la mano a la hora de criar a los hijos. Si bien es importante priorizar la comunicación, también creo que si los hijos se niegan a escuchar, cometen una falta, no muestran remordimiento y persisten en la desobediencia, los padres deben disciplinarlos usando la vara. Esto se basa en Hebreos 12:6: «El Señor disciplina a los que ama y azota a todo hijo que recibe». Considérese también Proverbios 13:24: «El que escatima la vara odia a su hijo, pero el que ama a su hijo se esmera en disciplinarlo». Estas Escrituras nos enseñan que debemos disciplinar fielmente a los hijos que amamos.

En la segunda parte de Proverbios 26:3, la Biblia afirma: «...y vara para las espaldas de los necios». De igual manera, la segunda parte de Proverbios 10:13 dice: «...y vara para las espaldas del falto de entendimiento». ¿Qué significa esto? Significa que Dios gobierna a los arrogantes y obstinados —aquellos caracterizados como «necios»— mediante el castigo y la calamidad (Park Yun-sun). ¿Por qué, entonces, habla la Biblia de una vara para la espalda del necio? Una razón es que «los necios son arrogantes». Considere Proverbios 14:3: «En la boca del necio hay vara de soberbia; mas los labios de los sabios los protegerán». Otra razón es que la vara de la disciplina es necesaria para corregir las acciones insensatas del necio. Observe Proverbios 22:15: «La necedad está ligada al corazón del niño, pero la vara de la disciplina la alejará» [(Versión coreana contemporánea) «Los niños son propensos a conductas insensatas, pero la vara de la disciplina puede corregir esto»]. La Biblia enseña que el necio debe ser disciplinado con vara para salvar su alma de la muerte (el Seol, la tumba). Observe Proverbios 23:13–14: «No rehúses disciplinar al niño; si lo golpeas con vara, no morirá. Si lo golpeas con la vara, salvarás su alma del Seol». Estos versículos nos

muestran que los necios necesitan disciplina, ya sea mediante un palo o una vara. Este principio se aplica no solo a la relación entre padres e hijos, sino también a la relación entre Dios Padre y nosotros, Sus hijos. Observe el Salmo 89:32: «Castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades». Al meditar en esto, recordé Isaías 10:5, donde Dios utilizó a la nación de Asiria como la «vara de su furor» y el «báculo» en su mano para disciplinar al pueblo pecador del Reino del Norte de Israel. También recordé el relato de Jeremías 50–52, donde Dios utilizó a Babilonia como la vara de su ira para disciplinar al Reino del Sur de Judá. Sin embargo, a fin de cuentas, debido a que Asiria y Babilonia se volvieron insensatas y soberbias ante Dios (Isa. 10:12–16, 14:24–25; Jer. 50:29), Dios quebró esas varas y las castigó. Amados, cuando insensatamente cometemos pecados y no confesamos, nos arrepentimos ni nos volvemos a Él, Dios alza la vara del amor para disciplinarnos. Mediante esto, Él aleja nuestra insensatez (Proverbios 22:15), nos humilla (14:3) y nos otorga sabiduría (29:15). Miren Proverbios 29:15: «La vara y la reprensión dan sabiduría, pero el muchacho dejado a su aire avergüenza a su madre». Por tanto, cuando recibimos la disciplina de Dios, no debemos desanimarnos (Hebreos 12:5). Al contrario, debemos dar gracias a Dios. La razón es que Dios nos disciplina porque nos ama (v. 6) y nos trata como a sus hijos (v. 7). Además, nos disciplina para nuestro propio bien (v. 10). Aunque la disciplina pueda parecer dolorosa en el momento, a la larga conduce a nuestro refinamiento (v. 11).

En cuarto lugar, no debemos responder al necio conforme a su necedad.

Amados, ¿alguna vez han conversado con alguien orgulloso y obstinado? Si no lo han hecho, los invito a considerarlo. ¿Creen que podrían comunicarse verdaderamente con una persona así? En mi opinión, no sería posible mantener una conversación significativa. En particular, siento que si ofreciera un consejo sensato —o incluso una reprensión amorosa— a alguien con un corazón orgulloso y obstinado, no me escucharía; más bien, es probable que se enojara. ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué parece imposible tener una conversación significativa con alguien orgulloso y obstinado? La razón es que la persona necia, con un corazón orgulloso y obstinado, cree que su propio camino es el correcto (Proverbios 12:15).

En otras palabras, como se consideran sabios (26:12), no aceptan la instrucción (10:8). Por el contrario, el necio desprecia la sabiduría y la disciplina (1:7). De hecho, al examinarme a mí mismo, noto que cuando actúo con insensatez y mi corazón se vuelve orgulloso y obstinado, no escucho bien a nadie. En esos momentos, llego a ignorar incluso las palabras de mentores espirituales a quienes respeto profundamente. Asimismo, hay ocasiones en las que evito hablar con alguien que cree tener la razón —convencido de que sus acciones son correctas— porque siento que, aunque compartiera algo bíblicamente sólido, simplemente no escucharía. ¿Qué dice la Biblia que debemos hacer en tales situaciones?

No debemos responder al necio conforme a su necedad. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 26:4-5: «Nunca respondas al necio de acuerdo con su necedad, para que no seas tú también como él. Responde al necio como merece su necedad, para que no se estime sabio en su propia opinión». A primera vista, parece que el autor de Proverbios hace afirmaciones contradictorias en estos dos versículos. En otras palabras, el versículo 4 nos dice que no respondamos al necio conforme a su necedad, mientras que el versículo 5 nos instruye a responderle conforme a ella; por tanto, las declaraciones parecen contradecirse. Sin embargo, en realidad estos versículos nos enseñan dos enfoques sabios para tratar con un necio.

(1) El silencio.

Cuando un necio nos habla, guardar silencio en lugar de responder puede ser la acción más sabia. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 26:4: «Nunca respondas al necio de acuerdo con su necedad, para que no seas tú también como él». ¿Cómo debemos responder si alguien pronuncia palabras que distorsionan la verdad? Si la otra persona está convencida —incluso segura— de que sus palabras distorsionadas son la verdad, ¿cómo debemos reaccionar? Si dijéramos: «Sí, tienes razón», estaríamos respondiendo de una manera que se alinea con su insensatez; simplemente estaríamos participando en su necedad. Por otro lado, si refutáramos sus palabras distorsionadas diciendo: «No, estás

equivocado», ¿cómo reaccionaría el necio? ¿No se enfadaría? ¿Sería posible una comunicación real? Por eso la Biblia dice: «Nunca respondas al necio de acuerdo con su necedad» (versículo 4). En tales momentos, el silencio es la respuesta sabia.

(2) Cuando una persona necia habla desde la ignorancia, debemos responder e instruirla por el bien de la salvación de su alma.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 26:5: «Responde al necio conforme a su necedad, para que no se estime sabio en su propia opinión». ¿Qué sucede si, en lugar de guardar silencio cuando un necio habla neciamente, respondemos abordando su necedad? La Biblia nos dice que tal persona se considera sabia. Este es precisamente el grave problema del necio: se ve a sí mismo como sabio (versículo 5). Esto es el colmo de la ignorancia y una prueba de que su alma está profundamente oscurecida. Debemos sentir compasión por el alma oscurecida de esa persona y, deseando su salvación, enseñarle las palabras del Señor, quien es la Luz. En Juan 18:19–24, vemos que Jesús pronunció las «palabras adecuadas» ante el Sumo Sacerdote, quien estaba espiritualmente ignorante y en tinieblas (versículo 23). En ese momento, un «oficial» que estaba cerca de Jesús le golpeó con la mano (versículo 22). Al decir la verdad al Sumo Sacerdote —espiritualmente ignorante y sumido en tinieblas—, Jesús recibió una bofetada en la mejilla por parte de un guardia que estaba allí cerca (versículo 23, *Versión Coreana Contemporánea*). Por tanto, nosotros, como discípulos de Jesús, también debemos pronunciar las «palabras adecuadas» ante las personas necias que viven en la ignorancia y en la oscuridad espiritual. Debemos decir estas palabras correctas —escuchen o no— movidos por la compasión hacia sus almas y el deseo de su salvación. Hoy, al reflexionar sobre la necesidad tanto de guardar silencio ante los necios como de ofrecer instrucción mediante palabras veraces, recordé la respuesta de Jesús cuando los sumos sacerdotes y todo el Consejo buscaban falso testimonio para condenarlo a muerte. Aunque muchos presentaron acusaciones falsas sin hallar pruebas sustanciales, finalmente dos hombres testificaron: «Este hombre afirmó que podía derribar el templo de Dios y reconstruirlo en tres días» (Mateo 26:59–61). Entonces, el sumo

sacerdote se puso en pie y preguntó: «¿Por qué no respondes a estas acusaciones?» (v. 62). La respuesta de Jesús fue simplemente el silencio (v. 63). No fue solo en aquel momento; Cuando los sumos sacerdotes y los ancianos acusaron a Jesús ante el gobernador Pilato, Él nuevamente «no respondió nada» (27:12). Pilato le preguntó: «¿No oyes el testimonio que presentan contra ti?» (v. 13); sin embargo, Jesús «no respondió ni una sola palabra» (v. 14). Así, Jesús respondió con silencio ante los insensatos sumos sacerdotes y ancianos que levantaban falso testimonio contra Él. Esta respuesta ya había sido profetizada por Isaías en Isaías 53:7: «Guardó silencio mientras era oprimido; no abrió su boca, como cordero llevado al matadero o como oveja muda ante sus esquiladores». Luego, cuando el sumo sacerdote le preguntó a Jesús: «Dinos si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios» (Mateo 26:63), Jesús respondió: «Tú lo has dicho. Pero les digo que, de ahora en adelante, verán al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo» (versículo 64). Al declarar ante el insensato sumo sacerdote que Él era el Cristo, el Hijo de Dios, Jesús enseñó que se sentaría a la diestra del Dios Todopoderoso y regresaría montado sobre las nubes del cielo. En ese momento, el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras y declaró que Jesús había blasfemado (v. 65). Entonces, todo el concilio gritó que Jesús merecía la pena de muerte (v. 66). Los sumos sacerdotes y ancianos que acusaron a Jesús ante el gobernador Pilato llegaron incluso a exigir que fuera crucificado (27:22, 23). Pilato entonces hizo azotar a Jesús y lo entregó para ser crucificado (v. 26), y tras sufrir, Jesús murió en la cruz (v. 35). Espero que nosotros también podamos aprender a guardar silencio cuando sea apropiado y a hablar cuando sea necesario, tal como lo hizo Jesús. En particular, no debemos participar en la insensatez de una persona necia guardando silencio de una manera que valide su necedad; por el contrario, movidos por compasión hacia su alma, debemos compartir el Evangelio de Jesucristo para llevarla a la salvación. Oro para que todos seamos capaces de hacer esto.

En quinto lugar, no debemos compartir noticias con un necio. Es probable que haya visto imágenes en televisión de soldados que perdieron las piernas —a menudo a causa de bombas— durante las guerras de Irak o Afganistán. Una escena inolvidable que presencié

mostraba a la persona que entrenaba a estos soldados de manera individual, ayudándolos finalmente a conquistar una montaña de gran altura (aunque he olvidado su nombre). Me sentí maravillado y profundamente conmovido al ver las entrevistas con los seis o siete soldados —algunos a los que les faltaba una pierna y a otros ambas— que habían participado en ese programa de entrenamiento utilizando prótesis. Me quedé asombrado al darme cuenta de que incluso alguien como yo, con dos piernas sanas, probablemente sería incapaz de conquistar una montaña tan alta en un clima tan frío; y, sin embargo, ellos lo lograron... Me hizo preguntarme si realmente era posible hacer tales cosas llevando una pierna ortopédica. Al ver las entrevistas con esos soldados, sentí que la persona a cargo de ese programa de entrenamiento realizaba una labor verdaderamente noble. Resultaba alentador ver a esta persona ayudar a soldados —que fácilmente podrían haber caído en la desesperación tras perder sus extremidades o someterse a amputaciones— a fortalecerse física y mentalmente y a encontrar una nueva esperanza. Como sabemos, estos soldados fueron enviados por el ejército de los Estados Unidos a combatir en Irak o Afganistán, donde sufrieron heridas que obligaron a la amputación de sus piernas; un desenlace que ninguno de ellos deseaba. Ninguno de ellos eligió que le cortaran la pierna; más bien, perdieron sus extremidades o requirieron la amputación como consecuencia de luchar fielmente como soldados estadounidenses.

En el pasaje de hoy, Proverbios 26:6, la Biblia afirma que "enviar un mensaje por mano de un necio" es como "cortarse los propios pies". ¿Quién querría cortarse sus propios pies? Si alguien hiciera tal cosa, ¿consideraríamos que está en su sano juicio? A menos que alguien hubiera perdido la cordura, ¿quién se amputaría voluntariamente los pies? Sin embargo, la Biblia nos dice que enviar un mensaje a través de un necio equivale a cortarse los propios pies (Proverbios 26:6). ¿Qué significa esto? ¿Por qué dice esto la Biblia? Piense en lo siguiente: ¿qué sucedería si nos cortáramos los propios pies? ¿Podríamos caminar correctamente? Por supuesto que no. Piénselo de esta manera: si un cartero que reparte el correo a pie... Si un mensajero no tuviera más remedio que entregar un mensaje usando una sola pierna, ¿podría completar la entrega adecuadamente solo con esa pierna, y sin una

prótesis? La Biblia nos dice que enviar un mensaje a través de un necio es exactamente así. Es más, la *Versión Coreana Contemporánea* de la Biblia describe el hecho de enviar un mensaje por medio de un necio —específicamente en la segunda parte de Proverbios 26:6— como algo equiparable a «beber veneno uno mismo». ¿Qué sucede si uno bebe veneno? Muere, ¿verdad? ¿Acaso beber veneno no es un acto de autodestrucción? La Biblia enseña que enviar un mensaje a través de un necio es exactamente así.

¿Quién te viene a la mente al pensar en una persona insensata de la Biblia que comunicó noticias que condujeron a su propio daño y autodestrucción? Me acuerdo del hombre que informó a David sobre la muerte del rey Saúl y de su hijo Jonatán. El capítulo 1 de 2 Samuel describe una escena en la que un hombre amalecita (versículo 8), proveniente del campamento de Saúl (Israel), se acerca a David, se postra hasta tocar el suelo (versículo 2) y comunica la noticia: «Saúl y su hijo Jonatán han muerto» (versículo 4). Entonces David pregunta al joven: «¿Cómo sabes que Saúl y su hijo Jonatán han muerto?» (versículo 5). El joven responde que, en el monte Gilboa (versículo 6), Saúl le había dicho: «Mátame» (versículo 9); al darse cuenta de que el rey Saúl no sobreviviría, lo mató, le quitó la corona de la cabeza y el brazalete del brazo, y se los llevó a David (versículo 10). Al oír esto, David rasgó sus vestidos e hizo duelo, lloró y ayunó hasta el atardecer, porque Saúl, Jonatán, el pueblo de Dios y la casa de Israel habían caído a espada (versículos 11-12). Después, pregunta al amalecita que «trajo la noticia»: «¿Por qué no tuviste miedo de alzar tu mano para matar al ungido del Señor?» (versículo 14), y ordena a uno de sus jóvenes que ejecute al amalecita. En consecuencia, el joven amalecita es condenado a muerte (versículo 15). ¿Qué opinas de este joven amalecita que tuvo tal final? ¿Qué piensas de aquel amalecita extranjero —el hombre que, sin temor a matar al rey Saúl, el ungido de Dios, le dio muerte, tomó la corona de su cabeza y el brazalete de su brazo, y se los llevó a David junto con la noticia de sus muertes? ¿No te parece verdaderamente insensato? Quizás, desde su perspectiva, imaginó que David se alegraría al saber que el rey Saúl y su hijo Jonatán habían muerto y al ver la corona real y el brazalete ante él. Además, el hecho de que llevara estas insignias reales a David sugiere que tal vez reconocía a David como el próximo rey de Israel

y que, posiblemente, incluso esperaba una recompensa. Una cosa es segura: el amalecita llevó a David una noticia que, a la larga, provocaría su propia ruina y muerte.

El capítulo 4 de 2 Samuel presenta a otros hombres insensatos que comunicaron noticias que condujeron a su propio daño y destrucción. Se trataba de Recab y Baana, hijos de Rimón el beerotita, quienes mataron a Is-boset —el cuarto hijo de Saúl—, lo decapitaron y llevaron su cabeza ante David (versículo 5). Fingiendo ir a buscar trigo, Recab y su hermano Baana entraron en la casa de Is-boset, lo mataron mientras dormía la siesta en su cama y le cortaron la cabeza (versículos 5-7). Huyeron durante toda la noche por el camino del Arabá (v. 6) y llegaron a Hebrón, donde presentaron la cabeza de Is-boset al rey David diciendo: «Aquí está la cabeza de Is-boset, hijo de Saúl, tu enemigo que atentaba contra tu vida. Hoy el SEÑOR ha vengado a nuestro señor el rey de Saúl y de su descendencia» (v. 8). ¿Cuál fue la respuesta del rey David? «…Tan cierto como que vive el SEÑOR, que me ha librado de toda angustia: cuando alguien me dijo: "Mira, Saúl ha muerto", creyendo que traía buenas noticias, lo apresé y lo maté en Siclag; esa fue la recompensa que le di por su noticia. ¡Cuánto más ahora, cuando hombres malvados han matado a un inocente en su propia casa y en su cama! ¿Acaso no debería reclamar su sangre de sus manos y librar a la tierra de ustedes?» (vv. 9-11). Ordenó a los jóvenes que los ejecutaran; ellos los mataron, les cortaron las manos y los pies, y colgaron los cuerpos junto al estanque de Hebrón (v. 12). Este fue el destino de Recab y su hermano Baana: hombres insensatos que creyeron erróneamente que llevaban buenas noticias al rey David. Ellos mismos habían cavado su propia tumba. Sin darse cuenta de que aquello les causaría daño y los llevaría a su propia destrucción, habían comunicado la noticia al rey David, pensando equivocadamente que se trataba de un buen informe. Mientras meditaba en este pasaje, me surgió un pensamiento: "¿Qué sucedería si la iglesia enviara al mundo a personas insensatas para proclamar el Evangelio —las Buenas Nuevas de Jesucristo—?". ¿Qué opinan ustedes? ¿Beneficiaría realmente hacerlo a la Iglesia de Cristo, o causaría daño —incluso un daño autoinfligido—? ¿No causaría acaso daño? En cierto sentido, creo que la Iglesia de Cristo está cometiendo actualmente un acto de insensatez que la perjudica a sí misma. Es decir, en lugar de salir al

mundo para servir como sal y luz, los cristianos nos estamos dejando influir por un mundo tenebroso y pecando contra Dios; como sal que ha perdido su sabor, no logramos demostrar el poder y la influencia del Evangelio. Salir a proclamar el Evangelio —las Buenas Nuevas de Jesucristo— estando en este estado inevitablemente causa daño a la iglesia. ¿Cuál es la causa? Sencillamente, que nos hemos vuelto torpes e insensatos. ¿Cómo lo sabemos? Miremos el Salmo 19:7: "La ley del Señor es perfecta, que restaura el alma; el testimonio del Señor es fiel, que hace sabio al sencillo". La prueba de que nos hemos vuelto insensatos es que, aunque deberíamos crecer en sabiduría amando, escuchando, aprendiendo y meditando día y noche en la Palabra de Dios —que es fiel y perfecta—, no lo estamos haciendo. En otras palabras, la prueba de nuestra insensatez es que no amamos la Palabra de Dios ni meditamos en ella día y noche. Hermanos y hermanas, debemos amar y valorar la Palabra de Dios y meditar en ella día y noche. Al hacerlo, debemos pedir a Dios con fe que nos conceda sabiduría. Armados con la sabiduría que Dios provee, debemos salir al mundo y proclamar el Evangelio: las Buenas Nuevas de Jesucristo. Respecto a los pies de aquellos que salen sabiamente al mundo para proclamar el Evangelio, Romanos 10:15 dice: "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian buenas nuevas!".

En sexto lugar, un proverbio pronunciado por un insensato carece de poder y resulta peligroso. ¿Quién es el personaje bíblico conocido por ser lisiado de ambas piernas? Es Mefiboset, hijo de Jonatán y nieto de Saúl, quien aparece en el capítulo 9 de 2 Samuel, en el Antiguo Testamento. Fue David quien extendió gracia a Mefiboset (versículos 1 y 7). ¿Cómo mostró David esta gracia? Le restituyó todas las tierras que habían pertenecido a su abuelo Saúl y dispuso que comiera regularmente en la propia mesa del rey (versículos 7, 11 y 13). En otras palabras, David permitió que Mefiboset —hijo de Jonatán, quien era lisiado de ambos pies— comiera a su mesa tal como lo hacía uno de los propios hijos del rey (versículos 11 y 13). Durante mucho tiempo, leí este pasaje sin comprender plenamente la magnitud de la gracia que David mostró al permitir que el lisiado Mefiboset comiera a su mesa como un príncipe. Sin embargo, comencé a entenderlo mejor cuando medité en ello junto con la última parte de 2 Samuel 5:8: «Aquel día David había dicho: "Cualquiera que

conquiste a los jebuseos tendrá que usar el conducto de agua para llegar hasta aquellos 'lisiados y ciegos' que David tanto aborrece". Por eso se dice: "Los 'ciegos y lisiados' no entrarán en el palacio"». Claramente, este pasaje revela que David albergaba odio hacia «los lisiados y los ciegos»; no obstante, permitió que Mefiboset —que era lisiado de ambos pies— comiera «siempre a la mesa del rey», tal como «uno de los hijos del rey» (9:11; 13). Esto demuestra la inmensa gracia que David extendió a Mefiboset. Entonces, ¿por qué mostró David tanta bondad hacia Mefiboset, quien era lisiado de ambos pies? Por supuesto, Jonatán había amado a David como a su propia alma y había hecho un pacto con él (1 Samuel 18:3; 20:16-17); Además, dado que el amor de Jonatán por David era «maravilloso, más maravilloso que el amor de las mujeres» (2 Samuel 1:26), David mostró bondad hacia Mefiboset, el hijo de Jonatán, impulsado por el deseo de honrar fielmente el pacto que había establecido con Jonatán. Sin embargo, al meditar en el pasaje de 2 Samuel 7 sobre el pacto que Dios estableció con David, me llamó la atención que la razón última por la que David mostró bondad a Mefiboset era que él mismo ya había recibido —y tenía la promesa de recibir en el futuro— la «grande» (v. 21) bondad (v. 15) que Dios había otorgado mediante el pacto establecido con él (el pacto davídico; vv. 8-9).

En el pasaje de hoy, Proverbios 26:7, el autor afirma: «Como las piernas del cojo que cuelgan inútilmente…». Una traducción moderna lo expresa así: «Es tan inútil como las piernas que cuelgan sin fuerza de una persona coja». Al meditar en este versículo, ¿no le recuerda al versículo 6, que analizamos anteriormente? En aquel versículo, el autor señalaba que enviar un mensaje a través de un necio es como cortarse los propios pies. Una persona en su sano juicio jamás se cortaría los pies; si alguien cometiera tal acto atroz sin estar en sus cabales, inevitablemente perdería la capacidad de caminar correctamente. Del mismo modo, confiar un mensaje a un necio es un acto carente de buen juicio —un error terrible— que garantiza que el mensaje no se transmita eficazmente. A continuación, el autor declara en el versículo 7: «Como las piernas del cojo que cuelgan inútilmente, así es un proverbio en boca de un necio».

Dígame, ¿tienen alguna utilidad las piernas que cuelgan sin fuerza de una persona coja? ¿Pueden esas piernas débiles y sin vigor servir para caminar o correr? La idea central que plantea el autor es esta: así como esas piernas colgantes e inútiles no sirven para nada, también resulta totalmente inútil un proverbio —definido como «palabras de instrucción y amonestación»— pronunciado por un necio. ¿Por qué es inútil el proverbio en boca de un necio? Sencillamente porque es una necedad. Piénselo bien: ¿no resulta algo absurdo que un necio pronuncie un proverbio? ¿Qué clase de palabras de instrucción y amonestación saldrían de la boca de un necio? ¿Serían sabias? Considero que carece de todo sentido que una persona necia —que no reconoce su propia insensatez pero se cree sabia— intente instruir o amonestar a otros. Si un necio, que no sabe cuándo, dónde ni cómo aplicar un proverbio a su propia vida, intenta enseñárselo a otra persona, ¿puede ese proverbio tener realmente algún poder o utilidad? Un proverbio pronunciado por un necio —que no lo aplica a sí mismo— carece inevitablemente de poder y resulta inútil. ¿No le parece? Por el contrario, cuando una persona sabia comparte un proverbio con nosotros tras haberlo aplicado a su propia vida, ese proverbio se vuelve verdaderamente beneficioso y valioso para nosotros. En el pasaje de hoy, Proverbios 26:9, el autor habla una vez más sobre «un proverbio en boca de un necio». Afirma: «Como una rama espinosa en la mano de un borracho es un proverbio en boca de un necio». Imagínese a una persona ebria sosteniendo una rama espinosa en la mano. ¿Qué le viene a la mente? Dicho de otro modo, ¿qué pasaría si esa persona ebria sostuviera un cuchillo? Lo consideraría peligroso, ¿verdad? Además, una persona ebria que sostiene una rama espinosa podría tropezar y pincharse con las espinas; y el pinchazo de una espina es doloroso, ¿no es así? Del mismo modo, un proverbio en boca de un necio causa dolor —no solo al propio necio, sino también a quienes lo escuchan— y representa un peligro. Esto se debe a que el necio es propenso a aplicar mal o distorsionar el proverbio (MacDonald).

Parece haber demasiados cristianos hoy en día que distorsionan la Palabra de Dios o que la malinterpretan y la aplican erróneamente. Da la impresión de que, entre aquellos profundamente interesados en los asuntos espirituales y que buscan sinceramente la

Palabra, hay muchos que la malinterpretan, la aplican mal y la distorsionan, causando así un daño fatal a su propia vida espiritual. Lo que resulta especialmente preocupante es que estas personas a menudo expresan sus enseñanzas distorsionadas a otros, infligiendo un daño similar y devastador en la vida espiritual de quienes les rodean. Por tanto, debemos permanecer espiritualmente alerta. Necesitamos poseer sensibilidad espiritual y agudizarla aún más mediante la Palabra y la oración. Así, debemos ejercer el discernimiento espiritual para distinguir entre los proverbios de los necios y los proverbios de los sabios. Y, como dice Proverbios 13:20, debemos «andar con los sabios» (Versión Coreana Contemporánea). Solo entonces adquirimos sabiduría.

«Da instrucción al sabio, y será más sabio;
enseña al justo, y aumentará su saber» (9:9).

En séptimo lugar, no se debe contratar a un necio.

Como probablemente sepa, el tiro con arco coreano es mundialmente reconocido por su excelencia. En particular, el equipo femenino de tiro con arco arrasó con las medallas de oro, tanto en las pruebas individuales como en las de equipo, desde los Juegos Olímpicos de 1984 hasta los de 2004. El nivel de destreza de los arqueros coreanos es tal que, en varios Juegos Olímpicos, las flechas que dispararon llegaron a destrozar las cámaras instaladas justo en el centro de la diana. ¿Qué sucedería si una persona con tal habilidad disparara flechas indiscriminadamente contra los transeúntes?

En el pasaje de hoy, Proverbios 26:10, el autor compara a quien contrata a un necio —o a un transeúnte cualquiera— con un arquero que dispara flechas al azar, hiriendo a la gente. La idea central es que contratar a un necio —o simplemente a alguien que pasaba por allí— puede resultar desastroso. Al fin y al cabo, si un arquero disparara flechas indiscriminadamente, ¿quién querría ser alcanzado? Naturalmente, cualquiera intentaría esquivarlas para evitar lesiones. Esto ilustra lo peligroso que es contratar a un necio. Como

vimos en el versículo 6, confiar un mensaje a un necio es tan autodestructivo como cortarse los propios pies o beber veneno. Enviar un mensaje a través de un necio o contratar a uno causa un daño fatal a quien lo hace. Por eso, cuando una organización busca contratar a alguien, exige a los candidatos que presenten un currículum. El responsable de contratación revisa entonces la solicitud y el currículum para decidir si contrata o no a esa persona. Lo mismo ocurre en la iglesia. Cuando se presenta un currículum, la junta de la iglesia o un comité de selección lo revisa y, si hay interés, realiza una entrevista. ¿Por qué hacen esto? Porque incorporar a la persona equivocada a la iglesia puede causar un daño considerable. Aún recuerdo un incidente de hace unos años, cuando varios ancianos de una iglesia del Este nos visitaron. Un pastor conocido mío —que vivía aquí, en el sur de California— había solicitado el puesto de pastor principal en su iglesia, y aquellos ancianos viajaron desde la Costa Este expresamente para reunirse conmigo y pedir referencias sobre él. Ese es el nivel de cuidado y escrutinio que ejercen algunas iglesias al llamar a un pastor. Ahora bien, ¿se imagina un escenario en el que un comité de selección de una iglesia, buscando un pastor principal, simplemente llamara a un transeúnte cualquiera de la calle para que sirviera como líder de la congregación? Si eso sucediera, ¿qué sería de la iglesia? ¿No se convertiría en un caos absoluto?

Hace poco retomé una meditación que escribí en marzo de 2011 titulada «Una familia disfuncional, una iglesia disfuncional», basada en Jueces 17:1-2 y 18:19. La «familia disfuncional» a la que se hace referencia aquí es el hogar de un hombre llamado Micaía. En cuanto a la «iglesia disfuncional», elegí ese título pensando en la tribu de Dan, una tribu disfuncional. Describí a la familia de Micaía como disfuncional porque, aunque su hijo le había robado 1100 piezas de plata y se las había devuelto por temor a una maldición, su madre —actuando totalmente según sus propios caprichos— lo bendijo, deseando que recibiera una bendición del Señor (17:2). ¿Cómo podía una madre desear la bendición de Dios para un hijo que le había robado, en lugar de exigirle cuentas? Su comportamiento resulta desconcertante. Aún más incomprensible es que, si bien afirmaba dedicar al Señor la plata recuperada, llevó 200 piezas a un platero para que tallara y fundiera un ídolo, el cual

luego entregó a su hijo (3-4). Sus acciones son verdaderamente absurdas. ¿Y qué decir de Micaía? Él conservó ese ídolo, recibido de su madre, en su propia casa (4). Sorprendentemente, Micaía —quien había recibido la bendición de su madre: «Bendito seas del Señor, hijo mío»— llegó incluso a tener un santuario (una casa de dioses) (5). Tanto la madre como el hijo actuaron totalmente conforme a sus propios deseos. Si esto no es una familia disfuncional, ¿qué lo es? También existe una razón por la que consideré a la tribu de Dan como una tribu disfuncional. Micaía había fabricado y conservado arbitrariamente un efod —una vestidura propia del sumo sacerdote—, así como un ídolo conocido como *terafim* (5). Sin embargo, cuando un joven levita (v. 7) de Belén de Judá llegó a la casa de Micaía, en la región montañosa de Efraín (v. 8), buscando dónde alojarse, Micaía prometió darle «diez siclos de plata, un vestido y comida cada año», nombrando así al joven levita como su propio «padre y sacerdote» (v. 10). Entonces Micaía declaró: «Ahora sé que el SEÑOR me bendecirá», creyendo que tener a un levita como sacerdote se lo garantizaba (v. 13). Mientras tanto, la tribu de Dan buscaba reclamar la tierra de Lais (18:7) como su heredad y envió a cinco hombres valientes de entre sus filas para reconocer el territorio. Tras inspeccionar la tierra, regresaron, reunieron a seiscientos hombres de Dan, volvieron a la casa de Micaía (vv. 13, 15) y entraron en ella (v. 17). Se apoderaron de la imagen tallada, el efod, los ídolos domésticos y la imagen de fundición de Micaía (v. 17), y luego le dijeron al joven levita: «Ven con nosotros y sé nuestro padre y sacerdote. ¿Qué es mejor: ser sacerdote de la casa de un solo hombre o ser sacerdote de una tribu y un clan en Israel?» (v. 19). El sacerdote levita se alegró en su corazón, tomó el efod, los ídolos domésticos y la imagen tallada, y se unió a la gente de la tribu de Dan (v. 20). En consecuencia, la tribu de Dan terminó adorando ídolos. Era una tribu en total desorden.

No puedo evitar pensar que esto refleja la situación de muchas iglesias hoy en día. El problema radica, ante todo, en nosotros, los pastores. Considero que el hecho de que personas no cualificadas se conviertan en pastores es un problema grave. Al analizar por qué sucede esto, veo un problema en que los seminarios acepten candidatos sin una evaluación adecuada. Aún más grave, en mi opinión, es la existencia de «seminarios

fantasma»: instituciones no acreditadas o ilegítimas. Me pregunto si tales seminarios, ante la presión financiera para mantener sus operaciones, están admitiendo a personas que carecen totalmente de la cualificación necesaria. El rey Jeroboam, del reino del norte de Israel, hizo exactamente esto: nombró sacerdotes para los lugares altos a gente común; cualquiera que se ofreciera voluntariamente era constituido sacerdote (1 Reyes 13:33). Del mismo modo, me preocupa que muchos seminarios actuales admitan a cualquiera que solicite el ingreso —tras un examen superficial—, permitiéndoles cursar estudios teológicos. En el pasaje de hoy, Proverbios 26:10, la Biblia afirma: «Quien contrata a un necio o a un transeúnte es como un arquero que dispara flechas indiscriminadamente, hiriendo a la gente» (Versión Coreana Contemporánea). ¿Qué significa esto? Significa que cualquiera que contrate a un necio o a un transeúnte cualquiera inevitablemente causa daño a los demás. El autor de Proverbios compara a tal persona con «un arquero que dispara flechas indiscriminadamente, hiriendo a la gente». Esto ilustra cuán desastroso resulta contratar a cualquiera —como a un necio— sin verificar sus cualificaciones (Park Yun-sun). Si los altos cargos de una empresa contrataran a necios o a transeúntes al azar, ¿qué sería de esa empresa? ¿Y qué sería de las personas que trabajan allí? Del mismo modo, si el comité de selección de una iglesia llamara a un pastor necio para ocupar el cargo de pastor principal, ¿qué sucedería con esa iglesia y su congregación? Basándose en Proverbios 26:6–10, el Dr. Park Yun-sun identificó cuatro características de un «ministro necio»: (1) Un ministro necio es aquel que no conoce a Dios (Salmo 14:1). Por tanto, el ministro necio que no conoce a Dios no recibe inspiración divina y depende únicamente de un conocimiento humano y mecánico. (2) Un ministro necio toma el pecado a la ligera (Proverbios 14:9). Dado que considera el pecado con tanta indiferencia, no se resiste a él hasta el punto de derramar sangre (Hebreos 12:4). (3) A un ministro necio le desagrada recibir reprensión (1:20–33). Mientras que la Biblia valora la reprensión, el ministro necio no lo hace (cf. 27:5–6). (4) Un ministro necio no se prepara para el alma ni para la vida venidera (Lucas 12:16–21). Su esperanza en Cristo se limita únicamente a esta vida (1 Corintios 15:19). Proverbios afirma repetidamente que tales individuos necios están sujetos a disciplina: «Preparados están juicios para los escarnecedores, y azotes para las espaldas de los necios» (Proverbios 19:29);

«El látigo para el caballo, el freno para el asno, y la vara para la espalda de los necios» (26:3). Se informa que Mark Zuckerberg, director ejecutivo de Facebook, reveló un principio único que sigue al contratar empleados: «Solo contrataré a alguien para que trabaje directamente para mí». Explicó además: «Lo más importante es mantener el equipo lo más reducido posible», señalando que «Facebook presta servicio a miles de millones de personas en todo el mundo y, sin embargo, nuestro equipo cuenta con menos de 10.000 integrantes». Destacó que «esto es posible gracias a la tecnología moderna» y comentó que «las grandes empresas tienden a volverse excesivamente voluminosas» (Internet). Si usted fuera empleador, ¿cómo aplicaría las palabras de Proverbios 26:10 al contratar a alguien? He considerado dos puntos: (1) Debemos examinar a los candidatos de la manera más exhaustiva posible. Incluso si un candidato llega por recomendación —o si conocemos bien a la persona que hace la recomendación—, debemos examinar y evaluar cuidadosamente al aspirante por nuestra propia cuenta. (2) No debemos contratar a insensatos; por el contrario, debemos contratar a personas sabias. Hemos de emplear a quienes temen a Dios, obedecen Su Palabra y poseen un carácter veraz y fiel.

En octavo lugar, el necio repite sus acciones insensatas.

¿Alguna vez ha visto a un perro comerse su propio vómito? ¿Acaso el simple hecho de pensarlo no le provoca cierto rechazo? Aunque no recuerdo haber visto nunca a un perro comerse su propio vómito, sí he visto a uno comer excrementos. ¿No le produce náuseas tan solo imaginarlo? Al visualizar a un perro haciendo tales cosas, ¿no le parece un animal verdaderamente necio? Del mismo modo, ¡qué necios debemos parecer ante los ojos de Dios cuando nosotros, los seres humanos, cometemos actos insensatos una y otra vez! Los israelitas, en los libros de Éxodo y Jueces del Antiguo Testamento, son un ejemplo de ello. Una y otra vez murmuraban contra Moisés —el líder designado por Dios— e incluso contra Dios mismo, al tiempo que desobedecían Su palabra. ¡Qué necios parecen los israelitas —no solo ante Dios, sino también ante nosotros— al cometer tales pecados repetidamente! Sin embargo, ¿no cree que esto refleja nuestro propio comportamiento?

En el pasaje de hoy, Proverbios 26:11, la Biblia afirma: «Como el perro vuelve a su vómito, así el necio repite su necedad». El Dr. Park Yun-sun explicó dos razones por las que el autor de Proverbios compara al necio con un perro:

(1) El «necio» aquí no se refiere a alguien simplemente «simple» o «infantil» en el sentido común, sino a alguien que «hace del pecado una práctica habitual».
En otras palabras, el necio descrito en este pasaje es una persona que no siente ningún remordimiento de conciencia al pecar. A menudo nos referimos a tal persona como alguien cuya conciencia está paralizada. 1 Timoteo 4:2 afirma —en la Versión Revisada Coreana— que su conciencia ha sido «cauterizada» (marcada con un hierro candente), mientras que la *Biblia para la Gente Moderna* traduce esto como una conciencia «paralizada». Entonces, ¿quiénes tienen, según la Biblia, la conciencia paralizada? Los identifica como «mentirosos cuya conciencia ha sido cauterizada» (o «hipócritas que mienten») (versículo 2). Tal persona necia no ve problema alguno en la impureza; en ese aspecto, es como un perro. Jesús dijo: «No den lo santo a los perros» (Mateo 7:6), dando a entender que los perros no reconocen el valor de las cosas santas.

(2) Una «persona necia» se refiere a alguien que es «de corazón endurecido, que se niega a apartarse del pecado y continúa cometiéndolo».

En otras palabras, una persona necia es aquella que no se arrepiente. Un ejemplo claro es el Faraón, rey de Egipto en el libro del Éxodo del Antiguo Testamento. Aunque se enfrentó a diez plagas y en ocasiones pareció arrepentirse, nunca lo hizo verdaderamente; por el contrario, endureció repetidamente su propio corazón. La Biblia afirma que tal persona necia —que endurece su corazón, se niega a abandonar el pecado y sigue repitiendo las mismas ofensas sin sentir remordimiento alguno— «repite su necedad». Además, el libro de Proverbios contiene expresiones como: «el corazón de los necios proclama necedad» (12:23), «la boca de los necios se deleita en la necedad» (15:14) y «derrama necedad» (15:2),

y «el necio manifiesta necedad» (13:16). Asimismo, Proverbios declara que «la posesión de los necios es necedad» (14:24) y que «la necedad es la disciplina de los necios» (16:22).

¿Qué es, entonces, esta «necedad» (conducta insensata) que el necio comete repetidamente? Un ejemplo se encuentra en Proverbios 17:9: «El que cubre la falta busca amor, pero el que repite el asunto separa a los amigos íntimos». Una persona sabia busca el amor y, por tanto, cubre las faltas de un amigo íntimo, mientras que el necio las repite, creando así una brecha entre amigos. Otro ejemplo se halla en el Salmo 78:41: «Sí, una y otra vez tentaron a Dios y limitaron al Santo de Israel». ¿Cómo pusieron a prueba a Dios repetidamente los israelitas durante el Éxodo? Pecaron contra Él al desconfiar de Él, quejarse por su insatisfacción y desobedecer Su palabra. Este es precisamente el tipo de necedad que los necios cometen una y otra vez. No debemos, como los israelitas, «tentar a Dios una y otra vez». No debemos provocar repetidamente la ira del Santo de Israel (Salmo 78:41). ¿Sabe qué hace Dios si nosotros, al igual que el pueblo de Israel, actuamos con insensatez al ponerlo a prueba y provocar su ira repetidamente? Observemos Jeremías 25:4: «El Señor les ha enviado una y otra vez a todos sus siervos los profetas, pero ustedes no han escuchado ni prestado atención». Dios nos envía a sus siervos «una y otra vez» (con diligencia). A través de ellos, nos dice reiteradamente: «Apártense de sus malos caminos y de sus malas obras» (versículo 5).

Nuestro Dios nos habla repetidamente incluso hoy en día. Debemos escuchar y obedecer las palabras que Él pronuncia una y otra vez. Debemos volver a Dios. Debemos confesarle nuestra insensatez, abandonarla y arrepentirnos. No debemos volver a los hábitos pecaminosos. No debemos cometer actos insensatos nuevamente. Por el contrario, debemos cambiar de rumbo y adquirir sabiduría: dejar de repetir acciones necias y convertirnos en personas que ponen en práctica la Palabra de Dios de manera constante.

En noveno y último lugar, el insensato se considera sabio.

Aún recuerdo mis días de universidad, cuando un pastor visitaba el campus una vez por semana para dirigir un estudio bíblico en grupos pequeños, en el apartamento universitario donde vivía un estudiante de último año. Durante aquella época —mientras recibía formación de discipulado y estudiaba las «Cinco Certezas»—, nunca olvidé la enseñanza sobre la certeza de la salvación basada en los conceptos de Hecho, Fe y Sentimiento. La razón por la que lo recuerdo tan bien es que, en aquel entonces, carecía de una certeza de salvación fundamentada en la verdad objetiva de la Palabra de Dios. De hecho, como vivía mi vida de fe impulsado por las emociones, había muchas más ocasiones en las que carecía de certeza de salvación que aquellas en las que la poseía. Entre las cinco certezas que aprendí en ese tiempo se encontraba la certeza de la guía de Dios. El pasaje bíblico para esta certeza es Proverbios 3:5-6: «Confía en el Señor con todo tu corazón y no te apoyes en tu propia prudencia; reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus sendas». A lo largo de mi caminar de fe desde que aprendí estos versículos, he experimentado con frecuencia cómo el Espíritu Santo, que mora en mí, los trae a mi memoria. Siempre que eso sucedía, disfrutaba de la gracia de meditar profundamente en el pasaje, y la parte que particularmente me llegaba al corazón era la instrucción: «No te apoyes en tu propia prudencia». Eso sigue siendo cierto para mí incluso hoy.

Recientemente volví a revisar la grabación de un sermón que prediqué en una reunión de oración un miércoles, el 17 de febrero de 2011 —titulado "La persona sabia (1)" y basado en Proverbios 3:1–10—, específicamente la parte donde hablé sobre los versículos 5 y 6: "La persona sabia, que graba los mandamientos de Dios en la tabla de su corazón y los pone en práctica, se apoya —o confía— en el Dios a quien ama con todo su corazón (Proverbios 3:5–6). Aquí, apoyarse en Dios con todo el corazón significa 'confianza exclusiva'. Este tipo de apoyo se describe como 'confianza propia de un niño' (Park Yun-sun). Apoyarse en Dios con todo el corazón significa confiar plenamente en Él con una fe sencilla, como la de un niño (Park Yun-sun). Para depositar tal confianza infantil en Dios, no debemos apoyarnos en nuestro propio entendimiento. Cuanto más nos apoyamos en nuestro propio entendimiento, menos capaces somos de confiar en Dios con un corazón sencillo, como el de un niño".

Luego prediqué sobre Proverbios 3:7, que dice: "No seas sabio en tu propia opinión; teme al SEÑOR y apártate del mal". "Cuando nos apoyamos en nuestro propio entendimiento, terminamos viéndonos a nosotros mismos como sabios. En particular, cuando gestionamos asuntos basándonos en nuestro propio entendimiento y tenemos éxito, a menudo creemos erróneamente que dicho éxito se debió a nuestra propia sabiduría. Quienes se apoyan de esta manera en su propio entendimiento se consideran sabios. Por eso el rey Salomón nos dice que no seamos sabios en nuestra propia opinión. ¿Cómo es esto posible? Se hace posible cuando tememos a Dios". "Cuando tememos a Dios, podemos 'apartarnos del mal de considerarnos sabios' (v. 7). Si no confiamos en Dios ni le reconocemos en todos nuestros caminos, es prueba de que, en su lugar, confiamos en nosotros mismos y nos reconocemos a nosotros mismos. Esto demuestra que nos consideramos sabios. Tal mentalidad es la creencia engañosa de un necio que no teme a Dios (14:16). La causa raíz de esta vana creencia —pensar que uno es sabio— es el orgullo, que pone la mira en cosas altaneras (Ro. 12:16). ¿Por qué ponemos la mira en cosas altaneras? Porque no conocemos íntimamente al Dios Altísimo. Sin un conocimiento íntimo de Dios, nos consideramos sabios (Pr. 3:7) y actuamos como si lo fuéramos (Ro. 12:16). Cuando caemos en esta clase de orgullo, aunque conozcamos a Dios, no le glorificamos ni le damos gracias; por el contrario, nuestros pensamientos se vuelven vanos, nuestros corazones necios se oscurecen y, mientras afirmamos ser sabios, nos volvemos necios (1:21–22). Por tanto, no debemos considerarnos sabios. Más bien, debemos apartarnos del mal temiendo a Dios. Por reverencia a Dios, no debemos poner la mira en cosas altaneras, sino en las humildes. En resumen, la persona sabia que teme a Dios es humilde. Debemos temer a Dios, apartarnos del mal y caminar en humildad. Dios exaltará y usará grandemente a aquellos que son humildes de esta manera".

En el pasaje de hoy, Proverbios 26:12, la Biblia nos dice: "¿Ves a un hombre sabio a sus propios ojos? Más esperanza hay para el necio que para él". Una traducción de este pasaje directamente del hebreo original dice así: "¿Ves a un hombre que se considera sabio a sus propios ojos? Más esperanza hay para el necio que para él" (Park Yun-sun). ¿Cuál es la razón

por la que pensamos “soy sabio” cuando nos vemos a través de nuestros propios ojos? ¿Por qué nos consideramos sabios? Si bien la causa raíz es ciertamente el orgullo, he reflexionado sobre el origen de ese orgullo. En otras palabras, reflexioné sobre por qué llegamos al punto de considerarnos sabios a través del prisma de nuestra propia arrogancia. El pasaje que vino a mi mente fue Romanos 2:19–23: «…si estás convencido de que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas, instructor de los insensatos, maestro de los que no saben, y que tienes en la ley la encarnación del conocimiento y de la verdad… tú, pues, que enseñas a otros, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas contra el robo, ¿robas? Tú que dices que no se debe cometer adulterio, ¿cometes adulterio? Tú que aborreces los ídolos, ¿saqueas templos? Tú que te jactas de la ley, ¿deshonras a Dios al quebrantarla?». Al igual que los fariseos, nos volvemos arrogantes y nos consideramos sabios porque nos encanta enseñar a los demás mientras fallamos en aplicar la Palabra de Dios a nosotros mismos; es más, vivimos en desobediencia a esa misma Palabra. Creerse sabio es verdaderamente peligroso; tal persona ni recibe instrucción de la Palabra de Dios ni es capaz de hacerlo.

No hay esperanza para quienes se creen sabios. Por eso, la última parte de Proverbios 26:12 —nuestro texto de hoy— afirma que, en realidad, hay más esperanza para un necio que para quien se considera sabio. ¿Cómo puede haber esperanza para un necio?, cabría preguntarse. Sin embargo, la Biblia declara que ciertamente hay más esperanza para un necio que para alguien que se estima sabio. Esto pone de manifiesto cuán carentes de futuro y de esperanza están realmente aquellos que se consideran sabios. No obstante, para quienes poseen la sabiduría dada por Dios, hay un futuro, y su esperanza no será cortada (Proverbios 24:14). Por tanto, no nos consideremos sabios; vivamos más bien conforme a la sabiduría que Dios provee cuando se la pedimos con fe: Él, que prometió: «Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, quien da a todos generosamente y sin reproche, y le será dada» (Santiago 1:5). Al hacerlo, tendremos verdaderamente un futuro y una esperanza.

Un necio necesita una vara.

«Látigo para el caballo, brida para el asno y vara para la espalda de los necios... Como el perro vuelve a su vómito, así el necio repite su necedad» (Proverbios 26:3, 11).

¿Quién es un «necio»? ¿Qué hace un necio? ¿Y qué necesita un necio? La palabra hebrea para «necio» aquí difiere del sentido común de simple o infantil; se refiere a alguien que hace del pecado su forma de vida (Park Yun-sun). En resumen, un «necio» es alguien cuyo corazón se ha endurecido por el pecado y que se niega a arrepentirse (Park Yun-sun). En otras palabras, un «necio» es alguien con un corazón endurecido y arrogante. Por consiguiente, un necio no solo toma el pecado a la ligera (Prov. 14:9), sino que tampoco le gusta ser reprendido (Prov. 1:25). Si nos negamos a escuchar la reprensión de una persona sabia que nos ama, somos necios. Si consideramos los pecados que hemos cometido como triviales o comunes, somos necios. Si oímos una reprensión pero no sentimos remordimiento ni nos arrepentimos —eligiendo en cambio endurecer nuestros corazones—, somos necios. Si somos tan necios, la amarga raíz del orgullo ya ha brotado, crecido y dado fruto en nuestros corazones, endureciéndolos y convirtiéndonos en personas obstinadas.

Lo que hace un necio es «repetir su necedad», como «un perro que vuelve a su propio vómito» (26:11). Esto me recuerda al pueblo de Israel en el Antiguo Testamento. Durante el Éxodo, los israelitas cometieron repetidamente el pecado de murmurar contra Moisés y Dios. Al considerar la razón de esto, creo que la causa principal era la insatisfacción; cada vez que estaban insatisfechos, se quejaban y murmuraban. Sin embargo, una causa aún más profunda era la falta de fe. Debido a su falta de confianza en Dios, se sentían insatisfechos,

y a causa de esa insatisfacción, se quejaban y murmuraban. Más allá de los israelitas del Éxodo, también vienen a la mente los israelitas del período de los Jueces. Pecaban contra Dios una y otra vez. Cada vez que pecaban, Dios usaba a naciones extranjeras como instrumentos para juzgarlos; luego, cuando clamaban a Él en medio de la tribulación y el sufrimiento resultantes, Dios suscitaba un juez para librarlos. Sin embargo, una vez que disfrutaban de paz y seguridad, olvidaban la gracia de Dios. Así, el Libro de los Jueces revela un círculo vicioso recurrente: pecado, juicio, súplica, liberación y olvido. ¿Qué los impulsaba a pecar repetidamente? Observando cómo disfrutaban de paz mientras un juez vivía, pero pecaban contra Dios después de la muerte del juez, creo que la raíz de su pecado era el orgullo que brotaba de su abundancia y tranquilidad (Ezequiel 16:49). Es fácil olvidar la gracia de Dios en tiempos de abundancia y paz, y cuando la olvidamos, el orgullo —una raíz amarga— brota, crece e inevitablemente da fruto. También nos vienen a la mente los israelitas de la época del Nuevo Testamento; dentro de la iglesia romana, los israelitas condenaban a sus hermanos gentiles por un sentimiento de superioridad espiritual. La raíz del problema era el orgullo. A lo largo del Antiguo y el Nuevo Testamento, el pecado recurrente que el pueblo de Israel cometía contra Dios era la idolatría, nacida de ese mismo orgullo. ¿Acaso nosotros también —mientras profesamos «Señor, Señor» con nuestros labios (Mateo 7:21)— no nos negamos en nuestros corazones, por orgullo, a aceptar verdaderamente a Jesucristo como Señor, intentando en cambio servir tanto a Dios como a las riquezas?

Lo que los necios necesitan es una «vara» (Proverbios 26:3). En otras palabras, necesitan el castigo y la calamidad infligidos por un Dios justo. Cuando el pueblo de Israel se volvió arrogante y endurecido —tomando el pecado a la ligera y despreciando la reprensión— Dios usó a las naciones gentiles como un instrumento para castigarlos y causarles calamidades. Estos castigos y calamidades revelaron no solo la justicia de Dios, sino también su amor (Hebreos 12:6). En resumen, el instrumento de Dios fue un instrumento de justicia y, al mismo tiempo, un instrumento de amor. Los insensatos necesitan este instrumento de Dios.

Características del perezoso

[Proverbios 26:13–16]

Personalmente, creo que a nosotros, los cristianos, nos faltan muchas cosas. Si tuviera que mencionar tres de ellas, señalaría el compromiso, la seriedad (o un sentido de desesperación) y el sentido de urgencia. Los adultos de la primera generación suelen comentar que a la segunda generación —sus hijos— le falta compromiso. Curiosamente, no son solo los adultos de la primera generación quienes dicen esto; los pastores de la segunda generación, que pastorean a este mismo grupo, expresan la misma opinión. Sin embargo, no creo que la falta de compromiso sea un problema exclusivo de nuestros hermanos y hermanas de la segunda generación; considero que es un problema que nos afecta a todos, ya seamos de la primera generación, de la generación 1.5 o de cualquier otra. En general, pienso que nuestro compromiso como cristianos es débil. Más allá del compromiso, también carecemos profundamente de seriedad. No estamos buscando a Dios con sinceridad en este momento. Hace algún tiempo, mientras leía los capítulos 1 al 3 de Sofonías durante una reunión de oración matutina, llamó mi atención el versículo 6 del capítulo 1: «Destruiré a los que se apartan de seguir al Señor y no buscan al Señor ni le consultan». Mientras Dios hablaba de juzgar al pueblo de Judá en el Día del Señor, me impactó la declaración de que Él destruiría a aquellos que no le buscaban ni le consultaban. Al reflexionar sobre por qué el pueblo de Judá no buscaba ni consultaba a Dios, la razón resultó evidente: adoraban a ídolos en lugar de a Dios (versículos 4 y 5). Por eso Dios les habló en Sofonías 2:3: «Busquen al Señor, todos los humildes de la tierra, ustedes que cumplen sus mandatos. Busquen la justicia, busquen la humildad; tal vez encuentren refugio en el día de la ira del Señor». Dios desea que no solo el pueblo de Judá, sino todos

nosotros, los cristianos, le busquemos con humildad. Lo que nos falta —más allá de la simple dedicación y la seriedad— es un sentido de urgencia. Tendemos a permanecer demasiado tranquilos y confiados hasta que realmente nos enfrentamos a una crisis. Deberíamos comprender la gravedad de la situación, sentir urgencia y buscar a Dios sinceramente para resolver el problema; sin embargo, en este momento, carecemos de esa urgencia. Simplemente estamos acomodados. Nos hemos hundido profundamente en la autocomplacencia y la rutina.

Al considerar las razones detrás de la falta de dedicación, fervor y sentido de urgencia entre los cristianos, creo que las causas fundamentales son el egoísmo, el amor a la comodidad y la pereza. ¿Qué es el «egoísmo», después de todo? ¿No es acaso el amor a uno mismo? ¿Podría alguien que se ama a sí mismo dedicarse verdaderamente al Señor por amor a Él? Creo que, con el paso del tiempo, cada vez menos personas se dedicarán al Señor. La razón es que, como nos dice 2 Timoteo 3:2, en los últimos días la gente será amante de sí misma. En consecuencia, incluso nosotros, los cristianos, nos amamos más a nosotros mismos que al Señor o a Su cuerpo, la iglesia. Por eso servimos cada vez menos a la iglesia. Dado que todos luchan por ganarse la vida, el número de personas que se ofrecen como voluntarias para servir a la iglesia disminuye constantemente. Los santos fallan cada vez más —o deciden no hacerlo— a la hora de dedicarse a la iglesia. Creo que lo mismo se aplica tanto al fervor como a la dedicación. Los cristianos que se aman a sí mismos buscan su propia comodidad; ¿por qué elegirían soportar dificultades y sufrimientos por causa del Señor? Considero que la devoción a la comodidad —muy parecida al hedonismo— es verdaderamente peligrosa. La razón es que no solo impide buscar a Dios con fervor, sino que hace imposible tal búsqueda. Hace poco, mientras leía el capítulo 4 de Jonás, medité en el pasaje donde Dios preparó una planta para dar sombra sobre la cabeza de Jonás, con el fin de protegerlo del calor y brindarle alivio (versículo 6). La Biblia registra que, en ese momento, Jonás «se alegró muchísimo por la planta». Al meditar en ese pasaje, extraje dos lecciones: (1) Sentirse incómodo no nos da licencia para quejarnos (Jonás 4:6). En particular, no debemos dirigir nuestra ira hacia Dios (v. 9). Nuestra incomodidad puede ser, de hecho, una

oportunidad para aprender una lección de Dios; concretamente, sobre Su compasión y Su interés por nosotros (Jonás 4:6, 11). Junto con el egoísmo y el amor a la comodidad, la «pereza» afecta negativamente nuestro nivel de dedicación, nuestro fervor y nuestro sentido de urgencia. Esto se debe a que la pereza está ligada al egoísmo; Como dice Kim Nam-jun: "La raíz de la pereza es el amor propio". Una persona egoísta, impulsada por el amor propio, nunca se entregará al Señor ni tendrá la determinación de buscarlo o el sentido de urgencia necesario para vivir una vida de fe.

Amigos, ¿qué es exactamente la pereza? Encontré un artículo en internet que la describía así: "La pereza no es cuestión de moverse o quedarse quieto, sino de si uno prioriza lo que es verdaderamente importante...". Todo se reduce a la diferencia de preguntarse: "¿No es así?" (Internet). Moon Yo-han, el psiquiatra autor del artículo, identifica tres tipos de pereza:

(1) El tipo perfeccionista (o indeciso).

Impulsados por su propia naturaleza, estas personas suelen perder el tiempo obsesionándose con una planificación meticulosa o con preparativos detallados. Aunque aparentemente siempre están ocupadas, no logran distinguir entre lo que es verdaderamente importante y lo que es urgente. Un ejemplo clásico es alguien que necesita empezar a estudiar para un examen de inmediato, pero en su lugar pierde el tiempo ordenando su escritorio o creando un horario de estudio elaborado y colorido.

(2) El tipo inseguro (que duda de sí mismo).

Como dudan constantemente de sus capacidades y se critican a sí mismos, estas personas son propensas a vacilar y a procrastinar. Quedan atrapadas en un círculo vicioso de "duda de sí mismo → ansiedad → procrastinación → racionalización imperfecta (p. ej., '¡Sin duda lo haré la próxima vez, después de prepararme un poco más!') → autocrítica".

(3) El tipo pasivo-agresivo.

Estas personas son incapaces de expresar activamente o canalizar de forma constructiva el resentimiento que sienten hacia quienes dependen (como sus padres), por lo que siempre lo expresan de manera pasiva. Aunque superficialmente parezcan amables, manifiestan una agresividad inconsciente actuando con lentitud o ineficacia ante las tareas que se espera que realicen. Lamentablemente, son personas que —al conducir gradualmente sus propias vidas hacia el fracaso— buscan enfadar a los demás y destruir también la vida de quienes les rodean. En comparación con los otros tipos, a menudo parecen sorprendentemente imperturbables.

Según el Diccionario Naver, un "perezoso" (o persona holgazana) se define como alguien con la disposición o el hábito de moverse lentamente y con renuencia a trabajar o actuar. En el hebreo original, el término se refiere a una persona habitualmente perezosa e inactiva —que carece de disciplina e iniciativa— y que, por tanto, representa un fracaso moral. Sin embargo, el libro de Proverbios sugiere que el concepto de "perezoso" abarca más que esta simple definición. Por ejemplo, Proverbios 15:19 contrasta al "perezoso" con el "recto", afirmando: "El camino del perezoso es como un seto de espinos, pero la senda de los rectos es una calzada llana". Del mismo modo, Proverbios 21:25–26 contrasta al "perezoso" —a quien le disgusta el trabajo— con el "justo". Además, Proverbios 19:15 describe al perezoso como un "hombre ocioso": alguien indolente que permanece sin ocupación. Estos pasajes indican que ser perezoso implica no solo pereza habitual, inactividad y falta de disciplina o planificación —lo cual marca a la persona como un fracaso moral—, sino también una falta de integridad y rectitud ante Dios. Por ello, Jeremías 48:10 declara: "Maldito el que hace la obra del Señor con negligencia...".

Amigos, la pereza es un pecado. Es un pecado porque constituye una desobediencia al mandato de Dios. En particular, no utilizar los talentos que Dios nos ha dado —eligiendo en

su lugar "ir, cavar un hoyo en la tierra y esconder el dinero del señor" (Mateo 25:18)— es un pecado que atrae la reprensión del Señor: "Siervo malvado y perezoso" (versículo 26).

En el pasaje de hoy —Proverbios 26:13–16—, el autor habla sobre la persona perezosa. Centrándome en estos versículos, quisiera examinar cuatro características del perezoso y reflexionar sobre las lecciones que contienen para cada uno de nosotros.

En primer lugar, una característica de la persona perezosa es la tendencia a poner excusas. Observemos Proverbios 26:13: "El perezoso dice: '¡Hay un león en la calle!' y no va a trabajar". Las calles y los caminos son lugares donde la gente trabaja; si hubiera un león allí, ciertamente uno no podría ir. "Esta frase sirve como pretexto que la gente utiliza cuando se siente intimidada y carece de confianza al intentar emprender una tarea" (Internet). Al meditar sobre esto y reflexionar acerca de mi propia vida, me vi reflejado en ello: alguien que había evitado hacer la obra del Señor por miedo y falta de confianza, poniendo diversas excusas por el camino. Una de esas excusas surgía del miedo al fracaso; pensaba: "No servirá de nada aunque lo intente" y, en consecuencia, me abstenía de realizar la obra del Señor. Cuando me pregunté por qué actuaba así, me di cuenta de que la causa raíz era que me había apoyado en mi propio entendimiento en lugar de confiar plenamente en Dios (Proverbios 3:5). Fue por falta de fe que confié en mi propio intelecto, y fue por falta de fe que temí al fracaso. Sin embargo, la excusa que daba habitualmente a quienes me rodeaban era: "No soy una persona aventurera", aunque el verdadero problema era la falta de valentía y de fe.

Se dice que el clásico chino *Huainanzi* contiene el siguiente dicho: "Quienes afirman que no pueden estudiar porque les falta tiempo, tampoco estudiarían aunque dispusieran de él" (Internet). En realidad, a menudo utilizamos la excusa de "no tener suficiente tiempo" para cosas distintas al estudio. No obstante, deberíamos considerar al menos si tales excusas provienen, en realidad, de nuestra propia pereza. Existe una anécdota sobre el famoso ensayista británico Charles Lamb: durante los muchos años que trabajó para una compañía

en la India, anhelaba el día en que pudiera leer libremente los libros que quisiera y administrar su tiempo a su antojo. Cuando por fin llegó el día de su jubilación, se sintió eufórico ante la perspectiva de librarse de las obligaciones de la empresa y poder escribir y leer cuanto quisiera. Sin embargo, tras jubilarse, llegó a una conclusión: "Quienes dicen estar demasiado ocupados para escribir, tampoco escribirían aunque tuvieran tiempo". Descubrió que las buenas ideas a menudo surgen precisamente en medio de una agenda apretada... Se dice que solo entonces se dieron cuenta de la verdad. Al desperdiciar el tiempo sin hacer nada, habían desarrollado —sin siquiera darse cuenta— una mentalidad de autodestrucción.

En Eclesiastés 4:5, el rey Salomón, el Predicador, afirma: «El necio cruza los brazos y devora su propia carne». ¿Qué significa esto? Significa que el necio —es decir, la persona insensata— «cruza los brazos». Aquí, «cruzar los brazos» simboliza la negativa a trabajar. Esto concuerda con Proverbios 21:25: «El deseo del perezoso lo mata, porque sus manos se niegan a trabajar». En otras palabras, a la persona perezosa le desagrada trabajar con sus propias manos. La Biblia identifica a tal persona —aquella que se niega a trabajar— como un necio. Estos individuos necios ponen diversas excusas para eludir la responsabilidad del trabajo. Sin embargo, Juan 15:22 declara: «Si yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no serían culpables de pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado». Al necio le desagrada el trabajo y pone excusas; ya no existe excusa alguna para tal pecado. Nosotros tampoco podemos ofrecer excusas. Al haber recibido hoy las palabras de Proverbios 26:13 de parte del Señor, nos quedamos sin defensa ante nuestro pecado. En otras palabras, hemos comprendido que si permitimos que el miedo se apodere de nosotros y posponemos la obra del Señor poniendo diversas excusas, esto se convierte en un «pecado sin excusa» a Sus ojos. ¿Qué debemos hacer, entonces?

En Lucas 9:57 y los versículos siguientes, encontramos personas que ponen excusas. Una de ellas le dice a Jesús: «Te seguiré adondequiera que vayas» (v. 57). Aunque Jesús ordena claramente: «Sígueme» (v. 59), una persona pide: «Permíteme primero ir a enterrar a mi

padre» (v. 59), mientras que otra dice: «Señor, te seguiré, pero déjame primero despedirme de mi familia» (v. 61). Ante esto, Jesús responde: «Deja que los muertos entierren a sus propios muertos, pero tú ve y anuncia el reino de Dios» (v. 60), y «Nadie que pone la mano en el arado y mira atrás es apto para el reino de Dios» (v. 62). Nosotros tampoco debemos vacilar en seguir al Señor mirando hacia atrás o poniendo diversas excusas.

Debemos examinarnos para ver si estamos cometiendo el pecado de descuidar la obra del Señor al poner diversas excusas. Si realmente estamos cometiendo tal pecado, debemos confesárselo a Dios y arrepentirnos. Entonces, no debemos permitir que el miedo se apodere de nosotros ni seguir poniendo excusas... En lugar de poner excusas, debemos llevar a cabo la obra del Señor con valentía y fe.

En segundo lugar, una característica de la persona perezosa es el amor por el sueño.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 26:14: «Como la puerta gira sobre sus bisagras, así el perezoso se revuelca en su cama». Esto significa que el perezoso permanece cerca de su lugar de descanso; en otras palabras, le encanta revolcarse en la cama y dormir. Al considerar esto junto con el versículo 13, vemos que la razón por la que el perezoso pone diversas excusas para evitar ir a trabajar es simplemente porque quiere dormir y dormitar un poco más. Por eso Salomón, el autor de Proverbios, escribe en Proverbios 6:9–11 (véase también 24:33): «¿Hasta cuándo estarás acostado, perezoso? ¿Cuándo te levantarás de tu sueño? Un poco de sueño, una pequeña siesta, un poco de cruzar los brazos para descansar...»

¿Cuántas horas de sueño considera ideales? Según información disponible en línea, se recomienda que los niños duerman 12 horas; los adolescentes, 9 horas; y los adultos, al menos 7 horas y media. Si bien la falta de sueño es problemática, dormir en exceso también puede causar inconvenientes. Por ejemplo, a veces las personas reducen sus horas de sueño para dedicarse a actividades productivas; sin embargo, dicha privación de sueño

suele afectar las funciones físicas y mentales, lo que a la larga disminuye la eficiencia laboral. Las investigaciones indican que perder cuatro horas de sueño ralentiza el tiempo de reacción en aproximadamente un 45 %, mientras que permanecer despierto toda la noche puede casi duplicar el tiempo necesario para reaccionar. Además, la falta de sueño nubla la agudeza mental. Cuando se carece de sueño, resulta difícil resolver problemas nuevos o complejos, o realizar tareas que requieren creatividad, ingenio y rapidez mental. También provoca letargo y embotamiento; incluso las personas naturalmente alegres pueden deprimirse, irritarse o enfadarse con facilidad tras solo unos días de mal descanso. Por el contrario, dormir en exceso puede dejar a una persona sintiéndose apática y aletargada. De hecho, el exceso de sueño —al igual que el insomnio— es un síntoma clave de la depresión. Por lo tanto, en lugar de reducir arbitrariamente las horas de sueño para estudiar o trabajar, o de aumentarlas indiscriminadamente para aliviar la fatiga, es fundamental encontrar la duración de sueño más adecuada para usted y establecer una rutina regular. Un horario y unos hábitos de sueño adaptados a sus necesidades actúan como un tónico vital para su organismo.

En la Biblia, Isaías 56:10 menciona a personas a las que les encanta dormir. Estos individuos no son otros que los "centinelas de Israel". Observemos Isaías 56:10: "Los centinelas de Israel son ciegos, todos carecen de conocimiento; todos son perros mudos, incapaces de ladrar; se quedan tumbados, soñando, y aman dormir". Amigos, ¿qué sucedería si los centinelas que custodian una ciudad durante una guerra contra un enemigo fueran personas a las que les gusta "quedarse tumbadas y dormir"? En términos modernos, ¿qué pasaría si los soldados de guardia —en lugar de mantenerse alerta— simplemente se tumbaran y prefirieran dormir? La función de un centinela es mantenerse despierto (Salmo 127:1) y montar guardia día y noche (Nehemías 4:9). También deben detectar al enemigo que se acerca y hacer sonar la trompeta de alarma (Ezequiel 33:6). Sin embargo, si los centinelas a quienes se les ha confiado una responsabilidad tan vital aman dormir, ¿qué destino les espera a la ciudad y a sus habitantes a manos del enemigo? Naturalmente, nadie

nombraría centinela a alguien a quien le guste dormir. ¿Quién confiaría su vida a un centinela que prefiere dormir?

Amigos, en Proverbios 23:21, el rey Salomón, autor de Proverbios, afirma: "Los borrachos y los glotones se empobrecerán, y los que aman dormir vestirán harapos". El contexto de este pasaje muestra que el autor aconseja no asociarse con borrachos. La razón es que los borrachos caerán en la pobreza. ¿Por qué se empobrecen los borrachos? La razón es que no solo derrochan sus bienes mientras llevan una vida de desenfreno (Ef. 5:18; cf. Lucas 15), sino que también, por pereza, aman dormir (Prov. 23:21). Por eso la Biblia nos ordena repetidamente no emborracharnos (Ef. 5:18; Rom. 13:13; 1 Cor. 5:11; 6:10).

Amados, no debemos ser como los perezosos, que aman dormir. No debemos ser como el holgazán que no despierta cuando es hora de levantarse, o que pospone el trabajo en lugar de hacerlo cuando corresponde. No debemos vivir con la actitud de "déjame dormir un poco más y trabajar después". No debemos ser personas que culpan a factores externos —como las circunstancias u otras personas— en lugar de reconocer nuestra propia pereza. En lugar de amar el sueño, debemos permanecer despiertos y trabajar diligentemente. La razón es que inevitablemente llegará una noche en la que ya no podremos trabajar (cf. Himnario Nuevo 330, "Cuando la oscura noche se posa"). Por lo tanto, no debemos desperdiciar el tiempo cuando deberíamos estar trabajando; debemos trabajar con diligencia en lugar de ansiar el sueño. Ya sea que comamos o bebamos, o cualquier cosa que hagamos, debemos realizar diligentemente la obra de Dios para la gloria de Dios. En tercer lugar, una característica de la persona perezosa es la aversión al trabajo.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 26:15: "El perezoso mete la mano en el plato; le da pereza llevarla de nuevo a la boca" [(Versión coreana contemporánea) "La persona perezosa mete la mano en el plato, pero le desagrada llevársela a la boca"]. La misma idea aparece en Proverbios 19:24: "El perezoso mete la mano en el plato; ni siquiera la lleva de nuevo a la boca". Todos conocen la fábula de Esopo "La hormiga y la cigarra", ¿verdad? En esa famosa

historia, mientras la hormiga trabaja diligentemente durante el verano, la cigarra canta y se burla de las hormigas, preguntando: "Oigan, hormigas, ¿han perdido la cabeza? ¿Preparándose para el invierno en pleno verano?". A pesar de tales burlas, las hormigas trabajaron arduamente para el frío invierno que se avecinaba, incluso en los días sofocantes de verano. La cigarra, en cambio, pasó sus días cantando en lugar de trabajar; cuando llegó el invierno, se encontró sin comida y se vio reducida a mendigar alimento. Cuando leíamos esta historia de niños, aprendíamos la lección de que debíamos ser como la hormiga, no como la cigarra. Aprendíamos que debíamos vivir con diligencia y fidelidad como la hormiga, en lugar de con pereza como la cigarra. Sin embargo, ahora que somos mayores y reflexionamos sobre esta fábula, obtenemos algo más que la simple lección de la diligencia; también aprendemos la sabiduría de prepararnos para el futuro.

Pensemos en un niño muy pequeño: la madre toma comida con una cuchara y se la da al niño. Pero, ¿qué pensarían si ese niño creciera —llegando a una edad en la que podría alimentarse por sí mismo— y, sin embargo, simplemente mantuviera la boca abierta, esperando que su madre siguiera tomando comida y dándosela, simplemente porque había adquirido el hábito de ser alimentado así desde la infancia? Proverbios 21:25 afirma: "El deseo del perezoso será su muerte, porque sus manos se niegan a trabajar". ¿Qué significa esto? El punto clave es que a los perezosos les desagrada trabajar con las manos. Por eso Proverbios 13:4 dice: "El perezoso desea y no consigue nada". Significa que, aunque desea algo en su corazón, no logra obtenerlo porque sus manos permanecen ociosas e inactivas.

El perezoso no solo deja de cazar a su presa (12:27), sino que también considera una molestia excesiva llevarse la mano del plato a la boca (19:24; 26:15). ¿No es acaso absurdo? Si uno quiere comer carne, debe cazar y atrapar un animal; ¿no resulta ridículo desearla en el corazón y, sin embargo, nunca salir a cazar? Además, ¿quién —estando hambriento— consideraría una carga llevarse la comida del plato a la boca? ¿Acaso alguien tiene que alimentarlo con cuchara como a un bebé? Considero que esto es el colmo de la pereza. Desear algo sin salir a cazarlo y considerar que llevarse la comida del plato a la boca

requiere demasiado esfuerzo: esta es, verdaderamente, la máxima expresión de la pereza. La Biblia se refiere a tal persona en Proverbios 19:15 como un «hombre ocioso»: alguien que es indolente e inactivo. En resumen, a la persona perezosa le desagrada trabajar con sus manos (21:25). Como consecuencia, una pobreza inevitable se abate sobre el perezoso, golpeándolo con la fuerza abrumadora de un ladrón que ataca a su víctima (24:33) (MacArthur).

De hecho, las personas perezosas a menudo causan problemas. Consideremos 1 Timoteo 5:11–13: «En cuanto a las viudas más jóvenes, no las incluyas en la lista, pues cuando sus deseos sensuales se imponen sobre su consagración a Cristo, quieren casarse. Así atraen juicio sobre sí mismas, por haber quebrantado su primer compromiso. Además, aprenden a ser ociosas y a ir de casa en casa; y no solo se vuelven ociosas, sino también chismosas y entrometidas, diciendo cosas que no deben». Las viudas jóvenes perezosas iban de casa en casa, dedicándose a chismes ociosos y diciendo cosas indebidas, provocando así problemas. Tales personas insensatas y perezosas existían en la iglesia de Tesalónica. Observemos el conocido versículo de 2 Tesalonicenses 3:10: «…Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma…». En tiempos del apóstol Pablo, había hermanos en la comunidad de Tesalónica que no querían trabajar. El problema era que no solo se negaban a trabajar, sino que también se comportaban de manera desordenada dentro de la iglesia, causando únicamente problemas (3:11). La razón por la que se negaban a trabajar y, en cambio, causaban problemas —permaneciendo ociosos por insensatez y negándose a aplicar sus manos al trabajo— era que sostenían una visión errónea de la escatología. En otras palabras, aquellos en la iglesia de Tesalónica que dejaron de trabajar lo hicieron porque albergaban una perspectiva escatológica distorsionada respecto a la Segunda Venida de Jesús. Mantener una visión escatológica tan errónea es verdaderamente peligroso. Y no se trata solo de escatología; cuando tenemos una visión distorsionada de la fe, a menudo eludimos nuestras responsabilidades. Una de las responsabilidades que eludimos es el cumplimiento de tareas que son simplemente cuestión de sentido común: cosas que deberíamos estar haciendo. En otras palabras, si tenemos una visión errónea de la fe,

podemos terminar eludiendo las responsabilidades fundamentales que nos corresponden. Si bien la Biblia enseña que quienes no quieren trabajar no deben comer, una visión distorsionada de la fe puede llevarnos a vivir una vida ajetreada pero ociosa —viviendo a costa de los demás sin trabajar realmente— bajo la apariencia de estar dedicados a la iglesia.

Debemos realizar diligentemente la obra del Señor con una visión sana de la fe. Por supuesto, creer en Jesús es una parte crucial de la obra del Señor, pero servir a la iglesia —que es el cuerpo de Cristo— es igualmente importante. En nuestro servicio, debemos actuar con humildad, confiando en la gracia de Dios y en la sabiduría que Él provee. En particular, debemos servir a la iglesia del Señor con una "fe de Emanuel": creyendo en la realidad de que Dios está con nosotros (Hageo 1:13; 2:4, 5). Además, debemos fortalecernos (2:4) y servir sin temor (v. 5).

En cuarto y último lugar, una característica de la persona perezosa es que se considera sabia a sí misma.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 26:16: "El perezoso es más sabio a sus propios ojos que siete hombres que saben responder con sensatez". Ya hemos meditado sobre el concepto de "considerarse sabio a uno mismo" basándonos en otros dos versículos de Proverbios:

(1) El primero es Proverbios 3:7: "No seas sabio a tus propios ojos; teme al Señor y apártate del mal".

Cuando confiamos en nuestro propio entendimiento, inevitablemente comenzamos a vernos como sabios. En particular, cuando gestionamos asuntos basándonos en nuestra propia percepción y las cosas salen bien, a menudo creemos erróneamente que nuestro éxito se debe a nuestra propia sabiduría. Quienes confían de esta manera en su propio

entendimiento se consideran sabios. Por ello, el rey Salomón, autor de Proverbios, nos dice que no nos consideremos sabios. ¿Cómo es esto posible? Es posible cuando tememos a Dios. Al temer a Dios, podemos apartarnos del mal de considerarnos sabios (versículo 7). Debemos apartarnos del mal porque tememos a Dios. Puesto que tememos a Dios, no debemos poner nuestro corazón en cosas elevadas, sino más bien en las humildes. En resumen, la persona sabia que teme a Dios es humilde. Debemos apartarnos del mal y ser humildes porque tememos a Dios. Dios exaltará y usará grandemente a tales personas humildes.

(2) El segundo pasaje es Proverbios 26:12: "¿Ves a un hombre sabio a sus propios ojos? Hay más esperanza para un necio que para él". Una traducción basada en el hebreo original dice: «¿Ves a un hombre que se considera sabio a sus propios ojos? Hay más esperanza para un necio que para él» (Park Yun-sun). La razón por la que pensamos «soy sabio» al vernos a través de nuestros propios ojos es el orgullo. Y la razón por la que somos orgullosos es que no solo dejamos de instruirnos con la Palabra de Dios —viviendo, en cambio, en desobediencia a ella—, sino que también nos encanta enseñar a los demás.

En el texto de hoy, Proverbios 26:16, el autor habla una vez más de aquellos que se consideran sabios. Los identifica como perezosos. Al meditar en este pasaje, creo que existe una conexión entre la pereza y el orgullo. Así como la necedad parece estar ligada a la arrogancia (versículo 12), el pasaje de hoy —Proverbios 26:16— revela que la pereza también está conectada con la arrogancia. En resumen, la persona perezosa es arrogante. Además, la persona perezosa carece de discernimiento. Podemos verlo claramente al observar Proverbios 26:16 en la *Biblia Coreana Contemporánea* (Hyundai-in-ui Seong-gyeong): «La persona perezosa se considera más sabia que siete personas que responden con discernimiento». Aquí, el autor de Proverbios contrasta a la persona perezosa con siete individuos que poseen discernimiento. Este contraste muestra que la creencia del perezoso de ser más sabio que esas siete personas perspicaces no solo surge de la arrogancia, sino también de la necedad que provoca su falta de discernimiento. Respecto a tal persona

perezosa —arrogante, necia y carente de discernimiento—, el pastor John MacArthur dijo una frase célebre: «Los ignorantes ignoran su propia ignorancia». Hebreos 5:2 describe a tales individuos ignorantes y perezosos como aquellos que «se desvían» o están «extraviados». En otras palabras, los ignorantes y perezosos son susceptibles de ser desviados y caer en el error.

No debemos convertirnos en personas ignorantes y perezosas de este tipo. Nunca debemos ser individuos necios y perezosos que viven sin discernimiento. Por el contrario, debemos ser sabios y diligentes. Debemos llegar a ser cristianos sabios que poseen discernimiento espiritual. Cuando nos convertimos en cristianos sabios con discernimiento espiritual, nos examinamos a fondo (Proverbios 28:11, *Biblia Coreana Contemporánea*). Y seguiremos recibiendo buena instrucción mediante la Palabra de Dios (1:5, *Contemporary Korean Version*). Al hacerlo, nuestro discernimiento nos guardará y protegerá (2:11, *Contemporary Korean Version*).

Quisiera concluir esta reflexión. Amigos, todos debemos presentarnos un día ante el Señor y rendir cuentas de nuestras vidas (Mateo 25:19). El Señor nos ha confiado talentos, «a cada uno conforme a su capacidad» (versículo 15). Como quienes hemos recibido estos talentos del Señor, debemos cumplir fielmente nuestras responsabilidades y dar fruto (versículos 16-17). Debemos llegar a escuchar la aprobación del Señor: «¡Bien, buen siervo y fiel!» (versículos 21, 23). Jamás debemos enfrentar la reprensión dirigida a aquel que recibió un solo talento: «¡Siervo malo y perezoso!» (versículo 26). Hoy, centrándonos en Proverbios 26:13-16, hemos reflexionado sobre cuatro características de la persona perezosa: aprendimos que los perezosos ponen excusas (versículo 13), aman dormir (versículo 14), rechazan el trabajo (versículo 15) y se consideran sabios (versículo 16). Espero que ninguno de nosotros posea estos rasgos propios del perezoso.

Cinco tipos de personas a las que debemos mantener a distancia

[Proverbios 26:17–22]

La semana pasada, mientras leía el Evangelio de Juan antes de dormir, me vino una idea a la mente y la anoté. Aunque el enfoque de aquel escrito era sobre las "personas a las que debemos mantener a distancia", primero consideré a las "personas a las que debemos acercarnos". Identifiqué dos tipos de personas que conviene tener cerca: la "persona veraz" (Proverbios 12:22) y la "persona que no tropieza en lo que dice" (Santiago 3:2). Entonces, ¿quiénes son las personas a las que debemos mantener a distancia? Observemos Juan 8:44: "Ustedes pertenecen a su padre, el diablo, y quieren llevar a cabo los deseos de su padre. Él fue un asesino desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando miente, habla su propio idioma, porque es mentiroso y padre de la mentira". La lectura de este pasaje me llevó a la conclusión de que los cristianos debemos mantener a distancia a los "mentirosos". ¿Qué opinan ustedes? Además de los "mentirosos", ¿a quién más deberíamos evitar?

Hoy, centrándome en el pasaje de Proverbios 26:17–22, quisiera reflexionar sobre cinco tipos de personas que debemos evitar. Mi oración es que, al contemplar estos cinco tipos, todos aceptemos las lecciones que Dios nos ofrece y vivamos en obediencia a ellas.

El primer tipo de persona es el necio, comparado con alguien que agarra a un perro por las orejas.

Observemos Proverbios 26:17 en el texto de hoy: "Como quien agarra a un perro callejero por las orejas es quien se mete precipitadamente en una disputa ajena". ¿Cómo creen que reaccionaría un perro si le agarraran las orejas? Encontré un artículo en línea que planteaba la pregunta: "¿A los perros les gusta que les sujeten las orejas?". Estas fueron algunas de las respuestas de la gente:

(a) "Las orejas son una zona vulnerable para cualquier animal. Por eso tienden a moverse para protegerlas".
(b) "Realmente lo odian y les resulta doloroso que les agarren las orejas". (c) “No deberías hacerlo en absoluto. Los perros tienen orejas muy sensibles... y también la cola...”
(d) “Si agarras a un perro por las orejas, algunos muerden. No los agarres sin cuidado...”
(e) “Podrías meterte en serios problemas si haces eso. Los perros odian que les sujeten las orejas y muerden.
De hecho, mi propio perro me mordió así”. "¡Duele mucho!"

En el pasaje de hoy, Proverbios 26:17, el autor afirma: "Inmiscuirse en una disputa ajena al pasar es tan insensato como agarrar a un perro por las orejas" (Versión Coreana Contemporánea). Según el pastor John MacArthur, los perros en Palestina durante la época en que se escribieron los Proverbios no estaban domesticados como los que conocemos hoy; por lo tanto, agarrar a un perro por las orejas era un acto peligroso. Por eso el autor lo califica de insensatez. Equipara esta insensatez —agarrar las orejas de un perro— con meterse en una disputa que no tiene nada que ver con uno mismo. La palabra que aquí se traduce como "inmiscuirse" significa literalmente "exaltarse" o "entusiasmarse" con el asunto (Walvoord). Teniendo en cuenta este sentido literal, la persona insensata descrita en Proverbios 26:17 —la que agarra las orejas del perro— es alguien que disfruta metiéndose en discusiones que no le incumben. Dicho de forma más directa, es el tipo de persona que se entusiasma al ver a otros pelear; se interesa, se acerca a los contendientes, se involucra y aviva las llamas del conflicto.

Debemos extraer tres lecciones de este pasaje (Park Yun-sun):

(1) No debemos entrometernos en los asuntos de los demás.

¿Has oído alguna vez el proverbio coreano: "Como el cachorro de la taberna que se mete corriendo en todo"? Era una expresión nueva para mí, pero se dice que es una forma sarcástica de describir a alguien que se lanza con entusiasmo a entrometerse siempre que ocurre algo (Internet). ¿Qué opinas? ¿Hay quizás alguien a tu alrededor que, cuando sucede algo, [se entromete en] los asuntos de los demás...? ¿Hay alguien que tiende a intervenir y entrometerse en los asuntos ajenos? ¿Especialmente alguien que se inmiscuye con afán en los asuntos de otras personas mientras descuida los suyos propios? A menudo se les dice a tales personas: "En lugar de entrometerte en los asuntos ajenos, ocúpate del fuego que arde en tus propios pies" (Internet). De hecho, 1 Pedro 4:15 en la Biblia nos instruye: "...no sufras problemas por entrometerte en los asuntos de los demás" (Versión Coreana Moderna). No hay necesidad de buscarse problemas innecesarios interfiriendo en una disputa que no tiene nada que ver con nosotros. Entrometerse en tales conflictos no es sabio ni constituye un acto de amor al prójimo.

(2) No debemos involucrarnos en las disputas de los demás.

Un interés excesivo puede llevarnos no solo a interferir en los asuntos ajenos, sino también a tomar partido, lo que podría agravar el conflicto. Por ejemplo, si dos hermanos de la iglesia están discutiendo, mostrar demasiado interés podría despertar nuestra curiosidad sobre la causa, llevándonos a indagar e interferir. En el proceso, tras escucharles, podríamos no mantener la neutralidad; por el contrario, podríamos tomar partido —alineándonos con uno de los hermanos— y, de este modo, empeorar la disputa. Nuestra responsabilidad no es agravar el conflicto, sino ayudar a las partes en disputa a reconciliarse. Hermanos y hermanas, somos aquellos que han sido reconciliados con Dios mediante la muerte expiatoria de Jesucristo en la cruz (Romanos 5:10). El Señor nos ha confiado el "ministerio

de la reconciliación" (2 Corintios 5:18) y nos ha encomendado el "mensaje de la reconciliación" (versículo 19). La Biblia nos dice: "Si es posible... vivid en paz con todos" (Romanos 12:18). Debemos ser pacificadores que viven en armonía con todas las personas.

(3) Nosotros... con respecto a los asuntos ajenos... Debemos comprender que interferir o involucrarnos en las disputas de otras personas resulta en nuestra propia pérdida.

¿Alguna vez ha escuchado el dicho: "Un chacal enfurecido muerde si recibe un tratamiento nasal inadecuado"? Es una expresión norcoreana. Significa que entrometerse precipitadamente con una persona enfadada conduce a sufrir uno mismo un perjuicio. ¿Ha sufrido alguna vez una pérdida por intervenir imprudentemente con alguien que estaba enfadado? Personalmente, tengo dos ideas respecto a la "pérdida". En primer lugar, (a) debemos recuperar nuestra riqueza espiritual, aunque ello implique sufrir una pérdida material; y en segundo lugar, (b) aunque algo parezca una pérdida a los ojos humanos, Dios puede revertir esa situación y derramar bendiciones sobre nosotros (como se ve en el capítulo 4 de Rut). Sin embargo, basándome en el pasaje de hoy —Proverbios 26:17—, he añadido una tercera perspectiva sobre la «pérdida». Se trata de que no hay necesidad de sufrir pérdidas innecesarias por interferir o involucrarse en los asuntos ajenos. Tales acciones provocan pérdidas no solo para nosotros, sino también para las personas que están discutiendo; además, si esto ocurre dentro de la iglesia, también perjudica a la comunidad eclesial. No hay razón para incurrir deliberadamente en este tipo de pérdida, que no aporta ningún beneficio. Por tanto, debemos distinguir entre los diferentes tipos de pérdida. Existen pérdidas que nos resultan beneficiosas, como recuperar nuestra riqueza espiritual aun a costa de posesiones materiales, o experimentar cómo Dios transforma nuestra pérdida en una bendición (Rut 4). No obstante, también hay pérdidas que no nos reportan ningún beneficio: aquellas innecesarias o inútiles en las que incurrimos por entrometernos en los asuntos de los demás (Proverbios 26:17). Debemos ser capaces de distinguir entre estos tipos de pérdida con discernimiento espiritual.

Amigos, en cuanto a los asuntos que no nos conciernen... no debemos entrometernos en disputas. ¿Quién tiraría de las orejas a un perro, sabiendo perfectamente que es muy probable que le muerda? Eso sería una insensatez. Proverbios 26:17 nos insta a evitar tal comportamiento insensato. No debemos ser tan imprudentes como para meternos en una disputa ajena a nosotros mientras vamos de paso.

El segundo tipo de persona que debemos evitar es el loco que mata a otros lanzando antorchas y disparando flechas.

¿Alguna vez ha visto un drama histórico coreano en el que alguien sostiene una antorcha y la arroja contra una casa? ¿O ha visto a soldados en batalla disparando flechas con puntas en llamas? ¿Por qué disparan los soldados flechas de fuego contra las tropas enemigas en el campo de batalla? ¿Acaso no lo hacen con la intención de matar al enemigo?

En el pasaje de hoy, Proverbios 26:18, el autor habla de un "loco que lanza antorchas y dispara flechas para matar gente". Observemos Proverbios 26:18-19: "Como el loco que lanza antorchas y dispara flechas para matar gente, así es quien engaña a su prójimo y dice: 'Solo estaba bromeando'". Una traducción literal de la frase "loco que lanza antorchas y dispara flechas para matar gente" desde el hebreo original es "un loco que lanza bolas de fuego, flechas y muerte". Esto se refiere a alguien que prende fuego a las flechas antes de dispararlas. Es un loco que desprecia la vida humana y planea asesinatos. Debemos alejarnos de tales personas.

Cada vez que escucho noticias de Estados Unidos sobre tiroteos masivos, a menudo pienso en los individuos trastornados detrás de ellos como personas que toman a la ligera la vida humana y planean asesinatos. Resulta desconcertante cómo alguien puede despreciar la vida humana con tanta ligereza, entrar en una escuela armado, abrir fuego indiscriminadamente y segar las valiosas vidas de jóvenes estudiantes. Una vez escuché a un presentador de noticias hablar sobre la necesidad de leyes de control de armas más

estrictas; mencionaba una normativa que prohibiría la venta de armas de fuego a personas con problemas de salud mental, como aquellas con antecedentes de tratamiento psiquiátrico. Al oír esto, pensé: "¿No es eso lo más natural?". Imagínese: ¿qué sucedería si se vendiera un arma a una persona mentalmente inestable? Leí un artículo en línea que afirmaba que, en los últimos 15 años, los casos de trastorno bipolar pediátrico (enfermedad maníaco-depresiva) en Estados Unidos se han multiplicado por cuarenta, mientras que los diagnósticos de autismo han aumentado veinte veces. Se dice que el número de trastornos mentales reconocidos ha pasado de apenas seis hace un siglo a más de doscientos en la actualidad. Ante esta realidad, ¿qué ocurriría si no reforzáramos las leyes de control de armas y permitiéramos la venta de armas de fuego a personas que padecen trastorno bipolar? Imagine, por un momento, estar frente a frente con una persona trastornada —alguien que desprecia el valor de la vida humana y tiene la intención de matar— empuñando un arma; ¿No te sentirías aterrorizado y temerías por tu vida? La Biblia describe a tal persona —alguien que engaña a su prójimo y luego afirma: «Solo estaba bromeando» o «Era una simple broma»— como alguien exactamente igual a ese loco (versículo 19). Esa persona engaña a los demás sin vacilar y con un corazón desprovisto de misericordia. Es más, lejos de sentir remordimiento o pesar por el engaño, en realidad disfruta de ello. ¿Puedes visualizarlo? ¿Puedes imaginar a alguien que engaña a otros y encuentra alegría en ello, en lugar de sentir pesar o tristeza? ¡Qué cosa tan cruel y demencial! El autor de Proverbios compara a la persona que se deleita infiriendo heridas mortales a otros mediante el engaño —mientras resta importancia a todo ello tratándolo como una simple broma— con un loco que mata gente lanzando antorchas y disparando flechas.

Debemos tener cuidado con nuestra lengua. Santiago 3, en la Biblia, nos dice que la lengua humana es como el fuego y un mundo lleno de maldad (versículo 6). La Biblia también afirma que la lengua es un mal incontrolable, lleno de veneno mortal (versículo 8). Aunque la lengua humana es solo una pequeña parte del cuerpo, las Escrituras nos dicen que —al igual que una pequeña chispa que incendia un vasto bosque— su mal uso puede causar un daño inmenso (versículo 5). No debemos usar mal nuestra lengua para infligir un gran daño

a los demás. En particular, no debemos usarla para engañar a las personas. Levítico 25:14 ordena: «...no se perjudiquen unos a otros» (o «...no se engañen unos a otros»). Proverbios 24:28, sobre el cual hemos meditado anteriormente, dice: «No testifiques contra tu prójimo sin causa, ni engañes con tus labios». Además, Proverbios 25:18 afirma: «El hombre que da falso testimonio contra su prójimo es como una maza, una espada o una flecha afilada». No debemos engañar a nuestro prójimo con nuestros labios. Incluso si alguien más nos miente o nos engaña, no debemos responder de la misma manera. Por supuesto, nos abstenemos de hacerlo no solo porque la Biblia prohíbe la venganza personal, sino también porque, como cristianos, estamos llamados a evitar mentir y engañar a nuestro prójimo. No debemos olvidar que mentir o engañar al prójimo agrada al Diablo: el mentiroso y padre de la mentira (Juan 8:44). Los cristianos no debemos mentir; debemos ser veraces. Oro para que tú y yo nos consolidemos como cristianos verdaderamente sinceros. El tercer tipo de persona que debemos evitar es el hablador incesante o charlatán.

Encontré un artículo en línea titulado "Cómo tratar con un compañero de trabajo hablador". Según el artículo, existe una fuente común de conflicto en muchos lugares de trabajo: la charla incesante de un compañero que comparte demasiada información sobre su vida personal. Una encuesta realizada a 514 profesionales y empleados corporativos reveló que tres de cada cinco trabajadores tienen al menos un colega que revela detalles personales en exceso, al menos una vez a la semana. Estos charlatanes interrumpen con frecuencia el trabajo de sus compañeros y pueden poner en peligro no solo sus propias carreras, sino también las de quienes los rodean.

En el pasaje de hoy, Proverbios 26:20, el autor afirma: "Sin leña se apaga el fuego, y donde no hay chismoso, cesa la contienda".

¿Qué clase de persona se describe como un hablador incesante o charlatán? Por lo general, pensamos en alguien que simplemente habla mucho: un parlanchín. También asociamos el término con el chismoso: alguien que difunde rumores. Al mismo tiempo, se refiere a

alguien indiscreto o de lengua suelta, que revela secretos sin cuidado. ¿Cómo te sentirías si tuvieras cerca a una persona así? ¿Te resultaría agotador? El autor de Proverbios ya ha señalado en Proverbios 11:13 y 20:19: "El chismoso anda revelando los secretos de los demás, pero la persona fiel los guarda" (11:13, *Biblia Coreana Contemporánea*); "La persona que anda chismeando revela los secretos de los demás. Por tanto, no te juntes con alguien así" (20:19, *Biblia Coreana Contemporánea*). Estos versículos describen al chismoso como alguien que anda revelando los secretos ajenos. La lección aquí es que, si surge un conflicto con un prójimo que es chismoso, debemos tener cuidado con nuestras palabras. La razón es que esa persona divulgará nuestros secretos. Por lo tanto, debemos desconfiar de los chismosos; En concreto, no debemos revelarles nuestros pensamientos más íntimos. ¿Por qué afirma el autor de Proverbios en el pasaje de hoy (Proverbios 26:20) que la contienda cesa cuando desaparece el chismoso? Se debe a que el chismoso se dedica a revelar los secretos —o asuntos privados— de los demás (11:13; 20:19). Además, ocurre porque el chismoso propaga comentarios que crean discordia entre las personas (1 Timoteo 5:13) y fomentan el conflicto (Park Yun-sun). De hecho, en Proverbios 16:28, el autor declara: «El hombre perverso provoca contiendas, y el chismoso separa a los amigos íntimos» [«... el chismoso crea discordia entre amigos íntimos» (*Biblia Coreana Contemporánea*)]. Por tanto, el autor de Proverbios sostiene que, cuando se aparta a tal chismoso, la contienda cesa (26:20). Es por ello que la Biblia nos instruye a no revelar los secretos de otra persona cuando surge una disputa. La razón se encuentra en Proverbios 25:10: «No sea que quien te escuche te reprenda y tu mala fama nunca te abandone» [(Versión Coreana Contemporánea) «De lo contrario, quien lo escuche te avergonzará y tu reputación se verá afectada»]. El motivo es que, si revelamos el secreto de alguien durante una discusión, la persona que nos escucha nos avergonzará y, en consecuencia, nuestra reputación quedará manchada. El Dr. Park Yun-sun afirmó lo siguiente:

«¿Por qué siente vergüenza una persona cuando revela el secreto de otra durante una discusión? La razón es que el principio correcto dicta hablar únicamente sobre cómo resolver el asunto específico en cuestión. Sin embargo, desviarse del tema para exponer los

defectos privados de la otra persona constituye un ataque personal. Los ataques personales nunca buscan discernir la verdad; son simplemente una conducta vil e innoble. Es una falta de respeto inmiscuirse en asuntos que pertenecen a la vida privada de la otra persona. Quien actúa así enfrentará una vergüenza duradera y le resultará difícil librarse del resentimiento de la otra persona. Por tanto, cuando una disputa se vuelve inevitable, uno debe mantener la calma y hablar solo sobre el asunto en sí».

Creo que hay una gran sabiduría en estas palabras. Deberíamos centrarnos únicamente en el problema que tenemos delante en lugar de revelar los secretos de otros durante una disputa; sin embargo, hay momentos en los que no lo hacemos. Al reflexionar sobre por qué sucede esto, una razón es que perdemos de vista el objetivo de resolver el conflicto; en su lugar, nos obsesionamos con el problema mismo y se lo atribuimos enteramente a la otra persona. Como consecuencia, terminamos recurriendo a ataques personales. En última instancia, la razón por la que incurrimos en tales ataques personales es la presencia de «deseos de contienda» en nuestro interior (Santiago 4:1).

Amigos, debemos mantenernos alejados de quienes hablan demasiado: los charlatanes incansables. Debemos tener especial cuidado con aquellos que revelan fácilmente los secretos de los demás. Relacionarse con tales personas conduce a conflictos interminables. Por ello, para evitar discordias, debemos apartarnos de quienes no saben controlar su lengua.

El cuarto tipo de persona que debemos evitar es aquella a la que le encanta discutir.

Todos recuerdan las salidas de la iglesia al parque que solíamos hacer dos veces al año para asar carne, ¿verdad? ¿Alguna vez han visto a hermanos de la iglesia asando carne: colocando el carbón, rociándolo con líquido inflamable y prendiéndole fuego? Si las brasas parecen apagarse mientras asan, simplemente añaden más carbón para mantener vivo el fuego. Lo mismo ocurre con una hoguera de leña: cuando el fuego baja de intensidad,

añadimos más leña para que siga ardiendo. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 26:21: "Como el carbón a las brasas y la leña al fuego, así es la persona pendenciera para avivar la discordia". El autor de Proverbios señala que quien ama las disputas aviva las llamas del conflicto, tal como se añade carbón a un lecho de brasas o leña a un fuego encendido. Si tu ropa se incendiara en este momento, ¿qué harías? Probablemente echarías agua para apagar las llamas, ¿verdad? Pero ¿qué sucedería si, en lugar de agua, echaras gasolina? Del mismo modo, cuando dos personas discuten, debemos actuar como pacificadores echando "agua" a la situación; si echamos "gasolina" en su lugar, ¿qué ocurre con la disputa? ¿Acaso no se avivará y se intensificará el conflicto? Por ejemplo, si dos familiares discuten en casa, alguien podría intervenir imprudentemente y, sin querer, agravar el conflicto. Cuando un cónyuge y un hijo discuten, deberíamos ayudar a reconciliarlos; sin embargo, podríamos —incluso involuntariamente— empeorar la discusión. Tales situaciones suelen escalar cuando uno no controla sus propias emociones, se deja arrastrar por la ira de quienes ya están discutiendo y termina enfadándose también. Por eso el autor de Proverbios afirmó en Proverbios 15:18: "El hombre irascible provoca contiendas, pero el que tarda en enojarse calma la discordia". La persona de temperamento vivo (irascible) incita a las peleas; en cambio, quien tarda en enojarse (y rara vez pierde los estribos) pone fin a las disputas.

En Proverbios 25:24 —pasaje sobre el que ya hemos meditado—, el autor habla de una "mujer pendenciera" o una "mujer amante de las discusiones". Afirma que es mejor vivir solo en una choza que compartir una casa grande con una mujer pendenciera. ¿Por qué, entonces, discute una esposa con su marido? Proverbios 15:1 —sobre el cual también hemos reflexionado anteriormente— nos dice: "La respuesta amable calma la ira, pero la palabra áspera aviva el enojo". ¿Puedes visualizarlo? En lugar de usar palabras amables para calmar la ira de la otra persona, si uno le habla con dureza a alguien enfadado —como echar aceite al fuego—, ¿cómo reaccionará esa persona? La razón por la que una esposa discute con su marido es precisamente debido a una "lengua difamadora" (una lengua que chismea o habla mal de los demás). Observemos Proverbios 25:23: "Como el viento del norte trae lluvia, así la lengua que murmura a espaldas de otro provoca ira". Aquí, la "lengua que

murmura" se refiere a una "lengua intrigante": las palabras de un adulador que busca perjudicar a otros para su propio beneficio. Cuando un esposo escucha tales palabras, estas provocan ira, lo que conduce a conflictos en la pareja. Por eso, Proverbios 21:9 y 19 afirman: "Mejor es vivir en una choza que en una casa grande con una mujer pendenciera... Mejor es vivir en el desierto que con una mujer pendenciera e iracunda". Mientras que Proverbios 21:9 habla de una "mujer pendenciera", el versículo 19 la describe como "pendenciera e iracunda". Esto revela que la causa raíz del conflicto matrimonial es la incapacidad de controlar el propio temperamento y la tendencia a dejarse llevar por la ira. Proverbios 15:18 lo confirma al declarar: "El hombre irascible provoca contiendas".

Amigos, no debemos ser propensos a la ira; al contrario, debemos ser lentos para enojarnos. La razón es que "el que es lento para la ira calma las contiendas" (versículo 18). Debemos ser personas lentas para la ira y que pongan fin a las disputas. ¿Cuál es la razón de esto? Porque Filipenses 2:14, en la Biblia, nos instruye a "hacer todo sin murmuraciones ni discusiones". El apóstol Pablo dio esta instrucción a los creyentes de Filipos porque tales murmuraciones y discusiones existían dentro de su iglesia (versículo 3). La causa raíz de estas murmuraciones y discusiones (peleas) era la vanidad (versículo 3). Cuando hay personas en la iglesia que buscan una gloria vacía y superficial, que excede su propia condición, inevitablemente surgen quejas y conflictos. Lo mismo ocurre en la iglesia moderna: las quejas y los conflictos dentro de la iglesia provienen de la vanidad que llevamos dentro. Impulsados por esta vanidad, actuamos conforme a nuestros viejos hábitos —siguiendo los deseos que nos llevan a luchar (Santiago 4:1)—, lo cual provoca conflictos dentro de la iglesia. ¿Por qué, entonces, debemos los cristianos «hacer todo sin murmuraciones ni discusiones», tal como exhortó el apóstol Pablo? Para que seamos irreprensibles y puros —hijos de Dios sin mancha—, brillando como luminares en medio de una generación torcida y perversa (Filipenses 2:15). El mundo en que vivimos es torcido; en lugar de seguir el camino recto y justo ordenado por el Señor, sigue una senda retorcida. Los corazones también están retorcidos y, debido a ello, tanto las palabras como las acciones se vuelven retorcidas. En este mundo torcido y perverso, debemos vivir como hijos de Dios

irreprensibles, reflejando la luz de Jesús (versículo 15). Para lograrlo, debemos realizar todo sin murmuraciones ni discusiones.

El quinto y último tipo de persona que debemos evitar es aquella a la que le encanta chismorrear sobre los demás.

¿Alguna vez has descubierto que alguien estaba difundiendo rumores maliciosos sobre ti? Si es así, ¿cómo reaccionaste al enterarte de que esa persona había inventado mentiras —cosas totalmente falsas— y las había propagado? Yo viví una experiencia así. Alguien inventó una historia basada únicamente en mentiras y difundió rumores negativos sobre mí en su complejo residencial; con el tiempo, personas relacionadas con la situación acudieron a mí para contarme lo que se decía. Recuerdo haber compartido una comida con dos de esas personas en un restaurante cerca de la iglesia y escuchar todos los detalles; me quedé tan atónito que simplemente me eché a reír. Recuerdo que sentía más lástima por aquellos dos individuos —que se habían visto envueltos en los falsos rumores debido a su relación conmigo— que por mí mismo. En particular, sentí un profundo pesar por uno de ellos, que ni siquiera asistía a la iglesia, por lo que recuerdo haber pedido disculpas en nombre de la persona que había difundido los rumores.

Observa el pasaje de hoy, Proverbios 26:22: "Las palabras del chismoso son como bocados sabrosos; penetran hasta lo más profundo del ser" [(Versión coreana contemporánea) "Las palabras de quien difunde rumores negativos son como comida deliciosa; a la gente le encanta tragárselas"]. Hay una meditación devocional que recuerdo vívidamente, titulada "La estrategia de Satanás (4)". Era una reflexión para el tiempo de devoción personal basada en Hechos 21:27-36; al meditar en ese pasaje, comprendí que una de las estrategias de Satanás es el uso de "rumores" (versículo 31). La esencia del pasaje es que el apóstol Pablo aceptó el consejo de Santiago —líder de la iglesia de Jerusalén— y de los ancianos; entró en el templo con cuatro hombres que habían hecho el voto de nazareo, pagó sus diversas ofrendas y participó en sus rituales. Hizo esto para demostrar de manera contundente cuán

devoto y observante de la ley era como judío. Al caer la tarde de aquel día, unos judíos de Asia —que habían acudido para la fiesta de Pentecostés— vieron a Pablo en el templo, incitaron a la multitud y lo apresaron (Yoo Sang-seop). Alborotaron a la multitud lanzando acusaciones falsas y sin fundamento contra el apóstol Pablo. En lugar de verificar primero los hechos, actuaron basándose en meras especulaciones, incitando a los hombres judíos presentes en el Atrio de Israel, dentro del templo, a apoderarse de Pablo. El apóstol Pablo ya había vivido una experiencia similar en Iconio (Hechos 14). Cuando él y Bernabé fueron a Iconio y predicaron el evangelio en la sinagoga judía —tal como era su costumbre—, vieron cómo un gran número de judíos y griegos llegaban a la fe (v. 1); sin embargo, también sufrieron persecución cuando judíos rebeldes incitaron a los gentiles y envenenaron sus mentes contra los hermanos (v. 2), lo que llevó a intentos de maltratar y apedrear a los dos apóstoles (v. 5). Un detalle interesante aquí se encuentra en la traducción NIV, que describe esta incitación como "envenenar sus mentes contra los hermanos" (v. 2). En otras palabras, los judíos rebeldes inyectaron veneno en la mente de los gentiles, poniéndolos en contra de los hermanos.

¡Qué situación tan deplorable y frustrante! Sin embargo, cosas así suceden incluso en las iglesias de nuestros días. Aún hoy, hay personas dentro de la iglesia que alborotan a la congregación difundiendo afirmaciones falsas. En lugar de basar sus argumentos en hechos, se apoyan en meras especulaciones para atacar a quienes les desagradan o a quienes odian; finalmente, incitan a otros a ponerse de su lado, creando facciones dentro de la iglesia. Proverbios 16:28 afirma: «El hombre perverso provoca contiendas, y el chismoso separa a los mejores amigos». Considerando la enseñanza bíblica de que «donde hay muchas palabras, no falta el pecado» (Proverbios 10:19), es muy posible que un chismoso dentro de la iglesia invente repetidamente historias —sin fundamento real— que inciten a otros creyentes y provoquen discordia. Las iglesias caen en conflicto porque escuchan las mentiras del diablo. El diablo resalta constantemente las diferencias de opinión y aviva la discordia para provocar enfrentamientos.

No debemos ser dados a hablar de los demás; debemos actuar con gran cautela. La razón es que tales conversaciones inevitablemente perjudican a la persona de quien se habla. Por ejemplo, hablar de otros puede encender «contiendas» (Proverbios 18:6; 26:20) y crear una brecha entre «mejores amigos» (Proverbios 16:28). Por eso, el Salmo 101:5 advierte contra "difamar en secreto" al prójimo, y Proverbios 17:9 aconseja no insistir repetidamente en las ofensas. Debemos evitar pronunciar "palabras descuidadas" (Mateo 12:36). Además, no debemos ir de casa en casa dedicándonos a conversaciones ociosas o a chismes (1 Timoteo 5:13).

El hipócrita...

[Proverbios 26:23-28]

¿Alguna vez has luchado contra la hipocresía que se revela en tu interior al examinarte ante Dios y Su Palabra? Los pastores como yo, a quienes se nos ha confiado la Palabra, inevitablemente lidiamos con la hipocresía expuesta en nuestras propias vidas mientras predicamos y enseñamos el mensaje de Dios. Hay momentos —a menudo después de haber proclamado la Palabra— en los que el Espíritu Santo, que mora en mí, me revela que no estoy viviendo de acuerdo con el mismo mensaje que prediqué; en esos instantes, siento una punzada de conciencia y me desanimo, viéndome a mí mismo como alguien lamentable debido a mi hipocresía. Volví a leer un pasaje del libro del difunto pastor Ok Han-heum, *Pastor Ok Han-heum a los pastores*: "En verdad, no existe profesión en la que sea más fácil convertirse en hipócrita que en el ministerio. No hay nadie con mayor probabilidad de volverse hipócrita que un pastor. Y si esa hipocresía se arraiga como un mal hábito, la conciencia se marchita. Por tanto, debes comprender el aterrador precipicio sobre el que te encuentras. Ten presente este hecho". Estas son palabras que deben quedar profundamente grabadas en nuestros corazones. La afirmación de que la hipocresía, una vez arraigada como hábito, hace que la conciencia desaparezca, resuena profundamente en mí. Convertirse en un pastor con una conciencia paralizada o ausente... qué estado tan peligroso es ese. Juan Calvino se refería a los hipócritas de esta manera: "Los hipócritas ocultan hábilmente su orgullo tras la máscara del celo". Debemos estar siempre alerta contra la hipocresía que esconde el orgullo detrás de una máscara de celo.

Al observar el texto de hoy, Proverbios 26:24, la *Versión Coreana Contemporánea* (Hyundai-in-ui Seong-gyeong) dice: "El hipócrita oculta sus verdaderos sentimientos con palabras de adulación" [(Versión Coreana Revisada): "Un enemigo se disfraza con sus labios, mientras alberga engaño en su interior"]. Hoy quisiera reflexionar sobre un punto clave basado en el pasaje de Proverbios 26:23–28 —específicamente sobre la naturaleza del hipócrita— y extraer las lecciones que ofrece.

El punto central de nuestra meditación es que las palabras del hipócrita difieren de lo que hay en su corazón. Cuando escuchamos la palabra "hipócrita", a menudo pensamos en la "hipocresía" (o *oesik* en coreano); pero ¿qué significa realmente este término? En el hebreo del Antiguo Testamento, el significado es "aquel que se oculta" o "hipócrita"; en otras palabras, alguien que esconde su verdadero ser. En el Nuevo Testamento se utilizaba la palabra griega *hypokritēs*; originalmente se refería a un actor que llevaba una máscara en el escenario, pero más tarde pasó a significar hipócrita o farsante. Este término describe una actitud falsa —frecuente entre las personas religiosas— en la que se mantiene una apariencia externa de piedad carente de su verdadero poder. La hipocresía se ejemplifica mejor en aquellos que proyectan la imagen de un cristiano devoto hacia el exterior, mientras albergan falsedad e hipocresía en su interior. Los fariseos fueron los hipócritas por excelencia de la época de Jesús. Dado que gozaban de un alto estatus social en la sociedad judía y sentían un intenso deseo de exhibir su fe, llegaron a ser vistos como la encarnación misma de la hipocresía, la ostentación vacía y la fingimiento. Eran hipócritas que adoptaban posturas engañosas y hacían gala de su propia justicia. Agustín observó que, al igual que los actores fingen ser alguien distinto a sí mismos —interpretando papeles que no reflejan su verdadera identidad—, cualquier persona que intente aparentar ser alguien diferente a quien realmente es, ya sea dentro de la iglesia o en la vida cotidiana, es esencialmente un hipócrita o un actor. Thomas Watson, predicador puritano, teólogo y autor inglés del siglo XVII, escribió lo siguiente en su libro *El arrepentimiento*: «El arrepentimiento es necesario para los hipócritas. La hipocresía es una mascarada de santidad; el hipócrita —o actor teatral— va un paso más allá que el moralista al ataviarse con el ropaje de la religión. Profesa

una apariencia de piedad, pero niega su poder (2 Timoteo 3:5). El hipócrita es como una casa de hermoso exterior, pero cuyas habitaciones interiores están todas a oscuras. Es una columna podrida bellamente recubierta de oro; bajo la máscara de su profesión de fe, oculta las llagas de una enfermedad contagiosa. El hipócrita puede oponerse a pintarse el rostro, y sin embargo se maquilla para fingir santidad. Puede ser verdaderamente malvado precisamente porque parece bueno por fuera. El hipócrita parece fijar la mirada en el cielo, pero su corazón está lleno de deseos impuros y carnales. Vive en pecado secreto, actuando contra su propia conciencia. Escucha la Palabra, pero esta solo llega a sus oídos. Es celoso en su devoción a la iglesia —ganándose la admiración y los elogios de los demás—, pero descuida su vida en el hogar y la oración privada. El hipócrita finge humildad, pero solo para ascender en el mundo. Profesa la fe, pero la usa como máscara en lugar de como escudo. Lleva una Biblia bajo el brazo, pero no la lleva en el corazón. Toma la lámpara de la Palabra y examina tu corazón para ver si encuentras en él alguna razón para el arrepentimiento» (Internet).

Consideremos, pues, seis formas en que los labios del hipócrita difieren de su corazón.

En primer lugar, los labios del hipócrita son amables, pero su corazón es malvado. Por favor, miremos el texto de hoy, Proverbios 26:23: «Labios fervientes con un corazón malvado son como un recubrimiento de esmalte sobre una vasija de barro». ¿Conoces las donas Krispy Kreme? Recuerdo haber oído rumores cuando supe de ellas por primera vez: la gente decía que simplemente se deshacían en la boca. Intrigado, visité una tienda Krispy Kreme y probé una dona glaseada original recién hecha; estaba verdaderamente deliciosa. También recuerdo una ocasión en la que mi esposa terminó de corregir mi tesis de maestría en teología (Th.M.) para el Seminario Teológico Fuller; cuando le pregunté qué quería como recompensa, pidió una docena de donas Krispy Kreme, así que se las compré. Por supuesto, la tienda ofrece varios tipos de donas, pero en la que quiero centrarme hoy es en la dona glaseada. Aquí, el «glaseado» se refiere a la fina capa a base de azúcar que se aplica sobre la parte superior de la dona. Sin embargo, el glaseado no se limita a las donas. El pescado

también puede glasearse; en ese contexto, el glaseado se refiere a la fina capa de hielo que se aplica al pescado congelado para evitar la deshidratación o el deterioro. El glaseado también se utiliza comúnmente en el acabado de la madera; su aplicación le otorga un brillo atractivo y lustroso. Además, se aplica glaseado a la cerámica. La cerámica glaseada tiene un aspecto más brillante y atractivo. En inglés, este proceso de aplicar un glaseado a la cerámica se denomina *coating* (recubrimiento). En coreano, hablamos de aplicar un esmalte o glaseado a la cerámica.

Al observar el pasaje de hoy, Proverbios 26:23, la Biblia afirma: «Labios ardientes y un corazón malvado son como una vasija de barro cubierta de escoria de plata». La frase «cubierta de escoria de plata» significa aquí una vasija de barro recubierta con un esmalte o glaseado. Esto quiere decir que «un corazón malvado tras unos labios que suenan amables» es exactamente así. Imagínelo: ¿qué sucede cuando el corazón es malvado, pero se recubre esa maldad con «labios amables»? Para expresarlo en los términos de la *Versión Coreana Contemporánea* (Hyundai-in-ui Seong-gyeong): ¿qué ocurre cuando el corazón es perverso, pero se le da un acabado brillante —o se oculta— con «palabras amables»? ¿No es acaso esta la definición misma de la fingimiento y la hipocresía? ¿Albergar un corazón malvado mientras se envuelve hábilmente en palabras amables? Aquí debemos detenernos a considerar la expresión «labios amables». Aquí, unos labios «amables» pueden implicar «palabras lisonjeras», «discurso adulador» o incluso labios «ardientes» (Swanson). Describe a un hipócrita que alberga malicia hacia otra persona, pero habla con suavidad y ofrece adulación, disfrazando su intención malvada con palabras que suenan a amor cálido y ferviente (Gesenius). El Dr. Park Yun-sun lo describió de esta manera: «Esto se refiere a un hipócrita —o adulador— que expresa sentimientos con ferviente amabilidad, sin sentirlos realmente en su corazón». Puedes visualizarlo, ¿verdad? Puedes imaginar las palabras de un hipócrita que habla con tal ferviente amabilidad, aun cuando su corazón no alberga tal sinceridad, ¿cierto?

Al reflexionar sobre quién en la Biblia albergaba un corazón malvado pero lo ocultaba tras palabras fervientes, amables y cariñosas, la primera persona que me vino a la mente fue alguien que no logró hacerlo con éxito: Labán, el tío de Jacob. En Génesis 31:1-2, Jacob escucha a los hijos de Labán afirmar que él había «quitado todo lo que era de nuestro padre» y «acumulado toda esta riqueza a costa de los bienes de nuestro padre». Jacob también percibe que la actitud de Labán hacia él ya no es la misma de antes. Este relato sugiere que Labán no supo ocultar adecuadamente sus verdaderos sentimientos; el cambio en su comportamiento fue tan evidente que incluso Jacob pudo notarlo. Creo que lo mismo se aplica a los hijos de Labán; ellos tampoco lograron disimular sus verdaderos sentimientos hacia Jacob. Hablaban abiertamente entre ellos —lo suficientemente alto como para que Jacob los oyera— acusándolo de apropiarse de las posesiones de su padre y de amasar riqueza a costa de ellas. Aunque probablemente no se dieron cuenta de que Jacob escuchaba, quienes realmente saben ocultar malas intenciones habrían tenido mayor cuidado para asegurarse de que la otra parte no los oyera. Así pues, ni Labán ni sus hijos lograron ocultar sus verdaderos sentimientos: Labán no pudo disimular su cambio de actitud, y sus hijos no lograron ocultar sus palabras hostiles hacia Jacob. Esto me llevó a reflexionar más a fondo: ¿quién en la Biblia logró ocultar un corazón malvado tras palabras cálidas y amables? La figura que me vino a la mente fue la serpiente de Génesis 3, la que engañó a la primera mujer de la humanidad. Escucha las palabras que la serpiente utilizó para engañar a la mujer. Escucha su conversación una vez más:

Serpiente: «¿De verdad dijo Dios: "No deben comer de ningún árbol del jardín"?» (v. 1),
Mujer: «Podemos comer del fruto de los árboles del jardín, pero Dios dijo: "No coman del fruto del árbol que está en medio del jardín, ni lo toquen, o morirán"» (vv. 2-3),
Serpiente: «Ciertamente no morirán. Porque Dios sabe que, cuando coman de él, se les abrirán los ojos y serán como Dios, conociendo el bien y el mal» (vv. 4-5). ¡Qué dulces eran las palabras de la serpiente! Al oír esas palabras dulces, la mujer miró el árbol —al cual ni siquiera debería haber dirigido la vista— y vio que era «bueno para comer, agradable a la vista y también deseable para alcanzar sabiduría» (v. 6). Finalmente, «tomó de su fruto y

comió. También le dio a su esposo [Adán], que estaba con ella» (v. 6). De esta manera, Satanás recubre y presenta hábilmente sus malas intenciones con palabras amables y suaves. El ejemplo principal de esto es el relato de Mateo 4, donde el diablo tienta a Jesús. Después de que Jesús hubo ayunado cuarenta días y cuarenta noches y sintiera hambre, el diablo —el tentador— se le acercó y le dijo:

El diablo: «Si eres el Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan» (v. 3). Jesús: «Escrito está: "No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"» (v. 4).

Luego, el diablo llevó a Jesús a la ciudad santa, lo puso sobre el pináculo del templo y le dijo: «Si eres el Hijo de Dios, tírate abajo. Pues escrito está: "A sus ángeles mandará acerca de ti", y "en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra alguna"» (v. 6). Jesús: «También está escrito: "No tentarás al Señor tu Dios"» (v. 7).

En ese momento, el diablo llevó a Jesús a un monte altísimo, le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré si te postras y me adoras» (v. 9). Jesús: «¡Vete, Satanás! Porque escrito está: "Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás"» (v. 10).

Amigos, el corazón de un hipócrita es malvado. Sin embargo, el hipócrita oculta y disimula hábilmente ese corazón malvado. ¿Cómo lo disimula? Así como se puede recubrir una vasija de barro con plata para darle brillo, el hipócrita oculta su corazón malvado tras palabras amables para aparentar rectitud. En particular, reviste su maldad con una apariencia de bondad, expresándose mediante palabras cálidas y afectuosas. Entonces, ¿qué debemos hacer?

(1) Debemos examinarnos ante Dios. Al realizar este autoexamen, si el Dios santo —a través de su santa Palabra— pone al descubierto nuestra propia hipocresía, debemos confesarla y arrepentirnos de ese pecado.

(2) Si hay un hipócrita a nuestro alrededor, no debemos confiar en lo que dice.

Por muy suave o amable que sea su forma de hablar, no debemos prestar oídos a sus palabras. Aunque su discurso apasionado nos transmita una sensación de amor, no debemos creer lo que dice.

(3) Al igual que Jesús, debemos vencer las palabras del hipócrita con la Palabra de Dios.

Para ello, debemos estar llenos de la Palabra y del Espíritu Santo. Cuando lo estamos, el Espíritu Santo nos capacita para discernir las palabras del hipócrita. Además, el Espíritu Santo trae la Palabra de Dios a nuestra mente —mostrándonos cómo responder al hipócrita y cómo superar sus tentaciones seductoras— y nos concede la victoria mediante esa Palabra.

Mientras meditaba en este pasaje, escribí lo siguiente: «Las mentiras descaradas de Satanás —persuasivas y de tono verdaderamente dulce— pueden parecer bíblicas, pero en realidad son distorsiones contrarias a la Biblia, creadas al añadir o restar apenas un 1 % al 99 % de la Escritura auténtica. Sin una mentalidad cien por cien bíblica, es inevitable ser engañado…». Deseemos todos con fervor la Palabra de Dios para poseer una mentalidad plenamente bíblica. Oro para que todos estemos llenos de la Palabra, lo que nos permitirá discernir el corazón malvado de un hipócrita incluso cuando habla con labios amables. Por tanto, no nos dejemos engañar por las palabras suaves, cálidas y amables del hipócrita.

En segundo lugar, el hipócrita oculta sus sentimientos de odio tras la adulación.

Cuando sientes odio hacia alguien, ¿eres capaz de ocultarlo con éxito? ¿Puedes conversar cómodamente con la persona a la que detestas? Creo que eso no es nada fácil. Un ejemplo claro de esto se encuentra en la historia de los hermanos de José. Observemos Génesis 37:4:

«Y viendo sus hermanos que su padre lo amaba más que a todos sus hermanos, le aborrecían, y no podían hablarle pacíficamente». Los hermanos de José lo odiaban porque veían que su padre, Jacob, amaba a José más que a ellos. En consecuencia, la Biblia registra que no podían hablarle de manera amistosa. Finalmente, no lograron ocultar su odio hacia José. Cuando José compartió sus sueños con ellos, su odio hacia él no hizo más que intensificarse (versículos 5 y 8). Al final, dejaron de ocultar su odio por completo e incluso conspiraron para matarlo (versículo 18). Otro ejemplo se encuentra en la historia de Amnón, hijo del rey David. Tras desear sexualmente a Tamar, la hermana de Absalón (2 Samuel 13:4), y forzarla (versículo 14), llegó a odiarla intensamente; la Biblia señala que su odio hacia ella era incluso mayor que el amor que había sentido anteriormente por ella (versículo 15). Los sentimientos de odio son increíblemente poderosos y se manifiestan fácilmente de una forma u otra. Tal es la naturaleza aterradora del odio. Observemos el texto de hoy, Proverbios 26:24: «El que odia disimula con sus labios, pero en su interior alberga engaño» [(Versión coreana contemporánea) «El hipócrita oculta sus verdaderos sentimientos con palabras halagadoras»]. La Biblia nos dice que el hipócrita oculta incluso un odio asesino tras palabras de adulación. ¿No resulta aterrador? Es asombroso que un hipócrita pueda ocultar sentimientos tan odiosos y, de hecho, ofrecer adulación a la misma persona que detesta. En este contexto, la palabra hebrea para «sentimientos» implica hostilidad abierta y conflicto con otro; esencialmente, convertirse en enemigo de esa persona (Swanson). En otras palabras, mientras el hipócrita alberga odio en su corazón hacia un enemigo, disfraza ese odio con un discurso halagador. Aunque lo oculte, el hipócrita alberga constantemente el engaño y contempla repetidamente cómo traicionar a ese enemigo (Spence-Jones). Sin embargo, con sus labios, ofrece palabras de adulación a esa misma persona. Meditar en este pasaje me trajo a la mente a Judas Iscariote —quien traicionó a Jesús—. Según Mateo 26:49, una gran multitud enviada por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo —armada con espadas y garrotes— llegó con Judas Iscariote (versículo 47) a Getsemaní, donde Jesús oraba, para arrestarlo. Judas dijo a la multitud: «Al que yo bese, ese es» (versículo 48); luego se acercó a Jesús, dijo: «¡Saludos, Rabí!» y lo besó (versículo 49). Pensemos en Judas Iscariote: interiormente decidido a traicionar a Jesús mientras se

acercaba a Él junto a la gran multitud enviada por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo, pero saludándolo exteriormente con un «¡Saludos, Rabí!» y un beso; ¡qué imagen de hipocresía astuta! En Lucas 22:48, el autor Lucas registra que Jesús le dijo: «...Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del Hombre?». Por su parte, el autor Mateo registra en Mateo 26:50: «Amigo, haz lo que viniste a hacer». Jesús conocía el corazón de Judas Iscariote —su intención de traicionarlo—, la cual permanecía oculta bajo aquellas palabras y aquel beso hipócritas. Sin embargo, a pesar de esto, Jesús le dijo: «Amigo, haz lo que viniste a hacer». Según la Septuaginta, el texto de Proverbios 26:24 dice: «Un enemigo llora y hace promesas con sus labios, pero en su corazón trama engaños con astucia». En otras palabras, el hipócrita oculta el odio que siente hacia alguien a quien desprecia y, mientras derrama lágrimas, hace promesas en un intento calculado de engañar a esa persona. Lo más probable es que la mayoría de la gente se dejara engañar por las lágrimas de tal hipócrita. ¿Cómo podemos, entonces, reconocer verdaderamente a un hipócrita que utiliza las lágrimas para ocultar sus sentimientos de odio?

No debemos convertirnos en personas que usan la adulación para ocultar sus sentimientos de odio, como hacen tales hipócritas. ¿Por qué? El Salmo 12:3 nos dice: «Que el Señor corte todos los labios lisonjeros y toda lengua jactanciosa». En lugar de adular a los demás, deberíamos ofrecer una reprensión honesta. La razón es que «quien reprende a una persona ganará al final más favor que aquel que tiene una lengua lisonjera» (Proverbios 28:23). Debemos desconfiar de las palabras halagadoras de los hipócritas. En particular, debemos discernir cuidadosamente los halagos que fabrican con sus labios para ocultar su animosidad. Al meditar en Proverbios 26:24, escribí lo siguiente: «Creo que una persona que intenta ocultar su odio tras los halagos —aunque tales sentimientos inevitablemente se revelan de una forma u otra— es verdaderamente alguien aterrador. Además, considero extremadamente peligrosa a una persona capaz de ocultar su odio incluso mientras derrama lágrimas. No debemos dejarnos engañar por los halagos y las lágrimas de tales hipócritas. Especialmente ante Dios...». Debemos dejar de engañarnos a nosotros mismos con nuestras propias oraciones hipócritas, llenas de halagos y lágrimas.

En tercer lugar, aunque las palabras de un hipócrita puedan sonar agradables, su corazón está lleno de pensamientos viles.

¿Percibes la sinceridad de una persona cuando dice algo solo para complacerte? Personalmente, a menudo me cuesta sentir una sinceridad genuina cuando alguien pronuncia palabras destinadas simplemente a sonar bien a mis oídos; con frecuencia, parece no ser más que una formalidad cortés. Esto es especialmente cierto si sé que la persona alberga mala voluntad hacia mí; por muy agradables que suenen sus palabras, no puedo aceptarlas como sinceras. ¿Y tú?

Observa el pasaje de hoy, Proverbios 26:25: «No le creas, aunque sus palabras sean agradables, pues hay siete abominaciones en su corazón» [(Versión en Lenguaje Moderno) «Por muy agradables que suenen sus palabras, no puedes creerlas, porque su corazón está lleno de pensamientos viles»]. La Versión en Lenguaje Moderno de Proverbios 26:25 afirma que no podemos creer las palabras agradables de un hipócrita porque su corazón está lleno de pensamientos viles. De hecho, como reflexionamos al analizar el versículo 24, el hipócrita utiliza palabras lisonjeras para ocultar su odio hacia nosotros; por lo tanto, ¿cómo podríamos creer lo que dice, por muy agradable que suene? Especialmente si somos conscientes de que su corazón está lleno de pensamientos viles, ¿cómo podríamos confiar en sus palabras amables? Ciertamente no podemos creerle. Seríamos insensatos si creyéramos en las palabras agradables de un hipócrita.

Al meditar en este pasaje, recordé a personas insensatas. La primera de ellas es el rey Acab de Israel, quien aparece en el capítulo 18 de 2 Crónicas. Considero insensato al rey Acab porque odiaba al verdadero profeta Micaías, simplemente porque las profecías de este sobre él eran «siempre malas» (versículo 7). Más bien, actuó con insensatez al preferir escuchar las profecías falsas y favorables de 400 falsos profetas, tales como: «Sube a Ramot de Galaad y triunfa, pues el Señor entregará la ciudad en manos del rey» (versículo

11). El contexto de este pasaje es el siguiente: antes de partir a luchar en Ramot de Galaad junto al rey Josafat de Judá (versículo 3), Josafat pidió a Acab que «consultara primero la palabra del Señor» (versículo 4). Tras escuchar las profecías favorables de los 400 falsos profetas (versículo 5), Josafat preguntó: «¿No hay ningún otro profeta a quien podamos consultar?» (versículo 6). Acab mencionó a Micaías, pero admitió que lo odiaba porque este nunca profetizaba nada bueno sobre él, sino solo cosas malas (versículo 7). Ante esto, Josafat le dijo a Acab: «No digas tales cosas» (versículo 7). Otro grupo de personas insensatas fueron los israelitas durante la época del profeta Jeremías. Se negaron a prestar atención a las palabras de los verdaderos profetas que Dios había enviado constantemente (Jeremías 26:5) y, en su lugar, escucharon a falsos profetas que decían mentiras (27:10, 14–16). En otras palabras, en lugar de atender el mensaje del juicio de Dios (26:3, 13, 19) proclamado por el verdadero profeta, escucharon a los falsos profetas que hablaban de paz (28:9). Aunque la situación estaba lejos de ser pacífica, el pueblo de Judá escuchó y creyó a los falsos profetas que clamaban: «Paz, paz» (6:14, 8:11; 28:15). Estos falsos profetas no solo profetizaban «paz, paz», sino que también afirmaban falsamente: «No serviréis al rey de Babilonia» (27:9, 14). Aunque Dios claramente no los había enviado, el pueblo de Judá escuchaba las mentiras que ellos profetizaban en nombre de Dios (versículos 10, 14, 15, 16). ¡Qué pueblo tan insensato era!

Creo que la situación no es diferente hoy en día. Nosotros, los cristianos —a menudo imprudentes e insensatos—, no prestamos atención a la sana doctrina; en cambio, siguiendo nuestros propios deseos, escuchamos a maestros que nos dicen lo que queremos oír: palabras que «halagan nuestros oídos» (como se describe en 2 Timoteo 4:3). Incluso creemos y decimos «amén» a las palabras de sonido agradable pronunciadas por maestros que sabemos que son hipócritas. ¡Qué insensatez es esta! Proverbios 26:25 nos advierte que no creamos en las palabras de tales hipócritas, por muy agradables que parezcan. La razón es que sus corazones están llenos de pensamientos viles (versículo 25).

Debemos escuchar la sana doctrina. Aunque la sana doctrina no halague nuestros oídos ni suene agradable, debemos estar prontos a escucharla. Incluso debemos prestar atención a la palabra de verdad —que actúa como la espada del Espíritu Santo— cuando nos reprende y nos amonesta. Independientemente de si la palabra de verdad suena agradable o desagradable a nuestros oídos, debemos escucharla con fe, reconociéndola como la palabra de Dios que nutre nuestras almas. Podemos confiar en la palabra de Dios porque sus innumerables pensamientos hacia nosotros son verdaderamente preciosos y valiosos (Salmo 139:17-18).

En cuarto lugar, aunque un hipócrita oculte su odio mediante el engaño, su maldad quedará inevitablemente expuesta ante la asamblea.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 26:26: «Aunque el odio se oculte con engaño, su maldad será revelada ante la asamblea» [Versión coreana contemporánea: «Por muy bien que oculte sus sentimientos, sus malas acciones quedarán expuestas al público»]. Anteriormente meditamos sobre Proverbios 26:24, que afirma que «el hipócrita oculta sus sentimientos con palabras lisonjeras». Los «sentimientos» a los que se hace referencia aquí son sentimientos de odio; en otras palabras, el hipócrita oculta su odio tras la adulación. Sin embargo, el texto de hoy, Proverbios 26:26, habla de ocultar ese odio no solo mediante «palabras lisonjeras» (como en el versículo 24), sino a través del «engaño».

Personalmente, considero que una persona que engaña a los demás mientras oculta su odio es mucho más temible y peligrosa que alguien que no oculta su odio y lo expresa abiertamente de alguna manera. Al buscar ejemplos de este tipo de personas en la Biblia, me vienen a la mente el rey Saúl —quien intentó matar a David— y Absalón, el hijo de David. El rey Saúl estaba consumido por unos celos homicidas que lo llevaron a intentar acabar con la vida de David una y otra vez. No lograba ocultar su odio —que era lo suficientemente intenso como para desear la muerte de David— y, por el contrario, lo mostraba abiertamente ante todos. Al igual que Saúl, Esaú (del libro del Génesis) tampoco ocultó su animosidad;

odiaba tanto a su hermano menor, Jacob, que incluso planeó matarlo (Génesis 27:41). En cambio, Absalón mantuvo su odio oculto durante dos años enteros. Cuando su hermana Tamar fue violada y deshonrada por Amnón —otro de los hijos de David—, Absalón albergó un profundo odio en su corazón pero no lo manifestó; no le dijo nada a Amnón sobre la ofensa cometida, ocultando su resentimiento durante dos años (2 Samuel 13:22-23). Luego, «dos años más tarde», Absalón organizó un banquete, invitó a Amnón y a los demás príncipes, y finalmente mató a Amnón (versículos 23-29). El odio albergado en el corazón es algo aterrador y peligroso. Si odiamos a alguien, ese odio puede acumularse con el tiempo y llevarnos a cometer un pecado aún mayor contra la persona a la que despreciamos.

1 Juan 3:12 dice en la Biblia: «No seamos como Caín, que pertenecía al maligno y asesinó a su hermano. ¿Y por qué lo asesinó? Porque sus propias acciones eran malas y las de su hermano eran justas». Génesis 4:4–5 nos dice que Caín se enfureció y su semblante decayó porque Dios aceptó la ofrenda de su hermano menor, Abel, pero no la suya. Esto recuerda cómo los hermanos de José lo odiaban y no podían hablarle amigablemente tras ver que su padre, Jacob, amaba a José más que a ellos (Génesis 37:4). Finalmente, Caín atacó y mató a su hermano Abel (4:8). Dios le dijo a Caín: «Si haces lo correcto, ¿no serás aceptado? Pero si no haces lo correcto, el pecado está agazapado a tu puerta; te desea, pero tú debes dominarlo» (versículo 7). Como Caín no hizo lo correcto ante los ojos de Dios, el pecado acechaba a la puerta de su corazón. Al igual que un tigre que muestra sus afiladas garras y acecha a su presa, el Diablo estaba agazapado a la puerta del corazón de Caín —su presa elegida—, buscando tentarlo e impulsarlo a cometer el mal. Sin embargo, Caín no logró vencer el pecado; por el contrario, permitió que este se apoderara de él, llegando finalmente a asesinar a Abel.

Amados, el diablo anda ahora mismo «como león rugiente, buscando a quien devorar». Por eso, la Biblia nos dice que estemos «bien despiertos y totalmente vigilantes» (1 Pedro 5:8). Debemos estar especialmente alerta ante el odio que Satanás siembra en nuestros corazones. Satanás hace que nos neguemos a perdonar a quienes odiamos; en otras

palabras, nos lleva a desobedecer los mandatos de Dios de «perdonar» y «amar», haciéndonos así pecar contra Él. Continuamente nos incita a odiar a los demás. ¿Cuál es el resultado? 1 Juan 2:11 afirma: «Pero el que odia a su hermano todavía está en tinieblas y vive en tinieblas. Como las tinieblas le han cegado los ojos, no sabe a dónde va». En última instancia, Satanás se esfuerza incansablemente por mantenernos viviendo en tinieblas y por cegar nuestros ojos. Como consecuencia, sin saber hacia dónde nos dirigimos, caemos en la confusión y cometemos repetidamente el pecado de desobedecer la Palabra de Dios. Sin embargo, debemos tener esto presente: nuestro Dios santo —el Dios que mira el corazón— es quien saca a la luz incluso los sentimientos de odio que intentamos ocultar mediante el engaño. Miremos de nuevo el pasaje de hoy, Proverbios 26:26: «Aunque oculte su odio mediante el engaño, su maldad será revelada ante la asamblea» [«Por mucho que oculte sus sentimientos, sus malas acciones quedarán expuestas ante el público»]. Nuestra naturaleza pecaminosa nos impulsa a encubrir y ocultar constantemente nuestros pecados; no obstante, nuestro Dios es quien saca a la luz nuestros pecados ocultos. Consideremos Efesios 5:11–13: «No participen en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien denúncienlas; pues es vergonzoso incluso hablar de las cosas que ellos hacen en secreto. Pero todo queda al descubierto cuando la luz lo expone, porque todo lo que se hace visible se convierte en luz». Amigos, ¿acaso la luz no lo revela todo? Del mismo modo, cuando la luz santa de Dios resplandece sobre nosotros, no solo nuestras acciones secretas, sino incluso nuestros pecados más profundamente ocultos, salen inevitablemente a la luz. ¿Recuerdan la historia de David? Después de acostarse en secreto con Betsabé —la esposa de Urías— y enterarse de que estaba embarazada, finalmente hizo matar a Urías en un intento por ocultarlo todo. Sin embargo, Dios envió al profeta Natán a David con este mensaje: «Tú lo hiciste en secreto, pero yo haré esto delante de todo Israel, a plena luz del día» (2 Samuel 12:12).

¿Por qué, entonces, Dios expone los pecados que cometemos en secreto? ¿Por qué Dios expone ante el público incluso el odio hacia los demás que hemos ocultado en nuestros corazones? Aunque intentemos ocultar mediante el engaño los sentimientos de odio

enterrados en lo profundo de nuestro ser, ¿por qué Dios saca a la luz nuestra maldad ante la congregación? (Proverbios 26:26). Busqué la razón de esto en la Primera Epístola de Juan: (1) La primera razón es ayudarnos a comprender que, si afirmamos amar a Dios pero odiamos a nuestro hermano, somos mentirosos. Observemos 1 Juan 4:20: «Si alguno dice: "Yo amo a Dios", y odia a su hermano, es mentiroso; pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto». (2) La segunda razón es ayudarnos a comprender que odiar a un hermano equivale a asesinar, y que la vida eterna no permanece en un asesino. Observemos 1 Juan 3:15: «Todo aquel que odia a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él». En última instancia, al exponer incluso el odio que hemos ocultado profundamente, Dios revela su santidad y nos concede la oportunidad de confesar y arrepentirnos de nuestras falsedades y del pecado de asesinato. Cuando surge tal oportunidad, debemos confesar nuestros pecados y arrepentirnos de ellos ante el Dios santo y ante la congregación. Aunque nuestro instinto natural sea ocultar o encubrir nuestros pecados cuando quedan expuestos, debemos —al igual que David, un hombre conforme al corazón de Dios— confesarlos y arrepentirnos de ellos de inmediato.

En quinto lugar, el hipócrita cava un hoyo, solo para caer él mismo en él. ¿Recuerdas, por casualidad, una canción evangélica que solíamos cantar a menudo hace mucho tiempo, titulada «Oh, nuestra alma ha escapado»? La letra dice así: "Oh, nuestra alma ha escapado como un ave de la trampa del cazador; / Oh, nuestra alma ha escapado como un ave de la trampa del cazador; / Oh, la trampa se ha roto, somos libres; nuestro auxilio está en el nombre del Señor; / Oh, la trampa se ha roto, somos libres; nuestro auxilio está en el nombre del Señor". Tengo un vago recuerdo de haber cantado este himno en la escuela dominical cuando era joven. Si mal no recuerdo, incluso había una coreografía que lo acompañaba. Pero, ¿sabía usted que la letra de esta canción se basa en las Escrituras? Ese pasaje es el Salmo 124:7-8: "Hemos escapado como un ave de la trampa del cazador; la trampa se rompió, y escapamos nosotros. Nuestro socorro está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra". Mientras el salmista ascendía al templo, decía al pueblo de Israel que "si el

Señor no hubiera estado de nuestra parte" (124:1) —cuando los enemigos de Israel se levantaron para atacar (v. 2)—, habrían devorado vivo al pueblo (v. 3), lo habrían arrastrado (v. 4) y habrían anegado sus almas (vv. 4-5). En otras palabras, cuando el pueblo de Israel se encontraba en un estado de angustia extrema y total desamparo, clamó a Dios; mediante la ayuda del Señor —el Creador del cielo y de la tierra— fueron rescatados, tal como un ave que escapa de la trampa de un cazador, y llegaron a disfrutar de la libertad. Amados, el Dios que nos ayuda es quien nos rescata y nos libera. Aunque Satanás —como un cazador— tiende trampas para atraparnos y confinarnos en una jaula, el Dios que nos ayuda —el Creador del cielo y de la tierra— rompe esas trampas y nos libra de dicha jaula. Así, Dios nos capacita para disfrutar de la libertad en el Señor.

Esta salvación proveniente de Dios no fue experimentada únicamente por el pueblo de Israel, tal como se describe en el Salmo 124 del Antiguo Testamento; el apóstol Pablo también experimentó la salvación de Dios, según se registra en Hechos 23 del Nuevo Testamento. Según dicho pasaje, un grupo de más de cuarenta hombres conspiró contra Cristo y su evangelio —y contra el propio Pablo—, jurando no comer ni beber hasta haberlo matado (Hechos 23:12-13) y tendiendo una emboscada para llevar a cabo su plan (v. 16). Estaban plenamente preparados y ocultos, decididos a matar a Pablo (v. 21). Sin embargo, Dios reveló la conspiración a Pablo a través de su sobrino. Pablo pidió a un centurión que llevara al joven ante el comandante (vv. 16-17), y este ordenó posteriormente al centurión preparar un destacamento —compuesto por 200 infantes, 70 jinetes y 200 lanceros— para escoltar a Pablo a salvo hasta Cesarea (v. 23). Como resultado, Pablo llegó ileso a Cesarea (v. 33). Aunque quienes se oponen al Señor y a sus siervos pueden llegar al extremo de tramar la muerte de un siervo, Dios, que ayuda a los suyos, rescató a Pablo de sus manos.

Hermanos y hermanas, la determinación de Satanás y sus seguidores de hacernos caer de la fe es inmensa. Al igual que los cuarenta hombres que conspiraron contra Pablo juraron abstenerse de comer y beber hasta matarlo, Satanás y sus fuerzas están ferozmente decididos a destruir nuestra fe. Idean planes y tienden emboscadas, esforzándose

incansablemente con el único objetivo de hacernos apartar de nuestra fe en Jesús, traicionar al Señor y abandonarlo. Una de sus tácticas es el uso de trampas. Cavan un hoyo y lo camuflan cuidadosamente —cubriéndolo para ocultar su verdadera naturaleza— y lo colocan justo en el camino de nuestra travesía de fe. Si no permanecemos alertas, vigilantes y en oración, corremos el riesgo de caer en la trampa de Satanás y pecar contra Dios, pues aunque el espíritu esté dispuesto, la carne es débil. No obstante, incluso en tales momentos, nuestro Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien. Él nos guía a poner nuestra esperanza en el Dios de salvación y a invocarlo con fe; finalmente, Él nos rescata de la trampa y hace que las mismas fuerzas de Satanás que la cavaron caigan en ella.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 26:27: «El que cava una fosa caerá en ella, y al que hace rodar una piedra, esta le volverá encima». Aquí, la palabra hebrea para «fosa» se refiere a un hoyo cavado específicamente para atrapar a un león (Brown). Reflexionar sobre el significado de esta palabra me trajo a la mente la historia de Daniel en el foso de los leones. Cuando Darío el Medo era rey, nombró a tres administradores, uno de los cuales era Daniel. Debido a que Daniel poseía un espíritu excepcional que superaba al de los otros administradores y funcionarios, el rey Darío tenía la intención de ponerlo a cargo de todo el reino (Daniel 6:1–3). Sin embargo, mediante las maquinaciones de los otros administradores y funcionarios que le envidiaban, Daniel terminó siendo arrojado al foso de los leones. No obstante, el desenlace fue que Daniel, gracias a su fe en Dios, fue rescatado del foso de los leones sin sufrir daño alguno (versículo 23). Pero, ¿sabe qué sucedió después? El rey Darío mandó llamar a los mismos hombres que habían acusado a Daniel y provocado que lo arrojaran al foso, y ordenó que ellos —junto con sus esposas e hijos— fueran arrojados a ese mismo foso de los leones. Como resultado, antes incluso de llegar al fondo, los leones se apoderaron de ellos y trituraron hasta sus huesos (versículo 24). En última instancia, tal como se afirma en la primera parte de Proverbios 26:27 —nuestro texto de hoy—, cayeron en la misma fosa (el foso de los leones) que ellos mismos habían cavado.

Conoce el dicho «cavar su propia tumba», ¿verdad? Esta expresión se refiere en sentido figurado al acto insensato de provocar la propia ruina. Al pensar en este dicho, recuerdo las palabras de Jeremías 2:13: «Mi pueblo ha cometido dos males: me han abandonado a mí, fuente de aguas vivas, y han cavado para sí cisternas; cisternas agrietadas que no retienen agua». El pueblo de Judá mencionado en este pasaje cavó su propia tumba; Cometieron el pecado insensato de provocar su propia destrucción. Dios describe este crimen necio de cavar sus propias tumbas mediante dos acciones: abandonar a Dios, la «fuente de aguas vivas», y «cavarse cisternas». El pueblo de Judá, que cavaba sus propios pozos, abandonó a Dios y persiguió «cosas sin valor» (v. 5) o «cosas inútiles» (vv. 8, 11). Estas cosas sin valor e inútiles eran, de hecho, la adoración de dioses distintos al verdadero Dios: es decir, la idolatría. El pueblo de Judá dio la espalda a Dios y volvió su rostro hacia los dioses que ellos mismos habían fabricado (vv. 27–28). A este pueblo apóstata y rebelde, Dios le habló a través del profeta Jeremías: «Tu maldad te castigará y tus rebeliones te reprenderán. Reconoce, pues, y mira que es cosa mala y amarga abandonar al SEÑOR tu Dios y no tenerme temor —declara el Señor, el SEÑOR de los Ejércitos—» (v. 19). Dios declaró al pueblo de Judá —que lo había abandonado en favor de los ídolos— que dejarlo a Él y carecer de temor hacia Él constituía tanto maldad como sufrimiento. Al cavar sus propios pozos, el pueblo de Judá estaba eligiendo para sí mismo un camino de sufrimiento.

Consideremos el Salmo 35:7; la Biblia habla de aquellos que conspiraron para matar a David (v. 4): adversarios que, sin causa alguna, tendieron redes y cavaron fosas para atraparlo. Al reflexionar sobre tales enemigos, vemos que el hipócrita oculta su odio mientras cava una trampa para dañar al objeto de su animosidad. Sin embargo, la Biblia nos dice que él mismo cae en la fosa que cavó. Enseña que, si alguien hace rodar una piedra cuesta abajo para golpear a otro, terminará siendo golpeado por esa misma piedra (Prov. 26:27; cf. Sal. 35:7, *Versión Coreana Contemporánea*). Piénselo bien. Para hacer rodar una piedra cuesta abajo, primero hay que subirla por la colina. Pero ¿qué sucedería si ocurriera un accidente mientras se sube? ¿Acaso la persona que pretendía golpear a un enemigo con esa piedra no terminaría siendo aplastada por ella? ¿Qué significa esto? Esto significa que, si bien el

hipócrita actúa para arruinar a otros, esa misma acción conduce finalmente a su propia destrucción (Park Yun-sun).

¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos volver la mirada hacia Dios. Así como el profeta Jonás volvió a mirar hacia el santo templo del Señor aun estando en lo profundo del océano, dentro del gran pez (Jonás 2:4), nosotros también debemos volver la mirada a Dios, incluso cuando nos encontremos en un hoyo semejante a un abismo profundo. La razón es que «la salvación viene del SEÑOR» (v. 9). Aunque nuestras circunstancias parezcan —a nuestros propios ojos— carecer de toda esperanza de salvación (Hechos 27:20), y aunque sintamos deseos de renunciar a la vida, debemos mirar al Dios que creó el cielo y la tierra. Debemos clamar a Él. Debemos implorar a Dios que nos libre «de los lazos que nos han tendido, de las trampas de los malhechores» (Salmo 141:9). Al hacerlo, debemos escuchar la voz de Dios y aferrarnos a la esperanza y a la certeza de la salvación (Hechos 27:23–25). Debemos orar con la fe de que Dios nos rescatará del hipócrita que cavó un hoyo para hacernos daño. Cuando lo hagamos, Dios nos librará de ese hoyo y hará que sea el hipócrita que buscaba dañarnos quien caiga en él.

En sexto y último lugar, el hipócrita dice mentiras.

¿Consideras que es una mentira tratar a alguien con amabilidad externamente mientras albergas odio hacia esa persona en tu corazón? Según Proverbios 26:23 —un pasaje sobre el que ya hemos meditado—, esto implica ocultar los sentimientos de odio mediante el «engaño»; ¿acaso no es eso una mentira? Primero debemos ser honestos con nosotros mismos ante el Dios santo. Sonreír, hablar con amabilidad y cosas por el estilo —todo ello para ocultar el odio que sentimos en nuestro interior— engaña no solo a la otra persona, sino también a nosotros mismos. Esto dista mucho de la honestidad. Los cristianos debemos ser honestos. Nuestros corazones deben estar libres de falsedad o fingimiento. Debemos ser veraces. Debemos ser veraces ante todo con Dios, y también con nosotros mismos en la presencia de Dios. Al hacerlo, debemos ser veraces también con nuestro

prójimo. Para lograrlo, debemos obedecer la palabra de verdad de Dios. Por tanto, nuestros corazones deben estar impregnados de la verdad. Solo así podremos evitar que la falsedad se infiltre en nuestros corazones.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 26:28: «La lengua mentirosa odia a quienes aplasta, y la boca lisonjera causa ruina». La Biblia afirma: «La lengua mentirosa odia a quienes aplasta…». ¿Qué significa esto? Significa que el mentiroso odia a una persona determinada y le inflige daño. Quien miente a menudo lo hace porque odia a alguien, y en el proceso hiere a esa persona. ¿Cómo inflige tales heridas? El mentiroso habitual calumnia a la persona que odia, dañando así su reputación (Walvoord). ¿Has experimentado esto alguna vez en carne propia? ¿Alguna vez alguien que te odia te ha hecho daño menospreciándote con mentiras escandalosas o difundiendo rumores maliciosos? Si un mentiroso alberga odio hacia alguien, no se detendrá ante nada para causar daño; sin duda hará más que simplemente mentir. Como se ve en la segunda parte del versículo 28, el mentiroso incluso recurrirá a la adulación para engañar y dañar al objeto de su odio.

Amigos, cuanto más incurrimos en la hipocresía, más se paraliza nuestra conciencia. Y a medida que nuestra conciencia se paraliza, inevitablemente nos convertimos en mentirosos debido a nuestra hipocresía (1 Timoteo 4:2). Sin embargo, la Biblia nos manda no mentirnos los unos a los otros (Colosenses 3:9). Mentir es una obra del «viejo hombre» (versículo 9). Por tanto, debemos aborrecer la mentira (Proverbios 13:5). No debemos mentir contra la verdad (Santiago 3:14). En particular, no debemos incurrir en la falsedad de afirmar que conocemos a Dios mientras no guardamos sus mandamientos (1 Juan 2:4). Uno de los mandamientos de Dios es amar a nuestro prójimo. Así pues, si afirmamos amar a Dios pero odiamos a nuestros hermanos y hermanas, estamos mintiendo (1 Juan 4:20). No debemos ser falsos testigos que dicen mentiras, no solo con los labios, sino también mediante nuestras acciones y nuestra vida (Proverbios 14:5). Al contrario, debemos ser testigos verdaderos y fieles de Dios. Debemos dar testimonio de que Jesús es el Cristo. Debemos proclamar el evangelio de Jesucristo con nuestros labios y dar testimonio de él mediante

una vida que esté en consonancia con dicho evangelio. Por ello, oro para que todos vivamos como testigos verdaderos y fieles de Dios, dándole gloria a Él.

Quisiera concluir nuestra meditación sobre la Palabra. En las últimas semanas, bajo el tema «El hipócrita…», hemos reflexionado sobre seis formas en que las palabras del hipócrita difieren de lo que hay en su corazón: (1) los labios del hipócrita son amables, pero su corazón es malvado; (2) el hipócrita oculta sentimientos de odio tras la adulación; (3) aun cuando el hipócrita habla con amabilidad, su corazón está lleno de pensamientos viles; (4) aunque el hipócrita oculte su odio mediante el engaño, su maldad quedará inevitablemente expuesta ante la asamblea; (5) el hipócrita cava una fosa, solo para caer él mismo en ella; y (6) el hipócrita dice mentiras. Jesús pronunció estas palabras en Mateo 23:25: «¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Limpiáis el exterior del vaso y del plato, pero por dentro están llenos de codicia y desenfreno». Además, los hipócritas honran a Dios con los labios, pero sus corazones están lejos de Él (Marcos 7:6). No debemos seguir incurriendo en tal hipocresía. Debemos confesar nuestros pecados y arrepentirnos. Ya no debemos vivir una vida en la que nuestros corazones y nuestros labios estén en desacuerdo. Por el contrario, debemos ser veraces. Nuestros corazones deben ser sinceros, y nuestros labios también deben decir la verdad. Cuando lo hacemos, «el que camina en integridad será salvo» (Proverbios 28:18).

Jactancia, alabanza, ira, celos y reprensión

[Proverbios 27:1–6]

¿Qué consideramos que es la cualidad atractiva de nosotros, los cristianos? Tito 2:10 dice: «no defraudando, sino mostrándose fieles en todo, para que en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador». Nosotros, los cristianos, ya no poseemos ese atractivo; hemos perdido nuestro encanto. Nuestras iglesias ya no tienen el poder de cautivar los corazones de las personas del mundo. ¿Cuál es la razón de esto? Es porque no estamos obedeciendo la Palabra de Dios. Obedecemos la Palabra de Dios con los labios, pero la desobedecemos con nuestras acciones (cf. Tito 1:16). Tenemos apariencia de piedad, pero carecemos de su poder (2 Timoteo 3:5). Para llegar a ser cristianos atractivos, debemos obedecer la Palabra de Dios. Por lo tanto, debemos permitir que las enseñanzas de Dios resplandezcan con fuerza en este mundo tenebroso.

Hoy quisiera reflexionar sobre cinco temas basados en el pasaje de Proverbios 27:1–6. Estos cinco temas son: «jactancia», «alabanza», «ira», «celos» y «reprensión». Al meditar en estos cinco asuntos centrados en el texto de hoy, oro para que todos recibamos las lecciones que Dios nos ofrece y las pongamos en práctica.

En primer lugar, no debemos jactarnos del mañana.

Observemos Proverbios 27:1 en el pasaje de hoy: «No te jactes del día de mañana; porque no sabes qué dará de sí el día». Al meditar en este pasaje, recuerdo la letra de la primera estrofa del himno cristiano «No sé qué traerá el mañana», escrito por la difunta señora Ahn

Hee-sook: «No sé qué traerá el mañana; vivo un día a la vez. Ni la desgracia ni la fortuna están bajo mi control. El camino escabroso se extiende sin fin y me siento fatigada; Señor Jesús, extiende tu mano y sostén la mía. No sé qué traerá el mañana, ni qué depara el futuro; Padre, sostenme y guíame por un camino de paz». También recuerdo haber leído su libro, *Si perezco, que perezca*. Mientras meditaba sobre este mensaje, busqué información sobre el libro en internet y reflexioné acerca de su fe. En 1939 —hacia el final del periodo colonial japonés, cuando ella tenía treinta y un años— se negó rotundamente a participar en el culto a los santuarios sintoístas; incluso cuando se exigió a todo el alumnado asistir a una ceremonia conjunta, ella se mantuvo firme e inquebrantable, demostrando su determinación de fe al negarse a inclinarse ante cualquier dios que no fuera el Dios verdadero. Además, durante la 74.ª sesión de la Dieta Imperial, proclamó el solemne mensaje de Jehová Dios de que «Japón será destruido por fuego y azufre» dentro del propio edificio de la Dieta; posteriormente fue arrestada y encarcelada, soportando seis años de penalidades en la prisión de Pionyang. Durante su reclusión, no solo encarnó el amor verdadero del Señor, sino que también compartió el Evangelio tanto con sus compañeras de prisión como con los guardias; el libro *Si perezco, perezco* relata las extraordinarias historias de cómo les ayudó a restaurar su relación con Dios. Un dato interesante es que la difunta Ahn Hee-sook —quien no solo escribió el libro *Si muero, muero*, sino que también compuso la letra de la canción evangélica «No sé qué traerá el mañana»— fue liberada de prisión el 17 de agosto de 1945, tras la Liberación del 15 de agosto, apenas unas horas antes de su ejecución programada. Al saber esto, podemos apreciar que la letra que escribió —«No sé qué traerá el mañana, ni qué depara el futuro; vivo día a día…»— nació de su propia experiencia vital.

¿Sabe usted qué depara el mañana? ¿Existe realmente alguien que conozca el futuro? Eclesiastés 8:7 afirma: «Como nadie sabe lo que ha de suceder, ¿quién podrá decirnos qué pasará en el futuro?». La Biblia declara que nadie sabe qué ocurrirá a continuación; no hay nadie capaz de predecir el futuro. Es verdaderamente insensato, entonces, que las personas ignoren esta verdad y busquen a adivinos que afirman falsamente predecir lo que está por

venir. Personalmente, tampoco considero prudente que los cristianos que creen en Jesús acepten ciegamente «oraciones proféticas» ofrecidas por otras personas que dicen poseer el don de profecía. Eclesiastés 7:14 dice: «En el día de prosperidad alégrate, pero en el día de adversidad considera: Dios ha dispuesto tanto lo uno como lo otro, de modo que el hombre no pueda descubrir nada de lo que vendrá después de él» [(Biblia Contemporánea) «Alégrate cuando las cosas vayan bien y reflexiona cuando enfrentes dificultades. Puesto que Dios concede tanto la felicidad como la adversidad, nadie puede saber qué sucederá después»]. La Biblia nos dice claramente que Dios ha dispuesto las cosas de tal manera que no podemos comprender ni prever plenamente el futuro. Por eso ha entretejido tiempos de prosperidad (cuando las cosas van bien) con tiempos de adversidad (dificultades). La figura de José en el libro del Génesis nos viene a la mente como ejemplo de esto. Génesis 39 relata que José prosperó porque Dios estaba con él (Gén. 39:2, 3, 23). Sin embargo, en medio de esta vida próspera, José enfrentó la tentación (vv. 7-12); tras rechazar dicha tentación y huir, fue acusado falsamente y encarcelado (vv. 13-20). En otras palabras, la vida de José no se definió únicamente por días de prosperidad; también experimentó días de adversidad (Ecl. 8:14). Para ser más precisos, José —cuya vida estuvo marcada por la prosperidad debido a que Dios estaba con él— soportó muchas adversidades. A los diecisiete años, fue odiado por sus diez hermanos mayores y estuvo a punto de morir (Gén. 37) antes de ser vendido a la casa de Potifar, un egipcio (39:1). Luego soportó trece años de adversidad antes de llegar a ser primer ministro de Egipto a los treinta años. ¿Por qué Dios, en su voluntad soberana, permitió que José experimentara tanto la prosperidad como la adversidad? La razón es que Dios quería que José —quien no podía prever el futuro— depositara su confianza únicamente en Él. No fue sino hasta los treinta y nueve años (unos veintidós años después) que José comprendió finalmente el propósito de Dios al enviarlo a Egipto. Ese propósito era «salvar vidas»; específicamente, «preservar la vida de sus hermanos mediante una gran liberación y asegurar la supervivencia de su descendencia en la tierra» (45:5, 7). Solo Dios conoce no solo el futuro de José, sino también el nuestro. Por lo tanto, debemos vivir cada día por fe, confiando únicamente en Dios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 27:1: «No te jactes del día de mañana, porque no sabes qué traerá el día». La Biblia nos dice que no nos jactemos del mañana, pues desconocemos lo que un solo día puede deparar. Sin embargo, los seres humanos a menudo parecen insensatos en este aspecto. Un claro ejemplo es la parábola del hombre rico que se encuentra en Lucas 12:16–21. En ella, un hombre rico, cuyos campos produjeron una cosecha abundante, se vio sin lugar donde almacenar sus cultivos. Decidió derribar sus graneros actuales y construir otros más grandes para albergar todo su grano y sus posesiones. Esto recuerda a los individuos ricos y corruptos que, más allá de sus cuentas bancarias legítimas, crean empresas fantasma en paraísos fiscales para evadir impuestos y acumular una riqueza cada vez mayor con el fin de satisfacer su codicia. Tras hacer esto, el hombre rico planeaba descansar, comer, beber y disfrutar de la vida (versículos 16–19). Pero Dios le dijo: «¡Necio! Si esta misma noche se te reclama el alma, ¿de quién serán todas esas cosas que has acumulado?» (versículo 20). Dios describió a este rico insensato como alguien que acumula riquezas para sí mismo, pero que no es rico para con Dios (versículo 21). Otro ejemplo se encuentra en Santiago 4:13–16: «Escuchen, ustedes que dicen: "Hoy o mañana iremos a tal ciudad, nos quedaremos allí un año, haremos negocios y obtendremos ganancias". No saben qué sucederá mañana. ¿Qué es su vida? Son como una neblina que aparece por un breve tiempo y luego se desvanece. Más bien, deberían decir: "Si es la voluntad del Señor, viviremos y haremos esto o aquello". Pero ahora se jactan en su arrogancia, y toda jactancia de este tipo es mala». La Biblia dice: «Escuchen, ustedes que dicen: "Hoy o mañana iremos a tal ciudad, nos quedaremos allí un año, haremos negocios y ganaremos dinero". No saben qué sucederá mañana. ¿Qué es su vida? No son más que una neblina que aparece por un breve tiempo y luego se desvanece. En lugar de decir: "Si es la voluntad del Señor, viviremos y haremos esto o aquello", se jactan en su arrogancia; toda jactancia de este tipo es mala». La lección que debemos aprender de este pasaje es que no debemos caer en jactancias vanas (versículo 16). Creo que esto se aplica particularmente a los empresarios cristianos. La Biblia les enseña a no jactarse de su riqueza (Salmo 49:6; Jeremías 9:23) ni a confiar en sus riquezas (Salmo 49:6). En cambio, la Biblia nos instruye a confiar en Dios.

La Biblia habla de «gloriarse» de la siguiente manera: «El que se gloría, que se gloríe en el Señor» (2 Corintios 10:17), y «Si es necesario gloriarse, me gloriaré en las cosas que muestran mi debilidad» (11:30). No debemos gloriarnos de nuestras fortalezas, sino más bien de nuestras debilidades; y cuando nos gloriemos, debemos hacerlo en el Señor. Consideremos Jeremías 9:23–24: «Así dice el Señor: "No se gloríe el sabio de su sabiduría, ni se gloríe el valiente de su valentía, ni se gloríe el rico de sus riquezas; mas el que se gloríe, que se gloríe de esto: de que me entiende y me conoce, de que yo soy el Señor que practico el amor inagotable, la justicia y la rectitud en la tierra. Porque en estas cosas me deleito —declara el Señor—"». Debemos gloriarnos en conocer a Dios; esto es lo que le agrada. En este contexto, aunque un empresario cristiano deba idear planes para generar ganancias, nunca debe olvidar que su vida no es más que una neblina que aparece por poco tiempo y luego se desvanece (Santiago 4:14). Por ello, el apóstol Santiago nos instruye a cultivar la mentalidad y el hábito de decir: «Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello» (versículo 15). Con esta actitud, no debemos jactarnos del mañana, pues no sabemos qué traerá el día (Proverbios 27:1).

En segundo lugar, no debemos alabarnos a nosotros mismos con nuestros propios labios. Por favor, observemos el texto de hoy, Proverbios 27:2: «Que te alabe otro, y no tu propia boca; un extraño, y no tus propios labios». Al meditar en este versículo, recuerdo la expresión *jahwajachan* (autoalabanza). Este término significa literalmente «elogiar una pintura que uno mismo ha dibujado» y se refiere al acto de jactarse de los propios logros (Diccionario Naver). ¿Cómo se siente cuando la persona con la que habla no deja de alabarse a sí misma? ¿La percibe como arrogante? ¿Le resulta agotador cuando alguien actúa con aires de superioridad? Una vez vi un comentario en línea de alguien que decía sentir el impulso de decirle a una persona así: «Por favor, detente. Vuelve a tu propia isla, donde eres el único que es grandioso». Entonces, ¿por qué la gente actúa con aires de superioridad? ¿Cuál es la psicología detrás de alguien que presume? Puede deberse a un complejo de inferioridad. En otras palabras, la tendencia a alardear puede surgir porque, en el fondo, la persona siente que sus propios logros son insuficientes. Aunque quienes actúan con superioridad

parezcan muy seguros de sí mismos por fuera, en realidad suelen sentir más miedo y albergar un sentido de inferioridad más profundo que cualquier otra persona. Además, el exceso de autoelogio puede ser una reacción defensiva destinada a ocultar un corazón ansioso y frágil.

Personalmente, cuando pienso en la palabra «elogio», me vienen a la mente dos cosas. (1) El versículo de Proverbios 27:21: «El crisol prueba la plata y el horno prueba el oro, pero al hombre se le prueba por los elogios que recibe». Una versión común traduce la segunda parte de este versículo así: «Se conoce el verdadero carácter de una persona por cómo responde a los elogios». Considero que este es un punto importante, principalmente porque creo que las personas suelen ser muy vulnerables ante los elogios. En particular, cuando servimos a la iglesia —el cuerpo de Cristo— y recibimos elogios de nuestros hermanos y hermanas, ciertamente nos sentimos bien; sin embargo, existe un riesgo claro —o una tentación— de atribuirnos la gloria a nosotros mismos en lugar de dársela a Dios. Además, si nos acostumbramos a ansiar los elogios de la congregación sin darnos cuenta, corremos el riesgo de servir a la iglesia para ganar la aprobación humana en lugar de recibir el reconocimiento del Señor. Por eso, siempre que reflexiono sobre el concepto de «elogio», recuerdo la segunda parte de Proverbios 27:21: «El elogio pone a prueba a la persona». (2) He decidido no ser tacaño a la hora de elogiar. Hace unos quince años, cuando mi esposa y yo vivíamos en Corea, servíamos a un grupo de parejas; les asignamos la tarea de enumerar cinco cosas que deseaban de sus cónyuges: lo que el esposo quería de la esposa y viceversa. Mi esposa y yo también comentamos nuestras respectivas listas en casa y, aunque he olvidado la mayoría de los detalles, hay algo que jamás he olvidado: lo primero que ella dijo que esperaba de mí. Fue «aprecio». Eso revela hasta qué punto había fallado a la hora de mostrar aprecio por mi esposa. Es probable que, al carecer de un corazón verdaderamente agradecido, también fuera tacaño a la hora de expresar gratitud. Al examinarme, me doy cuenta de que no solo me falta expresar gratitud, sino que también me cuesta ofrecer elogios; de hecho, soy muy parco en alabanzas. La excusa que le di a mi esposa fue que no había recibido muchos elogios de mi propio padre durante mi crianza. Creo que la razón de

esto reside en el estilo de crianza de la generación de mi padre, un enfoque a menudo descrito con la expresión *juma-gapyeon* (azotar a un caballo que ya corre bien). Por eso todavía me siento incómodo cuando mi padre me elogia; supongo que es simplemente porque no estoy acostumbrado a recibir tales elogios de su parte. Sin embargo, al haberme criado aquí en Estados Unidos, creo —al igual que los padres estadounidenses— que el elogio es esencial en la crianza de los hijos. Por ejemplo, es importante decir «¡Buen trabajo!» cuando un niño hace algo bien. Por el contrario, cuando un niño comete un error, ofrecer consuelo y ánimo —como decir: «No pasa nada; la próxima vez lo harás mejor»— es igualmente importante. Consciente de mi tendencia a escatimar elogios, aspiro a convertirme en un esposo y padre que elogie libremente a los miembros de su familia. En particular, deseo ver en mi propio hogar la dinámica descrita en Proverbios 31:28: un esposo que elogia a su esposa virtuosa e hijos que expresan gratitud a su madre al despertar por la mañana.

Aún recuerdo un momento concreto de mi etapa en el seminario en Corea. Durante una clase de teología práctica, tuvimos una sesión en la que cada estudiante hacía una presentación sobre un libro que había leído. Recuerdo haber expuesto sobre *Acts of the Family* (*Gajeong-haengjeon*), del pastor Lee Dong-won, ante el profesor y mis compañeros seminaristas. Después, hubo un espacio para que los demás estudiantes ofrecieran críticas sobre mi presentación. Un pastor mayor que yo hizo un comentario que nunca he podido olvidar. Señaló —en esencia— que mi presentación había dado una impresión de arrogancia. No ofreció ninguna otra crítica al respecto; parecía que simplemente no quería hacerlo. En aquel momento me quedé bastante desconcertado. Me había preparado a conciencia para compartir con mis compañeros de seminario la gracia y la inspiración que había recibido al leer el libro del pastor Lee Dong-won; sin embargo, me quedé sin palabras cuando el primer comentario que recibí fue que mi presentación sonaba arrogante. No recuerdo qué sucedió después. Al reflexionar sobre esa experiencia, sospecho que pudo tratarse de una cuestión de diferencias culturales. Habiendo estudiado en Estados Unidos, consideraba que prepararse a fondo y exponer con seguridad eran

rasgos positivos —no arrogancia—, mientras que en Corea esa actitud bien podría percibirse como soberbia. El hecho de que mantenga esta opinión sugiere que nunca tuve la intención de presumir ni de alardear de mí mismo durante aquella presentación; en otras palabras, no estaba exaltándome a mí mismo. Quizás para los demás parecía *demasiado* seguro de mí mismo. No obstante, sostengo que lo que sentía no era arrogancia, sino pasión y convicción respecto al libro que había leído. Esto se debía a mi profundo interés por el tema de la familia y a que el contenido de la obra del pastor Lee, *The Acts of the Family* (Gajeong Haengjeon), había resonado fuertemente en mí. Aquel comentario del pastor me hirió; probablemente porque me sentí incomprendido en lugar de verdaderamente comprendido.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 27:2: «Que te alabe otro, y no tu propia boca; que te alabe un extraño, y no tus propios labios». La Biblia nos dice: «Que te alabe otro, y no tu propia boca». En otras palabras, la lección es que no debemos alabarnos a nosotros mismos con nuestra propia boca, sino permitir que otros nos alaben. Un punto a considerar aquí es que la palabra «alabar» en Proverbios 27:2 y la palabra «jactarse» en el versículo 1 corresponden al mismo término hebreo. Esto nos enseña que no solo debemos evitar jactarnos del mañana (versículo 1), sino que tampoco debemos jactarnos de nosotros mismos (ni alabarnos) con nuestra propia boca. ¿Por qué no debemos alabarnos a nosotros mismos? Encontré la razón en 2 Corintios 10:12: «No podemos clasificarnos ni compararnos con aquellos que se alaban a sí mismos. Carecen de sabiduría porque se evalúan y comparan según normas que ellos mismos han establecido». La razón por la que no debemos alabarnos es que hacerlo implica evaluarnos basándonos en nuestros propios criterios, lo cual es un acto carente de sabiduría. Sin embargo, este pasaje también nos enseña a permitir que otros hablen bien de nosotros (o nos alaben). Esto significa que debemos ser cristianos que reciban alabanza de los demás. Pienso así porque el pasaje de Proverbios que estamos analizando hoy —específicamente en la Versión Revisada Coreana— repite la idea dos veces: «Que te alabe otro…» y «Que te alabe un extraño…».

Amigos, debemos ser personas que reciban alabanza dentro de la iglesia (2 Corintios 8:18). También debemos ser personas que reciban alabanza de parte de los siervos del Señor (1 Corintios 11:2). Los líderes de la iglesia, en particular, deben ser «hombres piadosos» (Hechos 22:12) elogiados por la congregación; al igual que los siete diáconos de Hechos 6, deben estar «llenos del Espíritu Santo y de sabiduría» y gozar de «buen testimonio» entre los miembros de la iglesia (Hechos 6:3). Más allá de recibir alabanza de las personas en la iglesia, debemos poseer una fe (pura o refinada) que nos permita recibir alabanza de Jesucristo cuando Él se manifieste (1 Pedro 1:7). 2 Corintios 10:18 dice: «La persona a quien el Señor aprueba no es la que se alaba a sí misma, sino aquella a quien el Señor alaba» (Versión Coreana Contemporánea). Oro para que todos lleguemos a ser personas a quienes el Señor aprueba y alaba, en lugar de personas que se alaban a sí mismas.

En tercer lugar, no debemos dar cabida a la ira insensata.

Observemos Proverbios 27:3, nuestro texto de hoy: «La piedra es pesada y la arena tiene peso, pero la ira del insensato es más pesada que ambas» [(Versión Coreana Contemporánea) «Las piedras son pesadas y la arena es pesada, pero la ira del insensato es aún más pesada»]. Personalmente, al meditar en este versículo, recuerdo otros pasajes de Proverbios sobre la ira que hemos analizado anteriormente. Por ejemplo, veamos Proverbios 12:16: «El insensato manifiesta su enojo al instante, pero el prudente pasa por alto la ofensa». Consideremos también Proverbios 15:1: «La respuesta amable calma la ira, pero la palabra áspera la aviva». Más allá de estos versículos, la mención de la «ira» trae a la mente Proverbios 17:12: «Mejor es encontrarse con una osa a la que han arrebatado sus crías que con un insensato en su necedad». ¿Puede imaginar encontrarse con una osa madre a la que le han quitado sus crías?

En la película *El renacido* —protagonizada por Leonardo DiCaprio, quien ganó el Óscar al mejor actor en 2016— hay una escena en la que una osa ataca al protagonista, DiCaprio, en un intento por proteger a su cría. La osa ataca con una ferocidad tan aterradora que el

protagonista está a punto de morir. Observemos Oseas 13:8: «Los atacaré como una osa a la que han arrebatado sus crías y les desgarraré el pecho; como un león los devoraré; una fiera salvaje los despedazará». ¡Qué aterradoras son estas palabras de Dios! Resulta verdaderamente espantoso oír a Dios decir que se enfrentará al pueblo de Israel como una osa madre a la que han arrebatado sus crías, desgarrándoles el pecho y devorándolos. Sin embargo, Proverbios 17:12 afirma que es mejor encontrarse con tal osa que con un insensato actuando en su necedad. ¿Por qué sucede esto? Porque un insensato es más peligroso que una osa madre a la que han arrebatado sus crías. ¿Cómo es eso posible? ¿Cómo puede un necio ser más peligroso que una osa a la que le han arrebatado sus crías? Según el pastor John MacArthur, la razón es que un necio es menos racional que una osa enfurecida. ¿Puede visualizar esto? ¿Puede imaginar a un necio dejándose llevar irracionalmente por una ira repentina (Proverbios 12:16)? Los necios no solo manifiestan una ira irracional e instantánea, sino que también pueden albergar resentimiento —alimentado por pensamientos retorcidos— durante mucho tiempo, llegando incluso a matar al objeto de su furia. Un ejemplo claro es Absalón, hijo de David, que aparece en 2 Samuel 13; él alimentó su ira durante dos años con la intención de matar a Amnón, quien había violado a su hermana. Cuando una persona alberga ira durante tanto tiempo, inevitablemente cae en pecado (Park Yun-sun).

Observe el texto de hoy, Proverbios 27:3: «Pesada es la piedra y gravoso es el saco de arena, pero la ira del necio pesa más que ambos». ¿Qué significa esto? Significa que una persona que alberga ira hace que la vida sea desagradable e insoportable para los demás durante un largo periodo. Esto es especialmente cierto en el caso de la ira de un necio (Park Yun-sun). La Biblia sugiere que es mejor cargar una piedra pesada o un saco de arena que soportar el tormento insoportable que causa un necio tan iracundo. En otras palabras, la angustia que nos inflige un necio furioso pesa más que la piedra o la arena. Al fin y al cabo, ¿quién querría relacionarse con una persona tan necia e iracunda? Por lo tanto, no debemos relacionarnos con el necio propenso a la ira; de hecho, ni siquiera deberíamos acercarnos a él. La razón es que este necio encuentra placer en hacer el mal (10:23). Además, el necio que se deleita en

el mal es alguien que se dedica exclusivamente a rebelarse contra la Palabra de Dios. Puesto que tal persona solo causa daño a los demás, no solo debemos evitar acercarnos a ella, sino también mantenernos completamente alejados de ella.

En cuarto lugar, no debemos ser celosos.

Observe el pasaje de hoy, Proverbios 27:4: «Cruel es la ira e impetuoso el furor, pero ¿quién podrá sostenerse ante los celos?». [(Versión coreana contemporánea) «Aunque la ira es cruel y destructiva, no es nada comparada con los celos».] Personalmente, cada vez que medito en este versículo, recuerdo al rey Saúl. Al reflexionar sobre la ira del rey Saúl, me vienen a la mente las palabras de 1 Samuel 20:30-31: «Saúl se enfureció contra Jonatán y le dijo: "¡Hijo de mujer perversa y rebelde! ¿Acaso no sé que has elegido al hijo de Isaí para tu propia vergüenza y para la vergüenza de la desnudez de tu madre? Mientras el hijo de Isaí viva sobre la tierra, ni tú ni tu reino se establecerán. Por tanto, envía hombres y tráemelo, pues es un hombre que debe morir"». El contexto de este pasaje es que, cuando el rey Saúl intentaba matar a David (v. 1), Jonatán —quien amaba a David como a su propia alma (v. 17)— prometió hacer todo lo que David deseara (v. 4). Entonces, David pidió permiso para esconderse en el campo hasta la tarde del tercer día, explicando que, aunque se esperaba que cenara con el rey para la fiesta de la Luna Nueva, necesitaba ir a su ciudad natal, Belén (v. 5). Le dijo a Jonatán que, si Saúl preguntaba por él, Jonatán debía mencionar la petición de David de visitar Belén; si Saúl respondía «Está bien», David estaría a salvo, pero si Saúl se enfadaba, eso indicaría su determinación de matarlo (vv. 6-7). Cuando llegó la fiesta de la Luna Nueva y el rey Saúl se sentó a comer, el asiento de David estaba vacío (v. 25); sin embargo, Saúl no dijo nada (v. 26). No obstante, cuando al día siguiente el asiento de David seguía vacío, Saúl preguntó a su hijo Jonatán: «¿Por qué no ha venido David a comer ni ayer ni hoy?» (v. 27). Jonatán respondió a su padre, el rey Saúl, diciendo: «David me pidió encarecidamente permiso para ir a Belén. Me dijo que su familia se reunía para un sacrificio y que su hermano le había ordenado asistir, así que le di permiso para ir. Por eso no vino a la mesa del rey» (vv. 28–29, *Contemporary Korean Version*). Al oír esto, el rey Saúl estalló en

ira. Le gritó a su hijo Jonatán: «¡Insensato! ¿Crees que no sé que te has puesto del lado de ese despreciable hijo de Isaí, sin importarte la vergüenza que eso acarrea para ti y para tu madre?» (v. 30, *Contemporary Korean Version*).

Observemos el texto de hoy, Proverbios 27:4: «Cruel es la ira e impetuoso el furor; mas ¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?». Como afirma este versículo, la ira es, en efecto, cruel y destructiva. Sin embargo, la Biblia nos dice que incluso una ira tan cruel y destructiva palidece en comparación con la envidia. A mi parecer, la Biblia habla de dos tipos de envidia.

(1) El primer tipo es una envidia buena, aquella que los cristianos deberíamos poseer. Se trata, de hecho, de la propia envidia de Dios.

Un ejemplo destacado de esto es el celo santo —o envidia santa— demostrado por Finees, hijo de Eleazar y nieto del sacerdote Aarón. En Números 25:11, Dios le dice a Moisés en dos ocasiones que Finees actuó movido por «mi celo» (o «mi envidia»). Mientras los israelitas acampaban en Sitim, no solo incurrieron en inmoralidad sexual con mujeres moabitas (v. 1), sino que también se postraron ante los dioses de dichas mujeres —uniéndose así a la adoración de Baal-peor—, lo cual provocó la ira de Dios contra ellos (vv. 1-3). Como consecuencia, los jefes del pueblo fueron ejecutados y colgados a plena luz del día ante el Señor (v. 4), y 24.000 israelitas perecieron a causa de una plaga (v. 9). Ante esta situación, toda la asamblea de los israelitas lloraba a la entrada de la Tienda de Reunión. Fue entonces cuando Zimri (v. 14) —hijo de Salú y jefe de una casa paterna de la tribu de Simeón— llevó a Cozbi (v. 15) —hija de Zur, un jefe tribal de los madianitas— ante sus compatriotas israelitas, a la vista de Moisés y de toda la congregación (v. 6). Al presenciar esto, Finees se levantó de en medio de la asamblea, movido por un celo por Dios, y atravesó con una lanza el vientre tanto de Zimri como de Cozbi, dándoles muerte (vv. 7-8). En consecuencia, Dios apartó su ira de los israelitas y no los destruyó (v. 11). Este celo de Finees provenía «de lo alto» (Santiago 3:17); Era un celo bíblico que agradaba a Dios.

Nosotros también debemos poseer el mismo celo por Dios que tuvo Finees, y debemos actuar conforme a ese celo. Por ejemplo, un esposo debe mostrar celo al proteger a su esposa. En el libro *Reformed Marriage* (Matrimonio reformado), el autor Douglas Wilson expone seis deberes del esposo; respecto al tercer deber, afirma: "El esposo debe ser celoso y proteger a su esposa" (Éxodo 34:14). El "celo" al que aquí se hace referencia es un celo piadoso, libre de pecado.

(2) El segundo tipo de celos es negativo (pecaminoso), una clase de celos que los cristianos debemos evitar. Se trata de celos homicidas.

Un ejemplo claro de esto son los celos homicidas que albergaba el rey Saúl. 1 Samuel 18:9 nos dice que el rey Saúl miraba a David —un hombre conforme al corazón de Dios— con ojos celosos. Mientras que la Biblia coreana traduce el verbo simplemente como "vigilar de cerca", la *New International Version* (NIV) lo traduce como "mirar con ojos celosos". Según *The New Strong's Dictionary of Hebrew and Greek Words*, el significado del verbo hebreo original es "observar con ojos celosos". ¿Por qué miraba Saúl a David con tales celos? Todo comenzó aquel día: el día en que David regresó tras matar al filisteo Goliat. Las mujeres de todas las ciudades de Israel salieron (1 Sam. 18:6) cantando y bailando: "Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles" (v. 7). Saúl se disgustó y se enfureció ante estas palabras, diciendo: "A David le atribuyen diez miles, pero a mí solo miles; ¿qué más le queda sino el reino?" (v. 8). Desde aquel día en adelante, Saúl comenzó a mirar a David con ojos celosos. Imagíneselo: el rey Saúl había sido el protagonista del drama, pero después de que David —un joven pastor que ni siquiera había sido ayudante de dirección— matara a Goliat, este pasó a ser el personaje principal, captando la atención y el afecto de todos. David se convirtió en el centro de la atención y el cariño de todos. Jonatán, hijo de Saúl, amaba a David como a su propia alma (vv. 1, 3); también Mical, hija de Saúl (vv. 20, 28), y todo el pueblo de Israel y Judá lo amaban (v. 16). ¿Cómo debió sentirse Saúl entonces? En particular, Saúl —quien veía y reconocía que Dios se había apartado de él y estaba con David

(versículos 12, 14, 28)— seguía mirando a David con celos mientras «un espíritu malo de parte de Dios» se apoderaba poderosamente de él (versículo 10). Lo verdaderamente aterrador es que Saúl, quien veía a David con tales celos, terminó intentando matarlo. Mientras David tocaba el arpa, Saúl arrojó la lanza que sostenía con la intención de clavar a David contra la pared (versículos 10-11). Aunque aquel intento fracasó, Saúl siguió tratando de matar a David desde entonces. Los celos pueden llevar a una persona a cometer el pecado de asesinato. Finalmente, debido a que Saúl veía y sabía que Dios estaba con David, «temió aún más a David y se convirtió en su enemigo por el resto de su vida» (versículo 29). Pasó su vida intentando matar a David. Sin embargo, como sabemos, debido a que Dios estaba con él, David llegó a ser rey de Israel, mientras que el rey Saúl murió en batalla. Saúl, quien había intentado matar a David por celos, fue quien terminó siendo asesinado. Este es precisamente el desenlace de los celos pecaminosos.

Por lo tanto, debemos prestar atención a las palabras de Proverbios 27:4 en el texto de hoy: «Cruel es la ira e impetuoso el furor; mas ¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?» [(Versión coreana contemporánea) «La ira es cruel y destructiva, pero no es nada comparada con los celos»]. Si bien este versículo compara ambos sentimientos sugiriendo que los celos son más crueles y destructivos que la ira, he reflexionado sobre la relación entre ellos. Esta reflexión me lleva a pensar que, si bien una persona airada no necesariamente siente celos, una persona celosa es muy capaz de enfurecerse. Por eso creo que los celos son más peligrosos que la ira. Observemos Proverbios 6:34: «Porque los celos son el furor del hombre, y no perdonará en el día de la venganza». Este pasaje revela que un esposo celoso se enfurece y busca venganza. De hecho, a veces oímos noticias sobre tales actos de venganza cometidos por esposos celosos y enfurecidos. Además, Cantar de los Cantares 8:6 afirma: «Los celos son tan crueles como la tumba; arden como un fuego abrasador».

¿Cómo podemos, entonces, vencer los celos pecaminosos como los de Saúl? Encontré la respuesta en el Salmo 73. El salmista Asaf estuvo a punto de tropezar (versículo 2) tras sentir

envidia de los arrogantes y de la prosperidad de los impíos (versículo 3); sin embargo, superó sus celos pecaminosos solo cuando entró en el santuario de Dios y comprendió el destino final de los impíos (versículo 17). En otras palabras, Asaf venció estos celos pecaminosos cuando puso sus ojos en Dios —al darse cuenta de cómo el Dios santo y justo juzgaría a los impíos (versículos 17-20)— y cuando reconoció que no había nadie en la tierra a quien deseara más que al Señor (versículo 25). Esta es la clave: no debemos mirar a los demás a través de los ojos de unos celos pecaminosos y homicidas; por el contrario, debemos mirar únicamente al Señor a través de los ojos de los propios celos de Dios. Cuando lo hacemos, podemos vencer los celos —mundanos, carnales y demoníacos— que se filtran silenciosamente en nuestros corazones. Triunfaremos porque Dios vela por ti y por mí con sus ojos celosos, sin adormecerse ni dormir.

En quinto y último lugar, debemos ofrecer reprensión por amor.

Consideremos el pasaje de hoy, Proverbios 27:5-6: «Mejor es la reprensión franca que el amor oculto. Las heridas causadas por un amigo nacen de la fidelidad, mientras que los besos frecuentes de un enemigo surgen del engaño». Personalmente, siempre que medito en estos versículos, me siento en conflicto e incluso culpable. La razón es que, si bien la Biblia declara que la reprensión franca es superior al amor oculto, he fallado —y sigo fallando— a la hora de ofrecer dicha reprensión de manera efectiva. Dado que me cuesta incluso expresar adecuadamente el amor oculto, me veo aún menos capaz de realizar el acto superior de reprender con amor; por ello, este pasaje siempre despierta un conflicto interno y remueve mi conciencia. En mi ministerio, al reflexionar sobre las ocasiones en que debí haber reprendido con amor —en obediencia a Su Palabra— al rebaño que Dios me confió, pero no lo hice, veo mi propia desobediencia. Aun al reconocer esto, me cruza el pensamiento: «Probablemente no habrían escuchado de todos modos». Sin embargo, también me pregunto si Dios simplemente deseaba que ofreciera esa reprensión amorosa, independientemente de si escuchaban o no. Esta es la lucha que enfrento cada vez que me encuentro con Proverbios 27:5-6. En medio de este conflicto, mi corazón anhela valorar una

sola palabra de reprensión dicha con amor mucho más que diez mil palabras de elogio insincero. Cuando peco al apartarme de los límites de la Palabra escrita de Dios, no quiero escuchar palabras de quienes me rodean que sean meramente como «besos». Además, cuando cometo una falta, quiero ser el tipo de persona que prefiere a un amigo que me guíe por el camino correcto reprendiendo mi pecado por amor a Dios, en lugar de un amigo que expresa amor encubriendo mi pecado. ¿No es esto lo que significa que un amigo afile a otro, «como el hierro afila al hierro» (versículo 17)?

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 27:5-6: «Mejor es la reprensión franca que el amor oculto. Fieles son las heridas de un amigo, pero engañosos los besos de un enemigo». En Proverbios 27:5, la Biblia afirma: «Mejor es la reprensión franca que el amor oculto». La *Contemporary Korean Version* traduce esto así: «Reprender a alguien cara a cara es mejor que un amor oculto». ¿En quién piensas cuando recuerdas a alguien de la Biblia que haya hecho una reprensión abierta? Yo pienso en el profeta Natán, quien reprendió al rey David cara a cara. Esta conocida historia bíblica relata cómo el profeta Natán reprendió al rey David por su pecado. Tras acostarse con Betsabé —la esposa de Urías— y descubrir que ella estaba embarazada, el rey David intentó encubrir su pecado y terminó cometiendo asesinato al ordenar la muerte de su leal soldado Urías. Dado que «lo que David había hecho desagradó al Señor» (2 Samuel 11:27), Dios envió al profeta Natán para reprender a David por el pecado de tomar a la esposa de Urías, valiéndose de una parábola sobre un hombre rico y uno pobre que vivían en la misma ciudad (12:1-4). David se enfureció y declaró ante Natán: «¡Vive el Señor, que el hombre que ha hecho esto merece morir!» (v. 5). Quizás debido a que se había esforzado tanto por ocultar su pecado que había acallado su propia conciencia, David no se dio cuenta de que *él* era precisamente el hombre que «merecía morir». Fue entonces cuando Natán lo reprendió directamente diciendo: «¡Tú eres ese hombre!» (v. 7). ¡Qué reprensión tan impactante debió haber sido! Ciertamente, David no se consideraba a sí mismo como aquel que «merecía morir», por lo que debió quedar totalmente atónito cuando Natán le señaló directamente: «Tú eres ese hombre». Cuando no reconocemos nuestros pecados como tales, y el Dios santo deja al descubierto nuestras

acciones tal como son en realidad, ¿acaso no recibe nuestra conciencia una profunda sacudida?

Un sentimiento similar se encuentra en Eclesiastés 7:5: «Mejor es oír la reprensión del sabio que oír la canción de los necios». La «canción de los necios» a la que se refiere aquí el rey Salomón alude al «falso consuelo de los impíos» (Park Yun-sun). El rey Salomón nos advierte que debemos guardarnos del falso consuelo que ofrecen los impíos. ¿Por qué debemos desconfiar de tal falso consuelo? El rey Salomón explica la razón de esto en Eclesiastés 7:6: «Porque como el crepitar de los espinos debajo de la olla, así es la risa del necio; y también esto es vanidad». En resumen, la razón por la que debemos guardarnos de la «canción del necio» —es decir, el falso consuelo que ofrecen los impíos— es que tal consuelo es inútil. Salomón describe esta inutilidad comparándola con el «crepitar de los espinos». ¿Qué significa esto? ¿Qué le viene a la mente al oír «el crepitar de los espinos»? Los espinos producen un sonido fuerte y ruidoso al arder, ¿verdad? Sin embargo, no generan el calor necesario para hervir el agua de la olla. Dado que en las Escrituras los «espinos» suelen simbolizar a los impíos (2 Samuel 23:6; Nahúm 1:10), Salomón quiere decir que el falso consuelo expresado por los impíos —a menudo en medio de su búsqueda de placeres carnales— puede parecer reconfortante por un instante, pero se desvanece rápidamente. No ofrece ningún consuelo verdadero. En esencia, el consuelo de los impíos es vacío. Por tanto, Salomón nos enseña que a lo que debemos prestar atención no es a la canción del necio, sino a la reprensión del sabio. La lección que Salomón, el Predicador, transmite en este pasaje es que la reprensión del sabio es mejor que el elogio —o el ánimo— del necio.

¿Alguna vez ha reprendido a alguien cara a cara? Sospecho que estamos más acostumbrados a albergar un amor secreto que a ofrecer una reprensión directa. Sin embargo, la Biblia nos dice que la reprensión abierta es mejor que el amor oculto. ¿Cuál es la razón? Observe el pasaje de hoy, Proverbios 27:6: «Fieles son las heridas del amigo, pero engañosos los besos del enemigo». La reprensión abierta es mejor que el amor oculto porque, aunque la reprensión directa de un amigo pueda herir nuestro corazón, esa herida

es digna de confianza (v. 6). La Biblia nos dice que esto es superior a los besos engañosos de un enemigo. ¿Por qué? Porque un enemigo nos odia y busca derribarnos mediante besos engañosos, mientras que un amigo nos ama y busca edificarnos mediante una reprensión sincera. Debemos reconocer que nuestro amigo nos reprende por amor. También debemos comprender que el dolor emocional derivado de la reprensión amorosa de un amigo nos resulta, en realidad, beneficioso. Nosotros también deberíamos ser capaces de infligir tales heridas beneficiosas a nuestros amigos mediante una reprensión hecha con amor. Al hacerlo, nos ayudamos mutuamente a perfeccionarnos. La persona sabia escucha con humildad la reprensión de un amigo que la ama, la aprovecha como una oportunidad para su crecimiento personal y se asemeja más al Señor. Oro para que tú y yo seamos personas sabias de esta clase.

Quisiera concluir nuestra meditación sobre la Palabra. Hemos reflexionado sobre cinco puntos basados en Proverbios 27:1–6: (1) no debemos jactarnos del día de mañana (v. 1); (2) no debemos alabarnos a nosotros mismos con nuestra propia boca (v. 2); (3) no debemos dar rienda suelta a la ira insensata (v. 3); (4) no debemos albergar celos (v. 4); y (5) debemos reprender por amor (vv. 5–6). En consonancia con esta enseñanza, oro para que todos nos abstengamos de jactarnos del mañana o de alabarnos a nosotros mismos, evitemos la ira insensata y los celos, y, en su lugar, ofrezcamos correcciones nacidas del amor.

Lo que trae alegría al corazón humano

[Proverbios 27:7-10]

¿Qué trae alegría a su corazón? Eclesiastés 6:6 dice en la Biblia: «Aunque viva dos mil años y no encuentre disfrute, ¿de qué sirve? Al final, todos regresan al mismo lugar» (Versión Coreana Contemporánea). ¿Qué piensa de este versículo? Aunque viviéramos en esta tierra cien o diez mil años, ¿qué importancia tendría si no pudiéramos encontrar alegría en nuestros corazones? Así, Eclesiastés nos dice que lo que alegra el corazón humano es comer, beber y hallar satisfacción en el propio trabajo (Eclesiastés 2:24, 3:13, 8:15). La Biblia afirma que esto es un don de Dios (3:13) y que es bueno y hermoso (5:18). Cuando somos capaces de recibir y disfrutar esto, debemos hacerlo con humildad. Al mismo tiempo, debemos experimentar una sensación de satisfacción (versículo 18). La razón es que puede llegar un día en el que ya no podamos disfrutar de estas cosas. Además, al observar Proverbios 14:11 y los versículos siguientes, ya hemos aprendido sobre siete situaciones en las que nuestros corazones se llenan de alegría: (1) Hay alegría en nuestros corazones cuando nuestras moradas prosperan (14:11). (2) Hay alegría en nuestros corazones cuando vivimos con sinceridad y verdad (14:14). (3) Hay alegría en nuestros corazones cuando confiamos solo en el Señor y actuamos conforme a Su voluntad (14:15). (4) Hay alegría en nuestros corazones cuando tememos a Dios y nos apartamos del mal (14:16). (5) Hay alegría en nuestros corazones cuando vencemos el mal con el bien (14:19). (6) Encontramos alegría en nuestros corazones cuando amamos a nuestro prójimo (14:21). (7) Encontramos alegría en nuestros corazones cuando trabajamos con diligencia (14:23). En el pasaje de hoy, Proverbios 27:9, el autor afirma: «El aceite y el perfume alegran el corazón, y el consejo sincero de un amigo es igual de hermoso». Tomando como referencia la frase «el aceite y el

perfume alegran el corazón», he elegido el título «Cosas que alegran el corazón». Centrándome en Proverbios 27:7–10, quisiera reflexionar sobre cuatro cosas que traen alegría al corazón humano y extraer las lecciones que nos ofrecen.

En primer lugar, la sabiduría alegra el corazón.

Observemos Proverbios 27:7 en el pasaje de hoy: «El que está saciado aborrece la miel, pero para el hambriento, hasta lo amargo sabe dulce». Amigos, el placer de comer es algo que no podemos pasar por alto al hablar de la alegría. Especialmente cuando tenemos hambre, comer alimentos deliciosos que disfrutamos nos levanta el ánimo y nos aporta felicidad. Una vez leí un artículo en línea que afirmaba: «Cuando el paladar está satisfecho, el estado de ánimo mejora y es beneficioso para el cerebro». Sin embargo, como ya sabemos, incluso las cosas buenas pueden ser perjudiciales para la salud si se consumen en exceso. Comer en exceso conduce a la obesidad, daña nuestra salud y provoca diversas enfermedades. Por consiguiente, cada vez más personas practican la moderación en sus hábitos alimenticios por el bien de su salud. Proverbios 27:7 menciona tanto a «quien está saciado» como a «quien tiene hambre»; el autor de Proverbios contrasta estos dos tipos de personas. Señala que, mientras la persona saciada aborrece incluso la miel, la persona hambrienta encuentra dulce hasta lo amargo. De hecho, como experimentamos en la vida, cuando estamos llenos no tenemos deseo de comer —ni siquiera alimentos deliciosos que normalmente nos encantan, ¿verdad? Por el contrario, cuando estamos famélicos, comemos incluso alimentos poco apetecibles que no nos gustan especialmente, ¿no es así? Esto me llevó a reflexionar sobre la naturaleza de la satisfacción en la persona saciada frente a la hambrienta. Me resultó difícil señalar una fuente específica de alegría para quien está saciado, mientras que para el hambriento, la alegría reside claramente en llenar el estómago con comida. ¿No están de acuerdo? ¿Acaso no han experimentado también ese placer de sentirse satisfechos con la comida cuando tenían hambre? En cuanto al pasaje de hoy, Proverbios 27:7, el Dr. Park Yun-sun interpreta a la «persona saciada» como una metáfora del orgulloso, y a la «persona hambrienta» como una metáfora del humilde. Explica que los

orgullosos rechazan la palabra de Dios —comparada con la «miel»—, mientras que los humildes aceptan de buena gana incluso las «cosas amargas», como el sufrimiento (Park Yun-sun). Me parece una interpretación intrigante. Si esta perspectiva es correcta, entonces la fuente de verdadera alegría para el corazón humano sería amar la palabra de Dios con un espíritu humilde y abrazar incluso el sufrimiento como algo dulce. Sin embargo, interpreto Proverbios 27:7 de manera algo diferente a como lo hace el Dr. Park. ¿Cuál es el mensaje central que el autor de Proverbios pretende transmitir aquí? Creo que el enfoque no está en la saciedad, sino en el hambre. En otras palabras, el autor destaca a la persona hambrienta —que encuentra dulzura incluso en lo amargo— más que a la persona saciada, que rechaza incluso la miel. Reflexioné sobre cómo una persona hambrienta encuentra dulces incluso las cosas amargas; ¡cuánto más se regocijaría y deleitaría si recibiera miel verdaderamente dulce! Imaginé la alegría que llena el corazón de una persona hambrienta cuando su hambre se sacia comiendo miel en lugar de algo amargo. La lección aquí es que, al igual que la persona hambrienta, debemos anhelar esta miel y permitir que nos llene, disfrutando así de la alegría del corazón.

Entonces, ¿cuál es esta miel que debemos anhelar y con la que debemos llenarnos? Para responder a esta pregunta, volví al pasaje de Proverbios 24:13-14 sobre el que meditamos anteriormente: «Hijo mío, come miel, porque es buena; el panal es dulce al paladar. Sabe también que la sabiduría es dulce para el alma; si la encuentras, hay esperanza para tu futuro…» (Biblia Coreana Moderna). En estos versículos, el autor de Proverbios nos anima a comer miel porque es buena, destacando específicamente el «panal». El punto que desea transmitir al señalar que «el panal es más dulce» se refiere precisamente a la sabiduría. En otras palabras, nos dice que la sabiduría es tan dulce como el panal, por lo que debemos procurar obtenerla. Por eso el autor afirmó en Proverbios 4:5–7: «Adquiere sabiduría, adquiere inteligencia; no olvides mis palabras ni te apartes de ellas. No abandones la sabiduría, y ella te protegerá; ámala, y ella velará por ti. El principio de la sabiduría es este: adquiere sabiduría. Aunque te cueste todo lo que tienes, adquiere inteligencia». La lección para nosotros aquí es que, al igual que la persona hambrienta, debemos anhelar la sabiduría

de Dios —que es como el panal de miel— y esforzarnos por obtenerla. Debemos obtener la sabiduría —o la iluminación— a cualquier precio; así de importante es la sabiduría. Para lograrlo, primero debemos amar la sabiduría. Con ese amor por la sabiduría, debemos consumir la Palabra de Dios tal como uno saborea la miel. En otras palabras, debemos anhelar la pura Palabra de Dios (Proverbios 30:5), mantenerla cerca de nosotros a lo largo de nuestra vida, leerla y meditar en ella día y noche. Oro para que todos podamos alcanzar tal sabiduría y encontrar gozo en nuestros corazones.

En segundo lugar, lo que trae gozo al corazón humano es saber que existe un hogar al cual regresar.

Esto me recuerda una ocasión en la que asistí a un retiro conjunto del ministerio de habla inglesa en una cabaña en Big Bear. La última mañana, antes del desayuno, salí y me senté tranquilamente en una silla, contemplando las montañas y los árboles. Mientras observaba a un par de pájaros volar y finalmente posarse en un árbol, vino a mi mente un pasaje bíblico específico: «¿No se venden dos gorriones por una moneda? Sin embargo, ni uno solo de ellos cae a tierra sin el cuidado de su Padre. Y aun los cabellos de su cabeza están todos contados. Así que no teman; ustedes valen más que muchos gorriones» (Mateo 10:29–31). Me encontré pensando: «Si Dios alimenta incluso a esas aves, ¡cuánto más cuidará de mí!». Aquello inspiró en mí la determinación de confiar y apoyarme en Dios aún más profundamente.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 27:8: «Cual ave que se aleja de su nido, así es el hombre que se aleja de su hogar». ¿Qué le viene a la mente al escuchar la frase «un ave que se aleja de su nido»? Yo pensé en las aves migratorias. Pensar en aves que cambian de hábitat según la estación me recordó el término «feligrés migratorio», una expresión que había visto en un periódico o en internet. Resulta triste y preocupante ver a personas que van de una iglesia a otra sin tener una «iglesia propia» que consideren su hogar. Al mismo tiempo, creo que es una bendición vital contar con una iglesia que se sienta como un hogar.

Es verdaderamente una gracia de Dios y una bendición pertenecer a una iglesia que funciona como una familia espiritual en el Señor: un lugar de armonía y paz donde los miembros se aman unos a otros con el amor del Señor. ¿Por qué, entonces, el autor de Proverbios mencionó «un ave que se aleja de su nido» en el versículo 8? Lo hizo para ilustrar la situación de «una persona que se aleja de su hogar». En otras palabras, la idea es que quien se aleja de su hogar es como un ave que se ha apartado de su nido.

¿Quién de la Biblia le viene a la mente al pensar en alguien que se aleja de su hogar? Yo pienso en José, del libro del Génesis. A los diecisiete años, José estuvo a punto de morir a manos de sus propios hermanos —que lo odiaban— y se vio obligado a abandonar su tierra natal de Canaán para ir a Egipto. No fue sino hasta que tuvo unos treinta y nueve años cuando se reencontró con su amado padre Jacob, su hermano menor Benjamín y el resto de su familia, para vivir todos juntos en Egipto. Sin embargo, a fin de cuentas, José nunca regresó a su tierra natal de Canaán; murió en Egipto. Desde una perspectiva puramente humana, se podría considerar a José como una figura digna de lástima. Después de todo, murió en tierra extranjera, sin poder regresar a su patria. Al pensar en José, recuerdo a nuestros compatriotas coreanos de edad avanzada que, aunque originarios de Corea del Norte, ahora viven en Corea del Sur, Estados Unidos u otros países. A estas personas se las suele llamar *silhyangmin* (personas desplazadas de su tierra natal). El diccionario define el término de la siguiente manera: "Las personas desplazadas son aquellas que, tras abandonar sus lugares de origen, ven bloqueado el camino de regreso libre; el término incluye a los refugiados" (Internet). Encontré un artículo en el sitio web del *JoongAng Ilbo*, fechado el 14 de septiembre de 2016 (coincidiendo con el Chuseok de ese año), titulado: "'Mi amada tierra natal', pintada por 5000 personas desplazadas... Se completa un mural en el Observatorio de Odusan con vistas al Norte". La noticia informaba que 5000 personas desplazadas, junto con familias separadas y desertores norcoreanos, crearon un mural combinando 5000 pinturas individuales de sus lugares de origen en el Norte; obras realizadas para el Observatorio de la Unificación de Odusan, en Paju (provincia de Gyeonggi).

Solo cabe imaginar la profunda nostalgia por sus tierras natales que los impulsó a realizar esta obra.

Amigos, ¿dónde está el verdadero hogar para aquellos de nosotros que creemos en Jesús? Miremos Hebreos 11:15-16, un pasaje que habla con gran fuerza sobre la fe. La Biblia nos dice: "Si hubieran estado pensando en la antigua patria que dejaron atrás, habrían podido regresar. Pero anhelaban una patria mejor, una patria celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios; al contrario, les ha preparado una ciudad". Amigos, nosotros somos quienes hemos dejado nuestro antiguo hogar y caminamos hacia un nuevo hogar en el cielo. Este mundo ya no es nuestro hogar; nuestro hogar es el Reino de los Cielos. Así pues, con corazones alegres y gozosos, podemos cantar a Dios el himno número 235, "He aquí nuestro hogar dichoso":

1. He aquí nuestro hogar dichoso —el cielo santo y radiante— donde el pueblo santo
vivirá en gloria para siempre.
2. Nuestros amigos que nos precedieron han ascendido a ese hogar resplandeciente;
ante el trono del Señor santo, se regocijan en alabanza día y noche.
3. El Señor que nos salvó también habita en ese hogar santo;
cuando dejemos este mundo, nosotros también viviremos con el Señor para siempre.
4. Cuando termine nuestra vida terrenal, en ese lugar de gozo eterno,
viviremos felices con nuestro Padre santo. [Coro] Allí, oh, allí, en ese hogar alegre y feliz…
allí, oh, allí, viviremos en gloria para siempre.

De este modo, tenemos un hogar eterno en el Señor al cual regresaremos. Viviremos para siempre en gloria, llenos de gozo y alegría. Esta esperanza eterna y segura llena nuestros corazones de alegría. Aunque actualmente vivimos en este mundo pecaminoso y lleno de tristeza, hoy podemos regocijarnos porque tenemos un hogar celestial al que volveremos. Mientras anhelamos esa patria mejor y avanzamos hacia las alturas, oro para que nuestros

corazones —el tuyo y el mío— se llenen de gozo y alegría gracias a la esperanza eterna que se nos ha dado en el Señor.

En tercer lugar, lo que alegra el corazón humano es el consejo fiel de un amigo.

¿Tienes a tu alrededor amigos que llenan tu corazón de alegría? ¿Tienes amigos con quienes puedes reír y regocijarte; amigos que no solo alegran tu corazón, sino que también dibujan una sonrisa y provocan risas en tu rostro? O, tal vez, ¿hay personas a tu alrededor que, en lugar de ser tales amigos, inquietan tu corazón e incluso te hacen sentir desdichado?

Hace poco, mientras leía el libro *How to Read Job* (Cómo leer Job), de John H. Walton y Tremper Longman III, me encontré reflexionando una vez más sobre los amigos de Job. Escribí lo siguiente: «Los amigos de Job insistían en que la causa de su sufrimiento era haber pecado contra Dios. Desde la perspectiva de Job, ellos eran "consoladores molestos" que solo lograban hacerlo sentir más desdichado (Job 16:2). La presencia de tales "consoladores" en nuestras vidas puede causarnos una angustia aún mayor». ¿Qué opinas? ¿Hay alguien a tu alrededor que, al igual que los amigos de Job, te haya hecho sentir más desdichado? ¿Alguna vez has tenido un amigo que, al intentar consolarte en momentos de dificultad y sufrimiento, dijo cosas que en realidad te hicieron sentir peor y agobiaron tu corazón?

Observa el pasaje de hoy, Proverbios 27:9: «El aceite y el perfume alegran el corazón, y el consejo fiel de un amigo es igualmente hermoso». Aquí, la expresión «así mismo» remite a la idea de que «el aceite y el perfume alegran el corazón» (la primera parte del versículo). En otras palabras, el consejo fiel de un amigo es hermoso del mismo modo que el aceite y el perfume alegran el corazón. Además, el término hebreo traducido aquí como «consejo fiel de un amigo» significa literalmente «consejo del alma». Respecto a este «consejo del alma», el Dr. Park Yun-sun comentó: «El consejo de un amigo verdadero es un acto de amor que

trasciende las meras palabras; es una exhortación que nace del alma [con profunda sinceridad]» (Park Yun-sun).

¿Tienes algún amigo que te quiera lo suficiente como para exhortarte sinceramente desde lo más profundo de su alma? Visito con frecuencia un sitio web cristiano; cuando encuentro un artículo que me interesa —y si el contenido es bueno—, lo comparto en la página de Facebook del ministerio en inglés de nuestra iglesia. Uno de los artículos que compartí recientemente se titulaba "Verdadera amistad". El pasaje bíblico central del artículo era Proverbios 27:6: "Fieles son las heridas del amigo, pero engañosos los besos del enemigo" [(Versión Coreana Contemporánea): "Aunque un amigo cause dolor, es una expresión de amistad fiel; sin embargo, hay que desconfiar incluso cuando un enemigo besa"]. Basándose en este versículo, el autor nos animaba a orar para que Dios nos enviara amigos como Jesús —nuestro verdadero amigo por excelencia— y describía cinco características de tal amistad:

Primero, ora por amigos que estén dispuestos a herirte por amor.
Segundo, ora por amigos que te edifiquen.
Tercero, agradece tener amigos que te quieran lo suficiente como para herirte.
Cuarto, acoge también las heridas que provengan de otros.
Finalmente, quinto, conviértete en amigo de alguien que haya sido herido por amor.

¡Qué tremenda bendición sería para nosotros tener amigos así! Si bien ciertamente debemos orar por tales amistades, oremos primero para que nosotros mismos lleguemos a ser esa clase de amigo para los demás. Además, practiquemos la aceptación humilde en nuestros corazones del consejo amoroso de Jesús, nuestro verdadero Amigo. Aunque ese consejo nos cause dolor, recibamos humildemente las palabras del Señor, incluso cuando nos hieran. Y oro para que todos encontremos gozo al aceptar humildemente el consejo del Señor.

En cuarto lugar, un vecino fiel y cercano alegra el corazón.

¿Tienes algún vecino con quien tengas una relación cercana? Es motivo de gratitud tener un vecino con quien compartes un vínculo estrecho y a quien ves con mayor frecuencia que a tus propios hermanos. Creo que deberíamos estar especialmente agradecidos si ese vecino nos trata con fidelidad. Un vecino fiel así es mejor que un hermano que es infiel o que hace la vista gorda cuando estás pasando por dificultades. Observemos el texto de hoy, Proverbios 27:10: «No abandones a tu amigo ni al amigo de tu padre, y no acudas a la casa de tu hermano en el día de tu calamidad; mejor es el vecino cercano que el hermano lejano». Aquí, la expresión «tu amigo y el amigo de tu padre» se refiere a «tu amigo —específicamente, aquel que actuó con fidelidad hacia tu padre—» (Park Yun-sun). En otras palabras, si una persona fue reconocida como fiel durante la época de tu padre, tú, como hijo, debes valorarla y no abandonarla (Park Yun-sun). ¿Hay amigos de tus padres a quienes tú también reconoces como fieles desde los tiempos de ellos? Si es así, deberías sentirte agradecido simplemente por conocer y mantener una relación con un amigo tan fiel de tu padre. Especialmente si tus padres han fallecido pero ese amigo fiel sigue con vida, sería maravilloso mantenerte cerca de él y tratarlo con el mismo respeto que mostrarías a tus propios padres. Como hijos, debemos valorar y no abandonar a quienes fueron reconocidos como personas fieles desde la época de nuestros padres. En este contexto, la lección que el autor de Proverbios nos ofrece en la parte central del versículo 10 —nuestro texto de hoy— es que no debemos acudir a la casa de nuestro hermano cuando enfrentamos dificultades o calamidades. Fíjate en la parte central de Proverbios 27:10: «…y no acudas a la casa de tu hermano en el día de tu calamidad…». ¿Cuál es la razón de esto? Al reflexionar sobre los versículos 9 y 10a, considero que la razón es que tal hermano ni nos ama (versículo 9) ni nos trata con fidelidad (versículo 10a). ¿Puedes visualizarlo? Si estuvieras atravesando una dificultad, ¿cuál sería la razón para *no* pedir ayuda a tu hermano? Si estuvieras convencido de que «mi hermano me ama y siempre me ha sido fiel, por lo que sin duda me ayudaría si se lo pidiera», naturalmente acudirías a él en momentos de adversidad. Sin embargo, si pensaras: «mi hermano no me ama ni me es fiel, así que no me ayudaría aunque se lo pidiera

en plena crisis», no buscarías su ayuda. ¿No es así? Una respuesta más precisa se encuentra en la última parte del versículo 10: «Más vale vecino cerca que hermano lejos». En otras palabras, la razón por la que la Biblia nos dice que no visitemos la casa de nuestro hermano cuando estamos en apuros es que él es un «hermano que está lejos». En realidad, si nuestra relación con un hermano es distante en lugar de cercana, ¿pensaríamos en él e iríamos a su casa a pedir ayuda al enfrentar adversidades o dificultades? Por supuesto, si estuviéramos en una situación desesperada y sin otro lugar a donde acudir, tal vez buscaríamos su ayuda a regañadientes, pero ¿realmente nos ayudaría? Es mucho más probable que la relación se distancie aún más. Creo que la razón de tal distanciamiento —tal como se describe en el versículo 9 y en la primera mitad del versículo 10— es que el hermano no nos ama (ni ama nuestras almas) y carece de fidelidad hacia nosotros. Dicho de otro modo, para que una relación entre hermanos sea cercana, debe fundamentarse en el amor y la fidelidad. Sin embargo, una relación carente de estas cualidades inevitablemente se vuelve distante; la Biblia nos aconseja no acudir a un hermano tan distante cuando estamos en problemas (versículo 10). En cambio, la Biblia nos dice que «más vale vecino cerca que hermano lejos» (versículo 10). Es decir, es mejor una relación con un vecino cercano que demuestra amor y fidelidad que una con un hermano distante que carece de ellas. ¿Y tú? ¿Tienes un vecino así cerca? Si es así, seguramente tu corazón rebosa de alegría.

Quisiera concluir esta reflexión. En este mundo lleno de tristeza, espero que vivamos disfrutando del gozo que Dios pone en nuestros corazones. Oro para que todos experimentemos esta alegría a través de la sabiduría que Dios otorga, la esperanza del cielo, el consejo de amigos fieles y la presencia de vecinos cercanos.

Un cristiano sabio que agrada al corazón del Señor

[Proverbios 27:11–14]

¿Qué es lo que alegra el corazón de cada uno de ustedes en estos días?

En 2 Corintios 5:9, el apóstol Pablo dijo: «Por tanto, ya sea que habitemos en el cuerpo o que nos ausentemos de él, nuestra meta es agradarle a Él». Pablo se esforzaba por ser alguien que agradara al Señor; en otras palabras, hizo de agradar al Señor su objetivo. Al igual que Pablo, nosotros también debemos hacer de agradar al Señor nuestra meta. Además, como Pablo, debemos examinar qué es lo que agrada al Señor (Efesios 5:10). Permítanme compartir un ejemplo con ustedes: el Salmo 69. A través de este pasaje, podemos comprender qué es lo que agrada a Dios. Anteriormente he compartido dos breves reflexiones basadas en esta Escritura. En primer lugar, escribí una reflexión titulada «Agradar más a Dios», basada en las siguientes ideas: «¿Qué debe hacer nuestra iglesia para agradar al Señor? Primero, para agradar más a Dios, debemos invocarle fervientemente (Salmo 69:13). Lo hacemos porque Dios nos acoge y se acerca a nosotros. Además, puesto que Él responde a nuestras oraciones, debemos acercarnos a Él con humildad. Dios ciertamente nos librará. Segundo, para agradar más a Dios, debemos confesar nuestros pecados (versículo 5). A través de la oración, llegamos a comprender que confiar en las personas en lugar de en Dios fue un acto de "mi insensatez". Asimismo, reconocemos que nuestros pecados no pueden ocultarse de la vista de Dios. Por tanto, debemos confesarle nuestra insensatez y nuestros pecados al orar. Tercero, para agradar más a Dios, debemos sentir celo por la iglesia del Señor (versículo 9). Al invocar a Dios, la experiencia de su amor acogedor nos lleva a confesar y arrepentirnos de nuestros pecados, haciendo que le

amemos aún más profundamente. Así pues, debemos servir a la iglesia con un celo que refleje la propia pasión de Dios. Cuarto, para agradar más a Dios, debemos ofrecerle alabanza y acción de gracias (versículo 30). Cuando Dios nos otorga gracia como cristianos, deseamos agradarle a Él antes que a nosotros mismos, incluso en medio del sufrimiento. Dios nos capacita para alabarle con un corazón agradecido, aun en los momentos de adversidad». En segundo lugar, mientras meditaba en el Salmo 69, escribí otra reflexión titulada «Esto es lo que agrada a Dios»... Hemos visto: «En medio del sufrimiento y la desesperación (v. 29, *Versión Coreana Contemporánea*), nuestros corazones pueden sentirse destrozados y llenos de tristeza (v. 20). En tales momentos, por más que busquemos, es posible que no encontremos a nadie que nos ofrezca compasión o consuelo (v. 20). Aun así, debemos mirar con fe al Dios de nuestra salvación, cobrar ánimo (v. 32, *Versión Coreana Contemporánea*) y alabar a Dios con acción de gracias (vv. 29–30). Esto es lo que agrada a Dios (v. 31)». Al observar la primera parte de Proverbios 27:11 en el pasaje de hoy, el autor de Proverbios dice: «Hijo mío, adquiere sabiduría y alegra mi corazón...» [(*Versión Coreana Contemporánea*) «Hijo mío, sé sabio y alegra mi corazón...»]. Este pasaje de Proverbios recoge las palabras del autor dirigidas a su hijo; él deseaba que su hijo adquiriera sabiduría y llenara de alegría el corazón de su padre. Al aplicar esto a los cristianos del siglo XXI, creo que nosotros también debemos ser cristianos sabios que alegren el corazón del Señor. Por ello, quisiera reflexionar sobre el texto de hoy —Proverbios 27:11-14— bajo el título «Cristianos sabios que alegran el corazón del Señor» y extraer tres lecciones de él.

En primer lugar, el cristiano sabio que alegra el corazón del Señor evita el peligro cuando lo ve.

Observemos Proverbios 27:12 en el texto de hoy: «El prudente ve el peligro y se refugia, pero el ingenuo sigue adelante y sufre las consecuencias» [(Versión en Lenguaje Moderno) «La persona sabia evita el peligro cuando lo ve, pero la insensata sigue adelante de todos modos y se mete en problemas»]. ¿Qué haría usted si viera un peligro ante sí? Por ejemplo,

supongamos que está acampando en la montaña y divisa un oso a lo lejos; ¿qué haría? Ciertamente, ninguno de ustedes caminaría intencionadamente hacia el oso solo para verlo más de cerca. La razón es obvia, ¿verdad? Porque es peligroso. Pero, ¿qué pasaría si su hijo, por curiosidad, intentara acercarse a ese oso? Como padre o madre, ¿qué haría usted? Naturalmente, detendría a su hijo, ¿no es así? ¿Y por qué? Porque sabe que acercarse al oso pone a su hijo en peligro.

En la Versión en Lenguaje Moderno de Proverbios 27:12, el autor afirma: «La persona sabia evita el peligro cuando lo ve, pero la insensata sigue adelante de todos modos…». Dice: «…y sufre daño al seguir avanzando». La Versión Estándar Coreana Revisada lo traduce así: «El prudente ve el peligro y se refugia, pero el insensato sigue adelante y sufre daño». Este es el mismo punto que señaló el autor de Proverbios en el versículo 3 del capítulo 22: «El prudente ve el peligro y se refugia, pero el insensato sigue adelante y sufre el daño». La lección que extraemos de este pasaje es que un cristiano sabio debe conducirse con prudencia en tiempos de tribulación para evitar sacrificar su vida o padecer sufrimientos inútiles, carentes de un propósito que sirva al Señor. No debemos —ni siquiera al buscar servir al Señor— exponernos imprudentemente al peligro antes de que llegue el momento oportuno o de recibir la guía de Dios. Además, no debemos atraer la persecución provocando temerariamente la oposición de los adversarios a causa del Evangelio (Park Yun-sun). Sin embargo, cuando ocasionalmente escuchamos noticias angustiosas sobre misioneros que sirven en naciones comunistas o islámicas, podemos sentir pesar, preguntándonos si ellos mismos se acarrearon sufrimientos y persecuciones innecesarios al provocar imprudentemente la oposición. Podríamos cuestionarnos si realmente fue el Señor quien los guio de esa manera y pensar que habría sido mejor esperar un momento más oportuno. Por supuesto, esto no se aplica solo a unos pocos misioneros, sino a todos los cristianos. Si bien ciertamente debemos participar en los sufrimientos de Cristo —tal como lo hicieron el apóstol Pablo y los creyentes de Filipos—, no hay necesidad de provocarnos sufrimientos inútiles. Participar en el sufrimiento de Cristo es, en efecto, una gracia de Dios (Filipenses 1:29); pero el sufrimiento que atraemos por nuestra propia imprudencia es menos una

cuestión de gracia divina y más una consecuencia de nuestra propia insensatez. Por eso, el autor de Proverbios afirma en la segunda parte del pasaje de hoy, Proverbios 27:12: «Los simples siguen adelante y sufren el castigo». En otras palabras, si somos insensatos, podemos ver el peligro y aun así no evitarlo, adentrándonos directamente en él... Esto implica afrontar adversidades o daños. Es algo que nosotros mismos provocamos; no es que Dios haga que suframos tal adversidad. Por tanto, cuando enfrentamos situaciones así, debemos reconocer nuestra propia insensatez, arrepentirnos ante Dios y buscar su misericordia y liberación, en lugar de caer en la insensatez de pecar murmurando contra Él. No obstante, un asunto que nos causa profunda y reiterada preocupación al orar es la cuestión de la guía de Dios. A menudo nos cuesta mucho discernir qué constituye la dirección de Dios. Si, por la gracia de Dios y la obra del Espíritu Santo, pudiéramos tener la certeza de su guía —y, en consecuencia, obedecerla con fe— experimentaríamos su liberación aun al enfrentar peligros. Sin embargo, con demasiada frecuencia carecemos de esta seguridad y vagamos sin saber qué hacer. Aunque anhelamos sinceramente la guía de Dios en oración, al no percibirla con claridad a veces no sabemos esperar; en su lugar, tomamos nuestras propias decisiones y actuamos conforme a ellas, solo para vernos envueltos en situaciones difíciles. ¿Qué debemos hacer, entonces?

En segundo lugar, el cristiano sabio que agrada al Señor no sale fiador por otros. Observemos el texto de hoy, Proverbios 27:13: «Quítale la ropa al que sale fiador por un extraño; reténla en prenda si sale fiador por una mujer desconocida». Al meditar en el libro de Proverbios, ya hemos aprendido lecciones sobre lo que el autor dice acerca de actuar como fiador. Por ejemplo, al centrarnos en Proverbios 6:1-5, aprendimos que si hemos ofrecido garantía o actuado como fiadores de un prójimo y posteriormente nos vemos atrapados por la situación de esa persona, debemos «librarnos». En otras palabras, la Biblia nos dice que nos liberemos cuando hemos asumido la carga de la deuda de un prójimo. Este pasaje sirve de advertencia contra una conducta insensata. Dicha insensatez consiste en actuar como fiador —comprometiéndose a pagar una deuda— por alguien que ya es insolvente (o que probablemente incumpla el pago), aun sabiendo que no podrá saldarla

(MacArthur). Por supuesto, esto no prohíbe estrictamente actuar como fiador de un prójimo por amor, conforme al mandamiento de Jesús (Park Yun-sun). Más bien, la lección que el autor de Proverbios quiere transmitir es que no se debe actuar como fiador sin estar preparado para asumir realmente la responsabilidad si surgen problemas, ya sea porque uno fue engañado por el prójimo o simplemente porque carecía de los medios económicos para cumplir la obligación cuando surgieron las dificultades. Ciertamente, si poseemos la capacidad económica para pagar la deuda de un prójimo querido y decidimos actuar como sus fiadores... Si uno actúa como fiador siendo plenamente consciente de las consecuencias, tal vez no haya mayor problema. Sin embargo, es una insensatez salir fiador de un prójimo por amor cuando no se tienen los medios económicos reales para pagar esa deuda. Otro ejemplo se encuentra en Proverbios 22:26: «No seas de los que estrechan la mano en señal de compromiso, ni de los que salen fiadores de deudas». La *Hyundai-inui Seonggyeong* (Biblia Coreana Moderna) lo traduce de forma sencilla: «No salgas fiador de la deuda de otra persona». ¡Qué clara e inequívoca es la Palabra de Dios en este asunto! La Biblia nos instruye explícitamente a no actuar como fiadores de las deudas de otros. El Dr. Park Yun-sun observó: «...Actuar como fiador de la deuda de otro sin tener la capacidad financiera para respaldarla no ofrece más que un falso consuelo al deudor, al tiempo que hace muy probable que uno mismo enfrente la bancarrota personal». ¡Qué acto tan imprudente es este! Servir imprudentemente como fiador de un vecino —hasta el punto de que ello pueda conducir a la propia bancarrota— no ofrece más que un falso consuelo.

En el pasaje de hoy, Proverbios 27:13, el autor afirma: «Quítale la ropa al que sale fiador de un extraño; reténla en prenda si lo hace por una mujer desconocida». Las frases «quítale la ropa» y «reténla en prenda» significan que la persona que actúa como fiador de otra terminará bebiendo una copa amarga (Park Yun-sun). Como mínimo, deberíamos aprender de aquellos que ya han actuado como fiadores y han sufrido las amargas consecuencias, y así abstenernos de hacer lo mismo. En particular, si carecemos de los medios económicos para servir de fiadores, nunca debemos hacerlo. Las palabras de Proverbios 27:13 se hacen eco de lo que el autor declaró anteriormente en Proverbios 20:16; ambos versículos

transmiten exactamente el mismo mensaje. Aquí, el autor advierte contra un error específico asociado a actuar como fiador (Park Yun-sun): salir fiador de un extraño —alguien a quien no se conoce bien— para luego verse incapaz de recuperar nada de esa persona. No debemos actuar como fiadores de personas a las que no conocemos bien. Personalmente, creo que deberíamos abstenernos de actuar como fiadores incluso para aquellos a quienes conocemos íntimamente, incluidos familiares o parientes. Sin embargo, ¿por qué algunas personas sirven de fiadores para desconocidos? El Dr. Park Yun-sun describe tal comportamiento como una «apuesta económica» (Park Yun-sun). ¡Qué enorme apuesta financiera supone prestar dinero a alguien que carece de capacidad económica para devolver la deuda...! Ya sea prestando dinero o actuando como fiador, tales acciones constituyen una apuesta financiera que puede resultar en una pérdida económica significativa para el prestamista o para quien ofrece la garantía. El Dr. Park Yun-sun observó: «Cuando las personas —especialmente los creyentes— se involucran en apuestas financieras, por lo general fracasan; esto se debe a que asumir riesgos financieros excesivos es una forma de incredulidad. Tales empresas reflejan una actitud de menosprecio hacia Dios, como si uno pudiera controlar el futuro únicamente mediante el esfuerzo humano (Santiago 4:13–17)».

¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Cómo debemos responder cuando un vecino nos pide que actuemos como fiadores? Proverbios 11:15, pasaje sobre el cual hemos reflexionado anteriormente, nos dice: «El que sale fiador por otro ciertamente sufrirá daño, pero el que se niega a dar la mano en garantía está a salvo» [(Versión Coreana Contemporánea) «Quien actúa como fiador de otro sufre un dolor amargo, mientras que quien se niega a hacerlo permanece en paz»]. De acuerdo con esta Escritura, debemos contarnos entre aquellos que «se niegan a actuar como fiadores». En palabras de la Versión Coreana Contemporánea, debemos ser personas que rechazan salir como avales de otros. Solo así podremos disfrutar de paz. Si alguien estuviera dispuesto a aceptar la pérdida y el amargo sufrimiento resultantes, ¿quién podría reprocharle que actúe como fiador de otro? Sin embargo, a mi juicio, tales pérdidas y sufrimientos tienen poco sentido positivo y representan una

conducta imprudente. Por supuesto, no es fácil negarse cuando un vecino querido solicita encarecidamente tal favor. No obstante, debemos ser personas que se nieguen a actuar como fiadores de otros (11:15).

En tercer lugar, un cristiano sabio que agrada al Señor ofrece palabras de elogio apropiadas a su prójimo en el momento oportuno.

¿Cómo se siente cuando suena el teléfono con fuerza o una notificación de KakaoTalk resuena estrepitosamente temprano un lunes por la mañana? No recuerdo exactamente quién lo dijo, pero una vez escuché que los pastores deberían evitar llamar a los miembros de la congregación temprano los lunes y, en su lugar, hacerlo hacia el jueves o el viernes. La razón por la que aún recuerdo este consejo es que estoy totalmente de acuerdo con él. Imagino que a muy pocas personas les agrada recibir llamadas temprano un lunes por la mañana. A nadie le gusta que lo despierten bruscamente con el sonido del teléfono cuando está cansado, necesita ir al trabajo y esperaba dormir un poco más. Es probable que la gente ni siquiera reciba con agrado una llamada de su propia madre a esa hora. Y si uno se viera obligado a contestar —ya fuera de su madre, de un jefe o de un amigo—, ciertamente no apreciaría que hablaran en voz alta y durante mucho tiempo. Incluso si las palabras tuvieran la intención de elogiarle, pocas personas disfrutarían escuchando a alguien hablar en voz alta tan temprano un lunes por la mañana. En última instancia, el momento elegido es crucial a la hora de elogiar a los demás. Elogiar a alguien en el instante preciso, guiado por la sabiduría que Dios otorga, tiene un gran valor. Observemos Proverbios 25:11: «Como manzanas de oro con figuras de plata es la palabra dicha a su tiempo». Este pasaje significa que una palabra oportuna —cuidadosamente adaptada a las circunstancias y a la situación concreta— posee un valor inmenso, tal como una manzana de oro presentada en una bandeja de plata. Por ejemplo, Proverbios 25:12 afirma: «Como zarcillo de oro y joyel de oro fino es la reprensión del sabio al oído que escucha». Al considerar este versículo junto con el anterior (el versículo 11), la lección es que una reprensión expresada en el momento adecuado tiene un gran valor —comparable a ese pendiente o adorno de oro fino— para la

persona que presta atención a ella. Por el contrario, si carecemos de sabiduría y ofrecemos una reprensión inapropiada para la situación, no solo no aportamos ningún beneficio, sino que también podemos herir sentimientos y dañar la relación. Esto pone de relieve la importancia de pronunciar las palabras adecuadas en el momento oportuno: una tarea que requiere la sabiduría de Dios. Observemos el texto de hoy, Proverbios 27:14: "Si alguien bendice a su prójimo en voz alta temprano por la mañana, se considerará una maldición". Aquí, el autor de Proverbios señala que bendecir a gritos a un prójimo temprano por la mañana puede percibirse como una maldición. Siempre que leo este pasaje, me llama la atención la frase "temprano por la mañana". Probablemente se deba a que, personalmente, no me gusta recibir llamadas telefónicas a esa hora. Mi aversión a las llamadas matutinas no se debe al cansancio ni al deseo de dormir más; más bien, nace del deseo de disponer de un tiempo para mí mismo después del servicio de oración de la mañana. La siguiente frase que capta mi atención es "en voz alta". Por muy bienintencionada que sea una bendición, ¿a quién le gustaría que se la gritaran, especialmente temprano por la mañana? El Dr. Park Yun-sun, en su comentario, describe este acto de bendecir en voz alta —o mejor dicho, de prodigar elogios a alguien temprano por la mañana— como una "adulación nacida de un celo excesivo". Imagínelo: si alguien conocido le llamara temprano por la mañana y le colmara de elogios excesivos a gritos, ¿lo consideraría una bendición genuina? ¿No le parecería mera adulación, sobre todo si los elogios resultaran exagerados? ¿Podría sentirse realmente agradecido por tales palabras dichas a esa hora? El texto sugiere que, por el contrario, se percibiría como una maldición (versículo 14).

Entonces, ¿qué debemos hacer? Debemos elogiar a nuestro prójimo de la manera correcta. En otras palabras, debemos ofrecer elogios en el momento oportuno y con las palabras adecuadas. Debemos tener especial cuidado de no elogiarlos temprano por la mañana ni tarde por la noche, cuando están cansados e intentando dormir. Simplemente debemos obedecer cuando el Espíritu Santo, que mora en nosotros, nos impulse a dirigir palabras de elogio a nuestro prójimo en el momento apropiado. En cuanto a la naturaleza de este elogio,

y basándome en el pasaje de hoy (Proverbios 27:11–13), considero que hay tres aspectos específicos por los cuales deberíamos elogiar a nuestro prójimo:

(1) Debemos elogiar a nuestro prójimo por su sabiduría (versículo 11).

En particular, debemos ofrecer elogios oportunos cuando nuestro prójimo demuestra sabiduría, complaciendo no solo a sus padres terrenales sino, además, al corazón de Dios Padre. (2) Debemos elogiar a nuestro prójimo cuando evita sabiamente el peligro o el desastre (versículo 12).

Si vemos a nuestro prójimo actuando con insensatez —avanzando hacia el peligro a pesar de ver el riesgo—, debemos reprenderlo por amor, sabiendo que sufrirá daño; por el contrario, cuando lo vemos evitar sabiamente ese peligro, debemos elogiarlo.

(3) Debemos elogiar a nuestro prójimo por negarse a salir fiador de un desconocido (versículo 13).

En última instancia, lo que debemos elogiar en nuestro prójimo, en el momento oportuno, es su sabiduría. En otras palabras, debemos elogiarlo cuando actúa sabiamente, guiado por la sabiduría que Dios provee.

En este punto, quisiera compartir una breve reflexión basada en Lucas 6:32–35, un pasaje que leí recientemente. He titulado esta reflexión: «Nuestro estándar para elogiar parece muy bajo». «Parece que nuestros criterios para elogiar a los demás son bastante bajos.
Elogiamos a quienes aman solo a quienes los aman a ellos. Elogiamos a quienes muestran bondad únicamente con quienes son amables con ellos. Elogiamos a quienes prestan a otros esperando recibir algo a cambio, aun cuando los pecadores hacen exactamente lo mismo. En cambio, el Señor elogia a quienes aman a sus enemigos, muestran bondad y

prestan sin esperar nada a cambio. También elogia a quienes son amables con los ingratos y los malvados (Lucas 6:32-35).

Quisiera concluir esta reflexión. Debemos llegar a ser cristianos sabios que alegren el corazón de nuestro Señor. Para lograrlo, debemos evitar con sabiduría el peligro cuando lo vemos (Proverbios 27:12). Además, para agradar al Señor, no debemos salir fiadores de otros (versículo 13). Y debemos ofrecer el tipo correcto de elogio a nuestro prójimo en el momento oportuno (versículo 14). Oro para que todos lleguemos a ser personas que lleven alegría al corazón del Señor».

¿Qué clase de personas debemos ser?

[Proverbios 27:15-19]

¿Cómo está su vida de fe en estos días? ¿Dónde pone el énfasis principal al vivir su fe? ¿En el *hacer* o en el *ser*? Personalmente, creo que debemos centrarnos en el *ser* más que en el *hacer*. En otras palabras, creo que nuestra vida de fe debe girar en torno a la pregunta: «¿Quién soy yo delante de Dios?», en lugar de: «¿Qué estoy haciendo por el Señor y por su cuerpo, la iglesia?». La razón es que considero que *quién soy* es mucho más importante que *lo que hago*. Dicho de otro modo, el «ser» es mucho más importante que el «hacer». Creo que el «hacer» debe fluir naturalmente del «ser». Para lograrlo, debemos convertirnos en verdaderos cristianos. Solo entonces podremos vivir una vida que realmente refleje a Cristo.

Hoy, centrándome en Proverbios 27:15-19, quisiera reflexionar sobre tres aspectos del tipo de personas que debemos ser y extraer algunas lecciones. Oro para que todos aceptemos con humildad las enseñanzas que el Señor nos da y vivamos en obediencia a ellas.

En primer lugar, debemos ser pacificadores.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 27:15: «La mujer pendenciera es como una gotera constante en un día de lluvia» [(Versión Coreana Contemporánea) «La mujer a la que le gusta pelear es como las gotas de lluvia que caen sin cesar en un día lluvioso»]. ¿Alguna vez ha visto un techo con goteras? Si es así, ¿cómo se sintió? Aún recuerdo vívidamente ver el agua caer gota a gota desde el techo de nuestro santuario en los días de lluvia. En una ocasión,

el pastor encargado del ministerio hispano de nuestra iglesia tuvo que subir al tejado para realizar reparaciones de impermeabilización. Más tarde, durante una renovación de la iglesia, descubrimos que el techo había tenido goteras durante mucho tiempo, lo que había provocado que las vigas de madera del techo del santuario se pudrieran; si el problema se hubiera dejado sin atender por más tiempo, el techo podría haberse derrumbado. Al escuchar esto del contratista, suspiré aliviado, dándome cuenta de la suerte que habíamos tenido. En el pasaje de hoy, Proverbios 27:15, la Biblia describe a una "mujer pendenciera" como alguien semejante a "una gotera constante en un día de lluvia". La *Versión Coreana Contemporánea* traduce esto como "una mujer a la que le encanta discutir es como las gotas de lluvia que caen sin cesar en un día lluvioso". Una idea similar aparece en la segunda parte de Proverbios 19:13, un versículo sobre el que ya hemos meditado anteriormente: "...una esposa pendenciera es como una gotera constante". ¿Qué significa esto? Implica que una esposa propensa a discutir continuamente con su marido —al igual que las incesantes gotas de lluvia— no deja de hablar una vez que comienza la disputa (Park Yun-sun). ¿Puede haber paz en un hogar así? Es inevitable que haya muy poca. Además, es seguro que los hijos de ese hogar se sentirán angustiados. La razón es que su madre y su padre pelean constantemente. Del mismo modo que ver el agua gotear desde el techo provoca la inquietante idea de que este podría derrumbarse si no se repara, un niño que observa a sus padres discutir día tras día bien puede sentir ansiedad, preguntándose si sus padres terminarán divorciándose.

Si bien el pasaje de hoy, Proverbios 27:15, habla de una "mujer pendenciera", la *Versión Coreana Contemporánea* lo traduce como "una mujer a la que le encanta discutir". En otras palabras, la "mujer pendenciera" mencionada en el pasaje de hoy se refiere a una mujer amante de las discusiones: alguien para quien pelear con su marido en casa se ha convertido en un hábito. ¡Qué hábito tan terrible! Por supuesto, cuando las parejas discuten, no son solo las mujeres quienes lo hacen; hay muchos esposos que también tienen la costumbre de discutir y a quienes les encanta pelear. ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué pelean las parejas? ¿Y por qué se convierte en un hábito? Observemos Santiago 4:1: "¿De

dónde surgen las guerras y los conflictos entre ustedes? ¿No provienen acaso de los deseos que luchan en su interior?". La causa raíz de las peleas de pareja reside en los deseos en conflicto dentro de cada individuo, y la razón por la que esto se convierte en un patrón habitual es la falta de dominio propio sobre dichos deseos. Discuten repetidamente —y por costumbre— porque carecen de la plenitud del Espíritu Santo y no practican el «dominio propio», que es uno de los frutos del Espíritu. Al no ejercer dominio propio —específicamente sobre su ira—, no cesan en sus contiendas (Proverbios 15:18); por el contrario, impulsados por la ira, pronuncian palabras ásperas con la intención de provocar una pelea (versículo 1). Así, mientras que Proverbios 21:9 habla de una «mujer pendenciera», el versículo 19 la describe como una «mujer pendenciera e irascible». La razón es que la raíz de la contienda es la incapacidad de refrenar la ira y la tendencia a estallar en furia. Sabemos esto porque «el hombre irascible provoca contiendas» (15:18), mientras que «el que tarda en airarse calma la disputa» (versículo 18). Por eso, Proverbios 21:9 y 19 afirman: «Mejor es vivir en una choza que en una casa grande con una mujer pendenciera… Mejor es vivir en el desierto que con una mujer pendenciera e irascible». Amigos, es mejor vivir en una choza o en el desierto que en una casa grande con una mujer que constantemente discute y se enfurece. Es mejor vivir en una humilde choza en armonía que vivir en una casa grande y cómoda peleando constantemente el uno con el otro. Debemos dedicarnos a construir matrimonios armoniosos en el Señor.

Debemos convertirnos en pacificadores. Miren 2 Corintios 5:18: «Todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo y nos dio el ministerio de la reconciliación». Debemos cumplir fielmente este ministerio de reconciliación. Al hacerlo, debemos llevar a cabo este ministerio primero dentro de nuestros propios hogares. Para fomentar la armonía en el hogar, debemos esforzarnos primero por lograr la armonía entre esposo y esposa. Para conseguirlo, debemos esforzarnos en al menos tres áreas:

(1) Debemos cubrir las faltas del otro en lugar de sacarlas a relucir repetidamente.

Miren Proverbios 17:9: «El que cubre la falta busca el amor, pero el que divulga el asunto separa a los amigos íntimos». Satanás siembra discordia entre los esposos e incita al conflicto haciéndonos hiperconscientes de los defectos del otro y llevándonos a hablar de ellos, no solo entre nosotros, sino también con los demás. También hace que llevemos un registro mental de las faltas de nuestro cónyuge y que las saquemos a relucir repetidamente, lo que provoca contiendas y desavenencias en la relación. Debemos rechazar esta tentación de Satanás, triunfar en la batalla espiritual y —confiando en la gracia de Dios, quien ha cubierto nuestras propias faltas— cubrir las faltas de nuestro cónyuge.

(2) Para mantener la armonía en el matrimonio, debemos detener una disputa antes de que realmente comience.

Observemos Proverbios 17:14: «Iniciar una pelea es como abrir una brecha en una presa; así que abandona el asunto antes de que estalle la disputa». ¿Qué es lo que suele causar conflictos entre esposos o entre padres e hijos en el hogar? ¿Son problemas graves o asuntos triviales? Las parejas a menudo discuten por cosas insignificantes. Sin embargo, como no detenemos la discusión a tiempo, un conflicto que comenzó por un asunto menor suele escalar hasta convertirse en una pelea mucho mayor. Por lo tanto, debemos detener la disputa antes de que estalle por completo.

(3) Por el bien de la armonía matrimonial, debemos sacrificarnos (Marcos 9:5), negarnos a nosotros mismos (8:34), mantenernos humildes (9:34-37) y servirnos mutuamente (v. 41).

Debemos ser pacificadores. Nuestra misión es lograr la reconciliación. Debemos cumplir el ministerio de la reconciliación, fomentando la paz entre las personas. Además, al ver a cada alma desde la perspectiva de Dios, debemos reconciliar con Él —a través del Evangelio de Cristo— a aquellos que fueron creados a su imagen. Este es el propósito de nuestra existencia. También debemos ser pacificadores, no solo en nuestros hogares, sino también

en la iglesia y dondequiera que estemos. Por eso, mi oración es que nosotros —tú y yo— seamos llamados hijos e hijas de Dios (Mateo 5:9).

En segundo lugar, debemos ser personas que se ayudan mutuamente.

El pastor Paul David Tripp escribió en su libro *What Did You Expect?* (¿Qué esperabas?): «No, lo que estamos recibiendo es algo que necesitamos desesperadamente: la gracia incómoda del crecimiento y el cambio personal». Sin la gracia de Dios, es imposible que un hombre y una mujer —que difieren en personalidad, crianza y mentalidad— formen una familia y vivan juntos. Sin embargo, esta gracia de Dios es una «gracia incómoda» para nosotros. Es incómoda porque, en el proceso del matrimonio y la construcción de una familia, ambos individuos deben experimentar un quebrantamiento y un refinamiento significativos. Creo que, para que una pareja se refine mutuamente, se aplica el principio de que «el hierro se afila con el hierro, y el hombre en el trato con su prójimo» (Proverbios 27:17). Así como el hierro requiere fricción —chocar contra sí mismo— para afilarse, una pareja debe «pelear bien» en el Señor para afilarse mutuamente. Las parejas que pelean bien en el Señor reconocen la soberanía de Dios; en lugar de etiquetar sus diferencias como «correctas» o «incorrectas», adoptan la actitud de que «simplemente somos diferentes» y utilizan esas diferencias como oportunidades para el crecimiento y la transformación mutuos. Al usar sus diferencias para complementarse, se vuelven más íntegros juntos. A través de sus diferencias, crecen juntos en el Señor. En consecuencia, llegan a apreciar y respetar esas mismas diferencias. Esta es la gracia incómoda del crecimiento y el cambio personal que una pareja necesita desesperadamente. Observemos el texto de hoy, Proverbios 27:17: «El hierro se afila con el hierro, y el hombre en el trato con su prójimo» [(Versión Coreana Contemporánea) «Así como el hierro afila al hierro, las personas se afilan unas a otras»]. La frase «el hierro se afila con el hierro» sirve aquí como metáfora de cómo los cristianos nos ayudamos mutuamente (Park Yun-sun). La lección es que, al ayudarnos unos a otros, debemos permitir que nuestros hermanos y hermanas crezcan y resplandezcan (Park Yun-sun). Entonces, ¿cómo podemos ayudar a nuestros hermanos y

hermanas a crecer y resplandecer? ¿Qué debemos hacer para afilar a nuestros amigos —nuestros hermanos y hermanas— tal como el hierro afila al hierro? He considerado cuatro puntos:

(1) Para afilar a nuestros amigos, debemos revelarles nuestros corazones. Observemos el texto de hoy, Proverbios 27:19: «Como el agua refleja el rostro, así el corazón refleja a la persona». Del mismo modo que nuestros rostros se reflejan cuando miramos las aguas de un arroyo, debemos mostrar nuestro corazón en nuestras interacciones con los amigos. Hemos de abrir de par en par las puertas de nuestro corazón y tratar a nuestros amigos con sinceridad y transparencia. En particular, al conversar, debemos abrir nuestro corazón a ellos con transparencia, honestidad y veracidad. Al hacerlo, nuestros corazones conectarán con los suyos. Cuando el Espíritu Santo, que habita en nosotros, hace posible esta conexión de corazón a corazón con nuestros amigos, somos capaces de afilarnos mutuamente.

(2) Para afilar a nuestros amigos, debemos ofrecerles consejos basados en la Palabra de verdad de Dios. Veamos Proverbios 27:9: «El aceite y el perfume alegran el corazón, y el consejo fiel de un amigo es igualmente hermoso». El Espíritu Santo no solo abre nuestro corazón para que seamos transparentes con nuestros amigos, sino que también trae la Palabra de verdad a nuestra mente, capacitándonos para aconsejarlos utilizando la Palabra de Dios. Además, el Espíritu Santo nos guía para ofrecer dicho consejo en el momento oportuno. Esta cuestión del momento es crucial porque, por muy bien que aconsejemos a nuestros amigos usando la Palabra de Dios, si el momento no es el adecuado, nunca lograremos afilarlos. Por eso Proverbios 27:14 afirma: «Si alguien bendice a gritos a su prójimo temprano por la mañana, se tomará como una maldición». Al fin y al cabo, ¿quién apreciaría una bendición gritada a primera hora de la mañana? El Espíritu Santo que habita en nosotros nos concede la gracia de ayudar en momentos de necesidad; Él nos capacita para aconsejar a nuestros amigos con la verdad de Dios en el momento perfecto, afilándolos así.

(3) Para afilar a nuestros amigos, debemos ofrecerles palabras de elogio.

Observemos Proverbios 27:2: «Que te alabe otro, y no tu propia boca; un extraño, y no tus propios labios». Cuando abrimos nuestro corazón para conversar con nuestros amigos, no solo debemos ofrecerles consejos basados en la veraz Palabra de Dios, sino también elogiarlos. ¿Cómo es esto posible? Es posible gracias al Espíritu Santo que habita en nosotros. El Espíritu Santo, que mora en nuestro interior, abre los ojos de nuestro espíritu y nos permite ver las fortalezas de nuestros amigos. Además, el Espíritu Santo nos impulsa a elogiar dichas fortalezas. A través de ese elogio, el Espíritu Santo nos utiliza para animar, consolar y fortalecer a nuestros amigos. Por tanto, debemos elogiar a nuestros amigos; nunca debemos ser tacaños con nuestros elogios. Al elogiar a nuestros amigos con el amor de Dios, los afilamos.

(3) Para afilar a nuestros amigos, también debemos ofrecer corrección. Observemos Proverbios 27:5–6: «Mejor es la reprensión franca que el amor oculto. Fieles son las heridas del amigo, pero engañosos los besos del enemigo». Aunque estamos acostumbrados a mantener nuestro amor oculto en lugar de ofrecer una reprensión franca, la Biblia afirma que la reprensión franca es superior al amor oculto. Además, declara que la reprensión de un amigo —nacida de la fidelidad— es mejor que los besos engañosos de un enemigo. La frase «reprensión de un amigo» se traduce en la versión NASB como «las heridas de un amigo»; en otras palabras, se refiere a las heridas que un amigo inflige. ¿Cómo puede una herida infligida por un amigo ser mejor que los besos frecuentes y engañosos de un enemigo? La razón es que un enemigo nos odia y busca destruirnos incluso mediante besos engañosos, mientras que un amigo nos ama y busca edificarnos mediante una reprensión honesta. Por consiguiente, debemos reconocer que cuando un amigo nos reprende, es un acto de amor. También debemos comprender que las heridas emocionales resultantes de la reprensión amorosa de un amigo son, en realidad, beneficiosas para nosotros. Nosotros también debemos estar dispuestos a ofrecer tales heridas beneficiosas a nuestros amigos mediante una reprensión amorosa. Al hacerlo, podemos ayudar a afilarlos.

Así como el hierro afila al hierro, debemos afilar a nuestros amigos. Debemos abrir nuestros corazones de par en par y afilar a nuestros amigos utilizando las palabras de verdad que el Espíritu Santo, que habita en nosotros, trae a nuestra mente. Debemos reconocer las fortalezas que poseen nuestros amigos —tal como las revela el Espíritu Santo— y ofrecerles elogios sinceros. Además, debemos reprender a nuestros amigos con el amor del Espíritu Santo. Al afilar a nuestros hermanos y hermanas —nuestros amigos—, [honramos] a Dios... Oro para que tanto tú como yo demos gloria a Dios.

En tercer lugar, debemos convertirnos en guardianes: aquellos que protegen.

¿Qué es lo que más desea proteger usted? Para todos nosotros, probablemente sean las personas que amamos: nuestros queridos familiares. Como padres, el deseo de proteger a nuestros hijos es un instinto innato. En particular, como padres creyentes, deseamos fervientemente salvaguardar la fe de nuestros hijos. Al vivir en un mundo plagado de tentaciones y engaños —un mundo tan propenso a la secularización—, sentimos naturalmente un deseo profundo y urgente de proteger la fe de nuestros hijos. Consideremos Santiago 1:27: «La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo». ¿Acaso no es la esperanza y la oración ferviente de todo padre transmitir esta fe pura, no solo para nosotros mismos, sino también a nuestros hijos?

Observemos el texto de hoy, Proverbios 27:18: «El que cuida la higuera comerá de su fruto, y el que vela por su señor será honrado». Aquí, la expresión «vela por» (o «sirve/atiende a») conlleva el significado de «guardar» o «custodiar»; se refiere al deber de un centinela que protege a su señor del daño causado por enemigos (Park Yun-sun). Así, la primera parte del versículo 18 habla de «aquel que cuida [guarda] la higuera». Según el Dr. Park Yun-sun, el higo es un «fruto muy noble», y «para asegurar que una higuera dé buen fruto, es preciso cuidarla con diligencia». En concreto, señala que «las higueras jóvenes requieren que la

tierra esté bien labrada para dar fruto, mientras que las higueras maduras necesitan cuidados atentos para evitar que se pudran» (Park Yun-sun). Del mismo modo que el cuidador de una higuera labra la tierra y atiende el árbol para que produzca frutos nobles, nosotros —como guardianes de nuestros seres queridos— debemos ayudarles, cuidarles y protegerles para que den frutos preciosos y hermosos en sus vidas. Sobre todo, «debemos actuar como centinelas para asegurar que la gloria de Dios no sea empañada» (Park Yun-sun). Hace poco me sentí profundamente preocupado al enfrentarme a una situación difícil dentro de la iglesia. La razón fue que me di cuenta de que, por ignorancia, había actuado de una manera incompatible con la Palabra de Dios: la misma Palabra en la que había meditado y que había proclamado. En consecuencia, pedí a Dios perdón por mi pecado y rogué no empañar su gloria. Afortunadamente, Dios respondió a mi oración y pude evitar manchar aún más su gloria.

Nuestro Dios es un Dios que valora su santo nombre más que nadie. Consideremos Ezequiel 36:21–23: «Pero tuve dolor al ver mi santo nombre, que la casa de Israel había profanado entre las naciones adonde fueron… Por tanto, di a la casa de Israel: "Así ha dicho Jehová el Señor: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde fuisteis. Y santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy Jehová —dice Jehová el Señor—…"». Cuando profanamos el santo nombre de Dios pecando contra Él ante muchas personas en este mundo, Dios —movido por el celo hacia su santo nombre profanado— santifica ese nombre. Por lo tanto, nosotros también debemos vivir como santos que valoran el santo nombre de Dios y lo protegen, asegurándonos de no mancharlo.

Recuerdo el Salmo 121:3–8: «No dará tu pie al resbaladero, ni se dormirá el que te guarda. He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel. Jehová es tu guardador; Jehová es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche. Jehová te guardará de todo mal; él guardará tu alma. Jehová guardará tu salida y tu entrada desde

ahora y para siempre». Nuestro Dios es quien nos guarda (versículo 3). El Dios que nos guarda nos protege sin adormecerse ni dormir jamás (versículo 5). Dios nos protege de todo peligro y mantiene nuestras vidas a salvo (versículo 7, *Versión Coreana Contemporánea*). Por tanto, debemos orar al Dios que nos guarda, pidiéndole que proteja nuestros corazones: esa «fuente de vida» que debe guardarse «sobre toda cosa» (Proverbios 4:23). También debemos orar constantemente para que Dios proteja la fe y la vida de nuestros amados familiares y de nuestros hermanos en la fe dentro de la iglesia.

Quisiera concluir esta reflexión sobre la Palabra. Amigos, debemos vivir nuestra vida de fe centrándonos en quiénes *somos* más que simplemente en lo que *hacemos*. Debemos tener presente que quiénes somos delante del Señor es más importante que lo que hacemos por Él. Así pues, nuestra oración ferviente debe ser llegar a parecernos más a Jesús. Debemos ser verdaderos cristianos: cristianos en el sentido más auténtico de la palabra. A partir del pasaje de hoy en Proverbios 27:15-19, hemos aprendido tres lecciones sobre el tipo de cristianos que debemos ser: (1) debemos ser pacificadores (versículo 15); (2) debemos ser personas que se ayudan mutuamente (versículo 17); y (3) debemos ser personas que cuidan y velan por los demás (versículo 18). Mi oración es que usted y yo lleguemos a ser personas así, dando gloria a Dios al reflejar el verdadero carácter cristiano dondequiera que estemos y hagamos lo que hagamos.

Cómo nos afilamos unos a otros

«Como el hierro se afila con el hierro, así el hombre afila el rostro de su amigo» (Proverbios 27:17).

Así como el hierro afila el hierro, nosotros debemos afilar a nuestros amigos. ¿Cómo podemos, entonces, afilarlos? Durante la reunión de oración de esta mañana, reflexioné sobre cuatro maneras de hacerlo.

En primer lugar, para afilar a nuestros amigos, debemos revelarles nuestro corazón.

Observemos Proverbios 27:19: «Como en el agua el rostro refleja el rostro, así el corazón del hombre refleja el corazón de otro». Tal como nuestros rostros se reflejan cuando miramos las aguas de un arroyo, debemos revelar nuestro corazón en nuestras interacciones con nuestros amigos. Necesitamos abrir de par en par las puertas de nuestro corazón y tratar a nuestros amigos con sinceridad y transparencia. En particular, durante nuestras conversaciones, debemos abrirles nuestro corazón con transparencia, honestidad y veracidad. Cuando hacemos esto, nuestros corazones se conectan. Cuando el Espíritu Santo, que habita en nosotros, hace posible esta conexión de corazón a corazón con nuestros amigos, somos capaces de afilarnos unos a otros.

En segundo lugar, para afilar a nuestros amigos, debemos ofrecer consejos basados en la palabra de verdad de Dios.

Observemos Proverbios 27:9: «El aceite y el perfume alegran el corazón, y el consejo fiel de un amigo es igualmente hermoso». El Espíritu Santo no solo abre nuestro corazón para ser transparentes con nuestros amigos, sino que también trae a nuestra mente la palabra de verdad de Dios, capacitándonos para aconsejarlos con ella. Además, el Espíritu Santo nos guía para ofrecer este consejo en el momento oportuno. La razón por la que el momento es crucial aquí es que, por mucho que aconsejemos a nuestros amigos usando la Palabra de Dios, si el momento no es el adecuado, nunca lograremos afilarlos. Por eso el autor de Proverbios afirma en Proverbios 27:14: «Si alguien bendice a su prójimo a gritos temprano por la mañana, se tomará como una maldición». Al fin y al cabo, ¿quién apreciaría una bendición a gritos temprano por la mañana? El Espíritu Santo, que habita en nosotros, nos concede gracia para ayudar en momentos de necesidad; Él nos capacita para aconsejar a nuestros amigos con la verdad de Dios en el momento justo, afilándolos así. En tercer lugar, para afilar a nuestros amigos, debemos ofrecerles elogios.

Observemos Proverbios 27:2: «Que te alabe otro, y no tu propia boca; un extraño, y no tus propios labios». Cuando abrimos nuestro corazón para conversar con nuestros amigos, no solo debemos ofrecerles consejos basados en la verdad de Dios, sino también elogiarlos. ¿Cómo es esto posible? Es posible gracias al Espíritu Santo que habita en nosotros. El Espíritu Santo que mora en nuestro interior abre los ojos de nuestro espíritu, permitiéndonos ver las fortalezas de nuestros amigos. Luego, Él nos impulsa a elogiar esas fortalezas. A través de estos elogios, el Espíritu Santo nos utiliza para animar, consolar y fortalecer a nuestros amigos. Por lo tanto, debemos elogiar a nuestros amigos; nunca debemos ser tacaños con los elogios. Debemos afilar a nuestros amigos elogiándolos con el amor de Dios.

Finalmente, el cuarto punto: para afilar a nuestros amigos, debemos ofrecerles corrección. Veamos Proverbios 27:5–6: «Mejor es la reprensión abierta que el amor oculto. Fieles son las heridas de un amigo, pero engañosos los besos de un enemigo». Aunque estamos acostumbrados a mantener nuestro amor oculto en lugar de ofrecer una reprensión abierta,

el autor de Proverbios declara que la reprensión abierta es superior al amor oculto. Además, afirma que la reprensión de un amigo —nacida de la fidelidad— es mejor que los besos engañosos de un enemigo. La frase «reprensión de un amigo» se traduce en la versión NASB como «las heridas de un amigo»; en otras palabras, se refiere a una herida infligida por un amigo. ¿Cómo puede una herida infligida por un amigo ser mejor que los besos frecuentes y engañosos de un enemigo? La razón es que un enemigo, al odiarnos, busca derribarnos incluso mediante falsas muestras de afecto, mientras que un amigo, al amarnos, busca edificarnos mediante una reprensión honesta. Debemos reconocer que cuando un amigo nos reprende, lo hace por amor. También debemos comprender que las heridas emocionales resultantes de la reprensión amorosa de un amigo son, en última instancia, beneficiosas para nosotros. Nosotros también debemos estar dispuestos a infligir tales heridas beneficiosas a nuestros amigos mediante una reprensión amorosa. Al hacerlo, podemos afilarnos mutuamente.

Así como el hierro afila al hierro, debemos afilar a nuestros amigos. Debemos abrir de par en par nuestros corazones y ayudar a nuestros amigos a perfeccionarse mediante las palabras de verdad que el Espíritu Santo, que mora en nosotros, trae a nuestra memoria. Debemos reconocer las virtudes que poseen nuestros amigos —tal como las revela el Espíritu Santo— y expresarles un elogio sincero. Asimismo, debemos exhortar a nuestros amigos con el amor del Espíritu Santo. De este modo, al ayudar a nuestros amigos a perfeccionarse, damos gloria a Dios.

El residuo obstinado de mi insensatez

[Proverbios 27:20–27]

Durante los últimos meses, he estado luchando contra el pie de atleta. Aunque consulté a un médico y he estado aplicando la medicación prescrita, la infección entre los dedos de mi pie izquierdo resultó persistente. Luego, hace unas semanas, la piel del talón de ese mismo pie comenzó a agrietarse; suponiendo que se trataba de pie de atleta, apliqué el mismo medicamento. Sin embargo, mi esposa lo examinó y me dijo que no era pie de atleta, sino piel agrietada causada por una acumulación de piel muerta y suciedad; me aconsejó remojar el pie en agua caliente y frotarlo para eliminarla. Siguiendo su consejo, fui a hacer ejercicio al día siguiente y remojé el pie en agua caliente después de la actividad. No obstante, cuando intenté quitar la piel muerta de mi talón izquierdo durante la ducha, esta no se desprendía fácilmente. Sospecho que esto se debe a que la acumulación en mi talón se había endurecido considerablemente tras un largo periodo de descuido.

Al reflexionar sobre esto, me pregunto si mi corazón y mi conciencia también se han endurecido. Creo firmemente que Dios no dejó mi corazón obstinado y terco tal como estaba, sino que me dio un "corazón nuevo" en Jesucristo (Ezequiel 36:26). Dios quitó mi "corazón de piedra" y me dio un "corazón de carne": un corazón tierno y receptivo (Ezequiel 11:19). El problema, sin embargo, es que he descuidado el cuidado de mi corazón, permitiendo que la suciedad de la insensatez se acumule pesadamente sobre él. En consecuencia, en lugar de actuar con sabiduría y aprovechar bien el tiempo en obediencia a la Palabra de Dios (Colosenses 4:5), actúo con insensatez, desperdiciando mi tiempo y pecando contra Dios (1 Crónicas 21:8). Personalmente, deseo desechar la insensatez que

Dios revela en mí y vivir sabiamente en este mundo mediante la sabiduría divina, pero me cuesta lograrlo. Así como la suciedad en el talón es obstinada y difícil de quitar frotando, me veo incapaz de desprenderme de mi propia insensatez. El pasaje de hoy, Proverbios 27:22, dice: «Aunque machaques al necio en un mortero con una mano de mortero junto con el grano, su necedad no se apartará de él». ¿Qué significa esto? Recuerdo haber visto —en mi infancia— cómo se colocaba grano en un mortero y se machacaba con una mano de mortero gruesa, similar a una porra. De niño, no entendía por qué las mujeres hacían esto. Más tarde aprendí que el propósito era separar la cáscara del grano o triturarlo hasta obtener una textura fina. En última instancia, el objetivo de machacarlo es separar la parte comestible de la cáscara exterior. Cuando se machaca el grano en un mortero, el grano y la cáscara se separan; luego, la gente utiliza un cedazo para aventar las cáscaras y recoger el grano aprovechable. Sin embargo, en Proverbios 27:22, el autor declara que, aunque se machacara a un necio en un mortero junto con el grano, su necedad no desaparecería. Esto ilustra cuán difícil es erradicar la necedad de un necio. Por ello, centrándome en este pasaje —específicamente en Proverbios 27:20–24—, deseo reflexionar sobre el tema: «Mi necedad que no desaparece». Al hacerlo, pretendo examinar cuatro aspectos de mi propia necedad a la luz de las Escrituras, extrayendo al mismo tiempo cuatro lecciones de la sabiduría de Dios. Es mi sincero deseo que, tal como yo lo he hecho, ustedes se miren en el espejo de la Palabra de Dios, reconozcan su propia necedad y —con espíritu de arrepentimiento— acepten y obedezcan las enseñanzas de la sabiduría divina, convirtiéndose así en cristianos sabios.

En primer lugar, mi necedad reside en mis ojos, que nunca se sacian.

Observen el texto de hoy, Proverbios 27:20: «El Seol y el Abadón nunca se sacian, y tampoco los ojos del hombre». Amigos, ¿cómo sería si ya no pudieran ver? ¿Qué pasaría si ustedes o yo nos quedáramos ciegos? De hecho, he reflexionado sobre esto una y otra vez: «¿Qué pasaría si perdiera la vista?». Una de las razones por las que pienso en esto es que, cuando estoy en la iglesia, a menudo veo a personas con discapacidad visual caminando con

bastones hacia un centro para ciegos cercano. Cada vez que los veo, imagino lo frustrante que debe ser no poder ver. Por consiguiente, la idea de perder mi propia vista —de llegar a estar como ellos— sinceramente me llena de temor. Otra razón es la «codicia de los ojos». Observemos 1 Juan 2:16: «Porque todo lo que hay en el mundo —los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida— no proviene del Padre, sino del mundo». Este pasaje identifica los «deseos de los ojos» como una de las cosas que provienen del mundo; la *Versión Coreana Contemporánea* de la Biblia traduce esta frase simplemente como «codicia de los ojos». A menudo he pensado que, si alguien perdiera la vista debido a esta «codicia de los ojos», ya no podría satisfacerla.

Cuando escucha la expresión «codicia de los ojos» o «deseos de los ojos», ¿qué personaje bíblico le viene a la mente? La primera persona en la que pienso es Eva, la primera mujer, mencionada en el capítulo 3 del Génesis. Engañada por la serpiente, miró el fruto del árbol en el Jardín del Edén y lo percibió como algo «bueno para comer, agradable a la vista [«hermoso de contemplar» — *Versión Coreana Contemporánea*] y también deseable para alcanzar sabiduría» (versículo 6). Ni siquiera debería haber mirado el árbol; sin embargo, al sucumbir a la tentación de la serpiente, contempló el árbol del conocimiento del bien y del mal y lo halló agradable a la vista. Finalmente, impulsada por los deseos de los ojos (la codicia de los ojos), tomó el fruto, lo comió y se lo dio a su esposo, Adán, quien estaba con ella; él también lo cometió (versículo 6), pecando así contra Dios. La segunda persona que me viene a la mente en relación con los «deseos de los ojos» es David. En la conocida historia de su transgresión con Betsabé, la Biblia relata que David se levantó de su cama una tarde y caminaba por la azotea del palacio real en Jerusalén cuando vio a una mujer —Betsabé, esposa de otro hombre— bañándose; las Escrituras señalan que ella «parecía muy hermosa» (2 Samuel 11:2). Finalmente, impulsado por los deseos de la vista, David hizo que le trajeran a Betsabé —esposa de Urías el hitita (versículo 3)— y se acostó con ella (versículo 4). Y cuando ella quedó embarazada (versículo 5), él… Incluso intentó que Urías regresara del campo de batalla, fuera a su casa y se acostara con Betsabé, con la esperanza de hacer parecer que el niño pertenecía a la pareja (versículos 6–13). Al fracasar este intento, David

terminó escribiendo una carta a Joab, orquestando así la muerte de Urías (versículos 14–17). La Biblia afirma que lo que David había hecho era «malo ante los ojos del Señor» (versículo 27).

En el Nuevo Testamento, en Mateo 5:27–28, Jesús dijo: «Habéis oído que se dijo: "No cometerás adulterio". Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer con deseo ya ha cometido adulterio con ella en su corazón». Jesús declaró que quien mira a una mujer con deseo —es decir, cualquiera que la contempla con ojos codiciosos— ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. ¿Puedes imaginarlo? Si una mujer que pasa resulta ser extraordinariamente hermosa y la miras con deseo, ya has cometido adulterio con ella en tu corazón. Creo que esto no se aplica solo a los hombres; si una mujer mira con deseo a un hombre apuesto que pasa, ella también ha cometido adulterio con él en su corazón. En una ocasión reflexioné sobre por qué las personas se involucran en relaciones ilícitas, centrándome en las palabras de Eclesiastés 7:7. La razón es, sencillamente, la «codicia». Éxodo 20:17, en la Biblia, registra el décimo de los Diez Mandamientos dados a Moisés: «No codicies la casa de tu prójimo; no codicies la esposa de tu prójimo, ni a su siervo o sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que pertenezca a tu prójimo». Dios nos mandó no «codiciar» a la «mujer de nuestro prójimo»; sin embargo, ¿por qué lo hacemos? La causa fundamental reside en la codicia que llevamos dentro. Cuando la codicia habita en nosotros, no logramos hallar satisfacción en el abrazo de nuestras propias esposas (Proverbios 5:19). Es más, tal codicia nos impulsa a desear a otras mujeres, generando anhelos que traspasan los límites debidos. Dominados por la lujuria de los ojos, contemplamos a mujeres que no son nuestras esposas y prestamos atención a ellas. No obstante, por muchas mujeres que veamos o de las que oigamos hablar, nuestros ojos permanecen insatisfechos. Consideremos Eclesiastés 1:8: «Todas las cosas son fatigosas; el hombre no puede expresarlo; el ojo no se sacia de ver, ni el oído se llena de oír». Así, Satanás nos tienta con la lujuria y los deseos carnales, llevándonos al pecado (2 Pedro 2:18); concretamente, al pecado de codiciar a otra mujer.

La causa fundamental de iniciar una relación adúltera es la codicia. La codicia no conoce límites (Isaías 56:11). Nos impide hallar satisfacción en nuestras propias esposas (Proverbios 5:19) y nos impulsa a codiciar a la esposa de nuestro prójimo (Éxodo 29:17). Por tanto, no debemos permitir que nuestros corazones se inclinen hacia la codicia (Salmo 119:36). La Biblia declara que «la codicia es idolatría» (Colosenses 3:5). En consecuencia, debemos rechazar toda forma de codicia (Lucas 12:15). En su libro *Spiritual Light* (Luz espiritual), el Dr. Martyn Lloyd-Jones abordó el «problema de los ojos», afirmando: «Tus ojos son el problema. Cuando miras algo, tu corazón te sigue... Si algo te tienta, ¡no lo mires!... No permitas que tus ojos codicien cosas. No dejes que se desvíen de mirar directamente hacia adelante... Haz un pacto con tus ojos para mirar solo hacia adelante. Centra tu atención en la dirección que Dios señala —en la santidad y el cielo— y avanza». Job 31:1 dice: «Hice un pacto con mis ojos de no mirar con lujuria a una joven». Debemos hacer un pacto con nuestros ojos: un voto de no volver a mirar a otra mujer o a otro hombre con lujuria. Luego, buscando la gracia y la ayuda de Dios, debemos comprometernos a cumplir ese voto y ponerlo en práctica negándonos a contemplar con lujuria a personas del sexo opuesto. De lo contrario, con ojos que nunca se sacian (Proverbios 27:20) y siguiendo la lujuria de los ojos (1 Juan 2:16), cometeremos incesantemente el pecado de inmoralidad sexual (2 Pedro 2:14).

Si nuestra insensatez radica en tener ojos que no pueden saciarse, debemos confesar esta necedad a Dios y arrepentirnos. Entonces debemos fijar la mirada en Jesús, el autor y consumador de nuestra fe (Hebreos 12:2). Al hacerlo, podemos vencer la lujuria insaciable de los ojos; pues al contemplar únicamente a Jesús, hallamos verdadera satisfacción.

En segundo lugar, mi propia insensatez es el anhelo de recibir la alabanza de los demás. Es probable que conozca el dicho: "El elogio hace bailar incluso a una ballena". Un libro con ese título —escrito por Ken Blanchard— se convirtió en un éxito de ventas, atrayendo gran atención sobre el poder y la necesidad del elogio. La historia sigue a Wes Kingsley, un ejecutivo de ventas que atraviesa dificultades en sus relaciones tanto en casa como en el

trabajo. Durante un viaje de negocios a Florida, presencia un espectacular espectáculo de orcas en SeaWorld. Intrigado por cómo una orca de tres toneladas podía ser entrenada con tanta eficacia, busca al entrenador para conocer los secretos. Luego aplica estos métodos a su propia vida, logrando restaurar la armonía familiar y alcanzar sus objetivos de ventas. A través de este proceso, Kingsley —y el entrenador, Dave— se dan cuenta de que la relación con una orca no difiere de las relaciones humanas; el secreto para lograr un desempeño magnífico reside en el interés positivo, el elogio y el ánimo hacia la otra parte. Es un hecho bien conocido que la atención positiva, el elogio y el ánimo son cruciales en las relaciones humanas.

A nadie le disgusta ser elogiado. Esto refleja una tendencia humana fundamental —un deseo profundo de reconocimiento por parte de los demás—, tal como señaló William James, el padre de la psicología moderna. En una encuesta que preguntaba: "¿Cuándo se siente más feliz en el trabajo?", el 45 % de los encuestados respondió: "Cuando recibo elogios". Por supuesto, esto se aplica siempre y cuando el elogio no llegue al extremo de parecer mera adulación. Sin embargo, resulta interesante que, incluso cuando el elogio roza la adulación, rara vez nos sentimos ofendidos; más bien, tendemos a disfrutarlo en secreto. Así de bien nos hace sentir el elogio.

Personalmente, cuando pienso en la palabra "elogio", me vienen a la mente dos cosas. En primer lugar, me propongo no ser tacaño a la hora de elogiar a los demás. En segundo lugar, recuerdo el pasaje bíblico de hoy, Proverbios 27:21: "El crisol para la plata y el horno para el oro, pero la persona es probada por el elogio que recibe". ¿Qué significa esto? Al igual que el crisol y el horno son herramientas utilizadas para refinar la plata y el oro, el elogio sirve como la herramienta que refina a la persona. La palabra hebrea para "elogio" en este contexto admite dos interpretaciones: (1) Puede interpretarse como un criterio para evaluar las cualidades de una persona. Por ejemplo, en 1 Samuel 18:7, las mujeres israelitas elogiaron a David al ver regresar de la batalla al séquito del rey Saúl, cantando: "Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles". Esto hace referencia a las mujeres que alababan a David,

reconociendo que su destreza militar superaba a la de Saúl. La alabanza, en este sentido, es un reconocimiento de las habilidades o cualidades superiores de una persona. (2) Otra posible interpretación de la "alabanza" es que sirve como herramienta de prueba para revelar el verdadero carácter de una persona. De hecho, la Traducción Común traduce la segunda parte de Proverbios 27:21 así: "El carácter de una persona se conoce probándola con alabanzas". En otras palabras, observar cómo reacciona una persona cuando se le elogia puede ofrecer información sobre su carácter. Por ejemplo, alguien a quien le encanta presumir probablemente se esforzará por recibir elogios. Creo que elogiar constantemente a una persona así puede resultar perjudicial para ella. Esto se debe a que, al estar ávida de elogios y desesperada por recibirlos, puede sentirse profundamente herida o decepcionada, e incluso caer en tentación ante una sola palabra de reprensión amorosa. Como reflexionamos anteriormente sobre Proverbios 27:2, la Biblia dice: "Que te alabe otro, y no tu propia boca; un extraño, y no tus propios labios". La lección que aprendimos de este pasaje fue evitar la autoalabanza: el hecho de alabarse a uno mismo.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 27:21: "El crisol para la plata y el horno para el oro, pero la persona es probada por la alabanza que recibe". Considero que la frase "la persona es probada por la alabanza que recibe" —que se encuentra en la segunda parte de Proverbios 27:21— es particularmente significativa. Esto se debe a que, en mi opinión, las personas suelen ser bastante vulnerables cuando se trata de elogios. En particular, cuando servimos a la iglesia —el cuerpo de Cristo— y recibimos elogios de nuestros hermanos y hermanas, naturalmente sentimos alegría; sin embargo, existe un riesgo claro —o una tentación— de que nos apropiemos de esa gloria en lugar de dársela a Dios. Además, si nos acostumbramos a anhelar la alabanza de los demás sin darnos cuenta, corremos el riesgo de servir a la iglesia para obtener la aprobación humana en lugar de recibir el reconocimiento del Señor. Debemos desear la alabanza del Señor por encima de la de las personas. Llegará un momento en que todos estaremos ante el Señor para rendir cuentas de nuestras vidas; ciertamente, queremos oírle decir: «Bien, buen siervo y fiel» (Mateo 18:23, 24; 25:14–30). ¿Qué debemos hacer, entonces, para lograr esto? Debemos convertirnos en

siervos fieles y prudentes (Mateo 24:45). Así pues, ¿quién es un siervo fiel y prudente? He identificado tres características:

(1) Debemos ser personas de verdad y sinceridad.

Debemos vivir como mayordomos fieles (Lucas 12:42) con corazones sinceros (2 Pedro 3:1) y labios veraces (Proverbios 12:19). Además, debemos ser siervos fieles del Señor, cumpliendo con firmeza las responsabilidades que Él nos ha encomendado hasta el mismo final. El Señor elogia a quienes lo hacen (Josué 22:3).

(2) Debemos ser personas que «van de inmediato» a utilizar los talentos recibidos del Señor y a dar fruto. Observemos Mateo 25:16–17: «El hombre que había recibido cinco talentos fue de inmediato, puso su dinero a trabajar y ganó otros cinco. Asimismo, el que tenía dos talentos ganó otros dos». Cuando pienso en el «fruto», recuerdo el «buen fruto» del que habló Jesús en Mateo 7:17–19. He identificado tres aspectos de este buen fruto: (a) Es la vida eterna (versículo 14). En otras palabras, el buen fruto que tú y yo —como discípulos de Jesús— damos es entrar en el reino de los cielos (versículo 21). (b) El buen fruto que damos como discípulos de Jesús es el fruto del Espíritu Santo. Observemos Gálatas 5:22–23: «Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio. Contra tales cosas no hay ley». Entre estos frutos del Espíritu, los discípulos de Jesús deben dar el «fruto del amor» en abundancia; al obedecer el doble mandamiento de Jesús —«Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente» y «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Lucas 10:27)— vivimos la vida del reino de los cielos. (c) El buen fruto que tú y yo damos consiste, sencillamente, en buenas obras. Veamos Efesios 2:8–10: «Porque por gracia habéis sido salvados, mediante la fe —y esto no procede de vosotros, sino que es don de Dios—, no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que las realizáramos».

(3) Al igual que las cinco vírgenes prudentes (Mateo 25:4, 8–9, 13), debemos ser personas que se preparen para la Segunda Venida del Señor.

Debemos ser personas que respondan a las palabras de Jesús —«Sí, vengo pronto»— diciendo: «Amén. ¡Ven, Señor Jesús!» (Apocalipsis 22:20).

En tercer lugar, mi insensatez radica en ser perezoso y no trabajar con diligencia.

¿Qué cree usted que constituía un bien fundamental para un pueblo nómada como los israelitas? Probablemente el ganado que poseían: rebaños de ovejas y manadas de vacuno. Por consiguiente, debían cuidar y atender con esmero sus rebaños y manadas por encima de todo; esa era su responsabilidad. Los nómadas tenían siempre presente a su ganado y lo vigilaban con diligencia. Un ejemplo destacado de esto es Jacob, tal como se describe en Génesis 30. Mientras se alojaba en casa de su tío Labán para escapar de su hermano Esaú, Jacob cuidaba el ganado de Labán (Génesis 30:29). Como resultado, las posesiones de Labán —que habían sido escasas antes de la llegada de Jacob— prosperaron y se convirtieron en grandes rebaños y manadas (versículo 30). La razón de ello fue que Dios bendijo a Labán por causa de Jacob (versículo 30).

Observe el texto de hoy, Proverbios 27:23: «Sé diligente en conocer el estado de tus rebaños y pon tu corazón en tus manadas» [Versión de Lenguaje Moderno: «Comprende a fondo la condición de tus rebaños y ten siempre presentes tus manadas»]. ¿Qué significa esto? Según el Dr. Park Yun-sun, la exhortación consiste en que «uno no debe depender de la riqueza y el poder para vivir, sino atender con diligencia su propia vocación para ganarse el sustento» (Park Yun-sun). ¿Cuál fue la razón para dirigir estas palabras a los israelitas, quienes en gran medida se dedicaban a la ganadería, una ocupación común en la época en que se escribió el libro de Proverbios? ¿Por qué el autor de Proverbios les dijo que no dependieran de la riqueza y el poder, sino que se dedicaran con diligencia a su propio trabajo para ganarse la vida? El autor expone la razón en el versículo 24 del pasaje de hoy: «Porque

las riquezas no duran para siempre, y la corona no está segura para todas las generaciones». En otras palabras, la razón es que la riqueza y la gloria son pasajeras; no perduran eternamente, sino que se desvanecen al poco tiempo. Por tanto, la Biblia también nos instruye a no vivir dependiendo de la riqueza y la gloria, sino a trabajar con diligencia, fidelidad y esmero en nuestras respectivas tareas.

Al meditar en este pasaje, recordé 2 Tesalonicenses 3:10: «Porque aun cuando estábamos con ustedes, les dimos esta norma: "Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma"». ¿Sabe por qué el apóstol Pablo enseñó esto a los creyentes de la iglesia de Tesalónica? Se debía a que había miembros de la iglesia que eran perezosos y no querían trabajar. El problema radicaba en que no solo se negaban a trabajar, sino que también se comportaban de manera desordenada dentro de la iglesia, causando únicamente problemas (versículo 11). La razón por la que estos individuos se negaban a trabajar —y, en cambio, se dedicaban a crear conflictos en la iglesia— era que tenían una visión escatológica errónea; llevados por una pereza insensata, se abstenían de trabajar. En otras palabras, aquellos miembros de la iglesia de Tesalónica que dejaron de trabajar lo hicieron debido a una comprensión distorsionada de la Segunda Venida de Jesús. En consecuencia, Pablo los amonestó de la siguiente manera: «Porque oímos que algunos de entre ustedes andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno. A tales personas mandamos y exhortamos, por nuestro Señor Jesucristo, que trabajen en calma y coman su propio pan» (versículos 11-12).

El libro de Proverbios, sobre el cual hemos meditado anteriormente, contiene muchas enseñanzas acerca de la pereza. Uno de esos pasajes es Proverbios 26:15: «El perezoso esconde su mano en el plato, y ni siquiera se toma la molestia de llevársela a la boca». Otro es Proverbios 21:25: «El deseo del perezoso lo mata, porque sus manos se niegan a trabajar». ¿Qué significa esto? Significa que los perezosos detestan trabajar con sus manos. Por ello, Proverbios 13:4 afirma: «El alma del perezoso desea, y nada alcanza». Esto quiere decir que, aunque en su corazón anhela algo, no logra obtenerlo porque sus manos permanecen

ociosas y perezosas. El perezoso no solo es incapaz de salir a cazar y atrapar su presa (12:27), sino que también considera una molestia excesiva llevarse la mano del plato a la boca (19:24; 26:15). ¿No es acaso absurdo? Si uno quiere comer carne, debe cazar y atrapar un animal; sin embargo, ¿no resulta ridículo desearla en el corazón sin llegar a realizar la caza? Además, ¿quién consideraría una carga pesada llevarse la comida a la boca después de haber metido ya la mano en el plato? ¿Acaso necesita uno que le den de comer con cuchara, como a un bebé? Considero que esto es el colmo de la pereza. Desear algo pero negarse a cazar, y sentir que levantar la comida del plato a la boca requiere demasiado esfuerzo: esa es, verdaderamente, la forma suprema de pereza. Proverbios 19:15 describe a tal persona como «ociosa», es decir, alguien indolente e inactivo. En resumen, al perezoso le desagrada trabajar con sus manos (21:25). Como consecuencia, una pobreza inevitable se abate sobre él, golpeando con la fuerza arrolladora de un ladrón que ataca a su víctima (24:34) (MacArthur).

Si albergamos tal pereza, la lección del pasaje de hoy —Proverbios 27:23— es que debemos desechar esa insensatez y trabajar con diligencia y fidelidad. ¿En qué piensa un agricultor cuando siembra semillas en primavera? Sin duda, las siembra con diligencia, teniendo en mente la cosecha de otoño. La razón por la que el agricultor siembra en primavera y trabaja con ahínco es su anhelada expectativa de recoger los frutos de la cosecha en otoño (cf. 2 Tim. 2:6; Stg. 5:7). Nosotros también debemos abordar las tareas que se nos han encomendado con la mentalidad y la actitud de ese agricultor, trabajando con diligencia. Debemos esforzarnos arduamente, sudando mientras trabajamos. ¿Sabe qué resultados promete el pasaje de Proverbios 27:25-27 cuando hacemos esto? Podemos considerar tres puntos: (1) Observe el versículo 25: «Se retira el heno y aparece el nuevo brote; se recoge la hierba de los montes». Así como surgen nuevos brotes después de segar la hierba, nosotros experimentaremos un nuevo crecimiento cuando trabajemos con diligencia (v. 25). Además, tal como se «recoge la hierba de los montes», recogeremos la cosecha de nuestro trabajo (v. 25). (2) Observe el versículo 26: «Los corderos te darán ropa, y las cabras, el precio de un campo». Así como la lana de los corderos se convierte en nuestra ropa, nuestro trabajo diligente cubrirá nuestras necesidades; y tal como las cabras sirven para pagar un campo,

los frutos de nuestra labor nos permitirán obtener los medios para comprar edificios o tierras, o para realizar inversiones (v. 26). (3) Observe el versículo 27: «Habrá suficiente leche de cabra para tu alimento, para el alimento de tu familia y para el sustento de tus criadas». Así como una provisión abundante de leche de cabra abastece a toda la familia, nuestro trabajo diligente traerá abundancia a nuestros propios hogares. Dios nos concede esta suficiencia constante en todo para que abundemos en toda buena obra (2 Corintios 9:8). Al hacerlo, nuestra abundancia nos permitirá ofrecer contribuciones generosas a Dios (versículo 11).

En cuarto y último lugar, mi apego persistente radica en el amor a la riqueza, la cual no es eterna.

En lo que respecta a la «riqueza», considero importantes tres aspectos:

(1) No puedo olvidar Deuteronomio 8:17-18: «Podrías decirte a ti mismo: "Mi poder y la fuerza de mis manos han producido esta riqueza para mí". Pero recuerda al Señor tu Dios, pues es él quien te da la capacidad de producir riqueza, confirmando así su pacto, el cual juró a tus antepasados, tal como sucede hoy».

Moisés albergaba una preocupación. Le inquietaba que, una vez que los israelitas entraran en Canaán —una tierra que fluía leche y miel— y vivieran disfrutando de abundancia y prosperidad, olvidaran al Dios de su salvación: aquel que los había guiado a través del desierto. Temía que empezaran a pensar: «Vivo esta vida próspera gracias a mi propio mérito y fuerza». En otras palabras, a Moisés le preocupaba que dijeran en su corazón: «Mi poder y la fuerza de mis manos han producido esta riqueza» (versículo 17). Por eso les dijo: «Recuerda al Señor tu Dios, pues es él quien te da la capacidad de producir riqueza» (versículo 18). Debemos creer firmemente que Dios nos da la capacidad de adquirir riqueza. Debemos tener presente que no obtenemos la riqueza mediante nuestro propio poder o la fuerza de nuestras manos. Solo cuando Dios concede la capacidad de adquirir riqueza

podemos obtenerla y disfrutar de una vida próspera. Además, al disfrutar de esa abundancia por la gracia de Dios, debemos poner la mirada y anhelar el Reino de los Cielos: el ámbito de la verdadera y suprema abundancia. Nunca debemos confundir este mundo con nuestro verdadero hogar simplemente porque estemos disfrutando de abundancia. Debemos disfrutar de las bendiciones que Dios otorga en este mundo mientras anhelamos un hogar celestial mejor (v. 16).

(2) En cuanto a la «riqueza», creo que no debemos depositar nuestra confianza en su abundancia.

Más bien, debemos confiar en el amor de Dios. La razón es que, si bien la riqueza material terminará desvaneciéndose, el amor de Dios permanece para siempre (Salmo 52:1, 7, 8). (3) Creo que es mejor perder la riqueza que la salud (Eclesiastés 5:13, 14), y mucho mejor recuperar el tesoro espiritual —la fe—, aun a costa de perder la riqueza material.

Si alguien ha perdido su fe a causa de la riqueza, ¿no es mejor arrepentirse, volver a Dios y vivir una vida de fe auténtica, aunque ello implique sufrir la pérdida de dicha riqueza?

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 27:24: "Porque las riquezas no duran para siempre, y la corona no está segura para todas las generaciones" [(Versión coreana moderna) "La riqueza no dura para siempre, ni la corona perdura de generación en generación"]. La Biblia afirma que "las riquezas no duran para siempre". ¿Qué significa esto? Significa que las riquezas y la gloria terrenal son efímeras: existen por un instante y luego desaparecen. Parece que vivimos en una época de valores confusos. Hoy en día, la gente a menudo no reconoce lo que es verdaderamente valioso e importante. Incluso nosotros, los cristianos, estamos atrapados en esta confusión de valores; vivimos nuestra fe sin discernir qué es lo que tiene mayor valor. Moisés, tal como lo describe la Biblia, creció en la fe y rechazó ser llamado hijo de la hija del Faraón; en cambio, eligió sufrir junto al pueblo de Dios antes que disfrutar de los placeres pasajeros del pecado, considerando que la deshonra sufrida por

causa de Cristo era una riqueza mayor que todos los tesoros de Egipto (Hebreos 11:24–26). Por el contrario, a menudo valoramos más la riqueza y la gloria terrenales que el sufrimiento padecido por Cristo, y preferimos los placeres pecaminosos del mundo al sufrimiento compartido con otros creyentes. En consecuencia, aunque nuestros labios hablan de sufrir por Jesús y el Evangelio, nuestros corazones anhelan el éxito, la riqueza y el honor mundanos. Preferimos los caminos de Sodoma y Gomorra —o el camino ancho de Egipto— al camino hacia el Gólgota que recorrió el Señor. Esto representa una confusión de valores. Tal confusión de valores por nuestra parte transmite un mensaje contradictorio a nuestros hijos; desde su perspectiva, aunque sus padres parecen asistir a la iglesia y vivir su fe con diligencia, las palabras que escuchan de ellos enfatizan el éxito terrenal, la felicidad y la prosperidad material. No debemos seguir así. Primero debemos establecer un sistema de valores correcto y bíblico, y vivir nuestra fe de manera adecuada. Debemos ser capaces de rechazar lo temporal en favor de los valores eternos.

Al observar la Biblia, el rey Salomón destaca como la persona que disfrutó de mayor riqueza y gloria que cualquier otra en el mundo. Sin embargo, en el Salmo 127:1, declaró: «Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los edificadores; si el Señor no guarda la ciudad, en vano velan los guardias». Es una confesión profunda para el rey Salomón —quien construyó el Templo en Jerusalén (2 Crónicas 2:1–5:1) y poseía experiencia directa en la construcción de templos— declarar que, a menos que el SEÑOR edifique la casa, el trabajo de los constructores es en vano. Cuando el rey Salomón hablaba de «si el SEÑOR no edifica la casa», la «casa» se refería al Templo. En otras palabras, quería decir que si Dios no establece el Templo, los esfuerzos de quienes lo construyen son inútiles. El rey Salomón no solo construyó el Templo de Jerusalén, sino que también gobernó la nación de Israel con sabiduría. Buscó la sabiduría de Dios —en lugar de riquezas y honores— específicamente para poder gobernar bien al pueblo de Dios. En consecuencia, Dios le concedió no solo sabiduría, sino también riquezas y honores. ¿Qué le pedirías tú a Dios: riqueza o sabiduría? En Proverbios 8:10–11, un pasaje sobre el que hemos meditado anteriormente, aprendimos que la sabiduría de Dios es muy superior al oro, la plata o las perlas. Dicho de otro modo,

cuando prestamos atención a la voz de la sabiduría de Dios y adquirimos su instrucción y conocimiento, obtenemos la capacidad de generar riqueza; por tanto, la sabiduría de Dios tiene mayor valor que la riqueza misma. Consideremos Proverbios 8:18–19: «Conmigo están las riquezas y el honor, la riqueza duradera y la justicia. Mi fruto es mejor que el oro, aun que el oro fino; y mi rendimiento, mejor que la plata escogida». ¿Qué significa esto? El rey Salomón nos dice que las riquezas y el honor pertenecen a aquellos que poseen sabiduría.

Debemos amar la sabiduría. Y debemos buscarla con diligencia. Observemos Proverbios 8:17: «Yo amo a los que me aman, y los que me buscan con diligencia me hallan». El rey Salomón nos insta a convertirnos en aquellos que «me aman» (versículo 21), es decir, en quienes aman la sabiduría. La razón es que, al amar la sabiduría, seremos revestidos del amor de la sabiduría. ¿Qué significa ser revestidos del amor de la sabiduría? Significa que, así como Dios concedió al rey Salomón riquezas y honores —cosas que ni siquiera había pedido— cuando buscó la sabiduría que agradaba al corazón de Dios, la sabiduría nos otorga todas estas bendiciones cuando la amamos. Por tanto, el rey Salomón nos exhorta a buscar la sabiduría con diligencia.

Ya no debemos amar insensatamente las riquezas, pues no son eternas; con el tiempo, todas ellas desaparecerán. No debemos «poner nuestra esperanza en las riquezas que pronto se desvanecen, sino poner nuestra esperanza únicamente en Dios». La razón es que «Dios nos da todo en abundancia para que lo disfrutemos» (1 Timoteo 6:17, *Versión Coreana Contemporánea*).

Lo que comprenden quienes buscan a Dios

[Proverbios 28:1-7]

¿Qué han comprendido acerca de sí mismos? ¿Les está concediendo el Espíritu Santo, que habita en ustedes, una mayor comprensión de su propio ser a través de la Palabra de Dios? Personalmente, hay momentos en que el Espíritu Santo utiliza la Palabra de Dios para hacerme ver mi propia insensatez. En consecuencia, me aferro a la promesa de Santiago 1:5 —«Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, quien da a todos generosamente y sin menospreciar a nadie, y le será dada»— y busco sabiduría en Él. En esta búsqueda, durante los últimos años he estado meditando en los libros de sabiduría de la Biblia en nuestras reuniones de oración de los miércoles. Sin embargo, cuanto más medito en estos libros, más queda al descubierto mi propia insensatez. Esto me impulsa a buscar la sabiduría de Dios con mayor fervor. ¿Y ustedes?

Mientras preparaba este mensaje, busqué la palabra «comprensión» (o «darse cuenta») en mi blog personal. Encontré una publicación que había escrito el 2 de abril de 2006 y la leí. Contenía una revelación que Dios me había dado mientras proclamaba Su Palabra durante un culto dominical en coreano. En aquel entonces, predicaba un sermón titulado «El Dios de José», basado en Hechos 7:9-16; al proclamar que el Dios de José es, ante todo, «el Dios que está con nosotros», recibí una comprensión profunda. Esta es la revelación: basándose en las Escrituras que afirman que «el Señor estaba con José y le daba éxito en todo lo que hacía» (Génesis 39:2, 3, 23), el «éxito» o la «prosperidad» de los que habla la Biblia no consisten en un cambio en las circunstancias externas de José, sino en el hecho de la presencia de Dios con él. Sus circunstancias implicaban servir como esclavo de Potifar, un

capitán de la guardia egipcia (versículos 2-3), y más tarde, ser encarcelado injustamente tras una falsa acusación (versículo 23). Por lo general, no consideraríamos «próspera» a una persona que se encuentre en la situación de José. Solemos definir la prosperidad como la solución a problemas o un cambio en las circunstancias que nos lleva al resultado deseado; esos momentos en los que concluimos que Dios nos ha bendecido con el éxito. Sin embargo, la Biblia declara que Dios hizo prosperar a José en todo porque estaba con él. En otras palabras, la prosperidad que describe la Biblia es, sencillamente, la presencia de Dios con nosotros.

¿De qué se ha dado cuenta recientemente, o quizás en el pasado? ¿Qué revelaciones le está dando Dios? Observe el pasaje de hoy, Proverbios 28:5, que dice: «Los hombres malvados no entienden la justicia, pero los que buscan al Señor la entienden plenamente». Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar sobre cuatro cosas que llegan a comprender quienes buscan a Dios y, de este modo, reciben las lecciones que Él ofrece.

En primer lugar, quienes buscan a Dios comprenden que los justos son valientes.

Observe Proverbios 28:1, que forma parte del pasaje de hoy: «El impío huye sin que nadie lo persiga, pero el justo está tan confiado como un león». Aún recuerdo esto vívidamente. Recuerdo con claridad una situación en el campo misionero donde un pastor veterano y yo estábamos enseñando el Evangelio de Juan a obreros locales; justo después de haber terminado de enseñar hasta Juan 16:33, la policía y otras personas irrumpieron repentinamente en el lugar. Fue un momento aterrador, pero el versículo que vino a mi mente fue precisamente el que acababa de enseñarles: Juan 16:33: «Les he dicho estas cosas para que en mí tengan paz. En este mundo tendrán aflicción. ¡Pero anímense! Yo he vencido al mundo». Al reflexionar sobre esto, pensé: «Les enseñé las palabras de Jesús —"En este mundo tendrán aflicción. ¡Pero anímense! Yo he vencido al mundo"—, así que ¿cómo podría permitirme sentir miedo? Debo ser valiente». En un intento por actuar con valentía, me quedé en mi habitación fingiendo dormir bajo las sábanas; cuando entró la

policía, pensé: «Si muestro mi pasaporte estadounidense y explico en inglés que soy ciudadano de los Estados Unidos, se irán». Así que me levanté de la cama, mostré mi pasaporte y hablé en inglés. Irónicamente, eso causó un problema y terminé recibiendo la orden de presentarme en la comisaría. Jajaja.

En el pasaje de hoy, Proverbios 28:1, el autor afirma: «El impío huye sin que nadie lo persiga, pero el justo está tan confiado como un león». ¿Qué significa esto? El autor contrasta al «impío» con el «justo». Específicamente, contrapone la huida del impío con la valentía del justo. ¿Por qué huyen los impíos? ¿Por qué escapan incluso cuando nadie los persigue? ¿No será acaso porque han cometido un pecado? Cuando cometemos un pecado, el instinto humano nos impulsa a ocultarlo; vivir con el temor a las consecuencias —al castigo— hace imposible dormir tranquilo. Existe un proverbio coreano que dice: «Quien dio el golpe no puede dormir con las piernas estiradas, mientras que quien recibió el golpe duerme profundamente». Yo he recibido un golpe y he dormido en paz después, pero imagino que la persona que me golpeó probablemente no pudo dormir tranquila esa noche. Levítico 26:17 ofrece un ejemplo excelente de la verdad contenida en la primera parte de Proverbios 28:1: «El impío huye sin que nadie lo persiga». Ese ejemplo se encuentra en la conducta de los israelitas durante el Éxodo, cuando no prestaron atención a la palabra de Dios, no cumplieron todos sus mandamientos y quebrantaron su pacto (Levítico 26:14-15). ¿Qué castigo impuso Dios a los israelitas entonces? Observemos Levítico 26:17: «Pondré mi rostro contra ustedes para que sean derrotados por sus enemigos; los que los odian gobernarán sobre ustedes, y huirán incluso cuando nadie los persiga». Uno de los castigos de Dios fue que los israelitas, tras haber pecado contra Él, huirían incluso sin tener a nadie que los persiguiera. El versículo 36 lo describe así: «En cuanto a los que queden, llenaré sus corazones de un temor tan constante que el sonido de una hoja movida por el viento los hará entrar en pánico; correrán como si huyeran de una espada y caerán incluso cuando nadie los persiga» (Versión Coreana Contemporánea). En última instancia, la razón por la que el pueblo pecador de Israel «huiría como quien huye de la espada, sobresaltándose incluso

ante el sonido de una hoja movida por el viento» es que Dios había debilitado sus corazones con un temor incesante. Así, los impíos huyen aun cuando nadie los persigue.

Sin embargo, los justos son tan valientes como un león (Proverbios 28:1). ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué pueden los justos ser tan valientes como un león? Es porque viven en obediencia a la Palabra de Dios. Puesto que no han cometido pecado y poseen una conciencia limpia, no tienen necesidad de huir con temor como los impíos. En otras palabras, los justos, que mantienen una conciencia limpia, son valientes como un león. Para ser valientes como un león, debemos poseer una conciencia limpia. Para lograrlo, debemos obedecer la Palabra de Dios. Si desobedecemos la Palabra de Dios y cometemos pecado —al igual que los israelitas durante el Éxodo—, Dios debilitará nuestros corazones con un temor constante, haciendo que nos sobresaltemos fácilmente y huyamos aun cuando nadie nos persiga. Por tanto, debemos obedecer la Palabra de Dios y esforzarnos, como hizo el apóstol Pablo, por «mantener siempre limpia [nuestra] conciencia delante de Dios y de los hombres» (Hechos 24:16). También debemos «servir a Dios con conciencia limpia en todas las cosas» (Hechos 23:1). Cuando lo hacemos, nosotros —que hemos sido justificados mediante la fe en Jesús por la gracia de Dios— podremos ser tan valientes como un león.

El Dr. Park Yun-sun identifica dos razones por las que los cristianos cobran valentía (Park Yun-sun): (1) La valentía no surge de la sensación de nuestra propia fuerza; más bien, proviene del reconocimiento de nuestra propia debilidad. En resumen, cuando reconocemos nuestra propia debilidad y confiamos únicamente en Dios, alcanzamos la justicia y Dios nos otorga fortaleza. Por esta razón, el apóstol Pablo confesó en 2 Corintios 12:9–10: «Mi poder se perfecciona en la debilidad» y «Cuando soy débil, entonces soy fuerte». Debido a que los cristianos reconocemos nuestra propia debilidad, depositamos nuestra plena confianza en el Señor, volviéndonos así fuertes y valientes. (2) Los cristianos nos volvemos fuertes y valientes porque amamos a Dios. Consideremos 1 Juan 4:16–17: «Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor;

y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio...». Dios está con nosotros, los cristianos que le amamos (Juan 14:21, 23), y nos capacita para actuar con valentía. Debemos ser cristianos que buscan a Dios. Quienes buscan a Dios comprenden que, mientras el justo es tan valiente como un león, el impío huye aun cuando nadie lo persigue. Es mi deseo que todos vivamos con valentía amando al Dios que nos fortalece en nuestra debilidad, obedeciendo su Palabra y esforzándonos por mantener una conciencia limpia en todo momento.

En segundo lugar, quienes buscan a Dios comprenden que una nación mantiene su estabilidad a largo plazo cuando cuenta con un líder que posee discernimiento y conocimiento.

Al vivir aquí en los Estados Unidos, oramos —aunque sea de manera imperfecta— tanto por nuestra amada patria, Corea del Sur, como por este país, Estados Unidos. En nuestras oraciones, nos sentimos impulsados a interceder por los líderes de ambas naciones, dada la inmensa importancia del papel que desempeña un presidente. Como pastor principal, creo personalmente que el carácter es la cualidad más crucial para un líder, ya sea para mí mismo o para un presidente. Por consiguiente, oro por la transformación de mi propio carácter, pidiéndole a Dios que me ayude a emular el corazón humilde de Jesús. Quizás por eso doy prioridad al carácter de un candidato cuando se elige un presidente, ya sea en Estados Unidos o en Corea. Concretamente, busco sinceridad. Si un candidato presidencial hace diversas promesas al público durante una elección pero no las cumple tras asumir el cargo, los ciudadanos naturalmente comienzan a cuestionar su sinceridad. Sin embargo, creo que es posible discernir —incluso antes de esa etapa— si un candidato es verdaderamente sincero o si es alguien que miente habitualmente y sin vacilar. Al seguir las noticias sobre un candidato, cada uno de nosotros puede formarse su propio juicio sobre su carácter hasta cierto punto. Más allá de la sinceridad, a menudo oramos para que nuestro presidente y su equipo de gobierno sean líderes que teman a Dios. Lo hacemos porque

creemos que solo los líderes sabios que temen a Dios pueden gobernar la nación con eficacia y conforme a Su voluntad. No obstante, la realidad que observamos —ya sea en Estados Unidos o en Corea— a menudo nos lleva a cuestionar si estos presidentes poseen la sabiduría que proviene del temor a Dios o incluso una sinceridad genuina. Es comprensible que tales momentos conduzcan a una profunda decepción. Lo que hace que la realidad sea aún más desalentadora es ver con frecuencia —a menudo en las noticias— a políticos discutiendo, peleando e intercambiando acusaciones. A menudo suspiramos con frustración, preguntándonos por qué no pueden unirse en lugar de dividirse en facciones partidistas que se atacan mutuamente. Esto nos hace perder la esperanza y cuestionar cómo pueden preocuparse por el bienestar de la gente o servir verdaderamente a la ciudadanía en medio de tal conflicto.

Consideremos el pasaje de hoy, Proverbios 28:2: «Cuando una tierra está llena de pecado, sus gobernantes cambian con frecuencia; pero con un líder sensato y entendido, la nación mantiene la estabilidad por mucho tiempo». He desglosado este versículo en dos puntos de reflexión:

(1) El versículo afirma que «cuando una tierra está llena de pecado, sus gobernantes cambian con frecuencia» (versículo 2).

¿Qué clase de pecado puede existir en una nación? Abarca no solo la corrupción, sino todas las formas de deshonestidad y maldad. ¿Qué sucede con una nación cuando tiene muchos líderes que cometen tales pecados? En este contexto, Proverbios 28:3 habla de un «funcionario que oprime a los pobres». La *Versión Revisada Coreana* describe a esta figura como «un hombre pobre que oprime a los pobres», lo que implica que el propio funcionario fue pobre en el pasado. A pesar de este antecedente —y de la expectativa de que comprendiera, empatizara y ayudara a los necesitados—, lo que hace es oprimirlos. Tal persona ciertamente no es el «líder sensato y entendido» descrito en el versículo 2; más bien, es un líder insensato. Respecto a este tipo de líder, la segunda parte del versículo 3 del

pasaje de hoy lo describe como «una lluvia torrencial que no deja cosecha alguna» (o, como lo expresa la *Versión Coreana Contemporánea*, «un aguacero torrencial que arrasa con los cultivos»). A veces vemos noticias en Corea con entrevistas a agricultores cuyos cultivos han sido arruinados por fuertes lluvias. Es inevitable estar de acuerdo con la comparación entre un funcionario que oprime a los pobres y una lluvia torrencial que destruye la cosecha. Imaginemos el sufrimiento del pueblo llano si una nación tuviera muchos líderes de esta clase.

Proverbios 28:2 se traduce en la *Versión Revisada Coreana* de la siguiente manera: «Cuando hay pecado en la tierra, aunque haya muchos gobernantes…». Comparé esto con la *Versión Coreana Contemporánea*, que lo traduce así: «Cuando hay pecado en la tierra, aunque el régimen cambie con frecuencia…». Considero que los significados son similares: ya sea que el texto hable de tener muchos gobernantes o de cambios frecuentes de régimen, ambos implican que la nación carece de estabilidad debido al pecado. Además, la presencia del pecado conduce a profundas divisiones y luchas internas entre facciones dentro del liderazgo de la nación. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «En otras palabras, la existencia de muchas facciones en una nación es el castigo de Dios por el pecado que ya está presente en ella». Como ejemplo, citó la división de Israel en los reinos del Norte y del Sur tras la muerte del rey Salomón —consecuencia de su pecado de idolatría, tal como se describe en los capítulos 11 y 12 de 1 Reyes. De hecho, la Biblia afirma explícitamente en dos ocasiones que la división de la nación de Israel fue un acto de juicio divino (1 Reyes 12:15, 24). «Por tanto, siempre que surjan conflictos civiles o faccionalismos en un país y se pierda la paz, todos los ciudadanos —empezando por los gobernantes— deben reflexionar profundamente sobre los pecados de la nación y arrepentirse», dijo Park Yun-sun. ¿Qué opina de las palabras del Dr. Park Yun-sun? Al observar nuestra patria dividida y a los Estados Unidos hoy en día, ¿no está de acuerdo en que todos debemos reflexionar profundamente sobre los pecados de nuestra nación y arrepentirnos ante Dios? Vienen a mi mente las palabras de Jesús en Mateo 12:25: «Todo reino dividido contra sí mismo queda arruinado, y ninguna ciudad o casa dividida contra sí misma podrá mantenerse en pie».

¿Cómo puede una nación —al igual que una familia o una iglesia— mantenerse firme si está desgarrada por conflictos internos? Una familia, una iglesia o una nación dividida por disputas nunca podrá mantenerse firme. Por ello, tal como afirma la Biblia en el pasaje de hoy, Proverbios 28:2: «Cuando hay pecado en la tierra, el gobierno cambia con frecuencia». Y cuando el gobierno cambia frecuentemente, la nación no puede mantenerse estable. Esto se debe a que la nación está fracturada por el pecado, y una nación dividida nunca puede ser estable. En consecuencia, los ciudadanos sienten inevitablemente ansiedad. Además, en medio de las constantes luchas partidistas en el ámbito político, los ciudadanos terminan agotados física y mentalmente, desanimados y llenos de una sensación de frustración.

(2) El pasaje enseña que «cuando hay un líder con discernimiento y conocimiento, la nación mantiene la estabilidad durante mucho tiempo» (Proverbios 28:2).

La Versión Revisada Coreana traduce este versículo de la siguiente manera: «...perdura gracias a una persona de discernimiento y conocimiento». Al reflexionar sobre la verdad de que una nación goza de una estabilidad duradera cuando su líder posee discernimiento y conocimiento, ¿deseamos nosotros —como ciudadanos— un líder así para nuestro propio país, a fin de que la estabilidad se restablezca lo antes posible? Qué maravilloso sería si no solo el presidente, sino también todos aquellos que le asisten, guiaran a la nación bajo el discernimiento y el conocimiento otorgados por Dios. Por el contrario, ¿qué sería de nuestro país si el presidente y sus colaboradores carecieran de conocimiento y discernimiento y, en cambio, movidos por la insensatez, buscaran únicamente satisfacer sus propios intereses egoístas? Por tanto, al orar a Dios por los líderes de nuestra nación, debemos pedirle que les conceda discernimiento y sabiduría. En resumen, cuando oremos por nuestros líderes, debemos pedir a Dios que les otorgue sabiduría.

En un momento dado, exploramos cinco lecciones que Dios nos ofrece basadas en Proverbios 20:26–30, bajo el tema «El rey sabio». Repasémoslas brevemente:

(a) Un rey sabio distingue entre los justos y los impíos, los separa y castiga a los impíos (v. 26).

¿Qué sería de una nación si su presidente no pudiera distinguir entre los justos y los impíos? ¿Qué sucedería si se nombrara a personas malvadas para cargos gubernamentales clave? Lo que el rey Salomón pidió a Dios fue «sabiduría para discernir» entre el bien y el mal al juzgar al pueblo del Señor (1 Reyes 3:11). Cuando oramos por el presidente de nuestra nación, debemos pedir —tal como lo hizo Salomón— la «sabiduría para discernir entre el bien y el mal». Al hacerlo, el presidente puede gobernar bien el país y establecer orden y justicia.

(b) Un rey sabio gobierna la nación con una conciencia limpia delante de Dios (Prov. 20:27).

Dado que un rey sabio gobierna con una conciencia justa y recta, expone las tinieblas de los impíos y examina lo más profundo de sus corazones. Luego castiga a los impíos con justicia, apagando eficazmente su lámpara. En otras palabras, un rey sabio se esfuerza por mantener una conciencia limpia delante de Dios. Gobierna la nación a conciencia, a la vista de Dios. Como resultado, la luz de los justos resplandece, mientras que la lámpara de los impíos se apaga.

(c) Un rey sabio se protege mediante el amor inquebrantable y la verdad (v. 28).

Mediante el amor inquebrantable y la verdad, un rey sabio no solo asegura su trono, sino que también ama a su pueblo y cumple fielmente las promesas que les ha hecho. Por lo tanto, un rey sabio se protege a sí mismo y asegura su trono.

(d) Un rey sabio posee tanto fortaleza como sabiduría (v. 29).

En otras palabras, un rey sabio tiene no solo fortaleza, sino también sabiduría adquirida a través de la experiencia.

(e) Un rey sabio aplica la disciplina (v. 30).

Cuando disciplina, utiliza la vara para golpear con severidad, con el objetivo de erradicar los pecados de su pueblo. Lo hace porque sabe que «los golpes penetran en lo más profundo de la persona». Él distingue entre los justos y los impíos, separándolos y disciplinando a los impíos con justicia. De este modo, protege a los ciudadanos de su nación y establece el orden dentro del país.

¿Acaso no desea usted que el presidente de nuestra nación sea un líder tan sabio? Los cristianos que buscan a Dios comprenden que, cuando un líder sabio —dotado de tal discernimiento y conocimiento— es establecido como presidente, la nación perdura y se mantiene estable por mucho tiempo. Además, los cristianos que buscan a Dios saben que si existe pecado en la nación —especialmente entre el presidente, sus colaboradores u otros líderes—, ese régimen no puede durar mucho e inevitablemente será reemplazado. Por tanto, debemos buscar a Dios y, al hacerlo, orar para que los líderes de nuestra nación posean el discernimiento y el conocimiento que provienen de Él.

En tercer lugar, quienes buscan a Dios comprenden que es mejor vivir fielmente en la pobreza que vivir deshonestamente en la riqueza.

En su opinión, ¿qué es más importante: ser rico o actuar con fidelidad (honestidad)? Si, por más fiel (u honestamente) que trabaje, no logra enriquecerse, ¿qué haría usted? ¿Abandonaría la honestidad y se esforzaría por enriquecerse hablando y actuando con engaño? La Biblia nos enseña que ser rico o pobre no es lo más importante; más bien, actuar con integridad y sabiduría es mucho más valioso. Considere Proverbios 19:1: «Mejor es el pobre que vive con integridad que el necio de labios engañosos». Observe también

Eclesiastés 4:13: «Mejor es el joven pobre pero sabio que el rey viejo y necio que ya no sabe atender a una advertencia». Estos pasajes nos enseñan que una persona sabia que vive con integridad —incluso en la pobreza— es superior a una persona necia, engañosa, insensata e incapaz de aceptar corrección. Esto subraya cuán vitales son la integridad y la sabiduría.

Observe el texto de hoy, Proverbios 28:6: «Mejor es el pobre que camina en integridad que el rico que anda en caminos torcidos». Una traducción literal del hebreo original dice: «Mejor es el hombre pobre que camina en verdad que el hombre rico que camina por dos senderos» (Park Yun-sun). Aquí, la expresión «andar por dos caminos» se refiere a alguien que «aparenta recorrer la senda del bien mientras, en realidad, transita por la senda del mal» (Park Yun-sun). ¿Cuál es, entonces, el camino de maldad que sigue una persona rica que anda por esta doble vía? Como se afirma en Proverbios 28:3, una de las malas acciones de tal persona es la «opresión de los pobres». Un ejemplo más específico de este abuso se encuentra en Santiago 2:6: «Pero ustedes han menospreciado al pobre. ¿No son acaso los ricos quienes los oprimen y los arrastran a los tribunales?» (Biblia Coreana Contemporánea). La persona rica que sigue un «doble camino» no solo menosprecia a los pobres, sino que también les causa daño activamente al oprimirlos y llevarlos a juicio. ¿Puede visualizarlo? Aparentar ante los demás que se hacen buenas obras, pero —de manera sutil— abusar de los pobres cuando nadie mira: esta es precisamente la «persona rica que anda por caminos torcidos» descrita en Proverbios 28:6; en otras palabras, el rico que recorre una doble senda.

¿Qué opina de tales personas ricas? ¿Cómo reaccionaría si descubriera que, a pesar de parecer realizar muchas buenas obras en público, en realidad acumulaban riqueza mediante malas acciones habituales cometidas en secreto? La Biblia declara que es mejor el pobre que anda en la verdad que una persona así. La lección aquí es que actuar con veracidad —o engañar hipócritamente a los demás mediante la falsedad— importa mucho más que ser rico o pobre. Quienes buscan a Dios comprenden esta verdad. Además, los cristianos que buscan a Dios captan esta realidad y se esfuerzan por vivir con veracidad y fidelidad, incluso en la pobreza.

Debemos esforzarnos por ser personas veraces y fieles en lugar de centrarnos en hacernos ricos. No debemos convertirnos en ricos que andan por un doble camino: aparentando seguir una senda justa ante los demás mientras, en realidad, recorren una senda de maldad. En cuarto y último lugar, quienes buscan a Dios llegan a comprender que la persona que guarda la ley es una persona sabia.

¿Qué clase de persona le viene a la mente cuando piensa en un «legalista»? Es probable que los cristianos visualicen a los fariseos de los Evangelios del Nuevo Testamento. Podríamos etiquetarlos como legalistas porque observaban estrictamente la ley. Sin embargo, como ya sabemos, la ley que cumplían con tanto rigor no era la ley de Dios, sino una tradición humana. Sabemos esto porque Jesús preguntó a los fariseos: «¿Por qué quebrantáis el mandamiento de Dios por causa de vuestra tradición?» (Mateo 15:3). En otras palabras, Jesús señaló que ellos violaban los mandamientos de Dios para mantener las tradiciones de los ancianos. Esto revela que los fariseos —la encarnación misma del legalismo en nuestra mente— no observaban estrictamente la ley de Dios; más bien, se aferraban rigurosamente a sus propias interpretaciones de leyes y mandamientos de origen humano. Otra perspectiva que obtenemos de las palabras de Jesús sobre estos fariseos legalistas es que Él los llamó «hipócritas» (Mateo 7:5, 15:7; Lucas 6:42, 12:56, etc.). Por ejemplo, Mateo 23:27 dice: «¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Sois como sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia». A los ojos de Jesús, los fariseos —que eran legalistas— eran hipócritas; como sepulcros blanqueados, parecían hermosos por fuera, pero estaban llenos de esqueletos y suciedad por dentro. En Hechos 23:3, el apóstol Pablo dijo: «¡Hipócrita! Dios te golpeará. Te sientas ahí para juzgarme según la ley, y sin embargo violas la ley al ordenar que me golpeen» (Versión Coreana Contemporánea). En efecto, los fariseos se jactaban de la ley (Romanos 2:23) y enseñaban a otros, pero no practicaban lo que predicaban (versículo 21). Por ejemplo, mientras decían a los demás «No robes», ellos mismos cometían robos (versículo 21). En consecuencia, es natural que tengamos una visión negativa de los fariseos

como «legalistas». Quizás por eso no veamos la «Ley» en sí misma de manera muy positiva. En particular, dado que asociamos la «Ley» con la era del Antiguo Testamento y del Antiguo Pacto, podríamos suponer que guardar la Ley no es estrictamente necesario en la era del Nuevo Testamento y del Nuevo Pacto. Por ejemplo, al creer que Jesús reemplazó los Diez Mandamientos de Moisés con el «Doble Mandamiento» —«Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y ama a tu prójimo como a ti mismo» (Lucas 10:27)—, tendemos a restar importancia (o incluso a ignorar) a los Diez Mandamientos mientras nos esforzamos por cumplir el Doble Mandamiento de Jesús. Sin embargo, esta es una perspectiva desequilibrada y errónea. Debemos observar y practicar tanto los Diez Mandamientos de Moisés del Antiguo Testamento como el Doble Mandamiento de Jesús. Por supuesto, esto no significa que debamos guardar hoy todas y cada una de las leyes que se encuentran en el Antiguo Testamento. Hay leyes que siguen siendo vinculantes (continuidad), mientras que otras ya no necesitan observarse (discontinuidad). Por ejemplo, los Diez Mandamientos... Si bien debemos esforzarnos por observar estrictamente la Ley, existen ciertas leyes dietéticas del Antiguo Testamento que ya no son vinculantes. Un punto crucial que debemos abordar es la «función de la Ley». Calvino identificó tres funciones de la Ley: (1) Sirve para hacernos conscientes del pecado. (2) Junto con nuestra conciencia, actúa como un freno para evitar que las personas caigan en una depravación absoluta. (3) Revela la voluntad de Dios, mostrando a aquellos salvos por fe cómo pueden agradarle.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 28:7: «El que guarda la ley es un hijo sabio, pero el compañero de glotones avergüenza a su padre» [(Versión coreana contemporánea) «El que guarda la ley es un hijo sabio, pero quien se asocia con un derrochador trae vergüenza sobre su padre»]. ¿Qué significa esto? En primer lugar, el «hijo sabio» mencionado aquí se refiere a aquel que teme a Dios. Sabemos esto porque la primera parte de Proverbios 1:7 afirma: «El temor del Señor es el principio del conocimiento» (donde «conocimiento» significa «sabiduría»). Además, una persona sabia que teme a Dios no se asocia con «glotones» —o derrochadores— que avergüenzan a sus padres (28:7). Aquí, el término «glotón» se refiere a

alguien que lleva una vida disoluta y derrocha su riqueza, muy parecido al hijo pródigo —el hijo menor de la tercera parábola que Jesús relató en Lucas 15 (Prov. 23:20-21)—. La razón por la que una persona sabia que teme a Dios evita asociarse con alguien tan derrochador es que... el mal... Es porque lo aborrecen. En resumen, la persona sabia sabe que temer a Dios significa aborrecer el mal (Proverbios 8:13); por tanto, no se asocia con aquellos que, como el hijo pródigo, llevan una vida disoluta y malgastan su riqueza. Proverbios 3:7 afirma: «No seas sabio en tu propia opinión; teme al Señor y apártate del mal». Y Job 28:28 dice: «... El temor del Señor es sabiduría, y apartarse del mal es inteligencia». A los ojos de Dios, la verdadera sabiduría reside en temer a Dios y apartarse del mal. Así pues, el hijo sabio mencionado en el pasaje de hoy —Proverbios 28:7— teme a Dios; en consecuencia, no solo evita asociarse con el «glotón» que derrocha la riqueza mediante un estilo de vida disoluto, sino que también se aleja de tal persona.

¿Cómo podemos, entonces, obtener esta sabiduría celestial? En primer lugar, por supuesto, debemos aferrarnos a la promesa que se encuentra en Santiago 1:5 y pedir sabiduría a Dios. Observemos Santiago 1:5: «Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, debe orar a Dios». «Entonces Dios, que da generosamente a todos sin reprochar, se la dará» (Versión Coreana Contemporánea). Cuando somos plenamente conscientes de nuestra propia falta de sabiduría, debemos pedirla continuamente a Dios, quien da generosamente y sin reproches. Sin embargo, no debemos detenernos ahí. ¿Qué debemos hacer entonces? Tal como se indica en la primera parte de Proverbios 28:7, debemos guardar la ley («el que guarda la ley»). En otras palabras, no basta con pedir sabiduría a Dios; también debemos observar y practicar Su ley. La razón es que nos volvemos sabios cuando guardamos y practicamos la ley. Por eso Moisés dirigió estas palabras a los israelitas durante el Éxodo: «Guárdenlas y pónganlas por obra, pues esta es su sabiduría y su entendimiento ante los ojos de las naciones; cuando oigan hablar de todos estos estatutos, dirán: “Ciertamente, esta gran nación es un pueblo sabio y entendido”» [(Versión coreana contemporánea) «Observen bien todas estas cosas. Así ganarán fama de sabiduría y conocimiento entre las otras naciones. Cuando oigan hablar de todas estas leyes, dirán: “¡En verdad, el pueblo de Israel es una

nación de sabiduría y entendimiento sobresalientes!”» …y se maravillarán] (Deuteronomio 4:6). Conforme a esta palabra, debemos guardar y practicar la ley. Al hacerlo, la gente del mundo nos mirará y se maravillará, diciendo: «En verdad, los cristianos son personas de sabiduría y entendimiento sobresalientes». Luego, en el versículo siguiente —Deuteronomio 4:7—, Moisés dijo: «¿Qué gran nación hay que tenga un dios tan cercano a ella como lo está el Señor nuestro Dios de nosotros siempre que le oramos?». Al reflexionar sobre estos dos versículos (Deuteronomio 4:6-7), se reafirma en mí la verdad de que la obediencia a la Palabra y la oración son esenciales para el pueblo de Dios. En cuanto a la sabiduría, recuerdo que no solo debemos pedir sabiduría a Dios, sino también guardar y practicar su Palabra. Aquellos que adquieren sabiduría al guardar la ley se oponen a los impíos porque temen a Dios. Observemos Proverbios 28:4: «Los que abandonan la ley alaban a los impíos, pero los que guardan la ley luchan contra ellos». ¿Cómo puede, entonces, quien guarda la ley alabar a los impíos? ¿Cómo podría alguien que observa la ley de Dios elogiar a quienes cometen el mal desafiando esa misma ley? La Biblia afirma claramente que quienes guardan la ley se oponen a los impíos. ¿Cuál es la razón de esto? Como indica Proverbios 28:5 —nuestro texto de hoy—, se debe a que la persona sabia que guarda la ley comprende la «justicia». En otras palabras, la persona sabia que busca a Dios (v. 5) y guarda la ley (v. 7) se opone a los impíos (v. 4) porque comprende la justicia que estos no logran entender (v. 5). En pocas palabras, la persona sabia que teme a Dios practica la justicia.

Quienes buscan a Dios reconocen que la persona que guarda la ley es verdaderamente sabia. También comprenden que una persona sabia, por reverencia a Dios, aborrece el mal y se opone a los impíos. Por tanto, un cristiano sabio que guarda la ley no se asocia con el tipo de derrochador que malgasta sus bienes en una vida disoluta (v. 7). Evita tales compañías porque sabe que hacerlo deshonra a Dios Padre (v. 7).

Quisiera concluir este tiempo de meditación. Personalmente, experimento un gozo particular que Dios me concede por su gracia: el gozo de que el Espíritu Santo me brinde revelaciones valiosas al abrir la Biblia para leer y meditar en la Palabra de Dios. Sin embargo,

el problema radica en que el gozo que se deriva de guardar y obedecer realmente esa Palabra queda muy por debajo del gozo experimentado al recibir la revelación inicial. Hoy, centrándonos en Proverbios 28:1-7, hemos meditado sobre cuatro verdades que comprenden quienes buscan a Dios. En primer lugar, comprenden que los justos son valientes. En segundo lugar, comprenden que una nación mantiene su estabilidad a largo plazo cuando es guiada por un líder que posee discernimiento y conocimiento. En tercer lugar, comprenden que es mejor vivir fielmente en la pobreza que vivir deshonestamente en la riqueza. En cuarto lugar, comprenden que quienes guardan la ley son sabios.

Aquel que siempre teme a Dios

[Proverbios 28:8–14]

Amados, la Biblia nos dice que aquellos que siempre temen a Dios son bienaventurados (Salmo 128:1). Al continuar meditando en el Libro de Proverbios, hemos reflexionado sobre el temor de Dios en numerosas ocasiones. De hecho, Proverbios —el libro de la sabiduría— reitera constantemente que "el temor de Dios es el principio de la sabiduría" (1:7). Al retomar estas enseñanzas recurrentes, quisiera repasar aquí dos puntos clave:

En primer lugar, quisiera revisar qué significa temer a Dios. Temer a Dios es un estado mental en el que las propias actitudes, voluntad, sentimientos, obras y metas se sustituyen por los de Dios. Por tanto, quienes temen a Dios centran todo en el Señor en lugar de en sí mismos. Nunca buscan su propia voluntad, sino únicamente la voluntad del Señor. Al abrazar el corazón del Señor y emular Sus pensamientos, sentimientos, actitudes, voluntad y acciones, viven una vida dedicada a cumplir Su voluntad. El Dr. Park Yun-sun describió cinco características de una persona que teme a Dios: (1) Temen a Dios para evitar pecar, incluso mientras realizan sus tareas cotidianas. (2) Viven una vida piadosa y permanecen vigilantes en oración, incluso en secreto. (3) No cometen pecado en sus corazones. (4) En tiempos de paz y comodidad, permanecen cautelosos y temerosos de alejarse del Señor. (5) En situaciones difíciles, mantienen su integridad en lugar de intentar escapar del problema mediante medios indignos.

Repasemos ahora el tipo de vida que lleva una persona temerosa de Dios según la Biblia: (1) Centrándonos en Proverbios 1:8–19, ya hemos aprendido tres lecciones sobre los jóvenes

que temen a Dios: (a) Obedecen a sus padres (v. 8). (b) No siguen las seducciones de los impíos (v. 10). (c) No se asocian con los impíos (v. 15). (2) Al centrarnos en Proverbios 24:21–26, nosotros… Ya hemos aprendido dos lecciones sobre el ciudadano que teme a Dios: (a) El ciudadano que teme a Dios respeta a su presidente (v. 21a). (b) El ciudadano que teme a Dios no se asocia con rebeldes (v. 21b). (3) Al centrarnos en Eclesiastés 5:1–7, aprendimos tres cosas sobre cómo se conducen quienes temen a Dios: (a) Quienes temen a Dios prestan atención a la palabra de Dios (v. 1). (b) Quienes temen a Dios le ofrecen oraciones (v. 2). (c) Quienes temen a Dios cumplen los votos que le han hecho (v. 4). (4) Al centrarnos en el Salmo 34:8–14, aprendimos cuatro cosas sobre cómo se conducen quienes temen a Dios: (a) Quienes temen a Dios se refugian en Él (v. 8). (b) A quienes temen a Dios nada les falta (vv. 9–10). (c) Quienes temen a Dios reciben bendiciones (v. 12). (d) Quienes temen a Dios se apartan del mal y hacen el bien (v. 14). (5) Al centrarnos en el Salmo 128, aprendimos tres cosas sobre las bendiciones que reciben quienes temen a Dios: (a) Quienes temen a Dios son bendecidos en su trabajo (v. 2). (b) Quienes temen a Dios son bendecidos en sus familias (v. 3). (c) Quienes temen a Dios son bendecidos en la iglesia (v. 5).

Al observar el texto de hoy, Proverbios 28:14, la Biblia afirma: «Bienaventurado aquel que siempre teme a Dios, pero quien endurece su corazón caerá en desgracia» [(Versión Coreana Contemporánea) «Aquellos que siempre sirven al SEÑOR con un corazón reverente serán bendecidos…» «…los obstinados caerán en problemas»]. Este pasaje nos dice que «bienaventurado aquel que siempre reverencia [a Dios]» —o, como lo expresa la *Versión Coreana Contemporánea*, «bienaventurado aquel que siempre sirve al SEÑOR con un corazón reverente». ¿Quién es, entonces, la persona que reverencia a Dios según la Biblia? Para responder a esto, debemos observar el contexto del versículo anterior, el versículo 13: «El que encubre sus pecados no prosperará, pero quien los confiesa y renuncia a ellos halla misericordia». Este pasaje indica que quien reverencia a Dios es la persona que confiesa el pecado y renuncia a él. La razón por la que una persona que reverencia a Dios actúa de esta manera es que aborrece el mal (8:13). Por tanto, cuando el Espíritu Santo utiliza la Palabra para hacerle ver los pecados cometidos contra el Dios santo, reconoce inmediatamente su

culpa. Acto seguido, abandona los pecados que ha reconocido ante Dios. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «La palabra "confesar" significa "reconocer". Y abandonar ese pecado es el fruto del arrepentimiento. El arrepentimiento sin fruto no sirve de nada». «Sin embargo, el acto de abandonar el pecado solo se lleva a cabo verdaderamente cuando uno llega al punto de aborrecer dicho pecado» (Park Yun-sun). Quienes temen a Dios aborrecen la maldad. En consecuencia, no solo reconocen y confiesan sus pecados, sino que también los abandonan mediante el arrepentimiento. Lo hacen porque saben que «el que encubre sus pecados no prosperará, pero quien los confiesa y renuncia a ellos halla misericordia» (28:13).

Sin embargo, nuestro instinto es ocultar los pecados que hemos cometido. Así, cuando nuestro pecado queda al descubierto, tendemos a negarlo —y a negarlo una y otra vez— en lugar de admitirlo inmediatamente. Tal negación surge del endurecimiento de nuestros corazones (v. 14). Cuando endurecemos el corazón de esta manera, nos negamos a escuchar la Palabra de Dios (Éxodo 7:13). Y si nos negamos obstinadamente a atender a la Palabra de Dios, nuestra conciencia no puede ser penetrada por ella: la espada del Espíritu Santo. En consecuencia, no solo dejamos de confesar (reconocer) nuestros pecados, sino que nos volvemos incapaces de hacerlo. Por tanto, ni nos arrepentimos de nuestros pecados ni somos capaces de hacerlo. En última instancia, un corazón endurecido es un «corazón impenitente» (Romanos 2:5). Solo cuando alguien presenta pruebas de nuestro pecado, finalmente lo reconocemos y confesamos, simplemente porque ya no podemos ocultar ni negar lo que hemos hecho. Incluso entonces, debido a la dureza de nuestro corazón, podemos permanecer impasibles, sin mostrar señales de remordimiento y con una actitud descarada. Podríamos incluso aceptar las consecuencias de nuestro pecado con una actitud temeraria de «que pase lo que tenga que pasar». Por eso la Biblia afirma en la segunda parte de Proverbios 28:14: «…el que endurece su corazón caerá en desgracia».

Entonces, ¿qué pecados concretos deben confesar, de los cuales deben arrepentirse y a los cuales deben renunciar realmente aquellos que temen a Dios —y que confiesan, se arrepienten y abandonan sus pecados para recibir Su bendición—? ¿Qué pecados debemos

verdaderamente confesar, lamentar y dejar atrás? Hoy deseo reflexionar sobre cinco puntos basados en el pasaje de Proverbios 28:8-14 y extraer las lecciones que nos ofrecen.

En primer lugar, quienes verdaderamente temen a Dios confiesan, se arrepienten y abandonan el pecado de no mostrar compasión hacia los pobres. En otras palabras, quienes temen a Dios sí sienten compasión por los pobres.

¿Qué le viene a la mente al escuchar la palabra «interés»? A mí se me ocurren dos cosas. La primera es un préstamo gubernamental que recibí durante mis estudios universitarios; la tasa de interés era considerablemente más baja que la que ofrecían los bancos comerciales. Si mal no recuerdo, las tasas de los préstamos bancarios rondaban el 8 % o el 10 % en aquel entonces, mientras que el préstamo gubernamental para estudiantes con necesidades económicas era de alrededor del 4 %. Además, creo que el calendario de pagos comenzaba seis meses después de la graduación, con cuotas trimestrales en lugar de mensuales. Aquel préstamo del gobierno fue de gran ayuda para mí. La segunda cosa que me viene a la mente tiene que ver con nuestra experiencia con Chase Bank; hemos sido clientes suyos durante mucho tiempo y recuerdo haber depositado dinero en una cuenta de ahorro, solo para descubrir que los intereses generados eran tan insignificantes que apenas aportaban beneficio alguno. Lo ideal es que una cuenta de ahorro genere intereses más altos para que valga la pena, pero las tasas eran tan bajas que mantener el dinero allí durante mucho tiempo resultaba en ganancias mínimas.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 28:8: «El que aumenta su riqueza mediante intereses exorbitantes la acumula para alguien que será bondadoso con los pobres» [(Versión coreana contemporánea) «Quien aumenta su riqueza cobrando intereses altos está, en última instancia, acumulando riquezas para alguien que muestra compasión hacia los pobres»]. Este pasaje habla de una persona que acrecienta su patrimonio cobrando «intereses exorbitantes» o «intereses altos». Desde una perspectiva moderna, uno podría preguntarse qué hay de malo en aumentar la propia riqueza cobrando intereses elevados.

De hecho, al observar las tasas hipotecarias actuales —como el 4,0 % para un préstamo a 30 años y el 3,625 % para uno a 15 años—, vemos que, si bien la gente suele preferir las tasas más bajas del plazo de 15 años, las cuotas mensuales más elevadas lo hacen oneroso, lo que lleva a muchos a optar por la alternativa de 30 años. Los informes de noticias en línea indican que las tasas hipotecarias en Estados Unidos han aumentado drásticamente tras las elecciones presidenciales; Un aumento de aproximadamente 0,5 puntos porcentuales se traduce en un costo adicional de 700 dólares anuales en intereses para una hipoteca de 400.000 dólares. En última instancia, los bancos generan ingresos cobrando intereses por las hipotecas que conceden a sus clientes, una práctica que nadie consideraría incorrecta. Sin embargo, la Biblia ve negativamente el hecho de «aumentar la propia riqueza cobrando intereses elevados», tal como se indica en Proverbios 28:8, lo que sugiere que, para los judíos de la época del Antiguo Testamento, cobrar intereses altos se consideraba inapropiado. De hecho, en la sociedad israelita de aquel tiempo, estaba prohibido cobrar intereses al prestar dinero a compatriotas judíos que fueran pobres. Observemos Éxodo 22:25: «Si prestas dinero a alguno de mi pueblo que sea pobre, no te comportes con él como un acreedor ni le cobres intereses». Veamos también Deuteronomio 22:19-20: «Si prestas a un compatriota israelita, no le cobres intereses, ya sea por dinero, alimentos o cualquier otra cosa que pueda generar intereses. Puedes cobrar intereses a un extranjero, pero no debes cobrárselos a tu compatriota israelita. Si no cobras intereses a tu compatriota israelita, el SEÑOR tu Dios bendecirá todo lo que hagas en la tierra en la que vas a entrar para tomar posesión de ella». Estos pasajes demuestran que la Biblia ordenó a los israelitas —incluso desde la época del Éxodo— que, si bien podían cobrar intereses a los extranjeros, tenían prohibido hacerlo al prestar dinero a los pobres de su propio pueblo. Dios prometió que, si se abstenían de cobrar tales intereses, Él bendeciría todas sus empresas una vez que entraran y tomaran posesión de la tierra de Canaán. Resulta interesante señalar que el *IVP Background Commentary* indica que, aunque el Código de Hammurabi —promulgado por el rey babilónico que gobernó entre 1792 y 1750 a. C.— ofrece pruebas abundantes de que los israelitas cobraban a los extranjeros tasas de interés de hasta el 20 % en los préstamos, consideraban inapropiado acumular riqueza personal mediante la usura al tratar con su

propia gente. Esto se debía a que el propósito de prestar dinero en aquella época era ayudar a los compatriotas israelitas que atravesaban dificultades financieras, y no explotar su vulnerabilidad económica.

¿Por qué, entonces, dio Dios este mandato a los israelitas? ¿Por qué les ordenó no cobrar intereses al prestar dinero a los pobres de su propio pueblo? Porque Dios ama a los pobres y siente compasión por ellos (Proverbios 28:8). Consideremos el Salmo 72:13: «Él se compadece del débil y del necesitado, y salva la vida de los necesitados». Dios, que muestra tal compasión hacia los pobres y necesitados, hizo una promesa a los israelitas en Proverbios 19:17: «El que se compadece del pobre presta al Señor, y él le recompensará por lo que ha hecho». Además, la Biblia afirma que quienes muestran compasión por los pobres honran al Señor, mientras que quienes oprimen a los pobres menosprecian a Aquel que los creó (Proverbios 14:31). En el pasaje de hoy, Proverbios 28:8, la Biblia nos enseña que «quien aumenta su riqueza cobrando altos intereses, en última instancia está acumulando riquezas para aquel que muestra compasión por los pobres» (Versión Coreana Contemporánea). En otras palabras, si un israelita desobedece el mandato de Dios y acrecienta su fortuna cobrando intereses exorbitantes a su propio pueblo, Dios lo castigará; al final, la riqueza acumulada pasará a manos de aquellos a quienes Dios ama y de quienes se compadece. Un mensaje similar aparece en la segunda parte de Proverbios 13:22, pasaje que ya hemos meditado: «…la riqueza del pecador queda reservada para el justo» [(Versión Coreana Contemporánea) «…la riqueza del pecador se reserva para la persona buena»]. Consideremos también Job 27:16–17: «Aunque él [el malvado] amontone plata como polvo y acumule ropa como montones de arcilla, el justo vestirá lo que él preparó, y el inocente poseerá su plata». Observemos Eclesiastés 2:26: «Dios da sabiduría, conocimiento y felicidad a quienes le agradan, pero a los pecadores les asigna la tarea de reunir y acumular riquezas, solo para entregarlas a quien le agrada; esto también es vanidad, como perseguir el viento» (Versión Coreana Contemporánea). En última instancia, aunque los malvados adquieran riquezas por medios injustos, Dios se asegura de que sus bienes pasen a manos de los justos.

¿Qué lección debemos aprender de esto? Hay varias lecciones. Por ejemplo, los cristianos no debemos aumentar nuestra riqueza mediante medios injustos que violen la Palabra de Dios. Aun si logramos incrementar nuestros bienes de esa manera, debemos tener presente que, en última instancia, Dios hace que la riqueza acumulada por medios injustos llegue a manos de los pobres. Asimismo, debemos aprender que los cristianos que temen a Dios —si han dejado de mostrar compasión hacia los pobres— deben confesar ese pecado, arrepentirse y apartarse de él. Como personas que temen a Dios, también debemos mostrar compasión hacia los pobres, a quienes Dios mismo mira con compasión.

En segundo lugar, quienes verdaderamente temen a Dios confiesan, se arrepienten y abandonan cualquier oración que le dirijan y que resulte detestable: aquellas hechas sin prestar atención a Su Palabra. En otras palabras, quien teme a Dios ora a Él mientras escucha Su Palabra.

¿Recibe respuestas a sus oraciones? ¿Alguna vez ha sentido, como yo a veces, que las respuestas de Dios tardan en llegar? El pastor Iain M. Duguid señala que, cuanto mayor es la demora en recibir una respuesta, con más frecuencia Satanás se nos acerca con una sugerencia persistente: un «atajo engañoso». En ese momento, nos enfrentamos a una elección entre dos caminos: (1) seguir confiando y orando a Dios con fe —esperando con expectación recibir la respuesta en Su tiempo perfecto— o (2) elegir el atajo que ofrece Satanás para obtener más rápidamente aquello que tanto deseamos. Sin embargo, él advierte que elegir el segundo camino podría acarrear un sufrimiento inimaginable, no solo para nosotros, sino también para nuestra descendencia. El consejo del pastor Duguid es que la demora misma permite a Dios fortalecer nuestra fe, asegurando que, cuando finalmente llegue la respuesta, veamos Su mano —Su propia presencia— con absoluta claridad y certeza. En su libro *Del temor a la fe* (From Fear to Faith), el Dr. Martyn Lloyd-Jones escribió: «Si Dios hubiera respondido a nuestras oraciones de inmediato y exactamente como deseábamos, nos habríamos convertido en cristianos espiritualmente

muy pobres. Afortunadamente, sin embargo, Dios a veces demora Sus respuestas para tratar asuntos como el egoísmo, que no tienen cabida en nuestras vidas». ¿No le parece una reflexión verdaderamente profunda? Si Dios concediera nuestras oraciones exactamente como deseamos y de inmediato, ¿acaso no nos convertiríamos en cristianos espiritualmente empobrecidos? Si la demora en responder a nuestras oraciones sirve para abordar problemas como nuestro egoísmo, ¿no deberíamos estar agradecidos de que Dios postergue la respuesta?

Observe el pasaje de hoy, Proverbios 28:9: «Si alguien hace oídos sordos a la ley, incluso sus oraciones son detestables» [(Versión coreana contemporánea) «Si una persona se aparta de la ley y se niega a escuchar, Dios no escucha las oraciones de esa persona»]. Según este versículo, una oración que resulta «detestable» a los ojos de Dios es aquella que ofrece una persona que se aparta y se niega a escuchar la ley de Dios (su Palabra). Respecto a este acto de apartar el oído cuando Dios habla, el Dr. Park Yun-sun afirmó: «Significa una desobediencia arraigada en un espíritu rebelde; no es un descuido momentáneo, sino un acto deliberado de rebelión» (Park Yun-sun). Imagine a un adolescente rebelde que deliberadamente da la espalda y se niega a escuchar cuando su padre le habla, pero que acude a ese mismo padre en busca de ayuda siempre que la necesita; ¿cómo reaccionaría usted si fuera ese padre? Si accediéramos a la petición de un hijo tan rebelde y desobediente, ¿estaríamos realmente actuando en su beneficio, o lo estaríamos ayudando simplemente por nuestro propio interés? Considero que tal acción sirve a nuestros propios intereses más que a los del hijo. Aunque pensemos —e incluso afirmemos— que lo hacemos por el bien del hijo, en realidad no fomentamos en él la obediencia a su padre; por el contrario, es posible que solo lo animemos a seguir dando la espalda y cerrando los oídos a las palabras de su padre. Zacarías 7:11-12, en el Antiguo Testamento, describe cómo el pueblo de Israel se negó a escuchar la palabra de Dios y le dio la espalda: «Pero se negaron a prestar atención; obstinadamente volvieron la espalda y se taparon los oídos. Endurecieron sus corazones como el pedernal y no quisieron escuchar la ley ni las palabras que el Señor Todopoderoso había hablado por su Espíritu a través de los profetas de antaño. Por eso, el Señor

Todopoderoso se enfureció». El pueblo de Israel dio la espalda, se tapó los oídos y endureció el corazón como piedra de diamante porque no quería escuchar la palabra de Dios. En consecuencia, la ira de Dios se encendió contra ellos y Él declaró: «Cuando yo llamé, no escucharon; así que, cuando ellos llamaron, yo no escuché…» (versículo 13). Además, Dios dispersó por el mundo al pueblo —que le había dado la espalda e ignorado su palabra— para que viviera en tierras extranjeras, dejando su antiguo hogar desolado y sin viajeros. Dios convirtió la buena tierra donde habían vivido en un desierto (versículo 14).

El pueblo de Israel dio la espalda a Dios en lugar de mirar hacia Él; a pesar de Sus constantes instrucciones, se negaron a prestar atención o aceptar Sus enseñanzas (Jeremías 32:33). ¿Cómo, entonces, podría Dios escuchar o responder a las oraciones detestables que ofrecían cuando clamaban a Él en momentos de necesidad o angustia? Así, Dios volvió la espalda al pueblo que había dado la espalda a Su palabra —negándose a mostrarles Su rostro (18:17)— y no escuchó sus oraciones detestables (Zacarías 7:13). Además, Dios ordenó al profeta Jeremías que no orara por el pueblo de Israel, que ofrecía tales oraciones abominables. Observemos Jeremías 7:16: «Así que no ores por este pueblo ni presentes ningún ruego o petición por ellos; no me supliques, porque no te escucharé». Veamos también Jeremías 11:14: «Por tanto, Jeremías, no ores por este pueblo ni presentes ningún ruego o petición por ellos, porque no escucharé cuando me llamen en su tiempo de angustia» (Versión Coreana Contemporánea).

Basándonos en las palabras del libro de Santiago en el Nuevo Testamento —«…la fe sin obras está muerta» (Santiago 2:26)—, hemos aprendido que la fe carente de acción es una fe muerta. Por el contrario, esto implica que la fe acompañada de acción es una fe viva. Al reflexionar sobre este concepto de fe viva, se me ocurre que las oraciones carentes de acción podrían ser también oraciones muertas. En otras palabras, nuestras oraciones deben ir acompañadas de acción; solo así pueden considerarse oraciones vivas. Para ser más específicos, una oración viva es aquella que conlleva nuestra propia responsabilidad. La idea de que Dios está obligado a responder a nuestras oraciones simplemente porque

oramos es una mentalidad desequilibrada y distorsionada. Nuestra responsabilidad respecto a la oración consiste en ofrecer a Dios el tipo correcto de oración. Por ejemplo, si oramos a Dios diciendo «Señor, Señor» solo con los labios, pero no obedecemos Su palabra, el Señor nos pregunta: «¿Por qué me llamáis "Señor, Señor", y no hacéis lo que yo digo?» (Lucas 6:46). La enseñanza de Jesús es que no debemos limitarnos a decir «Señor, Señor», sino que debemos «hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7:21).

Las oraciones que Dios escucha son aquellas que se ofrecen mientras escuchamos y obedecemos su palabra. Sin embargo, si desobedecemos la palabra de Dios y albergamos pecado en nuestros corazones, el Señor no escuchará nuestras oraciones (Salmo 66:18). Por tanto, quienes temen a Dios aborrecen el mal —y, en consecuencia, aborrecen el pecado que hay en sus propios corazones—, lo cual los lleva a confesar dicho pecado y a arrepentirse de él. Reconocen ante Dios el pecado de ofrecer oraciones detestables al no prestar atención a su palabra ni obedecerla, y se arrepienten de ello. Luego, se apartan de la iniquidad para vivir escuchando y obedeciendo la palabra de Dios. Oro para que tú y yo lleguemos a ser personas que temen a Dios.

En tercer lugar, quienes siempre temen a Dios confiesan, se arrepienten y abandonan cualquier falta de integridad. Esto significa que quienes temen a Dios son sinceros y honestos.

Me viene a la mente el título de un libro siempre que pienso en la «integridad»: *The Integrity Crisis* (La crisis de integridad), de Warren W. Wiersbe. ¿Qué es la «integridad»? Según el *Oxford English Dictionary*, la palabra deriva del latín *integritas*, que significa plenitud, totalidad y perfección. Su raíz, *integr*, significa «completo», «sin deterioro» o «intacto». En el libro, el autor afirma que las personas íntegras no tienen nada que ocultar ni nada que temer; sus vidas son como un libro abierto. En otras palabras, viven vidas transparentes. Por el contrario, los hipócritas ocultan, enmascaran y fabrican lo que llevan dentro. Engañan a los demás y dicen falsedades. Los hipócritas, en particular, a menudo montan un

espectáculo —fingiendo ser santos, fingiendo adorar, orar, alabar, servir y amar—, todo ello en un intento por ocultar sus pecados. Tales personas hipócritas carecen de transparencia. En su libro *Victory in the Wilderness* (Victoria en el desierto), John Bevere escribe: «Después de pasar por pruebas severas y un proceso de refinamiento, te volverás más transparente. Un recipiente transparente no exhibe su propia gloria, sino que revela lo que contiene en su interior». Creo que hay una gran verdad en esto. Necesitamos llegar a ser transparentes, aunque ello requiera soportar pruebas severas y refinamiento, porque nuestras tendencias hipócritas deben ser purificadas mediante tales procesos para que podamos restaurar nuestra integridad. Personalmente, creo que la fe de los cristianos y la iglesia misma carecen de pureza; nos hemos contaminado profundamente con los elementos impuros del mundo. Un síntoma de esta pérdida de pureza en nuestra fe y en nuestras iglesias es la hipocresía. Existe una desconexión entre nuestra apariencia externa y nuestra realidad interior; nuestras vidas dentro de la iglesia no se alinean con nuestras vidas fuera de ella. Nos preocupamos demasiado por las apariencias, esforzándonos por parecer seguidores de Jesús. Aunque la iglesia no logra encarnar verdaderamente su identidad, la envolvemos en gruesas capas de fingimiento para que *parezca* una iglesia. Sin embargo, el hedor de la podredumbre sigue impregnando el aire. Intentamos enmascarar ese olor con perfume, pero eso solo crea un aroma aún más peculiar y desagradable. Parece que no podemos ocultar este hedor a podredumbre. Como consecuencia, nuestros vecinos nos rechazan; detestan nuestro olor y aborrecen —incluso odian— nuestra hipocresía. Nos critican y nos vilipendian. Sin embargo, la iglesia sigue intentando proyectar una imagen de santidad ante ellos, aun mientras alberga pecados que ya no pueden ocultarse.

Nuestra iglesia está fallando en ser honesta ante Dios y ante el mundo; nos enfrentamos a una crisis de integridad. La iglesia debe ser transparente. Para lograrlo, primero debemos despojarnos de las apariencias superficiales y las fachadas que hemos levantado ante Dios. Debemos dejar de preocuparnos tanto por ocultar las cosas. Confiando en la preciosa sangre de Jesús derramada en la cruz, debemos arrepentirnos de nuestros pecados.

Debemos volvernos a Dios y ser honestos y veraces tanto ante Él como ante las personas. Al hacerlo, la iglesia puede llegar a ser transparente y revelar la gloria de Jesús —quien habita en nosotros— a este mundo en tinieblas. Nuestra iglesia debe demostrar al mundo cómo viven los pecadores por la gracia de Dios. Debemos mostrar al mundo cómo los pecadores, mediante la gracia divina, llegan a creer en Jesús, reciben la salvación y crecen hasta asemejarse a Su carácter. Debemos revelar al mundo la fragancia de Jesús —un aroma que se percibe con mayor fuerza en medio del hedor a podredumbre— para que el mundo contemple Su gloria y glorifique a Dios. Para que la iglesia sea transparente, debe ser refinada a través del sufrimiento que Dios permite. Dios permite que la iglesia atraviese sufrimientos para que pueda salir como oro puro. El sufrimiento que soportamos es un fuego intenso que separa lo que carece de valor de lo que es precioso. A través del sufrimiento, nuestra iglesia debe desechar lo que no tiene valor y elegir lo precioso; de hecho, la iglesia debe existir en función de esas cosas valiosas. Nunca debemos buscar gloria en cosas sin valor, pues la iglesia existe para manifestar la gloria del Señor. El propósito mismo de la existencia de la iglesia radica en revelar la gloria del Señor, quien es su Cabeza. Con este fin, debemos atravesar un proceso de purificación, tal como lo hicieron los israelitas al pasar por el desierto. En este proceso de purificación, la iglesia debe restaurar su pureza y transparencia. Debemos hacer que la luz de Jesús, que habita en nosotros, resplandezca con fuerza sobre este mundo en tinieblas. Observemos el texto de hoy, Proverbios 28:10: «El que induce a los rectos por mal camino caerá en su propia fosa, pero los íntegros recibirán una bendición». En este pasaje, vemos que el autor de Proverbios contrasta dos tipos de personas. Los protagonistas son, por un lado, «aquel que atrae a los rectos hacia una senda malvada» y, por otro, «la persona recta» (el individuo honesto).

En primer lugar, ¿qué clase de persona es «aquel que atrae a los rectos hacia una senda malvada», según la descripción del autor de Proverbios? Solíamos ver noticias sobre secuestradores que atraían a niños pequeños para llevárselos. ¿Cómo lograban atraerlos? Sin duda, apelaban a los intereses de los niños para engañarlos y hacer que cayeran en la trampa. Para poner un ejemplo sencillo: atraer a mi perra, Luna, es fácil; simplemente le

ofrezco una golosina. Aunque esté jugando felizmente con mis hijos —a quienes adora—, preferirá seguirme a mí. En el capítulo 3 del Génesis, vemos a la serpiente —descrita como el más astuto de todos los animales del campo (versículo 1)— tentando a la mujer. ¿Cómo logró la serpiente atraerla para que desobedeciera el mandato de Dios y cometiera el pecado de comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal? He identificado tres formas en que esto sucedió:

(1) La serpiente buscó que la mujer cuestionara la palabra de Dios.

Así, la serpiente le preguntó: «¿Realmente dijo Dios: "No deben comer de ningún árbol del jardín"?» (versículo 1). ¿Cree usted que la serpiente desconocía la instrucción previa que Dios había dado a Adán: «Puedes comer libremente de cualquier árbol del jardín» (Génesis 2:16)? Creo que Satanás conocía perfectamente la palabra de Dios. Lo que la serpiente tenía en la mira no era el fruto de *todos* los árboles del Jardín del Edén, sino específicamente el fruto del árbol situado en medio del jardín: el árbol del conocimiento del bien y del mal (versículo 17). (2) La serpiente le dijo una mentira a la mujer. Al ser interrogada por la serpiente, la mujer respondió: «Podemos comer del fruto de los árboles del jardín; pero en cuanto al fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios dijo: “No comeréis de él, ni lo tocaréis, no sea que muráis”» (3:2-3). Sin embargo, al observar lo que Dios le dijo a Adán en Génesis 2:17 —«no comas del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal»—, Él no dijo «no lo toques», tal como la mujer afirmó en su respuesta a la serpiente. ¿Qué le dijo entonces la serpiente a la mujer? «No moriréis. Porque Dios sabe que el día que comáis de él se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal» (3:4-5). Esto era mentira. Dios le había dicho claramente a Adán que el día que comiera del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal «ciertamente moriría» (2:17); no obstante, la serpiente mintió a la mujer diciendo: «No moriréis» (3:4).

(3) La serpiente despertó en la mujer los deseos de los ojos, los deseos de la carne y la vanagloria de la vida, llevándola finalmente a desobedecer el mandato de Dios y a cometer

el pecado de comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal; además, a través de ella, hizo que su esposo, Adán, cometiera el mismo pecado.

Observemos Génesis 3:6: «Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella». Siempre que reflexiono sobre este pasaje, recuerdo 1 Juan 2:16: «Porque todo lo que hay en el mundo —los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida— no proviene del Padre, sino del mundo». Satanás tentó a la mujer valiéndose de estas tres vulnerabilidades humanas —los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida—, haciendo que ella viera el fruto prohibido como algo «bueno para comer, agradable a los ojos y codiciable para alcanzar la sabiduría», lo que finalmente la llevó a cometer el pecado de comerlo. Luego hizo que ella le diera el fruto a su esposo, Adán, llevándolo también a pecar contra Dios. La historia del juez Sansón aparece en los capítulos 14 y 16 del libro de Jueces. Al leer esta historia, vemos dos ocasiones en las que Sansón fue tentado por una mujer.

(a) Respecto a la primera esposa de Sansón: Sansón descendió a Timnat, la vio (Jueces 14:1) y se sintió atraído por ella (v. 3); entonces pidió a sus padres que gestionaran su matrimonio con ella (vv. 2, 3). Así que el padre de Sansón descendió a Timnat, donde Sansón celebró un banquete y propuso un acertijo a los treinta hombres que se habían convertido en sus compañeros (versículos 10-12). Sin embargo, cuando estos treinta compañeros no lograron resolver el acertijo, le dijeron a la esposa de Sansón el séptimo día [o el cuarto día, según la NASB]: «Convence a tu esposo para que nos diga la respuesta al acertijo... de lo contrario, quemaremos tu casa y la de tu padre...» (versículo 15). En consecuencia, la esposa de Sansón lloró y lo importunó durante los siete días del banquete; incapaz de soportar la presión, Sansón finalmente reveló la respuesta al acertijo el séptimo día (versículo 17, *Contemporary Korean Bible*).

(b) A Dalila (16:4) —la tercera mujer en la vida de Sansón— los gobernantes de las cinco regiones filisteas le pidieron que sedujera a Sansón y averiguara «cuál es la fuente de su gran fuerza y cómo podríamos vencerlo y atarlo», a cambio de 1100 piezas de plata de parte de cada uno de ellos (versículo 5). Así que Dalila le preguntó a Sansón: «Dime el secreto de tu gran fuerza y cómo se te puede atar y someter» (v. 6), y Sansón le mintió tres veces: (1) «Si me atan con siete cuerdas de arco frescas que no se hayan secado, me volveré tan débil como cualquier otro hombre» (v. 7); (2) «Si me atan con cuerdas nuevas que nunca se hayan usado, me volveré tan débil como cualquier otro hombre» (v. 11); y (3) «Si tejes las siete trenzas de mi cabello en la tela del telar...» (v. 13). Después de que Sansón mintió tres veces, Dalila le dijo: «¿Cómo puedes decir "te amo" cuando no confías en mí? Ya te has burlado de mí tres veces y no me has dicho el secreto de tu gran fuerza» (v. 15). Ella lo importunó día tras día hasta que él se sintió «fastidiado hasta la muerte» (v. 16). Finalmente, Sansón «abrió su corazón» y «confesó todo» a Dalila: «Jamás ha pasado navaja por mi cabeza, pues he sido nazareo consagrado a Dios desde el nacimiento. Si me raparan la cabeza, mi fuerza me abandonaría y me volvería tan débil como cualquier otro hombre» (v. 17).

Al meditar en este pasaje, reflexioné profundamente sobre cómo Sansón cayó en las trampas de Dalila. (1) En primer lugar, Sansón no sabía quién estaba detrás de Dalila. Desconocía que los gobernantes de las cinco regiones filisteas habían prometido a Dalila una recompensa a cambio de descubrir la fuente de su gran fuerza y el secreto para atarlo y someterlo. (2) Sansón mintió a Dalila en tres ocasiones; cabe destacar que, con la tercera mentira —la que tenía que ver con su cabello—, se acercaba cada vez más a revelar la verdadera fuente de su fuerza. (3) Al ver cómo la insistencia y la presión constantes de Dalila llevaron a Sansón al borde de la muerte, recuerdo a la esposa de Potifar, quien tentó a José día tras día. A diferencia de José, que se negó a escucharla —sin acostarse con ella ni siquiera permanecer en su presencia (Génesis 39:10)—, Sansón no solo le confió todo a Dalila, sino que incluso se quedó dormido con la cabeza apoyada en su regazo (Jueces 16:17, 19). Revelar que raparse la cabeza le haría perder su fuerza y, acto seguido, dormir en el regazo de ella: ¿qué es eso sino una invitación a la propia destrucción? Así como Satanás

indujo a la primera mujer y a su esposo, Adán, a pecar contra Dios, y utilizó a una mujer para tentar a Sansón —nazareo y juez— a caer en pecado, hoy sigue incitándonos a nosotros, los cristianos —justificados por la fe en Jesús—, a pecar contra Dios. En particular, Satanás nos tienta a pecar contra Dios despertando en nosotros los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la soberbia de la vida.

Entonces, ¿qué clase de persona es el «hombre recto» (o la «persona íntegra») que describe el autor de Proverbios en la segunda parte de Proverbios 28:10? Una persona recta es una persona honesta; en otras palabras, un individuo justo. Tal persona posee «labios justos» y «habla lo recto» (Proverbios 16:13), y sus acciones también son honestas (Miqueas 2:7). La razón por la que una persona justa habla con honestidad y actúa con integridad es que ama la justicia, tal como el Señor es justo y ama las obras justas (Salmo 11:7). Un ejemplo destacado de esto es Job. Él era un hombre «perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal» (Job 1:1, 8). En consecuencia, incluso después de perder a sus diez hijos y su riqueza, no solo «se postró en tierra y adoró» (v. 20), sino que también «no pecó ni atribuyó a Dios despropósito alguno» en todo ello (v. 22). La segunda parte de Proverbios 28:10 declara que tal persona justa, honesta y recta «recibirá bendición». ¿Cuál es, entonces, la bendición que recibe la persona honesta? Las bendiciones que recibió el recto Job pueden clasificarse en dos puntos principales: (1) En primer lugar, en sus últimos años, Dios bendijo a Job aún más que al principio, concediéndole posesiones que incluían 14.000 ovejas, 6.000 camellos, 2.000 bueyes y 1.000 asnas (Job 42:12). Además, Dios bendijo a Job con hijos, regalándole siete varones y tres mujeres (v. 13). La Biblia afirma que no había mujeres en toda la tierra tan hermosas como las hijas de Job (v. 15). (2) Sin embargo, creo que la mayor bendición que Job recibió de Dios —que supera incluso a las anteriores— se encuentra en estas palabras: «De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven» (v. 5). Job experimentó la presencia de Dios —de quien antes solo había oído hablar— en la realidad misma de su vida. Considero que esta bendición espiritual es mucho mayor que las bendiciones de tener hijos y riqueza material que él recibió. Ahora bien, en cuanto a Proverbios 28:10 —el pasaje que nos ocupa hoy—, creo que la bendición que los rectos (o sinceros) reciben de Dios es la

bendición de ser «rescatados». Pienso esto porque la primera parte del versículo 10 dice: «El que induce a los rectos por un camino de maldad caerá en su propia trampa…». ¿Qué significa esto? Significa que, si bien los impíos tienden trampas para atraer a los justos hacia un camino de maldad, finalmente caen en las mismas trampas que ellos crearon: «El que cava una fosa caerá en ella…» [(Versión coreana contemporánea) «El que cava una fosa para dañar a otros caerá en esa fosa…»] (Prov. 26:27); «El que cava una fosa caerá en ella…» [(Versión coreana contemporánea) «El que cava una fosa caerá en esa misma fosa…»] (Ecl. 10:8). Pero, ¿cómo es posible? ¿Cómo termina la persona impía cayendo en la misma trampa que tendió para atrapar a los rectos? La razón es que Dios bendice a los rectos y los rescata (libera) de las trampas tendidas por los impíos. Esta es precisamente la bendición de la liberación.

Amados, aquellos que siempre temen a Dios son honestos. Sus labios hablan la verdad y todas sus acciones son rectas. Como creyentes en Jesús, debemos ser honestos. Sin embargo, Satanás intenta continuamente atraernos —a nosotros, que somos honestos— hacia un camino de maldad. Incluso cava trampas a lo largo de nuestro camino. Su objetivo es hacernos pecar contra Dios. Satanás busca hacernos infieles a Dios y desobedientes a Su Palabra, llevándonos finalmente a cometer actos de injusticia. Si hemos caído en las artimañas de Satanás y hemos sido infieles a Dios, debemos confesar y arrepentirnos de ese pecado de infidelidad. Luego debemos conducirnos con fidelidad y honestidad, pues quienes siempre temen a Dios son honestos.

En cuarto lugar, aquellos que siempre temen a Dios confiesan, se arrepienten y abandonan el pecado de considerarse sabios. Esto significa que quienes temen a Dios se examinan a fondo a sí mismos.

Amados, ¿por qué algunas personas adineradas se consideran sabias? Encontré la respuesta en Deuteronomio 8:17–18: «Podrías decirte a ti mismo: "Mi poder y la fuerza de mis manos han producido esta riqueza para mí". Pero recuerda al Señor tu Dios, porque es

él quien te da la capacidad de producir riqueza» [(Versión coreana contemporánea) «No debes pensar que te has enriquecido gracias a tu propia fuerza y capacidad. Recuerda que es el Señor tu Dios quien te da el poder para enriquecerte»]. En otras palabras, las personas adineradas que se consideran sabias lo hacen porque creen que adquirieron sus riquezas mediante su propia fuerza y habilidad. Por el contrario, esto significa que se ven a sí mismas como sabias porque han olvidado el hecho de que fue Dios quien les dio el poder para adquirir riqueza. Respecto a tales personas adineradas que se creen sabias, Proverbios 26:12 afirma: «¿Ves a un hombre sabio a sus propios ojos? Hay más esperanza para un necio que para él». La Biblia declara que hay más esperanza para un necio que para alguien que se considera sabio; esto implica que aquellos que se ven a sí mismos como sabios están en una situación aún más desesperada que los necios. Por eso Proverbios 3:7 dice: «No seas sabio a tus propios ojos; teme al Señor y apártate del mal». Si confiamos en nuestro propio entendimiento, inevitablemente llegamos a considerarnos sabios. Las personas adineradas, en particular, pueden atribuir erróneamente su éxito a su propia sabiduría cuando sus empresas prosperan gracias a que confiaron en su propio criterio. Tales individuos se ven a sí mismos como sabios; sin embargo, a los ojos de Dios, esta actitud es malvada, y la razón por la que no se apartan de este mal es su falta de temor de Dios. En resumen, las personas adineradas que se consideran sabias no temen a Dios.

Si no tememos a Dios, inevitablemente cometemos el pecado de considerarnos sabios. Por lo tanto, debemos aprender a temer a Dios. ¿Cómo es esto posible? Observemos Deuteronomio 17:19: «Lo tendrá consigo y lo leerá todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor su Dios y a guardar cuidadosamente todas las palabras de esta ley y estos estatutos». Para aprender a temer a Dios, debemos mantener la Biblia a nuestro lado y leerla a lo largo de nuestra vida (versículo 19). Además, debemos poner en práctica las palabras que leemos. Al hacerlo, Dios nos enseñará a temerle. No nos consideraremos sabios, ni nuestros corazones se volverán arrogantes hacia nuestros hermanos y hermanas (versículo 20). Debido a que tememos a Dios, no pondremos nuestro corazón en cosas elevadas, sino en las humildes, sirviendo con humildad al Señor y a nuestro prójimo.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 28:11: «El rico se cree sabio, pero el pobre con discernimiento se examina a fondo». La lección aquí es que debemos esforzarnos por ser personas pobres y con discernimiento que se examinan a fondo, en lugar de personas ricas que simplemente se consideran sabias. Este pasaje nos enseña que una persona con discernimiento es aquella que examina profundamente su propio ser. Una de las grandes gracias que Dios ha concedido a mi vida es el hábito de utilizar la Palabra de Dios para reflexionar y examinarme a mí mismo, practicando la autorreflexión y la introspección. Me ha influido especialmente el pasaje de Santiago 1:23-24: «Todo el que escucha la palabra pero no la pone en práctica es como alguien que se mira el rostro en un espejo. Ve su propia imagen, pero una vez que se aleja del espejo, olvida inmediatamente qué aspecto tiene». A través de este pasaje, comprendí la importancia de cultivar el hábito de usar la Palabra de Dios como un espejo espiritual para examinar mi interior. También me impactó profundamente una encuesta realizada por Tony Campolo —pastor y sociólogo— entre personas mayores de noventa años. Me desafió el hecho de que, al preguntarles: «Si pudieran volver a vivir su vida, ¿qué harían con mayor diligencia?», una de las tres respuestas principales fue «la autorreflexión».

Al examinarnos a fondo a la luz de la Palabra de Dios, debemos también esforzarnos por instruirnos diligentemente mediante esa misma Palabra. Observemos la primera parte de Romanos 2:21: «Tú, pues, que enseñas a otros, ¿no te enseñas a ti mismo?». El apóstol Pablo dirigió estas palabras a los creyentes de la iglesia de Roma porque no quería que los creyentes judíos de entre ellos actuaran como los fariseos, quienes amaban enseñar a los demás pero descuidaban instruirse a sí mismos en la Palabra de Dios y, de hecho, vivían en desobediencia a ella. Si hubieran ignorado el consejo de Pablo e imitado a los fariseos enseñando a otros sin enseñarse a sí mismos, es probable que los creyentes judíos de la iglesia de Roma se hubieran considerado sabios y actuado con arrogancia hacia los creyentes gentiles.

No debemos ser arrogantes. No debemos considerarnos sabios ante nuestros propios ojos. Creerse sabio es verdaderamente peligroso, pues tal persona ni recibe instrucción de la Palabra de Dios ni es capaz de hacerlo. Una persona que verdaderamente teme a Dios —si llegara a caer en el error de considerarse sabia— reconocerá su pecado, lo confesará y se arrepentirá. En cambio, practicará la humildad y se examinará a fondo. Oro para que tú y yo lleguemos a ser personas sabias de esa manera.

Finalmente, el quinto punto: quien teme a Dios confiesa, se arrepiente y abandona el pecado de regocijarse cuando los impíos toman el poder. Esto implica que quienes temen a Dios se alegran cuando triunfan los justos. En su libro *La vida espiritual*, el Dr. Martyn Lloyd-Jones habló sobre los padres que abusan de su autoridad: «Los padres que abusan de su poder imponen su propia personalidad al hijo e ignoran la individualidad de este. Tales padres exigen y esperan todo del hijo; esto es esencialmente lo que se llama posesividad». Creo que los hijos criados por padres tan controladores y abusivos —impulsados por esta posesividad— a menudo crecen psicológicamente condicionados de manera perjudicial. En cierto sentido, crecen con limitaciones emocionales o mentales. En consecuencia, es muy probable que los hijos que se desarrollan con una mentalidad poco saludable tengan dificultades para desenvolverse adecuadamente como adultos más adelante en la vida. Por ello, creo que nosotros, como padres, debemos estar sumamente atentos para no abusar de la autoridad divina que Dios nos ha dado al criar a nuestros hijos. Debemos respetar la individualidad de nuestros hijos y tener cuidado de no imponerles nuestra voluntad. No debemos depositar en ellos expectativas o exigencias excesivas. Creo que esto se aplica no solo al hogar, sino también a la iglesia. Si un pastor principal abusa del poder dentro de la iglesia, inevitablemente comete un pecado contra Dios. Además, un pastor que abusa del poder causará inevitablemente dolor, dificultades y sufrimiento en la congregación. Naturalmente, los miembros se sentirán impulsados a evitar —y finalmente abandonar— a tal pastor. Esto es especialmente cierto en el caso de los pastores asociados. ¿Cómo podrían seguir sirviendo junto a un pastor principal que ignora su individualidad, les exige todo y los obliga a trabajar en contra de su voluntad? No podrían soportarlo por mucho

tiempo. ¿Qué sucede, entonces, con una nación? ¿Qué ocurre en un país cuando los impíos toman el poder? No hace falta mirar muy lejos; basta con considerar a Corea del Norte. Un dictador abusa del poder y gobierna el país según su propio capricho; imaginemos el sufrimiento que padecen sus ciudadanos. ¿Qué alegría o felicidad podrían encontrar en la vida?

Observemos el texto de hoy, Proverbios 28:12: «Cuando los justos triunfan, hay gran gloria; pero cuando los impíos se alzan, la gente se esconde» [(Versión Coreana Contemporánea) «Cuando los justos vencen, todos se regocijan; pero cuando los impíos toman el poder, la gente se ve obligada a vivir escondida»]. Aquí, el autor de Proverbios contrasta a los justos con los impíos. En cuanto a los justos, el sentido es que se regocijan porque Dios los utiliza; la razón de este gozo es la abundante gracia y bendición que Dios les otorga (Park Yun-sun). En particular, cuando Dios designa a personas justas como líderes para gobernar una nación, prevalecen el orden y la justicia, lo que inevitablemente trae alegría a los ciudadanos (Walvoord).

Ciertamente, ¿cuál es la fuente de gozo para nosotros —quienes hemos sido justificados por la fe en Jesús mediante la gracia de Dios—? ¿No es acaso el hecho de que Dios nos utiliza? Al emplearnos, no solo nos concede gracia abundante para ayudarnos en momentos de necesidad, sino que también derrama grandes bendiciones sobre nosotros. ¿Qué otra cosa podría ser la fuente de nuestra alegría? Me viene a la mente la letra de la primera estrofa del himno 303, «Por mí, Él soportó el pesado dolor de la cruz»: (Estrofa 1) «¡Oh, la amorosa gracia del Señor Jesús, quien sufrió la intensa agonía de la cruz y murió en mi lugar! ¿Cómo no habríamos de alabarlo, habiendo sido redimidos de la muerte eterna por su preciosa sangre?». Nuestra alegría es el Señor. No podemos evitar regocijarnos cuando somos utilizados por el Señor. ¿Cómo no sentir alegría cuando Él nos emplea y nos otorga la gracia que necesitamos en cada momento? Consideremos Proverbios 11:10: «Cuando los justos prosperan, la ciudad se regocija...». Sin embargo, cuando los impíos llegan al poder, la gente tiende a esconderse (28:12, 28). Esto se debe a que los impíos que

toman el poder son arrogantes y oprimen al pueblo (Park Yun-sun). Así, Proverbios 29:2 afirma: «Cuando los justos aumentan, el pueblo se regocija; cuando los impíos tienen el poder, el pueblo gime». De hecho, imaginemos el clamor de los habitantes de naciones como Corea del Norte o Siria, donde los malvados ostentan actualmente el poder.

Por tanto, debemos orar por los líderes de nuestra nación. Debemos pedir a Dios que establezca a personas justas como nuestros gobernantes. Cuando eso suceda, los ciudadanos podrán regocijarse. Creo que lo mismo se aplica a nuestras familias e iglesias. Cuando el Señor establece a personas justas como cabezas de familia y líderes de las iglesias, prevalecen el orden y la justicia, permitiendo que todos los miembros de la familia y la congregación se alegren. Observemos Proverbios 14:34: «La justicia enaltece a la nación, pero el pecado deshonra al pueblo». Oro para que el Señor establezca líderes justos en nuestra nación, a fin de que esta sea enaltecida. Espero sinceramente que nuestros líderes nunca causen vergüenza ni deshonra a los ciudadanos cometiendo actos indebidos.

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. La Biblia enseña constantemente que quienes temen a Dios son bienaventurados (Proverbios 28:14). El cristiano que siempre teme a Dios es aquel que confiesa sus pecados y se aparta de ellos (v. 13). Centrándonos en el pasaje de Proverbios 28:8-14, hemos meditado sobre cinco pecados específicos que quienes temen a Dios confiesan y abandonan: (1) Confiesan, se arrepienten y abandonan el pecado de no tener compasión por los pobres (v. 8); en otras palabras, muestran compasión hacia los pobres. (2) Confiesan, se arrepienten y abandonan el pecado de ofrecer oraciones que son detestables para Dios porque se niegan a escuchar Su Palabra (v. 9); en otras palabras, oran atendiendo a la Palabra de Dios. (3) Confiesan, se arrepienten y abandonan la falta de honradez (v. 10); en otras palabras, son sinceros y honestos. (4) Confiesan, se arrepienten y abandonan el pecado de considerarse sabios (v. 11); en otras palabras, se examinan a fondo a sí mismos. (5) Confiesan, se arrepienten y abandonan el pecado de regocijarse cuando los impíos toman el poder (v. 12); en otras palabras, se regocijan cuando

triunfan los justos. Oro para que todos seamos afirmados como cristianos que siempre temen a Dios.

No debemos convertirnos en esta clase de persona.

[Proverbios 28:15-20]

La semana pasada vi noticias sobre el presidente afirmando que los jugadores de fútbol americano no mostraban respeto por la bandera de los Estados Unidos, y haciendo comentarios inapropiados sobre ellos; esto llevó no solo a muchos jugadores, sino también a los dueños de los equipos, a alzar la voz y protestar públicamente. Al observar cómo se desarrollaban los acontecimientos, me sentí profundamente identificado con una entrevista que dio un famoso jugador de fútbol americano. Él afirmó que los comentarios del presidente eran «divisivos», es decir, que causaban discordia y división. Estoy de acuerdo con él. Realmente no logro comprender cómo un líder nacional, al pronunciar un discurso en un acto público con gran asistencia de personas y medios de comunicación, puede utilizar lenguaje soez y hacer declaraciones que siembran la división en lugar de unir a la ciudadanía.

Personalmente, creo que el liderazgo es de gran importancia. Considero que el esposo y padre —la cabeza de la familia— es fundamental, tal como el pastor es vital para la iglesia y el presidente es esencial para la nación. Si bien el liderazgo en sí mismo importa, creo que es especialmente importante que un líder sea sabio. ¡Qué tremenda bendición es cuando un líder sabio que teme a Dios guía a una familia, a una iglesia o a una nación! Anteriormente meditamos sobre el concepto del «rey sabio» basándonos en Proverbios 20:26-30, explorando cinco puntos clave. A modo de breve repaso, quisiera reflexionar nuevamente sobre estos puntos y orar por tales líderes sabios, ya sean presidentes, pastores o cabezas

de familia. (1) Un rey (o líder) sabio discierne entre el justo y el impío, los separa y castiga al impío (20:26). (2) Un rey sabio gobierna la nación a conciencia delante de Dios (20:27). (3) Un rey sabio se protege con el amor inquebrantable y la verdad (20:28). (4) Un rey sabio posee fuerza y sabiduría (20:29). (5) Un rey sabio aplica la disciplina (20:30). Centrándome en el pasaje de hoy —Proverbios 28:15–20— y en el título «No debemos llegar a ser esa clase de personas», deseo reflexionar sobre cinco tipos de personas que no deberíamos ser y extraer las lecciones que allí se ofrecen.

En primer lugar, no debemos convertirnos en personas insensatas que aman la codicia.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 28:15–16: «Un funcionario malvado que oprime a los pobres es como un león rugiente y un oso hambriento. Un gobernante insensato comete grandes actos de tiranía, pero quien aborrece la codicia disfrutará de una larga vida» [(Versión Coreana Contemporánea) «Para los pobres, un funcionario malvado es una presencia peligrosa, como un león rugiente o un oso hambriento; un gobernante insensato oprime a su pueblo, mientras que un gobernante íntegro tendrá una larga vida política»]. En estos versículos, la Biblia habla de un «funcionario malvado» (v. 15) y de un «gobernante insensato». La Biblia describe a tales líderes actuando con gran tiranía —oprimiendo y aplastando a los pobres— y los compara con un «león rugiente o un oso hambriento» (v. 15, Versión Coreana Contemporánea). Imaginen, por un momento, un «león rugiente y un oso hambriento». ¿Por qué ruge un león? Ruge porque tiene hambre y busca alimento (Park Yun-sun). ¿Qué sucedería si usted y yo fuéramos a acampar a las montañas y nos encontráramos con un oso hambriento o un león? ¡Qué situación tan aterradora sería! En Proverbios 17:12, un pasaje sobre el que ya hemos meditado, la Biblia afirma: «Mejor es encontrarse con una osa a la que han arrebatado sus crías que con un insensato en su necedad». ¿Qué sería de nosotros si nos encontráramos con una osa a la que han arrebatado sus crías? Oseas 13:8 describe tal encuentro: «Los atacaré como una osa a la que han arrebatado sus crías; les desgarraré el pecho y los devoraré como una leona; como una fiera salvaje los despedazará». ¡Qué aterradoras son estas palabras de Dios! Qué sobrecogedor resulta escuchar que Dios

confrontaría al pueblo de Israel como una osa a la que han arrebatado sus crías, desgarrando sus pechos y devorándolos. Sin embargo, la Biblia nos dice que es mejor enfrentarse a tal osa que encontrarse con un necio actuando en su necedad. Esto implica que un necio es más peligroso que una osa a la que se le han arrebatado sus crías. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede un necio ser más peligroso que una osa así? La razón es que una persona necia es menos racional que una osa privada de sus crías cuando esta es presa de la ira (MacArthur). ¿Qué sería de nuestra nación si nuestro presidente fuera un líder tan necio, alguien que carece de racionalidad cuando se enfada? ¿Qué pasaría con nuestra iglesia si nuestro pastor fuera un líder así, o con nuestro hogar si el esposo o padre —la cabeza de la familia— fuera un hombre necio? ¿Puede imaginarlo? En el pasaje de hoy, Proverbios 28:16, la Biblia contrasta a un «gobernante ignorante» —es decir, un gobernante necio— con aquel que «aborrece la codicia». La *Versión Coreana Contemporánea* traduce «aquel que aborrece la codicia» como un «gobernante íntegro». Al contrastar estos dos tipos de líderes, el autor de Proverbios sugiere que el gobernante ignorante y necio ama la codicia, a diferencia del gobernante íntegro, que la aborrece. En otras palabras, mientras que un gobernante íntegro detesta la codicia, un gobernante necio e ignorante la ama. ¿Qué sucedería si los líderes de nuestra nación fueran personas necias que aman la codicia? ¿Acaso los líderes que aman la codicia no amarían también el dinero? ¿Y cuál sería el resultado? Observe 1 Timoteo 6:10: «Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Algunas personas, codiciosas de dinero, se han desviado de la fe y se han causado a sí mismas muchos dolores» [*Versión Coreana Contemporánea*: «Amar el dinero es la raíz de toda clase de males. Quienes lo codician se desvían de la fe, sufriendo gran dolor y heridas emocionales»]. Los líderes que aman el dinero y la codicia inevitablemente se apartan de la fe, sufriendo finalmente gran dolor y heridas emocionales. Sin embargo, el problema no termina ahí; debido a tales líderes, los ciudadanos de la nación que gobiernan, sus compañeros de iglesia y sus propias familias están destinados a sufrir gran dolor y daño. Basta con pensar en cómo tales líderes tiranizarían, oprimirían y explotarían a los ciudadanos (Ezequiel 45:9, *Versión Coreana Contemporánea*). Si los líderes de nuestra nación amaran la codicia —ansias de dinero y poder— y cometieran grandes actos de tiranía

(28:16) oprimiendo a los pobres (v. 15), ¿cuánto sufrimiento soportarían los ciudadanos? Por ejemplo, el rey Acab codició la viña de Nabot y mató a un hombre inocente (1 Reyes 21:1–16), mientras que el rey Saúl intentó matar a David repetidamente para mantener su mandato a largo plazo (1 Samuel 18:6–19:1) (Park Yun-sun). Incluso hoy, ¿cuánto sufren los ciudadanos a causa de líderes mundiales que aman la codicia? ¡Cuán grande es el sufrimiento del pueblo cuando los líderes los oprimen y gobiernan tiránicamente, impulsados por el deseo de un poder prolongado y ganancias materiales! ¿Existe realmente alguna esperanza para ellos?

Si los líderes de nuestra iglesia fueran como los pastores de Israel en tiempos del profeta Isaías —pastores que, consumidos por la codicia, solo buscaban llenar sus propios vientres—, ¿qué sería de la congregación? Observemos Isaías 56:11: «Estos perros tienen un apetito voraz; nunca saben cuándo tienen suficiente. Son pastores insensatos; cada uno sigue su propio camino, y todos buscan solo su propio beneficio» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Son pastores insensatos que, como perros codiciosos, nunca se sacian y persiguen solo sus propios intereses por cualquier medio necesario»]. ¿Por qué los pastores de Israel eran incapaces de ladrar, como perros mudos? La razón es que «estos perros tienen un apetito voraz; nunca saben cuándo tienen suficiente» (v. 11). Eran pastores insensatos que seguían cada uno su propio camino, buscando solo su propio beneficio dondequiera que estuvieran, diciéndose unos a otros: «Venid, traeré vino; llenémonos de licor fuerte. Mañana será como hoy, solo que mejor y más abundante» (versículos 11–12). En otras palabras, los pastores de Israel estaban impulsados por la codicia a llenar únicamente sus propios vientres. Vivían para el placer, entregándose al vino y al licor fuerte día tras día. Como los ciegos, eran ignorantes; como los mudos, no ofrecían advertencias basadas en la verdad; y, en lugar de seguir la palabra de Dios, veneraban ilusiones vanas y quiméricas (versículo 10). Amaban la comodidad (versículo 10) y estaban consumidos por la codicia (versículo 11). Sin embargo, carecían de discernimiento espiritual y vivían vidas egoístas (versículo 11). Preocupados únicamente por sus propios asuntos, pasaban el tiempo embriagándose y buscando el placer (versículos 11-12). Ignoraban a Dios y se jactaban con

arrogancia del futuro (versículo 12) (Park Yun-sun). Los pastores de Israel eran verdaderamente insensatos. Si los pastores y ancianos de nuestra propia iglesia fueran como aquellos pastores insensatos —hombres codiciosos preocupados solo por llenar sus propios vientres—, ¿qué sería de la congregación? Tales líderes codiciosos no perduran. En cambio, la última parte de Proverbios 28:16 sugiere que los líderes íntegros que aborrecen la codicia disfrutarán de largos mandatos (Park Yun-sun).

¿Qué clase de líderes anhelamos y por cuáles oramos? Ciertamente, no queremos que los líderes de nuestra nación sean personas amantes de la codicia. Los líderes que deseamos y por los que oramos son aquellos que aborrecen la codicia y poseen integridad (Proverbios 28:16). Recuerdo a los líderes —jefes de millares, de centenas, de cincuentenas y de decenas— que Dios designó para ayudar a Moisés cuando este ya no podía soportar la pesada carga de guiar a los israelitas por sí solo durante el Éxodo. Según Éxodo 18:21, Dios instruyó a Moisés para que seleccionara hombres capaces de entre el pueblo —hombres que temieran a Dios, fueran veraces y poseyeran absoluta integridad— para supervisar grupos de 1.000, 100, 50 y 10 personas. Esto demuestra que las cualidades esenciales de un líder son el temor de Dios, la veracidad y una naturaleza incorruptible que detesta la ganancia injusta. Oro para que los líderes de nuestra nación sean personas así: líderes sabios que teman a Dios, individuos veraces que odien la falsedad y personas íntegras que desprecien la ganancia injusta. De este modo, oro para que nuestra nación, nuestras iglesias y nuestras familias se establezcan firmemente (Proverbios 29:4) y para que todos podamos regocijarnos (versículo 2).

En segundo lugar, no debemos convertirnos en alguien que "derrama sangre humana" (un asesino).

A veces, al ver las noticias, observo informes sobre asesinos que son capturados años después de haber cometido sus crímenes. Ver tales noticias me hace comprender que, al final, los asesinos son inevitablemente atrapados. No estoy del todo seguro, pero parece

que las pruebas de ADN suelen desempeñar un papel clave en su captura. Al ver estas escenas en las noticias —asesinos capturados en su vejez tras años de fuga, enfrentándose a la cárcel para pagar por sus crímenes—, uno puede reflexionar sobre cómo probablemente morirán en prisión antes de haber expiado plenamente sus actos. Por un lado, uno podría preguntarse por qué no se entregaron simplemente, pagaron el precio y comenzaron una vida nueva; sin embargo, por otro lado, parece que nuestro instinto tras cometer un delito es huir en lugar de confesar y afrontar las consecuencias. No obstante, por muy lejos que huyan, estos asesinos seguramente soportan un tipo específico de sufrimiento hasta el mismo momento en que son capturados. Ese sufrimiento es el tormento de la conciencia: la culpa que surge del asesinato que cometieron. Por supuesto, no todos los asesinos sufren tal culpa; hay quienes tienen el corazón endurecido y la conciencia totalmente cauterizada, y no sienten remordimiento alguno incluso después de quitar una vida.

Consideremos el pasaje de hoy, Proverbios 28:17: «El hombre cargado con la sangre de otro será un fugitivo hasta la muerte; que nadie le ayude» [(Versión Coreana Moderna) «Un asesino permanecerá como fugitivo hasta la muerte debido a la culpa de haber matado a alguien. No ayudes a tal persona»]. Este versículo implica que un asesino, agobiado por la culpa de haber derramado la sangre de otro, caerá inevitablemente en una trampa, por más desesperadamente que huya. En resumen, significa que el asesino terminará siendo capturado (Park Yun-sun). La lección que la Biblia nos enseña aquí es que no solo el asesinato, sino todas las formas de pecado, enfrentarán finalmente la retribución de Dios (Park Yun-sun). El rey Acab es un claro ejemplo de esto. 2 Reyes 10:10 afirma: «Sabed, pues, que no dejará de cumplirse ni una sola palabra de las que el Señor ha pronunciado contra la casa de Acab. El Señor ha hecho lo que prometió por medio de su siervo Elías». Este pasaje se refiere a la maldición que Dios pronunció contra la casa de Acab a través del profeta Elías. Dios pronunció esta maldición porque la casa de Acab había hecho lo malo ante sus ojos (8:27). El mal cometido por la casa de Acab consistió en abandonar los mandamientos de Dios y seguir a los baales (1 Reyes 18:18). En particular, incitado por la

reina Jezabel, el rey Acab se entregó a hacer lo malo ante los ojos del Señor; actuó de manera detestable al someterse a los ídolos, tal como habían hecho los amorreos, el mismo pueblo que el Señor había expulsado ante los israelitas (21:25-26). En consecuencia, los israelitas también abandonaron el pacto del Señor, derribaron sus altares y mataron a sus profetas a espada (19:10, 14). Finalmente, Acab hizo pecar a Israel (21:22) y provocó la ira de Dios (versículo 22). Así, Dios habló a Acab por medio de Elías, diciendo: «Así ha dicho el Señor: "En el lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, los perros lamerán también tu sangre; sí, tu sangre también"» (versículo 19). Además, por medio de Elías, Dios profetizó respecto a los allegados de Jezabel y Acab: «Los perros devorarán a Jezabel junto al muro de Jezreel. Los perros devorarán a cualquiera de los de Acab que muera en la ciudad, y las aves del cielo devorarán a quien muera en el campo» (versículos 23-24; cf. 2 Reyes 9:10). ¿Cuál fue el desenlace? Tal como se había profetizado, Acab fue alcanzado por una flecha durante la guerra contra Aram; permaneció erguido en su carro, frente a los arameos, hasta que murió al atardecer, y la sangre de su herida se acumuló en el piso del carro (1 Reyes 22:34-35). Cuando lavaron el carro en el estanque de Samaria —donde se bañaban las prostitutas—, los perros lamieron la sangre de Acab. Esto sucedió exactamente como el SEÑOR había dicho (versículo 38). La retribución de Dios contra Jezabel, esposa del rey Acab, también se cumplió tal como Él lo había prometido por medio del profeta Elías. Dios levantó a Jehú para ejecutar juicio sobre el rey Acab y toda su familia; después de que Jehú matara a Jezabel (2 Reyes 9:33) y ordenara: «Id ahora, ocupaos de esa mujer maldita y enterradla» (versículo 34), no encontraron nada de ella salvo su cráneo, sus pies y las palmas de sus manos (versículo 35). Este fue el cumplimiento de la profecía pronunciada por el SEÑOR a través de su siervo Elías el tisbita: «En la parcela de tierra de Jezreel, los perros devorarán la carne de Jezabel» (versículo 36). Finalmente, Dios vengó en Jezabel la sangre de sus siervos los profetas (versículo 7).

La Biblia habla claramente sobre este asunto. Romanos 2:6 afirma que Dios «pagará a cada uno conforme a lo que haya hecho». En cuanto a esta retribución, la Biblia dice que Dios otorga vida eterna a aquellos que «con paciencia y perseverancia hacen el bien y buscan

gloria, honor e incorruptibilidad» (versículo 7). Sin embargo, declara que Él retribuirá con ira y castigo a quienes son «egoístas, desobedecen la verdad y siguen la injusticia» (versículo 8). En resumen, el Dios que retribuye decreta que habrá tribulación y angustia para quienes hacen el mal (versículo 9), mientras que habrá gloria, honor y paz para quienes hacen el bien (versículo 10). Si bien Dios es ciertamente un Dios que retribuye, un punto que puede resultar difícil de comprender es la diferencia en cómo trató a Babilonia —una nación caracterizada por la arrogancia, una inmensa riqueza y la esclavitud a la codicia— frente al pueblo de Israel, que se rebeló contra Él y cometió pecados tan graves que la tierra se llenó de sus transgresiones. La distinción radica en el hecho de que, cuando Dios retribuyó a Babilonia, la nación desapareció de la historia tal como el profeta Jeremías había predicho; por el contrario, aunque el pueblo de Israel merecía ser abandonado y destruido por sus acciones, Dios no los desamparó. ¿Cuál fue la razón de esto? ¿Por qué el pueblo de Israel no fue abandonado ni destruido por Dios? La razón es que Dios amaba al pueblo de Israel y lo había elegido. En otras palabras, no fueron abandonados porque eran el pueblo del pacto que Dios había escogido. Aunque el pueblo de Israel fue infiel y desleal como pueblo del pacto, Dios permaneció fiel al pacto que había hecho con ellos —pues Él es fiel y no puede negarse a sí mismo— y, por tanto, no los abandonó, aun cuando merecían ser desechados. Un aspecto notable del juicio de Dios durante la época del profeta Ezequiel —dirigido a los israelitas que habían albergado ídolos en sus corazones y puesto ante sí mismos obstáculos de iniquidad (Ezequiel 14:3, 4, 7)— es que, en el mismo acto de castigarlos (v. 4), Dios prometió reconquistar sus corazones (v. 5). En otras palabras, Dios prometió recuperar los corazones de los israelitas descarriados (v. 5), y cumplió esta promesa imponiendo retribución por sus pecados. ¿No es esto asombroso? ¿No es asombroso que, cuando Dios exige retribución por los pecados del pueblo del pacto que Él eligió y ama, el propósito no sea su destrucción, sino más bien la restauración y reconstrucción de sus corazones? ¡Qué profundamente agradecidos deberíamos estar de que Dios, quien revela su justicia al castigar a su pueblo del pacto por sus pecados, simultáneamente los restaure y reconstruya mediante esa misma disciplina, otorgándoles su compasión, misericordia, amor y gracia! Por supuesto, esto no significa que no tengamos responsabilidad alguna en el asunto. Así

como la responsabilidad de los israelitas —en medio de la historia de recibir la retribución de Dios y ver cómo Él recuperaba y restauraba sus corazones— consistía en arrepentirse ante Dios, también nuestra responsabilidad es arrepentirnos de nuestros pecados.

En el mundo actual, ¿cuántos actos pecaminosos vemos y de cuántos oímos hablar? Consideremos, en particular, el sufrimiento que los líderes malvados y gobernantes insensatos de una nación infligen a sus ciudadanos (Proverbios 28:15-16). Incluso hemos visto videos que los muestran matando abiertamente a su propio pueblo. ¿Cómo es posible que utilicen armas químicas contra sus propios ciudadanos, llegando a matar incluso a niños pequeños? Tales asesinos, que derraman sangre humana, corren precipitadamente hacia las mismas trampas que ellos mismos han tendido (versículo 17). Dios ciertamente les retribuirá por sus acciones. ¿Qué hay, entonces, de nosotros, los cristianos que creemos en Jesús? Por supuesto, tal vez no haya muchos entre nosotros que hayan cometido literalmente un asesinato derramando sangre. Sin embargo, la realidad es que, incluso entre quienes profesan fe en Jesús, hay algunos que cometen el pecado de asesinato contra otros. No obstante, creo que las palabras de 1 Juan 3:15 se aplican a todos nosotros: «Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida…». ¿Acaso no cometemos a veces el pecado de asesinato al odiar a nuestros hermanos y hermanas? Debemos tener presente que la retribución de Dios sigue a tal pecado. Sin embargo, en su retribución, Dios no derrama toda su ira sobre nosotros; más bien, a través del dolor temporal de la disciplina, nos guía a confesar y arrepentirnos de nuestros pecados, apartándonos finalmente del pecado y restaurándonos como hijos de Dios que obedecen su Palabra. Así, Él nos transforma de asesinos que odian a sus hermanos y hermanas en personas que los aman con el amor del Señor. Es mi oración que todos lleguemos a ser personas que aman a su prójimo.

En tercer lugar, no debemos estar entre aquellos que «andan por caminos torcidos» (aquellos que viven con engaño). ¿Alguna vez ha pensado: «Tengo una doble personalidad»? Según el diccionario Naver, «doble personalidad» es un término que describe metafóricamente una situación en la que la apariencia externa de una persona difiere de su

ser interior. ¿Qué hay de eso: ser diferente por fuera que por dentro? ¿Acaso no ha habido momentos en los que hemos observado esa discrepancia en nosotros mismos? La Biblia presenta a personas que eran así: cuya apariencia externa no coincidía con su ser interior. Eran los fariseos. Exteriormente, ayunaban (Mateo 9:14; Marcos 2:18) y pagaban el diezmo de «la menta, la ruda y toda clase de hierbas» (Lucas 11:42; Mateo 23:23); se negaban a comer con aquellos a quienes consideraban pecadores y recaudadores de impuestos (Marcos 2:16) y oraban apartados del recaudador de impuestos, diciendo: «Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: extorsionadores, injustos, adúlteros, ni aun como este recaudador de impuestos» (Lucas 18:11). Sin embargo, interiormente eran «amantes del dinero» (Lucas 16:14), y sus corazones estaban llenos de codicia, maldad, desenfreno y toda clase de inmundicia (Lucas 11:39; Mateo 23:25, 27). Así pues, los fariseos eran personas de doblez. Aparte de ellos, el capítulo 12 del Evangelio de Juan presenta a otra figura de doblez entre los discípulos de Jesús: Judas Iscariote. Cuando Jesús visitó Betania «seis días antes de la Pascua», una mujer llamada María tomó «una libra de perfume de nardo puro de gran precio, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos» (Juan 12:1-3). Al ver esto, Judas Iscariote preguntó: «¿Por qué no se vendió este perfume por trescientos denarios y se dio a los pobres?» (v. 5). Si hubiéramos estado presentes en ese momento, escuchar estas palabras podría habernos llevado a creer erróneamente que a Judas realmente le importaban los pobres. No obstante, la Biblia revela que dijo esto «no porque se preocupara por los pobres, sino porque era ladrón, y tenía la bolsa; y solía tomar lo que se echaba en ella» (v. 6). Aunque exteriormente parecía alguien a quien le importaban los pobres, interiormente… era un ladrón. En resumen, Judas Iscariote —uno de los discípulos de Jesús— era una persona con una doble personalidad. Me viene a la mente un libro titulado *77 razones por las que no quiero ir a la iglesia*, de Lee Man-jae. El libro enumera 77 razones para evitar la iglesia; entre ellas figuran: «No he visto a ningún creyente auténtico en la iglesia» y «No me gusta porque hay mucha gente con doble personalidad» (Internet). ¿Por qué ha llegado la iglesia a este estado? Hace poco releí un escrito mío de hace algún tiempo (11 de abril de 2015): «Parece que la iglesia actual está produciendo personas con doble personalidad en lugar de discípulos de Jesús». Por supuesto, aquí simplemente

comparto mis reflexiones personales. La razón por la que pienso así es que creo —empezando por mí mismo— que la discrepancia entre la apariencia externa y la realidad interior de los cristianos se está volviendo cada vez más evidente para quienes nos rodean. En otras palabras, resulta cada vez más difícil encontrar una sinceridad genuina entre los cristianos. Esto se debe a que la iglesia tiende a centrarse más en las acciones externas que en el carácter de la persona. Por ejemplo, en lugar de dedicarse a formar cristianos verdaderamente sinceros, la iglesia parece poner el énfasis en que las personas sirvan como cristianos, aun cuando exista una desconexión entre su comportamiento externo y su ser interior. En consecuencia, aunque sean diligentes en su servicio, la falta de un carácter que refleje a Jesús a menudo los lleva a empañar la gloria de Dios en lugar de honrarlo.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 28:18: «El que camina en integridad será salvo, pero el que es perverso en sus caminos caerá de repente» [(Versión Coreana Contemporánea) «Los que viven con sinceridad serán salvos, pero los que viven con engaño encontrarán su ruina de repente»]. Al analizar Proverbios 28:18, la Biblia afirma: «El que camina en integridad será salvo, pero el que es perverso en sus caminos caerá de repente». La Versión Coreana Contemporánea lo traduce así: «Los que viven con sinceridad serán salvos, pero los que viven con engaño encontrarán su ruina de repente». El autor de Proverbios establece un contraste entre «aquel que camina con integridad» (una persona que vive con sinceridad) y «aquel que sigue caminos torcidos» (una persona que vive con engaño). Una traducción literal del hebreo original dice: «El que camina en integridad será salvo, pero el que actúa con doblez caerá de inmediato» (Park Yun-sun). ¿Qué clase de persona es este individuo de doble juego? Un ejemplo claro es el «rico que anda por caminos torcidos» —o el «rico deshonesto» (según la traducción de la *Versión Coreana Contemporánea*)— mencionado en la segunda parte de Proverbios 28:6, un pasaje sobre el cual ya hemos reflexionado. El original hebreo lo describe literalmente como «un hombre rico que engaña al andar por dos caminos» (Park Yun-sun). ¿Qué clase de persona es un rico que recorre dos caminos? Es alguien que, externamente, aparenta andar por la senda del bien, pero que en realidad transita por la senda del mal (Park Yun-sun). Uno de los actos

malvados cometidos por tal persona adinerada que sigue dos caminos es la «opresión del pobre» (versículo 3). Un ejemplo más específico de esta opresión se encuentra en Santiago 2:6: «Pero ustedes han menospreciado al pobre». «¿No son acaso los ricos quienes los acosan y los llevan a los tribunales?» (*Versión Coreana Contemporánea*). El rico que sigue un doble camino no solo menosprecia a los pobres, sino que también los oprime, llegando incluso a acosarlos y llevarlos a juicio para causarles daño. Resulta difícil de imaginar: aparentar externamente realizar buenas obras ante los demás mientras, a sus espaldas, se oprime (engañosamente) a los pobres. Es a través de esta incoherencia entre su comportamiento público y privado como estos ricos de doble juego acumulan su riqueza. Y parece que lo hacen con bastante éxito. En consecuencia, los pobres justos que sufren pueden preguntarse cómo es posible que tales ricos malvados e hipócritas «siempre vivan tranquilos y aumenten sus riquezas» (Salmo 73:12), lo que les lleva a pensar que mantener el corazón puro y evitar el pecado es en vano (versículo 13). Sin embargo, no debemos olvidar que, mientras estos ricos hipócritas y de doble juego acumulan riqueza, también acumulan su propia maldad. Y, como se afirma en la segunda parte de Proverbios 28:18, tales ricos «caerán de repente» [sufrirán una ruina repentina (*Versión Coreana Contemporánea*); un momento de inevitable caída seguramente llegará sobre ellos (Park Yun-sun)].

Proverbios 28:6 afirma que es mejor una persona pobre que camina en la verdad que una persona rica y malvada que lleva una vida de doblez: «Mejor es el pobre que camina en integridad que el rico de caminos torcidos». La lección aquí es que el hecho de actuar con veracidad o con hipocresía —engañando a otros con falsedades— importa más que el hecho de ser rico o pobre. La Biblia declara que aquellos que siguen un camino torcido y engañoso seguramente tropezarán y enfrentarán una ruina repentina, mientras que aquellos que viven con veracidad e integridad serán salvados (librados) (versículo 18). Por lo tanto, debemos convertirnos en personas de verdad e integridad. Es mi oración que tanto usted como yo estemos entre aquellos que sean librados —y salvados— por Dios.

En cuarto lugar, no debemos estar entre aquellos que «siguen la vanidad» (aquellos que desperdician su tiempo).

Si, al acercarnos al final de nuestras vidas y mirar atrás, nos asalta el pensamiento: «Ah, he vivido en vano», ¿cómo cree que nos sentiríamos? Especialmente si nos damos cuenta de que vivimos vidas de extremo individualismo, esforzándonos únicamente para nosotros mismos por codicia, solo para concluir: «Mi labor fue fútil e inútil; verdaderamente viví en vano»; ¿en qué estado se encontrarían entonces nuestros corazones? Observe Eclesiastés 4:8: «Hay un hombre que vive completamente solo —sin hijo ni hermano— y trabaja incansablemente, pero nunca está satisfecho con su riqueza. Se priva de placeres; ¿para quién trabaja tanto? Esto también carece de sentido: es una tarea penosa» (Versión Coreana Contemporánea). ¿Por qué las personas en esta tierra persiguen cosas sin sentido y viven en vano? Encontré la razón en Romanos 1:21: «Pues aunque conocían a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que sus pensamientos se volvieron vanos y sus corazones insensatos se oscurecieron» [(Versión Coreana Contemporánea) «Aunque conocían a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias; sus pensamientos se volvieron inútiles y sus corazones insensatos se oscurecieron»]. Incluso si conocemos a Dios, a menos que renovemos nuestra mente y seamos transformados (12:2), no glorificaremos a Dios ni le daremos gracias. Además, nuestros pensamientos inevitablemente se vuelven vanos (1:21). En otras palabras, nuestro pensamiento se vuelve inútil y vano. Al albergar tales pensamientos fútiles, solo podemos dedicarnos a actividades carentes de valor y sentido.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 28:19: «El que trabaja su tierra tendrá abundante comida, pero quien persigue fantasías se saciará de pobreza» [(Versión Coreana Contemporánea) «El agricultor que trabaja duro tiene mucho que comer, mientras que el que pierde el tiempo se empobrece»]. En este pasaje, vemos que el autor de Proverbios contrasta a «quien cultiva su propia tierra» con «quien persigue fantasías». Aquí, el significado hebreo de la frase «el que sigue la disipación» es «el que persigue cosas sin valor»

(Park Yun-sun). En otras palabras, el pasaje implica que aquellos que persiguen cosas sin valor «pierden el tiempo» y, finalmente, caen en la pobreza (versículo 19, *Versión Coreana Contemporánea*). Un ejemplo bíblico destacado de esto es el hijo pródigo, que aparece en la parábola del mismo nombre en el capítulo 15 de Lucas. El hijo pródigo recibió su parte de la herencia de su padre, reunió toda su riqueza y viajó a un país lejano (versículos 12-13). Allí, malgastó toda la fortuna que había recibido de su padre en una vida de desenfrenada extravagancia (versículo 13). Cuando una grave hambruna azotó la tierra, el hijo pródigo se vio finalmente en una situación de extrema necesidad (versículo 14). En resumen, al perseguir cosas sin valor y desperdiciar su tiempo, terminó en la miseria.

Amigos, el mundo en el que vivimos es vano y carece de sentido. Anteriormente he reflexionado sobre cuatro razones por las cuales este mundo carece de sentido, basándome en Eclesiastés 1:1-11:

En primer lugar, este mundo carece de sentido porque no produce ningún beneficio verdadero. Dicho de otro modo, carece de sentido porque no queda nada de valor duradero.

Observemos Eclesiastés 1:3: «¿Qué provecho saca el hombre de todo el trabajo con que se afana bajo el sol?». Este versículo significa que todo el trabajo que los seres humanos realizamos bajo el sol —al margen de Dios— no produce ningún beneficio ni deja nada tras de sí. Eclesiastés 5:15–16 describe todo trabajo realizado en este mundo, al margen de Dios, como un «esfuerzo por atrapar el viento». Al fin y al cabo, ¿cómo podríamos atrapar el viento? Es un esfuerzo inútil que no nos reporta ningún beneficio. Por ello, el rey Salomón, el Predicador, declara que «nada de los logros de una vida permanece tras la muerte para aquel que se ha apartado de Dios» (1:3, Park Yun-sun). En consecuencia, el Predicador proclama que este mundo carece totalmente de sentido.

En segundo lugar, la razón por la que este mundo carece de sentido es que la vida humana, por larga que sea, inevitablemente vuelve al polvo.

Consideremos Eclesiastés 1:5–6: «El sol sale y el sol se pone, y se apresura a volver al lugar de donde salió. El viento sopla hacia el sur y gira hacia el norte; da vueltas y vueltas, regresando siempre a su curso». Este pasaje significa que, «aunque las personas del mundo vivan sus vidas con gran entusiasmo y actividad, inevitablemente vuelven al polvo» (Park Yun-sun). Por muy vigoroso y fuerte que uno parezca en su juventud (Salmo 39:5), el ser humano proviene, en última instancia, de la tierra y debe volver a ella. Debemos comprender la verdad de que «toda carne es como la hierba y toda su gloria como la flor de la hierba» (1 Pedro 1:24–25). Al final, la hierba se marchita y la flor cae (v. 24). También debemos prestar atención a las palabras del Salmo 39:6: «Ciertamente, el hombre vaga como una mera sombra; en vano se afana acumulando riquezas, sin saber quién se quedará con ellas». En última instancia, nuestras vidas son como el viento. Así como el viento sopla hacia el sur y gira hacia el norte, dando vueltas de un lado a otro antes de regresar a su origen (v. 6), así también nuestras vidas —que comenzaron en el polvo— regresan inevitablemente al polvo. Por tanto, el Predicador declara que este mundo carece totalmente de sentido.

En tercer lugar, la razón por la que este mundo carece de sentido es que la codicia humana no conoce satisfacción. Observemos Eclesiastés 1:8: «Todas las cosas son fatigosas; el hombre no puede expresarlo; el ojo no se sacia de ver, ni el oído se llena de oír». La afirmación de que el ojo y el oído nunca se sacian —incluso después de ver y oír— implica que la codicia humana no conoce límites, al igual que el mar, que nunca se llena a pesar de la constante afluencia de agua (versículo 7) (Park Yun-sun). Ciertamente, la codicia humana parece no tener fin. Las personas persiguen diversas cosas en este mundo vano para satisfacer ese deseo ilimitado; sin embargo, al final, no encuentran satisfacción. Respecto al rey Salomón, el Predicador, Eclesiastés 2:10 nos dice: «No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno». Salomón experimentó todo lo que sus ojos anhelaban y aquello en lo que su corazón se deleitaba —llamándolo la recompensa por todo su trabajo (2:10)—; no obstante, en el versículo 11 confesó: «Miré luego todas las obras

que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho alguno debajo del sol» (versículo 11).

En cuarto lugar, este mundo es vano porque las personas de generaciones posteriores no recuerdan a las personas de la época actual.

Observemos Eclesiastés 1:11: «No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá quedará memoria en los que vendrán después». Las personas no logran hallar satisfacción porque no hay nada verdaderamente nuevo en este mundo; es simplemente una repetición de lo que hubo antes (versículos 9-10; Park Yun-sun). Así, el rey Salomón, el Predicador, declaró que este mundo es vano porque las generaciones futuras no recuerdan a las personas de la época actual (versículo 11; Park Yun-sun). Por mucha riqueza, poder o influencia que una persona posea en el presente, ¿qué queda tras la muerte? Todo cae en el olvido con el paso del tiempo. Al final, una generación pasa y otra viene (v. 3). Y puesto que no se recuerda a las generaciones pasadas, este mundo carece totalmente de sentido. Amados, una vez que morimos, jamás podemos regresar a este mundo (Eclesiastés 3:22; Park Yun-sun). Solo tenemos una vida para vivir; no debemos desperdiciarla persiguiendo las cosas de la carne, pues tales búsquedas son totalmente inútiles y carecen de provecho.

Entonces, ¿cómo debemos vivir? Al observar la primera parte de Proverbios 28:19 en el texto de hoy, la Biblia afirma: «El que labra su tierra tendrá abundancia de comida…» [o como lo expresa la *Versión Coreana Contemporánea*: «El agricultor que trabaja duro tiene mucho que comer»]. ¿Qué significa esto? Cultivar la tierra era la ocupación común de aquella época (Park Yun-sun), y la Biblia enseña que el trabajo arduo conduce a la abundancia de alimentos. Por lo tanto, debemos trabajar diligentemente en nuestros respectivos lugares de trabajo. Cuando lo hacemos, nuestros hogares disfrutan de abundancia (27:27). Además, debemos tener presente que la razón por la que Dios nos concede abundancia en todo momento y en todas las cosas —mientras trabajamos arduamente— es para capacitarnos

a abundar en toda buena obra (2 Corintios 9:8). Es mi oración que tú y yo lleguemos a ser personas así.

En quinto y último lugar, no debemos contarnos entre aquellos que «se apresuran a enriquecerse» (aquellos que tienen prisa por volverse ricos).

¿Es pecado esforzarse por enriquecerse? ¿Se les prohíbe a los cristianos desear la riqueza? Proverbios 23:4 dice: «No te esfuerces demasiado por enriquecerte; ¡detente y usa tu buen juicio!» [o como lo expresa la *Versión Coreana Contemporánea*: «No luches en exceso por enriquecerte; ten la sabiduría de la moderación»]. Al leer esto, es inevitable concluir que los cristianos no deben esforzarse por enriquecerse. ¿Por qué nos dice la Biblia que no busquemos la riqueza? ¿Cuál es la razón? Observemos 1 Timoteo 6:9–10: «Los que quieren enriquecerse caen en tentación y en trampa, y en muchos deseos insensatos y dañinos que hunden a las personas en la ruina y la destrucción. Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Algunas personas, codiciosas de dinero, se han desviado de la fe y se han causado a sí mismas muchos dolores» [(Versión Coreana Contemporánea) «Los que se esfuerzan por enriquecerse caen en tentaciones y trampas, y sucumben a diversos deseos insensatos y dañinos que conducen a la ruina. El amor al dinero es la raíz de todo mal. Quienes lo codician se alejan de la fe, sufriendo gran dolor y heridas emocionales»]. La razón por la que no debemos esforzarnos por enriquecernos es que hacerlo nos conduce a tentaciones y trampas, y nos hace caer presa de deseos insensatos y dañinos que provocan nuestra ruina. Por tanto, de acuerdo con Proverbios 23:4, no debemos agotarnos tratando de hacernos ricos; más bien, debemos abandonar nuestra propia «sabiduría particular». ¿En qué consiste esta «sabiduría particular» que debemos desechar? Se refiere al intento de acumular riquezas mediante métodos humanos engañosos en lugar de seguir la Palabra de Dios (Park Yun-sun). La frase «desiste de tu propia sabiduría» en este versículo se traduce en la *Versión Coreana Contemporánea* como «ejercer la sabiduría del autodominio». Al reflexionar sobre esta traducción, comprendí que necesitamos poseer la sabiduría del autodominio. ¿Qué es, entonces, la «sabiduría del autodominio»? Podemos considerarla

desde dos perspectivas: (1) La sabiduría del autodominio es una cuestión de cómo pensamos. No debemos dejar volar nuestra imaginación ni hacer suposiciones arbitrarias sobre los demás; al contrario, debemos pensar con sabiduría. Debes pensar con sabiduría; no te limites a escuchar y creer todo lo que la otra persona dice sin cuestionarlo. Escucha con discernimiento para poder captar los verdaderos motivos detrás de sus palabras. (2) La sabiduría del autodominio es, sencillamente, la práctica de la moderación. Debemos ejercer moderación sobre nuestro corazón. Incluso cuando nuestras riquezas aumentan, no debemos poner el corazón en ellas (Salmo 62:10). Creo que refrenar el corazón significa rechazar la tentación de la codicia en cualquiera de sus formas y mantener un espíritu de contentamiento. Si no refrenamos nuestro corazón de esta manera, sucumbiremos a la tentación de la codicia y nos convertiremos en sus esclavos.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 28:20: «El hombre fiel tendrá muchas bendiciones, pero el que se apresura a enriquecerse no escapará del castigo». Aquí, el autor de Proverbios establece un contraste entre la «persona fiel» (alguien sincero y honesto) y aquel que «se apresura a enriquecerse» (alguien que tiene prisa por adquirir riquezas). Teniendo en cuenta este contraste, podemos inferir que quienes se apresuran a enriquecerse carecen de fidelidad e integridad. Piénselo bien: ¿cómo podría alguien que tiene prisa por enriquecerse trabajar con diligencia e integridad? Tal persona carece de integridad y, en cambio, «anda por caminos torcidos» (versículo 18). En otras palabras, lleva una vida deshonesta. Por eso la Biblia afirma: «Más vale el pobre que anda en integridad que el rico de caminos perversos» (versículo 6). Además, quienes se apresuran a enriquecerse son impacientes. Impulsado por la impaciencia, tal individuo intenta iniciar un negocio y trama diversos planes para obtener ganancias, sin darse cuenta de que nadie sabe qué depara el mañana (Santiago 4:13–14). Ignora que su vida es simplemente una «neblina que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece» (v. 14). Sin embargo, la Biblia declara que «el de espíritu apresurado manifiesta su insensatez» (Proverbios 14:29). También afirma que «la prisa solo conduce a la pobreza» (21:5). La Biblia advierte que aquellos que se apresuran a

enriquecerse —viviendo de manera deshonesta y revelando su insensatez mediante la impaciencia— finalmente «no quedarán sin castigo» (28:20).

Amigos, en lugar de esforzarnos por enriquecernos rápidamente, debemos procurar ser personas veraces e íntegras. No debemos ser esa clase de ricos que transitan por dos caminos: aparentar seguir la senda de la justicia ante los demás mientras, en realidad, recorren el camino del mal. Al buscar a Dios y la sabiduría que Él otorga, debemos comprender la verdad de que «más vale el pobre de conducta intachable que el rico de caminos perversos» (v. 6). Proverbios 19:22 lo expresa así: «Lo que se desea en una persona es la lealtad; es mejor ser pobre que mentiroso». Amigos, debemos ser personas fieles (28:20) y andar en integridad (v. 18). Al hacerlo, recibiremos abundantes bendiciones (v. 20).

Quisiera concluir esta reflexión sobre la Palabra. No debemos ser el tipo de personas aquí descritas. No debemos ser «funcionarios malvados» ni «gobernantes insensatos». No debemos ser «asesinos» (aquellos que derraman sangre). No debemos ser de aquellos que «andan por caminos tortuosos» (viviendo con engaño). No debemos ser de aquellos que «persiguen el desenfreno» (malgastando el tiempo en frivolidades). No debemos ser de aquellos que «se apresuran a enriquecerse». Más bien, debemos ser personas de otra clase. Debemos ser personas que aborrezcan la codicia; así disfrutaremos de una larga vida. Debemos andar con integridad; así seremos salvos. Debemos trabajar arduamente; así tendremos alimento en abundancia. Debemos ser personas fieles; así recibiremos abundantes bendiciones.

Hechos que debemos conocer

[Proverbios 28:21-28]

Hace algún tiempo, durante un servicio de oración matutino, medité en el pasaje de Juan 11 sobre el milagro de Jesús al resucitar a Lázaro. Mi meditación se centró particularmente en los versículos 5 y 6: «Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba». Al reflexionar sobre estas palabras, comprendí que la percepción del tiempo difería entre Jesús y las otras personas involucradas: Lázaro, Marta y María. Creo que para Lázaro y sus dos hermanas, Marta y María, el tiempo tenía un valor inmenso. Pienso esto porque Lázaro padecía una enfermedad que finalmente le costaría la vida; seguramente, cada hora previa a su muerte debió de haber sido increíblemente preciada para él. Del mismo modo, para sus hermanas Marta y María, el tiempo transcurrido mientras su amado hermano agonizaba debió de sentirse profundamente importante, valioso y urgente. Podemos percibir este sentimiento en lo que Marta le dijo a Jesús al salir a recibirlo —tras enterarse de que Él llegaba a Betania (versículos 1 y 18) cuatro días después de la muerte de Lázaro (versículo 39)—: «Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto» (versículo 21). Su hermana María pronunció exactamente las mismas palabras ante Jesús: «Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto» (versículo 32). Estos relatos revelan que Marta y María creían que, si el Señor hubiera llegado antes —pensando: «Si hubieras estado aquí»—, su hermano Lázaro no habría fallecido. El tiempo era crucial para Marta y María. Por eso enviaron aviso a Jesús diciendo: «Señor, he aquí el que amas está enfermo» (versículo 3). Sin embargo, a pesar de saber que Lázaro estaba enfermo, Jesús «se quedó dos días más en el lugar donde estaba» (versículo 6). ¿Cómo pudo Jesús decidir quedarse donde estaba durante dos días

adicionales en lugar de apresurarse a ir a Betania para sanar a Lázaro? Es evidente que Él amaba a Marta, a María y a Lázaro (versículo 5); ¿Por qué, entonces, no se apresuró a ir a Betania, entrar en su casa e imponer las manos sobre el enfermo Lázaro para sanarlo, aun sabiendo que Lázaro —«a quien él amaba» (versículo 3)— estaba enfermo (versículos 3, 6)? En cambio, sabiendo que «nuestro amigo Lázaro» (versículo 11) había muerto (versículos 11, 14), Jesús dijo a sus discípulos: «Vamos de nuevo a Judea» (versículo 7). ¿Por qué hizo esto? ¿Por qué permaneció donde estaba durante dos días más tras recibir la noticia de la enfermedad de Lázaro? Jesús explicó la razón en el versículo 15: «Me alegro por ustedes de no haber estado allí, para que crean» (Versión Coreana Contemporánea). Jesús actuó así por el bien de sus discípulos. Jesús se quedó «dos días más en el lugar donde estaba» con el fin de profundizar la fe de sus discípulos en Él (versículo 6). Al meditar en este pasaje, aprendí que, incluso si no disponemos de ese margen de «dos días» —o ni siquiera de un solo día de sobra— porque nos enfrentamos a una crisis de vida o muerte, debemos seguir confiando en el Señor. Aun cuando la obra del Señor no parezca desarrollarse como oramos o esperábamos, debemos esperar pacientemente con fe en Él. De hecho, aunque nuestra situación empeore en lugar de mejorar, debemos creer que todo esto es «para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ello» (versículo 4). La razón es que el corazón del Señor siempre busca nuestro bienestar (versículo 15). Hallé fortaleza al comprender —gracias al hecho de que el Señor está a nuestro favor— algo de su corazón hacia mí. De esta manera, la Palabra de Dios nos fortalece tanto a ti como a mí.

En el pasaje de hoy, Proverbios 28:22, la Biblia afirma: «El hombre de mal ojo se apresura a enriquecerse, y no sabe que la pobreza vendrá sobre él» [(Versión Coreana Moderna) «La persona egoísta se empeña en acumular riquezas, pero no se da cuenta de que la pobreza está a punto de envolverla»]. Al meditar sobre esto, sentí que había verdades importantes en la última frase: «no sabe que [esto] le sobrevendrá». Centrándome en esa frase, quisiera reflexionar sobre el pasaje a través de ocho puntos clave y extraer las lecciones que ofrecen.

En primer lugar, debemos reconocer el hecho de que podemos cometer una falta mediante el soborno. Por favor, observemos el texto de hoy, Proverbios 28:21, en la *Versión Coreana Contemporánea* (Hyundai-in-ui Seong-gyeong): «Mostrar parcialidad no es bueno; sin embargo, una persona puede cometer una falta por un pedazo de pan». Recuerdo haber leído *Las Confesiones* de San Agustín durante mis días en el seminario. En ese libro, recuerdo cómo Agustín lamentaba profundamente y confesaba el pecado de haber robado pan hacía mucho tiempo, impulsado por el hambre. En aquel entonces, me preguntaba: «¿Realmente consideraba él que robar una sola hogaza de pan era un pecado tan grave?». Ciertamente, uno podría pensar que tal acto podría pasarse por alto sin más. Sin embargo, al considerar por qué y cómo Agustín veía el robo de aquel pedazo de pan como un pecado tan serio en *Las Confesiones*, creo que la razón reside en la «presencia de Dios». En otras palabras, creo que al vivir en la presencia de Dios, Agustín adquirió una conciencia más aguda de sus pecados pasados. Es decir, la presencia del Dios santo le permitió comprender la magnitud de su pecado de manera más profunda y plena. Sostengo esta opinión debido a un sermón sobre el apóstol Pablo que escuché de un pastor veterano hace mucho tiempo. La esencia de aquel sermón era que, cuanto más vivía el apóstol Pablo su fe, más profunda, plena y dolorosamente percibía su propia condición pecaminosa ante la santa presencia de Dios, lo que le llevaba a ser cada vez más humilde. El fundamento de esto se encuentra en tres pasajes bíblicos de las cartas del apóstol Pablo que el pastor citó en su sermón: (1) (1 Corintios 15:9) «Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles…», (2) (Efesios 3:8) «A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia…» y (3) (1 Timoteo 1:15) «…de los cuales yo soy el primero». Al examinar el texto de hoy, Proverbios 28:21, la *Versión Coreana Contemporánea* lo traduce así: «Aunque el trato injusto no es correcto, la gente termina cometiendo actos indebidos por un pedazo de pan». La *Versión Estándar Coreana Revisada* afirma: «No es bueno mostrar parcialidad; sin embargo, por un pedazo de pan, el hombre transgredirá». ¿Qué significa esto? ¿Qué cree usted que implica la expresión «mostrar parcialidad» (o «dejarse llevar por la apariencia de las personas»)? ¿Dónde solemos ver este tipo de conducta injusta —esta parcialidad—? La vemos en los tribunales. Por ejemplo, si un juez —que debería presidir con imparcialidad—

muestra parcialidad, ¿qué sucede con el juicio? Ciertamente no se llegará a un veredicto justo. No obstante, ¿por qué ocurren tales cosas en los tribunales hoy en día? La razón es, precisamente, el soborno.

Parece haber muchas más personas en este mundo de lo que imaginamos que creen que "el dinero lo puede todo". Están convencidas de que "el dinero es poder". En consecuencia, no dudan en ofrecer sobornos para alcanzar sus objetivos y ambiciones egoístas. Un ejemplo de esto se encuentra en el capítulo 4 del libro bíblico de Esdras. Cuando el pueblo de Israel regresó a su tierra de Judá tras el cautiverio en Babilonia e intentó reconstruir el Templo de Dios, los "adversarios de Judá y de Benjamín" se enteraron de la noticia (versículo 1) y se acercaron a Zorobabel y a otros líderes judíos (versículo 2). Pidieron unirse al pueblo de Judá en la construcción del templo (versículo 2), pero Zorobabel, Jesúa y los demás líderes se negaron, declarando: "Nosotros solos lo edificaremos para el Señor, el Dios de Israel" (versículo 3). Desde entonces, "la gente de la tierra hostigaba al pueblo de Judá y obstaculizaba la construcción del templo" (versículo 4). Uno de los métodos que utilizaron para obstruir la edificación del templo fue el soborno (versículo 5). Los adversarios de Judá "sobornaron a funcionarios para frustrar el plan [de construir el templo] desde los días de Ciro, rey de Persia, hasta el reinado de Darío, rey de Persia" (versículo 5). De manera similar, en el capítulo 6 de Nehemías, Tobías y Sanbalat —adversarios del pueblo de Judá— sobornaron a Semaías para que le transmitiera una falsa profecía a Nehemías. El contenido de la profecía era: "Vienen a matarte; así que vayamos a la casa de Dios, quedémonos dentro del santuario y cerremos las puertas, pues seguramente vendrán de noche a matarte" (versículo 10). Al oír esto, Nehemías respondió a Semaías: "¿Acaso un hombre como yo ha de huir? ¿O alguien como yo entraría en el santuario para salvar su vida? No lo haré" (versículo 11). Entonces Nehemías comprendió que Semaías no estaba recibiendo un mensaje de Dios, sino que había sido sobornado por Tobías y Sanbalat para transmitir aquella profecía (versículo 12). ¿Por qué Tobías y Sanbalat, adversarios del pueblo de Judá, sobornaron a Semaías para que pronunciara una profecía tan falsa? Observemos Nehemías 6:13: «La razón por la que ofrecieron el soborno fue para atemorizarme y hacerme pecar, a

fin de poder inventar un informe malvado para difamarme». En última instancia, el propósito del soborno era intimidar a Nehemías —el líder del pueblo de Judá— e inducirlo a cometer un pecado contra Dios.

Considere esto: ¿qué sucedería si un juez del pueblo de Judá aceptara un soborno? Tal juez ciertamente no defendería la justicia ni la rectitud; de hecho, sería incapaz de hacerlo. Sin embargo, la Biblia registra que los líderes y jueces del pueblo de Judá, durante la época del Antiguo Testamento, efectivamente aceptaban sobornos: «Tus jefes son rebeldes, compañeros de ladrones; todos aman los sobornos y van tras las dádivas. No defienden la causa del huérfano, ni se ocupan del caso de la viuda» (Isaías 1:23); «Ambas manos son hábiles para hacer el mal; el gobernante exige sobornos, el juez acepta regalos y los poderosos imponen sus deseos egoístas: conspiran juntos» (Miqueas 7:3). En consecuencia, los jueces que aceptaban sobornos «absuelven al culpable a cambio de un soborno, pero niegan justicia al inocente» (Isaías 5:23). En otras palabras, perjudicaban al inocente (Salmo 15:5). Tales jueces pervertían la justicia (1 Samuel 8:3), y sus fallos injustos inevitablemente causaban sufrimientos inmerecidos a las personas (Amós 5:12). Imagínese: desde la perspectiva de quien sufre, cuán increíblemente injusto debe parecer el veredicto erróneo de un juez (Proverbios 28:21). Por ello, Proverbios 18:5 afirma: «No es bueno mostrar parcialidad hacia el malvado ni privar de justicia al inocente en el tribunal». Los sobornos nublan nuestra visión (Éxodo 23:8; Deuteronomio 16:19; 1 Samuel 12:3), corrompen nuestro corazón (Eclesiastés 7:7) y nos llevan a olvidar a Dios (Ezequiel 22:12), pervirtiendo así nuestro juicio (1 Samuel 8:3). En consecuencia, los sobornos nos llevan a mostrar parcialidad y a cometer actos indebidos (Proverbios 28:21). Nos desvían hacia el camino equivocado (Job 36:18). Por tanto, no debemos aceptar sobornos. Siguiendo el ejemplo de Dios, quien no acepta sobornos (Deuteronomio 10:17; 2 Crónicas 19:7), tampoco nosotros debemos aceptarlos ni mostrar parcialidad (Proverbios 28:21). Debemos tener presente que es posible cometer una transgresión por «un pedazo de pan». Los sobornos tienen el poder de llevarnos a pecar contra Dios hasta tal punto (Nehemías 6:13). Así pues, no debemos aceptar sobornos.

En segundo lugar, debemos comprender que una persona dominada por la codicia a menudo no se percata de que la pobreza se le viene encima rápidamente.

Conoces la historia navideña del viejo avaro Scrooge, ¿verdad? Escrita por el novelista británico Charles Dickens, la historia se centra en Scrooge —un avaro carente de la más mínima compasión— quien, en Nochebuena, se encuentra con el fantasma de su antiguo socio, Marley. Tras presenciar visiones de su pasado, presente y futuro, se arrepiente de sus pecados y recupera su humanidad. Aunque es probable que aprendiera la lección de no convertirme en un avaro al escuchar ese cuento en mi juventud, guardo un recuerdo más claro de la historia de «Heungbu y Nolbu», que escuché aún antes, durante mis años de escuela primaria. Por aquel entonces, siendo niño, aprendí que debía ser una persona bondadosa como Heungbu en lugar de alguien codicioso como Nolbu. Sin embargo, al mirar atrás y reflexionar sobre mi vida tras tanto tiempo, me pregunto si en realidad estoy viviendo de manera totalmente opuesta: como el codicioso Nolbu. Al menos el viejo avaro Scrooge acabó arrepintiéndose de sus pecados y recuperando un corazón humano; yo, en cambio, sigo luchando conmigo mismo, incapaz de hallar verdaderamente la actitud correcta en mi corazón. En particular, libro una batalla contra la «codicia» que llevo dentro. Al reflexionar sobre la enseñanza de 2 Samuel 12:14, recuerdo que debo estar sumamente alerta frente a la codicia, ya que esta impulsa a las personas a cometer adulterio, asesinato y robo, dando así a los enemigos de Dios motivos suficientes para la calumnia. Dado que líderes de la iglesia y de la comunidad religiosa están cometiendo actualmente el pecado de idolatría contra Dios al albergar codicia —amando la riqueza material, el honor o a las mujeres más que a Dios (Miqueas 1:7, 2:2; Colosenses 3:5)—, no puedo sino orar y meditar profundamente, basándome en las Escrituras, sobre cómo desechar la tentación de la codicia. La lección de Hechos 20:33–35 sugiere que, para vencer la tentación de la codicia, debo recordar siempre las palabras de Jesús —«Más bienaventurado es dar que recibir»— y vivir conforme a esa enseñanza. Al observar el pasaje de hoy, Proverbios 28:22, la Biblia afirma: «La persona egoísta se empeña en acumular riquezas, pero no se da cuenta de que

la pobreza está a punto de alcanzarla» (Versión Coreana Contemporánea) [(Versión Coreana Revisada) «El que tiene el ojo malo se apresura a ganar riquezas y no sabe que la pobreza vendrá sobre él»]. La Biblia dice: «El que tiene el ojo malo se apresura a ganar riquezas y no sabe que la pobreza vendrá sobre él». Aquí, el «ojo malo» se refiere a la mirada de quien alberga codicia (Park Yun-sun). En otras palabras, la mirada de una persona codiciosa es mala (v. 22). Según el versículo 22, la Biblia señala que tal persona egoísta y codiciosa —que posee este ojo malo— se empeña en acumular riquezas (v. 22, Versión Coreana Contemporánea). La expresión «se empeña en» (o «se apresura») implica que la persona codiciosa con el ojo malo busca «enriquecerse rápidamente» (v. 20) o se apresura a acumular riqueza (v. 20, Versión Coreana Contemporánea). Observemos Proverbios 28:20: «El hombre fiel abundará en bendiciones, pero el que se apresura a enriquecerse no quedará sin castigo» [(Versión coreana contemporánea) «Una persona sincera recibe abundantes bendiciones, pero quien se apresura a enriquecerse no escapará del castigo»].

Cuando una persona egoísta, que alberga tal codicia, busca enriquecerse rápidamente, es más probable que persiga la riqueza mediante medios indebidos en lugar de métodos rectos y lícitos. Proverbios 21:6–7 identifica estos métodos indebidos como el «engaño» (la mentira) y la «violencia» (la fuerza): «Obtener tesoros mediante una lengua mentirosa es un vapor fugaz y una trampa mortal. La violencia de los impíos los arrastrará, pues se niegan a hacer lo correcto» [(Versión Coreana Contemporánea) «La riqueza obtenida mediante el engaño es como una niebla que se disipa y una trampa mortal; los impíos son destruidos por la misma violencia que infligen. Esto se debe a que se niegan a hacer lo correcto»]. La Biblia declara que acumular riqueza mediante el engaño y la violencia, en el afán de enriquecerse rápidamente, equivale a «buscar la muerte». Describe tal riqueza como «niebla y trampa mortal». Quienes buscan riquezas rápidas mediante palabras engañosas son los impíos, y la Biblia afirma que tales personas «se niegan a hacer lo correcto» (21:7, Versión Coreana Contemporánea). En consecuencia, acumulan riqueza recurriendo a métodos indebidos como el engaño o la violencia. ¿Cuál es el resultado? El resultado es la «pobreza» (la indigencia). Sin embargo, el problema radica en que aquellos impulsados por la codicia de

enriquecerse rápidamente no se dan cuenta de que la pobreza está a punto de sobrevenirles (o de precipitarse sobre ellos) (28:22b). Al principio, parecen tener éxito acumulando riqueza por medios injustos; sus ingresos superan los deseos de sus corazones (Salmo 73:7), sus bienes crecen día a día y disfrutan de una vida de constante comodidad (v. 12, Versión Coreana Contemporánea). No obstante, cuando Asaf, el salmista que escribió el Salmo 73, entró en el santuario de Dios, comprendió cuál sería el fin de los impíos. ¿Cuál es su fin? Observemos el Salmo 73:18–20: «Ciertamente los has puesto en lugares resbaladizos; los has precipitado a la destrucción. ¡Oh, cómo han sido llevados a la desolación, como en un instante! Son consumidos totalmente por terrores. Como un sueño al despertar, así, Señor, cuando Tú despiertes, menospreciarás su imagen» [(Versión coreana contemporánea) «Los colocas en terreno resbaladizo y los empujas a la ruina, de modo que perecen en un instante y encuentran un final terrible. Son como un sueño que se desvanece al llegar la mañana; así, cuando Tú te levantes, ellos desaparecerán como un sueño»].

Amigos, 1 Timoteo 6:9–10 afirma: «Los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas que hunden a los hombres en destrucción y perdición. Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males, por lo cual algunos, codiciándolo, se extraviaron de la fe y fueron traspasados por muchos dolores» [(Versión coreana contemporánea) «Los que se esfuerzan por enriquecerse caen en tentación y trampas, y en diversos deseos necios y dañinos que arruinan a las personas. El amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Quienes lo codician se alejan de la fe, sufriendo gran dolor e hiriendo sus corazones»]. No debemos ser como los fariseos que amaban el dinero (Lucas 16:14). No debemos amar el dinero, porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Si codiciamos el dinero por amor a él, seremos extraviados y nos apartaremos de la fe. Por tanto, debemos tener presente que quienes desean enriquecerse caen en tentación, trampas y diversos deseos necios y dañinos que hunden a las personas en la ruina y la destrucción. Así pues, no debemos amar el dinero. Además, no debemos acumular dinero en esta tierra. ¿Por qué? Porque, como afirma Jesús en Mateo 6:19, en esta tierra «la polilla y el orín corrompen, y ladrones minan y hurtan». ¿Qué significa esto? Significa que si

acumulamos dinero o riquezas aquí, sucederá una de dos cosas: o bien todo ese dinero y riqueza serán destruidos, o bien los ladrones los robarán (MacDonald). En resumen, la razón por la que no debemos acumular dinero o riquezas en la tierra es que todo ello terminará desapareciendo. Por eso el apóstol Santiago escribió en Santiago 5:2-3: «Vuestras riquezas están podridas y vuestras ropas están comidas por la polilla. Vuestro oro y vuestra plata están oxidados, y su corrosión servirá de testimonio contra vosotros y devorará vuestra carne como fuego. Habéis acumulado tesoros en los últimos días». No debemos acumular riquezas terrenales en estos últimos días. En cambio, tal como enseñó Jesús, debemos acumular tesoros en el cielo (Mateo 6:20). El Dr. Park Yun-sun resumió así la manera de hacerlo: «La forma de acumular tesoros en el cielo es sacrificar todas las cosas buenas que poseo en la tierra —no solo la riqueza material, sino también mis esfuerzos, talentos y todo lo demás— por amor al Señor» (Park Yun-sun).

Debemos vivir nuestra vida en la tierra mientras acumulamos tesoros en el cielo. Para ello, debemos sacrificar lo que tenemos por amor al Señor. Debemos poner al Señor por encima de todo —no solo de nuestras posesiones materiales, sino también de nuestro tiempo, nuestros cuerpos y nuestras familias— y estar dispuestos a hacer sacrificios por el Señor, su iglesia y la obra del Evangelio. Además, debemos compartir lo que tenemos al amar a nuestro prójimo (Lucas 18:22). Así es precisamente como acumulamos tesoros para nosotros mismos en el cielo (v. 22).

En tercer lugar, debemos comprender que reprender a alguien genera, a la larga, más amor que adularlo con la lengua.

¿Cómo te sentirías si alguien que te quiere señalara tus defectos? Aún recuerdo una ocasión, durante mis años universitarios, en la que recibía formación de discipulado junto a algunos estudiantes de cursos superiores y un pastor; me molestó un poco cuando aquel pastor comentó que yo seguía teniendo un «carácter impulsivo». Sin embargo, también recuerdo

haberle dicho a un estudiante más joven, a quien apreciaba, que era arrogante. Ahora siento pesar al pensar en cómo debió de sentirse aquel hermano al escuchar esas palabras.

Personalmente, el versículo de Proverbios 27:5 me resulta desafiante. Dicho de otro modo, me cuesta afrontar este pasaje: «Mejor es la reprensión abierta que el amor oculto». Una traducción moderna lo expresa así: «Es mejor reprender a alguien cara a cara que sentir un amor oculto»; sin embargo, a mí me resulta difícil reprender a los demás directamente. Solía atribuir esto a mi personalidad, pero a veces me pregunto si la verdadera razón es que carezco del tipo de amor que me permitiría reprender a alguien movido por el amor de Dios. Dado que me cuesta incluso el «amor oculto», ciertamente fallo en practicar la «reprensión abierta» que se considera superior a aquel; por ello, me siento en conflicto y con la conciencia intranquila cada vez que encuentro este versículo. En mi ministerio, a menudo me inquieta pensar que —si realmente hubiera amado al rebaño que Dios me confió— hubo momentos en los que debí haber obedecido la Palabra de Dios y ofrecido una reprensión amorosa, pero no lo hice. ¿En quién piensa usted al recordar a alguien de la Biblia que haya ofrecido una reprensión abierta? Yo pienso en el profeta Natán, quien reprendió al rey David cara a cara (2 Samuel 11). Todos conocemos esta historia: tras acostarse con Betsabé —la esposa de Urías— y descubrir que ella estaba embarazada, el rey David intentó ocultar su pecado, llegando finalmente a cometer asesinato al ordenar la muerte de su leal soldado Urías. Como «lo que David había hecho desagradó al Señor» (v. 27), Dios envió al profeta Natán para reprender a David por haber tomado a la esposa de Urías, valiéndose de una parábola sobre un hombre rico y uno pobre que vivían en la misma ciudad (12:1–4). En ese instante, David se enfureció y declaró al profeta Natán: «¡Tan cierto como que el Señor vive, que el hombre que hizo esto merece morir!» (versículo 5). Quizás debido a que se había esforzado tanto por ocultar su pecado que había llegado a acallar su propia conciencia, David no se dio cuenta de que *él* era precisamente el hombre que merecía morir. Fue entonces cuando el profeta Natán lo confrontó directamente diciendo: «¡Tú eres ese hombre!» (versículo 7). ¡Qué reprensión tan impactante debió haber sido! Ciertamente, David no se consideraba a sí mismo como alguien que mereciera la muerte; Imagínese su

asombro cuando Natán lo señaló con el dedo y declaró: «¡Tú eres ese hombre!». Cuando no reconocemos nuestros pecados tal como son, y el Dios santo deja al descubierto nuestras acciones pecaminosas, ¿acaso no se estremece profundamente nuestra conciencia?

En el pasaje de hoy, Proverbios 28:23, la Biblia afirma: «El que reprende a un hombre hallará después más favor que el que lisonjea con la lengua». Este versículo nos pregunta qué clase de persona somos. Nos desafía a cada uno de nosotros a considerar si somos «quien reprende» (alguien que señala las faltas) o «quien lisonjea con la lengua» (un adulador). ¿Y usted? ¿Qué clase de personas somos? Esta Escritura nos exhorta a ser de los que reprimen, es decir, de los que señalan las faltas. ¿Y por qué? Porque quien reprende será, a la larga, más amado (versículo 23b). Sin embargo, creo que nuestro instinto nos lleva a desear el afecto inmediato en lugar de buscar un amor mayor en el futuro. Y a menudo, la forma en que intentamos ganar ese afecto no es ofreciendo una reprensión amorosa para corregir los errores de la otra persona, sino buscando congraciarnos o usando la adulación para quedar bien ante sus ojos. Vemos esto con frecuencia en el lugar de trabajo, por ejemplo, en nuestras interacciones con los superiores. Incluso cuando reconocemos claramente un error de un superior, a menudo optamos por adularlo con nuestras palabras en lugar de ofrecerle la corrección amorosa que necesita. Personalmente, me sorprendo a menudo pasando por alto los problemas en vez de ofrecer una reprensión nacida del amor. La razón principal de esto es, probablemente, mi reticencia a herir los sentimientos de la otra persona. Otra razón es el temor de que reprenderla pueda tornar incómoda nuestra relación o incluso romper el vínculo que nos une. Subyacente a este temor puede estar también la preocupación de que llegue a desagradarle mi persona. Cuando decido pasar por alto las faltas de esta manera, a veces me pregunto si puedo justificarlo recurriendo a Proverbios 17:9: «El que cubre la falta busca amor, pero el que divulga el asunto separa a los amigos íntimos». Dado que la Biblia afirma que «el que cubre la falta busca el amor» (17:9), pero también declara que «mejor es la reprensión franca que el amor oculto» (27:5), a menudo me cuesta discernir el verdadero camino de obediencia a la voluntad de Dios. ¿Qué opinas al respecto? ¿Deberías cubrir las faltas de alguien a quien amas o deberías reprenderlo?

¿Cuál crees que es la conducta correcta? ¿Cuándo es apropiado cubrir una falta y cuándo se debe ofrecer una reprensión por amor? Personalmente, creo que, si bien quien busca el amor debe cubrir una falta para evitar distanciar a amigos cercanos hablando de ella repetidamente (Proverbios 17:9), también es necesario ofrecer una reprensión amorosa en el momento oportuno si la falta se repite, a fin de evitar que derive en un pecado grave (Proverbios 27:5).

Proverbios 27:6 dice: «Fieles son las heridas del amigo, pero engañosos los besos del enemigo» [(Versión Coreana Contemporánea) «Aunque un amigo cause dolor, es una expresión de amistad fiel; sin embargo, hay que desconfiar incluso cuando un enemigo besa»]. La Biblia declara que «mejor es la reprensión franca que el amor oculto» (versículo 5, Versión Coreana Contemporánea), explicando que, aunque la reprensión directa de un amigo pueda herir nuestro corazón, esa herida es digna de confianza (versículo 6). La Biblia afirma que esto es mucho mejor que los besos engañosos de un enemigo. ¿Por qué? Porque el enemigo nos odia y busca derribarnos mediante besos engañosos, mientras que el amigo nos ama y busca edificarnos mediante una reprensión sincera. Un sentimiento similar se encuentra en Eclesiastés 7:5: «Mejor es oír la reprensión del sabio que oír la canción de los necios». Aquí, la «canción de los necios» se refiere al «consuelo engañoso de los impíos» (Park Yun-sun). La Biblia nos advierte que debemos guardarnos del falso consuelo que ofrecen los impíos. ¿Por qué debemos protegernos del falso consuelo de los impíos? La razón por la que debemos desconfiar del «cántico de los necios» —es decir, del consuelo engañoso que ofrecen los impíos— es simplemente que tal consuelo es vano (v. 6). Las Escrituras nos enseñan que a lo que debemos prestar atención no es al cántico de los necios, sino a la reprensión de los sabios. Debemos tener presente que la reprensión del sabio es mucho mejor que los elogios o el ánimo del necio.

En el Salmo 118:18, el salmista declara: «Me ha castigado severamente el Señor, pero no me ha entregado a la muerte». Quizás no sepamos con exactitud cuán severo fue aquel castigo que motivó tal afirmación, pero sin duda podemos aprender esto: Dios disciplina

invariablemente a los hijos que ama. No obstante, las Escrituras también nos dicen que Él no «castiga siempre, ni guarda su enojo para siempre» (Sal. 103:9). Además, el apóstol Pablo instruyó a su hijo espiritual Timoteo a «reprender, advertir y exhortar con toda paciencia y doctrina» (2 Tim. 4:2); por tanto, no podemos negar nuestra obligación de reprender a quienes amamos utilizando la Palabra de Dios. No olvidemos que reprender a alguien —en lugar de ofrecerle palabras halagadoras— conduce, en última instancia, a un amor mayor.

En cuarto lugar, debemos comprender que quien roba a sus padres y, sin embargo, afirma que no es pecado, no se diferencia en nada de un ladrón común.

¿Alguna vez has robado algo a tus padres? Yo sí. Lo recuerdo vívidamente. Cuando estaba en la escuela primaria, mi madre solía guardar un monedero en el armario de la cocina de la casa pastoral de la iglesia. La distribución de la cocina era algo incómoda y el armario estaba situado en alto, por lo que no me resultaba fácil abrir la puerta superior, sacar su monedero y robar monedas. Al recordar aquello, me veo aferrándome al armario casi como Spider-Man: avanzando poco a poco por el borde, abriendo la puerta superior y tomando el dinero. Creo que robé una sola moneda de 100 wones en aquella ocasión. Probablemente lo hice porque deseaba comprar un aperitivo de 100 wones —un *sora* (una galleta con forma de caracola)— en la pequeña tienda situada frente a la iglesia. Si bien robar dinero a los padres es claramente un hurto, también considero que no darles lo que les corresponde constituye un robo. Observemos Mateo 15:5-6: «Pero ustedes dicen que si alguien declara que aquello que podría haberse utilizado para ayudar a su padre o a su madre está "consagrado a Dios", no tiene obligación de "honrar a su padre o a su madre" con ello. Así anulan la palabra de Dios en favor de su tradición». Jesús dirigió estas palabras a los fariseos y a los maestros de la ley, quienes quebrantaban los mandamientos de Dios al dar prioridad a sus propias tradiciones. Concretamente, ¿cómo transgredían el mandamiento divino? Aunque Dios ordenaba claramente: «Honra a tu padre y a tu madre», los fariseos y escribas enseñaban que uno quedaba exento de honrar a sus padres simplemente alegando que los recursos que debían haberlos beneficiado habían sido dedicados a Dios. Si adoptáramos

esta enseñanza —creyendo que ofrecer dinero a Dios nos exime del deber de brindar apoyo económico a nuestros padres—, estaríamos, en esencia, robándoles lo que legítimamente les pertenece. Proverbios 28:24 dice: «El que roba a su padre o a su madre y dice: "No es transgresión", es compañero de un destructor» [(Versión coreana contemporánea) «Una persona que roba a sus padres y afirma que no está mal no es diferente de un ladrón»]. ¿Por qué, entre tantas acciones posibles, la Biblia aborda específicamente el acto de robar a los padres? ¿Por qué se centra en el robo a los padres en lugar de —como en el décimo mandamiento— codiciar y robar las posesiones del prójimo? Quizás la razón radique en la existencia del «hombre de ojo malvado» —consumido por la codicia— descrito en el versículo 22; tal persona, impulsada por la obsesión de adquirir riqueza, podría cometer el pecado impensable de robar a sus padres en lugar de honrarlos y mostrarles la piedad filial ordenada. Además, el «hombre codicioso» mencionado en el versículo 25 es capaz de robar la riqueza de sus padres por codicia, llegando incluso a provocar conflictos con ellos en el proceso. Una persona que roba a sus padres sin sentir remordimiento —y que ni siquiera considera tal robo como un pecado— es esencialmente un ladrón; y el punto clave es que tal ladrón bien puede existir dentro de la propia familia. Entonces, ¿por qué un hijo podría robar a sus padres sin considerarlo un robo? ¿Por qué podría afirmar que robar a sus padres no es pecado? Encontré la razón en Proverbios 14:8-9: «La sabiduría del prudente consiste en considerar sus caminos, pero la necedad de los insensatos es el engaño. Los insensatos se burlan de la reparación del pecado, pero entre los rectos se halla la buena voluntad» [(Versión coreana contemporánea) «Una persona prudente es sabia porque conoce el camino que tiene por delante, mientras que el insensato es necio porque practica el engaño. El insensato toma el pecado a la ligera, mientras que la persona recta lo considera con temor»]. Estos versículos indican que cuando un hijo roba a sus padres y afirma que no es pecado, es porque está tomando su pecado a la ligera (14:9). Y la razón por la que toma su pecado a la ligera es que se está engañando a sí mismo (v. 8; Santiago 1:22). La razón por la que nos engañamos a nosotros mismos es la falta de conocimiento (Prov. 14:7). La razón por la que carecemos de conocimiento es que somos arrogantes (v. 6). La razón por la que somos arrogantes es que somos soberbios (v. 3). Y la razón por la que somos soberbios es

que menospreciamos a Dios (v. 2). En última instancia, esto significa que cuando robaba dinero a mis padres de niño y no le daba importancia, era porque estaba menospreciando a Dios. La Biblia también habla de una persona que menospreció a Dios precisamente de esta manera. La persona en cuestión es «Micaía», quien aparece en el capítulo 17 del libro de Jueces. Él robó 1000 piezas de plata a su madre (Jueces 17:2). Sin embargo, al oír a su madre maldecir a la persona que había tomado la plata, le confesó que él había sido quien la robó y se la devolvió (versículos 2-3). No obstante, al escuchar esto de su hijo, la madre de Micaía dijo: «Consagro solemnemente esta plata de mi mano al SEÑOR para mi hijo, para hacer una imagen tallada y un ídolo de fundición; por tanto, ahora te la devolveré» (versículo 3). ¡Qué familia tan disfuncional! ¿Cómo podía una madre —en lugar de perdonar con gracia el pecado de su hijo cuando este devolvió el dinero robado— utilizar ese mismo dinero para crearle un ídolo, bajo el pretexto de hacerlo por su bien? Ni el hijo ni la madre consideraban el pecado como tal. La razón era que menospreciaban a Dios (Proverbios 14:2).

No debemos tomar a la ligera los pecados que cometemos, como el robo. Por el contrario, debemos tomar en serio los pecados cometidos contra Dios. Quienes menosprecian a Dios tratan sus pecados con ligereza (Proverbios 14:2, 9), mientras que quienes temen a Dios toman sus pecados en serio. Si no honramos a nuestros padres o les negamos lo que les corresponde, alegando que se lo hemos dado a Dios, estamos pecando al quebrantar el mandamiento divino. En cierto sentido, esto equivale a robar a los propios padres. No debemos honrar a nuestros padres solo con los labios (Mateo 15:8). Debemos honrar a nuestros padres de corazón. Quienes honran a sus padres sinceramente les dan lo que les corresponde con un corazón alegre y agradecido, buscando su bienestar. Por ello, oro para que todos seamos personas que lleven alegría a nuestros padres (Proverbios 23:25).

En sexto lugar, debemos comprender que no debemos confiar en nosotros mismos, sino actuar con sabiduría.

¿Alguna vez se ha encontrado con alguien que dice: «Nunca confío en los demás; solo confío en mí mismo»? Recuerdo a un amigo de la secundaria que decía ser ateo; afirmaba no creer en ningún dios ni confiar en nadie, salvo en sí mismo. En aquel entonces, podía aceptar la idea de un ateo: alguien que niega la existencia misma de Dios. Sin embargo, al estudiar el comentario de Juan Calvino sobre el capítulo 1 de Romanos en el seminario, llegué a creer —en consonancia con la perspectiva de Calvino— que no pueden existir ateos verdaderos en este mundo. El fundamento de esto se encuentra en Romanos 1:19-21: «Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido». La Biblia afirma claramente que ellos *sí* conocen a Dios. ¿Cómo conocen a Dios? Porque Dios ha revelado claramente sus atributos —específicamente su eterno poder y su naturaleza divina— a través de las cosas que ha creado. Sin embargo, la gente no glorificó a Dios ni le dio gracias. En cambio, sus pensamientos se volvieron vanos y sus corazones necios se oscurecieron.

¿Cree usted que podemos confiar en un «corazón necio» así? Si bien confiar en los demás es difícil, creo que confiar en nuestro propio corazón tampoco es tarea fácil. ¿Por qué? Porque, como nos dice Proverbios 28:25, la codicia habita en nuestros corazones. Debido a esta codicia, nos obsesionamos con acumular riquezas por egoísmo (versículo 22, *Versión Coreana Contemporánea*). Tal persona podría incluso llegar a robar a sus propios padres (versículo 24). En resumen, la razón por la que no podemos confiar en nuestro corazón es que «el corazón humano es más engañoso y corrupto que cualquier otra cosa» (Jeremías 17:9, *Versión Coreana Contemporánea*). ¿Hasta qué punto es engañoso y corrupto el corazón humano? Jesús habló de esto en Marcos 7:20–23: «Lo que sale del corazón de la persona es lo que la contamina. De adentro provienen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, el robo, el asesinato, el adulterio, la codicia, la malicia, el engaño, el desenfreno, la envidia, la calumnia, la arrogancia y la insensatez. Todas estas cosas

provienen de adentro y contaminan a la persona». Además, Génesis 6:5 afirma: «El Señor vio que la maldad del hombre era grande en la tierra, y que toda intención de los pensamientos de su corazón era solo maldad continuamente». ¿Realmente puedes confiar en un corazón así? Proverbios 28:26 dice: «El que confía en su propio corazón es un necio, pero quien camina sabiamente será librado» [(Versión Coreana Contemporánea) «La persona que confía en sí misma es un necio, pero quien actúa sabiamente estará a salvo»]. La Biblia declara: «El que confía en su propio corazón es un necio». Nos dice que no confiemos en nuestros propios corazones. Advierte que, si confiamos en nuestros propios corazones, somos necios. ¿No es eso natural? ¿Acaso quien confía en un «corazón necio» (Romanos 1:21) no es, por naturaleza, un «necio» (Proverbios 28:26)? La Biblia dice que el corazón necio del insensato afirma ser sabio pero, de hecho, es necio (Romanos 1:22). En consecuencia, en lugar de servir al «Dios vivo», estas personas necias sirven a ídolos (versículo 23). Además, cambian la verdad de Dios por una mentira, adorando y sirviendo a la criatura en lugar de al Creador (versículo 25). Finalmente, Dios los entregó para que hicieran cosas malas con sus mentes corrompidas (versículo 28, Versión Coreana Contemporánea). La Biblia pronuncia un «ay» sobre tales personas (Isaías 5:21). Nos instruye: «No seas sabio en tu propia opinión; teme al Señor y apártate del mal» (Proverbios 3:7). Por lo tanto, no debemos pretender ser sabios (Romanos 12:16).

En cambio, la última parte de Proverbios 28:26 nos llama a ser personas que «caminan sabiamente». Para ello, debemos «inclinar [nuestro] oído y escuchar las palabras de los sabios» (22:17). También debemos atesorar esas palabras en nuestro corazón (v. 18). Al hacerlo, llegaremos a confiar en Dios (v. 19). Así, Proverbios 3:5-6 nos dice: «Confía en el Señor con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia; reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus sendas». No debemos considerarnos sabios (v. 7), sino más bien actuar sabiamente mediante la sabiduría que Dios nos da. Actuar sabiamente aquí significa apartarse del mal porque tememos a Dios (v. 7). Del mismo modo que amar a Dios y a la verdad (3:3) nos lleva a apartarnos del odio y la falsedad, temer a Dios nos capacita para apartarnos del mal de considerarnos sabios (v. 7). Si no confiamos en Dios ni lo

reconocemos en todos nuestros caminos, es señal de que confiamos en nosotros mismos y nos reconocemos a nosotros mismos. Esto demuestra que nos consideramos sabios. Tal creencia es la vana ilusión de un necio que no teme a Dios (14:16). La raíz de esta creencia vana —creerse sabio— es el orgullo que pone la mente en cosas elevadas (Ro. 12:16). ¿Por qué ponemos la mente en cosas elevadas? Porque no conocemos íntimamente al Dios Altísimo. Sin un conocimiento íntimo de Dios, nos consideramos sabios (Pr. 3:7) y actuamos como si lo fuéramos (Ro. 12:16). Cuando caemos presa de tal arrogancia, aun conociendo a Dios, no le glorificamos ni le damos gracias; por el contrario, nuestros pensamientos se vuelven vanos y nuestro necio corazón se oscurece: nos creemos sabios, pero nos volvemos necios (Romanos 1:21-22). Por tanto, no debemos considerarnos sabios ante nuestros propios ojos. Más bien, por reverencia a Dios, debemos apartarnos del mal. Puesto que tememos a Dios, no debemos poner el corazón en cosas elevadas, sino humillarnos. En resumen, la persona sabia que teme a Dios es humilde. Debemos temer a Dios, apartarnos del mal y caminar en humildad. Dios exaltará y utilizará grandemente a los humildes. ¿Por qué nos dice la Biblia que actuemos con sabiduría? Porque «el que camina con sabiduría será librado» (Proverbios 28:26). En palabras de la *Versión Coreana Contemporánea* (Hyundai-in-ui Seong-gyeong), la razón por la que debemos actuar sabiamente es que quienes se conducen con sabiduría estarán seguros.

La persona sabia escucha únicamente la Palabra de Dios. Quienes atienden a la Palabra de Dios vivirán en paz y seguridad, libres del temor a la desgracia (1:33). Además, los sabios confían en Dios —que es una torre fuerte (29:25)— y corren hacia Él para hallar seguridad (18:10). Oro para que usted experimente esta clase de seguridad. Que todos actuemos con sabiduría mediante la sabiduría que Dios nos da y disfrutemos de su salvación —su liberación— y de su seguridad.

En séptimo lugar, debemos reconocer el hecho de que quienes socorren a los pobres no sufrirán carencias.

¿Ha oído alguna vez el término "pobreza relativa"? Se dice que existen dos tipos de pobreza: la pobreza absoluta y la pobreza relativa. La pobreza absoluta se refiere a una situación en la que los individuos y las familias carecen de los recursos necesarios para sobrevivir —como alimentos, ropa, vivienda y otros elementos esenciales—, lo que les impide mantener su bienestar físico. La pobreza relativa, por otro lado, se refiere a una situación en la que se tiene comparativamente menos que el promedio de la sociedad o que un determinado nivel de vida. Hasta hace poco, yo solo asociaba la "pobreza" con el concepto de pobreza absoluta; sin embargo, escuché un informe en una emisora de radio coreana que indicaba que el número de personas que viven en situación de pobreza relativa aquí, en el sur de California, aumenta constantemente. Lo que más me llamó la atención de aquel informe fue descubrir que incluso una persona que gana entre 3.000 y 4.000 dólares al mes podría considerarse en situación de pobreza relativa si sus gastos mensuales —por ejemplo, el alquiler— ascendieran a 5.000 dólares. Esto me resultó impactante porque, hasta ese momento, solo conocía el concepto de pobreza absoluta; me sorprendió saber que ganar 3.000 o 4.000 dólares mensuales podía clasificarse aun así como pobreza. No obstante, desde entonces, a través de noticias y conversaciones con otras personas, he visto que el elevado costo de vida en California —en particular, los alquileres exorbitantes de los apartamentos—, sumado a unos salarios que no aumentan al mismo ritmo, provoca un déficit mensual en muchas personas, lo que resulta en un número creciente de individuos que luchan contra la pobreza relativa.

Ya hemos ido aprendiendo lecciones sobre "los pobres" al meditar en el Libro de Proverbios. La lección más reciente que he aprendido proviene de Proverbios 28:18: "El que camina en integridad será salvo, pero el que anda en caminos torcidos caerá de repente". Una traducción basada en el hebreo original lo expresa así: "El que camina con integridad obtendrá la salvación, pero el que practica el doble engaño caerá de inmediato" (Park Yun-sun). ¿Qué clase de persona es aquella que practica el doble engaño? Un ejemplo destacado es el «rico que anda por caminos torcidos» —o el «rico engañoso» (Versión Coreana Contemporánea)— mencionado en la segunda parte de Proverbios 28:6, un pasaje

sobre el que ya hemos reflexionado. El hebreo original transmite la idea de «un hombre rico que engaña al andar por dos caminos» (Park Yun-sun). ¿Qué clase de persona es un rico que anda por dos caminos? Es alguien que exteriormente aparenta seguir la senda del bien, pero que en realidad recorre el camino del mal (Park Yun-sun). Una de las malas prácticas de una persona rica de este tipo es la «opresión del pobre» (versículo 3). Un ejemplo más concreto de esta opresión se encuentra en Santiago 2:6: «Sin embargo, ustedes menosprecian al pobre. ¿No son acaso los ricos quienes los hostigan y los llevan a los tribunales?» (Versión Coreana Contemporánea). El rico que anda por dos caminos no solo menosprecia a los pobres, sino que también los hostiga y les causa daño al llevarlos a juicio. Resulta difícil imaginarlo plenamente: aparentar ante los demás que se hacen buenas obras, mientras (con astucia) se oprime al pobre cuando nadie mira. Es a través de esta incoherencia entre su conducta pública y sus acciones privadas como estos ricos engañosos, que andan por dos caminos, acumulan su riqueza; y, al hacerlo, parece que tienen éxito en su empeño.

Al observar el pasaje de hoy, Proverbios 28:27, la Biblia afirma: «El que da al pobre no tendrá carencia alguna, pero el que cierra los ojos ante él recibe muchas maldiciones» (Versión Coreana Contemporánea). En cuanto a los «pobres», los Proverbios que hemos analizado hasta ahora nos dicen lo siguiente: (1) (14:31) «El que oprime al pobre menosprecia a su Creador», (2) (17:5) «El que se burla del pobre menosprecia al Señor que lo hizo…», (3) (21:13) «Si un hombre cierra sus oídos al clamor del pobre, él también clamará y no recibirá respuesta», y (4) (22:16) «El que oprime al pobre para aumentar su riqueza y el que da regalos al rico: ambos acabarán en la pobreza». Estos versículos indican que maltratar o burlarse de los pobres equivale a mostrar desprecio por el Dios que los creó, y que tales acciones conducen a la pobreza. Además, la segunda parte de Proverbios 28:27 afirma que «quien cierra los ojos ante el pobre recibe muchas maldiciones» (Versión Coreana Contemporánea). Aquí, la frase «cerrar los ojos ante el pobre» se refiere a no responder a las necesidades de los pobres (MacArthur). Proverbios 14:31 (última parte) declara: «…El que tiene compasión del pobre honra a Dios». Si la Biblia declara que mostrar compasión hacia los pobres es un acto de honrar a Dios, se deduce que quien hace caso omiso de los pobres

—tal como se describe en Proverbios 28:27— no muestra compasión y, por consiguiente, no honra a Dios. En cambio, la persona con «ojo generoso» (22:9) muestra compasión hacia los pobres. Tal acto se compara con prestarle a Dios, y Él ha prometido recompensar esa buena obra (19:17). La Biblia afirma que aquellos que poseen tal ojo generoso serán bendecidos por Dios (22:9).

1 Juan 3:17–18 dice: «Si alguien tiene bienes materiales y ve a un hermano en necesidad pero le cierra su corazón, ¿cómo puede el amor de Dios morar en él? Queridos hijos, no amemos con palabras ni con el hablar, sino con acciones y en verdad». Si afirmamos amar a Dios, debemos usar nuestros recursos materiales para ayudar a nuestros hermanos y hermanas que están en necesidad. No debemos limitarnos a hablar a otros sobre las dificultades de un hermano o hermana; más bien, debemos amar sinceramente a nuestros hermanos necesitados mediante nuestras acciones, no solo con palabras. Proverbios 11:24 afirma: «Uno da libremente y se enriquece aún más; otro retiene lo que debería dar y solo sufre escasez» [(Versión Coreana Contemporánea) «Hay quienes se vuelven más ricos al gastar generosamente en los demás, mientras que otros permanecen pobres a pesar de ser excesivamente tacaños»]. La Biblia enseña que aquellos que ayudan a los pobres no solo evitan la escasez (28:27), sino que, de hecho, llegan a ser aún más prósperos. Ruego que, confiando en esta palabra, no miremos hacia otro lado al ver a los pobres, sino que, por el contrario, tendamos la mano para ayudarles y proveer a sus necesidades.

Por último, el octavo punto que debemos comprender es que, cuando los malvados llegan al poder, la gente se esconde; pero cuando ellos caen, los justos prosperan.

En la tarde del 7 de noviembre de 2017, el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, pronunció un discurso ante la Asamblea Nacional de Corea del Sur —la primera intervención de este tipo por parte de un presidente estadounidense en 24 años— frente a una audiencia que incluía a más de 550 legisladores tanto del partido gobernante como de la oposición, así como a representantes diplomáticos extranjeros. Su discurso duró

aproximadamente 35 minutos y se centró casi exclusivamente en Corea del Norte; según se informó, cerca de 24 minutos de ese tiempo se dedicaron a condenar al régimen norcoreano. Comenzó haciendo referencia a la Guerra de Corea y a la historia de la alianza entre la República de Corea y Estados Unidos, para luego lanzar una advertencia al líder norcoreano, Kim Jong-un. Tras la intervención, diversos medios de comunicación extranjeros ofrecieron sus valoraciones; una de ellas señalaba: «Al hacer que el presidente de un país aliado —Estados Unidos—, y no el presidente Moon, expresara el sufrimiento del pueblo norcoreano y la sombría realidad de su situación, el discurso también supuso una contribución significativa a la educación anticomunista de la opinión pública surcoreana». He vuelto a examinar el contenido del discurso del presidente Trump para reflexionar una vez más sobre ese «sufrimiento del pueblo norcoreano y la sombría realidad de su situación». Declaró lo siguiente (en línea): «Los trabajadores norcoreanos se esfuerzan sin remuneración durante jornadas extenuantes y en condiciones insoportables. Recientemente, se ordenó a toda la fuerza laboral trabajar 70 días consecutivos o pagar una suma para obtener un solo día de descanso. Las familias viven en hogares sin instalaciones sanitarias básicas, y menos de la mitad de los hogares tiene acceso a electricidad. Los padres entregan sobornos a los maestros con la esperanza de que sus hijos se libren del trabajo forzado. Más de un millón de norcoreanos perecieron durante la hambruna de la década de 1990, y un sinnúmero de personas sigue perdiendo la vida por inanición. Cerca del 30 por ciento de los niños menores de cinco años sufren retraso en el crecimiento debido a la desnutrición. Sin embargo, en 2012 y 2013, el régimen norcoreano gastó una cifra estimada de 200 millones de dólares —un monto casi equivalente a la mitad de lo destinado a mejorar el nivel de vida de la población— en erigir monumentos, torres y estatuas para idolatrar al dictador. Los escasos frutos de la economía norcoreana se distribuyen en función de la lealtad a este régimen perverso. Lejos de tratar a la población como ciudadanos en igualdad de condiciones, este dictador brutal mide, califica y evalúa arbitrariamente su lealtad al Estado, asignándoles un rango social. A quienes obtienen una puntuación alta en lealtad se les permite vivir en la capital, Pionyang. Aquellos con las puntuaciones más bajas son los primeros en morir de hambre. Una sola infracción menor —como manchar accidentalmente

la fotografía del dictador impresa en un periódico desechado— puede afectar el estatus social de toda la familia durante décadas. Y se estima que hay 100.000 norcoreanos en campos de trabajo…». Sufren trabajos forzados, torturas, inanición, violaciones y asesinatos. En un caso conocido, un niño de nueve años fue encarcelado durante diez años simplemente porque su abuelo había sido acusado de traición. En otro incidente, un estudiante fue golpeado en la escuela por olvidar un detalle sobre la vida de Kim Jong-un. Los soldados secuestran a extranjeros y los obligan a trabajar como instructores de idiomas para espías norcoreanos. Aunque la región fue un bastión del cristianismo antes de la guerra, cualquiera que sea sorprendido rezando o practicando una religión —ya sea cristiana o de otro tipo— se enfrenta ahora a detención, tortura y, en la mayoría de los casos, a la ejecución. Las mujeres norcoreanas son obligadas a someterse a abortos si se considera que sus fetos son racialmente impuros; Si nacen tales bebés, son asesinados al poco de nacer. Un bebé de padre chino fue arrastrado dentro de una cesta; los guardias declararon que el niño no merecía vivir porque su sangre era «impura». ¿Por qué, entonces, deberíamos sentir la obligación de ayudar a China? La vida en Corea del Norte es tan espantosa que, según se informa, los habitantes sobornan a funcionarios del gobierno para ser vendidos en el extranjero como mano de obra esclava; prefieren ser esclavos. Intentar huir es un delito castigado con la muerte. Una persona que logró escapar dijo: «Al mirar atrás, me veo más cerca de un animal que de un ser humano. Solo después de salir de Corea del Norte comprendí en qué consiste realmente la vida». Proverbios 28:12 afirma: «Cuando los justos triunfan, hay gran gloria; pero cuando los impíos llegan al poder, la gente se esconde» [(Versión coreana contemporánea) «Cuando los justos triunfan, todos se regocijan; pero cuando los impíos toman el poder, el pueblo se ve obligado a vivir escondido»]. ¿No es esto lo que sucede actualmente en Corea del Norte? ¿No es acaso porque los impíos han tomado el poder que el pueblo norcoreano vive escondido? Proverbios 29:2 dice: «Cuando los justos prosperan, el pueblo se regocija; pero cuando los impíos tienen la autoridad, el pueblo gime» [(Versión coreana contemporánea) «Cuando una persona justa tiene el poder, el pueblo se regocija; pero cuando una persona impía tiene el poder, el pueblo gime»]. En efecto, ¿acaso no gimen de angustia los habitantes de naciones como Corea del Norte o

Siria, donde los impíos ostentan actualmente el poder? Al observar el pasaje de hoy, Proverbios 28:28, la Biblia dice: «Cuando los impíos se alzan, la gente se esconde; pero cuando perecen, los justos prosperan» [(Versión coreana contemporánea) «Cuando una persona impía toma el poder, el pueblo vive escondido; pero cuando cae, los justos florecen»]. Ya hemos reflexionado sobre un versículo similar, Proverbios 28:12: «Cuando los justos triunfan, hay gran gloria; pero cuando los impíos llegan al poder, la gente se esconde» [(Versión coreana contemporánea) «Cuando los justos triunfan, todos se regocijan; pero cuando los impíos toman el poder, el pueblo se ve obligado a vivir escondido»]. En primer lugar, respecto a los justos, el sentido es que se alegran porque Dios los utiliza; la razón de este gozo es que Dios derrama abundante gracia y bendiciones sobre ellos (Park Yun-sun). En particular, cuando Dios establece líderes justos para gobernar una nación, prevalecen el orden y la justicia, lo que inevitablemente trae alegría a los ciudadanos (Walvoord). Considere Proverbios 11:10: «Cuando los justos prosperan, la ciudad se alegra...». Sin embargo, cuando los impíos llegan al poder, la gente se ve obligada a esconderse (28:12b, 28a). Esto se debe a que los gobernantes impíos, impulsados por la arrogancia, oprimen al pueblo (Park Yun-sun). Observe Proverbios 28:15: «Un gobernante impío que oprime a los pobres es como un león rugiente o un oso hambriento». Imagine un «león rugiente y un oso hambriento». ¿Por qué ruge un león? Ruge porque tiene hambre y busca presas (Park Yun-sun). Como meditamos anteriormente en Proverbios 17:12, la Biblia afirma: «Mejor es encontrarse con una osa a la que han arrebatado sus crías que con un necio en su necedad». Esto implica que un necio es más peligroso que una osa privada de sus crías. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede un necio ser más peligroso que tal oso? La razón es que una persona necia es menos racional que una osa a la que han arrebatado sus crías cuando actúa movida por la ira (MacArthur). Por tanto, cuando una persona impía, necia y arrogante toma el poder, los ciudadanos no tienen más remedio que esconderse. No obstante, la última parte de Proverbios 28:28 nos dice que cuando los impíos perecen, los justos aumentan. Cuando cae un impío necio y arrogante que ostentaba el poder, los justos se multiplicarán y prosperarán. La razón es que, si bien la proliferación de los impíos conduce a un aumento del pecado (29:16), su destrucción resulta en menos pecado; en consecuencia, los justos

—que antes vivían escondidos— inevitablemente emergen y prosperan. Por ejemplo, durante la época de los Jueces, los israelitas se vieron obligados a refugiarse en cuevas de montaña y lugares seguros debido a los crueles madianitas (Jueces 6:2); En efecto, siempre que los impíos llegan al poder, la gente se ve obligada a vivir escondida (Proverbios 28:28). Sin embargo, después de que Dios nombró a Gedeón juez y le permitió derrotar al ejército madianita con sus 300 soldados, la tierra gozó de paz durante los cuarenta años que vivió Gedeón (Jueces 8:28). En tales tiempos de tranquilidad, ya no es necesario que la gente viva escondida, pues los justos aumentan. La primera parte de Proverbios 28:12 afirma: «Cuando los justos triunfan, todos se alegran». Del mismo modo, la primera parte de Proverbios 11:10 dice: «Cuando los justos prosperan, toda la ciudad se alegra». ¿Qué significa esto? Significa que, cuando los impíos perecen y los justos triunfan y prosperan, todos —la ciudadanía entera— se alegran y se regocijan.

Personalmente, por muy imperfectas que sean mis oraciones, oro por las personas que mueren en la guerra civil de Siria; espero que el dictador del país renuncie y que sus ciudadanos encuentren pronto la libertad. Lo mismo se aplica a Corea del Norte. Oro para que el dictador de allí deje el poder pronto y para que nuestros hermanos y hermanas de esa tierra puedan practicar su fe libremente, sin tener que luchar más en medio de la miseria y la persecución. Sinceramente, hay momentos en los que —al igual que el salmista— oro por la caída de los líderes malvados que ostentan el poder. Mi esperanza es que los ciudadanos de esas naciones ya no enfrenten la muerte ni el sufrimiento, sino que encuentren motivos de alegría y regocijo.

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Hay ciertas verdades que debemos reconocer. Basándonos en Proverbios 28:21–28, hemos meditado y aprendido ocho puntos clave: (1) Primero, debemos comprender que los sobornos pueden llevarnos a cometer actos indebidos (v. 21). (2) Segundo, debemos comprender que la persona codiciosa a menudo no se da cuenta de que la pobreza se precipita sobre ella (v. 22). (3) Tercero, debemos comprender que reprender a alguien granjea más favor a la larga que adularlo con

la lengua (v. 23). (4) Cuarto, debemos comprender que quien roba a sus padres y afirma que no es pecado no se diferencia en nada de un ladrón común (v. 24). (5) Quinto, debemos comprender que, mientras la codicia provoca conflictos, quienes confían en Dios prosperarán (v. 25). (6) Sexto, debemos comprender que no debemos confiar en nosotros mismos, sino actuar con sabiduría (v. 26). (7) Séptimo, debemos comprender que a quienes proveen para los pobres no les faltará nada (v. 27). (8) Finalmente, el octavo punto que debemos entender es que, cuando los malvados llegan al poder, la gente se esconde, pero cuando caen, los justos prosperan (v. 28).

«Aquel que anhela la sabiduría»

[Proverbios 29:1–5]

Personalmente, hay un poder que busco en Dios: el poder de Su Palabra y el poder de Su amor. Sin embargo, al continuar meditando en los libros de sabiduría de la Biblia, llegué a anhelar otro poder más: el «poder de la sabiduría». Mi motivación para buscar este poder surgió mientras meditaba en estos libros; al ver expuestas mi propia insensatez y falta de entendimiento, me sentí impulsado a pedirle sabiduría a Dios. En particular, una de las razones por las que anhelo el poder de la sabiduría es para aprender a aborrecer el mal. En otras palabras, busco este poder para poder aborrecer el mal que Dios aborrece y amar aún más profundamente el bien que Dios ama.

Al observar la primera parte de Proverbios 29:3 en el texto de hoy, la Biblia afirma: «El que anhela la sabiduría alegra a su padre». Quisiera reflexionar sobre este versículo —bajo el título «Aquel que anhela la sabiduría»— considerando tres cosas (o personas) que tal individuo valora, y así recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece.

En primer lugar, quien anhela la sabiduría desea la reprensión más que el halago. Por favor, miren el pasaje de hoy, Proverbios 29:1 y 5: «El hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina… El que lisonjea a su prójimo, red tiende a sus pasos». ¿Prefieren escuchar palabras de reprensión o palabras de halago? Si supieran que la persona que los halaga lo hace solo para complacerlos con mentiras —únicamente para obtener lo que *ella* quiere para su propio beneficio—, ¿seguirían queriendo escuchar esos halagos? O bien, aunque escuchar una reprensión pudiera

resultarles algo desagradable en el momento, ¿estarían dispuestos a escucharla con mayor atención si supieran que la persona los reprende por amor, por su propio bien y para ayudarlos a crecer?

Anteriormente meditamos en Proverbios 28:23, que dice: «El que reprende al hombre (señala sus faltas) hallará después mayor favor que el que lisonjea con la lengua». Este versículo nos anima a ser el tipo de persona que reprende a los demás, alguien que señala sus faltas. ¿Por qué? Porque quien reprende terminará siendo más amado (versículo 23). Sin embargo, en realidad, nuestro instinto es desear ser amados *ahora mismo* en lugar de buscar un amor mayor en el futuro. Hoy en día, a menudo pensamos que la forma de ser más amados por los demás es congraciarnos con ellos o adularlos, en vez de ofrecer una reprensión firme que les ayude a darse cuenta de sus errores. No obstante, Proverbios 29:5, en el pasaje de hoy, afirma: «Adular al prójimo es tender una red para sus pies». En este contexto, «adular» al prójimo se refiere a decir «cosas halagadoras» —es decir, pronunciar palabras agradables al oído que complacen la naturaleza pecaminosa de la otra persona (Park Yun-sun)—. Un ejemplo destacado se encuentra en 1 Reyes 22, donde cuatrocientos falsos profetas adularon al malvado rey Acab de Israel con las palabras que él quería oír. En aquel entonces, el rey Acab planeaba ir a Ramot de Galaad junto con el rey Josafat de Judá para luchar contra Aram (v. 4). El rey Josafat sugirió que primero consultaran la palabra del Señor (v. 5). En consecuencia, Acab reunió a unos cuatrocientos profetas y les preguntó: «¿Debo ir a la guerra contra Ramot de Galaad o no?» (v. 6). Los profetas lo adularon diciendo: «Sube, pues el Señor entregará la ciudad en manos del rey» (v. 6). Otro ejemplo proviene de la época del profeta Jeremías, cuando falsos profetas pronunciaban profecías que agradaban a los oídos de los israelitas. A pesar de la ausencia de verdadera paz, estos falsos profetas mentían al pueblo diciendo: «Paz, paz» (Jer. 6:14; 8:11). ¿Cómo podía haber paz para los israelitas, que persistían en el pecado sin arrepentirse? Eran falsas profecías: mentiras diseñadas para complacer los oídos del pueblo. ¿Por qué recurrían estos falsos profetas a tal adulación? ¿Por qué pronunciaban palabras que agradaban al rey Acab y al pueblo de Israel? La razón es que tanto Acab como los israelitas vivían en pecado; Así, [los

profetas satisfacían] su naturaleza pecaminosa... Esto se debe a que los halagos de aquellos falsos profetas coincidían con sus propios deseos pecaminosos y sus intereses personales.

La última parte de Proverbios 29:5, nuestro texto de hoy, nos dice que adular a los demás es como tender una red a los propios pies. ¿Qué significa esto? ¿Por qué lanzan redes los cazadores? ¿Acaso no es para atrapar a su presa? Decir que quien adula a su prójimo está tendiendo una red a sus propios pies significa que, aunque el acto de adular parezca inofensivo en el momento, equivale a tenderse una trampa a sí mismo: una trampa en la que finalmente quedará atrapado. En resumen, el adulador provoca su propia ruina (26:28). Jeremías 9:8, según la *Versión Coreana Contemporánea* (Hyundai-in-ui Seong-gyeong), lo expresa así: «Sus lenguas son como flechas mortales. Constantemente dicen mentiras; con la boca hablan amablemente a su prójimo, pero en su corazón les tienden trampas para atraparlos». La lengua del adulador es como una flecha mortal. El adulador dice mentiras constantemente; mientras habla con amabilidad a su prójimo, en secreto le tiende una trampa para atraparlo. Tal persona habla con engaño y doblez de corazón (Salmo 12:2). Por tanto, debemos estar alerta ante quienes nos adulan con un corazón dividido. La persona sabia desconfía de los aduladores. Por supuesto, primero debemos asegurarnos de que nosotros mismos, al igual que el apóstol Pablo, nunca usemos palabras de adulación (1 Tesalonicenses 2:5). En particular, no debemos adular a otros para obtener beneficio propio (Judas 1:16). Los aduladores de los que debemos cuidarnos engañan el corazón de los ingenuos con palabras lisonjeras (Romanos 16:18). Nunca dicen la verdad; por el contrario, mezclan astutamente la verdad con la falsedad para halagarnos, llevándonos por mal camino hacia la soberbia y el pecado. Por ello, debemos negarnos a escuchar adulaciones y, en su lugar, estar dispuestos a atender la reprensión de quienes nos corrigen por amor (Proverbios 28:23). Quienes buscan la sabiduría valoran más la reprensión que la adulación. Sin embargo, el problema —como destaca el texto de hoy, Proverbios 29:1— es que a menudo nos volvemos obstinados, incluso cuando se nos reprende. Una "persona de dura cerviz" se refiere aquí a alguien extremadamente terco. Tal persona posee un "espíritu

refractario a la enseñanza": alguien a quien resulta difícil instruir y que se niega a escuchar (MacArthur). ¿Quién le viene a la mente al pensar en una persona obstinada y de dura cerviz en la Biblia? Yo pienso en el Faraón, el rey de Egipto, del libro del Éxodo. Aun cuando Dios envió diez plagas, el Faraón endureció su corazón repetidamente; se negó a escuchar la palabra de Dios transmitida a través de Moisés y Aarón, insistiendo en cambio en su propia voluntad. Se negó a dejar ir al pueblo de Israel. Solo después de sufrir la décima plaga su obstinación fue finalmente quebrantada, y liberó a los israelitas de Egipto conforme a la palabra de Dios. Sin embargo, más allá del Faraón, otra figura bíblica que viene a la mente al pensar en una obstinación extrema es el profeta Jonás. Dios desistió de su propósito (Jonás 3:10). Al ver lo que hizo el pueblo de Nínive —específicamente, cómo se apartaron de sus malos caminos—, Dios cambió de parecer y no envió sobre ellos el desastre con el que los había amenazado (versículo 10). No obstante, el profeta Jonás se sintió profundamente disgustado e irritado (4:1). Estaba tan molesto y enojado que incluso deseaba morir (versículo 3). La razón era que, aunque Dios había desistido de su castigo, Jonás se aferraba obstinadamente a su propia voluntad. ¿Cuál era la voluntad de Jonás? La convicción de que "Nínive sería destruida al cabo de cuarenta días" (3:4). Por eso salió de la ciudad, se sentó al este de ella, se construyó un refugio y esperó a su sombra para ver qué sucedería con la ciudad (4:5). ¿Cuál era el "suceso" que él esperaba? La destrucción de Nínive (3:4).

Debemos tener mucho cuidado de que nuestros corazones no se vuelvan obstinados. Para evitarlo, debemos cultivar diligentemente la tierra de nuestros corazones —tal como se labra un terreno en barbecho— para ablandarlos. Debemos permitir que la Palabra de Dios —que actúa como fuego y martillo— derrita y quebrante nuestros corazones. Hemos de penetrar nuestros corazones repetidamente con la Palabra de Dios —la espada del Espíritu— para ablandarlos. Al hacerlo, nuestros corazones se volverán sensibles, permitiéndonos atender las palabras de aquellos que nos reprenden por amor... Debemos escuchar con un espíritu humilde y dispuesto a aprender; esta es la actitud de quien busca la sabiduría con sinceridad. En particular, debemos atender con humildad la reprensión del

Señor respecto a nuestras iniquidades (Salmo 39:11). Cuando el Señor nos reprende y pone nuestros pecados al descubierto ante nuestros ojos, debemos aceptar dicha reprensión con humildad (Salmo 50:21). Por ello, oro para que tanto tú como yo recibamos la gracia de acercarnos a Dios —confiando en la preciosa sangre de Jesús derramada en la cruz— para reconocer, confesar y arrepentirnos de los pecados que han quedado al descubierto.

En segundo lugar, quienes buscan la sabiduría anhelan la justicia por encima de los sobornos.

Hace poco tiempo compartí una comida con un antiguo compañero de universidad y pude percibir su pesar al comentar que, «en el mundo actual, parece que el dinero y el poder son lo único que se necesita para lograr las cosas». Imagino que este compañero no es el único que piensa así. Muchas personas observan el mundo y creen que, con dinero y poder, pueden vivir a su antojo y perseguir sus propios intereses. Es probable que también crean que poseer dinero y poder les permite cometer actos ilícitos y eludir el castigo. ¿Cómo podrían librarse de las consecuencias? Un método es, por supuesto, el soborno. Por ejemplo, si un juez —que debería presidir con imparcialidad— muestra favoritismo debido a vínculos personales, ¿qué sucede con el juicio? (28:21) Simplemente no se llegará a un veredicto justo. Sin embargo, ¿por qué ocurren tales cosas en nuestros tribunales hoy en día? La razón es, precisamente, el «soborno».

Parece haber muchas más personas de las que imaginamos que creen que «el dinero lo puede todo». Creen que «el dinero es poder». En consecuencia, no dudan en ofrecer sobornos para alcanzar sus objetivos y ambiciones egoístas. Un ejemplo de esto se encuentra en la Biblia, en el capítulo 4 del libro de Esdras. Cuando el pueblo de Israel regresó a su tierra natal de Judá tras el cautiverio en Babilonia y se propuso reconstruir el Templo de Dios, los «adversarios de Judá y de Benjamín» se enteraron de la noticia (versículo 1) y se acercaron a Zorobabel y a los demás líderes judíos. Pidieron a Zorobabel y a los líderes judíos que les permitieran unirse a la construcción del templo junto con el pueblo de Judá

(v. 2); sin embargo, Zorobabel, Jesúa y los otros líderes se negaron, diciendo: «Nosotros solos lo edificaremos para el Señor, el Dios de Israel» (v. 3). Desde aquel momento, «el pueblo de la tierra intimidaba al pueblo de Judá y obstaculizaba la construcción del templo» (v. 4). Uno de los métodos que emplearon para impedir la edificación del templo fue el soborno (v. 5). Los adversarios de Judá «sobornaron a funcionarios para obstaculizar el plan [de construir el templo] desde los días de Ciro, rey de Persia, hasta el reinado de Darío, rey de Persia» (v. 5). En el capítulo 6 de Nehemías, Tobías y Sanbalat —adversarios del pueblo de Judá— sobornaron a Semaías para que le transmitiera una profecía (falsa) a Nehemías (v. 12). El contenido de la profecía era: «Vienen a matarte; entremos en la casa de Dios, quedémonos dentro del santuario y cerremos las puertas, pues seguramente vendrán de noche a matarte» (v. 10). Al oír esto, Nehemías respondió a Semaías: «¿Cómo podría yo, el gobernador, huir? ¿Cómo podría un hombre como yo entrar en el santuario y esconderme para salvar mi vida? No lo haré» (v. 11). Entonces Nehemías se dio cuenta de que Semaías no había recibido palabra de Dios, sino que había sido sobornado por Tobías y Sanbalat para transmitir aquella profecía (v. 12). ¿Por qué Tobías y Sanbalat, que se oponían al pueblo de Judá, sobornaron a Semaías para que transmitiera tal profecía falsa? Observemos Nehemías 6:13: «La razón por la que dieron el soborno fue para intimidarme, hacerme pecar e inventar palabras malvadas para difamarme». En última instancia, el propósito del soborno era infundir temor en Nehemías —el líder del pueblo de Judá— y, de ese modo, hacer que cometiera un pecado contra Dios.

Consideremos el pasaje de hoy en Proverbios 29:2 y 4: «Cuando los justos prosperan, el pueblo se alegra; pero cuando los malvados tienen el poder, el pueblo gime… Un rey justo y recto trae estabilidad a la nación, pero un rey que exige sobornos la arruina». ¿Qué creen que sucede cuando los políticos en el poder extorsionan a los ciudadanos para obtener sobornos? ¿Qué ocurre con una nación cuando sus líderes —especialmente el presidente— coaccionan a la gente para que pague sobornos? La Biblia nos dice hoy: «El que obliga a pagar sobornos destruye la tierra» (versículo 4). En efecto, tal como sugiere la última parte del versículo 2, ¿acaso no hay líderes —presidentes o reyes— entre las naciones de este

mundo que se apoderan del poder y gobiernan obligando a la gente a pagar sobornos? (Versículo 4). ¿Qué otra cosa podrían estar haciendo tales líderes malvados sino llevar a la ruina a sus propias naciones? (Versículo 4). ¿Y cómo deben sentirse los ciudadanos al ver a su propio líder destruir el país? ¿No gemirían de angustia, tal como describe la última parte del versículo 2? Eclesiastés 7:7 (en la *Versión Coreana Contemporánea*) afirma: «El soborno corrompe el corazón». Imagínese: si el corazón de un rey o presidente que acepta sobornos se corrompe, ¿puede tal líder gobernar verdaderamente la nación de manera adecuada? Por el contrario, con un corazón corrupto, es probable que tal gobernante maltrate y oprima a los pobres de entre la ciudadanía. En tiempos del profeta Amós, los jueces aceptaban sobornos y oprimían a los pobres (Amós 5:12). Si tales cosas suceden en un tribunal debido a un juez corrupto, ¿qué clase de cosas podrían ocurrir en una nación dirigida por un presidente corrupto? ¿Acaso ese presidente corrupto no aceptaría sobornos de los ricos malvados mientras maltrata y oprime a los pobres? Por eso la Biblia, en las últimas partes de Proverbios 29:2 y 4, declara: «...cuando los malvados llegan al poder, el pueblo gime» (versículo 2b), y «...quien exige sobornos lleva a la nación a la ruina» (versículo 4b). En cambio, como se afirma en las primeras partes de Proverbios 29:2 y 29:4: «Cuando los justos prosperan, el pueblo se regocija» (v. 2), y «Un rey da estabilidad a la tierra mediante la justicia» (v. 4a). De esto aprendo que aquellos que buscan sinceramente la sabiduría que agrada a Dios Padre (v. 3) no codician sobornos, sino que valoran la justicia (v. 4). Ciertamente, los tiempos en que vivió el autor de Proverbios no difieren mucho de los nuestros; a lo largo de la historia —tanto entonces como ahora— ha habido períodos en los que el poder estuvo en manos de personas malvadas que exigían sobornos, del mismo modo que ha habido y sigue habiendo momentos en los que líderes justos ostentaron el poder y fortalecieron la nación mediante la justicia. Creo que estos dos tipos de líderes siempre existen. Por supuesto, esperamos que los líderes de nuestro país sean personas íntegras que fortalezcan a la nación mediante la justicia, y no individuos malvados que exigen sobornos o recurren a la extorsión. Sin embargo, al ver a políticos —los líderes de nuestra nación— comparecer ante los tribunales y enfrentar castigos por aceptar sobornos, es inevitable reflexionar sobre cómo el dinero seduce el corazón humano y conduce a las

personas al pecado. Observemos Proverbios 17:8 en la *Versión Coreana Contemporánea* (y en la *Traducción Conjunta*): «Algunas personas ven el soborno como una varita mágica, creyendo que puede lograr cualquier cosa» [(Traducción Conjunta) «El soborno es como una varita mágica; no hay nada que no pueda conseguir»]. Realmente parece haber personas en este mundo que consideran el soborno como una varita mágica, creyendo que con él todo es posible. Tales personas detestan practicar la justicia (21:7). Nosotros, en cambio, debemos valorar y amar la justicia; por el contrario, debemos aborrecer los sobornos. Debemos desechar la creencia vana y falsa de que todo se puede lograr mediante el soborno, y no debemos ni ofrecer ni aceptar sobornos. Creo que la sociedad en la que vivimos hoy se asemeja mucho a la que habitó el profeta Habacuc: una sociedad donde la justicia no prevalece. Consideremos Habacuc 1:4: «Por eso la ley está paralizada y la justicia nunca prevalece. Los malvados acorralan a los justos, de modo que la justicia es pervertida». El profeta Habacuc clamó a Dios, cuestionando por qué un Dios justo no castigaba a los malvados. Su queja se centraba en el hecho de que la ley se había vuelto laxa y la justicia no se defendía en absoluto; al ignorarse la ley y quedar esta ineficaz, la justicia no podía llevarse a cabo. Esto sucedía porque los malvados rodeaban a los justos, provocando que la justicia fuera pervertida. La injusticia campaba a sus anchas precisamente porque los malvados —que superaban ampliamente en número a los justos— los habían acorralado. Sin embargo, un problema verdaderamente grave es que la rectitud y la justicia a menudo están ausentes incluso dentro de la iglesia. Permítanme compartir una reflexión que escribí el pasado mes de diciembre: «Cuando no se practican la rectitud y la justicia dentro de la iglesia, los justos sufren profundas heridas emocionales; sus corazones quedan desgarrados y llenos de angustia. En tales momentos, el Señor —el Juez Justo y Cabeza de la Iglesia— reprenderá, advertirá y disciplinará a la iglesia por amor. Antes de afrontar tal disciplina, debemos tomar en serio las reprensiones y advertencias del Señor, con corazones que teman a Dios». Debemos tomar este asunto con seriedad y practicar la justicia y la rectitud antes de enfrentarnos a la disciplina del Señor, pues nuestro Dios es un Dios que ejerce amor, justicia y rectitud sobre la tierra (Jeremías 9:24).

Cuando oremos por los líderes de nuestra nación, pidamos que sean líderes que practiquen la justicia y la rectitud, tal como lo hace Dios. Cuando nuestros líderes defienden la justicia y la rectitud, nuestra nación se vuelve segura (Proverbios 29:4). Solo entonces pueden regocijarse los ciudadanos (versículo 2). Aunque los impíos se multipliquen y rodeen a los justos, provocando que se pervierta la justicia en la tierra, sigamos —al igual que el profeta Habacuc— clamando a Dios. En respuesta a la oración de Habacuc, Dios declaró: "El justo por su fe vivirá" (Habacuc 2:4). No olvidemos que el Dios que responde a nuestras oraciones desea que vivamos únicamente por fe en Él. Aunque se menosprecien las leyes y no se encuentre justicia por ninguna parte en esta sociedad, ruego que nosotros —confiando en el Dios que defiende la justicia y la rectitud— practiquemos también la justicia y la rectitud, agradándole así a Él (Proverbios 21:3).

En tercer lugar, quienes anhelan la sabiduría desean a Dios Padre más que a una prostituta.

Actualmente, en los Estados Unidos está en marcha el movimiento "MeToo". El movimiento "MeToo" es una campaña en la que las víctimas de violencia sexual rompen su silencio para declarar "Yo también" (*Me too*), revelando que ellas también han sufrido tales abusos. El 6 de diciembre de 2017, la revista *Time* nombró a "Las que rompieron el silencio" (*The Silence Breakers*) como Persona del Año. Se trata de las muchas mujeres que participaron en el movimiento "MeToo" al revelar que habían sido víctimas de violencia sexual a manos de figuras prominentes. Al seleccionarlas como "Persona del Año", la explicación dada fue que el título se refiere a "todos, desde la primera persona que acusó al magnate de Hollywood Harvey Weinstein de acoso sexual hasta las muchas personas —especialmente mujeres— que compartieron sus propias historias de victimización utilizando el movimiento 'MeToo'". Fue a principios de octubre cuando *The New York Times* informó sobre el "escándalo Weinstein", revelando que el poderoso productor de cine de Hollywood Harvey Weinstein había acosado sexualmente a decenas de mujeres. Tras esto, celebridades famosas como Angelina Jolie, Gwyneth Paltrow y Lady Gaga hicieron públicas sus propias experiencias, y Weinstein terminó siendo expulsado de su propia compañía cinematográfica.

Tras estallar el escándalo, la actriz Alyssa Milano lanzó la campaña "MeToo", animando a las mujeres que habían sufrido violencia sexual a compartir sus experiencias en las redes sociales utilizando la etiqueta "MeToo", que significa "yo también fui víctima". Esta campaña desencadenó una ola de denuncias por violencia sexual en toda la sociedad estadounidense; se sacaron a la luz y se denunciaron millones de casos, no solo en la industria cinematográfica, sino también en la política, el mundo empresarial, el ámbito laboral y los medios de comunicación (Internet).

¿Por qué se han producido millones de casos de violencia sexual? ¿Cuál es la causa fundamental de esta violencia sexual, que sigue ocurriendo hoy en día y que probablemente persistirá en el futuro?

(1) Creo que la causa es la "concupiscencia de los ojos" (1 Juan 2:16).

Satanás estimula la concupiscencia de nuestros ojos para llevarnos al pecado sexual. Despierta la codicia en nuestro interior, haciendo que deseemos a otras mujeres más allá de lo debido. Si cedemos a la tentación de Satanás, nos dejamos arrastrar por la concupiscencia de los ojos a mirar a mujeres que no son nuestras propias esposas. Sin embargo, nuestros ojos nunca se sacian, por muchas mujeres que veamos. Observemos Eclesiastés 1:8: "Todas las cosas son fatigosas; el hombre no puede expresarlo. El ojo no se sacia de ver, ni el oído se llena de oír". Dado que la concupiscencia de los ojos es insaciable, miramos a otras mujeres una y otra vez, codiciándolas.

(2) Creo que la causa es la "concupiscencia de la carne" (1 Juan 2:16).

Satanás estimula la concupiscencia de la carne en nosotros, impulsándonos a cometer pecados sexuales. Nos incita a codiciar a mujeres que no son nuestras propias esposas. Nos impide hallar satisfacción constante en el abrazo de nuestras esposas y valorar su amor (Proverbios 5:19). En consecuencia, Satanás nos lleva a cometer delitos sexuales como el

acoso sexual, la agresión sexual y la violación. La causa raíz de iniciar una relación adúltera es la codicia. La codicia no conoce límites (Isaías 56:11). Así, la codicia hace que nos sintamos insatisfechos con nuestras propias esposas (Proverbios 5:19) y que codiciemos a la esposa de nuestro prójimo (Éxodo 20:17). Los deseos terrenales y carnales nos llevan, en última instancia, a cometer pecados sexuales caracterizados por la impureza, actos viles, pasiones, malos deseos y codicia (Colosenses 3:5).

(3) Creo que otra causa es la «insensatez» (falta de sabiduría).

Un ejemplo claro es el hombre sin sabiduría —el insensato— descrito en el capítulo 7 de Proverbios. Este insensato es alguien que cae presa de la seducción de una mujer adúltera que emplea palabras lisonjeras (versículo 5). ¿Cómo tentó Satanás a este insensato? Consideré tres puntos:

(a) Satanás tienta al insensato para que se acerque a la esquina de la calle de la adúltera.

Observemos Proverbios 7:8: «Pasaba por la calle, cerca de la esquina de ella, y se dirigía hacia su casa». Cuando este joven insensato pasó por la esquina de la calle de la adúltera (v. 8), debió haber evitado ese camino por completo y haberse apartado de él (4:15). En cambio, no se apartó de la senda de ella; más bien, caminó hacia la esquina de su calle y se dirigió en dirección a su casa. Además, fue allí al atardecer, cuando el sol se ponía y había caído una profunda oscuridad (7:9). Lo hizo porque no quería que nadie lo viera. En otras palabras, el joven insensato acudió a la prostituta en secreto, en plena noche, para ocultar sus acciones a los demás (Park Yun-sun).

(b) La adúltera sale al encuentro del insensato con una intención oculta.

Observemos Proverbios 7:10: «Entonces una mujer salió a su encuentro, vestida como prostituta y con un corazón astuto». Cuando el joven insensato —tras haber sucumbido a la

tentación de Satanás— recorría la calle en plena noche (v. 9), se acercaba a la esquina de la calle de la adúltera y se dirigía a su casa (v. 8), ella lo recibió vestida como prostituta (v. 10). Aquí se la describe como una mujer de «corazón astuto» porque tenía una intención oculta al saludar al joven. En otras palabras, aquella prostituta astuta oculta sus verdaderas intenciones mientras saluda al joven insensato y falto de discernimiento. De hecho, el significado literal de la palabra hebrea original traducida como "astuta" es "oculta" (MacArthur). ¿Cuál es, entonces, su intención oculta? Observemos Proverbios 23:27–28: "Porque fosa profunda es la ramera, y pozo estrecho la mujer ajena. Como bandido acecha, y multiplica entre los hombres a los infieles". El motivo oculto detrás de la mujer ajena que sale al encuentro del hombre falto de entendimiento —vestida como una ramera— es tender una "trampa" que lo lleve a ser infiel en su matrimonio. En otras palabras, su verdadera intención oculta es llevar a muchos hombres casados a quebrantar el pacto que hicieron al contraer matrimonio (Park Yun-sun).

(c) La mujer ajena seduce al hombre falto de entendimiento con palabras seductoras.

Observemos Proverbios 7:21: "Lo hizo caer con palabras persuasivas; lo sedujo con sus labios lisonjeros". ¿Cómo tienta la mujer ajena al hombre falto de entendimiento y lo conduce a la ruina moral?

(i) La mujer ajena tienta al hombre insensato mediante su apariencia.
Observemos Proverbios 7:10: "Entonces salió la mujer a su encuentro, vestida como ramera y con astucia en el corazón". La frase "vestida como ramera" significa —en términos modernos— que iba ataviada como una prostituta. Las prostitutas se visten de manera seductora; sus prendas son reveladoras y están diseñadas para despertar sexualmente los "deseos de los ojos" y los "deseos de la carne" en los hombres. Es una vestimenta verdaderamente provocativa, ideada para tentar a hombres insensatos como nosotros. (ii) La adúltera seduce al hombre insensato mediante el contacto físico.

Observemos la primera parte de Proverbios 7:13: "Lo agarró y lo besó...". ¿Puede imaginar a una adúltera escasamente vestida corriendo hacia un hombre insensato, rodeándolo fuertemente con sus brazos y besándolo en los labios? Es probable que el hombre insensato ya hubiera sentido excitación sexual con solo ver su atuendo de ramera; cuando ella realmente lo agarró y lo besó, le habría resultado imposible resistirse a la oleada de impulso sexual. Una adúltera tan astuta emplea incluso el contacto físico para seducir al hombre falto de sabiduría. Si ella seduce al joven insensato acariciándolo y besándolo, imagina cuán intensamente se excitaría ese joven vigoroso.

(iii) La adúltera seduce al hombre insensato a través de lo que él oye.

La adúltera seduce al hombre insensato con «palabras persuasivas» y «habla lisonjera» (versículo 21). Si bien esto también se aplica a las mujeres, considero que, para los hombres, los sentidos de la vista, el tacto y el oído son particularmente poderosos. En otras palabras, un hombre puede ser seducido por la figura de una mujer o mediante el contacto físico, pero puede ser seducido con la misma facilidad por las palabras que ella pronuncia.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 29:3: «El que ama la sabiduría alegra a su padre, pero el que se junta con prostitutas malgasta su riqueza». La Biblia nos dice hoy que la persona que se relaciona con prostitutas pierde su riqueza; en otras palabras, la despilfarra. Si esa riqueza pertenece a su padre, ¿cómo se sentiría este al saber que su hijo insensato la ha desperdiciado y perdido por frecuentar a prostitutas? Ciertamente, no estaría contento. Esto nos recuerda la parábola de Jesús sobre el hijo pródigo, en el capítulo 15 de Lucas. El hijo menor recibió su parte de la herencia de su padre, viajó a un país lejano, llevó una vida disoluta y malgastó toda la riqueza que había recibido (Lucas 15:13). Finalmente, tras haber gastado todo lo que tenía, cayó en una situación de extrema necesidad cuando una gran hambruna azotó la tierra (v. 14). Estaba a punto de morir de hambre (v. 17). ¿Cómo se habría sentido el padre si hubiera sabido esto? Por lo tanto, la Biblia nos exhorta a no relacionarnos con prostitutas (Prov. 29:3). No debemos desear la compañía de prostitutas; en cambio, la

Biblia nos anima a buscar la sabiduría (v. 3). Ya hemos analizado dos características de quienes aman la sabiduría, basándonos en el pasaje de hoy en Proverbios 29:1–5. En resumen, hemos aprendido que quienes buscan la sabiduría desean la reprensión más que los halagos (versículos 1 y 5) y valoran la justicia por encima de los sobornos (versículos 2 y 4). Las Escrituras nos dicen que tales buscadores de sabiduría alegran a su padre (versículo 3, *Versión Coreana Contemporánea*). Como meditamos anteriormente en Proverbios 27:11, la Biblia dice: «Hijo mío, sé sabio y alegra mi corazón...» (*Versión Coreana Contemporánea*). Este pasaje muestra que, cuando nos volvemos sabios, podemos alegrar el corazón de Dios Padre. ¿Por qué quien busca la sabiduría agrada al Padre? He identificado tres razones: (1) En primer lugar, un hijo sabio agrada a Dios Padre porque, al temer a Dios, aborrece el mal (8:13). (2) En segundo lugar, quienes buscan la sabiduría agradan a Dios Padre al obedecer su palabra (3:1, 3). (3) En tercer lugar, el hijo que busca la sabiduría agrada a Dios Padre porque experimenta su amor a través de su disciplina (3:11-12).

Quisiera concluir esta meditación. Que todos seamos personas que buscan la sabiduría y agradan a Dios Padre. Quienes buscan la sabiduría prefieren la reprensión a la adulación, y la justicia al soborno. Agradan a Dios Padre al desearlo a Él por encima de la prostituta.

La persona justa y sabia

[Proverbios 29:6-11]

Todos estamos familiarizados con los términos «alabanza» y «adoración». Pero, ¿cómo distinguimos entre ambos? Aún recuerdo vívidamente un pasaje sobre este tema en un libro del pastor Hong Seong-geon, quien sirvió en la organización Juventud con una Misión (JUCUM). Según el pastor Hong, la «alabanza» consiste en celebrar lo que Dios ha hecho por nosotros, mientras que la «adoración» es adorar a Dios por quién es Él: su propia naturaleza divina. Esa explicación realmente resonó en mí; quedé profundamente convencido por tal distinción. En particular, reflexionar sobre la diferencia entre alabanza y adoración me llevó a comprender que debo adorar a Dios independientemente de mis circunstancias. Incluso cuando no logro entender lo que Dios está haciendo en mi vida —y, por consiguiente, me cuesta alabarlo con fe—, descubro que, una vez que reconozco y creo verdaderamente en quién es Dios, no puedo evitar adorarlo. En Nehemías 9:6, vemos a los levitas —Jesúa, Cadmiel, Bani, Hasabnías, Serebías, Hodías, Sebanías y Petaías (versículo 5)— declarando a los hijos de Israel (versículo 1) que «Tú solo eres el SEÑOR» (versículo 6). Al meditar en este pasaje, aprendí que nosotros también debemos confesar inevitablemente: «Tú solo eres el SEÑOR» (versículo 6). Nos sentimos impulsados a confesar: «Tú eres el SEÑOR Dios» (versículo 7). Esto se debe a que nuestro Dios es justo —pues cumple fielmente las promesas que nos hizo— y es el Dios que perdona todos nuestros pecados y nos salva mediante su abundante misericordia y compasión. Por ello, confesamos sinceramente: «Oh Dios, tú eres mi Dios». Existe una canción góspel en inglés titulada «Step by Step» (Paso a paso). Su letra incluye estas palabras: «Oh Dios, tú eres mi Dios / Y siempre te alabaré…».

Hoy, bajo el título «La persona justa y sabia», deseo aprender tres lecciones sobre cómo actúa la persona justa y sabia.

En primer lugar, la persona justa y sabia canta y se regocija. Observemos el texto de hoy, Proverbios 29:6: "El hombre malo queda atrapado por su propio pecado, pero el justo canta y se regocija". La Biblia nos dice aquí que los justos cantan y se regocijan. ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué cantan y se regocijan los justos? ¿Acaso es porque ha sucedido algo bueno? Después de todo, ¿quién cantaría y se regocijaría cuando está ocurriendo algo malo? Entonces, ¿qué cosa buena le ha sucedido a la persona justa que canta y se regocija? Para responder a esta pregunta, debemos considerar la primera mitad del versículo 6. Miremos la primera mitad de Proverbios 29:6: "El hombre malo queda atrapado por su propio pecado...". En cierto sentido, ¿no es natural que los impíos pequen? Pecan porque son impíos, no porque sean justos. Uno de los pecados cometidos por los impíos se describe en Proverbios 29:10: "Los hombres sanguinarios odian al íntegro y buscan la vida del recto". En otras palabras, uno de los pecados de los impíos es odiar a los rectos e íntegros, buscar acabar con sus vidas y deleitarse en el derramamiento de sangre. Es natural que los impíos odien a los rectos e íntegros. Una razón de este odio es que los pecados de los impíos quedan expuestos ante los rectos e íntegros (cf. Ef. 5:11). ¿Cuál es el desenlace para tales impíos? Dicho de otro modo, ¿cuál es el resultado de odiar a los rectos e íntegros y buscar derramar su sangre? Observemos la primera parte de Proverbios 28:10: "El que extravía a los rectos por un mal camino caerá en su propia fosa...". El destino del impío es caer en la misma fosa que él mismo cavó (28:10). El pasaje de hoy, Proverbios 29:6, habla de "convertirse en una trampa para uno mismo" [quedar atrapado en la propia trampa (Versión Coreana Contemporánea)]. Además, la primera parte de Proverbios 12:13 afirma: "El impío queda atrapado por la transgresión de sus labios...". ...dice la Escritura. Este pasaje confirma que los impíos, en efecto, quedan atrapados en una red. El versículo 5 afirma: «El que lisonjea a su prójimo tiende una red a sus pies», mientras que el versículo 6 —nuestro texto de hoy— declara: «El hombre malo queda atrapado por su propio pecado». Así, la Biblia enseña que los impíos no solo odian a los rectos e íntegros, buscando sus vidas y su sangre, sino que

también —mediante la lisonja— tienden una red ante sus propios pies y se convierten en su propia trampa. En cambio, resulta más fácil comprender la naturaleza del justo al observar lo opuesto al impío. En otras palabras, los justos no cometen pecado como lo hacen los impíos y, por tanto, no se crean una trampa a sí mismos (versículo 6). Por el contrario, la segunda parte de Proverbios 12:13 afirma: «El justo escapa de la tribulación». Este versículo nos ayuda a entender por qué los justos cantan y se regocijan (29:6). Cantan y se regocijan porque el Señor los libra de la tribulación. Aunque los justos enfrentan tribulaciones porque los impíos persiguen a los rectos e íntegros, el Señor los rescata de ellas. En consecuencia, aun en medio de la tribulación y la persecución, los justos mantienen su fe, alabando a Dios y regocijándose. Su alabanza surge de la salvación de Dios, y su gozo es el gozo de la salvación.

Esto plantea una pregunta: ¿cómo pudieron Pablo y Silas, tal como se describe en Hechos 16, alabar a Dios mientras estaban encarcelados? En otras palabras, ¿cómo podían alabar a Dios desde el interior de la prisión antes incluso de haber sido liberados de ella? Al reflexionar sobre esta cuestión, volví a meditar en el pasaje de Hechos 16 referente a Pablo y Silas. Al hacerlo, me impresionó de nuevo la naturaleza fascinante de la providencia de Dios. La razón es que, cuando Pablo y Silas llegaron a Filipos (Hechos 16:12) y buscaron un lugar de oración (versículos 13, 16), el sitio donde terminaron orando fue el calabozo más profundo de la prisión. Esto sucedió porque Pablo sanó, en el nombre de Jesucristo, a una esclava poseída por un espíritu de adivinación (versículos 16-18), lo que condujo a su encarcelamiento; sin embargo, aun allí, Pablo y Silas oraron a Dios y cantaron alabanzas (versículos 23-25). ¿No es fascinante? ¿No resulta intrigante que Dios a veces nos lleve a orar no en un santuario, sino en un lugar que se asemeja a una prisión profunda y oscura? ¿Cómo pudieron, entonces, Pablo y Silas orar y alabar a Dios mientras estaban en prisión? (Versículo 25). ¿Cómo podían alabar a Dios en tal situación antes incluso de que el Señor los hubiera liberado? Creo que fue posible porque confiaban en que Dios los rescataría de la prisión. En otras palabras, alababan a Dios incluso en la cárcel porque poseían fe en el Dios de salvación y la certeza de que Él los libraría. ¿No deberíamos nosotros también

poseer esta clase de fe y certeza de salvación, y alabar a Dios independientemente de nuestras circunstancias, tal como lo hicieron Pablo y Silas?

Amigos, debemos llegar a ser personas sabias y justas. Los sabios y justos cantan y se regocijan gracias al Dios de salvación. Aunque los impíos odien a los sabios y justos y pequen contra ellos, ese mismo acto se convierte en una trampa para los propios impíos. Exteriormente, los justos pueden sufrir persecución a manos de los impíos, pero... La razón por la que una persona sabia y justa puede regocijarse y alabar a Dios incluso en medio del sufrimiento es la gracia de la salvación que Dios les ha otorgado en Jesucristo. Consideremos Isaías 38:20: «El SEÑOR me salvará, y cantaremos mis cánticos con instrumentos de cuerda en la casa del SEÑOR todos los días de nuestra vida».

En segundo lugar, la persona sabia y justa comprende la difícil situación de los pobres.

¿Quién crees que conoce mejor tu situación? ¿Tu cónyuge? ¿Tus padres? ¿Tu mejor amigo? Creo que el hecho de que alguien comprenda tan bien nuestras circunstancias es prueba de cuánto nos ama. Sin embargo, por muy bien que alguien conozca nuestra situación, nunca podrá captarla por completo. No obstante, hallamos consuelo y fortaleza en quienes entienden por lo que estamos pasando. Al llegar a comprender las circunstancias de las personas que amamos, es inevitable darse cuenta —como dice el dicho— de que no existe individuo ni familia sin sus propias luchas internas. Por ejemplo, una pareja puede parecer feliz y libre de problemas a simple vista, pero al conversar con ellos, uno descubre que tienen sus propios asuntos ocultos: cuestiones que jamás podremos comprender del todo. En Génesis 40:14 del Antiguo Testamento, José —quien estaba encarcelado tras haber sido acusado falsamente— interpreta el sueño del jefe de los coperos del faraón y luego le hace esta petición: «Cuando todo te vaya bien, acuérdate de mí y trátame con bondad; háblale de mí al faraón y sácame de este lugar». José le pidió al jefe de los coperos que lo recordara y le hiciera el favor de explicar su situación («mi situación») al faraón una vez que fuera restituido en su cargo, tal como la interpretación del sueño había predicho. Sin embargo, el jefe de los

coperos se olvidó de José durante dos años enteros; no cumplió la petición de José ni habló de su difícil situación ante el faraón. Fue solo después de transcurrir dos años —cuando el faraón tuvo un sueño que nadie podía interpretar— que el jefe de los coperos finalmente recordó a José y habló de él al rey (41:9–13). Como resultado, José compareció ante el faraón, interpretó sus sueños y llegó a ser primer ministro de Egipto. Al reflexionar sobre esta historia bíblica, escribí lo siguiente: «La persona que conocía mi situación debió haberse acordado de mí y haberme mostrado bondad; sin embargo, no se acordó de mí y me olvidó por completo (Génesis 40:14, 23). Aunque tenía todas las razones para desanimarme, decidí confiar en Dios —quien mejor conoce mis circunstancias— y puse mi esperanza en Él. Dos años completos después, Dios dispuso los acontecimientos para que aquella persona se acordara de mí, y esta accedió a mi petición (41:9-13). Como resultado, Dios no solo me libró, sino que también me exaltó (versículos 37-43)». Amigos, nuestro Dios conoce nuestras circunstancias mejor que nadie. Debemos confiar en Él y poner nuestra esperanza en Él.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 29:7: «El justo se preocupa por la justicia para los pobres, pero al malvado no le importa tal cosa» [(Versión Coreana Contemporánea) «La persona justa considera la difícil situación de los pobres, mientras que la persona malvada no comprende tales cosas»]. Este versículo nos dice que los justos reconocen la situación de los pobres y se preocupan por ella. Al hacerlo, los justos sienten compasión por los pobres (14:31, 19:17), comparten su alimento con ellos (22:9) y les brindan ayuda (28:27). Un rey justo defiende fielmente la causa de los pobres (29:14) y protege sus vidas (versículo 10, Versión Coreana Contemporánea). En cambio, la Biblia afirma que los malvados carecen del entendimiento o la preocupación necesarios para reconocer la difícil situación de los pobres (29:7). Así, los malvados no solo cierran sus oídos a los clamores de los pobres (21:13), sino que también hacen caso omiso de ellos (28:27). Esto sucede porque endurecen sus corazones frente a los pobres (Deut. 15:7). Por el contrario, los malvados se burlan de los pobres (Prov. 17:5), los amenazan (13:8) e incluso los oprimen para su propio beneficio (22:16). Un ejemplo bíblico de esto es el rey Acab de Israel, tal como se describe

en 1 Reyes 21. A pesar de poseer ya una "viña mejor", codiciaba intensamente la viña de Nabot, situada cerca de su palacio (vv. 1-2). Sin embargo, Nabot se negó a cederla, afirmando que el Señor le prohibía desprenderse de la herencia de sus antepasados (v. 3; cf. v. 6). Angustiado y sombrío, el rey Acab regresó a su palacio, se acostó en su lecho, volvió el rostro hacia la pared y se negó a comer (v. 4). Al ver esto, la reina Jezabel le preguntó por qué estaba tan afligido como para no comer (v. 5), y Acab le contó toda la historia (v. 6). Finalmente, Jezabel ideó un plan para que mataran a Nabot, se apoderó de su viña y se la entregó a Acab. La Biblia afirma que Acab "se vendió" (vv. 20, 25) para hacer lo malo ante los ojos de Dios (v. 20). De hecho, las Escrituras declaran que no hubo nadie más que se vendiera para hacer lo malo ante los ojos del Señor como lo hizo Acab (v. 25). Isaías 32:7 dice: "En cuanto al malvado, sus métodos son perversos; trama planes malvados para destruir a los pobres con mentiras, aun cuando la causa del necesitado es justa" (cf. *Biblia Coreana Contemporánea*: "El arma principal del malvado es la maldad. Trama planes perversos, arruina a los pobres con mentiras y los acorrala incluso cuando dicen la verdad"). ¿Qué significa esto? Significa que los malvados idean planes perversos para arruinar a los pobres con mentiras y acorralarlos cuando dicen la verdad. ¿Se preocuparía alguna vez una persona tan malvada por la difícil situación de los pobres? Los malvados no solo no se preocupan por los pobres, sino que carecen del entendimiento necesario siquiera para reconocer su situación. Esto se debe a que los malvados carecen del conocimiento para comprender tales asuntos (Proverbios 29:7). En consecuencia, los gobernantes malvados oprimen a los pobres (Proverbios 28:15) y los jueces malvados fallan injustamente en contra de ellos, privándolos incluso de sus derechos (Isaías 10:2). En cambio, los justos comprenden la difícil situación de los pobres (Proverbios 29:7). Así, los justos defienden la causa de los pobres y salvan a los hijos de los necesitados (Salmo 72:4). Los justos, que conocen a Dios, resuelven los problemas de quienes viven en la pobreza y la angustia, manejando todos los asuntos con rectitud (Jeremías 22:16, *Contemporary Korean Bible*). Sobre todo, los justos anuncian buenas noticias a los pobres (Isaías 61:1); es decir, predican el Evangelio a los pobres (Lucas 7:22).

Jesús mismo predicó el Evangelio a los pobres (Lucas 7:22). Puesto que el Espíritu Santo —el Espíritu de Jesús— ha venido sobre nosotros, debemos predicar el evangelio a los pobres (4:18). Además, debemos sentir compasión por los pobres (Prov. 28:8), cuidar de ellos (Sal. 41:1) y brindarles alivio (Est. 9:22).

En tercer lugar, la persona sabia y justa calma la ira.

Mientras leía el libro *The Heart of Remarriage* (El corazón del nuevo matrimonio), de Gary y Greg Smalley, comprendí la necesidad de la "ira justa" en la relación matrimonial. Esto se debe a que la ira justa puede generar cambios saludables dentro del matrimonio. Por el contrario, la "ira injusta" —que se manifiesta a través de palabras y acciones pecaminosas— empeora la relación. Creo que un problema importante en muchos matrimonios es la incapacidad de controlar la ira. Si tan solo uno de los cónyuges no logra manejar su ira, una pequeña chispa de conflicto puede convertirse fácilmente en un incendio voraz que consuma toda la relación. Por lo tanto, no debemos descargar la ira que sentimos sobre otros miembros de la familia; expresar ira pecaminosa hacia la propia familia es un mal hábito. Una forma de romper este hábito es reconocer con humildad por qué estamos enojados y admitir que, a menudo, la culpa es nuestra.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 29:8: «Los escarnecedores alborotan la ciudad, pero los sabios apartan la ira». Los «escarnecedores» aquí mencionados —aquellos que sumen a la ciudad en el tumulto— son individuos arrogantes e iracundos. Tales personas, soberbias y coléricas, avivan las llamas del conflicto y provocan el caos en la ciudad (MacArthur). Consideremos Proverbios 26:21: «Como el carbón para las brasas y la leña para el fuego, así es el hombre pendenciero para encender contiendas». ¿Puede visualizarlo? ¿Qué sucede cuando se añade más carbón a unas brasas ardientes o leña a un fuego vivo? Las llamas se avivan y arden con mayor intensidad, ¿verdad? Del mismo modo, una persona pendenciera aviva las llamas del conflicto, transformando una disputa menor en una gran trifulca. Por eso, Proverbios 29:9 afirma: «Si el sabio pleitea con el necio, este se enfurece y

se ríe, y no hay paz». Tales individuos arrogantes, pendencieros e iracundos son necios; y la Biblia nos dice en Proverbios 17:12 que la ira de un necio es más peligrosa que la de una osa a la que se le han arrebatado sus cachorros. ¿Cuál es la razón? Se debe a que un necio enfurecido es más irracional que una osa a la que se le han quitado sus crías (MacArthur). ¿Puede visualizar esto? ¿Puede imaginar a un necio dejándose llevar irracionalmente por un arrebato de ira repentino (12:16)? Un necio puede manifestar una ira irracional e instantánea, pero también puede albergarla durante mucho tiempo, alimentada por pensamientos retorcidos, lo que finalmente le lleva a matar a otra persona. Un claro ejemplo de esto es Absalón, hijo de David, cuya historia se narra en 2 Samuel 13 del Antiguo Testamento; él alimentó su ira durante dos años con la intención de matar a Amnón, quien había violado a su hermana. Cuando una persona alberga ira durante tanto tiempo, inevitablemente comete pecado (Park Yun-sun). Guardar ira por un periodo prolongado puede causar tumultos no solo en el hogar, sino también en la iglesia. Por lo tanto, en mi opinión, debemos evitar relacionarnos con aquellos que se enojan fácilmente (Prov. 12:16). Debemos mantenernos alejados de quienes albergan ira basada en pensamientos retorcidos y arraigados (2 Sam. 13). Debemos evitar por completo a aquellos que se vuelven irracionales e intransigentes cuando se enojan (Prov. 17:12).

El tipo de persona con la que debemos relacionarnos se describe en la segunda parte de Proverbios 29:8: «…los sabios apartan la ira». Mientras que los arrogantes, propensos a la ira, provocan conflictos en el hogar, la iglesia o la ciudad, la persona sabia calma la ira de los enfurecidos. ¿Cómo logra, entonces, la persona sabia apartar la ira de quien está enojado? Quisiera considerar dos puntos:

(1) En primer lugar, observemos Proverbios 15:18: «El hombre irascible provoca contiendas, pero el que tarda en airarse calma las disputas».

La persona sabia tarda en airarse. Como se indica en la última parte de Proverbios 29:11 —nuestro texto de hoy—, la persona sabia refrena su ira. En otras palabras, tarda en enojarse

(Santiago 1:19). No es de temperamento impulsivo y calma las disputas (Proverbios 15:18). Sin embargo, si somos de temperamento vivo y nos airamos rápidamente, inevitablemente provocamos conflictos. Esto sucede porque, en el calor de la ira, no controlamos nuestras palabras y hablamos precipitadamente, usando expresiones duras o hirientes (versículo 4). Por tanto, debemos mantener la boca cerrada cuando estamos enojados; dicho de otro modo, debemos ejercer dominio propio al hablar. Si no controlamos nuestras emociones de ira, las palabras que salen de nuestra boca pueden ser duras (versículo 1). Así pues, dado que nuestras palabras pueden herir el corazón de otra persona, debemos tardar en hablar cuando estamos enojados (Santiago 1:19). (2) Consideremos también Proverbios 25:15: «Con paciencia se persuade a un gobernante, y una lengua suave puede romper un hueso» [(Versión Coreana Contemporánea) «La persuasión paciente puede cambiar el corazón de un gobernante obstinado, y una lengua suave puede romper incluso un hueso»].

La persona sabia pronuncia palabras amables. Las Escrituras afirman que tales palabras amables pueden «quebrantar un hueso», lo cual implica la capacidad de lograr incluso tareas difíciles (Walvoord). ¿Qué clase de tarea difícil puede lograr la lengua amable de una persona sabia? La Biblia dice que una lengua amable puede cambiar el corazón de un «gobernante» (versículo 15). Aquí, «gobernante» se refiere a un funcionario de alto rango, como un juez. Alguien que busca un veredicto justo de un juez injusto podría sentir fácilmente resentimiento ante la negligencia de dicho juez; sin embargo, si la persona sabia mantiene una actitud amable hasta el final, incluso ese juez puede ser conmovido (Park Yun-sun). ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo podemos cambiar el corazón de un juez injusto con una lengua amable? Esto es posible mediante la «persuasión paciente» (versículo 15).

Recuerdo Proverbios 15:1: «La respuesta amable calma la ira, pero la palabra áspera la provoca». La persona sabia utiliza palabras amables para calmar la ira de la otra persona. Oro para que tú y yo lleguemos a ser personas sabias que aplaquen la ira de esta manera.

Al reflexionar sobre la Palabra... quisiera concluir. Debemos convertirnos en personas sabias y justas. La persona sabia y justa canta y se regocija. La razón es que el Señor libra al justo de la tribulación. En otras palabras, el motivo por el cual la persona sabia y justa canta y se regocija es el Dios de salvación. Aunque enfrenten sufrimientos, pueden alabar y regocijarse en medio de ellos gracias a la gracia de salvación que Dios les ha otorgado a través de Jesucristo. La persona sabia y justa comprende la difícil situación de los pobres. Repara los agravios de los empobrecidos y rescata a los hijos de los necesitados. Además, la persona justa que conoce a Dios resuelve los problemas de quienes viven en la pobreza y la adversidad, manejando todos los asuntos con sabiduría. Sobre todo, la persona justa lleva buenas noticias a los pobres; es decir, les proclama el Evangelio. La persona sabia y justa también calma la ira. Una persona sabia rara vez pierde los estribos; por el contrario, refrena su ira y es lenta para enojarse. Mediante palabras amables y una respuesta apacible —así como con paciencia y persuasión— no solo aplacan la ira de los demás, sino que también fomentan la paz. Oro para que tú y yo lleguemos a ser personas tan sabias y rectas.

No puedes simplemente dejarlo pasar

[Proverbios 29:12–21]

¿Qué harías si un ser querido estuviera haciendo algo malo? ¿No le ofrecerías, al menos, una palabra de reprensión por amor? Y si ese ser querido se negara a escuchar y persistiera en su mala conducta, ¿qué harías entonces?

Personalmente, una lección que aprendí al meditar en el capítulo 1 de Romanos es que el hecho de que Dios «entregue» a las personas —o las deje a su propia suerte— constituye una forma de juicio verdaderamente aterradora. Creo esto porque Romanos 1:24, 26 y 28 afirman tres veces que Dios los entregó: (1) «Por tanto, Dios los entregó a los deseos pecaminosos de sus corazones a la impureza sexual, para que degradaran sus cuerpos unos con otros» (v. 24); (2) «Por esto, Dios los entregó a pasiones vergonzosas. Incluso sus mujeres cambiaron las relaciones sexuales naturales por otras contrarias a la naturaleza» (v. 26); y (3) «Además, como no estimaron conveniente retener el conocimiento de Dios, Dios los entregó a una mente depravada, para que hicieran lo que no debían hacer» (v. 28). Amigos, ¿qué creen que sería de nosotros si Dios nos dejara vivir conforme a los instintos pecaminosos de nuestros propios corazones? Consideren estos tres versículos bíblicos: (Mateo 15:19) «Porque del corazón salen los malos pensamientos, el asesinato, el adulterio, la inmoralidad sexual, el robo, el falso testimonio y la calumnia»; (Gálatas 5:19-21) «Las obras de la carne son evidentes: inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y hechicería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, ambición egoísta, disensiones, facciones y envidia; borracheras, orgías y cosas semejantes…»; (2 Timoteo 3:2) «La gente será amante de sí misma, amante del dinero, jactanciosa, orgullosa, injuriosa,

desobediente a sus padres, ingrata, impía». Estos versículos por sí solos demuestran que, si Dios simplemente nos dejara vivir según nuestros instintos pecaminosos, inevitablemente cometeríamos estos terribles pecados contra Él. Por tanto, debemos implorar a Dios que no nos abandone a nuestra naturaleza pecaminosa, sino que nos sostenga firmemente y nos impida pecar contra Él.

El texto de hoy, Proverbios 29:15 (de la *Versión Coreana Contemporánea*), dice: «La instrucción que conlleva reprensión e incluso un castigo físico conduce a la sabiduría, pero el niño al que se deja hacer su voluntad trae deshonra a su madre». Centrándome en este pasaje, quisiera reflexionar sobre cinco puntos bajo el título «No debemos dejar las cosas sin control» y recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece.

En primer lugar, no debemos permitir que nuestros oídos escuchen mentiras.

Observemos Proverbios 29:12: «Si un gobernante escucha mentiras, todos sus servidores se vuelven malvados» [(Versión Coreana Contemporánea) «Si un gobernante se deja llevar por las mentiras, quienes trabajan bajo sus órdenes inevitablemente se vuelven malvados también»]. ¿Cómo se sentiría usted si, a pesar de decir la verdad absoluta, la otra persona se negara a escucharle y, en cambio, decidiera creer las mentiras exageradas de otra persona? ¿No se sentiría profundamente agraviado y frustrado? Aquí hay otra pregunta: ¿qué haría si descubriera que alguien en quien confiaba y de quien dependía le había estado mintiendo poco a poco? ¿Qué haría, especialmente si esa persona no mostrara sinceridad y, por el contrario, presentara mentiras como si fueran la verdad? Personalmente, creo que debemos alejarnos de tales personas y dejar de relacionarnos con ellas. La razón no es solo que ya no se puede confiar en ellas, sino también que nosotros mismos podríamos vernos influidos negativamente por sus mentiras. Por supuesto, también creo que Dios utiliza incluso a los mentirosos que nos rodean para refinar nuestros corazones. A través de ellos, Él elimina la impureza de la falsedad de nuestro interior, moldeándonos finalmente para ser personas de verdad.

En el pasaje de hoy, Proverbios 29:12, la Biblia afirma: «Si un gobernante escucha mentiras, todos sus funcionarios se vuelven malvados». La *Versión Coreana Contemporánea* lo traduce así: «Si un gobernante se deja llevar por las mentiras, quienes trabajan bajo sus órdenes inevitablemente se vuelven malvados también». ¿Qué opina usted al respecto? ¿Realmente hace que sus subordinados se vuelvan malvados el hecho de que el líder de una nación escuche mentiras? Creo que existe una gran probabilidad de que esto suceda. Esto se debe a que un líder en el poder que escucha mentiras probablemente actuará de manera engañosa, y quienes sirven bajo su mando casi con toda seguridad se verán arrastrados a participar en la conducta deshonesta de dicho líder. Piénsenlo bien. Cuando un líder nacional poderoso actúa basándose en una mentira, sus subordinados a menudo se ven incapaces de resistir ese poder y terminan sintiéndose obligados a actuar también de manera deshonesta. Un claro ejemplo de esto se encuentra en 1 Reyes 21. Jezabel, esposa del malvado rey Acab de Israel, quería conseguir para su marido la viña de Nabot —que él tanto codiciaba— (versículo 6). Para lograrlo, escribió cartas en nombre de Acab, las selló con el sello del rey y las envió a los ancianos y nobles que vivían en la ciudad de Nabot (versículo 8). ¿Cómo respondieron aquellos ancianos y nobles al recibir la carta de la reina Jezabel? ¿Se negaron a obedecer o llevaron a cabo las instrucciones contenidas en la carta escrita por la malvada y engañosa Jezabel? 1 Reyes 21:11 nos dice que hicieron exactamente lo que Jezabel había ordenado. Realmente, ella era una reina malvada, y los ancianos y nobles eran igualmente malvados. ¿Cómo pudieron llegar a decir mentiras tan descaradas? Una de las instrucciones que la malvada Jezabel dio a los ancianos y nobles fue reclutar a dos sinvergüenzas para que dieran falso testimonio contra Nabot ante el pueblo reunido; específicamente, debían afirmar que "Nabot maldijo a Dios y al rey" (versículo 13). Así, la malvada reina Jezabel orquestó una mentira, y los ancianos y nobles bajo sus órdenes la llevaron a cabo presentando a dos sinvergüenzas como falsos testigos.

Amigos, no debemos prestar atención a las mentiras de los líderes que ejercen poder y autoridad sobre nosotros. Por muy poderoso que sea un líder en comparación con nosotros,

debemos confiar en el Señor, quien gobierna sobre todos; en lugar de hacer caso a las mentiras de ese líder, debemos escuchar —una y otra vez— únicamente las palabras de verdad del Señor. Desobedecemos la palabra del Señor porque escuchamos las mentiras de Satanás, a las cuales no deberíamos prestar atención. No debemos escuchar las mentiras de Satanás ni entablar diálogo alguno con él; si permitimos que sus mentiras se mezclen con nuestros pensamientos, es señal de que estamos ignorando la voz del Señor, lo que nos lleva a desobedecerle y a obedecer, en cambio, a las mentiras de Satanás. Por tanto, debemos inclinar nuestros oídos hacia las palabras de verdad del Señor y estar prontos a escucharlas. Además, debemos esforzarnos por vivir en obediencia a la verdad que hemos oído, convirtiéndonos en personas auténticas que encarnan la Palabra en su propio carácter. Al hacerlo, ejerceremos una influencia positiva en quienes nos rodean, animándolos a obedecer también la palabra de verdad y a convertirse en personas auténticas.

En segundo lugar, no debemos limitarnos a dejar que nuestros hijos hagan lo que les plazca.

Criar a los hijos es, sin duda, una tarea desafiante. Es inevitable reflexionar sobre cómo formarlos de la manera que Dios desea. En una ocasión leí un artículo en línea titulado «La educación infantil en la era de la Cuarta Revolución Industrial», que ofrecía sugerencias sobre cómo los padres deberían educar y criar a sus hijos para un futuro en el que convivan los seres humanos y la inteligencia artificial. Un ejemplo citado provenía de una serie de televisión: la hija mayor de una familia deja de esforzarse en sus estudios porque se siente inferior a la IA, una tecnología que el esfuerzo humano no puede superar. Cuando sus padres le preguntan por qué han bajado sus calificaciones, ella responde entre lágrimas: «Esforzarme al máximo no sirve de nada. Haga lo que haga, la IA es superior; entonces, ¿qué sentido tiene estudiar?». El titular me pareció intrigante y leí el artículo completo. Un pasaje en particular llamó mi atención y me gustaría compartirlo con ustedes: «Preocuparse por "qué más enseñar a nuestro hijo para garantizar su competitividad" puede ser, en sí mismo, una señal de falta de competitividad. Más bien, necesitamos un cambio de perspectiva;

vivimos en una era en la que el *cómo* —la forma de ver, pensar y comunicarse— importa más que el *qué* —lo que uno ve, piensa o aprende». «Recordemos que, en la era de la Cuarta Revolución Industrial, la verdadera clave para que nuestros hijos sean respetados como seres humanos no reside en la "competencia" humana, sino en la "humanidad" humana» (Internet).

¿Cómo debemos educar y criar a nuestros hijos? Según un correo electrónico que me envió un diácono de la iglesia, el número de estudiantes coreanos que cursaban estudios en Estados Unidos (tanto de grado como de posgrado) en 2006 era de aproximadamente 60.000. Esta cifra ocupaba el tercer lugar —por detrás de India y China— y representaba bastante más del 10 por ciento del total de la población estudiantil internacional. Sin embargo, el pueblo judío nos supera incluso en este aspecto. Su enfoque de la familia y la educación de los hijos es verdaderamente excepcional; podría decirse que es, sin lugar a dudas, el mejor del mundo. Sin embargo, en Jueces 2:10 de la Biblia, somos testigos de la situación de los israelitas y sus descendientes que fallaron en este aspecto: «Toda aquella generación también fue reunida con sus antepasados. Surgió otra generación después de ellos que no conocía al Señor ni la obra que Él había hecho por Israel». Este era el estado espiritual de los israelitas tras la conquista de Canaán y antes de que comenzara la época de los Jueces. Dios había instruido claramente a los israelitas en Deuteronomio 6:7 para que «enseñaran diligentemente [sus palabras] a sus hijos, hablando de ellas cuando se sentaran en casa, cuando caminaran por el camino, cuando se acostaran y cuando se levantaran». Es seguro que enseñaron diligentemente a sus hijos sobre acontecimientos como el cruce del mar Rojo, la provisión del maná y la victoria en Jericó; sin embargo, ¿por qué la siguiente generación no llegó a conocer a Dios? ¿Cuál fue la causa? La causa residía en su falta de obediencia a la palabra de Dios (Jueces 2:2). Desobedecieron porque estaban impulsados por el miedo —intimidados por los carros de hierro del enemigo y por sus circunstancias— y porque transigieron con la injusticia al someter a los habitantes a trabajos forzados en lugar de expulsarlos. Al violar el mandato de Dios y no expulsar completamente a los

extranjeros, permitieron que estas naciones se convirtieran en espinas en sus costados y en una trampa para ellos.

A menudo se dice que los hijos aprenden observando la espalda de sus padres; es decir, aprenden al ver a sus padres dar ejemplo mediante la honestidad y el esfuerzo sincero en todas las cosas. Sin embargo, aún más importante que eso es demostrar una vida de obediencia a la palabra de Dios mientras se medita en ella. Como padres, ¿estamos realmente mostrando a nuestros hijos una vida que obedece a la palabra de Dios?

Proverbios 29:15, según la *Versión Coreana Contemporánea* (Hyundai-in-ui Seong-gyeong), afirma: «La disciplina que conlleva reprensión y vara conduce a la sabiduría, pero el niño al que se deja hacer lo que quiere trae vergüenza a su madre». ...avergüenza a [su madre]".] Este pasaje nos enseña que, al criar a los hijos, no debemos simplemente dejar que hagan lo que quieran. En otras palabras, los padres no deben ser meros espectadores en la crianza de sus hijos. Necesitamos participar activamente en sus vidas y brindarles orientación, pero debemos evitar extralimitarnos tratando de dominar o controlar sus vidas por completo. Trazar esa línea es difícil. Debemos evitar ser padres excesivamente controladores y, al mismo tiempo, evitar ser negligentes; encontrar ese límite requiere la sabiduría de Dios. Recuerdo que mi esposa dijo una vez que yo tiendo a un estilo de crianza negligente, mientras que ella se inclina por uno controlador. En este sentido, nos necesitamos mutuamente al criar a los tres hijos que Dios nos ha dado bondadosamente, ya que podemos complementarnos y compensar nuestras respectivas carencias.

El pasaje de hoy, Proverbios 29:15, afirma que dejar que un hijo haga lo que quiera avergüenza a su madre, y enfatiza la necesidad de la "vara y la reprensión" en la crianza. Aunque aquí en los Estados Unidos un padre que golpea a su hijo —incluso como un acto de disciplina amorosa— corre el riesgo de ser arrestado si el niño lo denuncia a la policía, creo firmemente que la disciplina es esencial, tal como enseña Proverbios. Proverbios 13:24, sobre el cual hemos meditado anteriormente, dice lo mismo: "El que detiene el castigo, a su

hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige". "Retener la vara es odiar al propio hijo; el padre que verdaderamente ama a su hijo lo disciplina fielmente". La Biblia afirma que negar la vara al hijo equivale a odiarlo. Enseña que, si realmente amamos a nuestros hijos, debemos disciplinarlos fielmente. ¿Estamos amando verdaderamente a nuestros hijos a los ojos de Dios? Creo que esta es una pregunta que debemos hacernos una y otra vez. Proverbios 23:13 va aún más allá al decir: "No dudes en disciplinar a tu hijo; ...aunque los golpees con una vara, no morirán". Ciertamente, ningún padre levanta la mano para disciplinar a un hijo amado con la intención de causarle la muerte. Por muy enojado que un padre pueda estar con su hijo, jamás lo golpearía hasta matarlo. Sin embargo, ¿qué sucede con un hijo si el padre no solo deja de disciplinarlo, sino que incluso vacila a la hora de corregirlo? Si el hijo sigue desviándose del buen camino y termina mal, ¿no acarreará eso también deshonra para los padres? Por eso, el pasaje de hoy, Proverbios 29:17, dice: "Disciplina a tu hijo, y él te dará paz y alegría al corazón". Amigos, todo se reduce a una de dos opciones: o los padres enfrentan críticas por permitir simplemente que sus hijos hagan lo que quieran, o experimentan paz y alegría en sus corazones al disciplinarlos.

Cuando debemos disciplinar a nuestros hijos, debemos hacerlo por amor. El objetivo no es simplemente evitar críticas o asegurar nuestra propia paz y alegría, sino garantizar que nuestros hijos crezcan de una manera que agrade a Dios. Por supuesto, creo que criar a los hijos requiere tanto "conversación como vara", tal como sugiere el pastor Tripp. Basta con considerar qué sucedería si dependiéramos únicamente de la vara en la crianza. Debemos intentar comunicarnos persistentemente con nuestros hijos; todos reconocemos la importancia de dicho diálogo. Sin embargo, hay momentos en que las palabras por sí solas son insuficientes. Es entonces cuando administramos disciplina por amor. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 29:19 y 21: "Un siervo no puede ser corregido con meras palabras; aunque entiende, no hará caso... Si un siervo es mimado desde joven, terminará creyéndose con derecho a actuar como un hijo". Aunque este pasaje se refería originalmente a los siervos en la época del autor de Proverbios, aplicarlo a la crianza de los hijos nos enseña dos cosas. En primer lugar, no debemos criar a nuestros hijos simplemente complaciendo

todos sus caprichos o siendo excesivamente indulgentes; hacerlo solo los volverá maleducados. En segundo lugar, cuando hay conductas que requieren corrección, primero debemos intentar hablar con nuestros hijos como padres. No debemos recurrir de inmediato a la disciplina física. Sin embargo, si —a pesar de nuestras conversaciones— un hijo reconoce lo que debe cambiar pero se niega intencionalmente a hacerlo y persiste en su mala conducta, entonces debemos administrar disciplina por amor. Creo que lo mismo se aplica a nosotros. Incluso cuando sabemos que debemos obedecer la palabra de Dios Padre, si persistimos en la desobediencia —ignorando Sus reiterados consejos en las Escrituras y negándonos obstinadamente a escucharle—, ¿acaso no nos disciplina Él con la vara del amor? Observemos Hebreos 12:6 y la última parte del versículo 10: "Porque el Señor disciplina a quien ama y azota a todo hijo que recibe... Dios nos disciplina para nuestro propio bien, para que participemos de Su santidad". Mientras que un padre terrenal nos disciplina según su propia voluntad (a menudo basándose en lo que considera mejor para el momento), nuestro Padre Celestial nos disciplina para nuestro beneficio último, buscando capacitarnos para participar de Su santidad (versículo 10). Por lo tanto, la disciplina de Dios Padre es una bendición. Esto se debe a que Su disciplina nos lleva no solo a confesar nuestros pecados y arrepentirnos de ellos, sino también a comprender —de manera más profunda, abundante y cabal— el amor que Dios Padre nos tiene. David es un claro ejemplo de esto. Él hizo lo malo ante los ojos de Dios al cometer adulterio con Betsabé y, posteriormente, provocar la muerte de Urías en un intento por encubrir su pecado. Mientras huía hacia el desierto de Judá para escapar de su hijo Absalón —una de las ocasiones en que enfrentó tal disciplina—, confesó: «Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán» (Salmo 63:3).

No debemos simplemente dejar que nuestros hijos hagan lo que les plazca. Hacerlo provoca que nos causen deshonra. Debemos instruirlos —incluso si ello requiere reprenderlos o usar la vara de la disciplina con amor— para que adquieran sabiduría (Proverbios 29:15). Oro para que Dios Padre levante a tus hijos y a los míos para que lleguen a ser hijos sabios de Dios.

En tercer lugar, no debemos quedarnos de brazos cruzados y permitir que aumente el número de personas malvadas.

¿Crees que hay muchas personas malvadas en este mundo? Si es así, ¿crees que hay más malvados pobres o malvados ricos? En mi opinión, ciertamente hay muchas personas malvadas, y un gran número de ellas son ricas; específicamente, los «ricos engañosos» mencionados en Proverbios 28:6. Estos «ricos engañosos» son aquellos que recorren un «doble camino»: exteriormente fingen seguir la senda del bien, mientras que en realidad transitan por la senda del mal (Park Yun-sun). Uno de los actos malvados cometidos por tales ricos, que siguen este doble camino, es la «opresión del pobre» (versículo 3). Un ejemplo más específico de esta opresión se encuentra en Santiago 2:6: «Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los que os llevan a los tribunales?». El rico que sigue un doble camino no solo menosprecia al pobre, sino que también lo oprime y lo perjudica, llegando incluso a llevarlo a los tribunales. Mediante tal comportamiento incoherente —actuando de una manera en público y de otra en privado—, estos ricos engañosos y de doblez acumulan riquezas; De hecho, parece que la están acumulando con bastante éxito. En consecuencia, los pobres justos que sufren pueden preguntarse cómo es posible que unos ricos tan malvados e hipócritas "siempre vivan tranquilos y aumenten sus riquezas" (Salmo 73:12), lo que les lleva a sentir que mantener el corazón puro y evitar el pecado es en vano (v. 13). Sin embargo, no debemos olvidar que, mientras estos ricos engañosos y de doblez acumulan riqueza, al mismo tiempo van acumulando su propia maldad. La Biblia declara que tales ricos "caerán de repente" (Proverbios 28:18). Les aguarda un momento de inevitable ruina (Park Yun-sun). Consideremos Proverbios 10:16: "...las ganancias del impío conducen al pecado". Parece que cuanto más aumentan sus ingresos los impíos, más pecan. Por tanto, creo que la riqueza que acumulan los impíos no es una bendición material, sino una maldición.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 29:16: "Cuando los impíos aumentan, aumenta la transgresión; pero los justos verán su caída". ¿Qué significa esto? Es natural que, a medida que crece el número de impíos, también se multiplique el pecado. Si quienes aumentan en número son personas con poder y autoridad mundanos, entonces —como reflexionamos en el versículo 12— aquellos bajo su mando también se vuelven impíos, haciendo que las filas de la maldad crezcan aún más. En consecuencia, los pecados cometidos por este número creciente de impíos inevitablemente se multiplican también. Por ejemplo, cuando un dictador que ostenta el poder supremo en un Estado comunista como Corea del Norte comete un pecado, sus subordinados también se vuelven impíos (versículo 12) y proceden a cometer pecados obedeciendo sus órdenes. La cuestión, sin embargo, concierne a los justos —aquellos que han sido justificados mediante la fe en Jesús— que viven en este mundo donde el pecado prolifera junto con el creciente número de impíos. Esto se debe a que, a medida que los impíos se multiplican y el pecado abunda, los justos se ven obligados a presenciar a diario las malas acciones de los impíos en este mundo pecaminoso, lo que provoca que sus almas justas se sientan profundamente angustiadas y atormentadas. Un claro ejemplo de ello es Lot, el hombre justo que vivió en las ciudades de Sodoma y Gomorra. Al vivir en estas ciudades de iniquidad, Lot sufrió enormemente y fue profundamente atormentado por la conducta lasciva y desenfrenada de los impíos (2 Pedro 2:6–8). ¿Qué hizo Dios, entonces, con los habitantes malvados de Sodoma y Gomorra, y qué hizo por el justo Lot? Observemos 2 Pedro 2:7, 9 y la primera mitad del versículo 10: «Él rescató al justo Lot, quien se sentía angustiado por la conducta depravada de los impíos... el Señor sabe cómo rescatar a los piadosos de las pruebas y reservar a los injustos para el castigo en el día del juicio, especialmente a aquellos que siguen los deseos corruptos de la carne y desprecian la autoridad» [(Versión Coreana Contemporánea) «Sin embargo, Él salvó al justo Lot, quien sufrió enormemente debido al desenfreno de los malvados. Dios sabe cómo rescatar a los piadosos de las pruebas y mantener a los malvados bajo castigo hasta el día del juicio. Él impondrá un castigo aún mayor, especialmente a aquellos que viven según los deseos de la carne y desprecian la autoridad de Dios»]. Dios juzgó y castigó a los malvados, al tiempo que rescataba al justo.

Amados, ¿no es esta la obra de un Dios justo? Dios, que juzga a los impíos, no solo juzgó a los malvados de Sodoma y Gomorra, sino que también juzgó a los impíos de los tiempos de Noé mediante el Diluvio (2 Pedro 2:5). Sin embargo, el Dios lleno de gracia y misericordia rescató al justo Lot de las ciudades de Sodoma y Gomorra y, mientras el mundo perecía en el Diluvio, salvó a Noé y a su familia de siete personas (versículo 5). Durante el Éxodo, Dios juzgó y destruyó por completo al ejército egipcio que perseguía a los israelitas en el Mar Rojo, librando a su pueblo de sus manos (Éxodo 15). Por tanto, debemos vivir en este mundo con la seguridad de la salvación y la convicción de que un Dios justo ciertamente juzgará a los malvados. No obstante, no debemos quedarnos de brazos cruzados mientras aumenta el número de personas malvadas —y, en consecuencia, la prevalencia del pecado—. ¿Qué debemos hacer, entonces? Como nos dice Romanos 12:21, no debemos dejarnos vencer por el mal, sino vencer el mal con el bien. Además, reconociendo que hemos sido creados de nuevo en Jesucristo para buenas obras —tal como se afirma en Efesios 2:10—, debemos esforzarnos por hacer el bien en este mundo pecaminoso. De este modo, debemos dejar que nuestra luz brille ante las personas en este mundo de tinieblas, para que vean nuestras buenas obras y alaben (glorifiquen) a nuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5:16). Sobre todo, debemos dedicarnos a compartir el evangelio de Jesucristo y a llevar aunque sea una sola alma hacia Él.

En cuarto lugar, no debemos simplemente dejar que las personas vivan en desorden. Es probable que todos ustedes sepan que el orden es esencial en cualquier organización. Esto se debe a que la ruptura del orden conduce al caos, mientras que mantener el orden fomenta la armonía y la paz. Consideren, por ejemplo, el orden dentro de una familia. Si el esposo, la esposa y los hijos cumplen fielmente sus respectivos roles en obediencia a la Palabra de Dios, la familia establece un orden adecuado y disfruta de paz. Por el contrario, si los individuos no cumplen con sus responsabilidades bíblicas y alteran este orden, el conflicto y la discordia resultantes hacen imposible la paz. Un ejemplo bíblico de esto se encuentra en la historia de Sara y Abraham. Sara no respetó ni obedeció a su esposo, Abraham; En su lugar, hizo que él se acostara con su criada egipcia, Agar (Génesis 16:1–4),

lo que finalmente condujo a la falta de paz debido a la discordia familiar. Tras concebir a Ismael, Agar menospreció a su ama Sara y esta, a su vez, maltrató a Agar (versículo 6).

Nuestro Dios es un Dios de orden. El problema, sin embargo, radica en que los seres humanos a menudo somos desordenados. Hace poco leí un artículo publicado en el diario digital *Christian Today* por un anciano de la iglesia, titulado "El Dios de orden, gente desordenada". En dicho escrito, el anciano abordaba la historia de Adán y Eva en el Génesis, afirmando: "Impulsados por la codicia de llegar a ser como Dios —alimentada por la tentación de Satanás de exaltarse a sí mismos y por sus dudas respecto a Dios—, los seres humanos quebrantaron el orden de la creación". Luego planteó esta pregunta: "¿Acaso no estamos sustituyendo el orden de la creación establecido por Dios por un nuevo orden de nuestra propia invención, impulsado únicamente por nuestra propia voluntad y el atractivo seductor de la codicia?". ¿Cómo respondería usted a esta pregunta? ¿Estamos, tal vez, reemplazando el nuevo orden que Dios estableció para nuestras familias y para la Iglesia —que es el Cuerpo de Cristo— por un orden mundano, impulsado únicamente por "mi propia voluntad" o por "mi propia y dulce codicia"? Por ejemplo, el orden que Dios creó no es uno de "competencia feroz"; obligar a los vulnerables a entrar en una competencia desesperada para satisfacer la propia codicia no es el orden de Dios, sino simplemente un orden humano injusto. Y, sin embargo, ¿no estamos persiguiendo precisamente ese tipo de orden humano injusto, incluso dentro de la iglesia?

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 29:18, en la *Versión Coreana Contemporánea* (y en la *Versión Estándar Coreana Nueva y Revisada*): "Sin la revelación de Dios, el pueblo cae en el desorden; pero bienaventurados aquellos que guardan la ley". ¿Qué significa esto? Significa que, sin la visión o revelación de Dios, las personas actúan de manera imprudente (o desordenada). La palabra que describe el actuar "imprudentemente" (o "desenfrenadamente") aparece dos veces en Éxodo 32:25: "Moisés vio que el pueblo estaba desenfrenado, pues Aarón les había permitido desmandarse, convirtiéndolos en objeto de burla para sus enemigos". Ciertamente, los israelitas se desenfrenaron durante el Éxodo

(32:25). Al ver que Moisés tardaba en regresar del monte Sinaí, se congregaron y exigieron a Aarón que les hiciera un dios para que los guiara (v. 1); finalmente, cometieron el pecado de fabricar y adorar un becerro de oro (v. 8). A los ojos de Moisés, los israelitas estaban fuera de control (v. 25). La causa fue que Aarón había permitido que se desenfrenaran (v. 25). Como consecuencia, se convirtieron en objeto de burla para sus enemigos (v. 25). En efecto, el pueblo de Israel actuaba con descaro (v. 25). Eran verdaderamente un pueblo corrompido (v. 7) que rápidamente se apartó del camino que Dios les había ordenado seguir (v. 8) y pecó contra Él. También eran un pueblo de dura cerviz a los ojos de Dios (v. 9). ¿Acaso nosotros, los cristianos de hoy, no actuamos también con descaro, tal como lo hicieron los israelitas en la época del Éxodo? No solo los israelitas de la era del Éxodo, sino también los de los tiempos del profeta Ezequiel, actuaron con descaro ante Dios. Respecto a esta conducta descarada, Ezequiel 16:30 describe sus acciones como las «obras de una ramera descarada». Valiéndose del esplendor y la gloria con que Dios los había adornado, utilizaron su fama para cometer actos de inmoralidad sexual y promiscuidad desenfrenada (vv. 14-15). Se construyeron lugares altos ostentosos y allí cometieron inmoralidad sexual (v. 16). Tomaron las bendiciones materiales que Dios les había dado, las convirtieron en ídolos y cometieron inmoralidad sexual (v. 17). Yendo aún más lejos, los israelitas ofrecieron a sus propios hijos a los ídolos (v. 20). Sin embargo, consideraban su inmoralidad sexual como un asunto trivial (v. 20). Su lujuria permanecía insaciable; cometieron inmoralidad sexual con los asirios y, aun después de hacerlo, no quedaron satisfechos; extendieron su promiscuidad hasta Caldea —la tierra de los mercaderes— y, no obstante, siguieron sin conocer la satisfacción (vv. 28-29). Esto es precisamente lo que Dios consideró como las "acciones de una ramera descarada" (v. 30). Fue debido a la debilidad de sus corazones que los israelitas incurrieron en tal conducta descarada, propia de una ramera (v. 30). ¿Acaso nosotros, los cristianos de hoy, no estamos también incurriendo en una conducta imprudente y desenfrenada, muy parecida a la del pueblo de Israel durante la época del profeta Ezequiel?

¿Por qué, entonces, dice la Biblia que actuamos de manera tan imprudente? Al observar la primera parte del texto de hoy, Proverbios 29:18, la Biblia nos indica que la razón es la falta de visión —o la ausencia de revelación divina—, lo cual nos lleva a actuar sin freno y en desorden. En otras palabras, debido a la falta de la Palabra de Dios (cf. 1 Samuel 3:1) y a no escuchar dicha Palabra (cf. Éxodo 32:25; Levítico 13:45; Números 5:18), transgredimos la ley de Dios y nos rebelamos contra su voluntad, actuando con imprudencia (MacArthur). De hecho, actualmente estamos experimentando la hambruna de oír la Palabra de Dios profetizada en Amós 8:11. Aunque los sermones fluyen como un torrente a través de Internet y los medios de comunicación, tenemos oídos pero no logramos escuchar verdaderamente la Palabra. En consecuencia, al ignorar la voluntad y las instrucciones de Dios, actuamos conforme a nuestros propios deseos y voluntad, comportándonos sin freno alguno.

¿Qué debemos hacer, entonces? Observemos la segunda parte de Proverbios 29:18: "...bienaventurado el que guarda la ley". Debemos guardar la ley; debemos obedecer la Palabra de Dios. Para ello, es preciso abrir los oídos de nuestro corazón y escuchar diligentemente la Palabra de Dios. También debemos buscar la iluminación y el entendimiento que otorga el Espíritu Santo. Hemos de orar para que el Espíritu Santo nos capacite para comprender y aprender de la Palabra de Dios. Y cuando alcancemos ese entendimiento, debemos obedecer; debemos poner la Palabra en práctica. Al hacerlo, se establecerá el orden en nuestro interior, así como en nuestros hogares y en nuestras iglesias. No actuaremos precipitadamente. Por el contrario, al obedecer la Palabra de Dios, recibiremos y disfrutaremos de las bendiciones que Él otorga. Por último, el quinto punto es que no debemos permitirnos hablar precipitadamente o sin reflexionar.

¿Qué sucede cuando somos impacientes? Somos propensos a cometer errores. El problema, sin embargo, es que incluso después de cometer un error debido a la impaciencia —momento en el que deberíamos actuar con cautela y evitar las prisas—, a menudo no lo hacemos. Al reflexionar sobre mí mismo, me doy cuenta de que, si bien tengo un temperamento naturalmente apresurado, también tiendo a ser excesivamente impaciente

y a carecer de perseverancia al realizar la obra del Señor. Tal impaciencia conduce inevitablemente a errores tanto en el hablar como en el actuar. Un peligro aún mayor es que podría arruinar la obra de Dios. ¿Cómo sucede esto? Ocurre precisamente porque me adelanto a Dios. La impaciencia hace que me precipite más allá de la voluntad de Dios y me impide aguardar el momento señalado por Él. Además, me lleva a idear planes y métodos defectuosos, lo que resulta en pecado contra Dios y en consecuencias dolorosas. En última instancia, al considerar la causa raíz de mi impaciencia, creo que esta proviene de un "corazón orgulloso" (versículo 8). Un corazón orgulloso carece de paciencia; por el contrario, está lleno de impaciencia. En consecuencia, me adelanto al Señor no solo en mis acciones y palabras, sino también en mis propios pensamientos.

Un ejemplo bíblico destacado de esto es Sara, la esposa de Abraham, cuya historia se encuentra en el libro del Génesis. Ella dudó de la promesa que Dios le había hecho a su esposo, Abraham: "Así será tu descendencia" (Romanos 4:18; Génesis 15:5). Su duda surgió porque depositó más fe en su realidad visible que en el futuro invisible. La realidad visible era que su vientre parecía muerto (y, por supuesto, el cuerpo de su esposo Abraham también parecía muerto; Rom. 4:19), mientras que el futuro invisible era la promesa de que, en el tiempo señalado por Dios, su descendencia llegaría a ser tan numerosa como las estrellas del cielo. Sin embargo, Sara no perseveró en la fe respecto a la promesa que Abraham había recibido a los 75 años —esperando el tiempo de Dios veinticinco años más tarde, cuando él tendría 100 años—. En cambio, diez años después (Gén. 16:3), cuando ella tenía 85 años, hizo que Abraham se uniera a su sierva, Agar. Como resultado, Ismael nació cuando Abraham tenía 86 años (v. 16). Sara no perseveró en la fe; no pudo esperar. Ella se impacientó. Por ello, intentó cumplir la promesa de Dios mediante sus propios esfuerzos. Es por eso que escribí una nota para mí mismo: «Guárdate de la impaciencia en tu corazón». Dice así: «Cree que la voluntad de Dios se cumple en el tiempo y la manera de Dios. No permitas que situaciones difíciles e inesperadas te causen preocupación o impaciencia, llevándote a tomar decisiones apresuradas y erróneas. Guárdate de la impaciencia; en su lugar, ora, ten esperanza y aguarda con fe. La voluntad de Dios —buena, agradable y

perfecta— ciertamente se cumplirá; no por mis propios medios o métodos, sino a la manera y en el tiempo de Dios...»

Observa el texto de hoy, Proverbios 29:20, en la *Versión Coreana Contemporánea* (Hyundai-in-ui Seong-gyeong): «Hay más esperanza para un necio que para alguien que habla precipitadamente sin pensar». [(Versión Coreana Revisada): «¿Ves a un hombre apresurado en sus palabras? Hay más esperanza para un necio que para él».] ¿Qué opinas de las personas que se apresuran al hablar, aquellas que lo hacen de forma temeraria sin reflexionar? ¿Alguna vez has hablado tú mismo precipitadamente? ¿Te has arrepentido alguna vez de haber soltado algo a alguien sin haberlo pensado bien? Me viene a la mente Proverbios 10:19: «En las muchas palabras no falta pecado; mas el que refrena sus labios es prudente». Hace algún tiempo (en julio de 2013), reflexioné sobre once características de «la mujer necia que derriba su propia casa», basándome en el capítulo 14 de Proverbios. Al retomar esas reflexiones a la luz del pasaje de hoy, llego a esta conclusión: la persona necia que destruye su propio hogar es apresurada (Prov. 14:29) e imprudente (v. 16); se irrita con facilidad (v. 17) y carece de sabiduría en su hablar (v. 7); emplea palabras ásperas (15:1) pero resta importancia a sus propios pecados (14:9). ¿Acaso no albergamos nosotros mismos tal necedad? El Dr. Park Yun-sun señaló que quienes se apresuran al hablar tienden a apresurarse también en otras acciones, lo que conduce a diversas desgracias; Él mencionó cuatro consecuencias específicas: (1) sufrir deshonra (18:13), (2) caer en la pobreza (21:5), (3) mostrar insensatez (14:29) y (4) cometer pecado (19:2). Dado que tal precipitación al hablar acarrea estas consecuencias, no hay esperanza para la persona que actúa de esta manera (29:20).

No debemos ser precipitados (Prov. 29:20; 2 Tim. 3:4); por el contrario, debemos estar llenos de un anhelo profundo y sediento por Dios (Sal. 42:1). Observemos el Salmo 42:1: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía». En lugar de desanimarnos y angustiarnos porque las respuestas de Dios a la oración parecen tardar en llegar, debemos poner nuestra esperanza en Dios (versículos 5 y 11), anhelar su amor

inagotable (versículo 8, *Versión Coreana Contemporánea*) y seguir orándole (versículo 8). Con un corazón sediento (versículos 1 y 2), debemos buscar a Dios, quien es nuestra Roca (versículo 9).

Cristianos que actúan de manera imprudente

«Donde no hay visión, el pueblo se desenfrena; pero bienaventurado es el que guarda la ley» (Proverbios 29:18).

En los días del profeta Ezequiel, el pueblo de Israel cometió «las obras de una ramera descarada» a los ojos de Dios (Ezequiel 16:30). Confiando en el esplendor y la gloria que Dios les había otorgado, se prostituyeron y se entregaron a una inmoralidad sexual desenfrenada, impulsados por su propia fama (versículos 14-15). Se construyeron lugares altos ostentosos y allí cometieron actos de prostitución (versículo 16). Utilizaron las bendiciones materiales que Dios les había dado para fabricar ídolos y cometer adulterio espiritual (versículo 17). Es más, el pueblo de Israel sacrificó a sus propios hijos a los ídolos (versículo 20). Sin embargo, trataban su inmoralidad como un asunto trivial (versículo 17). Su lujuria era insaciable; se prostituyeron con los asirios y, aun así, no quedaron satisfechos; extendieron su promiscuidad hasta Caldea —la tierra de los mercaderes— y tampoco allí hallaron satisfacción (versículos 28-29). Esto es precisamente lo que Dios consideró como «las obras de una ramera descarada» (versículo 30). Debido a la debilidad de sus corazones, el pueblo de Israel incurrió en tal conducta imprudente y propia de una ramera (versículo 30). ¿Acaso nosotros, los cristianos de hoy, no estamos cometiendo actos similares de imprudente prostitución espiritual, tal como lo hicieron los israelitas en tiempos de Ezequiel?

Los israelitas también actuaron de manera imprudente y desenfrenada en la época del Éxodo (Éxodo 32:25). Al ver que Moisés tardaba en bajar del monte Sinaí, el pueblo se congregó y pidió a Aarón que les hiciera un dios para que los guiara (v. 1); finalmente, cometieron el pecado de fabricar y adorar un becerro de oro (v. 8). A los ojos de Moisés, los

israelitas estaban fuera de control (v. 25). La causa fue que Aarón les había permitido desenfrenarse (v. 25). Como consecuencia, se convirtieron en objeto de burla para sus enemigos (v. 25). Ciertamente, los israelitas fueron un pueblo que actuó sin freno (v. 25). Eran verdaderamente un pueblo corrupto (v. 7) que rápidamente se apartó del camino que Dios había ordenado (v. 8) y pecó contra Él. Además, eran un pueblo de dura cerviz ante los ojos de Dios (v. 9). ¿Acaso nosotros, los cristianos de hoy, no actuamos también sin freno, tal como lo hicieron los israelitas durante el Éxodo?

Dios prometió a Moisés que levantaría para ellos (los israelitas) un profeta semejante a él y pondría Sus palabras en la boca de dicho profeta (Deuteronomio 18:18). Así, el propósito de Dios era que ese profeta transmitiera a los israelitas todo lo que Él había ordenado (v. 18). Sin embargo, el problema radica en los falsos profetas. Los falsos profetas hablaban presuntuosamente en nombre de Dios —o en nombre de otros dioses— palabras que Dios no les había mandado decir a los israelitas (v. 20). Se puede reconocer que un profeta ha hablado con presunción si lo que dice en nombre de Dios no sucede ni se cumple (v. 22). ¿Acaso no hay hoy entre nosotros muchos de estos falsos profetas y pastores que pronuncian falsas profecías? La Biblia afirma: «El sabio teme al Señor y se aparta del mal, pero el necio es arrogante y temerario» (Proverbios 14:16). Un cristiano sabio se aparta del mal por reverencia a Dios, mientras que un cristiano necio es arrogante, precipitado e imprudente. Debido a que el cristiano necio no teme a Dios, se niega a sujetarse a la ley divina (Proverbios 29:18). En cambio, el cristiano sabio guarda la ley de Dios y protege su alma refrenando su conducta (Proverbios 19:16). La Biblia declara que tal cristiano es bienaventurado (Proverbios 29:18). ¿Es usted un cristiano necio o uno sabio? ¿Es un cristiano que actúa con imprudencia o un cristiano bienaventurado que guarda la ley de Dios?

Quien confía en Dios

[Proverbios 29:22-27]

¿Te basta la palabra del Señor? Existe una reflexión titulada "Confiar es tener fe", basada en un sermón del canónigo Battersby —ministro evangélico de la Iglesia de Inglaterra— sobre la historia del oficial del rey que viajó de Capernaum a Caná para pedirle a Jesús que sanara a su hijo enfermo. La lección que se extrae de esto es que el oficial simplemente creyó en las palabras de Jesús: "Vete, tu hijo vivirá" (Juan 4:50). Al enterarse de que su hijo había sanado por completo, comprendió que la fe —y el acto de confiar en Dios— consiste en la convicción de declarar: "La palabra del Señor es suficiente", incluso cuando no se tiene nada más en el mundo en qué apoyarse. En esto consisten precisamente la fe y la confianza.

¿Qué opinas tú? ¿Crees que la fe es la convicción de declarar: "La palabra del Señor es suficiente"? Al plantearme esta pregunta, me vino a la mente el siguiente pensamiento: "¿Es realmente suficiente para mí la promesa que el Señor hizo a la Iglesia Presbiteriana Seungri —que se encuentra en Mateo 16:18: '...edificaré mi iglesia...'—?". O bien: "¿Acaso, más allá de esta promesa, confío frecuentemente en mí mismo o en los demás?". Si yo ejerciera mi ministerio con fe absoluta en la promesa del Señor, estoy seguro de que no temería a las personas ni a las circunstancias, ni me sentiría ansioso o desanimado por nada. Un alma que cree y está convencida de que la promesa del Señor es suficiente, confía plenamente en Dios. Oremos para llevar una vida de fe —tal como dice la letra del himno 543, "Cuando enfrentas dificultades"—, confesando que, al pasar el tiempo y cualesquiera que sean las circunstancias que encontremos, el Señor es el único en quien podemos confiar.

El texto de hoy, Proverbios 29:25, dice: "El temor del hombre es un lazo, pero el que confía en el SEÑOR estará seguro". Una traducción moderna lo expresa así: "Si temes a la gente, caes en una trampa; pero si confías en el SEÑOR, estarás a salvo". Centrándome en este versículo, quisiera reflexionar sobre el título «Aquellos que confían en Dios» y considerar dos formas en que viven estas personas, recibiendo así las enseñanzas que Dios nos ofrece.

En primer lugar, quienes confían en Dios no temen a las personas.

Observemos la primera parte de Proverbios 29:25: «El temor del hombre es un lazo...». Podemos albergar diversos tipos de temor. Por ejemplo, podríamos temer al futuro. Hay momentos en que sentimos miedo y ansiedad al pensar en situaciones futuras inciertas que aún no han sucedido. Al hacerlo, podemos causar angustia no solo a nosotros mismos, sino también a los seres queridos que nos rodean. También podemos temer el rechazo de los demás. Antes de casarme, cuando era soltero y quería iniciar una relación, el miedo a menudo me frenaba. Me preocupaba lo que una mujer en particular pudiera pensar de mí o si me rechazaría si le confesaba mis sentimientos; a menudo temía ser rechazado. Como albergaba este temor en mi interior, usaba mi imaginación para magnificar la reacción de la otra persona —haciendo que pareciera más grande que Dios mismo—, lo cual solo profundizaba mi miedo hacia ella. Si albergamos tal temor, este puede llevarnos a construir un «falso yo» únicamente para satisfacer las expectativas y exigencias de los demás (Kim Jun-su). Aunque podemos experimentar diversos tipos de miedo, creo que el más universal de todos es el temor a las personas. Respecto a este temor, considero que hay cuatro tipos específicos de individuos —descritos en el pasaje de hoy, Proverbios 29:22-27— a quienes podríamos temer.

(1) Podemos temer a aquellos que se enojan fácilmente o son propensos a los arrebatos de ira.

Observemos Proverbios 29:22 en el pasaje de hoy: «El hombre iracundo provoca contiendas, y el furioso abunda en transgresiones» [(Versión coreana contemporánea) «La persona iracunda causa conflictos, y la de mal genio comete muchos pecados»]. ¿Qué piensa usted sobre la ira dentro del matrimonio? Mientras leía el libro *The Heart of Remarriage* (El corazón del nuevo matrimonio), de Gary y Greg Smalley, escribí lo siguiente sobre dos tipos de ira en las relaciones matrimoniales: «La ira justa es necesaria en el matrimonio porque genera cambios saludables. Sin embargo, la ira injusta —que se manifiesta a través de palabras y acciones pecaminosas— deteriora la relación matrimonial». ¿Qué opina de esta afirmación? Cuando pensamos en la «ira» dentro del matrimonio, solemos imaginar la «ira injusta» en lugar de la ira justa. En consecuencia, tendemos a ver la ira únicamente bajo una luz negativa. No obstante, debemos reconocer que la ira justa es algo que necesitamos. La razón es que la ira justa produce cambios saludables en la relación matrimonial. Sin embargo, debemos tener mucho cuidado con la ira injusta, ya que nos lleva a pecar no solo contra el otro, sino también contra Dios. Sabemos que en el matrimonio debemos ser lentos para la ira y poner fin a las contiendas (15:18). Sin embargo, con demasiada frecuencia no logramos refrenar nuestro temperamento y cedemos fácilmente a la ira, lo que desemboca en discusiones con nuestros cónyuges (15:18; 21:9, 19). ¿A qué se debe esto? Una razón es que la persona airada tiende a pronunciar palabras duras y precipitadas (15:1). ¿Qué sucede cuando tales palabras duras no se dicen solo una o dos veces, sino que —como el goteo incesante de agua (19:13)— se descargan continuamente sobre el cónyuge en un arrebato de furia? (Park Yun-sun). ¿Qué ocurre, especialmente, si nosotros o nuestro cónyuge somos necios? Proverbios 17:12 afirma: «Mejor es encontrarse con una osa a la que han robado sus cachorros que con un necio en su necedad». Si nosotros o nuestros cónyuges actuamos con necedad —comportándonos de manera menos racional que una aterradora osa enfurecida por la pérdida de sus crías—, ¿en qué se convierte el conflicto matrimonial?

La ira de un cónyuge puede resultar verdaderamente aterradora. Es comprensible sentir miedo cuando un cónyuge airado —particularmente si es necio— arremete contra nosotros. No se trata solo del cónyuge; cualquier persona propensa a la ira repentina —ya sea un

vecino o un compañero de trabajo— puede ser motivo de temor. Sin embargo, la Biblia nos dice: «No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con mi diestra victoriosa» (Isaías 41:10), y «No se aterroricen; no les tengan miedo» (Deuteronomio 1:29). Dios dirigió estas palabras —«No se aterroricen; no les tengan miedo»— a los israelitas, quienes se habían desanimado y atemorizado ante los cananeos tras escuchar el informe carente de fe de los diez espías que habían reconocido la tierra de Canaán. Además de estos dos pasajes, la Biblia contiene muchas otras exhortaciones a no temer. Los cristianos que dependen de Dios y confían en Él obedecen Su mandato de no temer y, en consecuencia, no temen a quienes están enojados con ellos. Oro para que seamos personas que no teman la ira humana, sino que teman la santa ira de Dios.

(2) Podemos temer a las personas arrogantes.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 29:23: «El orgullo del hombre lo humilla, pero el de espíritu humilde alcanza honor» [(Versión coreana contemporánea) «Si una persona es arrogante, es humillada; si es humilde, recibe respeto»]. ¿Cómo podemos saber si nosotros mismos somos arrogantes a los ojos de Dios? Mientras meditaba en el libro de Ester, reflexioné sobre la naturaleza de una persona arrogante centrándome en la figura de Amán e identifiqué tres características clave:

(a) La persona orgullosa no conoce la satisfacción (Ester 5:13).

Mientras Amán veía a Mardoqueo el judío sentado a la puerta del rey, «todas estas cosas» no lograban satisfacerlo. «Todas estas cosas» se refieren a la gran gloria de Amán, a sus numerosos hijos, al hecho de que el rey Asuero lo había exaltado por encima de todos los demás príncipes y funcionarios, y al hecho de que era el único invitado a acompañar al rey en el banquete ofrecido por la reina Ester (versículos 11–12).

(b) La persona orgullosa es propensa a autoengañarse (6:6).

El rey Asuero quería honrar a Mardoqueo el judío —quien había descubierto un complot para asesinarlo (versículo 2)—, así que llamó a Amán y le preguntó: «¿Qué se debe hacer con el hombre a quien el rey desea honrar?» (versículo 6). En ese momento, Amán se engañó a sí mismo pensando: «¿A quién más desearía honrar el rey sino a mí?» (versículo 6).

(c) A la persona orgullosa le encanta ser exaltada (honrada) (6:7–9).

Creyendo erróneamente que el rey Asuero tenía la intención de honrarlo a *él* y no a Mardoqueo, Amán le dijo al rey: «Para el hombre a quien el rey desea honrar, que traigan un manto real que el rey haya usado y un caballo que el rey haya montado, y que el manto y el caballo sean entregados a uno de los funcionarios más nobles del rey. Luego, que vistan al hombre a quien el rey desea honrar y lo hagan pasear a caballo por las calles de la ciudad, proclamando delante de él: "¡Esto es lo que se hace con el hombre a quien el rey desea honrar!"» (versículos 7–9). Esperando ser él quien recibiera el honor, Amán dio al rey Asuero instrucciones específicas sobre cómo debía ser exaltada una persona (versículo 7); los detalles de sus sugerencias revelan a un hombre que anhelaba tal honor. Debemos estar sumamente vigilantes ante la infiltración del orgullo en nuestros corazones. Al reflexionar brevemente sobre el orgullo de Amán —caracterizado por un deseo insaciable, el autoengaño y un anhelo de honor—, debemos examinarnos para ver si nosotros también albergamos tal arrogancia. El Salmo 73 nos dice que Asaf, un salmista de corazón puro (versículo 1), envidió a los arrogantes tras presenciar la prosperidad de los impíos (versículo 3). Esta prosperidad incluye llevar una vida saludable y libre de sufrimiento, sin enfrentar jamás las adversidades o enfermedades que aquejan a otros (versículos 4–5). Entre sus rasgos, los impíos no solo «llevan el orgullo como un collar y la violencia como un manto» (versículo 6), sino que también «hablan con arrogancia desde lo alto» (versículo 8). ¿No resultarían aterradoras tales personas arrogantes e impías? Sin embargo, como quienes confían en Dios, no necesitamos temer a los arrogantes. ¿Por qué? Observemos el pasaje

de hoy, Proverbios 29:23: «El orgullo del hombre lo humilla, pero el espíritu humilde alcanza honor». No debemos temer a los arrogantes porque Dios los humillará (versículo 23; cf. 2 Samuel 22:28, Job 40:11). Nuestro Dios es quien nos humilla cuando nuestros corazones se vuelven orgullosos. Así como humilló a los israelitas durante el Éxodo alimentándolos con maná en el desierto —alimento que ni ellos ni sus antepasados habían conocido (Deuteronomio 8:16)—, Él nos humilla mientras vivimos en este mundo semejante a un desierto, alimentándonos con Su Palabra. Por tanto, debemos humillarnos ante el Señor (Santiago 4:10). Debemos humillarnos como niños pequeños (Mateo 18:4). Siguiendo el ejemplo de Jesús, quien se humilló y obedeció hasta la muerte en la cruz (Filipenses 2:8), debemos humillarnos y vivir una vida de obediencia a la Palabra del Señor. Cuando lo hacemos, el Señor nos exaltará a su debido tiempo (Santiago 4:10). La enseñanza de la Biblia es clara: «Porque todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado» (Lucas 14:11). El Señor, que exalta a los humildes, concede gracia a los humildes (Proverbios 3:34; 1 Pedro 5:5) y los salva (Job 22:29; Salmo 149:4). La Biblia nos dice que la humildad conduce al honor (Proverbios 29:23). La humildad es la antesala del honor (Proverbios 15:33).

(3) Podemos temer a los ladrones y a sus cómplices. Observemos el texto de hoy, Proverbios 29:24: «El que se asocia con un ladrón aborrece su propia alma; oye la maldición, pero no testifica» [(Versión Coreana Contemporánea) «Quien conspira con un ladrón es alguien que aborrece su propia alma. Incluso cuando se le pide que testifique la verdad, no dice nada en el tribunal»]. ¿Sabe quién es el ladrón famoso de la Biblia? Es Judas Iscariote. Seis días antes de la Pascua, cuando Jesús llegó a Betania —donde vivía Lázaro, a quien Él había resucitado de entre los muertos—, la gente del lugar le ofreció un banquete (Juan 12:1-2, Versión Coreana Contemporánea). En ese momento, María tomó un perfume sumamente costoso, lo derramó sobre los pies de Jesús y los secó con sus cabellos (versículo 3). Al ver esto, Judas Iscariote —el discípulo que traicionaría a Jesús— preguntó por qué no se había vendido el perfume por trescientos denarios para dar el dinero a los pobres (versículos 4-5, Versión Coreana Contemporánea). La Biblia afirma que Judas dijo esto no porque se

preocupara por los pobres, sino porque «era ladrón; tenía la bolsa del dinero y solía robar de lo que se depositaba en ella» (versículo 6). Para un observador externo, Judas Iscariote podía parecer alguien que se preocupaba por los pobres, pero en realidad era un ladrón. ¿Qué sucede cuando un ladrón así conspira —o une fuerzas— con líderes nacionales poderosos o con falsos líderes religiosos? Observemos Isaías 1:23: «Tus gobernantes son rebeldes, compañeros de ladrones; todos aman los sobornos y van tras las dádivas. No defienden la causa del huérfano, ni llega ante ellos el caso de la viuda». Cuando los funcionarios o líderes conspiran con ladrones como Judas Iscariote, todos terminan amando los sobornos y buscando regalos, sin atender las quejas de los huérfanos y las viudas.

En el pasaje de hoy, Proverbios 29:24, la Biblia afirma: «El que es cómplice de un ladrón aborrece su propia alma; oye la maldición, pero no revela nada». Aquí, ser «cómplice de un ladrón» se refiere a alguien que planea un robo junto a un ladrón y respalda la trama (Park Yun-sun). Un ejemplo claro de esto se encuentra en 1 Reyes 21: Acab y Jezabel, quienes se apoderaron de la viña de Nabot (Park Yun-sun). La reina Jezabel, tras preguntar a su esposo, el rey Acab, por qué estaba afligido y se negaba a comer (1 Reyes 21:4-5), supo que la causa era simplemente la negativa de Nabot el jezreelita a entregar su viña (v. 6). Entonces le dijo a su esposo: «¿Así ejerces tú la autoridad sobre el reino de Israel?». «Levántate, come y alégrate; yo te daré la viña de Nabot el jezreelita» (v. 7). Luego «escribió cartas en nombre de Acab, las selló con su sello» y las envió a los ancianos y nobles que vivían en la ciudad de Nabot (v. 8). El núcleo del mensaje era incriminar a Nabot —acusándolo de maldecir a Dios y al rey— y hacer que lo apedrearan hasta la muerte (vv. 9-10). Ella era verdaderamente una mujer malvada, llena de «hechicerías» y «encantamientos» (2 Reyes 9:22). Los ancianos y nobles que recibieron sus cartas «hicieron tal como Jezabel les había indicado en las cartas que les envió» (1 Reyes 21:11) y, finalmente, Nabot fue arrastrado fuera de la ciudad y apedreado hasta morir (v. 13). Al final, Jezabel consiguió para Acab la viña que él deseaba, tal como había prometido (v. 15). Ella se apoderó de la viña de Nabot —incluso matándolo— y se la entregó a Acab (vv. 14, 15, 16). Ella era quien movía los hilos detrás de Acab. Ella fue quien incitó a Acab a hacer lo malo ante los ojos del Señor (v. 25). Ella fue quien llevó a Acab

a actuar de una manera «sumamente detestable, siguiendo a los ídolos, tal como lo hicieron los amorreos, a quienes el Señor había expulsado ante los israelitas» (v. 26). Bien podríamos temer a una persona que —al igual que un ladrón que mata para robar la propiedad ajena— trama tal robo y actúa desde las sombras. Sin embargo, quienes confiamos en Dios no tenemos por qué temer. La razón, por supuesto, es que —como se afirma en Isaías 41:10— Dios... Es porque Él está con nosotros. Puesto que Él está con nosotros —siendo nuestro Dios, fortaleciéndonos, ayudándonos y sosteniéndonos con su diestra victoriosa—, no necesitamos temer al ladrón ni a la persona que, entre bastidores, conspira con él. La verdad que debemos reconocer se encuentra en el pasaje de hoy, Proverbios 29:24, que dice: «El cómplice del ladrón aborrece su propia alma...». En 1 Reyes 21:20 y 25, Elías reprende al rey Acab diciendo: «Te has vendido para hacer lo malo ante los ojos del Señor». Dígame: ¿acaso alguien que ama su propia alma se vendería para conspirar con un ladrón y cometer el mal ante los ojos de Dios? Ciertamente no. Ese es un pecado perverso cometido únicamente por aquellos que aborrecen su propia alma.

En cuanto a aquellos que aborrecen su propia alma —y al hacerlo se venden para asociarse con ladrones—, la segunda parte de Proverbios 29:24 nos dice que, aun cuando escuchan el llamado a testificar la verdad, permanecen en silencio [(Versión Coreana Contemporánea): "Aunque se le pida exponer los hechos, no dice nada en el tribunal"]. ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué alguien aliado con un ladrón se negaría a decir la verdad ante un tribunal? Se debe a que quienes conspiran con ladrones —aborreciendo su propia alma en el proceso— son malvados y engañadores. Los malvados y engañadores nunca dicen la verdad; más bien, mienten con la misma naturalidad con la que comen. Hermanos y hermanas, como personas que confían en Dios, no necesitamos temer a quienes conspiran con ladrones. La razón es que el Dios en quien confiamos es Aquel que ama nuestra alma. El Dios que ama nuestra alma no se adormece ni duerme mientras vela por nosotros (Salmo 121:4-5). Dios nos protege, librándonos de todo mal, y guarda nuestra alma desde ahora y para siempre (versículos 7-8).

(4) Podemos llegar a sentir temor de los impíos.

Observemos la primera parte de Proverbios 29:27: "El impío es abominación a los justos..." [(Versión Coreana Contemporánea): "La persona justa aborrece al deshonesto..."] Cuando empezamos a cuestionar a Dios, comenzamos a dudar de Él. Y cuando dudamos de Dios, empezamos a dejar de creerle. Esa incredulidad nos lleva a desobedecer a Dios y, en última instancia, nos impulsa a cometer actos de impiedad. Aquí, la "impiedad" se refiere a la maldad, la codicia, la malicia, la envidia, el homicidio, las contiendas, el engaño, la malignidad, el chisme, la calumnia, el aborrecimiento de Dios, la insolencia, la arrogancia, la jactancia, la invención de maldades, la desobediencia a los padres, la insensatez, la falta de fe, la falta de afecto natural y la crueldad (Romanos 1:29-31). Cuando cometemos tales actos de impiedad, la ira de Dios se enciende y Él nos disciplina. Números 22 presenta a un personaje llamado Balaam: hijo de Beor (Números 22:5) y adivino (versículo 7; Josué 13:22). La Biblia afirma que el pueblo de Israel siguió el consejo de Balaam (31:16), se apartó del camino correcto, fue extraviado (2 Pedro 2:15) y pecó contra Dios. Mientras acampaban en Sitim, los israelitas no solo incurrieron en inmoralidad sexual con mujeres moabitas (Números 25:1), sino que también se inclinaron ante los dioses de dichas mujeres cuando estas les ofrecían sacrificios (versículo 2). En consecuencia, la ira de Dios se encendió contra Israel (versículo 3); como resultado, los líderes del pueblo fueron ejecutados públicamente, ahorcados ante el Señor (versículo 4), y 24.000 israelitas perecieron a causa de una plaga (versículo 9). ¿Por qué llegaron los israelitas a tal estado? La causa residía en Balaam, quien «amó el premio de la maldad» (2 Pedro 2:15). Una persona injusta que ama tal recompensa no solo se arrastra a sí misma hacia la injusticia, sino que también induce a otros a ella, haciendo que todos pequen contra Dios. La ira de Dios recae sobre tales personas y Él las castiga.

Pasaje de hoy: La primera parte de Proverbios 29:27 dice: «El injusto es abominación para el justo». ¿Por qué la persona injusta es detestada por el justo? Porque los injustos aman la injusticia, y quienes aman la injusticia no creen en la verdad (2 Tesalonicenses 2:12). Por

tanto, los justos —que creen en la verdad y aman la justicia— no solo detestan a la persona injusta, sino que también aborrecen todos sus actos de injusticia. La Biblia declara que no hay injusticia en el Dios justo (Romanos 9:14). Afirma que el Señor que habita en nosotros es justo y no comete injusticia (Sofonías 3:5). Además, la Biblia revela que la ira de Dios —que es la Verdad— se manifiesta desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que reprimen la verdad con su injusticia (Romanos 1:18). Así pues, no debemos temer a los injustos; más bien, debemos detestarlos y aborrecer su injusticia. Como quienes confían en Dios, no debemos temer a los iracundos, a los arrogantes, a los que conspiran con ladrones ni a los injustos. Proverbios 29:25, nuestro texto de hoy, advierte que temer a tales personas nos lleva a una trampa. Temerles equivale a no creer que el gran y temible Dios habita entre nosotros (Deuteronomio 7:21); cuando tememos a las personas por falta de fe en Dios, ese mismo temor se convierte en la trampa que nos atrapa. Por tanto, debemos confiar plenamente en Dios y negarnos a temer a las personas. Consideremos Mateo 10:28: «No teman a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma…». No tengan miedo; más bien, teman a Aquel que puede destruir tanto el cuerpo como el alma en el infierno.

En segundo y último lugar, quienes confían en Dios estarán seguros.

Observemos la última parte de Proverbios 29:25 en el texto de hoy: «…el que confía en el Señor estará seguro». ¿Sobre qué debemos tener sumo cuidado los cristianos? En Filipenses 3:1, el apóstol Pablo dijo lo siguiente a los creyentes de la iglesia en Filipos: «Por lo demás, hermanos míos, ¡alégrense en el Señor! Para mí no es molestia escribirles de nuevo las mismas cosas, y para ustedes es una garantía de seguridad». A partir de estas palabras, vemos que Pablo escribió la carta impulsado por el deseo de velar por la seguridad de los creyentes filipenses. En dicha carta, concretamente en el versículo 2, Pablo les advirtió repetidamente —utilizando tres veces la expresión «cuídense de» (o «tengan cuidado con»)—: «Cuídense de los perros, cuídense de los malhechores, cuídense de los que mutilan la carne». La advertencia de «cuidarse de los perros» iba dirigida a los

judaizantes. Esto se debía a que los judaizantes insistían en que los gentiles debían observar los rituales del Antiguo Testamento —en particular la circuncisión— para ser declarados justos. En la Epístola a los Gálatas, Pablo llegó incluso a pronunciar una maldición sobre estos judaizantes y su falso evangelio, calificándolos de herejes. El problema, sin embargo, radicaba en que la mayoría de los miembros de la iglesia aceptaba a los judaizantes como creyentes genuinos, tal como ocurrió, por ejemplo, en las iglesias de Galacia. No obstante, en realidad, ellos socavaban la claridad del evangelio, lo corrompían gravemente y sumían a los creyentes gentiles en la confusión. Para resumir brevemente la causa de esta confusión: la lógica de Pablo era que una persona (1) primero cree en Cristo, (2) luego es justificada ante Dios y (3) inmediatamente se dispone a guardar la ley de Dios; mientras que los judaizantes sostenían que una persona (1) cree en Cristo, (2) se esfuerza al máximo por guardar la ley y (3) entonces es justificada (Machen). Aunque esta distinción pueda parecer sutil, en realidad es profunda. La diferencia radica en que Pablo enseñaba que la salvación se obtiene únicamente mediante la fe en Jesucristo y por la gracia de Dios, mientras que los judaizantes afirmaban que la salvación se alcanza mediante el esfuerzo humano y la observancia de la ley. El verdadero evangelio que Pablo proclamaba se centraba en la obra que Jesucristo realizó en la cruz (la gracia), mientras que el falso evangelio defendido por los judaizantes se centraba en las acciones de los seres humanos pecadores (el mérito). En resumen, Pablo enseñaba la salvación por la gracia de Dios, mientras que los judaizantes enseñaban la salvación mediante obras humanas. El apóstol Pablo se refirió a los judaizantes —quienes enseñaban falsamente que la salvación se obtiene mediante obras humanas— como "perros", porque "se hacían pasar por maestros por codicia de ganancias materiales" (3:19). En consecuencia, Pablo advirtió a los creyentes de Filipos que se cuidaran de estos judaizantes —falsos maestros que propagaban un evangelio falso— debido al peligro que representaban. Del mismo modo, debemos estar alerta contra los falsos pastores o maestros que proclaman un evangelio falso. Debemos desconfiar y protegernos de cualquier enseñanza que no proclame el verdadero evangelio —que la salvación proviene únicamente de la fe en Jesucristo por la gracia de Dios—, sino que promueva un evangelio falso afirmando que la salvación se logra mediante una

combinación de fe y esfuerzo humano o buenas obras. Debemos desconfiar de cualquier enseñanza que se centre en el mérito humano en lugar del mérito de la cruz de Jesús.

La última parte del texto de hoy, Proverbios 29:25, dice: "El que confía en el SEÑOR estará seguro". ¿Qué clase de persona es aquella que confía en Dios? Podemos considerar tres características:

(1) Quienes confían en Dios son humildes.

Observemos Proverbios 29:23: "El orgullo del hombre lo humilla, pero el espíritu humilde obtiene honor" [(Versión coreana contemporánea) "Si una persona es orgullosa, es humillada; si es humilde, recibe respeto"]. La persona orgullosa confía en sí misma en lugar de confiar en Dios. Dios humilla a tales personas orgullosas. Sin embargo, la persona humilde confía en Dios. En otras palabras, quienes confían en Dios son humildes. Además, la persona humilde que confía en Dios acude a Él en oración. Busca la ayuda y la liberación de Dios. Incluso en tiempos de peligro, confía en el Señor —su refugio— y se ampara en Él (Salmo 31:1).

(2) Quienes confían en Dios creen que el juicio justo sobre las personas proviene de Dios. Observemos Proverbios 29:26: «Muchos buscan el favor del gobernante, pero la justicia para el hombre proviene del SEÑOR» [(Versión Coreana Contemporánea) «Muchos intentan ganarse el favor del gobernante, pero el juicio justo respecto a una persona lo emite el SEÑOR»]. Cuando enfrentamos dificultades o adversidades —especialmente cuando hemos sido tratados injustamente—, podemos sentirnos tentados a buscar el favor de quienes tienen poder y autoridad, con la esperanza de obtener su ayuda. En nuestro intento por ganarnos su favor, podríamos recurrir a la adulación u ofrecer regalos que equivalen a sobornos. Tales acciones revelan que confiamos más en estas figuras poderosas que en Dios. Sin embargo, el pasaje de hoy —Proverbios 29:25-26— declara que quienes confían en Dios están seguros; enseña que depositan su fe en el hecho de que solo Dios emite un

juicio verdadero sobre los asuntos humanos. En otras palabras, quienes confían en Dios no buscan congraciarse con los gobernantes, porque creen que el desenlace final de los asuntos humanos no depende del gobernante, sino de Dios.

(3) Quienes confían en Dios actúan rectamente.

Consideremos el pasaje de hoy, Proverbios 29:27: «Los injustos son detestados por los justos, y los rectos son detestados por los impíos» [(Versión Coreana Contemporánea) «Los justos odian a los deshonestos, y los impíos odian a los honestos»]. Quienes dependen de las personas en lugar de Dios temen más a los hombres que a Dios (versículo 25). En consecuencia, buscan el favor de las personas —como los gobernantes— en lugar de buscar la gracia de Dios (versículo 26). En resumen, aquellos que temen a las personas y dependen de ellas se ven impulsados a buscar su favor. Tales individuos no actúan rectamente, sino que cometen actos de injusticia; por ello, son detestados por los justos (versículo 27). Sin embargo, quienes confían en Dios (v. 25) no temen a las personas; por consiguiente, no buscan ganarse el favor de los demás (v. 26) ni cometen injusticias, sino que actúan con rectitud (v. 27). Ellos realmente enmiendan sus caminos y sus obras, practicando la justicia entre sus prójimos (Jeremías 7:5). Aborrecen toda conducta engañosa (Salmo 119:128) y no hallan placer en la insensatez (Proverbios 15:21).

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. El Salmo 146:3 nos dice que no debemos confiar en los mortales, pues carecen de poder para ayudar. No debemos depender de personas que no tienen la capacidad de socorrernos, ni tampoco confiar en aquellos que gozan de fama ante los ojos del mundo. Respecto a la confianza en las personas, el Dr. Park Yun-sun afirmó: «Confiar en los seres humanos es una mentalidad perversa que obstaculiza el camino hacia la confianza en Dios. Por ello, el salmista prohíbe en primer lugar el pecado de confiar en los hombres, con el fin de guiar a los demás a confiar en Dios» (Park Yun-sun). Confiar en personas que no pueden ayudarnos nos impide confiar en Dios, quien es nuestro verdadero Auxiliador. Así pues, debemos dejar de confiar en los

seres humanos que carecen de poder para ayudar; debemos cesar por completo de depender de las personas. Hemos de confiar únicamente en Dios. Quienes confían en Dios estarán seguros (Proverbios 29:25). Quienes confían en Dios no temen a las personas. Cuando confiamos en Dios, no tememos a los iracundos ni a los de temperamento violento. Además, quienes confían en Dios no temen a los soberbios, a los ladrones ni a los cómplices que conspiran con ellos. Tampoco temen a los impíos. Quienes confían en Dios estarán seguros. Quienes confían en Dios son humildes. Asimismo, creen que es Dios quien emite juicios justos sobre las personas. Por otra parte, quienes confían en Dios actúan rectamente. Puesto que Dios protege y vela por tales individuos, ellos estarán seguros.

Aquel que aprende sabiduría

[Proverbios 30:1–9]

¿Qué estás aprendiendo en tu camino de fe? Una de las cosas que he aprendido en mi propio recorrido es el cambio de mentalidad: pasar de pensar «yo puedo hacerlo» a darme cuenta de que «yo no puedo, pero el Señor sí». Como pastor, hay muchas ocasiones en mi ministerio en las que siento una necesidad desesperada del poder de Dios. Por consiguiente, a menudo oro pidiendo ese poder. Creía que este era el enfoque correcto: que, al servir a la iglesia —la cual actúa como un desierto— y al llegar a comprender plenamente mi propia debilidad e incapacidad, debía depender cada vez más del poder de Dios. Por supuesto, no considero que sea una oración incorrecta. Sin embargo, llegué a darme cuenta de que había un problema con mis prioridades. No había comprendido que, antes de pedirle a Dios su poder, necesitaba buscar su corazón. Por eso, quiero buscar el corazón de Dios y aprender de él. Deseo que mi propio corazón sea transformado en el suyo. Al igual que el apóstol Pablo, quiero amar a mis hermanos y hermanas en el Señor con el mismo corazón de Cristo (Filipenses 1:8).

En el pasaje de hoy —la primera parte de Proverbios 30:3—, la Biblia dice: «No he aprendido sabiduría…». Aquí, el «yo» se refiere a «Agur, hijo de Jaqué», mencionado en el versículo 1. Dado que Agur aparece únicamente en este pasaje de toda la Biblia, sabemos muy poco sobre él. Solo sabemos que su padre se llamaba Jaqué y que el nombre «Agur» significa «recopilador» (*Tyndale Concise Bible Commentary*). Según el pastor John MacArthur, es probable que Agur fuera un estudiante de sabiduría durante la época de Salomón (MacArthur). En la primera parte de Proverbios 30:3 —nuestro texto de hoy—, Agur afirma:

«No he aprendido sabiduría». Sin embargo, al meditar en este versículo, me sorprendí pensando desde la perspectiva opuesta: en lugar de ser alguien que *no* ha aprendido sabiduría —como Agur—, debería esforzarme por ser alguien que *sí* aprende sabiduría. Por tanto, bajo el título «Aquel que aprende sabiduría», quisiera reflexionar sobre tres características de tal persona basándome en Proverbios 30:1–9, y extraer las lecciones que Dios nos ofrece.

En primer lugar, la persona que aprende sabiduría reconoce su propia insensatez e ignorancia.

Observemos Proverbios 30:2–3: «Ciertamente soy más torpe que cualquier hombre y no tengo el entendimiento de un ser humano. No aprendí sabiduría ni poseo el conocimiento del Santo» [(Versión coreana contemporánea) «Soy tan insensato que soy peor que una bestia; carezco del entendimiento que un ser humano debería poseer. Nunca aprendí sabiduría ni tengo conocimiento del Santo»]. Debemos llegar a conocernos a nosotros mismos. Sin embargo, la manera de conocernos es llegando a conocer a Dios. Por ejemplo, 1 Juan 4:16 declara: «Dios es amor». Cuanto más comprendemos la verdad de que Dios es amor, más debemos darnos cuenta de cuán carentes de amor estamos nosotros mismos. Además, Levítico 11:45 registra que Dios dice: «Yo soy santo». Cuanto más llegamos a conocer al Dios santo, más debemos reconocer cuán faltos de santidad estamos nosotros. En resumen, debemos llegar a conocernos a medida que crecemos en el conocimiento de Dios. El problema, no obstante, es que —tal como predijo el profeta Oseas— actualmente carecemos del conocimiento de Dios; en consecuencia, a medida que aumenta el número de creyentes, también aumenta nuestro pecado contra Él (Oseas 4:6–7). La razón por la que carecemos de este conocimiento es que lo hemos rechazado (v. 6). Por ello, la Biblia nos insta a «proseguir para conocer al Señor» (6:3). Solo cuando buscamos sinceramente conocer a Dios podemos llegar a conocernos verdaderamente a nosotros mismos. Al hacerlo, nos daremos cuenta de que nuestros pensamientos distan enormemente de los pensamientos de Dios (Isaías 55:9). Llegaremos a comprender la inmensa diferencia entre

nuestros criterios y los criterios de Dios. En el pasaje de hoy, tomado de Proverbios 30:2–3, Agur —el autor— afirma: «Comparado con los demás, soy un bruto; carezco de entendimiento humano. No he aprendido sabiduría ni poseo conocimiento del Santo». Se describió a sí mismo como alguien tan insensato que no era mejor que una bestia (v. 2, *Versión Coreana Contemporánea*). Meditar en estas palabras trajo a mi mente el Salmo 73. Asaf, el salmista que había envidiado a los arrogantes al ver la prosperidad de los impíos (v. 3), comprendió cuál sería su fin último tras entrar en el santuario de Dios (v. 17). Entonces se describió a sí mismo de esta manera: «Fui insensato e ignorante; fui como una bestia delante de Ti» (v. 22, *Versión Coreana Contemporánea*). En última instancia, al entrar en el templo de Dios, Asaf comprendió no solo el destino de los impíos, sino también su propia insensatez e ignorancia, reconociendo que, ante el Señor, no era más que una bestia (v. 22). En el pasaje de hoy —Proverbios 30:2–3—, Agur se describe a sí mismo como un «bruto» o una «bestia» en comparación con los demás, ya que carecía de entendimiento humano, no había aprendido sabiduría y no poseía conocimiento del Santo. En resumen, Agur se llamó a sí mismo bestia porque carecía del conocimiento del Dios santo. Carecer del conocimiento del Dios santo equivale a carecer de sabiduría y entendimiento; y carecer de sabiduría y entendimiento es equiparable a ser una bestia. Agur hizo esta confesión ante personas concretas: según el versículo 1, habló con Itiel y Ucal. Es probable que ambos fueran los discípulos predilectos de Agur (MacArthur). Agur les preguntó: «¿Quién ha subido al cielo y ha descendido? ¿Quién ha recogido el viento en sus puños? ¿Quién ha envuelto las aguas en un manto? ¿Quién ha establecido todos los confines de la tierra? ¿Cuál es su nombre y cuál es el nombre de su hijo? ¿Lo saben?» (Versículo 4). Agur planteó estas preguntas porque reconocía que tales cosas no pueden comprenderse sin la revelación divina. En definitiva, al confesar su propia ignorancia ante Itiel y Ucal, Agur demostró su humildad (MacArthur). ¿Qué es la verdadera sabiduría a los ojos de Dios? Es hacer una confesión de fe correcta mediante el conocimiento de Jesucristo. En el conocido pasaje de Mateo 16:15, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién decís que soy yo?» (v. 15). En ese momento, el apóstol Pedro confesó: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (v. 16). Al oír esta confesión, Jesús dijo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo

reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (v. 17). En última instancia, Pedro pudo hacer tal confesión de fe gracias a la revelación de Dios. Por tanto, como buscadores de sabiduría, debemos anhelar fervientemente la revelación de Dios. Debemos reconocer que, sin la revelación divina, es imposible conocer a Dios, y debemos admitir humildemente nuestra propia ignorancia. También debemos comprender que, sin la revelación de Dios, no podemos poseer conocimiento del Dios santo (Proverbios 30:3). Sin la revelación de Dios, no podemos conocer a Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios. Así pues, como buscadores de sabiduría, debemos admitir humildemente nuestra ignorancia y anhelar aún más la revelación de Dios. Oro para que Dios nos conceda a todos revelación, a fin de que tú y yo lleguemos a conocer cada vez más profundamente a su Hijo unigénito, Jesucristo.

En segundo lugar, quienes buscan la sabiduría se apoyan en la pura Palabra de Dios.

Cuando pienso en el «refinamiento», me vienen a la mente las palabras de Job 23:10: «Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro». Dios es quien refina nuestros corazones (Proverbios 17:3). En este proceso de refinamiento, Dios no nos trató simplemente como a plata; más bien, nos eligió en el horno de la aflicción (Isaías 48:10). En última instancia, Dios nos refina a través del sufrimiento que soportamos. Al guiarnos por la senda del sufrimiento, Él nos transforma en oro puro. En particular, Él purifica nuestra fe —que a menudo está contaminada con escoria e impurezas (Isaías 1:25)— en el horno de la aflicción, haciéndola semejante al oro puro. Además, Dios nos purifica a través del sufrimiento (Daniel 11:35).

Observemos el texto de hoy, Proverbios 30:5: «Toda palabra de Dios es pura; Él es escudo para los que en Él se refugian». Agur, el autor de Proverbios, afirma que «toda palabra de Dios es pura»; aquí, la palabra «pura» hace referencia a la plata o el oro que se han fundido para eliminar las impurezas y alcanzar la pureza (Park Yun-sun). Probablemente tenga una idea general de cómo se eliminan las escorias de la plata, ¿verdad? La plata se coloca en un

horno y se somete a un calor intenso para eliminar las impurezas conocidas como escoria. Sin embargo, estas impurezas no se separan fácilmente. Por ello, obtener plata pura requiere un proceso de refinamiento repetido a altas temperaturas. Para lograrlo, el platero debe enfrentarse a un calor intenso y sudar profusamente. No obstante, el platero no rehúye tal labor para obtener la plata pura que desea. Proverbios 17:3 dice: «El crisol para la plata y el horno para el oro, pero el SEÑOR prueba los corazones». ¿Qué significa esto? Así como un platero refina repetidamente la plata con calor intenso para purificarla, Dios nos guía a través del «horno de la aflicción» para refinar nuestros corazones (Isaías 48:10). En otras palabras, cuando albergamos impurezas —como la suciedad carnal y mundana que se adhiere a nosotros cual escoria—, Dios permite que pasemos por pruebas y sufrimientos a modo de fuego refinador para purgar tales cosas de nosotros y liberarnos de ellas. Un ejemplo destacado de esto es Job, cuya historia se encuentra en el libro del Antiguo Testamento que lleva su nombre. Observemos Job 23:10: «Mas Él conoce el camino que tomo; cuando me haya probado, saldré como oro». ¿Por qué hace Dios que pasemos por el horno del sufrimiento para «quitar la escoria de la plata»? Observemos la última parte de Proverbios 25:4: «... y saldrá como vasija para el platero». ¿Qué significa esto? Significa que Él elimina la escoria de la plata para que esta pueda convertirse en una vasija útil. Del mismo modo, Dios nos guía a través del horno del sufrimiento para que, finalmente, emerjamos como oro puro. ¿Cuál es el propósito de esto? ¿Por qué hace Dios que salgamos como oro puro? Observemos 2 Timoteo 2:21: «Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor y dispuesto para toda buena obra». La razón es que el Señor nos limpia y nos prepara para ser aptos para Su uso: para convertirnos en instrumentos de honra para Él. El Señor, que desea utilizarnos de esta manera honorable, nos purifica mediante la pura Palabra de Dios (Proverbios 30:5). Respecto a esa Palabra, el Salmo 12:6 dice: «... pura, como plata refinada siete veces en un horno de tierra». El Señor nos purifica y nos limpia utilizando esta pura Palabra de Dios. Entonces, ¿cuál es nuestra responsabilidad? Me gustaría considerar brevemente tres puntos:

(1) Debemos anhelar la pura Palabra de Dios (1 Pedro 2:2).

Debemos anhelar la Palabra de Dios en su forma pura y sin adulterar. Sin embargo, al mismo tiempo que la anhelamos, no debemos añadir nada a la pura Palabra de Dios (Proverbios 30:6). De lo contrario, Dios nos reprenderá y seremos hallados mentirosos (versículo 6, *Biblia Coreana Contemporánea*). De hecho, al anhelar profundamente la pura Palabra de Dios, podríamos caer en la tentación de añadirle algo. Por eso, Apocalipsis 22:18 declara: «Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añade a estas cosas, Dios añadirá sobre él las plagas que están escritas en este libro» [*Biblia Coreana Contemporánea*: «Advierto a todo aquel que oye las palabras de profecía escritas en este libro: Si alguien añade algo a estas palabras de profecía, Dios añadirá las plagas registradas en este libro»].

(2) Debemos confiar en esa pura Palabra (Proverbios 30:5).

Aquí, la palabra «confiar» conlleva el significado de «esconderse» o «buscar refugio». Esto denota una fe que se apoya totalmente en Dios durante los tiempos de adversidad y peligro (Park Yun-sun). Viene a mi mente la letra y el estribillo del himno 543, "Al enfrentar adversidades": (Estrofa 1) "Cuando enfrento adversidades y mi fe flaquea, confío aún más en el Señor, en quien deposito mi confianza". (Estribillo) "Al pasar los años, Él es mi único refugio; suceda lo que suceda, confío en Jesús". Debemos confiar en Jesús. Debemos confiar en la pura palabra de Jesús. Al hacerlo, debemos aferrarnos a las promesas puras del Señor y buscar, por fe, al Dios fiel que cumple su pacto y que dio esas promesas. Cuando lo hacemos, el Señor se convierte en nuestro escudo (30:5). El Señor nos protegerá y nos guardará.

(3) Debemos obedecer la pura palabra de Dios.

Cuando lo hacemos, el Señor purifica nuestras almas. Miren 1 Pedro 1:22: "Puesto que han purificado sus almas obedeciendo a la verdad mediante el Espíritu, para un amor fraternal

sincero, ámense unos a otros fervientemente, con un corazón puro". Además, cuando obedecemos la pura palabra de Dios, somos capaces de purificar nuestra conducta. Miren el Salmo 119:9: "¿Cómo puede el joven limpiar su camino? Guardando tu palabra". ...no hay otro camino que vivir conforme a la Palabra del Señor".

Amados, la Palabra de Dios es totalmente pura (Proverbios 30:5). Dios nos purifica a través de su pura Palabra. Al hacerlo, Él elimina todo lo detestable de nuestra iglesia, preservando así la pureza de la misma. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos confiar en la pura Palabra de Dios. No debemos temer al sufrimiento; más bien, debemos esperar con anhelo y experimentar la obra de Dios de refinarnos y purificarnos a través de ese sufrimiento.

Finalmente, el tercer punto es que aquellos que aprenden sabiduría oran a Dios.

¿Cuál es la petición de oración específica que esperas que Dios responda antes de morir? En el libro de Mitch Albom *Martes con mi viejo profesor* (título original: *Tuesdays with Morrie*), aparece un mensaje que dice: «Perdónate a ti mismo antes de morir, y perdona también a los demás». Al reflexionar sobre esto, escribí lo siguiente: «Debemos perdonar antes de morir. No perdonarse a uno mismo ni a los demás ante la muerte impide una partida hermosa. ¿Qué es aquello que no se puede perdonar al enfrentarse a la muerte? Debemos perdonarlo todo. Para ello, hemos de recordar la muerte de Jesús en la cruz y acercarnos a nuestra propia muerte con una actitud que honre su sacrificio. Así como Jesús murió en la cruz para perdonar todos nuestros pecados, nosotros debemos perdonarnos a nosotros mismos y a los demás al afrontar la muerte. Debemos practicar este perdón verdadero, incluso al final de nuestras vidas». Personalmente, creo que antes de morir deberíamos —con mayor profundidad, amplitud, altura y abundancia— comprender la verdad de que hemos sido perdonados en Jesucristo; debemos perdonar a quienes nos han agraviado y reconciliarnos con ellos antes de partir. Esta debería ser nuestra oración ferviente, y ruego que Dios conceda esta petición.

En Números 27:16-17, vemos a Moisés —quien sabía que estaba destinado a morir al igual que su hermano Aarón (versículo 13)— pidiéndole a Dios lo que anhelaba. Lo que pidió a Dios no fue una prolongación de su vida (cf. 2 Reyes 20:6). Moisés ni siquiera suplicó a Dios que le permitiera entrar en Canaán, la tierra que tanto había anhelado visitar (cf. Deuteronomio 34). De hecho, tal como Dios había dicho, Moisés subió al monte Abarim; vio la tierra de Canaán —que Dios había dado al pueblo de Israel—, pero murió sin entrar en ella (Números 27:12-13). ¿Cuál era, entonces, el deseo de Moisés antes de morir? Quería que se nombrara a alguien sobre la asamblea de Israel para que la congregación de Dios no quedara como ovejas sin pastor (versículos 16-17). En otras palabras, antes de su muerte, Moisés suplicó a Dios que nombrara a un líder que pudiera guiar a los israelitas hacia la tierra de Canaán en su lugar. Esto revela que a Moisés le importaba más el pueblo de Israel que sí mismo; estaba más preocupado y centrado en el pueblo de Dios que en su propia persona.

Consideremos el pasaje de hoy, Proverbios 30:7–8: «Dos cosas te pido; no me las niegues antes de que muera: aleja de mí la falsedad y la mentira; no me des pobreza ni riquezas, sino dame solo mi pan de cada día» [(Versión coreana contemporánea) «Una vez oré a Dios así: "Te pido dos cosas. Por favor, concédemelas antes de morir: ayúdame a no engañar ni mentir, y no me hagas pobre ni rico, sino simplemente dame el alimento que necesito cada día"»]. Agur, el autor de este proverbio, pidió dos cosas al Señor. Oró para que el Señor le concediera estas dos peticiones antes de su muerte. (1) La primera petición de oración es: «Aleja de mí la falsedad y la mentira» (v. 8a).

Nosotros también debemos elevar esta oración al Señor, tal como lo hizo Agur. En primer lugar, necesitamos orar: «Aleja de mí la falsedad». Cuando pienso en la «falsedad» (o «vanidad»), recuerdo los pasajes de Eclesiastés sobre los que medité en 2010: «un mundo vano» (Ecl. 1:1–11), «sabiduría vana» (1:12–18) y «placer vano» (2:1–11). Este mundo es vano porque no produce ningún provecho duradero (1:3); la vida humana inevitablemente vuelve al polvo (vv. 5–6); la codicia humana no conoce satisfacción (v. 8); y las generaciones futuras no recuerdan a las personas del pasado (v. 11). La sabiduría mundana es vana porque, tras

explorar todo lo que se hace bajo el sol, uno descubre que es una tarea penosa (10:10); la sabiduría humana no ofrece manera de salvar a una humanidad condenada (15:15); y, en última instancia, es «perseguir el viento» (14:14). El rey Salomón experimentó con los placeres mundanos —probando el vino (2:3), emprendiendo grandes proyectos (v. 4) y tomando muchas esposas y concubinas para satisfacer sus deseos carnales (v. 8)—; sin embargo, su conclusión fue: «También esto es vanidad» (vv. 1–2). No debemos acercarnos a tales cosas vanas y vacías; por el contrario, debemos mantenerlas alejadas. Por tanto, al igual que Agur, nosotros también debemos orar para que el Señor mantenga todas estas vanidades lejos de nosotros.

Agur, el autor de Proverbios, pidió al Señor que mantuviera alejadas de él no solo la «vanidad», sino también la «mentira». Así pues, debemos orar para que el Señor aparte de nosotros la mentira. Al pensar en la «mentira», me vienen a la mente las palabras de Juan 8:44: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira». Satanás, el diablo, es mentiroso y padre de mentira. Por consiguiente, cuando nosotros —al igual que Agur— pedimos al Señor que mantenga la mentira lejos de nosotros, esto implica que nos estamos distanciando de Satanás, el padre de la mentira, y que estamos decididos a no convertirnos nosotros mismos en mentirosos.

Al reflexionar sobre la oración de Agur, aprendo que quienes buscan la sabiduría deben apoyarse en la pura Palabra de Dios y orar por aquello que es verdadero y beneficioso ante los ojos de Dios. En otras palabras, mientras oramos para que Dios mantenga las vanidades lejos de nosotros, debemos orar simultáneamente para acercarnos a lo que le agrada; del mismo modo, mientras oramos para que Él aleje la mentira, debemos orar también para acercarnos a la verdad de Dios.

(2) La segunda petición de oración fue: «No me des pobreza ni riqueza, sino aliméntame solo con el alimento que necesito» (v. 8b).

Al reflexionar sobre esta segunda petición, recordé la oración que el Señor nos enseñó (el Padre Nuestro). En ella, Jesús nos instruye a pedir: «Danos hoy nuestro pan de cada día» (Mateo 6:11). El término «pan de cada día» se refiere al alimento necesario para ese día en particular; este concepto evoca la época del Éxodo, cuando a los israelitas se les permitía recoger solo la cantidad suficiente de maná y codornices —provistos por Dios— para un solo día (Éxodo 16:4). El contexto de este pasaje revela que, el día quince del segundo mes —exactamente un mes después de salir de Egipto—, toda la comunidad israelita murmuró contra Moisés y Aarón (vv. 1-2). Su queja fue: «¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del SEÑOR en Egipto! Allí nos sentábamos junto a las ollas de carne y comíamos todo el pan que queríamos. Pero ustedes nos han sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea» (v. 3). Al escuchar sus quejas, Dios habló a Moisés de la siguiente manera: «Mira, haré llover alimento del cielo para ustedes. El pueblo deberá salir cada día y recoger lo suficiente para esa jornada. De esta manera, pondré a prueba si siguen mis instrucciones o no. El sexto día deberán preparar lo que recojan, y será el doble de lo que recojan los otros días» (versículos 4-5). Dios escuchó las quejas de toda la comunidad israelita y prometió hacer llover alimento desde el cielo. La responsabilidad de los israelitas en aquel momento era «salir cada día y recoger el alimento necesario para ese día» (versículo 4). Aunque Moisés transmitió la palabra de Dios a los israelitas, ellos no hicieron caso a sus instrucciones; guardaron parte del alimento recogido hasta la mañana siguiente, solo para encontrarlo lleno de gusanos y con mal olor al día siguiente (versículo 20).

En la segunda parte de Proverbios 30:8 —el pasaje de hoy—, Agur, el autor del proverbio, presenta una segunda petición de oración a Dios. Esto nos enseña a no vivir como los israelitas, quienes se quejaron y desobedecieron la palabra de Dios durante el Éxodo, sino más bien a pedirle a Dios que nos «dé hoy nuestro pan de cada día», tal como Jesús enseñó en el Padre Nuestro. Además, al igual que Agur, debemos orar para que Dios nos alimente

solo con «el alimento necesario». Esto significa que no debemos pedirle a Dios que nos provea el alimento que *queremos*, sino el que *necesitamos*. Al meditar en la parte de la segunda petición de Agur que dice: «No me des pobreza ni riquezas», recordé las palabras de Filipenses 4:11b–12. El apóstol Pablo escribió a los santos de la iglesia de Filipos: «...He aprendido a estar contento en cualquier circunstancia en la que me encuentre. Sé vivir en pobreza y sé vivir en abundancia. Ya sea que esté saciado o hambriento, que viva en la abundancia o en la escasez, he aprendido el secreto de estar contento en cualquier situación». Pablo aprendió el secreto del contentamiento: estar satisfecho independientemente de las circunstancias. En consecuencia, no le importaba mucho si enfrentaba pobreza o abundancia. En particular, dado que podía hacer todas las cosas por medio del Señor que le daba fuerzas (versículo 13), ni la pobreza ni la riqueza tenían gran importancia para él.

En la segunda parte de Proverbios 30:8 —nuestro texto de hoy—, Agur le pide a Dios que no lo haga pobre ni rico, explicando su razonamiento en el versículo 9: «No sea que, estando saciado, te niegue y diga: "¿Quién es el Señor?", o que, siendo pobre, robe y así profane el nombre de mi Dios». ¡Qué razonamiento tan cercano y comprensible! Por supuesto, aunque seamos pobres, no debemos quebrantar el octavo mandamiento —«No robarás» (Éxodo 20:15)— y deshonrar así el nombre de Dios. Sin embargo, encuentro muy convincente la razón por la que Agur pide a Dios no ser rico. Su preocupación era que, si llegaba a estar saciado y próspero, podría negar a Dios preguntando: «¿Quién es el Señor?». Me identifico con el razonamiento de Agur porque, al meditar en las Escrituras, a menudo he visto a creyentes volverse arrogantes cuando prosperan, llegando finalmente a abandonar a Dios y a pecar contra Él.

Amados, quienes buscan la sabiduría oran a Dios tal como lo hizo Agur. Por tanto, como buscadores de sabiduría, nosotros también debemos orar a Dios de la misma manera. Debemos pedir que Dios mantenga alejadas de nosotros la falsedad y la mentira. Esperamos y oramos para que Dios escuche y responda nuestras oraciones y nos ayude.

Además, debemos orar: «No me hagas ni pobre ni rico». Al igual que Agur, debemos albergar cierto temor. ¿Qué debemos temer? Debemos temer que, si llegamos a ser ricos y estar satisfechos, abandonemos a Dios y preguntemos: «¿Quién es el Señor?». También debemos temer que, si caemos en la pobreza, recurramos al robo y deshonremos así el nombre de Dios. Como Agur, debemos orar: «Aliméntame solo con el sustento que necesito». Debemos orar a Dios tal como el Señor nos enseñó: «Danos hoy nuestro pan de cada día» [o, como lo expresa la *Biblia Coreana Contemporánea*: «Danos el alimento que necesitamos cada día»].

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Debemos ser personas que buscan la sabiduría. Quienes buscan la sabiduría reconocen su propia ignorancia y necedad. Como buscadores de sabiduría, debemos reconocer humildemente nuestra ignorancia y necedad, anhelando fervientemente la revelación de Dios. Oro para que Dios se revele a todos nosotros, permitiéndonos conocer más profundamente a su Hijo unigénito, Jesucristo. Además, quienes buscan la sabiduría confían en la Palabra pura de Dios. El Señor nos limpia mediante su Palabra pura. El Señor, que nos purifica y nos limpia, desea que valoremos y anhelemos su Palabra pura. Debemos apoyarnos en esa Palabra pura. Cuando obedecemos la Palabra pura de Dios, el Señor limpia nuestras almas y nuestra conducta. Quienes buscan la sabiduría oran a Dios. Oramos para que Dios mantenga alejadas de nosotros la falsedad y la mentira, y para que no nos conceda ni pobreza ni riqueza. Quienes buscan la sabiduría oran: «Aliméntame solo con el alimento necesario». Espero que tanto usted como yo sigamos aprendiendo sabiduría.

No debemos ser así.

[Proverbios 30:10–17]

¿Qué clase de persona deberíamos ser realmente? Hace algún tiempo, escribí un artículo titulado "No debo convertirme en esta clase de persona", en el que enumeraba rasgos que se deben evitar: alguien que se apresura a malinterpretar en lugar de intentar comprender; alguien que critica rápidamente en vez de ofrecer elogios sinceros; alguien que estalla en ira con facilidad en lugar de practicar la paciencia; y alguien que está demasiado ocupado imponiendo sus propios puntos de vista como para escuchar a los demás. En efecto, ¿en qué clase de persona deberíamos convertirnos?

Hoy, centrándome en Proverbios 30:10–17, quisiera reflexionar sobre siete cosas que nosotros, como cristianos, debemos evitar, y extraer las lecciones que nos ofrecen.

En primer lugar, no debemos calumniar ni criticar a los demás.

Observemos Proverbios 30:10: "No calumnies a un siervo ante su amo, pues te maldecirá y pagarás el precio por ello" [(Versión coreana contemporánea) "No critiques al siervo de otra persona ante su amo. De lo contrario, te maldecirá y sufrirás las consecuencias"]. Una vez leí un artículo en línea titulado "Cómo tratar con un compañero de trabajo hablador". Según el artículo, existe una fuente común de conflicto en muchos lugares de trabajo: la "charla incesante de un compañero que comparte demasiado sobre su vida privada". Según una encuesta realizada a 514 profesionales y empleados corporativos, tres de cada cinco trabajadores informaron tener al menos un colega que compartía detalles personales en

exceso, al menos una vez a la semana. Estas personas tan habladoras interrumpen con frecuencia el trabajo de sus compañeros y ponen en riesgo no solo sus propias carreras, sino también las de quienes trabajan a su lado. Imagina que tienes un compañero así de hablador cerca de ti en el trabajo: ¿qué pasaría si fuera a ver a tu jefe y hablara mal de ti? ¿Cómo se vería afectada tu relación con el jefe si ese compañero se burlara de ti y te menospreciara? ¿Cómo te sentirías si, a pesar de necesitar conservar tu empleo debido a dificultades económicas, ese compañero te criticara ante el jefe, provocando que este tuviera una opinión negativa de ti? Y si el jefe escuchara esos comentarios despectivos y te despidiera —dejándote sin trabajo y en una situación financiera aún más precaria—, ¿cómo reaccionarías ante ese compañero? En el pasaje de hoy, Proverbios 30:10, la Biblia dice: «No calumnies a un siervo ante su señor…». En otras palabras, instruye: «No critiques al siervo de otra persona ante su señor» (versículo 10, *Versión Coreana Contemporánea*). Si un siervo sirve fielmente a su señor y alguien más aparece para calumniarlo ante dicho señor, ¿qué sucede con el siervo? ¿Acaso no sufriría daño o perjuicio a manos de su señor? ¿Cómo se sentiría un siervo si, a pesar de que la calumnia fuera una acusación falsa, su señor la creyera y comenzara a verlo con sospecha y desagrado? El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Calumniar a un siervo ante su señor es un acto malvado que rompe el amor que el señor siente por ese siervo. Dado que el sustento del siervo depende del señor, este se enfrenta a la miseria si el señor llega a odiarlo. Por lo tanto, calumniar a un siervo ante su señor no es meramente el pecado de la calumnia, sino también el pecado cruel de atropellar al débil». Deuteronomio 23:15 en la Biblia dice: «Si un siervo huye de su señor hacia ti, no lo devuelvas a su señor» [(Versión Coreana Contemporánea) «Si un siervo deja a su señor y huye, no lo obligues a regresar»]. La razón por la que el siervo huyó en este caso es que el señor era injusto. Así pues, la instrucción es que, si tal siervo huye hacia ti, no debes obligarlo a regresar con su señor. Dios pronunció estas palabras a los israelitas a través de Moisés con respecto a los siervos —quienes en aquella época ni siquiera eran tratados como seres humanos— porque Él es un Dios justo que se preocupa por los siervos sometidos a un trato injusto por parte de sus señores. Sin embargo, en contraste con el corazón de Dios, ¿cómo crees que reaccionaría un siervo ante alguien que lo calumnia ante su señor? Observa la

segunda parte de Proverbios 30:10 en el texto de hoy: «...no sea que te maldiga y seas hallado culpable» [(Versión Coreana Contemporánea) «...de lo contrario, él te maldecirá y pagarás un alto precio por ello»]. Esto implica que un siervo tiene el poder no solo de maldecir a quien lo acusó falsamente ante su amo, sino también de asegurarse de que el acusador pague un precio, y uno muy alto. En otras palabras, el costo de formular una acusación falsa (o calumnia) contra un siervo ante su amo puede ser grave. Por eso la Biblia ordena: «No calumnies a un siervo ante su amo» [(Versión Coreana Contemporánea) «No critiques al siervo de otra persona ante su amo»] (Proverbios 30:10).

Hoy en día, encontramos con frecuencia innumerables comentarios en las redes sociales que calumnian a diversas personas, incluidas celebridades famosas. Tales comentarios maliciosos a menudo parecen provocar que estas celebridades sufran un estrés extremo e incluso depresión. Recuerdo haber leído una noticia sobre una celebridad famosa que emprendió acciones legales contundentes —presentando una denuncia penal ante el Equipo de Investigación Cibernética de la comisaría de Gangnam, en Seúl— en respuesta a publicaciones y comentarios difamatorios en redes sociales que incluían la difusión de falsedades maliciosas, ataques personales y acoso sexual. Parece que vivimos en una época en la que un solo comentario en línea puede determinar si una persona vive o muere. Una vez vi una publicación en el sitio web de la Casa Azul que decía: «Llevan a la gente al suicidio con sus críticas y calumnias; son verdaderos asesinos con sus palabras». Al vivir en tiempos así, creo que debemos ser aún más cuidadosos con nuestras palabras. Debemos ser particularmente prudentes al hablar de los demás (me incluyo a mí mismo, ya que a menudo me cuesta hacerlo a la perfección). En particular, no debemos criticar, condenar ni calumniar a otros. Romanos 14:4 dice: «¿Quién eres tú para juzgar al siervo de otro? Ante su propio amo, los siervos se mantienen en pie o caen. Y se mantendrán en pie, pues el Señor es capaz de sostenerlos». La Biblia nos ordena no juzgar al siervo de otra persona. Romanos 2:1 dice: «Por tanto, no tienes excusa, tú que juzgas a otro, pues en lo que juzgas al otro, te condenas a ti mismo, ya que tú, que juzgas, haces las mismas cosas». Además, Santiago 4:11 dice: «Hermanos, no hablen mal unos de otros. El que habla mal de un hermano o lo

juzga, habla mal de la ley y la juzga. Al juzgar la ley, no la estás cumpliendo, sino que te sientas a juzgarla». Ya sea un compañero, un hermano de la iglesia o incluso un familiar, no debemos juzgar a los demás ni hablar mal de ellos (Proverbios 30:10). Si no atendemos a esto, enfrentaremos una maldición y pagaremos un precio muy alto (versículo 10).

En segundo lugar, no debemos maldecir.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 30:11: «Hay generación que maldice a su padre y a su madre no bendice». Vivimos en una época en la que honrar a los padres ya no es la norma; parece que ya no estamos en una era que valore la piedad filial. El fundamento bíblico de esta perspectiva se encuentra en 2 Timoteo 3:1-2: «También debes saber esto: que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos…». Actualmente vivimos en los últimos días, un tiempo de gran angustia. Una de las señales de estos tiempos difíciles es la desobediencia hacia los padres. Las personas de esta generación no obedecen a sus padres; no solo dejan de obedecerles, sino que incluso llegan al extremo de maldecirlos.

Proverbios 30:11 afirma que hay quienes maldicen a sus padres y no bendicen a sus madres. Ciertamente, ¿acaso no hay hoy muchos hijos que maldecen a sus propios padres, tal como describen las Escrituras? Conozco a creyentes que tienen relaciones muy deterioradas con sus padres; algunos incluso han roto totalmente los vínculos con ellos. La razón es que han sido profundamente heridos por sus padres. Hay muchas personas cuya relación con su padre está gravemente tensa. Al considerar su relación con la madre, por lo general parece ser mejor que la que tienen con el padre. Sin embargo, cabe preguntarse si realmente bendicen a sus madres tal como instruye el texto que leímos hoy. Hay un detalle interesante en Proverbios 30:11: el autor, Agur, utiliza tanto la palabra «maldecir» como la palabra «bendecir». ¿Por qué Agur lo expresó específicamente diciendo «hay quienes maldecen a su padre y no bendicen a su madre», en lugar de decir simplemente «hay quienes maldecen a

sus padres»? Creo que la intención del autor era transmitir que los padres deben ser objeto de bendición, no de maldición. La lección es clara: debemos bendecir a nuestros padres, no maldecirlos. Levítico 20:9 dice: «Si alguien maldice a su padre o a su madre, debe morir; puesto que ha maldecido a su padre o a su madre, su sangre caerá sobre su propia cabeza». Mateo 15:4 (Versión Coreana Contemporánea) también dice: «Dios ordenó: "Honra a tu padre y a tu madre", y también dijo: "Todo aquel que maldiga a sus padres debe morir"» (cf. Marcos 7:10). Así pues, la Biblia identifica el maldecir a los padres como un delito capital. Esto subraya cuán profundamente desea Dios que honremos a nuestros padres. Debemos honrar a nuestros padres y debemos bendecirlos —bendecirlos— en el nombre de Jesús.

Por lo general, entendemos que los padres deben bendecir a sus hijos. Por ejemplo, el título de un libro como *Bendice a tu hijo una vez al día* sugiere —y estoy de acuerdo— que es una práctica maravillosa y valiosa que los padres bendigan a sus hijos a diario. Sin embargo, sospecho que rara vez consideramos la idea de que los hijos también deberían bendecir a sus padres todos los días. Si la Biblia nos ordena: «Bendigan a quienes los persiguen; bendigan y no maldigan» (Romanos 12:14), ciertamente deberíamos bendecir a los padres que nos aman, en lugar de maldecirlos. Dado que Lucas 6:28 nos instruye a «bendecir a quienes los maldicen», debemos bendecir a nuestros padres incluso si ellos nos maldijeran.

En tercer lugar, no debemos considerarnos justos.

Hace algún tiempo, mientras hacía ejercicio en la YMCA, escuché una conversación entre una mujer y un hombre que estaban cerca; hablaban lo suficientemente alto como para que yo pudiera oírlos. Me molestó el uso frecuente de la palabra malsonante «fuck» (o palabrotas de alto calibre) por parte de la mujer durante la conversación. Me preguntaba cómo podía hablar así y pensé: «Tiene la boca sucia». Unos días más tarde, mientras leía las noticias en línea, encontré un artículo sobre un jugador de la NBA —un cristiano devoto y famoso— que había usado esa misma palabra malsonante durante las finales de la Conferencia Oeste el año anterior, pero a quien su propia madre había disculpado. Más tarde, compartí ese

artículo de noticias en línea en la página de Facebook que administro —titulada "Pastores, licenciados, evangelistas y esposas de pastores"— junto con una publicación que decía: "No debemos usar lenguaje soez, ni siquiera en nuestros corazones". Sin embargo, al observar cómo nosotros, los cristianos —que creemos en Jesús—, a menudo usamos la palabra malsonante que empieza por "F" y otras groserías tal como lo hacen los no creyentes, considero que nuestros corazones y labios necesitan purificación. Por supuesto, esta discusión se centra en el uso de lenguaje soez, pero no es que ese sea el único pecado que cometemos. Me gustaría compartir un pasaje que encontré en una guía de estudio bíblico titulada "Cinco principios para enseñar a los recién llegados", de una iglesia en Corea: "... Cometemos muchos pecados en nuestros corazones. La Biblia afirma que el simple hecho de albergar lujuria constituye adulterio y que odiar a un hermano equivale a asesinato. Si es así, ¿cuánta culpa tenemos de adulterio y asesinato? ¿Cuán inmundos y repugnantes son nuestros pecados?" (Internet). Probablemente por eso, al orar al Dios santo, a menudo nos referimos a nosotros mismos como "este pecador inmundo y repugnante". Aunque nunca te hayas confesado o reconocido como "este pecador inmundo y repugnante" al orar a Dios, seguramente has escuchado a otros orar de esa manera. ¿Por qué oramos a Dios de esa forma?

Observa el texto de hoy, Proverbios 30:12: "Hay una generación que se considera pura a sus propios ojos, pero que no ha sido lavada de su inmundicia" [(Versión coreana contemporánea) "Hay personas que fingen estar limpias, pero no lavan su propia inmundicia"]. En tu opinión, ¿qué clase de personas se consideran limpias? ¿Quién te viene a la mente cuando piensas en alguien que "se considera limpio pero no lava su propia inmundicia"? ¿No piensas acaso en los fariseos, que afirmaban ser justos? Las personas descritas en el pasaje de hoy —Proverbios 30:12— como aquellas que "se consideran limpias" se refieren a individuos como los fariseos, que se creen justos. Existen cuatro características de tales personas (según Park Yun-sun): (1) Aquellos que proclaman su propia justicia se centran en las observancias religiosas externas mientras descuidan el estado de su ser interior (Mateo 23:25–27); (2) se exaltan a sí mismos como si todo su

carácter fuera perfecto basándose únicamente en una o dos buenas obras (Lucas 18:12); (3) consideran a los demás inferiores a ellos y los tratan con discriminación (versículo 11); y (4) debido a que creen tener la razón, se vuelven arrogantes y no depositan su plena confianza en Cristo, quien provee la expiación. ¿Qué opinas sobre estas cuatro características?

La justicia que perseguían los fariseos —los líderes religiosos de la época de Jesús— era una «justicia propia». Aquí, la «justicia propia» se refiere a la actitud de intentar presentarse ante Dios confiando en la propia conducta religiosa. Se trata de una «justicia basada en las obras de la ley». Tal «justicia propia» —o «justicia de la ley»— jamás puede conducir a ser declarado justo por Dios (Romanos 3:20; Gálatas 2:16). La razón es que una persona solo puede ser justificada mediante la fe en Jesucristo, no por las obras de la ley. Por tanto, aquellos que son justificados mediante la fe en Jesús consideran su propia justicia como trapos de inmundicia (Isaías 64:6). La «justicia» de la que habló Jesús no es otra que la «justicia de Dios» (Romanos 3:21–22). La «justicia de Dios» es aquella que se basa en la redención de Jesucristo. Sobre la base de la sangre de Jesús, Dios ha perdonado todos nuestros pecados y nos ha liberado del pecado (Hechos 13:38). Así pues, habiendo recibido el perdón de los pecados mediante la muerte expiatoria de Jesucristo en la cruz y habiendo sido justificados por su resurrección (Romanos 4:25), confiamos únicamente en la justicia de Jesús que nos ha sido imputada (Romanos 3:22).

No debemos confiar en nuestra propia justicia; debemos confiar únicamente en la justicia de Dios: la justicia de Jesús. Aunque el egoísmo innato que llevamos dentro —que busca la propia justicia— nos impulsa constantemente a jactarnos de nosotros mismos y nos lleva a la auto-idolatría, debemos adorar y gloriarnos solo en el Señor, viviendo una vida de amor desinteresado y servicio, tal como Él lo hizo. La razón de esto es que Jesús fue crucificado y murió por todos nuestros pecados inmundos y repugnantes, y resucitó de la tumba al tercer día para justificarnos (Romanos 4:25).

En cuarto lugar, no debemos ser arrogantes.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 30:13 (de la *Versión Coreana Contemporánea*): «Hay quienes tienen ojos sumamente altivos y arrogantes» («Hay una generación... ¡qué altivos son sus ojos! Sus párpados se alzan en alto»). ¿Acaso no albergamos en nuestro interior el deseo de ser exaltados por los demás? Al reflexionar sobre este instinto que poseemos, recuerdo al rey Saúl de la Biblia. Por supuesto, cuando pensamos en el rey Saúl, es probable que nos venga a la mente el famoso versículo: «La obediencia es mejor que el sacrificio» (1 Samuel 15:22). Sin embargo, si examinamos este pasaje en su contexto bíblico, vemos que, durante la guerra contra los amalecitas, Saúl recibió la orden de derrotarlos y destruir por completo todas sus posesiones sin perdonar nada (versículo 3); no obstante, desobedeció este mandato de Dios. Y la causa raíz de su desobediencia fue el orgullo. Podemos comprobarlo porque, incluso después de escuchar la reprensión del profeta Samuel, en lugar de arrepentirse verdaderamente de su pecado, Saúl hizo esta petición: «He pecado. Pero, por favor, vuelve conmigo para que pueda adorar al SEÑOR tu Dios y ser honrado, al menos ante los líderes de mi pueblo y toda la asamblea de Israel» (v. 30). ¿Cómo pudo el rey Saúl, aun siendo reprendido por pecar contra Dios, pedirle a Samuel que lo honrara ante los líderes y el pueblo de Israel?

Creo que la razón es que el rey Saúl —quien en otro tiempo fue lo suficientemente humilde como para considerarse insignificante (v. 17)— se había transformado en un hombre arrogante. Y creo que existen al menos dos causas para esta transformación:
(1) La causa de este cambio de la humildad a la arrogancia es caminar por vista en lugar de por fe.

A menudo caminamos guiados por lo que vemos con nuestros ojos físicos en vez de por fe. Especialmente al enfrentar una crisis, tendemos a dejarnos arrastrar por la urgencia de la situación y a permitir que las circunstancias nos dominen, en lugar de guiarnos por la fe. Esto fue lo que le sucedió al rey Saúl. Según 1 Samuel 13:6, cuando los filisteos —numerosos como la arena a la orilla del mar— acamparon en Micmas (v. 5), los israelitas

percibieron la gravedad de su situación (v. 6); aterrorizados y temblando (v. 7), se dispersaron alejándose de Saúl (v. 8) y se escondieron en diversos lugares (v. 6). Al ver que el pueblo de Israel se dispersaba y observar la enorme cantidad de filisteos reunidos en Micmas (v. 11), el rey Saúl no cumplió el mandato que Dios le había dado (vv. 13, 14). Sin esperar a que llegara Samuel, él mismo ofreció holocaustos y ofrendas de paz a Dios (vv. 9-10, 12). El rey Saúl pecó al ofrecer personalmente sacrificios a Dios, actos reservados exclusivamente para los sacerdotes. Esto demostró la incredulidad y la arrogancia del rey Saúl al pasar por alto las leyes sagradas sobre los sacrificios (Park Yun-sun).

(2) La razón por la que la humildad se transforma en arrogancia es que la persona se centra en su propia gloria en lugar de en la gloria de Dios.

Parece que a menudo usurpamos la gloria de Dios. En particular, cuando nos encontramos en situaciones en las que podríamos recibir elogios, frecuentemente nos atribuimos la gloria a nosotros mismos en vez de dársela a Dios. El rey Saúl hizo exactamente eso. No dio gloria a Dios. Tras su victoria sobre los amalecitas, en lugar de glorificar a Dios, erigió un monumento para sí mismo (1 Samuel 15:12). ¿Cómo pudo erigir un monumento en su propio honor? ¿No debería haber construido un altar a Dios después de ganar aquella guerra? (Cf. 14:35). ¿Por qué actuó de manera tan insensata? La causa fundamental fue la arrogancia que ya albergaba en su corazón. En consecuencia, buscó su propia gloria en lugar de la de Dios. Lo sorprendente es que, aunque Dios le había concedido la victoria a pesar de su desobediencia a Sus mandamientos, Saúl se atribuyó la gloria a sí mismo en vez de dársela a Dios.

El pasaje de hoy, Proverbios 30:13 (en la *Versión Coreana Contemporánea*), dice: «Hay quienes tienen ojos muy altivos y son arrogantes». Aquí, la expresión «ojos muy altivos» se refiere a «ojos altivos» (6:17) o a un «corazón arrogante» (21:4). Tales individuos arrogantes —aquellos de ojos altivos— son precisamente los «impíos prosperados» descritos por el salmista Asaf en el Salmo 73 (v. 3). Llevan la arrogancia como un collar (v. 6), sus ojos

resaltan de orgullo (v. 7) y hablan con altivez desde lo alto (v. 8). Su arrogancia llega a tal extremo que «ponen su boca contra Dios en el cielo» (v. 9). Dicen: «¿Cómo podría saberlo Dios? ¿Acaso puede el Altísimo saber realmente todo lo que sucede en la tierra?» (v. 11). Como meditamos anteriormente sobre Proverbios 29:8, la primera mitad del versículo afirma: «Los arrogantes alborotan la ciudad...». Aquí, el término «arrogantes» se refiere a personas orgullosas y propensas a la ira. Tales individuos, coléricos y soberbios, avivan las llamas del conflicto y sumen a la ciudad en el caos (MacArthur).

Al reflexionar sobre mi propio orgullo, reconozco su presencia en mi negativa a escuchar el consejo de creyentes maduros que me aman, y en mi aversión a sus reprensiones. Es más, mi orgullo llega al punto de hacerme sentir resentimiento hacia la misma persona que me ama lo suficiente como para corregirme. La arrogancia que hay en mí me lleva a despreciar y rechazar las enseñanzas de la verdad y las palabras de reprensión. También hace que me apresure demasiado a escuchar las voces de la insensatez mundana y la tentación, en lugar de atender a la voz de la sabiduría. Por eso la Biblia advierte: «No reprendas al arrogante, porque te odiará...» (9:8). Amados, Dios aborrece el orgullo (Proverbios 6:16). La Biblia afirma que Dios no tolera a quienes tienen ojos altivos y corazón soberbio (Salmo 101:5) y que Él humillará los ojos altivos (Salmo 18:27). Debemos ser humildes; debemos imitar la humildad de Jesús. Así como Él se humilló para venir a esta tierra y sirvió en lugar de buscar ser servido, nosotros también debemos humillarnos y vivir una vida de servicio.

En quinto lugar, no debemos explotar a los demás para buscar nuestro propio beneficio.

¿Alguna vez ha oído hablar del término "explotación por parte del *Gap*" (la parte dominante)? Una expresión que escuchamos a menudo en las noticias coreanas es "*gapjil*" (abuso de poder por parte de la parte dominante). En los contratos coreanos, las partes se designan como *Gap* (Parte A) y *Eul* (Parte B) desde el inicio; por lo general, *Gap* es la parte que adjudica el contrato, mientras que *Eul* es la parte que lo recibe. En consecuencia, *Gap* suele ostentar más poder. Naturalmente, los contratos se redactan

para favorecer a *Gap*, y *Eul* no tiene más remedio que cumplir, incluso ante exigencias injustas. Este comportamiento tiránico por parte de *Gap* se denomina "*gapjil*", término que implica una actitud arrogante propia de quien ocupa la posición de *Gap*. Una manifestación de esta conducta arrogante es la "explotación". La "explotación por parte de *Gap*" se refiere a cuando una persona en la posición de *Gap* vulnera los derechos de alguien en la posición de *Eul*, ya sea explotando su trabajo o negándole la remuneración justa que le corresponde. *Gap* explota a numerosas partes *Eul* —a menudo mediante la explotación laboral— al no pagar los salarios acordados a quienes son más débiles y tienen menos poder, explotándolos así también financieramente.

La Biblia ilustra el concepto de "explotación por parte de los poderosos" en el Salmo 73:6. Las Escrituras afirman: "La violencia es el manto que los cubre", lo que significa que cada acción y expresión de los impíos se caracteriza por la tiranía: oprimir y explotar a los demás (Park Yun-sun). Sin embargo, tal comportamiento explotador no se limitaba a los impíos; Nehemías 5:7–9 revela que los líderes de Judá también cometían estos actos contra sus propios compatriotas: "Tras una cuidadosa reflexión, reprendí a los líderes y funcionarios, diciendo: '¡Están explotando a sus propios hermanos!'. Luego convoqué una gran asamblea para abordar el asunto y dije a los líderes y funcionarios: 'Hemos hecho todo lo posible para ayudar a nuestros hermanos judíos, vendidos a extranjeros, a regresar del cautiverio; sin embargo, ahora ustedes intentan vender a sus propios hermanos, y nada menos que a su propia gente'. Permanecieron en silencio, sin nada que decir. Continué: 'Lo que hacen está mal. Deberían temer a Dios y hacer lo correcto; de lo contrario, dan motivo a nuestros enemigos —los extranjeros— para burlarse de nosotros'" (Versión Coreana Contemporánea). Nehemías señaló que las dificultades que enfrentaba el pueblo se habían intensificado porque sus líderes los explotaban injustamente. Además, destacó la falta de "espíritu fraternal", observando cómo se aprovechaban de los tiempos difíciles para prestar dinero y luego esclavizar a los hijos de aquellos que no podían pagar sus deudas. También cuestionó si vivir de esa manera empañaría la gloria de Dios ante los ojos de las naciones vecinas. "En otras palabras, todos estos problemas surgieron porque carecían de un

corazón que reverenciara a Dios y no le temían" (Lee Dong-won). Observemos Proverbios 30:14 en la *Versión Coreana Contemporánea* (Hyundai-in-ui Seong-gyeong): "Hay quienes explotan cruelmente a los pobres y desdichados, buscando solo su propio beneficio" [(Versión Estándar Coreana Nueva y Revisada) Hay una generación cuyos dientes son como espadas y cuyos colmillos son como cuchillos, para devorar a los pobres de la tierra y a los necesitados de entre la humanidad]. La descripción aquí —que "los dientes delanteros son como espadas largas y las muelas como cuchillos de carnicero"— es una metáfora poética de la crueldad (Park Yun-sun). En otras palabras, esto pone de manifiesto la crueldad de quienes explotan a los pobres y desdichados. Impulsados por la codicia, tales individuos no muestran compasión alguna hacia los pobres; por el contrario, los explotan despiadadamente para satisfacer sus propios intereses egoístas. Un ejemplo bíblico destacado de esto es el rey Acab de Israel. En 1 Reyes 21, vemos cómo el rey Acab codició la viña de su fiel súbdito Nabot y terminó haciendo matar a aquel hombre inocente. Otro ejemplo proviene de la época del profeta Isaías, cuando los pastores de Israel, consumidos por la codicia, buscaban únicamente su propio beneficio y solo se preocupaban por llenar sus propios vientres. Observemos Isaías 56:11 en la *Versión Coreana Contemporánea*: «Son pastores insensatos que, como perros voraces, nunca se sacian y persiguen su propio provecho por cualquier medio necesario». Los pastores de Israel vivían entregados al placer cotidiano, bebiendo vino y licores fuertes. Amaban la comodidad (v. 10) y estaban llenos de codicia (v. 11). Sin embargo, carecían de discernimiento espiritual y llevaban vidas egoístas (v. 11). Preocupados únicamente por sus propios asuntos, se entregaban a los placeres de la embriaguez (vv. 11-12).

No debemos vivir centrados exclusivamente en nuestras propias circunstancias e intereses. La razón es que, como afirma 1 Corintios 13:5, «el amor no busca lo suyo». Más bien, debemos procurar el bien de nuestro prójimo, pues Jesús mandó: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:39). El apóstol Pablo amaba a su prójimo en obediencia a este mandato de Jesús; buscaba el bienestar de los creyentes de la iglesia de Éfeso. En su discurso de despedida a los ancianos de Éfeso, Pablo relató cómo, durante los tres años

que sirvió a los hermanos y hermanas de aquel lugar, les había enseñado sin vacilar —tanto en público como de casa en casa— todo cuanto les resultaba provechoso (Hechos 20:20). Lo que proclamó y enseñó sin reservas para el bien de ellos fue «el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo» (v. 21). Esta era precisamente la misión del apóstol Pablo. La misión que recibió del Señor Jesús consistía en dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios. Pablo no consideraba que su propia vida tuviera valor alguno en comparación con completar esta tarea (v. 24). Pablo también amaba a los creyentes de la iglesia de Corinto. Según 2 Corintios 11:9, incluso cuando carecía de los fondos necesarios mientras se alojaba con los creyentes corintios, él... no causó molestias a nadie. Actuó con gran cautela —esforzándose una y otra vez— para asegurarse de no convertirse en una carga para ellos (versículo 9). Sin embargo, a pesar de esto, Pablo fue malinterpretado. Concretamente, algunos miembros de la iglesia de Corinto afirmaron —con astuto engaño— que Pablo se había aprovechado de ellos (12:16, *Versión Coreana Contemporánea*). ¿Cómo debió sentirse Pablo en ese momento? Había sido tan cuidadoso para evitar ser una carga precisamente porque amaba a los creyentes de Corinto; ¿cuánto le pesaría en el corazón pensar en aquellos que lo acusaban engañosamente de explotación? Me viene a la mente la letra de la primera estrofa del himno 212, "Servir al Señor con humildad": "Aunque haya muchas pruebas al servir humildemente al Señor, oh Salvador, concédeme fuerzas para soportarlas bien". Oro para que, fortalecidos por el Señor, sirvamos humildemente a nuestro prójimo con amor, buscando su bienestar en lugar del nuestro.

En sexto lugar, no debemos caer en el descontento; debemos guardarnos de la codicia.

Amigos, nuestros corazones no pueden quedar plenamente satisfechos con ningún amor que se encuentre en este mundo. Nuestros corazones solo pueden hallar satisfacción completa en el amor eterno del Señor. Miren el Salmo 90:14: "Sácianos por la mañana con tu amor inagotable, para que cantemos de alegría y nos alegremos todos nuestros días". La razón de esto es que Dios ha puesto en nosotros un anhelo de eternidad. Miren Eclesiastés 3:11: "Dios ha hecho todo hermoso a su tiempo. También ha puesto la eternidad en el

corazón humano; sin embargo, nadie puede comprender lo que Dios ha hecho desde el principio hasta el fin". Nuestros corazones, que anhelan la eternidad, solo pueden encontrar plenitud en el amor eterno del Señor. Nuestra suficiencia proviene únicamente de Dios: "No es que seamos competentes por nosotros mismos para reclamar algo como propio, sino que nuestra competencia proviene de Dios" (2 Corintios 3:5). La satisfacción que proviene de nosotros mismos nunca es completa; por consiguiente, inevitablemente volveremos a caer en el descontento. Y un corazón descontento persigue cosas que, en última instancia, son vanas (Eclesiastés 5:10-11).

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 30:15–16: «La sanguijuela tiene dos hijas. Gritan: "¡Dame, dame!". Hay tres o cuatro cosas que nunca se sacian: el Seol, el vientre estéril, la tierra que no se llena de agua y el fuego que nunca dice: "¡Basta!"». Aquí, la «sanguijuela», sus «dos hijas», el Seol, el vientre estéril, el agua y el fuego representan cosas que no saben cuándo tienen suficiente. De hecho, la Biblia repite la frase «nunca se sacia» o «nunca dice "basta"» tres veces. En resumen, el punto que plantea el autor de Proverbios es que todas estas cosas ilustran la naturaleza de la codicia: un deseo insaciable que exige constantemente más (Park Yun-sun). Por ejemplo, la sanguijuela —un anélido— mide apenas entre 3 y 4 cm de largo, pero posee ventosas en ambos extremos de su cuerpo; se adhiere a la carne de otros animales para succionar sangre y se dice que se atiborra hasta que su cuerpo queda totalmente tenso y estirado (Internet). El hecho de que la sanguijuela tenga dos hijas llamadas «Dame, dame» simboliza este anhelo incesante e insaciable de consumir (Believer's Bible Commentary). El Dr. Park Yun-sun señala que el Seol devora a los muertos sin fin y nunca se llena; el vientre estéril desea constantemente concebir; la tierra absorbe toda el agua que se vierte sobre ella; y el fuego consume cualquier combustible que se le suministre, avivándose con mayor intensidad (Park Yun-sun). Desde la sanguijuela y sus dos hijas hasta el Seol, el vientre estéril, la tierra insaciable y el fuego que nunca dice «basta», todos ellos representan elementos que nunca se sacian; a través de ellos, la Biblia nos enseña a estar muy alerta ante la insatisfacción que nace de la codicia.

Más allá de estos ejemplos, Ezequiel 16:28–29 revela otra forma de insaciabilidad: la «lujuria». Dice así: «Te prostituiste con los asirios porque no estabas satisfecha; es más, aun después de prostituirte con ellos, seguías sin estar satisfecha. Extendiste tu promiscuidad hasta Caldea, la tierra de los mercaderes, y ni aun así quedaste satisfecha» [(Versión coreana contemporánea) «Como tu lujuria no quedaba satisfecha, cometiste inmoralidad sexual con los asirios; al ver que eso no bastaba, también cometiste inmoralidad sexual con los babilonios, y aun así no hallaste satisfacción»]. Además de la lujuria insaciable, la Biblia declara que el ojo humano nunca se sacia (Proverbios 27:20); en otras palabras, la codicia de los ojos no conoce límites. Los ojos humanos están llenos de lujuria y constantemente nos llevan al pecado (2 Pedro 2:14). Por eso, en su libro *Depresión espiritual*, el Dr. Martyn Lloyd-Jones —centrándose en Job 31:1: «Hice un pacto con mis ojos de no mirar con lujuria a una joven»— afirmó lo siguiente: «Tus ojos son el problema. Cuando miras algo, tu corazón te sigue... Si hay algo que te tienta, ¡no lo mires!... No permitas que tus ojos codicien cosas. No dejes que se desvíen de mirar hacia adelante... Haz un pacto con tus ojos para mirar siempre al frente. Céntrate únicamente en la dirección que Dios señala —la santidad y el cielo— y avanza». Amigos, si hay codicia en nuestros corazones, esa codicia nunca podrá ser satisfecha. La codicia humana no tiene límites. Así como el mar nunca se llena con el agua que fluye hacia él (Eclesiastés 1:7), la codicia humana parece no tener fin. Perseguimos diversas cosas en este mundo vano para satisfacer esa codicia interminable, pero, a fin de cuentas, no hallamos satisfacción alguna. Consideremos al rey Salomón, autor de Eclesiastés; según Eclesiastés 2:10, no se negó nada de lo que sus ojos deseaban ni privó a su corazón de aquello que le producía alegría. Experimentó y disfrutó de todo lo que sus ojos y su corazón anhelaban. Consideró esto como la recompensa por todo su trabajo (2:10). Sin embargo, él confesó: "Miré luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol" (versículo 11).

Cuando la codicia habita en nosotros, caemos —al igual que los israelitas durante el Éxodo— en el pecado de la queja y el murmullo nacidos de la insatisfacción. La

insatisfacción nos impulsa a quejarnos. ¿Por qué estamos insatisfechos y propensos a la queja? La causa raíz es la codicia. La codicia es verdaderamente aterradora y peligrosa; además, nos resulta perjudicial. Caemos presa de una codicia tan insensata y destructiva porque carecemos de un corazón satisfecho; es decir, somos incapaces de valorar lo que ya poseemos. También sucede porque, aunque comprendemos intelectualmente la verdad de que nada trajimos a este mundo y nada podremos llevarnos de él, no logramos interiorizar verdaderamente esta realidad en nuestros corazones. En consecuencia, la persona codiciosa, impulsada por el deseo de poseer, ama el dinero y busca enriquecerse (1 Timoteo 6:6-10). En este proceso, provoca conflictos con los demás (Proverbios 28:25). Amados, debemos vivir hallando satisfacción únicamente en el Señor. El verdadero beneficio y sentido de la vida residen en recorrer el camino de la salvación mediante la fe en Jesús y en encontrar contentamiento solo en Él. Mientras vivimos nuestras vidas pasajeras —que son como meras sombras—, solo Jesús puede saciar nuestras almas. Esto se debe a que nuestras almas anhelan la eternidad; por tanto, solo el Jesús eterno puede satisfacerlas verdaderamente.

Por último, el séptimo punto es que no debemos burlarnos de nuestros padres ni menospreciarlos; por el contrario, debemos obedecerlos.

Hace poco leí un artículo en línea titulado "Seis cosas de las que la gente se arrepiente al mirar los rostros de sus padres ancianos": (1) decir cosas que hieren sus sentimientos, (2) mostrarse indiferentes hacia ellos, (3) no expresarles afecto adecuadamente, (4) no pasar suficiente tiempo con ellos, (5) no brindarles apoyo económico y (6) descuidar la atención preventiva de su salud. A medida que nuestros padres envejecen, los vemos sufrir diversas enfermedades. En medio de todo esto, somos testigos de cómo se cuidan y se aman mutuamente. Hay incluso momentos en los que, al ver a un padre o a una madre debatiéndose entre la vida y la muerte, nosotros, los hijos, derramamos lágrimas de autorreproche. Sin embargo, también lidiamos con las duras realidades que nos vemos

obligados a afrontar. ¿Es realmente posible dejar partir a nuestros amados padres sin ningún remordimiento?

Observemos el texto de hoy, Proverbios 30:17: «El ojo que se burla de su padre y menosprecia la obediencia a su madre será arrancado a picotazos por los cuervos del valle y devorado por los buitres». Amigos, ¿qué significa que un hijo se burle de su padre? Según el diccionario Naver, la palabra «burlarse» se define como «reírse de alguien mientras se le mira con desprecio o superioridad». En el hebreo original, el significado alude a reírse o mofarse de alguien hasta el punto de menospreciarlo (DBL Hebrew). Un ejemplo de esto se encuentra en Proverbios 17:5: «burlarse del pobre». La Biblia afirma que burlarse del pobre es un acto de menosprecio hacia el Señor que lo creó (versículo 5). Entonces, ¿de qué manera podría un hijo burlarse de su padre? Por supuesto, un hijo podría burlarse de su padre usando palabras denigrantes; es decir, haciendo comentarios que menosprecian su valor. Sin embargo, no creo que la burla se limite únicamente a las palabras. Mi razón para pensar así se basa en Isaías 37:22: «Esta es la palabra que el Señor ha pronunciado contra él: “La virgen hija de Sion te desprecia y se burla de ti; la hija de Jerusalén menea la cabeza ante ti”». Este pasaje registra la profecía de Dios, transmitida a través del profeta Isaías, de que el pueblo de Judá despreciaría y se burlaría del rey de Asiria. La última parte del versículo dice: «...la hija de Jerusalén menea la cabeza ante ti»; esto sugiere que un hijo puede burlarse de su padre meneando la cabeza frente a él. Por ejemplo, si un hijo le da la espalda a su padre y menea la cabeza mientras se aleja mientras este habla, se trata de un claro acto de falta de respeto y menosprecio no verbal. ¿Por qué, entonces, un hijo se burlaría de su padre de esta manera? Porque el hijo no lo honra. La Biblia nos ordena explícitamente: «Honra a tu padre y a tu madre» (Éxodo 20:12; Deuteronomio 5:16; Mateo 19:19; Efesios 6:1-2); un hijo que se burla de su padre ignora este mandato y, en consecuencia, lo trata con falta de respeto, menosprecio y burla. Para profundizar en esto, un hijo necio que se burla de su padre lo hace porque carece del temor de Dios (Levítico 19:32) y no honra a su padre. Puesto que tal hijo necio no teme a Dios, tampoco teme a su padre terrenal, lo que lo lleva a despreciarlo y burlarse de él (cf. Malaquías 1:6).

¿Por qué, entonces, a los hijos les desagrada obedecer a sus madres? ¿Por qué tratan a sus madres con desprecio? La razón, por supuesto, es el orgullo. Cuando somos orgullosos, desobedecemos e ignoramos la Palabra de Dios; en consecuencia, despreciamos a nuestras madres y nos negamos a obedecerlas. Además, cuando un hijo carece de sabiduría (Proverbios 11:12) —es decir, cuando es necio (Proverbios 23:9)—, desprecia y menosprecia a su madre, negándose a obedecer sus palabras. Tales hijos arrogantes y necios no temen la Palabra de Dios, sino que la desprecian (Proverbios 13:13); por consiguiente, desobedecen la Palabra de Dios al no honrar ni obedecer a sus madres. La Biblia declara que existe inevitablemente una retribución para los hijos que se niegan a obedecer a sus padres y, en cambio, se burlan de ellos y los desprecian. ¿Cuál es esa retribución? Observemos nuevamente el texto de hoy, Proverbios 30:17: «El ojo que se burla de un padre y desprecia la obediencia a una madre será picoteado por los cuervos del valle y devorado por los buitres». ¿Puede visualizar esto? ¿Puede imaginar a las aves del cielo alimentándose de un cadáver? ¿Puede visualizar a los cuervos o buitres dando vueltas en el cielo, divisando un cuerpo sin vida, descendiendo sobre él y picoteando su carne? Al considerar esta escena, debemos comprender cuán aterrador es el final para un hijo que se niega a honrar u obedecer a sus padres —y que, en cambio, los desprecia, se burla de ellos y los menosprecia.

Proverbios 23:22 nos dice: «Obedece al padre que te dio la vida y no desprecies a tu madre anciana» (Versión Coreana Contemporánea). No debemos despreciar, ni burlarnos, ni menospreciar a nuestros padres. Por el contrario, debemos honrarlos y obedecerlos. Este es el mandato de Dios (Éxodo 20:12; Deuteronomio 5:16; Mateo 19:19; Marcos 10:19; Efesios 6:2). Oro para que todos obedezcamos este mandato de Dios, agradando así tanto a Dios Padre como a nuestros padres.

Concluiré ahora esta reflexión sobre la Palabra. Amados, como cristianos que creemos en Jesús, debemos comprender claramente qué debemos hacer y qué no. Basándonos en el

pasaje de Proverbios 30:10-17, hemos aprendido siete cosas que debemos evitar: (1) no debemos calumniar ni criticar a los demás (v. 10); (2) no debemos maldecir a otros (v. 11); (3) no debemos considerarnos puros o justos (v. 12); (4) no debemos ser arrogantes (v. 13); (5) no debemos explotar a los demás para nuestro propio beneficio (v. 14); (6) no debemos vivir en descontento —debemos guardarnos de la codicia (vv. 15-16)—; y (7) no debemos burlarnos de nuestros padres ni menospreciarlos; por el contrario, debemos obedecerlos (v. 17). Oro para que todos seamos obedientes a estas palabras.

Aquellos con corazones impuros

«Hay una generación que se cree pura a sus propios ojos, pero que no ha sido lavada de su inmundicia» (Proverbios 30:12).

Dicen que se necesitan al menos dos meses para publicar un libro. Sin embargo, gracias a que la buena mano de Dios estaba sobre mí (Nehemías 2:18), mi humilde libro, *Aquellos con corazones puros*, salió a la luz rápidamente —en apenas mes y medio—, lo que me permitió regalarlo a mi familia de la iglesia y a sus vecinos durante el culto conjunto por el 30.º aniversario de nuestra congregación (el 4 de julio). Es, verdaderamente, por la gracia de Dios. Tras recibir el libro que había escrito, lo leí una y otra vez. Al leerlo por primera vez, pensé: «Ah, tal vez por esto la gente duda a la hora de publicar libros». La razón era que, al releer lo que había escrito, sentía que al texto le faltaba mucho. Cuando leí el libro por segunda vez, Dios arraigó aún más en mí la petición de oración: «Dios, por favor, purifica mi corazón». Esto sucedió porque, tras publicar el libro, el Dios santo comenzó a sacar a la luz los aspectos sucios, feos y pecaminosos de mi corazón más que nunca. Fue una experiencia dolorosa. Me sentí decepcionado y entristecido conmigo mismo al enfrentarme a la fealdad de mi corazón revelada ante la santa presencia de Dios. Sin embargo, esto también fue motivo de alegría. Y es que, a medida que el Dios santo exponía el pecado de mi corazón, comprendí que soy un ser que no tiene más remedio que depender aún más de la preciosa sangre de Jesús derramada en la cruz.

Ayer por la tarde, mientras leía los capítulos 29 a 31 de Proverbios, mi mirada se detuvo en el texto de hoy: Proverbios 30:12. Quizás la razón por la que mi mirada se quedó en ese pasaje fue la frase «aquellos que son puros a sus propios ojos»; leerla en inglés me recordó

el título de mi libro, «aquellos que son puros de corazón». Entonces me pregunté: «¿Acaso me considero puro? ¿Me creo limpio aun cuando mi corazón está lleno de inmundicia?». Lo que vino a mi mente fue el orgullo que acechaba en mi interior. Creo que el orgullo que acecha constantemente en mi corazón es verdaderamente aterrador. El orgullo es tan temible porque me deja espiritualmente ciego; ciega mis ojos espirituales, impidiéndome ver mis propios pecados a través de los ojos del Dios santo: ojos que arden como una llama. En cambio, el orgullo hace que me obsesione con los pecados de los demás, llevándome a juzgarlos y condenarlos en mi corazón. En otras palabras, el orgullo hace que mire con ojos altivos (Proverbios 30:13), cegándome ante el pecado de mi propio corazón mientras me impulsa a escudriñar los pecados externos de los demás con una mirada penetrante. Cuando debería estar ocupado viendo mis propios pecados ante el Dios santo, me concentro afanosamente en los pecados de los demás —despreciándolos, juzgándolos y condenándolos en mi corazón—, revelando así que soy verdaderamente orgulloso. Soy, en efecto, alguien cuyo corazón está lleno de inmundicia y carece de pureza. Dios ha mostrado compasión y gracia a alguien tan arrogante e impuro de corazón como yo. Esa gracia se manifiesta cuando Dios expone la inmundicia que llena mi corazón, permitiéndome reconocer el pecado como pecado y llevándome a confesar mi corazón impuro y vil, confiando en la preciosa sangre de Jesús derramada en la cruz. Además, Él me guía a confiar en el Espíritu Santo que mora en mí, quien intercede con gemidos indecibles por alguien tan débil como yo: alguien que ni siquiera sabe cómo orar como debiera. Anhelo un corazón puro. Por supuesto, como sugiere la letra del Himno 332 (estrofa 4), sé que no puedo jactarme de pureza ante el Señor, ni siquiera si corrigiera todos mis malos caminos y desechara todo pensamiento pecaminoso. Sin embargo, mi oración a Dios sigue siendo esta: quiero desechar todos los pensamientos pecaminosos. Quiero seguir apartándolos hasta el día de mi muerte. Aunque a menudo me atormentan pensamientos pecaminosos que regresan por más que los rechace —y aunque hay momentos en que mi corazón se endurece y me encuentro aferrándome a esos mismos pensamientos—, deseo llegar a tener un corazón puro arrepintiéndome humildemente una y otra vez, confiando siempre en la compasión, la misericordia y la gracia de Dios. “Oh Señor, purifica mi corazón”.

¿La vida más sabia?

[Proverbios 30:18–33]

¿Cómo debemos vivir? Cuando oro por mi hijo Dylan, pido que llegue a ser un cristiano fiel y veraz, coherente con el significado de su nombre. Llevaba tiempo orando de esta manera cuando, hace unos años, comencé a pedirle sabiduría a Dios respecto a mi segunda hija, Yeri. Con el tiempo, me vi buscando sabiduría no solo para Yeri, sino también para mi hija menor, Yeeun, y para mi hijo mayor, Dylan. Una razón importante de esto fue, probablemente, mi propia falta de sabiduría; me aferraba a la promesa de Santiago 1:5 —«Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada»— y oraba por mí mismo. Dado que Dios me ayuda a comprender cuán desesperadamente necesito Su sabiduría para transitar por este mundo pecaminoso, busco esa sabiduría en Él al orar también por mis tres hijos. Al mismo tiempo, al reflexionar sobre cómo Salomón cometió el grave pecado de la idolatría en sus últimos años, considero crucial que tanto mis hijos como yo vivamos una vida sabia y fiel mientras permanezcamos en esta tierra, hasta el día en que el Señor nos llame a casa. Entonces, ¿qué constituye exactamente una vida sabia?

En el pasaje de hoy, Proverbios 30:24, la Biblia habla de cuatro criaturas pequeñas de la tierra que son excepcionalmente sabias. Centrándome en este pasaje —específicamente en Proverbios 30:18–33—, quisiera reflexionar sobre cinco aspectos de la «vida más sabia» según las enseñanzas bíblicas y extraer las lecciones que Dios nos ofrece.

En primer lugar, la vida más sabia es aquella que deja de lado la hipocresía. Observemos el texto de hoy, Proverbios 30:18: «Tres cosas me maravillan; cuatro hay que no comprendo». ¿Qué debemos hacer cuando nuestros deseos chocan con lo que dice la Biblia? Por ejemplo, consideremos el conflicto entre nuestro deseo de actuar conforme a nuestros viejos instintos pecaminosos y el mandato bíblico —dado que nos hemos convertido en nuevas criaturas en Jesucristo— de vivir en obediencia a la Palabra de Dios en lugar de seguir esos viejos instintos. ¿Qué debemos hacer en tal situación? Probablemente todos responderíamos que debemos vivir en obediencia a la Palabra de Dios. Nadie argumentaría que debemos desafiar la Palabra de Dios y vivir conforme a nuestros viejos instintos pecaminosos. Sin embargo, el problema es que a menudo no logramos vivir de acuerdo con lo que decimos y creemos.

La Palabra de Dios choca inevitablemente con la codicia excesiva que hay en nosotros. En esos momentos, aunque nuestra conciencia nos advierte que no cedamos a esa codicia, hay ocasiones en las que ya hemos decidido en nuestro corazón seguirla y procedemos a hacerlo. En mi propio caso, no logro vivir a la altura de lo que creo y predico; en última instancia, mi hipocresía queda al descubierto. Y, sin embargo, hay momentos en los que vuelvo a estar ante la congregación y predico diciendo: "Por la gracia de Dios...". Mis labios hablan de la "gracia de Dios", pero en lo profundo, mi corazón está lleno de una sensación de "mérito propio". Al final, estoy restando valor a la preciosa gracia de Dios. Simplemente estoy exaltando mi propia gloria, no la de Dios. Verá, la hipocresía es una discrepancia entre la apariencia externa y la realidad interior; es una diferencia entre cómo hablamos y actuamos dentro de la iglesia y cómo lo hacemos fuera de ella. Hay casos en los que las personas parecen cuidadosas, justas y ejemplares en su hablar y conducta dentro de la iglesia, pero actúan de manera muy distinta fuera de ella: comportándose con descuido y sin diferenciarse en nada de la gente del mundo. La hipocresía es, esencialmente, una discrepancia entre nuestras palabras y nuestro corazón. Por ejemplo, podemos hablar amablemente con alguien mientras albergamos odio hacia esa persona en nuestro corazón; eso constituye hipocresía. El hipócrita alberga malicia hacia otro, pero pronuncia palabras

suaves para ganarse su favor, ocultando sus malas intenciones tras expresiones de amor cálido y ferviente (Proverbios 26:23). Al meditar en Proverbios 26:23-28, ya hemos aprendido seis formas en las que los labios del hipócrita difieren de su corazón: (1) sus labios son amables, pero su corazón es malvado (v. 23); (2) ocultan sus sentimientos de odio tras la adulación (v. 24); (3) incluso cuando hablan de manera agradable, su corazón está lleno de pensamientos viles (v. 25); (4) aunque ocultan su odio mediante el engaño, su maldad quedará inevitablemente expuesta ante la asamblea (v. 26); (5) cavan una fosa, solo para caer ellos mismos en ella (v. 27); y (6) dicen mentiras (v. 28).

En el pasaje de hoy, Proverbios 30:18, el autor habla de cosas que le resultan «demasiado maravillosas» (o desconcertantes) para comprenderlas, enumerando cuatro «caminos» o rastros específicos. Estos cuatro son: primero, el camino del águila; segundo, el camino de la serpiente; tercero, el camino del barco que surca el mar; y cuarto, el camino del hombre con la mujer —específicamente, el camino de la adúltera (vv. 19-20)—. Entre estas cuatro sendas, la que el escritor de Proverbios pretende destacar es la de la adúltera. Observe el versículo 20 del pasaje de hoy: «Tal es el camino de la adúltera: come y se limpia la boca, diciendo: "No he hecho nada malo"». Cuando el escritor de Proverbios señala que la adúltera afirma «no he hecho nada malo» tras cometer el pecado de inmoralidad sexual, está resaltando su intento de ocultar su transgresión. Al igual que el camino del águila en el cielo, de la serpiente sobre la roca, del barco en el mar o del hombre con la mujer no dejan rastro, la adúltera busca ocultar la evidencia de su pecado insistiendo verbalmente: «No he hecho nada malo». Proverbios 7:10 describe una escena en la que una mujer astuta, vestida como prostituta, se encuentra con un joven insensato y falto de sabiduría. La Biblia la describe como «astuta» porque alberga una intención oculta en este encuentro; en otras palabras, oculta sus verdaderas intenciones mientras interactúa con el joven insensato. De hecho, el significado literal de la palabra hebrea original traducida aquí como «astuta» es «oculta» (MacArthur). ¿Cuál es, entonces, su motivo oculto? Considere Proverbios 23:27-28: «Porque la adúltera es una fosa profunda, y la mujer extraviada es un pozo estrecho; acecha como un bandido y aumenta el número de hombres infieles». La intención oculta de la

adúltera que se encuentra con un hombre insensato —vestida como una prostituta— es tenderle una «trampa» para que sea infiel a su matrimonio. Su verdadero motivo subyacente es llevar a muchos hombres casados a romper el pacto que hicieron al contraer matrimonio (Park Yun-sun). Así, aun mientras comete el mal, ella afirma: «No he hecho nada malo» (30:20). Esto revela su hipocresía; la lección que el autor de Proverbios desea transmitir en el pasaje de hoy es que los verdaderamente sabios deben desechar la hipocresía, una y otra vez (cf. 1 Pedro 2:1, *Versión Coreana Contemporánea*).

¿Cómo podemos desechar nuestra hipocresía, una y otra vez? En primer lugar, debemos reconocer nuestra propia hipocresía. Oro para que el Espíritu Santo exponga y reprenda nuestros rasgos hipócritas a través de la Palabra de Dios. Observemos Mateo 7:5: «¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás con claridad para sacar la paja del ojo de tu hermano» [(Versión Coreana Contemporánea) «¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo…» …entonces podrás ver con claridad y sacar la paja del ojo de tu hermano]. Cuando el Espíritu Santo reprende y pone al descubierto nuestra hipocresía mediante la Palabra de Dios, llevándonos a reconocer la verdad, debemos admitir nuestra hipocresía ante Dios, confesar nuestros pecados y arrepentirnos, confiando en la preciosa sangre de la cruz de Jesús. Debemos confesar y arrepentirnos del hecho de que, aunque externamente podamos parecer justos ante los demás, nuestros corazones están llenos de hipocresía y pecado (Mateo 23:28). Además, debemos esforzarnos por vivir una vida en la que nuestra apariencia externa esté en consonancia con nuestro ser interior. Debemos llegar a ser cristianos auténticos. Hemos de desechar toda falsedad y buscar una vida en la que nuestras palabras y acciones sean coherentes. No debemos ser como los fariseos, que limpiaban el exterior del vaso y del plato mientras el interior estaba lleno de codicia y desenfreno (Mateo 23:25, *Versión Coreana Contemporánea*). Por último, debemos pedir a Dios sabiduría celestial, pues tal sabiduría está libre de hipocresía. Consideremos Santiago 3:17: «Pero la sabiduría que viene del cielo es, ante todo, pura; además, amante de la paz, considerada, dócil, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial y sincera» (*Versión Coreana Contemporánea*).

Nuestro Dios es un Dios de orden; ciertamente no es un Dios de desorden. Por ejemplo, el orden de la creación establecido por Dios implica que un hombre y una mujer se casen y lleguen a ser una sola carne en el Señor. Sin embargo, las personas pasan por alto este orden creado; impulsadas por los deseos de sus corazones (Romanos 1:24–25) y por pasiones vergonzosas, abandonan el camino natural en favor de lo antinatural, participando en actos vergonzosos con personas del mismo sexo (versículos 26–27). Tal conducta no es apropiada ante los ojos de Dios; es una "acción malvada" (según la traducción de la *Biblia Coreana Contemporánea*) (versículo 28). 1 Corintios 14:40 nos instruye: "Que todo se haga de manera apropiada y en orden". Debemos obedecer este mandato, comenzando por mantener el orden dentro del hogar. Para ello, cada miembro de la familia debe cumplir fiel y humildemente con sus responsabilidades bíblicas. Por ejemplo, la responsabilidad de la esposa es someterse a su esposo; la Biblia afirma que esto es apropiado ante el Señor (Colosenses 3:18). Este es el deber de la esposa. Dentro de la estructura familiar establecida por el Señor, la sumisión de la esposa a su esposo —tal como se sometería al Señor— es lo correcto. Además, la esposa debe reconocer y respetar la autoridad divina que Dios ha otorgado al esposo como cabeza del hogar. Hoy en día, a menudo se ignora la autoridad del esposo dentro de la familia. Si bien puede haber diversas razones para ello, un factor es que las propias esposas desestiman la autoridad de sus esposos. En consecuencia, los hijos siguen el ejemplo de sus madres y también ignoran la autoridad de su padre, el cabeza de familia. Este es verdaderamente un problema grave. Dios ha otorgado claramente autoridad divina al hombre como cabeza del hogar; sin embargo, debido a que su esposa no se somete a esa autoridad (Efesios 5:22), la autoridad del hombre no llega a establecerse en el hogar. Aunque la Biblia ordena explícitamente que "la esposa debe respetar a su esposo" (Efesios 5:33), la negativa de la esposa a mostrar tal respeto conduce a que se ignore la autoridad del esposo, alterando finalmente el orden de la familia. Esta situación no debe continuar. Para establecer el orden en el hogar, las esposas y los hijos deben reconocer y respetar la autoridad que Dios ha otorgado al esposo y padre. Las esposas deben obedecer la Palabra de Dios honrando y respetando a sus esposos. Cuando los hijos ven esta actitud en sus madres, ellos también aprenderán a honrar y respetar a sus

padres y a obedecer sus palabras. Además, los padres no deben abusar de la autoridad que Dios les ha confiado; hacerlo hace imposible ganar el corazón de nuestros hijos. Por el contrario, debemos ejercer esta autoridad dada por Dios con sabiduría para mantener la paz y el orden dentro de la familia.

El mismo principio se aplica a la iglesia. Debemos mantener el orden dentro de la iglesia. Para ello, debemos abstenernos de albergar pensamientos que excedan nuestros límites adecuados: pensamientos que inevitablemente conducen a palabras y acciones inapropiadas. Asimismo, nunca debemos tratar a la ligera los cargos o funciones que se nos han asignado ni considerarlos insignificantes. Como personas que ocupan un cargo y sirven a la iglesia —el cuerpo de Cristo—, no debemos actuar como Coré, descendiente de Leví (Números 16:9), formando facciones que alteren el orden de la iglesia y destruyan su paz. Dios no es, de ninguna manera, un Dios de desorden; sin embargo, quienes alteran el orden de la iglesia y rompen su paz a menudo no logran refrenar palabras y acciones que exceden sus límites, impulsados por la arrogancia. No debemos codiciar ni envidiar posiciones que parezcan "mayores" o "más elevadas" a los ojos de los demás, ni debemos formar facciones o intentar exaltarnos ante la congregación en un esfuerzo por conseguir un cargo eclesiástico mediante el esfuerzo humano. Debemos evitar estrictamente comportamientos que traspasen nuestros límites, tales como calumniar, condenar o difundir rumores maliciosos para crear facciones dentro de la iglesia. Como titulares de un cargo, no debemos buscar exaltarnos ante la congregación; más bien, debemos abstenernos de palabras y conductas que vayan más allá de nuestra medida adecuada. Debemos considerar el cargo que se nos ha confiado como una manifestación de la abundante gracia de Dios. No debemos verlo como gracia únicamente en el momento de nuestro nombramiento; por el contrario, cuanto más sirvamos en nuestra función, más profundamente debemos comprender el alcance de la gracia de Dios. Por tanto, debemos cultivar una humildad cada vez mayor. Debemos cumplir fiel y humildemente el cargo específico que se nos ha asignado a cada uno. No hay necesidad de compararnos con otros

que ocupan cargos. Simplemente debemos cumplir con las responsabilidades que se nos han confiado con un corazón humilde, alegre y agradecido.

En segundo lugar, la manera más sabia de vivir es hacerlo con orden. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 30:21–23: «Por tres cosas se conmueve la tierra, y por cuatro no puede soportar: por el siervo que llega a ser rey, por el necio que se sacia de comida, por la mujer no amada que contrae matrimonio y por la sierva que desplaza a su señora». En estos versículos, el autor de Proverbios describe cuatro situaciones en las que se invierte el orden natural (Park Yun-sun). Estas cuatro situaciones son: (1) un siervo que se convierte en rey, (2) un necio que se sacia de comida (v. 22), (3) una mujer no amada que se casa y (4) una sierva que ocupa el lugar de su señora (v. 23). El denominador común de estos cuatro escenarios es que personas sin la cualificación adecuada han ascendido a posiciones elevadas (Park Yun-sun).

Dígame, ¿acaso tiene un siervo las cualidades necesarias para convertirse en rey? Ciertamente no. Sin embargo, como indica el pasaje, el hecho de que un siervo llegue a ser rey es algo que «hace temblar la tierra y resulta insoportable para el mundo». ¿Qué decir, entonces, del «necio que se sacia de comida» (v. 22)? Esto se refiere a un necio que llega a ser rico (Park Yun-sun); ¿es algo así aceptable en el mundo? No lo es, ¿verdad? ¿Cómo puede un necio enriquecerse? ¿Y qué hay de «la mujer no amada que contrae matrimonio» (v. 23)? ¿Cómo puede casarse una mujer que es odiada? ¿No resulta difícil aceptar que una mujer indigna de contraer matrimonio haya llegado a casarse? ¿No es también difícil aceptar el escenario de «una sierva que reemplaza a su señora» (v. 23) —o, dicho de otro modo, «una criada que ocupa el lugar de su propia señora» (v. 23, *Versión Coreana Contemporánea*)? En todos estos cuatro casos, personas sin la cualificación adecuada son elevadas a posiciones de gran importancia; esto representa una situación en la que el orden natural se invierte (Park Yun-sun).

Si el orden natural se invierte de este modo, ¿qué será de nuestras familias, iglesias, la sociedad y el mundo? En particular, si no reconocemos nuestra propia indignidad y reclamamos —«Yo, un siervo, debería ser rey», «Yo, un necio, debería ser rico», «Yo, una mujer despreciada, debería estar casada» o «Yo, una criada, debería ocupar el lugar de mi señora»—, ¿acaso no revela esto nuestra arrogancia? Cuando tal arrogancia habita en nuestros corazones, las familias y las iglesias a las que pertenecemos caen inevitablemente en el desorden. Nunca debemos tolerar la arrogancia; debemos estar profundamente vigilantes para evitar que el orgullo eche raíces en nuestros corazones. No debemos alterar el orden de nuestras familias e iglesias mediante pensamientos, palabras o acciones que excedan nuestra posición adecuada. Por el contrario, debemos mantener ese orden. Para ello, todos debemos ser humildes; debemos abrazar el corazón humilde de Jesús. Debemos tener muy presente que hemos sido salvados y nos hemos convertido en hijos de Dios gracias a Jesús —quien descendió a esta tierra humilde para salvarnos, a pesar de que merecíamos la muerte eterna, y quien murió en la cruz, ese árbol maldito. Nunca debemos olvidar la asombrosa verdad de que nosotros —que no teníamos absolutamente ningún mérito para ser hijos de Dios— obtuvimos el derecho de serlo mediante la fe en Jesucristo. Esto sucedió enteramente por la gracia de Dios. Se trata de una transformación de estatus que supera con creces cualquier comparación con un siervo que se convierte en rey, un necio que se hace rico, una mujer despreciada que contrae matrimonio o una criada que ocupa el lugar de su señora. Por tanto, a medida que comprendemos y valoramos más profundamente esta gracia de Dios, debemos obedecer Su Palabra mediante el poder de dicha gracia y mantener fielmente el orden dentro de nuestras familias e iglesias. Oro para que, al hacerlo, tú y yo vivamos la vida más sabia posible a los ojos de Dios.

En tercer lugar, la vida más sabia es aquella que es diligente como la hormiga; que prevé el peligro y fortifica su morada como el damán; que permanece unida como la langosta; y que actúa con agilidad y astucia como la lagartija.

¿Qué estás aprendiendo en estos días? ¿Qué crees que Dios quiere enseñarte? Hace poco volví a leer una columna del pastor Kang Jun-min titulada «Sabiduría aprendida en la tormenta», y me gustaría compartir con ustedes dos puntos clave de la misma. El primero es que vivir es aprender. Un discípulo de Jesús es alguien que aprende y que debe sentir hambre de conocimiento. Además, se requiere sabiduría en el propio proceso de aprendizaje; es necesario aprender correctamente para crecer correctamente. Por tanto, debemos aprender *cómo* aprender bien. Aprender a aprender bien es algo beneficioso para toda la vida. El segundo punto es que el aprendizaje es una forma de poder. «Aprender es la capacidad de crecer incluso en medio de una tormenta. A veces nos encontramos con olas turbulentas, atravesamos el desierto o entramos en el horno del sufrimiento. Por supuesto, la vida no es solo una serie de adversidades; sin embargo, afrontar tribulaciones es inevitable. Es el poder del aprendizaje lo que nos permite superar las dificultades que enfrentamos en la vida. Si vivimos con una actitud dispuesta a aprender, podemos convertir cada experiencia vital en una oportunidad de aprendizaje. La tormenta es una escuela; el sufrimiento es un maestro» (Kang Jun-min). Amigos, cuando se trata de aprender, deberíamos buscar lecciones incluso en el reino animal. Hace poco retomé un artículo que leí hace unos dos años en *Health Chosun* titulado «5 hábitos saludables aprendidos de las gallinas» (en línea): (1) Acostarse y levantarse temprano. Se dice que las gallinas comienzan su actividad —marcada por su canto— entre las 4 y las 5 de la mañana, justo antes del amanecer. Por el contrario, se dice que permanecen inactivas durante la noche. (2) Cuidan profundamente a sus crías. Las gallinas son conocidas por su fuerte instinto maternal. No dudan en arrancarse plumas de su propio pecho para mantener calientes los huevos, y permanecen inmóviles mientras incuban durante unos veinte días, sin importar el calor o el frío. También se dice que comen muy poco durante este tiempo. (3) Llevan una dieta variada. Las gallinas son omnívoras y consumen una amplia gama de alimentos sin ser quisquillosas. Para los seres humanos también es importante llevar una dieta equilibrada. (4) Se mantienen constantemente activas. Se dice que las gallinas están en continuo movimiento. La actividad física constante es esencial para la salud física. (5) Beben mucha agua. Es probable que todos hayamos visto a una gallina mirar hacia el cielo después de

beber. Se sabe que las gallinas beben agua con frecuencia y en grandes cantidades. El agua es un componente fundamental del cuerpo humano, constituyendo alrededor del 70 % del mismo.

En el pasaje de hoy, Proverbios 30:24–28, el autor afirma: "Cuatro cosas hay pequeñas en la tierra, y las mismas son más sabias que los sabios: las hormigas, pueblo no fuerte, y en el verano preparan su comida; los conejos [o damanes], pueblo nada esforzado, y ponen su casa en la piedra; las langostas, que no tienen rey, y salen todas por cuadrillas; y la lagartija, que atrapas con la mano, y está en palacios de reyes". Aunque estos cuatro tipos de animales son pequeños y aparentemente débiles, prosperan gracias a la sabiduría instintiva que Dios les ha otorgado (Park Yun-sun).

(1) Consideremos a la hormiga.

¿Qué podemos aprender, entonces, de la hormiga? Observemos Proverbios 6:6: "Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio". ¿Qué sabiduría debemos aprender de la hormiga? Hay al menos dos lecciones (Park Yun-sun):

(a) Las hormigas trabajan con diligencia y en cooperación por iniciativa propia, incluso sin un supervisor.

Observemos Proverbios 6:7: "La cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor...". ¿Qué nos viene a la mente cuando pensamos en las hormigas? Leí algunos artículos en línea para saber más sobre ellas y encontré tres datos interesantes para compartir:

(i) Se dice que las hormigas son consideradas unas con otras.

Solemos pensar en las hormigas simplemente como reinas y obreras, pero también existen "hormigas patrulleras" (o exploradoras). Por lo general, las hormigas envían exploradoras

para localizar alimento. Una vez que se encuentra comida, la exploradora guía a una compañera menos experimentada hacia la nueva fuente moviéndose lentamente una al lado de la otra (desplazamiento en tándem). La hormiga que sigue adquiere conocimientos gracias a la guía. Tanto la guía como la seguidora muestran gran consideración: si la seguidora se queda atrás, la guía reduce la velocidad, y si la seguidora la alcanza, vuelven a acelerar.

(ii) Se dice que las hormigas se ayudan mutuamente.

Podemos observar pruebas de esta ayuda mutua en su forma de comunicarse. Las hormigas se comunican mediante feromonas (señales químicas empleadas para la comunicación entre animales de la misma especie). Poseen capacidades de señalización química muy desarrolladas en comparación con otros insectos del orden Hymenoptera; al igual que otros insectos, utilizan sus antenas —largas, delgadas y móviles— para detectar olores. Una sola antena puede transmitir información sobre la intensidad o la dirección de un aroma. Dado que la mayoría de las hormigas viven en el suelo, dejan rastros de feromonas en la superficie para que otras hormigas los sigan. En las especies que buscan alimento en grupo, las hormigas exploradoras marcan un camino que va desde la fuente de alimento hasta el hormiguero. Otras hormigas siguen este rastro, reforzando la senda olfativa cada vez que regresan con comida. Una vez agotada la fuente de alimento, las hormigas que regresan marcan la zona de manera distinta, permitiendo que el olor se disipe gradualmente. Este comportamiento ayuda a las hormigas a adaptarse a los cambios del entorno; por ejemplo, si un obstáculo bloquea un rastro olfativo que conduce al alimento, una hormiga exploradora se desviará de la ruta para encontrar un nuevo camino. Cuando una hormiga descubre una nueva vía, marca un atajo con un rastro de olor al regresar. A medida que las hormigas acuden a la ruta más favorable, el olor a lo largo del atajo se intensifica, llevando finalmente a la colonia a establecer el camino óptimo.

(iii) Se dice que las hormigas dividen sus funciones especializadas según su tamaño.

En cuanto al «cultivo de alimentos» de las hormigas, si bien la mayoría son depredadores omnívoros que aprovechan organismos muertos, existen algunas que han desarrollado métodos únicos para obtener alimento. Se las conoce como «hormigas cortadoras de hojas» y cultivan hongos exclusivamente dentro de sus hormigueros. Recolectan hojas continuamente, las llevan a la colonia, las cortan en pequeños fragmentos y los depositan en sus jardines de hongos; las hormigas obreras reparten sus tareas especializadas según su tamaño. Las hormigas más grandes cortan los tallos, las obreras de menor tamaño mastican las hojas y las más diminutas cuidan de los hongos.

(b) Las hormigas se preparan con antelación para el futuro.

Observemos Proverbios 6:8 en la Biblia: «Prepara su comida en el verano y recoge sus provisiones en la cosecha». Veamos también Proverbios 30:25: «Las hormigas, criaturas de poca fuerza, pero que almacenan su comida en el verano». Usted conoce la fábula de Esopo «La hormiga y la cigarra», ¿verdad? En esa famosa historia, mientras las hormigas trabajan diligentemente durante el verano, la cigarra canta y se burla de ellas: «¡Oigan, hormigas! ¿Han perdido la cabeza? ¿Preparándose para el invierno en pleno verano?». A pesar de tales burlas, las hormigas trabajaban arduamente para el frío invierno que se avecinaba, incluso en los días de calor sofocante. La cigarra, en cambio, pasaba los días cantando en lugar de trabajar; cuando llegó el invierno, se quedó sin comida y se vio obligada a mendigar alimento. Leer esta historia en nuestra infancia nos enseñó que debemos ser como la hormiga, no como la cigarra. Aprendimos que debemos vivir con diligencia y fidelidad, como la hormiga, en lugar de con pereza, como la cigarra. Sin embargo, ahora que soy mayor, reflexionar sobre esta fábula de Esopo me enseña algo más que la lección de ser diligente y trabajador como una hormiga; me enseña la sabiduría de prepararse para el futuro. En Proverbios 6:8, la Biblia exhorta a quienes carecen de la sabiduría de la hormiga a acudir a ella y aprender a prepararse con antelación para el futuro. Además, en el pasaje de hoy —Proverbios 30:25—, la Biblia describe a las hormigas como criaturas que se preparan durante el verano; es decir,

recolectan su alimento con antelación durante los meses de verano. ¿Por qué las hormigas preparan comida para el invierno durante el verano? Según el Dr. Park Yun-sun, el verano es la época de cosecha en la región de Palestina. En consecuencia, las hormigas reúnen sus provisiones para el invierno durante este periodo (Park Yun-sun).

(2) Consideremos al damán de las rocas.

Así pues, debemos aprender de la hormiga la diligencia de preparar el alimento con antelación durante el verano y, posteriormente, aprender del damán de las rocas [denominado «mapache» en la *Biblia Coreana Contemporánea*] cómo prever el peligro inminente y fortificar la propia morada. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 30:26: «los damanes de las rocas, una especie débil, pero que hace sus hogares en los riscos» [(Biblia Coreana Contemporánea) «el mapache, que es débil pero construye su hogar en las montañas rocosas y vive allí»]. Se dice que el damán de las rocas es un animal pequeño, tímido y débil, semejante a una liebre de montaña (fuentes de Internet). Sin embargo, se le considera increíblemente sabio (*The Pulpit Commentary*). Para protegerse de animales más grandes, prevé el peligro potencial y construye su hogar entre las rocas (Park Yun-sun). Curiosamente, los damanes de las rocas habitan en grietas rocosas formando grupos y colocan centinelas para vigilar los alrededores. Se dice que, cuando este centinela da la señal parpadeando y emitiendo un chillido, todo el grupo se retira a la cueva (Internet). Observemos el Salmo 104:18: «Las altas montañas pertenecen a las cabras monteses; los riscos son refugio para los damanes» [(Versión Coreana Contemporánea) «Las altas montañas son donde viven las cabras monteses, y las montañas rocosas son refugio para los damanes»]. El «damán» mencionado aquí es el mismo animal (*coney* o damán de las rocas/hiracoideo) al que se hace referencia en el texto de hoy, Proverbios 30:26. En otras palabras, el damán se asocia con un refugio: un hogar construido entre las rocas.

Al pensar en un «refugio», recuerdo a nuestro Señor. Esto se debe a que solo el Señor es nuestro refugio seguro (Sal. 14:6; 46:1, 7, 11; 59:16; 61:3; 62:8; 91:2; 142:5). Además, el

Señor es la roca de nuestra fortaleza (62:7) y la roca de nuestra salvación (2 Sam. 22:47). Cristo es nuestra Roca (1 Cor. 10:4).

(3) Consideremos a la langosta.

¿Qué sabiduría debemos aprender, entonces, de la «langosta»? Observemos el texto de hoy, Proverbios 30:27: «Las langostas, que no tienen rey, y sin embargo todas avanzan en filas» [(Versión coreana contemporánea) «Las langostas, que no tienen rey pero marchan en formación»]. Al pensar en «langostas», ¿qué nos viene a la mente respecto a la Biblia? Recuerdo la octava de las diez plagas que Dios envió sobre Egipto durante el Éxodo: la plaga de langostas que cubrió toda la faz de la tierra (Éxodo 10:1–20). Cuando el faraón, rey de Egipto, no quiso humillarse ante Dios ni permitir que el pueblo de Dios, Israel, saliera de Egipto (10:3), Dios envió una plaga de langostas que cubrió la tierra de tal manera que el suelo ya no era visible (versículos 4–5). En consecuencia, las langostas cubrieron todo el territorio de Egipto, causando una devastación inmensa (versículos 14–15). En el pasaje de hoy, Proverbios 30:27, el autor habla de la langosta —una de las criaturas más pequeñas pero más sabias de la tierra— describiéndola como un ser que «no tiene rey, y sin embargo avanza en filas». ¿Cuál es la razón de esta descripción? Vemos que las langostas sirvieron como instrumentos del juicio de Dios, no solo en Éxodo 10, sino también en Joel 1:4. En otras palabras, Dios utilizó enjambres de langostas al enviar calamidades sobre una nación. Curiosamente, a pesar de no tener líder ni «rey», estos enjambres —que actúan como agentes del castigo divino— se desplazan como un ejército bien organizado. "Se desplazan sistemáticamente, pareciendo actuar bajo una dirección clara y una disciplina estricta" (J. Vernon McGee, comentario *Thru the Bible*). En última instancia, la razón por la que el autor de Proverbios destaca a la langosta —que no tiene rey y, sin embargo, avanza en formación— es para enseñarnos la importancia de la unidad, tal como lo hacen las langostas (Park Yun-sun). He intentado aplicar esta lección a mi familia y a mi iglesia. Nuestras familias e iglesias también deben unirse tal como lo hacen las langostas. Aunque difiramos en muchos aspectos, debemos unir nuestros corazones y nuestras fuerzas como

una sola familia en Jesús. Si un enjambre de langostas puede lograr una unidad tan notable sin un líder, ¡cuánto más unidas deberían estar nuestras familias e iglesias, nosotros que *sí* tenemos un líder! Creo que esta es la forma de vida más sabia a los ojos de Dios.

(4) Consideremos a la lagartija.

En el pasaje de hoy, Proverbios 30:28, el escritor habla de la lagartija, una criatura pequeña pero que figura entre las más sabias de la tierra: "Se puede atrapar con la mano, y sin embargo se encuentra en los palacios de los reyes". Probablemente todos hemos visto alguna vez una lagartija. Por supuesto, yo las he visto muchas veces frente a mi propia casa, pero la ocasión más memorable fue cuando me alojaba en un hotel mientras visitaba al anciano Yoon, quien participaba en una misión médica en Filipinas; vi una lagartija aferrada al techo. Tal como describe el versículo, era lo suficientemente pequeña como para atraparla con la mano, pero ni siquiera intenté hacerlo. Si bien una razón podría ser que las lagartijas comen insectos, el motivo principal fue simplemente que no creí poder atraparla. Sin embargo, el versículo 28 nos dice que tal criatura habita en el palacio de un rey. ¿Ha oído hablar alguna vez de las características de la lagartija? Se dice que, ante el peligro, la lagartija mueve la cola para atraer al depredador, luego se desprende de ella y escapa mientras el depredador está distraído. La lección que esto nos deja es que la vida más sabia es aquella que se vive con la agilidad y la astucia de una lagartija (Park Yun-sun).

¿En quién piensa cuando recuerda a alguien de la Biblia que actuó con rapidez y astucia? En 1 Samuel 17:48–49 vemos que, cuando David luchaba contra Goliat y este comenzó a acercarse, David corrió rápidamente hacia las líneas enemigas; metió la mano en su bolsa, sacó una piedra y la lanzó con su honda. Como resultado, golpeó a Goliat en la frente y lo mató. Recuerda, ¿verdad?, que Jesús dijo: «Mirad, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas» (Mateo 10:16). Aquí, la serpiente simboliza la sabiduría. Cuando el Señor habló de la sabiduría de la serpiente, se refería principalmente a la forma en que esta afronta con cautela —y así

escapa de— los diversos peligros que la acechan. Además, la sabiduría de la serpiente implica un discernimiento prudente: la capacidad de distinguir la verdadera naturaleza de las cosas y emitir juicios acertados. Debemos ser prudentes como serpientes porque el Señor nos ha enviado a un mundo lleno de falsos profetas que por fuera parecen ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mateo 7:15; 10:16). Por tanto, al proclamar el Evangelio y vivir de manera digna de él, debemos hablar y actuar con sabiduría.

En cuarto lugar, la vida más sabia es aquella que se caracteriza por un aire de dignidad y una fortaleza inquebrantable; implica tomar la iniciativa para identificar problemas, situarse en primera línea para proteger a los demás y ejercer el liderazgo. Steven Berglas, psicólogo de la Facultad de Medicina de Harvard, describió el «síndrome del éxito» de la siguiente manera: aunque una persona alcance un éxito enorme, la falta del carácter fundamental necesario para sostenerlo conduce a la ruina. Él considera que tales individuos a menudo caen presa de una o más de las «cuatro A»: (1) Arrogancia, (2) el doloroso sentimiento de Aislamiento, (3) la búsqueda destructiva de Aventuras y (4) el Adulterio. Estas conductas conllevan un precio devastadoramente alto para quienes tienen un carácter débil. Berglas subraya que, cuando uno se encuentra en tal «valle» —atrapado por una o más de estas cuatro A—, simplemente dedicar más tiempo, dinero o fama al problema no lo resolverá. Esto se debe a que una fractura en el carácter de una persona no hace más que profundizarse y volverse más destructiva con el paso del tiempo. Ya sea que ejerzamos el liderazgo en el hogar, en el trabajo o en un entorno grupal, nunca debemos olvidar que el carácter es nuestro activo más vital (Maxwell). Alan Bernard, presidente de Mid Park, Inc., habló sobre este tema: "El respeto esencial para el liderazgo requiere una vida personal ética. Un líder no solo debe mantenerse firme en la línea que separa lo correcto de lo incorrecto, sino también vivir una vida transparente, libre de 'zonas grises'" (Maxwell). Considero que el carácter encabeza la lista de prioridades en el liderazgo. Por lo tanto, para identificar a líderes potenciales y formarlos como ministros laicos maduros, debemos comprometernos con la labor de "forjar el carácter". Y un elemento crucial en este proceso de formación del carácter es la crisis o la adversidad. La razón es que, si bien una crisis no necesariamente *forma* el

carácter, sin duda lo *revela*. La adversidad es el punto de encuentro entre el carácter y el compromiso; en la vida, siempre hay que elegir entre ambos (Maxwell).

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 30:29–31: "Hay tres cosas que caminan con paso majestuoso, cuatro que se desplazan con porte imponente: el león, poderoso entre las fieras, que ante nada retrocede; el gallo que marcha erguido, el macho cabrío y el rey con su ejército" (Versión Coreana Contemporánea). Aquí, el autor de Proverbios menciona al león —la más fuerte de las fieras, que nunca retrocede— junto con el perro de caza, el macho cabrío y el rey, señalando que hay "tres cosas que caminan con un paso majestuoso e imponente". El autor utiliza estos tres ejemplos de animales para enseñar las cualidades que se requieren de un líder (un rey) (Park Yun-sun). Describe a estos tres animales como poseedores de un "paso majestuoso e imponente" (versículo 29). En otras palabras, decir que el león, el perro de caza o el macho cabrío caminan majestuosamente significa que se desplazan con confianza y dignidad (Park Yun-sun). Del mismo modo, un rey —el líder de una nación— debe poseer las virtudes de la confianza y la dignidad (Park Yun-sun). El pastor John MacArthur identificó estas cualidades como dignidad y confianza (MacArthur). La mención de la «dignidad» me recuerda algo que me dijo una vez el pastor principal de la iglesia a la que asistía mientras estudiaba y servía en Corea. Según recuerdo, él insinuaba que yo había socavado su dignidad delante de los ancianos de la iglesia y de las diaconisas principales. Jaja. En aquel entonces, no comprendía del todo a qué se refería, simplemente porque no entendía bien el significado de la palabra «dignidad». Una búsqueda rápida en Internet revela que la definición de diccionario de «dignidad» incluye «un porte sereno y solemne, un sentido inviolable de valor propio y una reverencia sagrada» [«Un aire digno y solemne que inspira respeto; o tal actitud o porte» (Diccionario Naver)]. La implicación es que un líder debe poseer esta clase de dignidad. A continuación, al considerar la palabra «confianza», retomé un escrito mío titulado «Las 3 C necesarias para un líder»: (1) La primera «C» es Convicción. Si emprendemos la obra del Señor sin convicción, inevitablemente terminaremos desviándonos del camino, ya sea hacia la izquierda o hacia la derecha. En particular, si un líder carece de convicción —fundamentada en la Palabra dada por el

Espíritu Santo— respecto a la tarea que tiene entre manos, quienes le siguen sentirán inevitablemente inquietud. Por tanto, un líder debe estar convencido, en primer lugar, de si algo se ajusta o no a la voluntad del Señor. (2) La segunda «C» es Confianza. El líder que está convencido de actuar conforme a la voluntad del Señor posee confianza. Al tener la certeza de que su labor actual es lo que el Señor desea, no se desanima, no vacila ni pierde el rumbo simplemente por lo que otros puedan decir. El fundamento de esta confianza es la convicción otorgada por Dios, el Espíritu Santo. Poseemos confianza porque creemos que es la voluntad del Señor y estamos seguros de que Él la cumplirá fielmente a través de nosotros. (3) La tercera «C» es Constancia. Un líder que posee convicción y confianza actúa con constancia. Un líder no debe vacilar ni mostrarse inestable o cambiante; no debe dar motivos a sus seguidores para decir que carece de constancia. Al reflexionar sobre por qué algunos líderes carecen de constancia y vacilan constantemente, considero que la razón es la falta de convicción y confianza. Me temo que demasiados líderes pasan por alto el valor o la importancia de la constancia. Deben trabajar con confianza y constancia en aquellas tareas de las que están convencidos que se alinean con la voluntad del Señor. Si un líder carece de constancia y vacila, sus seguidores inevitablemente se confundirán. Además, al reflexionar sobre los tres animales mencionados en el pasaje de hoy —Proverbios 30:30–31—, aprendemos sobre tres cualidades adicionales que se requieren en un líder:

(1) Un líder debe poseer un porte majestuoso y una fortaleza inquebrantable, tal como el león, descrito como el «más fuerte entre las bestias y que no retrocede ante nada» (v. 30) (Park Yun-sun).

Esto significa que un líder debe poseer una fortaleza que se niegue a retroceder, arraigada en la dignidad y la confianza. Un excelente ejemplo bíblico de esto es David, quien se presentó con valentía ante el general filisteo Goliat y le habló con coraje. Observemos 1 Samuel 17:45–47: «David dijo al filisteo: "Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina, pero yo vengo contra ti en el nombre del SEÑOR Todopoderoso, el Dios de los ejércitos de Israel, a quien tú has desafiado. En este día el SEÑOR te entregará en mis manos; te

derribaré y te cortaré la cabeza. Hoy mismo daré los cadáveres del ejército filisteo a las aves y a las fieras del campo, y todo el mundo sabrá que hay un Dios en Israel. Todos los aquí reunidos sabrán que el SEÑOR no salva con espada ni con lanza; porque la batalla es del SEÑOR, y él los entregará a todos ustedes en nuestras manos"».

(2) Un líder debe tomar la iniciativa y abrir camino con un claro sentido de propósito, tal como lo hace un perro de caza.

Como sabemos, el perro de caza ayuda al cazador adelantándose para rastrear a la presa. De igual manera, un líder debe tomar la iniciativa y guiar con un claro sentido de propósito. Cuando esto sucede, los seguidores pueden perseguir la misma meta junto al líder. Considero que el apóstol Pablo es un ejemplo perfecto de esto. Observemos Filipenses 3:13–14: «Hermanos, no considero haberlo alcanzado ya. Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y esforzándome por alcanzar lo que está delante, prosigo hacia la meta para ganar el premio al que Dios me ha llamado desde lo alto en Cristo Jesús».

(3) Un líder debe actuar como protector en la vanguardia, como un macho cabrío.

Para el pueblo de Israel, las historias que involucran ovejas y cabras resultan familiares e intrigantes a la vez; se dice que pastorear ovejas sin cabras es prácticamente imposible. Por ello, la práctica habitual consiste en criar una cabra por cada tres ovejas (1 Samuel 25:2). Existen dos razones principales para mezclar cabras con ovejas de esta manera:

(a) La primera razón es proteger los pastizales.

El desierto es un entorno árido con escasas precipitaciones, lo que significa que a menudo no hay suficiente hierba para que las ovejas pasten. Por tanto, es necesario preservar el pasto. Mientras que las cabras pastan delicadamente solo las hojas de las plantas maduras, las ovejas tienden a comer indiscriminadamente, consumiendo tanto los brotes tiernos

como las hojas maduras. Además, a diferencia de las cabras, que mordisquean las hojas con cuidado, las ovejas a menudo devoran el tallo entero. Sin embargo, cuando se mezcla un pequeño número de cabras en el rebaño, las ovejas tienden a seguir su ejemplo con docilidad. (b) La segunda razón es que el papel de la cabra resulta esencial al recorrer los senderos escarpados y el terreno rocoso y elevado del desierto.

El trayecto desde el desierto de Judea hasta los verdes pastizales no es un camino fácil ni sencillo; requiere trepar por grandes rocas y descender por pendientes empinadas y peligrosas, maniobras a menudo necesarias para llegar a las aguas tranquilas que se forman en los valles tras la lluvia. Dado que las ovejas son animales tímidos, la cabra actúa para ellas como «vanguardia» o «explorador». En este sentido, un líder también debe actuar como vanguardia para quienes le siguen. En otras palabras, un líder debe situarse al frente y guiar con valentía a sus seguidores. Además, el líder tiene la responsabilidad de protegerlos.

Necesitamos líderes sabios. La vida de un líder sabio se caracteriza por una presencia imponente que irradia dignidad y confianza, así como una fortaleza inquebrantable. Asimismo, el líder sabio toma la iniciativa para identificar problemas y se coloca en la vanguardia, actuando como protector. Oremos por nuestros líderes para que lleguen a ser líderes de esta clase.

Por último, el quinto punto es que la vida más sabia es aquella que sabe cuándo refrenar la lengua y cuándo detenerse.

Para edificarnos mutuamente —ya sea en el hogar o en la iglesia— debemos practicar la paciencia (1 Tesalonicenses 5:11, 13). Debemos ser pacientes y, en particular, capaces de contener nuestra ira cuando esta se enciende contra los demás. La persona sabia refrena su ira, mientras que el necio le da rienda suelta (Proverbios 29:11). Dar rienda suelta a la ira conduce inevitablemente a contiendas (versículo 22). Por tanto, cuando la ira surge en nuestros corazones, primero debemos refrenar la lengua. La razón es que, si no lo hacemos,

podríamos arremeter contra otros con palabras duras en un arrebato de ira (15:1). En consecuencia, quien recibe tales palabras duras no solo resulta herido, sino que también puede enfadarse y responder con dureza. Esto conduce inevitablemente a una escalada del conflicto. En Job 21:5, Job dice a los amigos que habían venido a consolarlo: «Mírenme y queden atónitos; pónganse la mano sobre la boca». Job les pidió que se asombraran y se cubrieran la boca porque, aunque habían acudido a consolarlo en su sufrimiento, no le ofrecieron verdadero alivio; al contrario, se burlaron de él (v. 3), lo que llevó a Job a calificarlos de «consoladores molestos» (16:2). Observemos Job 16:2: «... ¡No han venido a consolarme, sino más bien a atormentarme!» (Versión Coreana Contemporánea). Job, que ya sufría dolor, no halló consuelo en sus amigos —sino que experimentó mayor angustia—, razón por la cual les pidió que se cubrieran la boca. Sin embargo, ese mismo Job que pidió a sus amigos que se cubrieran la boca, termina cubriéndose la suya propia con la mano en Job 40:4. Esto sucedió porque Dios le preguntó: «¿Seguirás contendiendo con el Todopoderoso? Tú que reprendes a Dios, respóndeme ahora» (v. 2, Versión Coreana Contemporánea). En respuesta, Job dijo: «¿Qué puede responderte una persona humilde como yo? Simplemente me cubriré la boca con la mano» (v. 4, Versión Coreana Contemporánea). Al reflexionar sobre cómo Job se cubrió la boca ante Dios, recuerdo las palabras de Eclesiastés 5:2: «No te apresures con tu boca, ni deje tu corazón pronunciar algo precipitadamente ante Dios. Porque Dios está en el cielo y tú en la tierra; por tanto, que tus palabras sean pocas». De acuerdo con este versículo, no debemos hablar precipitada ni apresuradamente ante Dios.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 30:32–33: «Si has actuado neciamente exaltándote a ti mismo o has tramado el mal, entonces pon tu mano sobre tu boca. Porque así como batir la leche produce mantequilla y retorcer la nariz provoca sangre, así también avivar la ira produce contiendas». ¿Por qué nos dice la Biblia que «pongamos la mano sobre la boca»? Porque somos necios. En otras palabras, la Biblia nos instruye a cubrirnos la boca con las manos cuando actuamos con necedad. Señala dos formas específicas en las que manifestamos tal necedad: primero, exaltándonos a nosotros mismos o actuando como si

fuéramos superiores; y segundo, tramando o planeando el mal (versículo 32). Así, la Biblia nos dice que nos cubramos la boca si nos hemos exaltado neciamente o hemos actuado con arrogancia. También nos dice que nos cubramos la boca si hemos planeado o tramado el mal neciamente. En resumen, la instrucción de «poner la mano sobre la boca» significa dejar de hacerlo (*The Nelson Study Bible*). Dicho de otro modo, la Biblia nos indica que, si nos hemos exaltado neciamente o hemos tramado planes malvados, debemos poner fin a ello.

Cuando nos sintamos tentados a exaltarnos a nosotros mismos, debemos cubrirnos la boca con las manos. La razón es que, si no lo hacemos, palabras arrogantes brotarán de nuestros labios; y si hablamos con arrogancia, buscaremos la gloria para nosotros mismos en lugar de para Dios. Además, si hemos ideado un plan malvado, debemos detenerlo; de lo contrario, inevitablemente llevaremos a cabo esa mala acción y pecaremos contra Dios. No debemos exaltarnos a nosotros mismos, ni actuar como si fuéramos superiores a los demás. Si actuamos así dentro de la iglesia, nuestra arrogancia puede romper la unidad y provocar contiendas y discordia. Un claro ejemplo de esto es la "iglesia en el desierto" (Hechos 7:38). Aunque Moisés y Aarón eran los líderes de aquella congregación del desierto, un grupo —encabezado por Coré (un levita) y por Datán, Abiram y On (descendientes de Rubén)— formó una facción (Números 16:1). Reunieron a 250 líderes destacados de la asamblea de Israel y se alzaron contra Moisés y Aarón (versículo 2). Desafiaron a los líderes diciendo: "¡Ya basta! … Toda la congregación es santa, todos ellos, y el Señor está en medio de ellos. ¿Por qué, entonces, se ponen ustedes por encima de la asamblea del Señor?" (versículo 3). Al oír esto, Moisés primero se postró rostro en tierra y oró a Dios (versículo 4). Luego reprendió a Coré y a todo su grupo, diciendo: "¡Ustedes, levitas, han ido demasiado lejos!" (versículo 7). Sabemos que habían ido demasiado lejos porque habían tratado la gracia de Dios como algo trivial. Menospreciaron el precioso ministerio para el cual Dios los había apartado: servir al pueblo de Israel en el tabernáculo de Dios (v. 9). En consecuencia, codiciaron el sacerdocio, al igual que Aarón. Debido a que subestimaron y restaron importancia al papel que Dios les había asignado, albergaron pensamientos que iban más allá de su posición adecuada —una

arrogancia que los llevaba a exaltarse a sí mismos—, lo que los condujo a hablar y actuar con presunción hacia Moisés y Aarón. La razón por la que actuaron así fue la vanidad de sus corazones; se opusieron a Moisés y Aarón, los líderes de la congregación del desierto, porque buscaban la gloria vana. Las Escrituras nos dicen que, al hacerlo, no solo se opusieron a Moisés y a Aarón, sino también a Dios, quien había puesto a ambos al frente de la congregación en el desierto (v. 11). Del mismo modo, si albergamos vanidad en nuestros corazones, podemos llegar a pensar más allá de lo debido e intentar exaltarnos a nosotros mismos. Si actuamos como si fuéramos superiores dentro de la iglesia, es muy probable que nuestras palabras y acciones presuntuosas provoquen ira en otros hermanos y hermanas, dando lugar a conflictos (Prov. 30:33). En última instancia, al actuar con aires de superioridad dentro de la iglesia, perturbamos su armonía y unidad. Por tanto, no debemos actuar insensatamente comportándonos como superiores ni jactándonos.

Además, no debemos idear planes malvados; en otras palabras, no debemos planear hacer el mal (v. 32). Podríamos preguntarnos: «¿Acaso *nosotros* planearíamos realmente algo malo?». Sin embargo, si consideramos que incluso David —un hombre conforme al corazón de Dios— cometió actos que fueron malos a los ojos de Dios, ¿no corremos nosotros un riesgo aún mayor de hacer lo mismo? ¿Por qué cometió David un acto que fue malo a los ojos de Dios? La Biblia ordena claramente: «No tomes a la esposa de otro hombre» (1 Tesalonicenses 4:6); no obstante, el rey David tomó a Betsabé, la esposa de Urías (2 Samuel 11:27). Lo hizo tras planear y ejecutar deliberadamente la muerte de Urías, un soldado leal y esposo de Betsabé (versículos 14–26). ¿Por qué cometió David un acto tan malo a los ojos de Dios? (versículo 27) (1) Parece que bajó la guardia y se confió después de que Dios le concediera la victoria en batalla dondequiera que iba (8:6, 14). En consecuencia, cuando llegó el momento de iniciar la campaña militar, envió al ejército de Israel y a Joab a la guerra mientras él permanecía en el palacio real de Jerusalén (11:1, 2). (2) Vio a Betsabé bañándose (versículo 2). Ella le pareció sumamente hermosa (versículo 2). Había contemplado algo que no debía haber visto. (3) Envió a alguien a indagar sobre Betsabé (versículo 3) y supo que era la esposa de Urías, una mujer casada (versículo 3). (4) Envió mensajeros para que le trajeran

a Betsabé y se acostó con ella (versículo 4). (5) Descubrió que Betsabé estaba embarazada (versículo 5). (6) Luego intentó en dos ocasiones enviar a Urías, el esposo de Betsabé, a su casa (versículos 8, 12-13). Al parecer, su intención era engañar a todos haciéndoles creer que el niño era de Urías y no suyo, logrando que Urías durmiera con su esposa después de que ella hubiera concebido de David. (7) Cuando Urías se negó a ir a casa tal como David había planeado, David conspiró con Joab para que lo mataran en la batalla (vv. 14-26). (8) Más tarde, una vez concluido el funeral de Urías, David mandó llamar a Betsabé, la llevó al palacio y la hizo su esposa (v. 27). La Biblia afirma que este acto de David fue malo ante los ojos de Dios (v. 27).

Debemos saber cuándo guardar silencio. Especialmente necesitamos refrenar nuestras palabras cuando la insensatez habita en nuestros corazones. No debemos permitir que la insensatez nos lleve a actuar con arrogancia o a pretender ser superiores. Además, no debemos idear ni planear acciones malvadas. En particular, debemos evitar provocar la ira de los demás. Si no dejamos de provocar la ira ajena, el conflicto es inevitable. Por tanto, debemos saber cuándo contener la lengua y cuándo detenernos.

Quisiera concluir esta meditación. En este mundo duro y pecaminoso, necesitamos desesperadamente la sabiduría de Dios para ser astutos como serpientes e inocentes como palomas (Mateo 10:16). A través del pasaje de hoy en Proverbios 30:18-33, hemos meditado sobre cinco aspectos de la vida más sabia: (1) La vida más sabia es aquella que deja de lado la hipocresía. (2) La vida más sabia es aquella que se vive de manera ordenada. (3) La vida más sabia es aquella que es diligente como la hormiga; que prevé el peligro y asegura una morada segura como el damán; ...actúa en unidad como la langosta y se mueve con la agilidad y la astucia del lagarto. (4) La vida más sabia es aquella que posee un porte majestuoso y una fortaleza inquebrantable, toma la iniciativa para identificar problemas y lidera actuando como protector en la vanguardia. (5) La vida más sabia es aquella en la que sabemos cuándo guardar silencio y cuándo detenernos. Ruego que todos vivamos una vida tan sabia.

Tres lecciones que una madre enseñó a su hijo

[Proverbios 31:1–9]

¿Qué lecciones valiosas, impartidas por su madre, han quedado profundamente grabadas en su corazón? Un famoso jugador de baloncesto estadounidense muy conocido por nosotros es Stephen Curry, de los Golden State Warriors. Durante el tercer partido de los *playoffs* de la NBA de 2018 contra los Houston Rockets, gritó una fuerte palabrota que empezaba con la letra "F" en el fragor del juego. Al verlo por televisión, su madre lo llamó más tarde para reprenderlo. Para ayudarle a comprender su error, su madre, Sonya, le mostró repetidamente dos videos. En una entrevista con ESPN, Stephen Curry dijo: "Ella me dijo que fuera a 'lavarme la boca con jabón' y me explicó cómo podía limpiar mis labios. Ya me había dicho cosas así antes... Mamá tenía razón. Lo haré mejor en el futuro y no volveré a hablar de esa manera" (Internet). Personalmente, tras leer un artículo sobre el difunto Koo Bon-moo —expresidente de LG, fallecido en mayo de 2018—, me llamó la atención la gran influencia que su madre ejerció sobre él. El titular del artículo decía: "Fundaciones Insang y Sangnok de LG... Honró durante toda su vida el deseo de su madre de 'vivir una vida dedicada a dar'". El artículo incluía el siguiente pasaje: "El difunto dedicó su vida a poner en práctica los deseos de su madre, Ha Jeong-im, de 'vivir una vida dedicada a dar a los demás'. Convencido de que 'una entidad no puede perdurar sin la confianza del público y de la sociedad', volcó su pasión y sus recursos en actividades de contribución social, ejerciendo como presidente y director ejecutivo de fundaciones de interés público en los ámbitos del bienestar, la cultura y la educación, tales como la Fundación de Bienestar LG, la Fundación Cultural LG Yonam y la Academia LG Yonam" (Internet).

En el pasaje de hoy, Proverbios 31:1–9, encontramos lecciones importantes impartidas por una madre a su hijo, el rey Lemuel; un hijo nacido en cumplimiento de un voto (versículos 1–2). Quisiera reflexionar sobre tres lecciones clave de este pasaje y considerar qué significan para nosotros (versículos 3–9). En primer lugar, la madre amonestó a su hijo diciendo: «No malgastes tu energía vital en las mujeres».

Observemos Proverbios 31:3 en el texto de hoy: «No gastes tus fuerzas en las mujeres, ni hagas aquello que destruye a los reyes» [(Versión Coreana Contemporánea) «No malgastes tu energía vital en las mujeres. Los reyes se arruinan por ello»]. ¿Sabe usted qué es realmente la «energía vital» (*jeong-ryeok*)? Una vez leí un artículo en línea titulado «Hombres, manténganse erguidos (Fortalecimiento de la vitalidad en la vida cotidiana)». El urólogo que lo escribió comentó que tal vez no haya otro pueblo tan obsesionado con la energía vital como los coreanos; señaló que, si bien los coreanos la valoran profundamente —consumiendo de todo, desde carne de perro, terciopelo de asta de ciervo, serpientes y tortugas de caparazón blando hasta sangre de ciervo, bilis de oso y genitales de foca si se les dice que aumenta la vitalidad—, sorprendentemente pocos entienden realmente qué es la energía vital. Según ese urólogo, la energía vital puede resumirse en una palabra: «sangre». «El pene masculino contiene tres cuerpos blandos y esponjosos llenos de cavidades, muy parecidos a una esponja de cocina o a un estropajo. Cuando la estimulación sexual hace que el sistema nervioso central emita una "orden de erección", estos cuerpos esponjosos se hinchan, absorbiendo siete veces la cantidad habitual de sangre. En ese momento, las venas del pene son comprimidas por los cuerpos esponjosos expandidos, atrapando la sangre en su interior para que no pueda salir. La realidad detrás de esa expansión rígida —comúnmente denominada "virilidad" o "vigor sexual"— es simplemente sangre» (Internet). Esta palabra para «virilidad» aparece en Números 11:6 (Versión Coreana Revisada): «Pero ahora nuestra virilidad ha desaparecido, y no hay nada que ver excepto este maná». Al observar el contexto de este pasaje, vemos que familias enteras de israelitas lloraban en sus respectivas tiendas durante el Éxodo (versículo 4). La razón era que habían adoptado la codicia de la multitud mixta que vivía entre ellos (versículo 4). En consecuencia, «los hijos

de Israel también lloraron de nuevo y dijeron: "¿Quién nos dará carne para comer?"» (versículo 4), anhelando los días en Egipto cuando comían «pescado, pepinos, melones, puerros, cebollas y ajos» gratis (versículo 5). Además, en lugar de contentarse con el maná que Dios proveía en el desierto, los israelitas lloraron y se quejaron, alegando que su virilidad se estaba consumiendo porque no comían más que maná (versículo 6). Esto reflejaba el resentimiento de los israelitas hacia la provisión de Dios. Al albergar codicia, no dieron gracias a Dios; por el contrario, lo culparon, afirmando que su virilidad había disminuido por falta de carne, todo ello mientras añoraban los alimentos de Egipto. Finalmente, se quejaron ante Dios diciendo: «Nos divertíamos cuando estábamos en Egipto» (versículo 18); o, en otras palabras, que allí habían vivido y comido mejor.

En Proverbios 31:3 (Versión Coreana Contemporánea), la madre del rey Lemuel amonestó a su hijo: «No malgastes tu virilidad con mujeres; los reyes se arruinan por ello». De hecho, la palabra hebrea traducida como «fuerza» en la Versión Coreana Revisada se refiere en realidad al vigor sexual del hombre (DBL Hebrew). La razón por la que la madre del rey Lemuel le advirtió que no desperdiciara su virilidad con mujeres era que los reyes encuentran su ruina a causa de ello (versículo 3, Versión Coreana Contemporánea). Un ejemplo destacado de esto es el famoso rey Salomón. Según 1 Reyes 11:1-4, el rey Salomón amó a muchas mujeres extranjeras además de a la hija del faraón, rey de Egipto (versículo 1). Las amó a pesar de la advertencia previa de Dios al pueblo de Israel respecto a estas naciones extranjeras: «No se unan en matrimonio con ellas; de lo contrario, apartarán sus corazones para servir a ídolos» (versículo 2, Versión Coreana Contemporánea). El rey Salomón tomó 700 esposas y 300 concubinas y, como resultado, ellas apartaron su corazón de Dios (versículo 3, Versión Coreana Contemporánea). Con el tiempo, ya en su vejez, estas mujeres desviaron su corazón para seguir —y servir— a dioses extranjeros (versículo 4). Finalmente, debido a estas mujeres extranjeras, el rey Salomón cayó en la idolatría e hizo lo malo ante los ojos de Dios (versículo 6). Aunque Dios se apareció dos veces al rey Salomón y le advirtió que no sirviera a dioses extranjeros, Salomón no obedeció la palabra de Dios (versículo 9, *Biblia Coreana Contemporánea*). Al respecto, Dios ya había hablado a los

israelitas a través de Moisés durante el Éxodo —tal como se registra en Deuteronomio 17:17—, instruyendo que un rey «no deberá tomar muchas esposas, para que su corazón no se desvíe, ni acumular grandes cantidades de plata y oro». El pasaje estipulaba que, cuando los israelitas entraran y se establecieran en la tierra de Canaán, si decidían nombrar un rey como las naciones vecinas (versículo 14), debían elegir a alguien seleccionado por Dios —específicamente, un israelita (versículo 15)—; asimismo, se ordenaba a dicho rey no acumular en exceso tres cosas: caballos (versículo 16), esposas, y plata y oro (versículo 17). Sin embargo, el rey Salomón transgredió este mandato divino y acumuló abundancia de las tres cosas. En consecuencia, pecó contra Dios. Al reflexionar sobre cómo la desobediencia de Salomón —en particular el hecho de tomar muchas esposas y volcar su pasión en ellas— lo condujo al grave pecado de la idolatría, recuerdo la historia de su padre, David, quien se acostó con Betsabé, la esposa de su leal soldado Urías. David no debió haber malgastado su vigor con mujeres (Proverbios 31:3); no obstante, más allá de sus propias esposas, entregó su pasión a Betsabé. Tras cometer adulterio, intentó ocultarlo y terminó cometiendo un mal aún mayor al ordenar la muerte de Urías, el esposo de Betsabé (2 Samuel 11). Una de las consecuencias fue que se desencadenó una tragedia en la casa de David: su hijo Amnón violó a su media hermana Tamar, y Absalón, hermano de Tamar, mató a Amnón (capítulo 13).

Cuando reyes como David o su hijo Salomón malgastan su vigor con mujeres (Proverbios 31:3), inevitablemente pierden su honor y dignidad ante los demás, tal como advierte Proverbios 5:9. La Biblia enseña que, cuando nos negamos a atender la palabra de Dios y nos acercamos a la puerta de la casa de una mujer adúltera, la primera consecuencia trágica es la pérdida de nuestro honor. Aquí, el término «honor» puede interpretarse tanto como «fuerza o vigor» como «reputación y dignidad». Ambas interpretaciones son válidas. Si bien es cierto que sucumbir a la seducción de una adúltera —tras no haber evitado acercarse a su puerta— nos hace perder nuestra fuerza física y vitalidad, la pérdida mayor es la de nuestro honor y gloria. El pasaje de hoy, Proverbios 31:3, declara que, para los reyes, malgastar su vigor con mujeres conduce a su propia ruina. El Dr. Park Yun-sun observó:

«Quien es seducido por mujeres es, en realidad, seducido por su propia lujuria. ¿Cómo puede un hombre débil, esclavizado por la lujuria, gobernar una nación? Si un gobernante se convierte en esclavo de la lujuria, sus funcionarios y su pueblo seguirán su ejemplo. En tal estado, la nación se llena de personas que actúan como bestias inmundas y, finalmente, encuentra su destrucción» (Park Yun-sun). Esto trae a la mente a Sodoma y Gomorra, del libro del Génesis. ¿Por qué fueron esas ciudades juzgadas y destruidas por Dios? La razón fue la depravación sexual. «Existe una palabra en inglés, *sodomy* (sodomía), utilizada para describir actos sexuales anormales como el bestialismo o la homosexualidad. Sodoma era un lugar tan sexualmente depravado que dio origen a esta misma palabra» (Internet). Más allá de Sodoma y Gomorra, también viene a la mente el Imperio romano. Edward Gibbon, autor de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, cita la desintegración de la unidad familiar debido a la inmoralidad sexual como una de las causas del colapso de Roma. La inmoralidad sexual estaba desenfrenada en las termas romanas —hasta tal punto que se dice que Roma cayó a causa de ellas—; había alrededor de 900 termas en la ciudad, y el complejo construido por el emperador Diocleciano podía albergar a 3000 bañistas simultáneamente. Debemos tener muchísimo cuidado con la inmoralidad sexual. Dado que todo en este mundo pecaminoso consiste en los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida (1 Juan 2:16), debemos protegernos de los deseos de los ojos y de los deseos de la carne. Debemos revestirnos del Señor Jesucristo y no proveer para los deseos de la carne a fin de satisfacer sus apetitos (Romanos 13:14). La Biblia nos dice: «Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos» (Gálatas 5:24). Por lo tanto, en lugar de perseguir deseos pasajeros, debemos ser personas que hacen la voluntad de Dios (1 Juan 2:17). De ahora en adelante, debemos vivir el resto de nuestra vida no para nuestras propias pasiones —nuestros deseos humanos—, sino para la voluntad de Dios (1 Pedro 4:2).

En segundo lugar, la madre amonestó a su hijo: «No te embriagues con vino».

¿Por qué cree que la gente bebe hasta llegar a la embriaguez? Una vez leí lo siguiente en un artículo en línea: «Una copa es para la salud; un ligero efecto estimulante produce placer; la embriaguez conduce a conductas imprudentes; y la borrachera extrema lleva a la locura». Una de las razones por las que la gente bebe alcohol es que les hace sentir bien. ¿Por qué el consumo de alcohol mejora el estado de ánimo? Porque, al principio, ingerir una pequeña cantidad estimula los sistemas nerviosos central y periférico, favorece la secreción de ácido gástrico y desencadena la liberación del neurotransmisor dopamina; todo ello genera una sensación placentera. Sin embargo, el consumo excesivo, prolongado o abusivo de alcohol acelera, lamentablemente, la destrucción de las células cerebrales e inhibe la función cerebral. Si bien es normal que mueran naturalmente unas 100.000 células cerebrales cada día, el consumo excesivo de alcohol provoca la muerte de un número aún mayor de ellas. El rendimiento académico, la memoria y las capacidades cognitivas disminuyen, y se dice que el grado de este deterioro es directamente proporcional a la concentración de alcohol en el organismo. Beber en exceso puede provocar la incapacidad de recordar lo que se dijo o hizo durante la embriaguez, un fenómeno conocido comúnmente como «laguna mental» o *blackout*.

Al analizar si es aceptable que los cristianos beban alcohol, el factor decisivo es lo que dice la Biblia al respecto. Un teólogo abordó esta cuestión demostrando que la Biblia ordena explícitamente a los creyentes no embriagarse, definiendo así la embriaguez como un pecado grave y prohibiéndola. Distinguió entre la embriaguez y el acto de beber en sí, señalando que Jesús y sus discípulos efectivamente consumían vino, siempre y cuando no llegaran a embriagarse. Además, clasificó el acto de beber bajo el concepto de *adiáfora* —tal como se trata en Romanos 14 y 1 Corintios 8—, refiriéndose a asuntos de indiferencia o libertad personal sobre los cuales no existe una norma única y obligatoria. En conclusión, este teólogo sostiene que, dado que se reconoce que el alcohol y el tabaco son perjudiciales tanto para el cuerpo como para la familia, la aplicación de los principios de amor y edificación —principios de tolerancia establecidos fundamentalmente en beneficio de los

débiles en la fe— conduce a la conclusión de que abstenerse del alcohol y el tabaco es la conducta adecuada (Internet).

Anteriormente hemos meditado en la Palabra de Dios basándonos en Proverbios 20:1, bajo el título: "No revelemos nuestra propia insensatez a través del alcohol". Por favor, observemos Proverbios 20:1: "El vino es escarnecedor y la cerveza alborotadora; quien se deja extraviar por ellos no es sabio". Además del "vino" aquí mencionado, la "bebida fuerte" se refiere a una bebida alcohólica elaborada a partir de cebada, dátiles o granadas, que provocaba embriaguez en quienes la consumían (Isaías 28:7). En consecuencia, la Biblia prohibía su consumo a los sacerdotes (Levítico 10:9), a los nazareos (Números 6:1-3) y a otras personas (Isaías 5:11) (Walvoord). A modo de ejemplo, Isaías 28:7 afirma: "Y también estos se tambalean por el vino y vacilan por la bebida fuerte: sacerdotes y profetas se tambalean por la bebida fuerte y están aturdidos por el vino; vacilan por la bebida fuerte, yerran en la visión, tropiezan en el juicio". ¿Puede visualizar esto? ¿Puede imaginar a los siervos de Dios —sacerdotes y profetas— tambaleándose por el vino y la bebida fuerte, malinterpretando visiones y cometiendo errores de juicio? ¿Qué pensaría si los pastores predicaran estando ebrios durante un culto dominical? Por eso Dios habló a Aarón en Levítico 10:9, diciendo: "No bebas vino ni otra bebida fermentada —ni tú ni tus hijos— cuando entres en la Tienda de Reunión, o morirás. Esta es una norma perpetua para las generaciones venideras". Proverbios 20:1 nos enseña sobre dos efectos nocivos que el vino y la bebida fuerte tienen en nosotros: nos vuelven arrogantes y nos incitan a la riña. En resumen, el impacto negativo del vino y la bebida fuerte es que nos extravían; concretamente, nos conducen por un camino de insensatez. Este camino insensato no solo provoca que reaccionemos con ira inmediata (Prov. 12:16) y provoquemos contiendas (20:3), sino que también nos lleva a tomar el pecado a la ligera (14:9). En última instancia, el vino y la bebida fuerte dejan al descubierto nuestra propia insensatez. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 31:4: «No es propio de los reyes, oh Lemuel, no es propio de los reyes beber vino, ni de los gobernantes desear bebidas fuertes» [(Versión coreana contemporánea) «Lemuel, un rey no debe beber vino, y un gobernante no debe buscar bebidas fuertes»]. ¿Por

qué la madre del rey Lemuel dio este consejo a su hijo? ¿Cuál fue la razón? Veamos Proverbios 31:5: «No sea que beban y olviden lo decretado, y perviertan los derechos de todos los afligidos» [(Versión coreana contemporánea) «Si un rey bebe, corre el riesgo de olvidar la ley y atropellar los derechos de quienes sufren»]. La razón por la que la madre del rey Lemuel exhortó a su hijo a no beber vino ni bebidas fuertes fue que, si un rey se embriaga, podría olvidar la ley y emitir fácilmente juicios injustos contra los necesitados (versículo 5; Park Yun-sun). Más concretamente, la embriaguez nubla el razonamiento y el juicio del rey, lo que puede llevarle a fallar en la defensa de la justicia para el acusado o a que su mente se distorsione. La embriaguez es inapropiada para un gobernante, quien requiere una mente clara y firme, así como un juicio agudo (MacArthur). Por ello, la madre del rey Lemuel dijo a su hijo: «No es propio de los reyes, oh Lemuel, no es propio de los reyes beber vino, ni de los gobernantes desear bebidas fuertes» (v. 4), y luego añadió: «Dad bebida fuerte al que perece, y vino a los que están en amarga aflicción» (v. 6). ¿Por qué dijo que se debía dar bebida fuerte o vino a quienes perecen o sufren aflicción? Veamos el texto de hoy, Proverbios 31:7: «Que beba y olvide su pobreza, y no recuerde más su miseria» [(Versión coreana contemporánea) «Entonces la beberán y olvidarán su pobreza y sufrimiento»]. La razón es que, para quienes enfrentan la muerte o una profunda tristeza, la bebida fuerte y el vino actúan como un antidepresivo, ayudándoles a olvidar sus necesidades y su dolor (Believer's Bible Commentary).

Hay momentos en los que deseamos olvidar nuestro propio dolor o pobreza. Sin embargo, no debemos olvidar los mandamientos de Dios (Su Palabra). Por muy grave que sea nuestro sufrimiento o nuestra pobreza, no debemos emborracharnos. La razón es que Romanos 13:13 describe la embriaguez como una obra de las tinieblas. Además, como se afirma en 1 Pedro 4:3, no debemos emborracharnos porque la embriaguez implica vivir conforme a los deseos humanos en lugar de la voluntad de Dios. Otra razón por la que no debemos emborracharnos es que, como advierte Lucas 21:34, la embriaguez puede embotar nuestros corazones y nuestras mentes. Y como confesó el rey Salomón —el Predicador— en Eclesiastés 2:3, el alcohol… Es insensato buscar el placer mediante la embriaguez; por

tanto, no debemos emborracharnos. En lugar de recurrir al alcohol cuando estamos angustiados, debemos llenarnos de la Palabra de Dios. Debemos acercarnos a la Palabra de Dios y guardarla en nuestra mente (Proverbios 31:5). Cuando nuestros corazones están llenos de preocupación, Dios nos llama a Su Palabra (Isaías 54:6). Su Palabra nos dice: «No se angustien. Confíen en Dios y confíen también en mí» (Juan 14:1). Así pues, en momentos de preocupación, debemos confiar en Dios y depositar todas nuestras cargas en Él, sabiendo que Él cuida de nosotros conforme a Su Palabra (1 Pedro 5:7). Cuando hacemos esto, Dios consuela nuestros corazones atribulados y trae alegría a nuestras almas (Salmo 94:19).

En tercer lugar, la madre exhortó a su hijo a cuidar de los necesitados.

¿Recuerda las noticias sobre las acusaciones de que la Administración Nacional de Tribunales —un organismo dependiente de la Corte Suprema de Corea responsable de la administración judicial— intentó participar en «negociaciones judiciales» con la Casa Azul en relación con la legislación para un tribunal de apelación? Me gustaría compartir un comentario realizado por un juez presidente llamado Choi, tal como se recogió en un artículo en línea de la época: al referirse a la «negociación judicial» revelada en los documentos de la administración, señaló: «Al tratar los juicios como objeto de acuerdos o negociaciones políticas, la Administración Judicial Nacional socavó la razón misma de ser del poder judicial; anuló la expectativa de la ciudadanía —la verdadera soberana— de disfrutar de juicios justos y el valor constitucional de la independencia judicial, lo que condujo a un desenlace desastroso». Al ver esa noticia, me pregunté cómo era posible que tal negociación judicial ocurriera en el seno del Tribunal Supremo —una institución encabezada por el Presidente del Tribunal—, suponiendo que las acusaciones fueran ciertas. Esto planteó una interrogante a los ciudadanos coreanos: ¿quién podría confiar en el Tribunal Supremo? Si el máximo tribunal de un país participara en el mercadeo de resoluciones judiciales, ¿cómo se sentirían los ciudadanos perjudicados por tales manejos? ¿Acaso no experimentarían un profundo sentimiento de injusticia? Qué angustioso debe

resultar para quienes carecen de poder sufrir a manos de quienes ostentan la autoridad. Lo que los ciudadanos de este país esperan del poder judicial es un juicio justo; ciertamente, nadie desea un juicio injusto.

En el libro de Amós, del Antiguo Testamento, vemos que incluso en tiempos del profeta Amós, los jueces aceptaban sobornos y maltrataban u oprimían a los pobres, haciéndoles sufrir injusticias (Amós 5:12). En última instancia, aceptar un soborno conduce a la parcialidad (2 Crónicas 19:7) e inevitablemente distorsiona el curso de la justicia (Proverbios 17:23). 1 Samuel 8 relata cómo los ancianos de Israel acudieron a Samuel y le pidieron que nombrara un rey para que gobernara sobre ellos, tal como lo hacían otras naciones (versículos 4-5). La razón de esta petición era que, aunque Samuel había nombrado a sus dos hijos, Joel y Abías, como jueces para sucederle en su vejez (versículos 1-2), ellos no siguieron el ejemplo de su padre (versículo 5). Samuel había servido como líder de Israel desde su juventud hasta que sus cabellos se tornaron canos sin aceptar jamás un soborno, un hecho que el propio pueblo de Israel reconoció (12:1-4). En cambio, sus hijos Joel y Abías eran codiciosos, aceptaban sobornos y no administraban justicia con equidad (8:3); por consiguiente, los ancianos de Israel pidieron a Samuel que nombrara un rey para que gobernara sobre ellos, al igual que las otras naciones (versículo 5).

En el Nuevo Testamento, Hechos 16 registra cómo los magistrados ordenaron que Pablo y Silas fueran despojados de sus ropas y golpeados severamente, tras lo cual fueron encarcelados (versículos 22-23). En aquella época, los ciudadanos romanos tenían derecho a procedimientos legales justos y adecuados, a diferencia de quienes no lo eran; sin embargo, a pesar de ser ciudadanos romanos, Pablo y Silas fueron golpeados brutalmente y encarcelados sin recibir el debido proceso legal (Yoo Sang-seop). Al observar la ausencia de juicios justos —desde la época del Antiguo Testamento, pasando por el Nuevo Testamento y hasta el día de hoy—, parece que muchas personas siguen sufriendo injustamente debido a procedimientos legales inicuos. Por eso Dios nos instruye en Deuteronomio 24:17: «No niegues la justicia a los extranjeros y a los huérfanos, ni tomes

como prenda el manto de una viuda» (Versión Coreana Contemporánea). Además, Dios nos dice en Santiago 1:27: «La religión pura y genuina ante los ojos de Dios Padre consiste en cuidar a los huérfanos y a las viudas en su aflicción y en mantenerse libre de la contaminación del mundo» (Versión Coreana Contemporánea).

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 31:8–9: «Alza la voz por aquellos que no pueden hablar por sí mismos y por los derechos de todos los desvalidos. Abre tu boca, juzga con rectitud y defiende la causa de los afligidos y necesitados» [(Versión Coreana Contemporánea) «Alza la voz por quienes no pueden hablar por sí mismos, defiende la verdad para los desafortunados, abre tu boca para asegurar un juicio justo y resuelve las quejas de los pobres y los que sufren»]. La madre del rey Lemuel no quería que su hijo bebiera vino o bebidas fuertes, se embriagara, olvidara la ley y, en consecuencia, emitiera juicios injustos contra los necesitados (versículo 5). Por el contrario, deseaba que el rey Lemuel administrara justicia equitativa a los necesitados, especialmente a los pobres, a los desvalidos y a quienes sufren. Quería que él hablara en su favor, defendiera su causa y resolviera sus agravios. En resumen, quería que su hijo se preocupara por los desafortunados.

Consideremos Proverbios 14:21 y 31 (de la *Versión Coreana Contemporánea*): «Quien desprecia a su prójimo peca, pero bienaventurado es quien se compadece del pobre... Quien oprime al pobre muestra desprecio por su Creador, pero quien honra a Dios tiene misericordia del necesitado». La Biblia declara que aquellos que tienen compasión de los pobres son bienaventurados y son personas que (verdaderamente) honran a Dios. La madre del rey Lemuel quería que su hijo fuera una persona así: alguien que honrara a Dios y fuera bienaventurado. Por eso instó al rey Lemuel a alzar la voz por los que no tienen voz (los mudos), los solitarios, los afligidos y los desvalidos; a juzgar con rectitud y a defender su causa. En resumen, exhortó al rey Lemuel a tener compasión de los pobres.
¿Cómo debemos, entonces, mostrar compasión hacia los pobres? Uno de mis compañeros de universidad trabaja como abogado y también colabora como voluntario en una

organización llamada Justice Ventures International. Recuerdo que en una ocasión se tomó un tiempo libre en el trabajo durante el verano para viajar a la India con el grupo; La labor que él y su equipo realizan allí consiste en defender y ayudar a personas pobres y vulnerables para que puedan acceder a procesos judiciales justos. La visión de la organización es la siguiente: «Nuestra visión es ver comunidades injustas transformadas en comunidades regidas por el estándar de amor de Dios, donde los derechos humanos y la dignidad sean respetados por todos». En consecuencia, los voluntarios y el personal colaboran con organizaciones locales y agentes a nivel mundial —no solo en la India, sino en todo el planeta— para llevar libertad, justicia y restauración a hombres, mujeres y niños víctimas de la trata de personas y de otras formas de injusticia extrema. Hace poco recibí un boletín de la organización titulado «Cuatro niñas rescatadas de la esclavitud doméstica». Por supuesto, aunque mi antiguo compañero de estudios sirve impulsado por la compasión hacia los pobres y vulnerables, todos estamos llamados a cuidar y ayudar a estas personas a nuestra manera, siguiendo la guía del Señor. La madre del rey Lemuel deseaba que su hijo garantizara una justicia equitativa para los desdichados: aquellos que eran pobres, carecían de poder y sufrían. Ella anhelaba un rey —específicamente el rey Lemuel— que administrara justicia justa, defendiera a la gente, abogara por la verdad y resolviera sus agravios. Respecto a un rey así, el salmista escribió en el Salmo 72:4 y 12-14: «Él defenderá a los afligidos del pueblo y salvará a los hijos de los necesitados; aplastará al opresor... Porque él librará al necesitado que clama, al afligido que no tiene quien le ayude. Se compadecerá del débil y del necesitado, y salvará la vida de los necesitados. Los rescatará de la opresión y de la violencia, pues preciosa es su sangre ante sus ojos». Si tal rey gobernara la nación, ¿acaso no habría esperanza para los pobres y necesitados? ¡Qué fuente de esperanza, consuelo y fortaleza sería para ellos saber que su rey reconoce sus agravios, su opresión y su sufrimiento, y que se compadece de ellos y los libra (salva) de todo ello! La madre del rey Lemuel quería que su hijo fuera precisamente esa clase de rey. Al ver su deseo de que su hijo cuidara de los desdichados, nosotros también deberíamos comprometernos a cuidar de los necesitados. Al hacerlo, debemos cuidar y ayudar a quienes nos rodean y despiertan

nuestra compasión, actuando desde el corazón que el Señor nos da y con el amor propio del Señor.

Quisiera concluir esta meditación sobre la Palabra. Existe un texto titulado «Madre: ¡oh, qué gran nombre!», escrito por Choi Hyo-seop, autor de literatura infantil y pastor. El texto transmite el siguiente mensaje: «Hijos, es su madre quien ha dejado la huella más profunda en sus corazones. Hay un dicho occidental que reza: "El último rastro que el diablo borra de un ser humano es el de la madre". Esto significa que, si bien el diablo puede borrar fácilmente la influencia de los libros o de los héroes, la marca que deja una madre es tan profunda que ni siquiera el diablo puede eliminarla» (Internet). Esto ilustra cuán profunda es la influencia de una madre en sus hijos: una influencia que moldea toda su vida. El pasaje de hoy, Proverbios 31:1-9, presenta tres lecciones que la madre del rey Lemuel transmitió a su hijo. Estas tres lecciones son: primero, no malgastar las fuerzas con mujeres (v. 3); segundo, no embriagarse con vino (v. 4); y tercero, cuidar de los necesitados (vv. 8-9). Debemos tener sumo cuidado con la inmoralidad sexual. Hemos de revestirnos únicamente del Señor Jesucristo y no proveer para los deseos de la carne (Romanos 13:14). No debemos perseguir pasiones pasajeras, sino convertirnos en personas que hacen la voluntad de Dios (1 Juan 2:17). De ahora en adelante, debemos vivir el resto de nuestra vida no para nuestras propias pasiones —nuestros deseos humanos—, sino para la voluntad de Dios (1 Pedro 4:2). Además, cuando estemos angustiados, no debemos recurrir al alcohol, sino llenarnos de la Palabra de Dios. Debemos acercarnos cada vez más a la Palabra de Dios y guardarla en nuestros corazones (Proverbios 31:5). Debemos dedicarnos a cuidar de los necesitados; al hacerlo, hemos de atender y ayudar a quienes nos rodean y pasan necesidad, movidos por la compasión y el amor que el propio Señor nos brinda.

Una mujer virtuosa

[Proverbios 31:10–31]

Aún conservo un vago recuerdo de esto. Hace mucho tiempo, mientras visitaba la residencia de estudiantes de una universidad en el sur de California para reunirme con alguien, vi en la sala de estar un bordado enmarcado que mostraba el texto de Proverbios 31:10–31 —el pasaje sobre la «mujer virtuosa»— en inglés. En aquel entonces, sentí que el joven que vivía allí anhelaba casarse con una mujer como la virtuosa descrita en Proverbios 31. Probablemente no era el único; innumerables hombres cristianos —si no todos— sueñan con tener a la mujer virtuosa de Proverbios 31:10–31 como su futura esposa. El término «mujer virtuosa» aquí significa literalmente «mujer de capacidad» o «mujer de fortaleza», refiriéndose a una mujer que pone en práctica la moralidad y la rectitud (Park Yun-sun).

Personalmente, solía pensar que la «mujer virtuosa» aparecía únicamente en Proverbios 31. Sin embargo, al leer el libro de Rut —allá por el año 2009— descubrí que Rut 3:11 también habla de una «mujer virtuosa»: «Y ahora, hija mía, no temas. Haré por ti todo lo que pidas, pues toda la gente de mi pueblo sabe que eres una mujer virtuosa» [(Versión coreana contemporánea) «Ahora, no temas nada. Concederé todas tus peticiones. Todos los habitantes de nuestro pueblo saben que eres una mujer virtuosa»]. Estas palabras fueron pronunciadas por Booz, un hombre judío, a Rut, una mujer moabita; Booz señaló que los habitantes del pueblo eran plenamente conscientes de que Rut era una mujer virtuosa. Al reflexionar sobre el tipo de mujer que era Rut —al punto de que Booz y la gente de su pueblo la reconocían como una mujer de carácter noble—, medité en tres puntos:

En primer lugar, Rut era una mujer que buscaba fervientemente la gracia. En otras palabras, una mujer de carácter noble anhela la gracia de Dios.

Booz mostró bondad hacia Rut y, al recibir este favor, ella confesó su asombro de que alguien como ella —una mujer extranjera— recibiera tal gracia y atención (2:10). Consolada y animada por las palabras de Booz, ella declaró: «¡Que siga yo hallando gracia ante tus ojos, señor mío!» (2:13). Incluso afirmó con humildad que no estaba a la altura de ninguna de sus criadas (v. 13). Así, Rut, una mujer de carácter noble, buscó humildemente el favor de Booz.

Al meditar en este pasaje, comprendí que yo también debo convertirme primero en un cristiano de carácter noble. Aprendí que, para llegar a ser tal cristiano, debo anhelar aún más la gracia de Dios. Esto me recuerda Romanos 5:20: «...pero donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia». Deseo percibir cada vez más la gracia de Dios, aun cuando mis pecados queden continuamente expuestos ante la presencia del Dios santo. Cuando eso suceda, inevitablemente haré eco de las palabras del salmista: «Oh SEÑOR, ¿qué es el hombre para que te fijes en él? ¿Qué es el ser humano para que lo tomes en cuenta?» (Salmo 144:3). Además, a medida que vaya comprendiendo la abundancia de la gracia divina, inevitablemente me encontraré orando —haciendo eco de la confesión de Rut: «¿Por qué he hallado gracia ante tus ojos, para que te fijes en mí, siendo yo extranjera?» (Rut 2:10), y de la declaración del apóstol Pablo: «Soy el peor de los pecadores» (1 Timoteo 1:15)—: «Señor, soy el peor de los pecadores; ¿por qué derramas una gracia tan grande sobre mí?». Y es que la gracia que Dios extiende a un pecador como yo —el peor de todos— es abrumadora y supera toda comprensión. En ese momento, no tendré más remedio que humillarme ante el Señor. Así como Rut le dijo a Booz: «Señor mío... ni siquiera estoy a la altura de una de tus criadas» (Rut 2:13), y el hijo pródigo confesó a su padre: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado tu hijo» (Lucas 15:21), yo también me veré impulsado a confesar: «Dios, ni siquiera soy digno de ser uno de Tus siervos (Rut 2:13). Como el peor de los pecadores, no soy digno de ser considerado precioso y honrado ante Tus ojos» (Isaías 43:4).

En segundo lugar, Rut era una mujer obediente. En otras palabras, una mujer virtuosa obedece la Palabra de Dios.

Rut era una nuera que obedecía a su suegra, Noemí. Era una nuera obediente que hacía todo tal como Noemí le indicaba (Rut 3:5-6). Puesto que Rut era una mujer que comprendía la gracia y anhelaba profundamente recibirla, creo que poseía un corazón dispuesto a obedecer con humildad. Así, Rut obedeció las instrucciones de su suegra con un corazón sencillo, sin poner objeciones. Cuando Noemí le dijo: «Lávate, perfúmate, ponte tus mejores galas y baja a la era. Pero no te dejes ver por él hasta que haya terminado de comer. Fíjate bien dónde se acuesta y, cuando se haya dormido, acércate a sus pies, levanta la manta y acuéstate allí. Él mismo te dirá qué hacer», Rut respondió: «Haré todo lo que me has dicho». Entonces, esa misma noche bajó a la era e hizo exactamente lo que su suegra le había indicado (Rut 3:3–6). De esta manera, Rut, una mujer virtuosa, obedeció a su suegra, Noemí.

Al meditar en este pasaje, aprendo que, para llegar a ser una cristiana virtuosa, debo reconocer y comprender la abundante gracia de Dios y, mediante el poder de esa gracia, obedecer la Palabra de Dios. Esto trae a la mente 1 Corintios 15:10: «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no resultó vana. Al contrario, trabajé más arduamente que todos ellos; aunque no yo, sino la gracia de Dios que estaba conmigo». Este versículo me recuerda que el apóstol Pablo, por la gracia de Dios, «trabajó más arduamente que todos ellos». En otras palabras, quienes llegan a conocer progresivamente la gracia de Dios con mayor profundidad no solo se vuelven inevitablemente más humildes [«soy el más insignificante de los apóstoles…» (v. 9); «A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, se me concedió esta gracia…» (Ef. 3:8); «…de los cuales yo soy el primero» (1 Tim. 1:15)], sino que también se vuelven inevitablemente más obedientes a la Palabra de Dios. Así, él no estimó su propia vida como algo valioso mientras procuraba cumplir la misión que había recibido del Señor: dar testimonio del evangelio (Hechos 20:24). Por tanto, a medida que crezco en la fe y comprendo más plenamente la gracia de Dios, deseo humillarme y

obedecer la Palabra del Señor, sometiéndome incluso hasta la muerte, tal como lo hizo Jesús (Fil. 2:8).

En tercer lugar, Rut fue una mujer que mostró bondad. En otras palabras, una mujer virtuosa muestra bondad.

Rut obedeció las instrucciones de su suegra Noemí de ir al lugar donde Booz dormía, levantar la manta a sus pies y acostarse allí (Rut 3:4, 7). Cuando Booz se sobresaltó durante la noche, se volvió y descubrió a Rut, le dijo: «...¡Bendita seas del Señor, hija mía! Has demostrado que esta última bondad es mayor que la primera, al no haber ido tras hombres jóvenes, ya fueran pobres o ricos» (v. 10). Ciertamente, Rut era una mujer que sabía mostrar bondad.

Al meditar en este pasaje, creo que para llegar a ser una cristiana virtuosa, debo experimentar la gracia de Dios y anhelarla cada vez más profundamente; Fortalecido por esa gracia, debo obedecer la Palabra de Dios para que mi amor por el Señor crezca y sea cada vez más pleno que cuando creí en Jesús por primera vez. En ese momento, vino a mi mente el himno «Más amor a Ti, oh Cristo» (New Hymnal n.º 314): «... Esta es mi ferviente súplica: ¡Más amor, oh Cristo, a Ti; más amor a Ti!» (estrofa 1); «Esta es mi única oración: ¡Más amor, oh Cristo, a Ti; más amor a Ti!» (estrofas 2 y 3). Deseo que mi anhelo más profundo se alinee con la letra de este himno: amar cada vez más a mi Salvador Jesús. Por ello, quiero que el Señor vea que, por su gracia, he llegado a amarlo con mayor profundidad que cuando creí en Jesús por primera vez.

Una mujer virtuosa es aquella que anhela cada vez más la gracia de Dios, obedece su Palabra de manera creciente y lo ama con una profundidad cada vez mayor. Tal mujer virtuosa es más preciosa que las perlas (Proverbios 31:10, *Versión Coreana Contemporánea*).

¿Alguna vez has escuchado el dicho: "La perla es una gema nacida del dolor"? Conocí la razón detrás de esta frase gracias a un artículo en línea. En él se explica que, mientras la ostra realiza actividades esenciales como alimentarse y respirar, cuerpos extraños —como granos de arena o diminutos insectos— pueden penetrar en su carne. Para sobrellevar el dolor resultante, la ostra secreta continuamente una sustancia. En el momento en que el cuerpo extraño entra y provoca una agonía insoportable, comienza una lucha por la supervivencia; a medida que la secreción envuelve el objeto capa tras capa, crece esta "cristalización del dolor". Dado que la gema aumenta de tamaño y adquiere más brillo conforme se secretan nuevas capas en respuesta a la lesión, a la perla se la conoce como la "gema del dolor". Además, cuanto más gruesa es la capa de nácar —la sustancia secretada—, más hermoso resulta el brillo; este brillo y el grosor son factores cruciales para determinar la calidad de una perla. Una perla con una capa gruesa de nácar y sin imperfecciones se considera una "perla de la más alta calidad". Es en este contexto donde Jesús, al hablar en parábolas sobre el Reino de los Cielos, dijo en Mateo 13:46: "Al encontrar una perla de gran valor, fue, vendió todo lo que tenía y la compró". Una perla es algo de un valor tan inmenso que uno vendería todas sus posesiones para adquirirla; de hecho, Proverbios 8:11 afirma: "Porque mejor es la sabiduría que las perlas, y nada de lo que desees se puede comparar con ella". Esto ilustra cuán valiosa, importante y preciada es la sabiduría.

Sin embargo, en el pasaje de hoy —Proverbios 31:10—, la madre del rey Lemuel le dice a su hijo que una mujer (o esposa) virtuosa es más preciada que las perlas. ¡Qué madre tan sabia! Creo que ella demuestra verdadera sabiduría al instruir a su amado hijo sobre la mujer virtuosa: alguien mucho más preciado y valioso que las perlas. Sospecho que la razón por la que le enseñó esto era su esperanza de que él encontrara a una mujer así y la tomara por esposa. Entonces, ¿cómo se podría describir en una sola frase el valor de esta mujer virtuosa —a quien la madre del rey consideraba más preciada que las perlas—? Observemos Proverbios 31:29: "Muchas mujeres hacen cosas nobles, pero tú las superas a todas". ...y la alaba"]. El valor de la mujer virtuosa —que es más preciosa que las perlas (v. 10)— supera al de «todas las demás mujeres» a los ojos de su esposo (vv. 28–29). Así, el

esposo elogia a su virtuosa esposa diciendo: «Hay muchas mujeres excelentes en el mundo, pero tú eres la mejor de todas» (v. 29, *Biblia Coreana Contemporánea*). Además, la Biblia afirma que sus hijos «se levantan y dan gracias» a su madre —la mujer virtuosa— [«sus hijos están agradecidos con su madre» (*Biblia Coreana Contemporánea*)] (v. 28). Entonces, ¿cómo puede uno encontrar a una mujer así? La madre del rey Lemuel pregunta en la primera parte del versículo 10: «¿Quién puede encontrar a una mujer virtuosa?», lo que nos lleva a considerar: ¿*Quién* puede encontrarla y *cómo*? El Dr. Park Yun-sun comentó: «A quienes buscan solo la belleza física les resultará difícil encontrar a una mujer tan capaz. Solo aquellos que la buscan mientras oran a Dios encontrarán a una mujer tan capaz. Tal esposa es un regalo de Dios» (Park Yun-sun). Él citó dos pasajes bíblicos para respaldar esto: «El que halla esposa halla el bien y alcanza el favor del SEÑOR» (18:22), y «Las casas y las riquezas se heredan de los padres, pero una esposa prudente es un regalo del SEÑOR» (19:14, *Biblia Coreana Contemporánea*).

Al observar el texto de hoy, Proverbios 31:10, la madre del rey Lemuel pregunta a su hijo, el rey Lemuel (v. 1): «¿Quién puede encontrar a una mujer virtuosa? Su valor supera con creces al de las perlas» [«¿Quién puede encontrar a una esposa virtuosa? ...ella es más preciosa que las perlas» (Versión Coreana Contemporánea) (Versículo 10)]. Hoy, centrándome en el pasaje de Proverbios 31:10–31, quisiera reflexionar sobre seis puntos relacionados con la «mujer virtuosa» y extraer las lecciones que ofrecen.

En primer lugar, una mujer virtuosa inspira confianza en su esposo.

Observemos el texto de Proverbios 31:11–12: «En ella confía el corazón de su marido, y no le faltará ganancia. Ella le hace bien, y no mal, todos los días de su vida» [(Versión coreana contemporánea) «Como su marido confía en ella, no le faltará nada. Ella hace el bien a su marido durante toda su vida y nunca le causa daño»]. Parece que vivimos en un mundo donde apenas hay alguien en quien confiar. Muchas personas se sienten heridas y decepcionadas tras haber depositado su confianza en otros. En consecuencia, muchos se

muestran reticentes a confiar en alguien con demasiada rapidez. Incluso dentro del matrimonio, a menudo las parejas no logran depositar plena confianza la una en la otra. De hecho, parece que muchas parejas albergan sospechas mutuas, temiendo que su cónyuge pueda estar manteniendo una relación con otra mujer u otro hombre. Volver a confiar en el cónyuge después de que este haya roto ese vínculo mediante la infidelidad supone, sin duda, un riesgo enorme. Vivimos en un mundo donde nos cuesta confiar incluso en aquellos a quienes amamos. ¿Cómo debemos actuar, entonces, los cristianos en este mundo de desconfianza? Debemos construir una confianza profunda con nuestros seres queridos, especialmente con el cónyuge con quien Dios nos ha unido. ¿Qué debemos hacer para lograrlo? Me gustaría considerar cuatro puntos:

(1) Para construir una confianza profunda con la persona que amamos, primero debemos confiar en Dios.

La razón fundamental por la que los seres queridos no logran confiar el uno en el otro es que no confían en Dios. Por ejemplo, una pareja que no confía en Dios no puede confiar mutuamente. Esto se debe a que la confianza en la relación horizontal con el cónyuge solo es posible cuando existe confianza en la relación vertical con Dios. Por tanto, el primer paso para construir una confianza profunda con un ser querido es confiar en Dios.

(2) Para construir una confianza profunda con la persona que amamos, debemos extenderle nuestra confianza, fundamentada en nuestra confianza en Dios.

Quienes se aman deben confiar el uno en el otro porque confían en Dios. Cuanto más confían en Dios, más capaces son de confiar mutuamente. En cuanto a esta confianza mutua, uno debe extender su confianza a la otra persona antes de esperar recibirla a cambio. En lugar de ofrecer confianza solo cuando la otra persona parece digna de ella, debemos extenderla incluso cuando no parezca merecerla, haciéndolo porque confiamos en Dios. Así como el amor de Dios es incondicional, debemos amar a nuestros seres queridos

incondicionalmente; y si amamos incondicionalmente, también debemos extenderles una confianza incondicional. Incluso si uno es realmente traicionado por su amado cónyuge, una pareja centrada en Dios puede triunfar en la lucha interna mirando a Jesús y confiando en Él, quien fue traicionado por su propio pueblo. En medio de esa situación, perdonan al cónyuge que los traicionó con el amor de Dios. Aunque esto pueda parecer imposible para el entendimiento humano, es totalmente posible cuando confiamos en Dios. Dios puede hacerlo plenamente posible. Al confiar en Dios, debemos extender nuestra confianza a nuestros seres queridos.

(3) Para confiar en aquellos a quienes amamos, debemos ser tan veraces con ellos como lo somos ante Dios.

Quienes se aman deben ser cristianos sinceros. Deben ser honestos. No deben mentirse ni engañarse mutuamente. Deben ser veraces no solo ante Dios, sino también el uno ante el otro. El grado de esta veracidad debe ser tal que puedan decirse mutuamente: "Dios es mi testigo" (Filipenses 1:8). Dios lo ve todo y conoce todos nuestros pensamientos. Por tanto, así como somos veraces ante Dios, debemos ser veraces con nuestros seres queridos. (4) Para confiar en aquellos a quienes amamos, debemos reconocer nuestras faltas y buscar el perdón cuando les hemos hecho daño. También debemos comprometernos a cambiar.

Si hemos engañado o mentido a un ser querido, debemos pedirle perdón. Debemos confesar nuestra falta con honestidad y franqueza. Además, debemos comprometernos a no repetir el mismo error y demostrar ese compromiso mediante nuestras acciones. Del mismo modo, cuando un ser querido pide perdón por una falta cometida contra nosotros, debemos perdonarlo. Al hacerlo, no debemos guardar un registro de sus ofensas en nuestro corazón (1 Corintios 13:5). Así como Dios «borra [nuestras] transgresiones conforme a su abundante misericordia» (Salmo 51:1), nosotros debemos borrar por completo sus ofensas de nuestro corazón. También debemos comprometernos a amarlos con el amor inmutable de Dios. Asimismo, debemos renovar nuestro compromiso de confiar en nuestros seres

queridos. En lugar de permitir que nuestras relaciones con quienes amamos se deterioren, debemos aprovecharlas como oportunidades de transformación en el Señor. Por tanto, debemos crecer junto a nuestros seres queridos en el Señor; debemos edificarnos hasta llegar a ser personas maduras.

En el pasaje de hoy —Proverbios 31:11-12—, la madre del rey Lemuel habla a su hijo sobre la «mujer virtuosa» (o «mujer de carácter noble»), señalando que «su valor sobrepasa al de las piedras preciosas» (v. 10). Ella describe a esta mujer en términos concretos: «En ella confía el corazón de su marido, y no le faltará ganancia alguna. Ella le hace bien y no mal todos los días de su vida» (v. 12). La madre del rey Lemuel le dice a su amado hijo que el esposo que tiene por esposa a una mujer tan virtuosa —una mujer más preciosa que las perlas, o incluso más valiosa que todos los tesoros del mundo— confía en ella. En otras palabras, el esposo de esta mujer virtuosa deposita su confianza en ella. ¿Por qué confía él en su esposa virtuosa? ¿Cuál es la razón? Creo que la razón inmediata se encuentra en el versículo 12: «Ella le hace bien y no mal todos los días de su vida». En otras palabras, la razón por la que el esposo de una mujer virtuosa confía en ella es que ella le hace bien —y ningún mal— «todos los días de su vida». ¿Qué opinas sobre una esposa que hace el bien a su esposo y nunca le causa daño a lo largo de toda su vida? Al reflexionar sobre este pasaje, veo a la mujer virtuosa como una «mujer buena» que realiza buenas obras; además, puesto que hace el bien a su esposo de manera constante durante toda la vida, es una «mujer fiel». Por eso su esposo deposita su confianza en ella. Más allá de la razón expuesta en el versículo 12, busqué un motivo más fundamental para esta confianza en el versículo 30 del texto de hoy: «Engañoso es el encanto y pasajera la belleza; pero la mujer que teme al Señor es digna de alabanza». En última instancia, el esposo confía en ella porque es una «mujer sabia» que teme a Dios. Una mujer sabia y virtuosa que teme a Dios aborrece el mal (Proverbios 8:13). No solo aborrece el mal, sino que también ama lo que es bueno (Amós 5:15). Es más, la mujer que pertenece a Dios y le teme no imita lo malo, sino que sigue lo bueno y practica activamente el bien (3 Juan 1:11). A menudo aconsejo a mis amados hijos que, cuando llegue el momento de casarse, el carácter de su futuro cónyuge será de suma

importancia. El rasgo específico que les recalco es la «integridad». Les he instado a desconfiar de quienes mienten. La razón por la que enfatizo la integridad del carácter es mi esperanza de que, al orar y buscar un cónyuge, encuentren a alguien verdaderamente digno de confianza.

Debemos convertirnos en una iglesia que sirva como una esposa digna de confianza para Jesús, nuestro Esposo. En otras palabras, la iglesia —como esposa del Señor— debe ser una comunidad en la que Jesús, el Esposo, pueda confiar. Con este fin, la iglesia del Señor debe hacer el bien a Jesús, el Esposo, y evitar hacer el mal, hasta el último momento de su existencia en la tierra. Aquí, que la iglesia haga el bien a Jesús significa cumplir la buena voluntad de Dios (Romanos 12:2) en la tierra; significa vivir realizando buenas obras, como aquellos que han sido «creados en Cristo Jesús para buenas obras» (Efesios 2:10). Por lo tanto, mi oración es que nuestra iglesia llegue a ser una que inspire confianza en Jesús, nuestro Esposo.

En segundo lugar, una mujer virtuosa trabaja con diligencia.

Incluso después del matrimonio, es necesario esforzarse diligentemente por seguir siendo atractiva para el amado esposo. Tal esfuerzo implica no solo el atractivo físico, sino también el atractivo del carácter. Respecto a este atractivo basado en el carácter, creo —basándome en la enseñanza de los versículos 11 y 12, que dice que «una mujer virtuosa inspira confianza en su esposo»— que la sinceridad, la cual fomenta la confianza entre los cónyuges, es crucial. En otras palabras, la sinceridad que construye la confianza mutua es uno de los rasgos de carácter esenciales que una pareja debe cultivar mediante el esfuerzo. Junto a esto, creo que otra cualidad que una pareja debe procurar alcanzar es la diligencia.

Si volvemos la mirada al libro de Proverbios —sobre el cual hemos meditado durante mucho tiempo en nuestras reuniones semanales de oración de los miércoles—, vemos que el autor abordaba frecuentemente los temas de la pereza y la diligencia. Por ejemplo, el escritor de

Proverbios habla de la pereza en Proverbios 6:10 y 24:33: «Un poco de sueño, un poco de dormitar, y un poco de cruzar las manos para descansar». Tal persona perezosa no se limita a decir estas palabras; de hecho, procede a dormir, a dormitar y a quedarse holgazaneando un poco más. En otras palabras, en lugar de levantarse cuando debería, la persona perezosa pospone la acción para más tarde. Asimismo, en lugar de trabajar cuando corresponde, posterga la tarea. Sin embargo, en vez de culpar a su propia pereza, culpa a otros factores, como las circunstancias o a otras personas. En pocas palabras, la persona perezosa no asume su responsabilidad. ¿Cuál es el resultado? Observemos Proverbios 6:11 y 24:34: «La pobreza vendrá sobre ti como un ladrón y la escasez como un hombre armado». ¿Qué significa esto? Significa que una pobreza inevitable golpeará a la persona perezosa, golpeándola con la fuerza abrumadora de un asaltante que ataca a su víctima (MacArthur). Un punto interesante surge en Proverbios 24:30, donde el autor menciona haber pasado junto al campo del «perezoso» y la viña del «hombre falto de juicio». Aquí, el autor trata al «perezoso» y al «hombre falto de juicio» como sinónimos; en otras palabras, la persona perezosa es aquella que carece de juicio. La expresión «falto de juicio» se refiere a una deficiencia en la capacidad para tomar decisiones acertadas. ¿Cuál es, entonces, el juicio específico del que carece la persona perezosa? Creo que es la capacidad de establecer las prioridades adecuadas. Dicho de otro modo, a la persona perezosa le falta el juicio para discernir qué debe hacerse primero y qué después. Por ejemplo, Jesús dijo: «Busquen primero su reino y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas» (Mateo 6:33). Sin embargo, en tiempos del profeta Hageo, el pueblo de Israel estaba ocupado construyendo sus propias casas en lugar de la casa de Dios (Hageo 1:4, 9). Descuidaron el templo —la casa de Dios—, dejándolo en ruinas mientras se centraban únicamente en construir sus propias y lujosas viviendas. Sus prioridades estaban mal enfocadas. En consecuencia, Dios castigó al pueblo de Israel. ¿Cuál fue ese castigo? Observemos Hageo 1:6 y la primera parte del versículo 9: «Han sembrado mucho, pero cosechado poco. Comen, pero nunca se sacian. Beben, pero nunca quedan satisfechos. Se visten, pero no entran en calor. Ganan un salario, solo para ponerlo en una bolsa agujereada» (v. 6); «Esperaban mucho, pero miren, resultó ser poco. Lo que traían a casa, yo lo dispersé con un soplo…» (v. 9a). ¿Qué significa

esto? Dios hizo que una sequía azotara los cultivos del pueblo de Judá (Hageo 1:11), lo que resultó en cosechas escasas (vv. 6, 9) (Park Yun-sun). En última instancia, esto significa que cuando no buscamos primero el reino de Dios y su justicia, Dios trae sequía a nuestras finanzas, sumiéndonos en la pobreza. En otras palabras, si no establecemos nuestras prioridades correctamente ante los ojos de Dios, inevitablemente enfrentaremos carencias. Así, la persona perezosa, carente de sabiduría, no hace lo que debe hacerse primero y, en consecuencia, cae en la pobreza. Por eso el autor de Proverbios declaró en Proverbios 6:6: «Ve a la hormiga, oh perezoso; observa sus caminos y sé sabio». ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué debe el perezoso acudir a la hormiga, observar sus caminos y adquirir sabiduría? ¿Acaso el versículo mismo no implica que el perezoso es más insensato que la hormiga? ¿Cuál es, entonces, la sabiduría que el perezoso debe aprender de la hormiga? Hay dos puntos (Park Yun-sun): (1) Las hormigas trabajan con diligencia, en cooperación y por iniciativa propia, incluso sin un supervisor. Observemos Proverbios 6:7: «la cual no teniendo capitán, ni gobernador ni señor…». El perezoso necesita observar atentamente y aprender de las hormigas —que trabajan diligentemente y cooperan con un espíritu de ayuda mutua sin ningún capataz— y adquirir sabiduría. (2) Las hormigas se preparan con antelación para el futuro. Observemos Proverbios 6:8: «prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento». La Biblia exhorta a quienes son menos sabios que las hormigas a acudir a ellas y aprender la sabiduría de prepararse para el futuro. Proverbios 30:25 también describe a las hormigas como aquellas que «preparan en el verano», lo que significa que disponen su alimento con antelación durante la estación estival. ¿Por qué preparan las hormigas el alimento para el invierno durante el verano? Según el Dr. Park Yun-sun, el verano es la época de la cosecha en la región de Palestina. Por tanto, las hormigas recolectan sus provisiones para el invierno durante este tiempo (Park Yun-sun). De esta manera, las hormigas preparan con antelación el alimento que consumirán en invierno, justo en el momento de la cosecha. Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 31:13–19: «Ella busca lana y lino, y trabaja con manos diligentes. Es como los barcos mercantes: trae su alimento desde lejos. Se levanta cuando aún es de noche; provee alimento para su familia y raciones para sus criadas. Evalúa un campo y lo compra; con sus ganancias planta un

viñedo. Acomete su trabajo con vigor; sus brazos son fuertes para sus tareas. Ve que su negocio es rentable, y su lámpara no se apaga por la noche. Sostiene la rueca en sus manos y empuña el huso con los dedos». Esta sección habla de la labor de la mujer virtuosa; en resumen, revela que ella poseía la «belleza del trabajo» mediante la gestión diligente de sus negocios (Park Yun-sun). El Dr. Park Yun-sun señaló tres formas en que la mujer virtuosa administraba diligentemente sus negocios:

(1) La mujer virtuosa se dedica a la producción de textiles.

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 31:13, 18 y 19: «Ella busca lana y lino, y trabaja con manos diligentes... Percibe que su mercancía es rentable y su lámpara no se apaga por la noche; sostiene la rueca en su mano y sus dedos aferran el huso» [(Versión coreana contemporánea) «Ella busca lana y lino y trabaja con diligencia... al darse cuenta de que su trabajo es rentable, trabaja hasta altas horas de la noche, hilando y tejiendo telas con sus propias manos»]. La mujer virtuosa realiza actividades de manufactura a pequeña escala dentro del hogar, utilizando sus manos y herramientas sencillas. Por ejemplo, el versículo 13 señala que ella «busca lana y lino y trabaja con diligencia con sus manos». El versículo 19 (Versión coreana contemporánea) especifica que ella «hila y teje telas con sus propias manos». Además, la Biblia afirma que ella comercia con estos productos; reconoce la rentabilidad de su labor y trabaja hasta tarde en la noche, tanto que su lámpara no se apaga (versículo 18). Al reflexionar sobre este pasaje, considero beneficioso que las esposas valoren esta clase de artesanía doméstica y emprendan actividades productivas a pequeña escala, tal como lo hizo esta mujer virtuosa. Especialmente en el mundo actual, creo que vivimos en una época en la que las esposas pueden gestionar diversos negocios productivos a pequeña escala desde casa, abarcando desde la artesanía tradicional hasta iniciativas que utilizan computadoras e Internet. Esto significa que existen oportunidades de negocio a pequeña escala que las esposas pueden aprovechar mientras cuidan a sus hijos y administran el hogar. Me parece excelente que cada esposa descubra una actividad que

desee realizar —acorde a sus propios talentos— y desarrolle diligentemente ese negocio desde su hogar. (2) La mujer virtuosa administra bien su vida en el hogar.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 31:14 y la primera parte del versículo 15: «Es como los barcos mercantes, que traen su alimento desde lejos. Se levanta cuando aún es de noche; provee alimento para su casa». Personalmente, creo que una hermana que es diligente en la vida de la iglesia pero descuida su vida en el hogar lleva una vida espiritual desequilibrada. Especialmente si su esposo no es creyente y no confía en Jesús, creo que descuidar la vida en el hogar infringe la enseñanza de 1 Pedro 3:1: «Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas». Muchas esposas cristianas con esposos no creyentes son diligentes en las actividades de la iglesia, pero descuidan su vida en el hogar. Puede que den un buen ejemplo dentro de la iglesia, pero fallan al hacerlo en casa. Considero que esto representa una vida cristiana desequilibrada. ¿Qué se debe hacer? Una esposa sabia da ejemplo no solo en la iglesia, sino —lo que es crucial— también en el hogar. Da ejemplo en casa al someterse a su esposo no creyente tal como lo haría ante el Señor. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Un esposo no creyente puede llegar a comprender la verdad del Evangelio y convertirse al presenciar el carácter piadoso de su esposa. Esta es una forma de proclamar el Evangelio de Dios mediante acciones. Nuestro testimonio del Evangelio carece de poder si no va acompañado de una vida virtuosa» (Park Yun-sun). Una esposa sabia no limita su testimonio del Evangelio a meras palabras; no se limita a decirle a su esposo no creyente: «Vamos a la iglesia». Más bien, demuestra la verdad del Evangelio sometiéndose a su esposo como lo haría ante el Señor. Ella revela a Jesucristo a través de su vida. En consecuencia, el Señor la utiliza para lograr también la salvación de su esposo no creyente.

En el pasaje de hoy —Proverbios 31:14 y la primera mitad del versículo 15—, la madre del rey Lemuel describe a la mujer virtuosa a su hijo, el rey Lemuel, señalando que es «como nave de mercader; trae su pan de lejos» y que «se levanta aun de noche y da comida a su

familia». Lo que aprendemos aquí sobre la mujer virtuosa es que ella consigue alimento para su familia —incluso de lugares lejanos— y lo lleva a casa. Además, el alimento que trae de lejos no es simplemente comida común, sino de la mejor calidad (MacArthur). El Dr. Park Yun-sun señaló: «Su propósito al comprar alimentos en lugares lejanos es adquirir productos de alta calidad a bajo precio. De este modo, gestiona con agilidad el abastecimiento de alimentos de su hogar». ¿No deberían nuestras esposas poseer esta clase de agilidad? Más allá del simple abastecimiento de alimentos, una esposa virtuosa administra sabiamente las finanzas del hogar; evita el despilfarro y busca adquirir productos de calidad a precios asequibles. ¿Qué sucedería en un hogar si, por el contrario, se malgastara el dinero imprudentemente? En el pasaje de hoy —Proverbios 31:27—, la madre del rey Lemuel afirma que la mujer virtuosa «vigila la marcha de su hogar y no come el pan de la pereza». Ella atiende diligentemente su casa y trabaja arduamente para proveer alimento a su familia. La Biblia señala que tal mujer no solo compra productos de calidad a buen precio —incluso de lugares lejanos—, sino que también «se levanta temprano, antes del amanecer, para preparar el desayuno de su familia» (versículo 15). Uno podría imaginar a un recién casado que se dirige al trabajo tras haber desayunado lo que su esposa le preparó. Por supuesto, no todas las parejas recién casadas siguen este patrón; muchas parejas actuales pueden preparar sus desayunos por separado o incluso prescindir de esta comida desde el principio. Especialmente en un mundo donde tantas parejas tienen dos ingresos, ciertamente no es fácil para una esposa preparar el desayuno para su marido. Resulta un desafío aún mayor para ella —particularmente si tiene hijos pequeños— preparar el desayuno tanto para su esposo como para sus hijos. No obstante, Proverbios 31:15 nos dice que la mujer virtuosa «se levanta temprano, antes del amanecer, para preparar el desayuno de su familia». Respecto a este versículo, el Dr. Park Yun-sun comentó: «... Ella misma prepara y sirve la comida a su familia. Así, la mesa familiar se dispone con gran esmero, fomentando un ambiente de calidez y alegría en el hogar». Esto significa que la mujer virtuosa se levanta temprano, con el corazón alegre, para preparar el desayuno de su amada familia. De esta manera, atiende diligentemente los asuntos del hogar.

(3) La mujer virtuosa desarrolla su propio emprendimiento. Observemos el pasaje que abarca desde la segunda mitad de Proverbios 31:15 hasta el versículo 19: «...asigna tareas a sus criadas; evalúa un campo y lo compra; con sus ganancias planta una viña; se ciñe de fuerza y fortalece sus brazos; percibe que su mercancía es rentable y su lámpara no se apaga por la noche; sostiene la rueca con las manos y el huso con los dedos». Estos versículos nos muestran que la mujer virtuosa no se limita a ocuparse ella sola de las tareas domésticas y de la producción a pequeña escala; trabaja junto a criadas a quienes asigna diversas labores. El hecho de que instruya a sus criadas sugiere que posee dotes de liderazgo. Además, el hecho de que «evalúe un campo y lo compre» y «plante una viña» con sus propias ganancias (versículo 16) implica que ahorró dinero gracias a sus actividades productivas en el hogar, deliberó cuidadosamente sobre el asunto y procedió a comprar y cultivar un viñedo. Esto demuestra que una mujer sabia y virtuosa es diligente no solo en la administración del hogar, sino también en la expansión de su propia actividad empresarial. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Ella desarrolla su actividad productiva esforzándose por llevar sus productos a lugares lejanos para aumentar sus ingresos (17–19)». Esta mujer virtuosa posee una gran agudeza económica, un rasgo nacido de su diligencia (Park Yun-sun) [(Versículo 17, *Biblia Coreana Contemporánea*): «Ella es siempre fuerte, diligente y trabaja arduamente»]. Así, «al saber que su trabajo es rentable, trabaja hasta altas horas de la noche» (Versículo 18, *Biblia Coreana Contemporánea*). Considero que una de estas actividades rentables se describe en el versículo 24 del pasaje de hoy: «Confecciona prendas y cinturones, y los suministra a los comerciantes» (Versículo 24, *Biblia Coreana Contemporánea*). Al ver cómo las mujeres jóvenes de hoy en día venden ropa por internet, creo que una mujer sabia y virtuosa ciertamente puede gestionar bien los asuntos de su hogar y, al mismo tiempo, dirigir diligentemente un negocio, como la venta de ropa en línea.

Una mujer sabia y virtuosa discierne si sus acciones son beneficiosas o inútiles. En consecuencia, evita las tareas improductivas y se dedica diligentemente a labores que generan resultados positivos. Además, una mujer virtuosa y laboriosa posee buen criterio financiero: ahorra el dinero que gana, lo gasta con prudencia y trabaja arduamente para

desarrollar y expandir su empresa. La iglesia —como esposa de Jesús, nuestro Esposo— debe imitar este ejemplo. Debemos reconocer lo que es beneficioso a los ojos de Dios y trabajar con diligencia para promover el Reino de Dios.

En tercer lugar, una mujer virtuosa ayuda a los pobres y necesitados.

Una vez leí un artículo publicado el 8 de mayo de 2018 en la edición digital del *Korea Daily* (JoongAng Ilbo USA), titulado «7 de cada 10 cristianos ayudan a vecinos pobres». El artículo informaba que la organización encuestadora Barna Research había publicado un informe titulado «3 razones para tener esperanza respecto a la pobreza mundial». Según el informe, siete de cada diez (75%) «cristianos practicantes» afirmaron haber proporcionado alimentos a personas pobres o a familias de bajos ingresos. Aquí, el término «cristianos practicantes» se refiere a creyentes que participan regularmente en actividades religiosas y afirman vivir su fe de acuerdo con su doctrina. Se informó que los cristianos mostraron tasas de respuesta más altas que la población adulta general en todas las categorías, tales como: «haber donado artículos como dinero, ropa o muebles (72% frente al 64% de los adultos en general)», «dedicar momentos específicos a orar por los pobres (62% frente al 33%)», «realizar voluntariado para personas de bajos ingresos en su comunidad local (47% frente al 29%)», «hacer voluntariado con organizaciones dentro de los EE. UU. (39% frente al 24%)» y «viajar al extranjero para ayudar a los pobres (10% frente al 6%)». Barna Research citó varias razones para el optimismo respecto a la solución de la pobreza: los cristianos practicantes participan en diversas actividades benéficas en los EE. UU. y en todo el mundo; aquellos que creen que la participación activa es necesaria para resolver la pobreza también muestran un gran interés en otros problemas sociales; y quienes tienen esperanzas de erradicar la pobreza tienden a participar más activamente en la búsqueda de soluciones (Fuente: Internet). En el pasaje de hoy, Proverbios 31:20, la madre del rey Lemuel describe a una mujer virtuosa a su hijo, el rey Lemuel, diciendo: «Abre sus brazos a los pobres y extiende sus manos a los necesitados» [(Versión coreana contemporánea) «Ayuda a los pobres y a los desafortunados»]. Aquí, la frase «extiende sus manos» significa «enviar amablemente

ayuda material para socorrer incluso a los pobres que están lejos» (Matthew Henry; Park Yun-sun). Esto implica que una mujer virtuosa no solo brinda alivio con bondad a los pobres cercanos, sino que también extiende su benevolencia enviando ayuda material a los pobres que se encuentran lejos. ¿Por qué extiende su ayuda amablemente no solo a los pobres cercanos, sino también a los que están lejos? Creo que la razón reside en su corazón compasivo hacia los pobres. En otras palabras, la mujer virtuosa extiende bondad y alivio a los necesitados porque siente compasión por ellos.

Personalmente, siempre que reflexiono sobre un «corazón compasivo», recuerdo los escritos de Henri Nouwen sobre el tema; palabras que han permanecido conmigo. Él explica que la palabra hebrea para «compasión» es *rachamim*, un término que hace referencia al vientre materno de Yahvé (Dios). Al investigar sobre el vientre materno en internet, descubrí tres de sus características y establecí paralelismos entre ellas y la compasión de Dios: (1) Así como el vientre acepta —en lugar de rechazar— un «cuerpo extraño», Dios Padre nos acepta y nos abraza a nosotros, los pecadores, en vez de rechazarnos. (2) Así como el vientre permite la infiltración de vasos sanguíneos placentarios para nutrir la placenta en crecimiento, Dios Hijo aceptó la «infiltración del pecado» proveniente de nosotros, los pecadores —tomando ese pecado sobre sí mismo y muriendo en la cruz— para proveernos el Pan de Vida. En consecuencia, para aquellos que creen en Jesús (este Pan), Él bloquea la «infiltración del pecado», impidiendo que contamine nuestros cuerpos y almas al cortar la «vía del pecado». (3) Además, así como el endometrio impide la muerte celular programada mientras el bebé crece, y el útero se vuelve delgado y flexible al final del embarazo para adaptarse a los movimientos del feto contra la pared abdominal, Dios Espíritu Santo nos capacita para vivir una vida de fe vibrante, moviéndonos libremente en el Señor. Quienes poseen un corazón tan compasivo —al ayudar a los pobres y necesitados— obedecen las palabras de Jesús en Mateo 6:2-4: «Así que, cuando des a los necesitados, no lo anuncies con trompetas, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para ser honrados por los demás. En verdad les digo que ya han recibido su recompensa completa». «Cuando des a los necesitados, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, para que tu

dádiva sea en secreto. Entonces tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará». Un punto interesante es que quienes muestran misericordia no solo realizan actos de caridad ayudando a los pobres, sino que también ofrecen oraciones a Dios. En otras palabras, una persona que muestra compasión hacia los pobres practica el amor al prójimo mediante actos de caridad, al tiempo que mantiene una vida de oración fiel en su relación con Dios. Por eso, tras hablar de «dar a los necesitados» en Mateo 6:2-4, Jesús pasó a hablar de la «oración» en los versículos del 5 al 15. Un ejemplo destacado de esto es Cornelio, el hombre piadoso descrito en el capítulo 10 de Hechos. Observemos Hechos 10:2: «Era un hombre piadoso que temía a Dios con toda su familia, daba generosamente al pueblo y oraba a Dios continuamente». Y Dios habló a Cornelio a través de un ángel, diciendo: «Cornelio, Dios ha escuchado tus oraciones y se ha acordado de tus actos de caridad» (v. 31). En otras palabras, el tipo de piedad que Dios recuerda consiste en la oración y los actos de caridad.

En el pasaje de hoy, Proverbios 31:20, la mujer virtuosa trabaja con diligencia (v. 13) y laboriosidad (v. 17) para expandir su empresa (vv. 15b-19). No se limita a proveer alimento para su amada familia dentro de su propio hogar (v. 14); también extiende ayuda y caridad a los pobres y necesitados de entre sus vecinos. Cuando pienso en esta mujer virtuosa, la veo como una «persona rica y sabia». Esto se debe a que la persona rica y sabia teme a Dios (Prov. 22:4; 31:30), trabaja con diligencia y —con un corazón humilde— comprende la difícil situación de los pobres (29:7), siente compasión por ellos (Sal. 72:13) y les brinda caridad (Prov. 28:27) y ayuda (31:20). Tal persona rica y sabia no se vuelve arrogante ni pone su esperanza en riquezas inciertas; más bien, deposita su esperanza en Dios, quien nos provee abundantemente de todo para nuestro disfrute. Además, la persona rica y sabia es generosa: alguien que hace el bien, abunda en buenas obras y se deleita en compartir con los demás (1 Tim. 6:17–19). Proverbios 28:27 declara que quienes proveen para los pobres no sufrirán carencias: «El que da al pobre no tendrá necesidad, pero el que cierra sus ojos ante él enfrentará muchas maldiciones». De hecho, Proverbios 11:24 afirma: «Hay quien reparte, y le es añadido más; y hay quien retiene más de lo justo, pero viene a pobreza».

Es mi oración que nuestra iglesia llegue a ser una iglesia que practique la caridad, tal como lo hizo la iglesia de Antioquía. Cuando los hermanos judíos sufrían una hambruna severa, los miembros de la iglesia de Antioquía contribuyeron voluntariamente con ofrendas de ayuda según sus respectivos recursos económicos; reunieron estos fondos y los enviaron —por medio de Bernabé y Pablo— a los ancianos de la iglesia de Jerusalén (Hechos 11:29–30). Si nuestra iglesia sigue este ejemplo —apoyando no solo a nuestros vecinos más cercanos, sino también a iglesias con dificultades en campos misioneros lejanos, ayudando así a edificar la iglesia del Señor y a levantar obreros dedicados que sueñan con una vida centrada en Cristo—, ¿no sería eso verdaderamente la hermosa Esposa de Cristo?

En cuarto lugar, una mujer virtuosa no se preocupa.

Vivimos en un mundo lleno de motivos de preocupación. Día tras día estamos rodeados de inquietudes; sin embargo, aunque nosotros —como creyentes— sabemos por 1 Pedro 5:7 que debemos depositar todas nuestras preocupaciones en el Señor, quien cuida de nosotros, a menudo no lo hacemos. No obstante, tal como Jesús instruyó en Lucas 12:22 y 29, no debemos preocuparnos ni angustiarnos por nuestra vida: qué comeremos o beberemos, o qué vestiremos. ¿Por qué? (1) Primero, porque ninguno de nosotros puede añadir ni siquiera un codo a su estatura por el hecho de preocuparse (v. 25). ¿De qué sirve preocuparse? Deberíamos evitar la preocupación —ya que no aporta ayuda ni beneficio alguno—, y sin embargo nos resulta difícil hacerlo. (2) Segundo, porque ni siquiera podemos llevar a cabo las tareas más pequeñas (v. 26). Resulta desconcertante que nos preocupemos por otros asuntos cuando ni siquiera podemos manejar cosas tan triviales (v. 26, *Versión Coreana Contemporánea*). (3) Tercero, porque estas son las cosas que los incrédulos buscan con afán (Mateo 6:32, *Versión Coreana Contemporánea*). (4) Cuarto, porque nuestro Padre sabe que necesitamos todas estas cosas (Lucas 12:30, *Versión Coreana Contemporánea*). Dios Padre sabe exactamente lo que necesitamos, así que no deberíamos preocuparnos; sin embargo, nos preocupamos una y otra vez. La razón es que

somos personas de poca fe (v. 28). Por ser personas de poca fe, nos preocupamos —tanto por el hoy como por el mañana— sobre qué comeremos para sustentar nuestra vida y qué vestiremos para cubrir nuestro cuerpo (v. 22).

¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos considerar a los cuervos (v. 24) y observar a las aves del cielo (Mateo 6:26). Aún recuerdo una ocasión, durante un retiro conjunto del ministerio de habla inglesa celebrado en la montaña; una mañana, mientras estaba sentado en una silla en el porche trasero de nuestro alojamiento, observé a los pájaros volar y posarse en los árboles. Aquella escena me recordó las palabras de Mateo 6:26: «Miren las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y sin embargo, su Padre celestial las alimenta. ¿No valen ustedes mucho más que ellas?». Mientras observaba a las aves y meditaba en ese pasaje, me vino un pensamiento: «Si el Padre celestial cuida de las aves, ¿cómo podría dejar de cuidar de mí, a quien Él considera mucho más precioso, valioso y honrado que a ellas?» (Isa. 43:4). Ciertamente, a lo largo de mi vida, Dios Padre me ha sostenido y me ha dado el pan de cada día, y en tal abundancia que nunca he pasado hambre por falta de alimento. También ha provisto mi ropa, de modo que nunca he tenido que andar desnudo por carecer de vestimenta. Al contrario, Dios me ha permitido disfrutar de alimento y vestido en una medida desbordante e inmerecida. Sin embargo, a pesar de esto, sigo preocupándome por diversas cosas. Me preocupo por qué decir y cómo decirlo en mis relaciones con los demás (Mat. 10:19). También me preocupo por los asuntos del mundo y por cómo agradar a mi esposa (1 Cor. 7:33). Me inquieto y me afano por los asuntos de la iglesia (2 Cor. 11:28; cf. Luc. 10:41). Me preocupa que algunos miembros puedan abandonar la iglesia y apartarse de Jesús (Deut. 29:18). En particular, me preocupa caer yo mismo en las tentaciones de Satanás (1 Tim. 3:7). De este modo, mi corazón se ve «agobiado por las preocupaciones de la vida» (Luc. 21:34) y, a causa de estos «afanes de este mundo», la Palabra de Dios queda ahogada en mi interior, impidiéndome dar fruto (Mar. 4:19). Aunque sé que no debería ser así (Mar. 4:19), me sorprendo a mí mismo preocupándome por diversas cosas. Me preocupo no solo por las tareas de hoy, sino también por los acontecimientos del mañana —el futuro— que aún no han sucedido. El Señor me dirige

estas palabras: «Así que no se preocupen por el mañana, porque el mañana traerá sus propias preocupaciones. Cada día tiene ya suficientes problemas» (Mateo 6:34).

Observemos el pasaje de hoy, Proverbios 31:21–22: «Todos los de su casa están vestidos de escarlata, por lo que no teme por ellos cuando nieva; ella hace colchas para su cama; se viste de lino fino y púrpura» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Ha preparado ropa abrigada para toda su familia, así que no se preocupa cuando llega el invierno. Adorna bellamente su habitación y viste prendas de lino fino y púrpura»]. La Biblia nos dice que esta mujer virtuosa había vestido a su familia de escarlata —hasta el punto de no sentir ansiedad por ellos— y que ella misma vestía lino fino y púrpura. Las prendas de escarlata y púrpura se consideraban ropa costosa (*Bible Knowledge Commentary*). Este pasaje revela que la mujer virtuosa vivía de tal manera que garantizaba que a su familia no le faltara nada y, de hecho, disfrutara de abundancia. Trabajaba con diligencia (v. 13) y desarrollaba sus propios negocios (vv. 15b–19), librando así a su familia de cualquier ansiedad respecto a su sustento (vv. 21–22). Sus esfuerzos fueron tan eficaces que a su esposo, quien confiaba plenamente en ella, «no le faltaba nada» (v. 11, *Versión Coreana Contemporánea*). En última instancia, la razón por la que no se preocupaba por su familia era que administraba bien los asuntos domésticos y «no comía el pan de la pereza» (v. 27, *Versión Coreana Contemporánea*). Por ello, Proverbios 31:25 (*Versión Coreana Contemporánea*) afirma que «se viste de fuerza y dignidad, y no se preocupa por el futuro».

No nos preocupemos. Los padres, en particular, deben evitar mostrar ansiedad frente a sus hijos, ya que hacerlo les genera inseguridad. En cambio, debemos demostrarles que confiamos todas nuestras preocupaciones al Señor mediante la oración. Incluso si nuestra fe es débil y no podemos ocultar o negar del todo que nos preocupamos, debemos mostrarles que estamos encomendando nuestras inquietudes al Señor, tal como la Biblia nos instruye. Hace unos cuatro años (en 2015), experimenté la gracia de Dios de primera mano; Él conocía las preocupaciones derivadas de mi fe débil y me proveyó exactamente lo que necesitaba de maneras totalmente inesperadas. En ese instante comprendí —aunque

fuera levemente— cuán profundamente me amaba Dios Padre, y le di gracias. Me di cuenta de que, en lugar de vivir por fe, intentaba vivir basándome en lo que podía ver; en vez de esperar en calma, orar y aguardar la obra de Dios con fe, confiaba en mi propio entendimiento, actuaba precipitadamente y me angustiaba tratando de predecir los resultados. Ya no quiero vivir así. No deseo pasar mis días sumido en la ansiedad y la preocupación. Más bien, quiero encomendar todas mis inquietudes al Señor y vivir por fe. Oro para que todos los miembros de nuestra familia de la iglesia también encomienden sus preocupaciones a Jesús, nuestro Esposo, con fe. Dejemos de preocuparnos y depositemos nuestra plena confianza y seguridad en el Señor —nuestro Esposo— en lugar de apoyarnos en nuestro propio entendimiento.

En quinto lugar, una mujer virtuosa permite que su esposo se gane el respeto de los demás.

¿Qué clase de mujer se considera una esposa sabia? Un profesor de psicología de la Universidad Femenina Sungshin, basándose en veinte años de experiencia en consejería matrimonial, identificó «siete cosas que los esposos desean de sus esposas». Una de ellas es el deseo de que sus esposas los respeten y fortalezcan su autoestima. Lo que un esposo encuentra más insoportable es la sensación de ser menospreciado por su esposa. En particular, a los esposos les desagrada profundamente ser comparados con otros hombres. Los puntos de comparación más comunes mencionados por las mujeres incluyen el salario, los regalos, las vacaciones, la atención hacia la familia de la esposa y la ayuda en las tareas del hogar. El profesor Chae aconseja que, en lugar de intentar cambiar la conducta del esposo comparándolo con otros hombres, la esposa debería centrarse en sus acciones actuales: reconociendo lo que hace bien y formulando peticiones concretas sobre los comportamientos que ella desea. Me gustaría compartir con ustedes un escrito que redacté el 22 de mayo de 2005, titulado «La esposa sabia»: «Una esposa sabia es aquella que se somete a su esposo y le guarda reverencia o respeto. Sin embargo, en los tiempos actuales, parece difícil encontrar los conceptos de "sumisión" o "reverencia" dentro de la relación matrimonial. Aunque la Palabra inmutable debe aplicarse a una época cambiante, me

preocupa que muchas parejas cristianas —así como hombres y mujeres solteros— estén ignorando los principios de esa Palabra eterna e inmutable, arrastrados por las corrientes incontrolables de los tiempos. Someterse al propio esposo como al Señor —por reverencia hacia Él— es el deber apropiado de una esposa (Colosenses 3:18), y conducir a un esposo no creyente a la salvación mediante esta sumisión es un profundo llamado divino; no obstante, temo que haya muchas esposas que no cumplen adecuadamente con este llamado. Además, si bien respetar al esposo es un acto noble que lo edifica, parece que muchas esposas hoy en día tienden a menospreciar o desestimar a sus maridos. Esto no debería ser así. ¡Esposas sabias, conviértanse en aquellas que edifican hermosamente sus hogares sometiéndose a sus esposos y respetándolos!» Observemos el texto de hoy, Proverbios 31:23: «Su marido es conocido a las puertas de la ciudad, donde se sienta entre los ancianos de la tierra» [(Versión Coreana Contemporánea) «Y su marido también llega a ser conocido como un líder y es respetado»]. Este pasaje revela que la mujer virtuosa es, en efecto, una mujer sabia; ella contribuyó significativamente a enaltecer a su esposo, permitiéndole «sentarse entre los ancianos de la tierra a las puertas de la ciudad» (MacArthur). Quizás se pregunte por qué esto es tan importante, pero la «puerta de la ciudad» en aquella época era el lugar donde los líderes se sentaban para atender los asuntos de los residentes locales (Job 31:21; Park Yun-sun). El hecho de que el esposo de la mujer virtuosa se sentara allí, «entre los ancianos de la tierra», indica que no era conocido simplemente como un ciudadano común, sino como un líder prominente (Proverbios 31:23; *Biblia Coreana Contemporánea*). ¿Habría podido llegar a ser tal líder sin el apoyo de esta mujer virtuosa? Es probable que el éxito de su esposo hubiera sido imposible sin su ayuda. De este modo, la mujer virtuosa hace que su esposo sea reconocido y respetado por los demás (versículo 23). A las hermanas casadas aquí presentes: ¿cómo se sentirían si supieran que su esposo no solo está alcanzando el éxito en la sociedad, sino que también es reconocido y respetado por los demás? ¿No se sentirían felices?

Hoy, mientras navegaba por varios sitios web cristianos, encontré un artículo interesante. Trataba sobre la esposa del famoso pastor Spurgeon. El artículo se titulaba «3 cosas que no

sabías sobre la esposa de Spurgeon». El primero de estos tres puntos señalaba que Susannah, la esposa del pastor Spurgeon, tuvo que aprender una lección difícil sobre el matrimonio. Al vivir con un esposo que cargaba con una inmensa responsabilidad por el Reino de Dios, la obra del Señor y el ministerio del evangelio, ella tuvo que aprender —a menudo a través de la adversidad— que nunca podría ocupar el primer lugar en el corazón de su esposo. Por ello, se propuso no ser un obstáculo para el ministerio de su esposo en favor del Reino de Dios ni para su obra para el Señor. En segundo lugar, a través de su propia enfermedad y sufrimiento, Dios moldeó su carácter y la acercó cada vez más a Él. No solo tuvo que cuidar a su esposo mientras este luchaba contra la depresión y la enfermedad, sino que ella misma padeció graves problemas de salud. Sin embargo, creía que Dios estaba moldeando su carácter a través de su quebrantamiento y confiaba en que su sufrimiento físico la acercaba más al Señor. En tercer lugar, estableció un ministerio de alcance mundial; organizó una obra benéfica llamada "The Book Fund" (El Fondo de Libros), mediante la cual distribuyó 3.058 libros de teología y 71.000 ejemplares a pastores de escasos recursos. Es probable que contar con una esposa tan sabia y de gran fe permitiera a su esposo, el pastor Spurgeon, convertirse en un ministro influyente que logró grandes cosas para la iglesia del Señor y el Reino de Dios. En palabras del texto de hoy, Proverbios 31:23, la virtuosa Susannah ayudó a que su esposo fuera reconocido como un pastor respetado por muchos.

Una mujer virtuosa y sabia no solo respeta a su esposo (Efesios 6:33), sino que también hace posible que él se gane el respeto de los demás (Proverbios 31:23). ¿Cómo puede, entonces, una mujer virtuosa contribuir de manera significativa a que su esposo "se siente a las puertas de la ciudad entre los ancianos de la tierra" y llegue a ser un hombre reconocido y respetado por los demás? Busqué la respuesta en el pasaje de hoy, Proverbios 31:11–12: "El corazón de su esposo confía en ella, de modo que no le faltará ganancia. Ella le hace bien, y no mal, todos los días de su vida" [(Versión Coreana Contemporánea) "Como su esposo confía en ella, no le faltará nada. Ella hace el bien a su esposo durante toda su vida y nunca le causa daño"]. Una mujer virtuosa se gana la confianza de su esposo haciéndole el bien y sin causarle jamás daño a lo largo de su vida. En consecuencia, dado que el esposo confía

en una esposa tan virtuosa y "no le falta nada" (versículo 11, Versión Coreana Contemporánea), creo que, con el apoyo de ella, él puede "sentarse a las puertas de la ciudad entre los ancianos de la tierra y recibir reconocimiento [respeto] de la gente" (versículo 23).

Encontré un artículo titulado "Una esposa que no comprende a su esposo, un esposo que hiere con palabras" y lo leí. El artículo afirma que un esposo se siente frustrado cuando no recibe reconocimiento de su esposa. Explica que, cuando el esposo no logra obtener de su esposa la fortaleza necesaria para salir al mundo y triunfar, se desanima y pierde toda su energía, señalando: «A menudo, las esposas pasan por alto o no se dan cuenta de la inmensa influencia que tienen sobre sus esposos» (Internet). Hermanas, deben comprender cuán grande es la influencia que ejercen sobre sus esposos. Creo que la mejor manera de ejercer una influencia positiva en ellos es obedecer la Palabra de Dios. Dicha Palabra se encuentra en Efesios 5:33, donde se instruye a la mujer virtuosa a «respetar a su esposo». En consecuencia, una esposa virtuosa enaltece a su esposo para que él también sea respetado por los demás. Amadas, nosotras —la Iglesia, la Esposa— debemos respetar a Jesús, nuestro Esposo. Por lo tanto, debemos llevar a otros a respetar a Jesús también. Para lograrlo, debemos obedecer la Palabra del Señor. En nuestra obediencia, debemos vivir en este mundo de una manera digna de la Iglesia —la Esposa de Jesús—, tal como lo hizo la iglesia de Antioquía descrita en el libro de los Hechos. Al hacerlo, el Señor, nuestro Esposo, será respetado por la gente de este mundo.

En sexto y último lugar, la mujer virtuosa posee una lengua sabia.

Probablemente haya escuchado el dicho: "Hay que tener cuidado con la lengua" (literalmente, "la lengua de tres pulgadas"). ¿Qué significa esto? La "lengua de tres pulgadas" —en referencia a una lengua de apenas unos 10 centímetros de largo— implica que las palabras pronunciadas por este pequeño órgano tienen el peso suficiente para determinar la vida o la muerte. Aunque la lengua es pequeña, las consecuencias de las

palabras que produce son inmensas. Observemos Santiago 3:5 en la Biblia: "Así también la lengua es un miembro pequeño del cuerpo, pero se jacta de grandes cosas. ¡Qué gran bosque se incendia con una pequeña chispa!". Las palabras de nuestra lengua pueden causar heridas profundas, desesperación, decepción y maldiciones a algunos, mientras que a otros les llevan esperanza, valentía y vida; en algunos casos trágicos, una sola palabra imprudente ha llevado incluso a alguien a quitarse la vida. ¡Cuánto más significativas deben ser, entonces, las palabras pronunciadas por nosotros, los cristianos que creemos en Jesús! Por eso Proverbios 18:21 nos dice: "La lengua tiene poder sobre la vida y la muerte, y quienes la aman comerán de su fruto".

En Proverbios 15:2, un pasaje sobre el que ya hemos reflexionado, la Biblia afirma: "La lengua de los sabios hace agradable el conocimiento, pero la boca de los necios derrama insensatez". Centrándome en este versículo, he reflexionado sobre cuatro características de la lengua de la persona sabia:

(1) La lengua del sabio calma la ira de otra persona.

Observemos la primera parte de Proverbios 15:1: "La respuesta amable calma la ira...". Una persona sabia no se suma a la ira cuando la otra parte está enojada. Por el contrario, incluso cuando la otra persona está furiosa, el sabio es lento para la ira (v. 18). En tal situación, sabe exactamente qué hacer: calma la ira de la otra persona con una respuesta amable. En otras palabras, la persona sabia utiliza palabras suaves para apaciguar la furia del otro. Además, la persona sabia trata con paciencia a quien está enojado (25:15). Utiliza una lengua amable para persuadir a la otra persona, calmando así la furia de su corazón. (2) La lengua de los sabios comunica bien el conocimiento.

Observe la primera parte de Proverbios 15:2: «La lengua de los sabios hace buen uso del conocimiento...». ¿Qué significa esto? Significa que la persona sabia habla correctamente la Palabra de Dios (Park Yun-sun). Es decir, la persona sabia no solo habla la Palabra de Dios

con eficacia, sino que también difunde el conocimiento (v. 7). Esto se debe a que sus ojos leen la Palabra de Dios, sus oídos buscan el conocimiento (18:15) y su vida transcurre meditando en la Palabra de Dios día y noche (Salmo 1:2). En resumen, puesto que la persona sabia medita en la Palabra de Dios día y noche y posee conocimiento de ella, es capaz de compartir dicho conocimiento con eficacia.

(3) La lengua de los sabios sana heridas.

Observe la primera parte de Proverbios 15:4: «La lengua apacible es árbol de vida…». Aquí, una «lengua apacible» se refiere a una «lengua sanadora». En otras palabras, los labios del necio pronuncian palabras duras que hieren el corazón de los demás, mientras que la lengua de los sabios sana heridas. ¿No desea usted poseer una lengua así? ¿Cómo, entonces, trae sanidad la lengua de los sabios? Sana al hablar eficazmente la Palabra de Dios (v. 2). Concretamente, la persona sabia sana los corazones heridos de los demás al hablar la Palabra de Dios mediante palabras amables y reconfortantes (una «respuesta suave», v. 1a). El Dr. Park Yun-sun describe esta lengua sanadora como aquella que habla con verdad y paz, consolando a quien escucha, impartiendo vida e infundiendo esperanza. Tal forma de hablar se describe como «sazonada con sal» y llena de gracia (Colosenses 4:6; Park Yun-sun). Dado que la lengua de los sabios consuela, reanima e inspira esperanza en quien escucha, se la compara con un «árbol de vida» (Proverbios 15:4). En otras palabras, la lengua de los sabios actúa como un árbol de vida que sana almas moribundas al proclamar a Jesucristo, quien es la fuente de la vida.

(4) La lengua de los sabios pronuncia la palabra adecuada en el momento oportuno. Consideremos Proverbios 15:23: «El hombre se alegra con la respuesta de su boca; ¡y cuán buena es la palabra dicha a su debido tiempo!». A menudo experimento cómo el Espíritu Santo, que mora en mí, me impulsa a pronunciar las palabras adecuadas en el momento preciso. Por ejemplo, durante las sesiones de consejería en línea, hay ocasiones en las que soy testigo de la obra del Espíritu Santo en el corazón de la otra persona, mientras Él trae a

mi mente versículos bíblicos específicos para compartirlos con ella. En esos momentos, yo mismo suelo asombrarme. La razón es que la palabra que Dios, el Espíritu Santo, trajo a mi mente era precisamente la palabra indicada para aquel hermano en la fe en ese preciso instante. Proverbios 25:11-12 afirma: «Como manzanas de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene. Como zarcillo de oro y joyel de oro fino es el sabio que reprende al oído atento». ¿Qué significa esto? Significa que el consejo ofrecido en el momento oportuno da buenos frutos (Park Yun-sun). La palabra hebrea original traducida aquí como «dicha como conviene» (o «en su ocasión») significa literalmente «rueda». Hace referencia a algo que gira y se ajusta con fluidez según las circunstancias y el momento. Esto enseña que quien ofrece consejo debe considerar cuidadosamente diversos factores y adaptar su enfoque en consecuencia (Park Yun-sun): es preciso hablar con un corazón lleno de amor y paz, evitando una actitud ofensiva, precipitada o descortés. Cuando el consejo se ofrece de esta manera y es bien recibido por la otra persona, se convierte en un gran honor para el consejero, simbolizado por las «manzanas de oro con figuras de plata» y el «zarcillo de oro y joyel de oro fino» (Park Yun-sun).

Observemos el texto de hoy, Proverbios 31:26: «Abre su boca con sabiduría, y la ley de la bondad está en su lengua» [(Versión Coreana Contemporánea) «Habla con sabiduría y bondad»]. Una mujer virtuosa no es simplemente una buena ama de casa que trabaja diligentemente para desarrollar su propio negocio; también guía bien a su familia con palabras de sabiduría (*The Pulpit Commentary*). ¿Cuáles son, entonces, las palabras de sabiduría que brotan de su boca? Creo que las palabras de sabiduría que salen de sus labios son conocimiento (15:7), y que ese conocimiento es, de hecho, la verdad (8:7). La razón de esto es que su corazón rebosa de las palabras de verdad que dan vida (18:4; Park Yun-sun). El evangelio de Jesucristo, que otorga vida eterna, debe fluir de los labios de una mujer sabia y virtuosa. Su boca debe proclamar no solo el conocimiento de Jesucristo, sino también las buenas nuevas de Jesucristo: quien fue crucificado para dar vida eterna y resucitó al tercer día. Además, la palabra de verdad de Dios debe fluir de sus labios; deben brotar palabras que reflejen el conocimiento de Dios y palabras de sabiduría. Asimismo, la Biblia afirma que

la mujer virtuosa expresa la «ley de la bondad» con su lengua (v. 26). La *Versión Coreana Contemporánea* traduce esto como hablar con bondad. Creo que el corazón de una mujer virtuosa está lleno no solo de las palabras de verdad que dan vida, sino también de la abundancia del amor de Dios. Por eso expresa la ley de la bondad con su lengua; su lengua pronuncia esta ley, gobernada y guiada por el amor de Dios (*The Pulpit Commentary*). Si aplicáramos esa ley de amor y bondad a nosotros, los creyentes que vivimos en la era del Nuevo Pacto, creo que correspondería al doble mandamiento de Jesús. Ese doble mandamiento es: «Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» y «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37, 39). Una esposa virtuosa no solo demuestra este doble mandamiento a través de su vida ante su esposo y sus hijos dentro del hogar, sino que también abre su boca para enseñarlo. Esta es precisamente la imagen que la iglesia —la esposa de Jesús, nuestro Esposo— debe encarnar. Nosotros, la iglesia, no solo debemos demostrar la ley divina de la bondad amorosa a través de nuestras vidas, en obediencia al doble mandamiento de Jesús, sino que también debemos alzar la voz para proclamar esa palabra de verdad. Al proclamar la palabra de verdad, la iglesia debe hablar de Jesucristo, quien es la verdadera sabiduría. En otras palabras, debemos proclamar el Evangelio. Esta es la verdadera imagen de la iglesia: la esposa sabia y virtuosa de Jesús, nuestro Esposo.

Quisiera concluir esta reflexión sobre la Palabra. Hay un dicho en particular que mi abuela paterna compartió conmigo cuando vivía y que nunca he olvidado. Se trata del versículo de Proverbios 31:30: «Engañoso es el encanto y pasajera la belleza; pero la mujer que teme al Señor es digna de alabanza». Lo recuerdo vívidamente. No recuerdo la conversación específica que manteníamos cuando recitó ese versículo durante mi visita a la residencia de ancianos, pero recuerdo claramente que, a pesar de su avanzada edad y de las muchas arrugas de su rostro, me recitó Proverbios 31:30. Al escuchar esas palabras de mi abuela en aquel momento, no pude evitar sentir la verdad de que «el encanto y la belleza son pasajeros» de una manera profundamente personal y tangible. La razón es que no pude evitar reflexionar sobre el verdadero significado de la belleza de una mujer frente al paso del

tiempo. Sin embargo, me impactó la profunda importancia de las palabras: «La mujer que teme al Señor es digna de alabanza». En efecto, la mujer que teme al Señor —y que, por tanto, se hace acreedora de alabanza— es una mujer sabia y virtuosa. Una mujer virtuosa inspira confianza en su esposo, trabaja con diligencia, ayuda a los pobres y necesitados, y vive libre de ansiedad. Además, posee una lengua sabia, y su esposo gana reconocimiento y respeto en la comunidad gracias a ella. Sus hijos le están agradecidos y su esposo la alaba diciendo: «Tú sobresales por encima de todas las demás mujeres». Es mi oración que nosotros, como iglesia, lleguemos a ser un cuerpo que inspire confianza en nuestro Esposo, el Señor. Que seamos un pueblo que realice diligentemente la obra del Señor, ayude a los pobres y necesitados, viva sin ansiedad y utilice palabras sabias para proclamar y enseñar el Evangelio de Jesucristo y la verdad de la Palabra de Dios. Finalmente, que todos seamos hallados dignos de escuchar al Señor decir: «Bien, buen siervo y fiel», cuando estemos ante Su presencia.

Conclusión

Deseo dejar atrás la insensatez y caminar por la senda de la sabiduría. Anhelo despojarme continuamente no solo de la insensatez, sino también de rasgos pecaminosos —tales como la hipocresía, la pereza, la codicia y el orgullo— y recorrer el camino del discernimiento propio de un cristiano. Quiero aborrecer lo que Dios aborrece y amar lo que Dios ama. Deseo vivir una vida cristiana justa, una vida que honre a Dios con reverencia. Aspiro a ser un cristiano sabio. Mi oración es llegar a ser sabio ante los ojos de Dios y agradarle, brillando como las estrellas y la luz del cielo, y sirviendo como instrumento del Señor para guiar a muchos por el camino correcto (Daniel 12:3).

Por ello, anhelo fervientemente aprender sabiduría y busco alcanzarla. Deseo experimentar plenamente los beneficios y el poder de la sabiduría. Convencido de que la sabiduría es primordial, se la pido a Dios; al mismo tiempo, aun siendo imperfecto, deseo meditar en Su Palabra día y noche, prestándole atención y escuchando la voz de la sabiduría. A medida que el Espíritu Santo que mora en mí me instruye a través de esa Palabra, quiero aceptar humildemente Su consejo, aplicándolo no solo a mi fe personal sino también a mi vida familiar: aprendiendo a amar a mi esposa, a criar a mis hijos y a amar a mi prójimo. Con la sabiduría que Dios provee, deseo guardar mi alma y mi corazón, y levantarme en el nombre de Jesús cada vez que enfrente el desánimo. Además, deseo encomendar a Dios los planes de mi corazón y todos mis proyectos; confiando en Él —quien escudriña mi corazón—, aspiro a vivir una vida que le agrade. Deseo construir relaciones sabias empleando una lengua sabia y un corazón sincero, mientras ayudo a mi amada esposa a convertirse en una mujer virtuosa que teme a Dios y crío a mis tres hijos para que sean cristianos sabios. Aspiro a ser un hijo que alegre a sus padres mientras me dedico a establecer una familia armoniosa centrada en Cristo. Deseo ser un amigo sabio que ayude a otros a crecer y, mediante la sabiduría dada por Dios, ser un pacificador que preserve la armonía. Deseo participar

humildemente en la obra del Señor de edificar Su iglesia —Su cuerpo— y verla convertirse en una iglesia que esté en consonancia con la gloria y los propósitos de Dios. Por último, oro para llegar a ser un cristiano sabio que agrada a Dios viviendo una vida que le honra.